Los Misterios de Udolfo

Ann Radcliffe

Lectulandia

Ann Radcliffe (1764-1823) es la escritora más emblemática de la imaginación gótica, y sus novelas fueron punto de referencia para los autores que cultivaron el género. Tres obras se alzan en el altar de la literatura gótica: *Los misterios de Udolfo* de la Radcliffe, *El monje* de Lewis, y *Melmoth el errabundo* de Maturin (los tres editados en esta colección). Los misterios de Udolfo se desarrolla en el siglo XVI, y está ubicada en Francia e Italia. Emily, como todas las heroínas de la Radcliffe, se enfrenta a las adversidades y desastres provocados por Montoni con la fuerza de la racionalidad, después de haber sucumbido momentáneamente a la superstición. La persecución del malvado Montoni tiene lugar en el castillo de Udolfo, donde acontecen múltiples fenómenos sobrenaturales: vagas figuras extrañas, un fantasma en las almenas, sepulcrales voces misteriosas... *Los misterios de Udolfo,* junto con *El italiano,* son las cimas del arte de Ann Radcliffe, y de la novela gótica y romántica.

Lectulandia

Ann Radcliffe

Los misterios de Udolfo

ePUB v1.0
chungalitos 16.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Mysteries of Udolpho*
Traducción: Carlos José Costas Solano
Valdemar, 1992
ISBN: 84-7702-063-9

Prólogo

Ann Radcliffe (1764-1823) fue la hija de William y Ann Oates Ward. Su padre trabajó como representante de una compañía familiar. Durante su infancia visitó con cierta asiduidad a su tío, Thomas Bentley, un hombre de cultura, entre cuyas amistades figuraban hombres de letras y científicos de la época, como el doctor Daniel Solander, que acompañó al capitán Cook en su vuelta al mundo. Recibió la educación típica de su tiempo: algo de arte y de música. No obstante, sus amplias lecturas cimentaron su espíritu creador; sus obras preferidas, como *Macheth* de Shakespeare y *Los Bandidos* de Schiller, ejercieron una poderosa influencia en su producción literaria. Cuando Ann fue a vivir a Bath, Sophia y Harriet Lee abrieron una escuela para «jovencitas», que probablemente frecuentó Ann. La novela *The Recess*, publicada por Sophia Lee en 1785, causó un gran impacto en nuestra autora.

En 1787 se casó con William Radcliffe, un estudiante de derecho que nunca llegó a finalizar sus estudios; posteriormente se dedicó al periodismo y llegó a ser el propietario del *English Chronicle.* William animó siempre a escribir a su mujer, y leía con entusiasmo sus manuscritos. Aunque en las novelas de Radcliffe abundan las descripciones de Italia, sólo salió una vez de Inglaterra para visitar Francia y Alemania; las impresiones de este viaje fueron editadas en un diario. Tras la publicación de su quinta novela, *El italiano, o el confesionario de los penitentes negros*, Radcliffe se sumió en la melancolía, debido a la muerte de sus padres y a la enfermedad de su marido; este cambio anímico provocó que abandonara su inclinación por la escritura. Al final de sus días trabajó en una última novela ambientada en la Edad Media: *Gastón de Blondeville*, publicada póstumamente.

Radcliffe es una escritora emblemática de la imaginación gótica, y, a pesar de que a veces ha sido poco estimada, sus novelas son obras muy logradas y fueron punto de referencia para numerosos autores, como Austen, Coleridge, Byron, Keats, Scott, etc. La acción de *Los Misterios de Udolfo* se desarrolla en el siglo XVI y está ubicada en Francia e Italia. Emily, como todas las heroínas de Radcliffe, se enfrenta a los desastres y adversidades provocados por el malvado italiano Montoni con fuerza y racionalidad, después de haber sucumbido momentáneamente a la superstición, debido a que su persecución tiene lugar en el castillo de Udolfo, que da cabida a múltiples fenómenos sobrenaturales: vagas figuras extrañas, un fantasma en las almenas, sepulcrales voces misteriosas, que finalmente se resuelven en causas

naturales. Sin embargo, el acontecimiento sobrenatural más célebre de la novela es sin duda el protagonizado por el velo negro: Emily había oído hablar de él y, movida por la curiosidad lo descorre; tras él aparece un horror sin nombre. La imagen del velo se convierte en un tema recurrente a lo largo de la novela. La descripción del paisaje, que juega un papel esencial para transmitir el estado emocional de los personajes, alcanza momentos de esplendor, y lo sobrenatural es tratado con dominio y maestría. *Los Misterios de Udolfo*, junto con *El Italiano,* se hallan en la cumbre del arte romántico; los horrores aquí descritos provocan una intensidad emocional no superada en la novela gótica.

A. IZQUIERDO

V O L U M E N I

El destino encaja en estas oscuras alacenas, y frunce el ceño,
y, cuando las puertas se abren para recibirme,
su voz, en repetidos ecos por los patios,
revela un hecho indescriptible.

Capítulo I

el hogar es el refugio,
del amor, del júbilo, de la paz, y mucho más, donde
soportando y soportando, refinados amigos
y queridos parientes se unen en la felicidad.

THOMSON [1]

En las gratas orillas del Garona, en la provincia de Gascuña, estaba, en 1584, el castillo de monsieur St. Aubert. Desde sus ventanas se veían los paisajes pastorales de Guiena y Gascuña, extendiéndose a lo largo del río, resplandeciente con los bosques lujuriosos, los viñedos y los olivares. Hacia el sur, la visión se recortaba en los majestuosos Pirineos, cuyas cumbres envueltas en nubes, o mostrando siluetas extrañas, se veían, perdiéndose a veces, ocultas por vapores, que en ocasiones brillaban en el reflejo azul del aire, y otras bajaban hasta las florestas de pinos impulsados por el viento. Estos tremendos precipicios contrastaban con el verde de los pastos y del bosque que se extendían por sus faldas. En ellas se veían cabañas, casas o simples edificios, en los que reposaba la vista después de haber llegado a las alturas cortadas a pi co. Hacia el norte y el este, las llanuras de Guiena y de Languedoc se perdían en la distancia; al oeste estaba situada la Gascuña bañada por las aguas del Vizcaya.

A monsieur St. Aubert le encantaba pasear con su esposa y su hija por el margen del Garona y escuchar la música que producía su oleaje. Había conocido otras formas de vida que no eran de tanta simplicidad pastoril, participando en las bulliciosas y ocupadas actividades del mundo; pero el elogioso retrato que se había forjado en su juventud de la humanidad, la experiencia lo había ido corrigiendo dolorosamente. Sin embargo, después de las distintas visiones de la vida, sus principios no se habían visto conmovidos, ni su benevolencia perjudicada. Se retiró de la multitud, «más con pena que con ira», al escenario de la simple naturaleza, al puro deleite de la literatura y al ejercicio de las virtudes domésticas.

Era descendiente de la rama más joven de una familia ilustre. Las deficiencias de

la riqueza patrimonial pueden ser suplidas por una excelente alianza matrimonial o por el éxito en las intrigas de los negocios públicos. Pero St. Aubert tenía un excesivo sentido del honor para tener en cuenta la segunda posibilidad y muy poca ambición para sacrificar a la riqueza lo que él llamaba felicidad. Tras la muerte de su padre, contrajo matrimonio con una mujer amable, de su mismo nivel social y de una fortuna no superior a la suya. El fallecido monsieur St. Aubert tenía un sentido de la liberalidad, o de la extravagancia, que había influido en sus asuntos, que obligaron a su hijo a deshacerse de una parte de los dominios familiares, y, algunos años después de su matrimonio, los vendió a monsieur Quesnel, hermano de su esposa, y se retiró a una pequeña propiedad en Gascuña, en donde la felicidad conyugal y los deberes de padre dividían su atención con los tesoros del conocimiento y las iluminaciones del genio.

Desde su infancia había estado en contacto con esa zona. Cuando era niño había hecho frecuentes excursiones y las impresiones que guardaba en su memoria no se habían visto alteradas por las circunstancias. Los verdes pastos que con tanta frecuencia había recorrido en la libertad de su juventud, los bosques bajo cuyas sombras refrescantes se había sumido en los primeros pensamientos melancólicos, que más tarde habían de ser una de las notas más acusadas de su carácter, los paseos por las montañas, el río, en cuyas aguas había nadado, y las llanuras distantes, que le recordaban sus más tempranas esperanzas, siempre fueron evocados por St. Aubert con entusiasmo. Y, al final, se había separado del mundo y retirado allí para realizar los deseos de muchos años.

El edificio, como era entonces, tenía el aspecto de una casa de verano, que llamaba la atención de cualquier extraño por su simplicidad o por la belleza de sus alrededores; por ello fue preciso hacer una serie de adiciones para convertirlo en una confortable residencia familiar. St. Aubert sentía un especial afecto por cada parte de la construcción que le recordaba su juventud, y no permitió que fuera quitada una sola piedra; de tal modo, que el nuevo edificio, adaptado al estilo del antiguo, formaba con él una residencia simple y elegante. El buen gusto de madame St. Aubert se ocupó de los interiores, en los que se observaba una casta simplicidad tanto en los muebles como en los ornamentos de las habitaciones, que definían las costumbres de sus habitantes.

La biblioteca ocupaba el lado oeste del castillo y fue enriquecida con una colección de los mejores libros en las lenguas antiguas y modernas. Esta habitación se abría a una arboleda, situada en un leve declive que caía hacia el río, y los altos árboles le daban una sombra melancólica y grata; mientras que desde las ventanas se podía admirar todo el paisaje del lado oeste y, hacia la izquierda, los tremendos precipicios de los Pirineos. Junto a la biblioteca había un gran invernadero, totalmente lleno de plantas de gran belleza y poco conocidas, porque una de las

distracciones de St. Aubert era el estudio de la botánica. Para él era una fiesta, con su mente de naturalista, recorrer las montañas vecinas, a lo que con frecuencia dedicaba todo el día. Madame St. Aubert le acompañaba a veces en aquellas pequeñas excursiones y más a menudo su hija. Con una pequeña cesta recogían plantas, mientras que solían llevar otra con alguna bebida fría de las que no podían conseguir en las cabañas de los pastores. Pasaban así por los escenarios más románticos y magnificentes, sin que nada les distrajera de su trabajo. Llegaban a las rocas de difícil acceso con su entusiasmo, y cuando no alcanzaban sus objetivos, se entretenían entre las flores silvestres y las plantas aromáticas que brotaban en las rocas o nacían en la hierba.

Al lado del invernadero, por el lado este, mirando hacia las llanuras de Languedoc, había una habitación que Ernily consideraba como suya y en la que tenía sus libros, sus dibujos, sus instrumentos musicales y algunas plantas y pájaros favoritos. En ella se ejercitaba habitualmente en las artes de la elegancia, que cultivaba sólo porque coincidían plenamente con sus gustos, y en las que su talento natural, asistido por las instrucciones de monsieur y madame St. Aubert, hacían que destacara. Las ventanas de esta habitación eran particularmente agradables; llegaban hasta el suelo y se abrían sobre la zona de césped que rodeaba la casa. La vista se recreaba en los almendros, las palmeras, fresnos y mirtos, hacia el lejano paisaje por el que corrían las aguas del Garona.

Cuando concluía el trabajo, los campesinos disfrutaban del clima por la tarde bailando en grupos en las márgenes del río. Las vivaces melodías, los pasos *debonnaire* [2], las airosas figuras de los bailarines, con el buen gusto y el modo caprichoso con el que las muchachas se ajustan sus sencillos vestidos, daban a las escenas un carácter totalmente francés.

La parte frontal del castillo, en un estilo del sur, se abría a la grandeza de las montañas. A la entrada, en el piso bajo, había un vestíbulo rústico y dos amplios cuartos de estar. El primer piso, que era el último, estaba integrado por las alcobas, a excepción de una de las habitaciones que tenía una terraza, que utilizaban generalmente para tomar el desayuno.

En todo el terreno que rodeaba la casa, St. Aubert introdujo mejoras de muy buen gusto, aunque el cariño que sentía por los objetos que le recordaban su infancia había hecho que en ocasiones sacrificara el buen gusto al sentimiento. Había dos alerces que daban sombra al edificio y limitaban la visibilidad. St. Aubert había declarado en alguna ocasión que creía que debía tener la debilidad suficiente para llorar cuando los talaran. Además de estos alerces, había plantado una pequeña arboleda de hayas, pinos y fresnos. En las corrientes de la orilla del río, había un naranjal, limoneros y palmeras, cuyos frutos, en el fresco de la tarde, despedían una deliciosa fragancia. Con ellos se mezclaban algunos árboles de otras especies. Allí, bajo la sombra de un

plátano silvestre, que extendía sus ramas hacia el río, se sentaba St. Aubert en las tardes de los veranos, con su esposa y los niños, para contemplar, entre sus hojas, la puesta del sol, el esplendor suave de las luces desapareciendo en el paisaje lejano, hasta que las sombras del crepúsculo se reunían en un soberbio color gris. Allí, también, le gustaba leer, conversar con madame St. Aubert o jugar con sus hijos, dejándose llevar por la influencia de aquellos afectos dulces, rodeado de simplicidad y de naturaleza. Había dicho con frecuencia, mientras lágrimas de satisfacción brotaban de sus ojos, que aquellos momentos eran infinitamente más agradables que cualquiera de los que había pasado en los escenarios brillantes y tumultuosos que son admirados por el mundo. Su corazón tenía todo lo que ambicionaba y ningún otro deseo de felicidad ocupaba su interés. La conciencia de comportarse como debía se reflejaba en la serenidad de sus maneras, lo que nada hubiera podido sustituir en un hombre de unas percepciones morales como las suyas, y que confiaban su sentido de todas las bendiciones que le rodeaban.

La sombra más profunda del crepúsculo no le inclinaba a abandonar su lugar favorito junto al plátano silvestre. Era feliz en esas últimas horas del día en las que se apagan los últimos rayos de luz; cuando las estrellas, una tras otra, tiemblan en el éter y se reflejan en el espejo oscuro de las aguas. Esas horas, que por encima de las restantes, llenan la mente de ternura y elevan a la contemplación sublime. Con frecuencia tomaba su cena campesina de leche y frutas bajo los suaves rayos de la luna que penetraban entre las ramas. Entonces, en la calma de la noche, le llegaba el canto del ruiseñor, respirando dulzura y despertando la melancolía.

Las primeras interrupciones de la felicidad que había conocido desde que decidió retirarse, fueron ocasionadas por la muerte de sus dos hijos. Los perdió en esa edad infantil de simplicidad fascinante; y, aunque en consideración a la pena de madame St. Aubert, contuvo sus propias manifestaciones, se planteó el superarlo, como él decía, con filosofía, pese a que, verdaderamente, no había filosofía que pudiera traer la calma ante tamañas pérdidas. Sólo sobrevivía su hija. Su preocupación era vigilar su carácter infantil para evitar que más tarde pudiera perder su felicidad. Había manifestado en sus primeros años una delicadeza nada común, un caluroso afecto, pero una susceptibilidad demasiado exquisita para admitir una paz duradera. Según se iba haciendo mayor, esta sensibilidad dio un tono pensativo a su espíritu y dulzura a sus maneras, a lo que se sumaba la gracia de su belleza. Pero St. Aubert tenía demasiado sentido común para preferir el encanto a la virtud; y había meditado lo suficiente para darse cuenta de que aquel encanto era demasiado peligroso para que su poseedora llegara a tener un carácter tranquilo. Se propuso, en consecuencia, fortalecer su mente; conseguir de ella que tuviera la costumbre de controlarse; enseñarla a rechazar el primer impulso de sus sentimientos y a mirar, con un examen frío, las desilusiones que habría de llevar a su vida. Mientras la instruía a resistir las

primeras impresiones y a adquirir una permanente dignidad en sus maneras, que es lo único que puede equilibrar las pasiones y nos permite luchar contra nuestra naturaleza por encima de las circunstancias, él mismo aprendió la necesidad de la fortaleza, ya que más de una vez se veía obligado a ser testigo, con aparente indiferencia, de las lágrimas y luchas que su cuidado la ocasionaban.

En su aspecto, Emily se parecía a su madre. Tenía la misma elegancia y simetría en su figura, la misma delicadeza en su comportamiento y los mismos ojos azules, llenos de ternura. Además del encanto de su persona, lo que despedía una gracia cautivadora a su alrededor era la variedad de expresiones de su rostro, cuando la conversación despertaba las más gratas emociones de su mente.

Aquellos matices más tiernos, que i presionan al ojo descuidado,
y, en el contagioso círculo del mundo, mueren.

St. Aubert cultivaba sus conocimientos con el cuidado más escrupuloso. Le enseñaba una visión general de las ciencias y un exacto conocimiento de todas las variedades de la literatura elegante. Le enseñó latín e inglés, sobre todo para que pudiera comprender la grandeza de sus mejores poetas [3]. Descubrió en sus primeros años su gusto por las obras importantes. Y uno de los principios de St. Aubert, que también era una de sus inclinaciones, tendía a promover todos los medios inocentes de felicidad. «Una mente bien informada», solía decir, «es la mejor seguridad contra el contagio de la locura y del vicio. La mente no ocupada está pendiente de encontrar algo, y preparada para caer en el error, para escapar de lo que la rodea. Hay que llenarla con ideas, enseñándole el placer de pensar. Así las tentaciones del mundo exterior se verán contrarrestadas por el consuelo derivado del mundo interior. Pensamiento y estudio son igualmente necesarios para la felicidad de un país y para la vida de una ciudad. En el primero previenen las inquietantes sensaciones de indolencia y permiten el placer sublime de crear para la belleza; en la segunda, hacen que la disipación no sea objeto de necesidad y, consecuentemente, de interés.»

Entre los más tempranos entretenimientos de Emily estaba el corretear por los escenarios de la naturaleza. Prefería, eso sí, los paseos entre los bosques silvestres a los paisajes más tiernos, y aún más los refugios de las montañas, en los que el silencio y la grandeza de la soledad imprimían un temor sagrado en su corazón y llevaban sus pensamientos al Dios de los cielos y de la tierra. En esos escenarios, prefería estar sola, envuelta en un encanto melancólico, hasta que el último brillo del día se perdía por el oeste; hasta qué el triste sonido de las esquilas o el ladrido distante del perro pastor eran los únicos ruidos que rompían la serenidad de la tarde. En aquellos momentos, la tristeza del bosque, el temblor de sus hojas, movidas por la brisa; el murciélago volando en el crepúsculo; las luces de las cabañas, ya encendidas

y lejanas, eran circunstancias que despertaban su mente al esfuerzo y que conducían su entusiasmo a la poesía.

Su paseo favorito era el que conducía a una pequeña casa de pescadores, propiedad de St. Aubert, en el margen de un riachuelo que descendía desde los Pirineos y que, tras saltar con espuma por las rocas, llegaba al remanso en que se reflejaban las sombras de los montes. Todo ello también agradaba a St. Aubert, adonde se dirigía con su esposa y su hija y sus libros para escuchar en el silencio de la oscuridad la música de los ruiseñores. En ocasiones, él mismo llevaba la música y despertaba los ecos con los tiernos acentos de su oboe, que se mezclaban con la dulzura de la voz de Emily.

En una de sus excursiones a la casita de pesca vio las líneas siguientes escritas con lápiz en una de las partes del entablado:

SONETO

¡Ve, lápiz! ¡Leal a los s uspiros de tu amo! Ve, dile a la Diosa de la escena de hadas,
la próxima vez que sus leves pasos serpeen estas verdes arboledas,
de donde surgen todas sus lágrimas, su dulce congoja.
¡Ah! pinta su figura, sus ojos por su alma iluminados,
la dulce expresión de su rostro pensativo,
la sonrisa del alba, la gracia animada.
El retrato reemplaza bien la voz del amante;
expresa todo lo que su corazón siente, diría su lengua;
¡Pero, ah, no todo su corazón está triste!
¡Que a menudo las sedosas hojas florecidas esconden
la droga que escabulle la chispa vital!
¡Y aquel que clava su mirada en esa sonrisa de ángel,
recelaría de su encanto, o pensaría que podría seducirle!

El poema no estaba dirigido a ninguna persona, por lo que Emily no pudo atribuírselo, aunque ella fuera sin duda la ninfa de aq uellas sombras. Al no tener la menor sospecha sobre a quién pudiera estar destinado, se decidió a permanecer en la duda; una duda que hubiese sido más dolorosa para una mente menos ocupada que la suya. No estaba dispuesta a sufrir por esta circunstancia, pese a que al principio no pudo evitar recordarlo con frecuencia. La pequeña vanidad que había excitado (ya que la incertidumbre que le impedía suponer que había inspirado el soneto, la impedía también dejar de creerlo) desapareció, y el incidente se perdió en su pensamiento entre sus libros, sus estudios y el ejercicio de la caridad.

Poco después de aquello se sintió muy inquieta por una indisposición de su padre, que se vio atacado por una fiebre que, pese a no tener el aspecto de ser peligrosa,

afectó considerablemente a su constitución. Madame St. Aubert y Emily le cuidaron con celo infatigable, pero su recuperación fue muy lenta, y cuando empezaba a mejorar su salud, la de madame pareció declinar.

El primer lugar al que acudió, después de sentirse lo suficientemente bien como para dar un paseo, fue a su pabellón de pesca favorito. Le llevaron una cesta con provisiones, con libros y el laúd de Emily. El envío no incluía cañas u otros aparejos de pesca, porque nunca había sentido placer alguno en torturar o destruir.

Después de haberse entretenido alrededor de una hora en temas de botánica, fue servida la cena. Dio las gracias porque le hubiera sido permitido visitar de nuevo aquel lugar, y la felicidad familiar le hizo sonreír una vez más bajo aquellas sombras. Monsieur St. Aubert conversó con ánimo poco habitual y todos los objetos despertaban sus sentidos. El placer refrescante de ese primer contacto con la naturaleza, tras el dolor de la enfermedad y el confinamiento en su habitación, está por encima de la comprensión, y también de las descripciones, para los que tienen salud. Los bosques y los pastos, el tumulto de flores, el azul cóncavo del cielo, la brisa suave, el murmullo de la corriente limpia, e incluso el murmullo de todos los insectos, parecieron revivificar su alma y hacerle valorar más su existencia.

Madame St. Aubert, reanimada por la recuperación de su marido, olvidó la indisposición que la había oprimido últimamente. Caminó por el bosque y conversó con él y con su hija, mirándolos alternativamente con una ternura que llenaba sus ojos de lágrimas. St. Aubert lo comprobó en más de una ocasión y le reprochó amablemente sus emociones; pero ella no pudo sonreírle, agarró su mano y la de Ernily y lloró más intensamente. Él consideró que aquel entusiasmo le conmovía hasta resultarle doloroso. Su rostro asumió un tono serio y no pudo evitar un suspiro casi secreto. «Tal vez algún día recordaré estos momentos como la cumbre de mi felicidad, con lamentos sin esperanza. Pero no hagas que caiga en una anticipación sin sentido. Espero que no viviré para sufrir la pérdida de los que más quiero.»

Para descargar su mente, le pidió a Emily que tocara el laúd del que ella lograba arrancar tonos tan dulces. Cuando se acercaba al pabellón de pesca, se sorprendió porque alguien estaba interpretando una exquisita melodía en aquel instrumento. Se quedó en un profundo silencio, temerosa de moverse y más aún de que sus pasos le impidieran oír alguna nota de aquella música o turbar a quien la producía. Todo estaba quieto alrededor del edificio y no se veía a nadie.

Continuó escuchando, llena de timidez, que se acrecentó al recordar los versos que había visto escritos a lápiz y dudó entre acercarse o regresar con sus padres.

En ese momento la música cesó y, tras una nueva duda, reunió el valor suficiente para acercarse a la cabaña. Entró sin hacer ruido y la encontró vacía. Su laúd estaba en la mesa y todas las demás cosas en su sitio, por lo que empezó a creer que la música procedía de otro instrumento, hasta que recordó que cuando entró detrás de

monsieur y madame St. Aubert, el laúd estaba a la izquierda en una silla cerca de la ventana. Se asustó, aunque no supiera de qué. La oscuridad de la tarde y el profundo silencio de aquel lugar, interrumpido únicamente por el ligero temblor de las hojas, la llenaron de aprensiones. Quería salir de allí, pero sintió que perdía el conocimiento y se sentó. Cuando trataba de recuperarse, su mirada se fijó en aquellas líneas escritas a lápiz. Sintió una sacudida, como si hubiera visto a un desconocido, pero decidida a superar sus temores, se levantó y fue hacia la ventana. Al lado del primer soneto habían añadido otros versos, en los que se mencionaba su nombre.

Habían desaparecido sus dudas y sabía que habían sido escritos para ella, pero ignoraba, como antes, quién los había escrito. En ese momento, le pareció oír el ruido de unos pasos en el exterior y, asustada, cogió el laúd y salió corriendo.

Encontró a sus padres en un estrecho sendero que se abría en el valle.

Al llegar a una pequeña altura, rodeada por las sombras de las palmeras y orientada hacia los valles y llanuras de Gascuña, se sentaron en el césped.

Recorrieron con la mirada el glorioso escenario y aspiraron el dulce aroma de las flores y de las hierbas, mientras Emily cantó varias de sus arias favoritas, acompañándose con el laúd, con su habitual delicadeza de expresión.

La música y la conversación les entretuvieron en aquel lugar encantador hasta que los últimos rayos del sol se extendieron por la llanura; hasta que las líneas blancas que cubrían las montañas, por entre las que corría el Garona, se oscurecieron, y el manto de la tarde se extendió sobre el paisaje. St. Aubert y su familia se levantaron y abandonaron el lugar. ¡Madame St. Aubert no sabía que lo dejaba para siempre!

Cuando llegaron al pabellón de pesca echó de menos su brazalete, y recordó que se lo había quitado después de cenar y se lo había dejado en la mesa cuando salían a pasear. Después de registrarlo todo, con la activa ayuda de Emily, no tuvo más remedio que resignarse a la idea de que lo había perdido. Lo que más apreciaba de aquel brazalete era una miniatura de su hija que colgaba del mismo, con un parecido asombroso, y que había sido pintada hacía unos pocos meses. Cuando Emily se convenció de que el brazalete había desaparecido, se ruborizó y quedó pensativa. El hecho de que un desconocido hubiera estado allí durante su ausencia, la distinta posición del laúd y los nuevos versos escritos con lápiz, parecían confirmar que el poeta, el músico y el ladrón eran una sola persona.

Aunque la combinación de la música que había oído, los versos que había leído y la desaparición de su retrato resultaba especialmente notable, se sintió irresistiblemente arrastrada a no mencionarlo. Sin embargo, decidió, en secreto, que no volvería a visitar la cabaña de pesca sin ir acompañada de monsieur o de madame St. Aubert.

Regresaron pensativos al castillo. Emily rumiando los incidentes que acababan de pasar; St. Aubert reflexionando con gratitud sobre las bendiciones que le rodeaban, y

madame St. Aubert turbada y perpleja por haber perdido el retrato de su hija. Al aproximarse a su casa, observaron una agitación nada común; se oían voces distintas, criados y caballos pasaban entre los árboles y, finalmente, oyeron el ruido de las ruedas de un carruaje. Al llegar a la puerta principal del castillo, vieron un landó allí detenido. St. Aubert distinguió a los lacayos de su cuñado, y en la entrada encontró a monsieur y madame Quesnel, que ya habían entrado. Habían salido de París hacía algunos días y se dirigían a la propiedad, a unas diez leguas de La Vallée, que monsieur Quesnel había comprado hacía algunos años a St. Aubert. Era el único hermano de madame St. Aubert, pero sus encuentros no habían sido frecuentes debido a que sus caracteres no congeniaban.

Monsieur Quesnel había vivido siempre en el gran mundo. El esplendor era el primer objetivo de su gusto por las cosas, y su carácter abierto le había acercado a casi todas las personas que había conocido. Para un hombre de esas inclinaciones, las virtudes de St. Aubert no resultaban interesantes, y la simplicidad y la moderación de sus deseos eran considerados por él como una debilidad intelectual y una visión estrecha de la vida. El matrimonio de su hermana con St. Aubert había mortificado su ambición, ya que su propósito era que esa relación matrimonial le ayudara a todo lo que él más deseaba, y algunas propuestas anteriores las recibió de personas cuyo rango y fortuna colmaban sus más altas esperanzas. Pero su hermana, que también había sido cortejada por St. Aubert, comprendió, o creyó que comprendió, que felicidad y esplendor no son la misma cosa y no dudó en renunciar a lo segundo con tal de conseguir lo primero.

Monsieur Quesnel había sacrificado la paz de su hermana a su propia ambición, y de su matrimonio con St. Aubert expresó en privado su desagrado en su momento.

Madame St. Aubert, aunque ocultó aquella postura insultante a su marido, sintió, por primera vez en su vida, que el resentimiento anidaba en su corazón. Pensando en su propia dignidad y en la prudencia, contuvo cualquier manifestación de aquel resentimiento, pero había en sus maneras hacia monsieur Quesnel una cierta reserva que él comprendió y sintió.

En su propio matrimonio no siguió el ejemplo de su hermana. Su esposa era italiana, una rica heredera y, por naturaleza y por educación, una mujer banal y frívola.

Decidieron pasar la noche con St. Aubert, y como el castillo no era suficientemente grande para acomodar a sus criados, éstos fueron enviados al pueblo más próximo. Cuando concluyeron los saludos y las disposiciones para pasar la noche, monsieur Quesnel comenzó a hacer una exhibición de su inteligencia y sus contactos, mientras que St. Aubert, que ya llevaba bastante tiempo retirado para sentir interés por la novedad de esos temas, escuchó con paciencia y atención, lo cual su invitado confundió con la humildad de que estuviera maravillado. Quesnel comentó

las pocas festividades que permitían a la corte de Enrique III en aquel período turbulento [4] con una minuciosidad que compensaba su afán de ostentación. Al comentar el carácter del duque de Joyeuse, un tratado secreto, que él sabía que se estaba negociando con el Porte, y el modo en que había sido recibido Enrique de Navarra, monsieur St. Aubert recordaba lo suficiente de sus experiencias anteriores para estar seguro de que su invitado se relacionaba únicamente con una clase inferior de políticos, y que a la vista de las materias en las que intervenía, no alcanzaba el rango que pretendía. A las opiniones expuestas por monsieur Quesnel, St. Aubert prefirió no replicar, al darse cuenta de que su invitado no tenía humanidad para sentir o discernimiento para percibir lo que era justo.

Madame Quesnel, mientras tanto, manifestaba a madame St. Aubert su sorpresa por soportar aquella vida en un rincón remoto del mundo, alejada del esplendor de los bailes, de los banquetes y de las procesiones que acababan de ofrecerse en la corte, como ella las describía con la intención de despertar su envidia, en honor de las nupcias del duque de Joyeuse con Margarita de Lorena, hermana de la reina. Describió con la misma minuciosidad la magnificencia de lo que había visto, de lo que ella había quedado excluida. Emily escuchaba atentamente con la curiosidad ardiente de la juventud engrandeciendo las escenas. Madame St. Aubert, echando una mirada a su familia, sintió, mientras una lágrima caía por su mejilla, que aunque el esplendor pueda alcanzar en algún momento la felicidad, sólo es la virtud la que consigue que sea permanente.

—Hace ya doce años, St. Aubert —dijo monsieur Quesnel—, desde que compré las propiedades de tu familia. Y hace cinco que estoy viviendo allí, porque París y sus proximidades es el único lugar del mundo para vivir. Estoy tan inmerso en la política y son tantos los asuntos que llevo entre manos que me resulta difícil escaparme aunque sólo sea un mes o dos.

St. Aubert permaneció silencioso y monsieur Quesnel prosiguió:

—A veces me pregunto cómo tú, que has vivido en la capital y que has estado acostumbrado a la compañía, puedes vivir en otra parte, especialmente en un lugar tan remoto como éste, donde no puedes oír ni ver nada y, en consecuencia, no tienes conciencia de lo que sucede.

—Vivo para mi familia y para mí —dijo St. Aubert—; me basta con estar al tanto de la felicidad, antes conocía la vida.

—Quiero gastar treinta o cuarenta mil libras en mejoras —dijo monsieur Quesnel, sin prestar atención a las palabras de St. Aubert—, porque tengo el proyecto, para el próximo verano, de traer aquí a mis amigos, al duque de Durefot y al marqués Ramont, para que pasen uno o dos meses conmigo.

A la pregunta de St. Aubert sobre las mejoras que proyectaba, contestó que tiraría todo el ala este del castillo, para construir en esa zona los establos.

—Después construiré una *salle a manger,* un *salón*, una *salle au commune* [5] y varias habitaciones para los criados, ya que en la actualidad no hay espacio para acomodar a una tercera parte de mi propia gente.

—Era suficiente para todo el servicio de nuestro padre —dijo monsieur St. Aubert, preocupado por la idea de que la vieja mansión fuera mejorada de ese modo —, y no era nada pequeño.

—Nuestras nociones han crecido desde aquellos días —dijo monsieur Quesnel—; lo que entonces se entendía como un estilo decente de vivir, ahora no podríamos soportarlo.

A pesar de la calma de St. Aubert, enrojeció al oír aquellas palabras, pero su ira no tardó en ceder ante las buenas maneras.

—Los alrededores del castillo están llenos de árboles, talaremos algunos de ellos.

—¿Talar los árboles también? —dijo St. Aubert.

—Ciertamente. ¿Por qué no? Son un estorbo para mi proyecto. Hay un castaño que extiende sus ramas por todo el lado sur del castillo y que es tan viejo que me dicen que en el interior de su tronco cabría una docena de hombres. Tu entusiasmo se vería reducido si te dieras cuenta de que no sirve para nada y que no hay belleza alguna en un árbol tan viejo como ése.

—¡Dios mío! —exclamó St. Aubert—. ¡No es posible que destruyas ese noble castaño que ha florecido durante siglos para gloria de aquellos dominios! Ya era un árbol maduro cuando fue construida la mansión actual. ¡Cuántas veces, en mi juventud, he subido por sus anchas ramas y me he sentado entre un mundo de hojas, mientras caía un fuerte chubasco sin que me alcanzara una sola gota de lluvia! ¡Cuántas veces he estado sentado con un libro en la mano, a ratos leyendo y a ratos mirando entre las ramas a todo el ancho paisaje, con el sol que se ocultaba, con la llegada del crepúsculo, que traía a los pájaros a sus pequeños nidos colocados entre las hojas! ¡Cuántas veces:..!, pero, perdóname —añadió St. Aubert, recordando que estaba hablando a un hombre que ni podía comprender ni participar de sus sentimientos—, hablaba de épocas y puntos de vista tan anticuados como el de la satisfacción de conservar ese árbol venerable.

—Desde luego que pienso talarlo —dijo monsieur Quesnel—, creo que plantaré algunos álamos de Lombardía en el sendero que abriré hasta el paseo central; a madame Quesnel le gustan mucho los álamos y siempre me habla de lo que adornan la villa de su tío, cerca de Venecia.

—En las orillas del Brenta —continuó St. Aubert—, donde se mezclan con los pinos y los cipreses y contrastan con la luz en los pórticos elegantes y en las columnatas, en las que, incuestionablemente, adornan el escenario; pero entre los gigantes del bosque y cerca de una amplia mansión gótica...

—No voy a discutir contigo —dijo monsieur Quesnel—, tienes que volver a París

antes de que nuestras ideas puedan coincidir. Pero a propósito de Venecia, he pensado que tal vez vaya el próximo verano; los acontecimientos puede que hagan que tome posesión de esa villa, que, según me dicen, es más encantadora de lo que se puede imaginar. En tal caso, dejaría las mejoras que te he mencionado para otro año y tal vez me decidiera a pasar algún tiempo en Italia.

Emily se quedó sorprendida al oír que estaba tentado de quedarse en el extranjero, cuando acababa de mencionar que su presencia en París era tan necesaria que le resultaba difícil escapar durante uno o dos meses; pero St. Aubert comprendió su necesidad de darse importancia para asombrarse de ello, y la posibilidad de que sus proyectadas mejoras pudieran ser diferidas le dio la esperanza de que tal vez nunca llegaría a realizarlas.

Antes de que se separaran para pasar la noche, monsieur Quesnel manifestó su deseo de hablar a solas con St. Aubert, y se retiraron a otra habitación, en donde permanecieron bastante tiempo. El tema de su conversación no fue conocido; pero, fuera lo que fuera, St. Aubert regresó bastante alterado a la habitación anterior. Una sombra de preocupación que cubría su rostro alarmó a madame St. Aubert. Cuando se quedaron solos sintió la tentación de preguntarle, pero su delicadeza, que había sido siempre una norma de su conducta, la detuvo.

Consideró que si St. Aubert hubiese querido informarla del tema que le preocupaba no habría esperado a su pregunta.

Al día siguiente, antes de que monsieur Quesnel se marchara, tuvo una nueva reunión con St. Aubert.

Los visitantes, después de cenar en el castillo, emprendieron su viaje a Epourville en la hora más fresca del día, invitando a monsieur y madame St. Aubert a que les visitaran, más por la vanidad de hacer exhibición de su esplendor que por el deseo de hacerles felices.

Emily volvió con delectación a la libertad que su presencia había impedido, a sus libros, a sus paseos y a sus conversaciones con monsieur y madame St. Aubert, que no parecían menos felices después de liberarse de la arrogancia y frivolidad que les había sido impuesta.

Madame St. Aubert se excusó al no compartir su habitual paseo de la tarde, quejándose de que no se encontraba bien, y St. Aubert y Emily marcharon juntos.

Se dirigieron hacia las montañas con la intención de visitar a unos viejos pensionistas de St. Aubert, a los que ayudaba económicamente pese a sus limitados ingresos, aunque es probable que monsieur Quesnel, con sus amplios recursos, no hubiera pensado en ello.

Después de distribuir entre los pensionistas sus estipendios semanales, de escuchar pacientemente las quejas de alguno, de aliviar los males de otros y de suavizar el descontento de todos con una mirada de simpatía y la sonrisa benevolente,

St. Aubert volvió a casa cruzando los bosques,

donde
a la caída de la tarde la gente corriente se apretuja,
en juegos varios y jarana para pasar
la noche de verano, como dicen los cantos populares [6].

—El aspecto del bosque por la tarde me ha gustado siempre —dijo St. Aubert, cuya mente experimentaba la dulce calma que proporciona la conciencia de haber hecho una acción benéfica y que predispone a recibir compensaciones de todo lo que nos rodea—. Recuerdo que en mi juventud este ambiente despertaba en mí miles de visiones fantásticas y de imágenes románticas; y, debo decir, que aún no soy insensible al entusiasmo que despierta el sueño del poeta. Puedo animarme, con pasos solemnes, bajo las profundas sombras, que envían la mirada hacia la distante oscuridad, y escuchar con emoción temblorosa el místico murmullo de los árboles.

—¡Oh, mi querido padre! —dijo Emily, mientras una lágrima inesperada brotaba de sus ojos—, ¡con qué exactitud has descrito lo que yo he sentido tantas veces y que creía que nadie había compartido! ¡Pero, silencio! ¡Aquí llega el sonido del viento entre las copas de los árboles, ahora desaparece, y qué solemne es el silencio que le sigue! ¡Ahora vuelve de nuevo la brisa! Es como la voz de un ser supernatural, la voz del espíritu de los bosques, que cuida de ellos durante la noche. ¿Qué luz es aquella? Ya se ha ido. Y vuelve a brillar, cerca de las raíces de ese castaño. ¡Mira!

—Admiras tanto la naturaleza —dijo St. Aubert—, y sabes tan poco de sus apariciones, que no te has dado cuenta de que era una luciérnaga. Pero vamos, da unos pocos pasos, y tal vez veamos a las hadas. Suelen ir juntas. Las luciérnagas les prestan su luz, y ellas las encantan con música y danzas. ¿No las ves saltando por ahí? Emily se echó a reír.

—Bien, padre mío —dijo—, ya que te permites esa broma, me anticipo y casi me atrevo a repetirte unos versos que compuse una tarde entre estos mismos árboles.

—No —replicó St. Aubert—, retira ese *casi* y escuchemos qué fantasías han estado rondando por tu cabeza. Si la luciérnaga te ha dado algo de su magia, no tendrás que envidiar la de las hadas.

—Si tienen fuerza suficiente para merecer tu aprobación —dijo Emily—, no tendré que envidiarlas. Los versos los he escrito en una medida que pensé que correspondía al tema, pero me temo que son demasiado irregulares.

LA LUCIÉRNAGA

¡Qué grata es la sombra mate de la luciérnaga

en la tarde de verano, cuando ha cesado la fresca lluvia;
cuando se derraman los rayos amarillos, y centellea en la ciénaga,
y la luz la devora rápida en el aire limpio!
Pero más bonita, más bonita aún, cuando el sol se oculta para descansar,
y viene el crepúsculo, con las hadas tan alegres
y ligeras por el paseo del bosque, donde las flores, desprevenidas
no inclinan sus altas cabezas bajo su alegre juego.
Con los sonidos más suaves de la música, bailan sin cesar,
hasta que la luz de la luna desciende entre las hojas trémulas
y las proyecta en el suelo, y se encaminan al cenador,
al cenador embrujado, en el que se queja el ruiseñor.
Entonces ya no baila, hasta que concluye su triste canción,
y, silenciosas como la noche, asisten a su funeral;
y a menudo, cuando sus notas moribundas alcanzan su piedad,
prometen defender de los mortales todos sus recintos sagrados.
Cuando, abajo entre las montañas, se oculta la estrella de la tarde
y la luna voluble abandona su esfera de sombras,
¡qué tristes estarían, aunque sean hadas,
si yo, con mi luz pálida, no me acercara!
Pero, aunque estarían tristes, ¡son ingratas con mi amor!
Porque, con frecuencia, cuando al viajero le llega la noche en su camino,
y yo centelleo en su sendero, y le guiaría por la arboleda,
me envuelven en sus mágicos hechizos para desviarle;
y dejarle en el lodo, hasta que todas las estrellas se apagan,
mientras, en formas muy extrañas, saltan por el suelo,
y, lejos en el bosque, producen un grito desmayado,
¡hasta que me enojo de nuevo en mi celda, por temor al sonido!
Pero, mira cómo todos los duendes vienen danzando en corro,
con el alegre, alegre caramillo, y el tambor, y el cuerno,
y la pandereta tan ligera, y el laúd con armoniosa cuerda:
van dando vueltas al roble hasta que asome la mañana.
Allí abajo, en la ciénaga, dos amantes se esconden, para evitar a la reina de las hadas,
que frunce el ceño ante sus promesas de matrimonio, y tiene celos de mí,
que ayer por la tarde los alumbré, por el césped con rocío,
para buscar la flor púrpura con cuyo jugo se liberan los hechizos.
y ahora, para castigarme, hace que se aleje la banda festiva,
con el alegre, alegre caramillo, y el tambor, y el laúd;
y si serpenteo cerca del roble moverá su varita mágica,

y cesará para mí la danza, y la música quedará muda.
¡Oh, si tuviera la flor púrpura cuyas hojas deshacen sus encantamientos,
y supiera sacar el jugo corno los duendes, y lanzarlo al viento,
ya no sería su esclava, ni el engaño del viajero,
y ayudaría a todos los amantes fieles, y no temería a las hadas!
Pero pronto el vapor de los bosques se alejará,
la inconsistente luna se apagará y desaparecerán las estrellas,
entonces se pondrán tristes, aunque sean hadas,
¡si yo, con mi luz pálida, no me acerco!

Pensara lo que pensara St. Aubert de las estrofas, no podía negar a su hija el placer de que creyera que las aprobaba; y después de su comentario, se sumió en los recuerdos y siguieron paseando en silencio.

Un débil y erróneo rayo
brillando desde la imperfecta superficie de las cosas,
medio despedía una imagen en el ojo forzado,
mientras que bosques ondulados, y pueblos, y arroyos,
y rocas, y cumbres de montañas, que retienen desde siempre
el brillo ascendente, se unen en una escena flotante, incierta si se mira [7].

St. Aubert continuó silencioso hasta que llegaron al castillo, donde su esposa se había retirado a sus habitaciones. La languidez y el desánimo que la habían oprimido últimamente, y que había logrado superar por la llegada de sus invitados, volvía ahora con mayor intensidad. Al día siguiente aparecieron síntomas de fiebre. St. Aubert, que había mandado llamar al médico, fue informado de que su trastorno era debido a una fiebre de la misma naturaleza de la que él se acababa de recuperar. No había duda de que se le había contagiado la infección durante el tiempo en que estuvo atendiéndole, y que debido a la debilidad de su constitución no había superado la enfermedad inmediatamente. La tenía en sus venas y le causaba la pesada languidez de la que se venía aquejando. St. Aubert, cuya ansiedad por su esposa oscureció cualquier otra preocupación, retuvo al médico en casa. Recordó los sentimientos y las reflexiones que tanto le habían afectado el día que visitaron por última vez el pabellón de pesca en compañía de madame St. Aubert, y tuvo el presentimiento de que aquella enfermedad sería fatal. Se lo ocultó a ella y a su hija, a la que se imponía reanimar con esperanzas. El médico, al ser preguntado por St. Aubert sobre su opinión relativa a la enfermedad, contestó que el desarrollo dependía de circunstancias de las que no podía estar seguro. Madame St. Aubert parecía tener una opinión más concreta, pero sus ojos sólo expresaron leves indicios.

Con frecuencia los dejaba fijos en sus inquietos amigos con acentos de piedad y de ternura, como si anticiparan la pena que les esperaba, y parecían decir que era sólo por ellos, por sus sufrimientos, por los que le pesaba la vida. Al séptimo día, la enfermedad hizo crisis. El médico asumió un aire de preocupación que ella advirtió y tomó como pretexto, en un momento en que su familia había salido de la habitación, para decirle que se daba cuenta de que su muerte se aproximaba.

—No tratéis de engañarme —dijo ella—, siento que no podré sobrevivir mucho más. Estoy preparada para ello. Desde hace mucho lo he esperado. Teniendo en cuenta que no voy a vivir mucho, no cometáis el compasivo error de animar a mi familia con falsas esperanzas. Si lo hacéis, su aflicción será mayor cuando todo ocurra. Me animaré a enseñarles a tener resignación con mi ejemplo.

El médico se sintió muy afectado, pero prometió obedecerla. Le dijo a St. Aubert, tal vez con cierta brusquedad, que no había esperanzas. Este último no poseía la suficiente filosofía para contener sus sentimientos cuando recibió esta información; pero la consideración del aumento de los sufrimientos que podría ocasionar en su esposa el observar su dolor, le permitió, pasado algún tiempo, dominarse en su presencia. Emily se sintió vencida al saberlo; después, engañada por la fuerza de sus deseos, se llenó con la esperanza de que su madre podría recuperarse y a esta idea se aferró casi hasta el último momento.

El progreso de la enfermedad se reflejaba, por parte de madame St. Aubert, en la paciencia de sus sufrimientos. La compostura con la que esperaba la muerte sólo podía ser consecuencia de una mirada retrospectiva a una vida gobernada, tanto como la fragilidad humana lo permite, por la conciencia de haber estado siempre en presencia de Dios y por la esperanza en un mundo mejor. Pero su piedad no podía evitar enteramente el dolor de abandonar a aquellos a los que tan profundamente amaba. Durante aquellas sus últimas horas, conversó mucho con St. Aubert y Ernily sobre el futuro y otros temas religiosos. La resignación que expresaba, con la firme esperanza de encontrarse en un mundo futuro con los amigos que había dejado en éste, y el esfuerzo que a veces tenía que hacer para ocultar su pena por esta separación temporal, afectaba con frecuencia a St. Aubert, obligándole a salir de la habitación. Tras unas lágrimas a solas, regresaba con el rostro sereno a aquel escenario que aumentaba su dolor.

Hasta aquellos momentos nunca había sentido Emily la importancia de las lecciones que le habían enseñado a contener su sensibilidad, y nunca las había practicado con un triunfo tan completo. Pero cuando pasó la última hora, se sintió hundida bajo el peso de su dolor y comprendió que había sido la esperanza, tanto como la fortaleza, las que la habían sostenido. St. Aubert estuvo algún tiempo demasiado necesitado de consolarse a sí mismo para poder hacerlo con su hija.

Capítulo II

Podría revelar una historia, cuya palabra más leve atormentaría tu alma.

SHAKESPEARE

Madame St. Aubert fue enterrada en la iglesia del pueblo próximo; su esposo y su hija la acompañaron hasta la tumba, seguidos por u na larga fila de campesinos que sentían sinceramente la desaparición de aquella excelente mujer.

Al regresar del funeral, St. Aubert se encerró en su habitación. Cuando salió, su rostro estaba sereno, aunque con la palidez del dolor. Dio instrucciones para que se reuniera la familia. Sólo estuvo ausente Emily, que oprimida por la escena de la que acababa de ser testigo, se había retirado a su habitación para llorar a solas. St. Aubert la siguió a donde estaba; cogió su mano en silencio, mientras ella continuaba llorando, y pasaron algunos momentos antes de que pudiera dominar su voz y hablar. En tono tembloroso, dijo:

—Mi Emily, voy a rezar con mi familia; te unirás a nosotros. Tenemos que pedir al cielo su ayuda. ¿En qué otra parte podríamos buscarla?, ¿en qué otra parte podríamos encontrarla?

Emily secó sus lágrimas y siguió a su padre hasta el salón en donde se habían reunido los sirvientes. St. Aubert leyó, con voz baja y solemne, los rezos de la tarde y añadió una oración por el alma de la desaparecida. Mientras lo hacía, su voz se quebró con frecuencia, sus lágrimas cayeron sobre el libro, y finalmente se detuvo. Pero las sublimes emociones de la devoción pura elevaron gradualmente sus pensamientos por encima de este mundo hasta llevar el consuelo a su corazón.

Cuando terminaron de rezar y los criados se retiraron, besó tiernamente a Emily y dijo:

—Me propuse enseñarte, desde tus primeros años, el deber de dominarse. Te he señalado su gran importancia en la vida, no sólo porque nos preserva de tentaciones varias y peligrosas que podrían apartamos de la rectitud y la virtud, sino porque en los límites de lo que nos podemos tolerar están los de la virtud. Cuando nos excedemos llegamos al vicio y a su consecuencia, que es el mal. Todos los excesos son malos, incluso los de la pena, que admirable en su origen, se convierte en una pasión egoísta e injusta y nos lleva a liberamos de nuestros deberes. Y por nuestros deberes entiendo los que tenemos con nosotros mismos y con los demás. La

complacencia excesiva en el dolor inquieta la mente y casi la incapacita para volver a participar en las inocentes satisfacciones que la benevolencia de Dios ha establecido para ser el sol resplandeciente de nuestras vidas. Mi querida Emily, recuerda y practica los preceptos que te he dado con tanta frecuencia y que tu propia experiencia te ha mostrado para tu bien.

»Tu penar es inútil. No creas que esto es solamente un lugar común, sino que la razón debe controlar el dolor. No trato de ahogar tus sentimientos, hija mía, sólo trato de enseñarte a que los domines. Porque, cualesquiera que sean los males que pueda traer un corazón demasiado susceptible, nada se puede esperar de uno insensible; y, por otra parte, todo es vicio cuando se busca el consolarse sin una posibilidad de bondad. Conoces mis sufrimientos y estás convencida de que las mías no son simples palabras, en esta ocasión, aunque las haya repetido para destruir incluso las fuentes de la emoción más honesta, o para mostrar una ostentación egoísta de falsa filosofía. Quiero que veas que puedo cumplir con lo que aconsejo. Y te he dicho todo esto porque no puedo verte perdida en un dolor inútil, y no lo he dicho hasta ahora porque hay un tiempo en el que es razonable que cedamos a la naturaleza. Ése ha pasado, y el excederse puede convertirse en hábito, con lo que se mermaría la elasticidad del espíritu hasta que fuera imposible recuperarse. Emily, debes estar dispuesta a evitarlo.

Emily sonrió a su padre a través de las lágrimas:

—Querido padre —dijo con voz temblorosa—, te demostraré que merezco ser tu hija.

Pero una mezcla de emociones de gratitud, afecto y pesar la envolvió. St. Aubert dejó que llorara sin interrumpirla y después empezaron a hablar de temas generales.

La primera persona que vino a presentar sus condolencias a St. Aubert fue monsieur Barreaux, un hombre austero y que parecía no tener sentimientos. Se habían conocido por su interés en la botánica y se habían encontrado con frecuencia en sus paseos por las montañas. Monsieur Barreaux se había retirado del mundo, y casi de la sociedad, para vivir en un castillo muy agradable en las faldas de los bosques, cerca de La Vallée. También se sentía desilusionado con la humanidad; pero, al contrario que St. Aubert, no sentía piedad o consideración por los demás, sentía más indignación por sus voces que compasión por su debilidad.

St. Aubert se vio algo sorprendido a su llegada; ya que, aunque le había pedido en varias ocasiones que fuera al castillo, nunca hasta entonces había aceptado la invitación; y ahora se presentaba sin ceremonias o reservas, entrando en el salón como un viejo amigo. La llamada de la desgracia parecía haber suavizado toda la rudeza y prejuicios de su corazón. La infelicidad de St. Aubert había sido la única idea que había ocupado su mente. Era en sus maneras más que en sus palabras, como parecía capaz de mostrar su simpatía por sus amigos. Habló poco de la causa de su dolor, pero el minuto de atención que le concedió y la modulación de su voz y la

mirada amable que la acompañaba, procedía de su corazón y se dirigían al de ellos.

En este período de tristeza, St. Aubert fue igualmente visitado por madame Cheron, la única hermana que le vivía, que llevaba viuda varios años y ahora residía en su propiedad cercana de Toulouse. Sus entrevistas no habían sido frecuentes. En sus condolencias no hacían falta palabras; ella no tenía plena conciencia de esa mirada mágica que habla de inmediato al alma o de la voz que actúa como un bálsamo en el corazón; pero supo expresar a St. Aubert toda su simpatía, elogió las virtudes de su esposa desaparecida y les ofreció lo que ella consideraba como consuelo. Emily lloró incesantemente mientras hablaba. St. Aubert estuvo tanquilo, escuchando en silencio lo que decía y después cambió de tema.

Al marcharse insistió, tanto en él como en su sobrina, para que le hicieran una pronta visita.

—El cambio de ambiente os entetendrá &mdhash;dijo&mdhash;, y no es bueno dejarse llevar por el dolor

St. Aubert reconoció naturalmente la verdad de sus palabras; pero, al mismo tiempo, se sintió más reacio que nunca a dejar aquel lugar que había quedado consagrado a su pasada felicidad. La presencia de su mujer había santificado cada rincón del castillo y, cada día, mientras se suavizaba gradualmente la intensidad de sus sufrimientos, se dejaba llevar por el tierno encanto que le unía a aquella casa.

Pero hubo algunas visitas más difíciles de soportar. Una de ellas fue la de su cuñado, mosieur Quesenl. Un asunto de gran interés le obligó a retrasar su viaje y en su deseo de liberar a Emily de sus emociones, se la llevó con él a Epourville. Mientras el carruaje entraba por el bosque que rodeaba los dominios que habían sido de su padre, sus ojos aceptaron una vez más, desde la avenida de castaños, los torreones que adornaban los esquinazos del castillo. Suspiro al pensar en todo lo que había pasado desde la última vez que había estado allí y en que aquella era ahora propiedad de un hombre que ni lo reverenciaba ni lo valoraba.

Entraron en el camino, cuyos árboles tanto le habían hecho disfrutar cuando era niño y cuya sombra melancólica se correspondía ahora con el pesar de su espíritu. Cada detalle del edificio, que se distinguía por su aire de pesada grandeza, iba apareciendo sucesivamente entre las ramas de los árboles; en ancho torreón, el arco de la entrada que conducía a los patios, el puente levadizo y el pozo seco que lo rodeaba todo.

El ruido de las ruedas del carruaje hizo que saliera un numeroso grupo de criados a la entrada, donde St. Aubert se apeó y desde la que condujo a Emily hacia el vestíbulo gótico en el que ya no colgaban las armas ni las antiguas banderas de la familia. Las habían quitado y el artesonado de roble estaba pintando de blanco. Tampoco estaba la gran mesa que solía ocupar el último tramo del vestíbulo, en la que el amo de la mansión hacía gala de su hospitalidad y en la que corría la risa, y la

canción de convivencia que había sonado tantas veces. Incluso los bancos que rodeaban la habitación ya no estaban allí. Los pesados muros habían sido decorados con ornamentos frívolos y cada detalle denotaba el gusto falso y los sentimientos corrompidos de su dueño actual.

St. Aubert siguió a un alegre criado parisino hasta un salón, en el que se encontraban sentados monsieur y madame Quesnel, que le recibieron con educación artificial y que tras unas pocas palabras formales de condolencia parecían haber olvidado que tenían una hermana.

Emily sintió que se le saltaban las lágrimas, pero eran por cierto resentimiento. St. Aubert, en calma y deliberadamente, mantuvo su dignidad sin asumir importancia, y Quesnel se sintió deprimido por su presencia sin conocer exactamente la causa.

Después de una conversación general, St. Aubert solicitó hablar con él a solas; y Emily, al quedarse con madame Quesnel, no tardó en enterarse de que gran número de invitados acudirían al castillo y tuvo que oír que nada de lo que había pasado, que era irremediable, podía impedir la fiesta que se había organizado.

St. Aubert, al enterarse de que tendrían compañía, sintió tal emoción, mezcla de disgusto e indignación contra la insensibilidad de Quesnel, que se dispuso a regresar a su casa inmediatamente. Pero fue informado de que también acudiría madame Cheron para reunirse con él. Cuando miró a Emily consideró que había llegado el momento en que la enemistad de su tío podía ser perjudicial para ella, y decidió no incurrir con su conducta en lo que podía ser juzgado como indecoroso por las mismas personas que en aquel momento mostraban tan poco sentido del decoro.

Entre los visitantes reunidos en la cena había dos caballeros italianos de los que uno, llamado Montoni, era pariente lejano de madame Quesnel. Un hombre de unos cuarenta años, de belleza poco común, con aspecto varonil y expresivo, pero cuyo rostro exhibía, por encima de todo, más la arrogancia de la imposición y la rapidez de discernimiento que cualquier otra característica.

El signor Cavigni, su amigo, parecía tener alrededor de los treinta, inferior en dignidad, pero igual que él en la agudeza de su rostro y superior en la insinuación de sus maneras.

Emily se sorprendió al oír cómo madame Cheron saludaba a su padre.

—Querido hermano —dijo—, me preocupa verte tan enfermo; ¡no debes abandonarte!

St. Aubert contestó, con una sonrisa melancólica, que se sentía como siempre; pero los temores de Emily le hicieron ver entonces que el aspecto de su padre era peor de lo que él decía.

Si el ánimo de Emily no hubiera estado tan oprimido, se habría divertido con las nuevas personas que conoció y la variedad de la conversación que mantuvieron durante la cena, que fue servida en un estilo de esplendor que sólo muy raramente

había visto antes. De los invitados, el signor Montoni había venido recientemente de Italia y habló de las conmociones que agitaban el país, y de los diferentes partidos con mucho calor, y lamentó después las probables consecuencias de los tumultos. Su amigo habló con un ardor similar de la política de su país; alabó al gobierno y la prosperidad de Venecia, y destacó su decidida superioridad sobre el resto de los estados italianos. Se volvió entonces hacia las damas y habló, con la misma elocuencia de las modas parisinas, de la ópera fra ncesa [8] y de las costumbres de aquel país, y en este último tema no dejó de citar lo que es tan particularmente agradable para el gusto francés. La adulación no fue detectada por aquellas a las que iba dirigida, aunque su efecto al producir una atención sumisa, no escapó a su observación. Cuando pudo liberarse de la asiduidad de otras damas, se dirigió en ocasiones a Emily; pero ella no sabía nada sobre las modas parisinas o sobre las óperas; y su modestia, sencillez y maneras correctas formaron un decidido contraste con las de sus compañeras femeninas.

Después de cenar, St. Aubert se escapó de la habitación para ver una vez más el viejo castaño que Quesnel hablaba de talar. Según estaba bajo su sombra y miraba entre las ramas, vio aquí y allá los fragmentos de cielo azul temblando entre sus hojas; los acontecimientos de sus primeros años cruzaron por su mente, con los rostros y el aspecto de sus amigos, muchos de ellos fuera ya de este mundo, y se sintió como un ser aislado que sólo contaba con Emily para confiar su corazón.

Se vio perdido entre las escenas de aquellos años que volvían a su imaginación, hasta que su sucesión se centró en el cuadro de su esposa moribunda. Regresó para intentar olvidarlo, si es que era posible.

St. Aubert ordenó que prepararan su carruaje a una hora temprana, y Emily observó que estaba más silencioso que de costumbre en su camino de regreso, pero pensó que era el efecto de su visita a un lugar que le hablaba tan elocuentemente de su juventud, sin sospechar cuál era la causa de la pesadumbre que él le había ocultado.

Al entrar en el castillo Emily se sintió más deprimida que nunca porque echó aún más de menos la presencia de su querida madre. Siempre que había salido de aquella casa, había sido recibida a su regreso con sus sonrisas y cariño. Ahora todo estaba en silencio y desamparado.

Lo que la razón y el esfuerzo no puede conseguir, lo logra el tiempo. Según pasaba semana tras semana, cada una de ellas se llevaba algo de la intensidad de su aflicción, hasta que se fue concentrando en la ternura de lo que el corazón considera como sagrado. St. Aubert, por el contrario, declinaba visiblemente.

Emily, que había estado en todo momento a su lado, fue la última persona en advertirlo. Su constitución no se había recuperado del todo del último ataque de fiebre y el disgusto por la muerte de madame St. Aubert había reproducido su nueva

enfermedad. El médico le ordenó que viajara, ya que era evidente que la pena se había apoderado de sus nervios, ya debilitados por su situación anterior. El cambio de escenario podría, al distraer su mente, colaborar en su recuperación.

Durante varios días Emily estuvo ocupada en atenderle, y él, por su parte, analizando lo que sería mejor durante su viaje, lo que le decidió al final a despedir al servicio. Emily rara vez se oponía a los deseos de su padre con preguntas o manifestaciones, ya que en otro caso le hubiera preguntado por qué no llevaba con él a un criado, si hubiera comprendido que su mala salud lo hacía casi necesario. Pero cuando la víspera de su marcha supo que había despedido a Jacques, Francis y Mary, reteniendo sólo a Therese, la vieja ama de llaves, se mostró extremadamente sorprendida y le preguntó las razones que había tenido para ello.

—Para ahorrar gastos, hija mía —replicó—, vamos a hacer un viaje muy caro.

El médico le había prescrito los aires de Languedoc y Provenza; y St. Aubert decidió, en consecuencia, viajar lentamente por las costas del Mediterráneo hacia Provenza.

La noche antes de su marcha se retiraron temprano a sus habitaciones. Emily tenía que recoger algunos libros y otras cosas, y ya habían dado las doce cuando terminó, recordando entonces que algunos de los útiles de dibujo que quería llevarse estaban en el salón de abajo. Al dirigirse a cogerlos, pasó por la habitación de su padre, advirtiendo que la puerta estaba algo abierta, de lo que dedujo que estaría en su estudio, ya que desde la muerte de madame St. Aubert, había sido frecuente que se levantara de la cama al no poder dormir y se refugiara allí a pensar. Cuando llegó al final de las escaleras echó una mirada a la habitación, sin encontrarle. Al regresar, dio unos golpes en su puerta, sin recibir contestación, por lo que entró sin hacer ruido para asegurarse de que estaba allí.

La habitación estaba a oscuras, pero una ligera luz atravesaba unos paneles de cristal situados en la parte superior de una puerta. Emily creyó que su padre estaba en el gabinete y se sorprendió de que siguiera levantado, sobre todo al no encontrarse bien, por lo que decidió preguntarle. Considerando que su entrada inesperada a aquella hora pudiera alarmarle, dejó la luz que llevaba en la escalera y entró de puntillas hacia el gabinete. Al mirar por los paneles de cristal, le vio sentado ante una mesa pequeña, llena de papeles, algunos de los cuales estaba leyendo con la más profunda atención e interés, mientras lloraba o suspiraba en voz alta. Emily, que se había acercado a la puerta para saber si su padre estaba enfermo, se detuvo allí con una mezcla de curiosidad y ternura. No podía verle sufrir sin estar ansiosa por conocer la causa de aquello, por lo que continuó observándole en silencio. Por último, pensó que los papeles serían cartas de su madre. En aquel momento él se arrodilló y con gesto solemne, que sólo en muy raras ocasiones le había visto asumir, y con una expresión mezcla más de horror que de ninguna otra causa, estuvo rezando

en silencio bastante tiempo.

Al levantarse, una extraña palidez cubría su rostro. Emily se preparaba para retirarse, pero vio cómo volvía a mirar los papeles y se detuvo. De entre ellos sacó una caja pequeña y de ésta una miniatura. El rayo de luz cayó con fuerza sobre ella y pudo ver que era el retrato de una mujer, pero no el de su madre.

St. Aubert miraba con ternura la miniatura, la puso en sus labios y después en su corazón, lanzando un profundo suspiro. Emily no podía creer que lo que estaba viendo era real. Hasta entonces no había sabido que él tuviera el retrato de una mujer que no fuera su madre, y menos aún que evidentemente lo valorara tanto.

Después de mirarlo repetidamente, para estar segura de que no se parecía a madame St. Aubert, quedó enteramente convencida de que correspondía a otra persona.

Por fin, St. Aubert guardó el retrato en la caja, y Emily, recordando que estaba entrometiéndose en sus problemas privados, salió en silencio de la habitación.

Capítulo III

¡Oh, cómo puedes renunciar a la abundancia infinita
de encantos que la naturaleza a sus votos otorga!
El canoro bosque, la resonante playa,
la pompa de la enramada, y el adorno de los campos;
todo lo que ilumina el alegre rayo de la mañana,
y todo lo que resuena en la canción apacible;
todo lo que resguarda el seno protector de la montaña,
y toda la asombrosa magnificencia del cielo.
¡Oh, cómo puedes renunciar y esperar ser perdonado!
... ...
Estos encantos influirán en la salud eterna de tu alma
y te darán amor, y la dulzura, y felicidad.

THE MINSTREL [9]

St. Aubert, en lugar de tomar el camino más directo, que corre a lo largo del pie de los Pirineos a Languedoc, e ligió uno que, bordeando las alturas, permite vistas más amplias y mayor variedad de escenarios románticos. Se desvió un poco de su camino para despedirse de monsieur Barreaux, al que encontró en sus trabajos de botánica en un bosque cercano a su castillo, y quien, cuando fue informado de los propósitos de la visita de St. Aubert, expresó un grado de preocupación que su amigo nunca hubiera creído posible que sintiera en tal ocasión. Se separaron con mutuo sentimiento.

—Si hay algo que pudiera haberme tentado en mi retiro —dijo monsieur Barreaux— habría sido el placer de acompañaros en esa pequeña gira. No suelo ofrecer cumplidos, por lo que podéis creerme cuando os digo que esperaré vuestro regreso con impaciencia.

Los viajeros continuaron su camino. Según subían, St. Aubert volvió varias veces la vista hacia el castillo, que quedaba en la llanura; tiernas imágenes cruzaron su mente y su melancólica imaginación le sugirió que no regresaría. Así estuvo volviéndose continuamente para mirar, hasta que la imprecisión de la distancia unió su casa al resto del paisaje, y St. Aubert parecía

«Arrastrar en cada paso una prolongada cadena.»

Él y Emily continuaron sumidos en silencio durante algunas leguas, del que

Emily fue la primera en despertar, y su imaginación juvenil, conmovida por la grandeza de todo lo que les rodeaba, fue cediendo gradualmente a impresiones más gratas.

El camino descendía hacia los valles, abiertos entre los tremendos muros de roca, grises y áridos, excepto donde los arbustos ocupan sus cumbres o zonas de vegetación cubren sus recesos, en los que es frecuente ver saltar a las cabras.

El camino les llevaba hacia las elevadas cumbres, desde las que el paisaje se extendía en toda su magnificencia.

Emily no podía contener su emoción al ver los bosques de pinos en las montañas sobre las vastas llanuras, que, enriquecidas con árboles, pueblos, viñedos, plantaciones de almendros, palmeras y olivos, se extendían a todo lo largo, hasta que sus variados colores se mezclaban en la distancia en un conjunto armonioso que parecía unir la tierra con el cielo. A través de toda aquella escena gloriosa se movía el majestuoso Garona, descendiendo desde su nacimiento entre los Pirineos y lanzando sus aguas azules hacia la bahía de Vizcaya.

La rudeza de aquel camino nada frecuentado obligaba en ocasiones a los viajeros a bajarse de su pequeño carruaje, pero se sentían ampliamente compensados de estas pequeñas inconveniencias por la grandeza de las escenas; y, mientras el mulero conducía a los animales lentamente sobre el suelo abierto, los viajeros disfrutaban de la soledad y se complacían en reflexiones sublimes, que suavizan, mientras elevan, el corazón y ¡lo llenan con la certeza de la presencia de Dios! No obstante, St. Aubert parecía rodeado de esa melancolía pensativa que da a cada objeto un tinte sombrío y que hace que se desprenda un encanto sagrado de todo lo que nos rodea.

Se habían preparado contra la maldad que puede encontrarse en las posadas, llevando amplias provisiones en el carruaje, de manera que pudieran tomar un refrigerio en cualquier lugar agradable, al aire libre, y pasar las noches en cualquier parte en que se encontraran con una cabaña confortable. Para la mente también se habían provisto de un trabajo sobre botánica, escrito por monsieur Barreaux y de varios de poetas latinos e italianos; mientras el lápiz de Emily le permitía observar algunas de aquellas combinaciones de formas que la ilusionaban a cada paso.

La soledad de aquel camino, en el que sólo de vez en cuando se cruzaban con algún campesino con su mula, o con los hijos de algún montañero jugando en las rocas, ennoblecía los efectos de aquel escenario. St. Aubert estaba tan conmovido por ello que decidió, si se enteraba de la existencia de algún camino, penetrar más entre las montañas, torciendo su dirección hacia el sur, para salir por el Rosellón y costear el Mediterráneo por aquella parte hasta Languedoc.

Poco después del mediodía alcanzaron la cumbre de uno de aquellos riscos que, embellecidos con las ramas de las palmeras, adornan como gemas los tremendos muros de las rocas y desde los que se domina gran parte de Gascuña y parte de

Languedoc. Tenían sombra y las frescas aguas de un manantial que corría entre los árboles para precipitarse de roca en roca hasta que sus murmullos se perdían en el abismo, aunque la espuma blanca resaltaba en medio de la oscuridad de los pinos del fondo.

Era un lugar idóneo para descansar y los viajeros se apearon para cenar, y las mulas, liberadas de los arreos, saborearon las hierbas que enriquecían la cumbre.

Pasó algún tiempo antes de que St. Aubert o Emily pudieran retirar su atención de todo lo que les rodeaba para decidirse a tomar un pequeño refrigerio. Sentado a la sombra de las palmeras, St. Aubert le señaló el curso de los ríos, la situación de las grandes ciudades y el límite de las provincias, que el conocimiento, más que la vista, le permitía describir. Tras unos momentos en los que estuvo hablando, quedó silencioso y pensativo y unas lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Emily lo advirtió y la simpatía de su propio corazón le descubrió su causa. La escena que tenían ante ellos se parecía, aunque en mayor escala, a la favorita de la desaparecida madame St. Aubert, que se podía contemplar desde el pabellón de pesca. Los dos lo advirtieron y pensaron cómo habría disfrutado ante aquel paisaje, sabiendo que sus ojos no se abrirían más en este mundo. St. Aubert recordó la última vez que estuvieron juntos en aquel lugar, y también los tristes presagios que asaltaron su mente y que se habían cumplido. El recuerdo le conmovió y se levantó abruptamente, alejándose para que nadie pudiera ver su dolor.

Cuando regresó, su rostro había recuperado su serenidad habitual. Cogió la mano de Emily y la presionó afectuosamente, sin hablar. Al momento llamó al mulero, que estaba sentado a poca distancia y le preguntó algo sobre el camino que conducía al Rosellón a través de las montañas. Michael dijo que había varios, pero que no sabía hasta dónde llegaban ni si eran transitables. St. Aubert, que no tenía la intención de seguir viajando cuando se pusiera el sol, le preguntó a qué pueblo podrían llegar hacia esa hora. El mulero calculó que alcanzarían fácilmente Mateau, que se encontraba dentro del camino que estaban siguiendo; pero que, si se dirigían por el que conducía hacia el sur, hacia el Rosellón, había una cabaña que localizarían antes de que se hiciera de noche.

St. Aubert, tras algunas dudas, se decidió por la última dirección indicada, y Michael, al terminar su comida y colocar los arneses a las mulas, inició la marcha, pero no tardó en detenerse. St. Aubert le vio arrodillarse ante una cruz que había en una roca a un lado del camino. Terminadas sus oraciones, chasqueó el látigo en el aire, y pese a lo accidentado del camino y con pena por sus pobres mulas, se lanzó al galope por el borde de un precipicio que producía vértigo al mirarlo. Emily estaba aterrorizada y casi a punto de perder el conocimiento. St. Aubert, comprendiendo que era más peligroso tratar de detener al conductor inesperadamente, decidió seguir sentado en silencio y confiar su destino a la fortaleza y discreción de las mulas que

parecían poseer una gran porción de esto último, más que su amo, ya que condujeron a salvo a los viajeros hasta el valle, deteniéndose a orillas de un riachuelo que lo recorría.

Al dejar el esplendor de los extensos paisajes, entraban ahora en el estrecho valle rodeado por

> *«Rocas sobre rocas apilad as, como por un mágico encantamiento, aquí sacudidas por los rayos, allí con verde hied ra.»*

La escena de aridez se veía interrumpida de vez en cuando por las ramas extendidas de los cedros, que alargaban su sombra sobre rocas u ocultaban el torrente que corría por sus desniveles.

No se veía criatura alguna, excepto una lagartija, escondiéndose entre las rocas o asomándose por los puntos más peligrosos, sorprendida ante la llegada de los visitantes. Era una escena que habría elegido *Salvator* [10], de haber existido entonces, para sus lienzos; St. Aubert, impresionado por el carácter romántico del lugar, casi esperó que asomaran algunos bandidos por detrás de los salientes de las rocas, y llevó su mano hacia las armas con las que siempre viajaba.

Según avanzaban, el valle se fue abriendo y suavizando su aire salvaje, y, cuando concluía la tarde, se vieron rodeados de altas montañas que se perdían en la perspectiva lejana, con el solitario sonido de las esquilas y la voz del pastor llamando a su rebaño al acercarse la noche. Su cabaña, bajo la sombra de un alcornoque y de un acebo, que St. Aubert observó que florecía en regiones más altas que otros árboles, fue todo el refugio humano que se presentó ante ellos.

A lo largo del fondo del valle se extendía el más vivo verdor; y en un pequeño claro de las montañas, bajo la sombra de robles y de castaños, una parte del ganado pastaba. Otros grupos se repartían a lo largo de las orillas del riachuelo o lavaban sus costados en la fresca corriente y sorbían su agua.

El sol se ocultaba por encima del valle; sus últimas luces brillaban sobre las aguas y elevaban sus tintes amarillos y púrpura, mientras el calor y el bochorno se extendía por las montañas. St. Aubert preguntó a Michael a qué distancia estaban de la cabaña que había mencionado, pero el hombre no pudo contestarle con certeza, y Emily comenzó a temer que se hubiera equivocado de camino. En aquella zona no había ser humano alguno que pudiera ayudarles o dirigirles; ya habían rebasado al pastor y todo se fue llenando con la oscuridad del crepúsculo, al extremo de que no era posible distinguir casa o cabaña alguna en la perspectiva del valle. La luz del horizonte seguía asomando hacia el oeste y no servía de mucha ayuda a los viajeros. Michael parecía decidido a mantener su valor cantando; su música, sin embargo, no era de las que ayudan a ahuyentar la melancolía. En realidad era una especie de

cantinela triste y St. Aubert acabó por descubrir que se trataba de un himno de vísperas a su santo favorito.

Siguieron su camino, sumidos en una melancolía pensativa, en la que influía el crepúsculo y la soledad. Michael había concluido su cántico y no se oía más que el murmullo de la brisa entre los árboles y los costados del carruaje. Se alarmaron al oír el ruido de armas de fuego. St. Aubert indicó al mulero que se detuviera y se quedaron escuchando. El ruido no se repitió, pero oyeron pasos entre los helechos. St. Aubert sacó una pistola y ordenó a Michael que continuaran el camino lo más rápidamente posible. Acababa de obedecerle cuando oyeron el sonido de un cuerno que se repitió por el anillo de montañas. Miró de nuevo por la ventanilla y vio a un joven que salía de entre las matas hacia el camino, seguido de una pareja de perros. El desconocido iba vestido de cazador.

Su escopeta colgada al hombro y el cuerno de caza en su cinturón. Llevaba en la mano una pequeña pica, que daba un aspecto más varonil a su figura y que le servía para caminar con mayor rapidez.

Tras un momento de duda, St. Aubert detuvo de nuevo el carruaje y esperó a que se acercara con la intención de preguntarle por la cabaña que estaban buscando.

El desconocido le informó que estaba a una distancia de media legua y que él también se dirigía hacia allí, por lo que podría mostrarles el camino. St. Aubert le dio las gracias por su ofrecimiento y satisfecho con su aire de caballero y la sinceridad que mostraba su rostro, le pidió que se sentara con ellos en el coche. El desconocido, con frases de agradecimiento, declinó la oferta y añadió que iría al paso de las mulas.

—Pero me temo que no estarán muy cómodos —dijo—; los habitantes de estas montañas son gentes sencillas, que no sólo carecen de lujos, sino que casi no llegan a lo que en otros lugares se considera como necesario.

—Advierto que no sois uno de esos habitantes, señor —dijo St. Aubert.

—No, señor. Estoy recorriendo esta zona.

El carruaje siguió su camino y el aumento de la oscuridad hizo que los viajeros se sintieran agradecidos por haber encontrado un guía. Los frecuentes manantiales que descienden de las montañas habrían aumentado sus dudas. Al mirar hacia uno de ellos, Emily vio a gran distancia algo parecido a una nube brillante en el aire.

—¿Qué luz es esa de allí, señor? —dijo ella.

St. Aubert miró, comprobando que era la cumbre nevada de una montaña, mucho más alta que las que tenía alrededor, que seguía reflejando los rayos del sol, mientras que las otras más bajas estaban cubiertas por su sombra.

Poco después vieron las luces de un pueblo oscilando a través del polvo y en seguida descubrieron algunas cabañas en el valle, o, mejor, vieron su reflejo en la corriente en cuyas márgenes estaban situadas y que seguía brillando en la luz de la tarde.

El desconocido se acercó al carruaje y St. Aubert, tras nuevas preguntas, se informó no sólo de que no había posada en aquel lugar, sino que tampoco casa alguna en la que pudieran recibirles. No obstante, el desconocido se ofreció para acercarse y preguntar si había alguna cabaña en la que pudieran acomodarles. St. Aubert le expresó su agradecimiento y le indicó que al estar tan próxima la aldea, se apearía e iría con él. Emily les seguiría más lentamente en el carruaje.

Por el camino, St. Aubert le preguntó a su acompañante si había tenido éxito en la caza.

—No mucho, señor —replicó—, no he puesto tampoco mucho empeño. Me gusta esta zona y tengo el proyecto de pasar algunas semanas por estos parajes. Llevo a los perros más para que me acompañen que para cazar. Mi traje me da también el aspecto de cuáles son mis intenciones y me sirve para contar con el respeto de estas gentes, que tal vez no estarían tan dispuestas a ayudar a un desconocido solitario que no presentara motivos visibles para estar por aquí.

—Admiro vuestro gusto —dijo St. Aubert—, y si fuera más joven me habría encantado pasar unas pocas semanas como usted. Yo también soy un poco vagabundo, pero ni mis planes ni mis propósitos son los vuestros. Yo busco mi salud tanto como mi entretenimiento. —St. Aubert suspiró e hizo una pausa y después, como rehaciéndose, prosiguió—: Si puedo encontrar un camino tolerable, en el que haya algún lugar decente para descansar, tengo la intención de llegar hasta el Rosellón y, por la costa, a Languedoc. Parece, señor, que conocéis bien el país y tal vez me podáis facilitar información sobre ello.

El desconocido dijo que toda la información que poseía estaba enteramente a su servicio y mencionó un camino, más hacia el este, que conducía a una ciudad, desde la que sería más fácil alcanzar el Rosellón.

Llegaron a la aldea e iniciaron la búsqueda de una cabaña en la que pudieran pasar la noche. En varias de las que entraron, prevalecían en las mismas proporciones la ignorancia, la pobreza y el regocijo, y los propietarios miraron a St. Aubert con una mezcla de curiosidad y timidez. No pudieron encontrar nada que se pareciera a una cama y ya habían cesado en su intento, cuando Emily se unió a ellos. Al ver el cansancio reflejado en el rostro de su padre, lamentó que hubiera elegido aquel camino tan mal provisto de las necesarias comodidades para un enfermo. Otras cabañas que examinaron parecían algo menos salvajes que las primeras, formadas por dos habitaciones, si es que se las podía llamar así.

La primera de ellas ocupada por mulas y cerdos, la segunda por la familia, que por lo general estaba integrada por seis u ocho hijos, además de los padres, que dormían en camas de piel y hojas secas, extendidas sobre el suelo de barro. La luz entraba por una abertura en el techo, por la que salía además el humo. Se percibía con bastante certeza el olor del alcohol (los contrabandistas que llenaban los Pirineos

habían hecho que aquellas gentes rudas se familiarizaran con el uso del licor). Emily volvió la cabeza ante tal espectáculo y miró a su padre con ansiosa ternura, lo que fue observado por el desconocido. Se apartó con St. Aubert y le ofreció su propia cama.

—Al menos es decente —dijo—, si se la compara con las que acabamos de ver, aunque en cualquier otra circunstancia me habría avergonzado ofrecérsela.

St. Aubert le expresó lo obligado que se sentía ante su amabilidad, pero rehusó aceptarla, hasta que el joven desconocido rechazó su negativa.

—No me hagáis padecer sabiendo, señor, que un inválido como vos, yacéis en esas duras pieles, mientras yo duermo en mi cama. Además, señor, vuestra negativa hiere mi orgullo. Debo creer que mi oferta no tiene valor para que la aceptéis. Permitidme que os muestre el camino. Estoy seguro de que la señora de la casa podrá acomodar también a esta señorita.

St. Aubert consintió finalmente en hacerlo así, aunque se sintió sorprendido de que el desconocido hubiese dado tan pocas muestras de galantería, al preocuparse del descanso de un hombre enfermo, en lugar de hacerlo por una hermosa señorita, ya que en ningún momento ofreció a Emily su habitación. Ella no pensaba del mismo modo y la animada sonrisa que le dirigió, expresaba claramente cómo le agradecía las preferencias por su padre.

En su camino, el desconocido, cuyo nombre era Valancourt, se adelantó para hablar con su patrona, que salió a dar la bienvenida a St. Aubert a la cabaña, muy superior a todas las que había visto. Aquella buena mujer parecía muy dispuesta a acomodar a los forasteros, que fueron invitados a aceptar las dos únicas camas del lugar. Huevos y leche eran los únicos alimentos con que contaban, pero St. Aubert aportó las provisiones que llevaban y pidió a Valancourt que se quedara y participara de ello. Una invitación que fue aceptada inmediatamente y juntos pasaron una hora en comunicativa conversación. St. Aubert estaba complacido con la franqueza varonil, sencillez y naturaleza que había descubierto en su nueva amistad. Con frecuencia se le oía decir que sin una cierta sencillez de corazón hay cosas que no se pueden comprender.

La conversación se vio interrumpida por un violento bullicio en el exterior, en el que la voz del mulero se oía por encima d e cualquier otro sonido. Valancourt se levantó y salió a preguntar, pero la disputa se prolongó tanto tras su marcha que St. Aubert acudió también a enterarse. Se encontró a Michael discutiendo con la patrona porque se había negado a que sus mulas se acomodaran en la pequeña habitación en la que él mismo y tres de sus hijos iban a pasar la noche. El lugar era muy reducido, pero no había otro para que aquellas gentes pudieran dormir y, con algo más de delicadeza de la que es normal entre los habitantes de la zona, ella insistía en negarse a que los animales estuvieran en la misma alcoba que sus hijos. Éste era el punto más importante para el mulero, que sentía que se hería su honor cuando se trataba a sus mulos con desconsideración, y tal vez no habría recibido un golpe con menos indignación.

Afirmaba que sus bestias eran unas bestias honestas y tan buenas bestias como cualquiera de toda la provincia; y que tenían derecho a ser bien tratadas fueran por donde fueran.

—Son tan inofensivas como corderos —dijo—, si nadie las molesta. Nunca las he visto comportarse mal salvo en una o dos ocasiones en mi vida y tuvieron buenas razones para hacerlo. Una vez, es cierto, cocearon a un muchacho que se había echado a dormir en el establo y le rompieron una pierna. Les dije que salieran inmediatamente y, ¡por San Antonio!, creo que me entendieron porque no lo volvieron a hacer.

Concluyó aquella arenga elocuente con protestas de que tenían derecho a participar de todo como él y a estar donde él estuviera.

La disputa fue concluida por Valancourt, que se apartó un momento con la patrona y le indicó que lo mejor sería que dejara que el mulero y sus bestias ocuparan la habitación, mientras que sus hijos podían dormir en la cama de pieles que le habían preparado a él, que dormiría envuelto en su capa en el banco que había a la entrada de la cabaña. Ella pensó que era su deber oponerse y que su inclinación la llevaba a

contrariar al mulero. Valancourt fue más práctico y el aburrido asunto acabó por resolverse.

Ya era tarde cuando St. Aubert y Emily se retiraron a sus habitaciones, y Valancourt a su puesto ante la puerta, que en aquella época de buen clima prefería a una habitación cerrada y a una cama de piel. St. Aubert se quedó sorprendido al ver en su habitación volúmenes de Homero, Horacio y Petrarca; pero el nombre de Valancourt escrito en ellos le informó de a quien pertenecían.

Capítulo IV

En verdad era un tipo extraño y díscolo.
Amigo de lo dócil, y de los paisajes terribles;
encontraba deleite en la oscuridad y en la tormenta;
no menos que, cuando sobre las olas serenas del océano,
el sol del sur derramaba su resplandor deslumbrante,
tristes vicisitudes, incluso, distraían su alma;
y si sobrevenía a veces un suspiro,
y por su mejilla caía una lágrima de piedad,
eran suspiro y lágrima, tan dulces, que no deseaba retenerlos.

THE MINSTREL

St. Aubert se despertó temprano, rea nimado por el descanso y deseoso de continuar la marcha. Invitó a desayunar al desconocido y volvieron a hablar del camino. Valancourt dijo que unos meses antes había viajado hasta Beaujeu, que era una ciudad de cierta importancia en dirección al Rosellón. Recomendó a St. Aubert que lo siguiera, y este último decidió hacerlo así.

—El camino desde esta cabaña —dijo Valancourt—, y el de Beaujeu, salen a una distancia de una milla y media desde aquí. Si me lo permitís, dirigiré a vuestro mulero. Debo seguir vagabundeando por alguna parte y vuestra compañía hará mi ruta más grata que cualquier otra que pudiera tomar.

St. Aubert le agradeció su oferta y partieron juntos, el joven desconocido a pie, ya que no aceptó la invitación de St. Aubert para que tomara asiento en su pequeño carruaje.

El camino se extendía al pie de las montañas a través de un valle, lleno de pastos y variadas arboledas de robles enanos, hayas y plátanos silvestres, bajo cuyas ramas reposaban los rebaños. Los fresnos y los sauces llorones extendían su ramaje por las altitudes, donde el suelo rocoso cedía con dificultad a sus raíces, y donde las ramas más ligeras se ondulaban por la brisa que soplaba entre las montañas.

A hora tan temprana, ya que el sol no se había levantado aún sobre el valle, los viajeros se cruzaron frecuentemente con los pastores que conducían sus rebaños desde las llanuras a los pastos de las colinas. St. Aubert había preferido comenzar temprano, no sólo para poder disfrutar de la salida del sol, sino para llenar sus pulmones del aire puro de la mañana que por encima de cualquier otra cosa servía de estímulo al espíritu del inválido. En estas regiones sucedía muy especialmente porque la abundancia de las flores silvestres y de las hierbas aromáticas invaden el aire con

sus esencias.

El amanecer, que suavizaba el paisaje con sus peculiares tintes grises, se iba dispersando, y Emily contemplaba el avance del día, tembloroso primero en las cumbres de las montañas más altas, para tocarlas después con su luz espléndida, mientras que los lados y el valle seguían envueltos en la suave bruma. Mientras tanto, las nubes grises del este comenzaron a encenderse, más tarde a enrojecer y finalmente a brillar con mil colores, hasta que la luz dorada acabó por llenarlo todo. La naturaleza parecía haber despertado de la muerte hacia la vida; St. Aubert sintió cómo se renovaba su espíritu. Tenía el corazón lleno; lloró y sus pensamientos ascendieron hacia el Gran Creador.

Emily gustaba de caminar por el césped, verde y brillante por el rocío, y disfrutar de aquella libertad, que las lagartijas también parecían agradecer mientras se extendían por las rocas. Valancourt se detenía con frecuencia para hablar con los viajeros y señalarles los detalles que despertaban su admiración.

St. Aubert estaba muy conforme con él: «es una muestra del ardor y del ingenio de la juventud —se dijo a sí mismo—; este joven no ha estado nunca en París».

Sintió tener que despedirse cuando llegaron a un lugar en el que se dividía el camino y su corazón se vio más afectado por ello de lo que es común tras tan breve conocimiento. Valancourt siguió hablando al lado del carruaje. En más de una ocasión parecía que iba a marcharse y daba la impresión de buscar nuevos temas de conversación para justificar su demora. Finalmente, se marchó. Según se alejaba, St. Aubert observó que lanzaba pensativas miradas a Emily, que inclinó su cabeza para saludarle con el rostro lleno de dulzura y timidez. St. Aubert se asomó por la ventanilla y vio a Valancourt de pie a un lado del camino, apoyado en su pica y siguiendo con la mirada al carruaje que se alejaba. Le saludó con la mano, y Valancourt, como si despertara de un sueño, le contestó e inició su camino.

El aspecto del país comenzó a cambiar y los viajeros no tardaron en encontrarse entre montañas cubiertas desde la base hasta la cumbre por bosques de pinos, excepto cuando asomaba alguna de granito cuya cima nevada se perdía en las nubes. El riachuelo, que les había acompañado hasta entonces, se expandía en río y su corriente avanzaba en silencio, reflejando como en un espejo la oscuridad de las sombras. En ocasiones era un acantilado que asomaba por encima de los bosques y de la niebla, que flotaba sobre las montañas, y otras, la vista de una superficie perpendicular de mármol rosa que parecía salir de los bordes del agua y se mezclaba con el lujurioso follaje.

Continuaron viajando por un camino pedregoso y nada frecuentado, viendo de cuando en cuando en la distancia a algún pastor solitario, con su perro, avanzando por el valle, y oyendo únicamente el chapoteo de los torrentes que los árboles ocultaban a la vista, el murmullo de la brisa, según barría los pinos, o las notas del aleteo del

águila y del buitre, que ascendían hasta sus nidos en las rocas.

Con frecuencia, cuando el carruaje avanzaba lentamente sobre un suelo irregular, St. Aubert se apeaba y se entretenía examinando las plantas curiosas que crecían a los lados del camino, abundantes en aquellas regiones, mientras Emily, llena de entusiasmo, iba de un lugar a otro, bajo las sombras, escuchando silenciosa el solitario murmullo de los bosques.

Durante muchas leguas no vieron pueblos o cabaña alguna; el hato de cabras, la cabina del cazador asomaban en los salientes de las rocas y fueron las únicas referencias humanas que encontraron.

Los viajeros se detuvieron de nuevo para comer al aire libre, en un grato claro del valle, bajo la sombra de los cedros y volvieron a emprender la marcha hacia Beaujeu.

El camino que empezaba a ser ascendente dejó detrás los bosques de pinos, para extenderse entre precipicios rocosos. La luz del crepúsculo volvió a caer sobre ellos, que ignoraban a qué distancia podrían estar de Beaujeu. No obstante, St. Aubert supuso que no sería mucha y confió en la posibilidad de que una vez que llegaran a aquella ciudad pudieran encontrar un camino más frecuentado. Por el momento lo importante era llegar y pasar la noche. Bosques y rocas y altas montañas se mezclaban oscuramente en el crepúsculo. Pero incluso aquellas imágenes desdibujadas se llenaron de oscuridad. Michael avanzó con precaución, ya que casi no podía distinguir el camino; sin embargo, sus mulas parecían ser más sagaces y mantuvieron seguro el paso.

Al volver tras un recodo de una montaña apareció a lo lejos una luz, que iluminaba las rocas y el horizonte en una gran extensión. Evidentemente se trataba de un gran fuego, sin que fuera posible saber si era o no accidental.

St. Aubert pensó que probablemente podría ser obra de alguno de los numerosos bandidos que infestaban los Pirineos y se mantuvo alerta hasta saber si el camino pasaba cerca de aquel fuego. Llevaba sus armas, que en una emergencia podrían servir de alguna protección aunque no definitiva contra una banda de ladrones tan desesperados como los que usualmente recorrían aquellas regiones salvajes. Mientras se hacía estas reflexiones oyó una voz gritando desde la parte posterior del camino, ordenando al mulero que se detuviera. St. Aubert le hizo una señal para que prosiguiera lo más rápido posible, pero la obstinación de Michael o de las mulas hizo que no aligeraran el paso.

Se oyeron los cascos de unos caballos y un hombre cabalgó hasta el carruaje, sin dejar de ordenar al conductor que se detuviera. St. Aubert, que ya no podía dudar de cuáles eran sus propósitos, tuvo dificultades para preparar su pistola y defenderse, cuando su mano estaba en la puerta del vehículo. El hombre sujeto al caballo y el estampido de la pistola se vio seguido de un gemido. El horror que sintió St. Aubert puede ser imaginado, cuando un instante después creyó oír la voz desmayada de

Valancourt. Hizo una señal al mulero para que se detuviera, y al pronunciar el nombre de Valancourt le respondió una voz que hizo desaparecer todas sus dudas. St. Aubert, que se bajó instantáneamente y fue a ayudarle, le encontró aún sobre su caballo, pero sangrando profusamente y al parecer con grandes dolores, aunque tuvo el ánimo de suavizar el terror de St. Aubert asegurándole que no estaba materialmente herido y que se trataba únicamente de un rasguño en el brazo. St. Aubert y el mulero le ayudaron a desmontar y se sentó al borde del camino, donde St. Aubert trató de ocuparse de su brazo, pero las manos le temblaban excesivamente y no lo consiguió. Michael se había ido a perseguir al caballo que había salido huyendo y St. Aubert llamó a Emily para que le ayudara. Al no obtener respuesta, se fue hacia el carruaje y la encontró caída y sin conocimiento. Entre la angustia que le produjo esta circunstancia y la de dejar a Valancourt sangrando casi no supo lo que hacía. Se sobrepuso y llamó a Michael para que trajera agua del riachuelo que corría paralelo al camino, pero el mulero estaba fuera del alcance de su voz. Valancourt, que oyó sus llamadas y también que repetía el nombre de Emily, comprendió al instante la razón de su angustia, y casi olvidando su propia situación, corrió a ayudarle.

Se estaba recuperando cuando llegó y, al darse cuenta de que la causa de su indisposición había sido la preocupación por él, le aseguró con voz temblorosa, aunque no por la angustia, que su herida no tenía importancia. Mientras decía esto, St. Aubert comprobó que seguía sangrando, por lo que volvió a cambiar el objeto de su preocupación y rápidamente convirtió algunos pañuelos en una venda.

Consiguió detener la salida de la sangre, pero temiendo las consecuencias que podría traerle, le preguntó repetidas veces si estaban muy lejos de Beaujeu. Al enterarse de que aún faltaban dos leguas aumentó su agitación, ya que no sabía si Valancourt, en aquel estado, podría soportar las sacudidas del carruaje y, sobre todo, al darse cuenta de que estaba desfalleciendo por la pérdida de sangre. Al referirse a ello, Valancourt le indicó que no debía preocuparse por él, que podría soportarlo fácilmente e insistió en que el accidente no tenía importancia. En ese momento regresó el mulero con el caballo de Valancourt y le ayudó a montar. Emily ya estaba recuperada e iniciaron su lenta marcha hacia Beaujeu.

St. Aubert, tras recuperarse de su terror por el accidente, expresó su sorpresa por la aparición de Valancourt, que la explicó diciendo:

—Vos, señor, habéis renovado mi interés por la sociedad. Cuando salisteis de la cabaña tuve conciencia de mi soledad, y puesto que mi objetivo era el simple entretenimiento, decidí cambiar de escenario. Seguí este camino porque sabía que conducía a una zona montañosa más romántica que el lugar en el que estaba. Además —añadió, con un gesto de duda—: ¿Debo decirlo? ¿Por qué no? Tenía alguna esperanza de alcanzaros.

—Y por mi parte os he recibido de modo nada esperado —dijo St. Aubert, que

volvió a lamentar que se hubiera producido el accidente y le explicó las causas de sus últimas preocupaciones.

Pero Valancourt sólo parecía interesado en borrar de la imaginación de sus compañeros todo lo relativo a él mismo, y, para ello, tuvo que luchar contra el dolor y tratar de convertirlo en animación. Emily, mientras tanto, estuvo silenciosa, excepto cuando Valancourt se dirigió directamente a ella, ya que en esos momentos el trémulo tono de su voz parecía decir mucho.

Estaban ya tan cerca del fuego que habían visto en la distancia rompiendo la oscuridad de la noche que la luz llegaba hasta el camino y pudieron distinguir algunas figuras que se movían entre las llamas. Se acercaba cada vez más y vieron en el valle uno de esos grupos de gitanos que en aquella época recorrían la zona de los Pirineos y que vivían saqueando a los viajeros. Emily miró aterrorizada aquellos rostros salvajes, brillantes por el fuego, que anulaban el efecto romántico del paisaje, envuelto en las pesadas masas de sombra y en las regiones de oscuridad que la mirada temía penetrar.

Se disponían a cenar; una gran vasija estaba sobre el fuego, a cuyo alrededor se sentaban varios de ellos. Las llamas iluminaban una especie de carpa, rodeada de niños y perros jugando, y el conjunto ofrecía una imagen altamente grotesca. Los viajeros tuvieron plena conciencia del peligro. Valancourt avanzaba silencioso, pero tenía una mano apoyada en una de las pistolas de St. Aubert, que sostenía otra. Michael recibió la orden de avanzar lo más rápido posible. Sin embargo, rebasaron aquel lugar sin ser atacados. Los ladrones no estaban probablemente preparados para la ocasión y sí demasiado ocupados en su cena para sentir interés alguno en ese momento por cualquier otro asunto.

Tras una legua y media más, recorrida en la oscuridad, los viajeros llegaron a Beaujeu y se dirigieron a la única posada que había en el lugar, que era bastante mala aunque muy superior a todo lo que habían visto desde que entraron en aquella zona de montañas.

Llamaron inmediatamente al cirujano de la ciudad, si es que se le podía llamar así, que se ocupaba tanto de los caballos como de los hombres, y que afeitaba los rostros al menos tan irregularmente como recomponía los huesos. Después de examinar el brazo de Valancourt y comprobar que la bala había atravesado la carne sin tocar el hueso, le vendó y le dejó con la prescripción solemne de que reposara, lo que su paciente no estaba inclinado a obedecer. La satisfacción sucedió al dolor, porque era eso lo que sentía en contraste con la angustia anterior, y se sintió reanimado. Quiso participar en una conversación con St. Aubert y Emily que, liberada de sus temores, estaba más animada que de costumbre. A pesar de lo tarde que era, St. Aubert tuvo que ir con el patrón a comprar carne para la cena. Emily, que durante aquel intervalo había estado ausente todo lo que pudo con la excusa de

preocuparse de su acomodo, que encontró bastante mejor de lo que esperaba, se vio obligada a regresar y a conversar sola con Valancourt. Hablaron de lo que habían visto y de la historia natural del país, de poesía y de St. Aubert, un tema sobre el que Emily siempre intervenía y escuchaba con especial interés.

Los viajeros pasaron una tarde agradable, pero St. Aubert se sentía fatigado por el viaje, y como Valancourt volvía a sentir dolores, no tardaron en separarse después de la cena.

Por la mañana, St. Aubert descubrió que Valancourt había pasado una noche sin descanso; que tenía fiebre y que le dolía la herida. El cirujano, cuando le curó, le aconsejó que reposara en Beaujeu; consejo que no era rechazable. St. Aubert no tenía una favorable opinión de aquel médico y estaba deseando poner a Valancourt en manos más expertas; pero al saber, tras haberlo preguntado, que no había una ciudad más próxima, pensó que era mejor seguir el consejo. Alteró el plan de su viaje y decidió esperar a que Valancourt se recobrara. El joven, con más ceremonia que sinceridad, hizo muchas objeciones a su demora.

Siguiendo las órdenes del cirujano, Valancourt no salió aquel día de la casa, pero St. Aubert y Emily recorrieron con deleite los alrededores de la ciudad, situada al pie de los Pirineos, que se alzaban con abruptos precipicios cubiertos en parte de bosques de cedro y cipreses hasta casi alcanzar sus más altas cumbres. En algunas zonas se distinguía el verde colorido de los cedros y de las hayas, surgiendo entre el tono oscuro de la foresta y, en otras, un torrente salpicaba en su caída las copas de los árboles.

La indisposición de Valancourt detuvo a los viajeros en Beaujeu durante varios días, en los que St. Aubert pudo observar su disposición y sus conocimientos con sus habituales preguntas filosóficas. Vio en él una naturaleza franca y generosa, llena de ardor y altamente susceptible a todo lo que significara grandeza y belleza, pero impetuoso y romántico. Valancourt sabía poco del mundo.

Sus opiniones eran directas y sus sentimientos justos; su indignación por lo que no merecía la pena o su admiración ante una acción generosa, eran expresadas en términos de parecida vehemencia. St. Aubert sonreía a veces ante su acaloramiento, pero rara vez le detenía y con frecuencia decía para su interior: «Este joven no ha estado nunca en París». Un suspiro seguía a veces su silenciosa exclamación. Decidió que no dejaría a Valancourt hasta que se hubiera recuperado por completo; y, como por el momento ya estaba en condiciones de viajar, aunque no para manejar su caballo, St. Aubert le invitó a acompañarle durante algunos días en el carruaje. Estuvo más decidido a ello al descubrir que Valancourt pertenecía a una familia del mismo nombre de Gascuña, de cuya respetabilidad estaba bien informado. Éste último aceptó la oferta con satisfacción y de nuevo se vieron en el romántico camino hacia el Rosellón.

Viajaban a su comodidad, deteniéndose siempre que un escenario incomparable se presentaba ante ellos; apeándose con frecuencia para subir caminando algún repecho, que las mulas no lograban superar, desde que el espectáculo se abría ante ellos con mayor magnificencia. Con frecuencia caminaban por las colinas cubiertas con lavanda, juníperos y tamarisco; y bajo las sombras de los árboles, entre aquellos troncos, captaban la vista de las montañas, de una sublimidad que estaba más allá de lo que Emily hubiera podido imaginar jamás.

St. Aubert se entretenía a veces con las plantas, mientras Valancourt y Emily paseaban por los alrededores; él señalaba los aspectos que le llamaban la atención y le recitaba hermosos pasajes de los poetas latinos e italianos que sabía que ella admiraba. En las pausas de la conversación, cuando pensaba que no le observaban, fijaba sus ojos pensativos en su rostro, que expresaba con tanta admiración el gusto y la energía de su mente. Cuando volvía a hablar, había una ternura peculiar en el tono de su voz que anulaba cualquier intento de ocultar sus sentimientos. Poco a poco esas pausas silenciosas se hicieron más frecuentes, hasta que Emily, para no descubrir su ansiedad, no las interrumpía, quedándose callada. Y de nuevo, para evitar el peligro de la simpatía y el silencio, volvía a hablar de los bosques, de los valles y de las montañas.

Desde Beaujeu el camino subía constantemente, conduciendo a los viajeros a las más altas regiones del espacio, en donde inmensos glaciares exhibían sus horrores helados y las nieves perpetuas cubrían de blanco las cumbres de las montañas. Se detenían con frecuencia para contemplar estas escenas impresionantes y se sentaban en alguna roca en la que sólo el acebo y el alerce pueden florecer. Miraban las oscuras forestas del valle y los precipicios en los que el hombre nunca ha puesto su pie, hacia los torrentes que caían con ruido de trueno, cuya espuma al fondo no era casi visible. Sobre estas cumbres ascendían otras de increíble altura y siluetas fantásticas; algunas como conos; otras como colgando sobre su base, en grandes masas de granito, cuyas aristas rotas habían cedido bajo el peso de la nieve y que temblaban incluso con la vibración del sonido, amenazando con llevar la destrucción al fondo del valle.

Todo alrededor, tan lejos como llegaba la mirada, sólo se veían formas de grandeza, la larga perspectiva de las partes más altas de las montañas, cubiertas con el azul del éter o con nieve blanca; masas de hielo y bosques inmensos. La serenidad y la limpieza del aire en estas regiones tan altas era un deleite particular para los viajeros; parecía llenarles de un espíritu más sutil y difundir una indescriptible complacencia sobre sus mentes. No tenían palabras para expresar las sublimes emociones que sentían. Una expresión solemne caracterizaba los sentimientos de St. Aubert; las lágrimas brotaban con frecuencia de sus ojos y se apartaba de sus compañeros. Valancourt de cuando en cuando hablaba para señalar a Emily algún

detalle del escenario. La ligereza de la atmósfera, a través de la cual se distinguía a la perfección todos los objetos, la sorprendía y la engañaba. No podía creer que las cosas, que parecían estar tan próximas, estuvieran, en realidad, tan distantes. El profundo silencio de aquellas soledades sólo se veía roto a intervalos por los gritos de los buitres, que cubrían alguna de las rocas por debajo de ellos, o por el grito del águila volando hacia la altura; excepto cuando los viajeros escuchaban el trueno que en ocasiones se agitaba a sus pies. Mientras, por encima, el profundo azul del cielo no se veía oscurecido por la más leve nube, a mitad del camino, en la bajada de las montañas hacia el valle, se veían masas de vapor moviéndose, ocultando unas veces todo el paisaje inferior o abriéndose, otras, revelando parcialmente sus detalles. Emily disfrutaba mirando la grandeza de aquellas nubes según cambiaban de forma y de color, y al contemplar los efectos variados del mundo que tenían a sus pies, cuyos contornos, en parte velados, asumían continuamente nuevas forma de sublimidad.

Tras recorrer aquellas regiones durante muchas leguas, comenzaron a descender hacia el Rosellón y empezaron a aparecer aspectos de auténtica belleza. Sin embargo, los viajeros no pudieron dejar de sentir el haber abandonado aquellos otros sublimes paisajes; aunque la vista, fatigada con la extensión de sus poderes, se deleitaba en el reposo del verde de los árboles y de los pastos, que se extendían ahora en las márgenes del río; en la vista de las humildes cabañas sombreadas por los cedros y los grupos de los hijos de los montañeros en sus juegos y en las flores que iban apareciendo entre las colinas.

Según iban descendiendo vieron en la distancia, a la derecha, uno de los grandes pasos en los Pirineos hacia España, brillando con los bastiones y torres en el esplendor de los últimos rayos, mientras que en lo alto seguían asomando los picos nevados de las montañas que reflejaban un matiz rosa.

St. Aubert empezó a buscar el pueblecito al que les habían dirigido las gentes de Beaujeu, en el que esperaba que pasaran la noche; pero hasta el momento no lo localizó. En esta zona, Valancourt no podía ayudarle porque nunca se había aproximado tanto a aquellas montañas. Había, eso sí, una ruta que les conducía y no cabía duda alguna de que era la acertada, puesto que desde que salieron de Beaujeu no habían encontrado otra que pudiera confundirles.

El sol lanzaba su última luz y St. Aubert hizo una seña al mulero para que fueran lo más rápido posible. Sintió que la lasitud de su enfermedad se apoderaba de nuevo de él, tras un día excesivamente fatigoso, y que le afectaba al cuerpo y a la mente. Tenía que descansar. Su ansiedad no mejoró al observar una larga fila de hombres, caballos y mulas cargadas, recorriendo un camino en la montaña opuesta, que aparecía y desaparecía a intervalos oculta por los árboles, de modo que no era posible saber su número. Algo brillante, como si se tratara de armas, relució con los últimos rayos y se podían distinguir los uniformes militares de los hombres que iban en los

carruajes. Según una parte se ocultaba en el valle, los de atrás emergían entre los bosques hasta que pudo estar seguro de que se trataba de un grupo de soldados. Los temores de St. Aubert desaparecieron. No tenía duda alguna de que el grupo que estaba delante de ellos era de contrabandistas, que al tratar de pasar productos prohibidos al otro lado de los Pirineos, habían sido localizados y dominados por las tropas.

Entretenidos entre las sublimes escenas de aquellas montañas, los viajeros descubrieron que se habían equivocado en sus cálculos, por los cuales esperaban haber llegado a Montigny a la caída del sol. Según caminaban hacia el valle, vieron en un puente rústico, que unía dos lados de la roca, a un grupo de hijos de montañeros entreteniéndose en tirar piedras al torrente que pasaba por debajo y ver cómo caían en las aguas, haciendo saltar gotas hasta ellos y devolviéndoles un sonido seco que repetía el eco de las montañas. Bajo el puente se veía una perspectiva completa del valle, con la catarata descendiendo entre las rocas y una cabaña en un acantilado bajo los pinos. Todo ello daba la impresión de que no debían estar muy lejos de alguna pequeña población. St. Aubert indicó al mulero que se detuviera y preguntó a los niños si estaban cerca de Montigny, pero la distancia y el fragor de las aguas impidió que le oyeran.

Lo agreste del camino impedía acercarse a cualquier persona que no estuviera habituada a ello. St. Aubert no perdió más tiempo y continuaron el viaje cuando todo estaba tan oscuro y el camino era tan accidentado que consideraron que era más seguro seguir a pie. Había salido la luna, pero su luz era aún demasiado débil para ayudarles. Mientras avanzaban cuidando sus pasos, oyeron las campanadas de vísperas de un convento. El crepúsculo no les permitió distinguir edificio alguno, pero los sonidos parecían proceder de un bosque que se extendía hacia la derecha. Valancourt propuso buscar aquel convento.

—Si no nos pueden acomodar para que pasemos la noche —dijo—, podrán informarnos de si estamos muy lejos de Montigny y orientarnos hacia allí.

Se dirigía ya hacia adelante, sin esperar la respuesta de St. Aubert, cuando le detuvo:

—Estoy muy cansado —dijo St. Aubert—, y nada me es más urgente que un inmediato descanso. Iremos todos al convento; vuestro buen aspecto podría impedir nuestro propósito; pero cuando vean el mío y el rostro exhausto de Emily no se decidirán a negárnoslo.

Al decir esto, cogió a Emily por el brazo e indicó a Michael que esperara un rato en el camino con el carruaje. Comenzaron a subir hacia los árboles, orientándose por la campana del convento. St. Aubert caminaba con pasos débiles y Valancourt le ofreció su brazo, que aceptó. La luna iluminaba algo mejor el sendero y, poco después, les permitió distinguir algunas torres que asomaban por encima de los

árboles. Siempre conducidos por la campana, entraron en las sombras del bosque, iluminadas únicamente por los destellos de la luna, que se filtraba entre las hojas y arrojaba un trémulo e incierto resplandor por su camino. Excepto cuando la campana volvía a sonar, les envolvía el silencio, junto con la fuerza salvaje del ambiente que les rodeaba. Esto afectó a Emily con un cierto temor que la voz y la conversación de Valancourt difuminaba en alguna medida. Cuando llevaban algún tiempo subiendo, St. Aubert se quejó y se detuvieron a descansar sobre una pequeña zona verde, en la que los árboles se separaban y permitían que llegara la luz de la luna. Se sentó en el césped, entre Emily y Valancourt. La campana había cesado y el profundo reposo del lugar no se vio alterado por ningún sonido, ya que el leve rumor de algunas torrenteras lejanas se podría decir que acentuaba más que interrumpir el silencio.

Ante ellos se extendía el valle que acababan de dejar; las rocas y los bosques a la izquierda, con el tono plateado de los rayos, formaban un abierto contraste con las profundas sombras que envolvían los acantilados opuestos, cuyas cumbres eran lo único iluminado por la luna, mientras que la distante perspectiva del valle se perdía en tintes amarillos. Los viajeros estuvieron sentados algún tiempo envueltos en la complacencia que aquella vista inspiraba.

—Estas escenas —dijo Valancourt finalmente— ablandan el corazón, como las notas de una música dulce, e inspiran esa deliciosa melancolía a la que nadie puede renunciar a cambio de los más alegres placeres una vez que la ha sentido. Despiertan nuestros mejores y más puros sentimientos, disponiéndonos a la benevolencia, a la piedad y a la amistad. Siempre me ha parecido que quería más a los que amaba en una hora como ésta.

Su voz tembló y se detuvo. St. Aubert quedó silencioso. Emily advirtió que una cálida lágrima caía sobre la mano que él sostenía. Sabía en qué estaba pensando; ella tambiénhabía estado recordando a su madre. Él hizo un esfuerzo para levantar su ánimo y dijo con un suspiro a medias contenido:

—Sí, el recuerdo de aquellos que amamos..., ¡o de tiempos que han pasado para siempre!, vuelven a nuestra mente en una hora como ésta, como una melodía de música distante en la quietud de la noche; toda la ternura y la armonía, como la de este paisaje, se oculta en la suavidad de la luz de la luna. —Después de una pausa, St. Aubert añadió—: Siempre he creído que discurro con más claridad y precisión a estas horas que en ninguna otra y que hace falta tener un corazón insensible para no sentir su influencia. Pero hay muchos que son así. —Valancourt suspiró.

—¿Hay, de verdad, muchos así? —dijo Emily.

—Cuando pasen unos pocos años, Emily —replicó St. Aubert—, podrás sonreír al recordar esa pregunta, si es que no lloras por ello. Pero, vamos, estoy algo recuperado. Podemos continuar.

Al salir del bosque vieron, sobre un llano de la colina cubierto de césped, el

convento que buscaban. Estaba rodeado por un muro muy alto, y al seguirlo llegaron ante una verja muy vieja. Llamaron y el monje que les abrió les condujo a una pequeña habitación, donde les dijo que esperaran mientras informaba a su superior de su petición. En aquel intervalo pasaron varios frailes que les miraron y, por fin, regresó el monje, al que siguieron a otra habitación en la que el superior estaba sentado en una butaca. Ante él, abierto sobre la mesa, había un volumen de gran tamaño impreso en letras negras. Los recibió con cortesía, aunque no abandonó su sillón, y, tras hacerles algunas preguntas, accedió a su solicitud. Tras una pequeña conversación, formal y solemne por parte del superior, se retiraron a una habitación para comer. Valancourt, acompañado de uno de los frailes, fue en busca de Michael y sus mulas. No habían recorrido aún la mitad del camino cuando oyeron la voz del mulero que se extendía con todos los ecos. Llamaba a voces a St. Aubert y a Valancourt, quien pudo finalmente convencerle de que no tenía nada que temer, y le hizo entrar en el convento y en el lugar que le habían destinado en una casa próxima al mismo.

Valancourt volvió al comedor con sus amigos y tomaron una cena sobria siguiendo el consejo de los monjes. St. Aubert estaba demasiado indispuesto para preocuparse de la comida y, Emily, preocupada por su padre, tampoco tuvo interés alguno. Valancourt, silencioso y pensativo, aunque sin descuidarlo, estuvo especialmente solícito para acomodar y aliviar a St. Aubert, que observó, mientras su hija le forzaba a que comiera algo o ajustaba la almohada que le había colocado en el respaldo de la butaca, que Valancourt le lanzaba miradas de ternura pensativa, que no dejaban de agradarle.

Se separaron temprano, retirándose a sus respectivas habitaciones. Emily fue conducida a la suya por una monja del convento de la que se despidió lo más pronto que pudo, porque su corazón estaba lleno de melancolía y su atención muy abstraída, para mantener una dolorosa conversación con una desconocida. Pensó que su padre declinaba de día en día y atribuyó su fatiga de aquella noche más a la debilidad de su constitución que a las dificultades del viaje. Hasta que consiguió dormirse, su cabeza se vio ocupada por un torrente de ideas tristes.

Poco más de dos horas después se despertó al oír sonar la campana, tras lo cual sintió rápidos pasos por la galería a la que daba su habitación. Estaba tan poco familiarizada con las costumbres de un convento que se alarmó ante la circunstancia. Sus temores, siempre pendientes de su padre, la hicieron pensar que se encontraría muy enfermo y se levantó de inmediato de la cama. Se detuvo esperando que pasaran aquellas personas por la galería antes de abrir la puerta y sus pensamientos recobraron la lucidez tras el sueño y comprendió que la campana llamaba a los monjes a la oración. Ya había cesado de sonar y todo volvió a la tranquilidad de antes, por lo que renunció a acudir a la habitación de St. Aubert. Se había desvelado y

la luna que entraba con su luz en la cámara, la invitó a asomarse al ventano para echar una mirada al exterior.

Era una noche tranquila y hermosa, no había nubes en el cielo y ni una sola hoja se movía en los bosques. Escuchaba atenta, cuando le llegaron desde la capilla las voces de los monjes entonando el himno de medianoche. Un himno que parecía ascender por el silencio de la noche hasta el cielo y sus pensamientos subieron con él. Por la consideración de sus obras, sus pensamientos se alzaron en adoración a Dios, a su bondad y a su poder. Mirara hacia donde mirara, ya fuera hacia la tierra durmiente o a las vastas regiones del espacio, la magnificencia del mundo estaba más allá de la mente humana, se advertía la sublimidad de Dios y la majestad de su presencia. Sus ojos se llenaron de lágrimas de apasionado amor y de admiración y sintió esa devoción pura, superior a todas las distinciones del orden humano, que hace elevarse el alma por encima de este mundo y que se expanda en una noble naturaleza. Una devoción que, tal vez, sólo se experimenta cuando la mente, rescatada por un momento de las humildes consideraciones terrestres, aspira a contemplar su poder en lo sublime de sus obras, y su bondad en el infinito de sus bendiciones.

¿No es ésta la hora,
la hora santa, cuando a las alturas sin nubes
de esa concavidad estrellada sube la luna,
y a este mundo inferior en calma solemne,
da señal, que para el oído del Cielo que escucha
la voz de la Región debe suplicar? Hasta el niño
lo sabe, y, despierto por ventura, sus manos pequeñas
levanta hacia los dioses, y a su inocente lecho
hace bajar una bendición.[11]

El canto de medianoche de los monjes no tardó en quedar silencioso, pero Emily continuó en el ventanuco, contemplando la puesta de la luna. El valle quedó sumido en las sombras, dispuesto a prolongar su estado de ánimo. Por fin, se retiró a la cama y se hundió en un tranquilo sueño.

Capítulo V

Mientras en el rosado valle
amor exhala sus suspiros infantiles, liberado de la angustia.

THOMSON

St. Aubert, suficientemente recuperado tras la noche de descanso para continuar el camino, emprendió de nuevo el viaje con Emily y Valancourt hacia el Rosellón, a donde esperaba llegar antes de que cayera la noche. Los escenarios que recorrieron eran tan salvajes y románticos como los anteriores con la diferencia de que la belleza, que surgía aquí y allá, llenaba el paisaje de sonrisas. No aparecían tantas arboledas por las montañas, cubiertas con pastos y flores. Un valle pastoril se abría bajo la sombra de las colinas, con los hatos y rebaños extendiéndose por las orillas de un riachuelo, que las refrescaba en un verdor perfecto. St. Aubert no podía lamentar el haber elegido aquel fatigoso camino, aunque también ese día se vio obligado varias veces a bajar del carruaje y a caminar entre los rugosos precipicios y a subir andando algunos desniveles montañosos. La maravillosa variedad de todo aquello le compensaba, y el entusiasmo que se advertía en sus jóvenes acompañantes, despertaba el suyo, así como los recuerdos de todas las deliciosas emociones de sus primeros años, cuando los sublimes encantos de la naturaleza se le desvelaban por primera vez.

Encontró un extraordinario placer en conversar con Valancourt, y en escuchar sus ingeniosas observaciones. El fuego y la sencillez de sus maneras parecían identificarle con los escenarios que les rodeaban. St. Aubert descubrió en sus sentimientos la justicia y la dignidad de una mentalidad elevada, limpia de todo contacto con el mundo. Comprobó que sus opiniones se formaban en él mismo más que ser imitaciones; eran el resultado del razonamiento y no del aprendizaje.

Del mundo parecía no saber nada, y pensaba bien de toda la humanidad, porque su opinión reflejaba la imagen de su propio corazón.

St. Aubert, que a veces se detenía para examinar las plantas silvestres del sendero, observaba con complacencia a Emily y Valancourt, según seguían su camino; él, con gesto animado, señalándole algún detalle importante del paisaje.

Ella, escuchando y observando con una mirada de seriedad tierna, que descubría lo elevado de su mente. Parecían dos enamorados que nunca hubieran salido más allá de las montañas de su tierra natural, cuya situación les había apartado de todas las frivolidades de la vida común; cuyas ideas eran sencillas y grandiosas, como los

paisajes por los que se movían, y que no conocían otra felicidad que no fuera la de la unión pura y afectiva de los corazones. St. Aubert sonrió, suspirando ante el romántico cuadro de felicidad que había imaginado y volvió a suspirar al pensar lo poco que el mundo sabía de la naturaleza y la sencillez como placeres románticos.

—El mundo —dijo, continuando la línea de su pensamiento— ridiculiza las pasiones que rara vez siente; sus escenarios y sus intereses, distraen la mente, depravan el gusto, corrompen el corazón y el amor no puede existir para aquellos que han perdido la fe en la dignidad de la inocencia. Virtud y sabor son casi lo mismo, porque la virtud es poco más que un gusto activo y el más delicado afecto de cada uno se combina en el amor verdadero. ¿Cómo es posible entonces que busquemos amor en las grandes ciudades, donde el egoísmo, la disipación y la insinceridad ocupan el lugar de la ternura, la sencillez y la verdad?

Faltaba poco para el mediodía, cuando los viajeros, al llegar a una parte especialmente peligrosa del camino, se bajaron del carruaje. El sendero ascendía cubierto por los bosques y en lugar de seguir tras las mulas, entraron a refrescarse en su sombra. A veces, el espesor de las ramas impedía que vieran el paisaje, y otras, les descubría aspectos parciales del escenario distante, que permitía a la imaginación recrear otros más interesantes, más sugestivos que los que contemplaron sus ojos. Los viajeros se abandonaban con frecuencia a estos juegos de la fantasía.

Las pausas de silencio, que ya antes habían interrumpido las conversaciones de Valancourt y Emily, eran aquel día más frecuentes. Valancourt caía una y otra vez de la más animada vivacidad al silencio más profundo y en su sonrisa se advertía en ocasiones una melancolía natural, que Emily comprendía muy bien porque su corazón estaba interesado en los sentimientos que escondía.

St. Aubert se sintió mejor en la sombra y continuaron en ella, siguiendo lo mejor que podían la dirección del camino, hasta que se dieron cuenta de que le habían perdido totalmente. Habían seguido cerca del borde de un precipicio, arrastrados por la belleza del espectáculo, mientras que el camino torcía hacia una colina lejana. Valancourt llamó a Michael, pero no oyó que le contestara, sólo su propia voz y su eco entre las rocas. Sus variados esfuerzos por regresar al camino tampoco tuvieron éxito. Mientras lo buscaban se apercibieron de una cabaña de pastor, que asomaba entre las ramas de los árboles a cierta distancia.

Valancourt corrió hacia allí para pedir ayuda. Al llegar sólo vio a dos niños pequeños jugando en el césped que había ante la puerta. Miró en el interior, pero no había nadie. El mayor le dijo que su padre estaba con el ganado y que su madre había bajado al valle, pero que no tardaría en regresar. Se quedó pensando qué otra cosa podía hacer, y en ese momento oyó la voz de Michael gritando desde las colinas que estaban por encima. Valancourt le contestó inmediatamente y trató de llegar a él, siguiendo la dirección del sonido. Después de luchar con las ramas y evitar los

precipicios, llegó junto a Michael y pudo convencerle de que se callara y le escuchara. El camino estaba a considerable distancia del lugar donde se encontraban St. Aubert y Emily; el carruaje no podía volver fácilmente hasta la entrada del bosque y como el camino que él había seguido habría sido muy fatigoso para St. Aubert, Valancourt buscó ansioso un ascenso más fácil que el que acababa de recorrer.

Mientras tanto, St. Aubert y Emily se habían acercado a la cabaña y descansaron en un banco rústico, sujeto entre dos pinos que le daban sombra, hasta que Valancourt, cuyos pasos habían comprobado, regresara.

El niño mayor dejó su juego y se quedó observando sin moverse a los desconocidos, mientras que el más joven continuó con sus entretenimientos, presionando a su hermano para que le acompañara. St. Aubert contempló con placer aquel cuadro de sencillez infantil, hasta que le trajo a la memoria a sus propios hijos, que había perdido más o menos a la edad de aquéllos, así como a su madre. La idea le hizo sumirse en sus pensamientos y Emily al observarlo comenzó a cantar una de esas arias ligeras y sencillas que a él tanto le gustaban y con las que sabía mostrar la dulzura más cautivadora. St. Aubert la sonrió a través de sus lágrimas, cogió su mano y la presionó con afecto. Después trató de disipar las ideas melancólicas que se habían adueñado de su mente.

Emily seguía cantando cuando se aproximó Valancourt, que tuvo muy buen cuidado en no interrumpirla, quedándose a corta distancia para escuchar. Cuando concluyó se unió a ellos y les dijo que había encontrado a Michael y también un camino por el que podrían ascender por la montaña hasta el carruaje. Señaló hacia el bosque mientras la mirada de St. Aubert se fijaba en las dificultades del camino. Ya estaba cansado por el paseo anterior y la subida le resultaba excesiva. No obstante, pensó que sería menos fatigosa que el accidentado camino que habían seguido y decidió intentarlo. Emily, siempre preocupada por él, propuso que se quedara a descansar y que tomara algo antes de reemprender la marcha. Valancourt volvió al carruaje para traer los alimentos.

A su vuelta les propuso que subieran algo más por la montaña, a una zona en la que el bosque se abría a una vista mucho más amplia. Se preparaban para ello cuando vieron a una mujer joven que se unía a los niños y les acariciaba llorando.

Los viajeros se interesaron en su preocupación, deteniéndose para observarla.

Había cogido en brazos al más pequeño, y al darse cuenta de la presencia de los desconocidos se secó las lágrimas y se dirigió a la cabaña. St. Aubert le preguntó la causa de su pena y fue informado de que su marido, que era pastor y vivía allí en los meses de verano para vigilar el ganado que llevaba a pastar a aquellas montañas, había perdido la noche anterior, su pequeña propiedad. Un grupo de gitanos, que llevaban algún tiempo por aquella zona, se habían llevado varios corderos de su amo.

—Jacques —añadió la mujer del pastor—, había ahorrado un poco de dinero con

el que había comprado algunos corderos, que ahora tendrán que pasar a su amo para compensarle de los robados. Pero eso no es lo peor, cuando se entere su amo no le volverá a confiar el cuidado de su ganado. ¡Es un hombre muy duro! ¡Y si es así, qué les ocurrirá a nuestros hijos!

El rostro inocente de la mujer y la sencillez de sus maneras al relatar lo sucedido inclinaron a St. Aubert a creer su historia. Valancourt, convencido de que era cierto, le preguntó cuál era el valor de los corderos robados, y al oírlo se volvió con una mirada de desaliento. St. Aubert dejó algún dinero en su mano, Emily también sacó algo de su pequeño bolsillo y se dirigieron hacia la montaña. Valancourt se quedó atrás y habló con la mujer del pastor que se había quedado llorando de gratitud y sorpresa. Le preguntó cuánto dinero le faltaba para reemplazar los corderos robados y comprobó que era una suma algo menor de todo lo que llevaba encima. Se sintió profundamente contrariado. «Esa suma —se dijo a sí mismo—, haría completamente feliz a esta familia, está en mi poder dársela, ¡el hacerles completamente felices! Pero, ¿qué será de mí? ¿Cómo podría llegar a casa con el poco dinero que me quedaría?» Se quedó un momento indeciso entre convertir en felicidad la ruina de aquella familia y el considerar las dificultades de proseguir su viaje con aquella pequeña cantidad.

Estaba en medio de su indecisión cuando apareció el pastor. Los niños corrieron a su encuentro y él cogió a uno de ellos en sus brazos mientras el otro se colgaba de su ropa. Su aspecto desesperado decidió a Valancourt al momento. Dejó caer el dinero que tenía, a excepción de unos pocos luises y se volvió tras St. Aubert y Emily, que subían lentamente. Valancourt había sentido muy pocas veces aquella ligereza en su corazón; sus más alegres espíritus bailaban con satisfacción; todo lo que le rodeaba le parecía más interesante o hermoso' que antes. St. Aubert observó la infrecuente vivacidad de su rostro:

—¿Qué es lo que os complace tan profundamente? —preguntó.

—¡Qué hermoso día! —replicó Valancourt—, ¡cómo brilla el sol, qué puro es el aire, qué panorama tan encantador!

—Es, en verdad, encantador —dijo St. Aubert, cuyas experiencias anteriores le habían permitido comprender la naturaleza de los sentimientos de Valancourt—. ¡Qué lástima que los ricos, que podrían disfrutar de este sol, pasen sus días en la tristeza, en la sombra fría del egoísmo! ¡Para vos, mi joven amigo, que el sol brille siempre como en este momento, que vuestra propia conducta os dé el resplandor unido de la benevolencia y la razón!

Valancourt, conmovido por el comentario, sólo pudo replicar con una sonrisa de gratitud.

Continuaron su camino entre los árboles hasta llegar a una cumbre sombreada que Valancourt les había indicado y los tres prorrumpieron en exclamaciones. Más allá

del lugar donde estaban, la roca se elevaba perpendicularmente en un enorme muro hasta una considerable altura para caer llena de salientes. Los tonos grises contrastaban con el verdor brillante de las plantas y de las flores silvestres que crecían por sus costados y se oscurecían por la sombra de los pinos y los cedros que se agitaban por encima. Hacia abajo, cuando la vista caía abruptamente hacia el valle, todo estaba cubierto de arbustos, y más abajo aún aparecían las copas espesas de los castaños, por entre las que subía el humo de la cabaña de los pastores. Por todas partes aparecían las majestuosas cumbres de los Pirineos, algunas exhibiendo enormes riscos de mármol, cuya apariencia cambiaba a cada instante, al variar la luz que caía sobre su superficie; otras, todavía más altas, mostrando sólo puntos nevados, mientras que las zonas más bajas estaban cubiertas casi invariablemente por bosques de pinos y robles, que se extendían hasta el valle. Éste era uno de esos estrechos que se abren desde los Pirineos hacia el Rosellón, y cuyos pastos y cultivada belleza forman un contraste decidido y maravilloso con la romántica grandeza que les rodea. Desde la montaña se veían las zonas bajas del Rosellón, desdibujadas con la luz azul de la distancia, cuando se unían con las aguas del Mediterráneo. Más allá aparecían los veleros, blancos a la luz del sol, y cuyo avanzar era perceptible según se acercaban al faro. En ocasiones se veía también algún barco en la distancia, que servía para marcar la línea de separación entre el cielo y las olas.

Al otro lado del valle, frente a la zona donde descansaban los viajeros, un paso rocoso se abría hacia Gascuña, invariablemente rodeado de bosques y solitario sin la presencia siquiera de cabañas. En algunas partes un alerce gigante arrojaba su larga sombra sobre el precipicio y aquí y allá alguna cruz monumental coronaba los acantilados, para informar al viajero del destino de aquel que se había aventurado hasta sus alturas. El lugar parecía un auténtico escondite de bandidos, y Emily, según miraba, casi parecía esperar verles salir de alguna cueva en busca de su botín. Pronto, algo no menos terrorífico la hizo estremecerse, un patíbulo, situado sobre una roca próxima a la entrada del paso, por encima de las cruces que había visto antes. Eran jeroglíficos que contaban una historia real y espantosa. No quiso hacerle indicación alguna a St. Aubert sobre ello, pero no pudo evitar un escalofrío y el que se sintiera deseosa de continuar el camino y de que pudieran llegar al Rosellón antes de que cayera la noche. Era nece sario, no obstante, que St. Aubert tomara algún refrigerio y, sentándose en el césped seco, abrieron la cesta de las provisiones, mientras,

«por vivos susurros enfriado,
abierto sobre sus cabezas, el verdoso cedro se agita,
y altos palmitos alzan su airosa sombra,
... ellos arrastran
etéreas almas, allí beben vivificantes vientos,

respirando profusamente en las arboledas de pinos
y valles de fragancia; allí, a lo lejos, oyen
las rugientes crecidas y las cataratas».[12]

St. Aubert revivió con el descanso y con el aire sereno de la cumbre; y Valancourt estaba tan encantado con todo lo que le rodeaba y con la conversación con sus compañeros, que pareció haber olvidado que no le quedaba nada para seguir su camino. Concluida su ligera colación echaron una última mirada de despedida al paisaje y prosiguieron la subida. St. Aubert se sintió más alegre cuando llegaron al carruaje en el que entró con Emily. Valancourt, dispuesto a seguir con la contemplación de las vistas, a las que iban a descender, caminó al lado del coche, soltando a los perros y una vez más moviéndose con ellos por los costados del camino. De cuando en cuando se alejaba o disminuía su paso para contemplar algún aspecto prometedor y recuperaba rápidamente la marcha común.

Ante cada una de esas nuevas imágenes, corría después a informar a St. Aubert, que estaba demasiado cansado para ir caminando y que en ocasiones ordenaba que esperaran a que Emily regresara de alguna colina próxima.

Por la tarde descendieron hacia las zonas bajas que conducen al Rosellón y que forman una barrera majestuosa ante aquel país encantador, que se abre únicamente por el este hacia el Mediterráneo. Los alegres tonos de las tierras de cultivo formaban, una vez más, la belleza del paisaje. Esas zonas bajas se veían coloreadas con los tonos más ricos, debido a su clima y a las gentes industriosas que las cuidan. Los naranjos y los limoneros perfumaban el ambiente y sus frutos asomaban entre las hojas, mientras que en la llanura, los extensos viñedos expandían sus tesoros. Más allá bosques y pastos, y ciudades, y cabañas que se aproximaban al mar, en cuya brillante superficie relucían muchos barcos en la distancia. Todo se veía envuelto en el tono púrpura difuso de la tarde. El contraste de las montañas con aquellos campos, presentaba el cuadro perfecto de la belleza y de lo sublime, de «la belleza durmiendo en el regazo del horror».

Los viajeros, una vez que hubieron llegado a la llanura, se dirigieron entre las plantaciones de mirto y granadinas a la ciudad de ArIes, donde se proponían pasar la noche. Encontraron un lugar sencillo y limpio en el que habrían pasado una tarde feliz, tras las fatigas y delicias del día, si la idea de su próxima separación no hubiera entristecido sus espíritus. St. Aubert se proponía, para la mañana siguiente, bordear el Mediterráneo y viajar por sus playas hasta Languedoc. Valancourt, casi totalmente recuperado y al no pretender continuar con sus nuevos amigos, decidió dejarles allí. St. Aubert, que estaba muy complacido con su presencia, le invitó a seguir con ellos, pero no insistió.

Valancourt tenía suficiente resolución para evitar la tentación de aceptarlo, que

hubiera demostrado que no se merecía el favor. A la mañana siguiente, en consecuencia, se dispusieron a separarse. St. Aubert a continuar su camino a Languedoc, y Valancourt a explorar nuevos escenarios entre las montañas, en su regreso a casa. Durante la tarde estuvo silencioso y pensativo. St. Aubert le trató con afecto, pero con seriedad, como Emily, que hizo repetidos esfuerzos para aparentar que estaba muy animada. Después de una de las tardes más melancólicas de las que habían pasado juntos se separaron al llegar la noche.

Capítulo VI

¡No me interesa, Fortuna!, lo que me niegas;
no me puedes quitar la gracia de la naturaleza libre;
no me puedes cerrar las ventanas del cielo,
por las que la Aurora muestra su rostro brillante;
no puedes impedir a mi pie constante que recorra
bosques y prados, por la corriente viva, en la noche;
deja que mis nervios sanen y fortalezcan fibras más puras,
y yo dejo sus juguetes a los niños.
De fantasía, razón, virtud, de nada me puedes despojar.

THOMSON

Por la mañana, Valancourt desayunó con St. Aubert y Emily, ninguno de los cuales parecía haber descansado bien. La languidez de la enfermedad seguía pesando sobre St. Aubert y los temores de Emily por ello se habían incrementado. Le miraba con afecto e inquietud y sus expresiones se reflejaban fielmente en las suyas.

Al comienzo de su encuentro, Valancourt les había informado de su nombre y de su familia. St. Aubert tenía noticia de ambos, ya que las propiedades de la familia, por entonces de un hermano mayor de Valancourt, estaban a poco más de veinticinco kilómetros de distancia desde La Vallée, y en algunas ocasiones se había encontrado con el mayor de los Valancourt en visitas por la región. Este conocimiento le había predispuesto para aceptar su compañía, aunque su rostro y sus maneras habrían ganado la amistad de St. Aubert, que estaba siempre dispuesto a confiar en lo que le descubrían sus propios ojos, pero esos aspectos no le habrían parecido introducción suficiente al ir acompañado de su hija.

En el desayuno estuvieron casi tan silenciosos como en la cena de la noche anterior. Su mutismo se vio interrumpido por el ruido de las ruedas del carruaje en el que se marcharían St. Aubert y Emily. Valancourt se levantó de su silla y se fue hacia la ventana. Se trataba efectivamente de su carruaje, y volvió a su sitio sin decir palabra. Había llegado el momento de la separación. St. Aubert le dijo que esperaba que no pasaría nunca por La Vallée sin favorecerle con su visita. Valancourt, al darle las gracias, le aseguró que nunca lo haría, y al decirlo miró tímidamente a Emily, que trató de sonreírle en medio de la seriedad de su ánimo. Pasaron unos minutos más conversando y St. Aubert se dirigió ya hacia el carruaje, mientras Emily y Valancourt le seguían silenciosos. El último se quedó varios minutos en la puerta después de que

se hubieron sentado y ninguno parecía tener valor suficiente para decir adiós. Por fin, St. Aubert pronunció la melancólica palabra, que Emily repitió a Valancourt, el cual la devolvió con una sonrisa contenida y el carruaje emprendió su camino.

Los viajeros continuaron durante algún tiempo pensativos y tranquilos, con una sensación que no era del todo desagradable. St. Aubert la interrumpió observando:

—Es un joven que promete. Hacía muchos años que no me había sentido tan complacido con una persona que acabara de conocer. Me ha traído a la memoria los días de mi juventud, cuando todo era nuevo y encantador.

St. Aubert suspiró, sumiéndose en su sueño. Emily volvió la cabeza hacia el camino que acababan de recorrer. Valancourt estaba allí, a la puerta de la posada, siguiéndoles con la vista. Se dio cuenta de que ella miraba y la saludó moviendo la mano. Ella le devolvió el adiós hasta que una revuelta del camino le hizo desaparecer de su vista.

—Recuerdo cuando tenía su edad —prosiguió St. Aubert— y pensaba y sentía exactamente como él. El mundo se abría ante mí entonces, ahora se va cerrando.

—Mi querido padre, no tengas esos pensamientos tan tristes —replicó Emily con la voz temblorosa—, espero que te queden muchos, muchos años de vida por tu propia felicidad y por la mía.

—¡Ay, Emily querida! —replicó St. Aubert—, ¡por tu felicidad! Bien, espero que sea así. —Se secó una lágrima que caía por su mejilla, sonrió y con voz llena de ánimo añadió—: Hay algo en el ardor y en la ingenuidad de la juventud que resulta particularmente agradable para un viejo, si sus sentimientos no están totalmente corroídos por el mundo. Es reanimante y vivificador, como la llegada de la primavera para una persona enferma, su ánimo recibe por alguna razón el espíritu de la estación y sus ojos se iluminan con un brillo transitorio. Valancourt es como la primavera para mí.

Emily, que presionó afectuosamente la mano de su padre, nunca había escuchado con tanto placer los elogios que le dedicaba, ni siquiera los que hubiera podido decir de ella misma.

Continuaron su camino entre los viñedos, los bosques y los pastos, disfrutando de la belleza del paisaje, que se movía entre la grandeza de los Pirineos, por un lado, y el océano, por el otro. Poco después del mediodía llegaron a Colioure, situada en el Mediterráneo. Allí comieron y descansaron hasta que el día se hizo más fresco, para proseguir su camino por la costa, ¡aquella costa encantadora!, que se extiende hasta Languedoc. Emily contemplaba con entusiasmo la inmensidad del mar, su superficie cambiante, según la luz y las sombras, y sus orillas boscosas, suavizadas por los tintes otoñales.

St. Aubert estaba impaciente por llegar a Perpignan, donde esperaba recibir cartas de monsieur Quesnel, y había sido el deseo de tenerlas lo que le había inducido a salir

de Colioure, ya que su cuerpo debilitado habría requerido un inmediato reposo. Cuando habían recorrido unos cuantos kilómetros, se quedó dormido, y Emily, que había puesto en el carruaje dos o tres libros al salir de La Vallée, tenía entonces la oportunidad de mirarlos. Buscó uno, en el que Valancourt había estado leyendo el día anterior con la esperanza de localizar la página sobre la que los ojos de su querido amigo habían pasado tan recientemente, y para entretenerse en los pensamientos que él había admirado, permitiendo así que le hablara con el lenguaje de su propia mente y que le trajera a su presencia. Buscó el libro por todas partes sin encontrarlo, y en su lugar vio un volumen de poemas de Petrarca, que pertenecía a Valancourt, cuyo nombre estaba escrito en él, y del que le había leído con frecuencia algunos pasajes, con toda la expresión patética que caracterizaban los sentimientos del autor. Dudó en creer, lo que hubiera sido suficientemente aparente casi para cualquier persona, que hubiera dejado el libro de modo intencionado, en lugar del que a ella le había desaparecido y que el amor había propiciado el intercambio. Al abrirlo con placer impaciente observó algunos versos subrayados con lápiz, que eran los que él había leído en voz alta, y al repasarlos, le pareció sentir en su oído la ternura delicada con la que los había recitado. Durante algunos momentos tuvo conciencia de haber sido amada, y al recordar las variaciones de su tono y los gestos de su rostro mientras le recitaba aquellos sonetos, se echó a llorar pensando en su afecto.

Llegaron a Perpignan poco después de la caída del sol y St. Aubert encontró, como esperaba, las cartas de monsieur Quesnel. Su contenido le afectó tan profunda y evidentemente que Emily se alarmó, presionándole todo lo que su delicadeza le permitía para que le comunicara las razones de su preocupación. Su única respuesta fueron las lágrimas e inmediatamente empezó a hablar de otros temas. Emily, aunque se prohibió hablarle del que más le interesaba, se quedó muy afectada por el comportamiento de su padre y pasó la noche sin dormir.

A la mañana siguiente continuaron su viaje por la costa hacia Leucate, otra ciudad del Mediterráneo, situada en los límites de Languedoc y Rosellón. Por el camino, Emily volvió a comentar el tema de la noche anterior y pareció tan profundamente afectada por el silencio de St. Aubert, que él cedió en su reserva:

—No estaba dispuesto, mi querida Emily —dijo—, a cubrir con nubes el placer que recibes de todo lo que vemos y, en consecuencia, tenía la intención de ocultarte por el momento algunas circunstancias que, no obstante, habrías llegado a conocer. Pero tu ansiedad ha impedido mi propósito. Estás sufriendo más por ello tal vez que por el conocimiento de los hechos que tengo que contarte. La visita de monsieur Quesnel fue bastante desgraciada para mí; fue a darme parte de las noticias que ahora me confirma. Habrás oído mencionar a un tal monsieur Motteville, de París, pero ignoras que la mayor parte de mis propiedades personales estaba puesta en sus manos. Yo tenía mucha confianza en él y estoy dispuesto a creer que no es del todo

indigno de mi estima. Una variedad de circunstancias han ocurrido para arruinarle y yo me he arruinado con él.

St. Aubert se detuvo para ocultar su emoción.

—Las cartas que acabo de recibir de monsieur Quesnel —prosiguió, luchando por hablar con firmeza—, incluyen otra de Motteville, que confirman todo lo que temía.

—¿Tendremos que dejar La Vallée? —preguntó Emily tras una larga pausa.

—No es seguro —replicó St. Aubert—, depende de los compromisos que Motteville pueda establecer con sus acreedores. Mis ingresos, como sabes, nunca han sido importantes y ahora se verán reducidos a muy poco. ¡Y es por ti, Emily, por ti, hija mía, por lo que estoy más afligido!

En las últimas palabras se le quebró la voz. Emily le sonrió con ternura en medio de sus lágrimas y un momento después, tras luchar para sobreponerse a la emoción, le dijo:

—Querido padre, no sufras por mí, ni por ti; podemos seguir siendo felices; si La Vallée sigue siendo nuestra, debemos ser felices. Conservaremos un solo criado y casi no te darás cuenta del cambio producido en nuestros ingresos. Puedes estar tranquilo, no sentiremos la necesidad de esos lujos que otros valoran tanto, puesto que nunca nos han preocupado, y la pobreza no nos puede privar de muchos consuelos. Eso no puede robaos el afecto que nos une o degradaos ante nuestra propia opinión o ante la de cualquier persona que nosotros valoremos.

St. Aubert ocultó su rostro con el pañuelo y no fue capaz de hablar, pero Emily continuó animándole con las verdades que él mismo había puesto en su corazón.

—Además, querido padre, la pobreza no puede privamos de las satisfacciones intelectuales. No puede quitarte el consuelo de enseñarme con ejemplos de fortaleza y benevolencia, ni a mí de la satisfacción de consolar a mi querido padre. No puede anular nuestra preferencia por lo grande, por lo bello, o denegamos la posibilidad de disfrutar con ello. Esas escenas de la naturaleza, cuyo sublime espectáculo es tan infinitamente superior a todos los lujos artificiales, están tan abiertas al disfrute de los pobres como al de los ricos. ¿De qué tendremos entonces que quejamos mientras no nos falte lo más necesario? Los placeres que la riqueza no puede comprar seguirán siendo nuestros. Retendremos el sublime lujo de la naturaleza y perderemos únicamente los frívolos del arte.

St. Aubert no pudo replicar; acercó a Emily hasta su pecho y sus lágrimas se unieron, pero no eran lágrimas de dolor. Tras aquel lenguaje de su corazón, cualquier otro les hubiera parecido débil, y siguieron silenciosos durante algún tiempo. Después, St. Aubert siguió hablando como antes, su mente no había recobrado la tranquilidad natural, pero al menos asumía su apariencia.

Llegaron a la romántica ciudad de Leucate bastante pronto, pero St. Aubert estaba cansado y decidieron pasar allí la noche. Por la tarde, se animó al extremo de pasear

con su hija por los alrededores, orientados hacia el lago de Leucate, al Mediterráneo, y en parte al Rosellón, con los Pirineos y una amplia franja de la provincia de Languedoc, floreciente con los viñedos repletos, que los campesinos empezaban a recoger. St. Aubert y Emily vieron algunos grupos de gentes, escucharon sus alegres canciones, que difuminaba la brisa, y anticiparon con aparente satisfacción el viaje del día siguiente en aquella animada región. Él decidió, no obstante, que seguirían el camino de la costa. Su inmediato deseo habría sido el de regresar a casa inmediatamente, pero se contenía pensando en las satisfacciones que el viaje le estaba dando a su hija y por sentir los efectos que el aire del mar hacía en su propia enfermedad.

Al día siguiente recomenzaron el viaje a través de Languedoc, por el camino de la costa del Mediterráneo; los Pirineos seguían cubriendo el fondo de su perspectiva, con el mar a la derecha, y a la izquierda las extensas planicies limitadas por el horizonte azul. St. Aubert estaba animado y conversó mucho con Emily, aunque su alegría era artificial a veces y otras se veía envuelto en una sombra de melancolía que se reflejaba en su rostro y le traicionaba. Emily trataba de animarle con su sonrisa, aunque con el corazón dolorido porque veía que sus problemas se fijaban en su mente y afectaban su debilitada constitución.

A la caída de la tarde llegaron a una pequeña aldea del alto Languedoc, donde habían proyectado pasar la noche. Comprobaron que no había camas, ya que era la época de la vendimia y se vieron obligados a seguir su camino. La enfermedad y la fatiga no tardaron en presentarse y St. Aubert requirió un reposo inmediato. La tarde estaba muy avanzada, pero como no tenía elección ordenó a Michael que continuara.

Las ricas llanuras de Languedoc, que exhibían toda la gloria de la vendimia, con la alegría de las fiestas francesas, ya no despertaban la satisfacción de St. Aubert, cuyas condiciones contrastaban con la hilaridad y la belleza juvenil que le rodeaba. Mientras sus ojos cansados contemplaban la escena consideró que tal vez sin tardar mucho se cerrarían para siempre. «Esas distantes y sublimes montañas —dijo para sí mismo al contemplar la cadena de los Pirineos que se extendía hacia el oeste—, esas lujuriantes llanuras, esa bóveda azul, la alegre luz del día, quedarán cerradas para mis ojos. ¡La canción del campesino, la animosa voz del hombre, dejará de sonar para mí!».

La viveza de los ojos de Emily pareció leer lo que pasaba por la mente de su padre y los fijó en su cara, con una expresión tan tierna de piedad, que le obligó a olvidar toda lamentación para recordar únicamente que dejaría a su hija sin protección. Esta idea cambió el dolor en agonía; suspiró profundamente y guardó silencio, mientras ella parecía comprender el significado del suspiro, porque presionó su mano con afecto y volvió la mirada hacia la ventanilla para ocultar sus lágrimas. El sol lanzaba en aquel momento sus últimos reflejos amarillos en las olas del

Mediterráneo y las sombras del atardecer se extendieron rápidas por todo el paisaje hasta que sólo un rayo melancólico apareció en el oeste, marcando el punto por el que el sol había sido vencido por los vapores de la tarde otoñal. Una fresca brisa empezó a llegar desde la playa y Emily bajó el cristal. El aire, que era refrescante para la salud como peligroso para la enfermedad, hizo que St. Aubert deseara que cerrara la ventanilla. Las molestias le hicieron sentirse más inquieto porque llegara el fin del viaje de aquel día e hizo detenerse al mulero para preguntarle a qué distancia se encontraban de la próxima ciudad.

—Doce kilómetros —contestó Michael.[13]

—Siento que no podré seguir adelante —dijo St. Aubert—; pregunta al pasar si hay alguna casa en el camino en la que puedan acomodamos por esta noche.

Se echó hacia atrás, y Michael, restallando su látigo en el aire, continuó al galope hasta que St. Aubert le pidió casi desmayado que se detuviera. Emily miró ansiosamente por la ventanilla y vio a un campesino andando a corta distancia del camino, al que esperaron para preguntarle si había alguna casa en los contornos que pudiera acomodar a los viajeros. Contestó que no conocía ninguna.

—Eso sí, hay un castillo entre esos bosques, a la derecha —añadió—, pero creo que no reciben a nadie, y no puedo mostrarles el camino porque soy casi forastero.

St. Aubert iba a preguntarle algún dato más sobre el castillo, pero el hombre siguió de modo abrupto su camino. Tras comentar el asunto, ordenó a Michael que se dirigiera lentamente hacia el bosque. La oscuridad aumentaba por momentos y con ella las dificultades para encontrar el camino. No tardó en cruzarse con ellos otro campesino.

—¿Por qué camino se va al castillo del bosque? —gritó Michael.

—¡El castillo del bosque! —exclamó—. ¿Os referís a ese, el de la torre, allí?

—No sé nada de una torre —dijo Michael—. Me refiero a ese trozo blanco de edificio, que se ve por ahí en la distancia, entre los árboles.

St. Aubert, al oír la extraña pregunta y observar el tono peculiar en que la había formulado, se asomó por la ventanilla.

—Somos viajeros —dijo—, y estamos buscando un lugar en el que pasar la noche. ¿Hay alguno por esta zona?

—No, monsieur, a menos que hayáis pensado en probar fortuna ahí —replicó el campesino, señalando hacia el bosque—, pero no os aconsejaría que fuerais.

—¿De quién es el castillo?

—No lo sé, monsieur.

—Entonces, ¿es que no está habitado?

—No, no deshabitado. La criada y el ama de llaves están allí, creo.

Al oír esto, St. Aubert decidió dirigirse al castillo y arriesgarse a ser rechazados, en su deseo de pasar la noche. En consecuencia, le pidió al campesino que le mostrara

el camino a Michael y le ofreció una compensación por las molestias. El hombre guardó silencio durante un momento y entonces dijo que tenía que ir a sus asuntos, pero que no podían perderse si seguían un camino que había a la derecha, y se lo señaló. St. Aubert iba a decirle algo, pero el campesino le dio las buenas noches y se alejó.

El carruaje se dirigió entonces por la alameda hasta llegar a una verja de entrada. Michael desmontó para abrirla y entraron entre dos filas de viejos robles y castaños, cuyas ramas formaban una especie de arco sobre ellos. Había algo tan penoso y desolado en aquel camino y en su solitario silencio que Emily casi tembló según lo recorrían, y al recordar el tono con el que el campesino se había referido al castillo, concedió un sentido misterioso a sus palabras, que no advirtió al oírlas. Trató de liberarse de estas impresiones, considerando que lo más probable es que fueran el efecto de una imaginación melancólica, por la situación de su padre y por la consideración de sus propias circunstancias, que la habían hecho sensible a cualquier impresión.

Avanzaron lentamente, ya que estaba casi totalmente oscuro, lo que unido a los desniveles del terreno y a las raíces de los viejos árboles que cruzaban el camino, hacía necesario proceder con precaución. De pronto Michael detuvo el carruaje, y cuando St. Aubert miró por la ventanilla para preguntarle los motivos, vio una figura humana que se movía a cierta distancia en el camino. La oscuridad no le permitió distinguir de quién se trataba, pero hizo una señal a Michael para que continuara.

—¡Qué extraño lugar es éste! —dijo Michael—; no se ve casa alguna. ¿No creéis que sería mejor que nos volviéramos?

—Sigue un poco más, y si no vemos la casa volveremos al camino —contestó St. Aubert.

Michael siguió dudoso y la extrema lentitud con que avanzaba hizo que St. Aubert mirara de nuevo por la ventanilla para indicarle que fuera más aprisa, y vio de nuevo a la misma figura. Se inquietó, tal vez porque lo penoso del lugar le hizo más susceptible de alarmarse que de costumbre. Fuera o no por ello, ordenó a Michael que se detuviera y le indicó que llamara a la persona que veían en la distancia.

—Por favor, señoría, puede ser un ladrón —dijo Michael.

—Esto no me gusta —dijo St. Aubert, que no pudo evitar una sonrisa por la simplicidad de la frase del mulero—, así que volveremos al camino, ya que no veo probabilidad alguna de que encontremos aquí lo que buscamos.

Michael dio la vuelta de inmediato, e iniciaba el camino de regreso cuando oyeron una voz que salía de los árboles del lado izquierdo. No era una voz de mando o de desesperación, sino de un tono profundo que no daba la impresión de ser humano. El hombre restalló el látigo y las mulas emprendieron la marcha tan rápida como les fue posible, sin tener en cuenta la oscuridad, los desniveles del camino y el

cuello de los viajeros. No se detuvieron hasta llegar a la verja que comunicaba con el camino general, donde Michael las hizo ir a un paso más moderado.

—Me siento muy enfermo —dijo St. Aubert, cogiendo la mano de su hija..

—¡Estás peor! —dijo Emily, muy alarmada por su tono—, estás peor y no hay nadie que nos pueda ayudar. ¡Dios mío, qué podemos hacer! —Él apoyó su cabeza en el hombro de Emily, mientras ella le sostenía con el brazo y Michael recibía de nuevo la orden de detenerse. Cuando cesó el ruido de las ruedas les llegó el tono de una música, que para Emily fue como la voz de la esperanza —.¡Oh! ¡Estamos cerca de alguna casa! —dijo—. ¡Tal vez encontremos ayuda!

Escuchó con ansiedad. La música llegaba de la distancia, como desde alguna parte del bosque que bordeaba el camino; y, al mirar hacia el lugar de donde parecía proceder, percibió a la leve luz de la luna algo que se asemejaba a un castillo. Sin embargo, era difícil alcanzarlo; St. Aubert estaba demasiado enfermo para soportar los movimientos del carruaje; Michael no podía abandonar las mulas, y Emily, que seguía sujetando a su padre, temía dejarle y también aventurarse sola por aquella zona, en la que no conocía a nadie. No obstante, era necesario tomar alguna determinación. St. Aubert indicó a Michael que continuara lentamente; pero sólo habían avanzado unos metros cuando perdió el conocimiento y el carruaje se detuvo de nuevo. Yacía inconsciente.

—¡Padre mío! —gritó Emily llena de angustia y empezando a temer que estuviera a punto de morir—. ¡Habla, dime algo, que oiga el sonido de tu voz! —pero no hubo respuesta.

Llena de desesperación, le pidió a Michael que trajera agua del riachuelo que corría a lo largo del camino. El hombre le trajo un poco de agua en su sombrero y con manos temblorosas salpicó en el rostro del padre, que bajo los rayos de luna que caían sobre él parecía llevar la impresión de la muerte. Todas las emociones egoístas cedieron a una de mayor fuerza, y encomendando St. Aubert al cuidado de Michael, que se negó a alejarse de sus mulas, Emily descendió del carruaje para dirigirse al castillo que había visto a lo lejos. La luz de la luna y la música, que seguía sonando, dirigieron sus pasos desde el camino hacia el sendero lleno de sombras que conducía al bosque. Su mente se vio dominada durante algunos momentos por la ansiedad y el temor al pensar en su padre y no sintió los suyos, hasta que la oscuridad se fue haciendo más profunda en medio de la enramada, y lo agreste del lugar le trajo la idea de su aventurada situación. La música había cesado y sólo podía confiar en el azar. Se detuvo un momento aterrada, hasta que la conciencia de cómo se encontraba su padre le dio fuerzas y continuó. El sendero concluía en el bosque y buscó en vano la silueta de la casa o la de algún ser humano que pudiera guiarla. Sin embargo, no se detuvo y avanzó sin saber hacia dónde se dirigía, evitando los salientes del bosque y tratando de mantenerse en sus márgenes, hasta que una especie de camino iluminado por la

luna atrajo su atención. Lo accidentado del mismo le recordó el que conducía al torreón del castillo y se inclinó a creer que estaría en aquellos dominios y que probablemente conduciría al mismo punto. Mientras dudaba si seguir o no en esa dirección le llegaron voces muy fuertes. No eran risas alegres, sino de alguna algarada y se detuvo temerosa. En ese momento le llegó una voz distante, procedente del camino que había seguido y que, sin duda, era la de Michael. Su primer impulso fue el de regresar corriendo, pero pensándolo bien, cambió su propósito. Creyó que nada que no fuera lo más extremo podría haber obligado a Michael a abandonar sus mulas, y temiendo por la vida de su padre corrió hacia delante con la débil esperanza de obtener alguna ayuda de las gentes que están en el bosque. Le latía el corazón con temor expectante según se acercaba al lugar de donde provenían las voces y varias veces se asustó con el ruido de sus pasos sobre las hojas caídas. Los sonidos la condujeron hacia el claro iluminado por la luna que había visto antes. A poca distancia se detuvo y vio, entre las ramas de los árboles, en un pequeño círculo de hierba rodeado por árboles, un grupo de figuras. Al acercarse más, comprobó por sus ropas que eran campesinos, y vio varias cabañas al borde del bosque que comunicaban con aquel claro. Mientras miraba atentamente, tratando de superar los temores que detenían sus pasos, varias muchachas salieron de una de las cabañas; la música comenzó de nuevo y también el baile. ¡Era la música de la vendimia!, la misma que había oído antes. Su corazón, lleno de temores al pensar en su padre, no pudo advertir el contraste que ofrecía aquella escena alegre con su propia desesperación. Corrió hacia el grupo de campesinos de más edad, que estaban sentados a la puerta de una cabaña, y después de explicarles su situación, solicitó su ayuda. Varios de ellos se pusieron en pie de inmediato y ofreciéndole todo lo que estuviera en sus manos, siguieron a Emily, que parecía moverse con el viento hacia el camino.

Cuando llegó al carruaje encontró a St. Aubert bastante animado. Al recobrar el conocimiento y enterarse por Michael de dónde estaba su hija, su preocupación por ella superó lo que sentía por su estado y le había enviado de inmediato a buscarla. Seguía, no obstante, muy débil e incapaz de continuar el viaje. Repitió sus preguntas sobre la posibilidad de llegar a alguna posada y también en relación con el castillo.

—En el castillo no os podrán acomodar, señor —dijo un campesino de cierta edad, de los que habían corrido tras Emily—, casi no está habitado; pero si me hacéis el honor de venir a mi cabaña, seréis bienvenido a nuestra mejor cama.

St. Aubert era francés y, por tanto, no se sorprendió ante aquella cortesía; pero, enfermo como estaba, se dio cuenta del valor del ofrecimiento por el tono en que había sido hecho. Él también tenía demasiada delicadeza para pedir disculpas o para aparentar dudas ante la hospitalidad del campesino, por lo que aceptó inmediatamente con la misma franqueza con que le había sido ofrecida.

El carruaje inició una vez más su lenta marcha; Michael siguió a los campesinos por el sendero que Emily acababa de recorrer, hasta que llegaron al claro iluminado por la luna. El ánimo de St. Aubert se había recuperado con la cortesía de aquel hombre y por la proximidad de alcanzar el reposo, y contempló con especial complacencia la escena bañada por la luna, rodeada por las sombras de los árboles, a través de la cual aquí y allá otros claros admitían el brillo esplendoroso, descubriendo una cabaña o un reluciente riachuelo. Escuchó con emoción nada dolorosa las alegres notas de la guitarra y del tambor, y aunque sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio el desenfadado baile de los campesinos, no eran lágrimas de pesadumbre. Para Emily fue algo distinto; el terror anterior por su padre se había transformado en una dulce melancolía, que despertaba con cada nota al compararla con su situación anterior.

La danza se interrumpió al aproximarse el carruaje, que era una novedad en aquellos bosques, y los campesinos lo rodearon con animada curiosidad. Al saber que traía a un forastero enfermo varias muchachas cruzaron el césped y volvieron con vino y cestas de uvas, que ofrecieron a los viajeros, tratando de que fueran elegidas las de cada una. Finalmente el carruaje se detuvo en la cabaña más próxima y el campesino, que ayudó a St. Aubert a bajarse, le condujo, junto con Emily, a una pequeña habitación iluminada por los rayos de la luna, que entraban por un ventanuco. St. Aubert, anticipando el consuelo del descanso, se sentó en una butaca y se sintió mejorar por el aire fresco, que agitaba ligeramente los tarros de miel y extendía su dulce aliento por la casa. Su anfitrión, llamado La Voisin, salió de la habitación, pero no tardó en volver con frutas, leche y todos los lujos que corresponden a una cabaña de pastores. Dejó todo encima de la mesa, y con una sonrisa de bienvenida se retiró detrás de la silla de su huésped. St. Aubert insistió en que se sentaran con él a la mesa, y, cuando los frutos habían acallado la fiebre de su paladar y se encontró recuperado, comenzó a conversar con su anfitrión, que le facilitó algunos detalles relacionados con él y con su familia, que eran interesantes porque los comunicaba con el corazón y dibujaban el cuadro de la dulce vida en familia. Emily, sentada al lado de su padre, sostenía su mano, y mientras escuchaba al anciano, su corazón se conmovía con afectuosa simpatía por lo que les describía. Rompió a llorar al pensar que la muerte no tardaría quizá en privarla de la mayor bendición que poseía. La suave luz de la luna de una noche otoñal y la música distante, que de nuevo sonaba en el exterior colaboraron en acentuar la melancolía de su mente. El anciano continuó hablando de su familia y St. Aubert se mantuvo silencioso.

—Sólo me vive una hija —dijo La Voisin—, pero es feliz en su matrimonio y eso es todo para mí. Cuando perdí a mi mujer —añadió con un suspiro—, me vine a vivir con Agnes y su familia; tiene varios niños, que ahora están todos bailando ahí fuera

tan alegres como los saltamontes, y ¡que sea por muchos años! Espero morir aquí monsieur. Soy viejo y no espero vivir demasiado, pero hay mucho consuelo en morir rodeado por los propios hijos.

—Mi querido amigo —dijo St. Aubert con voz temblorosa—, espero que viváis mucho tiempo rodeado por ellos.

—¡Ah, señor!, ¡a mi edad no puedo esperar que sea mucho! —replicó el campesino, y tras una pausa continuó:— Casi no puedo no desearlo, pero confío en que cuando ocurra iré al cielo, adonde mi pobre mujer fue antes que yo. Todavía me parece verla a veces, en las noches de luna, paseando entre esas sombras que ella tanto quería. ¿Creéis, monsieur, que se nos permitirá visitar de nuevo la tierra cuando nos hayamos separado del cuerpo?

Emily no pudo contener la angustia de su corazón; las lágrimas cayeron de improviso sobre la mano de su padre, que aún tenía entre las suyas. Él hizo un esfuerzo para hablar y por fin dijo en voz baja:

—Espero que se nos permita ver a los que hemos dejado en la tierra, pero sólo puedo hacer eso, esperar. El futuro está vedado a nuestros ojos, y la fe y la esperanza son nuestras únicas guías en relación con él. No estamos inclinados a creer que los espíritus sin cuerpo puedan ver a los amigos que quisieron, pero podemos, inocentemente, confiar en ello. Nunca renunciaré a la esperanza —continuó, mientras secaba las lágrimas de los ojos de su hija—, ¡endulzará los momentos amargos de la muerte!

Las lágrimas empezaron a caer lentamente por sus mejillas; La Voisin también lloró y todos quedaron en silencio. Entonces, La Voisin volvió al mismo tema y dijo:

—Pero usted creerá, señor, que nos encontraremos en el otro mundo a los familiares que hemos querido en éste. Yo sí creo en esto.

—Entonces créalo —replicó St. Aubert—, porque terribles, en verdad, serían los dolores de la separación, si pensáramos que habría de ser eterna. ¡Ánimo, mi querida Emily, volveremos a encontrarnos!

Elevó los ojos al cielo y un rayo de luna, que cayó sobre su rostro, descubrió la paz y la resignación, sobreponiéndose al dolor.

La Voisin sintió que había insistido demasiado en el tema y cambió de conversación.

—Estamos a oscuras. Olvidé traer una luz —dijo.

—No —dijo St. Aubert—, ésta es la luz que me gusta. Sentaos, mi buen amigo. Emily, hija querida, me siento mejor que durante todo el día; este aire me refresca. Puedo disfrutar de esta hora tranquila y de esa música que flota tan dulcemente en la distancia. Déjame ver tu sonrisa. ¿Quién toca tan bien la guitarra? ¿Son dos instrumentos o es el eco?

—Es el eco, monsieur, supongo. Se oye la guitarra por las noches cuando todo

está en silencio, pero nadie sabe quién la toca. A veces la oímos acompañada de una voz tan dulce y tan triste que se podría pensar que el bosque está embrujado.

—Efectivamente está embrujado —dijo St. Aubert con una sonrisa—, pero creo que por mortales.

—Lo he oído a veces a medianoche, cuando he estado desvelado —continuó La Voisin, que no parecía haber advertido la observación—, casi bajo mi ventana, y nunca he oído música como ésta. A veces me ha hecho pensar en mi pobre mujer hasta hacerme llorar. En otras ocasiones me he levantado y he mirado por la ventana para ver si veía a alguien, pero al abrirla todo ha quedado en silencio, sin que se viera a persona alguna. Me he quedado escuchando y escuchando hasta que el temblor de las hojas por la brisa me ha hecho reaccionar. Dicen que a veces se oye como aviso a la gente que va a morir, pero lo he oído tantos años que no me lo creo.

Emily, aunque sonrió al oír aquella ridícula superstición, en su estado de ánimo no pudo evitar el sentirse contagiada.

—¿Es que nadie ha tenido el coraje de seguir la pista del sonido? —dijo St. Aubert—. Si lo hubieran hecho probablemente habrían descubierto quién es el músico.

—Sí, señor, lo han seguido por el bosque, pero la música se iba alejando y sonaba siempre a la misma distancia. La gente ha tenido miedo al final de que ocurriera algo y lo han dejado. Pero no es frecuente oírlo tan al principio de la noche. Nos llega normalmente alrededor de la medianoche, cuando ese planeta brillante, que se levanta por encima de aquella torre, se oculta entre los árboles y desaparece.

—¿Qué torre? —preguntó St. Aubert con rapidez—, no la veo.

—Perdonadme, monsieur, tiene que verla porque la está iluminando la luna allí, al final del camino. El castillo queda tras los árboles.

—Sí, padre querido —dijo Emily señalando—, ¿no ves algo que brilla por encima de los árboles? Creo que es como un templo, sobre el que caen los rayos.

—¡Oh, sí! Lo veo. ¿A quién pertenece el castillo?

—El marqués de Villeroi era el dueño —replicó La Voisin enfáticamente.

—¡Ah! —dijo St. Aubert con un profundo suspiro—, ¡estamos entonces tan cerca de Le-Blanc! —se mostró muy agitado.

—En tiempos fue la residencia favorita del marqués —continuó La Voisin—, pero empezó a aborrecer el lugar y hace muchos años que no ha vuelto. Últimamente hemos oído que ha muerto y que el castillo ha pasado a otras manos.

St. Aubert, que había estado en un silencio pensativo, se conmovió al oír las últimas palabras.

—¡Muerto! —exclamó—. ¡Dios mío! ¿Cuándo murió?

—Según han dicho hace unas cinco semanas —replicó La Voisin—. ¿Conocisteis al marques, señor?

—¡Es extraordinario! —dijo St. Aubert sin responder a la pregunta.

—¿Por qué, querido padre? —dijo Emily con curiosidad tímida.

St. Aubert no contestó, se sumió de nuevo en sus pensamientos, y tras unos momentos, en los que pareció recuperarse, preguntó quién era el dueño entonces.

—He olvidado su título, monsieur —dijo La Voisin—; pero mi señor reside casi siempre en París y no he oído que fuera a venir.

—¿Entonces el castillo está cerrado?

—Algo mejor que eso, señor, la vieja ama de llaves y su marido lo tienen a su cargo, pero viven generalmente en una casita que hay al lado.

—Supongo que el castillo será espacioso —dijo Emily—, y tiene que dar un aspecto desolado si sólo viven dos personas en él.

—Más que desolado, mademoiselle —replicó La Voisin—, yo no pasaría una sola noche en el castillo ni por el valor de toda la propiedad.

—¿Por qué? —dijo St. Aubert como despertando.

Al repetir La Voisin su comentario, se le escapó un gemido a St. Aubert y, entonces, como ansioso por ocultarlo, preguntó sin pausa a La Voisin cuánto tiempo llevaba viviendo por allí.

—Casi desde mi infancia, señor —replicó.

—¿Recordáis a la marquesa fallecida? —preguntó St. Aubert con la voz alterada.

—¡Naturalmente, señor! Y hay muchos que la recuerdan como yo.

—Sí... —dijo St. Aubert—, y yo soy uno de ellos.

—¡Ah, señor!, la recordáis. Una dama hermosa y excelente. Se merecía un destino mejor.

Los ojos de St. Aubert se llenaron de lágrimas.

—No sigáis —dijo, con la voz alterada por la violencia de sus emociones—, no sigáis, amigo mío.

Emily, aunque sorprendida por la reacción de su padre, no quiso expresar sus sentimientos haciéndole preguntas. La Voisin empezó a disculparse, pero St. Aubert le interrumpió:

—No es necesario que os disculpéis —dijo—, hablemos de otra cosa. Hablabais de la música que ahora estamos escuchando.

—Así es, monsieur, pero ¡silencio!, suena de nuevo. ¡Escuchad esa voz! —Se quedaron callados;

Por fin, un sonido suave y solemne
se alzó, como una corriente de ricos y destilados perfumes,
y quedó suspendido en el aire, e incluso el Silencio
quedó atrapado donde estaba atento, y deseó
negar su naturaleza, y no estar nunca más

quieto, para ser así desplazado.[14]

A los pocos momentos la voz murió en el aire, y el instrumento que habían oído antes se expresó en una suave sinfonía. St. Aubert advirtió entonces que producía un tono más lleno y melodioso que el de una guitarra y más melancólico y suave que el del laúd. Continuaron escuchando, pero los sonidos no volvieron.

—¡Es extraño! —dijo St. Aubert rompiendo el silencio.

—¡Muy extraño! —dijo Emily.

—¡Así es! —comentó La Voisin, y los tres volvieron a guardar silencio.

Tras una pausa muy larga, dijo La Voisin:

—Hace ahora unos dieciocho años que oí esa música por primera vez. Recuerdo que fue una noche de verano, parecida a la de hoy, pero más tarde, cuando paseaba solo por el bosque. También recuerdo que estaba decaído porque uno de mis hijos estaba enfermo y temíamos perderlo. Había estado junto a su lecho toda la tarde, mientras su madre dormía porque le había cuidado la noche anterior. Salí a tomar el aire, ya que el día había sido muy caluroso. Según paseaba por las sombras y meditaba, oí a lo lejos esa música y pensé que era Claude tocando la flauta en la puerta de la cabaña, como solía hacer por las tardes. Pero cuando llegué al lugar en el que se separan los árboles, ¡nunca lo olvidaré!, y miré hacia el norte, que elevaba hasta el cielo las grandes alturas, ¡oí de pronto tales sonidos!... sin que pudiera decir desde dónde. Era como la música de los ángeles, y volví a mirar hacia arriba esperando verlos en el cielo. Cuando llegué a casa les conté lo sucedido y se rieron de mí. Dijeron que serían algunos pastores y no pude convencerles de lo contrario. Sin embargo, unas noches después, mi mujer también lo oyó y se quedó igual de sorprendida que yo. El padre Denis la asustó diciendo que era la música que anunciaba la muerte de su hijo, como ya había ocurrido en otras ocasiones.

Emily, al oírlo, tuvo una impresión supersticiosa totalmente nueva para ella y a duras penas pudo ocultar la agitación ante su padre.

—Pero el niño vivió, monsieur, a pesar del padre Denis.

—¡Padre Denis! —dijo St. Aubert, que había escuchado con atención paciente—. ¿Entonces, estamos cerca de un convento?

—Sí, señor; el convento de St. Clair no está muy lejos, allí al lado del mar.

—¡Ah! —dijo St. Aubert como conmovido por un inesperado recuerdo—, ¡el convento de St. Clair!

Emily observó la sombra de pesar que, mezclada con una expresión de horror, pasó sobre su rostro. Se quedó estático y, bañado como estaba por la palidez plateada de la luna, era como una de esas estatuas de mármol de un monumento, que parecen inclinarse en un dolor sin esperanza sobre las cenizas de los muertos,

Por la luz difusa
que la luz borrosa filtra a través del pintado ventanuco.[15]

—Pero, padre mío —dijo Emily, tratando de disipar sus pensamientos—, olvidas que necesitas reposo. Si nuestro amable anfitrión me lo permitiera, me ocuparía de tu cama, ya que sé cómo te gusta que se te prepare.

St. Aubert, reaccionando y sonriendo afectuosamente, le indicó que no debía aumentar su fatiga, y La Voisin, cuya consideración por su invitado había sido suspendida por lo interesante de su propia narración, se puso en pie y, pidiendo perdón por no haber llamado a Agnes, salió de inmediato de la habitación.

A los pocos momentos regresó con su hija, una mujer joven de rostro agradable, y Emily confirmó lo que ya había sospechado; para acomodarles, la familia La Voisin tenía que cederles sus camas. Lamentó esta circunstancia, pero Agnes, por su contestación, demostró plenamente que había heredado una buena parte de la cortés hospitalidad de su padre. Se decidió que algunos niños y Michael dormirían en una cabaña próxima.

—Si mañana me encuentro mejor, querida hija —dijo St. Aubert cuando Emily volvió a su lado—, tengo la intención de que iniciemos pronto nuestro viaje, para que podamos descansar durante el calor del día en nuestro regreso a casa. En el estado actual de mi salud y mi ánimo no puedo pensar en alargar el viaje y, además, estoy ansioso por llegar a La Vallée.

Emily, aunque también deseaba regresar, se quedó muy preocupada con el inesperado deseo de su padre y dedujo que indicaba un grado mayor de indisposición de lo que él mismo suponía. St. Aubert se retiró, y Emily a su pequeña habitación, aunque no para descansar inmediatamente. Sus pensamientos volvieron a la última conversación, relativa al estado de ánimo de su padre; un tema que la afectaba particularmente. Se apoyó pensativa en la pequeña abertura del ventanuco y, con la mente envuelta en aquellos pensamientos, fijó la mirada en el cielo, cuya concavidad azul, sin nubes, estaba salpicada de estrellas, de mundos, quizá de espíritus no informados con el barro humano. Mientras sus ojos recorrían el éter sin límites, sus pensamientos volvieron, como antes, hacia la sublimidad de Dios y a la contemplación del futuro. Ningún sonido de este mundo interrumpió el curso de estos pensamientos; las alegres danzas habían cesado y todos los campesinos se habían retirado a sus casas. El aire inmóvil no parecía estar entre los árboles y, de vez en cuando, el sonido distante de una solitaria esquila o un ventanuco que se cerraba era todo lo que rompía el silencio. Por fin, ni siquiera esos pequeños ruidos de la vida humana le llegaban. Elevada y envuelta, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de sublime devoción, continuó asomada, hasta que el velo de la medianoche cayó sobre la tierra y el planeta que La Voisin había señalado se ocultó tras los árboles. Recordó

entonces lo que había dicho sobre la luna y la música misteriosa; y apoyada en la ventana, a medias esperaba y temía volver a oírla. Su mente recordó entonces la emoción extrema que había mostrado su padre al enterarse de la muerte del marqués La Villeroi y del destino de la marquesa y se sintió profundamente interesada en la causa remota de aquella emoción. Su sorpresa y su curiosidad fueron mayores porque no recordaba haberle oído nunca mencionar el nombre de Villeroi.

Sin embargo, ninguna música se alzó en el silencio de la noche, y Emily, dándose cuenta de la hora tan avanzada, y de que tendría que levantarse temprano por la mañana, volvió a su sensación de fatiga y se retiró de la ventana para descansar.

Capítulo VII

Deja que aquellos lamenten su condena,
cuya esperanza sigue arrastrándose en esta oscura morada,
pero las almas elevadas pueden mirar más allá de la tumba,
pueden sonreír al destino, y sorprenderse de cómo sentirlo.
¿No volverá más la Primavera a estas tristes escenas?
¿Está ahí agitándose el eterno lecho del sol?
¡Pronto el oriente relucirá con nuevo brillo,
y la Primavera derramará pronto su influencia vital,
de nuevo armonizando la enramada, de nuevo adornando la pradera!

BEATTIE

Emily, que fue despertada en una hora temprana como había solicitado, sólo se había recuperado un poco con el descanso, porque había tenido sueños inquietantes que no se lo habían permitido. Pero cuando abrió el ventanuco y miró al exterior, iluminado por el sol de la mañana, y respiró el aire puro, su ánimo se tranquilizó. Todo estaba lleno de la alegre frescura que parece tener el aliento de lo saludable y oyó únicamente los sonidos *pictóricos*, si es que se puede utilizar esta definición: la campana llamando a maitines del convento distante, el lejano sonar de las olas del mar, el canto de los pájaros, y el murmullo en el fondo del ganado, que vio acercarse lentamente entre los troncos de los árboles. Conmovida por las imágenes que la rodeaban, se dejó llevar por una tranquilidad pensativa, y, mientras apoyada en la ventana esperó a que bajara St. Aubert para desayunar, ordenó sus ideas en los versos siguientes:

LA PRIMERA HORA DE LA MAÑANA

¡Qué dulce recorrer la enmarañada sombra del bosque,
cuando la penumbra temprana, desde el este,
alborea el dormido paisaje en el cielo raso
y le hace aparecer al extender la mañana su luz rosada!

Cuando cada flor nueva, que lloró por la noche,
levanta su cabeza estremecida brillando suave con una lágrima,
extiende su tierno capullo hacia la luz,
y da su incienso al aire cordial.

¡Qué fresca la brisa que mece el rico perfume
y dilata la melancolía de los pájaros despiertos;
el zumbido de las abejas, bajo la verde tristeza,
y la canción del leñador, y el mugido del rebaño lejano!

Entonces, destellos dudosos de las cumbres blancas de las montañas,
se ven desde lejos a través de las frondas,
y, más allá aún, el brumoso lecho del océano,
con velas fugaces, que comparten algunos rayos del sol.

¡Pero, inútiles la sombra rústica —el aliento de mayo,
la voz de la música flotando en el viento,
y las formas, que brillan en el velo de rocío de la mañana,
si la salud ya no manda al corazón que sea alegre!
¡Oh, hora fragante!, ¡tú puedes darle la riqueza,
colorear sus mejillas, y ordenar que el padre viva!

Emily oyó los pasos de personas que se acercaban a la cabaña y la voz de Michael, que iba hablando con sus mulas según las traía del establo próximo. Al salir de su habitación, St. Aubert, que ya se había levantado, se encontró con Emily en la puerta, aparentemente tan poco recuperado por el sueño como ella misma. Le acompañó al pequeño vestíbulo en el que habían cenado la noche anterior, donde encontraron preparado el desayuno, mientras su anfitrión y su hija les esperaban para darles los buenos días.

—Envidio esta cabaña, mis buenos amigos —dijo St. Aubert al verles—, es tan agradable, tan tranquila y tan limpia y con este aire que se respira... que si algo puede hacer recuperar una salud perdida, estoy seguro de que éste es el lugar.

La Voisin inclinó la cabeza con un gesto de agradecimiento y replicó con la galantería de un francés:

—Nuestra cabaña puede ser envidiada, señor, desde que vos y mademoiselle la habéis honrado con vuestra presencia.

St. Aubert le correspondió con una sonrisa amistosa y se sentó a la mesa, en la que habían puesto leche, fruta, queso, mantequilla y café.[16] Emily, que había observado a su padre con atención y pensó que tenía aspecto de estar muy enfermo, se animó a persuadirle para que retrasara el viaje hasta la tarde, pero parecía muy ansioso de volver a casa y lo expresaba repetidamente con una insistencia que no era frecuente en él. Dijo que se encontraba tan bien como no había estado últimamente y que se atrevía más a viajar en las horas más frescas de la mañana que en cualquier otro momento del día. Mientras hablaba con su anfitrión, dándole las gracias por sus atenciones, Emily observó cómo le cambiaba el rostro y, antes de que pudiera llegar a

él, cayó hacia atrás en su silla. No tardó en recuperarse de su inesperada pérdida de conocimiento, pero se sintió tan enfermo que él mismo comprendió que no estaba en condiciones de seguir su camino. Se debatió contra la presión de la indisposición, pero tuvo que pedir finalmente que le ayudaran a volver a la cama. Su solicitud renovó todos los terrores que Emily había pasado la tarde anterior. No obstante, aunque casi incapaz de contenerse por la repentina conmoción, trató de ocultar sus temores a St. Aubert y le ofreció su brazo tembloroso para ayudarle a ir hasta la puerta de su habitación.

Cuando ya estuvo acostado, manifestó con voz tranquila su deseo de que acudiera Emily a su lado, que había estado llorando desconsoladamente en su propia habitación. Cuando llegó hizo una señal con la mano para que todas las otras personas salieran. Cuando se quedaron solos, el padre extendió su mano hacia la hija y fijó la mirada en su rostro con una expresión tan llena de ternura y de pena que toda su fortaleza la abandonó y explotó en una agonía de lágrimas y sollozos. St. Aubert luchaba por recuperar su firmeza, pero seguía incapacitado para hablar. Se limitó a presionar la mano de su hija y a contener las lágrimas que temblaban en sus ojos. Logró al fin dominar la voz.

—Querida hija —dijo, tratando de sonreír en medio de su angustia—, mi querida Emily —y se detuvo de nuevo. Levantó los ojos hacia el cielo, como rezando, y entonces, con un tono más firme y con una mirada en la que la ternura del padre se veía dignificada por la solemne piedad del santo, dijo—: Mi querida hija, trataré de suavizar la dolorosa verdad que tengo que decirte, pero estoy seguro de que lo lograré. Quisiera ocultártelo, pero sería el más cruel de los engaños. No tardaremos en separamos. Hablemos de ello, que nuestros pensamientos y nuestras oraciones nos preparen para soportarlo.

Se le quebró la voz, mientras Emily, que seguía llorando y sollozando, presionó la mano de su padre sobre su corazón, que se desahogó con un suspiro, pero no pudo levantar la vista.

—No debo perder tiempo en estos momentos —continuó St. Aubert, recobrándose—, tengo muchas cosas que decir, y consejos que sin duda serían beneficiosos para el futuro. Hay una circunstancia de consecuencias muy serias que tengo que mencionar y una solemne promesa que debes hacerme. Cuando todo esté hecho, me sentiré mejor. Habrás observado, querida mía, lo inquieto que estoy por llegar a casa, pero no conoces todas las razones que tengo para ello. Escucha lo que te voy a decir. Sin embargo, un momento, ¡antes de que te diga nada hazme una promesa, una promesa a tu padre moribundo!

St. Aubert se interrumpió; Emily, sacudida por sus últimas palabras, como si por primera vez la idea de un inmediato peligro llegara a su conocimiento, le miró con los ojos llenos de lágrimas con una expresión de angustia inenarrable. Le recorrió el

cuerpo una ligera convulsión y se derrumbó sin sentido en la silla. Los gritos de St. Aubert hicieron que acudieran La Voisin y su hija a la habitación llenos de temor, y le administraron todo lo que tenían a mano, pero sin lograr efecto alguno durante bastante tiempo. Cuando se recuperó, St. Aubert, que había quedado exhausto por lo sucedido y que pasó muchos minutos antes de que tuviera fuerza alguna para poder hablar, fue revivido, no obstante, por un cordial que le dio Emily. Al encontrarse de nuevo a solas con ella, insistió en tranquilizar su espíritu y en ofrecerle todo el consuelo que le era posible en aquella situación desgraciada. Ella se echó en sus brazos, lloró en su hombro y el dolor la hizo tan insensible a todo lo que dijo que cesó en ofrecerle los alivios que él mismo no podía sentir en aquel momento y mezcló sus silenciosas lágrimas con las suyas.

Sintió, por fin, la llamada del deber y trató de ahorrar a su padre una más prolongada visión de sus sufrimientos. Se retiró de su abrazo, secó sus lágrimas y dijo algo con la intención de consolarle.

—Mi querida Emily —repitió St. Aubert—, mi querida niña, debemos mirar hacia delante con humilde confianza en Dios, que ha de protegemos y consolamos en todos los peligros y todas las aflicciones que habremos de conocer, y a cuyos ojos están expuestos todos los momentos de nuestra vida. Él no nos dejará nunca. Siento su consuelo en mi corazón. Te dejaré, hija mía a su cuidado y, aunque marche de este mundo, seguiré estando en su presencia.

De nuevo, St. Aubert se vio obligado a hacer una pausa.

—No, no llores más, Emily querida —continuó—. En la muerte no hay nada nuevo, o sorprendente, puesto que todos sabemos que nacemos para morir y no hay nada terrible para aquellos que pueden confiar en Dios todopoderoso. Si ahora mi vida no concluyera, tras unos pocos años, en el curso normal de la naturaleza, llegaría mi fin. La vejez, con todos sus males de enfermedades, privaciones y desgracias, habría sido la mía, y al final la muerte habría venido igualmente y hubiera hecho brotar las lágrimas que ahora se te escapan. Por eso, mi niña, debes alegrarte de que me sean evitados esos sufrimientos y que pueda morir con una mente clara y sensible al consuelo de la fe y de la resignación.

St. Aubert se detuvo, fatigado por sus palabras. Emily se había recuperado para asumir un aire de compostura y, en contestación a lo que había dicho, le demostró que no había hablado en vano. Tras un breve descanso, St. Aubert continuó la conversación.

—Permíteme que vuelva —dijo— a un tema que está muy próximo a mi corazón. Te dije que necesitaba que me hicieras una promesa solemne. Házmela ahora, antes de que te explique las circunstancias fundamentales con las que se relaciona. Hay otras que requieren que sigas ignorándolas para tu propia paz. Prométeme, entonces, que harás exactamente lo que te ordenaré.

Emily, inquieta con la solemnidad de su tono, se secó las lágrimas que le habían vuelto a brotar a pesar de sus esfuerzos para evitarlo; y, mirando sinceramente a su padre, se comprometió a hacer cualquier cosa que le pidiera bajo juramento y, al decirlo, sintió un escalofrío aunque no supiera por qué.

—Te conozco demasiado bien, Emily querida —continuó—, para creer que pudieras romper una promesa y menos aún dada de forma tan solemne. Tu compromiso me da la paz y su cumplimiento es de la máxima importancia para tu tranquilidad. Escucha lo que te voy a decir. El gabinete que está junto a mi alcoba en La Vallée tiene un tablero corredizo en el suelo. Te darás cuenta de dónde está por un nudo de gran tamaño en la madera, y porque es el tablero siguiente, excepto uno, que llega al friso que hay frente a la puerta. A una distancia de un metro desde donde termina, cerca de la ventana, verás una línea que lo cruza, como si la tabla hubiera sido empalmada. La manera de abrirlo es la siguiente: presiona con el pie en esa línea, entonces el otro extremo del tablero se hundirá y podrás hacerle resbalar con facilidad por debajo del otro. Debajo verás un hueco.

St. Aubert se detuvo otra vez para respirar y Emily siguió sentada con la máxima atención.

— ¿Has entendido estas instrucciones? —preguntó.

Emily, aunque casi sin poder hablar, le aseguró que sí.

—Cuando regreses a casa, entonces —añadió con un profundo suspiro...

Al mencionar su regreso a casa, todas las circunstancias tristes que rodearían su vuelta se cruzaron por su imaginación. Estalló en un llanto convulsivo y St. Aubert, afectado más allá de la resistencia que se había impuesto, lloró con ella. Después de unos momentos, se rehízo.

—No lo olvides —dijo—. Cuando te deje, quedarás en manos de la Providencia, que nunca me ha fallado. No me aflijas con este exceso de dolor; más bien enséñame con tu ejemplo a soportar el mío.

Se detuvo de nuevo y Emily, cuanto más intentaba contener sus emociones, más difícil le resultaba hacerlo. St. Aubert, aún conmovido, volvió al tema.

—En ese gabinete, cuando vuelvas a casa, y debajo del tablero que te he descrito, encontrarás un paquete de hojas escritas. Atiéndeme bien ahora, porque la promesa que me has hecho se refiere particularmente a lo que te voy a indicar. Esos papeles debes quemarlos y solemnemente te lo ordeno, *sin examinarlos.*

La sorpresa de Emily superó por un momento su dolor y se aventuró a preguntar por qué. St. Aubert replicó que, si hubiera podido explicar sus razones, su promesa no habría sido necesaria.

—Es suficiente para ti el tener un profundo sentido de la importancia de verme en este instante —continuó—. En ese hueco también encontrarás unos doscientos luises de oro, guardados en un bolsillo de seda; ese lugar secreto fue construido en realidad

para ocultar el dinero que pudiera haber en el castillo en un tiempo en que toda la provincia se veía recorrida por grupos de hombres que se aprovechaban de los tumultos y se dedicaban al saqueo y al crimen. Pero aún queda una promesa más que debes hacerme: que jamás, cualesquiera que sean tus circunstancias futuras, venderás el castillo.

St. Aubert le ordenó incluso que si se casara tendría que incluir en el contrato una cláusula que señalaría que el castillo sería siempre de su propiedad. Entonces le dio una más detallada información sobre sus circunstancias en aquel momento añadiendo:

—Los doscientos luises, junto con el dinero que encontrarás en mis bolsillos, es todo el dinero que tengo para dejarte. Ya te conté cómo me he visto afectado por las circunstancias de monsieur Motteville de París. ¡Ah, hija mía! Te dejo pobre, pero no necesitada —añadió, tras una larga pausa.

Emily no pudo contestar a nada de lo que le había dicho, pero se arrodilló al lado de la cama, con la cara apoyada en la colcha, llorando sobre su mano.

Después de esta conversación, St. Aubert pareció más tranquilo. Aunque cansado por el esfuerzo de hablar, se sumió en una especie de letargo, y Emily continuó mirándole y llorando a su lado, hasta que un ligero golpe en la puerta de la habitación la hizo reaccionar. Era La Voisin que venía a decirle que el confesor del convento vecino estaba abajo preparado para asistir a St. Aubert. A Emily no le pareció momento adecuado para molestar a su padre, pero solicitó que el sacerdote no se marchara. Cuando St. Aubert se despertó de su somnolencia, estaba confuso y tardó algunos minutos antes de recobrarse lo, suficiente para saber que era Emily la que estaba a su lado. Movió los labios y alargó la mano hacia ella, que la cogió, dejándose caer en la silla, conmovida por la impresión de muerte que se veía en su rostro. Tras unos minutos recobró la voz y Emily le preguntó si quería ver al confesor. Contestó que sí, y cuando el santo padre apareció por la puerta, ella se retiró. Llevaban algo más de media hora solos cuando llamaron a Emily, que encontró a St. Aubert más agitado que antes, y echó una mirada con bastante resentimiento al fraile quien, sin embargo, le devolvió la mirada con suavidad y pesar y se dio la vuelta. Con voz trémula, St. Aubert le pidió que se uniera a él en sus oraciones y le rogó que avisara a La Voisin para que también participara. El viejo y su hija acudieron, ambos llorando, y se arrodillaron con Emily alrededor de la cama, mientras el santo padre leía con voz solemne las oraciones para los moribundos. St. Aubert yacía con rostro sereno y parecía unirse fervientemente a la devoción, mientras le brotaban a menudo lágrimas bajo los párpados cerrados, y los sollozos de Emily interrumpieron más de una vez el solemne acto.

Cuando se terminó y le fue administrada la extremaunción, el fraile se retiró. St. Aubert hizo entonces un gesto para que La Voisin se acercara un momento a su lado.

Estrechó su mano y estuvo silencioso durante unos minutos. Al final, dijo con voz temblorosa:

—Mi querido amigo, nuestra amistad ha sido corta, pero lo suficiente para daros una oportunidad de mostrarme su más delicada atención. No puedo dudar de que vos extenderéis esta amabilidad a mi hija cuando me haya ido. La necesitará. Os la confío a vuestro cuidado durante los pocos días que se quedará aquí. No necesito decir nada más, conocéis los sentimientos de ser padre porque tenéis hijos; los míos se verían muy afectados si tuviera menos confianza en vos.

Hizo una pausa. La Voisin le atendió y sus lágrimas fueron el mejor testimonio de su sinceridad, al afirmar que haría todo lo que estuviera en su mano para suavizar el dolor de Emily, y que si St. Aubert lo deseaba, la acompañaría hasta Gascuña; una oferta tan grata para St. Aubert que casi no tuvo palabras para expresar cómo valoraba la gentileza de aquel hombre, o para decirle que la aceptaba. La escena que siguió entre St. Aubert y Emily afectó a La Voisin de tal modo que abandonó la habitación y ella se vio de nuevo sola con su padre, cuya vida parecía escaparse con rapidez, pero ni su sentido ni su voz le abandonaron, y empleó muchos de aquellos últimos y terribles momentos en aconsejar a su hija sobre su comportamiento futuro. Quizá nunca había razonado con más justicia o se había expresado más claramente que en aquella ocasión.

—Por encima de todo, mi querida Emily —dijo—, no te dejes llevar por el orgullo de los sentimientos, por el error romántico de una mente amable. Aquellos que realmente poseen sensibilidad, deben aprender lo más pronto posible que es una cualidad peligrosa, que continuamente produce excesos de desgracia o de dicha de cada circunstancia que nos rodea. Y teniendo en cuenta que en nuestro paso por este mundo las circunstancias dolorosas son más frecuentes que las gratas y que nuestro sentido del mal es, me temo, más agudo que el que tenemos de lo bueno, acabamos siendo víctimas de nuestros sentimientos, a menos que en alguna medida seamos capaces de dominarlos. Sé que dirás (porque eres joven, Emily querida), sé que dirás, que aceptas que has de sufrir a veces, antes de renunciar a tu refinado sentido de la felicidad para con los demás; pero cuando tu mente se haya visto vencida por las vicisitudes, te bastará con vivir y entonces te recobrarás de la desilusión. Te darás cuenta de que el fantasma de la felicidad se cambia por la esencia; porque esa felicidad sólo es posible en un estado de paz y no de agitación. Corresponde a una naturaleza temperada y uniforme y no puede seguir existiendo en un corazón que esté reaccionando a las circunstancias de cada momento. Ya ves, hija mía, que aunque yo te guardaría contra los peligros de la sensibilidad, no estoy abogando por la apatía. A tu edad tendría que decir que sería un vicio más odioso que todos los errores de la sensibilidad y sigo creyéndolo. Lo llamo vicio porque conduce a un mal seguro; en esto, sin embargo, no es más que una sensibilidad mal gobernada que, por esa misma

regla podría también ser calificada de vicio; pero el mal de la apatía es de consecuencias generales mayores. Estoy muy cansado —dijo St. Aubert débilmente —, y te he preocupado quizá de forma innecesaria, mi querida Emily, porque en un tema tan importante para tu tranquilidad futura, me preocupa el que me comprendas perfectamente.

Emily le aseguró que valoraba profundamente su consejo y que nunca lo olvidaría o cesaría de luchar para beneficiarse de él. St. Aubert sonrió afectuosa y tristemente.

—Lo repito —dijo—, no trataría de enseñarte a que fueras insensible, si pudiera. Sólo quiero avisarte de los peligros de la susceptibilidad y señalarte cómo puedes evitarlos. Defiéndete, te lo suplico, de engañarte a ti misma, lo que ha sido fatal para la paz de tantas personas; defiéndete de dejarte llevar por el orgullo en razón de la sensibilidad; si cedes a la vanidad, tu felicidad se habrá perdido para siempre. Recuerda que es mucho más valiosa la fuerza del valor que la gracia de la sensibilidad. Y no confundas fortaleza con apatía; la apatía no reconoce las virtudes. Recuerda también que un acto de ayuda, un acto de caridad es más valioso que todos los sentimientos abstractos del mundo. El sentimiento es una desgracia en lugar de un adorno, a menos que nos lleve a las buenas acciones. El mísero, que se cree respetable solamente porque posee riquezas y confunde así el sentido de hacer el bien por el real de lograrlo, no es más culpable que el hombre de sentimientos sin virtudes activas. Habrás visto a personas que se recrean en este tipo de sensibilidad en los sentimientos, que excluyen las llamadas a cualquier virtud práctica y que se apartan de la desgracia, y, como los sufrimientos de ésta son dolorosos al ser contemplados, no tratan de suavizarla. ¡Qué despreciable es esa humanidad que se contenta con la piedad donde podía aportar algún remedio!

Un poco después, St. Aubert se refirió a madame Cheron, su hermana, de la que apenas habían hablado.

—Déjame que te informe de una circunstancia que casi afecta a tu bienestar —añadió—. Como sabes, nos relacionamos muy poco durante algunos años; pero como pasará a ser tu único familiar femenino, me ha parecido apropiado ponerte bajo su cuidado, como verás en mi testamento, hasta que seas mayor de edad, y recomiendo que quedes bajo su protección después. No es exactamente la persona que yo habría elegido para confiar a mi Emily, pero no tengo alternativa, y creo que, por encima de todo, es una buena mujer. No necesito recomendarte prudencia, querida mía, para tratar de tu relación con ella. Lo harás porque es conveniente y ella lo ha intentado muchas veces.

Emily le aseguró que todo lo que le pidiera lo haría con su mejor voluntad y disposición.

—Además —añadió Emily con voz entrecortada por los suspiros—, pronto será eso todo lo que me quede. Será casi mi única consolación cumplir tus deseos.

St. Aubert la miró a la cara en silencio y movió los labios, como si quisiera hablar, pero su ánimo decayó y sus ojos se hicieron pesados y tristes. Emily sintió que la miraba directamente a su corazón.

—¡Querido padre! —exclamó; y entonces, rehaciéndose, presionó su mano y ocultó su cara en el pañuelo.

Había ocultado sus lágrimas, pero St. Aubert oyó sus sollozos convulsivos y recuperó algo de fortaleza.

—¡Oh, hija mía! —dijo, desfallecido—, que mi consuelo sea tuyo. Muero en paz porque sé que estoy a punto de regresar al seno de mi Padre, que seguirá siendo tu Padre cuando me haya ido. Confía siempre en Él, querida mía, y Él te ayudará en esos momentos, como me ayuda ahora.

Emily sólo podía escuchar y llorar, pero la extrema firmeza de su comportamiento, y la fe y la esperanza que manifestaba en todo momento, suavizaron en parte su angustia. Sin embargo, cada vez que miraba su afectado rostro y las huellas de la muerte imponiéndose sobre él, veía cómo se cerraban sus ojos, aún inclinados hacia ella, y los pesados párpados que trataban de cerrarse, y le daba un vuelco el corazón, como define exactamente esa expresión, que requería de una virtud filial como la suya para superarlo.

Una vez más St. Aubert quiso bendecirla.

—¿Dónde estás, querida mía? —dijo, alargando los brazos.

Emily se había vuelto hacia la ventana para que no percibiera su angustia y comprendió entonces que había perdido la vista.

Cuando le dio su bendición con lo que pareció el último esfuerzo de la vida que expiraba, se hundió en la almohada. Emily le besó en la frente; las huellas de la

muerte estaban allí y, olvidando por un momento su fortaleza, las lágrimas humedecieron su rostro. St. Aubert abrió los ojos, el espíritu de padre volvía a ellos, pero no tardó en desaparecer y ya no habló más.

St. Aubert se mantuvo hasta cerca de las tres de la tarde, y así, hundiéndose gradualmente en la muerte, expiró sin lucha, sin un suspiro.

Emily fue sacada de la habitación por La Voisin y su hija, que hicieron todo lo que pudieron para consolarla. El hombre se sentó y lloró con ella. Agnes estuvo más afectadamente solícita.

Capítulo VIII

Sobre él, cuya ruina tus virtudes aflige,
formas aéreas se asentarán por la noche,
e inclinarán la cabeza pensativa.

COLLINS [17]

El monje que estuvo anteriormente volvió por la tarde para ofrecer algún consuelo a Emily y trajo un amable mensaje de la madre abadesa, invitándola al convento. Emily, aunque no aceptó el ofrecimiento, le devolvió una expresiva respuesta de gratitud. La santa conversación del fraile, cuyas amables maneras le recordaron en parte las de St. Aubert, suavizó la violencia de su dolor y elevó su corazón hacia Dios que, extendido por todas partes y por la eternidad, contempla los acontecimientos de este pequeño mundo como las sombras de un momento, y recoge igualmente y en el mismo instante el alma que ha cruzado las puertas de la muerte y que abandona así el cuerpo humano.

—A la vista de Dios —dijo Emily—, mi querido padre existe tan realmente como ayer existía para mí. Sólo ha muerto para mí; para Dios y para él mismo, tiene una existencia más plena.

El buen monje la dejó más tranquila de lo que había estado tras la muerte de su padre; y, antes de retirarse a su pequeña cámara para pasar la noche, reunió todo su ánimo para hacer una visita a su cuerpo. Silenciosa y sin llorar, estuvo de pie a su lado. Su aspecto, plácido y sereno, reflejaba la naturaleza de las últimas sensaciones que habían conmovido aquel cuerpo ahora abandonado. Se volvió durante un momento ante el horror de la quietud que la muerte había fijado en su cara, que siempre había visto tan animada y volvió a mirar con una mezcla de duda y asombro. Su razón casi no podía superar la expectación involuntaria e indescriptible de ver aquel querido rostro que parecía seguir animado. Continuó observándole, cogió su mano fría, habló, siguió mirando y estalló en un transporte de desesperación. La Voisin, al oír sus sollozos, acudió a la habitación para tratar de sacarla de allí, pero ella no oyó nada y sólo le suplicaba que la dejara.

Una vez sola cedió a las lágrimas, y cuando las sombras de la tarde oscurecieron la habitación y cubrieron con un velo el objeto de su desesperación, siguió junto al cuerpo hasta que, totalmente exhausta, quedó por fin tranquila. La Voisin volvió a llamar a la puerta y le aconsejó que pasara al comedor. Antes de salir, besó los labios de St. Aubert como si quisiera despedirse de él dándole las buenas noches. Volvió a

besarle; sintió que el corazón se le rompía, lágrimas de agonía brotaron de sus ojos, echó una mirada al cielo, después a St. Aubert y salió de la habitación.

Recluida ya en su cámara, los pensamientos más melancólicos la envolvían con la imagen de su padre muerto, y cuando cayó en una especie de somnolencia, esas imágenes de su mente despierta siguieron hechizando su fantasía. Pensó que veía a su padre acercándose a ella con gesto benigno; entonces, con una sonrisa muy triste y señalando hacia delante, se movieron sus labios, pero en lugar de palabras oyó una dulce música que le llegaba desde lo lejos y vio su figura brillar con el velo de un ser superior. Su tensión era tan fuerte que despertó. La visión había desaparecido, pero la música seguía llegando a su oído como si fuera el aliento de los ángeles. Dudó, escuchó atentamente y se levantó de la cama volviendo a escuchar. Era música lo que oía y no una ilusión de su imaginación. Tras unas armonías solemnes, hubo una pausa; comenzó de nuevo, con una dulzura muy triste y cesó en una cadencia que parecía llevarse el alma al cielo. Recordó instantáneamente la música de la noche anterior y las extrañas circunstancias relatadas por La Voisin y la inquietante conversación a que les llevó, relacionada con el estado de los espíritus que se han ido para siempre. Todo lo que St. Aubert había dicho sobre ello la presionaba en el corazón y la conmovía. ¡Qué cambio se había producido en tan pocas horas! Él, que sólo podía suponerla, conocía ahora la verdad; él mismo había pasado a ser uno de los que se habían ido. Según escuchaba, sintió un escalofrío ante aquellas supersticiones, dejó de llorar, se puso en pie y se dirigió a la ventana. En el exterior todo estaba oscurecido por las sombras, pero Emily, apartando los ojos de la masa oscura de los árboles, cuya silueta se recortaba en el horizonte, vio, hacia la izquierda, el brillante planeta que su anfitrión le había señalado cuando se ocultaba tras el bosque. Recordó lo que había dicho sobre ello, y la música le llegaba ahora a intervalos con el aire. Abrió el ventanuco para escuchar la melodía, que no tardó en perderse gradualmente a mayor distancia y trató de descubrir de dónde venía. La oscuridad le impedía distinguir objeto alguno en la llanura verde que tenía ante ella, y el sonido le llegó cada vez más débil hasta que desapareció en el silencio. Siguió escuchando pero ya no volvió. Poco después, vio cómo el planeta temblaba entre las copas de los árboles, y, un momento más tarde, desaparecía tras ellos. Temblorosa, con un temblor melancólico, volvió a la cama y pudo finalmente olvidar sus penas en el sueño.

Al día siguiente fue a visitarla una hermana del convento para manifestarle sus buenos oficios y una segunda invitación de la madre abadesa. Emily, aunque no quería abandonar la casa mientras siguieran allí los restos de su padre, consintió, a pesar de lo doloroso que le resultaría en su presente estado de ánimo, visitar a la abadesa por la tarde.

Alrededor de una hora antes de que se ocultara el sol, La Voisin le mostró el

camino que conducía al convento a través de los árboles, que estaba en una pequeña bahía del Mediterráneo, coronado por un anfiteatro de madera. Emily, de no haberse sentido tan desdichada, habría admirado la extensa vista del mar que se ofrecía ante el declive cubierto de césped, frente al edificio, y las ricas playas, rodeadas con bosques y pastos que se extendían a ambos lados. Pero sus pensamientos estaban ocupados por uno especialmente triste, y las bellezas de la naturaleza no tenían para ella ni forma ni color. En el momento de cruzar la vieja puerta del convento, la campana tocó a vísperas, y le pareció que era una llamada a muertos por St. Aubert. Los pequeños acontecimientos afectan siempre a una mente enervada por el dolor. Emily luchó contra la sensación de perder el conocimiento que la dominó y fue conducida a presencia de la abadesa, que la recibió con gesto de ternura maternal, un gesto de consideración y de preocupación tan profundo que hizo que le expresara inmediatamente su gratitud. Sus ojos se llenaron de lágrimas y las palabras se negaron a salir de sus labios. La abadesa la ayudó a sentarse y después se sentó junto a ella, sosteniendo su mano y mirándola en silencio, mientras Emily secaba sus manos e intentaba hablar.

—Calmaos, hija mía —dijo la abadesa en tono cariñoso—, no hablad aún; sé todo lo que diríais. Calmaos. Tenemos que ir a nuestras oraciones, ¿queréis asistir a nuestro servicio de la tarde? Es reconfortante confiar a Dios nuestras aflicciones, porque Él nos ve y tiene piedad de nosotros y nos concede su misericordia.

De nuevo Emily comenzó a llorar, pero mil dulces emociones se mezclaron con sus lágrimas. La abadesa esperó en silencio sin interrumpirla mientras lloraba, mirándola con compasión, en un gesto que hubiera caracterizado el rostro de un ángel guardián. Emily, cuando consiguió tranquilizarse, fue animada a hablar sin reservas y a mencionar el motivo que había hecho que no estuviera dispuesta a abandonar la casa, lo que la abadesa no había supuesto; pero alabó la piedad filial de su conducta y añadió que esperaba que pasara unos pocos días en el convento antes de regresar a La Vallée.

—Necesitáis de algún tiempo para recobraros de la primera impresión, hija mía, antes de encontraros con una segunda. No os oculto que me doy cuenta de lo que vuestro corazón ha de sufrir al regresar al lugar de vuestra antigua felicidad. Aquí tendréis todo lo que pueden dar el silencio, la simpatía y la religión para que recuperéis vuestro ánimo. Pero vayamos —añadió al observar de nuevo las lágrimas en los ojos de Emily—, vayamos a la capilla.

Emily la siguió al locutorio, donde estaban reunidas las monjas y cuya atención reclamó la abadesa diciendo:

—Ésta es una hija por la que siento una gran estima; comportaos con ella como con una hermana.

Pasaron en fila a la capilla, donde la solemne devoción con la que atendieron el

acto religioso elevó sus pensamientos y le proporcionó el consuelo de la fe y la resignación.

El crepúsculo ya había hecho acto de presencia antes de que la amabilidad de la abadesa hiciera que Emily lamentara tener que marcharse, pero dejó el convento con el corazón más aliviado y fue de nuevo conducida por La Voisin a través del bosque, cuyo aire pensativo se expresaba al unísono con su estado de ánimo. Siguió por el estrecho sendero silenciosa hasta que su guía se detuvo de pronto, miró a su alrededor y saltó desde el sendero hasta las altas hierbas, diciendo que se había confundido de camino. El hombre empezó a caminar con rapidez y Emily le seguía con dificultad por lo oscuro e irregular del camino, hasta quedarse retrasada. Tuvo que llamarle, aunque no parecía dispuesto a detenerse.

—Si dudáis del camino —dijo Emily—, ¿no sería mejor que preguntarais en ese castillo de ahí, entre los árboles?

—No —replicó La Voisin—, éste no es momento. Cuando lleguemos a aquel arroyo, mademoiselle (veis la luz allí sobre las aguas, más allá del bosque), cuando lleguemos a ese río, estaremos en casa. No sé cómo he podido confundir el sendero. Después de ponerse el sol vengo muy raramente por este camino.

—Es muy solitario —dijo Emily—, pero no hay bandidos.

—No mademoiselle, no hay bandidos.

—¿Entonces, de qué tenéis miedo? ¿Sois supersticioso?

—No, no soy supersticioso, pero, si he de deciros la verdad, a nadie le gusta estar cerca del castillo cuando oscurece.

—¿Quién lo habita? —dijo Emily.

—Casi no está habitado, porque el señor marqués, señor de todos estos bosques, ha muerto. Estuvo sin venir por aquí durante muchos años, y la gente que se ocupa de cuidar el castillo vive en una casa próxima al mismo.

Emily comprendió que se trataba del castillo que La Voisin les había indicado anteriormente como propiedad del marqués Villeroi, a cuya mención su padre se había inquietado tanto.

—¡Ah!, todo esto está ahora desolado —continuó La Voisin—, pero era un lugar hermoso, lo recuerdo bien.

Emily le preguntó cuál había sido la causa de aquel cambio, pero el hombre guardó silencio, y Emily, cuyo interés se había despertado por los temores que había expresado antes y, sobre todo, al recordar la agitación de su padre, repitió la pregunta y añadió:

—Si no tenéis miedo de sus habitantes y no sois supersticioso, ¿cómo es posible que temáis el pasar cerca del castillo en la oscuridad?

—Tal vez sea algo supersticioso, y si supierais lo que yo sé también lo seríais vos. Aquí han pasado cosas extrañas. Vuestro buen padre parecía haber conocido a la

difunta marquesa.

—¿Podríais informarme de lo que sucedió? —dijo Emily con una emoción que apenas podía contener.

—Por favor —contestó La Voisin—, no me preguntéis. No me corresponde a mí descubrir los secretos familiares de mi señor.

Emily, sorprendida por las palabras de aquel viejo y por el tono en que las había dicho, decidió no repetir su pregunta. Un interés más próximo, el recuerdo de St. Aubert, ocupó sus pensamientos y la llevó a recordar la música que había oído la noche antes, detalle que mencionó a La Voisin.

—No fuisteis la única, mademoiselle —replicó—, yo también la oí, pero me ha ocurrido tantas veces, a la misma hora, que ya no me sorprende.

—Sin duda creéis que esa música tiene algo que ver con el castillo —dijo Emily de pronto—, y que, en consecuencia, se relaciona con la superstición.

—Es posible, pero hay otras circunstancias relacionadas con el castillo que recuerdo, y bastante tristes también.

Se le escapó un suspiro, pero Emily contuvo con delicadeza la curiosidad que sus palabras despertaban y no volvió a preguntarle.

Al llegar a la casa se renovaron todas las violencias de su dolor. Parecía que había podido escapar a su pesada presión sólo mientras se mantuvo alejada. Entró inmediatamente en la habitación en la que yacía el cuerpo de su padre y cedió a la angustia de un dolor sin esperanza. La Voisin consiguió al fin persuadirla para que abandonara la habitación y volvió a la suya, donde, agotada por los sufrimientos y quehaceres del día, no tardó en encontrarse profundamente dormida y se despertó considerablemente recuperada.

Cuando llegó la hora dolorosa en que los restos de St. Aubert debían ser separados de ella para siempre, acudió sola a la habitación para mirar su rostro una vez más, y La Voisin, que esperaba pacientemente al pie de las escaleras, hasta que cediera su desesperanza, con el respeto debido al dolor, no quiso interrumpirla, pero sorprendido por el largo tiempo que llevaba, las dudas vencieron sus escrúpulos y subió para hacerla salir de la habitación. Dio unos golpes suaves en la puerta, sin recibir contestación. Escuchó atentamente sin oír suspiros' o sollozos y, alarmado por este silencio, abrió la puerta y encontró a Emily que yacía sin conocimiento a los pies de la cama, cerca de donde estaba el féretro. Llamó pidiendo ayuda y la llevaron a su habitación, donde consiguieron al fin reanimarla.

Durante su estado inconsciente, La Voisin había dado instrucciones para que fuera cerrado el ataúd y consiguió convencer a Emily para que no volviera a la habitación. Ella comprendió que debía aceptarlo y también la necesidad de reforzar su ánimo y reunir fuerzas suficientes para soportar la escena que se aproximaba. St. Aubert había expresado su deseo de que sus restos fueran enterrados en la iglesia del convento de

St. Clair, y mencionando la parte norte del presbiterio, cerca de la vieja tumba de los Villeroi, había señalado el lugar exacto en donde deseaba su descanso. El superior había accedido a ello y, en consecuencia, la triste procesión empezó su recorrido, que había de encontrarse, en la entrada de la iglesia, con el venerable sacerdote, seguido de una fila de frailes. Todas las personas, al oír el solemne canto del himno y los acordes del órgano que empezó a sonar cuando el cuerpo entró en la iglesia, y al ver también los débiles pasos con los que avanzaba Emily, prorrumpieron en llanto. Ella no, pero caminó con el rostro parcialmente cubierto por un fino velo negro, entre dos personas que la sostenían, precedida por la abadesa y seguida por las monjas, cuyas voces implorantes dulcificaban la conmovedora armonía del canto fúnebre. Cuando la procesión llegó a la tumba, la música cesó. Emily se cubrió la cara enteramente con el velo y en una pausa momentánea, entre el himno y el final del acto religioso, sus sollozos fueron claramente audibles. El santo padre comenzó las oraciones y Emily dominó sus sentimientos, hasta que el ataúd fue introducido en la tumba y oyó cómo caía la tierra sobre la tapa. Entonces, mientras temblaba, un gemido brotó de su corazón y tuvo que apoyarse en las personas que estaban cerca de ella. No tardó en recuperarse, y en oír aquellas afectuosas y sublimes palabras: «Su cuerpo es enterrado en paz y su alma vuelve a Él, que se la dio». Su angustia se deshizo en lágrimas.

La abadesa la condujo desde la iglesia a su propio locutorio y allí le ofreció todo el consuelo que la religión y la amable simpatía pueden alcanzar. Emily luchaba contra el peso del dolor y la abadesa, tras observarla atentamente, ordenó que le prepararan una cama y le recomendó que se retirara a descansar. También le hizo prometer amablemente que se quedaría unos días en el convento, y Emily, que no tenía deseo alguno de volver a la cabaña, que era el escenario de todos sus sufrimientos, al no tener la presión que suponía el tener algo en qué ocuparse, se sintió indispuesta e incapaz de iniciar de inmediato el viaje.

Mientras tanto, el afecto maternal de la abadesa y las atenciones de las monjas hicieron todo lo que era posible para calmar su espíritu y devolverle la salud. Pero esta última se había visto afectada, a través de las preocupaciones de su mente, para reaccionar con rapidez. Se quedó varias semanas en el convento, bajo la influencia de una lenta fiebre, deseosa de volver a casa y, sin embargo, incapacitada para ello. A veces incluso inquieta por la idea de abandonar el lugar en que yacían las reliquias de su padre y con la idea que asaltaba su mente de que si muriera allí sus restos reposarían junto a los de St. Aubert. Mientras tanto, envió cartas a madame Cheron y a su vieja ama de llaves, informándoles del triste acontecimiento que había tenido lugar y de su propia situación. De su tía recibió una respuesta más abundante en condolencias de cumplido que en impresiones de auténtico dolor, en la que le indicaba que enviaría a un criado para que la condujera a La Vallée, ya que estaba tan ocupada con sus invitados que no tenía la posibilidad de realizar aquel largo camino.

Aunque Emily prefería La Vallée a Toulouse, no fue insensible a la indecorosa y poco amable conducta de su tía, al no tener en cuenta sus sufrimientos por regresar a un lugar donde ya no tenía parientes que la consolaran o la protegieran; una conducta que era más culpable aún, puesto que St. Aubert había designado a madame Cheron como guardián de su hija huérfana.

El criado de madame Cheron hizo que no fuera necesaria la ayuda del bueno de La Voisin, que había sentido aquello como una obligación para él, como una atención con su padre fallecido, así como para ella, pero se alegró de no tener que hacer lo que a su edad habría sido un viaje incómodo.

Durante la estancia de Emily en el convento, la paz y la santidad que respiraba el lugar, la tranquila belleza del escenario en que se encontraba y las delicadas atenciones de la abadesa y de las monjas, fueron circunstancias tan favorables para su ánimo que casi estuvo tentada a abandonar un mundo en el que había perdido sus más queridos amigos y dedicarse al claustro, en un lugar que consideraba sagrado por estar en él la tumba de St. Aubert. El entusiasmo reflexivo, también, tan natural a su carácter, había derramado una bella ilusión sobre el retiro santificado de las monjas, que casi ocultó a su vista lo que tenía de egoísmo en su seguridad. Pero aquellos toques, con fantasía melancólica, ligeramente teñida por la superstición, que le había dado el escenario monástico, comenzaron a desaparecer según su ánimo se recuperaba y le trajeron una vez más a su corazón una imagen que sólo había sido borrada transitoriamente. Se despertaba así a la esperanza, al consuelo y a los dulces afectos; visiones de felicidad brillaban ligeramente en la distancia, y aunque sabía que eran ilusiones, no pudo ignorarlas para siempre. Era el recuerdo de Valancourt, de sus gustos, de su talento y su rostro lo que determinaba quizá que volviera al mundo. La grandeza y las sublimes escenas, entre las que se habían encontrado, habían influido en su fantasía y contribuido imperceptiblemente para que Valancourt le pareciera más interesante al descubrir en él aspectos que correspondían al paisaje. También la estima que St. Aubert había expresado repetidamente por él confirmaba su bondad. Pero, aunque su rostro y su actitud habían expresado continuamente su admiración por ella, no la había declarado de otro modo e incluso la esperanza de volverle a ver estaba tan distante que no se daba cuenta de ello, y menos aún de lo que había influido en su conducta en aquella ocasión.

Varios días después de la llegada del criado de madame Cheron, Emily se sintió suficientemente recuperada para iniciar su regreso a La Vallée. La tarde anterior a su marcha fue a despedirse de La Voisin y de su familia y a expresarles su agradecimiento por sus amabilidades. Encontró al hombre sentado en un banco a la puerta de su casa, entre su hija y su yerno, que acababa de regresar de su trabajo diario y que tocaba un caramillo que por el tono se parecía al oboe. El viejo tenía a su lado una jarra de vino y, ante él, sobre una pequeña mesa, fruta y pan, y estaban

rodeándola varios de sus nietos, unos chicos sonrosados que iban a cenar mientras su madre les distribuía los alimentos. Al borde de la pequeña zona verde que se extendía ante la casa estaba el gafl4ldo y unos pocos corderos descansando bajo los árboles. El paisaje quedaba iluminado por la suave luz del sol de la tarde, cuyos largos rayos cruzaban a través de los bosques e iluminaban las torres distantes del castillo. Emily se detuvo un momento, antes de salir de la sombra, para contemplar el feliz grupo que tenía ante ella, con la complacencia reflejada en el rostro de La Voisin; la ternura maternal de Agnes, al mirar a sus hijos, y la inocente satisfacción infantil reflejada en sus sonrisas. Emily volvió a mirar a aquel viejo venerable y a la cabaña. El recuerdo de su padre se impuso con fuerza en su mente y dio unos pasos hacia delante con rapidez, temerosa de detenerse un momento más. Se despidió afectuosamente de La Voisin y de su familia. Él parecía quererla como a una hija y se le escaparon unas lágrimas. A Emily también, y no quiso entrar en la casa porque sabía que reviviría emociones que no podría superar.

Aún le quedaba una escena dolorosa, ya que decidió hacer una nueva visita a la tumba de su padre, de modo que no pudiera ser interrumpida u observada en su tierna melancolía. Demoró hacerlo, hasta que todos los habitantes del convento, excepto la monja que le había prometido llevarle la llave de la iglesia, se había retirado a descansar. Emily estuvo en su habitación hasta que oyó las doce en la campana del convento, cuando vino la monja, como habían convenido, con la llave de una puerta privada de la iglesia y descendieron juntas la estrecha escalera de caracol que conducía a la misma. La monja se ofreció a acompañar a Emily hasta la tumba, añadiendo: «Resulta muy triste ir sola a esta hora», pero, dándole las gracias por su consideración, le indicó que no podía acceder a que nadie fuera testigo de su dolor. La hermana, tras abrir la puerta, le entregó la lámpara y le dijo:

—Recordad que en el corredor del este, que tenéis que cruzar, hay una tumba abierta recientemente; sostened la luz cerca del suelo, no vayáis a caer o tropezar en los montones de tierra.

Emily le dio las gracias de nuevo, cogió la lámpara y entró en la iglesia, mientras la hermana Mariette se marchaba. Emily se detuvo un momento en la puerta; le asaltó un miedo imprevisto y regresó al pie de la escalera, donde, al oír los pasos de la monja que subía, y mientras levantaba la lámpara y veía su velo blanco moviéndose sobre la balaustrada en espiral, estuvo tentada de llamarla. Aún dudaba cuando el velo desapareció, y un momento después, avergonzada por sus miedos, regresó a la iglesia. El aire frío de los corredores la hizo temblar y un profundo silencio lo envolvió todo. Un débil rayo de luna entraba por una ventana gótica distante y habría despertado en cualquier otro momento sus temores supersticiosos, pero ahora el pesar ocupaba toda su atención. Casi no oyó el susurrante eco de sus propios pasos, ni pensó en la tumba abierta hasta que se encontró en su mismo borde. Habían enterrado

a un fraile del convento la tarde anterior, y cuando estaba sentada sola en su habitación a la hora del crepúsculo, había oído a los monjes entonar un réquiem por su alma. Todo aquello trajo a su memoria las circunstancias de la muerte de su padre y cómo las voces, mezclándose con los bajos trémolos del órgano, afectaron las visiones que se presentaron en su mente. Lo recordó todo y, apartándose para evitar la parte abierta del suelo, se dirigió con paso rápido a la tumba de St. Aubert, cuando a la luz de la luna que entraba por la parte más remota de la nave le pareció ver una sombra moviéndose entre las columnas. Se detuvo para escuchar, y al no oír paso alguno, convencida de que había sido engañada por su fantasía y ya sin temor a ser observada, continuó su camino. St. Aubert había sido enterrado bajo una losa de mármol, en la que sólo habían grabado su nombre y las fechas de $U nacimiento y muerte, próxima al pie del monumento funerario de los Villeroi. Emily se detuvo antela tumba, hasta que una campana, que llamaba a los monjes a las primeras oraciones, la avisó que debía retirarse. Lloró sobre la tumba en su última despedida y se obligó a retirarse de aquel lugar. Tras aquella hora de complacencia voluntaria en su dolor, se recuperó con un sueño más profundo que el que había logrado últimamente, y al despertar se sintió más tranquila y resignada de lo que había estado desde la muerte de St. Aubert.

Pero cuando llegó el momento de su marcha del convento, volvió todo el dolor; el recuerdo de su padre muerto y el afecto por los vivos que la ligaban a aquel lugar; y por el suelo sagrado en el que habían sido enterrados los restos de su padre. Le pareció sentir todas esas sensaciones afectuosas que uno concibe en su propia casa. La abadesa le hizo repetidas consideraciones de afecto e insistió en que volviera siempre que su situación en cualquier otra parte no le resultara grata. Muchas de las monjas también expresaron que lamentaban su marcha, y Emily dejó el convento con muchas lágrimas y seguida por sinceros deseos de felicidad.

Recorrieron varias leguas antes de que las escenas del paisaje que recorrían tuvieran poder suficiente para apartarla de la profunda melancolía en la que se había sumido. Cuando al fin lo logró, sólo sirvió para recordarle que la última vez que había visto aquellos paisajes magníficos, St. Aubert estaba a su lado. Así, sin que sucediera nada especial, pasó el día envuelta en la languidez y la desesperación. Durmió por la noche en una ciudad en las faldas de Languedoc y a la mañana siguiente entraron en Gascuña.

Hacia la caída de la tarde, Emily divisó desde lejos las llanuras próximas a La Vallée y todos los detalles bien conocidos empezaron a llamar su atención, y con su recuerdo despertó toda su ternura y pesar. Con frecuencia, mientras miraba a través de las lágrimas la salvaje grandeza de los Pirineos, ahora enriquecidos por las luces y las sombras de la tarde, recordó que cuando los vio por última vez, su padre le comentaba la satisfacción que despertaban en él. De pronto alguna escena, que él le

había señalado de modo particular, se presentaba ante sus ojos y la dolorosa impresión de la desesperanza se apoderaba de su corazón. «¡Ahí! —habría exclamado —, ahí están los mismos riscos, ahí el bosque de pinos, que él miraba con tal satisfacción cuando cruzamos juntos este camino por última vez. Ahí también, bajo la sombra de la montaña, está la cabaña, asomando entre los cedros, que me apuntó e hizo que copiara con mi lápiz. ¡Oh, padre mío!, ¿nunca te volveré a ver?»

Al acercarse al castillo, estos dolorosos recuerdos del pasado se multiplicaron. Por fin el mismo castillo apareció rodeado de su belleza resplandeciente en el paisaje favorito de St. Aubert. Pero era algo que llamaba a su fortaleza y no a sus lágrimas. Emily secó las suyas y se preparó para encontrarse con calma en los emocionantes momentos de su regreso a aquella casa, en la que ya no quedaba pariente alguno que le diera la bienvenida. «Sí —dijo ella—. ¡No debo olvidar las lecciones que me ha enseñado! ¡Cuántas veces me señaló la necesidad de resistirse incluso a la pesadumbre virtuosa; cuántas veces hemos admirado juntos la grandeza de mente que puede al mismo tiempo sufrir y razonar! ¡Oh, querido padre mío!, si te fuera permitido mirar a tu hija, te agradaría ver que recuerda y se decide a practicar los preceptos que le enseñaste».

Una revuelta del camino le permitió una vista más próxima del castillo, las chimeneas, coronadas de luz, asomando detrás de los robles favoritos de St. Aubert, cuyas ramas ocultaban parcialmente la parte baja del edificio. Emily no pudo evitar exhalar un profundo suspiro. «Ésta, también, era su hora favorita —se dijo al echar una mirada en las sombras alargadas de la tarde que se extendían por el paisaje—. ¡Qué profundo reposo, qué escena tan hermosa! ¡Hermosa y tranquila como en otro tiempo!»

Volvió a resistir el embate del dolor, hasta que a su oído llegó la alegre melodía de una danza, la que tantas veces había escuchado mientras paseaba con St. Aubert por las márgenes del Garona, y se vio vencida en su fortaleza y lloró hasta que el carruaje se detuvo en la pequeña entrada que se abría a lo que ahora era su propio territorio. Levantó la vista ante la inesperada detención del carruaje y vio a la vieja ama de llaves de su padre que se acercaba. Manchón también venía corriendo y ladrando delante de ella; y, cuando su joven ama se apeó, saltó y jugó alrededor de ella expresando su alegría.

—¡Querida mademoiselle! —dijo Theresa con emoción, y se detuvo como tratando de ofrecerle sus condolencias a Emily, cuyas lágrimas le impedían contestar. El perro no dejó de ladrar y corretear alrededor de ella y al momento se dirigió al carruaje con un ladrido corto y seco—. ¡Ah, mademoiselle! ¡Mi pobre amo! —añadió Theresa, cuyos sentimientos estaban más despiertos que su delicadeza—. Manchón ha ido a buscarle.

Emily sollozó y se volvió hacia el carruaje, cuya puerta seguía abierta y vio cómo

el animal saltaba dentro y lo abandonaba mientras recorría con la nariz el suelo alrededor de los caballos.

—No lloréis así, mademoiselle —dijo Theresa—, me rompe el corazón veros. —El perro se acercó corriendo a Emily, volvió luego al carruaje y de nuevo hacia ella, nervioso—. ¡Pobrecillo! ¡Has perdido a tu amo, debes llorarle! Pero vamos, mi querida señorita, tranquilizaos. ¿Deseáis tomar alguna cosa?

Emily extendió su mano a la vieja criada y contuvo sus sentimientos mientras le hizo algunas preguntas relativas a su salud. Pero seguía deteniéndose en el camino que conducía al castillo porque nadie estaba allí para recibirla y besarla con afecto; su propio corazón ya no palpitaba con impaciencia para encontrarse con una sonrisa bien conocida y temía ver todos aquellos objetos que habrían de hacerla recordar su antigua felicidad. Avanzó lentamente hacia la puerta, se detuvo, siguió, y volvió a detenerse, ¡qué silencioso, qué olvidado, qué triste estaba el castillo! Temblando ante la idea de entrar y al mismo tiempo culpándose por demorar lo que era inevitable, entró finalmente en el vestíbulo. Lo cruzó con paso rápido, como si temiera mirar a su alrededor, y abrió la puerta de aquella habitación, que le gustaba llamarla suya. La tristeza de la tarde daba solemnidad a su aire silencioso y desierto. Las sillas, las mesas, cada pieza del mobiliario, tan familiar a sus tiempos felices, hablaron elocuentemente a su corazón. Se sentó, sin observar nada, ante una ventana que se abría al jardín en el que St. Aubert se sentaba con frecuencia con ella para mirar cómo se ocultaba el sol en el paisaje, que aparecía más allá de las ramas.

Tras unos momentos, en los que se dejó llevar por las lágrimas, consiguió recuperarse y, cuando Theresa, después de llevar el equipaje a su habitación, volvió a aparecer, se había serenado ya por completo y estaba en condiciones de conversar con ella.

—Os he preparado la cama verde, mademoiselle —dijo Theresa, mientras ponía el servicio de café sobre la mesa—. Pensé que os gustaría más que la vuestra, pero poco imaginé que en un día como hoy regresaríais sola. ¡Qué día! Las noticias me rompieron el corazón cuando llegaron. ¿Quién podría haber dicho que mi pobre amo, que salía de esta casa, nunca volvería a ella?

Emily ocultó su cara con el pañuelo y movió la mano.

—Probad el café —dijo Theresa—. Debéis consolaros, todos hemos de morir. Mi querido amo es ya un santo en el cielo.

Emily se retiró el pañuelo de la cara y elevó sus ojos llenos de lágrimas hacia el cielo. Inmediatamente se las secó, y una vez calmada, aunque con voz trémula, empezó a preguntar e interesarse por las personas que recibían una pensión de su padre fallecido.

—¡Qué día! —dijo Theresa, mientras echaba el café y le ofrecía la taza a su ama —, todos los que podían venir lo han hecho cada día para preguntar por vos y por mi

señor.

A continuación explicó que alguno había muerto, aunque ellos le habían dejado bien, y que otros, que estaban enfermos, se habían recuperado.

—Y ved, mademoiselle —añadió Theresa—, ahí está la vieja Mary que viene por el jardín. Lleva tres años como si fuera a morir y ahí sigue viva. Ha visto el carruaje en la puerta y sabe que habéis llegado a casa.

La vista de aquella pobre mujer habría sido demasiado para Emily y rogó a Theresa que fuera a decirle que se encontraba demasiado enferma para ver a nadie aquella noche.

—Mañana estaré mejor, quizá; pero dale esta moneda por recordarme.

Emily siguió sentada un buen rato, recuperándose. Todos los objetos que veían sus ojos despertaban algún recuerdo que le conducía de inmediato a la causa de su dolor. Sus plantas favoritas, cuyo cuidado le había enseñado St. Aubert; los pequeños dibujos que adornaban la habitación, que había realizado según las instrucciones de su buen gusto; los libros, que él seleccionaba para ella y que habían leído juntos; sus instrumentos musicales, cuyo sonido le encantaba y que a veces tocaba él mismo, todo daba nuevo impulso a su pena. Por fin, se desprendió de aquella melancolía y, reuniendo toda la decisión de que era capaz, recorrió aquellas tristes habitaciones que, temerosa de volver a ver, sabía que la afectarían más fuertemente si demoraba demasiado su visita.

Tras cruzar el invernadero, sintió que la abandonaba su valor al abrir la puerta de la biblioteca; y, tal vez, la sombra que la tarde y las ramas de los árboles próximos a la ventana extendían por la habitación intensificaron la solemnidad de sus sentimientos al entrar en aquella habitación en la que todo le hablaba de su padre. Allí estaba la butaca, en la que solía sentarse; se quedó como hundida al verla, ya que le había visto tantas veces sentado allí que la idea se hizo tan clara en su mente que hasta tuvo la impresión de tenerle ante su vista. Abandonó las ilusiones de su imaginación destemplada, aunque no pudiera evitar un cierto grado de inquietud que se mezclaba con sus emociones. Se acercó despacio a la butaca y se sentó. Frente a ella había una mesa de lectura con un libro abierto que había dejado su padre. Tardó unos momentos antes de reunir el valor necesario para examinarlo. Al ver aquella página abierta recordó que St. Aubert, la tarde anterior a su marcha del castillo, le había leído unos pasajes de su autor favorito. La circunstancia le afectó profundamente y, según miraba, comenzó a llorar. Para ella el libro era algo sagrado y de valor incalculable y no se habría atrevido a moverlo o a pasar la página que él había dejado abierta por todos los tesoros de las Indias. Siguió sentada frente a la mesa sin decidirse a marcharse, pese a que la creciente oscuridad y el profundo silencio de la habitación le resultaban cada vez más dolorosos. Sus pensamientos se dirigieron al espíritu que se había marchado y recordó la inquieta conversación que

mantuvieron St. Aubert y La Voisin la noche anterior a su muerte.

Sumida en sus acuciantes preocupaciones, vio que la puerta se abría lentamente y un ruido procedente del otro extremo de la habitación la sobresaltó. A pesar de la oscuridad, le pareció ver que algo se movía. Los temas que había estado considerando y el estado de agitación de su ánimo, que hacía que su imaginación respondiera a cualquier impresión de sus sentidos, le hizo temer algo supernatural. Seguía sentada inmóvil, y entonces recuperó el sentido de la razón. «¿Qué puedo temer? —dijo—. Si los espíritus de aquellos a los que amamos regresan a nosotros, sólo puede ser para felicidad».

El silencio, que reinó de nuevo, hizo que se avergonzara de sus últimos temores, y creyó que su imaginación la había engañado, o que había oído uno de esos ruidos incontrolables que a veces suenan en las casas viejas. Sin embargo, el mismo ruido volvió y, distinguiendo algo que se movía hacia ella y que en el momento siguiente presionaba a su lado en la butaca, dio un respingo; pero sus sentidos se aclararon instantáneamente al darse cuenta de que era Manchón, que se había sentado a su lado y que le lamía las manos afectuosamente.

Dándose cuenta de que su ánimo no estaba preparado para llevar adelante su propósito de visitar aquella noche las habitaciones desiertas del castillo, al salir de la biblioteca se dirigió al jardín y de allí a la terraza que se extendía sobre el río. El sol ya se había ocultado, pero bajo las oscuras ramas de los almendros se percibía el último brillar desde el oeste que se extendía más allá del crepúsculo por el aire. Un murciélago pasó silencioso, y de vez en cuando se oían las tristes notas del ruiseñor. Las circunstancias de aquella hora le trajeron a la memoria unos versos que había escuchado en una ocasión a St. Aubert, recitándolos allí mismo, y sintió el deseo melancólico de repetirlos.

SONETO

Ahora el murciélago da vueltas en la brisa de la tarde,
que se desliza, en estremecido paroxismo, entre las olas
y tiembla en medio del bosque, y a través de la cueva
cuyos solitarios suspiros engañan al paseante.
¡Porque a menudo, cuando la melancolía hechiza su mente,
cree que oye al Espíritu de la roca,
cuando se trata, con dulces y temerosos miedos,
de los profundos, místicos murmullos del viento!
Ahora el murciélago da vueltas, y el rocío del crepúsculo
cae alrededor silencioso y sobre el risco de la montaña,
la ola fulgurante, y el esquife descubierto en la distancia,
extiende el velo gris de tintes dulces y armoniosos.

Así cae sobre la Aflicción el rocío de la lágrima piadosa
oscureciendo sus solitarias visiones de desesperación.

Paseando, Emily llegó hasta el árbol favorito de St. Aubert, donde con tanta frecuencia, a aquella misma hora, se sentaban juntos bajo su sombra y conversaban sobre el futuro con su querida madre. ¡Cuántas veces, también, había expresado su padre el consuelo que se derivaba de creer que se encontrarían en otro mundo! Emily, conmovida por estos recuerdos, abandonó el refugio del árbol y, al apoyarse pensativa en el muro de la terraza, vio a un grupo de campesinos que bailaban alegremente en las orillas del Garona, que se extendía a todo lo largo y reflejaba la última luz de la tarde. ¡Cómo contrastaba aquel grupo con la desolada, infeliz Emily! Se les veía alegres y *debonnaire*, como les gustaba estar cuando ella también se sentía alegre, cuando St. Aubert se paraba a escuchar su música, con el rostro irradiando satisfacción y benevolencia. Tras mirar un momento aquella festiva banda, Emily se volvió, incapaz de soportar los recuerdos que le traían. Pero, ¿dónde podría mirar que no encontrara nuevos detalles que agudizaran su dolor?

Según caminaba lentamente hacia la casa, se encontró con Theresa.

—Querida mademoiselle —dijo—, os he estado buscando por arriba y por abajo desde hace más de media hora. Temía ya que os hubiera ocurrido algún accidente. ¿Cómo podéis pasear en este aire de la noche? Entrad en la casa. Pensad en lo que habría dicho mi pobre amo si pudiera veros. Estoy segura de que cuando murió mi pobre amo no hubo caballero que sufriera en su corazón como él, pero bien sabéis que no echó una lágrima.

—Por favor, Theresa, no continúes —dijo Emily deseosa de interrumpir aquellos comentarios equivocados pero llenos de buena intención. Sin embargo, la locuacidad de Theresa no era fácil de contener.

—Y cuando estabais tan apenada —añadió—, solía decir que os equivocabais, porque mi ama era feliz. Y si ella era feliz, estoy segura de que él lo es también, porque las oraciones de los pobres, según dicen, llegan al cielo.

Durante este discurso, Emily había seguido silenciosa hasta el castillo y Theresa la alumbró por el vestíbulo hasta el salón, donde puso un mantel con un solitario cuchillo y un tenedor para la cena. Emily ya estaba dentro antes de que se diera cuenta de que no era su habitación, pero controló la emoción que la inclinaba a abandonarla y se sentó silenciosa ante la pequeña mesa. El sombrero de su padre colgaba en el muro opuesto y, mientras lo miraba, sintió un desfallecimiento. Theresa la miró, y después al objeto que atraía la atención de su mirada, y se dirigió allí para quitarlo. Emily la detuvo con un gesto de la mano.

—No —dijo—, déjalo. Iré a mi habitación.

—No mademoiselle, la cena está lista.

—No puedo tomarla —replicó Emily—, me voy a mi habitación y trataré de dormir. Mañana me encontraré mejor.

—¡No debéis hacer eso! —dijo Theresa—. ¡Querida señorita, tomad algún alimento! He preparado un faisán que tiene muy buen aspecto. El viejo monsieur Barreaux lo envió esta mañana, porque le vi ayer y le dije que veníais. Y no he visto a nadie que haya estado tan preocupado como él desde que se enteró de las tristes noticias.

—¿Sí? —dijo Emily con la voz llena de ternura, mientras que su corazón se colmó por un momento con el calor de aquel rayo de afecto.

Poco a poco su ánimo se conmovió por completo y se retiró a su habitación.

Capítulo IX

¿Puede la voz de la Música, puede el ojo de la Belleza,
puede la ardiente mano de la Pintura proporcionar
un hechizo tan apropiado para mi mente
como el soplar de esta vacía ráfaga de viento?
¿Cómo gotea este pequeño y lloroso riachuelo,
tintineando suave en su caída por la colina cubierta de musgo;
mientras, por el oeste, donde se oculta el día carmesí,
navega lentamente en manso Crepúsculo y ondean sus banderas grises?

MASON [18]

Emily, algún tiempo después de su regreso a La Vallée, recibió cartas de su tía, madame Cheron, en las que, tras algunas condolencias y consejos llenos de lugares comunes, la invitaba a Toulouse, y añadía que teniendo en cuenta que su fallecido hermano le había confiado la educación de Emily, se consideraba obligada a vigilar su conducta. Emily, en aquel momento, sólo deseaba quedarse en La Vallée, en el escenario de su anterior felicidad, que ahora se había hecho infinitamente más querido para ella, por ser la última residencia de aquellos a los que había perdido para siempre, donde podía llorar sin ser vista, recorrer sus mismos pasos y recordar cada minuto concreto de su carácter. Pero se sentía igualmente ansiosa de evitar cualquier disgusto a madame Cheron.

Aunque su afecto no podía siquiera plantearse el rechazar, incluso en aquel momento, lo acertado o no de la conducta de St. Aubert al designar a madame como su guardián, se daba cuenta de que la medida hacía que su felicidad dependiera en gran medida del humor de su tía. En su contestación, rogó permiso para quedarse por el momento en La Vallée, aludiendo al extremo decaimiento de su ánimo y a la necesidad que sentía de tranquilidad y de retiro para recobrarse. Sabía muy bien que nada de aquello podría encontrarlo en la casa de madame Cheron, cuyas inclinaciones la llevaban a una vida de disipación que facilitaba su gran fortuna, y tras haber redactado su respuesta, se sintió en parte más tranquila.

En los primeros días de su aflicción fue visitada por monsieur Barreaux, que lamentaba sinceramente la pérdida de St. Aubert.

—He de lamentarme —dijo—, porque nunca volveré a ver su rostro. Si hubiera encontrado un hombre como él en lo que se llama la sociedad, nunca la habría dejado.

La admiración de monsieur Barreaux por su padre afectaba a Emily, cuyo corazón encontró casi su primer consuelo al hablar de sus padres con un hombre al que

apreciaba y que, a pesar de su poco agraciada apariencia, poseía tanta bondad de corazón y delicadeza de espíritu.

Pasaron varias semanas en el tranquilo retiro, y el dolor de Emily empezó a transformarse en melancolía. Ya podía leer los libros que había repasado con su padre; sentarse en su butaca en la biblioteca; mirar las flores que su mano había plantado; despertar los sonidos de los instrumentos cuyos dedos habían tañido, y, a veces, incluso, interpretar alguna de sus arias favoritas.

Cuando su mente se había recobrado del primer golpe de aflicción, advirtió el peligro de caer en la indolencia y comprendió que sólo la actividad podía restablecer su estado anterior, así que decidió escrupulosamente pasar el tiempo con algún trabajo. Y fue entonces cuando comprendió el valor de la educación que había recibido de St. Aubert, porque al cultivar su entendimiento le había asegurado un refugio para evitar esa indolencia, sin recurrir a la disipación, y que ricos y variados entretenimientos, independientes de la sociedad, estaban a su disposición. Pero los buenos efectos de su educación no se limitaban a ventajas egoístas, ya que St. Aubert, al haber cultivado todas las cualidades de su corazón, hacía que éste se expandiera benevolente a todo lo que la rodeaba, y le enseñó que cuando no podía evitar las desgracias de los demás, estaba en su mano, al menos, suavizarlas con simpatía y ternura, un sentimiento que le hizo aprender a sufrir con todos los que sufren.

Madame Cheron no contestó a la carta de Emily, que empezó a tener esperanzas de que se le permitiera estar por más tiempo en su retiro, y su mente había recobrado de tal modo su fortaleza que se aventuró a contemplar de nuevo las imágenes que con más fuerza le recordaban los tiempos pasados. Entre ellas estaba el pabellón de pesca y, para concentrarse más en la melancolía de la visita, se llevó el laúd, para poder oír de nuevo las melodías que St. Aubert y su madre siempre deseaban escuchar. Fue sola, y a esa hora de la tarde tan propicia para la fantasía y la emoción. La última vez que había estado allí fue en compañía de monsieur y madame St. Aubert, unos días antes de que ésta se viera atacada por una fatal enfermedad. Cuando Emily entró de nuevo entre los árboles que rodeaban el edificio, le despertaron con tal fuerza el recuerdo de otros tiempos que su decisión cedió por un momento ante el exceso de su dolor. Se detuvo, se apoyó para sostenerse en un árbol y lloró durante algunos minutos antes de que pudiera recobrarse suficientemente para seguir. El pequeño sendero que conducía al edificio estaba todo cubierto por la hierba y las flores que St. Aubert había plantado cuidadosamente por los bordes y que se habían mezclado con la maleza, el alto cardo, el digital y la ortiga. Se detuvo varias veces para ver aquel lugar desolado, silencioso y olvidado. «¡Ah! —exclamó cuando abrió la puerta del pabellón de pesca con mano temblorosa—, todo, todo está como la última vez, ¡como lo dejaron los que nunca volverán!» Se acercó a la ventana que daba al riachuelo, y al inclinarse con los ojos fijos en la corriente, no tardó en perderse en melancólicos

recuerdos. El laúd que había traído reposaba olvidado a su lado; el triste silbar de la brisa, según movía las copas de los altos pinos y sus suaves murmullos entre los sauces, que inclinaban sus ramas hacia abajo, era una música más de acuerdo con sus sentimientos. No hacía vibrar las cuerdas de un recuerdo desgraciado, sino que conmovía su corazón como la voz de la Piedad.

Continuó sumida en sí misma, sin advertir la oscuridad de la tarde y los últimos rayos del sol que temblaban arriba en las alturas, y así habría continuado probablemente por mucho tiempo si unos pasos inesperados en el exterior del edificio no la hubieran alarmado, y lo primero que vino a su mente fue la idea de que estaba desprotegida. Un momento después la puerta se abrió y entró un desconocido, que se detuvo al ver a Emily y comenzó después a pedir disculpas por su intrusión. Pero Emily, al oír su voz, perdió el miedo por una emoción más fuerte; su tono le resultaba familiar y, aunque debido a la oscuridad no podía distinguir a la persona que hablaba, el parecido era demasiado fuerte para rechazarlo.

El hombre insistió en sus disculpas, y Emily dijo algo a modo de respuesta cuando el desconocido avanzó emocionado, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Es posible que no me equivoque, sois mademoiselle St. Aubert?

—Así es —dijo Emily, que confirmó su primera conjetura, porque ya podía distinguir el rostro de Valancourt, mucho más animado que de costumbre. Mil dolorosos recuerdos cruzaron por su cabeza y el esfuerzo que hizo para mantenerse en pie sólo sirvió para aumentar su agitación. Valancourt, mientras tanto, tras preguntar ansiosamente por su salud y expresar la esperanza de que St. Aubert hubiera encontrado alguna mejoría con su viaje, supo, por el torrente de lágrimas que ella ya no pudo contener, la fatal verdad. La ayudó a sentarse, y lo hizo a su lado, mientras Emily continuaba llorando y Valancourt sostenía su mano, que ella no había advertido que había cogido hasta que se mojó con sus lágrimas, que el dolor por la pérdida de St. Aubert y el verla en aquel estado le producían.

—Me doy cuenta —dijo finalmente— de lo inútil de intentar consolaros. Sólo puedo sentirlo en vos, porque no puedo dudar de la causa de vuestras lágrimas. ¡Quiera Dios que me haya confundido!

Emily sólo pudo contestar con sus lágrimas, hasta que se levantó y le rogó que abandonara aquel triste lugar. Valancourt, aunque se dio cuenta de su debilidad, no podía indicarle que se detuviera, por lo que la cogió por el brazo y la ayudó a salir del pabellón. Caminaron silenciosamente entre los árboles, Valancourt ansioso por saber cómo y a la vez temiendo preguntar los detalles relativos a St. Aubert, y Emily demasiado abatida para conversar. Después de unos momentos, no obstante, recuperó la suficiente fortaleza para hablar de su padre y para darle una breve información de cómo había muerto. El rostro de Valancourt ponía de manifiesto la fuerte emoción que le afectaba, y cuando oyó que St. Aubert había muerto en el camino y que Emily

había quedado entre desconocidos, presionó su mano entre las suyas e involuntariamente exclamó: «¿Por qué no estaba yo allí?», pero un momento después se rehízo, ya que inmediatamente volvió a hablar de su padre, hasta que, dándose cuenta de que estaba agotada, fue cambiando poco a poco de conversación y habló de él mismo. Así Emily supo que, después de que se separaran, él había recorrido durante algún tiempo las playas del Mediterráneo y había vuelto a Gascuña a través de Languedoc, ya que en Gascuña era donde había nacido y donde residía habitualmente.

Cuando hubo concluido su breve relato guardó silencio, que Emily no estaba en condiciones de interrumpir, y así continuaron hasta llegar a la entrada del castillo, donde él se detuvo como si supiera que era el límite de su paseo. Le indicó entonces que tenía la intención de volver al día siguiente a Estuviere y le pidió permiso para despedirse de ella por la mañana. Emily, comprendiendo que no podía rechazar un gesto normal de cortesía sin expresar con ello la expectativa de algo más, se limitó a contestar que estaría en casa.

Pasó el resto de la tarde llena de melancolía, recordando todo lo que había sucedido desde que había visto a Valancourt por primera vez. La escena de la muerte de su padre se le apareció con tintes tan frescos como si hubiera sucedido el día anterior. Recordó particularmente el modo solemne y decidido con el que le había pedido que destruyera los papeles manuscritos y, despertando como de un letargo en el que la hubiera sumido la desesperación, sintió una sacudida al pensar que aún no le había obedecido, y decidió que no pasaría otro día en el que pudiera reprocharse su negligencia.

Capítulo X

¿Pueden ocurrir esas cosas
y vencernos como una nube de verano,
sin que nos sorprendamos especialmente?

MACBETH

A la mañana siguiente, Emily ordenó que encendieran fuego en la chimenea de la habitación en la que St. Aubert solía dormir; y, tan pronto como tomó el desayuno, se fue allí para quemar los papeles. Tras cerrar la puerta para prevenir interrupciones, abrió la cámara en la que estaban escondidos y, al entrar en ella, sintió una emoción singular. Durante unos momentos se quedó mirando todo, temblorosa y casi con miedo de quitar el panel. Había una butaca grande en una esquina y, en el otro extremo, la mesa en la que vio a su padre sentado la tarde anterior a su marcha, mirando con tanta atención lo que ella creía que serían aquellos mismos papeles.

La vida solitaria que había llevado últimamente Emily y los tristes temas que habían conmovido sus pensamientos la habían hecho especialmente sensible a caer en pesadas fantasías de una mente altamente alterada. Era lamentable que su extraordinaria comprensión pudiera ceder, aunque fuera por un momento, a los sueños de la superstición, o más bien a esos estados de la imaginación que engañan los sentidos al extremo de llegar a lo que no puede llamarse menos que locura momentánea. Instantes de estos fallos temporales de su mente se habían presentado en más de una ocasión desde que regresó a su casa; particularmente cuando, recorriendo aquella mansión solitaria a la luz del atardecer, se había asustado por apariciones que jamás hubiera visto en sus más felices días. A este inestable estado de nervios se puede atribuir el que se imaginara cuando sus ojos miraron por segunda vez hacia la butaca, que estaba en una parte oscura de la habitación, que aparecía allí el rostro de su padre muerto. Se quedó quieta durante unos momentos, tras los cuales abandonó la habitación. Su ánimo no tardó en regresar y se reprochó que una debilidad momentánea hubiera interrumpido un acto de tanta importancia y volvió a abrir la puerta. Por las indicaciones que le había dado St Aubert, no tardó en encontrar el panel que le había descrito en el extremo opuesto de la habitación, cerca de la ventana. Distinguió también la línea que le había mencionado, y, al presionarla, como le había dicho que hiciera, el panel cedió y dejó al descubierto un fajo de papeles, con algunos desparramados y el bolso con los luises. Con mano temblorosa

lo sacó todo, volvió a colocar el panel en su sitio, se detuvo un momento y, al levantarse del suelo, volvió a mirar a la butaca donde apareció ante su asustada fantasía el mismo rostro. La ilusión en un nuevo instante de efectos desgraciados que la soledad y la pena le estaban produciendo gradualmente en su mente, dominó su espíritu. Corrió por la habitación y cayó sin conocimiento en una silla. Sus razonamientos superaron pronto el terrible y lamentable ataque de su imaginación. Se volvió hacia los papeles, pero con tan poca seguridad en sí misma que sus ojos se fijaron involuntariamente en lo escrito en algunas hojas sueltas, que estaban abiertas. No tenía conciencia de que estaba transgrediendo las órdenes estrictas de su padre, hasta que una frase de aterradora importancia despertó su atención y su memoria al mismo tiempo. Con un gesto violento apartó los papeles de sí, pero las palabras, que habían despertado igualmente su curiosidad y su terror, no podía borrarlas de sus pensamientos. La habían afectado tan poderosamente que ni siquiera pudo decidir la inmediata destrucción de los papeles, y cuanto más luchaba contra esta circunstancia más se inflamaba su imaginación. Urgida por la 1}1ás insistente y aparentemente más necesaria curiosidad por algo que se refería a su padre en un tema terrible y misterioso, sobre el que había leído una alusión, comenzó a lamentar su promesa de destruir los papeles. Por un momento dudó incluso si debería obedecer, en contradicción con las razones que parecían indicarle que obtuviera más información. Pero la duda fue momentánea.

—He dado mi promesa solemne —dijo— de observar una prohibición también solemne, y no me corresponde discutir razón alguna, sino obedecer. Debo darme prisa en hacer desaparecer la tentación, que destruiría mi inocencia y amargaría mi vida con la conciencia de una culpabilidad irremediable, mientras tenga fuerzas para rechazarla.

Así, reanimada con el sentido del deber, contempló el triunfo de la integridad sobre la tentación, la más fuerte de las que había sentido en su vida y lanzó los papeles a las llamas. Sus ojos los contemplaron mientras se consumían lentamente, sintió un escalofrío al recordar la frase que acababa de ver, y por la certeza de que la única oportunidad que había tenido para explicársela la acababa de pasar para siempre.

Bastante tiempo después se acordó del bolsillo, y al depositarlo, sin abrirlo, en una vitrina, notó que contenía algo de mayor tamaño que las monedas. «Su mano las depositó aquí —dijo mientras besaba algunos de los luises, mojándolos con sus lágrimas—, su mano, ¡que está ahora en el polvo!» En el fondo del bolsillo había un pequeño paquete, y al sacarlo, después de desenvolver un papel, encontró una cajita de marfil que contenía una miniatura de una ¡dama! Se quedó mirando, «la misma —dijo—, ¡sobre la que mi padre estuvo llorando!» Al examinar aquel rostro no pudo recordar persona alguna a la que se pareciera. Era de una belleza poco común y se

caracterizaba por la dulzura de su expresión, ensombrecida con pesares y atemperada por la resignación.

St. Aubert no le había hecho indicación alguna en relación con aquel retrato, ni siquiera lo había mencionado; en consecuencia, pensó que estaba justificada al conservarlo. Recordando más de una vez la actitud de su padre cuando hablaba de la marquesa de Villeroi, se sintió inclinada a creer que debía tratarse de su rostro; sin embargo, no había razones aparentes por las que él hubiera conservado el retrato de aquella señora o, habiéndolo hecho, de por qué se dolió sobre él de una manera tan intensa y afectada como ella le había visto en la noche anterior a su marcha.

Emily siguió mirando aquel rostro, examinando su aspecto, pero no sabía descubrir de dónde procedía el encanto que cautivara su atención y le inspiraba tales sentimientos de amor y de piedad. Un pelo castaño oscuro caía descuidadamente sobre la amplia frente; la nariz era más bien aguileña; los labios abiertos en una sonrisa, pero de melancolía; los ojos eran azules y se dirigían hacia arriba con una expresión de peculiar humildad, mientras la blanda nube del ceño reflejaba la sensibilidad delicada de su temperamento.

Emily se sintió conmovida por el talante meditabundo que el retrato había despertado en ella. Al cerrar la puerta del jardín y volver sus ojos hacia la ventana, vio que Valancourt se dirigía al castillo. Su estado de ánimo se veía agitado por las preocupaciones que acababan de afectarla y se sintió sin preparación para verle, por lo que se quedó un momento en la habitación hasta rehacerse.

Cuando se encontró con él en el salón se quedó sorprendida al ver el cambio que se había producido en su aspecto y en su rostro desde que se separaron en el Rosellón, que el crepúsculo y las contrariedades que había sufrido la tarde anterior había impedido que advirtiera. Pero todas esas impresiones desaparecieron con la sonrisa que iluminó su rostro al ver que ella se acercaba.

—Lo veis —dijo—, he hecho uso del permiso con el que me honrasteis para venir a despediros, tras nuestro feliz encuentro de ayer.

Emily le sonrió con cierto desmayo, y ansiosa por decir algo, le preguntó si había estado mucho tiempo en Gascuña.

—Sólo unos pocos días —replicó Valancourt mientras un rubor cruzaba sus mejillas—. Me embarqué en un extenso vagabundeo después de haber tenido la desgracia de separarme de los amigos que habían hecho mi recorrido por los Pirineos tan delicioso.

Al oír a Valancourt decir aquello, de los ojos de Emily brotaron unas lágrimas, que él advirtió de inmediato, y, ansioso por apartar su atención de los recuerdos que su comentario había ocasionado, así como para compensar su propia falta de tacto, comenzó a hablar de otras cosas, expresando su admiración por el castillo y sus alrededores. Emily, que se había sentido incómoda para seguir con aquella

conversación, se tranquilizó con la oportunidad de continuar con temas indiferentes. Caminaron hacia la terraza, donde Valancourt quedó encantado con la vista del río y las playas que se extendían al frente de Guiena.

Inclinado sobre el muro de la terraza contempló la rápida corriente del Garona.

—Hace algún tiempo —dijo— estuve en el nacimiento de este noble río. No tenía entonces la satisfacción de conoceros, ya que en otro caso habría lamentado vuestra ausencia. Era un paisaje que se ajustaba exactamente a vuestros gustos. Está situado en una parte de los Pirineos aún más agreste y sublime, creo, que cualquiera de las que recorrimos en nuestro camino al Rosellón.

A continuación, describió sus cataratas entre los precipicios de las montañas, donde las aguas crecidas por las corrientes que descienden desde las cumbres nevadas que las rodean caen al valle de Arán. Entre esas alturas románticas salta su espuma, siguiendo su camino hacia el noroeste hasta que surge por las llanuras del Languedoc. Entonces, bañando los muros de Toulouse y volviendo de nuevo hacia el noroeste, presenta un aspecto más tranquilo, mientras fertiliza los pastos de Gascuña y Guiena, en su avance hacia la bahía de Vizcaya.

Emily y Valancourt comentaron los escenarios que habían cruzado entre los Pirineos. Mientras hablaba se advertía con frecuencia una ternura que temblaba en su voz y otras veces se expresaba con todo el fuego de su carácter como si no tuviera conciencia de lo que decía. Todo aquello le recordaba a su padre, cuyo rostro se le aparecía en cada paisaje que Valancourt particularizaba y cuyas observaciones removían sus recuerdos y el entusiasmo seguía brillando en su corazón. Por fin, el silencio de Emily le recordó a Valancourt que su conversación se aproximaba demasiado a la causa de su dolor y cambió de tema, aunque por primera vez no parecía afectar tanto a Emily. Cuando admiró la grandeza del árbol predilecto de St. Aubert, que extendía sus ramas sobre la terraza, y bajo cuya sombra se habían cobijado, ella recordó las numerosas veces en que se había sentado allí con su padre y le había oído manifestar la misma admiración.

—Éste era el árbol favorito de mi querido padre —dijo—; le encantaba sentarse bajo sus ramas rodeado por su familia en las cálidas tardes del verano.

Valancourt comprendió cuáles eran sus sentimientos y se quedó callado. Si ella hubiera levantado la vista del suelo habría visto que había lágrimas en sus ojos. Se puso en pie, se apoyó en el muro de la terraza, del que se apartó al momento, volviéndose a sentar; se levantó de nuevo y se advertía claramente su gran agitación, mientras que Emily estaba tan desanimada que resultaron infructuosos sus repetidos intentos de renovar la conversación. Valancourt se había sentado, una vez más, pero seguía en silencio y tembloroso. Por fin dijo con la voz llena de dudas:

—¡Qué escena tan encantadora! Tengo que marcharme, que dejaros, ¡tal vez para siempre! Estos momentos no volverán jamás. No puedo decidirme a callar, aunque

casi no me atrevo a decíroslo. Permitidme, sin embargo, sin ofender la delicadeza de vuestro dolor, que me aventure a declararos la admiración que siempre sentiré por vuestra bondad... ¡que en algún momento futuro pueda llamar amor!

La emoción de Emily le impidió contestar; y Valancourt, que por fin se atrevió a levantar la vista, observó el cambio que se había producido en su rostro y temiendo que se desmayara, hizo un esfuerzo involuntario por sostenerla, que forzó el que Emily recuperara el sentido de su situación y decayera su ánimo. Valancourt no pareció advertir su indisposición, pero cuando volvió a hablar su voz reflejaba la ternura del amor.

—No me atreveré —añadió— a insistir por más tiempo en este tema y a llamar vuestra atención sobre él en esta ocasión, pero, tal vez, me permitáis deciros que estos momentos anteriores a mi partida perderían mucha de su amargura si se me permitiera tener la esperanza de que la declaración que he hecho no me excluirá de vuestra presencia en el futuro.

Emily hizo un nuevo esfuerzo por superar sus confusos pensamientos y por poder hablar. Temía revelar la preferencia de su corazón hacia Valancourt y darle cualquier ánimo de esperanza tras el corto tiempo que hacía que se conocían. Aunque en ese breve período había observado que era admirable en sus gustos y en su disposición, y a pesar de que aquellas observaciones habían sido sancionadas con la opinión de su padre, no eran testimonios suficientes de sus valores para determinarla en un tema tan infinitamente importante para su futura felicidad como el que requería en aquel momento su atención. Sin embargo, aunque la idea de separarse de Valancourt le resultaba tan dolorosa que casi no se atrevía a pensar en ello, la conciencia del hecho la hizo temer ser parcial en sus juicios y la duda era más fuerte para decidirse a animarle en lo que solicitaba, para lo que su propio corazón también estaba tiernamente dispuesto. La familia de Valancourt, ya que no sus circunstancias, era conocida por su padre, sin que mereciera su oposición. De estas circunstancias, el mismo Valancourt dio algunas indicaciones dentro de los límites que permitía la delicadeza, cuando dijo que por el momento poco más tenía que ofrecerle que un corazón que la adoraba. Su petición era sólo de una alejada esperanza y ella no se decidía a prohibirla aunque no se atreviera a dar su consentimiento. Finalmente, Emily acumuló valor suficiente para decir que ella se sentía honrada por la buena opinión de cualquier persona que hubiera sido estimada por su padre.

—¿Así que fui merecedor de su estima? —dijo Valancourt, con la voz temblorosa por la ansiedad, tras lo cual, controlándose, añadió—: Pero perdonadme la pregunta. No sé lo que digo. Si pudiera tener la esperanza de que pensarais que merezco tal honor y me permitierais que alguna vez viniera a interesarme por vuestra salud, podría ahora dejaros con relativa tranquilidad.

Emily, tras un momento de silencio, dijo:

—Seré sincera con vos, porque sé que lo comprenderéis y tendréis en cuenta mi situación y considerad esto como una prueba de mi... mi estima. Aunque vivo aquí, en lo que era la casa de mi padre, vivo sola. No tengo pariente alguno cuya presencia pudiera sancionar vuestras visitas. No es necesario que os señale lo impropio de que os reciba.

—No puedo quedar insensible ante esto —replicó Valancourt y añadió con tristeza—, pero, ¿cómo podré consolarme? Os he preocupado y no volveré a tratar el tema, si puedo llevarme conmigo la esperanza de que se me permita volver a hablar de ello o de presentarme a vuestra familia.

Emily se sintió de nuevo confusa y llena de dudas sobre lo que debía contestar. Hacía todo más difícil la soledad de su situación, sin un solo familiar o amigo al que pudiera acudir o que pudiera ayudarla y guiarla en aquellas circunstancias tan embarazosas. Madame Cheron, que era su único pariente y que debía haber sido su amiga, estaba ocupada con sus propias diversiones o tan dolida por la negativa de su sobrina a abandonar La Vallée que parecía haberla abandonado totalmente.

—Ya veo —dijo Valancourt, tras una larga pausa, durante la cual Emily había comenzado y dejado inacabadas dos o tres frases—. Ya veo que no tengo esperanza alguna; mis miedos estaban demasiado justificados, no pensáis que sea merecedor de vuestra estima. ¡Qué viaje tan doloroso!, que yo consideré el período más feliz de mi vida y cuyos deliciosos días van a amargar todos los de mi futuro. ¡Cuántas veces los he recordado con esperanza y miedo, aunque nunca hasta este momento he podido comprender que lamentaría su encantadora influencia!

Se le quebró la voz y se levantó abruptamente para pasear por la terraza. Había en su rostro tal expresión de desánimo que Emily se sintió afectada. Las llamadas de su corazón se sobrepusieron, en alguna medida, a su extrema timidez, y, cuando él volvió a la silla le dijo con un acento que traicionaba su ternura:

—Sois injusto con vos y conmigo cuando decís que no os creo merecedor de mi estima. Tengo que reconocer que hace tiempo que la poseéis y... y...

Valancourt esperó impaciente a que terminara la frase, pero las palabras murieron en sus labios. Sus ojos, no obstante, reflejaron todas las emociones de su corazón. Valancourt pasó en un instante de la impaciencia de la desesperación a la del júbilo y la ternura.

—¡Oh, Emily! —exclamó—, mi Emily..., ayudadme a dejar en suspenso este momento! ¡Permitidme que lo señale como el más sagrado de mi vida!

Presionó la mano en sus labios, que estaba fría y temblorosa, y, al levantar los ojos, vio la palidez de su rostro. Las lágrimas acudieron como consuelo y Valancourt la contempló con un silencio ansioso. Poco después, Emily se recuperó y sonriendo levemente a través de sus lágrimas, dijo:

—¿Podréis perdonarme esta debilidad? Mi espíritu aún no se ha recobrado del

todo de la terrible sacudida que he recibido tan recientemente.

—Yo soy el que no puede perdonarme —dijo Valancourt—, pero me prohibiré volver a hablar de ello, que ha contribuido a soliviantaros, ahora que me puedo marchar con la dulce certidumbre de poseer vuestra estima. —Entonces, olvidando su decisión volvió a hablar de sí mismo—. No sabéis —dijo— las horas inquietas que he pasado cerca de vos cuando pensaba si de verdad os acordabais de mí en la distancia. He caminado cerca del castillo, por las noches, cuando nadie podía observarme. Era feliz sabiendo que estaba cerca de vos y había algo especialmente dulce en el pensamiento de que yo caminaba a poca distancia de vuestra habitación, mientras vos dormíais. Todo este terreno no es totalmente nuevo para mí. Una vez me atreví a saltar la verja y pasé las horas más felices y también más melancólicas de mi vida al cruzar por debajo de lo que yo suponía que era vuestra ventana.

Emily le preguntó cuánto tiempo llevaba Valancourt en la vecindad.

—Varios días —replicó—. Pensaba servirme del permiso que me había dado monsieur St. Aubert, pero no sabía cómo hacerlo. A pesar de que lo deseaba ardientemente, mi decisión fallaba en el momento de acercarme y difería constantemente mi visita. Me hospedé en un pueblo a cierta distancia y recorría con mis perros estas escenas encantadoras, deseando continuamente encontraros y, sin embargo, no atreviéndome a haceros una visita.

Habían prolongado su conversación sin advertir el paso del tiempo. Valancourt, por fin, reaccionó.

—Debo irme —dijo entristecido—, pero lo hago con la esperanza de veros de nuevo, y que me sea permitido presentar mis respetos a vuestra familia; dejadme ir con esta esperanza confirmada por vuestra voz.

—Mi familia será feliz de ver de nuevo a un amigo de mi querido padre —dijo Emily.

Valancourt besó su mano y siguió inquieto sin decidirse a partir, mientras Emily permaneció sentada silenciosamente con los ojos fijos en el suelo. Valancourt, según fijaba su vista en ella, consideró que pronto sería imposible para él recordar, incluso en su memoria, la imagen exacta de la belleza de aquel rostro que tenía frente a él. En ese momento se oyeron unos pasos rápidos que se aproximaban por detrás del árbol y, al volver la cabeza, Emily vio a madame Cheron. Sintió cómo la dominaba el rubor y todo su cuerpo tembló con la emoción de su mente, pero se levantó al instante para recibirla.

—Qué agradable —dijo madame Cheron echando una mirada de sorpresa hacia Valancourt—, qué agradable. ¿Cómo estás? Pero no es necesario que pregunte, tu aspecto me dice que ya te has recuperado de tu pérdida.

—Entonces, madame, mi aspecto no me hace justicia, porque de mi pérdida no podré recuperarme nunca.

—Vamos, vamos. No discutiré contigo. Me doy cuenta que tienes el mismo carácter que tu padre y déjame decirte que habría sido mucho mejor para él, ¡pobre hombre!, si hubiera tenido otro diferente.

Una mirada de desagrado digno, como la que Emily dirigió a madame Cheron mientras hablaba, habría afectado a cualquier otra persona. No contestó, pero le presentó a Valancourt, que casi no pudo ocultar el resentimiento que sentía y a cuya inclinación de cabeza madame Cheron respondió con una ligera cortesía y con una mirada de examen penetrante. Después de unos minutos se despidió de Emily de un modo que expresaba muy claramente tanto la desesperación por su marcha como por dejarla en compañía de madame Cheron.

—¿Quién es ese joven? —dijo su tía en un tono que implicaba igualmente curiosidad y censura—. Algún admirador ocioso, supongo. Creía, sobrina, que tenías mayor sentido de lo que es propio como para recibir las visitas de un joven en tu situación actual. Permíteme que te diga que el mundo observa estas cosas y habla de ellas con intención, y con libertad.

Emily, extremadamente sorprendida por su desagradable comentario, intentó interrumpirla, pero madame Cheron prosiguió con toda la seguridad de una persona convencida de su poder.

—Es necesario que estés al cuidado de alguna persona más capaz de guiarte que tú misma. Por mi parte no me siento muy inclinada a la empresa, sin embargo, puesto que tu pobre padre me lo pidió, me preocuparé de tu comportamiento, incluso quedarás bajo mi cuidado. Pero permíteme que te diga, sobrina, que, a menos que decidas conformarte con mi dirección, dejaré de preocuparme por ti.

Emily no hizo intento alguno esta vez por interrumpir a madame Cheron, el dolor y el orgullo de su conciencia inocente le hicieron guardar silencio, hasta que su tía dijo:

—He venido para llevarte conmigo a Toulouse, y siento comprobar que tu pobre padre murió, después de todo, en tan lamentables circunstancias; sin embargo, te llevaré conmigo. Pobre hombre, siempre fue más generoso que precavido, puesto que en otro caso no habría dejado a su hija al cuidado de un pariente.

—No lo hizo así, espero, madame —dijo Emily calmosamente—, ni sus desgracias económicas fueron producidas por esa noble generosidad que siempre le distinguió. Los negocios de monsieur de Moteville podrán arreglarse, según confió, sin perjudicar profundamente a sus acreedores, y mientras tanto me sentiré muy feliz quedándome en La Vallée.

—No lo dudo —replicó madame Cheron con una sonrisa irónica—, pero no he de consentirlo, ya que veo cómo la necesaria tranquilidad y el retiro han restaurado tu ánimo. No te creí capaz de tanta doblez, sobrina, cuando me suplicaste que te permitiera permanecer aquí. Creí estúpidamente que era por una causa justa y no

esperaba encontrarte en la tan desagradable compañía de este monsieur La Val... , he olvidado su nombre.

Emily no pudo seguir soportando aquellas crueles indignidades.

—Sí, era una causa justa, madame —dijo—, y ahora, más que nunca, siento la importancia del retiro que entonces solicité, y, si el propósito de vuestra visita es únicamente el añadir insultos al sufrimiento de la hija de vuestro hermano, bien podríais haberla evitado.

—Ya veo que me ha tocado una empresa difícil —dijo madame Cheron, enrojeciendo ligeramente.

—Estoy segura, señora —dijo Emily más calmada y tratando de contener sus lágrimas—, estoy segura de que mi padre no pensó que iba a suceder esto. Tengo la felicidad de estar segura de que mi conducta ante sus ojos ha sido como él tantas veces ha sentido la satisfacción de aprobar. Sería muy doloroso para mí tener que desobedecer a la hermana de un padre como el mío, y si creéis que la empresa será realmente tan difícil, lamento que se deba a vos.

—¡Muy bien!, sobrina, pero expresarse bien significa muy poco. Estoy dispuesta, en consideración a mi pobre hermano, a pasar por alto lo impropio de tu reciente conducta y tratar de cómo debe ser la de tu futuro.

Emily la interrumpió, rogándole que explicara a qué impropiedad se refería.

—¡Qué impropiedad! La de recibir la visita de un amante desconocido para tu familia —replicó madame Cheron, sin considerar la impropiedad de la que ella misma había sido culpable, al exponer a su sobrina a la posibilidad de una conducta tan errónea.

El rostro de Emily se cubrió de rubor; el orgullo y la ansiedad oprimieron su corazón y hasta que pudo recuperarse no comprendió que las apariencias justificaban en cierta medida las sospechas de su tía. Hasta ese momento no pudo decidir el intentar la defensa de su conducta que había sido tan inocente e impensada por su parte. Le contó cómo conocieron a Valancourt, las circunstancias en las que recibió el pistoletazo y su viaje juntos después de aquello, así como el modo accidental en que se habían encontrado la tarde anterior. Reconoció que había solicitado permiso para dirigirse a su familia.

—¿Y quién es ese joven aventurero? —dijo madame Cheron—. ¿Qué es lo que pretende?

—Eso es algo que debe explicar él mismo, señora —replicó Emily—, mi padre conocía a su familia y creo que es intachable.

A continuación procedió a contarle lo que sabía de ella.

—¡Oh!, debe tratarse del hermano más joven—exclamó su tía—, y, desde luego, de un mendigo. ¡De verdad que es una bonita historia! ¡Y así que mi hermano tomó aprecio a este joven sólo unos pocos días después de conocerle! ¡Pero eso era tan

suyo! En su juventud hablaba siempre de sus agrados y desagrados, cuando nadie veía razones para ello. Con frecuencia se me ha ocurrido la idea de que las personas que él rechazaba eran mucho más agradables que las que admiraba, pero sobre gustos no hay nada escrito. Siempre se dejó influir por la cara de las personas, y yo, por mi parte, nunca he entendido ni comprendido ese ridículo entusiasmo. ¿Qué tiene que ver la cara de un hombre con su carácter? ¿Qué puede hacer un hombre de buen carácter para evitar tener un rostro desagradable?

Con la última frase madame Cheron adoptó el aire de alguien que se felicita a sí mismo por haber hecho un gran descubrimiento y creer que el tema quedaba indefectiblemente zanjado.

Emily, deseosa de terminar la conversación, le preguntó a su tía si aceptaría algún refrigerio, y madame Cheron la acompañó al castillo, pero sin abandonar el tema cuya discusión la complacía tanto y le permitía mostrar cierta severidad con su sobrina.

—Siento tener que decirte, sobrina —dijo, con una alusión que había hecho Emily relacionada con las fisonomías—, que tienes muchos de los prejuicios de tu padre, y entre ellos el de las inmediatas preferencias por personas en razón de su aspecto. Creo percibir que te imaginas violentamente enamorada de ese joven aventurero después de haberle conocido solamente durante unos días. ¡Había algo tan encantadoramente romántico en el modo en que os conocisteis!

Emily contuvo las lágrimas, que temblaban en sus ojos, mientras dijo:

—Cuando mi conducta merezca esa severidad, señora, haréis bien en ejercitarla; hasta entonces la justicia, ya que no la ternura, debe hacer que os contengáis. Nunca os he ofendido y ahora que he perdido a mis padres sois la única persona a la que puedo acudir para mi consuelo. Que no tenga que lamentar más que nunca esa pérdida de mis padres.

Las últimas palabras quedaron casi ocultas por la emoción y rompió a llorar. Recordando la delicadeza y la ternura de St. Aubert, los días felices que había pasado en aquel ambiente, advertía más el contraste con el agrio y nada sentimental comportamiento de madame Cheron y con las horas futuras de mortificación a las que debería someterse en su presencia. Se vio asaltada por tal grado de pesar que casi alcanzaba la desesperanza. Madame Cheron, más ofendida por el reproche que implicaban las palabras de Emily que conmovida por el dolor que expresaban, no dijo nada que pudiera suavizar su pesar; pero, a pesar de un rechazo aparente a recibir a su sobrina, deseaba su compañía. El poder era la pasión que la guiaba, y sabía que sería altamente gratificante el llevar a su casa a una joven huérfana, que no tendría recursos ante sus decisiones y sobre la que podría ejercer sin control el humor caprichoso de cada momento.

Al entrar en el castillo, madame Cheron le indicó que recogiera todo lo que

considerara necesario llevarse a Toulouse, ya que su propósito era salir inmediatamente. Emily trató entonces de persuadirla para demorar el viaje, al menos hasta el día siguiente, y, al final, con muchas dificultades, lo consiguió.

El día transcurrió en medio de los ejercicios de pequeñas tiranías por parte de madame Cheron y en un sentimiento desgraciado y de anticipación melancólica por parte de Emily, quien, cuando su tía se retiró a su habitación por la noche, fue a despedirse de cada una de las restantes de su querido y nativo hogar, que dejaba ahora sin saber por cuánto tiempo y para ir a un mundo en el que sería totalmente extraña. No podía evitar el presentimiento, que se le presentó con frecuencia aquella noche, de que jamás volvería a La Vallée. Después de pasar un largo tiempo en lo que había sido el estudio de su padre, y de seleccionar algunos de sus autores favoritos, para llevárselos con sus ropas, y de haber derramado muchas lágrimas, al sacudir el polvo de sus cubiertas, se sentó en su silla ante la mesa de lectura y se perdió en reflexiones melancólicas, hasta que Theresa abrió la puerta para comprobar si todo estaba en orden, como era su costumbre antes de irse a la cama. Se detuvo sorprendida al observar a su joven ama, que le hizo una seña para que entrara y le dio algunas instrucciones para que mantuviera el castillo listo para recibirla en cualquier momento.

—¡Llegó el día en que debéis abandonarlo! —dijo Theresa—, creo que seríais más feliz aquí que a donde vais, si se puede juzgar por las apariencias.

Emily no contestó a este comentario; la angustiada Theresa procedió a expresarle cómo le afectaba su marcha, pero ella encontró cierto consuelo en el afecto sencillo de aquella pobre y vieja criada, a la que dio también algunas indicaciones sobre cómo debería cuidarse durante su ausencia.

Tras despedir a Theresa para que se acostara, Emily recorrió las solitarias habitaciones del castillo, deteniéndose especialmente en la que había sido la alcoba de su padre, cediendo a la melancolía, pero sin sentir dolorosas emociones y tras una última mirada a la habitación, se retiró a su propia cámara. Desde la ventana contempló el jardín que se extendía por debajo, levemente iluminado por la luna, que se levantaba sobre las copas de las palmeras, y, al final, la belleza tranquila de la noche incrementó sus deseos de ceder ante la dulzura dolorosa de aquel adiós a las sombras queridas de su infancia, hasta las que retrocedió su imaginación. Tras echarse por encima el ligero velo con el que solía pasear, salió silenciosa al jardín, y mirando hacia las ramas distantes, sintió la felicidad de respirar, una vez más, el aire de libertad y de suspirar sin ser observada. El profundo reposo del paisaje, los ricos aromas que traía la brisa, la grandeza del ancho horizonte y el claro arco azul del cielo, suavizaron y gradualmente elevaron su mente hasta la sublime complacencia, que convierte las vejaciones de este mundo en algo tan insignificante ante nuestros ojos, que pensamos si es que tienen poder suficiente para preocupamos. Emily se

olvidó de madame Cheron y de todos los detalles de su comportamiento, mientras sus pensamientos ascendían a la contemplación de aquellos mundos innumerables que reposan en las profundidades del éter, miles de ellos escondidos para el ojo humano y casi más allá del vuelo de nuestra fantasía. Mientras su imaginación recorría las regiones del espacio y aspiraba en la Primera Gran Causa, que está por encima y gobierna todo lo vivo, la idea de su padre casi no la abandonó; pero era una idea grata, ya que él se había ido hacia Dios en la confianza completa de una fe pura y santa. Siguió su camino a través de los árboles de la terraza, deteniéndose según la memoria le traía un doloroso afecto o la razón le anticipaba el exilio al que sería llevada.

La luna estaba alta sobre los bosques, tocando sus cumbres con luz amarilla y penetrando entre las hojas por las ramas más bajas; mientras en el rápido Garona el radiante temblor se oscurecía ligeramente por el vapor. Emily se quedó contemplando su brillo, escuchando el murmullo suave de su corriente y los más leves sonidos del aire, según cruzaba a intervalos las ramas de las palmeras. «¡Qué escena tan hermosa! ¡Cuántas veces la recordaré y la echaré de menos cuando esté lejos de aquí! ¡Cuántos acontecimientos pueden ocurrir antes de que la vea de nuevo! ¡Oh, paz, sombras felices! ¡Escenarios de mi infancia feliz, de ternura paternal ahora perdidos para siempre! ¿Por qué tendré que dejaros? En estos rincones podría seguir encontrando seguridad y reposo. ¡Dulces horas de mi infancia, tengo que dejar incluso vuestro último recuerdo! ¡No habrá para mí más objetos en los que poder revivir estas impresiones!»

Se secó entonces las lágrimas y mirando hacia arriba, sus pensamientos se elevaron de nuevo al sublime panorama que había estado contemplando; la misma complacencia divina volvió a afirmarse en su corazón y, suspirando, le inspiraron esperanza, confianza y resignación ante la voluntad de Dios, cuyas obras llenaban su mente con adoración.

Emily echó una nueva mirada hacia los árboles y se sentó por última vez en un banco bajo su sombra, en el que había estado tantas veces con sus padres y en el que sólo unas horas antes había conversado con Valancourt. Al recordarle se abrió en su pecho una mezcla de sensaciones de estima, ternura y ansiedad. Con este recuerdo le vino el de su última confesión, que él había paseado con frecuencia cerca de su habitación por la noche, llegando incluso a pasar la cerca del jardín, e inmediatamente cayó en la idea de que él pudiera estar en ese momento allí. El miedo a encontrárselo, particularmente después de la declaración que le había hecho, y de incurrir en la censura, que su tía podría manifestarle razonablemente si se supiera que se había encontrado con su amante, a esa hora, hizo que abandonara instantáneamente el árbol tan querido y que se dirigiera hacia el castillo. Echó una mirada inquieta a su alrededor, deteniéndose con frecuencia un momento para examinar el camino lleno de

sombras antes de aventurarse a continuar, pero lo cruzó sin percibir a persona alguna, hasta que al llegar al grupo de almendros, no lejos de la casa, se detuvo en una última mirada al jardín y en el suspiro de otro adiós. Mientras sus ojos recorrían el paisaje, le pareció que una persona surgía de entre las ramas y pasaba lentamente por el corredor iluminado por la luna entre ellos. Pero la distancia y la mínima luz no le permitieron juzgar con certeza si era su imaginación o la realidad. Continuó algún tiempo en el mismo sitio, hasta que en el silencio mortal oyó un sonido inesperado y un instante después le pareció distinguir pasos muy próximos a ella. Sin perder un momento más en conjeturas corrió hacia el castillo. Al llegar se retiró a su cámara, donde, mientras cerraba la ventana, echó una mirada al jardín y de nuevo le pareció distinguir una figura moviéndose entre los almendros que acababa de dejar. Se retiró inmediatamente y, aunque muy agitada, se sumió en el sueño refrescante de un corto olvido.

Capítulo XI

Dejo ese sendero florido para siempre
de la infancia, donde jugué tantas veces,
trinando y vagando descuidadamente por él;
en el que todo era inocente y alegre,
los valles románticos, las espigas armoniosas,
todo dulce, rústico y sencillo.

THE MINSTREL

Muy temprano, el carruaje que habría de llevar a Emily y a madame Cheron a Toulouse, apareció a la puerta del castillo, y madame ya estaba en el comedor cuando entró su sobrina. El desayuno transcurrió en silencio y melancólicamente por parte de Emily; y madame Cheron, cuya vanidad estaba herida por el rechazo, la reprendió de un modo que no contribuyó a hacerlo desaparecer. Con muchas dudas, Emily solicitó permiso para llevarse con ella al perro que había sido el favorito de su padre, y le fue concedido. Su tía, impaciente por marcharse, ordenó que el carruaje estuviera preparado, y mientras cruzaba la puerta del vestíbulo, Emily echó una última mirada a la biblioteca y otra de despedida al jardín y la siguió. La vieja Theresa la esperaba en la puerta para despedirse.

—¡Que Dios la proteja, mademoiselle! —dijo, mientras Emily le daba la mano en silencio y sólo pudo contestar con una presión en la suya y una sonrisa forzada.

En la verja se habían reunido varios pensionistas de su padre para despedirla y habrían hablado con ella si su tía hubiera permitido al cochero que se detuviera. Distribuyó de todos modos casi todo el dinero que llevaba y se hundió en el asiento, cediendo a la melancolía de su corazón. Poco después pudo ver en los desniveles del camino la silueta del castillo, asomando entre los árboles, rodeado de ramas y de hojas verdes. El Garona, abriendo su camino entre las sombras, se movía entre los viñedos y se perdía con mayor majestad en los pastos distantes. Los tremendos precipicios de los Pirineos, que se levantaban hacia el sur, despertaron en Emily miles de recuerdos de su último viaje; y aquellas vistas que despertaron su admiración entusiástica excitaban ahora únicamente dolor y pesadumbre. Después de la última visión del castillo y del hermoso escenario de sus alrededores, cuando las colinas lo ocultaron, su mente se sumergió en reflexiones demasiado dolorosas para que le permitieran atender la conversación que madame Cheron había comenzado sobre algún tema trivial y no tardaron en continuar su viaje en un profundo silencio.

Mientras tanto, Valancourt había regresado a Estuviere, y su corazón estaba

ocupado con la imagen de Emily; a veces complaciéndose en sueños sobre su futura felicidad, pero más frecuentemente hundiéndose en el temor a la oposición que pudiera encontrar en su familia. Era el hijo más joven de una antigua familia de Gascuña; y, al haber perdido a sus padres en un período temprano de su vida, el cuidado de su educación y sus pequeñas propiedades habían pasado a su hermano, el conde de Duvamey, que le llevaba veinte años. Valancourt había sido educado en todos los conocimientos de su tiempo, y tenía un espíritu ardiente y una cierta grandeza de mente que le hacían particularmente brillante en los ejercicios que entonces se consideraban heroicos. Su pequeña fortuna había disminuido por los gastos necesarios para su educación; pero Valancourt, el mayor, parecía pensar que su talento y conocimientos suplirían ampliamente las deficiencias de su herencia. Le ofrecieron animosas esperanzas de promoción en la profesión militar, en aquellos tiempos casi la única en la que podía entrar un caballero sin incurrir en el desdoro de su nombre, y Valancourt fue naturalmente enrolado en el ejército. El talante general de su mente era poco comprendido por su hermano. Aquel ardor por todo lo que fuera grande y bueno en el mundo moral, así como en el natural, se despertó en sus años infantiles; y la fuerte indignación que sintió y expresó ante una acción criminal o malintencionada, atrajo en ocasiones la disconformidad de su tutor, que lo reprobaba bajo el término general de violencia de temperamento, y quien al argüir sobre las virtudes de la templanza y la moderación, parecía olvidar las de la gentileza y la compasión, que aparecían siempre en su pupilo hacia los causantes de sus desgracias.

Había obtenido permiso de ausencia de su regimiento cuando hizo la excursión por los Pirineos, que fue el medio por el que conoció a St. Aubert, y teniendo en cuenta que aquel permiso casi había expirado, estaba más ansioso por declarar sus intenciones a la familia de Emily, en la que esperaba razonablemente encontrar oposición, puesto que su fortuna, incluida la moderada adicción de la de ella, sería suficiente para vivir pero no para satisfacer otros deseos, fueran de vanidad o de ambición. A Valancourt no le faltaba esta última, pero veía posibilidades de promoción en el ejército, y creía que con Emily podría en el futuro tener lo suficiente para vivir con sus humildes ingresos. Sus pensamientos estaban ocupados entonces en analizar los medios por los que podría presentarse ante su familia, cuya dirección desconocía, porque era absolutamente ignorante de la precipitada marcha de Emily de La Vallée, donde esperaba obtenerla.

Por otro lado, las viajeras continuaron su camino; Emily, haciendo frecuentes esfuerzos por aparentar que estaba animada y dejándose llevar con demasiada frecuencia por el silencio y el rechazo, Madame Cheron atribuyendo su melancolía únicamente al hecho de que se alejaba de su amante, y creyendo que la pena que su sobrina seguía expresando por la pérdida de St. Aubert procedía parcialmente de una afectación de sensibilidad, pues creía que era ridículo que siguiera manifestando tan

profundo dolor después de haber pasado el tiempo usual considerado normal para un luto.

Por fin, estas desagradables impresiones fueron interrumpidas por la llegada de las viajeras a Toulouse; y Emily, que no había estado allí desde hacía muchos años y que tenía sólo un difuso recuerdo de aquello, se quedó sorprendida por el estilo ostentoso que exhibía la casa y el mobiliario de su tía; más aún, tal vez, porque era totalmente distinto de la modesta elegancia a la que había estado acostumbrada. Siguió a madame Cheron a través de un enorme vestíbulo, donde varios criados aparecieron con llamativas libreas, hasta una especie de salón, decorado con más lujo que gusto, y su tía, quejándose de cansancio, ordenó que les fuera servida la cena inmediatamente.

—Me alegro de encontrarme de nuevo en mi propia casa —dijo, echándose en un amplio canapé—, y de tener a mi propio servicio alrededor. Detesto viajar; aunque, en realidad, debería gustarme, porque todo lo que veo en otras partes me hace siempre que me guste más volver a mi propio castillo. ¿Por qué estás tan silenciosa? ¿Qué es lo que te preocupa ahora?

Emily detuvo una lágrima que empezaba a brotar y trató de sonreír para ocultar la opresión de su corazón. Pensaba en su casa y sentía demasiado sensiblemente la arrogancia y vanidosa ostentación de la conversación de madame Cheron. «¡Cómo es posible que sea hermana de mi padre!», se dijo a sí misma; y entonces la convicción de que así era acalló su corazón con una cierta ternura hacia ella. Se sintió inquieta por suavizar la dura impresión que su mente había recibido del carácter de su tía y se dispuso a aceptarla. Su esfuerzo no falló del todo; escuchó con ánimo aparente, mientras madame Cheron hablaba del esplendor de su casa, de las numerosas fiestas que organizaba y lo que esperaba de Emily, cuya reacción fue un aire de reserva que su tía tomó por orgullo e ignorancia unidos y aprovechó la ocasión para reprenderla. Desconocía el comportamiento de una mente que teme confiar en sus propios poderes, que, poseyendo un juicio claro e inclinada a creer que todos los demás lo perciben de modo más crítico, teme someterse a su censura y busca cobijo en la oscuridad del silencio. Emily había enrojecido con frecuencia ante esas maneras atrevidas, que ella parecía admirar y ante las vaciedades brillantes que ella aplaudía; sin embargo, ese aplauso, en lugar de animarla para imitar su conducta, la hacían recogerse en una reserva que la protegiera de tales absurdos.

Madame Cheron miró la modestia de su sobrina con un sentimiento de desdén y se propuso hacerla reaccionar con reproches en vez de animarla con gentileza.

La llegada de la cena interrumpió en parte el complaciente discurso de madame Cheron y las dolorosas consideraciones que había despertado en Emily. Cuando la comida, que había sido servida con ostentación y atendida por un gran número de sirvientes, con profusión de platos, terminó, madame Cheron se retiró a sus

habitaciones y una criada vino para mostrarle a Emily las suyas. Tras pasar una amplia escalera y varias galerías, llegaron a un piso en la parte de atrás, que conducía a un pequeño corredor en la parte más remota del castillo, y allí la criada abrió la puerta de una pequeña cámara que dijo que era la de mademoiselle. Emily, al encontrarse de nuevo a solas, cedió a las lágrimas que había tratado de contener desde hacía mucho tiempo.

Aquellos que saben por experiencia cómo el corazón queda prendido incluso en los objetos inanimados a los que se ha acostumbrado con el tiempo, saben lo difícil que resulta renunciar a ellos; con la sensación de hallar a un viejo amigo cuando se encuentran, tras una ausencia temporal, comprenderán los sentimientos de soledad de Emily, de una Emily apartada del único hogar que había conocido desde su infancia y que había sido colocada en un escenario y entre personas desagradables por más razones que por su novedad. El perro favorito de su padre, que estaba en la cámara, parecía adquirir así el carácter y la importancia de un amigo. El animal daba vueltas a su alrededor y cuando ella lloraba, lamía sus manos.

—¡Ah, pobre Manchón —dijo—, no tengo a nadie que me quiera, sólo a ti! —y lloró más aún.

Pasado algún tiempo, sus pensamientos volvieron a los comentarios de su padre. Cuántas veces le había reprochado el que cediera a penas inútiles; cuántas veces le había señalado la necesidad de la fortaleza y de la paciencia, asegurándole que las facultades de la mente deben fortalecerse hasta sobreponerse a la aflicción y triunfar sobre ella. Estos recuerdos secaron sus lágrimas y tranquilizaron gradualmente su ánimo y la inspiraron con la dulce emulación de practicar preceptos que su padre le había inculcado con tanta frecuencia.

Capítulo XII

Un poder imparte la lanza y el escudo,
ante los cuales las pasiones mágicas huyen,
por lo que las gigantescas locuras mueren.

COLLINS

La casa de madame Cheron estaba a poca distancia de la ciudad de Toulouse, rodeada por extensos jardines en los que Emily, que se había levantado temprano, se entretuvo paseando antes del desayuno. Desde una terraza que se extendía a lo largo de la parte más alta de los mismos, la vista se perdía por el Languedoc. En el distante horizonte, hacia el sur, descubrió las agrestes cumbres de los Pirineos y su imaginación dibujó inmediatamente los verdes pastos de Gascuña que se extienden a sus pies. Su corazón la llevó a su tranquilo hogar, a la vecindad en la que estaba Valancourt, en la que St. Aubert había estado; y su imaginación, rompiendo el velo de la distancia, trajo hasta sus ojos aquel hogar con toda su interesante y romántica belleza. Experimentó un placer inexplicable creyendo que contemplaba el paisaje que la rodeaba como suyo, aunque ninguno de sus detalles pudiera distinguirse, exceptuando la alejada cordillera de los Pirineos. Sin prestar atención al paisaje más próximo ni al paso del tiempo, continuó apoyada en la ventana de un pabellón que había al extremo de la terraza, con los ojos fijos en Gascuña, y con la mente ocupada con las interesantes ideas que la vista había despertado, hasta que un criado vino a decirle que estaba preparado el desayuno. Sus pensamientos se fijaron entonces en todo lo que la rodeaba, los altos muros, los parterres cuadriculados y las fuentes artificiales del jardín, que no podían, según los cruzaba, aparecer peor y más opuestos a la gracia negligente y belleza natural de los paisajes de La Vallée, en cuyo recuerdo había estado sumida tan intensamente.

—¿Por dónde has estado tan temprano? —dijo madame Cheron, según entraba su sobrina en la habitación—. No apruebo esos paseos solitarios. —Emily se quedó sorprendida cuando, tras haber informado a su tía de que no había ido más allá de los jardines, supo que también estaban incluidos en su reproche—. Deseo que no vuelvas a pasear por ahí en una hora tan temprana sin ir acompañada —dijo madame Cheron —; mis jardines son muy extensos; y una joven que puede pasearse a la luz de la luna en La Vallée no debe confiarse a sus inclinaciones en cualquier otra parte.

Emily, extremadamente sorprendida y conmovida, casi no tuvo fuerzas para rogar una explicación de aquellas palabras, y, cuando lo hizo, su tía se negó en redondo a

dárselas, aunque, por sus miradas severas y por las frases dichas a medias, parecía ansiosa por impresionar a Emily con la creencia de que había sido muy bien informada de algunas degradantes circunstancias de su conducta. Pese a su consciente inocencia, no pudo impedir un rubor en sus mejillas; tembló y miró confusamente a madame Cheron, que también se ruborizó; pero el suyo era un enrojecimiento de triunfo, de esos que cruzan a veces el rostro de una persona, congratulándose a sí misma por la penetración con la que acostumbra a sospechar de los demás.

Emily, no dudando de que el error de su tía procedía de haberla visto paseando por el jardín la noche anterior a su marcha de La Vallée, mencionó el motivo que había tenido para ello, y poco después concluyó con el tema diciendo:

—Yo nunca confío en las afirmaciones de la gente, los juzgo sólo por sus acciones; pero estoy dispuesta a esperar a ver cómo es tu comportamiento en el futuro.

Emily, menos sorprendida por la moderación y misterioso silencio de su tía que por las acusaciones que había recibido, consideró profundamente estas últimas y casi no dudó de que era Valancourt el que había visto por la noche en los jardines de La Vallée, y que había sido observado por madame Cheron; que pasando de un tema doloroso únicamente para revivir otro que lo era casi igualmente, habló de la situación de las propiedades de su sobrina en manos de monsieur Motteville. Mientras hablaba con piedad ostentosa de las desgracias de Emily, supo inculcarle los deberes de humildad y gratitud y someter a Emily a crueles mortificaciones, que pronto comprendió que sería considerada como una protegida, no sólo por su tía, sino por todos los criados.

A continuación, fue informada de que se esperaba a muchas personas para la cena, ocasión que aprovechó madame Cheron para repetir las lecciones de la noche anterior en relación a su conducta, cuando estaba acompañada, y Emily deseó tener coraje suficiente para practicarlo. Su tía procedió a continuación a examinar la sencillez de su vestido, añadiendo que esperaba verla ataviada con alegría y gusto; después de lo cual condescendió a mostrar a Emily el esplendor de su castillo, poniendo de manifiesto cada detalle de belleza o de elegancia que pensaba que distinguía cada una de las numerosas series de habitaciones. Después se retiró a las suyas, el trono de su propio homenaje, y Emily a su cámara para sacar sus libros y tratar de distraer la mente con la lectura hasta la hora de vestirse.

Cuando llegaron los invitados, Emily entró en el salón con un aire de timidez que sus esfuerzos no pudieron superar y que aumentaron por la conciencia de la severa mirada de madame Cheron. Su traje de luto, el suave rechazo de su hermoso rostro y la desconfianza de sus maneras, la convirtieron en un objeto interesante para muchos de los invitados, entre los cuales distinguió al signor Montoni y a su amigo Cavigni, los últimos visitantes de monsieur Quesnel, que parecían hablar con madame Cheron

con la familiaridad de una vieja amistad y a los que ella atendía con especial satisfacción.

El signor Montoni tenía un aire de consciente superioridad, animada por su espíritu y fortalecida por su talento, ante el cual todos parecían ceder involuntariamente. La rapidez de sus percepciones se reflejaba claramente en su rostro, y aunque aquel rostro parecía sometido a la situación de la fiesta, en más de una ocasión había revelado el triunfo del arte sobre la naturaleza. Su cara era alargada y más bien estrecha, pese a ello se le consideraba hermoso, pero era, quizá, el espíritu y el vigor de su alma, que salpicaba todo su aspecto, lo que triunfaba en él. Emily sentía admiración, pero no esa admiración que conduce a la estima, ya que se mezclaba con un cierto grado de temor que no sabía exactamente de dónde procedía.

Cavigni se mostraba alegre e insinuante, como la vez anterior; y, aunque no cesaba de mostrar sus atenciones a madame Cheron, encontró algunas oportunidades para conversar con Emily, a la que dirigió al principio frases llenas de agudeza, pero de cuando en cuando asumió un cierto aire de ternura que ella observó, lamentándolo. Pese a que Emily intervino muy poco, lo gentil y dulce de sus maneras animaban a hablar a Cavigni, y se sintió liberada cuando una de las jóvenes invitadas, que hablaba sin cesar, se acercó para reclamar su atención. Aquella dama, que poseía toda la ligereza de las mujeres francesas, toda su coquetería, simuló entender de todos los temas, o más bien no se trataba de una afectación, ya que, sin mirar nunca más allá de los límites de su propia ignorancia creía que no tenía nada que aprender. Atrajo la atención de todos; divirtió a algunos, disgustó a otros en algún momento y después quedó olvidada.

El día pasó sin que sucediera nada; y Emily, aunque entretenida con los personajes que había visto, se sintió mejor cuando pudo retirarse a sus recuerdos, que habían adquirido en ella el carácter de deberes.

Transcurrieron quince días de disipación y compañía, y Emily, que acompañaba a madame Cheron en todas sus visitas, se entretuvo en ocasiones pero se hastió con más frecuencia. Al principio se sorprendió por los conocimientos y talento aparente que mostraban en las varias conversaciones que escuchó, pero no tardó mucho en descubrir que aquel talento en la mayoría de los casos era el de la impostura y los conocimientos no iban más allá de lo necesario para sostenerlos. Pero lo que más la engañó fue el aire de alegría constante y animado espíritu que mostraban todos los visitantes y que supuso que procedía de su contento y benevolencia. Por fin, ante la exageración de algunos, menos preparados que otros, advirtió que, aunque contento y benevolencia son las únicas fuentes de la alegría, la animación inmoderada y enfebrecida que se exhibía habitualmente en las grandes fiestas era consecuencia parcial de la insensibilidad ante los demás, mientras la benevolencia debe derivar en ocasiones del sufrimiento de los otros, y, por otra parte, por su deseo de mostrar

apariencias de prosperidad que sabían que captarían la sumisión y la atención para ellos mismos. Las horas más gratas para Emily pasaban en el pabellón de la terraza, al que se retiraba cuando podía liberarse de ser observada, con un libro para entretenerse o el laúd para perderse en la melancolía. Allí, sentada con los ojos fijos en los Pirineos perdidos en la distancia, y sus pensamientos puestos en Valancourt y en los queridos escenarios de Gascuña, interpretaba las dulces y melancólicas canciones de su provincia, las canciones populares que había escuchado desde la infancia.

Una tarde, tras haberse excusado ante su tía por no acompañarla, se retiró al pabellón con sus libros y su laúd. Era una tarde hermosa y serena tras un día bochornoso, y las ventanas, que se miraban al oeste, se abrían a toda la gloria de la puesta de sol. Sus rayos iluminaban con fortalecido esplendor los riscos de los Pirineos y tocaban sus nevadas cumbres con un halo rosado, que se mantuvo largo tiempo después de que el sol hubo desaparecido por el horizonte y las sombras del crepúsculo se extendieron por el paisaje. Emily tocaba el laúd con esa expresión fina y melancólica que procede del corazón. La hora meditabunda y el escenario, la luz de la tarde sobre el Garona, que pasaba a poca distancia, y cuyas aguas, cuando cruzaban hacia La Vallée había visto a menudo con un suspiro, todas estas circunstancias unidas dispusieron su mente hacia la ternura y sus pensamientos se fueron con Valancourt, del que no había tenido noticias desde su llegada a Toulouse, y que ahora que había sido alejada de él y en medio de la incertidumbre, comprendía cómo le interesaba a su corazón. Antes de que viera a Valancourt nunca se había encontrado con una mente y unas preferencias tan próximas a las suyas, y, aunque madame Cheron le hablaba siempre de las artes del disimulo y de que la elegancia y la propiedad de pensamiento, que ella tanto admiraba en su amante, habían sido asumidas por él con el propósito de complacerla, ella casi no podía dudar de su verdad. Esta posibilidad, sin embargo, pese a ser tan leve, fue suficiente para llenarla de inquietud, y comprobó que pocas condiciones son más dolorosas que las de la incertidumbre cuando se trata del objeto de nuestro amor; una incertidumbre que de no haberla sufrido le habría dado una mayor confianza en sus propias opiniones.

Se despertó de su abstracción por los cascos de los caballos en el camino que pasaba por delante de las ventanas del pabellón y un caballero pasó montado, cuyo parecido con Valancourt, en su aire y su figura, le pareció seguro, aunque la luz del crepúsculo no le permitió ver su rostro. Se retiró rápidamente de la celosía, temiendo ser vista, y al mismo tiempo deseando mirar más, mientras el desconocido pasaba sin levantar la cabeza. Cuando volvió a la ventana le vio difuminado a través de la luz, por los altos árboles que conducían a Toulouse. Este pequeño incidente alteró su ánimo de tal modo que el paisaje dejó de interesarle, y después de pasear por la terraza volvió al castillo.

Madame Cheron, ya fuera porque hubiera visto cómo admiraban a una rival, porque hubiera perdido en el juego o hubiera asistido a una fiesta más espléndida que las suyas, regresó de su visita con un temperamento más descompuesto que de costumbre; y Emily se sintió liberada cuando llegó la hora en la que pudo retirarse a la soledad de su cámara.

A la mañana siguiente fue llamada para que se presentara a madame Cheron, cuyo rostro estaba inflamado por el resentimiento y, según Emily avanzaba, extendió una mano con una carta.

—¿Conoces esta letra? —preguntó en tono severo y con una mirada que intentaba investigar el corazón de Emily, que examinaba la carta atentamente y aseguró que no la conocía.

—No me provoques —dijo su tía—; la conoces, confiesa la verdad inmediatamente. Insisto en que confieses la verdad ahora mismo.

Emily se quedó silenciosa y se dio la vuelta para salir de la habitación, pero madame la hizo volver.

—Oh, eres culpable —dijo—, sí conoces esta letra.

—Si antes lo dudabais madame —replicó Emily con calma—, ¿por qué me acusasteis de haber dicho una falsedad?

Madame Cheron no se sonrojó, pero su sobrina sí, un momento después, cuando oyó el nombre de Valancourt. No fue, sin embargo, con la conciencia de merecer un reproche, porque, si alguna vez había visto aquella escritura, los caracteres de su carta no se la trajeron a su memoria.

—Es inútil que lo niegues —dijo madame Cheron—, he visto en tu rostro que no desconoces la letra de esta carta; y me atrevo a decir que has recibido muchas de este joven impertinente, sin mi conocimiento, en mi propia casa.

Emily, sorprendida por la falta de delicadeza de la acusación, y más aún por la vulgaridad de sus modos, olvidó instantáneamente el orgullo que había impuesto su silencio y trató de vindicar su conducta, pero madame Cheron no estaba dispuesta a ser convencida.

—No quiero suponer —continuó— que ese joven se hubiera tomado la libertad de escribirte, si tú no le hubieras animado a hacerlo, y ahora debo...

—Me permitiréis, señora, que os recuerde —dijo Emily tímidamente— algunos detalles de una conversación que tuvimos en La Vallée. Entonces os dije que no sólo prohibí a monsieur Valancourt que se dirigiera a mi familia...

—No toleraré que se me interrumpa —dijo madame Cheron, interrumpiendo a su sobrina—, iba a decir..., he olvidado lo que iba a decir. Pero, ¿cómo es posible que no se lo prohibieras? —Emily guardó silencio—. ¿Cómo es posible que le animaras a molestarte con esta carta? Un joven al que nadie conoce; un total desconocido en este lugar, un joven aventurero, sin duda, que va en busca de fortuna. Aunque, en ese

punto, se ha confundido.

—Su familia era conocida de mi padre —dijo Emily modestamente y sin aparentar reacción alguna por la última frase.

—¡Oh!, eso no es una recomendación —replicó su tía, con su habitual disposición frente a ese tema—. ¡Solía tomar tan extrañas actitudes ante la gente! Siempre juzgaba a las personas por su rostro y se engañaba continuamente.

—Hace un momento, señora, me juzgabais culpable por mi rostro —dijo Emily, en un deseo de reprobar a madame Cheron, a lo que le había inducido la irrespetuosa mención de su padre.

—Te he hecho venir —continuó su tía, enrojeciendo— para decirte que no seré molestada en mi propia casa por cartas o visitas de jóvenes que intentan cortejarte. Este monsieur de Valantine, creo que le llamas así, tiene la impertinencia de pedirme que le permita presentarme sus respetos. Le enviaré la respuesta que se merece. Y por lo que se refiere a ti, Emily, te lo repito por última vez, si no aceptas conformarte con mi dirección y con mi manera de vivir, renunciaré a la obligación de ocuparme de tu conducta. Dejaré de preocuparme de tu educación, pero te enviaré a vivir a un convento.

—Querida señora —dijo Emily, rompiendo en lágrimas y vencida por la espantosa sospecha que había expresado su tía—. ¡Cómo merezco estos reproches!

No pudo decir más. Estaba tan temerosa de actuar de modo impropio en el asunto, que, en aquel momento, madame Cheron tal vez habría podido lograr arrancarle la promesa de renunciar a Valancourt para siempre. Su mente, debilitada por las aprensiones, no podía seguir viéndole como antes; temía el error de su propio juicio, no el de madame Cheron, y también que en su conversación con él en La Vallée, no se había comportado con la suficiente reserva. Sabía que no se merecía las crueles sospechas que su tía había lanzado contra ella, pero se despertaron mil escrúpulos para atormentarla, entre ellos el de haber alterado la paz de madame Cheron. Así, dispuesta ansiosamente a evitar cualquier oportunidad de error y a someterse a cualquier restricción que su tía considerara apropiada, expresó una obediencia, a la que madame Cheron no prestó mucha confianza, y que le pareció consecuencia de miedo o artificio.

—Bien —dijo—, entonces prométeme que ni verás a este joven ni le escribirás sin mi consentimiento.

—Querida señora —replicó Emily—, ¿podéis suponer que yo haría cualquiera de esas dos cosas sin que lo supierais?

—No sé qué suponer; nunca se sabe como actuará una joven. Es difícil poner confianza en ellas, porque rara vez tienen suficiente sentido para reclamar el respeto del mundo.

—Señora —dijo Emily—, yo estoy ansiosa por cuidar de mi propio respeto; mi

padre me enseñó cuál es su valor; me dijo que si yo merezco mi propia estima, la del mundo vendrá como consecuencia.

—Mi hermano era un buen hombre —replicó madame Cheron—, pero no conocía el mundo. Estoy segura de que he tenido siempre respeto por mí misma, sin embargo... —se detuvo, pero podría haber añadido que el mundo no había mostrado siempre ese mismo respeto para ella, y eso sin traicionar su juicio.

—Bien —concluyó madame Cheron—, no me has hecho la promesa que he pedido.

Emily la hizo, y al ser autorizada para retirarse, paseó por el jardín. Tratando de rehacerse, llegó por fin a su pabellón favorito al final de la terraza, donde, sentándose ante una de las ventanas que se abría a un mirador, la tranquilidad y silencio le permitieron recomponer sus pensamientos para considerar con un juicio más claro su conducta ante Dios. Se decidió a reconsiderar con exactitud todos los detalles de su conversación con Valancourt en La Vallée, tuvo la satisfacción de comprobar que nada podía alarmar su delicado orgullo y que podía confirmarse en su propia estimación que era tan necesaria para su paz. Su mente se serenó y vio a Valancourt amistoso e inteligente, como antes, y a madame Cheron ni una cosa ni otra. El recuerdo de su amor, sin embargo, le trajo emociones muy dolorosas que de ningún modo se conciliaban con la idea de renunciar a él. Madame Cheron ya había mostrado con qué intensidad desaprobaba su relación y vio claramente cuánto sufrimiento envolvía esa oposición de intereses. Con todo, la idea se mezclaba con una cierta satisfacción que, por encima de la razón, apoyaba la esperanza. Decidió, pese a todo, que nada la induciría a permitir una correspondencia clandestina y que observaría en su conversación con Valancourt, si se encontraban de nuevo, la misma reserva atenta que hasta entonces había marcado su conducta. Mientras repetía las palabras: «i Si se encontraban de nuevo!», se conmovió como si fuera una circunstancia que nunca se le hubiera ocurrido y sus ojos se llenaron de lágrimas, que secó rápidamente al oír pasos que se aproximaban, y allí, en la puerta abierta del pabellón, al volverse, vio a Valancourt. Una emoción mezcla de complacencia, sorpresa y temor asaltó tan inesperadamente su corazón que casi dominó su espíritu; el color desapareció de sus mejillas para volver más intenso que antes y durante un momento fue incapaz de hablar o de levantarse de la silla. El rostro de él era el espejo en el que Emily vio reflejadas sus propias emociones y le sirvió para dominarse. La alegría, que le animaba cuando entraba en el pabellón, se vio súbitamente contenida cuando, al acercarse, advirtió su agitación y en un trémolo de voz le preguntó por su salud. Recobrada de su primera sorpresa, le contestó con una leve sonrisa; pero una enorme variedad de emociones encontradas asaltaron su corazón y lucharon para dominar la suave dignidad de sus maneras. Era difícil decir cuál predominaba; la alegría de ver a Valancourt o el terror ante la disconformidad de su tía, cuando se

enterara del encuentro. Después de una conversación breve y embarazosa, le condujo hacia los jardines y le preguntó si había visto a madame Cheron.

—No —dijo él—, aún no la he visto, porque me han dicho que tenía un compromiso y tan pronto como he sabido que estabais en el jardín he venido. —Se detuvo un momento, muy agitado, y después añadió—: ¿Puedo aventurarme a deciros el propósito de mi visita, sin incurrir en vuestro desagrado y que pueda esperar que no me acuséis de precipitación al utilizar el permiso que una vez me disteis para dirigirme a vuestra familia?

Emily, que no sabía qué replicar, que estaba aún más perpleja, y sensible únicamente al temor, levantó los ojos y vio que madame Cheron asomaba por una de las avenidas. Al recobrar la conciencia de su inocencia se disipó el miedo, al extremo de permitirle aparecer tranquila y, en lugar de evitar a su tía, avanzó con Valancourt a su encuentro. La mirada de desagrado impaciente que les lanzó madame Cheron hizo titubear a Emily, que comprendió de un vistazo que aquella reunión se supondría algo más que accidental; tras mencionar el nombre de Valancourt se sintió demasiado agitada para quedarse con ellos y regresó al castillo, donde esperó largo tiempo, en un estado de ansiedad temblorosa, el término de la conferencia. No sabía cómo explicar la visita de Valancourt a su tía antes de que recibiera el permiso que había solicitado, ya que ignoraba la circunstancia de que la solicitud no tenía sentido, incluso aunque madame Cheron hubiera estado inclinada a concederla. Valancourt, en medio de su agitación, había olvidado fechar su carta y, en consecuencia, era imposible para madame Cheron contestarle. Cuando se dio cuenta de esta circunstancia, tal vez no lamentó la omisión que le servía de excusa para acudir antes de que ella pudiera remitirle una negativa.

Madame Cheron tuvo una larga conversación con Valancourt, y, cuando regresó al castillo, su rostro expresaba mal humor, pero no el grado de severidad que Emily había temido.

—He despedido a ese joven por fin —dijo—, y espero que mi casa no será nunca

más molestada con visitas similares. Me ha asegurado que tu entrevista no había sido concertada previamente.

—¡Querida señora! —dijo Emily con extrema emoción—, ¡no es posible que lo hayáis preguntado!

—Por supuesto que sí, no pensarás que iba a ser tan imprudente como para olvidarlo.

—¡Dios mío! —exclamó Emily—, ¡qué opinión se habrá formado de mí, cuando vos, señora, podéis expresar una sospecha de conducta tan reprochable!

—Pocas consecuencias puede tener la opinión que se haya formado de ti —replicó su tía—, porque he puesto punto final al asunto; pero creo que él no se formará una opinión peor de mí por mi conducta prudente. Le he hecho ver que no estaba dispuesta a ser engañada y que tenía más delicadeza que la de permitir cualquier correspondencia clandestina en mi propia casa.

Emily había oído con frecuencia a madame Cheron utilizar la palabra delicadeza, pero se quedó más perpleja que nunca para entender qué era lo que quería indicar al aplicarla en aquella ocasión, en la que todo su comportamiento parecía merecer exactamente lo contrario de lo que significaba ese término.

—Ha sido muy desconsiderado por parte de mi hermano —concluyó madame Cheron— dejarme el problema de ocuparme de tu conducta. Me gustaría que tuvieras tu vida hecha. Pero si descubro que voy a ser molestada de nuevo con visitas como la de este monsieur Valancourt, te enviaré a un convento de inmediato; así que recuerda cuál es la alternativa. Este joven ha tenido la impertinencia de decirme, ¡de decírmelo!, que su fortuna es muy pequeña y que depende fundamentalmente de su hermano mayor y de la profesión que ha elegido. Por lo menos podría haberme ocultado esas circunstancias, si esperaba tener éxito conmigo. ¡Ha tenido la presunción de suponer que casaría a mi sobrina con una persona como él se ha descrito a sí mismo!

Emily secó sus lágrimas cuando oyó la cándida confesión de Valancourt; y, aunque las circunstancias que le descubrían afectaban a sus esperanzas, la sinceridad de su conducta le produjo tal grado de satisfacción que se sobrepuso a cualquier otra emoción. Pero se había visto obligada, incluso en aquel temprano momento de su vida, a observar que el buen sentido y la noble integridad no son siempre suficientes para luchar contra la locura y la astucia; y su corazón era lo suficientemente puro para permitirle, incluso en aquel momento de prueba, mirar con más orgullo la derrota de lo primero que la mortificación de la victoria de lo último.

Madame Cheron siguió con sus triunfos.

—También ha pensado que era propio decirme que no recibiría la negativa final de nadie más que de ti; esta posibilidad, sin embargo, se la he negado de modo absoluto. Debe comprender que es más que suficiente que yo le desapruebe. Y

aprovecho esta oportunidad para repetir que si conciertas cualquier medio de entrevista a mis espaldas, saldrás de mi casa inmediatamente.

—¡Qué poco me conocéis, señora, para pensar que tal aviso es necesario! —dijo Emily, tratando de contener su emoción—, ¡qué poco sabéis de mis queridos padres, que me educaron!

Madame Cheron se marchó para vestirse para un compromiso al que tenía que acudir por la tarde, y Emily, que habría solicitado con gusto ser excusada de acompañar a su tía, no pidió quedarse en casa pensando que su propuesta podría ser atribuida a un motivo impropio. Cuando se retiró a su habitación, la leve fortaleza que la había ayudado en presencia de su pariente la abandonó. Recordó sólo que Valancourt, cuyo carácter se hacía más amistoso en cada circunstancia que lo iba descubriendo, había sido borrado de su presencia, tal vez para siempre. Pasó el tiempo llorando aunque, conforme a las instrucciones de su tía, debía haberlo empleado en vestirse. Este importante deber fue despachado rápidamente; pero al reunirse con madame Cheron en la mesa, sus ojos revelaron que había estado llorando y arrancaron contra ella severos reproches.

Sus esfuerzos por aparentar cierto ánimo no fallaron completamente cuando se unió a los invitados en la casa de madame Clairval, una viuda de cierta edad que hacía poco que había pasado a residir en Toulouse, en una propiedad de su difunto marido. Había vivido muchos años en París, en un estilo espléndido, y tenía, naturalmente, un temperamento alegre, y desde que vivía en Toulouse había ofrecido algunas de las fiestas más magnificentes que se habían visto en la vecindad.

Esto excitaba no sólo la envidia, sino la frívola ambición de madame Cheron, quien, ya que no podía rivalizar con el esplendor de sus fiestas, ardía en deseos de ser situada entre sus amigas más íntimas. Con este propósito le dedicaba su atención más obsequiosa, y cuidaba de no tener compromiso alguno siempre que recibía una invitación de madame Clairval, de la que siempre hablaba, a cualquier parte que fuera, para hacer creer o impresionar con ello, de la amistad que las unía, como si fuera casi de un nivel familiar.

Los entretenimientos de la noche consistían en un baile y una cena. Era un baile especial y los invitados bailaban en grupo en los jardines, que eran muy extensos. Los altos y floridos árboles, bajo los que los grupos se reunían, estaban iluminados con profusión de lámparas, dispuestas con gusto e imaginación. Los alegres y variados vestidos de los invitados, algunos de los cuales estaban sentados en la hierba, conversando apaciblemente, observando. los cotillones, tomando algún refrigerio y a veces tocando distraídamente la guitarra; las maneras galantes de los caballeros, el aire exquisitamente caprichoso de las damas; la ligereza fantástica de los pasos y de sus danzas; los músicos, con el laúd, el oboe y el tamboril, sentados al pie de un olmo, y el selvático escenario de bosque que les rodeaba eran circunstancias que, al

unirse, formaban un cuadro característico y sorprendente de las fiestas francesas. Emily contempló la alegría de aquel escenario con una especie de placer melancólico, y sus emociones pueden ser imaginadas cuando, según estaba al lado de su tía, mirando uno de los grupos, descubrió a Valancourt; le vio bailando con una joven hermosa, conversando con ella con una mezcla de atención y familiaridad que rara vez había observado en sus maneras. Se volvió con violencia de la escena y trató de alejarse con madame Cheron, que estaba conversando con el signor Cavigni, y no vio a Valancourt o no estaba dispuesta a ser interrumpida. Emily se vio sumergida en un desmayo e, incapaz de sostenerse, se sentó en la hierba cerca de los árboles, donde había otras personas. Una de ellas, al observar la extrema palidez de su rostro, le preguntó si estaba enferma y le suplicó que le permitiera traerle un vaso de agua, cuya gentileza agradeció, sin aceptarla. Su temor a que Valancourt pudiera observar sus emociones la hizo mostrarse más inquieta por superarlas y lo consiguió al extremo de que su rostro se rehízo. Madame Cheron seguía conversando con Cavigni; y el conde Bauvillers, que se había dirigido a Emily, le hizo algunas observaciones sobre la escena, a las que contestó casi inconscientemente, porque su mente seguía ocupada con la idea de Valancourt y la inquietud que le producía encontrarse tan cerca de él. Algunas indicaciones que hizo el conde sobre los que bailaban, la obligaron a volver los ojos hacia ellos, y, en ese momento, los de Valancourt se encontraron con los suyos. Sintió que perdía el color y que estaba a punto de desmayarse e instantáneamente volvió la cabeza, no sin antes haber observado el rostro alterado de Valancourt, que la había visto. Habría abandonado aquel lugar inmediatamente si no hubiera sido consciente de que esa conducta le habría mostrado a él de un modo más obvio el interés que despertaba en su corazón; y, tras tratar de prestar atención a la conversación del conde y de participar en ella, logró, finalmente, recuperar su ánimo. Pero, cuando el conde hizo una observación sobre la pareja de Valancourt, el miedo a mostrar que estaba interesada en el comentario, le habría traicionado ante él, de no ser porque el conde, mientras hablaba, miraba hacia la persona a la que se refería.

—La dama —dijo— que baila con ese joven chevalier, que parece poder competir en todo, menos en la danza, está considerada entre las bellezas de Toulouse. Es hermosa y su fortuna será considerable. Espero que elija mejor para pareja de su vida de lo que lo ha hecho para el baile, porque ya veo que ha puesto al grupo en gran confusión; no hace más que cometer errores. Me sorprende que con su aire y su figura no se haya preocupado de saber bailar.

Emily, cuyo corazón temblaba a cada palabra que se pronunciaba, trataba ahora de desviar la conversación de Valancourt, preguntando el nombre de la dama con la que bailaba; pero, antes de que el conde pudiera replicar, la danza concluyó, y Emily, advirtiendo que Valancourt se dirigía hacia ella, se levantó y se puso al lado de

madame Cheron.

—Ahí está el chevalier Valancourt, señora —dijo, convirtiendo el tono de su voz en un susurro—, alejémonos.

Su tía lo hizo de inmediato, pero no antes de que Valancourt llegara hasta ellas, . que inclinó su cabeza ante madame Cheron, y dirigió una mirada hacia Emily que; reuniendo todos sus esfuerzos, consiguió manifestar un aire reservado. La presencia de madame Cheron impidió que Valancourt se quedara, y siguió su camino reflejando en su rostro una melancolía que parecía reprochable a ella por haberla incrementado. Llamaron a Emily del grupo con el que había estado, que incluía al conde Beauvillers, conocido de su tía.

—Os presento mis disculpas, mademoiselle —dijo—, por mi rudeza, que estoy seguro consideraréis no intencionada. No sabía que conocíais al chevalier cuando critiqué tan libremente su danza.

Emily enrojeció, sonriendo, y madame Cheron la libró de la situación, replicando:

—Si os referís a la persona que acaba de pasar —dijo—, os puedo asegurar que no es amigo mío ni de mademoiselle St. Aubert; no sé nada de él.

—¡Oh!, es el chevalier Valancourt —dijo Cavigni sin darle importancia y volviendo la cabeza.

—¿Le conocéis? —preguntó madame Cheron.

—No nos une amistad alguna —repicó Cavigni.

—Entonces no conocéis las razones por las que le he llamado impertinente. ¡Ha tenido la presunción de admirar a mi sobrina!

—Si todos los hombres merecen el título de impertinentes por admirar a mademoiselle St. Aubert —replicó Cavigni—, me temo que hay un gran número de impertinentes y estoy dispuesto a reconocer que soy uno de ellos.

—¡Oh, signor! —dijo madame Cheron con una sonrisa afectada—, me doy cuenta de que habéis aprendido bien el arte de los cumplidos desde que llegasteis a Francia. Pero es cruel decírselo a los niños, porque pueden confundir la lisonja con la verdad.

Cavigni volvió la cara un momento y dijo después con un aire estudiado:

—¿A quién tendríamos entonces que halagar, señora? Porque sería absurdo hacerlo a una mujer de comprensión refinada; ella está por encima de todo elogio.

Al terminar la frase echó una socarrona mirada a Emily, y la sonrisa que había brillado en sus ojos cubrió su rostro. Emily le comprendió perfectamente y se ruborizó pensando en madame Cheron, que replicó:

—Tenéis toda la razón, signor, ninguna mujer de entendimiento puede soportar la lisonja.

—He oído decir al signor Montoni —prosiguió Cavigni— que sólo ha conocido a una mujer que las merece.

—¡Vaya! —exclamó madame Cheron con una leve risa, y sonriendo con gran

complacencia—, ¿y quién puede ser?

—¡Oh! —replicó Cavigni—, es imposible confundirla, porque ciertamente sólo hay una mujer en el mundo que tenga tanto mérito para merecer lisonjas como el genio para rehusarlas. La mayoría de las mujeres lo hacen al revés —volvió a mirar a Emily, que enrojeció más aún pensando en su tía y se volvió con disgusto.

—¡Oh, signor! —dijo madame Cheron—, parecéis francés; jamás he oído a un extranjero decir ni la mitad de galanterías que vos.

—Así es, señora —dijo el conde, que había estado algún tiempo silencioso, inclinando la cabeza—; pero la galantería se ha perdido últimamente, por la ingenuidad que pone al descubierto su aplicación.

Madame Cheron no comprendió el sentido de aquella frase satírica y se libró de la dolorosa impresión que sintió Emily en su lugar.

—¡Oh! Aquí viene el mismísimo signor Montoni —dijo su tía—, os aseguro que le diré todas esas cosas que me habéis comentado. —El signor, sin embargo, se dirigió por otro paseo. —¿Quién ha sido el que ha comprometido tanto a vuestro amigo esta tarde? —preguntó madame Cheron, más bien mortificada—, no le he visto ni un momento.

—Tiene un compromiso muy particular con el marqués La Riviere —replicó Cavigni—, que le ha entretenido hasta este momento; en caso contrario, no habría faltado el honor de presentaros sus respetos mucho antes, señora, como él me ha pedido que haga. Pero, no sé cómo me ha podido ocurrir, vuestra conversación es tan fascinante que ha encantado incluso a mi memoria. Creo o, mejor, estoy cierto, de que os debí presentar antes las disculpas de mi amigo.

—Las disculpas, señor, habrían sido más satisfactorias viniendo de él mismo —dijo madame Cheron, cuya vanidad se había visto más mortificada por el abandono de Montoni que halagada por el comentario de Cavigni. Sus maneras en aquel momento y la última conversación con Cavigni despertaron una sospecha en la mente de Emily, que, aunque algunos otros recuerdos servían para confirmarla, le parecía descabellada. Le pareció que Montoni se dirigía en serio a su tía en sus comentarios y que ella no sólo los aceptaba, sino que estaba celosa de cualquier impresión de descuido por parte de él. Que madame Cheron, a su edad, eligiera un segundo marido era ridículo, aunque su vanidad no lo hacía imposible; pero que Montoni, con su talento, su figura y pretensión pudiera elegir a madame Cheron resultaba fantástico. Sus pensamientos, sin embargo, no se entretuvieron largo tiempo en el tema; intereses más próximos presionaron en ellos; Valancourt rechazado por su tía, y Valancourt bailando con una alegre y bella pareja, atormentaban alternativamente su mente. Según caminaba por el jardín miró tímidamente hacia adelante, a medias temiendo y a medias esperando que él pudiera aparecer entre la gente; y la desilusión que sintió al no verle, le indicó claramente que estaba más interesada en la esperanza que en el

temor.

Poco después Montoni se unió al grupo. Musitó algo brevemente sobre lo que sentía haber sido entretenido en otra parte, cuando sabía que le esperaba el placer de ver a madame Cheron; y ella, recibiendo la disculpa con aire de muchacha ofendida, se dirigió totalmente a Cavigni, que miraba jocosamente a Montoni, como si le dijera: «No triunfaré sobre vos; tendré la bondad de compartir los honores que recibo; pero, cuidado signor, o acabaré llevándome vuestro premio».

La cena fue servida en diferentes pabellones en los jardines, así como en un gran salón del castillo, y con más gusto que esplendor o abundancia. Madame Cheron y su grupo cenaron con madame Clairval en el salón, y Emily, con dificultad, disimuló su emoción, cuando vio a Valancourt sentado en su misma mesa. Allí, madame Cheron, después de mirarle con gran desagrado, dijo a una persona que estaba sentada a su lado:

—¿Quién es ese joven?

—Es el chevalier Valancourt —fue la respuesta.

—Sí, no ignoro su nombre, ¿pero quién es ese chevalier Valancourt que se entromete así en esta mesa?

La atención de la persona a la que se había dirigido fue reclamada antes de que recibiera una segunda réplica. La mesa, en la que estaban sentados, era muy larga. Valancourt se había sentado con su pareja cerca del final, y Emily cerca del principio, y la distancia entre ellos explicaba que él no se hubiera dado cuenta inmediatamente de su presencia. Emily evitó mirar al otro extremo, pero cada vez que sus ojos se dirigían hacia allí, vio que estaba conversando con su bella compañera y la observación no contribuyó a restaurar su tranquilidad, como tampoco las informaciones que había oído sobre la fortuna y los méritos de aquella dama.

Madame Cheron, a quien dirigieron otra vez esos comentarios porque eran los que servían para sus conversaciones triviales, parecía infatigable en su esfuerzo por despreciar a Valancourt, hacia el que sentía todos los pequeños resentimientos de un orgullo extremo.

—Admiro a la dama —dijo—, pero debo condenar su elección de pareja.

—¡Oh, el chevalier Valancourt es uno de los jóvenes más distinguidos que tenemos! —replicó la señora a la que había dirigido su comentario—; se murmura que mademoiselle D'Emery, y su enorme fortuna, serán suyos.

—¡Imposible! —exclamó madame Cheron, que había enrojecido—, es imposible que esa dama carezca a tal extremo de gusto; él tiene tan poco aire de persona distinguida que, si no le hubiera visto sentado a la mesa de madame Clairval, jamás habría pensado que lo era. Además, tengo razones particulares para creer que esa información está equivocada.

—No puede dudar de la verdad de lo que digo —replicó la dama seriamente

disgustada por la ruda contradicción que había recibido en relación con su opinión sobre los méritos de Valancourt.

—Quizá lo dudéis —dijo madame Cheron—, cuando os asegure que esta misma mañana he rechazado su petición... —Lo dijo sin intención de imponer el sentido que podían tener sus palabras, sino simplemente por su costumbre de considerarse a sí misma como la persona más importante en cualquier asunto que se refiriera a su sobrina, y porque, literalmente, ella había rechazado a Valancourt.

—Vuestras razones son verdaderamente tan sólidas que no pueden ser puestas en duda —replicó la señora, con una sonrisa irónica.

—No más que el discernimiento del chevalier Valancourt —añadió Cavigni, que estaba en la silla contigua a madame Cheron y que había oído cómo se atribuía, según él pensó, una distinción que había sido hecha a su sobrina.

—Su discernimiento puede ser justamente puesto en duda, signor —dijo madame Cheron, que se había sentido halagada por lo que entendía como un elogio dirigido a Emily.

—¡No! —exclamó Cavigni, contemplando a madame Cheron con afectado éxtasis—, ¡qué vana es esa afirmación, cuando el rostro, la figura, el aire se combinan para refutarla! ¡infeliz Valancourt! Su discernimiento ha sido su destrucción.

Emily le miró sorprendida y embarazada; la señora que había hablado anteriormente, asombrada, y madame Cheron, quien, aunque no entendió perfectamente el comentario, estaba dispuesta a creer que se trataba de una lisonja, dijo sonriendo:

—¡Oh, signor!, sois muy galante; pero quienes os hayan oído vindicar el discernimiento del chevalier supondrán que yo soy el objeto del mismo.

—No pueden dudarlo —replicó Cavigni, inclinando la cabeza.

—¿Y no sería eso muy mortificante, signor?

—Sin duda lo sería —dijo Cavigni.

—No puedo soportar esa idea —dijo madame Cheron.

—No es para ser soportada —replicó Cavigni.

—¿Qué se puede hacer para prevenir un error tan humillante? —replicó madame Cheron.

—Lo siento, no puedo ayudaros —replicó Cavigni con un aire de haber meditado sobre el asunto—. La única oportunidad para rechazar la calumnia y hacer que los demás entiendan lo que deseáis que crean es insistir en vuestra primera afirmación; porque, cuando se les dice lo que decidió el chevalier en su discernimiento, es muy posible que supongan que él nunca temió molestaros con su admiración. Pero entonces, una vez más, esa deficiencia que os hace tan insensible a vuestras propias perfecciones la considerarán, y el buen gusto de Valancourt no será puesto en duda, aunque lo hayáis intentado. En resumen, por encima de vuestros esfuerzos,

continuarán creyendo, lo que naturalmente se les habría ocurrido sin indicación alguna por mi parte, que el chevalier tiene suficiente sentido del buen gusto como para admirar a una mujer hermosa.

—¡Todo esto es de lo más desconsolador! —dijo madame Cheron, con un profundo suspiro.

—¿Puedo preguntar qué es eso tan desconsolador? —dijo madame Clairval, que se había sorprendido del rubor y del acento desesperado con que lo había dicho.

—Es un asunto delicado —dijo madame Cheron—, y muy mortificante para mí.

—Me interesa oírlo —dijo madame Clairval—, espero que no os haya ocurrido nada esta tarde que pueda desconsolaros.

—¡Sí, así es! En esta última hora, y no sé cómo puede acabar. Mi orgullo no se había visto nunca tan afectado, pero os aseguro que la información carece de todo fundamento.

—¡Dios mío! —exclamó madame Clairval—, ¿qué podemos hacer? ¿Me podéis indicar algún camino para que pueda ayudaros o consolaros?

—El único modo por el que podréis lograr cualquiera de las dos cosas —replicó madame Cheron— es contradecir esa información adonde quiera que vayáis.

—¡Bien!, pero debéis informarme primero de lo que debo contradecir.

—Es tan humillante que no sé cómo decirlo —continuó madame Cheron—, pero vos misma podréis juzgar. ¿Veis a ese joven sentado casi al final de la mesa que está conversando con mademoiselle D'Emery?

—Sí, sé a quién os referís.

—Observad que no tiene mucho aire de ser una persona de buena condición; es lo que he dicho hace un momento, que no le habría tomado por un caballero si no le hubiera visto sentado a esta mesa.

—¡Bien!, pero la información —dijo madame Clairval—. Informadme del tema que os preocupa.

—¡Ah!, el tema que me preocupa —replicó madame Cheron—; esa persona, que nadie conoce, ese joven impertinente, después de haber tenido la presunción de dirigirse a mi sobrina, me temo que ha hecho correr el informe de que se había declarado admirador mío. ¡Considerad ahora lo mortificante del asunto! Estoy segura de que os daréis cuenta de mi situación. ¡Una mujer de mi condición! Pensad en lo degradante que es incluso el rumor de tal alianza.

—¡Verdaderamente degradante, mi pobre amiga! —dijo madame Clairval—. Podéis tener la confianza absoluta en que negaré la verdad de ese informe en todas partes donde vaya.

Nada más decirlo, volvió su atención a otros comensales, y Cavigni, que había permanecido como un serio espectador de la escena, temió en ese momento no poder contener una carcajada y se ausentó abruptamente.

—Me doy cuenta de que no sabéis —dijo la dama que estaba sentada junto a madame Cheron— que el caballero del que habéis estado hablando es sobrino de madame Clairval.

—¡Imposible! —exclamó madame Cheron, que empezaba a comprender que había estado totalmente equivocada sobre el joven Valancourt y que en ese momento decidió alabarle en voz alta con tanta servidumbre como antes le había censurado con frívola virulencia.

Emily, que durante gran parte de esta conversación se había mantenido absorta en sus pensamientos, al extremo de ahorrarse el dolor de escucharla, se quedó extremadamente sorprendida al oír a su tía elogiar a Valancourt, cuya relación con madame Clairval no había oído, pero no lamentó que madame Cheron, que aunque trataba de aparentar indiferencia estaba realmente confusa, estuviera dispuesta a marcharse inmediatamente después de la cena. Montoni se acercó para acompañar a madame Cheron a su carruaje, y Cavigni, con un aire de burlona solemnidad, les siguió con Emily, que al desearles buenas noches y dejar su copa vio a Valancourt entre los que se acercaban a la verja. Antes de que el carruaje iniciara su marcha, desapareció. Madame Cheron se cuidó muy bien de no mencionarle, y en cuanto llegaron al castillo se separaron para descansar.

A la mañana siguiente, cuando Emily desayunaba con su tía, le llevaron una carta en la que reconoció la escritura. Según la cogía con mano temblorosa, madame Cheron le preguntó rápidamente de quién era. Emily rompió el sello, y al ver la firma de Valancourt se la entregó sin leerla a su tía, que la recibió con impaciencia. Emily trató de leer en su rostro cuál era el contenido. Se la devolvió a su sobrina, que le preguntó con los ojos si podía examinarla.

—Sí, léela, muchacha —dijo madame Cheron en un tono menos severo del que había esperado, y Emily nunca había obedecido a su tía de tan buena gana.

En la carta Valancourt decía poco de su entrevista del día anterior, pero concluía declarando que sólo aceptaría ser rechazado por la propia Emily, y que mientras tanto le permitiera esperarla aquella tarde. Al leer esto se quedó asombrada por la moderación de madame Cheron y la miró con una tímida expectación.

—¿Qué tengo que decir, señora? —preguntó llena de pesadumbre.

—¿Qué? Debemos ver a ese joven, creo yo —replicó su tía—, y oír qué más tiene que decir por su parte. Puedes decirle que venga. —Emily casi no se atrevía a dar crédito a lo que estaba oyendo—. Sin embargo, quédate, se lo diré yo misma.

Llamó para que le trajeran pluma y tinta. Emily seguía sin atreverse a confiar en las emociones que sentía, casi dominada por ellas. Su sorpresa habría sido menor si la tarde anterior hubiera oído lo que madame Cheron no había olvidado que Valancourt era sobrino de madame Clairval.

Emily no se enteró del contenido de la nota escrita por su tía, pero el resultado fue

la visita de Valancourt aquella tarde, al que madame Cheron recibió sola y con el que tuvo una larga conversación antes de que Emily fuera llamada. Cuando entró en la habitación, su tía estaba hablando con complacencia y vio en los ojos de Valancourt, que se levantó impaciente, el ánimo de la esperanza.

—Hemos estado hablando de este asunto —dijo madame Cheron—, el chevalier me ha estado diciendo que el difunto monsieur Clairval era hermano de la condesa de Duvarney, su madre. Me habría gustado que hubiera comentado antes su relación con madame Clairval. Por supuesto, habría considerado esa circunstancia como suficiente introducción en mi casa.

Valancourt inclinó la cabeza e iba a dirigirse a Emily, pero su tía le detuvo.

—En consecuencia, he consentido en que recibas sus visitas; y aunque no me ataré por promesa alguna o diré que le consideraré como mi sobrino, sin embargo, permitiré la relación y pensaré en una conexión futura como en un acontecimiento que pudiera tener lugar en el curso de los años, siempre que el chevalier ascienda en su profesión o que se presente alguna circunstancia que haga que sea prudente para él tomar esposa. Pero observad, monsieur Valancourt, y tú también, Emily, que hasta que eso suceda prohíbo decididamente cualquier proyecto de matrimonio.

El rostro de Emily, a lo largo de aquel agrio discurso, fue cambiando por momentos y, hacia el final, su desconsuelo había aumentado de tal modo que estuvo a punto de abandonar la habitación. Mientras tanto, Valancourt, no menos embarazado ante la situación, no se atrevió ni a mirarla. Cuando madame Cheron guardó silencio, dijo:

—Honrado y halagado, señora, como estoy, por vuestra aprobación, tengo sin embargo tantos temores que casi no me atrevo a tener esperanzas.

—Por favor, señor, os ruego que os expliquéis —dijo madame Cheron; una solicitud inesperada, que volvió a confundir a Valancourt a tal extremo que si hubiera sido un simple observador de la escena habría sonreído.

—Hasta que reciba de mademoiselle St. Aubert el permiso para aceptar vuestra complacencia —dijo él—, hasta que ella me permita tener la esperanza...

—¡Oh! ¿Es eso? —interrumpió madame Cheron—. Bien, yo me encargo de responder por ella. Pero, al mismo tiempo, señor, dejadme que os indique que soy su guardián, y que espero, en todo momento, que mi voluntad sea la suya.

Al decir esto, se levantó y salió de la habitación, dejando a Emily y a Valancourt en un estado de mutua confusión. Cuando las esperanzas de Valancourt le permitieron superar sus temores y dirigirse a ella con el tono de sinceridad tan natural en él, pasó mucho tiempo antes de que ella estuviera suficientemente recobrada para oír con claridad sus peticiones y preguntas.

La conducta de madame Cheron en el asunto había estado totalmente gobernada por su vanidad egoísta. Valancourt, en su primera entrevista, le había abierto con gran

candor el verdadero estado de sus circunstancias y de sus expectaciones futuras, y ella, con más prudencia que humanidad, había rechazado absoluta y abruptamente su petición. Deseaba que su sobrina se casara ambiciosamente, no porque deseara verla en posesión de la felicidad, que rango y riqueza se considera siempre que la proporcionan, sino porque deseaba participar de la importancia que semejante alianza le daría. En consecuencia, cuando descubrió que Valancourt era sobrino de una persona tan importante como madame Clairval, se interesó profundamente en su conexión, ya que la posibilidad de la futura fortuna y distinción de Emily prometía la exaltación para ella misma. Sus cálculos en relación con la fortuna de aquella alianza se habían guiado más por sus deseos que por su atención hacia Valancourt o por las fuertes apariencias de probabilidad que aquello implicaba, aunque cuando apoyó sus esperanzas en la fortuna de madame Clairval pareció olvidar totalmente que ésta tenía una hija. Valancourt, por su parte, no había olvidado esa circunstancia y su consideración le había hecho ser modesto en sus esperanzas procedentes de madame Clairval, al extremo de que ni siquiera había mencionado su parentesco en su primera conversación con madame Cheron. Pero cualquiera que fuera la fortuna futura de Emily, la presente distinción que esa relación le había aportado, era ya un hecho, ya que el esplendor de la situación de madame Clairval era suficiente para excitar la envidia general y la imitación parcial por parte de todos sus vecinos. Así, había consentido en comprometer a su sobrina en lo que veía únicamente con una conclusión distante e incierta, con muy poca consideración por su felicidad y con la misma precipitación con la que antes lo había prohibido. Pensaba que poseía los medios de que aquella unión se consumara, pero con prudencia. Por el momento no formaba parte de sus intenciones.

En aquel período Valancourt hizo frecuentes visitas a madame Cheron, y Emily pasó en su compañía las horas más felices que había conocido desde la muerte de su padre. Ambos estaban demasiado envueltos en el presente para prestar consideraciones serias al futuro. Amaban y eran amados y no veían que su relación, que era el fundamento de su felicidad aquellos días, pudiera ser ocasión de sufrimiento durante años. Mientras tanto, la relación de madame Cheron con madame Clairval se hizo más frecuente que antes, y su vanidad se sintió satisfecha con la oportunidad de proclamar en todas partes la relación que había entre sus sobrinos.

Montoni se había convertido también en visitante asiduo del castillo, y Emily había llegado a observar que era realmente un admirador, un admirador favorecido, de su tía.

Así pasaron los meses de invierno, no sólo en paz, sino llenos de felicidad para Valancourt y Emily. Su regimiento estaba estacionado tan cerca de Toulouse que les permitía esta frecuente relación. El pabellón de la terraza era el lugar favorito de sus entrevistas, y allí Emily, con madame Cheron, solían trabajar, mientras Valancourt

leía en voz alta obras geniales y de buen gusto, despertando su entusiasmo y expresando el suyo y encontrando nuevas oportunidades para observar que sus mentes estaban hechas para proporcionar la felicidad al otro, por los mismos gustos y por los mismos sentimientos nobles y benevolentes que animaban a ambos.

Capítulo XIII

Como cuando un pastor de las islas Hébridas,
situado lejos en medio del paisaje melancólico,
(sea porque la fantasía solitaria le engaña,
o porque seres etéreos se dignan a veces
hacerse corporales a nuestros sencillos sentidos)
ve en la colina desnuda, o en el bajo valle,
el momento en que Febo sumerge su carroza en el océano,
un inmenso gentío moviéndose de un lado a otro,
entonces, de pronto, se desvanece en el aire el maravilloso espectáculo.

CASTLE OF INDOLENCE

La avaricia de madame Cheron cedió finalmente a la vanidad. Algunas fiestas verdaderamente espléndidas que había dado madame Clairval, y la adulación general que recibía, la hicieron más ansiosa que antes por asegurar una alianza que la exaltaría mucho más en su propia opinión que en la del mundo. Propuso los términos para un inmediato matrimonio de su sobrina y ofreció dar a Emily una dote, siempre que madame Clairval observara los mismos términos por lo que se refería a su sobrino. Madame Clairval escuchó la propuesta, y, considerando que Emily era la heredera aparente de la fortuna de su tía, lo aceptó. Mientras tanto, Emily no supo nada de la transacción, hasta que madame Cheron le informó de que debía hacer los preparativos para su boda, que tendría que celebrarse sin más demora; entonces, sorprendida y totalmente incapaz de comprender aquella inesperada decisión que Valancourt no había solicitado (ya que ignoraba lo que había pasado entre las dos señoras mayores y no se había atrevido a esperar tan buena fortuna), se opuso decididamente. Madame Cheron, sin embargo, tan celosa de su contradicción ahora como lo había estado anteriormente, estaba decidida a un rápido matrimonio con tanta vehemencia como se había opuesto a la más remota posibilidad que condujera a ello; y los escrúpulos de Emily desaparecieron cuando, al volver a ver a Valancourt, que fue informado de la felicidad que le habían preparado, vino a solicitar de ella misma su promesa.

Mientras hacían las preparaciones para estas bodas, Montoni pasó a ser el pretendiente reconocido de madame Cheron. Madame Clairval se disgustó profundamente al tener noticias de ello y estaba dispuesta a prevenir a Valancourt en relación con Emily, pero su conciencia le dijo que no tenía derecho a interferir en su felicidad. Aunque era una mujer de mundo, estaba muy lejos de su amiga en el arte

de conseguir satisfacciones por la distinción y la admiración en lugar de por su conciencia.

Emily observó con preocupación el ascendiente que Montoni había adquirido sobre madame Cheron, así como la creciente frecuencia de sus visitas; y su propia opinión sobre aquel italiano se vio confirmada por la de Valancourt, que siempre se había manifestado poco inclinado hacia él. Una mañana, en la que se encontraba sentada en el pabellón disfrutando de la grata frescura de la primavera, cuyos colores se extendían por el paisaje, y escuchaba a Valancourt, que estaba leyendo, pero que con frecuencia dejaba el libro a un lado para conversar, recibió el aviso de que acudiera inmediatamente a ver a madame Cheron. Acababa de entrar en su vestidor, cuando observó con sorpresa el rostro desalentado de su tía y el contraste alegre de su vestido.

—¡Bien, sobrina! —dijo madame, y se detuvo con un cierto aire de confusión—. Te he mandado llamar... quería verte; tengo que darte una noticia. Desde este momento debes considerar al signor Montoni como tu tío, nos hemos casado esta mañana.

Sorprendida, no tanto por el matrimonio como por el secreto con el que había sido realizado y por la agitación con la que había sido informada, Emily acabó por atribuir la actuación en privado a un deseo de Montoni, más que al de su tía. Su esposa, sin embargo, intentaba que se creyera lo contrario, y en consecuencia añadió:

—Verás, quería evitar el revuelo; pero ahora que la ceremonia se ha celebrado, ya no lo haré; y quiero anunciar a mis criados que deben recibir al signor Montoni como amo. —Emily hizo un débil intento de felicitarla por aquellas nupcias aparentemente imprudentes—. Celebraré ahora mi matrimonio con algún esplendor —continuó madame Montoni—, y para ahorrar tiempo, me retiraré de la preparación que hay que hacer para el tuyo, que naturalmente deberá ser demorado un poco. Espero que lleves tus ropas de boda, que ya están preparadas, para dar honor a mi fiesta. También deseo informar a monsieur Valancourt de mi cambio de nombre y que él informe a madame Clairval. Dentro de unos días ofreceré una gran fiesta, en la que requeriré su presencia.

Emily estaba tan perdida entre la sorpresa y los distintos pensamientos que casi no contestó a madame Montoni, pero, atendiendo a sus deseos, volvió para informar a Valancourt de lo sucedido. La sorpresa no fue la emoción predominante al enterarse de los rápidos esponsales; y, cuando oyó que serían los responsables del retraso de los suyos y que todos los ornamentos del castillo, que ya habían sido preparados para el día de su boda con Emily, deberían ser degradados para la celebración de la de madame Montoni, pesadumbre e indignación le agitaron alternativamente. No pudo ocultar ninguno a los ojos de Emily, cuyos esfuerzos fueron inútiles para arrancarle de aquellas serias emociones o para hacerle reír de las temerosas consideraciones que

le asaltaron. Cuando se marchó había una ternura especial en sus maneras que la afectaron profundamente, incluso lloró cuando lo vio desaparecer por la terraza, aunque no supiera exactamente por qué lo hacía.

Montoni tomó posesión del castillo y del mando sobre sus habitantes, con la tranquilidad del hombre que hace tiempo que lo considera suyo. Su amigo Cavigni, que había sido extremadamente servicial al rendir a madame Cheron las atenciones y lisonjas que requería, pero que en ocasiones se revolvía contra Montoni, pasó a instalarse en el castillo y a recibir de los criados una obediencia igual que el amo de la mansión.

A los pocos días, como había prometido, madame Montoni ofreció una fiesta magnífica a numerosos invitados, entre los que se encontraba Valancourt; pero a la que madame Clairval se excusó por no asistir. Hubo concierto, baile y cena. Valancourt fue, naturalmente, la pareja de Emily, y aunque cuando miraba la decoración de las habitaciones, no podía evitar que había sido diseñada para otras festividades distintas de las que celebraban, se tranquilizó pensando que sólo pasaría un breve tiempo antes de que sirvieran para su destino original. Durante la tarde, madame Montoni bailó, rió y habló incesantemente, mientras Montoni, silencioso, reservado y con cierta arrogancia, se mostró aburrido con la fiesta y con la frívola concurrencia que habían reunido.

Fue la primera y la última ofrecida para celebrar sus esponsales. Montoni, aunque la severidad de su carácter y la tenebrosidad de su orgullo le impedían participar de tales fiestas, estaba extremadamente dispuesto a promocionarlas. Raramente podía encontrarse un hombre de mayor comprensión que él; las ventajas de tales reuniones, de las conexiones que podía obtener de ellas estaban, en consecuencia, de su parte, y sabiendo, como sabía, los propósitos orgullosos por los que normalmente se asistía a ellas, no tenía objeción alguna que poner a medir su ingenio por el disimuló' con cualquier competidor. Pero su esposa, que cuando se trataba de su propio interés tenía a veces más discernimiento que vanidad, adquirió conciencia de su inferioridad frente a otra mujeres, en lo que se refiere a atracción personal, lo que, unido a sus celos naturales al descubrirlo, contuvo su anterior disposición para asistir a todas las fiestas que podían brindarles Toulouse. Ahora que tenía, como suponía, el afecto de un marido que podía perder, no tenía motivos para descubrir la verdad no deseada y que nunca le había preocupado. Se opuso a la inclinación de su marido por estar acompañado con mayor decisión, porque creyó que era muy bien recibido en la sociedad femenina del lugar, como le había parecido anteriormente cuando la cortejaba.

Sólo habían pasado unas pocas semanas desde el matrimonio, cuando madame Montoni informó a Emily que el signor planeaba regresar a Italia tan pronto como lo permitieran las necesarias preparaciones para un viaje tan largo.

—Iremos a Venecia —dijo—, donde el signor tiene una gran mansión, y desde allí a sus propiedades en Toscana. ¿Por qué has puesto ese gesto tan serio? Tú, a quien tanto agrada un país romántico y las vistas hermosas, estarás encantada con este viaje.

—¿Queréis decir, señora, que viajaré también? —dijo Emily, con extrema sorpresa y emoción.

—Ciertamente —replicó su tía—. ¿Cómo puedes imaginar que te íbamos a dejar aquí? Pero ya veo que estás pensando en el chevalier. Creo que aún no ha sido informado del viaje, pero no tardará en saberlo. El signor Montoni ha ido a comunicárselo a madame Clairval y a decirle que a partir de este momento no se volverá a pensar en las propuestas conexiones entre las familias.

El tono carente de sentimientos con que madame Montoni informó a su sobrina de que debía separarse, tal vez para siempre, del hombre con el que se había propuesto estar unida para toda la vida, se sumó a la desolación con la que, en cualquier caso, habría recibido aquella noticia. Cuando pudo hablar, preguntó por los motivos del inesperado cambio de los sentimientos de madame hacia Valancourt, pero la única réplica que obtuvo fue que el signor había prohibido aquella relación, considerando que era muy inferior a lo que Emily podía esperar razonablemente.

—He dejado el asunto enteramente en manos del signor —añadió madame Montoni—, pero debo decir que monsieur Valancourt nunca ha sido mi favorito y que me convencieron, ya que de otro modo nunca habría dado mi consentimiento a esa relación. Fui bastante débil, ¡soy a veces tan inconsciente cuando se trata de ver el sufrimiento de los demás!, que me conmoví, y mis juicios cedieron a tu aflicción. Pero el signor me ha señalado muy claramente la locura de todo esto y no tendrá que reprocharme nada por segunda vez. Estoy decidida a que te sometas a los que saben cómo guiarte mejor que tú misma. He decidido que debes conformarte.

Emily se habría quedado profundamente sorprendida por las afirmaciones de su elocuente discurso si su mente no se hubiera visto abrumada por la inesperada conmoción que había recibido y que casi no le había permitido oír las últimas palabras de su tía. Fueran cuales fueran las debilidades de madame Montoni, debía haber evitado acusarse a sí misma con las de compasión y ternura por los sentimientos de los demás y especialmente por los de Emily. Todo se producía por las mismas razones ambiciosas que habían influido en ella últimamente para buscar una alianza con la familia de madame Clairval, las mismas que ahora, tras su matrimonio con Montoni, habían decidido su posición, y con ella sus puntos de vista sobre su sobrina.

Emily se sentía demasiado afectada para manifestarse o para seguir hablando del tema y cuando, finalmente, intentó lo último, la emoción le impidió hablar y se retiró a su cuarto para pensar, si es que le era posible hacerlo en aquel estado de ánimo, tras

la inesperada y abrumadora decisión. Tardó mucho en recuperarse y en lograr que su espíritu le permitiera la reflexión, y cuando lo logró todo le pareció más oscuro y terrible. Vio claro que Montoni buscaba engrandecerse a sí mismo disponiendo de ella y le asaltó la idea de que su amigo Cavigni era la persona en la que se interesaba. La idea de ir a Italia se le aparecía aún más oscura cuando consideraba la tumultuosa situación de aquel país, conmovido por revueltas civiles, en las que cada pequeño estado estaba en guerra con sus vecinos y todos los castillos en peligro de ser atacados por invasores. Consideró que la única persona a cuyo consejo inmediato podría recurrir estaría a una enorme distancia, la que le separaría de Valancourt y, al pensar en él, todas las demás imágenes desaparecieron de su mente, y todos sus pensamientos se vieron de nuevo oscurecidos por el dolor.

En aquel estado de perturbación pasó varias horas, y cuando fue avisada para acudir a la cena, solicitó permiso para permanecer en su propia cámara, pero madame Montoni estaba sola y su petición fue rechazada. Emily y su tía casi no hablaron durante la cena; la primera, dominada por la pesadumbre; la otra, disgustada por la inesperada ausencia de Montoni; porque no sólo se sentía herida en su vanidad por ello, sino celosamente alarmada por lo que consideraba un compromiso misterioso. Cuando retiraron los manteles y se quedaron solas, Emily volvió a hablar de Valancourt, pero su tía, ni ablandada por la piedad ni conmovida por el remordimiento, se irritó ante la idea de que se opusieran a su voluntad o que se discutiera la autoridad de Montoni, pese a que aquello era hecho por Emily con su habitual gentileza, quien, tras una larga y torturante conversación, se retiró llorando.

Al cruzar el vestíbulo, una persona entró por la puerta principal. Tras una mirada rápida imaginó que se trataba de Montoni, y aceleró el paso, cuando oyó la voz familiar de Valancourt.

—¡Emily, oh! ¡Mi Emily! —gritó él en un tono lleno de impaciencia, mientras ella se volvía y se alarmaba al ver la expresión de su rostro y la clara desesperación de sus gestos—. ¡Estás llorando, Emily! Tengo que hablar contigo —dijo—, tengo muchas cosas que contarte; llévame a alguna parte donde podamos conversar. Pero estás temblando, ¡estás enferma! Debes sentarte.

Observó que una de las puertas de las habitaciones estaba abierta y la cogió rápido por la muñeca para llevarla hacia allí; pero Emily trató de liberarse y le dijo con una sonrisa lánguida:

—Me encuentro mejor; si deseas ver a mi tía, está en el comedor.

—Tengo que hablar contigo, Emily —replicó Valancourt—. ¡Dios mío! ¿Es posible que hayamos llegado a esta situación? ¿Que estés dispuesta a renunciar a mí? Pero éste no es lugar apropiado, podrían oímos. Préstame atención, aunque sólo sean unos minutos.

—Cuando hayas visto a mi tía —dijo Emily.

—Estaba decidido a ello cuando entré —exclamó Valancourt—, pero no aumentes ahora mis sufrimientos con esa frialdad, con ese cruel rechazo.

El tono de su voz la afectó al extremo de hacer saltar sus lágrimas, pero insistió en negarse a hablar con él hasta que hubiera conversado con madame Montoni.

—¿Dónde está su marido, dónde, entonces, está Montoni? —dijo Valancourt, en tono alterado—, es con él con el que debo hablar.

Emily, aterrada por las consecuencias de la indignación que brillaba en sus ojos, le aseguró temblorosa que Montoni no estaba en casa y trató de convencerle para que moderara su resentimiento. Ante los trémulos acentos de su voz, sus ojos se suavizaron instantáneamente, pasando de la pasión a la ternura.

—Estás enferma, Emily —dijo Valancourt—, ¡nos destruirán a los dos! Perdóname el que me haya atrevido a dudar de tu afecto.

Emily dejó de oponerse cuando él la condujo a una habitación próxima; el modo en que había dicho el nombre de Montoni la había alarmado por su propia seguridad de tal modo que sólo le interesaba prevenir las consecuencias de su justo resentimiento. Escuchó sus comentarios con atención, contestando únicamente con sus miradas de desesperación y ternura, ocultando todo lo que le fue posible los sentimientos que le despertaba Montoni, pensando evitarle así una mayor desesperación. Pero ella vio el velo que él había echado sobre su resentimiento y su supuesta tranquilidad sólo sirvió para alarmarla más; finalmente le insistió en lo descortés de forzar una entrevista con Montoni, o de tomar cualquier otra medida que pudiera hacer que su separación fuera irremediable. Valancourt cedió ante sus argumentos y sus afectados comentarios le llevaron a prometer que pese a que Montoni persistiera en sus designios de separarlos, él no trataría de impedirlo con violencia.

—Hazlo por mí —dijo Emily—, considera lo que yo sufriría con su venganza.

—Lo haré por ti, Emily —replicó Valancourt, con los ojos llenos de lágrimas de ternura y desesperación—. Sí, sí, me someteré. Pero, aunque te he dado mi promesa solemne, no esperes que pueda someterme a la autoridad de Montoni, porque si pudiera, no te merecería. Sin embargo, ¡oh, Emily!, ¡cuánto tiempo he de estar condenado a vivir sin ti, cuánto tiempo pasará antes de que regreses a Francia!

Emily trató de animarle con la seguridad de su afecto inalterable y haciéndole ver que en poco más de un año quedaría libre de la tutela de su tía. Estas afirmaciones dieron muy poco consuelo a Valancourt, que consideró que si para entonces se encontraba en Italia y seguía en su poder, su dominio sobre ella no cesaría por sus derechos; pero simuló que se conformaba. Emily, más tranquila por la promesa que había obtenido y por su aparente tranquilidad, estaba a punto de separarse de él cuando su tía entró en la habitación. Le echó una mirada de reproche y su sobrina se retiró de inmediato, con lo que expresó su profundo desagrado a Valancourt.

—Ésta no es la conducta que hubiera esperado de vos, señor —dijo—, no esperaba veros en mi casa después de que habéis sido informado de que no nos eran gratas vuestras visitas, y menos aún cuando tratáis de tener una entrevista clandestina con mi sobrina, y que ella os la ha concedido.

Valancourt, dándose cuenta de la necesidad de vindicar a Emily por su comentario, explicó que el propósito de su visita había sido solicitar una entrevista con Montoni, y pasó a exponerle las razones de ello, con los modales que el sexo, más que la propia respetabilidad de madame Montoni, demandaban.

Sus argumentos fueron rechazados. Lamentó de nuevo que su prudencia le hubiera hecho ceder a términos de compasión, y añadió que como era tan sensible a la locura de su consentimiento anterior y para prevenir la posibilidad de que se repitiera, había puesto en manos del signor Montoni todo lo concerniente a aquel asunto.

La sensible elocuencia de Valancourt consiguió al final que reaccionara ante su conducta inconveniente y madame Montoni se sintió avergonzada, aunque sin remordimiento. Odiaba a Valancourt por haber despertado en ella aquella sensación dolorosa, y en la misma proporción en la que se sentía disconforme con ella aumentaba su aborrecimiento hacia él. Se hacía aún más molesto, porque el tono templado y las maneras de Valancourt, sin acusarla, la obligaban a hacerlo ella misma. No le dejaba camino a la esperanza para pensar que el odioso retrato que hacía era la caricatura de los prejuicios de él, ni le daba pie para expresar el resentimiento violento con que los contemplaba. Finalmente, su ira aumentó a tal extremo que Valancourt se vio obligado a salir de la casa abruptamente, antes de perder su propia estimación con una respuesta destemplada. Quedó convencido de que no tenía nada que esperar de madame Montoni, de la simple piedad o de la justicia que pueden esperarse de cualquier persona, pues ¿quién puede sentir el dolor de la culpa sin la humildad del arrepentimiento?

Por lo que se refiere a Montoni, tuvo la misma impresión desesperada, puesto que era casi evidente que este plan de separarlos había sido idea suya, y no era probable que cambiara su propio punto de vista por comentarios o demostraciones que ya se habría preparado a resistir. Sin embargo, recordando su promesa a Emily, y más interesado en su amor que celoso de las consecuencias, Valancourt tuvo cuidado en no hacer nada que pudiera irritar innecesariamente a Montoni. En consecuencia, le escribió solicitando una entrevista, y una vez hecho, se decidió a esperar con calma su respuesta.

Madame Clairval había adoptado una actitud pasiva en el asunto. Cuando dio su consentimiento al matrimonio de Valancourt creía de que Emily sería la heredera de la fortuna de madame Montoni; y, aunque, tras la boda de esta última, comprobó que fallaban sus esperanzas, su conciencia no le había permitido adoptar medida alguna

que impidiera la unión, pero su benevolencia no era suficientemente activa para impelerla ahora a tomar medida alguna para promoverla. Por el contrario, se sentía secretamente complacida ante la idea de que Valancourt se viera libre del compromiso, que ella consideraba inferior, desde el punto de vista de la fortuna, o sus méritos, del mismo modo que para Montoni era humillante por la belleza de Emily; y, aunque su orgullo se sintió herido porque se hubiera rechazado a un miembro de su familia, desdeñó mostrar su resentimiento como no fuera por el silencio.

Montoni, en su respuesta a Valancourt, dijo que una entrevista no serviría para eliminar las objeciones de uno o para superar los deseos del otro, que produciría sólo un inútil altercado entre ellos. En consecuencia, pensó que lo lógico era rechazarla.

En consideración a la política sugerida por Emily y a la promesa que le hizo, Valancourt contuvo el impulso que le urgía a presentarse en casa de Montoni para solicitar lo que le había sido denegado. Se limitó a repetir su petición de verle, apoyándose en todos los argumentos que su situación le pudo sugerir. Así pasaron varios días para demostrar, por una parte, la negativa inflexible, y, por otra, que fuera por temor, vergüenza u odio, su rechazo no se vio suavizado por la piedad ante la agonía que demostraban las cartas de Valancourt, ni despertaron un sentido de arrepentimiento por la injusticia que con tan fuertes demostraciones había empleado. Al final, las cartas de Valancourt fueron devueltas sin abrir, y entonces, en los primeros momentos de desesperación apasionada, olvidó sus promesas a Emily, excepto la más solemne que le obligaba a evitar cualquier violencia, y se dirigió al castillo, determinado a verle sirviéndose de cualquier medio que fuera necesario. Montoni no quiso recibirle, y Valancourt, cuando preguntó a continuación por madame y por mademoiselle St. Aubert, no fue admitido por los criados. Al no estar dispuesto a enfrentarse a ellos, se marchó y volvió a su casa en un estado próximo a la locura, escribió a Emily contándole lo sucedido y expresándole sin contenerse toda la agonía de su corazón, e indicándole que, puesto que no había otro modo de verla inmediatamente, debía permitirle una entrevista sin informar a Montoni. Poco después de haber enviado la carta, sus pasiones se hicieron más atemperadas y se dio cuenta del error que había cometido al haber dado a Emily nuevos motivos de desesperación con la intensa referencia a sus propios sufrimientos, y habría dado medio mundo, si hubiera sido posible, para recobrar la carta. Sin embargo, Emily no sufrió el dolor que habría recibido con ella, ya que por la política de sospechas de madame Montoni, había ordenado que todas las cartas de su sobrina debían serle entregadas a ella y después de haberlas leído y de manifestar las expresiones de resentimiento que las referencias a Montoni de Valancourt provocaron, la echó a las llamas.

Montoni, mientras tanto, cada día más impaciente por salir de Francia, dio repetidas órdenes a los criados ocupados en las preparaciones del viaje y a las

personas con las que transaccionaba algunos negocios particulares. Mantuvo un continuo silencio con referencia a las cartas en las que Valancourt, desesperado, solicitaba la indulgencia de que le fuera permitido despedirse de Emily. Pero cuando se enteró de que Emily saldría de viaje en unos pocos días, y que había sido decidido que no la viera más, olvidando toda consideración de prudencia, se atrevió, en una segunda carta a Emily, a proponerle un matrimonio clandestino. Ésta también fue entregada a madame Montoni, y llegó el último día de la estancia de Emily en Toulouse sin que Valancourt recibiera una sola línea que suavizara su sufrimiento o le diera la esperanza de una entrevista de despedida.

Durante este período de torturante inquietud para Valancourt, Emily estaba sumida en una especie de estupor, superado a veces el sentimiento de su irremediable desgracia. Al amarle con su afecto más tierno y al haberse acostumbrado a considerarle como el amigo y compañero de sus días futuros, no tenía idea alguna de felicidad que no estuviera conectada con él. ¡Cuáles serían, por tanto, sus sufrimientos cuando fueron separados, quizás para siempre, lanzados a distintas partes del mundo, donde no tendrían noticia alguna de la existencia del otro, y todo ello por obedecer la voluntad de un extraño como Montoni, de una persona que hasta hacía muy poco había estado tan interesado en acelerar sus nupcias! Era vano que intentara sobreponerse a su dolor o se resignara ante un acontecimiento que no podía evitar. El silencio de Valancourt la afectó más que sorprenderla, puesto que lo atribuyó a las circunstancias; pero cuando llegó el día anterior al que debía abandonar Toulouse y no oyó mencionar que hubiera sido autorizado para despedirse, venciendo toda su resistencia a hablar de él, preguntó a madame Montoni si también se le había negado ese consuelo. Su tía le informó que así era, añadiendo que, tras la provocación que ella misma había recibido de Valancourt en su última entrevista y la persecución que había sufrido el signor con sus cartas, ningún argumento serviría para que cediera.

—Si el chevalier esperaba este favor de nosotros —dijo—, debería haberse comportado de modo muy distinto; debería haber esperado pacientemente hasta saber si estábamos dispuestos a concedérselo, y no haber venido a reprochármelo porque no me pareciera bien su comportamiento con mi sobrina y después haber insistido en molestar al signor, que no consideró apropiado participar en discusión alguna sobre un asunto tan infantil. Su comportamiento en todo este tiempo ha sido extremadamente presuntuoso e impertinente, y deseo no volver a oír jamás su nombre y que tú te rehagas de esos sufrimientos caprichosos y que no aparezcas ante la gente con ese rostro desmayado, como a punto de llorar. Porque, aunque no digas nada, no puedes ocultarme tu desesperación. Veo claramente que en este momento estás a punto de llorar, aunque yo te lo esté reprochando, incluso ahora mismo, a pesar de mis órdenes.

Emily, que se había vuelto para ocultar las lágrimas, salió de la habitación para dejarse llevar por ellas, y el día transcurrió con la intensidad de una angustia que tal vez no había sentido nunca hasta entonces. Cuando se retiró a su cámara para pasar la noche, se quedó en la butaca en la que se había dejado caer al entrar en la habitación, absorta en su dolor, hasta que mucho después de que todos los miembros de la familia, excepto ella, se hubieran retirado a descansar. No podía aceptar la idea de que habría de marcharse sin ver a Valancourt; una creencia que no le despertaba simplemente las presentes circunstancias, sino la idea del prolongado viaje que estaba a punto de iniciar y la certidumbre sobre su regreso, junto con la prohibición que había recibido y el presentimiento de que se alejaba de Valancourt para siempre. ¡Era terrible para su imaginación también, la distancia que los separaría, con los Alpes como tremenda barrera! ¡Países enteros se extenderían entre los que habitarían cada uno! Vivir en provincias limítrofes, vivir incluso en el mismo país, aunque no se vieran, era casi una comparativa felicidad a la convicción de la terrible distancia que los separaría.

Su mente se vio tan agitada por la consideración de su estado y la creencia de que había visto a Valancourt por última vez, que se sintió casi desmayada, y al mirar por la habitación, como buscando algo que pudiera reanimarla, detuvo la vista en las ventanas y reunió fuerzas para abrir una de ellas, sentándose cerca de la misma. El aire reanimó su espíritu y la luz de la luna, que caía sobre los olmos de la larga avenida, frente a la ventana, le decidió a tratar que el ejercicio y el aire libre aliviaran el intenso dolor que golpeaba sus sienes. En el castillo todo estaba silencioso, y cruzando después la escalera por el vestíbulo, se dirigió a un pasillo que conducía directamente al jardín. Con suavidad y sin que la oyeran, pensó, abrió la puerta y salió a la avenida. Emily avanzó con paso rápido cuando, engañada por las sombras de los árboles, tuvo la impresión de que se movía una persona en la distancia y temió que fuera un espía de madame Montoni. Sin embargo, deseaba volver al pabellón donde había pasado tantas horas felices con Valancourt y había admirado con él la extensa perspectiva de Languedoc y su nativa Gascuña, pero se vio coartada por el temor a ser observada y avanzó hacia la terraza que se extendía a lo largo del jardín superior, que permitía la vista del de abajo y que comunicaba con él por medio de unos escalones de mármol que concluían en la avenida.

Al llegar a la corta escalera se detuvo un momento para mirar alrededor, ya que al alejarse del castillo habían aumentado los temores, que el silencio, la oscuridad y la hora despertaban. Pero, al no ver nada que pudiera justificarlos, subió a la terraza, que quedaba iluminada por la luna con el pabellón en uno de sus extremos, mientras los rayos plateaban los altos árboles y las ramas que la bordeaban por el lado derecho y las copas de los que asomaban desde el jardín inferior. La distancia desde el castillo volvió a alarmarla y se detuvo de nuevo para escuchar. La noche era de tal calma que

ni un solo sonido podía escapársele, pero sólo oyó el dulce canto del ruiseñor, con el ligero temblor de las hojas, y prosiguió su camino hacia el pabellón, al llegar al cual, la oscuridad no impidió la emoción que una vista más completa de aquel escenario tan conocido habría excitado en mayor medida. Las celosías estaban abiertas y se colocó bajo el arco y ante el paisaje iluminado por la luna. Poco a poco las llanuras se fueron iluminando ante su vista, las montañas distantes, y el río próximo, que reflejaba la luna y temblaba bajo sus rayos.

Al aproximarse a las celosías, Emily se vio afectada por el escenario que traía a su mente la imagen de Valancourt.

—¡Ah! —dijo, con un profundo suspiro, mientras se dejaba caer en una silla próxima a la ventana—, ¡cuántas veces hemos estado sentados juntos aquí mismo, cuántas veces hemos contemplado este paisaje! ¡Nunca, nunca más volveremos a verlo juntos, nunca, nunca más, quizá, nos volveremos a ver!

Sus lágrimas se vieron detenidas de pronto por el terror. Una voz habló a su lado en el pabellón. Sintió un escalofrío. La voz habló de nuevo y distinguió el timbre familiar de Valancourt. ¡Era efectivamente Valancourt el que la sostenía en sus brazos! Durante algunos momentos su emoción le impidió hablar.

—¡Emily! —dijo Valancourt, mientras presionaba su mano con la suya—. ¡Emily! —Se quedaron de nuevo en silencio, pero el tono con que había pronunciado su nombre expresó toda su ternura y desesperación.

—¡Oh, Emily! —continuó, tras una larga pausa—, ¡al fin te veo una vez más y oigo el sonido de tu voz! He recorrido este lugar, estos jardines, muchas noches, con la leve esperanza de verte. Era la última oportunidad que me esperaba, y, ¡gracias al Cielo!, lo he conseguido. ¡Ya no estoy condenado a la desesperación más absoluta!

Emily dijo algo, expresando su afecto inalterable y animándole a calmar la agitación de su mente; pero Valancourt, durante un buen rato, sólo manifestó expresiones incoherentes de sus emociones. Cuando consiguió dominarse, dijo:

—¡Vine aquí poco después de ocultarse el sol, y he estado vigilando por los jardines y por el pabellón desde entonces, ya que no había renunciado a la esperanza de verte de nuevo. No era capaz de apartarme de un lugar tan próximo a donde tú estabas y probablemente habría estado recorriendo todo esto hasta el amanecer. He pasado momentos difíciles, algunos marcados por la emoción, cuando me ha parecido oír pasos e imaginaba que te aproximabas para luego percibir sólo un silencio mortal. Cuando abriste la puerta del pabellón, la oscuridad me impidió distinguir con certeza si era mi amor, mi corazón latía tan fuertemente con miedos y esperanzas que no podía hablar. En el instante en que oí el doloroso acento de tu voz, mis dudas desaparecieron, pero no mis temores, hasta que hablaste de mí. Perdí entonces todas las aprensiones que me dominaban para no asustarte con el exceso de mi emoción y no pude seguir silencioso. ¡Oh, Emily! ¡En estos momentos el júbilo y el dolor

batallan con tal fuerza para lograr su preeminencia que el corazón casi no puede soportar la prueba!

El corazón de Emily reconoció también la veracidad de sus afirmaciones, pero el júbilo que sentía al encontrarse así con Valancourt, en el mismo momento en que se lamentaba de que lo más probable era que no se volvieran a encontrar, no tardó en mezclarse con la desesperación cuando sus pensamientos y su imaginación se llenaron con las visiones del futuro. Se debatió para recobrar la dignidad calmada de su mente, que era necesaria para sobreponerse a la idea de su última entrevista y que Valancourt no conseguía, porque sus transportes de júbilo cambiaron abruptamente en los del sufrimiento y expresó en el lenguaje más apasionado el horror ante su separación y su desolación ante la idea de no volverla a ver. Emily lloró en silencio mientras le escuchaba y, tratando de suavizar su propia preocupación y de suavizar la de él, sugirió todas las circunstancias que podían ayudarles a tener alguna esperanza. Pero la energía de los temores de Valancourt le llevaron instantáneamente a detectar las falsas ilusiones que ella trataba de imponerse e imponerle para superar sus razonamientos.

—Te alejas de mí —dijo—, te vas a un país lejano. ¡Qué lejano! ¡A una nueva sociedad, nuevos amigos, nuevos admiradores, con gente que tratará de hacer que me olvides, y para tener nuevas relaciones! ¡Cómo puedo, sabiendo eso, dudar de que nunca volverás a mí, que nunca serás mía! —su voz se entrecortaba por los suspiros.

—¿Crees entonces —dijo Emily—, que las congojas que sufro proceden de un interés trivial y transitorio? ¿Crees...?

—¡Sufres! —la interrumpió Valancourt—. ¡Sufres por mí! ¡Oh, Emily, qué dulces, qué amargas son esas palabras; qué consuelo, qué angustia produce oírlas! No debo dudar de la firmeza de tu afecto; sin embargo, tal es la inconsistencia del amor real, que siempre despierta sospechas, aunque no sean razonables; siempre reclama nuevas afirmaciones del objeto de su interés, y así sucede, que yo me siento revivir con una nueva convicción cuando tus palabras me dicen que cuento con tu afecto; y al desearlas, me dejo llevar por la duda y con demasiada frecuencia por la desesperación —después, como rehaciéndose, exclamó—: ¡Pero cómo puedo ser así, cómo puedo torturarte incluso en estos momentos! ¡Yo, que debería ser tu apoyo y consuelo!

Esta reflexión llenó a Valancourt de ternura, pero cayendo de nuevo en la desesperación, volvió a pensar únicamente en él y a lamentar la cruel separación con una voz y unas palabras tan apasionadas que Emily no pudo seguir luchando para reprimir su propia angustia o para suavizar la de él. Valancourt, en medio de aquellas emociones de amor y piedad, perdió todo poder, y casi todo deseo, de contener su agitación. Eran intervalos de sollozos convulsivos y, un momento después, secó sus lágrimas con besos y le dijo cruelmente que tal vez no volviera a llorar por él. Trató

de hablar con más calma, pero sólo consiguió exclamar:

—¡Oh, Emily, se romperá mi corazón! ¡No puedo, no puedo separarme de ti! ¡Ahora que contemplo tu rostro, ahora que te tengo en mis brazos! ¡Y dentro de muy poco todo esto parecerá que ha sido un sueño! ¡Miraré y no te veré; trataré de rehacer tu aspecto, y la impresión se desvanecerá en mi imaginación; trataré de oír el tono de tu voz e incluso la memoria permanecerá silenciosa! ¡No puedo, no puedo dejarte! ¿Por qué hemos de confiar la felicidad de toda nuestra vida a la voluntad de los demás, que no tienen derecho a interrumpirla y, exceptuando el concederme tu mano, no tienen poderes para proporcionárnosla? ¡Oh, Emily! ¡Aventúrate a confiar en tu corazón, a ser mía para siempre!

Su voz se quebró y guardó silencio. Emily continuó llorando y silenciosa, cuando Valancourt le propuso un matrimonio inmediato y que a primera hora de la mañana siguiente abandonara la casa de madame Montoni para que él la condujera a la iglesia de los Agustinos, donde un fraile estaría esperándoles para unirlos en matrimonio.

El silencio con el que escuchó su propuesta, dictado por el amor y la desesperación, y apoyado en un momento en el que parecía difícil que ella se opusiera, cuando su corazón estaba conmovido por el dolor de la separación, que podía ser eterna, y su razón oscurecida por las ilusiones de amor y terror, animaron a Valancourt en su esperanza de que no sería rechazado.

—¡Habla, Emily! —dijo Valancourt inquieto—, quiero oír tu voz, la confirmación de mi destino.

Emily no habló. Sus mejillas estaban frías y sus sentidos parecían haberla abandonado, pero no se desmayó. Para la aterrorizada imaginación de Valancourt Emily parecía estar muriéndose; la llamó por su nombre, se levantó para pedir ayuda en el castillo y, dándose cuenta de la situación, temió ir y dejarla aunque sólo fuera por un momento.

Pasados unos minutos, Emily lanzó un profundo suspiro y comenzó a recobrarse. El conflicto que había sufrido, entre el amor y el deber que tenía ante la hermana de su padre; su repugnancia ante la idea de un matrimonio clandestino, su temor a volver al mundo con preocupaciones como las que últimamente habían envuelto al destinatario de su afecto en infelicidad y arrepentimiento; todos los varios intereses habían sido poderosos para su mente, que ya estaba agitada por la pena, y su razón había sufrido una suspensión transitoria. Pero el deber y el buen sentido, pese a lo duro del conflicto, triunfaron al fin sobre el afecto y el doloroso presentimiento. Y por encima de todo no tuvo valor para envolver a Valancourt en un remordimiento oscuro y vano, que le pareció ver como consecuencia cierta de un matrimonio en sus circunstancias, y actuó, tal vez, con más fortaleza femenina cuando decidió aceptar el presente, en lugar de provocar una desgracia futura.

Con un candor que probaba cuál era la estima y el amor que sentía por él y que le

comprometía, si era posible, más que nunca, le dijo a Valancourt todas sus razones para rechazar su propuesta. Las que se referían a su futuro bienestar fueron instantáneamente refutadas o mejor contradichas, pero despertaron en ella nuevas consideraciones de ternura que la pasión y la desesperanza anteriores había ocultado, y el amor que le había llevado a proponerle aquel inmediato y clandestino matrimonio que ahora le inducía a él a desechar. El triunfo fue demasiado para su corazón, y pensando en Emily se propuso disimular su dolor, pero la creciente angustia no pudo quedar oculta.

—¡Oh Emily! —dijo—, debo dejarte, debo dejarte y sé que será para siempre. ¡Quédate! Te ruego que te quedes, porque tengo muchas cosas que decirte, mi agitación me ha impedido hablarte del tema. Me había prohibido mencionarte una duda de mucha importancia, en parte por lo que pueda parecer algo alarmante para ti, y también porque pudieras tomarla como una complicidad con mi proposición.

Emily, muy nerviosa, no dejó a Valancourt, pero le hizo salir del pabellón, y según avanzaba por la terraza, Valancourt le dijo lo siguiente:

—Se trata de Montoni. He oído extrañas insinuaciones que se refieren a él. ¿Estás segura de que es familia de madame Quesnel y que su fortuna es tan importante como parece?

—No tengo razones para dudar de ninguna de esas dos cosas —replicó Emily con un tono de alarma en su voz—. Por lo que se refiere a tu primera pregunta, verdaderamente no puedo tener duda alguna, pero no tengo medios seguros de juzgar sobre la segunda, y te ruego que me digas todo lo que has oído.

—Así lo haré, pero mi información es muy incompleta y poco satisfactoria. Me llegó, por accidente, de un italiano, que hablaba a otra persona de Montoni. Comentaba su matrimonio: el italiano dijo que si se trataba de la persona que él pensaba no era el más indicado para hacer feliz a madame Cheron. Continuó hablando de él en términos generales de desafecto y después manifestó algunos detalles en concreto relacionados con su carácter, que despertaron mi curiosidad y me aventuré a hacerle algunas preguntas. Se mostró reservado en sus respuestas, pero, después de dudar durante un momento, reconoció que había sabido en el extranjero que Montoni era un hombre de fortuna y carácter desesperados. Dijo algo de un castillo de Montoni, situado en los Apeninos, y de algunas extrañas circunstancias que se relacionaban con su manera de vivir anterior. Insistí en que me informara con más detalle, pero creo que el interés excesivo que sentía se hizo visible en mis maneras y le alarmó, ya que ningún comentario mío pudo convencerle de que me diera explicaciones de las circunstancias a las que aludía o a hacer mención alguna de nuevo relacionada con Montoni. Le puse de manifiesto que si Montoni poseía un castillo en los Apeninos, se podía deducir de tal circunstancia que pertenecía a una familia importante y que ello también contradecía la información de que era un

hombre totalmente desprovisto de fortuna. Movió la cabeza y me miró como si pudiera haber contado mucho más, pero no contestó.

»La esperanza de saber algo más concreto o positivo, me detuvo en su compañía largo tiempo, y saqué repetidamente el tema en nuestra conversación, pero el italiano se cerró en su reserva. Me dijo que lo que había contado lo había sabido por un rumor y que esos rumores surgen con frecuencia de alguna intención maliciosa y que no se puede confiar en ellos. No volví a insistir, ya que era obvio que estaba preocupado por las consecuencias de lo que ya había dicho, y me vi obligado a seguir en la incertidumbre en un tema en el que la duda era casi intolerable. Comprende ahora, Emily, lo que he de sufrir al verte marchar a un país extranjero, sometida al poder de un hombre de tan dudoso carácter como Montoni. Pero no te alarmaré innecesariamente. Es posible, como dijo el italiano, que no se trate de Montoni. Sin embargo, Emily, considera bien lo que supone el que te sometas a él. ¡Oh!, no puedo confiar en mis palabras o me veré obligado a renunciar a todas las razones que me han influido para renunciar a la esperanza de que fueras mía inmediatamente».

Valancourt paseó por la terraza con pasos rápidos, mientras Emily siguió apoyada en la balaustrada sumida en sus pensamientos. La información que acababa de recibir excitó tal vez más alarma de la que podía justificar y despertó, una vez más, el conflicto de intereses encontrados. Nunca le había gustado Montoni. La dureza y el fuego de su mirada, su orgullo, su tremenda fiereza, su observación atenta, no habían pasado desapercibidas y había cedido siempre a la habitual expresión de su rostro. Por estas observaciones se sentía más inclinada a creer que se trataba de Montoni y que a él se referían las insinuaciones de sospecha del italiano. La idea de verse bajo su poder, en un país extranjero, la aterrorizaba, pero no debía ser sólo el terror lo que la decidiera a un matrimonio inmediato con Valancourt. La ternura de su amor ya había influido en favor de él, pero no había llegado a dominar su opinión, como su sentido del deber, sus desinteresadas consideraciones por Valancourt y la delicadeza que le obligaban a rechazar una unión clandestina. No era de esperar que un terror vago e inconcreto pudiera ser más poderoso que la influencia conjunta de amor y pena. Pero necesitó de nuevo toda su energía y le obligó a una segunda conquista.

Para Valancourt, cuya imaginación se había abierto a las sugerencias de todas las pasiones, cuyos temores por Emily habían adquirido nueva fuerza por el solo hecho de mencionarlo y se hacían más poderosos a cada instante, según se instalaban con mayor intensidad en su mente, para Valancourt una segunda conquista era imposible. Pensó que lo veía todo a la luz más clara, que el amor asistía al miedo, y que aquel viaje a Italia sumiría a Emily en la desgracia. Decidió, por ello, insistir en oponerse y en rogarle que confiara en él con el título de su protector ante la ley.

—¡Emily! —dijo con la mayor solemnidad—, no es el momento para distinciones de escrúpulos, para considerar la duda y las comparativamente desfavorables

circunstancias que puedan afectar nuestra futura felicidad. Ahora veo mucho más claramente que antes la cadena de serios peligros que vas a encontrar con un hombre del carácter de Montoni. Esas oscuras insinuaciones del italiano dicen mucho, pero no más que la idea que tengo de la actitud de Montoni, que se muestra incluso en su rostro. Creo que puedo ver en este momento escrito en él todo lo que ha sido insinuado. Él es el italiano al que temo, y te ruego, por tu propio bien, como por el mío, que prevengas los males que tiemblo en anticipar. ¡Oh Emily! ¡Permite que mi ternura, mis brazos, te liberen de ellos, concédeme el derecho a defenderte!

Emily sólo pudo suspirar, mientras Valancourt continuó con sus comentarios y sospechas con toda la energía que el amor y la duda pueden inspirar. Pero, mientras su imaginación magnificaba los posibles males con los que iba a encontrarse, la niebla de su propia fantasía empezó a disiparse y Emily pudo distinguir lo exagerado de las imágenes que se imponían en su razón. Consideró que no había pruebas de que Montoni fuera la persona a la que se refería el extranjero; y, aunque fuera así, el italiano estaba informado de su carácter y de su falta de fortuna simplemente por un informe; y que, aun cuando el rostro de Montoni parecía añadir probabilidades a una parte del rumor, no estaba justificado que por aquellas circunstancias pudiera quedar implícita la creencia en aquello. Estas consideraciones no habrían llegado probablemente con tal claridad a su mente en aquel momento de no haber sido porque los terrores de Valancourt se habían manifestado con tales obvias exageraciones de su peligro, que le habían permitido desconfiar de las emociones de su pasión. Pero, mientras Emily trataba de convencerle de su error con la mayor suavidad, le llevó a pensar en otro. Su voz y su rostro cambiaron a una expresión de angustia oscura.

—¡Emily! —dijo—, este es el momento más amargo que he sufrido en mi vida. ¡No es posible que me ames! Si así fuera, no podrías razonar con tanta frialdad. Me siento destrozado por la angustia ante la idea de nuestra separación y por los males que pueden aguardarte como consecuencia de ella, y estoy dispuesto a correr todos los riesgos para prevenirlo, para salvarte. ¡No! ¡Emily, no! ¡No es posible que me ames!

—No tenemos tiempo para perderlo en exclamaciones o afirmaciones —dijo Emily, luchando para ocultar su emoción—, si aún no estás convencido de lo importante que eres para mí y para mi corazón, ninguna de mis afirmaciones podrá lograrlo.

Las últimas palabras se quebraron en sus labios y prorrumpió en sollozos. Palabras y lágrimas que llevaron, una vez más y con fuerza instantánea la convicción de su amor a Valancourt. Sólo pudo exclamar: «¡Emily! ¡Emily!», y llorar sobre la mano que llevó a sus labios. Pero ella, pasados unos momentos, se sobrepuso a la pena y dijo:

—Tengo que dejarte. Es muy tarde y mi ausencia del castillo podría ser

descubierta. Piensa en mí, ámame cuando esté lejos. El pensar en que lo harás será mi consuelo.

—¡Pensar en ti! ¡Amarte! —exclamó Valancourt.

—Trata de moderar esos impulsos —dijo Emily—, inténtalo por mí.

—¡Por ti!

—Sí, por mí —replicó Emily con voz temblorosa—. ¡No puedo dejarte así!

—¡Entonces, no me dejes! —dijo Valancourt—, ¿por qué hemos de separamos antes de mañana?

—No me siento con fuerzas en este momento —replicó Emily—, me destrozas el corazón, pero nunca consentiré en esa imprudente proposición.

—Si pudiéramos ser dueños de nuestro tiempo, Emily, no sería como lo supones. Pero hemos de sometemos a las circunstancias.

—¡Así es! Ya te lo he dicho con todo mi corazón. Aceptaste la fuerza de mis objeciones, hasta que tu ternura hizo aparecer esos vagos terrores que nos han proporcionado a los dos una angustia innecesaria. ¡Ahórramela! No me obligues a repetirte las razones que ya te he expuesto.

—¡Ahorrártela! —gritó Valancourt—, soy despreciable, ¡sólo he pensado en mí! Yo, que debía haberte mostrado la fortaleza de un hombre, que debía haber sido tu consuelo, he aumentado tus sufrimientos comportándome como un niño. ¡Perdóname, Emily! ¡Piensa en todo lo que ha afectado mi mente ahora que estoy a punto de separarme de lo que más quiero, y perdóname! Cuando te hayas ido, recordaré con amargo remordimiento lo que te he hecho sufrir y desearé en vano poder verte, aunque sea sólo un momento para poder aliviar tu dolor.

De nuevo su voz se vio interrumpida por las lágrimas y Emily lloró con él.

—Me mostraré más merecedor de tu amor —dijo Valancourt, finalmente—, no prolongaré estos momentos. ¡Mi Emily! ¡No me olvides! ¡Dios sabe cuándo nos volveremos a ver! ¡La dejo en tus manos, Dios mío! ¡Protégela y bendícela!

Valancourt oprimió su mano contra su corazón. Emily se dejó caer casi sin vida sobre su pecho y ni hablaron ni lloraron. Valancourt, dominando su propia desesperación, trató de consolarla, pero ella parecía totalmente ajena a lo que le decía y sólo un suspiro, escapado de vez en cuando, fue la única prueba de que no se había desmayado.

Valancourt la condujo lentamente, apoyada en él, hacia el castillo, llorando y hablándole; pero ella contestó sólo con suspiros, hasta que al llegar a la verja que cerraba la avenida, pareció recobrar la conciencia, y al darse cuenta de lo cerca que estaban del castillo se detuvo.

—Debemos separamos aquí —dijo—, ¿por qué prolongar estos momentos? Enséñame a tener la fortaleza que he olvidado.

Valancourt luchó para mantener un aire de firmeza.

—¡Adiós, amor mío! —dijo con una voz llena de solemne ternura—, confiemos en que volveremos a encontramos para no separamos jamás. —Le falló la voz, pero consiguió recobrarse y continuó en un tono más firme—. No puedes suponer lo que sufriré hasta que tenga noticias tuyas. No perderé oportunidad alguna para hacerte llegar mis cartas. Sin embargo, tiemblo al pensar en las pocas veces en que podrá ocurrir. Y confía en mi amor, por lo que te es más querido; trataré de soportar tu ausencia con fortaleza. ¡Qué poca te he demostrado esta noche!

—¡Adiós! —dijo Emily en tono desmayado—, cuando te hayas ido, pensaré en muchas cosas que quisiera haberte dicho.

—¡Y yo también! —dijo Valancourt—, nunca te dejaré, no habrá momento en que no recuerde alguna pregunta, algún comentario, alguna circunstancia relativa a mi amor que querré mencionarte y me sentiré desgraciado por no poder hacerlo. ¡Oh, Emily! Ese rostro en el que ahora me miro se habrá ido en un momento de mi vista y ni todos los esfuerzos de mi fantasía serán capaces de recordarlo con toda su exactitud. ¡Oh! ¡Qué infinita diferencia hay entre este momento y el siguiente! ¡Ahora estoy ante ti, puedo verte! Luego todo quedará en blanco, seré un vagabundo, exiliado de mi propio hogar.

Valancourt la volvió a estrechar contra su corazón y la sostuvo en silencio, llorando. Las lágrimas volvieron a calmar la mente oprimida de Emily. Se volvieron a despedir, deteniéndose un momento y por fin se separaron. Valancourt tuvo que hacer un esfuerzo para alejarse de aquel lugar. Se dirigió con paso rápido por la avenida, y Emily, según caminaba lentamente hacia el castillo, oyó sus pasos distantes. Escuchó atentamente su sonido, que se fue haciendo cada vez más leve, hasta que sólo quedó envolviéndole la melancolía de la noche. Corrió entonces a su habitación, en busca del reposo que la librara de la desesperación.

VOLUMEN II

Capítulo I

Por dondequiera que vague, cualquier reino que vea,
mi corazón sigue volviéndose hacia ti.

GOLDSMITH [19]

Los carruajes estuvieron preparados a la puerta a una hora muy temprana; el rumor de los criados, pasando a lo largo de los pasillos, despertó a Emily de un pesado sueño: su mente inquieta durante toda la noche, le había producido imágenes aterradoras y oscuras circunstancias en relación con la persona objeto de su afecto y de su vida futura. Se esforzó para liberarse de las impresiones que habían dejado en su interior; pero de los males imaginados despertó a la conciencia de lo real. Recordando que se había separado de Valancourt, tal vez para siempre, se afectó su corazón en la medida que se hacía más presente su imagen. Pero trató de ahuyentar su desánimo alejando los pensamientos que se apretaban en su mente para soportar las penalidades que podría esperar. Los esfuerzos se extendieron por su exterior melancólico y su rostro adquirió una expresión de resignación controlada, cubriendo con un fino velo los detalles de su belleza, haciéndolos más interesantes por esa parcial ocultación. Pero madame Montoni no observó nada en aquel rostro excepto su extraordinaria palidez, lo que despertó sus censuras. Le dijo a su sobrina que se había dejado llevar por pesares imaginarios y le rogó que tuviera más en cuenta el decoro y que no dejara que el mundo pudiera ver que no podía renunciar a un compromiso impropio. Ante su comentario, las pálidas mejillas de Emily se encendieron en su alteración, pero fue un rubor de orgullo y no contestó. Poco después, Montoni entró en la habitación en la que estaban desayunando, habló poco y parecía impaciente porque se marcharan.

Las ventanas de la habitación se abrían sobre el jardín. Cuando Emily pasó cerca de ellas, vio el lugar en donde se había despedido de Valancourt la noche anterior; el recuerdo presionó profundamente su corazón y volvió con rapidez la vista del lugar que lo había despertado.

El equipaje ya había sido acomodado y los viajeros subieron a los carruajes. Emily habría abandonado el castillo sin un solo suspiro para lamentarlo, de no haber sido por estar situado próximo a la residencia de Valancourt.

Desde una pequeña altura, Emily se volvió a mirar hacia Toulouse y a las lejanas praderas de Gascuña, detrás de las cuales las escarpadas cumbres de los Pirineos se recortaban en el horizonte lejano, iluminadas por el sol de la mañana. «¡Queridas y

gratas montañas! —se dijo a sí misma—, ¡cuánto tiempo pasará antes de que os vea de nuevo y cuántas cosas sucederán que me harán desgraciada en el intervalo! ¡Oh, si pudiera estar segura de que he de volver aquí y encontrar a Valancourt esperándome, podría irme tranquila! ¡Él seguirá viendo todo esto mientras yo estaré lejos!»

Los árboles, que cubrían todas las altas orillas del camino y que formaban una línea de perspectiva con el paisaje lejano, amenazaban ahora con ocultarlo; pero las azuladas montañas seguían asomando más allá del oscuro ramaje, y Emily continuó apoyada en la ventanilla, hasta que las alargadas ramas las ocultaron a su vista.

Otro tema reclamó de inmediato su atención. Casi no había mirado a la persona que paseaba a lo largo de la orilla, con el sombrero, en el cual destacaban las plumas militares, inclinado sobre sus ojos. Al ruido de las ruedas, se volvió rápidamente y Emily comprobó que se trataba de Valancourt, que la saludó con la mano, corrió por el camino y a través de la ventanilla le puso una carta en sus manos. Hizo un esfuerzo por sonreír a través de la desesperanza que dominaba su rostro mientras ella pasaba. El recuerdo de aquella sonrisa pareció quedar impreso en la mente de Emily para siempre. Se inclinó por la ventanilla y le vio a un lado del camino, apoyado en los altos árboles que se extendían sobre él, siguiendo la marcha del carruaje con su mirada. Le dijo adiós con la mano y ella continuó mirando hasta que la distancia fue desdibujando su figura y poco después, en una revuelta del camino, desapareció totalmente de su vista.

Después de detenerse para recoger al signor Cavigni en un castillo en el camino, los viajeros, de los que Emily había sido desconsideradamente separada para sentarla con la doncella de madame Montoni en un segundo carruaje, siguieron su camino por las llanuras de Languedoc. La presencia de la sirviente contuvo a Emily en su deseo de leer la carta de Valancourt, porque no estaba dispuesta a exponer las emociones que podría despertar a la observación de persona alguna. Sin embargo, tal era su deseo de leer su última comunicación, que su mano temblorosa se dirigía de continuo a la misma casi a punto de romper el sello.

Por fin llegaron a la ciudad, donde se detuvieron únicamente para cambiar de caballos, sin apearse, y, hasta que no se bajaron para cenar, Emily no tuvo oportunidad de leer la carta. Aunque nunca había dudado de la sinceridad del afecto de Valancourt, las firmes manifestaciones que ahora recibía animaron su espíritu; lloró sobre su carta con ternura, guardándola para volver a ella cuando se sintiera especialmente deprimida y pensó en él con mucha menos angustia de lo que había hecho desde que se separaron. Entre otras peticiones, que fueron muy interesantes para ella, porque eran la expresión de su ternura y porque el leerlas disminuía de momento el dolor de su ausencia, le pedía que pensara en él siempre a la puesta del sol. «Me encontrarás entonces en el pensamiento —había escrito—, miraré siempre la caída del sol y me sentiré feliz al creer que tus ojos están fijos en el mismo punto que

los míos y que nuestra mentes conversan. No sabes, Emily, el consuelo que te prometo para esos momentos; confío en que vivas la experiencia».

No es necesario decir con qué emoción contempló Emily aquella tarde el sol mientras se ocultaba sobre las largas y extensas llanuras, en donde lo vio, sin ser interrumpida, desaparecer hacia la provincia en la que vivía Valancourt. Después se sintió mucho más tranquila y resignada de lo que había estado desde la celebración del matrimonio de Montoni con su tía.

Durante varios días los viajeros recorrieron las llanuras del Languedoc, entrando después en el Delfinado, cruzando durante algún tiempo las montañas de tan romántica provincia. Dejaron los carruajes y comenzaron a subir por los Alpes. Allí se abrieron ante sus ojos escenas de tal sublimidad que ningún color del lenguaje puede atreverse a pintar. La mente de Emily se veía a veces tan conmovida por aquellas nuevas y maravillosas imágenes que en ocasiones le borraban el recuerdo de Valancourt, aunque con más frecuencia lo revivían. Estos paisajes trajeron a su memoria el recorrido por los Pirineos, que habían admirado juntos y que creyeron entonces que ningún otro podía excederlos en grandeza. Cuántas veces sintió la necesidad de comunicarle las nuevas emociones que despertaba este sorprendente escenario y que ambos pudieran participar de él. En ocasiones se animaba incluso anticipar cuáles serían sus observaciones y casi a imaginar que él estaba presente. Parecía haber sido llevada a otro mundo y haber dejado a un lado todos los oscuros pensamientos que no fueran los de la grandeza y sublimidad que dilataban su mente y elevaban los afectos de su corazón.

¡Con qué emociones de esa sublimidad, suavizada por la ternura, se encontraba en su pensamiento con Valancourt, a la acostumbrada hora de la puesta del sol, cuando, recorriendo los Alpes, contemplaba la órbita gloriosa hundiéndose entre sus cumbres, con sus últimos colores desdibujándose en sus puntos nevados, mientras una solemne oscuridad se extendía sobre el paisaje! Y cuando se ocultaba el último resplandor, retiraba su mirada del oeste con un sentimiento de melancolía casi igual al que había experimentado al dejar a su querido amigo, mientras estos tristes sentimientos eran ennoblecidos por las sombras que se extendían y por los leves sonidos, que sólo se oyen cuando la oscuridad permite concentrar la atención, y que hacen la tranquilidad general más impresionante: el movimiento de las hojas por el viento, el último suspiro de la brisa que escapa tras el sol, o el murmullo de las corrientes lejanas.

Durante los primeros días del viaje entre los Alpes, el paisaje les ofreció una muestra maravillosa de soledad y silencio, de cultivo y desnudez. Al borde de tremendos precipicios y sobre el filo de los acantilados, bajo los que con frecuencia quedaban las nubes, vieron ciudades, agujas y torres de conventos; mientras los verdes pastos y los viñedos aportaban sus colores al pie de las rocas perpendiculares de mármol, o de granito, cuyos extremos, perdidos entre todos los Alpes, o

exhibiendo únicamente masas rocosas, se levantaban por encima del anterior, hasta concluir en la cumbre nevada de la montaña, desde la que caía el torrente que atronaba a lo largo del valle.

La nieve no se había derretido aún en la cumbre del monte Cenis, sobre el que pasaron los viajeros; pero Emily, según miraba hacia el claro lago y la extensa llanura, rodeada por rocas puntiagudas, vio, en su imaginación, la belleza verdosa que exhibiría cuando toda la nieve hubiera desaparecido, y los pastores, conduciendo a mitad del verano sus rebaños desde el Piamonte, acudirían a sus pastos, con lo que se añadirían figuras arcadianas a aquel paisaje de la Arcadía.

Al descender por el lado italiano, los precipicios se hicieron más tremendos y el ambiente más salvaje y majestuoso, sobre los que las luces cambiantes lanzaban toda la pompa del color. Emily estaba encantada al contemplar las cumbres nevadas de las montañas bajo el peso del día, enrojeciendo por la mañana, relumbrando en la brillantez del mediodía o coloreadas de púrpura por la tarde. El paso del hombre no sólo puede ser descubierto por la cabaña del pastor o del cazador, o por el primitivo puente de pinos acomodado sobre el torrente, para ayudar a este último en su persecución de la gamuza por despeñaderos, sino que sin este vestigio del hombre se podría creer que sólo la gamuza o el lobo se atreven a recorrerlo. Mientras Emily miraba uno de esos peligrosos puentes, con la espuma de una catarata bajo el mismo, una serie de imágenes cruzaron su mente que, poco después, combinó como sigue:

SONETO LEGENDARIO

El fatigado viajero que, toda la noche,
ha escalado las inmensas pendientes de los Alpes,
orillando el precipicio sin sendero, donde se apiñan
indómitas formas de peligro; según se desliza hacia adelante,
si por ventura, su mirada angustiada ve en la distancia
el hogar solitario del pastor de la montaña,
asomando entre los árboles iluminados por la luna,
¡qué inesperado arrebato surge en su pecho!
Pero, si entre alguna espantosa sima abierta,
en la que el pino hendido despliega un dudoso puente
en medroso silencio, en el borde, desamparado,
se detiene, y contempla, a la desfallecida luz,
lejos, alfando, el oleaje creciente del torrente,
y oye el estruendo salvaje,
con los ojos fijos en la profundidad, estremecido aún en la orilla,
teme volver, y no se aventura a seguir.
Desesperado prueba al final el tablón vacilante,

su débil paso resbala, se contrae, se abate, ¡muere!

Emily, según caminaba entre las nubes, observaba con frecuencia en silencio las agitadas corrientes que se movían en el fondo del valle; a veces, cubriendo todo el paisaje, se le aparecían como un mundo en caos, y, otras, abriéndose ligeramente, permitían una vista incompleta del paisaje. El torrente, cuyo permanente rugido no cesaba nunca, caía por los verdes de las rocas desde las cumbres blancas con nieve por los bosques de pinos que se extendían hasta el pie de las montañas. Pero, ¿quién podría describir su emoción, cuando tras cruzar un mar de vapor, vio por primera vez tierra italiana; cuando al borde de uno de esos tremendos precipicios que caen desde el monte Cenis y que guardan la entrada de aquel país encantador, miró a través de las nubes más bajas, según flotaban hacia la distancia, y vio los valles cubiertos de hierba del Piamonte a sus pies, y, más allá las llanuras de Lombardía extendiéndose en el punto más alejado, en las que aparecían, en el difuminado horizonte, las dudosas torres de Turín.

La solitaria grandeza de todo aquello que la rodeaba, la parte montañosa elevándose hacia arriba, los profundos precipicios, al otro lado la naciente oscuridad de los bosques de pinos y robles, que se extendían a sus pies, o contenían en sus laderas los fuertes torrentes que descendían desde las cumbres, levantando a veces nubes de bruma y otras cortinas de hielo, éstas eran las imágenes que recibía en contraste con la reposada belleza del paisaje italiano que se extendía hasta perderse en el horizonte, donde el mismo tono azul parecía unir el cielo y la tierra.

Madame Montoni se limitaba a temblar cuando miraba por aquellos precipicios, cerca de cuyos bordes los silleros trotaban ligeros y alegres mientras pasaban las gamuzas. Emily también pensaba en los peligros, pero se mezclaban con emociones de dicha, admiración y sorpresa que nunca había sentido.

Mientras tanto llegaron a una meseta y los silleros se detuvieron para descansar. Los viajeros se sentaron en unas rocas. Montoni y Cavigni reanudaron una discusión sobre el paso de Aníbal por los Alpes. Montoni aseguraba que entró en Italia por el monte Cenis, y Cavigni, que había pasado por el monte de San Bernardo. El tema trajo a la imaginación de Emily los desastres que sufrió Aníbal en su increíble y peligrosa aventura. Vio a sus vastos ejércitos extendiéndose por los desfiladeros y sobre los tremendos acantilados de las montañas, iluminados en la noche por sus fuegos o por las antorchas que mandó llevar cuando inició su marcha infatigable. Con los ojos de su fantasía, percibió el brillo de las armas a través de la oscuridad de la noche, los resplandores de sus corazas y sus cascos y los banderines flotando inciertos en el crepúsculo; mientras, de vez en cuando, el sonido distante de una trompeta se repetía en eco por el desfiladero y la señal era contestada por el ruido momentáneo de las armas. Miró con horror a los montañeros, colgados de los picos

más altos, asaltando a las tropas del fondo con fragmentos arrancados a la montaña; a los soldados y a los elefantes cayendo cabeza abajo por los precipicios y, según oía los rebotes en las rocas que siguieron a su caída, los terrores de la fantasía cedieron a los de la realidad y tembló para mantenerse en las alturas que despiertan el mareo, donde había dibujado la caída de los demás.

Mientras tanto, madame Montoni, en su acercamiento a Italia, recreaba su imaginación en el esplendor de los palacios y en la grandeza de los castillos, ya que se creía que iba a ser la señora de Venecia y, en los Apeninos, se hizo a la idea de que sería poco menos que una princesa. Ya no estaba bajo los temores que le proporcionaban las bellezas que asistían a las fiestas de Toulouse, que Montoni había mencionado con más gloria para su propia vanidad que crédito a su discreción, o consideración a la verdad. Decidió dar conciertos, aunque no tenía ni oído ni gusto para la música; *conversazioni*,[20] aunque no tenía talento alguno para conversar; y superar, si era posible, en las elegancias de sus fiestas y en la magnificencia de sus libreas, a toda la nobleza de Venecia. Este sueño desafortunado se vio oscurecido cuando recordó que el signor, su marido, quien, aunque no era contrario al beneficio que en ocasiones producen tales fiestas, se había mostrado siempre contrario a los grupos frívolos que a veces asisten a ellas; hasta que consideró que su orgullo podía verse satisfecho mostrando entre sus propios amigos, en su ciudad natal, la riqueza que él no había mostrado en Francia, por lo que volvió a sumirse en las ilusiones en las que antes se había deleitado.

Los viajeros, según descendían, fueron cambiando gradualmente aquella región invernal por el calor y la belleza de la primavera. El cielo comenzó a presentar ese tinte sereno y hermoso peculiar del clima de Italia; zonas llenas de verde, de plantas olorosas y de flores alegres que surgían entre las rocas, con frecuencia abriéndose camino entre sus grietas o cayendo en manojos por sus lados abiertos, y las ramas de los robles y los cedros que extendían su follaje. Más abajo, los naranjos y el mirto y de vez en cuando, en algún rincón soleado, capullos amarillos brotando entre el verde oscuro de las hojas, mezclándose con las flores rojas de la granada y las más pálidas de los madroños, mientras, más abajo aún, se extendían los pastos del Piamonte, donde los rebaños tempranos se movían entre las exuberantes hierbas de la primavera.

El río Doria, que surgiendo de las cumbres del monte Cenis, baja durante muchas leguas sobre los precipicios que bordean el camino, adoptaba ahora un aire menos impetuoso aunque no menos romántico, según se aproximaba a los verdes valles del Piamonte, a los que los viajeros descendieron con el sol de la tarde; y Emily se encontró de nuevo rodeada por la belleza tranquila de un paisaje pastoral; entre los rebaños y el césped con los bosques cubiertos de hojas y los arbustos, ahora florecientes, que había visto arriba en los Alpes. El verdor de los pastos se mezclaba

con los tonos de las flores tempranas, entre las que aparecía el amarillo de los botones de oro y las violetas de delicioso perfume, que nunca había percibido tan profundamente. Emily casi deseó convertirse en un campesino del Piamonte, vivir en alguna de aquellas gratas casas que vio desde los acantilados y pasar horas de tranquilidad en paisajes románticos. Pero las horas, los meses que habría de pasar bajo el dominio de Montoni, sólo despertaban miradas de temor; mientras que de los paisajes de los que se había alejado le venía el recuerdo y la tristeza.

En aquellos escenarios venía con frecuencia a su imaginación la figura de Valancourt, al que veía en algún punto de las colinas, mirando con admiración la grandeza que le rodeaba o paseando pensativo a lo largo del valle, deteniéndose con frecuencia para mirar lo que dejaba a sus espaldas, o veía su rostro iluminado con el fuego del poeta, siguiendo su camino a otra de aquellas alturas. Pensó entonces en el tiempo y en la distancia que los separaba, que se acrecentaba a cada paso que daba y sintió que se turbaba su corazón y el paisaje perdió todo su encanto.

Los viajeros, tras pasar por Novalesa, llegaron, al término de la tarde, a la pequeña y antigua ciudad de Susa, que había servido para custodiar el paso desde los Alpes al Piamonte. Las alturas que la rodeaban, después de la invención de la artillería, habían hecho sus fortificaciones inservibles; pero aquellas románticas alturas, vistas a la luz de la luna, con la ciudad abajo, rodeada por muros y torres de observación, y parcialmente iluminada, ofrecieron un cuadro interesante para Emily. Allí descansaron durante la noche en una posada, que no tenía muchas comodidades; pero los viajeros aportaron el hambre que da un delicioso sabor a las más simples viandas y les proporcionó el necesitado reposo. Allí Emily tuvo la primera impresión de la música italiana en tierras italianas. Sentada después de la cena ante una pequeña ventana, que se abría sobre el paisaje, y mientras observaba el efecto de la luz de la luna en la silueta irregular de las montañas y recordaba que en una noche como aquella había estado, con su padre y Valancourt, descansando en una de las cumbres de los Pirineos, oyó desde abajo las notas de un violín, de tal tono y delicadeza de expresión como para armonizar exactamente con las tiernas emociones en las que se complacía, encantándola y sorprendiéndola. Cavigni, al aproximarse a la ventana, sonrió al verla.

—No es nada extraordinario —dijo—, lo oiréis quizá en todas las posadas en nuestro camino. Estoy seguro de que toca alguien de la familia del patrón.

Emily, mientras escuchaba, pensó que debía tratarse por lo menos de un profesor de música; y la dulzura de aquellos sonidos la sumió en un sueño, del que fue despertada por las bromas de Cavigni y por la voz de Montoni que daba órdenes a un criado para que tuvieran los carruajes preparados a primera hora de la mañana siguiente, añadiendo que tenía la intención de cenar en Turín.

Madame Montoni mostraba con exceso su satisfacción por encontrarse de nuevo

en terreno llano; y, después de dar un detallado informe de los momentos de terror por los que había pasado, olvidando que se los describía a los compañeros de sus peligros, añadió la esperanza de que pronto perdería de vista aquellas horribles montañas, «que por todo el valor del mundo —dijo— no intentaré cruzar de nuevo». Se quejó de estar cansada y no tardó en retirarse. Emily' se fue a su habitación, donde se enteró por Annette, la doncella de su tía, que Cavigni casi tenía razón en sus conjeturas sobre el músico, que había tocado el violín con tan buen gusto, porque era hijo de un campesino que vivía en el valle vecino.

—Va a ir al carnaval de Venecia —añadió Annette—, porque dicen que toca muy bien y puede ganar mucho dinero. El carnaval está a punto de empezar, pero por mi parte preferiría vivir entre estos gratos bosques y colinas que ir a una ciudad que, según dicen, mademoiselle, no tiene ni bosques ni colinas ni campo, ya que Venecia está construida en medio del mar.

Emily estuvo de acuerdo con el comentario de Annette y que aquel joven iba a cambiar a peor y no pudo evitar el lamentar silenciosamente que abandonara la inocencia y la belleza de aquellos escenarios por los corrompidos y voluptuosos de la ciudad.

Cuando se quedó sola, sin poder dormir, los paisajes de su tierra natal, con Valancourt, y las circunstancias de su marcha, hechizaron su fantasía; imaginó cuadros de felicidad social entre la gran simplicidad de la naturaleza, de los que temía haberse despedido para siempre. La idea de aquel joven piamontés, ignorante de su propia felicidad, volvió a su pensamiento y feliz de poder escapar por un momento de las presiones de sus propios problemas, se entretuvo en componer los siguientes versos:

EL PIAMONTÉS

¡Ah, feliz zagal, que reías por los valles,
y con tu alegre caramillo hacías repicar las montañas!
¿Por qué abandonas tu cabaña, tus bosques y vientos con olor a tomillo,
y a los amigos queridos, por la nada que trae la riqueza?
¡Vas a despertar el collar en los mares a la luz de la luna,
oro veneciano tu ignorante fantasía proclama!
Pese a estar fuera de casa, canta su sencillo villancico,
y su paso se detiene, cuando escala el límite de los Alpes.
Una vez más se vuelve a ver el escenario de su niñez,
lejos, abajo, en la distancia, según se alejan las nubes,
divisa su cabaña entre las copas verdes de los pinos,
los bosques familiares, el claro arroyo y los alegres pastos;
y piensa en los amigos, y en los parientes que dejó,

en las fiestas campesinas, en las danzas, y en las canciones;
y se oye el tenue caramillo que dilata el viento,
¡sus tristes suspiros prolongan las notas distantes!
Así iba el zagal, hasta que cayeron las sombras de la montaña,
reduciendo el paisaje a su doliente perspectiva.
¿Debe dejar los valles que tanto ama?
¿Puede la riqueza ajena deleitar su corazón?
¡No, valles felices!, vuestra rocas salvajes seguirán oyendo
su caramillo, sonando ligero en la brisa de la mañana;
seguirá llevando sus rebaños al riachuelo claro,
y los vigilará de noche bajo los árboles del oeste.
¡Vete, oro veneciano, tu hechizo terminó!
Y ahora su paso ligero busca la enramada de la llanura,
donde, a través de las hojas, su cabaña aparece de nuevo,
le conduce a amigos felices, y horas de júbilo.
¡Ah, feliz zagal!, que ríes por los valles y
con tu alegre caramillo haces repicar las montañas,
tu cabaña, tus bosques y tus vientos con olor a tomillo,
y amigos queridos, ¡más regocijo que el que puede traer la riqueza!

Capítulo II

Titania:

Si pacientemente bailaras a nuestro alrededor
y vieras nuestras fiestas a la luz de la luna, vendrías con nosotros.

MIDSUMMER NIGHT'S DREAM

A la mañana temprano, los viajeros iniciaron su camino hacia Turín. La esplendorosa llanura que se extiende desde el pie de los Alpes hasta esa magnífica ciudad no estaba entonces, como ahora, cubierta por una avenida de árboles de casi quince kilómetros de extensión, sino por olivares, moreras y palmeras, bordeados con viñedos, que se mezclaban con el paisaje pastoril por el que cruza el rápido Po, tras descender de las montañas para encontrarse con el humilde Doria en Turín. Según avanzaban hacia la ciudad, los Alpes, vistos a cierta distancia, empezaron a mostrarse en toda su tremenda exaltación; cordillera tras cordillera en larga sucesión, sus puntos más altos se oscurecían en las colgantes nubes, a veces escondiéndose y otras subiendo muy por encima de ellas; mientras que las pendientes más bajas, distribuidas en formas fantásticas, parecían cubiertas de tonos azules y púrpura, según cambiaban de la luz a la sombra y parecían ofrecer nuevas escenas a la vista humana. Hacia el este se extendían las llanuras de Lombardía, con las torres de Turín elevándose en la distancia, y, más allá, los Apeninos recortándose en el horizonte.

La magnificencia general de aquella ciudad, con sus iglesias y palacios surgiendo de la gran plaza, abriéndose al paisaje de los Alpes o los Apeninos distantes, era algo que Emily no sólo no había visto en Francia, sino que jamás hubiera imaginado.

Montoni, que había estado con frecuencia en Turín y que estaba poco interesado en vistas de cualquier clase, no estuvo de acuerdo con la petición de su esposa de que debían recorrer alguno de los palacios, e indicó que estarían únicamente el tiempo necesario para tomar algún refrigerio y que se dirigirían inmediatamente, con toda la rapidez posible, hacia Venecia. El aire de Montoni durante esta jornada era serio e incluso arrogante, y por lo que se refería a su trato con madame Montoni se mostró especialmente reservado, pero no se trataba de esa reserva de respeto, sino de orgullo y descontento. De Emily no se preocupó en absoluto. Con Cavigni sus conversaciones eran comúnmente sobre temas políticos o militares, debido al estado agitado de su país que los hacía de especial interés en aquellos momentos. Emily observó que cuando se mencionaba cualquier hazaña atrevida, los ojos de Montoni

perdían su ceño y se llenaban instantáneamente con el fulgor del fuego; sin embargo, no perdía el aire astuto, por lo que pensó que ese fuego era más el brillo de la malicia que el del valor, aunque este último parecía corresponderse con el caballeroso aire de su figura, en lo que Cavigni, pese a sus maneras alegres y galantes, era inferior a él.

Al entrar en la región de Milán, los caballeros cambiaron sus sombreros franceses por el gorro italiano de tela roja, recamada, y Emily se sintió algo sorprendida al observar que Montoni clavaba en el mismo el penacho militar, mientras Cavigni conservaba únicamente la pluma, que se llevaba normalmente. Pero al final comprendió que Montoni asumía la enseña de soldado por conveniencias y con objeto de pasar con más seguridad por un país dominado por partida de militares.

Las devastaciones de la guerra se hacían visibles con frecuencia en las hermosas llanuras del país. Cuando los campos no habían tenido que quedar sin cultivar, aparecían pisoteados por los expoliadores; los viñedos doblados, los olivos caídos en el suelo e incluso las ramas de las moreras habían servido al enemigo para encender los fuegos que destruían las chozas y las ciudades de sus propietarios. Emily retiró sus ojos con un suspiro de esos dolorosos vestigios hacia los Alpes del Grison, que quedaban sobre ellos hacia el norte y cuyas tremendas soledades podían ofrecer al perseguido un refugio.

Con frecuencia los viajeros vieron grupos de soldados avanzando en la distancia, y sufrieron por experiencia en las pequeñas posadas del camino la falta de provisiones y otros inconvenientes que eran en parte consecuencia de la guerra; pero en ningún momento se encontraron con motivos que justificaran una alarma para su seguridad inmediata y llegaron a Milán casi sin interrupciones, donde no se detuvieron para admirar la grandeza de la ciudad o incluso para echar una mirada a su enorme catedral, que estaban construyendo.

Más allá de Milán, el país presentaba el aspecto de una devastación más grave, y aunque todo parecía estar en calma, el reposo era como el que la muerte impone en los humanos, que retiene la impresión de las últimas convulsiones.

Hasta que no habían cruzado los límites al este del Milanesado, los viajeros no se encontraron tropa alguna. Cuando anochecía, descubrieron lo que parecía ser un ejército situado en las llanuras distantes, cuyos escudos y otras armas reflejaban los últimos rayos del sol. Según avanzaba la columna por un lado del camino que se estrechaba entre dos colinas, algunos de sus jefes, a caballo, aparecieron en un pequeño promontorio haciendo señales para la marcha. Mientras varios oficiales cabalgaban en línea de acuerdo con las señales que les habían comunicado los que estaban arriba, los otros, separados de la vanguardia, que había surgido en el paso, cabalgaban descuidadamente por la llanura a cierta distancia del lado derecho de la fuerza.

Al aproximarse, Montoni distinguió las plumas que llevaban en sus gorros y los

estandartes y libreas de los que les seguían, y reconoció que se trataba de un pequeño grupo de ejército, dirigido por el famoso capitán Utaldo, con el que tenía amistad personal al igual que con otros jefes. En consecuencia, dio órdenes de que los carruajes se colocaran a un lado del camino para esperar su llegada y permitirles el paso. Les llegó entonces el sonido de una música marcial que se hacía gradualmente más intenso según se acercaban las tropas. Emily distinguió los tambores y las trompetas con el golpear de los platillos y de las armas que normalmente hacían sonar las pequeñas partidas en su marcha.

Montoni, seguro de que se trataba del grupo del victorioso Utaldo, se inclinó por la ventanilla del carruaje y dio un viva a su general mientras agitaba su gorra en el aire. Repitió su saludo al jefe, mientras algunos de sus oficiales, que cabalgaban a cierta distancia de las tropas llegaron al carruaje y saludaron a Montoni como a un viejo amigo. El jefe mandó detener a la tropa mientras conversaba con Montoni, alegrándose del encuentro. Emily comprendió, por lo que decía, que se trataba de un ejército victorioso que volvía a su residencia, mientras que los numerosos vagones que les acompañaban contenían las riquezas que habían hecho en la batalla, por los que se pediría un rescate cuando llegara la paz que se estaba negociando entre los estados vecinos. Los jefes se separarían al día siguiente y cada uno, tomando la parte que le correspondía del botín, volvería con su propio ejército a su castillo. En consecuencia, sería una tarde de fiesta general poco .común para celebrar la victoria que habían alcanzado juntos y para despedirse unos jefes de otros.

Mientras los oficiales conversaban con Montoni, Emily los observó con admiración, conmovida por su fortaleza, su aire marcial, mezclado con el orgullo de la nobleza de aquellos días y por la elegancia de sus ropajes y los penachos de sus gorras, la casaca de armas, las fajas persas y las viejas capas españolas. Utaldo informó a Montoni de que su ejército iba a acampar para pasar la noche cerca de una ciudad que estaba a muy pocos kilómetros y le invitó a volver y participar en su fiesta, asegurando a las damas también que serían gratamente acomodadas; pero Montoni se excusó añadiendo que tenía el propósito de llegar a Verona aquella misma tarde y después de un cambio de impresiones sobre el estado del camino hasta aquella ciudad, se separaron.

Los viajeros prosiguieron sin más interrupciones, pero habían pasado varias horas después de ponerse el sol cuando llegaron a Verona, cuyos hermosos alrededores no pudo ver Emily hasta la mañana siguiente, cuando abandonando la hermosa ciudad a primera hora del día, se encaminaron hacia Padua, donde embarcaron en el Brenta hacia Venecia. El paisaje había cambiado por completo. Ya no había vestigios de guerra, como los que habían asolado las llanuras del Milanesado. Por el contrario, todo estaba en paz y elegancia. Las verdosas orillas del Brenta mostraban un paisaje continuo de belleza, alegría y esplendor. Emily miró con admiración las villas de la

nobleza veneciana, con sus pórticos frescos y sus columnatas, cubiertos con las ramas de los álamos y los cipreses de majestuosa altura y frondoso verdor; en sus ricos naranjales, cuyos brotes perfumaban el aire y los expansivos sauces que agitaban sus hojas ligeras y cobijaban del sol a grupos de gentes alegres cuya música traía la brisa a intervalos. El chaval parecía extenderse desde Venecia a lo largo de todas aquellas encantadoras playas, y el río estaba cubierto de naves que se dirigían hacia la ciudad, exhibiendo la diversidad fantástica de las máscaras. Hacia la caída de la tarde vieron con frecuencia grupos de danzantes bajo los árboles.

Cavigni, mientras tanto, le informaba de los nombres de alguno de los nobles propietarios de las villas por las que pasaban, añadiendo ligeros comentarios a sus personalidades con más intención de entretener que de informar, exhibiendo su propio ingenio en lugar de atenerse a la verdad. Emily se entretenía a veces con su conversación, pero su alegría ya no divertía a madame Montoni, como antes. Se la veía a veces preocupada y Montoni mantenía su reserva habitual.

Nada parecía colmar la admiración de Emily en aquella su primera impresión de Venecia, con sus isletas, palacios y torres elevándose sobre el mar, cuya clara superficie reflejaba el cuadro tembloroso de todos sus colores. El sol, hundiéndose en el oeste, teñía las olas y las montañas lejanas de Friuli, que bordea las playas del norte del Adriático, mientras en los pórticos de mármol y en las columnas de San' Marcos despertaba las ricas luces y sombras de la tarde. Según avanzaban, se hacía más evidente la grandeza de la ciudad: sus terrazas, coronadas con airosas y majestuosas arquitecturas tocadas, como en aquel momento, con el esplendor de la puesta del sol, daban la impresión de haber surgido del Océano por la voluntad de manos humanas.

Poco después, el sol, que se había ocultado totalmente, dio paso a las sombras de la tierra golpeada por las olas y a la vista de las torres de las montañas de Friuli, hasta que se extinguió el último rayo. ¡Qué profunda, qué hermosa era la tranquilidad que envolvía la escena! Toda la naturaleza parecía estar en reposo y sólo despiertas las más sutiles emociones del alma. Los ojos de Emily se llenaron con lágrimas de admiración y devoción sublime según se elevaban desde el mundo dormido al cielo infinito, y oyó las notas de una música solemne que se extendía por las aguas en la distancia. Escuchó conmovida y nadie rompió el encanto con preguntas. Los sonidos parecían brotar en el aire porque su suavidad hacía cualquier movimiento imperceptible y la ciudad llena de encanto se aproximaba para dar la bienvenida a los forasteros. Oyeron entonces una voz de mujer, acompañada por unos pocos instrumentos, cantando un aria suave y triste. Su dulce expresión, que parecía pedir la apasionada ternura del amor, cambiaba luego suavemente en la lánguida cadencia del dolor desesperado que tenía que conmover a cualquier sensibilidad. «¡Ah! —pensó Emily mientras suspiraba y recordaba a Valancourt—, ¡esos lamentos salen del

corazón!»

Miró alrededor con ansiedad; el crepúsculo que había caído sobre el ambiente sólo permitía percibir imágenes imperfectas, pero, a cierta distancia, en el mar, creyó ver una góndola: un coro de voces y de instrumentos se extendió en el aire, ¡tan dulce, tan solemne! ¡Era igual al himno de los ángeles descendiendo a través del silencio de la noche! Se fue alejando, y, pensando casi que veía al coro sacro reascendiendo hacia el cielo, pareciéndole que volvía la música con la brisa, tembló un momento y volvió a caer en el silencio, y todo trajo a la memoria de Emily algunos versos de su padre desaparecido y los repitió en voz baja:

A veces oigo,
en el silencio de la medianoche,
voces celestiales henchirse en coros sagrados
¡que elevan el alma al cielo!

El profundo silencio que siguió fue tan expresivo como el aliento que acababa de cesar. No fue interrumpido durante varios minutos, hasta que un suspiro general pareció liberar a todos de su hechizo. Emily, sin embargo, se mantuvo complacida en la tristeza que había entrado en su espíritu, pero la alegre y bulliciosa escena que se les apareció cuando la barcaza se aproximaba a la plaza de San Marcos, consiguió al fin despertar su atención. La luna que lanzaba su luz sobre las terrazas e iluminaba los pórticos y las arcadas que las coronaban, les descubrieron a los grupos con sus pasos ligeros, sus suaves guitarras y más suaves voces que repetían en eco las columnas.

La música que antes habían oído se cruzaba ahora con la barcaza de Montoni, en una de las góndolas de las muchas que se veían a lo largo del mar iluminadas por la luna, llena de grupos alegres. Muchas de ellas tenían música que parecía más dulce

por las olas sobre las que flotaban. Emily contempló y escuchó recreándose en el espectáculo; incluso madame Montoni mostró su satisfacción y Montoni se congratuló de su regreso a Venecia, a la que llamó la primera ciudad en el mundo, y Cavigni estuvo más alegre y animado que nunca.

La barcaza se dirigió al gran canal, en el que estaba situada la mansión de Montoni. Y allí, otras formas de belleza y grandeza, que la imaginación de Emily nunca habría podido pintar, se descubrieron ante sus ojos en los palacios de Sansovino y Palladio. El aire no le traía sonido alguno, sino los de las escenas que se desarrollaban en las márgenes del canal y de las góndolas que lo recorrían, mientras grupos de máscaras bailaban en las terrazas iluminadas por la luna y casi hacían realidad la historia del país de las hadas.

La barcaza se detuvo ante el pórtico de una gran casa, de la que salió un criado de Montoni e inmediatamente desembarcaron. Del pórtico pasaron a un vestíbulo noble, hacia una escalera de mármol que les condujo a un salón, decorado con tal magnificencia que Emily quedó sorprendida. Las paredes y el techo estaban adornadas con pinturas históricas y alegóricas al fresco; trípodes de plata, colgados de cadenas del mismo metal, iluminaban la habitación, cuyo suelo estaba cubierto con alfombras indias pintadas con variedad de colores y diseño; las cortinas de las celosías eran de seda en color verde pálido, bordado con verde y oro. Los balcones se abrían sobre el gran canal, del que llegaba una confusión de voces y de instrumentos musicales con la brisa que refrescaba el ambiente. Emily, considerando el sombrío temperamento de Montoni, miró el espléndido mobiliario de su casa con sorpresa y recordó el informe sobre el mal estado de su fortuna con asombro. «¡Ah! —se dijo a sí misma—, si Valancourt pudiera ver esta casa, ¡cómo le tranquilizaría! Se convencería de que aquel informe no tenía fundamento».

Madame Montoni asumió el aire de una princesa; pero Montoni estaba inquieto y descontento y ni siquiera observó el gesto civilizado de darle la bienvenida a su casa.

Poco después de su llegada, ordenó que prepararan su góndola y se marchó a mezclarse con Cavigni en los acontecimientos de la tarde. Madame se puso seria y pensativa. Emily, que estaba encantada con todo lo que veía, trató de animarla, pero sus consideraciones no cambiaron la actitud de madame Montoni y sus respuestas descubrieron su malhumor. Emily, en un intento por entretenerla, la llevó hacia una celosía para distraerse con las escenas del exterior tan nuevas y tan encantadoras.

Lo primero que llamó su atención fue un grupo de bailarines en una terraza, acompañados por una guitarra y otros instrumentos. La muchacha que tocaba la guitarra y otra que golpeaba una pandereta, marcaban el aire de la danza con tal gracia ligera y alegría de corazón que hubieran animado a la diosa de la tristeza en sus peores momentos. Tras ellos seguía un grupo de figuras fantásticas, algunos vestidos como gondoleros, otros como menestrales, mientras los últimos parecían

desafiar cualquier descripción. Cada uno cantaba su parte y sus voces se acompañaban por varios suaves instrumentos. Se detuvieron a poca distancia del pórtico y Emily distinguió los versos de Ariosto. Cantaban las guerras de los moros contra CarIo Magno y después los votos de Orlando. Cambiaron la métrica y continuaron con la dulzura melancólica de Petrarca. La magia de su tristeza se veía asistida por toda la música italiana y su expresión engrandecida por el encanto que podía prestar la luz de la luna veneciana.

Emily, conmovida por el entusiasmo pensativo, dejó correr sus lágrimas silenciosamente mientras su imaginación volaba a Francia y a Valancourt. Cada soneto que seguía, más lleno de encantadora tristeza que el merior, parecía despertar el hechizo de la melancolía y con pesar vio que los músicos se alejaban y se quedó contemplándolos hasta que el último susurro de su canción murió en el aire. Se quedó entonces sumida en una tranquilidad pensativa, la que la música dulce deja en la mente, un estado igual al que produce la vista de un hermoso paisaje iluminado por la luna o el recuerdo de escenas marcadas con la ternura de los amigos perdidos para siempre y con las penas que el tiempo ha ido ocultando. Esas escenas son para la mente como «esas huellas desdibujadas que la memoria descubre en la música que pasa».

Otros sonidos llamaron de nuevo su atención; era la solemne armonía de las trompas que sonaban en la distancia, y al observar las góndolas que se situaban en los márgenes de las terrazas, se echó el velo por la cara y salió al balcón, descubriendo en la distante perspectiva del canal, algo parecido a una procesión, flotando en la leve superficie de las aguas. Según se aproximaban, los sonidos de las trompas y otros instrumentos se mezclaron dulcemente y poco después las deidades de fábula de la ciudad parecieron surgir del Océano, ya que Neptuno, con Venecia personificada como su reina, llegó en las aguas ondulantes, rodeado por tritones y ninfas marinas. El esplendor fantástico de aquel espectáculo, junto con la grandeza de los palacios, parecía la visión de un poeta, y las fantásticas imágenes que despertaron en la mente de Emily se mantuvieron largo rato después de que hubiera concluido el desfile. Se entretuvo pensando en lo que podrían ser los actos y los entretenimientos de una ninfa marina, hasta que casi deseó verse libre de la imposición de la mortalidad y hundirse en una ola verde para participar con ellas.

«¡Qué encantador —se dijo—, vivir entre las cuevas de coral y de cristal del océano, con mis hermanas las ninfas, y escuchar el ruido de las aguas por encima y las blandas conchas de los tritones y después, tras la caída del sol, nadar hasta la superficie de las aguas rodeadas por las rocas y por las solitarias playas, a las que, tal vez algún caminante pensativo acude para llorar! Yo suavizaría sus penas con mi música dulce y le ofrecería en una concha alguno de los frutos deliciosos que rodean el palacio de Neptuno».

La llamada para algo tan mortal como la cena la arrancó de su fantasía y no pudo evitar una sonrisa al pensar en lo que había imaginado y por la seguridad del descontento que habría mostrado madame Montoni si hubiera tenido noticia de ello.

Después de la cena, su tía esperó hasta muy tarde, pero Montoni no regresó y, finalmente, se retiró a descansar. Si Emily había admirado la magnificencia del salón, no se quedó menos sorprendida al observar la apariencia de las habitaciones que cruzó hasta llegar a la suya, a medio amueblar y abandonadas. Según se alejaba de las habitaciones nobles encontró otras de aspecto desolado que hacía muchos años que no eran utilizadas. En las paredes de algunas de ellas quedaban las sombras de los tapices; en otras, pintadas al fresco, la suciedad casi había borrado los colores y el dibujo. Cuando llegó a su propia habitación, la encontró espaciosa, pero desolada y abandonada como el resto, con altos ventanales que se abrían sobre el Adriático. El ambiente le trajo recuerdos tristes, pero la vista del Adriático no tardó en despertarle otros más animados, y entre ellos el de la ninfa marina, cuyas distracciones la habían entretenido en su imaginación, y, ansiosa por escapar de reflexiones más serias, se animó a plasmar sus ideas y concluyó el día componiendo los siguientes versos:

LA NINFA MARINA

Abajo, a mil brazas de profundidad,
voy entre las sonoras aguas;
jugando a los pies de los acantilados
cuyos riscos se elevan por encima del océano.
Allí, dentro de las cavernas secretas,
oigo rugir a los poderosos ríos;
y llevar sus corrientes a través de las olas de Neptuno
para bendecir las recónditas playas de la verde tierra;
y ofrecer las aguas frescas y deslizantes
a las ninfas coronadas de helechos del lago, o del río,
a través de los recodos de los bosques, en la anchura de los pastos
y en muchos escondrijos silvestres y románticos.
Por eso, las ninfas, cuando cae la noche,
danzan a veces en las orillas floridas,
y cantan mi nombre, y trenzan guirnaldas,
para mostrar su agradecimiento bajo las olas.
Quiero reposar en colonias de coral,
y oír el oleaje batirse por encima,
y, a través de las aguas, ver en lo alto
barcos que navegan orgullosos y gentes alegres que caminan.
Ya veces, en la hora quieta de la media noche,

cuando los mares del verano bañan los navíos,
me gusta probar mi poder encantador
mientrasfloto sobre las olas a la luz de la luna.
y cuando la tripulación ha caído en profundo sueño,
y el triste enamorado meditabundo se inclina
sobre un costado del barco, respiro alrededor
con tal fuerza como no lo haría ningún mortal.
Por las olas oscuras, su ojo vigilante
sólo ve la sombra alargada del navío.
¡Arriba —la luna y el cielo azul;
extasiado escucha, y a medias temeroso!
El joven tembloroso, hechizado por mi fuerza,
llama a la tripulación, que, silenciosa, se inclina
sobre la cubierta alta, pero registran en vano;
¡mi canción se acalla, mi encantamiento termina!
Dentro de la bahía arbolada de la montaña,
donde el alto barco cabalga sobre el ancla,
a la hora del crepúsculo, con alegres tritones,
bailo sobre los mares ondulantes;
y con mis ninfas hermanas, juego
hasta que el ancho sol mira las aguas;
entonces, buscamos ligeras nuestra mansión de cristal
en las olas profundas, en los bosque!#de Neptuno.
En los porches frescos y de estímulos acristalados,
pasamos las sofocantes horas del mediodía,
más allá de donde llegan los rayos del sol,
trenzandoflores marinas en vistosas guirnaldas.
Es el tiempo en que cantamos nuestras dulces cantinelas
a alguna concha que susurra próxima;
acompañadas por el murmullo de la corriente veloz,
que resbala por nuestros claros salones.
Allí, la perla pálida y el zafiro azul,
y el rubí rojo, y la verde esmeralda,
lanzan desde la bóveda tintes irisados
y columnas de mástiles engalanan la escena.
Cuando la oscura tormenta mira con genio la profundidad
y suena el largo estruendo de los truenos,
contemplo desde algún alto acantilado,
todos los mares inquietos que me rodean.

Hasta que desde el lejano ondular de las olas,
viene un navío solitario, avanzando lentamente,
lanzando espuma blanca al aire
con las velas del palo mayor bajas.
Entonces, me zambullo en medio del rugir del océano
mostrando mi camino por trémulos relámpagos,
para guiar al barco a la tranquila playa
y acallar los gemidos de miedo del marino.
Y si llego demasiado tarde a su costado,
para salvarle del destructor oleaje,
llamo a mis delfines en la marea
para que conduzcan a la tripulación a las islas que emergen.
Pronto alegro sus apesadumbrados espíritus,
mientras paso por la costa solitaria,
con canciones melodiosas que oyen débilmente,
cuando los arrebatos de la tormenta se abaten.
Mi música les lleva a las elevadas arboledas,
que ondulan sobre la orilla del mar;
donde florecen dulces frutos, y corren frescos manantiales,
y ramas tupidas desafían la tempestad.
Entonces, los espíritus del aire obedecen,
y, en las nubes, dibujan visiones alegres,
mientras en la distancia surgen indicios de calma.
Y así, engaño las horas solitarias,
aliviando el corazón del marinero del barco hundido,
hasta que la tormenta retira el oleaje,
y por el este asoma el día brillante.
Por ello, Neptuno me arrastra rápido
a las rocas del fondo, con cadenas de coral,
hasta que toda la tormenta ha pasado,
y los marineros ahogados lloran en vano.
Quienquiera que seas que gustas de mi canción,
ven, cuando los rayos rojos del ocaso tiñen la ola,
hasta las arenas tranquilas, "donde juegan las hadas,
allí, en los mares tibios, me gusta bañarme.

Capítulo III

Es un gran observador, y ve todo a través de los actos del hombre: no le gustan las comedias,
no escucha la música; sonríe rara vez; y sonríe de tal modo,
como si se burlara de sí mismo, y desdeñara su espíritu que puede llegar a sonreír por cualquier cosa.
Hombres como él nunca tendrán el corazón tranquilo,
mientras contemplen a alguien más grande que ellos mismos.

JULIUS CAESAR

Montoni y su acompañante no regresaron a casa hasta muchas horas después de que el amanecer hubiera iluminado el Adriático. Los alegres grupos, que habían bailado toda la noche en la plaza de San Marcos, se dispersaron antes de la mañana, como muchos espíritus. Montoni había estado ocupado; su alma no se dejaba llevar fácilmente por los placeres. Le gustaban las energías de las pasiones; las dificultades y las tempestades de la vida, que destruyen la felicidad de otros, le levantaban y parecían fortalecer su mente permitiéndole los más altos entretenimientos de que era capaz su naturaleza. Sin algo por lo que sintiera un fuerte interés, la vida para él era poco más que un sueño; y, cuando fallaba el tema real que pudiera interesarle, lo sustituía con otros artificiales, hasta que la costumbre cambiaba su naturaleza y dejaban de ser irreales. De esta clase era su hábito de jugar, que había adquirido, primero, con el propósito de liberarse de la inanición, pero que había pasado a alcanzar el ardor de la pasión. En esta ocupación había pasado la noche con Cavigni y un grupo de jóvenes, que tenían más dinero que rango, y más vicio que cualquiera de las otras condiciones. Montoni despreciaba a la mayoría por la inferioridad de su talento y no por sus inclinaciones viciosas y se asoció con ellos para convertirlos en instrumento de sus propósitos. Sin embargo, algunos tenían habilidades superiores y unos pocos eran admitidos por Montoni en su intimidad, pero incluso ante ellos mantenía un aire reservado y altivo, que, mientras imponía la sumisión en los de mente débil y tímida, despertaba un odio profundo en los más fuertes. Tenía, naturalmente, muchos y encarnizados enemigos; pero el rencor del odio que despertaba probaba el alto grado de su fuerza; y como el poder era su máxima ambición, se veía glorificado más por ser odiado de lo que podría haberse sentido de ser estimado. Desdeñaba el sentimiento templado de la estima y se habría despreciado a sí mismo si pensara que era capaz de sentirse halagado por ello.

Entre los pocos a los que distinguía, estaban los signors [21] Bertolini, Orsino y

Verezzi. El primero era un hombre de temperamento alegre, de fuertes pasiones, disipado y de gran extravagancia, pero generoso, valiente y confiado. Orsino era reservado y altivo, le gustaba más el poder que la ostentación, de temperamento cruel y desconfiado, rápido en sentirse herido e incansable en la venganza; astuto y escurridizo en los intereses de los demás, paciente e infatigable en la ejecución de sus designios. Tenía un dominio perfecto de su rostro y de sus pasiones en las que destacaban el orgullo, la venganza y la avaricia y, cuando se trataba de satisfacerlas, pocas consideraciones tenían fuerza suficiente para detenerle, pocos obstáculos se oponían a la profundidad de sus estratagemas. Este hombre era el favorito de Montoni. Verezzi era un hombre de cierto talento, de exaltada imaginación, esclavo de sus pasiones. Era alegre, voluptuoso y temerario; sin embargo, no tenía perseverancia o verdadero valor y en todos sus actos se veía dominado por el egoísmo. Rápido para sus proyectos y sanguíneo en sus esperanzas de éxito, era el primero en comenzar y en abandonar, no sólo en sus propios planes sino también en los de las demás personas. Lleno de orgullo e impetuoso, se revolvía contra toda subordinación; no obstante, los que conocían bien su carácter y la irregularidad de sus pasiones, podían conducirle como a un niño.

Esos fueron los amigos que Montoni presentó a su familia y en su mesa al día siguiente de su llegada a Venecia. Acudieron otros nobles venecianos, el conde Morano y la signora Livona, que Montoni presento a su m ujer como dama de distinguido mérito y que, al visitarles por la mañana para darles la bienvenida a Venecia, le pidieron que se quedara a la fiesta.

Madame Montoni recibió, con poca satisfacción, los cumplidos de los signors. No le agradaban, porque eran los amigos de su marido; los odiaba, porque creía que habían contribuido a retenerle hasta tan tarde aquella mañana; y los envidiaba, porque, consciente de su propio deseo de influencia, estaba convencida de que Montoni prefería su compañía a la suya. El rango del conde Morano le proporcionaba tal distinción que madame Montoni prefirió dedicarse a él. La altivez de su rostro y sus maneras, la ostentosa extravagancia de su vestido, porque aún no había adoptado las ropas venecianas, formaban un sorprendente contraste con la belleza, modestia, dulzura y sencillez de Emily, que observaba con más atención que satisfacción a los asistentes. Sin embargo, la belleza y el fascinante comportamiento de la signora Livona, atrajeron su atención, mientras que la dulzura de su acento y el aire gentil y amable despertaron en Emily un grato afecto, como hacía mucho tiempo que no sentía.

Con la brisa fresca de la tarde el grupo se embarcó en la góndola de Montoni, dirigiéndose al mar. El tono rojizo del sol que se ocultaba seguía cubriendo las olas y las aguas hacia el oeste, donde los últimos rayos melancólicos expiraban lentamente, mientras el azul oscuro del éter empezó a titilar con las estrellas. Emily se sentó,

dejándose llevar por emociones pensativas y dulces. La suavidad de las aguas, sobre las que se deslizaban, los reflejos de un nuevo cielo y el temblor de las estrellas sobre las olas, con las siluetas de sombras de torres y pórticos, conspiraban con la tranquilidad de la hora, interrumpida únicamente por el cruzar de las olas o las notas de alguna música distante, hasta elevar aquellas emociones al entusiasmo. Según escuchaba el sonido medido de los remos, y los remotos murmullos que traía la brisa, su mente recordó a St. Aubert y a Valancourt, y las lágrimas asomaron a sus ojos. Los rayos de la luna, fortalecidos cuando las sombras se hacían más profundas, no tardaron en cubrir su rostro con un brillo plateado, que estaba parcialmente tapado por un ligero velo negro, dándole una dulzura inimitable. Era el perfil de una Madona, con la sensibilidad de una Magdalena y la mirada pensativa, enturbiada con una lágrima que resbalaba por su mejilla y que confirmaba la expresión de su carácter.

El último eco de la música distante desapareció en el aire cuando la góndola se vio envuelta por las olas y el grupo decidió hacer su propia música. El conde Morano, que estaba sentado al lado de Emily y que la había estado observando en silencio desde hacía rato, sacó el laúd y pasó la mano por las cuerdas, mientras su voz de tenor las acompañaba en un rondó lleno de tierna tristeza. Se le podría haber aplicado aquella hermosa exhortación de un poeta inglés, si hubiera existido entonces:

¡Tañe, mi señor,
pero toca las cuerdas con suavidad religiosa!
Enseña a los sonidos a languidecer en el oído sordo de la noche
hasta que la Melancolía se levante de su lecho,
y la Indiferencia despierte su atención al concierto.

Con tales poderes de expresión el conde cantó el siguiente

RONDÓ

Suave como aquel rayo plateado, que duerme
sobre la corriente temblorosa del Océano;
suave como el aire, que arrastra ligero
aquella vela, que se hincha con orgullo majestuoso.
Suave como la nota que escapa al oleaje
que muere en las playas distantes,
o trinar de versos, que se sumergen remotos.
¡Así de suave mi pecho exhala mi suspiro!
Fiel como la ola al rayo de Cynthia,

fiel como el bajel a la brisa,
fiel como el alma al vaivén de la música,
o la música a los mares de Venecia.
Suave como aquellos destellos plateados, que duermen
sobre el seno tembloroso del Océano;
tan suave, tan fiel, tierno Amor llorará,
tan suave, tan fiel, contigo reposará.

La cadencia con la que pasó de la última estrofa a la repetición de la primera; la suave modulación con la que su voz se detuvo en el primer verso, y la energía patética con que pronunció el último, tuvieron la fuerza que sólo puede conseguir un gusto exquisito. Cuando concluyó, entregó el laúd a Emily con un suspiro y ella, para evitar cualquier apariencia de afectación, comenzó a tocar de inmediato. Cantó una pequeña aria melancólica, una de las canciones populares de su provincia natal, con tal sencillez y sentimiento que la hizo encantadora. Pero aquella melodía tan conocida le trajo con tal fuerza el recuerdo de escenas y personas, entre las que la había oído con frecuencia, que se conmovió, le tembló la voz y dejó de cantar mientras las cuerdas del laúd eran tañidas por una mano incontrolada; hasta que, avergonzada por haber revelado sus emocionas, pasó de inmediato a una canción tan alegre y movida que los pasos de la danza casi parecían un eco de las notas. De los labios de su encantada audiencia se disparó instantáneamente un *Bravissimo!* Se vio obligada a repetir el aria. Entre los elogios que siguieron, los del conde no fueron los menos significativos, y cuando concluyeron, Emily entregó el instrumento a la signora Livona, cuya voz lo acompañó con un gusto auténticamente italiano.

A continuación, el conde, Emily, Cavigni y la signora, cantaron *canzonettes,* acompañados por un par de laúdes y algunos otros instrumentos. En ocasiones los instrumentos cesaban de pronto y las voces caían desde su total armonía a un canto apagado; entonces, tras una pausa, se elevaban poco a poco, incorporándose los instrumentos uno tras otro, hasta que el coro completo se elevaba de nuevo hacia el cielo.

Mientras tanto, Montoni, que estaba harto de aquella armonía, pensaba en cómo podría apartarse del grupo o retirarse al casino con aquellos de desearan jugar. En una pausa de la música, propuso que regresaran a la playa, en lo que fue secundado de inmediato por Orsino, pero a lo que el conde y otros caballeros se opusieron apasionadamente.

Montoni siguió meditando cómo podría excusarse de no seguir atendiendo al conde, para él el único ante el que consideraba necesario hacerlo, y en cómo podría regresar a tierra, hasta que el gondolero de un barco vacío, que regresaba a Venecia, saludó a su gente. Sin volver a preocuparse por buscar un pretexto, aprovechó la

oportunidad para alejarse de allí y encomendando el cuidado de las damas a sus amigos, se marchó con Orsino, mientras Emily, por primera vez, sintió que se lo hiciera, ya que consideraba su presencia como una protección, aunque sabía que no tenía nada que temer. Montoni desembarcó en San Marcos y se dirigió de inmediato al casino, no tardando en perderse en el grupo de jugadores.

Mientras tanto, el conde había enviado a uno de sus criados en el barco de Montoni para reclamar su propia góndola y sus músicos. Emily oyó, sin estar enterada de su proyecto, la alegre canción de los gondoleros que se aproximaban sentados en el barco, y vio la luz oscilante de la luna en las olas que agitaban su remo. De inmediato oyó el sonido de instrumentos y una sinfonía completa se extendió por el aire. Los barcos se encontraron y los gondoleros se saludaron. El conde explicó cuáles eran sus proyectos y el grupo se trasladó a su góndola, que estaba engalanada con todos los adornos que permite el buen gusto.

Mientras, tomaron un refrigerio de frutos y helados, y la orquesta, que les seguía a distancia en el otro barco, interpretó las músicas más dulces y encantadoras. El conde, que se había vuelto a sentar junto a Emily, le prestó su continua atención y, a veces en voz baja y desapasionada, musitó galanterías que ella no pudo malinterpretar. Para evitarlas, conversó con la signora Livona y su comportamiento con el conde asumió una ligera reserva, que, aunque digna, era demasiado suave para detener su insistencia. No era capaz de ver, oír o hablar con persona alguna que no fuera Emily, lo que era observado por Cavigni con desagrado y por Emily con inquietud. No deseaba otra cosa que volver a Venecia, pero era ya casi la medianoche cuando las góndolas se aproximaron a la plaza de San Marcos, llena de voces y de alegres canciones. Los distintos sonidos les llegaron cuando aún estaban a considerable distancia, y al no haber una luna brillante que les descubriera la ciudad, con sus terrazas y torres, se podría haber creído en las maravillas fabulosas de la corte de Neptuno que surgían desde el fondo de las aguas.

Desembarcaron en San Marcos, donde la alegría del ambiente y la belleza de la noche hizo que madame Montoni se sometiera de buen grado a la propuesta del conde de a él en un paseo para después tomar algo todos juntos en su villa. Si algo podía disipar la inquietud de Emily habría sido la grandeza, alegría y novedad de la escena que les rodea.ba, adornada con los palacios de Palladio y los animados grupos de máscaras.

Finalmente, llegaron a la villa, que estaba decorada con un gusto infinito y en la que habían preparado un espléndido banquete. La reserva de Emily hizo ver al conde que para sus intereses le convenía ganarse el favor de madame Montoni, que, por la condescendencia que ya le habría mostrado, no parecía que fuera un logro difícil. En consecuencia, transfirió parte de su atención a Emily hacia su tía, que se sintió demasiado complacida con la distinción como para ocultar sus emociones, y antes de que concluyeran la reunión, el conde había conseguido enteramente la estima de madame Montoni. Cada vez que se dirigía a ella, su rostro poco agraciado se llenaba de sonrisas y asentía a todo lo que él proponía. La invitó, como al resto del grupo, a tomar café en su palco de la ópera [22] a la tarde siguiente, y Emily oyó que la invitación era aceptada. Con gran ansiedad pensó en cómo podría excusarse para no acompañar a madame Montoni.

Era ya muy tarde cuando fue pedida su góndola y la sorpresa de Emily fue tremenda cuando al salir de la villa vio que el sol se elevaba ya por el Adriático, mientras la plaza de San Marcos seguía aún llena de gente. Había sentido sueño, pero la brisa del mar la hizo revivir y se habría marchado lamentándolo de no haber sido porque el conde seguía interpretando su papel y se impuso en acompañarlas a casa. Al llegar se enteraron de que Montoni aún no había regresado; y su esposa, retirándose contrariada a sus habitaciones, liberó finalmente a Emily de la fatiga de seguir atendiéndola.

Montoni regresó a última hora de la mañana de muy mal humor por haber perdido mucho en el juego y, antes de retirarse a descansar, tuvo una reunión en privado con Cavigni, cuyo comportamiento, al día siguiente, parecía indicar que el tema no había sido de su agrado.

Por la tarde, madame Montoni, que, durante el día había observado un sombrío silencio hacia su marido, recibió la visita de algunas damas venecianas, cuyas dulces maneras encantaban particularmente a Emily. Tenían un aire tranquilo y amable hacia los extranjeros, como si hubieran sido amigos íntimos desde hacía tiempo, y su conversación era grata, sentimental y alegre. Madame, aunque no se sentía inclinada a tales conversaciones, y cuya vulgaridad y egoísmo producía a veces un curioso contraste con el excesivo refinamiento de sus visitas, no pudo quedar del todo insensible a lo cautivador de sus maneras.

En una pausa de la conversación, una dama que se llamaba signora Herminia

cogió el laúd y comenzó a tocar y a cantar con tanta sencillez y alegría como si hubiera estado sola. Su voz era de un tono muy rico y variado en la expresión; sin embargo, no parecía tener conciencia de su influjo y no trataba de exhibirlo. Cantó desde el fondo alegre de su corazón, según estaba sentada con el velo a medias echado hacia atrás, cogiendo con gracia el laúd, bajo las ramas y flores de algunas plantas que crecían en cestos y que se cruzaban en los balcones del salón. Emily, retirándose un poco del grupo, hizo un dibujo de su aspecto, con el escenario que la rodeaba y logró un cuadro muy interesante, que, aunque tal vez no habría podido superar la crítica, tenía espíritu y gusto suficiente para animar la fantasía y llegar al corazón. Cuando lo terminó, se lo mostró al bello original, que quedó encantada con el regalo tanto como con el sentimiento que lo animaba, y aseguró a Emily, con una sonrisa llena de dulzura cautivadora, que lo conservaría como muestra de su amistad.

Por la tarde, Cavigni se unió a las damas, pero Montoni tenía otros compromisos, y embarcaron en la góndola hacia San Marcos, donde los mismos grupos alegres se divertían como la noche anterior. La fresca brisa, el mar cristalino, el suave sonido de sus olas y el dulce murmullo de la música distante; los hermosos pórticos y arcadas y los alegres grupos que se agitaban bajo ellos, todo aquello con cada detalle y circunstancia de la escena, se unió para complacer a Emily, que no se veía asediada por las oficiosas atenciones del conde Morano. Pero, al levantar la vista sobre el mar iluminado por la luna, ondulándose a lo largo de los muros de San Marcos y al observar durante un momento aquellos muros, cogidos en la canción dulce y melancólica de un gondolero sentado en su barca, esperando a su señor, su mente se volvió hacia los recuerdos de su casa, de sus amigos, y de todo aquello que le era tan querido en su país.

Tras pasear durante algún tiempo, se sentaron a la puerta de una quinta y, mientras Cavigni les obsequiaba con café y helados, se unió a ellos el conde Morano. Miró a Emily con un gesto de delicada impaciencia, y recordando todas las atenciones que había tenido con ella la noche anterior, decidió cambiar su asiduidad por una reserva tímida, excepto cuando conversaba con la signora Herminia y otras damas de su grupo.

Era casi medianoche cuando se dirigieron a la ópera, donde Emily no se sintió tan encantada sino que, al recordar la escena que acababan de dejar, sintió que todo el esplendor del arte era infinitamente inferior a la sublimidad de la naturaleza. Su corazón no se vio afectado, las lágrimas de admiración no brotaron de sus ojos, como cuando veía la amplia expansión del Océano, la grandeza de los cielos y escuchaba el correr de las aguas y que una débil música, a intervalos, se mezclaba con sus rugidos. Al recordar todo esto, la escena que tenía delante resultaba insignificante.

Todo transcurrió sin ningún incidente en particular y Emily deseaba que concluyera, que pudiera escapar de las atenciones del conde, y del mismo modo que

cosas opuestas se ven atraídas con frecuencia en nuestros pensamientos, así Emily, cuando miraba al conde Morano, recordaba a Valancourt y en ocasiones se le escapaba un suspiro.

Pasaron varias semanas con las visitas de costumbre, durante las cuales no ocurrió nada notable. Emily estaba entretenida con las costumbres y escenas que la rodeaban, tan diferentes de las de Francia, a excepción de lo que se refería al conde Morano que, con demasiada frecuencia para su comodidad, insistía en presentarse. Su actitud, aspecto y méritos, que eran generalmente admirados, podrían haber sido quizá apreciados por Emily, si su corazón no hubiera estado unido a Valancourt, y si el conde no la hubiera perseguido con sus oficiosas atenciones, en las que ella advirtió algunas huellas de su carácter que la predispusieron en contra al margen de las bondades que pudiera encontrar en él.

Poco después de su llegada a Venecia, Montoni recibió unas cartas de monsieur Quesnel, en las que éste mencionaba la muerte del tío de su esposa en su villa en el Brenta; y que, como consecuencia de este acontecimiento, debía apresurarse a tomar posesión de sus propiedades y de otros efectos que le habían sido legados. Este tío era el hermano de la difunta madre de madame Quesnel; Montoni estaba emparentado con ella por el lado paterno, y aunque no hubiera tenido reclamación que hacer o esperanzas en relación con aquellas posesiones, casi no pudo ocultar la envidia que despertó en él la carta de monsieur Quesnel.

Emily había observado con preocupación que, desde que dejaron Francia, Montoni no había mostrado afecto alguno hacia su tía, y que, después de tratarla al principio con negligencia, lo hacía ahora con permanente malhumor y reserva. Nunca había supuesto que las flaquezas de su tía hubieran podido escapar a la percepción de Montoni, o que su talento o su figura merecieran su atención. Su sorpresa, por tanto, ante la situación fue extrema; pero puesto que él fue el que tomó la decisión, no sospechaba que mostraría tan abiertamente su descontento por ello. Pero Montoni, que se había inclinado por lo que le parecieron las riquezas de madame Cheron estaba ahora profundamente contrariado por su comparativa pobreza y altamente exasperado por el engaño que ella había empleado para ocultarla, hasta que esa ocultación ya no fue necesaria. Había sido engañado en un asunto en el que había tenido la intención de ser el engañador; se había visto vencido por la mayor astucia de una mujer, cuya inteligencia desdeñaba y a la que había sacrificado su orgullo y su libertad, sin salvarse de la ruina que pendía sobre su cabeza. Madame Montoni había contribuido con todo lo que realmente poseía y lo que quedaba, aunque era totalmente inadecuado tanto para las esperanzas de su marido como para sus necesidades, lo había convertido en dinero, trayéndoselo con él a Venecia, para poder seguir con aquella sociedad y hacer un último esfuerzo para recuperar la fortuna que había perdido.

Estas sospechas que había llegado a los oídos de Valancourt, en relación al

carácter y a la situación de Montoni, eran totalmente ciertas; pero era ahora el tiempo y la ocasión para descubrir las circunstancias de lo que se había dicho y de lo que no se había sospechado, y el tiempo y la ocasión para que lleguemos a ello.

Madame Montoni no tenía un carácter de los que aceptan las ofensas con humildad o de los que reaccionan con dignidad; su orgullo exasperado se mostraba en toda la violencia y acritud de una mente mal regulada. No habría reconocido, ni siquiera a sí misma, que había sido la responsable por su doblez, sino que insistía en creer que era la única que merecía compasión, y Montoni que debía ser condenado; porque como su mente tenía por naturaleza poca conciencia de las obligaciones, rara vez comprendía su fuerza, salvo cuando eran violadas contra ella; su vanidad ya se había visto profundamente sorprendida al descubrir el descontento de Montoni y se vería más conmovida al enterarse de sus circunstancias. Su casa de Venecia, aunque el mobiliario descubría una parte de la verdad de una persona sin prejuicios, no decía nada a aquellos que han decidido permanecer ciegos y creer lo que desean. Madame Montoni seguía creyéndose poco menos que una princesa, poseedora de un palacio en Venecia y de un castillo en los Apeninos. Montoni había hablado alguna vez de ir unas pocas semanas a ver en qué condiciones se encontraba el castillo de Udolfo y recibir algunas rentas, ya que parecía que hacía más de dos años que no había estado allí y que, durante ese tiempo, había estado habitado únicamente por un viejo criado, al que llamaba su mayordomo.

Emily esperaba con interés la posibilidad de este viaje, ya que no sólo confiaba en recibir nuevas impresiones, sino en liberarse de la perseverante asiduidad del conde Morano. Además, en el campo pensaría en Valancourt y cedería a la melancolía que su imagen y al recuerdo que despertaban. las escenas de La Vallée, siempre bendecidas con la memoria de sus padres. Aquellas' escenas ideales le eran muy queridas y más entrañables para su corazón que todo el esplendor de la alegre compañía. Eran una especie de talismán para expulsar el veneno de los demonios temporales y para apoyar sus esperanzas en días felices. Se le aparecían como hermosos paisajes, iluminados por los rayos de un sol brillante a través de una perspectiva de rocas oscuras y rugosas.

Pero el conde Morano no siguió limitándose a su asiduidad silenciosa; declaró su pasión e hizo una propuesta a Montoni, que le animó, pese al rechazo de Emily. Con la complicidad de Montoni y su profunda vanidad para convencerle, creía estar seguro de su éxito. Emily estaba sorprendida y altamente disgustada por su perseverancia, después de haberle explicado sus sentimientos con tal franqueza que no le habían permitido confundirle.

Pasaban gran parte del tiempo en el palacio de Montoni, cenando allí casi diariamente y acompañando a madame y a Emily a todas partes. Todo ello pese a la reserva mantenida por Emily, porque su tía parecía tan interesada como Montoni en

apoyar aquel matrimonio y nunca la excusaba de acompañarla a cualquier reunión a la que fuera a asistir el conde.

Montoni no decía nada de su planeado viaje, que Emily esperaba con impaciencia; y rara vez estaba en casa salvo cuando el conde o el signor Orsino estaban allí, ya que entre él y Cavigni subsistía la frialdad, aunque este último permaneciera en su casa. Montoni se reunía a solas con frecuencia con Orsino, durante horas y, cualquiera que fuera la razón de su interés sobre lo que conferenciaban, parecía de gran importancia puesto que sacrificaba con frecuencia su pasión favorita por el juego y se quedaba en casa toda la noche. Se trataba también de algo muy privado, por las circunstancias de las visitas de Orsino, que antes no se producían y que despertaron no sólo sorpresa sino cierta alarma en Emily, que no quería saber más de su comportamiento, y él se esforzaba en ocultarlo. Después de aquellas visitas, Montoni se quedaba más pensativo que de costumbre, al extremo de que en ocasiones la incesante actividad de su mente le abstraía por completo de todo lo que le rodeaba y su rostro se cubría con un velo que le daba una aire terrible. En otras oportunidades, sus ojos parecían despedir fuego y todas sus energías se veían conmovidas por una gran empresa. Emily observaba estas manifestaciones de sus pensamientos con profundo interés y no sin cierto grado de preocupación cuando consideraba que estaba enteramente en sus manos; pero evitó incluso la mínima alusión de sus temores o de sus observaciones al hablar con madame Montoni, que no supo discernir nada especial en su marido más allá de su habitual gravedad.

Una segunda carta de monsieur Quesnel anunció su llegada, acompañado por su esposa, a la villa Miarenti; detallando varias circunstancias de su buena fortuna, en relación con el asunto que le llevaba a Italia y concluyendo con su deseo de ver a Montoni, a su esposa y a su sobrina en sus nuevas propiedades.

Emily recibió, aproximadamente al mismo tiempo, una carta mucho más interesante, que tranquilizó de momento la ansiedad de su corazón. Valancourt, confiando en que siguiera en Venecia, había enviado una carta por el correo ordinario, en la que le informaba de su salud y de su afecto constante e inquieto. Había estado en Toulouse algún tiempo después de su marcha, que había pasado dejándose llevar por el placer melancólico de recorrer los escenarios en los que se había acostumbrado a verla, marchando después ..al castillo de su hermano, próximo a La Vallée. Tras mencionar esto, añadía, «si los deberes de mi regimiento no requieren mi marcha, no sé cuándo tendré la suficiente decisión para abandonar la vecindad de una zona que está llena de tu recuerdo. La proximidad a La Vallée me detuvo largo tiempo en Estuviere: con frecuencia cabalgo hasta allí por la mañana y recorro todo aquello durante el día, los lugares que fueron los de tu casa, en donde me acostumbré a verte y a oírte. He renovado mis contactos con la buena y vieja Theresa, que se alegra de verme porque puede hablar de ti. No necesito decirte lo que esta circunstancia me

acerca a ella o con qué satisfacción la escucho en su tema favorito. Supondrás los motivos que me indujeron al principio a darme a conocer a Theresa. No fueron otros que el conseguir que me admitiera en el castillo y en los jardines, que fueron el hogar de mi Emily. Aquí paseo y me encuentro con tu imagen bajo cada sombra, pero especialmente me gusta sentarme bajo las ramas de tu árbol favorito, donde una vez, Emily, estuvimos sentados juntos; donde por primera vez me atreví a decirte que te quería. ¡Oh Emily! El recuerdo de aquellos momentos me conmueve, me siento perdido en mi sueño, supongo que te veo a través de mis lágrimas en toda la paz e inocencia del cielo; como te apareciste entonces ante mí, oigo de nuevo el tono de tu voz que hace latir mi corazón con ternura y esperanza. Me apoyo en el muro de la terraza, donde juntos contemplamos la rápida corriente del Garona, mientras yo te describía el espectáculo de sus fuentes, y pienso sólo en ti. ¡Oh Emily! ¿Han pasado aquellos momentos para siempre? ¿Volverán alguna vez?»

En otra parte de su carta escribía así. «Verás que mi carta está fechada en días diferentes, y si vuelves la vista a la primera te darás cuenta de que la comencé poco después de tu salida de Francia. Escribir ha sido, verdaderamente, lo único que me ha apartado de la melancolía y ha hecho tu ausencia soportable; porque cuando converso contigo en el papel y te digo todos los sentimientos de afecto de mi corazón, casi parece que estás presente. Esta tarea ha sido de cuando en cuando mi mejor consuelo y he diferido el enviar la carta sólo por la satisfacción de prolongarla, aunque fuera cierto que la escribía sin otro propósito que no fuera el que la recibieras. Cada vez que mi mente se ha sentido más deprimida que de costumbre, he acudido a contarte mis desgracias y siempre he encontrado consuelo. Cuando cualquier acontecimiento ha interesado mi corazón y ha dado un rayo de alegría a mi espíritu, he corrido a comunicártelo y he recibido una satisfacción refleja. Así, mi carta es una especie de retrato de mi vida y de mis pensamientos durante el último mes y por ello tengo la esperanza de que por la misma razón no te sea indiferente, aunque a otros lectores les pudiera parecer únicamente una serie de frivolidades. Sucede siempre, cuando intentamos describir los más íntimos movimientos del corazón, porque son demasiado íntimos para ser explicados, sólo se pueden experimentar, y así, cuando se presentan ante un observador diferente, cuando lo interesante son los sentimientos, todas las descripciones son imperfectas e innecesarias, excepto que pueden probar la sinceridad del que lo escribe y mostrar sus propios sufrimientos. Me perdonarás todo este egoísmo, porque soy un enamorado.

»Acabo de enterarme de una circunstancia que destruye todo mi paraíso de fantasía de satisfacción ideal y que me reconcilia con la necesidad de volver a mi regimiento, ya que no podré seguir vagando por estas queridas sombras, donde me he acostumbrado a encontrarte en mis pensamientos. ¡La Vallée ha sido alquilada! Tengo razones para creer que se ha hecho sin tu conocimiento por lo que Theresa me ha

dicho esta mañana, y, en consecuencia, te informo de esta circunstancia. Se deshizo en lágrimas mientras me lo contaba por tener que dejar el servicio de su querida señorita y el castillo en el que ha vivido durante tantos años felices; y todo esto, ha añadido, sin ni siquiera una carta de mademoiselle informándola; todo esto son actuaciones de monsieur Quesnel y me atrevería a decir que desconoce lo que va a ocurrir.

»Theresa me indicó que había recibido una carta de él, informándola que el castillo había sido alquilado y que, como el servicio ya no era necesario, debía abandonar el lugar en el plazo de una semana cuando llegara el nuevo ocupante.

»Theresa se quedó sorprendida ante una visita de monsieur Quesnel, poco antes de la llegada de esta carta, que iba acompañado por un desconocido que revisó todo con gran curiosidad.»

Hacia el final de la carta, que estaba fechada una semana después de la última frase, Valancourt añadía: «he recibido un requerimiento de mi regimiento y me incorporaré sin lamentarlo, puesto que he sido alejado de los lugares que son tan queridos por mi corazón. Cabalgué a La Vallée esta mañana y tuve noticias de que había llegado el nuevo inquilino y de que Theresa se había marchado. No me referiría al tema con tanto detalle si no creyera que no has sido informada de que han dispuesto de tu casa. Para tu satisfacción he tratado de averiguar algo sobre la personalidad y la fortuna de tu inquilino, pero sin éxito. Es un caballero, eso dicen, y eso es todo lo que he podido saber. El lugar, según he recorrido los alrededores, me ha parecido más melancólico que nunca. Me habría gustado haber sido admitido y haber podido echar otra mirada a tu árbol favorito y pensar en ti una vez más bajo su sombra; pero no he querido despertar la curiosidad de desconocidos. Sin embargo, el pabellón de pesca en el bosque seguía abierto para mí y allí he ido y he pasado una hora, después no he podido ni siquiera echar la mirada atrás sin emoción. ¡Oh Emily! ¡Es seguro que no estaremos siempre separados, seguro que viviremos uno para el otro!»

La carta provocó muchas lágrimas a Emily; lágrimas de ternura y de satisfacción al saber que Valancourt estaba bien, y de que el tiempo y la ausencia no habían borrado su imagen de su corazón. Había pasajes que la afectaron de modo especial, como aquellos en los que describía sus visitas a La Vallée y los sentimientos de delicado afecto que aquellas escenas le despertaban. Pasó largo tiempo antes de que su mente pudiera abstraerse suficientemente de Valancourt para darse cuenta de la importancia de sus informaciones en relación con La Vallée. Que monsieur Quesnel lo hubiera alquilado, sin consultarla siquiera sobre ello, la sorprendió y conmovió en especial porque probaba la absoluta autoridad que creía poseer para intervenir en sus asuntos. Era cierto que él había propuesto antes de que ella saliera de Francia que se alquilara el castillo durante su ausencia y ante la prudencia económica que ello

suponía no tuvo nada que objetar, pero el poner en manos y someter al capricho de desconocidos lo que había sido la villa de su padre y el privarla de un hogar seguro en caso de que circunstancias desagradables la obligaran a regresar allí buscando asilo, eran consideraciones que le habían hecho, incluso entonces, oponerse fuertemente a la medida. Incluso su padre, en sus últimos momentos, había recibido de ella la promesa solemne de no disponer nunca de La Vallée y la consideraba violada en parte al haberse alquilado. Tenía evidencia del poco respeto con el que monsieur Quesnel había estimado sus objeciones y qué insignificantes consideraba los obstáculos frente a las ventajas pecuniarias. Daba también la impresión de que ni siquiera se había molestado en informar a Montoni del paso que había dado, ya que no había motivo evidente para que Montoni le hubiera ocultado esta circunstancia, de haberlo sabido. Todo ello la sorprendió y la disgustó, pero la causa principal de su intranquilidad con la temporal disposición de La Vallée, era el haber prescindido de la vieja y leal servidora de su padre. «Pobre Theresa —se dijo Emily—, de poco te ha servido tu servidumbre, ¡tú que siempre has sido tierna con los pobres y que has creído que morirías con la familia con la que has pasado tus mejores años! ¡Pobre Theresa! ¡Ahora que te ves en la vejez debes buscarte el pan!»

Emily lloró amargamente mientras pensaba en ello y decidió considerar lo que podría hacer por Theresa y hablar muy claro a monsieur Quesnel del tema; pero temió que su corazón lleno de frialdad sólo se preocupara por sí mismo. También decidió preguntar si había informado del asunto en sus cartas a Montoni, quien no tardó en darle la oportunidad de hacerlo al solicitar que acudiera a su estudio. No dudó de que la entrevista tenía la intención de comunicarle la parte de la carta de monsieur Quesnel referente al alquiler de La Vallée y le obedeció de inmediato. Montoni no estaba solo.

—Acabo de escribir a monsieur Quesnel —dijo cuando entró Emily— en contestación a la carta que recibí de él hace unos días y quiero hablarte de un tema que trata en la misma.

—Yo también deseo hablaros sobre ese asunto, señor —dijo Emily.

—Es un asunto que sin duda te interesa —prosiguió Montoni—, y creo que debes verlo desde el mismo punto de vista que yo; por supuesto no aceptaré ningún otro. Confío en que estarás de acuerdo conmigo, en que cualquier objeción basada en los sentimientos, como suelen llamarlos, debe someterse a las circunstancias de más sólidas ventajas.

—Podéis estar seguro, señor —replicó Emily, modestamente—, que aquellos de humanidad deben ser atendidos. Pero me temo que es demasiado tarde para hablar de ese plan, y debo lamentar que ya no esté en mi mano el rechazarlo.

—Es demasiado tarde —dijo Montoni—, pero siendo así, me complace observar que te sometes a la razón y a la necesidad sin dejarte llevar por lamentaciones

inútiles. Aplaudo firmemente esa conducta, más aún cuando tal vez pone de manifiesto una fortaleza de entendimiento que se observa rara vez en tu sexo. Cuando seas mayor recordarás con gratitud a los amigos que te ayudaron a liberarte de las ilusiones románticas de los sentimientos, y comprenderás que sólo son juegos infantiles y que deben ser suprimidos en el mismo momento en que se sale de esa infancia. No he concluido mi carta y puedes añadir algunas líneas para informar a tu tío de tu conformidad. Pronto le verás, ya que tengo la intención de llevarte con madame Montoni a pasar unos días en Miarenti y podrás entonces hablar con él del asunto.

Emily escribió en la página siguiente del papel estas palabras:

Ahora no tiene sentido, señor, para mí, insistir en las circunstancias sobre la» que el signor Montoni me informa que os ha escrito. Me habría gustado, al menos, que el asunto hubiera sido cerr ado con menos precipitación, y que yo me habría sabido contener en algunos prejuicios como el signor los llama, que permanecen en mi corazón. Pero así es, y me someto. Desde el punto de vista de la prudencia es cierto que no se puede hacer objeción alguna; pero, aunque me someto, tengo mucho que decir en algunos aspectos del tema, cuando tenga el honor de veros. Mientras tanto os suplico que os ocupéis de Theresa, así os lo pide,

Señor,
Vuestras afectuosa sobrina,
EMILY ST. AUBERT

Montoni sonrió burlonamente al leer lo que había escrito Emily, pero no objetó nada y ella se retiró a su habitación, donde se sentó a escribir una carta a Valancourt, en la que le relataba los detalles de su viaje y de su llegada a Venecia, describiéndole algunos de los más sorprendentes paisajes que había visto al cruzar los Alpes; sus emociones ante la primera visión de Italia; el comportamiento y la personalidad de las gentes que la rodeaban y algunas circunstancias sobre la conducta de Montoni. Pero evitó incluso nombrar al conde Morano y más aún la declaración que le había hecho, puesto que sabía muy bien de la inquietud del verdadero amor y de la celosa vigilancia sobre cualquier detalle que pueda afectar a su interés, y soslayó escrupulosamente dar a Valancourt la más ligera razón para que creyera que tenía un rival.

Al día siguiente el conde Morano cenó de nuevo en casa de Montoni. Estaba más animado que de costumbre y Emily pensó que había una cierta exaltación en el modo con que se dirigía a ella que nunca había advertido anteriormente. Se mantuvo aún

más cautelosa en su habitual reserva, pero la fría actitud de su aire parecía animarle en lugar de deprimirle. Vigiló todas las oportunidades para hablar con ella a solas y en más de una ocasión se lo pidió; pero Emily le repitió en todo momento que no quería oírle decir nada que no pudiera repetir delante de todos.

Por la tarde, madame Montoni y sus invitados salieron al mar. Mientras el conde conducía a Emily a su *zendaletto*, [23] se llevó su mano a sus labios y le dio las gracias por la condescendencia que había mostrado hacia él. Emily, sorprendida y contrariada en extremo, retiró la mano con cierta violencia y dedujo que el comentario del conde era de carácter irónico pero, al llegar a los escalones de la terraza y observar por las libreas que era el *zendaletto* del conde el que esperaba, mientras el resto del grupo se acomodaba en la góndolas, decidió no permitir una conversación a solas y dándole las buenas noches regresó al pórtico. El conde la siguió y en ese momento Montoni se acercó y sin hablar, la cogió de la mano y la condujo al *zendaletto.* Emily no se mantuvo callada, indicó a Montoni en voz baja que considerara lo impropio de la situación y que la liberara de la mortificación a la que la sometía. Sin embargo, se mostró inflexible.

—Este capricho es intolerable —dijo—, y no será tolerado; no hay nada impropio en este caso.

En ese momento el desagrado que Emily sentía por el conde Morano se convirtió en aborrecimiento. Le indignaba su insistencia después de que le hubiera expresado cuál era su opinión, pero era evidente que para él no significaba nada mientras sus pretensiones estuvieran sancionadas por Montoni, lo que añadía mayor disgusto al que ya sentía por él. Se sintió algo consolada al observar que Montoni se unía a su grupo, sentándose a su lado, mientras que Morano lo hacía al otro. Se produjo una pausa mientras los gondoleros preparaban los remos, y Emily tembló ante la idea de la charla que seguiría al silencio. Por fin, reunió el coraje suficiente para romperlo ella misma, con la esperanza de prevenir los comentarios corteses de Morano y los reproches de Montoni. Con referencia a una observación trivial que hizo Emily, Montoni respondió con una réplica breve y poco interesada; pero Morano continuó con el tema con observaciones generales que consiguió llevar al final a una galantería, y, aunque Emily la pasó por alto y ni siquiera mostró que se enteraba con una sonrisa, él no se desanimó.

—Estaba impaciente —dijo, dirigiéndose a Emily— por expresaros mi gratitud y daros las gracias por vuestra bondad, pero también tengo que agradecerle al signor Montoni el que me haya dado esta oportunidad de hacerlo.

Emily miró al conde con una mezcla de sorpresa y desagrado.

—¿Por qué —continuó— queréis desaprovechar las delicias de este momento con ese aire de reserva cruel? ¿Por qué buscáis el lanzar sobre mí las perplejidades de la duda, haciendo que vuestros ojos contradigan la gentileza de vuestra reciente

declaración? No podéis dudar de la sinceridad y del ardor de mi pasión. ¡Encantadora Emily!, es totalmente innecesario que tratéis por más tiempo de ocultar vuestros sentimientos.

—Si los hubiera ocultado, señor —dijo Emily con el ánimo tranquilo—, sería cierto e innecesario seguir haciéndolo. Confiaba, señor, en que no me obligaríais a la necesidad de aludir a ello; pero, puesto que no parecéis haberlo comprendido, permitidme declarar y, por última vez, que vuestra perseverancia os ha privado incluso de la estima que estaba inclinada a creer que merecíais.

—¡Sorprendente! —exclamó Montoni—, esto es más de lo que esperaba, a pesar de que había hecho justicia a los caprichos del sexo femenino. Pero observarás, mademoiselle Emily, que yo no soy el enamorado, aunque lo sea el conde Morano, y que no me van a entretener tus momentos de capricho. Aquí tenemos la oferta de una alianza que supone un honor para cualquier familia; la tuya, recuérdalo, no pertenece a la nobleza; has resistido mucho tiempo a mis comentarios, pero ahora mi honor está comprometido y con él no se puede jugar. Tendrás que atenerte a la declaración en la que me has nombrado agente para llegar a un acuerdo con el conde.

—Debo haberos confundido, señor —dijo Emily—; mis respuestas sobre el tema han sido siempre uniformes; no es justo que me acuséis de caprichosa. Si habéis condescendido a ser mi agente, se trata de un honor que no he solicitado. Yo misma y constantemente he asegurado al conde Morano y a vos, señor, también, que nunca aceptaré el honor que me ofrece y ahora repito mi declaración.

El conde miró con aire de sorpresa y como preguntando a Montoni, cuyo rostro reflejaba el asombro, pero un asombro mezclado con indignación.

—Además del capricho, la presunción —dijo este último—. ¿Negarás tus propias palabras?

—No merece la pena responder a esa pregunta, señor —dijo Emily enrojeciendo —, os daréis cuenta de ello y sentiréis haberla hecho.

—Vayamos al asunto —continuó Montoni, en un tono de voz cada vez más vehemente—. ¿Negarás tus propias palabras; negarás que has reconocido, sólo hace unas horas, que era demasiado tarde para insistir en tus compromisos y que aceptabas la mano del conde?

—Lo niego, porque ninguna de mis-palabras se ha referido jamás a eso.

—¡Increíble! ¿Negarás lo que has escrito a monsieur Quesnel, tu tío? Si lo haces, tu propia mano será testigo contra ti. ¿Qué tienes que decir ahora? —continuó Montoni, observando el silencio y la confusión de Emily.

—Me doy cuenta ahora, señor, de que estáis en un gran error y que yo también he sido confundida.

—Te ruego que abandones la doblez; sé abierta y sincera, si es posible.

—Siempre he sido así, señor; y no puedo reclamar mérito alguno por esa

conducta, porque no tengo nada que ocultar.

—¿Qué quiere decir eso, signor? —gritó Morano, con voz temblorosa por la emoción.

—Abandonad vuestros juicios, conde —replicó Montoni—, las vilezas del corazón de una mujer son insondables. Ahora, mademoiselle, tu explicación.

—Excusadme, señor, si demoro mi explicación hasta que estéis dispuesto a concederme vuestra confianza; mis afirmaciones por el momento sólo pueden someterme al insulto.

—¡Vuestra explicación, os lo ruego! —dijo Morano.

—Bueno —prosiguió Montoni—, te devuelvo mi confianza; oigamos ahora esa explicación.

—Permitidme que os lleve a ella haciéndoos una pregunta.

—Cuantas queráis —dijo Montoni con desdén.

—¿Cuál era entonces el tema de vuestra carta a monsieur Quesnel?

—El mismo tema al que te referiste, ciertamente. Hiciste bien en solicitar mi confianza antes de hacerme esa pregunta.

—Os ruego que seáis más explícito, señor; ¿de qué trataba la carta?

—Qué otra cosa podía ser, más que la noble oferta del conde Morano —dijo Montoni.

—Entonces, señor, los dos nos hemos entendido mal —replicó Emily.

—Los dos nos hemos entendido mal, supongo —continuó Montoni—, ¿en la conversación que precedió a la nota que escribiste? Debo reconocer en justicia que eres muy ingeniosa en ese arte de malentenderse.

Emily trató de contener las lágrimas y contestar con firmeza.

—Permitidme, señor, que explique todo o guardaré absoluto silencio.

—La explicación ya no es necesaria, ha quedado anticipada. Si el conde Morano sigue pensando que es necesaria, le ofreceré una muy honesta: has cambiado de intención desde nuestra última conversación; y, si tiene paciencia y humildad suficientes para esperar hasta mañana, probablemente descubrirá que has vuelto a cambiar; pero como yo no tengo ni la paciencia ni la humildad que tú esperas de un enamorado, ¡te aviso de los efectos que puede tener mi desagrado!

—Montoni, creo que os precipitáis —dijo el conde, que había escuchado la conversación con extrema ansiedad y paciencia—i ¡Signora, os ruego que nos deis vuestra propia explicación sobre este asunto!

—El signor Montoni ha dicho justamente —replicó Emily— que toda explicación queda ahora dispensada; después de lo sucedido no puedo dárosla. Es suficiente para mí, y para vos, señor, que repita mi última declaración; permitidme que confíe en que ésta sea la última vez que tenga que hacerlo: nunca podré aceptar el honor de vuestra alianza.

—¡Encantadora Emily! —exclamó el conde con tono apasionado—, no permitáis que el resentimiento os haga ser injusta; ¡no hagáis que sufra yo la ofensa de Montoni!...

—¡Ofensa! —interrumpió Montoni—, conde, este lenguaje es ridículo, esa sumisión es infantil. Hablad como un hombre, no como el esclavo de una hermosa tirana.

—Me distraéis, signor; permitidme que me ocupe de mi propia causa; ya que os habéis mostrado incapaz de ello.

—Toda conversación sobre este tema, señor —dijo Emily—, es tan mala como inútil, ya que sólo puede resultar dolorosa para cada uno de nosotros; si queréis complacedme, no continuéis.

—Eso es imposible, madame, el que yo pueda renunciar tan fácilmente al objeto de mi pasión, que es la delicia y el tormento de mi vida. Seguiré amándoos, seguiré pretendiéndoos con ardor incesante; cuando os convenzáis de la fuerza y de la constancia de mi pasión, vuestro corazón se ablandará a la piedad y al arrepentimiento.

—¿Es eso generoso, señor? ¿Es viril? ¿Merece obtenerse la estima que solicitáis por una persecución continua de la que no tengo posibilidades de escapar?

Un rayo de luz de la luna que cruzó el rostro de Morano reveló las fuertes emociones de su alma; y, al pasar por Montoni, descubrió el oscuro resentimiento con que contrastaba su rostro.

—¡Por los cielos, esto es demasiado! —exclamó de pronto el conde—; signor Montoni, me habéis maltratado; es a vos a quien debo pedir una explicación.

—¡De mí! La tendréis —musitó Montoni—, si vuestro discernimiento está tan oscurecido por la pasión como para hacer necesaria una explicación. Y por lo que se refiere a ti, madame, deberías saber que un hombre de honor no puede ser tratado, aunque puedas, tal vez impunemente, como un muchacho, como un muñeco.

Este sarcasmo despertó el orgullo de Morano, y el resentimiento que había sentido ante la indiferencia de Emily, se perdió en la indignación por la insolencia de Montoni, por lo que decidió mortificarle, defendiéndola a ella.

—Eso también —dijo contestando a las últimas palabras de Montoni—, eso también no debe ser pasado sin más. Debéis saber, señor, que os enfrentáis a un enemigo más fuerte que una mujer: protegeré a la signora St. Aubert de vuestro resentimiento amenazador. Me habéis confundido y queréis vengar vuestras contrariedades en una inocente.

—¡Confundiros! —saltó Montoni con rapidez—, se trata de ni conducta, de mi palabra —hizo una pausa en la que pareció tratar de contener el resentimiento que brilló en sus ojos, y un momento después añadió dominando el tono de su voz—: Conde Morano, ése es un lenguaje, un comportamiento al que no estoy

acostumbrado; es la conducta de un muchacho apasionado, y como tal pasaré por ella con desdén.

—¿Con desdén, signor?

—El respeto que me debo a mí mismo —prosiguió Montoni— requiere que hablemos más detenidamente sobre algunos puntos del tema que discutimos. Regresad coligo a Venecia y condescenderé a convenceros de vuestro error.

—¡Condescenderéis, señor!, pero yo no condescenderé a ser convencido.

Montoni sonrió desdeñosamente; y Emily, aterrada por las consecuencias de lo que había visto y oído, no pudo mantenerse silenciosa. Explicó con todo detalle su confusión con Montoni por la mañana, declarando que había entendido que la consultaba únicamente en relación con la disposición sobre La Vallée, y concluyó indicando que escribiría inmediatamente a monsieur Quesnel y aclararía el error.

Pero Montoni seguía o afectaba estar en duda; y el conde Morano continuaba perplejo. Sin embargo, mientras Emily hablaba, la atención de ambos se había apartado del tema inmediato de su resentimiento y en consecuencia sus pasiones se aplacaron. Montoni manifestó al conde que deseaba que los sirvientes les devolvieran a Venecia y que tal vez podrían tener una conversación privada; y Morano, sorprendido en parte por el tono amable de su voz y sus maneras y deseoso de considerar hasta el fondo las dificultades, accedió.

Emily, animada por la esperanza de verse libre, se entretuvo en aquellos momentos, con cuidado conciliatorio, en prevenir cualquier fatal diferencia entre las personas que acababan de perseguirla e insultarla.

Su espíritu se reanimó cuando volvió a oír las voces de una canción y las risas, resonando por el gran canal, y cuando finalmente entraron entre las plazas. El *zendaletto* se detuvo en la mansión de Montoni, y el conde con rapidez la acompañó hasta el vestíbulo, donde Montoni le cogió del brazo y le dijo algo en voz baja, momento en que Morano besó la mano de Emily, a pesar de sus esfuerzos por apartarla y le dio las buenas noches, con un tono y una mirada que no dejaban lugar a dudas, y volvió a su *zendaletto* con Montoni.

Ya en su habitación, Emily consideró con intensa inquietud la conducta injusta y tiránica de Montoni, la perseverancia infatigable de Morano y su propia situación desesperada, lejos de sus amigos y de su país. Volvió su pensamiento a Valancourt, confinado por su profesión en un reino distante, como su protector; pero le consoló el saber que había al menos una persona en el mundo que compartía sus sufrimientos y cuyos deseos volarían para liberarla. Sin embargo, decidió no añadir pesares a su preocupación contándole las razones que tenía para lamentar el haber rechazado su mejor juicio en relación con Montoni; razones, sin embargo, que no la inducían a lamentar el afecto delicado y desinteresado que había influido para rechazar su proposición de una matrimonio clandestino. Veía con un cierto grado de esperanza la

próxima entrevista con su tío, ya que había decidido comunicarle la desesperanza de su situación, y rogarle que le permitiera regresar a Francia con él y madame Quesnel. Entonces, recordando de pronto que su querido La Vallée, su único hogar, ya no estaba a su disposición, volvió a echarse a llorar, y temió que tenía pocas esperanzas de despertar la piedad de un hombre que, como monsieur Quesnel, había dispuesto de él sin molestarse en consultarla y que podía despedir a una sirviente leal anciana, privándole de ayuda o asilo. Pero, aunque esto era cierto, que ella ya no tenía un hogar en Francia, y pocos, muy pocos amigos, estaba decidida a regresar si era posible que pudiera ser liberada del poder de Montoni, cuya conducta particularmente opresiva hacia ella, y en general con los demás, eran terribles para su imaginación. No deseaba residir con su tío, monsieur Quesnel, ya que su comportamiento con su padre desaparecido y con ella había sido siempre tal como para convencerla de que al escapar con él lo único que obtendría sería un cambio de opresores. Tampoco tenía la mínima intención de acceder a la propuesta de Valancourt para casarse de inmediato, aunque ello le proporcionara un protector legal y generoso, porque las razones fundamentales que habían influido anteriormente en su conducta seguían existiendo contra ello, mientras que otras, que parecían justificar este paso, habían desaparecido. Por su interés, porque su prestigio era demasiado querido por ella, no podía sufrir las consecuencias de una unión que en esta primera etapa de su vida podría vencerlos. Sin embargo, seguía abierto en Francia para ella un asilo seguro y apropiado. Sabía que podría habitar en el convento, en el que ya había experimentado y recibido tantas amabilidades y que había afectado solemnemente su corazón, puesto que en él estaban los restos de su difunto padre. Allí podría vivir segura y tranquila, hasta que expirara el plazo por el que había sido alquilado La Vallée; o hasta que la solución de los negocios de monsieur Motteville le permitieran conocer lo que le quedaba de su fortuna y decidir si era prudente para ella residir allí.

En relación con la conducta de Montoni respecto a sus cartas a monsieur Quesnel, tenía muchas dudas; aunque él pudiera haberse confundido al principio sobre el asunto, ella sospechó que había perseverado en el error voluntariamente, como un medio de intimidarla y complicarla en sus deseos de unirla al conde Morano. Fueran o no ésos los hechos, estaba muy impaciente por explicar todo el asunto a monsieur Quesnel y esperaba con una mezcla de impaciencia, confianza y miedo, su próxima entrevista.

Al día siguiente, madame Montoni, estando a solas con Emily, sacó la conversación del conde Morano, expresando su sorpresa porque no se uniera al resto de los invitados en el mar la tarde anterior y su inesperado regreso a Venecia. Emily le contó entonces lo que había sucedido, expresando su preocupación por el error mutuo en el que habían incurrido Montoni y ella misma, y solicitó los amables oficios de su tía para que le urgiera a dar una negativa definitiva a las pretensiones del conde;

pero no tardó en darse cuenta de que madame Montoni no ignoraba la conversación que acababa de relatarle.

—No debes esperar de mi ninguna presión en ese sentido —dijo su tía—; ya he manifestado mi opinión sobre el asunto, y creo que el signor Montoni tiene razón en forzarte, por cualquier medio, a dar tu consentimiento. Si los jóvenes son ciegos ante sus intereses y se oponen obstinadamente a ellos, lo mejor que les puede suceder es que tengan amigos que se opongan a sus locuras. ¿Qué es lo que puede oponerse a una unión como la que te ofrecen?

—Ninguna, madame —replicó Emily—, y, en consecuencia, dejadme al menos que sea feliz en mi humildad.

—No se puede negar, sobrina, que eres bastante orgullosa; mi pobre hermano, tu padre, también tenía su orgullo; aunque, permíteme que añada, que su fortuna no lo justificaba.

Emily, conmovida por la indignación que había despertado la malévola alusión a su padre y por la dificultad de poder contestar con temple y con rechazo, dudó por un momento, en un estado de confusión que satisfizo altamente a su tía. Por fin dijo:

—El orgullo de mi padre, madame, tenía un objetivo noble: la felicidad que él sabía que sólo se podía obtener de la bondad, del conocimiento y de la caridad. Como nunca Se basó en su superioridad en relación con su fortuna respecto a otras personas, no se vio humillado en inferioridad, en ese sentido, con otros. Nunca desdeñó a aquellos que se vieron maltratados por la pobreza y la desgracia; pero a veces lo hizo con personas que con muchas oportunidades para alcanzar la felicidad, llevan una vida miserable por vanidad, ignorancia y crueldad. Pensaré siempre que mi mayor gloria está en emular ese orgullo.

—No pretendo comprender esos sentimientos de altos vuelos, sobrina; puedes quedarte toda la gloria para ti misma. Te enseñaré un poco de sentido común y a no ser tan sabia como para desdeñar la felicidad.

—Eso no sería sabiduría, sino locura —dijo Emily—, porque la sabiduría no puede alcanzar nada mejor que la felicidad; pero me permitiréis, madame, que os diga que nuestras ideas de lo que es la felicidad puedan diferir. No dudo de que deseáis que sea feliz, pero me temo que os confundís en el medio de lograrlo.

—Yo no he alcanzado esa educación, sobrina, que tu padre pensó que era apropiada y, en consecuencia, no pretendo comprender todos esos maravillosos discursos sobre la felicidad. Me conformo con comprender únicamente el sentido común y habría sido feliz para ti y para tu padre el que hubiera sido incluido en su educación.

Emily se vio demasiado afectada por estas consideraciones sobre la memoria de su padre para corresponder como merecía.

Madame Montoni fue a decir algo, pero Emily abandonó la habitación y se retiró

a su cuarto, donde los pocos ánimos que había logrado últimamente cedieron al dolor y a la vejación, sumiéndola en lágrimas. Desde todos los puntos de vista en que podía considerar su situación, sólo derivaban nuevos pesares. Al descubrimiento de desvelar la indignidad de Montoni tenía que añadir ahora el de la cruel vanidad de su tía, a cuya satisfacción quería sacrificarla; el de la astucia con la que había meditado el sacrificio, pisoteando su ternura o insultando a su víctima, y la espantosa envidia que no tenía escrúpulos en atacar el carácter de su padre, que no cabía esperar que fuera diferente del suyo.

Durante los pocos días que pasaron entre esta conversación y la marcha a Miarenti, Montoni no se dirigió a Emily ni una sola vez. Su mirada reflejaba suficientemente su resentimiento; pero el hecho de que no volviera a mencionar el asunto la sorprendió, no menos que durante tres días el conde Morano no visitara a Montoni ni éste pronunciara su nombre. Por su mente pasaron varias conjeturas. En ocasiones, temió que la disputa entre ellos hubiera revivido y que hubiera terminado fatalmente para el conde. Otras, se inclinaba a la esperanza, pensando que el disgusto por su firme rechazo le había inducido a renunciar. Por último, sospechó que recurriría a una estratagema y que convino con Montoni en suspender las visitas y en la no mención de su nombre, con la esperanza de que gratitud y generosidad la decidieran a dar su consentimiento, ya que no podía esperarlo por amor.

i Así pasó el tiempo en conjeturas vanas y en alternativas de esperanza y temor, hasta que llegó el día en que Montoni se preparó para salir a Miarenti, en el que, al igual que los anteriores, no trajo al conde ni lo mencionó.

Montoni había decidido no salir de Venecia hasta por la tarde para evitar los calores y aprovechar las brisas frescas de la noche. Se embarcaron una hora antes de la puesta del sol en barcaza hacia el Brenta. Emily se sentó sola cerca de la popa del barco, y, según avanzaba lentamente contempló la alegre y bulliciosa ciudad que se perdía de vista, hasta que los palacios parecieron hundirse en las olas lejanas, mientras las afiladas torres y cúpulas, iluminadas por los últimos rayos del sol, aparecían en el horizonte como esas nubes vistas desde lejos, en climas más al norte, que con frecuencia asoman por el oeste iluminadas por las últimas luces de la tarde del verano. Poco después incluso esas sombras desaparecieron de su vista, pero siguió contemplando el vasto escenario del cielo sin nubes y de las aguas poderosas, y escuchando el grato sonido de los remos en el agua, mientras sus ojos se extendían por el Adriático, hacia las playas opuestas que estaban, sin embargo, más allá del alcance de su mirada, y pensó en Grecia y miles de recuerdos clásicos recorrieron su mente. Experimentó el lujo que se siente al ver las escenas de la historia antigua y al compararlas con el estado presente de silencio y soledad de lo que estuvo lleno de grandeza y animación. Las escenas de la *Ilíada* se presentaron en su fantasía con brillantes colores, escenarios visitados en otro tiempo por los héroes, ahora solitarios

y en ruinas, pero que seguían brillando, en la estela del poeta con todo su joven esplendor.

Mientras su imaginación pintaba con toques melancólicos las desiertas llanuras de Troya, como aparecían en este tiempo, reanimó el paisaje con la siguiente historia:

ESTROFAS

Por las llanuras de lIión, donde otrora sangró el guerrero,
y una vez el poeta concibió su huella inmortal,
por las llanuras de lIión un conductor llevó cansado
sus soberbios camellos: por el asolado templo,
a todo lo ancho del triste escenario dirigió su mirada,
cuando las nubes rojizas palidecían por el oeste,
y el crepúsculo dejaba caer sobre el paisaje silencioso
su profundo velo; hacia el este encaminó su paso:
allí, en el límite vacilante del horizonte gris,
se levantaban las arrogantes columnas de la desierta Troya,
y los pastores trashumantes encuentran ahora refugio
entre aquellos muros, donde los príncipes solían regocijarse.
El conductor pasa bajo el pórtico altivo,
en seguida libera a sus camellos de la pesada carga;
comparte con ellos la sencilla colación fría,
y con breve oración se ofrece a Dios.
Viene con mercancías de lejanos países,
sus sufridos sirvientes cargan con toda su fortuna;
profundos y frecuentes suspiros proclaman su ansiedad
por llegar, de nuevo, a la puerta de su feliz morada.
Porque allí le espera su esposa, sus hijos aún pequeños;
sus sonrisas compensarán el afán de muchas horas;
ahora mismo le brotan tiernas lágrimas de esperanza,
cuando esa imagen extiende su poder sobre su ánimo.
Prevalece un silencio mortal, donde en otro tiempo la canción,
la canción de los héroes, despertaba la brisa de medianoche,
se mantenía, mientras que un susurro solemne le envolvía,
y parecía decir: «Preparaos para mundos futuros»:
Porque la voz imperiosa del Tiempo se oía persistente,
sacudiendo el templo de mármol hasta su caída
(con manos conquistadas hace mucho, en vano retrasadas),
y las ruinas lejanas contestaron a su llamada.
Mientras Hamet dormía, sus camellos yacían a su lado,

bajo él, se apilaba su acopio de riqueza;
y allí, su redoma y su alforja estaban vacías,
y también aflauta que le animaba en el desierto.
El Tártaro ladrón espiaba su dormitar,
porque por el desierto, la víspera, observó la caravana.
¡Ah! ¿Quién controlará su sed de rapiña?
¡Quien le pida misericordia, pide en vano!
Llevaba en su cinturón un puñal envenenado,
una espada curvada sujeta al costado,
colgado a la espalda el carjac mortal,
y los niños, al ver su aspecto, ¡habrían muerto de miedo!
La luna fría brillaba a través del templo caído,
el Tártaro se dirigía a su presa dormida;
pero, ¡cuidado! —un camello asustado agitó su esquila,
extendió sus patas dobladas, y echó hacia atrás su adormilada cabeza.
¡Hamet despertó! ¡El puñal centelleó en lo alto!,
rápido saltó de su lecho, y escapó del golpe;
cuando desde una mano desconocida voló la flecha,
que abatió al rufián, en su venganza.
¡Gimió, murió! De más allá, tras un arco de las columnas,
se arrastraba, pálido y silencioso, un pastor leal,
que, mientras vigilaba cómo se reunía su rebaño,
había visto al ladrón espiar el sueño de Hamet.
¡Temiendo por la suya, salvó la vida del desconocido!
El pobre Hamet le estrechaba a su corazón agradecido;
entonces, despiertos sus camellos por el polvo de la lucha,
con el pastor, se apresuró a marchar.
Ahora, la Aurora respira su viento refrescante,
y tiembla leve en las nubes del este;
y ahora, el sol, bajo el velo del crepúsculo,
luce alegre en la distancia, y funde su mortaja.
A todo lo largo de la llanura, sus rayos oblicuos
lanzan sus prolongadas líneas por el solar torreado de Ilión.
El distante Helesponto con los reflejos de la mañana
y el viejo Escamandro envolviendo sus olas en luz.
Todos los gozosos sonidos de las esquilas de los camellos, tan alegres,
y los gozosos latidos del corazón de Hamet, porque a él
cuando la oscura noche se imponga al día,
le verán hijos, esposa y hogar feliz.

Al acercarse Emily a las playas de Italia comenzó a distinguir la riqueza y la variedad de colores del paisaje: las colinas púrpura, ramas de pinos y cipreses, dando sombra a magníficas mansiones, y ciudades asomando entre viñedos y plantaciones. El noble Brenta, lanzando sus olas al mar, apareció en aquel momento y al llegar a su boca, la barcaza se detuvo para que fueran enganchados los caballos que la arrastrarían contra la corriente. Una vez que lo hubieron hecho, Emily echó una última mirada al Adriático y al ligero navegar,

y desde la ola confundida en el cielo alborea en la perspectiva,

y la barcaza lentamente resbaló entre las orillas verdes y frondosas del río. La grandeza de las mansiones palatinas, que adornan estas playas, se veía considerablemente aumentada por los rayos del ocaso, que producían fuertes contrastes de luz y sombra en los pórticos y en las galerías e iluminaban con un brillo suave los naranjos y las altas ramas de pinos y cipreses que rodeaban los edificios. El perfume del naranjo, del mirto y de otras plantas aromáticas se extendía en el aire y, con frecuencia, de aquellos refugios, el aliento de la música robaba la calma y después volvía el silencio.

El sol ya se había ocultado en el horizonte y el crepúsculo se extendió sobre el paisaje. Emily, envuelta en pensativo silencio, continuó contemplando los detalles que gradualmente se desvanecían en la oscuridad. Recordó muchas tardes felices, cuando con St. Aubert había contemplado cómo las sombras del crepúsculo dominaban escenarios tan hermosos como aquél desde los jardines de La Vallée, y una lágrima cayó por su mejilla al recordar a su padre. Su ánimo se vio conmovido por la melancolía, por influencia de la hora, por el leve murmullo de las olas pasando por debajo del navío y por la quietud del aire, que temblaba sólo a intervalos con la música distante. ¿Cómo podría no pensar, en aquellos momentos, en su afecto por Valancourt con presagios llenos de aflicción, cuando últimamente no había recibido cartas suyas que pudieran haber suavizado toda su inquietud? Le parecía a su mente oprimida que le dejaba para siempre y que los países que los separaban no serían recorridos por ella de nuevo. Pensó en el conde Morano con horror, como si fuera en alguna medida la causa de aquello; pero fuera de él, una convicción, si así puede llamarse a lo que aparece sin pruebas, se apoderó de su mente: que no volvería a ver a Valancourt. Aunque sabía que ni la petición de Morano ni las órdenes de Montoni tenían poder legal para obligarla a la obediencia, veía a ambos con temor supersticioso, pensando que al final prevalecería.

Perdida en este sueño melancólico siguió envuelta en lágrimas hasta que fue llamado por Montoni, al que siguió a la cabina, donde habían preparado un refrigerio y estaba sentada sola su tía. El rostro de madame Montoni estaba lleno de

resentimiento, lo que parecía ser consecuencia de alguna conversación que hubiera tenido con su marido, que la miraba con una especie de desdén distante y ambos mantuvieron durante algún rato un pesado silencio. Montoni le habló entonces a Emily de monsieur Quesnel:

—¿No persistirás, espero, en negar tu conocimiento del tema de la carta que le dirigí?

—Esperaba, señor, que no fuera necesario que insistiera —dijo Emily—; confiaba, por? vuestro silencio, en que estuvierais convencido de vuestro error.

—En ese caso, has esperado algo imposible —replicó Montoni—; podía tan razonablemente haber esperado encontrar sinceridad y uniformidad de conducta en alguien de tu sexo, como tú convencerme de un error en este asunto.

Emily enrojeció y guardó silencio. Se daba cuenta con toda claridad que había confiado en un imposible, porque, donde no se ha cometido error no cabe la convicción; y era evidente que la conducta de Montoni no había sido consecuencia de un error, sino de un designio.

Ansiosa por escapar de la conversación, que le resultaba a la vez dolorosa y humillante, no tardó en volver a cubierta y en situarse cerca de la popa, sin preocuparse del frío ni del vapor que subían del agua. El aire era seco y tranquilo. Aquí, al menos, la bondad de la naturaleza le permitía la tranquilidad que Montoni le negaba en otra parte. Era más de medianoche. Las estrellas daban la impresión de crepúsculos y servían para dibujar las oscuras líneas de las playas y la superficie gris del río; hasta que la luna asomó tras la rama de un árbol y extendió su brillo sobre el paisaje. De vez en cuando le llegaban a Emily las voces de los remeros y de los que conducían los caballos por la orilla, y de una parte alejada de la barcaza la melancolía de una canción,

El marinero apaciguaba,
bajo la luna trémula, la ola de medianoche.

Mientras tanto, Emily pensaba en su reunión con monsieur y madame Quesnel. Consideraba lo que debía decir en el tema de La Vallée, y entonces, para liberarse de temas más inquietantes, trató de entretenerse descubriendo las líneas oscuras del paisaje, bajo la luz de la luna. Mientras fantaseaba vio, en la distancia, un edificio que asomaba entre los árboles iluminados por la luna, y según se acercaba la barcaza oyó voces y no tardó en distinguir el pórtico de una mansión, a medias cubierto por las ramas de los pinos, que le recordó que era la misma que anteriormente le habían señalado como perteneciente a un familiar de madame Quesnel.

La barcaza se detuvo ante unos escalones de mármol que conducían desde la orilla hasta el césped. Tras el pórtico asomaban algunas luces. Montoni envió a su

criado y después desembarcó con su familia. Encontraron a monsieur y madame Quesnel, con algunos amigos, sentados en sofás en el pórtico, disfrutando de la fresca brisa de la noche y tomando frutas y helados, mientras algunos de sus criados, a poca distancia, a la orilla del río, interpretaban una sencilla serenata. Emily ya se había acostumbrado al modo de vida en este cálido país y no se sorprendió al encontrar a monsieur y madame Quesnel en el pórtico, dos horas después de la medianoche.

Tras los saludos usuales, todos se sentaron en el pórtico y les trajeron un refrigerio desde el vestíbulo, donde estaba preparado un banquete atendido por los criados. Cuando la emoción del encuentro fue superada, y Emily se había recobrado de la leve emoción en que se había visto envuelto su espíritu, se quedó sorprendida por la singular belleza del salón, tan perfectamente acomodado a las exuberancias de la estación. Era de mármol blanco, y el techo, que se elevaba en cúpula abierta, estaba sostenido por columnas del mismo material. Dos lados opuestos del mismo terminaban en pórticos abiertos, permitiendo desde dentro una vista completa de los jardines y del paisaje del río; en el centro, una fuente refrescaba continuamente el aire, y parecía aumentar la fragancia que se desprendía de los naranjos próximos, mientras sus aguas al caer producían un grato sonido. Lámparas etruscas, suspendidas desde los pilares, difundían una luz brillante sobre la parte interior del vestíbulo, dejando los pórticos más remotos bajo el suave brillo de la luna.

Monsieur Quesnel habló aparte con Montoni de sus asuntos, en su habitual estilo de autovaloración; comentó sus nuevas adquisiciones y después simuló lamentar algunos de los contratiempos sufridos por Montoni últimamente. Mientras tanto, Montoni, cuyo orgullo al menos le permitía desdeñar ese tipo de vanidad y cuyo discernimiento le hizo detectar bajo esa piedad asumida la frívola maldad de la mente de Quesnel, le escuchó con desdeñoso silencio, hasta que mencionó a su sobrina. Entonces salieron del pórtico y se internaron en el jardín.

Emily seguía atendiendo a madame Quesnel, que hablaba de Francia (incluso el nombre de su país nativo le era querido) y encontró algún placer en mirar a una persona que había estado allí últimamente. Ese país, además, estaba habitado por Valancourt, y escuchó con la leve esperanza de que también él fuera nombrado. Madame Quesnel, que cuando estaba en Francia hablaba con pasión de Italia, ahora, que estaba en Italia, hablaba con igual elogio de Francia, y trataba de excitar la imaginación y la envidia de su audiencia hablando de lugares que ellos no habían tenido la satisfacción de ver. En estas descripciones no sólo se imponía a ellos, sino ante sí misma, ya que nunca pensó en un placer igual al que ya ha pasado y así, el delicioso clima, los naranjos fragantes y todas las exuberancias que la rodeaban, desaparecían sin ser advertidos, mientras su fantasía se desplegaba por las distantes escenas de un país del norte.

Emily escuchó en vano que dijera el nombre de Valancourt. Madame Montoni

habló a su vez de las delicias de Venecia y de la satisfacción que le esperaba con la visita al hermoso castillo de Montoni, en los Apeninos. Esta última referencia, al menos, era una simple presunción, porque Emily sabía muy bien que a su tía no le gustaban las grandezas solitarias, y particularmente las que prometía un castillo como el de Udolfo.

Así el grupo continuó conversando, y en la medida en que lo permite la civilización, torturándose unos a otros con mutuas jactancias, mientras seguían reclinados en los sofás del pórtico y estaban rodeados de los encantos tanto de la naturaleza como del arte, ante los cuales cualquier mente honesta se hubiera visto temperada por la tolerancia, y las imaginaciones felices hubieran sucumbido al encanto.

Poco después el amanecer asomó por el horizonte del este y los tintes de la luz de la mañana, expandiéndose gradualmente, fueron mostrando las hermosas siluetas de las montañas italianas y los hermosos paisajes que se extendían a sus pies. Los rayos del sol, asomando tras las colinas, extendieron sobre ellos el tinte azafranado que parece impartir calma a todo lo que toca. El paisaje dejó de brillar; resaltaron todos sus colores, excepto los más lejanos que seguían suavemente unidos en la imprecisión de la distancia, cuyo dulce efecto había levantado el ánimo de Emily por el verdor oscuro de pinos y cipreses que cubrían como arcos el límite del río.

Las gentes del mercado, pasando en sus lanchas hacia Venecia, formaban un cuadro animado en el Brenta. Muchos de ellos tenían pequeños toldos pintados para protege1" a sus propietarios de los rayos del sol, lo que, junto con las pilas de frutas y flores, extendidas por debajo, y la graciosa sencillez de las muchachas campesinas que vigilaban sus tesoros rurales, les daban un aspecto alegre y sorprendente. El rápido movimiento de las lanchas por la corriente, el pronto golpear de los remos en el agua y de vez en cuando los coros de los campesinos, apoyados bajo la vela de sus pequeños barcos o los tonos de algunos instrumentos rústicos, tocados por una una muchacha sentada cerca de la rústica carga llenaban la escena de animación y regocijo.

Cuando Montoni y monsieur Quesnel se reunieron con las damas, el grupo dejó el pórtico para dirigirse a los jardines, donde el ambiente encantador no tardó en alejar de la mente de Emily los temas dolorosos. Las formas majestuosas y el rico verdor de los cipreses que nunca había visto tan perfecto; ramas de cedro, limoneros y naranjos, las agujas de los pinos, el exuberante castaño y el plátano oriental, extendían su pomposa sombra sobre estos jardines; mientras matas de mirto y de otras especies unían su fragancia a la de las flores, cuyos colores vívidos y variados aumentaban el contraste bajo las sombras de las ramas. El aire se refrescaba de continuo con riachuelos que, con más gusto que exigencias de la moda, habían sido abiertos en los espacios verdes.

De vez en cuando Emily se retrasaba del grupo para contemplar el paisaje lejano o para quedarse bajo el oscuro follaje. Las cumbres de las montañas, tocadas de un tinte púrpura, se elevaban hacia el cielo creciendo desde su base, donde estaba el valle abierto, marcado sin las líneas formales del arte y las altas ramas de los cipreses y los pinos, a veces asomando por una mansión en ruinas, cuyas columnas rotas surgían entre las ramas de un pino que parecía inclinarse sobre su caída.

Desde otras partes de los jardines, la vista cambiaba por completo y la belleza solitaria del paisaje se mudaba en las abigarradas y variadas coloraciones inhabitadas.

El sol ascendía rápido en el cielo y el grupo abandonó los jardines y se retiró a descansar.

Capítulo IV

Y la pobre Desgracia siente el azote del Vicio.

THOMSON

Emily aprovechó la primera oportunidad para conversar a solas con monsieur Quesnel en relación con La Vallée. Las respuestas fueron concisas, y expuestas con el aire de un hombre que es consciente de poseer un poder absoluto y que se impacienta al oír que es puesto en duda. Declaró que el disponer del lugar era una medida necesaria, y que se debía considerar en deuda con él por su prudencia incluso por los pequeños ingresos que le habían quedado.

—Sin embargo, cuando este conde veneciano (he olvidado su nombre) se case contigo, tu desagradable estado de dependencia cesará. Como pariente tuyo me alegra esta circunstancia, tan afortunada para ti, y, debo añadir, tan inesperada para tus amigos.

Durante unos momentos Emily se quedó fría y silenciosa ante sus palabras; y, cuando trató de desengañarle, aclarándole los propósitos de la nota que había incluido en la carta de Montoni, pareció que tenía razones privadas para no creer en su afirmación y durante considerable tiempo insistió en acusarla por su conducta caprichosa. Sin embargo, convencido al fin de que ella detestaba realmente a Morano y de que había rechazado decididamente su propuesta, su resentimiento fue desmesurado y se expresó en términos igualmente acusadores e inhumanos, porque, secretamente envanecido ante la posibilidad de su conexión con un noble, cuyo título había simulado olvidar, era incapaz de sentir piedad por cualquier sufrimiento que pudiera padecer su sobrina que se interpusiera en el camino de su ambición.

Emily vio de golpe en su actitud todas las dificultades que la esperaban, y aunque no hubiera poder que la hiciera renunciar a Valancourt por Morano, su fortaleza temblaba al enfrentarse a las violentas pasiones de su tío.

Se opuso a su turbulencia y a su indignación únicamente con la suave dignidad de una mente superior; pero su firmeza amable sirvió para exasperar aún más su resentimiento, ya que le obligaba a sentir su propia inferioridad, y, cuando se separó de ella, declaró que si persistía en su locura, tanto él como Montoni la abandonarían al desprecio del mundo.

La calma que había asumido en su presencia abandonó a Ernily cuando se vio sola y lloró amargamente, invocando frecuentemente el nombre de su padre fallecido, cuyo consejo desde su lecho de muerte recordó entonces. «¡Ahora me doy cuenta! —

se dijo—, me doy cuenta que tiene más valor el poder de la fortaleza que la gracia de la sensibilidad y que me esforzaré en cumplir la promesa que hice entonces; no caeré en lamentaciones inútiles, sino que trataré de superar, con firmeza, las opresiones que no puedo eludir».

Consolada en parte por la conciencia de cumplir la última petición de St. Aubert y decidida a seguir la conducta que él hubiera aprobado, se sobrepuso a las lágrimas, y, cuando se reunieron para cenar, había recobrado la habitual serenidad de su rostro.

En el frescor de la tarde, las damas tomaron el/resco por las orillas del Brenta en el carruaje de madame Quesnel. El estado de ánimo de Emily contrastaba melancólicamente con los alegres grupos reunidos bajo las sombras que rodeaban la corriente. Unos bailaban bajo los árboles, y otros, reclinados en la hierba, tomaban helados y café y disfrutaban calmosamente de los efectos de una noche hermosa en un paisaje exuberante. Emily, cuando miró las cumbres nevadas de los Apeninos, ascendiendo en la distancia, pensó en el castillo de Montoni y sintió el terror de que pudiera ser confinada allí con el propósito de forzar su obediencia; pero su temor desapareció al considerar que estaba tan en su poder en Venecia como en cualquier otra parte.

Ya había salido la luna cuando el grupo regresó a la villa, en la que la cena había sido dispuesta en el ventilado vestíbulo que tanto había llamado la atención de Emily la noche anterior. Las damas se sentaron en el pórtico, hasta que monsieur Quesnel, Montoni y otros caballeros se unieran a ellas a la mesa, y Emily decidió dejarse llevar por la tranquilidad de la hora. En ese momento, una barcaza se detuvo en los escalones que conducían al jardín y poco después distinguió las voces de Montoni y Quesnel, y después la de Morano, que apareció de inmediato. Recibió sus galanterías en silencio y su frialdad le descompuso de momento, pero no tardó en recobrar sus habituales maneras alegres, aunque la oficiosa amabilidad de monsieur y madame Quesnel, según percibió Emily, le disgustara. Nunca había visto tal grado de atención por parte de monsieur Quesnel y casi no podía creerlo, porque nunca le había visto más que en presencia de inferiores a él o iguales.

Cuando se retiró a su habitación pensó, casi involuntariamente, en el medio más efectivo con el conde para que retirara su solicitud, y ante su concepción liberal ninguno parecía más probable que el hacerle saber de un compromiso anterior y ampararse en su generosidad. Cuando al día siguiente renovó sus atenciones, renunció a llevar adelante el plan que había calculado. Había algo que repugnaba a su justo orgullo al abrir el secreto de su corazón a un hombre como Morano y en solicitar su compasión, de modo que rechazó impacientemente su decisión y se asombró de haberse detenido en ella algún momento. Repitió el rechazo a su solicitud con los términos más decisivos que pudo encontrar, mellándolos con una censura severa por su conducta; pero, aunque el conde parecía mortificado por ello, perseveró

en su más ardiente profesión de admiración, hasta que fue interrumpido y Emily liberada por la presencia de madame Quesnel.

Durante su estancia en la grata villa, Emily se vio así desgraciada por la asiduidad de Morano, junto con la cruel autoridad de monsieur Quesnel y Montoni, quien, con su tía, parecían ahora más decididamente determinados a este matrimonio de lo que habían estado en Venecia. Monsieur Quesnel, comprobando que tanto los argumentos como las amenazas no surtían efecto en forzarla a una decisión inmediata, renunció a su empeño y confió en el poder de Montoni y en el curso de los acontecimientos en Venecia. Emily esperaba el regreso a Venecia, porque allí se vería libre en alguna medida de la persecución de Morano, que ya no habitaría en la misma casa y de la de

Montoni, cuyos compromisos no le permitirían estar continuamente con ella. Pero entre las presiones de sus propias desgracias, no podía olvidar las de la pobre Theresa, para la que pidió ayuda a Quesnel, quien prometió, en términos vagos, que no sería olvidada.

Montoni, en una larga conversación con monsieur Quesnel, arregló el plan que seguiría en relación con Emily, y monsieur Quesnel propuso que iría a Venecia tan pronto como fuera informado de que el compromiso quedaba concluido.

Era nuevo para Emily separarse de una persona con la que estaba conectada sin un sentimiento de dolor; sin embargo, el momento en que se alejó de monsieur y madame Quesnel fue, tal vez, la única satisfacción que había conocido en su presencia.

Morano volvió en la barcaza de Montoni, y Emily, según contemplaba la aproximación gradual a la ciudad mágica, tuvo a su lado a la única persona que podía ocasionar que lo viera con menos agrado. Llegaron alrededor de medianoche y Emily fue liberada de la presencia del conde, que, con Montoni, se marchó al casino y se le indicó que se retirara a su habitación.

A la mañana siguiente, Montoni, en una breve conversación que tuvo con Emily, le informó de que no habría más confusiones y que teniendo en cuenta que su matrimonio con el conde presentaba tantas ventajas para ella, sólo una locura podría oponerse a ello y que en consecuencia debería celebrarse sin más demora, y si era necesario sin su consentimiento.

Emily, que hasta entonces había tratado de protestar, recurrió a las súplicas, ya que su desesperación impidió que viera que con un hombre de la disposición de Montoni las súplicas serían igualmente inútiles. Después de ello le preguntó con qué derecho ejercía una autoridad ilimitada sobre ella. Una pregunta que con un juicio más calmado no habría formulado, puesto que no habría de servirle de nada y daría a Montoni otra oportunidad de triunfar sobre su condición indefensa.

—¿Con qué derecho? —gritó Montoni, con una sonrisa maliciosa—: con el derecho de mi voluntad. Si puedes eludirlo, no preguntaré con qué derecho lo haces.

Ahora te recuerdo, por última vez, que eres una desconocida en un país extranjero y que te conviene que sea amigo tuyo. Sabrás lo que significa el que me obligues a ser tu enemigo. Me aventuro a indicarte que el castigo excedería con mucho tus expectativas. Debes saber que no se puede jugar conmigo.

Durante algún tiempo, tras la marcha de Montoni, Emily continuó en estado de desesperación o, mejor, de estupefacción, con una conciencia plena de su desgracia en el pensamiento. Así la encontró madame Montoni, y al oír su voz, Emily levantó la mirada. Su tía, en parte ablandada por la expresión de desesperación de su rostro, le habló en un tono más amable del que lo había hecho nunca. Emily se sintió conmovida, se le escaparon las lágrimas y lloró durante un buen rato, recobrándose finalmente lo suficiente para poder hablar de la causa de su desesperación y tratar de interesar a madame Montoni a su favor. Pero, aunque la compasión de su tía había sido despertada, su ambición no era fácil de superar y su objetivo en aquellos momentos era ser tía de una condesa. En consecuencia, los esfuerzos de Emily tuvieron tan poco éxito como lo habían tenido con Montoni y se retiró a su habitación para pensar y llorar a solas. ¡Cuántas veces recordaba la escena de su separación de Valancourt y el deseo de que el italiano hubiera mencionado el carácter de Montoni con menos comedimiento! Cuando se recobró de la primera impresión de su comportamiento, consideró que sería imposible para él alcanzar la alianza con Morano si ella persistía en rehusar tomar parte en la ceremonia del matrimonio y mantenerse en su decisión de esperar la amenazadora venganza de Montoni antes de entregarse para toda la vida a un hombre que desdeñaba por su comportamiento, aunque no hubiera estado enamorada de Valancourt. Con todo, tembló ante la idea de la venganza y se decidió a tener valor.

No tardó en suceder algo que apartó en parte la atención de Montoni hacia Emily. Las misteriosas visitas de Orsino se hicieron más frecuentes desde que regresaron a Venecia Había otros también, además de Orsino, que eran admitidos a esas reuniones de medianoche y, entre ellos, Cavigni y Verezzi. Montoni se volvió reservado y austero en sus maneras que nunca; y Emily, por su propio interés, no había hecho indicación alguna de advertirlo y de que algo extraordinario ocupaba la mente de Montoni.

Una noche, en la que no hubo reunión, Qrsino acudió muy agitado y envió a Montoni, que estaba en el casino, a su criado de confianza, indicándole que desearía que regresara a casa inmediatamente; pero encargando al criado que no mencionara su nombre.

Montoni obedeció a la llamada, y al encontrarse con Orsino fue informado de las circunstancias que explicaban su visita y su visible alarma, que en parte ya conocía.

Un noble veneciano que recientemente había provocado el odio de Orsino había sido hallado apuñalado por asesinos a sueldo; y, como la persona asesinada tenía

importantes contactos, el Senado había intervenido en el asunto. Uno de los asesinos había sido aprehendido y había confesado que Orsino le había contratado para aquel acto atroz; y éste, al corriente del peligro que corría, había acudido a Montoni para consultarle sobre las necesarias medidas para escapar. Sabía que en aquel momento los oficiales de la policía le perseguían por toda la ciudad; salir de ella, por tanto, era impracticable, y Montoni accedió a ocultarle durante unos días hasta que cediera la vigilancia de la justicia y a ayudarle después a salir de Venecia. Se daba cuenta del peligro que corría él mismo al permitir que Orsino quedara en su casa, pero tal era el sentido de sus obligaciones con aquel hombre, que no pensó que era prudente negarle el asilo. Así era la persona que Montoni había admitido como confidente y por el que sentía tanta amistad como le permitía su modo de ser.

Mientras Orsino permaneció escondido en su casa, Montoni no estaba dispuesto a atraer la observación pública con el matrimonio del conde Morano; pero este obstáculo quedó superado en unos pocos días con la marcha del visitante criminal y entonces informó a Emily de que el matrimonio se celebraría a la mañana siguiente. A sus repetidas afirmaciones de que no se celebraría replicó sólo con una sonrisa perversa, diciéndole que el conde y un sacerdote llegarían a la casa a primera hora de la mañana, y avisándole que no insistiera en despertar su resentimiento oponiéndose a su voluntad y a su propio interés.

—Ahora voy a salir —dijo Montoni—, recuerda que concederé tu mano al conde Morano mañana por la mañana.

Emily, que desde las últimas amenazas había esperado que el problema llegara a la crisis, se sintió menos conmovida por la declaración de lo que habría estado en otro caso y se esforzó por apoyarse en la creencia de que el matrimonio no sería válido mientras ella rehusara ante el sacerdote participar en la ceremonia. Sin embargo, según se acercaba el momento de la prueba, su espíritu se conmovió casi igual ante la idea de enfrentarse a su vengador como ante la mano del conde Morano. Ni siquiera estaba totalmente segura de las consecuencias de su permanente rechazo ante el altar, y tembló más que nunca al pensar en el poder de Montoni, que parecía tan ilimitado como su voluntad, puesto que ya había visto que no tenía escrúpulos en transgredir las leyes y que, haciéndolo, lograría sus propósitos.

Mientras sus pensamientos se alteraban por el sufrimiento, y en un estado casi de ausencia, fue informada de que Morano había solicitado permiso para verla, y el criado no había hecho más que salir con una excusa cuando se había arrepentido de ello. Al momento siguiente, volviendo de su decisión anterior y decidida a intentar lo que el justo desdén y el rechazo no había logrado, volvió a llamar al criado y envió un mensaje diferente, preparándose para bajar a ver al conde.

La dignidad y la segura compostura con la que le recibió, y el aspecto de resignación pensativa que suavizaba su rostro no eran circunstancias favorables a

inducirle a él a renunciar, cuando la pasión conmovía su juicio. Escuchó todo lo que ella dijo con una complacencia aparente y un deseo de obligarla, pero su resolución permaneció invariable y trató de ganarse su admiración por todos los medios de la insinuación que tan perfectamente sabía practicar. Convencida al fin de que nada podía esperar de su justicia, Emily repitió, de modo solemne e impresionante, el absoluto rechazo a su solicitud y le dejó con la afirmación de que ese rechazo lo mantendría ante cualquier circunstancia en que fuera necesario. El orgullo le había permitido contener las lágrimas en su presencia, pero ahora brotaban de lo más profundo de su corazón. Invocó varias veces el nombre de su padre desaparecido y se sintió angustiada ante el pensamiento de Valancourt.

No bajó a cenar, sino que permaneció sola en su cuarto, a veces cediendo a la influencia de la desesperación, y otras decidida a fortificar su pensamiento contra ellas y a prepararse para enfrentarse con coraje a la escena de la mañana siguiente, cuando las estratagemas de Morano y la violencia de Montoni se unirían contra ella.

Era ya tarde avanzada cuando madame Montoni fue a su habitación con algunos adornos nupciales que el conde había enviado a Emily. Aquel día había evitado a propósito a su sobrina; tal vez porque su habitual insensibilidad fallaba y temía enfrentarse con la escena de la desesperación de Emily; o, posiblemente, porque aunque su conciencia era rara vez audible, le reprochaba ahora su conducta con la hija huérfana de su hermano, cuya felicidad le había sido confiada por un padre en su lecho de muerte.

Emily no prestó atención alguna a los regalos e hizo al final, aunque casi sin esperanza, esfuerzos para lograr la compasión de madame Montoni, quien, si es que sintió en algún grado piedad o remordimiento, supo ocultarlo con éxito, y reprochó a su sobrina el que se sintiera tan desgraciada ante un matrimonio que tendría que hacerle feliz.

—Estoy segura —dijo— que si yo no estuviera casada y el conde me hubiera hecho una proposición me habría sentido halagada por la distinción; y si yo hubiera hecho eso, estoy segura, sobrina, que tú, que no tienes fortuna, deberías sentirte altamente honrada y mostrar tu gratitud y humildad hacia el conde por su condescendencia. Me sorprende a veces, tengo que reconocerlo, observar con qué humildad se presenta ante ti, a pesar de los altivos aires con que le tratas. Me sorprende que tenga paciencia para ello. Si yo fuera él, sé que más de una vez habría estado pronta para reprenderte y para que supieras un poco mejor quién eres. Te aseguro que no te habría galanteado, porque es absurdo y te hace fantasear sobre ti misma y pensar que nadie te merece. ¡Se lo he dicho al conde con frecuencia, porque no tengo paciencia para oírle sus galanterías, que tú te crees al pie de la letra!

—Vuestra paciencia, madame, no puede sufrir más cruelmente en tales ocasiones que la mía —dijo Emily.

—¡Oh!, eso es simple afectación —continuó su tía—, sé muy bien que te gustan los halagos y que te hacen tan vanidosa que crees que tienes el mundo entero a tus pies, pero te equivocas. Te aseguro, sobrina, que nunca te encontrarás con muchos pretendientes como el conde. Cualquier otra persona hace tiempo que te habría dado la espalda y te habría dejado arrepentirte de tu locura.

—¡Qué pena que el conde no sea como cualquier otra persona! —dijo Emily, con un profundo suspiro.

—Por fortuna para ti, no es así —comentó madame Montoni—, y todo lo que digo es por simple amabilidad. Trato de convencerte de tu buena fortuna y de persuadirte de que te sometas a esta necesidad de buen grado. A mí no me preocupa, como sabes, si te gusta o no este matrimonio, porque ha de ser. En consecuencia, todo lo que te digo es sólo y simplemente consideración. Quiero verte feliz y es culpa tuya si no lo eres. Quiero preguntarte ahora, con seriedad y con calma, ¿qué clase de unión puedes esperar, teniendo en cuenta que el conde no puede satisfacer tu ambición?

—No tengo ambición alguna, madame —replicó Emily—, mi único deseo es permanecer en mi situación presente.

—¡Oh!, eso es hablar bastante claro —dijo su tía—, ya veo que sigues pensando en monsieur Valancourt. ¡Pide liberarte de todas esas nociones fantásticas sobre el amor y ese orgullo ridículo para ser una criatura razonable! Pero eso tampoco tiene sentido, ya que tu matrimonio con el conde se celebrará mañana, lo apruebes o no. No se puede seguir jugando con el conde.

Emily no intentó contestar a este curioso discurso; se dio cuenta de que estaría cargado de resentimiento y de que sería inútil. Madame Montoni dejó los regalos del conde sobre la mesa, en la que Emily estaba apoyada y, deseando que estuviera preparada por la mañana temprano, le dio las buenas noches. «Buenas noches, madame», dijo Emily, con un profundo suspiro, mientras la puerta se cerraba tras su tía y quedaba una vez más a solas con sus tristes pensamientos. Durante algún tiempo permaneció sentada con la mente perdida, como inconsciente de dónde se encontraba; por fin levantó la cabeza, y al contemplar la habitación, su tristeza y profundo silencio la despertaron. Fijó los ojos en la puerta por la que había marchado su tía y escuchó atentamente por si oía algún sonido que pudiera aliviar el profundo hundimiento de su espíritu. Pero era más de medianoche y toda la familia, excepto el criado que velaba en espera de Montoni, se había retirado a descansar. Tras la larga desesperación, cedía a terrores imaginarios. Temblaba al mirar en la oscuridad de su espaciosa cámara y temió algo desconocido. Un estado de ánimo en el que habría llamado a Annette, la sirviente de su tía, si sus miedos le hubieran permitido levantarse de la silla y cruzar la habitación.

Aquellas melancólicas ilusiones comenzaron a dispersarse y se retiró a su cama, no para dormir, porque eso era casi imposible, pero para tratar, al menos, de acallar su

alterada fantasía y reunir fuerzas suficientes para enfrentarse a la escena de la mañana que se aproximaba.

Capítulo V

¡Oscuro poder! con sometido pensamiento, estremecido, dócil,
sé mío para leer las antiguas visiones
que tus despiertos poetas han contado,
y para que no se encuent ren con mi limitada perspectiva,
que comprenda cada extraña fábula devotamente cierta.

COLLINS: *Oda al miedo*

Emily se despertó de una especie de sopor en el que finalmente cayó, por unos golpes en la puerta de su cámara. Saltó llena de terror, porque Montoni y el conde Morano acudieron inmediatamente a su mente. Pero tras escuchar en silencio durante un rato, reconoció la voz de Annette, se levantó y abrió la puerta.

—¿Qué te trae aquí tan temprano? —dijo Emily, temblando excesivamente. Era incapaz de sostenerse en pie y se sentó en la cama.

—¡Querida mademoiselle! —dijo Annette—, estáis muy pálida. Me asusta veros. Hay un gran jaleo abajo, todos los criados corren de una parte a otra y ninguno de ellos lo suficiente. Hay un tremendo bullicio, de pronto, y nadie sabe por qué.

—¿Quién está abajo además de ellos? —dijo Emily—. ¡Annette, no juegues conmigo!

—Por nada del mundo, mademoiselle, jugaría con vos; pero no puedo dejar de hacer un comentario, y el signor está tan excitado como nunca le he visto. Me ha enviado a deciros que os preparéis inmediatamente.

—¡Dios me ayude! —exclamó Emily, casi desmayándose—, ¡entonces es que el conde Morano está abajo!

—No, mademoiselle, no está abajo, que yo sepa —replicó Annette—, sólo su *excellenza*, que me envía porque desea que os preparéis para abandonar Venecia, porque las góndolas estarán en la escalinata del canal en pocos minutos; pero debo volver con mi señora, que está desesperada y no sabe qué camino tomar para hacerlo todo más rápido.

—Explícate, Annette, explica el sentido de todo esto antes de marcharte —dijo Emily, conmovida por la sorpresa y con tal tímida esperanza que casi no podía respirar.

—No, mademoiselle, eso es todo. Sólo sé que el signor acaba de llegar a casa de muy malhumor, que nos ha levantado a todos de la cama y nos ha dicho que tenemos que abandonar Venecia inmediatamente.

—¿Se marchará el conde Morano con el signor? —preguntó Emily—, ¿adónde

vamos?

—No puedo contestaros con seguridad; pero he oído decir a Ludovico algo de que después de que lleguemos a *terra-firmama,*[24] iremos al castillo del signor entre unas montañas.

—¡Los Apeninos! —dijo Emily ansiosamente—, ¡oh!, ¡entonces me quedan pocas esperanzas!

—E& es el sitio, mademoiselle. Pero animaos y no os lo toméis tan a pecho. Pensad en el poco tiempo que tenéis para prepararos y en lo impaciente que es el signor. ¡Bendito sea San Marcos!, ya oigo los remos en el canal, cada vez más cerca, y cómo golpean en la escalinata. Seguro que es la góndola.

Annette salió de inmediato de la habitación y Emily se preparó para el inesperado viaje todo lo rápido que le permitieron sus manos temblorosas, no dándose cuenta de que cualquier cambio en su situación podría ser para peor. Acababa de meter sus libros y vestidos en el baúl cuando recibió una segunda llamada. Bajó al vestidor de su tía, donde encontró a Montoni, impaciente, reprochando a su esposa su retraso. Salió, poco después, para dar nuevas instrucciones al servicio, y Emily aprovechó la ocasión para preguntar por el motivo del viaje, pero su tía parecía tan ignorante como ella misma y contrariada por ello.

Embarcaron finalmente, pero ni el conde Morano ni Cavigni aparecieron. Emily se sintió revivir al observarlo cuando los gondoleros hundieron los remos en el agua y se apartaron del pórtico, con la sensación con la que un criminal recibe la suspensión temporal de su sentencia. Su corazón se sintió más ligero al salir del canal y entrar en el océano y aún más ligero cuando se alejaron de los muros de San Marcos sin haberse detenido para recoger al conde Morano.

Amanecía y se iluminaba el horizonte y las playas del Adriático. Emily no se aventuró a formular pregunta alguna a Montoni, que estuvo sentado durante un rato en profundo silencio y que después se envolvió en la capa como si quisiera dormir, mientras madame Montoni hacía lo mismo. Emily, que no tenía sueño, descorrió una de las pequeñas cortinas de la góndola y contempló el mar. Con la luz del amanecer se iluminaban las cumbres de las montañas de Friuli, pero las partes bajas y las olas distantes que se estrellaban a sus pies seguían envueltas en la oscuridad. Emily, hundida en una melancolía tranquila, contempló el fortalecimiento de la luz que se extendía por el océano, mostrando sucesivamente los contornos de Venecia y sus islas, y las playas de Italia, de las que empezaban a salir embarcaciones con sus velas latinas.

Los gondoleros eran saludados con frecuencia, en hora tan temprana, por los comerciantes que se dirigían a Venecia, y la laguna no tardó en mostrar las alegres escenas de las innumerables pequeñas embarcaciones cruzando desde *Terra-firrma* con provisiones. Emily echó una última mira a aquella espléndida ciudad, pero su

imaginación estaba ocupada en la consideración de los acontecimientos probables que la esperaban, en las escenas de las que había sido arrebatada y en conjeturas sobre el motivo de su inesperado viaje. Tras una consideración con calma, daba la impresión de que Montoni se la llevaba a su castillo, porque allí, con más probabilidades de éxito, podría aterrorizarla hasta la obediencia; o, que, rodeada de las escenas deprimentes y secuestrada, su forzado matrimonio con el conde pudiera ser llevado a cabo con el secreto que era necesario para el honor de Montoni. Por ello, los pocos ánimos que la marcha le había despertado, comenzaron a decaer, y cuando Emily llegó a la playa se vio sumida en la misma depresión anterior.

Montoni no siguió por el Brenta, sino que tomó el camino en carruajes a través del país, hacia los Apeninos. Durante el viaje, su actitud hacia Emily fue tan especialmente severa que sólo esto habría confirmado su última sospecha, si es que alguna confirmación era necesaria. Sus sentidos estaban como muertos ante la belleza del paisaje por el que viajaban. En ocasiones sentía la necesidad de sonreír ante la inocencia de Annette, por sus comentarios sobre lo que veía, y otras se le escapaba un suspiro cuando alguna escena de particular belleza le traía el recuerdo de Valancourt, que de todos modos rara vez no pesaba en su mente y del que no esperaba volver a oír en la soledad a la que era conducida.

Pasado un tiempo, los viajeros comenzaron a subir por los Apeninos. Los inmensos bosques de pino, que en aquel período cubrían las montañas y entre los que corría el camino, impedían toda visión que no fuera la de las cumbres por encima, excepto cuando un claro en los tupidos bosques permitía una visión momentánea del paisaje que iban dejando abajo. La tristeza de aquellas sombras, su silencio solitario, excepto cuando la brisa soplaba entre las cumbres, los tremendos precipicios de las montañas, que se percibían parcialmente, todo contribuía a elevar la solemnidad de los sentimientos de Emily hacia el pavor. Sólo veía imágenes de penosa grandeza, o de temerosa sublimidad en lo que la rodeaba, y otras igualmente tristes dominaban su imaginación. No sabía adónde iba, bajo el dominio de una persona cuyas arbitrarias disposiciones ya había sufrido bastante, para casarse, quizá, con un hombre por el que no sentía afecto o estima, o para sufrir, más allá de cualquier esperanza, un castigo que la idea de la venganza italiana pudiera dictar. Cuanto más consideraba cuáles pudieran ser los motivos del viaje, más se convencía de que tenía el propósito de llevar a cabo su matrimonio con el conde Morano, con el secreto que su decidida resistencia había hecho necesario para el honor, si no por la seguridad, de Montoni. Desde la profunda soledad en la que estaba inmersa y en el tenebroso castillo del que había oído insinuaciones misteriosas, su corazón enfermo se abandonó a la desesperación, y experimentó, a pesar de que su mente ya estaba saturada con los más terribles temores, que seguía viva a la influencia de nuevas circunstancias. ¿Por qué, si no, temblaba ante la idea de aquel castillo desolado?

Según ascendían los viajeros entre los bosques de pinos, cada paso más elevado que el anterior, las montañas parecían multiplicarse, y la cumbre de cada una de ellas era tan sólo la base de la siguiente. Llegaron por fin a una pequeña llanura donde los conductores se detuvieron para dar descanso a las mulas, y la escena que se les abrió era de tal extensión y magnificencia que despertó incluso en madame Montoni un comentario de admiración. Emily perdió por un momento sus pesares en la inmensidad de la naturaleza. Más allá del anfiteatro de montañas que se extendía por debajo, cuyas cumbres parecían casi tan numerosas como las olas del mar y cuyas laderas permanecían ocultas por la floresta, se extendía la campiña de Italia, donde ciudades y ríos, y bosques y toda clase de cultivos se mezclaban en alegre confusión. El Adriático cerraba el horizonte, en el que el Po y el Brenta, tras recorrer todo el paisaje, depositaban sus fructíferas corrientes. Emily contempló el esplendor del mundo que dejaba, cuya magnificencia presente ante su vista incrementaba el dolor de dejarla; para ella sólo Valancourt estaba en ese mundo; a él sólo se volvía su corazón y sólo por el sentía sus lágrimas amargas.

Desde este sublime escenario los viajeros continuaron ascendiendo entre los pinos, hasta que entraron en los pasos estrechos de las montañas, que cerraban toda la visión del campo distante y en su recorrido exhibían únicamente tremendos despeñaderos, más allá del camino, en los que no había vestigio alguno ni siquiera vegetación, excepto aquí y allá, en que asomaban las ramas de algún roble, crecido al borde de la roca, a la que se aferraban sus fuertes raíces. En este paso, que conducía al corazón de los Apeninos, se abrió el día por completo, y el grupo de montañas apareció en la perspectiva con tal fuerza salvaje que ninguno de los viajeros había visto antes. Sin embargo, en la base se veían los bosques de pinos que coronaban los tremendos precipicios que caían perpendicularmente hacia el valle, mientras arriba, la neblina, iluminada por los rayos del sol, tocaba los acantilados con un mágico colorido de luz y sombra. La escena parecía cambiar perpetuamente y su aspecto asumir nuevas formas mientras la espiral del camino les llevaba a contemplarla desde diferentes ángulos. En un momento, la niebla ocultaba sus bellezas y, después, las iluminaba con espléndidos tonos, asistidos por la ilusión de la vista.

Aunque los valles profundos entre aquellas montañas estaban por lo general cubiertos con pinos, en algunas zonas una abertura abrupta presentaba una perspectiva de rocas desnudas, con cataratas cayendo desde sus cumbres entre los riscos rotos, hasta que sus aguas, al alcanzar el fondo, espumaban con incesante furia. Otras veces las escenas pastoriles exhibían sus delicias verdes en valles estrechos sonriendo en medio del horror que les rodeaba. Había rebaños de cabras y corderos paciendo bajo las sombras de los árboles colgantes, y la pequeña cabaña del pastor, levantada en el margen de alguna clara corriente, que presentaba un dulce cuadro de reposo.

Salvajes y románticas, estas escenas no tenían el carácter sublime de las de los Alpes, que guardan la entrada en Italia. Emily sintió elevarse su ánimo con frecuencia, pero rara vez aquellas emociones de temor indescriptibl e que se habían despertado continuamente al pasar por los Alpes.

Según concluía el día, el camino se orientaba hacia un valle profundo. Estaba rodeado por montañas cuyas pendientes parecían ser inaccesibles. Hacia el este se abría el paisaje que exhibía a los Apeninos en sus más oscuros horrores, y la larga perspectiva de las cumbres, elevándose una sobre otra, mostraban una imagen de grandeza que Emily no había contemplado nunca. El sol se acababa de ocultar tras las montañas por las que descendían, cuyas alargadas sombras se extendían por el valle, pero sus rayos, asomando entre los riscos, tocaban con un tono amarillo las copas de los bosques que se extendían por el lado opuesto y en total esplendor sobre las torres y almenas de un castillo que asomaba sus extensas murallas por el borde del precipicio que había sobre ellos. El esplendor de todos estos aspectos iluminados se engrandecía con las sombras que envolvían el valle.

—Ahí —dijo Montoni, hablando por primera vez después de varias horas— está Udolfo.

Emily echó una mirada melancólica al castillo y comprendió que era el de Montoni. Aunque estaba iluminado por la puesta del sol, la grandeza gótica de su arquitectura y sus muros de piedra gris oscura, le daban un aspecto sublime y sombrío. Según miraba, la luz se desvaneció de sus muros, dejando un tono púrpura, que se hizo cada vez más oscuro con el fino vapor que despedía la montaña, mientras las almenas seguían diciendo de su esplendor. De ellas también desaparecieron los rayos y todo el edificio se vio envuelto en la sombra solemne de la tarde. Silencio, soledad y sublimidad parecían ser los soberanos del paisaje, desafiando a todos los que se atrevieran a invadir su reino solitario. Según se oscurecía el crepúsculo, su silueta se hizo más tenebrosa, y Emily continuó mirando hasta que sólo pudo divisar

las torres que asomaban por encima de los árboles, bajo cuya espesa sombra los carruajes empezaron a subir.

La extensión y oscuridad de aquellos altos muros despertaron imágenes terroríficas en su mente, y casi esperaba ver a un grupo de bandidos asomando entre los árboles. Los carruajes rebasaron por fin la enorme roca y poco después alcanzaron las puertas del castillo, donde el tono bajo de la campana de llamada, que fue tañida para informar de su llegada, aumentó las temerosas emociones que dominaban a Emily. Mientras esperaban que el sirviente abriera las puertas, miró ansiosamente el edificio, pero la oscuridad reinante no le permitió distinguir mucho más de esa parte de su trazado, salvo saber que era grande, viejo y triste. Por lo que vio, pudo juzgar su carácter de fortaleza y su extensión. La puerta de entrada que estaba ante ella, que conducía a los patios, era de un tamaño gigantesco y estaba defendida por dos torres circulares, coronadas por torretas, almenadas, donde en lugar de estandartes había musgo y plantas silvestres que habían echado raíces en los bordes de la piedra y que parecían suspirar, movidos por la brisa, en la desolación que les rodeaba. Las torres estaban unidas por una cortina, también almenada, bajo la cual aparecía el centro de arco de un gigantesco pórtico, que sobremontaba las puertas; desde éste, los muros se extendían a las otras torres, sobre el precipicio, cuya escalonada silueta, que se extendía hacia el oeste, hablaba de las tragedias de la guerra. Más allá todo se perdía en la oscuridad de la noche.

Mientras Emily contemplaba con temor la escena, se oyeron pasos al otro lado de la puerta y el ruido de los cerrojos, tras lo cual el viejo criado del castillo apareció, abriendo hacia dentro con fuerza las gigantescas hojas del portal, para dar paso a su señor. Cuando las ruedas de los carruajes corrían pesadas bajo el pórtico, el corazón de Emily se sumió en la desesperación y parecía que llegaba a su prisión; el tenebroso patio en el que entraron sirvió para confirmar la idea, y su imaginación, más despierta aún por las circunstancias, le sugirieron más terrores de los que su razón hubiera podido justificar.

Una segunda puerta les condujo al segundo patio, cubierto de hierba y más silvestre que el anterior, donde, mientras contemplaba toda su desolación, sus terribles muros, llenos de musgo y las torres almenadas que asomaban por encima, largos sufrimientos y asesinatos se mezclaron en sus pensamientos. Una de esas convicciones instantáneas e insospechadas que en ocasiones abaten a las mentes más fuertes la impresionó con todo su horror. Este sentimiento no desapareció cuando entró en un enorme vestíbulo gótico, oscurecido en la semiluz de la tarde con una sola lámpara en la distancia a través de la larga perspectiva de sus arcos. Al acercar el criado la lámpara, algunos rayos cayeron sobre los pilares y la unión de los arcos, formando un fuerte contraste con sus sombras que se extendían por el pavimento y los muros.

La inmediata partida de Montoni había impedido a sus criados hacer cualquier preparación para recibirle, ya que había sido sólo el corto intervalo desde la llegada de un criado, que había sido enviado desde Venecia, y esto, en cierta medida, explicaba el aire de extrema desolación presente por todas partes.

El ariado, que se acercó con la luz a Montoni, inclinó la cabeza en silencio y los músculos de su rostro reposaron sin síntoma alguno de alegría. Montoni respondió al saludo con un ligero movimiento de mano y siguió adelante, mientras su esposa, tras él, miraba con sorpresa y descontento, aunque con temor a expresarlo. Emily, valorando la extensión y la grandeza del vestíbulo con una admiración tímida, se aproximó a una escalera de mármol. Los arcos se abrían hacia un vano, de cuyo centro colgaba una lámpara de tres brazos que encendía con rapidez un criado, y se fueron haciendo gradualmente visibles el rico artesonado del techo, un corredor que conducía a varias habitaciones superiores y una vidriera que se extendía desde el pavimento hasta el techo del vestíbulo.

Después de cruzar hacia la escalera y pasar a través de una sala pequeña, entraron en un amplio salón, cuyos muros, forrados de madera negra procedente de las montañas vecinas, difícilmente se distinguían de la misma oscuridad.

—Traed más luz —dijo Montoni al entrar.

El criado, dejando la lámpara, se retiró para obedecerle, cuando madame Montoni observó que el aire de la tarde en aquella región montañosa era frío y quiso que encendieran un fuego. Montoni ordenó que trajeran troncos inmediatamente.

Mientras recorría la habitación con paso pensativo, y madame Montoni se sentaba en silencio en un sofá situado en uno de los extremos esperando el regreso del criado, Emily observó la singular solemnidad y desolación de la sala, vista, como estaba entonces, por la penumbra de una sola lámpara situada cerca de un espejo veneciano que reflejaba la escena llena de sombras, con la figura alta de Montoni pasando lentamente, con los brazos cruzados y el rostro oculto por la sombra de la pluma que se agitaba en su tocado.

Desde la contemplación de esta escena, la imaginación de Emily corrió a la idea de los sufrimientos que podrían aguardarla hasta el recuerdo de Valancourt, lejos, ¡muy lejos!, y se sumió en su pesar. Se le escapó un profundo suspiro; pero, tratando de ocultar las lágrimas, se acercó a una de las altas ventanas que se abrían sobre los baluartes, bajo los cuales se extendían los bosques que habían cruzado al acercarse al castillo. Pero las sombras de la noche envolvían las montañas y únicamente su silueta podía ser trazada ligeramente en el horizonte, mientras una sombra roja lucía aún por el oeste. El valle estaba totalmente oscuro.

—Su *excellenza* sea bienvenido al castillo —dijo el viejo, al levantarse después de haber dejado los troncos—. Esto lleva mucho tiempo solitario. Debéis excusarme, signor, pero nos habéis avisado con muy poca anticipación. Casi dos años se

cumplirán en la próxima fiesta de San Marcos desde que faltáis de estos muros.

—Tienes buena memoria, viejo Carlo —dijo Montoni—, eso es poco más o menos. ¿Cómo has logrado vivir tanto tiempo?

—Voy tirando, señor, con mucho trabajo. Los fríos vientos que soplan por el castillo en invierno son demasiado para mí. Algunas veces he pensado en solicitaros que me permitáis dejar las montañas y bajar al valle. Pero no sé cómo hacerlo. No sé cómo podría dejar estos viejos muros en los que he vivido tanto tiempo.

—¿Cómo ha ido todo en el castillo desde que me marché? —preguntó Montoni.

—Como de costumbre, signor, sólo que necesita muchas reparaciones. En la torre norte, algunas de las almenas se han caído, y un día lo hicieron sobre mi pobre mujer (¡Dios tenga su alma!) Vuestra *excellenza* debe saber...

—Vamos con las reparaciones —interrumpió Montoni.

—Las reparaciones —repitió Cario—; una parte del tejado del vestíbulo grande se ha caído y los vientos de las montañas entraban el pasado invierno, silbando por todo el castillo, de modo que no había manera de calentarse, aunque se hubiera querido. Mi mujer y yo solíamos sentarnos dando diente con diente ante un gran fuego en uno de los esquinazos del vestíbulo pequeño dispuestos a morir de frío, y...

—Pero no hay más reparaciones que hacer —dijo Montoni con impaciencia.

—¡Oh, señor!, vuestra *excellenza,* sí, el muro del baluarte se ha caído por tres lugares; luego están las escaleras, las que conducen a la galería oeste. Hace tanto tiempo que están mal, que es peligroso subir por ellas; y el pasadizo que conduce a la gran cámara de roble, la que está por encima del baluarte norte, una noche, el pasado invierno, me aventuré a ir por allí y vuestra *excellenza*...

—Bien, basta con eso —dijo Montoni con rapidez—, hablaré contigo mañana.

El fuego ya estaba encendido; Carlo barrió la tierra, colocó las sillas, limpió el polvo de una gran mesa de mármol que había cerca y salió de la habitación.

Montoni y su familia se reunieron alrededor del fuego. Madame Montoni hizo algunos esfuerzos para iniciar una conversación, pero sus cortantes respuestas la detuvieron, mientras Emily, sentada, buscaba fuerzas suficientes para hablar con él. Al fin, con voz temblorosa, dijo:

—¿Puedo, señor, preguntaros el motivo de este viaje inesperado? —tras una pausa, reunió coraje suficiente para repetir su pregunta.

—No me complace contestar preguntas —dijo Montoni—, no te corresponde hacerlas; el tiempo lo hará en mi lugar; pero deseo que no te sientas inquieta y te recomiendo que te retires a tu habitación y te decidas a adoptar una conducta más racional que la de ceder a la fantasía y a una sensibilidad que, para definirla con el nombre más amable, es sólo debilidad.

Emily se levantó para marcharse.

—Buenas noches, señora —dijo a su tía, simulando de modo que no dejara

traslucir su emoción.

—Buenas noches, querida mía —dijo madame Montoni, en un tono de amabilidad que nunca había usado con su sobrina, y su inesperado comportamiento despertó las lágrimas en los ojos de Emily. Hizo una cortesía a Montoni y ya se iba a retirar—. Pero no sabes dónde está tu habitación —dijo su tía.

Montoni llamó al criado que esperaba en la antecámara y le indicó que enviara a la doncella de madame Montoni, con la que Emily se retiró a los pocos minutos.

—¿Sabes cuál es mi habitación? —le preguntó a Annette mientras cruzaban el vestíbulo.

—Sí, creo que lo sé, mademoiselle; ¡pero es un lugar tan confuso y extraño! Ya me he perdido una vez; lo llaman la doble cámara, sobre el bastión sur, y he subido por esta gran escalera para ello. La habitación de mi señora está al otro extremo del castillo.

Emily subió por la escalera de mármol y llegó a un corredor, y mientras lo recorrían, Annette continuó con su charla.

—¡Qué sitio tan solitario!, me da miedo vivir aquí. ¡Cuántas veces he deseado verme de nuevo en Francia! ¡Qué poco pensé, cuando vine con mi señora para ver mundo, que podrían encerrarme en un lugar como éste! ¡Si lo hubiera sabido nunca habría abandonado mi país! Por aquí, mademoiselle, por esta revuelta. Me hace creer de nuevo en gigantes, porque éste parece uno de sus castillos, y una noche u otra supongo que acabaré viendo hadas saltando en ese gran vestíbulo que parece más una iglesia, con esas enormes columnas, que cualquier otra cosa.

—Sí —dijo Emily, sonriendo y contenta de escapar de pensamientos más graves —, si vamos por el corredor a medianoche y miramos hacia el vestíbulo seguro que lo vemos iluminado con miles de lámparas y a las hadas moviéndose en alegres círculos al sonido de una música deliciosa. Porque es a estos lugares a los que acuden para sus fiestas. Pero me temo, Annette, que no llegarás a alcanzar tal espectáculo porque si oyen tu voz toda la escena desaparecerá en un instante.

—¡Oh!, si quisierais acompañarme, mademoiselle, vendré al corredor esta misma noche y os prometo que mantendré mi boca cerrada y que no será culpa mía si el espectáculo desaparece. Pero, ¿creéis que vendrán?

—No puedo prometerlo con certeza, pero me aventuraré a decir que no será culpa tuya si el encantamiento se desvanece.

—Eso es más de lo que esperaba de vos, pero no tengo tanto miedo a las hadas como a los fantasmas, y dicen que hay multitud por el castillo. Sentiría un miedo mortal si tuviera la desgracia de ver a alguno de ellos. Pero, ¡deteneos!, mademoiselle, ¡caminad despacio! Me ha parecido varias veces que algo pasaba a mi lado.

—¡Ridículo! —dijo Emily—, no debes dejarte llevar por la fantasía.

—No son fantasías, que yo sepa. Benedetto dice que estas galerías abandonadas y estos vestíbulos no están hechos sino para que los fantasmas vivan en ellos. Creo sinceramente que si he de vivir largo tiempo aquí acabaré por ser uno de ellos.

—Espero —dijo Emily— que no llegue a oír esos temores el señor Montoni. Le desagradarían profundamente.

—¡Ahora lo sabéis todo!, mademoiselle —prosiguió Annette—. Eso es todo lo que sé, aunque si el signor puede dormir a pierna suelta, nadie en el castillo tiene derecho a estar despierto. Estoy segura... —Emily no pareció darse cuenta de su observación—. Al final de este corredor, mademoiselle; esto conduce a una escalera posterior. ¡Oh! ¡Si veo algo caeré muerta de miedo!

—Eso parece francamente imposible —dijo Emily, sonriendo según seguían el recodo del pasillo, que conducía a otra galería; y entonces Annette, dándose cuenta de que se había confundido, mientras argumentaba tan elocuentemente sobre fantasmas y hadas, recorrió otros pasadizos y galerías, hasta que asustada por su complicación y desolación, gritó pidiendo ayuda; pero se encontraban demasiado lejos de los criados, que estaban al otro lado del castillo, y Emily abrió la puerta de una cámara que había a la izquierda.

—¡Oh!, no entréis ahí, mademoiselle —dijo Annette—, sólo conseguiremos perdemos más aún.

—Acércame la luz —dijo Emily—, es posible que podamos encontrar el camino por estas habitaciones.

Annette se quedó ante la puerta, inquieta, con la luz orientada hacia la habitación, pero los débiles rayos no llegaban ni a la mitad de la misma.

—¿Por qué dudas? —dijo Emily—, déjame ver a dónde conduce esta habitación.

Annette avanzó indecisa. Conducía a una serie de habitaciones antiguas y espaciosas, algunas de las cuales estaban decoradas con tapices y otras forradas con madera de cedro y alerce negro. Todos los muebles parecían tan viejos como las habitaciones, pero mantenían una apariencia de grandeza, aunque estaban cubiertos de polvo y casi destrozados por la humedad y el tiempo.

—¡Qué frías son estas habitaciones! —dijo Annette—, nadie ha debido de vivir en ellas desde hace muchos años. Vayámonos de aquí.

—Es posible que conduzcan hacia la gran escalera —dijo Emily, que siguió avanzando hasta llegar a una habitación llena de cuadros, y cogió la luz para examinar uno de un soldado a caballo en un campo de batalla. Estaba clavando su lanza en un hombre que yacía a los pies del caballo y que levantaba una mano en actitud suplicante. El soldado, cuyo casco estaba levantado, le miraba con ojos de venganza y su rostro tenía una expresión que asustó a Emily por su parecido con Montoni. Tembló y dejó de mirarlo. Pasó la luz rápidamente ante otros cuadros hasta que llegó a uno oculto por un velo negro de seda. Se sorprendió por esta circunstancia

y se detuvo con el deseo de retirar el velo y examinar lo que ocultaba tan cuidadosamente, pero se quedó como esperando a tener valor para ello.

—¡Virgen santa! ¿Qué es esto? —exclamó Annette—, seguro que es el cuadro del que me hablaron en Venecia.

—¿Qué cuadro? —dijo Emily.

—Hablaban de un cuadro —replicó Annette nerviosa—, pero nunca conseguí saber exactamente cómo era.

—Retira el velo, Annette.

—¿Cómo? ¿Yo, mademoiselle? ¡Yo! ¡Por nada de este mundo!

Emily se volvió y vio que el rostro de Annette se quedaba pálido.

—¿Qué has oído sobre este cuadro que te atemoriza de tal modo? —dijo Emily.

—Nada, mademoiselle; no he oído nada, pero sigamos con nuestro camino.

—Ciertamente, pero deseo primero examinar este cuadro; toma la lámpara, Annette, mientras yo descorro el velo.

Annette cogió la luz y se alejó de inmediato sin atender las llamadas de Emily para que se quedara, quien no deseando verse sola en la habitación a oscuras acabó por seguirla.

—¿Cuál es la causa de todo, Annette? —dijo Emily al alcanzarla—, ¿qué es lo que has oído en relación con ese cuadro que no te permite quedarte cuando te lo mando?

—No lo sé, mademoiselle —replicó Annette—, nada que tenga que ver con el cuadro, sólo he oído que hay algo terrible relacionado con él y que entonces fue tapado con ese velo negro y que nadie lo ha visto desde hace muchos años y que está relacionado con el propietario de este castillo antes de que el signor Montoni tomara posesión de él, y...

—Me doy cuenta, Annette —dijo Emily, sonriendo—, de que, como dices, no sabes nada sobre el cuadro.

—No, nada, mademoiselle, porque me hicieron prometer que no lo diría; pero...

—Vamos a ver, te comprendo —continuó Ernily, que observó que se debatía entre su inclinación a revelar el secreto y su miedo a las consecuencias—, no te preguntaré más.

—No, os lo ruego, mademoiselle, no lo hagáis.

—Y menos aún lo digas —interrumpió Emily.

Artnette se puso colorada, y Emily sonrió según llegaban al otro extremo de la serie de habitaciones y se encontraron, tras nuevas dudas, una vez más al final de la escalera de mármol, donde Annette dejó a Emily, mientras iba a llamar a alguno de los criados del castillo para que las condujera a la habitación que habían estado buscando.

Mientras Annette estaba ausente, el pensamiento de Emily volvió al cuadro. El

deseo de no interferir en la integridad de un criado había hecho que suspendiera sus preguntas sobre el tema al igual que algunas insinuaciones alarmantes, que Annette había dejado caer en relación con Montoni; aunque su curiosidad se había despertado al máximo y se daba cuenta de que sus preguntas podían ser fácilmente contestadas. Sin embargo, se inclinaba por volver a la habitación y examinar el cuadro, pero la soledad de la hora y del lugar, con el melancólico silencio que la rodeaba, conspiraron con un cierto grado de temor, excitado por el misterio que rodeaba al cuadro a prevenirla. Decidió, sin embargo, que cuando la luz del día reanimara su ánimo, iría a verlo y retiraría el velo. Mientras esperaba en el corredor, observó con admiración la enorme anchura de los muros, algo deteriorados, y los pilares de mármol sólido que se elevaban desde el vestíbulo y sostenían el techo.

Apareció un criado con Annette y condujo a Emily a su cámara, que estaba en una parte remota del castillo, y al final del mismo corredor desde el que comenzaba la serie de habitaciones por las que habían estado pasando. El triste aspecto de su habitación hizo que Emily no se sintiera dispuesta a que Annette la dejara de inmediato, y la humedad contribuyó a ello más que el miedo. Rogó a Caterina, criada del castillo, que trajera troncos y encendiera el fuego.

—Hace muchos años que no se ha encendido un fuego aquí —dijo Caterina.

—No hace falta que me lo digas, buena mujer —dijo Annette—, todas las habitaciones del castillo parecen un pozo. No sé cómo puedes vivir aquí. Yo ya estoy deseando volver a Venecia.

Emily hizo una seña a Caterina para que trajera la leña.

—Me pregunto, mademoiselle, ¿por qué llaman a esta habitación la cámara doble? —dijo Annette mientras Emily inspeccionaba todo en silencio y vio que era tan espaciosa como todas las que había visto y que, como muchas de ellas, tenía los muros forrados de alerce negro. La cama y otros muebles eran muy viejos y tenían un aire de noble grandeza como todos los que había visto en el castillo. Uno de los altos ventanales, que abrió, estaba sobre el muro, pero la vista más allá quedaba oculta por la oscuridad.

En presencia de Annette, Emily trató de animarse y de contener las lágrimas que de vez en cuando asomaban a sus ojos. Deseaba preguntar para cuándo esperaban al conde Morano, pero se contuvo pensando en que no debía hacer a una sirviente preguntas innecesarias y menos que se refirieran a la familia. Mientras tanto, los pensamientos de Annette estaban sumidos en otro tema; sentía especial atracción por todo lo maravilloso y había oído comentarios relacionados con el castillo que gratificaban altamente sus inclinaciones. Aunque había sido aconsejada de que no lo mencionara, su deseo de hacerlo era demasiado fuerte y a cada momento estaba al borde de contar lo que había oído. Para ella resultaba un severo castigo tener noticia de algunas circunstancias extrañas y verse obligada a ocultarlo; pero sabía que

Montoni podía imponerle uno mucho más severo y temió incurrir en ello al ofenderle.

Caterina trajo algunos leños, y las llamas dispersaron durante un momento la tristeza de la habitación. Le dijo a Annette que su señora había preguntado por ella, y Emily se vio una vez más sola con sus tristes pensamientos. Su corazón no se había endurecido aún lo suficiente contra las descorteses maneras de Montoni, y estaba casi tan conmovida como la primera vez en que le dio muestras de ellas. La ternura y ,el afecto a los que siempre había estado acostumbrada hasta que perdió a sus padres la habían hecho particularmente sensible a cualquier tipo de descortesía, y aún no se había acostumbrado a soportarla.

Para ocupar su tiempo con otros temas que no fueran los que le pesaban profundamente en su ánimo, se puso en pie, examinando de nuevo su habitación y el mobiliario. Según la recorría, pasó por delante de una puerta que no estaba cerrada del todo. Al darse cuenta de que no era la que había utilizado para entrar, acercó la luz para descubrir a dónde conducía. Al abrirla y avanzar, casi cayó en un escalón que iniciaba una escalera entre dos muros de piedra. Sintió curiosidad por saber dónde llevaba y se inquietó más todavía al comprobar que comunicaba directamente con su habitación; pero en su presente estado de ánimo, sintió que necesitaba más valor para aventurarse sola por aquella oscuridad. Cerró la puerta y trató de asegurarla, comprobando que no tenía cerrojo alguno por el lado de su habitación, pese a que había visto dos en el lado opuesto. Consiguió remediar en parte el defecto colocando una pesada silla apoyada en la puerta; sin embargo, su preocupación no cedió ante la idea de dormir sola en aquella habitación perdida, con una puerta abierta a algún lugar que desconocía y que no podía ser perfectamente cerrada desde dentro. En algún momento deseó haber pedido a madame Montoni que hubiera permitido que Annette se quedara con ella toda la noche, pero desechó la idea ante el temor de que la solicitud hubiera puesto al descubierto lo que se juzgaría como temor infantil, y también para no aumentar los temores de Annette.

Sus tristes reflexiones no tardaron en ser interrumpidas por unos pasos en el corredor, y se alegró al ver a Annette que entraba con algo para cenar, enviada por madame Montoni. En la mesa que había junto al fuego hizo que se sentara también la sirviente y cenara con ella. Cuando concluyeron el ligero refrigerio, Annette, animada por su condescendencia y tras echar un leño en el fuego, acercó una silla a Emily y dijo:

—¿Habéis oído, mademoiselle, lo del extraño accidente que hizo al signor amo de este castillo?

—¿Cuál es esa historia extraordinaria que tienes que contarme? —dijo Emily, ocultando la curiosidad que le ocasionaban las insinuaciones misteriosas que había oído anteriormente sobre el asunto.

—Estoy enterada de todo, mademoiselle —dijo Annette, echando una mirada por

la habitación y acercándose más a Emily—. Benedetto me lo dijo durante el viaje.

Decía: «Annette, ¿qué es lo que sabes de ese castillo al que nos dirigimos?» «No sé nada, señor Benedetto —dije yo—, ¿por qué no me lo contáis?» «Pero, tienes que saber guardar un secreto o no te lo diré por nada del mundo»; por ello prometí no decirlo, ya que dicen que al signor no le gusta que se hable de ello.

—Si has prometido guardar el secreto —dijo Emily—, lo mejor es que cumplas lo ofrecido.

Annette hizo una pausa y dijo después:

—¡Oh!, pero a vos, mademoiselle, a vos os lo puedo contar sin peligro. Lo sé.

—Por supuesto que lo guardaré para mí, Annette —dijo Emily, sonriendo.

Annette replicó muy seria que confiaba en ello y prosiguió:

—Este castillo, seguro que lo sabéis, mademoiselle, es muy viejo y muy fuerte. Según dicen, ha soportado muchos asedios. Pero no ha sido siempre del signor Montoni, ni de su padre. Pero, por alguna que otra ley, tenía que pasar a las manos del signor, si la señora moría soltera.

—¿Qué señora? —dijo Emily.

—Todavía no he llegado a eso —replicó Annette—, es de esa señora de la que voy a hablaros, mademoiselle. Como iba diciendo, esa señora vivía en el castillo y todo estaba muy bien dispuesto, como podéis suponer. El signor solía venir con frecuencia a verla. Estaba enamorado de ella y ofreció casarse, porque aunque eran algo parientes, el asunto no tenía importancia. Pero ella estaba enamorada de otra persona y no quería aceptarlo, lo que le enfadó muchísimo, según dicen, y ya sabéis, mademoiselle, qué desagradable se pone cuando está enfadado. Tal vez ella le vio en algún momento de esos y por tanto decidió no aceptar. Pero, como iba diciendo, ella era muy infeliz y estaba siempre melancólica, y todo eso durante mucho tiempo, y... ¡Virgen Santa! ¿Qué ha sido ese ruido? ¿No habéis oído algún sonido?

—Ha sido el viento —dijo Emily—, pero sigue con tu historia.

—Como iba diciendo... , ¿dónde estaba? .. , como iba diciendo, estuvo triste y melancólica durante mucho tiempo, y solía pasear por la terraza, ahí bajo las ventanas, sola, ¡y sin dejar de llorar! Habría sido bueno para vuestro corazón haberla oído. Quiero decir, no bueno, sino que os habría hecho llorar también, según me han dicho.

—Todo eso está muy bien, Annette, pero cuéntame el tema de tu historia.

—Todo a su debido tiempo. Lo que os he contado lo había oído antes, en Venecia, pero lo que viene ahora no lo he sabido hasta hoy. Todo pasó hace muchos años, cuando el signor Montoni era muy joven. La señora, la llamaban signora Laurentini, era muy hermosa, pero solía tener grandes arrebatos, también, a veces, como el signor. Al darse cuenta de que ella no le correspondía, ¿que hizo él? ¡Abandonar el castillo y no volver durante mucho tiempo!, pero para ella daba igual. Era igual de

desgraciada cuando él estaba como cuando se fue, hasta que una tarde... ¡Santo San Pedro!, mademoiselle —gritó Annette—, mirad esa lámpara, ¡ved que su llama es azul!

Miró llena de temor por toda la habitación.

—¡No seas ridícula! —dijo Emily—, ¿por qué te dejas llevar por esas fantasías? Te ruego que me acabes de contar tu historia, estoy impaciente.

Annette seguía con los ojos fijos en la lámpara y prosiguió bajando la voz.

—Dicen que una tarde, cerca del fin de año, puede que fuera a mediados de septiembre, creo yo, o comienzo de octubre; podría incluso ser noviembre, ya que también entonces es a finales del año, pero no lo puedo decir con certeza, porque tampoco ellos me lo han dicho así. No obstante, fue en la última parte del año, cuando esta señora se fue paseando desde el castillo hasta los bosques que hay debajo, como había hecho antes con frecuencia, sola, acompañada únicamente por su doncella. El viento era frío y movía las hojas por el suelo, silbando desmayadamente entre esos grandes y viejos castaños por los que hemos pasado, mademoiselle, según nos acercábamos al castillo... Benedetto me los ha mostrado mientras hablaba... el viento era frío, y la doncella trató de persuadirla para que regresaran. Pero no le hizo caso, porque le gustaba pasear por el bosque a la caída de la tarde, y si las hojas caían a su alrededor, mucho mejor.

»Bien; vieron cómo entraba en el bosque, pero vino la noche y no regresó; las diez, las once, dieron las doce y ¡la señora no vino! Bien, los criados pensaron que lo más seguro es que hubiera sufrido algún accidente y acudieron a buscarla. Registraron todo a lo largo de la noche, pero no pudieron encontrarla, ni vieron señales de ella. Desde aquel día hasta hoy, mademoiselle, no se ha sabido nada más de ella.

—¿Es cierto, Annette? —dijo Emily totalmente sorprendida.

—¡Cierto, mademoiselle! —dijo Annette con una mirada de terror—; sí, es verdad. Pero también dicen —añadió bajando la voz—, también dicen que la signora ha sido vista varias veces desde entonces paseando por el bosque y alrededor del castillo durante la noche; varios de los más viejos criados, que se quedaron aquí durante algún tiempo después de aquello, declaran haberla visto. Desde entonces ha sido vista por algunos de los vasallos que han venido al castillo por la noche. Cario, el viejo mayordomo, dice que podría contar muchas cosas, si quisiera.

—¡Eso es contradictorio, Annette! —dijo Emily—, dices que no se ha sabido nada de ella y, ¡sin embargo, que la han visto!

—Todo esto me lo han contado como un gran secreto —prosiguió Annette sin prestar atención a la observación—, y estoy segura, mademoiselle, que no seréis capaz de obligarme a mí o a Benedetto a contároslo de nuevo.

Emily guardó silencio y Annette repitió su última frase.

—No tienes que temer indiscreción alguna por mi parte —replicó Emily—, y permíteme que te aconseje, mi buena Annette, que tú también debes ser discreta y que no debes mencionar nunca que lo has contado a persona alguna. El signor Montoni, como has dicho, pudiera enfadarse si se entera de ello. Pero, ¿qué investigaciones hicieron en relación con la señora?

—¡Oh!, muchísimas, verdaderamente, mademoiselle, porque el signor reclamó el castillo de inmediato, por tratarse del heredero más próximo, y dicen que los jueces, o los senadores, o alguien parecido, dijo que no podía tomar posesión de él hasta que hubieran pasado muchos años, siempre que la señora no fuera encontrada y que cuando fuera como si estuviera muerta, el castillo sería suyo, y así es ahora. Pero la historia se comentó por todas partes y se contaron detalles muy extraños que no os diré.

—Todo sigue siendo raro, Annette —dijo Emily sonriendo y apartando de su mente lo que imaginaba—. Pero, cuando la signora Laurentini fue vista cerca del castillo, ¿nadie habló con ella?

—¡Hablar con ella! —gritó Annette aterrorizada—; no, naturalmente que no.

—¿Por qué no? —preguntó Emily deseando conocer más detalles.

—¡Virgen Santa! ¡Hablar con un espíritu!

—¿Por qué dedujeron que se trataba de un espíritu, a menos que se acercaran a ella y hubieran tratado de hablarle?

—¡Oh, mademoiselle, no os lo puedo decir! ¿Cómo podéis hacer esas preguntas? Nadie la vio venir o salir del castillo; y estaba en un lugar en un momento y al minuto siguiente en otra parte del castillo. Además, nunca habló. Si estaba viva, ¿qué podía hacer en el castillo si nunca habló? Varias partes del castillo se han caído desde entonces, por esa misma razón.

—¿Por qué, por qué nunca habló? —dijo Emily tratando de reír para ahuyentar el miedo que había empezado a atenazarla.

—No, mademoiselle, no —replicó Annette algo enfadada—, sino porque algo había sido visto en esas partes. También dicen que hay una vieja capilla junto al lado oeste del castillo en la que a medianoche ¡se pueden oír gemidos! ¡La sola idea hace temblar! Y se han visto cosas extrañas allí...

—Por favor, Annette, dejemos estas tontas historias —dijo Emily.

—¡Tontas historias, mademoiselle! Os diré algo, si queréis, que me ha contado Caterina. Era una noche fría de invierno cuando Caterina... (según me ha dicho, solía venir con frecuencia entonces por el castillo para hacer compañía al viejo Carlo y a su mujer, que la recomendaron después al signor y se quedó a vivir aquí desde entonces) ... Caterina estaba sentada con ellos en el zaguán pequeño, cuando dijo Carlo: «Me gustaría tostar algunos higos de los que tenemos en la despensa, pero está lejos y soy demasiado viejo para ir por ellos. Tú, Caterina, que eres joven y ligera, podrías traer

algunos, ya que el fuego es un buen lugar para tostarlos. Están en una esquina de la despensa, al final de la galería norte; toma, coge la lámpara y cuida, según subes la gran escalera, que el viento que entra por el tejado no te la apague». Así que Caterina cogió la lámpara... ¡Silencio!, mademoiselle. ¡Estoy segura de haber oído ruido!

Emily, a la que Annette había llenado con sus propios temores, escuchó atentamente, pero todo estaba silencioso, y Annette prosiguió:

—Caterina fue a la galería norte, que es ese pasillo que pasamos antes de llegar a éste. Según iba con la lámpara en la mano, sin pensar en nada... ¡Ahí está, otra vez! —exclamó Annette de pronto—, ¡lo he vuelto a oír! ¡No son fantasías, mademoiselle!

—¡Silencio! —dijo Emily temblando.

Se quedaron escuchando, sentadas y sin moverse. Emily oyó un ligero golpe dado contra el muro. Lo oyeron varias veces. Annette dio un grito y la puerta de la habitación se abrió lentamente. Era Caterina que venía a decirle a Annette que la señora la necesitaba. Emily, aunque se dio cuenta de quién era, no pudo sobreponerse de inmediato a su terror; mientras Annette, medio llorando y riendo, regañó a Caterina por haberlas asustado; pero también estaba asustada por la idea de que hubiera podido escuchar lo que hablaban. Emily, afectada profundamente por las informaciones de Annette, no estaba dispuesta a quedarse sola en aquel estado de ánimo, pero, para evitar el molestar a madame Montoni y para no traicionar su debilidad, luchó para sobreponerse a sus temores y se despidió de Annette por aquella noche.

Cuando se vio sola, sus pensamientos volvieron a la extraña historia de la signora Laurentini y después a su propia situación, en las montañas salvajes y solitarias de un país extranjero, en el castillo, y en manos de un hombre para el que sólo unos pocos meses antes era totalmente desconocida, un hombre que ya había ejercido una autoridad usurpada sobre ella, y cuyo carácter contemplaba con terror, aparentemente justificado por los temores de los demás. Sabía que aquel hombre tenía inventiva suficiente para la ejecución de cualquier proyecto y temió que su corazón estuviera vacío de sentimientos al extremo de llevar adelante cualquier empresa que pudiera sugerirle su propio interés. Hacía tiempo que venía observando la infelicidad de madame Montoni y había sido testigo a menudo del desdén y el lamentable comportamiento que recibía de su marido. A estos hechos, que se reunían para causarle una profunda preocupación, se añadían ahora aquellos miles de terrores que existen sólo en las imaginaciones activas y que desafían tanto a la razón como al frío análisis.

Emily recordó todo lo que le había contado Valancourt el día anterior de su marcha de Languedoc en relación con Montoni y también su intención de disuadirla a aventurarse a aquel viaje. Sus temores se le habían presentado con frecuencia como proféticos y ahora parecían confirmarse. Su corazón, al recordar la figura de

Valancourt, se sumió en un vano pesar, pero la razón no tardó en consolarla, ya que, aunque débil al principio, acabó adquiriendo vigor con la reflexión. Consideró que, fueran los que fueran sus sufrimientos, no le complicaría con su desgracia y que de ese modo en sus futuras penas se vería al menos libre de autorreproches.

Su melancolía se veía acompañada de los siniestros silbidos del viento por el pasillo y por todo el castillo. Las llamas de los troncos se habían extinguido hacía tiempo y se quedó sentada con los ojos fijos en las brasas, hasta que una ráfaga, que barrió por el pasillo e hizo temblar puertas y ventanas, la asustó, ya que su violencia hizo que se moviera la silla en la que estaba sentada, y la puerta que conducía hacia el pasadizo de la escalera se abrió a medias. Su curiosidad y sus temores se despertaron de nuevo. Cogió la lámpara y se dirigió hacia los escalones quedándose en la duda de si bajar o no. De nuevo el profundo silencio y lo siniestro del lugar la vencieron y decidió dejarlo para otra ocasión, cuando la luz del día le pudiera ayudar en su registro. Cerró la puerta y puso contra ella una defensa más fuerte.

Se retiró a la cama, dejando la lámpara encendida sobre la mesa; pero su luz tenebrosa, en lugar de disipar sus temores, los incrementaba, ya que sus rayos inciertos le hacían ver sombras en las cortinas y en la remota oscuridad de la habitación. El reloj del castillo dio la una antes de que cerrara los ojos para dormir.

Capítulo VI

Creo que es la debilidad de mis ojos,
la que da forma a esta monstruosa aparición.
¡Viene hacia mí!

JULIUS CAESAR

La luz del día disipó de la mente de Emily las tinieblas de la superstición, pero no las de sus temores. La primera imagen que vino a su mente al despertar fue la del conde Morano y con él una serie de males anticipados que no podría vencer ni evitar. Se levantó, y para liberarse de las ideas que la atormentaban se inclinó por observar todo lo que la rodeaba. Desde la ventana contempló la belleza salvaje del paisaje, cerrado casi por todas partes por las cumbres de los Alpes, que parecían sobreponerse unas a otras, iluminados por la neblina, mientras que los promontorios inferiores se veían oscurecidos por los árboles que se extendían hasta su base, reuniéndose en los estrechos valles. Para Emily la rica pompa de aquellos bosques era especialmente encantadora, y contempló con asombro las fortificaciones del castillo, que se extendían a lo largo de la roca, en parte derruidas, la grandeza de los baluartes y las torres y almenas que asomaban por encima. Desde ellas contempló los riscos y arboledas que se hundían hacia el valle, al mismo tiempo que saltaba la espuma de las rápidas corrientes que caían por la montaña opuesta, iluminadas un momento por los rayos del sol o ensombrecidas por los pinos, hasta desaparecer totalmente en el espeso follaje. De nuevo surgían en la oscuridad con una nueva capa de espuma y caían atronadoras hacia el valle. Más cerca, hacia el oeste, se abría la visión de las montañas, que Emily había contemplado con sublime emoción al acercarse al castillo; una capa ligera de vapor, que surgía desde el valle, se extendía por todas partes con una tenue oscuridad. En su ascenso quedaba iluminada por los rayos del sol y adquiría un tinte de belleza exquisita que extendía por árboles y rocas, que sobrepasaba ascendiendo hasta la cumbre de las montañas. Al avanzar el día, era encantador ver todo iluminado y las formas que se hacían visibles por el valle, los pastos verdes, los oscuros troncos, los pequeños salientes rocosos, algunas cabañas de

campesinos, la corriente espumosa, un rebaño y otras imágenes de belleza pastoril. Entonces se iluminaron las forestas de pinos y los amplios contornos de las montañas hasta que, finalmente, la neblina que rodeaba sus cumbres quedó iluminada por los rayos del sol. Todo se veía más claro, más definido, y las profundas sombras que producían las colinas más bajas, daba un mayor efecto de esplendor a todo lo que estaba por encima; mientras las montañas, gradualmente emergiendo en la perspectiva, parecían confundirse con el mar Adriático porque eso fue lo que Emily imaginó ante el azul en que terminaba el paisaje.

Así trató de distraerse, consiguiéndolo. También la revivió la fresca brisa de la mañana. Elevó sus pensamientos en una oración, lo que casi siempre necesitaba cuando contemplaba lo sublime de la naturaleza y su mente recobró toda su fuerza.

Al volverse de la ventana, sus ojos se fijaron en la puerta que había guardado tan cuidadosamente la noche anterior y decidió examinar a dónde conducía. Al acercarse para quitar las sillas, percibió que ya habían sido movidas un poco. Su sorpresa no puede imaginarse fácilmente cuando, un minuto después, comprobó que habían corrido los cerrojos. Se sintió como si hubiera visto una aparición. La puerta que conducía al pasillo estaba cerrada como ella la había dejado, pero la otra, que sólo podía ser cerrada desde fuera, había sido atrancada con los cerrojos durante la noche. Se sintió seriamente inquieta ante la idea de volver a dormir en una habitación en la que otros podían entrar, alejada además de las del resto de la familia, y decidió comentarlo con madame Montoni y solicitar que la cambiaran a otra.

Tras unos momentos de duda, encontró el camino hacia el vestíbulo grande y entró en la habitación en la que había estado la noche anterior, en la que ya estaba dispuesto el desayuno, y encontró a su tía sola, ya que Montoni estaba recorriendo los alrededores del castillo, examinando las condiciones de la fortificación y hablando con Carlo. Emily advirtió que su tía había estado llorando y su corazón se inclinó a su favor, con un afecto que le quiso demostrar con su comportamiento y no con palabras, puesto que evitó cuidadosamente que se advirtiera que lo había notado. Aprovechó la oportunidad de la ausencia de Montoni para comentar la circunstancia de la puerta, solicitar que le fuera permitido pasar a otra habitación y para preguntar de nuevo por las razones de aquel viaje inesperado. A la primera pregunta su tía le indicó que hablara con Montoni, rehusando intervenir en el asunto; a la última, insistió en su ignorancia.

Entonces Emily, con el deseo de que su tía se sintiera mejor, alabó la grandeza del castillo y del paisaje en que se encontraban, ocultando todas las circunstancias desagradables. Pero, aunque la desgracia había suavizado en parte la aspereza del temperamento de madame Montoni, y al sentirse preocupada por sí misma había llegado a sentir algo por los demás, su amor caprichoso por mandar que la naturaleza le había proporcionado y que la costumbre había despertado en su corazón, no cedió.

No supo negarse la satisfacción de tiranizar a la inocente y desprotegida Emily, ridiculizando gustos que no podía compartir.

Sin embargo, sus comentarios satíricos fueron interrumpidos por la llegada de Montoni, y su rostro asumió de inmediato una expresión a medias de temor y a medias de resentimiento, mientras él se sentaba a la mesa, como si no tuviera conciencia de que había otras personas además de él en la habitación. Emily, al observarle en silencio, vio que su rostro estaba más sombrío y preocupado que de costumbre. «¡Oh, si pudiera —se dijo a sí misma—, saber lo que pasa por su cabeza; si pudiera conocer sus pensamientos, los que tiene ahora mismo, no me vería condenada a esta duda torturante!» El desayuno transcurrió en silencio, hasta que Emily se decidió a solicitar que le fuera concedida otra habitación y relató las circunstancias que la hacían desearla.

—No tengo tiempo para ocuparme de esos temas —dijo Montoni—, esa habitación ha sido preparada para ti y debes contentarte con ella. No es probable que alguien se tome la molestia de ir hasta esa remota escalera con el propósito de correr los cerrojos. Si no estaba cerrada cuando entraste, tal vez el viento movió la puerta e hizo saltar esos cerrojos. Pero no sé por qué tengo que preocuparme de un incidente tan insignificante.

La explicación no bastó en modo alguno a Emily, que había observado que los cerrojos estaban enmohecidos y que, en consecuencia, no se podían mover con facilidad; pero no se decidió a decirlo y repitió su petición.

—Si no eres capaz de liberarte de esos temores —dijo Montoni en tono desagradable—, al menos evita el molestar a los demás mencionándolos. Debes superar ese comportamiento y decidirte a fortalecer tu mente. No hay existencia más amarga que la de quien está dominado por el miedo.

Al decirlo, sus ojos se fijaron en madame Montoni, que se ruborizó, pero guardó silencio. Emily, herida y contrariada, pensó que sus miedos eran en esta ocasión

demasiado razonables para merecer ser ridiculizados; pero, comprendiendo que al margen de lo que la conmovieran, debía superarlos, procuró distraer la atención del tema.

Poco después entró Cario con algunas frutas:

—Vuestra *Excellenza* ha de estar cansado después de ese largo recorrido —dijo mientras colocaba la fruta sobre la mesa—, pero todavía hay mucho que ver después del desayuno. Hay una parte en el pasaje abovedado que conduce a...

Montoni frunció el ceño mirándole y le hizo una indicación con la mano para que saliera de la habitación. Cario se detuvo, bajó la vista y añadió acercándose a la mesa y cogiendo el cesto de frutas:

—He hecho un esfuerzo, *Excellenza,* para traer algunas cerezas para mi distinguida señora y mi joven señorita. ¿Queréis probarlas, madame? —dijo Cario

ofreciéndole el cesto—, y son muy finas, aunque las he cogido yo mismo de un árbol viejo al que alcanza el sol del sur; son tan grandes como ciruelas.

—Muy bien, viejo Carlo —dijo madame Montoni—, te lo agradezco.

—Y la joven signora, también, puede que le gusten —continuó Carlo acercando el cesto a Emily—; para mí será un placer ver que come algunas.

—Gracias, Cario —dijo Emily cogiendo algunas cerezas y sonriendo amablemente.

—Vamos, vamos —dijo Montoni impaciente—, ya está bien. Sal de la habitación, pero espérame. Es posible que te necesite.

Cario obedeció, y Montoni salió poco después para seguir examinando el estado del castillo. Emily se quedó con su tía, soportando con paciencia su mal humor y tratando con la mayor dulzura de suavizar su aflicción en lugar de resentirse de sus efectos.

Cuando madame Montoni se retiró a sus habitaciones, Emily intentó entretenerse con una vista del castillo. A través de una puerta pasó del gran vestíbulo a las murallas, que se extendían a lo largo del borde del precipicio, rodeando tres lados de la construcción; el cuarto estaba guardado por los altos muros de los patios y por el portalón de la entrada, por la que había pasado la noche anterior. La grandeza de las anchas murallas y el variado paisaje sobre el que se extendían, excitaron su admiración, ya que la extensión de las terrazas permitía ver el exterior desde varios puntos de vista, de tal modo que parecían formar nuevos paisajes. Varias veces se detuvo para examinar la gótica magnificencia de Udolfo, su orgullosa irregularidad, sus tremendas torres y almenas, sus ventanales cerrados por arcos, y las espigadas torres de observación que surgían en los esquinazos de la torretas. Se apoyó en el muro de la terraza y sintió un escalofrío al medir con la vista la profundidad del precipicio que se extendía hasta las copas de los árboles. A todos los lados a los que se volvía su vista se aparecían las cumbres de las montañas, los bosques de pinos, los estrechos valles que se abrían entre los Apeninos y se ocultaban a la vista en regiones inaccesibles.

Mientras estaba apoyada, Montoni, seguido por dos hombres, apareció subiendo por un sendero tortuoso, cortado en las rocas bajo ella. Se detuvo en un tajo y, señalando hacia las murallas, se volvió a sus seguidores y les habló con impaciencia y gesticulando. Emily vio que uno de aquellos hombres era Cario; el otro llevaba ropa de campesino y era el único que parecía recibir las indicaciones de Montoni.

Se retiró de los muros y prosiguió su paseo, hasta que oyó en la distancia las ruedas de un carruaje y después la campana de la entrada. Instantáneamente pensó que había llegado el conde Morano. Según avanzaba hacia su habitación, varias personas entraron en el vestíbulo por la puerta opuesta. Los vio en el otro extremo de las columnas y se detuvo inmediatamente, pero la agitación de su ánimo, la extensión

y la oscuridad del vestíbulo impidieron que distinguiera de quién se trataba. Sin embargo, sus temores se concentraron en una sola idea y creyó que había visto al conde Morano.

Cuando pensó que ya habían cruzado el vestíbulo, se aventuró de nuevo por la puerta y llegó sin ser vista a su habitación, donde quedó agitada por los temores y escuchando todos los distantes sonidos. Por fin, al oír voces en la muralla, corrió hacia la ventana y vio a Montoni que caminaba con el signor Cavigni, conversando con gran interés y deteniéndose de vez en cuando para mirarse, momentos en los que su charla parecía ser mucho más interesante aún.

De las personas que habían cruzado por el vestíbulo, sólo había visto a Cavigni, pero la alarma de Emily se acentuó al oír pasos en el corredor y pensar que le traían algún mensaje del conde. Un momento después apareció Annette.

—¡Ah!, mademoiselle —dijo—, ha llegado el signor Cavigni. Estoy segura de que os alegrará ver a un cristiano en este lugar. Es una persona tan agradable. ¡Siempre se fija en mí! También ha venido el signor Verezzi y ¿quién pensáis que ha venido también, mademoiselle?

—No lo sé, Annette; dímelo rápido.

—No, madame, diga un nombre.

—Como quieras —dijo Emily asumiendo serenidad—, supongo que se trata del conde Morano.

—¡Virgen Santa! —exclamó Annette—. ¿Estáis enferma? ¡Os vais a desmayar! Traeré agua.

Emily se dejó caer en una silla:

—Quédate, Annette —dijo débilmente—, no me dejes sola. No tardaré en recuperarme; abre la ventana. Así que ha sido el conde. ¿No has dicho eso?

—¿Quién, yo? ¡El conde! No, mademoiselle, no he dicho eso.

—¿Entonces, no ha venido? —dijo Emily inquieta.

—No, mademoiselle.

—¿Estás segura?

—¡Dios me bendiga! —dijo Annette—, os habéis recobrado de inmediato. No es posible. Pensé que os estabais muriendo.

—Pero el conde, ¿estás segura de que no ha venido?

—Sí, totalmente segura. Estaba mirando por la verja del torreón norte cuando los carruajes entraban en el patio y nunca esperé ver tanta animación en este viejo castillo. Pero aquí están, amos y criados, los suficientes para que este lugar se anime de nuevo. ¡He estado a punto de atravesar los barrotes enmohecidos! ¿Quién podía pensar en ver el rostro de un cristiano en esta enorme y horrible casa? Habría podido besar hasta a los caballos que los han traído.

—Bien, Annette, ya me siento mejor.

—Ya lo veo. Para los criados va a ser muy entretenido. Cantaremos y bailaremos en el zaguán pequeño, porque allí el signor no nos oirá y nos contaremos historias. ¡También ha venido Ludovico, Ludovico estaba con ellos! ¿Os acordáis de Ludovico, alto, guapo, joven, el lacayo del signor Cavigni que lleva siempre su librea con tanta gracia, que extiende su brazo izquierdo 'con su tocado colocado con tanta elegancia a un lado y...?

—No —dijo Emily que estaba abrumada con su locuacidad.

—¿Es posible? ¿No recordáis a Ludovico, que remó en la góndola del cavalier en la última regata y ganó el premio? ¿Y que suele cantar versos tan dulces sobre Orlando y sobre los moros y Carlo..., Carlo... magno, sí, ése era su nombre, bajo mi ventana, en el pórtico del oeste, en la noches de luna en Venecia? ¡Le he escuchado tantas veces!

—Me temo, para tu desgracia, mi buena Annette —dijo Emily—, que esos versos han robado tu corazón. Déjame que te aconseje que, si es así, lo guardes en secreto: no dejes que él lo sepa.

—¡Ah, mademoiselle! ¿Cómo se puede guardar un secreto como ése?

—Annette, me siento mucho mejor y puedes marcharte.

—¡Oh!, olvidé preguntaros, ¿cómo dormisteis anoche en esta sombría habitación?

—Tan bien como siempre.

—¿Oísteis algún ruido?

—Ninguno.

—¿Visteis alguna cosa?

—Nada.

—¡Eso sí que es sorprendente!

—En modo alguno, y ahora dime, ¿por qué me haces esas preguntas?

—¡Oh, mademoiselle!, no lo diría por nada del mundo, tampoco todo lo que he oído sobre esta habitación. Os asustaría terriblemente.

—Si eso es todo, ya has conseguido asustarme, y, por tanto, dime lo que sepas sin temor a faltar a tu conciencia.

—¡Dios mío! Dicen que la habitación está embrujada y ha sido así desde hace muchos años.

—Así que ha sido un fantasma el que ha corrido los cerrojos —dijo Emily tratando de reírse de sus propios temores—, ya que dejé esa puerta abierta anoche y me la he encontrado cerrada esta mañana.

Annette empalideció y no dijo una palabra.

—¿Sabes si alguno de los criados cerró esta puerta por la mañana antes de que me levantara?

—No, madame, que yo haya oído; no lo sé, ¿queréis que vaya y lo pregunte? —dijo Annette moviéndose con rapidez hacia la puerta.

—Quédate, Annette, tengo que hacerte otras preguntas. Dime qué es lo que has oído sobre esta habitación y a dónde conduce esa escalera.

—Iré a preguntarlo. Además, estoy segura de que mi señora me necesita. Ahora no puedo quedarme.

Salió corriendo de la habitación, sin esperar a que Emily la detuviera. Animada por la certeza de que Morano no había llegado, sonrió ante el temor supersticioso que había conmovido a Annette, ya que, aunque a veces sentía su influencia, podía sonreír cuando veía la reacción de otras personas.

Tras haber rehusado Montoni cambiar a Emily a otra habitación, decidió soportar con paciencia el mal que no podía evitar, y, con objeto de hacer que la habitación resultara lo más confortable posible, sacó sus libros, su mayor satisfacción en los días felices y su refugio en las horas de moderados pesares; pero había momentos en los que incluso aquello no lograba su efecto, cuando el genio, el gusto, el entusiasmo por los escritores más sublimes no llegaban a hacerle sentir nada.

Colocó su pequeña biblioteca en una cómoda alta, parte del mobiliario de la habitación, sacó sus utensilios de dibujo y se tranquilizó lo suficiente con la idea de hacer algunos apuntes de las maravillosas escenas que se le ofrecían desde el otro lado de los Ventanales. Pero no tardó en dudar de esta satisfacción, recordando que frecuentemente había intentado obtener alguna distracción con ello y se había visto impedida por alguna nueva desgracia.

«¿Cómo me puedo dejar engañar por la esperanza —se dijo—, porque el conde Morano no haya llegado aún y sentir una felicidad momentánea? ¿Qué diferencia podría haber en que llegara hoy o mañana, si es que ha de venir? Sería debilidad dudar de que lo hará».

Para apartar el pensamiento de sus desgracias, intentó leer, pero su atención no lograba concentrarse en las páginas y acabó por dejar el libro a un lado, decidiéndose a explorar las habitaciones adyacentes del castillo. Su imaginación se complació a la

vista de aquella antigua grandeza y una emoción melancólica se despertó en ella con todo su poder, al recorrer las habitaciones, oscuras y desoladas, en las que hacía muchos años que nadie pisaba y recordando la extraña historia de la antigua propietaria del edificio. Todo ello le trajo el recuerdo del cuadro tapado con un velo, que había despertado su curiosidad la noche anterior, y decidió examinarlo. Al recorrer las habitaciones que conducían a él, se sintió agitada; su relación con la desaparecida señora del castillo y la conversación con Annette, junto con la circunstancia del velo, envolvían todo con un misterio que le despertaba una especie de terror. Pero un terror de esta naturaleza, según ocupa y se expande por la mente y se eleva a la más alta expectativa, es sublime y nos conduce, como una especie de fascinación, a buscar el mismo objeto ante el que parece que nos derrumbamos.

Emily avanzó con paso rápido y se detuvo un momento en la puerta, antes de intentar abrirla. Entonces, rápidamente, entró en la habitación y se acercó al cuadro, que tenía un marco de tamaño poco común y que estaba colgado en la parte más oscura de la habitación. Se detuvo de nuevo y con un movimiento tímido de la mano, levantó

el velo; pero al instante lo dejó caer, al percibir que lo que había ocultado no era un cuadro, y, antes de que pudiera salir de la habitación, cayó al suelo sin sentido.

Cuando logró recobrarse, el recuerdo de lo que había visto casi la privó una segunda vez. No tenía fuerzas para salir de la habitación y llegar a la suya, y, cuando lo logró, necesitó de todo su coraje para quedarse a solas. El horror llenaba por completo su mente y excluyó durante algún tiempo toda noción del pasado y de temor para las desgracias futuras. Se sentó cerca del ventanal, porque desde allí podía oír voces, aunque distantes, que le llegaban de la terraza, y podía ver pasar personas que la animaran. Cuando se recobró, consideró si debía mencionar lo que había visto a madame Montoni, y varios e importantes motivos la urgieron a hacerlo así, entre los cuales el menos importante era la esperanza del consuelo que una mente acalorada puede encontrar al hablar del tema de su preocupación. Pero se daba cuenta de las terribles consecuencias a las que podía conducir su información, y temiendo la indiscreción de su tía, decidió finalmente con resolución observar un profundo silencio en aquel asunto. Poco después, Montoni y Verezzi pasaron bajo el ventanal, hablando animadamente y sus voces la revivieron. Al momento los signors Bertolini y Cavigni se unieron a ellos en la terraza, y Emily, suponiendo que madame Montoni estaría sola, salió a buscarla; porque la soledad de su habitación y su proximidad al lugar donde había recibido tan terrible conmoción habían vuelto a afectar su ánimo.

Encontró a su tía en el vestidor, preparándose para la cena. La palidez y el rostro asustado de Emily alarmaron incluso a madame Montoni, pero tenía suficiente fuerza de decisión para guardar silencio sobre un tema que todavía le hacía temblar y que estaba pronto para brotar de sus labios. Se quedó en las habitaciones de su tía hasta

que ambas bajaron a cenar. Se encontraron entonces con los caballeros que habían llegado, que parecían especialmente serios, lo que no era frecuente en ellos, y sus pensamientos demasiado ocupados en algo de profundo interés para molestarse en dedicar mucha atención, ya fuera a Emily o a madame Montoni. Hablaron poco, y Montoni menos. Emily temblaba al mirarle. El horror de aquella habitación se agitaba en su cabeza. En varias ocasiones se fue el color de sus mejillas y temió que el sentirse indispuesta pudiera delatar sus emociones y obligarla a salir de la habitación. La fortaleza de su resolución remedió la debilidad de su cuerpo. Se obligó a conversar e incluso a tratar de parecer animada.

Era evidente que Montoni trabajaba con disgusto, algo que hubiera preocupado a una mentalidad más débil, o a un corazón más susceptible, pero, por lo que aparentaba por el ceño de su rostro, sólo había vencido en parte sus facultades de energía y fortaleza.

Fue una comida incómoda y silenciosa. La tristeza del castillo parecía haberse extendido en su contagio incluso al alegre rostro de Cavigni, y con esa tristeza se' mezclaba una cierta tensión que Emily no había visto en su rostro anteriormente. El conde Morano no fue mencionado y la conversación se orientó hacia las guerras que en aquel tiempo agitaban los estados italianos, la fortaleza de los ejércitos venecianos y la personalidad de sus generales.

Después de la cena, cuando los criados se hubieron retirado, Emily supo que el caballero que había despertado los deseos de venganza de Orsino había muerto de las heridas, y se había montado una intensa búsqueda para localizar al asesino. La noticia pareció alterar a Montoni, que murmuró algo y después preguntó dónde se había escondido Orsino. Sus invitados, que a excepción de Cavigni ignoraban que Montoni le había ayudado a escapar de Venecia, contestaron que había huido durante la noche con tal precipitación y secreto que ni siquiera sus compañeros más íntimos lo sabían. Montoni se reprochó el haber formulado la pregunta, pero pensándolo bien se convenció de que un hombre tan receloso como Orsino no habría confiado en ninguna de las personas presentes como para informales de su refugio. Se consideró a sí mismo, sin embargo, como merecedor de su más completa confianza, y no dudó de que no tardaría en tener noticias suyas.

Emily se marchó con madame Montoni poco después de que retiraran la mesa y dejaron a los caballeros en sus secretas reuniones, pero no antes de que Montoni frunciendo el ceño avisara a su esposa para que se ausentara. Salieron desde el vestíbulo a la muralla y pasearon durante un rato en silencio, que Emily no interrumpió, ya que estaba ocupada en sus propias preocupaciones. Necesitó de toda su decisión para no informar a madame Montoni del terrible asunto, que seguía atemorizándola con horror; y en algunos momentos estuvo a punto de hacerlo, sólo por el deseo de un consuelo momentáneo. Pero sabía hasta qué punto estaba en poder

de Montoni, y, considerando que la indiscreción de su tía pudiera resultar fatal para ambas, se mantuvo en su postura de silencio soportando el presente mal inferior para evitar uno futuro mayor. En aquel día tuvo con frecuencia un extraño presentimiento; tenía la impresión de que su destino estaba allí y que por medios invisibles se conectaba con el castillo.

«No-debo acelerarlo —se dijo a sí misma—, sea lo que sea lo que me está reservado, debo, al menos, evitar autorreproches».

Al mirar los enormes muros del edificio, su ánimo entristecido los imaginó como los de su prisión y sintió un sobresalto cuando consideró lo lejos que estaba de su país, de su pequeña y tranquila propiedad, y de su único amigo. ¡Qué lejos estaba su esperanza de felicidad, qué débiles la expectativas de verle de nuevo! Sin embargo, la idea de Valancourt y su confianza en la sinceridad de su amor, que había sido hasta entonces su único consuelo, le sirvieron para recordarlo con fuerza. Las lágrimas brotaron a sus ojos y se volvió para ocultarlas.

Cuando, poco después, se apoyó en el muro, algunos campesinos estaban examinando a poca distancia una de las brechas, ante la cual había un montón de piedras, como si la fueran a reparar, y un viejo cañón oxidado, que parecía haber caído desde un nivel superior. Madame Montoni se detuvo para hablar con los hombres y preguntarles qué estaban haciendo. «Reparar las fortificaciones, señoría», dijo uno de ellos; una tarea que por algún motivo la sorprendió por el hecho de que Montoni pensara que era necesario, particularmente puesto que jamás había hablado del castillo como de un lugar en el que tuviera la intención de residir largo tiempo; pero siguió andando hacia un arco que conducía del sur al este de la muralla, unido al castillo por un lado y que por el otro servía de soporte a una pequeña torre de vigilancia, desde la que se observaba en su totalidad el profundo valle que había debajo. Según se aproximaba al arco, vio, tras él, bordeando la bajada entre los bosques en una montaña distante, una tropa de caballos y hombres a pie, que supo que eran soldados, sólo por el brillo de sus picas y otras armas, ya que la distancia no le permitía distinguir el color de sus libreas. Según los contemplaba, la vanguardia pasó del bosque hacia el valle, pero la fila continuaba hasta la cumbre más remota de la montaña en una sucesión sin fin; mientras, en las primeras filas, los uniformes militares se hicieron distinguibles, y los comandantes, cabalgando primero, parecían por sus gestos dirigir la marcha de los que seguían, y se acercaron, finalmente, hasta el castillo.

Un espectáculo semejante, en aquellas regiones solitarias, sorprendió tanto como alarmó a madame Montoni, y se dirigió a algunos campesinos, que levantaban los bastiones del muro sur, donde la roca era menos abrupta que en otras partes. Aquellos hombres no supieron darle una respuesta satisfactoria a sus preguntas, pero, al ser avisados por ellas, miraron con asombro estúpido hacia la prolongada cabalgata.

Madame Montoni, pensando que era necesario informar del objeto de su preocupación, envió a Emily para que dijera que deseaba hablar con Montoni; una decisión que no aprobó su sobrina porque temía sus enfados y sabía que este mensaje los provocaría; pero obedeció en silencio.

Cuando se acercaba al salón, en el que estaba sentado con sus invitados, les oyó discutir en voz alta, y se detuvo un momento, temblando ante la idea del desagrado que su inesperada aparición podía ocasionar. Un momento después todos hablaban a la vez y se aventuró a abrir la puerta. Mientras Montoni se volvía indignado a mirarla, sin hablar, ella le dio cuenta del mensaje.

—Dile a madame Montoni que estoy ocupado —dijo.

Emily pensó entonces que era oportuno mencionar las razones de la alarma de su tía. Montoni y sus acompañantes se pusieron de pie al instante y se dirigieron a las ventanas. Desde ellas no podían ver a las tropas y se dirigieron a la muralla, donde Cavigni conjeturó que sería una legión de *Condottieri,* en su camino hacia Módena.

Una parte de la cabalgata se extendía en esos momentos por el valle y otro grupo quedaba en las montañas hacia el norte, mientras algunas tropas avanzaban por los precipicios del bosque, donde los habían visto por primera vez, y la enorme extensión de la marcha parecía incluir un ejército completo. Mientras Montoni y los demás contemplaban el avance, oyeron el sonido de las trompetas y el redoble de los tambores en el valle, y después otros, contestando desde las alturas. Emily escuchó con emoción aquellos sonidos que despertaron los ecos de las montañas, y Montoni explicó el sentido de las señales, que parecía conocer muy bien, y que no tenían ningún significado hostil. Los uniformes de la tropa y el tipo de armas que llevaban le confirmó la conjetura de Cavigni, y tuvo la satisfacción de verles pasar sin detenerse siquiera para mirar hacia el castillo. Sin embargo, no abandonó la muralla hasta que las faldas de las montañas le ocultaron la marcha y el último eco de las trompetas desapareció en el viento. Cavigni y Verezzi se animaron con este espectáculo, que parecía haber despertado el fuego de sus temperamentos. Montoni entró en el castillo silencioso y meditabundo.

Emily no se había recobrado lo suficiente de la última impresión para soportar la soledad de su cuarto y se quedó en las murallas, ya que madame Montoni no la había invitado a acompañarla a sus habitaciones, a las que se había retirado evidentemente desanimada, y Emily, desde su última experiencia, había perdido todo deseo de explorar los siniestros y misteriosos recovecos del castillo. La muralla era por ello casi su único retiro y allí quedó hasta que las sombras grises de la tarde se extendieron una vez más por el paisaje.

Los caballeros cenaron solos y madame Montoni se quedó en su cuarto, donde Emily la encontró antes de retirarse al suyo. Estaba llorando y muy agitada. La ternura de Emily era siempre tan dulce que rara vez fallaba en proporcionar consuelo

a un corazón oprimido; pero el de madame Montoni era duro y los suaves acentos de la voz de Emily se perdieron. Con su habitual delicadeza, no demostró que había observado la desesperación de su tía, pero ello le prestó una gentileza involuntaria a sus maneras y un aire de preocupación a su rostro que madame Montoni consideró vejatorios al sentir la piedad de su sobrina como un insulto a su orgullo y la despidió tan pronto como pudo. Emily no se animó a mencionar, una vez más, lo mal que se sentía en sus habitaciones, pero solicitó que Annette fuera autorizada a quedarse con ella hasta que se retirara a descansar y su petición fue atendida a regañadientes. Annette estaba en aquel momento con los criados y Emily se retiró sola.

Con una luz y pasos rápidos cruzó las largas galerías, mientras los débiles rayos de la lámpara que llevaba sólo le mostraban lo tenebroso del ambiente, y el viento amenazaba con apagarla. El tremendo silencio que reinaba en aquella parte del castillo la atemorizó y de cuando en cuando le llegaron las risas de un punto remoto del edificio, donde los criados estaban reunidos, pero pronto desaparecieron quedando sólo aquel silencio casi irrespirable. Según pasaba por la serie de habitaciones que había visitado por la mañana, le pareció oír murmullos tras la puerta, pero no se detuvo.

Al llegar a su habitación, en la que no había troncos en la chimenea que disiparan las sombras, se sentó con un libro para distraer su atención hasta que llegara Annette y pudieran encender el fuego. Continuó leyendo hasta que la luz casi había expirado, pero Annette-no se presentó, y la soledad y la oscuridad volvieron a afectar su ánimo, más aún por su proximidad a la horrorosa escena de la que había sido testigo por la mañana. Terroríficas y fantásticas imágenes acudieron a su mente. Miró con temor hacia la puerta que se comunicaba con la escalera y comprobó que estaba cerrada. Incapaz de superar la inquietud que sentía ante la idea de dormir de nuevo en aquella remota e insegura habitación, en la que alguien parecía haber entrado la noche anterior, su impaciencia por ver a Annette, con la que no había comentado aquella circunstancia, se hizo extremadamente dolorosa. Quería también preguntarle por lo que había despertado su horror y de lo que Annette parecía estar enterada en parte, según lo que habían hablado la noche anterior, aunque sus palabras estaban bien lejos de la verdad. Para Emily la muchacha había sido mal informada a propósito y por encima de todo le sorprendía que la puerta de la sala que lo contenía hubiera sido dejada abierta. Tal tipo de negligencia le parecía increíble. La lámpara estaba extinguiéndose; los leves rayos que lanzaba hacia los muros influían para crear nuevos terrores en su fantasía, y se levantó para dirigirse a la parte habitable del castillo, antes de que se extinguiera del todo.

Al abrir la puerta oyó voces, y poco después vio una luz al fondo del corredor. Eran Annette y otra criada que se acercaban.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Emily—, ¿por qué te has retrasado?

Enciende inmediatamente un fuego.

—La señora me necesitaba, mademoiselle —replicó Annette algo confundida—; voy por la leña.

—No —dijo Caterina—, ése es mi trabajo, y salió de la habitación, mientras Annette trataba de seguirla, pero al ser llamada empezó a hablar fuerte y a reír, y parecía desconfiar de cualquier pausa silenciosa.

Caterina regresó de inmediato con la leña y se retiró después de encender el fuego que animó la habitación.

Emily preguntó a Annette si había hecho las investigaciones que le había pedido.

—Sí, mademoiselle —dijo Annette—, pero nadie sabe nada del asunto; y el viejo Carlo, al que vigilé porque dicen que conoce cosas muy extrañas, me miró como no podría deciros y me preguntó una y otra vez si estaba segura de que la puerta estaba abierta. Le dije que tan segura como que estoy viva. Por lo que se refiere a mí, estoy atónita y no sería capaz de dormir en esta habitación, lo haría antes en el gran cañón que hay al final de la muralla del este.

—¿Qué es lo que tiene ese cañón que no tenga el resto? —dijo Emily sonriendo —, lo malo es que sería una cama muy. dura.

—Sí, mademoiselle, cualquiera resultaría dura, pero se dice que allí se ven cosas por la noche, junto a ese gran cañón, como si estuvieran guardándolo.

—La gente no para de comentar historias, tienen suerte en contar contigo para ello, porque me doy cuenta de que te las crees todas.

—Os mostraré el cañón, podéis verlo desde estas ventanas.

—Pero eso no prueba que una aparición lo esté guardando —dijo Emily.

—¡Os mostraré el cañón! No os creéis nada.

—Nada de esas cosas, pero miraré —dijo Emily.

—Lo veréis con solo acercaros a la ventana.

Emily no pudo evitar reírse y Annette la miró sorprendida. Dándose cuenta de sus extremas aptitudes para dar crédito a cualquier maravilla, Emily no le contó cómo pensaba lo que había visto, ante la idea de llenarla de temores y empezó a hablar de un tema cualquiera, las regatas de Venecia.

—Son una maravilla —dijo Annette—, y las noches maravillosas a la luz de la luna son las cosas que más merecen la pena en Venecia. El estar segura de que la luna es más brillante que nunca, y oír esa música dulce, como la que canta Ludovico bajo la ventana en el pórtico del oeste. Fue Ludovico el que me habló del cuadro que queríais ver anoche y...

—¿Qué cuadro? —dijo Emily, tratando de que Annette diera más detalles.

—¡Oh!, ese terrible cuadro tapado con un velo negro.

—Entonces ¿es que nunca lo has visto? —dijo Emily.

—¿Quién, yo? No, mademoiselle, nunca lo he visto. Pero esta mañana —continuó

Annette, bajando la voz y mirando por toda la habitación—, esta mañana, cuando era totalmente de día, me dio la idea de verlo, ya que he oído insinuaciones extrañas sobre él, y llegué hasta la puerta y la habría abierto, de no haber estado cerrada con llave.

Emily, tratando de ocultar la emoción que le causaba aquel comentario, le preguntó a qué hora había ido a la habitación, y comprobó que había sido poco después de que ella hubiera estado allí. Le hizo otras preguntas, y las respuestas le convencieron de que Annette, y probablemente el que le había informado, ignoraban la terrible verdad a pesar de que en las observaciones de Annette algo próximo a esa verdad, se mezclaba de cuando en cuando con datos equivocados. Emily empezó a temer que su visita a aquella cámara hubiera sido observada, ya que la puerta había sido cerrada inmediatamente después de su salida y temió más aún que aquello hiciera caer sobre ella la venganza de Montoni. Su inquietud aumentó al pensar en el informe equivocado que había sido transmitido a Annette, ya que Montoni sólo podía desear su silencio y su secreto, pero dándose cuenta de que el tema era demasiado terrible para considerarlo a aquella hora, decidió abandonarlo y conversar con Annette, cuya charla, por su simpleza, era preferible a la quietud de su total soledad.

Así estuvieron sentadas hasta cerca de medianoche, aunque no faltaran muchas alusiones de Annette, que deseaba marcharse. Los troncos casi se habían consumido, y Emily oyó a lo lejos el estruendo de las puertas principales que se cerraban durante la noche. Se preparó para descansar, pero no conseguía decidirse a que Annette la dejara. En ese momento se oyó la gran campana del portal de entrada, ambas escucharon llenas de expectación temerosa, y tras un largo silencio volvió a sonar. Poco después oyeron las ruedas de un carruaje que entraba en el patio principal. Emily se quedó casi sin vida:

—Es el conde —dijo.

—¿Cómo, a esta hora de la noche? —dijo Annette—, no, no puede ser. En cualquier caso, ¡es extraño que alguien llegue a esta hora de la noche!

—No digas nada, Annette —dijo Emily con voz angustiada—, ve y entérate de quién ha llegado.

Annette salió de la habitación llevándose la luz y dejando a Emily en una oscuridad, que unos momentos antes le habría aterrorizado, pero a la que casi no prestó atención. Escuchó y esperó, casi sin respirar, y oyó ruidos distantes, pero Annette no regrjsó. Agotada su paciencia, trató de hallar el camino hacia el corredor, pero pasó largo tiempo antes de que llegara a la puerta de la habitación, y, cuando la abrió, la total oscuridad del exterior la hizo detenerse. Oyó voces y Emily llegó a pensar incluso que distinguía las del conde Morano y Montoni. Poco después oyó pasos que se acercaban y un rayo de luz rompió la oscuridad. Apareció Annette y Emily acudió a su encuentro.

—Sí, mademoiselle —dijo—, teníais razón, es el conde.

—¡El conde! —exclamó Emily, levantando los ojos al cielo y apoyándose en el brazo de Annette.

—¡Dios mío! Os habéis quedado terriblemente pálida.

—¡Así es! —dijo Emily, casi corriendo hacia su cuarto—, no me siento bien, necesito aire. Annette abrió un ventanal y le ofreció agua. Pronto se le pasó el mareo, pero Emily le pidió a Annette que no se marchara hasta que llegara Montoni.

—¡Querida mademoiselle!, estoy segura de que no os molestará a esta hora de la noche; pensará que dormís.

—Quédate conmigo hasta que lo esté —dijo Emily, que se sintió temporalmente liberada con su comentario, que parecía bastante probable, aunque sus temores le habían impedido pensar en ello. Annette, con secreta desgana, consintió en quedarse, y Emily se recuperó lo bastante para hacerle algunas preguntas; entre ellas, si había visto al conde.

—Sí, le he visto, porque fui desde aquí hasta la verja del torreón norte, que está por encima del gran patio, como sabéis. Allí vi el carruaje del conde y al conde dentro, esperando ante la puerta, porque el portero acababa de irse a la cama, con varios hombres a caballo iluminados por sus antorchas. —Emily sonrió por su modo de contarlo—. Cuando abrieron la puerta, el conde dijo algo que no pude oír y bajó del carruaje con otro caballero. Pensé que el signor ya se había acostado y corrí hacia el cuarto de mi señora para tratar de oír algo. En el camino me encontré con Ludovico, que me dijo que el signor estaba levantado, reunido con otros signors, en la habitación al final de la galería norte, y Ludovico levantó un dedo y lo puso en sus labios como diciendo: «Sucede mucho más de lo que puedas pensar, Annette, pero debes cuidar tu lengua». Así que contuve mi lengua y me vine hacia aquí directamente.

Emily le preguntó quién era el caballero que acompañaba al conde, y cómo los había recibido Montoni, pero Annette no pudo informarla.

—Ludovico —añadió—, acababa de avisar al mayordomo del signor Montoni para que le dijera a su señor que habían llegado.

Emily se quedó pensativa y su inquietud se acrecentó de tal modo que deseó que Annette se fuera a las habitaciones de los criados donde era posible que se enterara de las intenciones del conde respecto a su estancia en el castillo.

—Sí, mademoiselle —dijo Annette muy dispuesta—, pero ¿cómo podré ir si os dejo la lámpara?

Emily le dijo que iría con ella para alumbrarla y salieron de la habitación. Cuando llegaron al final de la gran escalera, Emily pensó que podría ser vista por el conde, y, para evitar el gran salón, Annette la condujo por pasillos privados a una escalera trasera que conducía directamente a las habitaciones de los criados.

Al regresar hacia su habitación, Emily empezó a temer que podría volver a perderse en las intrincadas revueltas del castillo y de nuevo verse sorprendida por algún misterioso espectáculo, y, aunque ya estaba confusa por las numerosas revueltas, temió abrir alguna de las muchas puertas que tenía ante sí. Al detenerse para pensar cuál era el camino, le pareció oír un leve quejido a poca distancia, se detuvo de nuevo, y volvió a oírlo clara y distintamente. A la derecha del pasillo había varias puertas. Avanzó escuchando. Cuando llegó a la segunda, oyó una voz, aparentemente quejumbrosa, que procedía del interior, y continuó a la escucha temerosa de abrir la puerta e incapaz de retirarse. Siguieron unos sollozos convulsivos y después los penetrantes acentos de un alma agonizante. Emily se puso pálida y miró a través de las tinieblas que la rodeaban con temerosa expectación. Los lamentos continuaron, la piedad se fue imponiendo al terror. Era posible que pudiera dar algún consuelo al que sufría, o al menos expresarle sus simpatías, y puso la mano en la puerta. Mientras dudaba, le pareció que conocía aquella voz, aunque estuviera desfigurada por la desesperación. Puso la lámpara en el pasillo y suavemente abrió la puerta. En el interior todo estaba oscuro, excepto en una parte extrema en que había una luz, y entró sin hacer ruido. Antes de entrar del todo, vio a madame Montoni apoyada en su tocador, llorando, y tap4ndose los ojos con un pañuelo. Se detuvo.

Había alguien sentado en una butaca junto al fuego, pero no podía distinguir de quién se trataba. Hablaba de cuando en cuando, en voz baja, y Emily no pudo oír lo que decía, pero le pareció que madame Montoni lloraba con más fuerza al oírle. Estaba tan hundida en su propia desesperación que no advirtió la llegada de Emily, mientras que ésta, aunque ansiosa por saber lo que sucedía y quién era la persona que estaba en el vestidor de su tía a tan altas horas de la noche, renunció a añadir la sorpresa de su entrada a sus sufrimientos o a aprovecharse de la situación escuchando una conversación privada. En consecuencia, retrocedió en silencio, y, tras algunas dificultades, acabó por encontrar su propia habitación, en donde sus preocupaciones le hicieron pasar por alto la sorpresa y la angustia que había sentido por madame Montoni.

Annette regresó sin una información satisfactoria, porque los criados a los que había visto no estaban enterados, o así lo simularon, de las intenciones del conde respecto a su estancia en el castillo. Sólo les interesaba comentar las dificultades del camino que acababan de recorrer y los numerosos peligros de los que habían escapado, así como expresar su asombro de que su señor se hubiera decidido a hacer el viaje en la oscuridad de la noche, ya que las antorchas no les habían servido más que para mostrarles las temibles montañas. Annette, dándose cuenta de que no lograría información alguna, les dejó cuando reclamaban más leña para el fuego y más cena en la mesa.

—Ahora, mademoiselle —añadió—, tengo tanto sueño que estoy segura de que si

tuvierais vos otro tanto no me pediríais que me quedara.

Emily pensó que era cruel hacerlo. Había esperado ya bastante tiempo sin ser llamada por Montoni y le daba la impresión de que no pensaba molestarla a aquella hora, por lo que decidió despedir a Annette. Cuando miró otra vez por la habitación y recordó determinadas circunstancias, los temores la invadieron de nuevo y dudó.

—Creo que no debo pedirte que te quedes hasta que me duerma —dijo—, porque me temo que pasará mucho tiempo hasta que lo consiga.

—Eso creo, mademoiselle —dijo Annette.

—Pero, antes de que te marches —prosiguió Emily—, tengo que hacerte una pregunta. ¿Se habían separado el signor Montoni y el conde Morano cuando te dispusiste a Egresar?

—No, seguían juntos.

—¿Has estado en las habitaciones de mi tía durante ese tiempo?

—No. Llamé a la puerta al pasar, pero estaba cerrada. Pensé que mi señora se había ido a la cama.

—¿Entonces quién estaba con tu señora hace un momento? —dijo Emily, olvidando, por sorpresa, su habitual prudencia.

—Nadie, creo —replicó Annette—, nadie ha estado con ella desde que os dejé.

Emily no hizo más alusiones al asunto, y tras una lucha interior con sus miedos imaginarios, prevaleció su buen carácter sobre ellos y despidió a Annette. Se quedó sentada pensando en su situación y en la de madame Montoni, hasta que su mirada se posó en la miniatura que había encontrado tras la muerte de su padre, entre los papeles que le había ordenado destruir. Estaba sobre la mesa, ante ella, con algunos dibujos, donde los dejó al sacarlos de una caja unas horas antes. Su contemplación le despertó numerosos recuerdos, pero la dulzura melancólica de aquel rostro calmó sus emociones. Era el mismo aspecto del rostro de su padre desaparecido y, mientras lo contemplaba, imaginó que tenían un parecido. Pero su tranquilidad fue interrumpida bruscamente cuando recordó las palabras del manuscrito que había encontrado con aquel retrato y que le despertaron entonces tantas dudas y temores. Consiguió, finalmente, desprenderse de su ensoñación, a la que le habían conducido los recuerdos, pero, cuando se levantó para desvestirse, el silencio y la soledad que la envolvía en medio de la noche, ya que no se oía ni un solo ruido, conspiró con la impresión que le había producido el tema en el que había estado pensando y con las insinuaciones de Annette en relación con su habitación, aunque eran mínimas, que no habían dejado de afectarla, puesto que se vieron seguidas del espectáculo horroroso del que había sido testigo, precisamente en una cámara bien próxima a la suya.

La puerta que conducía a la escalera era, tal vez, un tema para una preocupación más razonable. Le surgió la idea, tal vez debido al miedo de que aquella escalera podría conducir a la habitación cuyo recuerdo le hacía temblar. Decidió no

desvestirse y dormir con su ropa, con el perro de su desaparecido padre, el leal Manchon, a los pies de la cama, al que consideraba como una especie de guardián.

Todas aquellas circunstancias, que trató de borrar de su mente, no la abandonaron, y oyó las campanadas de las dos en el reloj del castillo antes de quedarse dormida.

No tardó en despertarse de su dormitar por un ruido que parecía proceder de la misma habitación. Aunque escuchó atentamente, sólo percibió el más absoluto silencio, lo que la inclinó a creer que había despertado por algún sonido de su sueño y apoyó la cabeza en la almohada.

Volvió a oír el ruido. Parecía proceder de la parte de la habitación que comunicaba con la escalera y recordó al instante la extraña circunstancia de que la puerta hubiera sido cerrada durante la noche anterior por una mano desconocida. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Se incorporó en la cama y apartando suavemente las cortinas, miró hacia la puerta que conducía a la escalera, pero la lámpara, que ardía en el suelo, lanzaba una luz tan débil que los extremos de la habitación se perdían en las sombras. Sin embargo, el ruido, que estaba convencida de que procedía de la puerta, continuó. Parecía hecho al tratar de correr un cerrojo oxidado; se detenía con frecuencia y volvía de nuevo, con suavidad, como si la mano que lo ocasionaba se viera detenida por temor a ser descubierta. Emily tenía los ojos fijos en aquel lugar y vio que la puerta se movía, abriéndose lentamente, percibiendo que algo entraba en la habitación, pero la extrema oscuridad le impedía distinguir de qué se trataba. Casi desmayada por el miedo consiguió dominarse y contener el grito que se escapaba de sus labios. Dejó caer la cortina que sostenía con la mano y continuó observando en silencio los movimientos de la forma misteriosa que venía. Estaba avanzando desde la lejana oscuridad de la habitación, después se detuvo. Al acercarse a la chimenea comprobó que se trataba de una figura humana. Un cierto parecido le hizo creer que le reconocía y casi perdió los últimos débiles esfuerzos de su ánimo. Siguió observando a la figura que se quedaba inmóvil por momentos, avanzando luego lentamente hacia la cama, situándose silenciosamente a sus pies, donde las cortinas, un poco abiertas, le permitían seguir mirando. Sin embargo, el terror le había hecho perder la posibilidad de distinguirle.

Tras unos momentos, la forma se alejó hacia la chimenea, cogió la lámpara y recorrió la habitación, avanzando de nuevo hacia la cama. La luz despertó al perro, que dormía a los pies de Emily, y ladró con fuerza. Saltando al suelo, se lanzó sobre el desconocido, que golpeó al animal con la vaina de la espada, y se acercó a la cama. Emily le reconoció. ¡El conde Morano!

Se quedó contemplándole sin poder musitar palabra, mientras él, poniéndose de rodillas al lado de la cama, le suplicó que no temiera nada, y tras dejar la espada trató de cogerle la mano, cuando las facultades que el terror había anulado, volvieron inesperadamente y pudo saltar de la cama, vestida gracias a sus proféticos temores.

Morano se levantó y la siguió hasta la puerta por la que había entrado y cogió su mano en el momento en que ella llegaba al comienzo de la escalera, no sin que antes descubriera, a la luz de la lámpara, a otro hombre a medio camino de los escalones. Dio un grito desesperado, creyéndose entregada por Montoni y sin posibilidades de escapar.

El conde, que seguía sosteniendo su mano, la hizo regresar a la habitación.

—¿A qué viene ese terror? —dijo con voz temblorosa—. Escuchadme, Emily. No he venido para asustaros, no, ¡el cielo lo sabe!, os amo demasiado, demasiado para mi propia tranquilidad.

Emily le miró un momento, llena de temores y de dudas.

—Entonces, dejadme señor —dijo—, dejadme ahora mismo.

—Escuchadme, Emily —continuó Morano—, ¡escuchadme!, os amo y estoy desesperado, sí, desesperado. ¿Cómo puedo miraros y saber que tal vez lo hago por última vez, sin sufrir todas las angustias de la desesperación? Pero no me quedaré así, seréis mía, a pesar de Montoni y de todas sus villanías.

—¡A pesar de Montoni! —exclamó Emily—, ¿qué queréis decir?

—Montoni es un villano —exclamó Morano con vehemencia—, ¡un villano que os habría vendido a mi amor! ¡Que...!

—¿Y lo es menos quien me habría comprado? —dijo Emily, fijando en el conde una mirada de calma desdeñosa—. Salid de la habitación, señor, al instante —continuó con la voz temblorosa por el miedo y el júbilo—, o despertaré a mi familia y recibiréis la venganza del signor Montoni, a quien he suplicado vanamente su piedad —pero Emily sabía que era difícil que la oyeran los que podían protegerla.

—No debéis tener esperanza alguna de su piedad —dijo Morano—, me ha usado de modo infamante y mi venganza le perseguirá. Y para vos, Emily, para vos, tiene planes más beneficiosos que este último, no lo dudéis.

El rayo de esperanza que había hecho revivir las primeras palabras del conde se veía extinguido por las últimas y, mientras el rostro de Emily traicionaba las emociones de su interior, él se dispuso a aprovecharse de la ventaja de su descubrimiento.

—Estoy perdiendo el tiempo —dijo—, no he venido para manifestarme contra Montoni, sino para solicitaros, para pedir a Emily; para comunicarle todo lo que sufro, para suplicarle que me libre de mi desesperación y que ella se vea libre de su destrucción. ¡Emily!, los planes de Montoni son inescrutables, pero, os lo aviso, son terribles; carece de principios cuando el interés o la ambición son sus guías. ¿Puedo amaros y abandonaros a su poder? Huid, entonces, huid de esta siniestra prisión, con un amante que os adora. He sobornado a un sirviente del castillo para que abra las puertas y antes de que amanezca estaremos bien lejos, camino de Venecia.

Emily, sobreponiéndose a la impresión que acababa de recibir, cuando se había

abierto la esperanza a días mejores, pensó después que la destrucción la rodeaba por todas partes. Incapaz de replicar y casi de pensar, se dejó caer en un sillón, pálida y sin aliento. Que Montoni la hubiera vendido a Morano anteriormente era muy probable; que hubiera retirado después su consentimiento al matrimonio era evidente por la conducta del conde, y era casi tan cierto que algún plan de mayor interés tenía que haber inducido el egoísmo de Montoni para cambiar un proyecto que había perseguido con tanto empeño. Estas consideraciones la hicieron temblar ante las insinuaciones que acababa de manifestar Morano, que ya no dudaba en creer, y mientras se veía abatida por las nuevas amenazas de desgracia y opresión que podían esperarla en el castillo de

Udolfo, dedujo que la única posibilidad de escapar era someterse a la protección de aquel hombre, con el que males más ciertos y no menos terribles podían amenazarla, males sobre los que no podía detenerse ni un instante.

Su silencio, aunque era el de la agonía, alentó las esperanzas de Morano, que observaba su rostro con impaciencia. Cogió de nuevo la mano de Emily, y apretándola contra su corazón la instó a que se decidiera inmediatamente.

—Cada minuto que perdamos hará nuestra marcha más peligrosa —dijo—, esos pocos momentos perdidos pueden permitir que Montoni nos alcance.

—Os lo imploro, señor, guardad silencio —dijo Emily en tono desmayado—. Estoy desesperada y desesperada debo quedarme. Marchaos, os lo ordeno, abandonadme a mi destino.

—¡Nunca! —exclamó el conde vehementemente—, ¡antes pereceré! ¡Perdonad mi violencia!, la idea de perderos me enloquece. No podéis desconocer el carácter de Montoni, aunque ignoréis sus planes. Pero no, no debe ser así. De otro modo no dudaríais entre mi amor y sus poderes.

—No dudo —dijo Emily.

—Entonces, marchémonos —dijo Morano, besando apasionadamente su mano y poniéndose en pie—, mi carruaje espera al pie de los muros del castillo.

—Me habéis entendido mal, señor —dijo Emily—, permitidme que os agradezca vuestro interés en mi bienestar y que decida por mí misma. Continuaré bajo la protección del signor Montoni.

—¡Bajo su protección! —exclamó Morano orgullosamente—, ¡su *protección*! Emily, ¿por qué os dejáis engañar?, ya os he dicho lo que podéis esperar de su *protección.*

—Perdonadme, señor, si en este momento dudo de las afirmaciones y, para convencerme, necesito algún tipo de pruebas.

—No tengo ni tiempo, ni medios para aportaros pruebas —replicó el conde.

—Ni yo tendría, señor, deseos de escucharlas, si las tuvierais.

—Estáis jugando con mi paciencia y con mi desesperación —continuó Morano—.

¿Es tan terrible ante vuestros ojos el matrimonio con un hombre que os adora, que preferís toda la miseria a la que Montoni puede condenaros en esta remota prisión? Algún desventurado debe haber robado el afecto que debería ser mío, o no podríais insistir tan obstinadamente en rehusar una oferta que os colocaría más allá del alcance de la opresión. —Morano paseó por la habitación con pasos rápidos y aire inquieto.

—Ese comentario, conde Morano, prueba suficientemente que mis afectos no pueden ser vuestros —dijo Emily con suavidad—, y esa conducta, que no estaría más allá del alcance de la opresión mientras permaneciera en vuestro poder. Si deseáis que piense de otro modo, dejad de presionarme con vuestra presencia. Si rehusáis a hacerlo, me obligaréis a exponeros al resentimiento del signor Montoni.

—Sí, hacedle venir —exclamó Morano furioso—, y que conozca mi resentimiento. Haced que se enfrente, una vez más, al hombre al que ha injuriado tan cobardemente; el peligro puede que le enseñe moralidad y la venganza justicia. ¡Hacedle venir y recibirá mi espada en el corazón!

La vehemencia con que lo dijo supuso para Emily una nueva causa de alarma e intentó ponerse en pie, pero su cuerpo se negaba a sostenerla y continuó sentada. Las palabras murieron en sus labios y, cuando miró hacia la puerta que conducía al pasillo, que estaba cerrada, comprendió que era imposible que escapara de la habitación antes de que Morano se diera cuenta de sus intenciones y contraatacara.

Sin darse cuenta de su agitación, él continuó recorriendo la habitación con el ánimo totalmente alterado. Su rostro expresaba la ira de los celos y de la venganza. Cualquier persona que hubiera visto aquel rostro con su sonrisa de inefable ternura, no podría creer que se trataba del mismo.

—Conde Morano —dijo Emily, recobrando la voz—, calmaos, os lo' ruego, contened esa agitación, y atended a las razones si no podéis hacerlo con la piedad. Habéis equivocado vuestro amor y vuestro odio. Nunca podría devolveros el afecto con el que honráis, y nunca os he animado a ello; ni el signor Montoni os ha ofendido, porque debéis saber que no tiene derecho a disponer de mi mano aunque poseyera el poder para ello. Marchad entonces, marchad del castillo mientras estéis a tiempo. Ahorraos las consecuencias de una injusta venganza y el remordimiento de haber prolongado en mí estos momentos de sufrimiento.

—¿Os alarcnáis por mi seguridad o por la de Montoni? —dijo Morano, fríamente, y dirigiéndole una mirada recriminatoria.

—Por los dos —replicó Emily con voz temblorosa.

—¡Venganza injusta! —exclamó el conde volviendo a su tono apasionado—. ¿Quién puede imaginar un castigo adecuado a la injuria que él me ha hecho? Sí, abandonaré el castillo, pero no lo haré solo. He sido engañado demasiado tiempo. Ya que mis oraciones y mis sufrimientos no pueden vencer, lo lograré por la fuerza. Tengo gente esperando que os llevará a mi carruaje. Vuestros gritos no os

proporcionarán socorro alguno; no serán oídos desde esta distante parte del castillo; someteos, en consecuencia, silenciosamente, y venid conmigo.

Era una indicación innecesaria porque Emily estaba segura de que sus llamadas no servirían de nada, y el terror había desordenado de tal modo sus pensamientos que no sabía cómo conmover a Morano, y se quedó sentada en la silla, muda y temblorosa, hasta que él avanzó para obligarla a levantarse. Emily se puso en pie y con un gesto de asco en el rostro, y con serenidad forzada dijo:

—¡Conde Morano! Estoy en vuestras manos; pero advertiréis que ése no es el comportamiento del que desea ganar la estima que parecéis tan deseoso de obtener, y de que os estáis decidiendo por un camino lleno de remordimientos, en las desgracias de una huérfana sin amigos, que no podrá abandonaros. ¿Creéis que vuestro corazón está tan endurecido que podréis ver sin emocionaros los sufrimientos a los que me condenaríais?

Emily se vio interrumpida por los gruñidos del perro, que se acercó de nuevo desde la cama. Morano miró hacia la puerta de la escalera, y al no ver a nadie gritó:

—¡Cesáreo!

—Emily —dijo el conde—, ¿por qué me obligáis a adoptar este comportamiento? ¡Con cuánto más placer os persuadiría que obligaros a ser mi esposa! Pero, ¡por el cielo!, no os dejaré para que seáis vendida por Montoni. Un pensamiento que cruza mi mente y me hace enloquecer. No sé cómo explicarlo. Es descabellado, no puede ser... tembláis... ¡os ponéis pálida! ¡Eso es... vos... vos... amáis a Montoni! —exclamó Morano, agarrando a Emily por la muñeca y dando una patada en el suelo.

Un gesto involuntario de sorpresa cubrió el rostro de Emily.

—Si verdaderamente lo pensáis —dijo—, seguid pensándolo.

—Esa mirada, esas palabras lo confirman —exclamó Morano furioso—. No, no, no, Montoni tiene a la vista un premio mejor que el oro. ¡Pero no triunfará sobre mí! En este mismo instante...

Fue interrumpido por los fuertes ladridos del perro.

—Un momento, conde Morano —dijo Emily aterrorizada por sus palabras y por la furia que expresaban sus ojos—, os sacaré de vuestro error. El signor Montoni no es vuestro rival; aunque, si compruebo que cualquier otro medio de salvarme es vano, intentaría que mi voz atrajera a sus criados a mi socorro.

—No es momento para depender de vuestra afirmación —replicó Morano—. ¿Cómo puedo dudar, ni siquiera por un instante, que pueda veros y no amaros? Pero mi primera ocupación será sacaros del castillo. ¡Cesáreo! ¡Cesáreo!

Por la puerta de la escalera apareció un hombre y se oyeron pasos de otro que subía. Emily lanzó un grito, mientras Morano la llevaba por la habitación, y en ese momento oyó un ruido en la puerta que comunicaba con el corredor. El conde se detuvo un instante, como si su pensamiento se viera suspendido entre el amor y el deseo de venganza. La puerta cedió, y Montoni, seguido por el viejo criado y otras personas, irrumpió en la habitación.

—¡Defendeos! —gritó Montoni al conde, quien no se detuvo, y, entregando a Emily a los hombres que habían aparecido por la escalera, se volvió lleno de furia.

—¡Está en tu corazón, villano! —dijo arremetiendo con la espada contra Montoni, que paró el golpe, y le lanzó otro, mientras algunas de las personas que le acompañaban se acercaron a separar a los combatientes y otros a rescatar a Emily de las manos de los criados de Morano.

—¿Qué comportamiento es ése, conde Morano —dijo Montoni en tono frío y sarcástico—, cuando os he recibido bajo mi techo y os he permitido, a pesar de ser mi enemigo, quedaros en él durante la noche? ¿Es así como correspondéis a mi hospitalidad, con la traición a un amigo y el rapto de mi sobrina?

—¿Quién habla de traición? —dijo Morano en tono lleno de vehemencia—. Alguien que pone rostro de inocencia. Montoni, sois un villano. Si hay alguna traición en este asunto, vos sois el autor. Yo el que he recibido las injurias casi más allá de lo soportable. Pero, ¿por qué pierdo el tiempo en palabras? ¡Venid, cobarde, y recibiréis la justicia de mis manos!

—¡Cobarde! —gritó Montoni, desprendiéndose de los que le sujetaban y corriendo hacia el conde. Ambos retrocedieron hacia el corredor, donde la lucha continuó con tal desesperación que ninguno de los espectadores se atrevió a arrimarse a ellos, mientras Montoni juraba que el primero que interfiriera caería bajo su espada.

Los celos y el deseo de venganza movían con toda su furia a Morano, mientras el superior dominio y la templanza de Montoni le permitieron herir a su adversario, a quien sus criados trataban de detener, y, sin preocuparse de la herida continuó luchando. Parecía insensible tanto al dolor como a la pérdida de sangre, y vivo únicamente por la energía de sus pasiones. Montoni, por el contrario, perseveraba en el combate con una fiereza que superaba su valor. Recibió la punta de la espada de Morano en un brazo, pero, casi al mismo momento, le hirió gravemente,

desarmándole. El conde cayó hacia atrás, en los brazos de su criado, mientras Montoni le señalaba con la espada y le hizo que rogara por su vida. Morano, hundido en la angustia de las heridas, replicó con un gesto y con pocas palabras, débilmente articuladas que no lo haría, y en ese momento perdió el conocimiento. Montoni avanzó para clavarle la espada en el pecho, según yacía sin sentido, pero Cavigni detuvo su brazo. Cedió sin muchas dificultades a la interrupción, pero su piel pareció cambiar de color, oscureciéndose, según contemplaba a su adversario caído en el suelo, y ordenó que fuera sacado inmediatamente del castillo.

Mientras tanto, Emily, a la que no habían dejado salir de la habitación durante el enfrentamiento, salió al corredor y suplicó con los sentimientos comunes de humanidad para que Montoni accediera a que Morano fuera atendido en el castillo como lo requería su situación. Pero Montoni, que rara vez había escuchado las consideraciones de piedad, parecía deseoso de venganza y, con crueldad monstruosa, ordenó de nuevo que su vencido enemigo fuera sacado del castillo, lo que significaba que no tendría más protección para la noche que el bosque o alguna cabaña solitaria vecina.

Los criados del conde manifestaron que no le moverían hasta que reviviera. Montoni se mantuvo quieto y Emily, sobreponiéndose a las amenazas de Montoni, le ofreció agua a Morano y dio instrucciones para que fuera vendada su herida. Finalmente, Montoni, que sintió el dolor en la herida que había recibido, se retiró para examinarla.

Mientras tanto, el conde, que se había recuperado lentamente, al abrir los ojos, lo primero que vio fue a Emily inclinada sobre él con el rostro expresando claramente su preocupación. La contempló con una mirada de angustia.

—Me lo he merecido —dijo—, pero no de Montoni. Es de vos, Emily, de la que merezco un castigo. Sin embargo, ¡sólo recibo vuestra piedad! —Hizo una pausa, ya que le costaba trabajo hablar. Tras un momento continuó—: Tengo que renunciar a vos, pero no a Montoni. Perdonadme todos los sufrimientos que os he ocasionado. Pero por lo que se refiere a ese villano, su infamia no quedará sin castigo. Sacadme de aquí —dijo a sus criados—, no estoy en condiciones de viajar; en consecuencia, debéis llevarme a la cabaña más próxima, pues no pasaré la noche bajo este techo, aunque expire mientras salgo.

Cesáreo propuso salir y preguntar si había alguna cabaña en la que pudieran recibir a su amo antes de intentar moverlo, pero Morano estaba impaciente por marcharse; la angustia de su mente parecía incluso mayor que la que le proporcionaba su herida, y rechazó con desdén la oferta de Cavigni de convencer a Montoni de que debía pasar la noche en el castillo. Cesáreo se dispuso a avisar para que el carruaje se acercara a la gran puerta, pero el conde se lo prohibió.

—No podría soportar el movimiento de la carroza —dijo—, llama a otros para

que te ayuden a llevarme en brazos.

Morano acabó sometiéndose a las razones y consintió en que Cesáreo saliera primero para buscar algún lugar en el que pudieran acomodarle. Emily, al ver que había recobrado el sentido, estaba a punto de retirarse del corredor, cuando recibió un mensaje de Montoni ordenándole que lo hiciera y también que el conde, si aún no lo había hecho, abandonara inmediatamente el castillo. La indignación brilló en los ojos de Morano y enrojeció sus mejillas.

—Decidle a Montoni —dijo— que me marcharé cuando lo crea conveniente; que saldré del castillo, que se atreve a llamar suyo, como lo haría del nido de una serpiente, y que ésta no será la última vez que tenga noticias mías. Decidle que no dejaré que tenga otro asesinato en su conciencia, si puedo evitarlo.

—¡Conde Morano! ¿Sabéis lo que decís? —dijo Cavigni.

—Sí, signor, sé muy bien lo que digo y él comprenderá muy bien lo que significa. Su conciencia le ayudará a comprenderlo en esta ocasión.

—Conde Morano —dijo Verezzi, que hasta entonces le había estado observando en silencio—, si os atrevéis a insultar de nuevo a mi amigo os atravesaré con esta espada.

—¡Sería una acción propia del amigo de un villano! —dijo Morano, mientras el enorme impulso de su indignación le permitió levantarse solo de los brazos de sus criados; pero la energía era momentánea, y cayó exhausto por el esfuerzo. Los hombres de Montoni, mientras tanto, contuvieron a, Verezzi, que parecía inclinado, incluso en aquel momento, a cumplir su amenaza; y Cavigni, que no era tan depravado para compartir la maldad cobarde de Verezzi, trató de llevárselo del corredor. Emily, cuyos sentimientos de compasión la habían detenido hasta entonces, se marchaba con un nuevo terror, cuando las súplicas de Morano la detuvieron, y le pidió que se acercara con gesto débil. Avanzó con pasos tímidos, pero el rostro pálido de Morano despertó de nuevo su compasión y la llenó de temores.

—Me voy de aquí para siempre —dijo—, tal vez no os volveré a ver nunca. Me llevo vuestro perdón, Emily, nada más, también mis mejores deseos.

—Contáis con mi perdón —dijo Emily— y también con mis sinceros deseos de que os recuperéis.

—¿Sólo porque me recupere? —dijo Morano, suspirando.

—Por vuestro bienestar en general —añadió Emily.

—Tal vez deba conformarme con eso —continuó—, realmente no me merezco más. Pero me atrevería a pediros, Emily, que penséis en mí alguna vez, y, olvidando mi ofensa, recordéis únicamente la pasión que la ha ocasionado. Os pediría imposibles: ¡os pediría que me amarais! En este momento, cuando estoy a punto de separarme de vos, quizá para siempre, casi no soy yo mismo. Emily, ¡que nunca conozcáis la tortura de una pasión como la mía! ¿Qué es lo que digo? ¡Oh, que seáis

sensible a tal pasión!

Emily le miró impaciente por irse.

—Os lo suplico, conde, preocuparos de vuestra propia seguridad —dijo—. No debéis seguir aquí por más tiempo. Tiemblo por las consecuencias de la pasión del signor Verezzi y por el rencor de Montoni, si sabe que seguís aquí.

El rostro de Morano se cubrió con una pasión momentánea y le brillaron los ojos, pero pareció dominarse y replicó con voz calmada:

—Ya que os preocupa mi seguridad, lo tendré en cuenta y me marcharé. Pero, antes de irme, hacedme oír de nuevo que me deseáis lo mejor —dijo fijando en ella una mirada de tristeza.

Emily repitió sus comentarios anteriores. Morano cogió su mano, que ella no intentó retirar, y puso en ella sus labios.

—Adiós, conde Morano —dijo Emily; y se volvió para marcharse, cuando llegó un segundo mensaje de Montoni y de nuevo suplicó a Morano que si valoraba su vida saliera de inmediato del castillo. La miró en silencio con un gesto desesperado. Pero

Emily ya no tenía tiempo para compasiones y al no atreverse a desobedecer una segunda orden de Montoni, abandonó el corredor.

Montoni estaba en el salón junto al gran vestíbulo, echado en un sofá, sufriendo los dolores de la herida que pocos habían advertido. Tenía un gesto sombrío, pero en calma, que expresaba las oscuras pasiones de la venganza, pero no síntomas de dolor, dolor corporal, que siempre había despreciado y vencido con la fortaleza y las tremendas energías de su alma. Le atendían el viejo Carlo y el signor Bertolini, pero madame Montoni no estaba con él.

Emily tembló al acercarse y recibir su mirada llena de reproches por no haber acudido a su primera llamada; y percibió también que atribuía su estancia en el corredor a un motivo que no había pasado por su mente inocente.

—Estamos otra vez ante un capricho femenino —dijo—. El conde Morano, cuya solicitud has rechazado obstinadamente mientras estuvo apoyada por mí, parece recibir ahora tu favor, cuando yo he desistido.

Emily le miró llena de asombro.

—No lo comprendo —dijo—. Estoy segura de que vuestras palabras no implican que la decisión del conde de visitar la cámara doble haya contado con mi aprobación.

—A eso no tengo nada que decir —dijo Montoni—, pero parece que se trataba de un interés superior al común el que te hizo apoyar tan calurosamente su causa y que te ha detenido tanto tiempo, desobedeciendo mi orden expresa, en presencia de un hombre que has evitado hasta ahora en todas las ocasiones del modo más escrupuloso.

—Me temo, señor, que se trataba de algo más que del interés común lo que me ha detenido —dijo Emily calmosamente—, porque últimamente me inclino a pensar que

la compasión no tiene nada de común. Pero ¿cómo podría y cómo podríais vos, señor, ser testigo de las deplorables condiciones del conde Morano, sin desear consolarle?

—Añades hipocresía al capricho —dijo Montoni, frunciendo el ceño—, y un intento de sátira a ambos; pero, antes de que te ocupes de regular la moral de otras personas, debes aprender a practicar las virtudes, que son indispensables en una mujer: la sinceridad, la uniformidad en la conducta y la obediencia.

Emily, que siempre había tratado de moderar su conducta con las leyes más justas, y cuya mente era extremadamente sensible, no sólo a lo que es justo en cuestión de moralidad, sino a todo lo que es embellecedor del carácter de la mujer, se vio sorprendida por aquellas palabras; sin embargo, al momento, su corazón se llenó de la conciencia de haber merecido un elogio, en lugar de una censura, y se mantuvo orgullosamente silenciosa. Montoni, conocedor de la delicadeza de su pensamiento, sabía muy bien cómo recibiría sus reproches: pero, ajeno a los juegos de la conciencia, no pudo prever la energía del sentimiento con el que había sido repelida su sátira. Se volvió a un criado que acababa de entrar en el salón y le preguntó si Morano había abandonado el castillo. El hombre contestó que sus criados se lo llevaban en ese momento a una cabaña próxima. Montoni pareció calmarse al oírlo y, cuando Ludovico apareció un momento después y dijo que Morano ya se había ido, indicó a Emily que podía retirarse a su habitación.

Se alejó de muy buen grado de su presencia, pero la idea de pasar lo que quedaba de la noche en una habitación cuya puerta a la escalera permitía la entrada de cualquier persona le preocupó más que nunca, y decidió acudir a la habitación de madame Montoni y solicitar que Annette se quedara con ella.

Al llegar a la gran galería oyó voces de lo que parecía una discusión. Su ánimo estaba predispuesto a cualquier alarma y se detuvo, no tardando en distinguir las voces de Cavigni y Verezzi, por lo que se dirigió hacia ellos con la esperanza de conciliar sus diferencias. Estaban solos. El rostro de Verezzi seguía rojo de ira, y al desaparecer el destinatario de la misma, parecía dispuesto a transferir su rencor a Cavigni, que trataba de convencerle más que de discutir con él.

Verezzi afirmaba que informaría instantáneamente a Montoni del insulto que le había lanzado Morano, y, sobre todo, que le había acusado de asesinato.

—No tiene sentido —dijo Cavigni— tener en cuenta las palabras de un hombre en un momento de indignación. Si insistes en tu decisión, las consecuencias pueden ser fatales para ambos. Tenemos entre manos intereses más serios que los de una triste venganza.

Emily se unió a los ruegos y a los argumentos de Cavigni y lograron al fin convencer a Verezzi para que se retirara sin ver a Montoni.

Al llamar a la puerta de las habitaciones de su tía, comprobó que estaban cerradas. A los pocos minutos, sin embargo, fue la propia madame Montoni la que

abrió.

Hay que recordar que se trataba de la puerta que conducía a la alcoba desde un pasillo posterior, por la que Emily había entrado en secreto unas horas antes. Dedujo por el aire de calma de madame Montoni que no estaba al corriente de lo que le había sucedido a su marido y comenzó a informarla del modo más suave que pudo, cuando su tía la interrumpió, diciéndole que estaba al corriente de todo.

Emily sabía que tenía muy pocas razones para querer a Montoni, pero difícilmente hubiera creído que era capaz de tan perfecta apatía, como mostraba hacia él. Tras obtener permiso para que Annette durmiera en su habitación, se retiró inmediatamente.

Un reguero de sangre se extendía por el corredor que conducía a su cuarto, y en el lugar donde el conde y Montoni se habían batido todo el suelo estaba manchado. Emily tembló y se apoyó en Annette al cruzarlo. Cuando entró en la habitación, decidió que puesto que la puerta de la escalera había quedado abierta y Annette estaba con ella, exploraría a dónde conducía, ya que el asunto se relacionaba materialmente con su propia seguridad. Annette estuvo de acuerdo, a medias curiosa y a medias llena de miedo, cuando le propuso bajar por la escalera. Al acercarse a la puerta comprobaron que había sido cerrada de nuevo, por lo que su preocupación se dirigió a asegurarla desde dentro, colocando los muebles más pesados que pudieron trasladar. Emily se acostó y Annette reposó en una silla al lado de la chimenea, donde quedaban algunos débiles rescoldos.

Capítulo VII

De lenguas aéreas, que silabean los nombres de los hombres
en las arenas y las playas y en las soledades del desierto.

MILTON

Se hace necesario mencionar algunas circunstancias que no pudieron ser relatadas entre los acontecimientos de la precipitada marcha de Emily de Venecia y los que tan rápidamente se sucedieron a su llegada al castillo.

En la mañana de su viaje, el conde Morano acudió a la hora prevista a la casa de Montoni para solicitar a su prometida. Al llegar se quedó sorprendido por el silencio y aire de soledad del pórtico, en el que usualmente esperaban los lacayos de Montoni; pero la sorpresa no tardó en convertirse en asombro, y en asombro al extremo de contrariedad, cuando la puerta fue abierta por una mujer de cierta edad que informó a los criados que su amo y su familia había salido de Venecia para *Terra-firma* muy temprano. Incapaz de creerse lo que le decían sus criados, descendió de la góndola y corrió a preguntar más detalles. La criada, que era la única persona que había quedado al cuidado de la casa, insistió en sus afirmaciones, y el silencio y las habitaciones solitarias no tardaron en convencerle de que eran ciertas. Se volvió contra ella con aire amenazador, como si quisiera descargar en la criada todo su deseo de venganza, haciéndole al mismo tiempo innumerables preguntas con tan gesticulante furia que la pobre mujer fue incapaz de contestar. Entonces la dejó ir de pronto y paseó por el vestíbulo como un loco, insultando a Montoni y lamentando su propia locura.

Cuando la pobre mujer se vio libre y se recuperó del susto le informó de lo que sabía del asunto, que era en realidad muy poco, pero lo suficiente para que Morano descubriera que Montoni se había ido a su castillo en los Apeninos. Allí le siguió tan pronto como sus criados pudieron preparar lo necesario para el viaje, acompañado por un amigo y atendido por sus hombres, decidido a conseguir a Emily o una total venganza sobre Montoni. Cuando se recuperó de la primera efervescencia de ira y sus pensamientos se hicieron menos oscuros, su consciencia le descubrió algunas circunstancias que en cierta medida explicaban la conducta de Montoni; pero no podía ni siquiera imaginar cómo había llegado a sospechar de una intención que, según creía, sólo él conocía. En esta ocasión, sin embargo, él había sido traicionado en parte por esa comprensión de simpatía que puede decirse que existe entre mentes perversas y que enseña al hombre lo que haría el otro en las mismas circunstancias.

Eso es lo que le había sucedido a Montoni, que recibió pruebas indiscutibles de una verdad que llevaba algún tiempo sospechando, en el sentido de que las circunstancias de Morano, en lugar de ser prósperas, como él trataba de hacer creer, estaban muy comprometidas. Montoni había estado interesado en su propio beneficio. Los motivos eran totalmente egoístas, los de la avaricia y el orgullo. Este último habría sido compensado con la alianza con un noble veneciano, la primera por las propiedades de Emily en Gascuña, que él había supuesto, como precio de su favor, que pasarían a sus manos el día de su matrimonio. Mientras tanto, había llegado a sospechar de las consecuencias de la generosa extravagancia del conde, pero hasta la noche anterior al día previsto para las nupcias no obtuvo ciertas informaciones sobre su desesperada situación económica. Entonces no dudó en deducir que Morano trataba de defraudarle quedándose con las propiedades de Emily. Sus suposiciones se vieron confirmadas, y con aparente razón, por la conducta posterior del conde, quien, tras haberse citado con él aquella noche, con el propósito de firmar el documento que aseguraría a Montoni su premio, no se presentó. Tal circunstancia, en un hombre como Morano de carácter alegre e irreflexivo, y en un momento en que sus preocupaciones se dirigían a las nupcias, podía haber sido atribuida a causas menos decisivas que estudiadas; pero Montoni no titubeó un instante en interpretarlas a su modo, y, tras haber esperado en vano la llegada del conde durante varias horas, dio órdenes a sus hombres para estar preparados en cualquier momento. Su intención al dirigirse a Udolfo era la de alejar a Emily de Morano, así como para romper el compromiso, sin someterse a una discusión innecesaria. Si el conde tenía intenciones honorables seguiría sin duda tras Emily y firmaría el documento en cuestión. Si lo hacía así, Montoni tenía poca consideración por el futuro de Emily, que no habría tenido escrúpulos en sacrificarla a un hombre arruinado, puesto que él se enriquecía, por lo que le ocultó el motivo de su inesperado viaje, y más aún para tenerla sometida cuando él lo requiriera.

Con estas consideraciones había abandonado Venecia; y, con otras totalmente diferentes, Morano había seguido poco después sus pasos por los agrestes Apeninos. Cuando su llegada fue anunciada al castillo, Montoni no pensó que se hubiera atrevido a presentarse a menos que estuviera dispuesto a cumplir su compromiso y, en consecuencia, le admitió de inmediato. El rostro iracundo de Morano cuando entró en el salón le desengañó al instante; y, cuando Montoni hubo explicado en parte los motivos de su abrupta marcha de Venecia, el conde insistió en la petición de Emily y en sus reproches a Montoni, sin mencionar siquiera su compromiso anterior.

Montoni, al final, para evitar una disputa, retrasó el asunto hasta el día siguiente, y Morano se retiró con algunas esperanzas, sugeridas por la aparente indecisión de Montoni. Sin embargo, cuando en el silencio de su cuarto comenzó a considerar su última conversación, el carácter de Montoni y algunos datos anteriores sobre su

doblez, su esperanza desapareció, decidiendo no demorar sus posibilidades de conseguir a Emily por otros medios. Informó de su deseo de llevarse a Emily a su criado de confianza y le envió a que descubriera entre los de Montoni quién podría ayudarle a ello. La elección de esa persona la dejó al buen juicio de su criado, y no imprudentemente, porque no tardó en descubrir a uno que había sido maltratado por Montoni y que estaba dispuesto a traicionarle. Aquel hombre condujo a Cesáreo por el castillo a través de un pasadizo secreto, a la escalera que conducía a la habitación de Emily, después le mostró un atajo para salir del edificio y le procuró las llaves que asegurarían su huida. El hombre fue ampliamente compensado por su colaboración; de cómo el conde fue compensado por la traición de aquel hombre, ya ha sido expuesto.

Mientras tanto, el viejo Cario había oído que dos hombres de Morano recibían la orden de esperar en el carruaje, al otro lado de los muros del castillo, que expresaban su sorpresa por la inesperada y secreta marcha de su amo, ya que el valet no les había informado de más detalles de la decisión de Morano que lo estrictamente necesario que debían ejecutar. Sin embargo, ellos cambiaron impresiones sobre los motivos, de las que CarIo sacó sus propias conclusiones. Antes de aventurarse a informar a Montoni se decidió a obtener alguna confirmación y, con este propósito, se situó con unos compañeros en la puerta del cuarto de Emily que daba al corredor. No tuvo que esperar mucho tiempo, aunque los gruñidos del perro estuvieron a punto de traicionarle. Cuando se convenció de que Morano estaba en la cámara y hubo escuchado lo suficiente de su conversación para estar al corriente de sus intenciones, avisó de inmediato a Montoni, por lo que Emily fue rescatada de los designios del conde.

Al día siguiente Montoni apareció como de costumbre, salvo que llevaba el brazo herido en cabestrillo. Salió a la muralla, miró a los hombres que se ocupaban de repararla. dio órdenes para que acudieran otros al trabajo, y entró en el castillo para recibir a varias personas que acababan de llegar, con las que se reunió en un salón privado durante una hora. Carlo fue llamado y se le ordenó que condujera a los desconocidos a una parte del castillo que en otros tiempos había estado ocupada por los principales criados de la familia y que les facilitara los necesarios refrigerios. Se le ordenó que una vez hecho esto regresara con su amo.

Por otra parte, el conde continuaba en la cabaña al pie del bosque, sufriendo en el cuerpo y en la mente y meditando su venganza contra Montoni. Su cuñado, al que había enviado a la ciudad más próxima en busca de un cirujano, no regresó hasta el día siguiente. Al examinar sus heridas, el médico se negó a dar cualquier impresión positiva, administró a su paciente algunas medicinas y le ordenó que se mantuviera en reposo donde estaba.

Emily pasó lo que quedaba de la noche durmiendo, sin ser molestada. Cuando se

recuperó de la confusión de su somnolencia, recordó que se había liberado de los asedios del conde Morano y su espíritu se alivió de la terrible ansiedad que la oprimía desde hacía tiempo, pero le quedaron los temores por las afirmaciones de Morano en relación con la conducta de Montoni. Le había dicho que los planes de este último sobre ella eran inescrutables, pero que sabía que eran terribles. Cuando se lo dijo estaba casi convencida de que su intención era conseguir que se pusiera bajo su protección, pero le habían dejado una impresión tremenda, y el pensar en el carácter y en el comportamiento anterior de Montoni no contribuyó a suavizarla. De todos modos no dejó de pensar en su propensión a anticipar los males, por lo que decidió disfrutar del pequeño respiro dentro de su desgracia y cogió sus útiles de dibujo, colocándose ante la ventana para elegir algún aspecto del paisaje.

Según se entretenía dibujando, vio paseando por la muralla de abajo a los hombres que habían llegado al castillo. La vista de aquellos desconocidos la sorprendió, pero más aún por su aspecto. Sus ropas tenían un aire singular que le llamó la atención, lo mismo que la fiereza de su aspecto. Se retiró de la ventana mientras pasaban, pero volvió a observarlos con más detalle. Sus figuras parecían encajar perfectamente en lo agreste de los alrededores y, según rodeaban el castillo, los dibujó como si se tratara de bandidos, entre la vista de la montaña. Cuando lo terminó, se sorprendió por el espíritu de aquel grupo. Pero lo había copiado de la naturaleza.

Carlo, cuando situó a los hombres y les proporcionó las provisiones, regresó como se le había ordenado junto a Montoni, que estaba inquieto por descubrir cuál de los criados había facilitado las llaves del castillo a Morano la noche anterior. Pero aquel hombre, aunque era demasiado leal a su amo, que además estaba vivo, no habría traicionado a uno de sus compañeros ni siquiera ante la justicia. En consecuencia, pretendió ignorar quién era el que había conspirado con el conde Morano y le contó, como antes, que lo único que sabía era lo que había oído a los dos criados.

Las sospechas de Montoni recayeron naturalmente sobre el portero y ordenó que fuera llamado. Carlo dudó primero y con pasos lentos acabó por ir a buscarle.

Bamardine, el portero, negó la acusación con el rostro tan firme que Montoni no podía creer que fuera culpable, aunque no acertaba a comprender cómo podía ser inocente. Finalmente, el hombre fue despedido y el culpable no fue detectado.

Montoni se dirigió entonces a las habitaciones de su esposa, a las que Emily llegó poco después. Al encontrarlos discutiendo, se dispuso a abandonar la habitación, pero su tía la hizo volver, expresándole sus deseos de que se quedara.

—Serás testigo —dijo— de mi oposición. Ahora, señor, repetid la orden que con tanta frecuencia he rehusado obedecer.

Montoni se volvió con gesto sombrío hacia Emily, gritándole que abandonara la

habitación, mientras su mujer insistía en que se quedara. Emily deseaba escapar de aquella escena, aunque también estaba ansiosa de servir a su tía, pero temía la cólera que apuntaba en los ojos de Montoni.

—Sal de la habitación —dijo con voz de trueno.

Emily obedeció y salió a la muralla, de la que habían desaparecido los desconocidos, y continuó meditando sobre el desgraciado matrimonio de la hermana de su padre y en su propia situación, ocasionada por la ridícula imprudencia de su tía, a la que siempre había deseado respetar y querer. La conducta de madame Montoni había hecho imposible ambas cosas, pero su corazón generoso se veía afectado por su desconsuelo y, avivada su piedad, olvidó el injurioso trato que había recibido de ella.

Según paseaba por la muralla, Annette apareció por la puerta del vestíbulo, miró con precaución a su alrededor, y se acercó a ella.

—Querida mademoiselle, os he estado buscando por todo el castillo —dijo—. Si me seguís, os mostraré un cuadro.

—i Un cuadro! —exclamó Emily, dando un respingo.

—Sí, un retrato de la difunta señora de este castillo. Cario me acaba de decir que era ella y pensé que os resultaría curioso verlo. Como sabéis, mademoiselle, es algo que no podría decirle a mi señora...

—Y por ello —dijo Emily sonriendo— tienes que decírselo a alguien...

—Sí, mademoiselle, ¿qué se puede hacer en un sitio como éste, si no se puede hablar? Si estuviera en un calabozo me dejarían hablar, me serviría de consuelo, aunque si lo hiciera sería sólo a los muros. Vamos, no perdamos tiempo, permitidme que os muestre el retrato.

—¿Está cubierto con un velo? —dijo Emily, tras una pausa.

—¡Querida mademoiselle! —dijo Annette mirando fijamente al rostro de Emily —, ¿por qué os ponéis pálida? ¿Estáis enferma?

—No, Annette, estoy bien, pero no deseo ver ese retrato, regresa al vestíbulo.

—¿Cómo, no queréis ver a la señora de este castillo? —dijo la muchacha—, ¿la señora que desapareció tan extrañamente? Yo habría corrido hasta la montaña más lejana que se pueda ver por lograrlo. Porque esta extraña historia es lo único que me preocupa de este viejo castillo, aunque hace que tiemble cada vez que pienso en ello.

—Sí, Annette, te gusta todo lo maravilloso. Pero, ¿no sabes que, a menos que te guardes de esa inclinación, acabará conduciéndote a la desgracia de la superstición?

Annette sonrió ante la observación de Emily, que podía temblar con temores imaginados, como ella misma, y escuchar casi con el mismo entusiasmo la narración de historias misteriosas. Annette insistió en su petición

—¿Estás segura de que es un cuadro? —dijo Emily—, ¿lo has visto?, ¿está tapado con un velo?

—¡Virgen Santa!, mademoiselle, sí, no, sí. Estoy segura de que es un cuadro. Lo

he visto, y no está tapado con un velo.

El tono y la mirada de sorpresa que acompañó a su respuesta despertó en Emily un sentido de prudencia que ocultó su emoción con una sonrisa e hizo un gesto a Annette para que la condujera hasta el cuadro. Estaba en una sala oscura, unida a la parte del castillo habitada por los criados. Había otros retratos colgados en las paredes, cubiertos como éste con polvo y telarañas.

—Ése es, mademoiselle —dijo Annette, en voz baja, señalando.

Emily avanzó y contempló el cuadro. Representaba a una señora en la flor de la juventud y la belleza; su aspecto era hermoso y noble, de expresión fuerte, pero tenía poco de la dulzura cautivadora que Emily prefería y menos aún de la suavidad pensativa que tanto le gustaba. Su rostro hablaba el lenguaje de la pasión más que el del sentimiento. La altanera impaciencia de la desgracia y no la plácida melancolía de un espíritu herido y resignado.

—¿Cuántos años han pasado desde que esta señora desapareció, Annette? —preguntó Emily.

—Veinte años, poco más o menos, según me han dicho. Hace mucho tiempo.

Emily continuó mirando el retrato.

—Creo —continuó Annette— que el signor debería tenerlo colgado en mejor lugar, y no en esta vieja cámara. A mi entender, debería colocar el retrato de una señora, ' que le proporcionó todas estas riquezas en la mejor habitación del castillo. Pero puede tener buenas razones para hacer lo que hace, y se dice que ha perdido tanto su riqueza como su gratitud. Pero ¡silencio, ni una palabra! —añadió Annette, poniéndose el dedo índice en los labios.

Emily estaba demasiado sumida en sus pensamientos para oír lo que decía.

—Ésta es una hermosa señora. Estoy segura —continuó Annette— de que el señor no tendría que avergonzarse de ponerla en una gran habitación, en la que tiene colgado el cuadro cubierto con un velo. —Emily se volvió a mirarla—. En cualquier caso, se la vería tan poco como aquí, porque ya me he dado cuenta de que la puerta está siempre cerrada.

—Salgamos de esta habitación —dijo Emily—, y permíteme que te advierta de nuevo, Annette, que tengas cuidado con lo que comentas, y que no digas nunca que has visto ese retrato.

—¡Santa madre! —exclamó Annette—, no es ningún secreto. ¡Todos los criados ya lo han visto!

Emily se quedó sorprendida.

—¿Cómo es posible? —dijo—. ¡Lo han visto! ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Querida mademoiselle, eso no tiene nada de sorprendente; todos somos mucho más curiosos que vos.

—Me ha parecido que has dicho que la puerta está siempre cerrada —dijo Emily.

—Si fuera así —replicó Annette, mirando a su alrededor—, ¿cómo podríamos estar aquí dentro?

—¡Oh!, te refieres a este cuadro —dijo Emily, recobrando la calma—, bien Annette, aquí no hay nada más que me interese. Vámonos.

Cuando Emily cruzaba hacia su habitación, vio a Montoni que bajaba al vestíbulo y se dirigió al vestidor de su tía, en donde la encontró sola y llorando, dolorida y resentida según se adivinaba en su rostro. El orgullo contenía sus quejas. Juzgando la disposición de Emily por la suya y ante la conciencia de lo que su trato para con ella merecía, estaba convencida de que sus pesares serían un triunfo para su sobrina en lugar de despertar su simpatía, de que no la compadecía, de que no sentía piedad por ella. Desconocía la ternura y la tolerancia del corazón de Emily, que había aprendido a olvidar sus propias injurias ante las desgracias de su enemigo. Los sufrimientos de los demás, quienes quieran que fueran, despertaban de inmediato su compasión, disipando cualquier oscura nube que hubiera ocultado en su mente la bondad con la pasión o el prejuicio.

Los sufrimientos de madame Montoni se elevaron, finalmente, por encima de su orgullo, y, cuando Emily hubo entrado en su habitación, se habría confiado a ella de no haber estado prevenida por la presencia de su marido. Ahora que ya no se veía contenida por ello, expresó todas sus quejas a su sobrina.

—¡Oh, Emily! —exclamó—, soy la más desgraciada de las mujeres. ¡Soy tratada con la máxima crueldad! ¿Quién, con todos mis propósitos de felicidad, habría pensado en un destino tan fatal como éste? ¿Quién habría pensado, cuando me casé con un hombre como el signor, que lamentaría mi decisión? Pero no hay modo de juzgar qué es lo mejor, ¡no hay modo de saber qué es lo que nos conviene! Los proyectos más resplandecientes cambian con frecuencia, los juicios más ciertos pueden engañar." ¿Quién podía haber predicho, cuando me casé con el signor, que me arrepentiría de mi generosidad?

Emily pensó que podía haberlo visto, pero no fue una idea de su triunfo. Se sentó en una silla cerca de su tía, cogió su mano, y, con una de esas miradas de apasionada compasión, que pueden caracterizar el rostro de un ángel guardián, le habló en los tonos más tiernos. Pero esto no sirvió de mucho con madame Montoni, cuya impaciencia por hablar la hacían incapaz de escuchar. Quería quejarse, no ser consolada; y a través de sus exclamaciones quejumbrosas Emily conoció las circunstancias concretas de su aflicción.

—¡Hombre desagradecido! —dijo madame Montoni—, me ha engañado en todos los aspectos. Me ha sacado de mi país y apartado de mis amigos, encerrándome en este viejo castillo. ¡Aquí espera obligarme a hacer todo lo que desee! Pero descubrirá que se ha confundido, descubrirá que no hay amenazas que puedan alterar... ¡Quién lo habría creído! ¿Quién podía suponer que un hombre de su familia y apariencia de

riqueza no tenía absolutamente fortuna alguna? No, ¡no tiene un céntimo suyo! Lo hice todo por mejorar. Pensé que era un hombre de posición, de grandes propiedades. En otro caso nunca me habría casado con él. ¡Desagradecido, ladino! Se detuvo para tomar aliento.

—Querida señora, recomponeos —dijo Emily—, el signor puede que no sea tan rico como vos teníais razones para suponer, pero seguro que no es muy pobre, puesto que este castillo y la mansión de Venecia son suyos. ¿Puedo preguntaros cuáles son las circunstancias que particularmente os afectan?

—¡Qué circunstancias! —exclamó madame Montoni con resentimiento—, ¿no es suficiente que ya haga tiempo que ha gastado toda su fortuna en el juego y el que haya perdido lo que le di y que ahora quiere obligarme a firmar 1o que me queda (por fortuna la parte más importante de mis propiedades quedó a mi nombre) para que 1o pueda perder también o tirarlo en empresas absurdas que nadie comprende más que él? ¿No es suficiente?

—Sí, así es —dijo Emily—, pero debéis recordar, querida señora, que yo no sabía nada de todo eso.

—¿Y no es suficiente —prosiguió su tía— que esté absolutamente arruinado, que esté profundamente hundido en deudas y que ni este castillo ni la mansión de Venecia serían suyos si todas sus deudas, honorables y deshonestas, fueran pagadas?

—Me dejáis sorprendida con lo que me decís, madame —dijo Emily.

—¿Y no es suficiente —interrumpió madame Montoni— que me haya tratado con negligencia, con crueldad, porque me niego a ceder mis propiedades y en lugar de estar atemorizada por sus amenazas le desafío decididamente y le reprocho su vergonzosa conducta? Pero lo he soportado todo, tú lo sabes, sobrina, nunca he pronunciado una palabra de queja, hasta ahora. ¡No! ¡Nada se puede imponer a mi disposición! Yo, que mis únicas faltas son el tener demasiada generosidad, demasiada condescendencia, me veo encadenada para toda la vida a tan vil, engañoso y monstruo cruel.

La necesidad de respirar obligó a madame Montoni a detenerse. Si algo podría haber hecho sonreír a Emily en aquellos momentos habría sido el discurso de su tía, expresado en un tono de voz ligeramente por debajo del grito y con la vehemencia de gestos y de guiños que lo hacían parecer burlesco. Emily vio que sus desgracias no admitían consuelo, y aparte de los términos de comentarios superficiales se mantuvo silenciosa, mientras madame Montoni, celosa de su propia importancia, confundió el silencio con indiferencia y le reprochó su falta de sentimientos.

—¡Oh!, sospechaba lo que en realidad sería todo ese alarde de sensibilidad —continuó—, pensé que no alcanzaría a enseñarte el sentimiento del deber o del afecto con tus parientes, que te han tratado como a su propia hija.

—Perdonadme, madame —dijo Emily suavemente—, no suelo presumir y menos

de sensibilidad, una cualidad que tal vez debe ser más temida que deseada.

—Está bien, sobrina, no discutiré contigo. Pero, como te he dicho, Montoni me amenaza con la violencia si sigo negándome a cederle mis propiedades. Ése era el tema de nuestra discusión cuando entraste antes en mi cuarto. Estoy decidida a que no hay poder en la tierra que pueda conseguir que lo haga. Ni tampoco lo soportaré dócilmente. Le descubriré cómo es verdaderamente. Le diré todo lo que se merece a pesar de sus amenazas y de su trato cruel.

Emily aprovechó una pausa de madame Montoni para hablar.

—Querida señora —dijo—, ¿no servirá eso para irritar al signor innecesariamente? ¿No provocará el duro trato con el que os amenaza?

—No me preocupa —replicó madame Montoni—, no me importa. No me someteré a sus propósitos. ¡Supongo que no me aconsejarás que renuncie a mis propiedades!

—No, madame, no es eso exactamente lo que quiero decir.

—¿Qué es entonces?

—Habláis de reprochar al signor —dijo Emily, dudando.

—¡Cómo! ¿No merece los reproches? —dijo su tía.

—Ciertamente lo merece, pero ¿será prudente, madame, que se los hagáis?

—¡Prudente! —exclamó madame Montoni—. ¿Es momento para hablar de prudencia, cuando una se ve amenazada con todo tipo de violencia?

—La prudencia es necesaria para evitar esa violencia —dijo Emily.

—¡Prudencia! —continuó madame Montoni, sin escucharla—, ¡prudencia con un hombre que no tiene escrúpulos en romper todos los lazos de humanidad en su conducta hacia mí! ¡Merece que considere la prudencia en mi comportamiento hacia él! No soy tan retorcida.

—Es por vuestro propio bien, no por el del signor, madame —dijo Emily con modestia—, por lo que debéis considerar la prudencia. Vuestros reproches, por justos que sean, no pueden castigarle sino provocar una mayor violencia contra vos.

—¡Cómo! ¿Pides que me someta entonces a lo que quiera ordenarme, que me arrodille a sus pies y le dé las gracias por sus crueldades? ¿Quieres que le ceda mis propiedades?

—¡Cómo confundís mis palabras, madame! —dijo Emily—. No estoy preparada para aconsejaros en un punto tan importante como el último que habéis mencionado, pero me perdonaréis que os diga, que si consideráis vuestra propia tranquilidad trataréis de reconciliaros con el signor Montoni, antes que irritarle con vuestros reproches.

—¡Conciliamos! Te lo digo, sobrina, es totalmente imposible. Me repugna intentarlo.

Emily se quedó sorprendida al comprobar la pervertida comprensión y el

temperamento obstinado de madame Montoni, pero no por ello menos conmovida por sus sufrimientos y miró a su alrededor tratando de encontrar algún detalle de alivio que ofrecerle.

—Vuestra situación tal vez no sea tan desesperada, querida señora —dijo Emily —, como imagináis. El signor puede que presente su situación peor de lo que en realidad es, con el propósito de presionaros con más fuerza en la necesidad de hacerse dueño de vuestras posesiones. Además, mientras las conservéis, podéis tenerlas como un refugio que os proporcionará una tranquilidad si en el futuro la conducta del signor os empujara a plantear una separación.

Madame Montoni la interrumpió con impaciencia.

—Eres cruel y no tienes sentimientos —dijo—, y tratas de persuadirme de que no tengo razones para quejarme, de que el signor está en una situación floreciente, que mi futuro sólo me promete felicidad y que mis pesares son tan fantasiosos y románticos como los tuyos. ¿Es ése el modo de consolarme, el tratar de conseguir que no tenga sentimientos porque tú no los tienes? Pensé que abría mi corazón a una persona que podía comprenderme en mi desgracia, pero descubro que vosotros, la gente de sensibilidad, no sentís nada por nadie como no sea por vosotros mismos. Puedes retirarte a tu habitación.

Emily, sin replicar, abandonó la habitación de inmediato, con una mezcla emotiva de piedad y disgusto, y corrió a la suya, donde se sumió en las tristes reflexiones que había provocado el conocimiento de la situación de su tía. De nuevo le vino a la mente la conversación en Francia del italiano con Valancourt. Sus sospechas referidas a la mala situación de la fortuna de Montoni quedaban ahora plenamente justificadas; las que se referían a su carácter no lo estaban menos, aunque las circunstancias concretas, conectadas con su fama, a las cuales había aludido el desconocido, quedaban aún sin explicación. Reuniendo sus propias observaciones y las palabras del conde Morano, se había convencido de que la situación de Montoni no era como se le había presentado al principio, los datos que acababa de conocer por su tía en este aspecto la conmovieron con toda la fuerza del asombro, en lo que abundaba el considerar el estilo de vida de Montoni, el número de criados que mantenía y los nuevos gastos en los que se estaba metiendo al reparar y fortificar el castillo. Su ansiedad por su tía y por ella misma se vio aumentada con estas reflexiones. Algunas de las afirmaciones de Morano, que en la noche anterior había creído expuestas por su propio interés o por el resentimiento, adquirían en su mente la fuerza de la verdad. No podía dudar de que Montoni había estado anteriormente de acuerdo con el conde en concedérsela por un premio pecuniario; su carácter y sus dificultades justificaban la creencia y parecían confirmar también la afirmación de Morano de que dispondría de ella, con más ventajas para él, frente a un solicitante más rico.

Entre los reproches que Morano había lanzado contra Montoni —había dicho que

no abandonaría el castillo *que se atrevía a llamar suyo,* no estaba dispuesto a echar *otro* asesinato sobre su conciencia—, sospechas que podían no tener otro origen que la pasión del momento, pero que Emily se inclinaba a considerar más seriamente, y tembló al pensar que estaba en manos de un hombre al que posiblemente podrían aplicársele. Finalmente, considerando que sus reflexiones no la librarían de su triste situación ni le permitirían soportarla con mayor fortaleza, trató de distraerse y cogió un libro de su pequeña biblioteca, un volumen de su favorito Ariosto; pero la riqueza de imaginación y de invención no lograron atraer su mente; su encanto no llegó a su corazón y sobre él quedaron sus fantasías dormidas, sin despertarse.

Dejó el libro y cogió el laúd, ya que rara vez había dejado de ceder sus sufrimientos ante los dulces sonidos; cuando lo conseguía, estaba oprimida por los pesares que proceden del exceso de ternura, pero hubo ocasiones en las que la música había acrecentado su pena a tal extremo que se hacía difícilmente soportable, y de no haber cesado habría perdido la razón. Momentos semejantes se habían presentado cuando velaba a su padre y oyó los cantos de medianoche que entraban por la ventana cerca del convento en Languedoc la noche siguiente a la de su muerte.

Continuó tocando hasta que Annette le trajo la cena, y Emily se sorprendió, preguntándole quién lo había ordenado.

—Mi señora, mademoiselle —replicó Annette—, el signor ordenó que la cena de ella fuera llevada a su habitación y entonces ella envió la vuestra. Han debido tener algunas diferencias, peor que nunca, me parece.

Emily, aparentando no advertir lo que decía, se sentó ante la pequeña mesa que extendió ante ella. Pero Annette no era fácil de callar. Mientras esperaba, habló de la llegada de los hombres, que Emily había visto desde las murallas, y manifestó sorpresa por su extraña apariencia, así como por sus maneras y del modo en que habían atendido las órdenes de Montoni.

—¿Están cenando con el signor? —preguntó Emily.

—No, mademoiselle, hace tiempo que acabaron en una de las habitaciones del lado norte del castillo, pero no sé a dónde fueron, porque el signor le dijo a Carlo que se ocupara de proporcionarles todo lo necesario. Han estado paseando por los alrededores del castillo y haciendo preguntas a los trabajadores que están en las murallas. Nunca había visto en mi vida hombres de aspecto tan extraño; me asusto cada vez que los veo.

Emily pregunto si había sabido algo del conde Morano y si tenía posibilidades de recuperarse; pero Annette sólo sabía que había sido trasladado a una cabaña del bosque y que todo el mundo comentaba que había muerto. El rostro de Emily descubrió su emoción interior.

—Querida señorita —dijo Annette—, ¡hay que ver cómo cambian las muchachas cuando están enamoradas! Yo creí que odiabais al conde, en otro caso no os habría

dicho nada de eso; y por mi parte creo que tenéis razones suficientes para odiarle.

—Espero no odiar a nadie —replicó Emily, tratando de sonreír—, pero lo cierto es que no amo al conde Morano. Me afectaría oír que cualquier persona ha muerto por medios violentos.

—Sí, mademoiselle, pero ha sido por su culpa.

Emily miró con desagrado; y Annette, confundiendo la causa del mismo, empezó inmediatamente a justificar al conde a su manera.

—Lo cierto es que se comportó de modo poco gentil —dijo—, entrar así en la habitación de una dama, y después, cuando descubre que no es del agrado de ella, negarse a marchar. Luego, cuando el señor de la casa llega para decirle que no se mezcle en sus asuntos, se da la vuelta, saca su espada y jura que le sacará el alma del cuerpo. Efectivamente fue un comportamiento muy poco gentil, pero también hay que tener en cuenta que estaba causado por el amor y no sabía lo que hacía.

—Ya está bien —dijo Emily, que comenzó a sonreír ya sin esfuerzo.

Pero Annette volvió a mencionar el desacuerdo entre Montoni y su señora.

—No es nada nuevo —dijo—; ya oímos y vimos lo mismo en Venecia, aunque nunca os hablé de ello.

—Fue muy prudente de tu parte no mencionarlo entonces; sé también prudente ahora, el tema no es muy agradable.

—¡Ah, querida mademoiselle! ¡Sorprende que seáis tan considerada con algunas personas, que se ocupan tan poco de vos! No puedo soportar el veros tan engañada y debo decíroslo. Pero todo es en vuestro favor y no para traicionar a mi señora, aunque, a decir verdad, tengo pocas razones para quererla; pero...

—¿No estarás hablando así de mi tía, supongo? —dijo Emily en tono grave.

—Sí, señorita, pero si supierais tanto como yo no os enfadaríais de ese modo. He oído muchas, muchas veces, hablar al signor y a ella sobre vuestro matrimonio con el conde, y ella siempre le aconsejaba no rendirse ante vuestras locas pretensiones, como le gustaba llamarlas, sino ser decidido y obligaros a la obediencia, os gustara o no. Y estoy segura de que mi corazón lo ha sufrido mil veces y he pensado que, teniendo en cuenta lo infeliz que era ella misma, podría haber sentido algo por los demás y...

—Te agradezco tu piedad, Annette —dijo Emily, interrumpiéndola—, pero mi tía era infeliz entonces y eso quizás alteraba su temperamento. Estoy segura. Puedes retirarte, ya he terminado.

—¡Querida mademoiselle, no habéis comido nada! Intentadlo, tomad un poco más. ¡El temperamento verdaderamente alterado! No lo entiendo, su temperamento siempre está alterado, creo. Y en Toulouse también oí a mi señora referirse a vos y a monsieur Valancourt con madame Merveille y con madame Vaison, con gran frecuencia, de mala manera, según me pareció, hablándoles de los problemas que

tenía para que os comportarais bien, y del cansancio y la desesperación que esto suponía para ella, y de que estaba convencida de que os habríais escapado, de no haberos vigilado atentamente, y que convinisteis que él acudiera a la casa por la noche, y...

—¡Dios mío! —exclamó Emily, sonrojándose profundamente—, ¡es posible que mi tía haya hablado así de mí!

—Así es, no digo nada más que la verdad, y no toda. Pero pensé para mí que podía haber encontrado algún tema mejor de conversación que el hablar de las faltas de su propia sobrina, incluso aunque las tuvierais, mademoiselle; pero no creí una sola palabra de lo que dijo. Mi señora no se preocupa de lo que dice contra los demás.

—Sucediera lo que sucediera, Annette —interrumpió Emily, recobrando su compostura—, no es asunto tuyo hablarme de las faltas de mi tía. Sé que lo has hecho con buena intención, pero no sigas. Ya he terminado de cenar.

Annette se puso colorada, bajó la vista, y comenzó a retirar la mesa lentamente.

«¿Es éste, entonces, el premio por mi ingenuidad? —se dijo Emily cuando se quedó sola—. ¡El tratamiento que recibo de un pariente (una tía) que tendría que ser guardián y no infamador de mi reputación, que, como mujer, debería respetar la delicadeza del honor femenino, y, como pariente, haber protegido el mío! Pero para añadir falsedades a un tema tan importante y para acallar sus comentarios, puedo decir con honesto orgullo que atacar con esas falsedades lo apropiado de mi conducta, requiere un corazón tan depravado como nunca pensé que pudiera existir, y tan profundo como mi llanto al descubrirlo en un pariente. ¡Qué contraste presenta su carácter con el de mi querido padre; mientras la envidia y las intenciones bajas forman los trazos principales del suyo, el de mi padre se distinguía por la tolerancia y el saber filosófico! Pero ahora, sólo debo recordar, si es posible, que ella es desgraciada».

Emily se echó el velo sobre el rostro y bajó para pasear por las murallas, el único paseo que estaba abierto para ella, aunque con frecuencia deseaba que se le permitiera corretear por los bosques próximos, e incluso poder explorar en ocasiones las sublimes escenas del paisaje que le rodeaba. Pero, como Montoni no toleraba que cruzara las puertas del castillo, trató de conformarse con las románticas vistas que veía desde los muros. Los campesinos que habían sido empleados en las fortificaciones habían dejado su trabajo, y las murallas estaban silenciosas y solitarias. Su triste apariencia, junto con la melancolía de la tarde, colaboraron en entristecer su mente envolviéndola en una lóbrega tranquilidad, por la que a menudo se dejaba llevar. Se volvió para observar los gratos efectos del sol, cuando sus rayos, apareciendo inesperadamente tras una espesa nube, iluminaron las torres del oeste del castillo, mientras el resto del edificio estaba envuelto en profundas sombras, excepto a través del arco gótico junto a la torre, que conducía a otra terraza y que los rayos

marcaban en su completo esplendor. Allí estaban los tres desconocidos que había visto por la mañana. Al darse cuenta de su presencia, se sintió asaltada momentáneamente por el miedo, ya que al mirar por la larga muralla no vio a otras personas. Mientras dudaba, se aproximaron. La puerta del final de la terraza, hacia la que ellos avanzaban, sabía que estaba siempre cerrada, y no le era posible marcharse por el lado opuesto sin encontrarse con ellos; pero, antes de cruzarse, se echó con violencia el velo sobre la cara que malamente ocultaba su belleza. Se miraron entre ellos y cambiaron algunas palabras en un italiano mal pronunciado, de las que sólo consiguió entender unas pocas; pero la fiereza de sus rostros, ahora que estaba lo suficientemente cerca para distinguirlos, la sorprendió más aún que la extraña singularidad de su aire y de sus ropas cuando los vio por primera vez. Fue el rostro y la figura del que caminaba entre los otros dos lo que más llamó su atención, porque expresaba una hosca altanería y una mirada llena de vigilante villanía, que dieron una impresión de horror a su corazón. Lo pudo leer claramente en sus rostros con una simple mirada, ya que al cruzarse con el grupo, sus ojos tímidos sólo se pararon en ellos un momento. Al llegar a la terraza, se detuvo, y advirtió que los desconocidos, que se habían quedado parados a la sombra de uno de los torreones, tenían los ojos fijos en ella y parecían, por su posición, que estaban conversando. Abandonó de inmediato la muralla y se retiró a su habitación.

Por la noche, Montoni estuvo levantado hasta tarde, rodeado por sus invitados en el salón de cedro. Su reciente triunfo sobre el conde Morano, o quizá alguna otra circunstancia, contribuían a llevar su ánimo a una altura nada frecuente. Llenó su copa con frecuencia y se dejó llevar por la alegría y la charla. La animación de Cavigni, por el contrario, se veía de alguna manera ensombrecida por la ansiedad. No dejó de observar a Verezzi, al que, con la máxima dificultad, había contenido en su intención de exasperar más a Montoni contra Morano, mencionando sus últimas palabras.

Uno de los presentes aludió a los acontecimientos de la noche anterior. Los ojos de Verezzi brillaron con fuerza. La alusión a Morano condujo a la de Emily, y todos coincidieron en ensalzarla, excepto Montoni, que guardaba silencio y que finalmente interrumpió la conversación.

Cuando los criados se retiraron, Montoni y sus amigos entraron en una conversación más íntima, que a veces estallaba por el temperamento irascible de Verezzi, pero en la que Montoni mostró la conciencia de su superioridad, por su mirada decidida y por los gestos que acompañaban siempre la fuerza de su pensamiento, al que la mayoría de sus compañeros se sometían, como ante un poder sobre el que no tuvieran derecho a rebelarse, a pesar de que conservaban sus celos escrupulosos por darse importancia frente a los demás. En medio de esa conversación, uno de ellos introdujo imprudentemente de nuevo el nombre de

Morano; y Verezzi, más lleno de odio por el vino, ignorando las expresivas miradas de Cavigni, hizo algunas referencias a lo que había pasado la noche anterior. Sin embargo, Montoni pareció no entenderlas, ya que continuó silencioso en su silla, sin mostrar emoción alguna, mientras la cólera de Verezzi crecía con la aparente insensibilidad de Montoni. Finalmente, dijo lo que había sugerido Morano, que aquel castillo no le pertenecía a él legalmente y que no quería cargarle otro asesinato en su conciencia.

—¿Voy a ser insultado en mi propia mesa y por mis propios amigos? —dijo Montoni con el rostro pálido de ira—. ¿Por qué repetirme las palabras de ese enloquecido? —Verezzi, que había esperado que la indignación de Montoni se volviera contra Morano y que le contestara dándole las gracias, miró con asombro a Cavigni, que disfrutó con su confusión—. ¿Podéis ser tan débil como para dar crédito a las afirmaciones de ese loco? —continuó Montoni—, ¿o lo que es lo mismo, de un hombre poseído por el espíritu de la venganza? Pero ha logrado sus propósitos; habéis creído lo que ha dicho.

—Signor —dijo Verezzi—, creemos sólo lo que sabemos.

—¡Cómo! —interrumpió Montoni, consternado—. Presentadme vuestras pruebas.

—Creemos sólo lo que sabemos —repitió Verezzi—, y no sabemos nada de lo que afirmó Morano.

Montoni pareció rehacerse.

—Soy muy cuidadoso, amigos míos —dijo—, con mi honor; ningún hombre puede ponerlo en duda impunemente. No tuvisteis la intención de ponerlo en duda. Sus palabras no tienen valor suficiente para que las recordéis, o para mi resentimiento. Verezzi, ésta es vuestra primera proeza.

—Éxito en tu primera proeza —repitieron todos en eco.

—Noble signor —replicó Verezzi, contento de haber escapado de las iras de Montoni—, con mi buena voluntad, construiréis vuestras murallas de oro.

—Pasad la jarra —exclamó Montoni.

—Brindaremos por la signora St. Aubert —dijo Cavigni.

—Permitidme que bebamos primero por la dueña del castillo —dijo Bertolini.

Montoni guardó silencio.

—¡Por la señora del castillo! —dijeron sus invitados.

Montoni inclinó la cabeza.

—Me sorprende, signor —dijo Bertolini—, que halláis tenido este castillo abandonado tanto tiempo; es un edificio noble.

—Es conveniente para nuestro propósitos —replicó Montoni—, y es un edificio noble. Parece que no conocéis por qué infortunio pasó a mis manos.

—Un afortunado infortunio, se podría decir, signor —replicó Bertolini, sonriendo —. ¡Me gustaría que uno tan afortunado cayera sobre mí!

Montoni le miró con un gesto severo.

—Si escucháis lo que voy a decir —continuó—, conoceréis la historia.

Los rostros de Bertolini y Verezzi expresaron algo más que curiosidad; Cavigni, que parecía no sentir interés alguno, es posible que ya hubiera oído la narración.

—Hace unos veinte años —dijo Montoni— que el castillo pasó a ser de mi propiedad; lo heredé por línea femenina. La dama, mi predecesora, sólo era un pariente lejano. Soy el último de su familia. Era hermosa y rica. La solicité, pero su corazón pertenecía a otro y fui rechazado. Es probable, sin embargo, que ella a su vez fuera rechazada por la persona, quienquiera que fuera, por la que se inclinaba, ya que una profunda e imborrable melancolía se apoderó de ella; y tengo razones para creer que fue ella misma la que puso fin a su vida. No estaba en el castillo cuando ocurrió, pero como el asunto se vio rodeado de circunstancias singulares y misteriosas, las contaré.

—¡Contadlas! —dijo una voz.

Montoni guardó silencio; los invitados se miraron entre ellos, para saber quién había hablado, pero se dieron cuenta de que todos se hacían la misma pregunta. Montoni, finalmente, se rehízo.

—Nos están escuchando —dijo—; acabaremos este tema en otro momento. Pasadme la jarra.

Los caballeros echaron miradas por la amplia cámara.

—No estamos aquí más que nosotros —dijo Verezzi—, por favor, continuad.

—¿Habéis oído algo? —dijo Montoni.

—Así es —dijo Bertolini.

—Puede ser sólo cuestión de imaginación —dijo Verezzi mirando a su alrededor —. Estamos solos, y me ha parecido que el sonido procedía de dentro de la habitación. Por favor, signor, continuad.

Montoni hizo una pausa y después continuó bajando la voz, mientras los caballeros se acercaban a él para escuchar.

—Debéis saber, signors, que la señora Laurentini había mostrado durante meses síntomas de desequilibrio mental, de una imaginación alterada. Su conducta era irregular; a veces estaba hundida en calma melancólica, y, otras, según me han dicho, mostraba todos los síntomas de locura furiosa. Fue una noche del mes de octubre, tras haberse recuperado de uno de esos ataques de excesos, cuando cayó de nuevo en su melancolía habitual, retirándose sola a su cámara y prohibiendo ser interrumpida. Era la habitación al final del corredor, donde tuvimos la lucha la pasada noche. Desde aquella hora, no se la ha vuelto a ver.

—¿Cómo? ¿No se la ha vuelto a ver? —dijo Bertolini—, ¿no se encontró su cuerpo en la cámara?

—¿Nunca se han encontrado sus restos? —exclamaron los demás al mismo

tiempo.

—¡Nunca! —replicó Montoni.

—¿Qué razones pudo haber para suponer que se había destruido a sí misma? —dijo Bertolini.

—Así es, ¿qué razones? —dijo Verezzi—. ¿Qué pasó para que sus restos no hayan sido encontrados? Aunque se matara, no pudo enterrarse a sí misma.

Montoni miró indignado a Verezzi, que empezó a presentar excusas.

—Perdonadme, signor —dijo—, no consideré que la señora era pariente vuestra cuando hablé de ella tan a la ligera.

Montoni aceptó las excusas.

—Pero el signor debe informamos de las razones que le llevaron a creer que la señora se había suicidado.

—Lo explicaré más tarde —dijo Montoni—; por el momento, permitidme que relate una circunstancia más extraordinaria. No volveré a comentar este asunto, signors. Escuchen, por ello, lo que voy a decir.

—¡Escuchen! —dijo una voz.

Se produjo un nuevo silencio, y el rostro de Montoni se alteró.

—Esto no ha sido una ilusión de nuestra fantasía —dijo Cavigni finalmente, rompiendo el profundo silencio.

—No —dijo Bertolini—, ahora lo he oído yo mismo. Sin embargo, no hay nadie en la habitación fuera de nosotros.

—Esto es muy extraordinario —dijo Montoni, poniéndose en pie—. No puede ser tolerado; hay algún engaño, algún truco. Averiguaré de qué se trata.

Todos se levantaron de sus asientos con gran confusión.

—¡Es muy raro! —dijo Bertolini—, porque no hay ningún extraño en la habitación. Si se trata de un engaño, signor, haréis bien en castigar al autor severamente.

—¡Un truco! ¿Qué otra cosa puede ser? —dijo Cavigni, simulando reír.

Llamaron a los criados y la habitación fue registrada, pero no encontraron a nadie. La sorpresa y la consternación de todos aumentó. Montoni estaba descompuesto.

—Saldremos de esta habitación —dijo—, y dejaremos también el tema de nuestra conversación; es demasiado solemne.

Sus invitados estaban igualmente dispuestos a salir del salón, pero el tema había despertado su curiosidad y trataron de convencer a Montoni para retirarse a otra cámara y que acabara. No obstante, no lo consiguieron. Pese a sus esfuerzos por aparentar calma, estaba visible y altamente desconcertado.

—¿Cómo es eso, signor?, vos no sois supersticioso —exclamó Verezzi—; vos, ¡que os habéis reído con tanta frecuencia de la credulidad de los demás!

—No soy supersticioso —replicó Montoni, mirándole con profundo desagrado—,

aunque sé cómo responder a las frases comunes que se usan frecuentemente contra la superstición. Me ocuparé con más detalle de este asunto.

Salió del salón; y sus invitados, separándose para pasar la noche, se retiraron a sus habitaciones.

Capítulo VIII

Lleva la rosa de la juventud en sus mejillas.

SHAKESPEARE

Volvemos ahora a Valancourt, que, como se recordará, permaneció en Toulouse algún tiempo tras la marcha de Emily, inquieto y desesperado. Cada día que se aproximaba pensaba que sería llevado de allí; sin embargo, pasaban los días y siguió recorriendo los escenarios de su felicidad anterior. No era capaz de abandonar el lugar en el que se había acostumbrado a conversar con Emily, o las cosas que habían visto juntos, que le traían a su memoria el recuerdo de su afecto, tanto como una especie de seguridad en su fidelidad; y, más cerca del dolor de su adiós, con las escenas de su marcha que tan poderosamente se fijaban en su imaginación. En ocasiones había sobornado a un criado, que había quedado al cuidado del castillo de madame Montoni, para que le permitiera visitar los jardines y allí había podido pasear, como ellos lo hicieron juntos, conmovido ahora por una melancolía no del todo desagradable. La terraza, y el pabellón al final de ésta, donde se había despedido de Emily en la víspera de su marcha de Toulouse, eran sus escenarios favoritos. Allí, mientras paseaba o se apoyaba en la ventana del edificio, trataba de recordar todo lo que Emily le había dicho aquella noche, recuperar el tono de su voz, que vibraba débilmente en su memoria, y recordar la exacta expresión de su rostro, que a veces acudía de pronto a su fantasía, como una visión; aquel hermoso rostro, que despertaba, como por una magia instantánea, toda la ternura de su corazón, y parecía decirle con elocuencia irresistible, ¡que la había perdido para siempre! En esos momentos, sus pasos rápidos habrían descubierto a cualquier espectador la desesperación de su corazón. El carácter de Montoni, tal como lo suponía por varias insinuaciones y como se lo presentaban sus temores, le llevaban a considerar todos los peligros que parecían amenazar a Emily y a su amor. Se culpaba a sí mismo por no haberla presionado más, mientras estuvo en sus manos, para detenerla, y que sintiera una duda absurda y criminal, como él la calificaba, antes de exponer los razonables argumentos que él había opuesto a aquel viaje. Cualquier mal que pudiera derivarse de su matrimonio le parecía tan inferior a los que ahora amenazaban a su amor, e incluso a los sufrimientos que su ausencia ocasionaba, que se asombraba de que hubiera podido cesar en su solicitud hasta haberla convencido de lo apropiado de la misma; y con seguridad que la habría seguido a Italia si hubiera podido faltar a su regimiento durante un viaje tan largo. Su regimiento no tardó en

recordarle que tenía otros deberes que atender que no eran los del amor.

Poco después de su llegada a la casa de su hermano fue llamado para unirse a los oficiales y acompañó a un batallón hasta París, donde se le abrió un escenario de novedades y alegrías de las que hasta entonces sólo tenía una ligera idea. Pero la alegría le disgustó y la compañía fatigó su mente enferma. Se convirtió en un compañero incómodo, apartándose de todos a la menor oportunidad para pensar en Emily. No obstante, el ambiente que le rodeaba y la compañía con la que se veía obligado a mezclarse distrajeron su atención, aunque no llegaron a llenar su fantasía, y así gradualmente debilitaron el hábito de ceder a las lamentaciones, hasta que le pareció un deber para su amor hacerlo. Entre sus compañeros oficiales había muchos que añadían al carácter alegre de los soldados franceses algunas de esas cualidades fascinadoras que demasiado frecuentemente cubren la locura con un velo e incluí suavizan las realidades del vicio con sonrisas. Para aquellos hombres, el comportamiento reservado y pensativo de Valancourt era una especie de tácita censura, que aceptaban cuando estaba presente y se volvía contra él cuando se ausentaba. Se glorificaban en la idea de reducirle a su propio nivel y, considerándolo como una obligación, decidieron acabar por lograrlo.

Valancourt era ajeno al gradual proceso de intriga, contra el que no pudo ponerse en guardia. No estaba acostumbrado a aceptar el ridículo y no podía soportar su marca; se resintió de ello, recibiendo únicamente una carcajada más fuerte. Para escapar de tales situaciones se refugió en la soledad, en la que se encontraba con la imagen de Emily y recibía los desconsuelos del amor y la desesperación. Pensó entonces en renovar sus estudios, que habían sido el encanto de sus primeros años; pero su mente había perdido la tranquilidad que es necesaria para su disfrute. Para olvidarse de la inquietud que le traía siempre el pensar en ella, dejaba su soledad y se mezclaba de nuevo en los grupos, contento de un consuelo temporal y tratando de buscar distracciones momentáneas.

Así pasaron semanas tras semanas, en las que el tiempo fue suavizando gradualmente sus pesares, y el hábito fortaleciendo sus deseos de diversión, hasta que el ambiente que le rodeaba pareció cambiar su carácter, y Valancourt cayó entre ellos desde las nubes.

Su figura y sus maneras le hicieron visitante bien recibido en cualquiera de los lugares en los que fue presentado, y no tardó en frecuentar los círculos más alegres y escogidos de París. Entre ellos estaban las reuniones con la condesa Lacleur, una mujer de gran belleza y maneras cautivadoras. Había pasado la primavera de la juventud, pero su vitalidad prolongó el triunfo de su reinado y mutuamente coincidieron en la fama del otro; los que estaban conmovidos por su belleza hablaban con entusiasmo de su talento; y otros, que admiraban su juguetona imaginación, declaraban que sus gracias personales no tenían rival. Pero su imaginación era eso,

simplemente juguetona, y su vitalidad, si así puede llamarse, era brillante más que justa; deslumbraba, y su engaño escapaba a la observación de un momento, porque el acento con el que hablaba y su sonrisa eran como un hechizo sobre el juicio de sus oyentes. Sus *petits soupers* [25] eran las más deliciosas de todas en París y frecuentadas por literatos de segunda clase. Le gustaba la música, ella misma era una cuidadosa intérprete, y ofrecía con frecuencia conciertos en su casa. Valancourt, que amaba apasionadamente la música y que asistía a veces a estos conciertos, admiraba sus interpretaciones, pero recordaba con un suspiro la elocuente simplicidad de las canciones de Emily y la natural expresión de sus maneras, que no esperaban ser aprobadas por un juicio, sino encontrar su camino en el corazón.

Madame *La Contesse* promovía el juego en su casa, que simulaba restringir pero animaba secretamente; y era bien sabido entre sus amigos que el esplendor de su casa estaba apoyado fundamentalmente en los beneficios de sus mesas. Pero, ¡sus *petits soupers* eran lo más encantadoras que se puede imaginar! Ofrecían todas las delicadezas de las cuatro esquinas del mundo, toda la alegría y la ligereza del genio, toda la gracia de la conversación, las sonrisas de la belleza y el encanto de la música; y Valancourt pasaba sus mejores momentos, así como las horas más peligrosas, en aquellas fiestas.

Su hermano, que había quedado con su familia en Gascuña, se había limitado a darle cartas de introducción para sus parientes, residentes en París, que aún no conocía. Todas eran personas de distinción, y como ni su persona ni el comportamiento de Valancourt suponían un desprestigio, le recibieron con toda amabilidad dentro de los límites de una prosperidad ininterrumpida y endurecida por ello; pero sus atenciones no rebasaron los actos a una amistad real, ya que estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos para sentir interés alguno por los de los demás. Así, se vio instalado en medio de París, con el orgullo de la juventud, con un temperamento abierto y confiado y afectos ardientes, sin un amigo que le avisara de los peligros a los que estaba expuesto. Emily, quien, de haber estado presente, le habría salvado de aquellos males despertando su corazón y comprometiéndole en ocupaciones valiosas, sólo servía para incrementar sus peligros, los de olvidar el dolor que el recordarla le ocasionaba y que le llevó a buscar primero la distracción hasta que se convirtió en un hábito y en el objeto de sus intereses abstractos.

Figuraba también una marquesa Champfort, una joven viuda, en cuyas reuniones pasó gran parte de su tiempo. Era hermosa y más aún astuta, alegre y dedicada a la intriga. La sociedad que la rodeaba era menos elegante y más viciosa que la de la condesa Lacleur, pero tenía temperamento suficiente para correr un velo, aunque no muy tupido, sobre los peores aspectos de su carácter, y seguía siendo visitada por muchas personas de las que se llaman distinguidas. Valancourt fue presentado a sus fiestas por dos oficiales de entre sus compañeros, cuyas últimas bromas había

perdonado y a las que a veces se unía para reír de su anterior comportamiento.

La alegría de la corte más espléndida en Europa, la magnificencia de los palacios, entretenimientos y ambientes que los rodeaban, todo conspiraba contra su imaginación y reanimaba su ánimo, y el ejemplo y máximas de sus compañeros de armas a engañar su pensamiento. La imagen de Emily seguía aún allí, pero ya no era el amigo, el monitor que podría salvarle de sí mismo, al que se entregaba para llorar las dulces y sin embargo melancólicas lágrimas de ternura. Cuando se acordaba de ello, a su rostro asomaba un suave reproche, que oprimía su alma y que despertaba sus lágrimas; su única escapatoria era olvidar el objeto causante, y se esforzó en pensar en Emily tan poco como pudo.

En estas peligrosas circunstancias estaba Valancourt al mismo tiempo que Emily sufría en Venecia la persecución del conde Morano y la injusta autoridad de Montoni cuando le dejamos.

Capítulo IX

La imagen de una culpa perversa, nefanda, vive en sus ojos; ese secreto semblante suyo
refleja el talante de un corazón muy agitado.

KING JOHN [26]

Dejamos las alegres escenas de París y volvemos a las lóbregas de los Apeninos, donde los pensamientos de Emily seguían siendo fieles a Valancourt. Pensando en él como en su única esperanza, recordó con cuidada exactitud todas las seguridades y pruebas de su afecto, de las que había sido testigo; leyó una y otra vez las cartas que había recibido de él; pesó, con intensa inquietud, la fuerza de cada palabra que hablaba de su lealtad.

Mientras tanto, Montoni había hecho una investigación estricta en relación con las extrañas circunstancias de su alarma, sin obtener información; y se vio obligado a aceptar la razonable suposición de que fue un truco malintencionado realizado por alguno de sus criados. Sus diferencias con madame Montoni, relativas a las propiedades, se hicieron más frecuentes que nunca; la confinó totalmente a su propia habitación y no tuvo escrúpulos en amenazarla con una mayor severidad si insistía en no acceder.

Si hubiera consultado con su razón, se habría visto sorprendida por elegir la conducta que había adoptado. Habría comprendido el peligro de irritar con su continuada oposición a un hombre que se había manifestado como Montoni y a cuyo poder se hallaba; totalmente sometida. También habría comprendido la extrema importancia que tenía para su futura seguridad conservar aquellas posesiones, que le permitirían vivir con independencia de Montoni, si en algún momento pudiera escapar a su inmediato control. Pero se orientaba por una guía más decisiva que la de la razón; el espíritu de venganza, que la impulsaba a oponer violencia a la violencia, y obstinación a la obstinación.

Totalmente confinada en la soledad de su cuarto, se veía ahora reducida a solicitar la compañía que había rechazado últimamente, ya que Emily era la única persona, excepto Annette, con la que se le permitía conversar.

Generosamente ansiosa por su tranquilidad, Emily, no obstante, trató de persuadirla, cuando no pudo convencerla, y buscó todos los medios amables posibles para inducirle a evitar la aspereza de sus réplicas, que tanto irritaban a Montoni. El orgullo de su tía se suavizó a veces por la tierna voz de Emily e incluso en algunos momentos consideró sus atenciones afectuosas con buena voluntad.

Las escenas de terrible contención, que Emily se vio frecuentemente obligada a presenciar, agotaron su ánimo más que cualquiera de las circunstancias que se habían presentado desde su marcha de Toulouse. La gentileza y la bondad de sus padres, junto con las escenas de su anterior felicidad, acudían con frecuencia a su mente, como las visiones de un mundo mejor, mientras que las personas y circunstancias que pasaban ahora ante sus ojos excitaban tanto el terror como la sorpresa. No podía imaginar que existieran pasiones tan fuertes y tan variadas como las que conmovían a Montoni y que se hubieran concentrado en un solo individuo; sin embargo, lo que más la sorprendía era que, en las grandes ocasiones, pudiera dominar esas pasiones, pese a ser tan salvaje, cuando se trataba de su interés, y que generalmente pudiera disimular en su rostro la actividad de su cerebro; pero le había visto ya demasiadas veces en momentos en los que no consideraba necesario disimular su naturaleza, para dejarse engañar en tales ocasiones.

Su vida parecía como el sueño de una imaginación deformada, o como una de esas ficciones atemorizadoras en las que a veces se recrea el genio de los poetas. La reflexión sólo producía lamentaciones, y la anticipación terror. ¡Cuántas veces deseaba «robar las alas de la alondra, y elevarse con el más fuerte viento», de modo que el Languedoc y el reposo pudieran ser suyos una vez más!

Preguntó en varias ocasiones por la salud del conde Morano, que no había muerto, pero Annette sólo recibía vagos informes sobre su estado de peligro y que el cirujano había dicho que nunca saldría vivo de la cabaña. Emily no podía evitar sentirse afectada por la idea de que ella, aunque hubiera sido inocentemente, pudiera ser la causa de su muerte; y Annette, que no dejó de observar su emoción, la

interpretó a su modo.

Pero no tardó en suceder algo que apartó totalmente la atención de Annette sobre este tema y despertó la sorpresa y la curiosidad tan naturales en ella. Al llegar a la habitación de Emily un día, con el rostro lleno de importancia, dijo:

—¿Qué puede querer decir todo esto, mademoiselle? Si me viera de nuevo a salvo en Languedoc, ¡no volverían a pillarme para ningún viaje! ¡Ya sé que es una cosa importante, verdaderamente, salir al extranjero y ver otros lugares! ¡Qué poco pensé en lo que iba a venir para llegar a estar en este viejo castillo, entre estas horribles montañas, con posibilidades de ser asesinada o, lo que es lo mismo, degollada!

—¿Qué quieres decir con eso, Annette? —dijo Emily, asombrada.

—¡Ay! Os sorprenderéis, pero no lo creeréis, quizá hasta que os hayan asesinado también a vos. ¡No creeréis en el fantasma del que os he hablado, aunque os muestre el verdadero lugar donde suele aparecer! No os creeréis nada, mademoiselle.

—No, hasta que te expliques más razonablemente, Annette. ¿Qué quieres decir? ¡Hablas de asesinato!

—¡Ay, mademoiselle!, han venido para asesinamos a todos, quizá; pero, ¿qué significa explicar? No me creeréis.

Emily le pidió de nuevo que le relatara lo que había visto u oído.

—¡Oh!, he visto bastante y he oído demasiado, como puede probar Ludovico. ¡Pobre hombre! ¡También le asesinarán a él! ¡Qué poco lo podía pensar cuando me cantó aquellos dulces versos bajo mi ventana en Venecia!

Emily la miró impaciente y con desagrado.

—Como iba diciendo, mademoiselle, estas preparaciones en el castillo y esas gentes de aspecto extraño, que llegan aquí cada día, y el cruel comportamiento del signor con mi señora, y las extrañas andanzas de él, todo esto, como le he dicho a Ludovico, no pueden traer nada bueno. Y él, que guardara mi lengua. Sí, el signor está extrañamente alterado, le he dicho yo a Ludovico, en este tenebroso castillo, de como estaba en Francia, siempre tan alegre. Nadie era entonces tan galante con mi señora y él, además, podía sonreír a veces con un pobre criado. Recuerdo una vez que me dijo, cuando iba a salir del vestidor de mi señora, «Annette, me dijo...»

—No me importa lo que dijo el signor —interrumpió Emily—, sino que me digas de una vez lo que te ha alarmado.

—¡Ay, mademoiselle! —prosiguió Annette—, eso es precisamente lo que dice Ludovico; dice él, no me importa lo que te ha dicho el signor. Así que le dije lo que pensaba del signor. Está tan extrañamente alterado, dije yo: ahora está tan altanero y tan ordenante y tan seco con mi señora; y, si se cruza con alguien, casi no le mira, a menos que lo haga frunciendo el ceño. Mucho mejor, dice Ludovico, mucho mejor. Y para ser sincera, mademoiselle, pensé que era una manera muy poco natural de hablar

en Ludovico; pero yo seguí; y entonces, dije, está siempre arrugando las cejas; si no le habla, no oye; y luego se sienta por la noche con los otros signors y están allí hasta después de medianoche, discutiendo juntos, y dice Ludovico, tú no sabes de lo que tratan. No, dije yo, pero me lo puedo imaginar, se refieren a la joven señorita. Al decir esto, Ludovico se echó a reír, bastante fuerte; así que me puso furiosa porque no me gusta que se rían de mí o de vos, mademoiselle. Me volví rápido, pero me detuvo. «No te ofendas Annette —dijo—, pero no puedo dejar de reír», y con esas siguió riendo. «¡Cómo! —dijo—. ¿Piensas que los signors se sienta ahí noche tras noche, sólo para hablar de tu joven señorita? No, no, hay algo más en el viento que eso, y esas reparaciones en el castillo, y esas preparaciones por las murallas, no tienen nada que ver con señoritas». «Seguro —dije yo—, el signor, mi amo, ¿no irá a hacer la guerra?» «¡Hacer la guerra! —dijo Ludovico—, ¿en ¡as montañas y en los bosques?, porque aquí no hay un alma al que hacer la guerra, que yo vea». «¿Entonces para qué son esas preparaciones? —dije yo—; ¡es seguro que nadie va a venir a llevarse el castillo de mi amo!» «Vienen demasiados tipos de mal aspecto al castillo cada día —dijo Ludovico, sin contestar a mi pregunta—, y el signor los ve a todos, y habla con ellos, y todos se quedan en la vecindad. ¡Por San Marcos!, algunos de ellos tienen el aspecto de degolladores que nunca he visto en mi vida». Volví a preguntar a Ludovico si pensaba que venían a llevarse el castillo de mi amo; y dijo que no, no pensaba que lo fueran a hacer, pero no estaba seguro. «Ayer —dijo, pero no debéis decir nada de esto, mademoiselle—, ayer vino un grupo de esos hombres y dejaron todos sus caballos en los establos del castillo, donde, parece, se van a quedar, ya que el signor ordenó que fueran atendidos con las mejores provisiones; pero los hombres están, la mayoría de ellos, en las cabañas próximas». Así, mademoiselle, he venido a informaros de todo esto, ya que nunca había oído algo tan extraño. ¿A qué pueden venir esos hombres malencarados si no es a asesinaos? Y el signor lo sabe, o ¿por qué tendría que fortificar el castillo y consultar tanto a los otros signors, y estar tan pensativo?

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Annette? —dijo Emily—, ¿no has oído nada más que pueda preocuparte?

—¡Nada más, mademoiselle! —dijo Annette—. ¿No es suficiente?

—Bastante para mi paciencia, Annette, pero no lo suficiente para convencerme de que todos vamos a ser asesinados, aunque reconozca que hay suficientes elementos para despertar la curiosidad —evitó hablar de sus temores, porque no quería agravar el terror de Annette; pero la situación del castillo le sorprendía y le preocupaba. Después de contar su historia, Annette dejó la habitación en busca de nuevas maravillas.

Por la tarde, Emily había pasado algunas horas tristes con madame Montoni y se retiraba a descansar, cuando se asustó por un extraño y fuerte golpe dado en la puerta

de su cámara, tras lo cual oyó la caída de un gran peso sobre ella, que estuvo a punto de abrirla. Preguntó quién estaba allí y nadie contestó. Repitió su pregunta, y fue seguida de un escalofriante silencio. Pensó, porque en aquel momento no pudo razonar otras posibilidades para aquella circunstancia, que alguno de los desconocidos llegados últimamente al castillo habría descubierto su habitación y viniera con la intención, que podía esperarse de su aspecto, de robarla o quizá asesinarla. En el momento en que admitió esta posibilidad, el terror suplantó el lugar de la convicción y el recuerdo instintivo de su remota habitación alejada del resto de la familia, lo aumentó de tal modo que casi perdió el conocimiento. Miró hacia la puerta que conducía a la escalera, esperando que se abriera, y escuchando, en temeroso silencio, oír de nuevo el ruido, hasta que empezó a pensar que procedía de esa puerta, y el deseo de escapar por la opuesta la dominó por completo. Se acercó a la que conducía al corredor y en ese momento se detuvo temiendo que alguna persona pudiera estar esperándola silenciosamente al otro lado, pero con los ojos fijos en la que conducía a la escalera. Así, según se mantenía quieta, oyó una ligera respiración cerca de ella, y se convenció de que alguna persona estaba al otro lado de la puerta, que ya estaba cerrada. Buscó otro medio de asegurarla, pero no había ninguno.

Mientras seguía escuchando, la respiración se oía claramente, y su terror no cedió cuando, al mirar alrededor de la habitación, consideró de nuevo su remota situación. Dudó si debía llamar o no pidiendo ayuda, y su ánimo se habría animado por la quietud que la rodeaba de no haber seguido oyendo la respiración que la convenció de que, quien fuera la persona que estuviera allí, no se había apartado de la puerta.

Por fin, dominada por la ansiedad, decidió pedir ayuda por la ventana. Se dirigía hacia ella, cuando, fuera por el terror que confundió a su mente con sonidos imaginarios, o porque eran reales, creyó oír pasos que subían por la escalera privada; y, esperando ver cómo se abría la puerta, olvidó todos los otros motivos de alarma y se dirigió hacia el corredor. Confiaba en poder escapar, pero al abrir la puerta estuvo a punto de caer sobre una persona que yacía en el suelo. Gritó, y hubiera pasado, pero su cuerpo tembloroso se negó a sostenerla, y en ese momento, al apoyarse en el muro de la galería, pudo ver la figura que tenía ante ella, reconociendo la de Annette. El miedo se cambió al instante por la sorpresa. Habló en vano a la pobre muchacha, que seguía inconsciente en el suelo, y entonces, perdiendo toda conciencia de su propia debilidad, corrió a ayudarla.

Cuando Annette se recobró, fue ayudada por Emily a entrar en la habitación, pero seguía sin poder hablar y miraba por la habitación, como si sus ojos siguieran a alguna persona en sus movimientos. Emily trató de animarla y evitó, por el momento, hacerle pregunta alguna; pero la facultad de hablar no le había fallado nunca por largo tiempo a Annette, y explicó, con palabras entrecortadas y con su habitual forma tediosa, la causa de su desmayo. Afirmó, con convicción solemne, que casi venció la

incredulidad de Emily, que había visto una aparición, cuando pasaba por el corredor hacia su alcoba.

—Había oído antes extrañas historias de esa habitación —dijo Annette—, pero como está tan cerca de la vuestra, no quise deciros nada, porque os habría asustado. Los criados me han dicho una y otra vez que está embrujada, y ésa fue la razón por la que me callé y, aunque toda esta serie de habitaciones están cerradas, puedo deciros que cuando las cruzo oigo a veces ruidos en su interior. Pero, como os decía, según avanzaba por el corredor, sin pensar en el asunto, ni siquiera en la extraña voz que los signors oyeron la otra noche, apareció de pronto una gran luz, y, mirando hacia atrás, vi una figura alta (la he visto tan claramente, mademoiselle, como os estoy viendo en este momento), una figura alta deslizándose a lo largo (¡oh!, ¡no puedo describir cómo!) en la habitación, que está siempre cerrada, y sólo tiene la llave el signor.

—Entonces se trataba sin duda del signor —dijo Emily.

—¡Oh, no, mademoiselle, no podía ser él, porque acababa de dejarle discutiendo acaloradamente en la habitación de mi señora!

—Me traes extrañas historias, Annette —dijo Emily—; esta misma mañana me has atemorizado con las aprensiones del asesinato; y ahora ¡tratas de persuadirme de que has visto un fantasma! Esas historias fantasiosas surgen demasiado deprisa.

—No, mademoiselle, no diré más, sólo que si no hubiera estado aterrorizada no habría perdido el conocimiento. Corrí todo lo aprisa que pude para llegar a vuestra puerta, y lo peor es que no pude llamar. Pensé entonces que algo me ocurría y me vine abajo.

—¿Fue en la habitación donde está colgado el velo negro? —dijo Emily.

—¡Oh no, mademoiselle, es una que está más cerca de ésta! ¿Qué puedo hacer para volver a mi cuarto? ¡No iría por ese pasillo otra vez por todo el oro del mundo!

Emily, cuyo ánimo se había visto severamente afectado, y que, en consecuencia, no aceptaba la idea de pasar la noche sola, le dijo que podía dormir donde estaba.

—¡Oh, no, mademoiselle —replicó Annette—, no dormiría en esta habitación ahora ni por un millar de cequíes!

Preocupada y contrariada, Emily ridiculizó, aunque los compartía, sus temores, y después trató de suavizarlos; pero sus intentos no tuvieron éxito y la muchacha persistió en creer yen afirmar que lo que había visto no era humano. Hasta que Emily no recobró la tranquilidad, no recordó los pasos que había oído en la escalera, recuerdo que le hizo insistir en Annette para que pasara la noche con ella, y con gran dificultad, asistida en parte por el miedo de la muchacha a la idea de salir al pasillo, la convenció.

Por la mañana temprano Emily cruzó el vestíbulo hacia las murallas, cuando oyó cierto bullicio en el patio y el ruido de los cascos de los caballos. Aquellos sonidos nada frecuentes excitaron su curiosidad, y, en lugar de dirigirse a las murallas, subió a

una de las ventanas superiores, desde la que vio, en el patio, un gran grupo de hombres a caballo, vestidos de modo singular pero uniforme, y completamente armados. Llevaban una especie de chaqueta corta, compuesta de tela negra y escarlata, y varios de ellos tenían capas, totalmente negras, que les cubrían enteramente hasta los estribos. Al inclinarse uno de ellos hacia un lado, vio, bajo la capa, dagas, aparentemente de diferentes tamaños, sujetas al cinturón del caballero. Observó a continuación que también las llevaban, del mismo modo, muchos de los que no llevaban capa, la mayoría de los cuales empuñaban picas o jabalinas. Llevaban la cabeza cubierta con pequeñas gorras italianas, algunas de las cuales se distinguían por sus plumas negras. Fuera porque las gorras daban un aire fiero a sus rostros, o porque éstos estuvieran dotados de modo natural de esa apariencia, Emily pensó que no había visto nunca, hasta entonces, un conjunto de caras tan salvajes y aterradoras. Mientras miraba, casi se imaginó estar rodeada por bandidos, y le pasó por la imaginación la idea de que Montoni era el capitán del grupo que tenía ante ella y que el castillo era el lugar de su cita. La suposición extraña y horrible fue momentánea, aunque su razonamiento no le proporcionó una más probable, y descubrió, entre la banda, los desconocidos que había visto anteriormente con preocupación y que ahora se distinguían por las plumas negras.

Según estaba mirando, Cavigni, Verezzi y Bertolini salieron procedentes del vestíbulo, vestidos como todos los demás, excepto que llevaban sombrero con una pluma mixta negra y escarlata y que sus armas diferían de las del resto del grupo. Cuando montaban en sus caballos, Emily se sorprendió ante la exultante alegría que expresaba el rostro de Verezzi, mientras Cavigni estaba alegre, aunque con la sombra de algún pensamiento en su rostro; y en el dominio de su caballo, o en la destreza en la gracia de su figura, se exhibía la majestad de un héroe que nunca había descubierto en él. Emily, según le observaba, pensó que se parecía algo a Valancourt, en el espíritu y dignidad de su aspecto; pero buscó, sin encontrarlo, el rostro noble y comprensivo, el alma inteligente que dominaba el gesto de este último.

Sin saber por qué, esperaba que Montoni se uniera al grupo, y en ese momento apareció en la puerta del vestíbulo, pero desarmado. Tras observar cuidadosamente a los caballos, conversar un momento con los caballeros y decirles adiós, el grupo empezó a salir del patio, dirigido por Verezzi, y se encaminaron hacia la gran puerta de entrada. Montoni los siguió hasta la salida y se quedó contemplándolos según se alejaban. Emily se retiró del ventanal y, segura de que no sería molestada, se fue a pasear por las murallas, desde las que poco después pudo ver al grupo de caballeros que acababa de salir por las montañas del oeste, apareciendo y desapareciendo entre el bosque, hasta que la distancia hizo confusas sus figuras, le impidió distinguirlos, y sólo una masa pareció moverse entre las alturas.

Emily observó que no había hombres trabajando en las murallas y que las

reparaciones en la fortificación parecían haber sido terminadas. Mientras lo comprobaba cuidadosamente, oyó unos pasos a cierta distancia, y, al levantar los ojos, vio a varios hombres que espiaban bajo los muros del castillo, que evidentemente no eran obreros, sino que parecían concordar con los del grupo que acababa de marcharse. Se preguntó dónde se habría escondido Annette desde hacía tanto tiempo, que tal vez pudiera explicarle algo sobre los últimos acontecimientos, y, considerando que madame Montoni se debía haber levantado ya, fue a su vestidor, donde le comentó lo que había ocurrido. Madame Montoni no pudo o no quiso dar explicación alguna sobre ello. La reserva del signor con su esposa en este tema no era mayor que de costumbre. Sin embargo, para Emily todo tenía un aire de misterio que parecía indicar que había un peligro, si no alguna villanía, detrás de todo.

En ese momento llegó Annette, como de costumbre muy preocupada. A las preguntas de su señora sobre lo que había oído comentar a los criados, contestó:

—¡Ah, señora!, nadie sabe qué es lo que pasa, sólo Carlo. Me atrevería a decir que lo sabe con todo detalle, pero está tan cerrado como su amo. Algunos dicen que el signor quiere asustar al enemigo, como ellos lo llaman; pero, ¿dónde está el enemigo? Otros dicen, que van a tomar otro castillo; pero estoy segura de que éste tiene habitaciones suficientes y que no hace falta coger el de otros. Estoy segura de que preferiría que se llenara éste con más gente.

—Me temo que pronto verás cumplidos tus deseos —replicó madame Montoni.

—No, señora, de esos tipos de mal aspecto no interesa nada. Me refiero a jóvenes galantes, listos y alegres como Ludovico, que está siempre contándome historias tremendas que hacen reír. ¡Ayer mismo me contó una historia tan graciosa que ni ahora me puedo contener de reír! Me dijo...

—Podemos prescindir de esa historia —dijo su ama.

—¡Ah! —continuó Annette—, ¡es que ve mucho más claro que los demás! Él comprende lo que quiere decir el signor, sin saber una sola palabra del asunto.

—¿Qué quieres decir? —dijo madame Montoni.

—Me dijo, pero la verdad es que me hizo prometer que no lo diría, y no le desobedeceré por nada del mundo.

—¿Qué es lo que te hizo promete que no dirías? —preguntó su señora—, insisto en saberlo de inmediato. ¿Qué es lo que le prometiste no decir?

—¡Oh, señora! —exclamó Annette—, ¡no lo diría por nada del mundo!

—Insisto en que me lo digas ahora mismo —dijo madame Montoni.

Annette guardó silencio.

—El signor será informado de esto directamente —prosiguió madame Montoni —, él te obligará a decirlo.

—Ha sido Ludovico el que lo ha dicho —contestó Annette—, pero por piedad, madame, no se lo digáis al signor y lo sabréis todo.

Madame Montoni le aseguró que no lo diría.

—Veréis, madame, Ludovico dice que el signor, mi amo, está..., está..., que está, él así lo cree, y todos, como sabéis, madame, son libres de pensar lo que quieran, que el signor, mi amo, está..., está...

—¿Está qué? —dijo su ama con impaciencia.

—Que el signor, mi amo, va a ser..., un gran ladrón..., que va a robar por su cuenta; que va a ser (no estoy segura de comprender lo que quiere decir) va a ser..., capitán de ladrones.

—¿Te has vuelto loca, Annette? —dijo madame Montoni—. ¿O se trata de un truco para engañarme? Dime ahora mismo lo que te ha dicho Ludovico, sin equivocaciones; ahora mismo.

—¡Oh, madame! —exclamó Annette—, si esto es todo lo que voy a conseguir por decir el secreto...

Madame Montoni continuó insistiendo y Annette protestando, hasta que el propio Montoni apareció haciendo una señal a esta última para que saliera de la habitación, lo que hizo temblando por las posibles consecuencias de su historia. Emily también quiso retirarse, pero su tía la detuvo pidiéndole que se quedara; y Montoni, que ya la había hecho testigo tantas veces de sus discusiones, no tuvo escrúpulo alguno en ello.

—Insisto en saber ahora mismo, signor, qué significa todo esto —dijo su mujer —, ¿quiénes son esos hombres armados, que según me han dicho acaban de marcharse?

Montoni le contestó únicamente con una mirada de reproche; y Emily le susurró algo bajito a su tía.

—No me importa —dijo madame Montoni—, lo sabré, y también para qué ha sido fortificado el castillo.

—Vamos, vamos —dijo Montoni—, he venido por otros motivos. No se puede seguir jugando conmigo. Necesito inmediata solución para lo que pido, esas propiedades me deben ser cedidas sin más demora, o encontraré el camino...

—Nunca renunciaré a ellas —interrumpió madame Montoni—, nunca servirán para tus propósitos. ¿Y cuáles son? Lo sabré. ¿Esperas que el castillo sea atacado? ¿Esperas a tus enemigos? ¿Tendré que quedarme aquí para ser asesinada en un asedio?

—Firma los escritos —dijo Montooi—, y sabrás más.

—¿Quién es el enemigo que va a venir? —continuó su mujer—. ¿Te has puesto al servicio del Estado? ¿Voy a estar encerrada para morir?

—Eso es posible que suceda —dijo Montoni—, a menos que cedas a mi petición; porque, si insistes, no saldrás del castillo hasta entonces.

Madame Montoni estalló en una fuerte lamentación, que contuvo de inmediato, considerando que las afirmaciones de su marido podían ser únicamente trucos que

empleaba para lograr que consintiera. Tras esta sospecha, le dijo también que sus propósitos no eran tan honorables como los de servir al Estado, y que estaba convencida de que había comenzado como capitán de bandidos, para unirse a los enemigos de Venecia, y asolar y devastar el territorio.

Montoni se quedó mirándola durante un momento con los ojos fijos, mientras Emily temblaba, y su esposa, por primera vez, pensó que había dicho demasiado.

—Serás trasladada esta noche —dijo Montoni— al torreón del este. Tal vez allí comprendas el peligro de ofender a un hombre que tiene poderes ilimitados sobre ti.

Emily se echó a sus pies, y, con lágrimas de terror, intercedió por su tía, que sentada, temblando de miedo y de indignación, estaba en un momento dispuesta a seguir con sus acusaciones y al siguiente inclinada a unirse a las súplicas de Emily. Montoni no tardó en interrumpir los comentarios con un juramento, y al desprenderse de Emily, dejando la capa en sus manos, ella cayó al suelo, con tal fuerza, que se dio un tremendo golpe en la frente. Pero él abandonó la habitación sin intentar ayudarla a levantarse, y reaccionó al oír un profundo gemido de madame Montoni, que continuó sin embargo sentada en su silla y que no había perdido el conocimiento. Emily corrió a ayudarla, y vio que tenía la mirada perdida y se revolvía en convulsiones.

Le habló sin recibir respuesta y trajo agua. Cogiéndola de la cabeza se la ofreció en los labios, pero sus convulsiones aumentaron de tal modo que Emily se vio obligada a pedir ayuda. En su camino por el vestíbulo, en busca de Annette, se encontró con Montoni, al que informó de lo que había sucedido y le suplicó que regresara para ayudar a su tía; pero él se alejó silenciosamente, con una mirada de indiferencia, y salió a las murallas. Por fin encontró a Carlo y a Annette, y corrieron hacia el vestidor, donde encontraron a madame Montoni caída en el suelo con fuertes convulsiones. La levantaron y entre los tres la llevaron a la habitación contigua, dejándola en la cama. Por la fuerza de su agitación, necesitaron de toda su energía para contenerla. Annette temblaba y sollozaba, y Cario la miraba silencioso y piadosamente, mientras con sus débiles manos restregaba las de su ama, hasta que, volviendo la mirada hacia Emily, exclamó:

—¡Dios mío!, signora, ¿qué es lo que sucede?

Emily le miró con calma y vio que sus ojos se fijaban en los de ella; y Annette, que también se volvió para mirarla, dio un grito; la cara de Emily estaba llena de sangre, que continuaba cayendo desde la frente, pero su atención había estado tan concentrada en la escena que ni siquiera había sentido el dolor de la herida. Se llevó un pañuelo a la cara y, sin preocuparse por ella, continuó vigilando a madame Montoni, cuyas convulsiones iban cediendo hasta cesar, dejándola en una especie de atontamiento.

—Mi tía debe quedarse en silencio —dijo Emily—, vete Cario; si necesitáramos tu ayuda, te haría llamar. Mientras, si tienes ocasión, habla con afecto de tu señora al

signor.

—¡He visto demasiado! —dijo Cario—, tengo muy poca influencia con el signor. Debéis ocuparos vos. No me gusta esa herida y tenéis mal aspecto.

—Gracias, amigo mío, por tu consideración —dijo Emily sonriéndole amablemente—; la herida no tiene importancia, ha sido al caerme.

Cario movió la cabeza con disgusto y salió de la habitación. Emily y Annette continuaron atendiendo a su tía.

—¿Le dijo mi señora al signor lo que había dicho Ludovico? —preguntó Annette en un susurro; pero Emily tranquilizó sus temores.

—Sabía que esta discusión llegaría —continuó Annette—, supongo que el signor ha pegado a mi señora.

—No, no, Annette, te equivocas, no ha pasado nada extraordinario.

—Las cosas extraordinarias suceden aquí tan a menudo, mademoiselle, que ya no sorprenden. Esta mañana ha llegado al castillo otro grupo de hombres malencarados.

—¡Silencio!, Annette, molestarás a mi tía. Hablaremos de eso después.

Continuaron en silencio hasta que madame Montoni dio un leve suspiro. Emily cogió su mano y le habló con suavidad, pero su tía la miró sin reconocerla y pasó bastante tiempo antes de que se diera cuenta que se trataba de su sobrina. Sus primeras palabras fueron para preguntar por Montoni, a lo que Emily respondió rogándole que levantara su ánimo y que estuviera callada, añadiendo que si quería hacerle llegar algún mensaje, ella se ocuparía de hacerlo.

—No —dijo su tía con desmayo—, no, no tengo nada que decirle. ¿Insiste en decir que seré cambiada de habitación?

Emily contestó que no había dicho una palabra sobre el tema desde que lo expresó ante madame Montoni. Trató entonces de distraer su atención con otros temas, pero su tía no parecía escuchar lo que le decía y siguió perdida en secretos pensamientos. Emily, tras traer algunos alimentos, la dejó al cuidado de Annette y se fue a buscar a Montoni, al que encontró en la parte más lejana de la muralla, conversando con un grupo de hombres como los que había descrito Annette. Le rodeaban con gesto fiero, aunque dominados por él, mientras Montoni, que hablaba con vehemencia señalando los muros, no advirtió la llegada de Emily, que se mantuvo a cierta distancia, esperando a que él terminara de hablar, y observando involuntariamente la apariencia de un hombre, más salvaje que sus compañeros, que estaba apoyado en su pica y mirando por encima de los hombros de uno de ellos a Montoni, al que escuchaba con especial atención. Aquel hombre aparentaba ser de baja condición, aunque sus miradas parecían no reconocer la superioridad de Montoni, como hacía el resto, y en ocasiones asumía un aire de autoridad que las maneras decididas del signor no conseguían refrenar. Unas pocas palabras de Montoni le llegaron con el viento; y, en el momento en que se apartaba de aquellos

hombres, le oyó decir, «entonces, esta tarde; comenzad la vigilancia al ponerse el sol».

—A la puesta del sol, signor —replicaron uno o dos de ellos y se alejaron.

Emily se acercó a Montoni, que parecía deseoso de evitarla, y ella, aunque lo advirtió, tuvo el coraje de insistir. Volvió a interceder por su tía, haciéndole saber sus sufrimientos y poniéndole de manifiesto los peligros de exponerla a una habitación fría en su estado en aquel momento.

—Sufre por su propia locura —dijo Montoni—, y no hay que tener piedad. Sabe muy bien cómo pueden evitarse esos sufrimientos en el futuro. Si es llevada al torreón, será culpa suya. Que aprenda a ser obediente y firme los documentos de los que ya me has oído hablar y no volveré a pensar en ello.

Cuando Emily se atrevió a insistir en su petición, él mantuvo primero silencio y después la rechazó por intervenir en los asuntos de su matrimonio, despidiéndola finalmente con esta confesión: No la trasladaría aquella noche, sino que lo dejaría para la siguiente, y que tuviera oportunidad de considerar que debía cederle sus propiedades o quedar prisionera en el torreón del este del castillo, «donde encontrará —añadió—, un castigo que no se espera».

Emily corrió entonces a informar a su tía del breve respiro y de la alternativa que la esperaba, a lo que ésta no hizo réplica alguna, pero se quedó pensativa, mientras Emily, considerando su extrema debilidad, trató de calmarla orientando la conversación a otros temas. Aunque sus esfuerzos no tuvieron éxito, y madame Montoni se mantuvo en su decisión por lo que se refiere al extremo de su problema, pareció distenderse y Emily le recomendó, por su propia seguridad, que debía someterse a la petición de Montoni.

—No sabes lo que me aconsejas —dijo su tía—, ¿no te das cuenta de que todas esas propiedades serán tuyas cuando muera, si insisto en mi negativa?

—No lo sabía, madame —replicó Emily—, pero el conocimiento de ello no me detendrá en aconsejaros que adoptéis esa conducta, que necesita no sólo vuestra paz, sino, según me temo, vuestra seguridad. No debéis dudar por esa consideración ni un solo momento en renunciar a ellas.

—¿Eres sincera, sobrina?

—¿Es posible que lo dudéis, madame?

Su tía pareció verse afectada.

—No eres indigna de esas propiedades, sobrina —dijo—, deseo conservarlas para ti. Me has mostrado una virtud que no esperaba.

—¿Es posible que haya merecido vuestro reproche, madame? —dijo Emily dolorida.

—¡Reproche! —continuó madame Montoni—, he alabado tu virtud.

—No es momento para hablar del ejercicio de la virtud —prosiguió Emily—,

porque no hay tentación alguna que vencer.

—Sin embargo, monsieur Valancourt... —dijo su tía.

—¡Oh, señora! —interrumpió Emily anticipándose a lo que podía decirle—, no me hagáis que repare en ello, no me hagáis pensar en un deseo tan terriblemente egoísta —a continuación cambió de tema y siguió con madame Montoni hasta retirarse a su habitación para pasar la noche.

A aquella hora el castillo estaba en absoluto silencio y todos sus habitantes, excepto ella, parecían haberse retirado a descansar. Según recorría las amplias y solitarias galerías, polvorientas y silenciosas, sintió un temor y unas aprensiones sin saber exactamente por qué. Cuando entró por el pasillo, recordó el incidente de la noche anterior, y se apoderó de ella una preocupación similar a la que había asaltado a Annette, pensando que le pudiera suceder lo mismo, porque real o imaginado, le causaría el mismo efecto en su ánimo debilitado. No sabía exactamente a qué habitación se había referido Annette, pero comprendió que sería alguna de las que habría de cruzar para llegar a la suya, y con una mirada temerosa hacia la oscuridad, avanzó ligera y con cuidado, llegando a una puerta, de la que procedía un leve ruido. Dudó y se detuvo, y sus temores aumentaron de tal modo que no tuvo fuerzas para seguir. Creyó que se trataba de una voz humana y se reanimó, pero, un momento después, se abrió la puerta y una persona que le pareció que se trataba de Montoni se asomó, retrocediendo instantáneamente y cerrando de nuevo, aunque tuvo tiempo de ver a la luz de la lámpara que había en la habitación a otra persona, sentada en una actitud melancólica junto al fuego. Su terror desapareció, pero dio paso a su asombro por la misteriosa actitud secreta de Montoni y por el descubrimiento de una persona que le visitaba a medianoche en una habitación que llevaba tanto tiempo cerrada, y de la que se contaban cosas tan extraordinarias.

Mientras, continuaba así, en dudas, dispuesta a vigilar los movimientos de Montoni, al mismo tiempo que temiendo irritarle si lo descubría, la puerta se abrió de nuevo con precaución y se cerró de inmediato como antes. Entonces avanzó sin hacer ruido hasta su cuarto, que estaba dos puertas más allá y, tras dejar su lámpara, volvió a un rincón oscuro del pasillo para observar a aquella persona, vista a medias, y para asegurarse si se trataba efectivamente de Montoni.

Esperó en silencio durante unos minutos, con los ojos fijos en la puerta, que se abrió de nuevo, apareciendo la misma persona, que efectivamente era Montoni. Salió con precaución, mirando a todos lados, cerró la puerta y siguió por el corredor. Poco después Emily oyó cómo cerraban con cerrojo por dentro, y se retiró a su habitación asombrada de lo que había visto.

Eran las doce. Al cerrar el ventanal oyó pasos en la terraza inferior, y vio con dificultad a varias personas que avanzaban y que pasaron por debajo. Oyó ruido de armas y un momento después la contraseña. Recordó las órdenes que había oído dar a

Montoni, y teniendo en cuenta la hora, comprendió que eran los hombres que cambiaban la guardia del castillo. Se quedó escuchando hasta que todo quedó en silencio y se retiró a dormir.

Capítulo X

¿Y no reposará en la muerte
con la verdad de gratos susurros
su alma desaparecida?
¿No humedecerá con lágrimas su tumba?

SAYERS

A la mañana siguiente, Emily acudió temprano a la habitación de madame Montoni, que había dormido bien y estaba bastante recuperada. Su ánimo se había reconfortado con su salud y había revivido su resolución de oponerse a las exigencias de Montoni, aunque luchaba con sus temores, que Emily, que temblaba por las consecuencias de su continuada oposición, se decidió a confirmar.

Su tía, como ya se ha visto, era de un modo de ser que disfrutaba con la contradicción, que le había enseñado, cuando las circunstancias desagradables se habían ofrecido a su comprensión, a no tratar de llegar a la verdad, sino a buscar medios y argumentos con los que podían hacerles aparecer como falsos. Llevaba tanto tiempo sumida en esta propensión natura, que no tenía conciencia de poseerla. Las muestras de preocupación de Emily, despertaron su orgullo, en lugar de alarmarla o convencerla de su juicio, y seguía confiando en el descubrimiento de algún medio por el que pudiera evitar someterse a las peticiones de su marido. Considerando que si pudiera escapar del castigo, podría enfrentarse a su poder y, obteniendo una separación definitiva, vivir confortablemente en las propiedades que seguían siendo suyas, informó de esa posibilidad a su sobrina, quien coincidió en que sería la solución de su problema, pero dudó de la probabilidad de lograrlo. Le parecía imposible cruzar las puertas, aseguradas y guardadas como estaban, y el extremo peligro de confiar su proyecto a la indiscreción de un criado que pudiera traicionarla intencionadamente o descubrirlo de modo accidental. La venganza de Montoni sería imposible de contener si se descubrían sus intenciones; y, aunque Emily deseaba tan profundamente conseguir su libertad y regresar a Francia, se preocupó únicamente de la seguridad de madame Montoni, sin dejar de aconsejarla que accediera a la petición sin peores ofensas.

Las emociones encontradas continuaron anidando en el pecho de su tía, que no abandonaba la idea de hacer efectiva la oportunidad de escapar. Mientras estaba en ello, Montoni entró en la habitación, y, sin preocuparse por la indisposición de su esposa, dijo que venía a recordarle lo desaconsejable que era jugar con él y que le concedía únicamente hasta la tarde para decidir si accedía a sus demandas, o le

obligaba, con su rechazo, a hacer que la trasladaran al torreón del este. Añadió que un grupo de caballeros cenarían con él aquel día, y que esperaba que se sentara a la cabecera de la mesa, en la que Emily también debería estar presente. Madame Montoni estaba a punto de negarse a ello también, pero considerando de pronto que su libertad durante aquel entretenimiento, aunque limitado, pudiera favorecer sus planes, condescendió aparentando que lo hacía de mala gana, y Montoni, poco después, salió de la habitación. Su orden conmovió a Emily con sorpresa y temores, que se vino abajo ante la idea de verse expuesta a las miradas de los desconocidos, como su imaginación le decía que sería, y las palabras del conde Morano, que volvieron a su mente, incrementaron dichos temores.

Cuando se retiró a prepararse para la cena, se vistió incluso con más sencillez que de costumbre, para tratar de escapar a la observación de los invitados. Una decisión que no le sirvió de mucho porque al volver a la habitación de su tía, se encontró con Montoni, quien censuró lo que él llamaba su remilgada apariencia, e insistió en que debía llevar el traje más espléndido que tuviera, e incluso el que le habían preparado para su proyectada boda con el conde Morano, que, como se descubrió en ese momento, su tía se había cuidado de traer con ella de Venecia. Había sido hecho, no al estilo veneciano, sino conforme a la moda napolitana, para destacar la silueta y la figura al máximo. Con él, sus hermosos rizos castaños se recogían negligentemente con perlas, cayendo después sobre la nuca. La simplicidad que había buscado madame Montoni en aquel vestido era espléndida y la belleza de Emily no había aparecido nunca tan cautivadora. Comprendía que la orden de Montoni no tenía otra intención que la ostentación de mostrar a su familia ricamente ataviada ante los ojos de los visitantes, y sólo su orden absoluta pudo evitar que se negara a llevar un vestido que había sido diseñado con un propósito tan ofensivo y menos aún llevarlo en aquella ocasión. Al bajar las escaleras para cenar, las emociones de su mente le hicieron sonrojarse, aumentando el interés de su expresión. Por timidez se había quedado en su habitación hasta el último momento, y, cuando entró en el salón, en el cual había sido dispuesta la cena, Montoni y sus invitados ya estaban sentados a la mesa. Se dirigió hacia donde estaba sentada su tía, pero Montoni hizo una señal con la mano y dos caballeros se pusieron en pie, para que se sentara entre ellos.

El mayor de los dos era un hombre alto, con el rostro muy italiano, nariz aguileña y ojos oscuros penetrantes, que relampagueaban con fuego cuando se agitaba, y, que incluso en aquellos momentos de descanso, retenían algo de lo salvaje de las pasiones. Su cara era alargada y estrecha y su piel de un amarillo sedoso.

El otro, que parecía tener unos cuarenta años, era muy distinto, aunque italiano, y su mirada era suave y penetrante; sus ojos, de un gris oscuro, pequeños y hundidos, su piel tostada por el sol y el contorno de su cara, aunque tendiendo a ovalado, irregular y mal formado.

Alrededor de la mesa estaban sentados otros ocho invitados, vestidos con uniformes y que, más o menos, tenían una expresión salvaje, de intenciones perversas o de pasiones licenciosas. Emily los miró tímidamente, y, al recordar la escena de aquella mañana, casi se sintió rodeada por bandidos, y al traer a su memoria la tranquilidad de su vida anterior, se sintió conmovida por la tristeza de su situación. El ambiente en el que se encontraban colaboraba en su fantasía. Era el viejo salón, tenebroso por el estilo de su arquitectura, por su gran tamaño y porque casi la única luz que les llegaba procedía de un gran ventanal gótico y por un par de puertas que, al estar abiertas, permitían una vista de las murallas del oeste, tras las cuales asomaban las agrestes montañas de los Apeninos.

El techo del salón, con artesonado de madera, se apoyaba en tres puntos en columnas de mármol; tras éstas, una serie de columnatas le daban una extraña grandeza y se perdían en la semioscuridad. Las ligeras pisadas de los criados, según venían hacia ellos, resonaban en ligeros ecos, y sus figuras vistas imperfectamente en la oscuridad, sacudían la imaginación de Emily. Miraba alternativamente a Montoni, a sus invitados y a la escena que les rodeaba y entonces, recordando su querida provincia natal, su grato hogar y la sencillez y bondad de los amigos que había perdido, de nuevo la tristeza y la sorpresa se adueñaron de su mente..

Cuando sus pensamientos pudieron desprenderse de estas consideraciones, observó el aire de autoridad del anfitrión, muy superior al que le había visto manifestar en otras ocasiones, aunque siempre se había distinguido por su arrogancia. En el comportamiento de los desconocidos había algo que sin llegar a ser servil mostraba el reconocimiento de su superioridad.

Durante la cena, la conversación fue fundamentalmente sobre la guerra y la política. Hablaron con energía de Venecia, de sus peligros, del carácter del Dux reinante y de los principales senadores, y después hablaron del estado de Roma. Al terminar, se levantaron y llenaron sus copas de vino del jarro que tenían a su lado y bebieron.

—¡Éxito para nuestras hazañas! —dijo Montoni llevándose la copa a los labios para el brindis, cuando inesperadamente empezó a salir el vino y, al separarla de él, se rompió en mil pedazos.

Por su costumbre constante de utilizar un tipo de cristal veneciano que tenía la cualidad de romperse al ser escanciado en él un licor envenenado, la sospecha de que alguno de sus invitados había tratado de traicionarle, se le vino a la mente y ordenó que fueran cerradas todas las puertas. Sacó la espada y, mirando a su alrededor a todos ellos, que estaban en un silencio expectante, exclamó:

—Hay un traidor entre nosotros. Los que sean inocentes que me ayuden a descubrir al culpable.

La indignación se reflejó en los ojos de todos los caballeros, que sacaron sus

espadas; y madame Montoni, aterrorizada por lo que pudiera suceder, intentó salir del salón, pero recibió la orden de su marido de que permaneciera allí. Sus últimas palabras no fueron audibles, porque todas las voces se levantaron al mismo tiempo. Su orden de que todos los criados debían acudir fue obedecida por fin, y todos declararon desconocer cualquier traición, protestas de lealtad que no podían ser creídas, ya que era evidente que el licor de Montoni, y sólo el suyo, había sido envenenado, por lo que alguien había decidido atentar contra su vida, lo que no se habría podido llevar a cabo sin la complicidad del criado que se había encargado de llevar las jarras de vino.

Aquel hombre, junto con otro cuyo rostro dejaba traslucir la conciencia de su culpa o el temor al castigo, fueron encadenados inmediatamente por orden de Montoni y confinados en una habitación fortificada que había sido utilizada anteriormente como prisión. Del mismo modo habría enviado a todos sus invitados, si no hubiera visto con claridad las consecuencias de tan extraño e injustificable proceder. En consecuencia, por lo que se refería a ellos, se limitó a jurar que ni un solo hombre cruzaría las puertas hasta que aquel asunto extraordinario hubiera sido investigado, y en ese momento hizo una señal a su esposa para que se retirara a sus habitaciones, indicando a Emily que la atendiera.

Media hora después, apareció en el vestidor y Emily observó con terror las oscuras intenciones que reflejaba su rostro y le oyó hablar de su venganza contra su tía.

—No te servirá de nada —dijo a su mujer— negar los hechos. Tengo pruebas de tu culpabilidad. Tu única oportunidad para lograr clemencia es una confesión completa. No hay esperanzas para el silencio o la falsedad. Tu cómplice ha confesado todo.

El ánimo de Emily se sumió en el asombro al ver a su tía acusada de un crimen tan atroz, y por un momento no pudo admitir la posibilidad de su culpabilidad. La agitación de madame Montoni no le permitía contestar. Su rostro cambiaba desde la palidez mortal al enrojecimiento de la tensión. Temblaba, pero era difícil decidir si por miedo o por indignación.

—Ahórrate las palabras —dijo Montoni viendo que iba a hablar—, tu rostro hace confesión completa de tu crimen. Serás enviada ahora mismo al torreón.

—Esta acusación —dijo madame Montoni hablando con dificultad— la utilizas sólo como excusa de tu crueldad. Me niego a contestar. No crees que sea culpable.

—¡Signor! —dijo Emily solemnemente—, tengo que contestaros con mi vida que esa horrible acusación es falsa. No, signor —añadió observando la gravedad del rostro de Montoni—, no es momento para que me contenga. No tengo escrúpulos en deciros que os engañáis, que os engañáis arteramente, por las insinuaciones de alguna persona que busca la ruina de mi tía. Es imposible que hayáis imaginado que haya

podido cometer un delito tan vil.

Los labios de Montoni temblaron más que antes y replicó únicamente:

—Si valoras tu propia seguridad —dijo dirigiéndose a Emily—, guardarás silencio. Sabré cómo interpretar tus manifestaciones si insistes en ello.

Emily levantó con calma los ojos al cielo.

—Entonces, no hay esperanza —dijo.

—¡Silencio! —gritó Montoni—, o sabrás lo que puedes tener.

Se volvió a su esposa, que había recobrado el ánimo y que insistía vehemente negando sus sospechas; pero la ira de Montoni era mayor que su indignación, y Emily, previendo las consecuencias de aquélla, se echó entre ambos y se agarró a sus rodillas en silencio, mirándole a la cara con una expresión que habría ablandado el corazón de un demonio. Ya fuera porque se hubiera endurecido al estar convencido de la culpabilidad de madame Montoni o porque la simple suposición le dispusiera a ejercer su venganza, estaba totalmente insensibilizado a la desesperación de su esposa y ante las miradas suplicantes de Emily, a la que no intentó levantar, sino que amenazaba vehementemente a ambas, cuando fue llamado para que saliera de la habitación por una persona que estaba en la puerta. Al salir, Emily le oyó echar la llave y llevársela. Madame Montoni y ella misma habían quedado prisioneras, y comprendió que sus propósitos se habían hecho más horribles aún. Los intentos de explicarle sus razones fueron tan ineficaces como los que hizo para suavizar la desesperación de su tía, de cuya inocencia no podía dudar, pero comprendió finalmente que la disposición de Montoni a sospechar de su mujer se debía a su propia conciencia de su crueldad con ella y que la inesperada violencia de su conducta contra ambas, incluso antes de que sus sospechas estuvieran totalmente conformadas, por su disposición general, por sus deseos de venganza, sin prestar atención alguna a la justicia o a la humanidad.

Al cabo de un rato, madame Montoni miró a su alrededor como buscando una posibilidad para escapar del castillo y comentó con Emily el asunto, que ahora ya estaba dispuesta a aprovecharse a la menor oportunidad, aunque evitó animar a su tía con esperanzas que ella misma no admitía. Conocía muy bien la fortaleza del edificio y cómo era vigilado, y tembló ante la idea de confiar su seguridad al capricho de algún criado, cuya colaboración pudieran solicitar. Cario era un hombre compasivo, pero parecía demasiado comprometido con los intereses de su amo para confiar en él; Annette poco podía hacer, y Emily sólo conocía a Ludovico por los informes de esta última. Sin embargo, aquellas consideraciones no tenían sentido, madame Montoni y su sobrina habían sido encerradas y apartadas incluso de las personas de las que tenían razones para desconfiar.

En el salón seguía reinando la confusión y el tumulto. Emily, que escuchaba atentamente cualquier murmullo que llegara del pasillo, creyó oír ruido de espadas y,

cuando consideró la naturaleza de la provocación hecha a Montoni y su impetuosidad, parecía probable que sólo las armas pudieran concluir con la situación. Madame Montoni, tras agotar todas sus expresiones de indignación, y Emily las suyas de consuelo, quedó callada. Todo quedó en absoluta quietud, como la mañana que se levanta sobre las ruinas de un terremoto.

La mente de Emily se vio conmovida por un sentimiento de terror; los acontecimientos de la última hora se removían confusos en su memoria y sus pensamientos fueron variados y rápidos, aunque sin tumulto.

Una llamada a la puerta la sacó de sus meditaciones y, al preguntar quién era, oyó en un susurro la voz de Annette.

—Señora, dejadme entrar, tengo muchas cosas que contaros —dijo la pobre muchacha.

—La puerta está cerrada —contestó su señora.

—Lo sé, madame, pero os ruego que la abráis.

—El signor tiene la llave —dijo madame Montoni.

—¡Virgen Santa! ¿Qué será de nosotros? —exclamó Annette.

—Ayúdanos a escapar —dijo madame Montoni—, ¿dónde está Ludovico?

—Abajo, en el salón, madame, con todos los demás, ¡luchando contra los mejores de ellos!

—¡Luchando!, ¿quiénes están luchando? —gritó madame Montoni.

—El signor, madame, y todos los signors, y mucha gente más.

—¿Hay algún herido? —preguntó Emily con voz trémula.

—¡Herido!, sí, mademoiselle —allí están sangrando y las espadas en alto, y..., ¡por todos los santos!, dejadme entrar, señora, vienen hacía aquí, ¡me matarán!

—¡Huye! —gritó Emily—, ¡huye! No podemos abrir la puerta.

Annette repitió que venían y en el mismo momento huyó.

—Calmaos, madame —dijo Emily, volviéndose hacia su tía—, os ruego que os calméis, yo no estoy asustada, nada asustada, no os alarméis.

—Casi no puedes contigo —replicó su tía—. ¡Dios mío! ¿Qué querrán hacer con nosotras?

—Tal vez vengan a liberarnos —dijo Emily—, tal vez el signor Montoni ha sido vencido.

La creencia de que hubiera muerto le produjo una sacudida y casi perdió el conocimiento al verle en su imaginación expirando a sus pies.

—¡Vienen! —gritó madame Montoni—, ¡oigo sus pasos, están en la puerta!

Emily volvió sus ojos desfallecidos hacia la puerta, pero el terror le privó de la palabra. Se oyó el ruido de la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Apareció Montoni seguido de tres hombres con aspecto de rufianes.

—Cumplid con las órdenes —dijo volviéndose hacia ellos y señalando a su

mujer, que gritó, pero fue sacada inmediatamente de la habitación. Emily cayó sin conocimiento en un sofá en el que se había apoyado. Cuando recobró el conocimiento, se encontró sola y recordó únicamente que madame Montoni había estado allí, junto con algunos detalles inconexos de lo sucedido, que fueron sin embargo suficientes para renovar todos sus temores. Recorrió la habitación con la mirada, como tratando de encontrar alguna explicación relativa a su tía, sin que se le ocurriera la propia situación de peligro en que se encontraba o la idea de escapar de la habitación.

Cuando se rehízo de todo, se puso en pie y con una ligera esperanza se acercó a la puerta para comprobar si podía abrirla. Así fue, y salió tímidamente al pasillo, pero se detuvo, insegura, sobre el camino que debía tomar. Su primer deseo fue lograr alguna información sobre su tía y por fin se volvió hacia el vestíbulo pequeño, en el que normalmente esperaban Annette y los otros criados.

Por todas partes por las que pasó, oyó en la distancia idas y venidas, y las figuras y rostros con los que se cruzó, corriendo por los pasillos, lo que la afectó profundamente. La apariencia de Emily era como la de un ángel de luz rodeado de demonios. Llegó por fin al pequeño vestíbulo, que estaba silencioso y desierto, pero, ante la necesidad de recuperar el aliento, se sentó. La tranquilidad de aquel lugar era tan terrible como el tumulto del que había escapado, pero no tenía tiempo para pensar en su propio peligro o para considerar su propia seguridad. Comprendió que no tenía sentido buscar a madame Montoni a través de las intrincadas revueltas del castillo y menos en aquel momento, cuando los pasillos parecían ocupados por rufianes; decidió también que no podía quedarse en aquel lugar, ya que no sabía en qué momento podría convertirse en lugar de su reunión y, aunque deseó regresar a su habitación, temía encontrarse de nuevo con ellos en el camino.

Estaba así sentada, temblorosa y dudando, cuando un murmullo distante rompió el silencio y se fue haciendo mayor hasta que distinguió voces y pasos que se aproximaban. Se levantó para marcharse, pero los sonidos llegaron por el mismo pasillo por el que habría de hacerlo y se vio obligada a esperar la llegada de las personas, cuyos pasos oía. Según se acercaban, distinguió algunos gemidos y vio a un hombre que era transportado por otros cuatro. A la vista de aquello, se sintió casi desmayada y se apoyó en un muro para no caer. Mientras tanto aquellos hombres entraron en el vestíbulo, demasiado ocupados para detenerse o para advertir la presencia de Emily. Trató de marcharse, pero de nuevo le faltaron las fuerzas y tuvo que volver a sentarse en un banco. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo; su visión se hizo confusa; no sabía lo que había ocurrido, o dónde estaba, sin embargo, los quejidos de aquella persona herida seguían vibrando en su corazón. A los pocos minutos la ola de la vida pareció volver a fluir; respiró más profundamente y revivieron sus sentidos. No se había desmayado, no había perdido totalmente la

conciencia, sino que se había mantenido apoyada en el banco, aunque sin coraje suficiente para mirar a aquel desafortunado, que estaba cerca y por el que los otros hombres se interesaban lo suficiente para no reparar en ella.

Cuando recuperó sus fuerzas, se levantó y se decidió a abandonar el vestíbulo, llena de ansiedad, tras haber hecho algunas preguntas inútiles sobre madame Montoni. Se dirigió lo más rápida que pudo hacia su habitación, ya que, según avanzaba, siguió oyendo los ruidos del tumulto a distancia y se decidió a seguir su camino por alguna de las habitaciones a oscuras, para evitar encontrarse con las personas cuyo aspecto la había aterrorizado, así como las partes del castillo donde podía seguir la lucha.

Llegó por fin a su cámara, y tras echar el cerrojo de la puerta que daba al corredor, se sintió segura. En aquel remoto cuarto reinaba una profunda tranquilidad ya que ni siquiera llegaban los más leves sonidos de la lucha. Se sentó cerca de una de las ventanas y, al contemplar el paisaje montañoso, el profundo reposo de su belleza le sorprendió con toda la fuerza del contraste, al extremo de que casi no podía creer que estuviera tan cerca de aquella salvaje confusión. Todos los elementos parecían haberse retirado de sus esferas naturales y haberse concentrado en las mentes de los hombres, porque en ellas reinaba únicamente la tempestad.

Emily trató de tranquilizarse, pero la ansiedad la obligó a estar atenta a cualquier sonido y a mirar con frecuencia hacia las murallas, donde todo, no obstante, estaba solitario y tranquilo. Según disminuían las impresiones de su propio e inmediato peligro aumentó su preocupación por madame Montoni, que, como recordaba muy bien, había sido amenazada con ser confinada en el torreón este, y era posible que su marido hubiera satisfecho su venganza con este castigo. En consecuencia, decidió que cuando se hiciera de noche y todos los habitantes del castillo durmieran, exploraría el camino hacia el torreón, que, por la dirección con el que lo nombraban, no parecía muy difícil de localizar. Sabía, naturalmente, que aunque su tía estuviera allí, no podría facilitarle asistencia alguna, pero podría servirle de consuelo el saber que la había localizado y oír el sonido de la voz de su sobrina. Para ella, cualquier información sobre el estado de madame Montoni resultaba más importante que aquella agotadora incertidumbre.

Mientras tanto, Annette no aparecía, y Emily estaba sorprendida y preocupada por ella, ya que, pese a la confusión de todo lo que había ocurrido, era improbable que hubiera renunciado a ir a su habitación, a menos que algo grave hubiera ocurrido.

Así transcurrieron las horas en soledad, en silencio y en inquietantes conjeturas. Al no ser molestada por mensaje alguno o por cualquier sonido, le dio la impresión de que Montoni se había olvidado totalmente de ella y sintió cierto consuelo al comprobar que pudiera librarse de su atención. Trató de calmar sus pensamientos, de sobreponerse a ellos, pero se negaron a su control. No pudo ni leer ni dibujar, y los

acordes de su laúd no concordaban con el estado de sus sentimientos y no fue capaz de soportarlos.

Por fin el sol se ocultó tras las montañas del oeste; sus fieros rayos desaparecieron de las nubes y una penosa melancolía púrpura se extendió sobre ellas, envolviendo progresivamente todo el paisaje. Poco después, los centinelas pasaron por la muralla para comenzar la guardia.

El crepúsculo se había extendido por todos los elementos. La desmayada oscuridad de su habitación despertó los pensamientos temerosos y recordó que para conseguir una luz tendría que cruzar una amplia zona del castillo y, sobre todo, los vestíbulos, donde había experimentado tantos temores. En su presente estado de ánimo, la oscuridad hacía que el silencio y la soledad fueran terribles para ella; impedirían además la posibilidad de localizar el camino hacia el torreón, y la condenarían a permanecer en la incertidumbre, en relación con la situación de su tía; no obstante, no se atrevía a aventurarse en busca de la lámpara.

Continuó mirando por el ventanal y según contemplaba los últimos brillos luminosos de la tarde, mil imágenes vagas de miedo flotaron en su fantasía. «¿Qué pasaría si alguno de esos rufianes —se dijo—, encontrara el camino de la escalera y en la oscuridad de la noche penetrara en mi habitación?» Entonces, recordando al misterioso habitante de la habitación próxima, sus temores cambiaron de dirección. «No es un prisionero, aunque permanezca en esa habitación, porque Montoni no cerró la puerta cuando salió; la persona desconocida fue la que lo hizo; esto es cierto. En consecuencia, él puede salir cuando quiera».

Se detuvo porque, por encima de los terrores de la oscuridad, consideró muy poco probable, quienquiera que fuera, que tuviera interés alguno en entrar en su habitación; y de nuevo cambió el tema de sus preocupaciones cuando, recordando su proximidad a la habitación en la que el velo había descubierto un terrible espectáculo, tuvo dudas de si algún pasadizo podría comunicarla con la insegura puerta de la escalera.

Se había hecho totalmente de noche y se apartó del ventanal. Según estaba sentada con los ojos fijos en la chimenea, creyó percibir una chispa de luz; osciló y desapareció y poco después fue de nuevo visible. Finalmente, con mucho cuidado, removió los rescoldos que habían quedado del fuego de la mañana y arrimó la lámpara que siempre tenía en su habitación. Se sintió más satisfecha y pensó que sería mejor que comprobara su situación. Su primera acción fue asegurar la puerta de la escalera, para lo cual colocó contra ella todos los muebles que pudo trasladar. Estuvo entretenida en ello algún tiempo considerando al final que la desgracia se hace más opresiva cuando se está sin hacer nada que cuando se está ocupado, porque, al terminar, volvió a recordar todas sus presentes aflicciones e imaginó miles de desgracias para su futuro y estas ideas reales o supuestas alteraron completamente su mente.

Así pasaron lentamente las horas hasta la medianoche, cuando contó las campanadas del gran reloj, que le llegaban por la muralla, sobre un tremendo silencio, excepto el de las pisadas de los centinelas que llegaban para cambiar la guardia. Pensó que era el momento para aventurarse hasta el torreón y abrió suavemente la puerta de su cámara para mirar por el pasillo y comprobar si alguna persona se movía por el castillo. Lo encontró todo totalmente tranquilo. Sin embargo, nada más salir de la habitación, percibió un rayo de luz en las paredes del corredor, y sin esperar a ver de quién se trataba, regresó y cerró la puerta. Nadie se aproximó, y supuso que se trataba de Montoni que iba a hacer su visita de medianoche al vecino desconocido, por lo que decidió esperar hasta que se retirara a sus habitaciones.

Cuando las campanas marcaron el paso de otra media hora, abrió una vez más la puerta, y, comprobando que no había nadie en el pasillo, lo cruzó rápida hacia un pasadizo que conducía por el lado sur del castillo hacia la escalera, donde creía que podría encontrar fácilmente el camino del torreón. Se detuvo varias veces, escuchando con aprensión los murmullos del viento, y mirando temerosa la oscuridad que se abría ante ella por los pasadizos, cuando llegó a la escalera; pero allí comenzó su perplejidad. Tenía ante sí dos caminos, sin que supiera cuál debía tomar, por lo que se decidió al azar más que por cualquier otra circunstancia. Por el que entró, se abría primero a una ancha galería, que recorrió rápida y silenciosa, pues el solitario aspecto del lugar la atemorizaba y se mantuvo alerta ante el eco de sus propios pasos.

De pronto le pareció oír una voz, y, al no distinguir de dónde procedía, temió tanto seguir avanzando como retroceder. Durante unos momentos se quedó en una actitud de escucha expectante, encogiéndose sobre sí misma y casi sin atreverse a mirar a su alrededor. Sonó de nuevo la voz, pero, aunque estaba ahora más cerca, el terror le impidió juzgar exactamente de dónde procedía. Sin embargo, pensó que se trataba de una voz quejumbrosa, y su sospecha no tardó en confirmarse por un quejido en voz baja que parecía proceder de una de las habitaciones que daban a la galería. Se le ocurrió al instante que madame Montoni podía estar confinada allí y se acercó a la puerta para hablar, pero se detuvo al considerar que tal vez se iba a confiar a un desconocido que podía descubrirla ante Montoni; porque, aunque aquella persona, quienquiera que fuera, parecía estar afligida, eso no implicaba que estuviera prisionera.

Mientras estos pensamientos cruzaban por su cabeza y la dejaban envuelta en la duda, oyó de nuevo la voz que llamaba a «Ludovico», y entonces comprendió que debía tratarse de Annette, por lo que, abandonando todas sus dudas, procedió a contestarla.

—¡Ludovico! —exclamó Annette, sollozando—. ¡Ludovico!

—Soy yo —dijo Emily, tratando de abrir la puerta—. ¿Por qué estás ahí? ¿Quién te ha encerrado?

—¡Ludovico! —repitió Annette—, ¡oh, Ludovico!

—No soy Ludovico, soy yo, mademoiselle Emily.

Annette dejó de sollozar y guardó silencio.

—Si puedes abrir la puerta, déjame entrar —dijo Emily—, no hay nadie que pueda hacerte daño.

—¡Ludovico! ¡Oh, Ludovico! —gritó Annette.

Emily perdió la paciencia y su temor a ser descubierta aumentó. Estaba a punto de apartarse de la puerta cuando consideró que Annette podría, tal vez, saber algo de la situación de madame Montoni u orientarla hacia el torreón. Por fin, logró una respuesta, aunque poco satisfactoria para sus preguntas, ya que Annette no sabía nada de madame Montoni, y sólo pedía a Emily que le dijera qué le había pasado a Ludovico. Por su parte, tampoco podía decirle nada del criado y le preguntó de nuevo quién la había encerrado.

—Ludovico —dijo la pobre muchacha—, me ha encerrado Ludovico. Cuando salí corriendo del vestidor, casi no sé a dónde fui para refugiarme; y en esta galería, aquí, me encontré con Ludovico, que me metió en esta cámara y me encerró para que no me sucediera nada, según me dijo. Pero él también tenía mucha prisa y no pronunció más de diez palabras, pero me dijo que vendría a dejarme salir cuando todo estuviera tranquilo, y se llevó la llave. Han pasado todas estas horas y ni le he visto ni he sabido nada de él; han tenido que matarle. ¡Estoy segura de ello!

Emily recordó de pronto a la persona herida a la que había visto que transportaban al salón de los sirvientes y casi no dudó de que se trataba de Ludovico, pero ocultó los detalles a Annette y trató de consolarla. Entonces, impaciente por saber algo de su tía, le volvió a preguntar por el camino que conducía al torreón.

—¡Oh!, no debéis ir, mademoiselle —dijo Annette—, ¡por amor de Dios! ¡No vayáis! Y no me dejéis sola.

—No, Annette, no puedo esperar aquí toda la noche —replicó Emily—, indícame el camino del torreón. Por la mañana trataré de liberarte.

—¡Virgen Santa! —exclamó Annette—, ¡no puedo quedarme aquí sola toda la noche! Perderé el sentido de puro miedo, y moriré de hambre. ¡No he tomado nada desde la comida!

Emily casi no pudo contener una sonrisa ante las heterogéneas preocupaciones de Annette, aunque sintió sincera piedad por ella y dijo lo que pudo para consolarla. Finalmente, obtuvo algún detalle orientativo para dirigirse al torreón este. Se apartó de la puerta y desde allí, tras numerosas dudas y caminos intrincados, llegó ante la escalera de caracol que conducía al torreón, a cuyo pie se detuvo a descansar y a recobrar el coraje para lo que consideraba un deber. Al revisar aquel lugar solitario, advirtió que había una puerta en el lado opuesto de la escalera, y, ansiosa por saber si conducía a madame Montoni, trató de descorrer los cerrojos de la misma. Una

bocanada de aire fresco le sacudió en el rostro al abrirla para comprobar que daba a la muralla del lado este. La inesperada corriente de aire casi apagó su lámpara, que apartó a una cierta distancia, y al volver a mirar hacia la oscura terraza percibió únicamente la débil silueta de los muros y de algunas torres, mientras pesadas nubes movidas por el viento se mezclaban con las estrellas y envolvían la noche con una oscuridad más espesa. Mientras miraba, casi dispuesta a diferir el momento de certeza, del que esperaba sólo una confirmación del mal, unos pasos lejanos le recordaron que podía ser vista por los hombres que hacían la guardia, y cerró rápidamente la puerta, cogió la lámpara y se dirigió a la escalera. Con movimientos temblorosos, fue ascendiendo a través de la oscuridad. Para su imaginación conmovida parecía aquel el lugar de la muerte, y el tremendo silencio que reinaba, confirmaba su carácter. Titubeó. «Tal vez —se dijo—, he venido tan sólo para descubrir una terrible verdad o para ser testigo de un espectáculo terrible; me doy cuenta de que no podré soportar más horrores».

La imagen de su tía asesinada, asesinada quizá por la mano de Montoni, se presentó en su imaginación. Tembló, trató de recobrar el aliento, arrepentida por haberse atrevido a aventurarse hasta allí y se detuvo. Pero, tras una pausa de unos pocos minutos, recuperó la conciencia de su deber y prosiguió su camino. Todo estaba absolutamente silencioso. Su vista se fijó en unas manchas de sangre que había en la escalera, y al instante se apercibió de que el muro y otros escalones también estaban manchados. Tuvo que detenerse de nuevo, tratando de mantenerse en pie y estuvo a punto de dejar caer la lámpara de sus manos temblorosas. Sin embargo, no se oía sonido alguno y nadie parecía habitar el torreón. Mil veces deseó verse de nuevo en su habitación; aterrada de seguir adelante. Estaba aterrada ante la idea de encontrarse un espectáculo espantoso y, sin embargo, no era capaz de decidirse, cuando estaba tan cerca del final de sus esfuerzos, a desistir de ellos. Tras recuperar una vez más el valor suficiente para continuar, tras subir más o menos la mitad de las escaleras del torreón, llegó a otra puerta, ante la que se detuvo dudosa. Escuchó atentamente y, haciendo acopio de toda su energía, la abrió y entró en la habitación. A los débiles rayos de su lámpara, en medio de aquella oscuridad, sólo vio unos muros de piedra. Según examinaba todo, con el temor de descubrir los restos de su desafortunada tía, descubrió algo que yacía en una esquina oscura de la habitación, y, conmovida con una convicción horrible, se quedó sin movimiento y casi insensible. Entonces, con resolución desesperada, corrió hacia el objeto que le producía aquel terror. Se trataba de las ropas de alguna persona, tiradas en el suelo, y vio lo que parecía un viejo uniforme de soldado, bajo el cual asomaban varias picas y otras armas. Casi sin confiar en su mirada, continuó durante un momento contemplando lo que había sido el objeto de su preocupación, y salió de la habitación, más animada con la convicción de que su tía no estaba allí. Decidida a bajar del torreón sin hacer

más investigaciones, al volverse para hacerlo, observó en algunos escalones del segundo piso manchas de sangre, y recordó que aún le quedaba otra habitación por explorar. Siguió subiendo por la escalera de caracol, comprobando las manchas de sangre de los peldaños.

Al llegar a un descansillo había una puerta en la que la escalera concluía y no se sentía capaz de seguir adelante. Cuando estaba tan cerca de tener una certeza total, no se atrevía a descubrirla y no tenía fuerzas para hablar ni para abrir la puerta.

Escuchó en vano cualquier sonido que pudiera confirmar o destruir sus temores y, finalmente, puso la mano en el picaporte, comprobando que estaba cerrada. Llamó a madame Montoni, pero sólo un aterrador silencio correspondió a su voz.

—¡Está muerta! —exclamó—, ¡asesinada! ¡Su sangre está en estas escaleras!

Emily estuvo a punto de desmayarse, casi no podía mantenerse en pie y sólo tuvo la mínima presencia de ánimo para dejar la lámpara en el suelo y sentarse en uno de los escalones.

Cuando logró recuperarse, volvió a hablar junto a la puerta e intentó abrirla de nuevo. Esperó un buen rato sin recibir respuesta alguna y sin oír ningún ruido. Descendió del torreón y con toda la rapidez que le permitía su debilidad, regresó a su habitación.

Al llegar al pasillo en el que se encontraba, se abrió la puerta de una cámara, por la que salió Montoni. Emily, más aterrada que nunca, se retiró hacia el pasadizo con la suficiente rapidez para no ser vista y le oyó cerrar la puerta, la misma por la que le había visto salir anteriormente. Se quedó escuchando cómo se alejaban sus pasos, hasta que se perdieron en la distancia, y se aventuró hasta su habitación, y tras cerrar la puerta, se acostó, dejando la lámpara encendida en la chimenea. El sueño no acudía a su inquieta mente en la que se presentaban continuas imágenes de horror. Trató de pensar que era posible que madame Montoni no hubiera sido llevada al torreón, pero cuando recordó las amenazas de su marido y su tremendo espíritu de venganza, del que había dado muestras su comportamiento habitual, las miradas de los hombres que habían forzado a madame Montoni arrancándola de su habitación, y las marcas escritas en los escalones del torreón, no pudo dudar de que su tía hubiera sido llevada allí, y tampoco pudo confiar en que no hubiera sido llevada para ser asesinada.

Las primeras luces grises de la mañana entraron por los ventanales antes de que Emily pudiera quedarse dormida; por fin las fuerzas de la naturaleza la hicieron ceder en sus sufrimientos.

Capítulo XI

¿Quién alza la mano ensangrentada?

SAYERS

Emily permaneció en su habitación a la mañana siguiente, sin recibir noticia alguna de Montoni y sin ver a nadie, excepto a los hombres armados que en ocasiones pasaron por la terraza. Al no haber probado bocado alguno desde la cena del día anterior, su extrema debilidad le hizo sentir lo imperioso de abandonar el asilo de su habitación para conseguir algún refrigerio y también por estar ansiosa de liberar a Annette. Sin embargo, trataba de diferirlo todo lo posible y consideró si debía recurrir a Montoni, o a la compasión de otras personas, en su preocupación por su tía y, finalmente, sobreponiéndose al aborrecimiento que le producía su presencia, decidió acudir a él y suplicarle que le permitiera ver a madame Montoni.

Por otra parte, parecía cierto, por la ausencia de Annette, que Ludovico había sufrido algún accidente y que la muchacha seguía encerrada. En consecuencia, Emily tomó la decisión de visitar también la cámara en la que había hablado con ella la noche anterior, y, si la pobre muchacha seguía allí, informar a Montoni de su situación.

Era casi mediodía cuando se decidió a salir de su habitación, acudiendo primero a la galería sur, a donde llegó sin encontrarse con nadie y sin oír nada, excepto, de cuando en cuando, el eco de pasos distantes.

No fue necesario que llamara a Annette, cuyos lamentos se hicieron audibles nada más acercarse a la galería. Preocupada por su propia suerte y por la de Ludovico, le dijo a Emily que estaba segura de morir de hambre si no la liberaban inmediatamente. Emily le contestó que iba a suplicar a Montoni que la dejara salir, pero sus terrores ante el hambre cedieron por los que sentía por el signor, y, cuando Emily se alejó de la puerta, pidió a gritos que le ocultara el lugar donde se encontraba.

Según se acercaba Emily al gran salón, los ruidos que oyó y las personas con las que se cruzó en los pasillos renovaron sus temores. Estos últimos, no obstante, pasaban en paz y no la molestaron, aunque la miraban sorprendidos y a veces dijeron algo. Al cruzar el vestíbulo hacia la habitación de cedro, en la que Montoni solía estar, vio en el suelo fragmentos de espadas, algunas ropas manchadas de sangre, y casi esperó ver entre ellas algún muerto; pero de momento se libró de este último espectáculo. Al acercarse a la habitación, el sonido de varias voces que procedían de la misma y el temor a presentarse ante desconocidos, así como el de irritar a Montoni

con su intromisión, la obligaron a detenerse y a dudar de su propósito. Miró por las columnas del vestíbulo, por si localizaba a algún criado que pudiera llevar un mensaje, pero no encontró a ninguno, y la urgencia de lo que debía solicitar la obligó a acercarse a la puerta. Las voces que le llegaban no eran de discusión, aunque distinguió las de algunos de los invitados del día anterior. Su decisión fallaba cada vez que intentaba llamar a la puerta, por lo que decidió quedarse en el vestíbulo hasta que apareciera alguien que pudiera decir a Montoni que saliera de la habitación, y cuando se volvió para apartarse de la puerta, ésta fue abierta por él mismo. Emily tembló y se quedó confusa, mientras él la miraba con sorpresa; aquel rostro despertó todos sus temores. Olvidó lo que tenía que decir y ni preguntó por su tía ni suplicó por Annette, sino que se quedó quieta en un silencio embarazoso.

Tras cerrar la puerta, le reprochó su curiosidad, de la que ella no había sido culpable, y le preguntó de malos modos qué era lo que había escuchado. La acusación la hizo recuperarse y le aseguró que no había acudido allí con la intención de escuchar sus conversaciones, sino para suplicar compasión por su tía y por Annette. Montoni pareció dudar de su afirmación, porque la miró escrutadoramente y la duda no parecía tener fundamento alguno. Emily volvió a explicar la razón de su presencia y concluyó suplicándole que la informara a dónde había sido llevada su tía y que le fuera permitido visitarla. Montoni la miró con una sonrisa maligna, que le confirmaron instantáneamente sus temores sobre su tía, y en aquel momento, no tuvo coraje para insistir en sus ruegos.

—Por lo que se refiere a Annette —dijo Montoni—, si acudes a Cario, él la liberará; el muchacho estúpido que la encerró murió ayer.

Emily dio un respingo.

—Pero mi tía, signor —dijo—, ¡decidme algo de mi tía!

—Ya nos ocupamos de ella —replicó Montoni de malos modos—, no tengo tiempo para contestar preguntas ociosas.

Estaba dispuesto a marcharse, pero Emily, con voz de agonía, que no era fácil de resistir, le rogó que le dijera dónde estaba madame Montoni. Él se detuvo y ella observó atentamente su rostro. Se oyó el sonido de una trompeta y, un momento después, el de las pesadas puertas de entrada que se abrían y los cascos de los caballos en el patio, con la confusión de muchas voces. Emily se quedó dudando un momento si debía o no seguir a Montoni, quien, al oír la trompeta, había empezado a cruzar el vestíbulo y, volviendo la mirada hacia la entrada, vio a través de la puerta, que se abría tras la prolongada perspectiva de arcos hacia los patios, una partida de hombres a caballo, que le parecieron, en la medida en que la distancia y su agitación lo permitía, los mismos que había visto partir unos días antes. Pero no pudo seguir mirándolos, ya que, cuando sonó de nuevo la trompeta, los caballeros salieron de la habitación de cedro y los otros hombres entraron corriendo en el vestíbulo por todas

las puertas del castillo. Una vez más, Emily tuvo que correr a buscar refugio en su habitación. Allí se vio asaltada por imágenes de horror. Reconsideró la actitud y las palabras de Montoni cuando habló de su mujer, que le confirmaban sus más espantosas sospechas. Las lágrimas no pudieron consolarla de la desesperación, y estuvo sentada largo tiempo absorta en sus pensamientos, hasta que reaccionó por unos golpes que sonaron en la puerta de su cámara, y al abrir se encontró con Cario.

—Querida señorita —dijo—, he estado tan ocupado que hasta ahora no me he acordado de vos. Os he traído algo de fruta y vino, y estoy seguro de que lo necesitáis más de lo que pueda decirse.

—Gracias, Cario, eres muy bondadoso. ¿Te lo ha recordado el signor?

—No, signora —replicó Cario—, su *Excellenza* está demasiado ocupado.

Emily le hizo una serie de preguntas relativas a madame Montoni, pero Carlo había estado trabajando en otra parte del castillo cuando fue sacada de la habitación y no había vuelto a oír nada sobre ella desde entonces.

Mientras hablaba, Emily le miró fijamente, ya que dudaba si desconocía realmente lo sucedido u ocultaba lo que sabía por temor a enfadar a su amo. A sus varias preguntas relativas a las luchas del día anterior, contestó muy limitadamente; pero le dijo que las disputas se habían resuelto amistosamente, y que el signor creía que se había equivocado al sospechar de sus invitados.

—La pelea fue importante, signora —dijo CarIo—, pero confío en no ver otro día igual en este castillo, aunque están sucediendo cosas extrañas.

Emily le preguntó lo que quería decir.

—¡Ah, signora! —añadió—, no puedo revelar secretos o decir lo que pienso, pero el tiempo lo hará por mí.

Le pidió entonces que liberara a Annette y, después de indicarle la habitación en la que la pobre muchacha estaba recluida, prometió obedecerla inmediatamente. Iba a salir, cuando le preguntó quiénes eran las personas que acababan de llegar. Su suposición había sido acertada; se trataba de Verezzi y su partida.

Su ánimo se calmó en parte tras la breve conversación con Carlo, ya que en estas circunstancias suponía algún consuelo oír tonos compasivos y encontrarse con miradas de simpatía.

Transcurrió una hora antes de que apareciera Annette, que llegó llorando y sollozando.

—¡Oh, Ludovico! ¡Ludovico! —gritó.

—¡Mi pobre Annette! —dijo Emily y la hizo sentarse.

—¿Quién podía suponerlo, mademoiselle? ¡Oh, qué día tan desgraciado, que he tenido que vivir para verlo! —y continuó quejándose y lamentándose, hasta que Emily pensó que era necesario poner fin a aquel exceso de desesperación.

—Todos estamos perdiendo continuamente amigos queridos —dijo, con un

suspiro que le salió del corazón—. Debemos someternos a la voluntad del Cielo. ¡Nuestras lágrimas, desgraciadamente, no pueden devolvemos a los muertos!

Annette apartó el rostro del pañuelo.

—Te encontrarás con Ludovico en un mundo mejor. Eso espero —añadió Emily.

—Sí, sí, mademoiselle —sollozó Annette—, pero espero encontrarle de nuevo en éste, ¡aunque esté tan herido!

—¿Herido? —exclamó Emily—, ¿vive?

—Sí, mademoiselle, pero fue herido de gravedad y no pudo venir a liberarme. Al principio creyeron que estaba muerto, y hasta el momento sigue estando muy grave.

—Me alegro, Annette, al oír que vive.

—¡Vive! ¡Por todos los santos! ¡Seguro que no morirá!

Emily le dijo que esperaba que fuera así, pero la expresión de esperanza de Annette implicaba temores y los suyos aumentaron en la misma proporción, aunque se decidió a animarla. A sus preguntas relativas a madame Montoni no pudo corresponder con respuestas satisfactorias.

—Olvidé preguntar a los otros criados, mademoiselle —dijo—, porque era incapaz de pensar en nada que no fuera el pobre Ludovico.

Annette estaba más consolada y Emily la envió a que preguntara lo que pudieran saber sobre su señora, aunque, no obstante, no pudo obtener dato alguno de las personas con las que habló, realmente ignorantes de su destino o porque habían recibido probablemente órdenes de ocultarlo.

Para Emily el día transcurrió en una preocupación y ansiedad continuas por su tía, pero no fue molestada por ninguna llamada de Montoni; y, ahora que Annette había sido liberada, consiguió los alimentos sin exponerse a peligros o impertinencias.

Pasaron dos días del mismo modo, sin distinguirse por acontecimiento alguno, durante los cuales no obtuvo información sobre madame Montoni. Por la tarde del segundo de ellos, tras despedir a Annette y retirarse a la cama, se vio asaltada por las imágenes más desesperadas que podía sugerir su larga ansiedad en relación con su tía. Incapaz de sobreponerse o de hacer desaparecer a los fantasmas que la atormentaban, se levantó de la cama y se asomó a uno de los ventanales de su habitación para respirar aire puro.

En el exterior todo estaba silencioso y oscuro, a menos que pudiera llamarse luz lo que era tan sólo un leve brillar de las estrellas, dibujando imperfectamente la silueta de las montañas, los torreones del lado oeste del castillo y las murallas que se extendían por debajo, por las que paseaba un centinela solitario. ¡Qué imagen de reposo presentaba aquella escena! Las tremendas y fieras pasiones que con tanta frecuencia agitaban a los habitantes del edificio, parecían también sumidas en su sueño —esos misteriosos esfuerzos que levantan los elementos de la naturaleza del hombre hacia la tempestad—; estaban en calma. No así el corazón de Emily; aunque

sus sufrimientos, pese a ser profundos, participaban del carácter gentil de su mente. El suyo era un silencio angustioso y, no obstante, firme; la energía salvaje de la pasión, que inflama la imaginación, se detenía ante las barreras de la razón y vivía en su propio mundo.

El aire la refrescó y continuó en el ventanal, mirando la escena llena de sombras, sobre la que los planetas ardían con una luz clara, entre el azul profundo del éter, según se movían silenciosos en su destino. Recordó cuántas veces los había contemplado con su querido padre, con cuánta frecuencia él le había señalado su camino en los cielos y le había explicado sus leyes; y estas reflexiones la llevaron a otras, que, con igual intensidad, despertaron su dolor y su asombro.

Le trajeron una visión retrospectiva de todos los acontecimientos extraños y entristecedores que habían ocurrido desde que vivía en paz con sus padres. Y para Emily, que había sido educada, tan tiernamente querida, que sólo había conocido en otro tiempo la bondad y la felicidad, para ella, los últimos acontecimientos y su situación presente, en un país extranjero, en un castillo remoto, rodeada por el vicio y la violencia, todo parecían ser visiones de una imaginación distorsionada y no circunstancias reales. Lloró al pensar en lo que habrían sufrido sus padres si hubieran podido entrever los acontecimientos de su vida futura.

Al levantar sus ojos llorosos al cielo distinguió el mismo planeta que había visto en Languedoc la noche anterior a la muerte de su padre, que se levantaba por encima de las torres del lado oeste del castillo, mientras recordaba la conversación que tuvo relativa al probable estado de las almas que partían. Recordó, también, la música solemne que oyó entonces y a la que la ternura de su ánimo dio, a pesar de la razón, un significado supersticioso. Con estos recuerdos volvió a llorar y continuó pensativa, cuando, inesperadamente, las notas de una música dulce le llegaron en el aire. Un temor supersticioso le recorrió el cuerpo. Continuó escuchando, durante algunos momentos, con un temblor expectante hasta que se decidió a reaccionar frente a sus pensamientos y a razonarlos. Pero la razón humana no puede imponer leyes en temas perdidos en la oscuridad de la imaginación, con la misma certeza que el ojo definir las formas de los objetos cuando sólo la débil luz de la noche los ilumina.

Su sorpresa al oír tales sonidos suaves y deliciosos era al menos justificable, porque había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez en que había escuchado algo parecido a una melodía. Desde su llegada a Udolfo los únicos instrumentos que habían sonado habían sido la fiera trompeta y el estridente pífano.

Cuando se sintió más tranquila trató de asegurarse de qué parte procedían los sonidos y creyó que venían desde abajo, pero sin que pudiera estar segura de si se trataba de una habitación del castillo o desde alguna terraza. El miedo y la sorpresa cedieron ante el encanto de la melodía que flotaba en el silencio de la noche, con la dulzura más suave y melancólica. Inesperadamente, pareció alejarse en la distancia, y

disminuir hasta cesar totalmente.

Continuó escuchando, sumergida en un grato reposo en el que la música dulce envuelve la imaginación, pero no volvió. Sobre esta extraña circunstancia no cesó de pensar durante largo tiempo, ya que era ciertamente raro el escuchar música alguna a medianoche, cuando todos los habitantes del castillo hacía largo tiempo que se habían retirado a descansar, y precisamente en un lugar en el que nada armónico se había oído antes, probablemente desde hacía muchos años. Sus largos sufrimientos la habían hecho particularmente sensible al temor y dispuesta para sentirse afectada por las ilusiones supersticiosas. Le parecía como si en aquella melodía le hubiera hablado su padre muerto, para inspirarla consuelo y confianza en las preocupaciones que habían ocupado su mente. Sin embargo, la razón le dijo que se trataba de una suposición absurda y estaba inclinada a rechazarla; pero cuando la imaginación guía los pensamientos, con inconsistencia tan natural, estaba dispuesta a una creencia tan disparatada. Recordó el singular acontecimiento, relacionado con el castillo, que había provocado el que pasara su posesión a su dueño actual; y, cuando consideró el modo misterioso en que había desaparecido su propietario anterior y que desde entonces nunca se habían tenido noticias de ella, su mente quedó altamente impresionada, al extremo de que pese a que no había razón alguna para unir aquel hecho con la música que acababa de oír, se inclinó por creer que había una relación entre ambos acontecimientos. Esta suposición agitó todo su cuerpo, y miró temerosa las tinieblas de su habitación y el silencio mortal que dominaba en el interior, que llenaba su fantasía con tan triste aspecto.

Finalmente, se retiró del ventanal, pero titubeó en sus pasos, al acercarse a la cama, y se detuvo para mirar a su alrededor. La única lámpara que iluminaba su espaciosa habitación expiraba. Contempló temblorosa la oscuridad, y avergonzada por su debilidad que, no obstante, no pudo dominar del todo, se dirigió hacia la cama, donde su imaginación no logró inmediatamente confortarse con el sueño. Siguió sumida en lo que acababa de ocurrir, y deseó con ansia que llegara la noche siguiente, pues decidió comprobar si volvía aquella música a la misma hora. «Si esos sonidos eran humanos —se dijo—, probablemente los oiré de nuevo».

Capítulo XI

Entonces, oh, tus benditos ministros de arriba,
me dejan en el sufrimiento; y, a su debido tiempo,
descubren la maldad que hay aquí envuelta
en oposición.

SHAKESPEARE

Annette llegó casi sin aliento a la habitación de Emily por la mañana. —¡Oh, mademoiselle! —dijo, con frases entrecortadas—, ¡lo que tengo que contaros! He descubierto quién es el prisionero, pero no era un prisionero, no; el que os dije que estaba encerrado en la habitación. ¡El que creí que era un fantasma!

—¿Quién era el prisionero? —preguntó Emily, mientras sus pensamientos revivían las circunstancias de la noche anterior.

—Os equivocasteis, mademoiselle —dijo Annette—, no era un prisionero, pese a todo.

—Entonces, ¿quién es?

—¡Por todos los Santos! —prosiguió Annette—, ¡cómo me he sorprendido! Acabo de encontrármelo en la muralla, ahí. ¡Nunca me he sorprendido tanto en toda mi vida! ¡Ah! ¡Mademoiselle! ¡Qué lugar tan extraño es éste! No dejaré de asombrarme aunque viva aquí cien años. Pero, como os decía, acabo de encontrármelo en la muralla, y no iba pensando en nadie, y menos en él.

—Este juego es insoportable —dijo Emily—, por favor, Annette, no tortures más mi paciencia.

—No, mademoiselle, adivínelo, adivine quién era. Era alguien que conocéis muy bien.

—No puedo imaginármelo —dijo Emily impaciente.

—No, mademoiselle, os diré algo para que lo adivinéis. Un signor alto, de cara larga, que camina gravemente y que suele llevar una pluma muy larga en su sombrero; y que con frecuencia mira hacia el suelo, cuando la gente le habla; y que mira a la gente frunciendo el ceño. Le habéis visto muchas veces en Venecia. Además es amigo íntimo del signor. Y, ahora que pienso en ello, me asombra de qué puede tener miedo en este solitario castillo en el que se ha escondido. Pero ahora ya sale, puesto que me lo acabo de encontrar en la muralla. Temblé cuando le vi, porque siempre le he tenido miedo, pero decidí que no se diera cuenta de ello, así que pasé a su lado y me incliné cortésmente. «Seáis bienvenido al castillo, signor Orsino», le he

dicho.

—¡Así que era el signor Orsino! —dijo Emily.

—Sí, mademoiselle, el mismísimo signor Orsino que causó la muerte de aquel caballero veneciano y que, según he oído, ha estado escondiéndose de una parte a otra.

—¡Dios mío! —exclamó Emily, recobrándose de la sorpresa—, y ha venido a Udolfo. Hace bien en esconderse.

—Sí, mademoiselle, pero si eso era todo, este lugar desolado habría servido para ocultarle, sin necesidad de encerrarse en una habitación. ¿Quién podría venir aquí para buscarle? Estoy segura que iría antes al otro mundo para buscar a alguien que aquí.

—Hay algo de cierto en lo que dices —dijo Emily, que creyó que la música que había oído la noche anterior tenía que proceder de Orsino, porque desconocía que carecía de gusto y de conocimientos en ese arte. Pero, aunque no estaba dispuesta a añadir una nueva a las numerosas sorpresas de Annette mencionando aquel tema, le preguntó si alguien del castillo sabía tocar algún instrumento musical.

—¡Oh, sí, mademoiselle! Venedetto toca el tambor perfectamente; y está además Launcelot el trompetero. Además, el mismo Ludovico toca la trompeta, pero ahora está enfermo. Recuerdo que una vez...

Emily la interrumpió:

—¿Has oído alguna otra música desde que llegaste al castillo... anoche?

—¿Oísteis música anoche, mademoiselle?

Emily evadió la respuesta, repitiendo la pregunta.

—No, mademoiselle —replicó Annette—, nunca he oído música aquí, que no fuera la de los tambores y la trompeta; y, por lo que se refiere a la pasada noche, no hice otra cosa más que soñar que veía al fantasma de mi señora muerta.

—Tu señora muerta —dijo Emily con un hilo de voz—, entonces es que has oído algo. Dime, dímelo todo, Annette, te lo ruego; dímelo aunque sean malas noticias.

—Ya las conocéis.

—No sé nada —dijo Emily.

—Sí, lo sabéis, mademoiselle; sabéis que nadie sabe nada de ella y eso es todo. En consecuencia, se ha ido al igual que la señora anterior del castillo, nadie ha vuelto a saber nada de ella.

Emily apoyó la cabeza en su mano y estuvo largo tiempo silenciosa. Después, le indicó a Annette que quería quedarse sola y ésta salió de la habitación.

La observación de Annette había revivido la terrible sospecha de Emily relativa a la suerte que había corrido madame Montoni y tomó la resolución de hacer un nuevo esfuerzo para asegurarse de ello, recurriendo, una vez más, a Montoni.

Cuando Annette volvió algunas horas después, le dijo a Emily que el portero del

castillo deseaba hablar con ella, porque tenía cosas importantes que decirle. Su ánimo había estado tan sometido a las preocupaciones que se excitaba con cualquier nuevo acontecimiento; y este mensaje del portero, cuando superó la primera sorpresa, le hizo caer en la idea de un próximo peligro, más sospechoso quizá porque con frecuencia había considerado el aire desagradable y el rostro de aquel hombre. Dudaba si debía hablar con él, pensando incluso que su petición podía ser sólo un pretexto para llevarla a algún peligro; pero, tras una breve reflexión, consideró la improbabilidad de que fuera así y enrojeció por sus débiles temores.

—Hablaré con él, Annette —dijo—, deseo que venga al pasillo inmediatamente.

Annette salió y no tardó en regresar.

—Bamardine, mademoiselle —dijo—, no se atreve a venir al corredor por temor a ser descubierto tan lejos de su puesto, y ni siquiera está dispuesto a abandonar la puerta ni un momento. Si vos acudís hasta él, a través de unos pasadizos que me ha indicado, sin tener que cruzar los patios, tiene algo que deciros que os sorprenderá. Pero no debéis ir por esos patios, no sea que os vea el signor.

Emily, que ni aprobaba esos pasadizos secretos, ni la segunda parte de su recomendación, se negó rotundamente a ello.

—Dile —dijo—que si tiene algo que decirme, le atenderé en el corredor cuando tenga una oportunidad de venir hasta aquí.

Annette se marchó para dar cuenta del mensaje y estuvo ausente durante bastante tiempo. Cuando regresó, dijo:

—No puede ser, mademoiselle, Bamardine ha estado considerando todo este tiempo lo que podría hacerse, ya que en modo alguno puede abandonar ahora su puesto. Pero, si vos os acercáis a la muralla del lado este en la penumbra de la tarde, tal vez él pueda escabullirse y deciros lo que tiene que contaros.

Emily se sorprendió y se preocupó por el secreto que aquel hombre parecía considerar necesario y dudó si debía encontrarse con él, hasta que, considerando que tal vez la quisiera avisar de algún grave peligro, decidió acudir.

—Inmediatamente después de la puesta del sol —dijo— estaré al final de la muralla del este. Pero entonces enviarán la guardia —añadió recordándolo—, ¿cómo podrá pasar Bamardine sin que le vean?

—Eso es lo que yo acabo de decirle, mademoiselle, y me ha contestado que tiene la llave de la puerta, al final de la muralla, que conduce a los patios, y que puede pasar por ahí y que por lo que se refiere a los centinelas no hay ninguno al final de la terraza, porque el lugar está suficientemente guardado por la altura de los muros del castillo y por la torre del lado este. Ha dicho que los que están en el otro extremo no podrán verle a esa distancia si está bastante oscuro.

—Bien —dijo Emily—, debo oír lo que tiene que decirme; y, en consecuencia, deseo que vengas conmigo a la terraza esta tarde.

—Me ha indicado que quiere que esté todo bastante oscuro, mademoiselle —repitió Annette—, a causa de la guardia.

Emily hizo una pausa, indicándole que estaría en la terraza una hora después de la puesta del sol.

—Y dile a Bamardine —añadió—, que sea puntual, porque yo también puedo ser vista por el signor Montoni. ¿Dónde está el signor? Quiero hablar con él.

—En la habitación de cedro, reunido con otros signors. Va a ofrecerles una especie de agasajo, para compensarles por lo que ocurrió, supongo. En la cocina están muy ocupados.

Emily le preguntó si Montoni esperaba nuevos invitados y Annette le dijo que creía que no.

—¡Pobre Ludovico! —añadió—, se pondría tan contento como todos, si estuviera bien; pero no se ha recobrado del todo. El conde Morano fue tan malherido como él y ya se ha puesto bueno y ha regresado a Venecia.

—¿Ha regresado? —dijo Emily—, ¿cuándo te has enterado?

—Lo oí anoche, mademoiselle, pero olvidé decíroslo.

Emily se hizo otras preguntas y después, deseando que Annette vigilara y la informara cuando Montoni estuviera solo, la despidió para que llevara su mensaje a Bamardine.

Montoni estuvo durante todo el día tan ocupado que Emily no tuvo oportunidad para liberarse de la terrible angustia que sentía por su tía. Annette vigiló sus movimientos y atendió a Ludovico, que con la ayuda de Caterina cuidaban con el mayor esmero; y Emily estuvo, naturalmente, gran parte del tiempo sola. Sus pensamientos se detuvieron una y otra vez en el mensaje del portero, concentrándose en conjeturas sobre lo que pudiera ocasionarlo y, en ocasiones, imaginó que se referían al destino de madame Montoni. Otras, lo relacionaba con algún peligro personal que pudiera amenazarla, pues el cuidadoso secreto que Bamardine había observado en su conducta, la inclinó a creer en esto último.

Su impaciencia fue incrementándose a medida que se acercaba la hora de la cita. Finalmente, a la caída del sol, oyó los pasos de los centinelas que acudían a sus puestos y esperó a que Annette la acompañara a la terraza. Llegó poco después y bajaron juntas. Cuando Emily expresó su temor de encontrarse con Montoni o alguno de sus invitados, Annette le dijo:

—Oh, no temáis por eso, mademoiselle, están todos reunidos en la fiesta y Bamardine lo sabe.

Llegaron a la primera terraza, donde los centinelas preguntaron quién pasaba; y Emily, tras responder, caminó hacia la muralla este, a cuya entrada fueron detenidas de nuevo; y, tras replicar una vez más, fueron autorizadas a seguir. Pero Emily se sintió inquieta al exponerse a la discreción de aquellos hombres a aquella hora, e

impaciente por acabar con el asunto, aceleró el paso para encontrarse con Bamardine. Aún no había llegado. Se apoyó pensativa en el muro y esperó. El anochecer se extendía profundamente todo alrededor, mezclando en confusión el valle, las montañas y los bosques, cuyas altas copas, agitadas por la brisa de la tarde, aportaban los únicos sonidos que rompían el silencio, excepto un leve coro de voces distantes que procedía del interior del castillo.

—¿Qué voces son ésas? —dijo Emily mientras las escuchaba temerosa.

—Es el signor y sus invitados, que lo celebran —replicó Annette.

—¡Dios mío! —pensó Emily—, ¿cómo puede estar tan alegre el corazón de ese hombre, cuando es responsable de haber hecho otro tan desgraciado, si mi tía sigue sufriendo aún por su maldad? ¡Oh! ¡Cualesquiera que sean mis sufrimientos, que mi corazón no se endurezca nunca ante los de los demás!

Miró con horror hacia el torreón del este, que estaba próximo a ella. Se veía una luz a través de las troneras de la habitación de abajo, pero las de arriba estaban a oscuras. Advirtió que había una persona que se movía con una lámpara por la habitación inferior; pero el hecho no aportaba esperanza alguna relativa a madame Montoni, a la que había buscado en vano en aquella habitación, que parecía contener únicamente pertrechos de los soldados. Emily, no obstante, decidió acercarse a la puerta exterior del torreón tan pronto como Bamardine se hubiera retirado; y, si estaba sin cerrojos, intentar de nuevo descubrir el paradero de su tía.

Pasaba el tiempo y Bamardine no aparecía. Emily, cada vez más inquieta, dudó si debía seguir esperando. Habría enviado a Annette al portal para meterle prisa, pero temía quedarse sola, porque la oscuridad era casi completa y una franja roja que seguía luciendo por el oeste era el único vestigio del día que terminaba. El fuerte interés que le había despertado el mensaje de Bamardine se sobrepuso a sus temores y siguió deteniéndola.

Cuando comentaba con Annette lo que pudiera haber ocasionado su retraso, oyeron el ruido de una llave en la cerradura de la entrada más próxima a ellas y vieron que un hombre se acercaba. Era Bamardine, al que Emily preguntó de inmediato qué era lo que tenía que comunicarle, indicándole que lo dijera rápido.

—Porque tengo frío con este viento de la tarde —dijo.

—Debéis despedir a vuestra doncella, señora —dijo el hombre con una voz profunda que le sorprendió—, lo que tengo que deciros sólo os interesa a vos.

Emily, tras algunas dudas, indicó a Annette que se apartara a una cierta distancia.

—Ahora, amigo mío, ¿qué tenéis que decirme?

Se quedó un momento silencioso, como si estuviera meditando, y dijo:

—Esto puede costarme mi puesto, por lo menos, si llegara a los oídos del signor. Tenéis que prometerme, señora, que nada en el mundo os hará decir una sola palabra. Se me ha confiado este asunto, y si se creyera que había traicionado esa confianza, tal

vez respondiera con mi vida de ello. Pero estaba preocupado por vos señora y decidí decíroslo. Hizo una pausa.

Emily le dio las gracias y le aseguró que podía confiar en su discreción, rogándole que continuara.

—Annette nos dijo lo desgraciada que os sentíais pensando en la signora Montoni y cuánto deseabais saber qué le había sucedido.

—Así es —dijo Emily—, si podéis informarme, os ruego que me contéis todo lo que sepáis, por terrible que sea, sin duda alguna. Apoyó su brazo tembloroso en el muro.

—Os puedo decir... —dijo Bamardine, y se detuvo.

Emily no tenía fuerza para animarle a continuar.

—Puedo deciros —prosiguió Bamardine—, pero...

—Pero, ¿qué? —exclamó Emily, recobrando el ánimo.

—Aquí estoy, mademoiselle —dijo Annette, que al oír el tono de las palabras de Emily acudió corriendo hacia ella.

—¡Retírate! —dijo Bamardine secamente—, no te necesitamos.

Como Emily no dijo nada, Annette se retiró.

—Os puedo decir —repitió el portero—, pero no sé, como estáis tan afectada...

—Estoy preparada para lo peor, amigo mío —dijo Emily con voz solemne y firme —, puedo soportar mejor la verdad que esta tensión.

—Bien, signora, sucede, habréis oído. Sabéis, supongo, que el signor y su señora no han estado de acuerdo. No es asunto mío preguntar por qué, pero creo que lo sabéis.

—Bien —dijo Emily—, proseguid.

—Parece que el signor ha estado muy airado contra ella últimamente. Lo he visto y oído todo, más de lo que la gente cree; pero no era asunto mío, así que no dije nada. Hace unos días, el signor me mandó llamar. «Bamardine —dijo—, eres un hombre honesto, creo que pudo confiar en ti». Aseguré a su *Excellenza* que podía hacerlo. «Entonces —dijo, si recuerdo bien—, tengo un asunto entre manos en el cual quiero que me ayudes». Entonces me dijo lo que tenía que hacer; pero no diré nada de ello, concierne únicamente a la signora.

—¡Oh, cielos! —exclamó Emily—, ¿qué habéis hecho?

Bamardine dudó y guardó silencio.

—¿Qué demonio pudo tentarle, o a vos, para tal acto? —exclamó Emily, asaltada por el terror y casi incapaz de mantener el ánimo.

—Era un demonio —dijo Bamardine en tono desesperado.

Ambos guardaron silencio. Emily no tenía valor para seguir preguntando y Bamardine parecía dudar antes de seguir hablando. Por fin dijo:

—No tiene sentido pensar en el pasado; el signor fue muy cruel, pero debió ser

obedecido. ¿Qué habría significado que me negara? Habría encontrado otro que no habría tenido escrúpulos.

—¡Entonces la habéis asesinado! —dijo Emily con un hilo de voz—. ¡Estoy hablando con un asesino!

Bamardine siguió silencioso, mientras Emily se volvió y trató de marcharse.

—¡No os vayáis, señora! —dijo—, os merecéis pensar así, puesto que me creéis capaz de tal infamia.

—Si sois inocente decídmelo inmediatamente —dijo Emily con voz desmayada —, porque me temo que no podré oíros durante mucho tiempo.

—No os diré más —dijo él y se marchó.

Emily tuvo fuerzas únicamente para pedirle que se quedara y para llamar a Annette, en cuyo brazo se apoyó, caminando lentamente por la muralla, hasta que oyeron pasos tras ellas; era de nuevo Bamardine.

—Decid a la muchacha que se aleje —dijo— y os diré más.

—No tiene por qué irse —dijo Emily—, puede oír lo que tengáis que decirme.

—¿Puede oírlo, señora? —dijo—, entonces no os diré nada más —se alejaba, aunque lentamente, cuando la ansiedad de Emily superó su resentimiento y sus temores, que había despertado la conducta de aquel hombre, y le pidió que se quedara, haciendo una señal a Annette para que se retirara.

—La signora está viva —dijo—, os lo aseguro. Es mi prisionera, sin embargo. Su *Excellenza* la ha encerrado en la cámara que hay sobre las grandes puertas del patio y ha sido puesta a mi cuidado. Iba a decíroslo, que podéis verla, pero ahora...

Emily, aliviada de su tremenda angustia ante estas palabras, le pidió disculpas a Bamardine y le suplicó que le dejara visitar a su tía.

Aceptó con menos dudas de las que ella esperaba y le dijo que si a la noche siguiente, cuando el signor se hubiera retirado a descansar, se acercaba a la puerta trasera del castillo, tal vez podría ver a madame Montoni.

En medio del enorme agradecimiento que Emily sintió por esta concesión, le pareció observar un triunfo malicioso en su reacción, cuando pronunció las últimas palabras; pero, un momento más tarde, rechazó la idea, y tras darle las gracias de nuevo, le recomendó a su tía a su piedad, asegurándole que le premiaría por ello. Después le aseguró que sería puntual en su cita, le dio las buenas noches y se retiró sin ser vista a su habitación. Pasó bastante tiempo antes de que la alegría que le había ocasionado la información de Barnardine le permitiera a Emily pensar con claridad o ser consciente de los peligros reales que seguían amenazando a madame Montoni y a ella misma. Cuando su agitación cedió, comprendió que su tía seguía siendo la prisionera de un hombre a cuya venganza o avaricia podría ser sacrificada. Cuando consideró además el aspecto salvaje de la persona que había sido elegida para custodiar a madame Montoni, desapareció su animación, porque el rostro de

Bamardine parecía llevar el sello de un asesino; y, cuando le miró, se sintió inclinada a creer que no había empeño, por negro que fuera, que no habría estado dispuesto a ejecutar. Estas reflexiones le trajeron a la memoria el tono de voz en el que había prometido lograr que pudiera ver a su prisionera, y durante largo rato estuvo inquieta y llena de dudas. En algún momento desconfió de si debía ponerse en. sus manos a la hora tan solitaria en que había establecido la cita; y una vez, sólo una vez, no pudo evitar el pensar que tal vez madame Montoni ya hubiera sido asesinada, y que aquel rufián había sido el encargado de ocultarla en algún lugar secreto, en el que su vida también sería sacrificada a la avaricia de Montoni, que entonces podría reclamar para él sin oposición las propiedades en el Languedoc. La consideración de la terrible enormidad que supondría aquello la liberó en parte de su creencia de que fuera probable, pero no de las dudas y temores que le había ocasionado el recuerdo de la actitud de Bamardine. De estos temas, sus pensamientos pasaron finalmente a otros; y, según avanzaba la tarde, recordó, con algo más que sorpresa, la música que había oído la noche anterior y cuyo regreso esperaba con algo más que curiosidad.

Distinguió hasta muy tarde las voces distantes de Montoni y sus acompañantes, las conversaciones en voz alta, las risas disolutas y las canciones cantadas a coro, cuyo eco recorrió los pasillos. Por fin oyó cómo se cerraban las pesadas puertas del castillo, como todas las noches, y todos aquellos ruidos desaparecieron en el silencio, alterado únicamente por los leves pasos de personas que cruzaban por las galerías hacia sus lejanas habitaciones. Emily consideró que ya había llegado el momento en que había escuchado la música la noche anterior, así que despidió a Annette y abrió la ventana esperando de nuevo. El planeta, cuya presencia advirtió cuando sonó la música, aún no había asomado, pero con debilidad supersticiosa mantuvo los ojos fijos en aquella parte del hemisferio por donde tendría que aparecer, casi confiando en que, cuando lo hiciera, volverían los sonidos. Apareció, por fin, serenamente brillante sobre las torres del lado oeste del castillo. Sintió un vuelco en el corazón al comprobar que casi no tenía valor para permanecer en la ventana, y menos aún si el sonido de la música confirmaba su terror y dominaba la mínima fortaleza que aún conservaba. Poco después el reloj dio la una y, sabiendo que fue en aquel momento cuando le llegaron aquellos sonidos, se sentó en una silla, cerca de la ventana, y trató de recomponer su ánimo, pero la ansiedad de la expectación se lo impidió. No obstante, todo permanecía quieto; oyó únicamente los pasos solitarios de un centinela y el leve murmullo de los bosques, y de nuevo se apoyó en la ventana, volviendo a mirar, como buscando una comunicación, al planeta que se levantaba sobre los muros.

Emily continuó escuchando, pero no llegó música alguna. «¡Seguro que no eran sonidos mortales! —se dijo, recordando el comienzo de la melodía—. Nadie de este castillo podría haberlos logrado; y, ¿dónde está el sentimiento que podría modular tan

exquisita expresión? Todos sabemos que ha sido confirmado que en ocasiones se han oído en la tierra sonidos celestiales. El padre Pierre y el padre Antoine declararon que en ocasiones los habían oído en medio de la noche, cuando estaban solos paseando y ofreciendo sus oraciones al cielo. Mi propio padre dijo una vez que, poco después de la muerte de mi madre, según estaba lleno de dolor, unos sonidos de dulzura nada . común llegaron hasta su cama y, al abrir la ventana, oyó una música extraña que llenaba el aire de medianoche. Le asustó, pero miró con confianza al cielo y encomendó su alma a Dios».

Emily se detuvo para llorar al pensaren ello: «¡Tal vez! —siguió pensando—, ¡tal vez esas músicas que he oído fueron enviadas para consolarme, para darme valor! ¡Nunca olvidaré las que oí, a esta misma hora, en el Languedoc! ¡Quizá mi padre me contempla en este momento!» Volvió a llorar conmovida. Así pasó un tiempo vigilante y en solemnes pensamientos; pero no le llegó sonido alguno y, tras permanecer en la ventana hasta que la luz del amanecer empezó a asomar por las cumbres de las montañas y a levantar las sombras de la noche, concluyó que no volvería, y se retiró llena de dudas a descansar.

VOLUMEN III

Capítulo I

Os aconsejaré dónde debéis colocaros;
os informaré con perfecto control del tiempo,
del momento justo; porque debe ser hecho esta noche.

MACBETH

Emily se vio sorprendida al día siguiente al descubrir que Annette tenía noticia de que madame Montoni estaba confinada en la cámara que había sobre la puerta de entrada y de su preparada visita aquella misma noche. Que aquella circunstancia, que Bamardine le había pedido solemnemente que ocultara, y él mismo se la había comunicado a una oyente tan indiscreta como Annette, parecía muy improbable, a pesar de que la hubiera enviado con un mensaje relativo a la proyectada entrevista. Solicitaba que Emily se encontrara con él en la terraza, sin ir acompañada, un poco después de medianoche, y que él la conduciría al lugar que le había prometido; proposición que le hizo temblar de inmediato, ya que mil vagos temores asaltaron su mente, similares a los que la habían atormentado la noche anterior, y ante los cuales no sabía si confiar o rechazar la propuesta. Con frecuencia pensaba que Barnardine podía haberle engañado en relación a madame Montoni, cuyo asesino tal vez era él mismo, y que lo había hecho por orden de Montoni, como medio más fácil para conducirla a los designios desesperados de este último. Así, tuvo la terrible sospecha de que madame Montoni ya no vivía, acompañada de la no menos aterrorizadora sospecha por ella misma. A menos que el crimen que pudiera haber sufrido su tía hubiera sido instigado por el resentimiento y sin relación alguna con el beneficio, un motivo por el que Montoni no parecía actuar, sus objetivos no se alcanzarían hasta que la sobrina estuviera también muerta, ya que Montoni sabía que las propiedades de su esposa pasarían a ella. Emily recordó las palabras por las que fue informada de que las propiedades en discusión de Francia pasarían a su poder, si madame Montoni moría, al no haberlas consignado a su marido, y la anterior y obstinada perseverancia de ella hacía demasiado probable que hubiera logrado finalmente retenerlas. En ese momento, recordando la actitud de Barnardine en la noche anterior, creyó que no se equivocaba y que expresaba un triunfo malvado. Sintió un escalofrío al recordarlo, que confirmaba sus temores y decidió no encontrarse con él en la terraza. Poco después se inclinó a considerar estas sospechas como exageraciones extravagantes de una mente tímida e inquieta y no pudo creer que Montoni fuera capaz de una depravación tan espantosa, hasta el extremo de

destruir por aquel motivo a su esposa y a su sobrina. Se culpó por tener aquella imaginación romántica que la llevaba más allá de los límites de la probabilidad y decidió tratar de controlar sus rápidas deducciones, sobre todo porque en algún momento podrían conducirle a la locura. Sin embargo, seguía temblando ante la idea de encontrarse con Bamardine en la terraza a medianoche y, al mismo tiempo, deseaba liberarse de aquella terrible inquietud por su tía, verla y consolarla en sus sufrimientos, lo que hizo que dudara ante lo que debía hacer.

—¿Cómo es posible, Annette, que pueda pasar a la terraza a esa hora? —dijo, pensando en los detalles—, los centinelas me detendrán y el signor Montoni se enterará de todo.

—¡Oh, mademoiselle! Habéis hecho bien en pensar en ello —contestó Annette—, precisamente Bamardine me lo dijo, me dio esta llave y me encargó que le dijera que es la que abre la puerta al final de la galería de madera que conduce cerca del final de la muralla este, para que no tengáis que pasar por donde están los hombres de la vigilancia. También me dijo que la razón por la que os pedía que fuerais a la terraza era para que os pudiera llevar al lugar a donde queréis ir, sin abrir las grandes puertas del vestíbulo, que son tan pesadas.

El ánimo de Emily se vio algo calmado con esta explicación, que parecía haber sido dada a Annette con intenciones honestas.

—Pero, ¿por qué desea que vaya sola, Annette? —preguntó.

—Eso fue lo que yo le pregunté, mademoiselle. Le dije, «¿por qué tiene que ir sola mi joven señora? ¡Yo iré con ella! ¿Qué mal hay en ello?» Pero él dijo: «No, no, te he dicho que no», en su tono desagradable. Le dije: «se ha confiado en mí en asuntos tan importantes como éste, lo aseguro, y no es tan difícil como para creer que no puedo guardar ahora un secreto». A pesar de eso él sólo dijo: «No, no, no». «Bien —dije yo—, si confiáis en mí, os diré un gran secreto que me dijeron hace un mes y que hasta ahora no ha pasado por mis labios, por lo que no tenéis que tener miedo alguno de decirme lo que sea». Pero no cedió. Entonces, mademoiselle, llegué al extremo de ofrecerle un hermoso y nuevo cequí, que me había dado Ludovico y del que no me habría separado ni a cambio de toda la plaza de San Marcos. Pero siguió sin ceder. ¿Qué traición podría hacer? Porque yo sé y vos lo sabéis, mademoiselle, a quién vais a ver.

—¿Ha sido Bamardine quien te lo ha dicho?

—¿Él? No, mademoiselle, no ha sido él.

Emily le preguntó quién había sido, pero Annette demostró que sí podía guardar un secreto.

Durante el resto del día, Emily estuvo nerviosa con dudas y temores y decisiones contradictorias ante la idea de encontrarse con Bamardine en la muralla y someterse a que la condujera a un lugar desconocido. La piedad que despertaba el pensar en su tía

y la preocupación por ella misma se alternaban en sus determinaciones y la noche llegó antes de que decidiera sobre cuál debía ser su conducta. Oyó en el reloj del castillo dar las once, las doce, y su mente seguía llena de dudas. Sin embargo, había llegado la hora en la que esas dudas no podían prolongarse. En ese momento el interés que sentía por su tía sobrepasó cualquier otra consideración y, haciendo una indicación a Annette para que la siguiera hasta la puerta exterior de la galería de madera y que allí esperara su regreso, salió del cuarto. El castillo estaba totalmente silencioso, y el gran salón, que recientemente había sido testigo de una espantosa contienda, devolvía ahora únicamente los pasos susurrantes de dos figuras solitarias que se escurrían temerosas entre las columnas y se iluminaba tan sólo por la débil lámpara que llevaban. Emily, engañada por las largas sombras de las columnas y por las luces que asomaban entre ellas, se detuvo varias veces, imaginando que había visto a alguna persona moviéndose en la distante oscuridad de la perspectiva. Al cruzar las columnas, temía volver su mirada a ellas, casi esperando ver a alguna figura asomando por detrás de los arcos. Llegó por fin sin interrupciones hasta la galería de madera, abriendo la puerta exterior con mano temblorosa y encargando a Annette que no se apartara de allí y que la mantuviera ligeramente abierta para que pudiera oírla si la llamaba. Le entregó la lámpara, que no se atrevió a llevar con ella por si era descubierta por los hombres de la guardia, y dio un paso hacia la oscura terraza. Todo estaba tan tranquilo que temió que sus pasos pudieran ser oídos por los centinelas y caminó con precaución hacia el lugar indicado, donde se había encontrado la vez anterior con Bamardine, atenta a cualquier sonido y mirando hacia adelante en la oscuridad 'tratando de encontrarle. De pronto, al oír una voz profunda, que le habló muy próxima a ella, se detuvo, insegura de que se tratará de él, hasta que habló de nuevo y reconoció el tono sombrío de Bamardine, que había sido puntual y que se encontraba en el lugar de la cita apoyado en la muralla. Tras gruñir porque no hubiera llegado antes y comentar que llevaba casi media hora esperando, le indicó a Emily que no dijera nada y que le siguiera hacia la puerta, a través de la cual él había entrado en la terraza.

Mientras daba la vuelta a la llave, Emily echó una mirada a la otra puerta que acababa de dejar y, al observar los rayos de la lámpara que atravesaban la pequeña abertura, confirmó que Annette seguía allí. Pero su situación remota servía de poco para tranquilizar a Emily después de que dejara la terraza. Cuando Bamardine abrió la puerta, el desolado aspecto del pasadizo que había más allá, iluminado por una antorcha que ardía en el suelo, hizo que temblara ante la idea de seguir sola tras él y se negó a hacerlo a menos de que Annette la acompañara. La respuesta de Bamardine fue rechazarlo absolutamente, y Emily, enfrentada por su preocupación y curiosidad por la situación de su tía, acabó por decidirse a seguirle sola hacia la entrada.

Bamardine cogió entonces la antorcha y la condujo por el pasadizo en cuya

extremidad tuvo que abrir otra puerta, tras la que descendieron unos cuantos escalones y entraron en una capilla. Según la iluminaba Bamardine con la antorcha, Emily comprobó que estaba en ruinas, y recordó de inmediato una conversación anterior con Annette relativa a aquel lugar con una emoción poco confortante. Miró temerosa hacia los muros casi sin techo, cubiertos de verde por la humedad, y los puntos góticos de las ventanas, en la que la hiedra hacía tiempo que cubría el lugar del cristal y se extendía por los capiteles rotos de algunas columnas, que en otro tiempo habían soportado el techo. Bamardine tropezó en el pavimento roto, y su voz al exclamar un juramento inesperado, resonó con los ecos sombríos que hacían todo más terrorífico. A Emily le dio un vuelco el corazón, pero le siguió y él se volvió hacia lo que había sido uno de los lados principales del crucero de la capilla.

—Bajad esos escalones, señora —dijo Bamardine, comenzando a descender un piso que parecía conducir a los sótanos; pero Emily se detuvo y preguntó con voz trémula a dónde la llevaba.

—A la puerta de entrada —dijo Bamardine.

—¿No podemos ir a la puerta por la capilla? —dijo Emily.

—No, signora, esa puerta conduce a un patio interior, que no me pareció bien utilizar. Por este camino alcanzaremos directamente el patio exterior.

Emily continuó dudando; temiendo no sólo seguir su camino, si no, después de haber ido tan lejos, irritar a Bamardine al negarse a continuar.

—Vamos, señora —dijo el hombre, que casi había llegado al final de los escalones—, caminad un poco más aprisa; no puedo esperar aquí toda la noche.

—¿Adónde conducen estas escaleras? —dijo Emily sin moverse.

—A la puerta de entrada —repitió Bamardine, irritado—, no esperaré más.

Según lo decía, siguió avanzando con la luz, y Emily, temiendo provocarle con un nuevo retraso, le siguió. Tras la escalera, continuaron por un pasadizo que recorría los sótanos, cuyos muros estaban llenos de rocío, y los vapores que se elevaban desde el suelo hacían que la antorcha ardiera con tan poca fuerza que Emily temió ver cómo se extinguía a cada momento, y Bamardine casi no podía encontrar el camino. Según avanzaba, los vapores se hicieron más espesos, y Bamardine, creyendo que la antorcha se apagaba, se detuvo un momento para avivarla. Según se detuvo contra un par de puertas de hierro, Emily vio, en la incierta luz, las galerías que había más allá, y cerca de ella, montones de tierra, que parecían sacados de una tumba abierta. Un espectáculo así, en aquel lugar, la habría intranquilizado en cualquier ocasión; pero entonces se vio sorprendida con un presentimiento instantáneo, de que se trataba de la tumba de su desgraciada tía y de que el traidor de Bamardine la conducía a su destrucción. El oscuro y terrible lugar al que la había llevado parecía justificar la idea; era muy apropiado para el asesinato, un receptáculo para la muerte, en el que un acto de horror podía ser cometido sin que quedara vestigio alguno que lo proclamara.

Emily se vio tan conmovida por el terror que durante un momento no fue capaz de decidir qué conducta adoptar. Consideró entonces que habría sido inútil intentar escapar de Bamardine corriendo, puesto que la distancia y lo intrincado del camino que habían recorrido harían que la alcanzara inmediatamente, sobre todo él que conocía todas las revueltas y considerando que su debilidad no le habría permitido huir con rapidez. Temió igualmente irritarle descubriendo sus sospechas con una negativa a acompañarle más allá; y, puesto que estaba totalmente en su poder, decidió por fin continuar, ocultando en la medida de lo posible sus temores y seguirle silenciosamente hasta el lugar al que había decidido llevarla. Pálida por el temor y la inquietud, esperó a que Bamardine arreglara la antorcha y al fijar la vista de nuevo en la tumba no pudo evitar el preguntar para quién había sido preparada. Él apartó los ojos de la antorcha y los fijó en su cara sin hablar. Desmayadamente repitió la pregunta, pero el hombre, agitando la antorcha, echó a andar, ella le siguió, temblorosa, por un segundo tramo de escaleras que descendían hasta una puerta que les condujo al primer patio del castillo. Según lo cruzaban, la luz les mostró los altos muros negros que les rodeaban, ascendiendo entre la alta hierba y las zonas húmedas, en medio de trozos de piedra. Cruzaron los pesados contrafuertes, en los que, aquí y allá, había estrechas troneras que dejaban pasar el aire del patio, las pesadas puerta de hierro que conducían al castillo, las pequeñas torretas de vigilancia y, de frente, las altas torres y el arco de la misma entrada. En aquella escena el cuerpo largo y desgarbado de Bamardine, llevando la antorcha, formaba una extraña figura. Iba cubierto con una larga capa oscura que casi no dejaba ver sus medias botas o sandalias sujetas con cintas a sus piernas y sólo mostraba el extremo de la espada, que llevaba normalmente sujeta a un cinturón cruzado por los hombros. En la cabeza una gorra pesada y plana de terciopelo, que recordaba un turbante, en la que había una pluma corta; el rostro mostraba un gesto duro con las líneas de una astucia y un ceño de habitual descontento.

Al llegar al patio Emily se reanimó, y esperó según se acercaba silenciosamente hacia la puerta que hubieran sido sus propios temores y no la traición de Bamardine, los que la hubieran engañado. Miró ansiosamente hacia la primera ventana que había por encima del arco de entrada. Estaba oscura y preguntó si correspondía a la habitación en la que estaba confinada madame Montoni. Emily lo dijo en voz baja y tal vez Bamardine no oyó la pregunta, porque no contestó. Poco después entraron por la puerta lateral del gran arco de entrada, que les condujo al pie de una escalera de caracol muy estrecha que conducía a las torres. ,

—La signora yace arriba de esta escalera —dijo Bamardine.

—j Yace! —repitió Emily desmayada.

—Yace en la habitación superior —dijo Bamardine.

Según subía, el viento, que cruzaba por los estrechos respiraderos del muro, hizo

que oscilara la antorcha, que lanzó un rayo más fuerte sobre el sombrío y temible rostro de Bamardine, y descubrió con más detalle lo desolado del lugar —la piedra desnuda de los muros, la escalera de caracol, ennegrecida por los años, y una armadura, con el casco de hierro, que colgaba del muro y que parecía un trofeo de una antigua victoria.

Al llegar al descansillo, Bamardine dijo:

—Debéis esperar aquí, señora. —Metió la llave en la cerradura de la puerta y continuó—: Mientras tanto yo subiré y le diré a la signora que estáis aquí.

—Esa ceremonia es innecesaria —replicó Emily—, mi tía se alegrará de verme.

—Yo no estoy tan seguro de eso —dijo Bamardine, señalando la habitación que había abierto—: Entrad aquí, señora, mientras subo.

Emily, sorprendida y asustada, no se atrevió a oponerse, pero mientras él se alejaba con la antorcha, deseó que no la dejara a oscuras. Él miró a su alrededor, y al ver una lámpara de pie, que estaba en la escalera, la encendió y se la dio a Emily, que se adentró en una vieja y amplia cámara, y él cerró la puerta. Escuchó atentamente sus pasos que se alejaban y le pareció que descendían por la escalera en vez de subir; pero los golpes de viento que soplaban por la puerta no le permitieron distinguir claramente cualquier otro ruido. No obstante, se quedó escuchando, y al no percibir paso alguno en la habitación superior, donde le había dicho que estaba madame Montoni, aumentó su inquietud, aunque consideró que el espesor del suelo en aquel edificio tan fuerte podría impedir que llegara ruido alguno de la cámara superior. Al momento siguiente, en una pausa del viento, oyó los pasos de Bamardine bajando al patio y a continuación le pareció oír su voz; pero de nuevo el ruido del viento tapó cualquier otro. Para estar segura de ello, Emily se acercó sin hacer ruido alguno a la puerta, y al tratar de abrirla, descubrió que estaba cerrada. Todas las aprensiones horrorosas que le habían asaltado últimamente, volvieron en aquel instante con fuerza redoblada y dejaron de parecerle exageraciones de un ánimo tímido, sino que habían sido como un aviso del destino que la esperaba. Ya no tenía dudas de que madame Montoni había sido asesinada, quizá en aquella misma habitación, o de que ella había sido llevada allí con el mismo propósito. El rostro, el comportamiento y las palabras de Bamardine que recordaba, cuando había hablado de su tía, confirmaban sus peores temores. Durante algunos momentos fue incapaz de considerar cómo podría tratar de escapar. Siguió escuchando, pero no oyó paso alguno ni en las escaleras ni en la habitación de arriba; aunque, no obstante, volvió a tener la impresión de que le llegaba la voz de Bamardine y se acercó a una de las ventanas, tratando de descubrir algo. Allí oyó claramente su voz, que desapareció con un golpe de viento y no pudo entender lo que decía. Después, la luz de la antorcha, que parecía proceder de la puerta de abajo, cruzó el patio, y la sombra alargada de un hombre, que estaba bajo el arco de la entrada, apareció en el pavimento. Emily, por el tamaño de la misma,

dedujo que se trataba de Bamardine; pero otra voz, que se impuso al viento, la convenció de que no estaba solo y que su acompañante no era persona que se dejara conmover por la piedad.

Cuando su ánimo pudo superar la primera impresión cogió la lámpara para examinar la habitación por si había alguna posibilidad de escapar. Era una cántara espaciosa cuyos muros forrados de roble sin trabajar no mostraban ventana alguna, como no fuera la tronera de la que acababa de apartarse y otra puerta que no fuera por la que había entrado. No obstante, los débiles rayos de la lámpara no le permitieron verla toda en una primera mirada. Comprobó que no había muebles, excepto una silla de hierro, clavada al centro de la cámara, sobre la que, colgando de una cadena desde el techo, pendía un anillo de hierro. Tras contemplar aquello con asombro y terror, comprobó a continuación que había abajo unas barras de hierro, colocadas con el propósito de sujetar los pies y en los brazos de la silla había anillos del mismo metal. Según lo observaba, dedujo que se trataba de un instrumento de tortura y sintió un escalofrío al pensar que alguna vez algún pobre desgraciado habría sido amarrado a aquella silla y abandonado hasta su muerte. Ya estaba aterrorizada con la idea, pero su agonía fue mayor cuando, un momento después, pensó ¡que su tía podía haber sido una de esas víctimas y que ella podría ser la siguiente! Sintió un dolor agudo en la cabeza y casi no tuvo fuerzas para sostener la lámpara. Al buscar un lugar en el que apoyarse se sentó inconscientemente en la silla de hierro. Dándose cuenta de pronto de lo que había hecho, saltó horrorizada y se refugió en la parte más remota de la habitación. Volvió a buscar dónde apoyarse, descubriendo sólo una cortina oscura que descendía desde el techo hasta el suelo y cubría totalmente uno de los lados de la habitación. A pesar de su estado, la apariencia de aquella cortina la sorprendió, y se detuvo a mirarla asombrada y llena de temores.

Parecía ocultar un entrante de la habitación; deseaba y a la vez temía apartarla y descubrir lo que ocultaba; dos veces se detuvo al recordar el terrible espectáculo que su mano atrevida ya había descubierto bajo un velo en una de las habitaciones del castillo, cuando, deduciendo de pronto que ocultaba el cuerpo de su tía asesinada, agarró la cortina y con un movimiento de desesperación la apartó. Detrás, apareció un cuerpo, extendido en una especie de colchón bajo, que estaba manchado de sangre humana, como el suelo por debajo. La figura deformada por la muerte era espantosa y horrible, y en su rostro aparecía más de una herida lívida. Emily, inclinándose sobre el cuerpo, lo contempló durante un momento con mirada inquieta y enloquecida; pero un momento después la lámpara cayó de su mano y se desmayó a los pies del colchón.

Cuando recuperó el sentido se encontró rodeada de hombres, entre los que estaba Bamardine, que la levantaban del suelo y la llevaban por la habitación. Se daba cuenta de lo que ocurría, pero la extrema debilidad de su ánimo no le permitió hablar

o moverse, ni siquiera sentir temor alguno. La llevaron por la escalera por la que había subido. Al llegar al arco de entrada se detuvieron, y uno de los hombres, cogiendo la antorcha de Bamardine, abrió una puerta pequeña que había en el gran portalón, y, según salía hacia el camino, la luz que llevaba mostró a varios hombres a caballo que esperaban. Fuera porque el aire fresco revivió a Emily o porque lo que veía despertó su alarma, habló de pronto e hizo un enorme esfuerzo para liberarse de los rufianes que la sostenían.

Mientras tanto, Bamardine agitó la antorcha, y contestaron otras voces distantes y varias personas se aproximaron. En ese mismo instante una luz cruzó por el patio del castillo. De nuevo agitó la antorcha y los hombres atravesaron con Emily la puerta. A poca distancia, bajo la protección de. los muros del castillo, Emily vio al hombre que había cogido la luz del portero, iluminando a otro que cambiaba con rapidez la silla de un caballo, rodeado por varios jinetes que miraban, cuyos rostros endurecidos recibieron directamente los rayos de la antorcha; mientras, el suelo que les rodeaba y los muros de enfrente con las torres de vigilancia, se iluminaron igualmente, extendiéndose hasta las murallas más lejanas y los bosques que se perdían en la oscuridad de la noche.

—¿En qué os entretenéis? —dijo Bamardine con una exclamación, al acercarse a los jinetes—. ¡Vamos, vamos!

—La silla estará lista en un momento —replicó el hombre que estaba trabajando en ella y al que Bamardine volvió a gritar por su negligencia. Emily, que llamaba débilmente pidiendo ayuda, fue llevada con prisa hacia los caballos, mientras los rufianes discutían dónde colocarla, ya que el que se había previsto no estaba aún preparado. En ese momento, un haz de luces surgió desde las grandes puertas, e inmediatamente reconoció la voz de Annette entre las de otras personas, que avanzaban. Distinguió a Montoni y a Cavigni, seguidos de un grupo de rufianes, a los que ya no miraba con horror, sino con esperanza, ya que no temblaba ante la idea de los peligros que pudieran amenazarle en el interior del castillo, del que últimamente y de modo tan ansioso había deseado escapar. Los que la amenazaban en el exterior habían ocupado su puesto.

Se produjo un corto enfrentamiento entre las partes, pero los hombres de Montoni salieron victoriosos, y los jinetes, al darse cuenta de los hombres que tenían enfrente y no estando quizá muy interesados en la empresa que habían iniciado, salieron al galope, mientras Bamardine corrió lo suficiente hasta perderse en la oscuridad. Emily fue devuelta al castillo. Al regresar por los patios, el recuerdo de lo que había visto en la cámara de la entrada le asaltó de nuevo con todo su horror; y cuando, poco después, oyó cómo se cerraba la puerta, que la dejaba de nuevo dentro de los muros del castillo, tembló por su futuro, casi olvidando el peligro del que acababa de escapar y comprendiendo que tras ellos quedaban la libertad y la paz.

Montoni ordenó a Emily que le esperara en el salón de cedro, al que no tardó en llegar, interrogándola duramente sobre aquel misterioso asunto. Aunque no podía evitar el mirarle con horror como el asesino de su tía y casi no supo qué replicar a sus preguntas impacientes, sus contestaciones y su actitud le convencieron de que no había tomado parte voluntaria en lo sucedido, y la despidió a la llegada de los criados a los que había mandado llamar para investigar el asunto con más detalle y descubrir quiénes habían actuado como cómplices.

Pasó largo tiempo antes de que Emily, en su habitación, pudiera poner en orden sus ideas y recordar los detalles de lo sucedido. De nuevo volvió entonces a su imaginación el cuerpo muerto que había tras la cortina de aquella habitación, que motivó un gemido que aterró a Annette mucho más, ya que Emily se negó a satisfacer su curiosidad, temiendo confiarle un secreto fatal que pudiera con su indiscreción traer sobre ella la inmediata venganza de Montoni.

Así se vio obligada a guardar para ella todo el terror del secreto que la oprimía y su razón pareció ceder bajo un peso intolerable. Con frecuencia fijaba en Annette una mirada perdida y vacía, y cuando le hablaba no la oía o no contestaba con sentido. Siguieron largas lagunas de abstracción. Annette hablaba una y otra vez, pero su voz no llegaba a producir impresión alguna en los sentidos de la agitada Emily, que estaba sentada y silenciosa, salvo por los profundos suspiros que se le escapaban de vez en cuando, pero sin lágrimas.

Aterrorizada por su estado, Annette se decidió a abandonar la habitación e informar a Montoni de ello, que acababa de despedir a sus criados, sin haber logrado descubrir nada en el tema de su investigación. La desgarrada descripción que la muchacha le dio de Emily, le indujo a seguirla inmediatamente hasta la habitación.

Al oír su voz, Emily volvió los ojos, y un rayo de luz pareció cruzar su mente, porque de inmediato se levantó y se encaminó lentamente a la parte más alejada de la habitación. Montoni le habló con un tono mucho más suave que de costumbre, pero ella le miró con una mezcla de curiosidad y de terror y sólo contestó «sí» a todo lo que él decía. Su mente no seguía reteniendo otra impresión que no fuera la del miedo.

Annette no supo dar explicación alguna de la situación y Montoni, tras haber intentado durante algún tiempo persuadir a Emily para que hablara, se retiró, ordenando a Annette que se quedara con ella durante la noche y que le informara por la mañana de su estado.

Cuando se marchó, Emily regresó a su sitio y preguntó quién era el que la había molestado. Annette dijo que era el signor Montoni. Emily repitió el nombre varias veces, como si no lo recordara, y de pronto lanzó un gemido y volvió a su abstracción.

Con ciertas dificultades, Annette la llevó a la cama, que Emily examinó con mirada inquieta antes de echarse, y entonces, se volvió hacia Annette, que se dirigió

atemorizada a la puerta tratando de salir para buscar a alguna otra criada que pasara la noche con ellas. Emily, al ver que se marchaba, la llamó por su nombre, y entonces, en el tono más suave de su voz, le suplicó que no la abandonara.

—Desde que mi padre murió —añadió—, todos me abandonaron.

—¡Vuestro padre, mademoiselle —dijo—, había muerto antes de que me conocierais!

—¡Así es, verdaderamente! —prosiguió Emily y rompió a llorar.

Lloró silenciosamente durante largo tiempo, tras lo cual, mucho más calmada, pudo quedarse dormida. Annette tuvo la discreción suficiente para no interrumpir sus lágrimas. La muchacha, tan afectuosa como siempre, perdió en aquellos momentos todos sus antiguos temores a permanecer en la habitación, y estuvo al lado de Emily durante toda la noche.

Capítulo II

... descubre
lo que el mundo, o lo que vastas regiones, retienen
el espíritu inmortal, que se ha separado
de su mansión en este corpóreo rincón.

IL PENSEROSO [27]

La mente de Emily se recuperó con el sueño. Al despertarse por la mañana, miró con sorpresa a Annette, que se había quedado dormida en una silla al lado de la cama y trató entonces de recordar lo sucedido; pero los acontecimientos de la noche anterior se habían borrado de su memoria, que parecía no retener nada de lo sucedido, y seguía mirando con sorpresa a Annette cuando ésta última despertó.

—¡Oh, querida mademoiselle! ¿Me conocéis? —exclamó.

—¡Conocerte! Naturalmente —replicó Emily—, eres Annette; pero, ¿por qué estás sentada a mi lado?

—¡Oh, habéis estado muy enferma, mademoiselle, verdaderamente enferma! Y estoy segura de que pensé...

—¡Esto es muy raro! —dijo Emily, que seguía tratando de recordar—. Pero creo que mi fantasía me ha hecho tener sueños terribles. ¡Dios mío —añadió, como despertando—. ¿Es verdad que no ha sido más que un sueño?

Fijó su mirada asustada en Annette, quien tratando de calmarla, dijo:

—Sí, mademoiselle, ha sido algo más que un sueño, pero ya ha pasado.

—¡Entonces, es que ha sido asesinada! —dijo Emily casi sin voz y envuelta en temblores. Annette dio un grito, porque, ignorante de los hechos a los que Emily aludía, atribuyó su reacción a un desorden mental; pero cuando explicó a lo que se refería. Emily, recordando que habían intentado llevársela, preguntó si habían descubierto al culpable. Annette replicó que no, aunque era fácil suponer de quién se trataba y entonces le dijo a Emily que podía dar gracias por haber sabido dominar la emoción que el recuerdo de su tía le había ocasionado. Escuchó con aparente calma a Annette, aunque, en realidad, casi no oyó una sola palabra de lo que dijo.

—Y por ello, mademoiselle —continuó esta última—, me decidí incluso a enfrentarme con Barnardine por negarse a decirme el secreto y a tratar de averiguarlo por mí misma. Os vigilé desde la terraza y tan pronto como él abrió la puerta que hay al final, salí del castillo para seguiros; «porque —me dije—, estoy segura de que nada bueno está planeando o ¿a qué viene todo este secreto?» Así que comprobé que no

había echado los cerrojos tras él y, cuando abrí, vi la luz de la antorcha al otro extremo del pasadizo por el que íbais. Seguí la luz a cierta distancia hasta llegar a la bóveda de la capilla y allí tuve miedo, porque he oído extrañas historias sobre esos sótanos. Pero entonces, también tenía miedo de regresar a oscuras y sola, así que, cuando Bamardine arregló la luz, me decidí a seguiros y lo hice hasta que llegasteis hasta el gran patio. Tuve miedo de que me viera y me detuve de nuevo en la puerta, y cuando vi que subíais por las escaleras, corrí detrás. Allí, según estaba junto a la puerta, oí los cascos de caballos en el exterior y a varios hombres que hablaban, y en ese momento casi me pilla, porque volvió a bajar y tuve el tiempo justo para apartarme de su camino. Pero para entonces ya había oído bastante de su secreto y me decidí a enfrentarme con él y salvaros, mademoiselle, porque supuse que se trataba de una nueva hazaña del conde Morano, aunque se había ido. Corrí hacia el castillo, pero me costó mucho encontrar el camino por el pasadizo bajo la capilla y, lo que es muy raro, olvidé del todo buscar a los fantasmas de los que me han hablado, ¡aunque no volvería a pasar por allí por todo el oro del mundo! Por suerte, el signor y el signor Cavigni estaban levantados y no tardamos en vemos seguidos por los hombres suficientes para asustar a Bamardine y a todos sus secuaces.

Annette guardó silencio, pero Emily pareció seguir escuchando. Por fin, dijo:

—Creo que iré a verle; ¿dónde está?

Annette preguntó a quién se refería.

—Al signor Montoni —replicó Emily—, quisiera hablar con él.

Annette, que recordó la orden que le había dado la noche anterior en relación con su joven señora, se levantó y dijo que iría a buscarle.

Las honestas sospechas de la muchacha sobre el conde Morano estaban perfectamente justificadas; también Emily, cuando pensó en lo sucedido, se lo había atribuido a él; y Montoni, que no había tenido dudas sobre el asunto, comenzó a pensar también que el veneno que había sido mezclado con su vino había sido preparado por instrucciones de Morano.'

La profesión de arrepentimiento que Morano había hecho a Emily, bajo la angustia de su herida, había sido sincera en el momento en que la ofreció; pero él había confundido el tema de su preocupación, porque, mientras creyó que se veía condenado por la crueldad de su último propósito, lo único que lamentaba era el estado de sufrimiento al que le había llevado. Al superar esos sufrimientos, revivieron sus antiguos puntos de vista, hasta que al recuperar por completo su salud, se vio de nuevo preparado para su proyecto y para las dificultades. El portero del castillo, que ya le había servido en ocasión anterior, aceptó de buen grado un segundo soborno, y tras establecer los medios de los que se serviría para llevar a Emily hasta la entrada, Morano abandonó públicamente la cabaña, a la que había sido llevado tras la pelea, y se escondió con su gente en otra a varias millas de distancia. Desde allí, en la noche

convenida con Bamardine, que había descubierto por el parloteo alocado de Annette el medio más seguro para atraer a Emily, el conde envió de nuevo a sus criados al castillo, mientras él esperaba la llegada de ella en la cabaña, con la intención de llevársela de inmediato a Venecia. Cómo esta segunda acción fue frustrada ya ha sido relatado; pero la violencia y las distintas pasiones que agitaban a este enamorado italiano a su regreso a aquella ciudad, sólo pueden ser imaginadas.

Annette informó a Montoni de las condiciones de salud de Emily y de su deseo de verle. Contestó que se encontrarían en la habitación de cedro dentro de una hora. El deseo de Emily de hablar con él se basaba en el tema que oprimía tan pesadamente su mente, aunque no podía adivinar cuál podría ser su respuesta y a veces dudaba con horror de la idea de estar ante su presencia. También deseaba pedir, aunque no se atrevía a pensar que su solicitud fuera concedida, que le fuera permitido, teniendo en cuenta que su tía ya no existía, regresar a su país.

Según se acercaba el momento de la entrevista, su inquietud aumentó de tal modo que casi resolvió excusarse por lo que no podría ser llamado pretensión de enfermedad; y, cuando consideró lo que podría decir. ya fuera relativo a ella, o a la suerte que había corrido su tía, se sentía igualmente desesperada de las consecuencias de su petición y aterrorizada del efecto que pudieran causar en el espíritu vengativo de Montoni. Sin embargo, pretender ignorancia de su muerte le parecía en cierta medida compartir su criminalidad, y en realidad este hecho era el único motivo en el que Emily podía apoyar su petición de abandonar Udolfo.

Mientras se debatía en estos pensamientos, le llegó un mensaje indicándole que Montoni no podría verla hasta el día siguiente, y su ánimo se sintió liberado por un momento del casi intolerable peso de sus temores.

Annette dijo que le parecía que los chevaliers salían de nuevo a la guerra, puesto que el patio estaba lleno de caballos, y oyó que el resto del grupo, que había salido antes, era esperado en el castillo.

—Y oí a uno de los soldados, también —añadió—, decirle a un compañero que le aseguraba que traerían un gran botín. Así que, pienso yo, que si el señor puede, con la conciencia tranquila, enviar a sus gentes a robar, esto no es asunto mío. Lo único que deseo es verme alguna vez a salvo fuera de este castillo; y, si no hubiera sido por el pobre Ludovico, habría dejado que la gente del conde Morano nos llevara a las dos, porque os habría alejado de estos peligros, mademoiselle, y a mí también.

Annette podría haber continuado hablando así durante horas, ya que no recibió interrupción alguna de Emily, que estaba silenciosa, sin atender, absorta en sus pensamientos, y que pasó todo el día en una especie de tranquilidad solemne que con frecuencia es el resultado de una sobrecarga de las facultades por exceso de sufrimiento.

Cuando llegó la noche, Emily recordó las misteriosas impresiones musicales que

había oído últimamente, por las cuales seguía sintiendo un cierto interés, y que esperaba volver a oír en su suave dulzura. La influencia de la superstición triunfó en la debilidad de su mente conmovida; miró, con entusiástica expectación, al espíritu guardián de su padre, y tras despedir a Annette por aquella noche, decidió esperar sola aquellos sonidos. Sin embargo, aún no era la hora en la que había oído la música, y ansiosa por apartar su pensamiento de aquel tema, se sentó con uno de los pocos libros que se había traído de Francia. Pero su imaginación, que rehusaba ser controlada, se agitó inquieta, y una y otra vez se acercó a la ventana para escuchar. Le pareció oír una voz, pero, al percibir que todo estaba tranquilo, dedujo que había sido engañada por su imaginación.

Así pasó el tiempo hasta las doce. Poco después los sonidos distantes que recorrían el castillo cesaron, y el sueño pareció reinar sobre todo. Emily se sentó entonces al lado de la ventana y no tardó en verse apartada del sueño fantasioso en que había caído por unos sonidos nada usuales, no de música, sino unas quejas leves de alguna persona desesperada. Según escuchaba, su corazón se llenó de terror y acabó convenciéndose de que aquel sonido era algo más que imaginario. A intervalos oyó una especie de lamento débil y decidió descubrir de donde procedía. Había varias habitaciones bajo la suya, unidas a la muralla, que llevaban largo tiempo cerradas y, como el sonido probablemente procedía de una de ellas, se inclinó hacia el exterior de la ventana para observar si se veía alguna luz. Las habitaciones, por lo que pudo ver, estaban a oscuras, pero, a poca distancia, en la muralla inferior, creyó que algo se movía.

La débil luz de las estrellas no le permitió distinguir de qué se trataba, pero supuso que era un centinela y alejó su luz hacia una parte extrema de la habitación de modo que no fuera vista durante su observación más atenta.

Seguía viendo la misma sombra. De pronto avanzó por la muralla hacia su ventana y entonces distinguió lo que le pareció una figura humana, pero el silencio con el que se movía la convenció de que no se trataba de un centinela. Según se acercaba, dudó si debía o no retirarse; una inquietante curiosidad la inclinó a permanecer allí, pero el temor a algo desconocido le avisó que debía retirarse.

Mientras tanto, la figura llegó frente a la ventana y se quedó quieta. Todo estaba absolutamente tranquilo; no había oído la más leve pisada; y la solemnidad de aquel silencio, con la forma misteriosa que vio, se adueñó de su espíritu, forzándola a alejarse de la ventana, cuando, de pronto, observó que la figura proseguía su camino y se escurría por la muralla hasta perderse en la oscuridad de la noche. Emily continuó mirando durante algún tiempo hacia donde había desaparecido, retirándose después al interior de su habitación, pensando en lo sucedido y casi sin dudar de que había sido testigo de una aparición sobrenatural.

Cuando su ánimo se recobró, trató de encontrar otra explicación. Recordando lo

que había oído de las atrevidas empresas de Montoni, le surgió la idea de que había visto alguna persona desgraciada, que, tras haber sido capturado por sus bandidos, había sido llevado allí en cautividad, y que la música que había oído anteriormente había sido emitida por él. Sin embargo, si le habían hecho prisionero, parecía poco probable que le hubieran llevado al castillo, ya que era más natural en el comportamiento de los bandidos el asesinar a los que robaban que hacerles prisioneros. Pero lo que contradecía su suposición de que fuera un prisionero, más que ninguna otra circunstancia, era el hecho de que paseara por la terraza sin guardia alguna. Una consideración que le hizo desechar inmediatamente su primera suposición.

Poco después se inclinó a pensar que el conde Morano había logrado ser admitido en el castillo; pero no tardó en recordar las dificultades y peligros que se habría encontrado en tal empresa y que, aunque hubiera tenido éxito, el venir solo y en silencio hasta su ventana a medianoche, no habría sido la decisión que él habría adoptado, particularmente teniendo en cuenta la escalera privada que comunicaba con su habitación, que él conocía; ni habría emitido los lamentos que había oído.

Se le presentó otra posibilidad, el que fuera alguna persona que tuviera determinadas intenciones relacionadas con el castillo, pero aquellas quejas destruían también esa posibilidad. Así, sólo consiguió llenarse de dudas. Quién o qué podría moverse a aquella hora, quejándose con tonos tan dolorosos y con una música tan dulce (ya que estaba inclinada a creer que los sonidos musicales y la última aparición estaban conectados). No tenía medio de descubrirlo y de nuevo la imaginación asumió su imperio y la llenó con los misterios de la superstición.

Decidió, sin embargo, estar atenta a la noche siguiente, en la que tal vez pudieran aclararse sus dudas y casi tomó la decisión de hablar con la figura si es que se presentaba de nuevo.

Capítulo III

Así son esas densas y tenebrosas sombras húmedas,
que se ven en osarios y sepulcros
dilatadas, y extendidas, por una sepultura nueva.

MILTON

Al día siguiente Montoni envió una segunda excusa a Emily, que se sorprendió por ello. «¡Es muy raro! —se dijo a sí misma—. Su conciencia le dice que retrase mi visita, y él la difiere, para evitar una explicación». Casi tomó la decisión de hacerse la encontradiza, pero el terror detuvo sus intenciones, y el día transcurrió para Emily como el anterior, excepto con un mayor grado de expectación por lo que se refería a la noche, que agitaba la calma que había prevalecido hasta entonces en su mente.

A la caída de la tarde, la segunda parte del grupo que había hecho la primera incursión en las montañas regresó al castillo. Según entraban en los patios, Emily en su remota habitación oyó sus gritos y sus voces exaltadas, como las orgías de las furias en algún horrible sacrificio. Incluso temió que fueran capaces de cometer algún acto de barbarie; una suposición de la que Annette la liberó al decirle que aquellos hombres sólo se entretenían con el botín que habían traído con ellos. Esta circunstancia le confirmaba de nuevo su creencia de que Montoni se había convertido efectivamente en capitán de bandidos y que ¡esperaba recuperar su perdida fortuna con las riquezas de los viajeros! Cuando consideró todos los detalles de su situación —en un castillo armado, casi inaccesible, retirado entre montañas salvajes y solitarias, a cuyas distantes faldas se asentaban ciudades y villas, por las que ricos viajeros pasaban continuamente—, aquello parecía ser la mejor situación de todas para que tuvieran éxito los actos de rapiña y cedió definitivamente a la idea de que Montoni se había convertido en capitán de ladrones. Su carácter, sin principios y sin conciencia, cruel y aventurero, parecía coincidir con la situación. Endurecido en el tumulto y en las batallas de la vida, era igualmente ajeno a la piedad y al temor; su mismo coraje era una especie de ferocidad animal; no el noble impulso de un principio, como el que inspira la mente contra el opresor, en la causa del oprimido; sino la dureza constitucional de un temperamento que no puede sentir y que, en consecuencia, no puede temer.

Las suposiciones de Emily, aunque naturales, eran en parte erróneas, ya que desconocía el estado de aquel país y las circunstancias bajo las que se conducían en

parte las frecuentes guerras. Los ingresos de muchos de los estados de Italia eran entonces insuficientes para soportar ejércitos permanentes, incluso durante cortos períodos, que los turbulentos hábitos, tanto de los gobiernos como de las gentes, permitían pasar en paz y surgió un tipo de hombres, desconocido en nuestro tiempo, pero claramente descrito en su propia historia. Los soldados, licenciados al término de cada guerra, no podían regresar a ocupaciones no rentables de la paz. En ocasiones se pasaban a otros países y se introducían en los ejércitos que seguían en lucha. Otras, se reunían ellos mismos formando bandas de ladrones y ocupando fortificaciones remotas. Sus caracteres desesperados, la debilidad de los gobiernos a los que habían atacado y la seguridad de que volverían a ser llamados a los ejércitos, cuando su presencia fuera de nuevo requerida, les prevenía de ser perseguidos por el poder civil; y, en algunos casos, confiaban su fortuna a un jefe popular, uniéndose a él, y por el que eran llevados a prestar servicio en algún estado, que se establecería con el precio de su valor. De esta última práctica surgió el término *condottieri;* una palabra que asustaba en toda Italia durante un período que concluyó en la. primera parte del siglo XVII, pero cuyo comienzo no se puede señalar con tanta seguridad.

Las disputas entre los pequeños estados eran entonces, en la mayoría de los casos, asuntos exclusivos de ambos, y las probabilidades de éxito se estimaban, no por la formación, sino por el valor personal del general y los soldados. La habilidad, que era necesaria para conducir las tediosas operaciones, era valorada en muy poco. Bastaba con saber cómo una partida podía ser conducida contra sus enemigos, con el mayor secreto, o llevada en el orden más compacto. El oficial debía precipitarse en medio de la situación, en la que, de no haber sido por su ejemplo, los soldados no se habrían aventurado; y, como los grupos opuestos sabían poco de la fortaleza del otro, los acontecimientos del día quedaban con frecuencia decididos en la sorpresa de los primeros movimientos. Los *condottieri* eran extraordinarios en tales servicios, y en ellos, en los que siempre se veían concluidos con el éxito, sus personalidades adquirían una mezcla de intrepidez y libertinaje, que asustaba incluso a aquellos a los que servían.

Cuando no estaban comprometidos en tales empresas, su jefe, que tenía normalmente su propia fortaleza, les recogía en ella o en la vecindad, donde disfrutaban de un descanso irregular. Aunque sus necesidades eran cubiertas en parte por la propiedad de los habitantes, las discutidas distribuciones de sus trofeos impedían que fueran del todo detestables, y los campesinos de aquellas zonas compartían gradualmente la personalidad de sus visitantes guerreros. Los gobiernos vecinos a veces decidían, aunque rara vez lo ponían en práctica, suprimir estas comunidades militares; tanto porque era difícil llevarlo a efecto, como porque conseguían con ello una protección disfrazada, ya que el servicio para sus guerras, un cuerpo de armas, no podía ser sostenido a tan bajo precio y tan perfectamente

cualificado. Los capitanes confiaban incluso en esta política de varios poderes, visitando las capitales; y Montoni, tras haberlo encontrado en las partidas de juego de Venecia y Padua, concibió el deseo de emular sus personalidades, antes de que su fortuna arruinada le tentara a adoptar sus prácticas. Con objeto de arreglar su plan de vida, sostuvo aquellas reuniones a medianoche en su mansión de Venecia, en las que Orsino y algunos otros miembros de su nueva comunidad le habían ayudado con sus sugerencias, sobre lo que ellos habían llevado a efecto ante la desaparición de sus fortunas.

En la noche de su regreso, Emily volvió a colocarse ante el ventanal. Ya había salido la luna y se elevaba sobre las copas de los árboles, su luz amarilla le servía para que iluminara la solitaria terraza y los alrededores de modo más claro que lo habría hecho el titilar de las estrellas y le prometía a Emily ayudarla en sus observaciones en caso de que regresara la forma misteriosa. Sobre este tema, se perdió de nuevo en conjeturas y dudó si debía o no hablar con la figura, para lo que se vio presionada por un fuerte y casi irresistible interés; pero el terror, a intervalos, le hizo dudar de ello.

«Si se trata de una persona que ha sido traída al castillo —se dijo—, mi curiosidad puede ser fatal para mí; no obstante, la música misteriosa, y las lamentaciones que oí, tenían que proceder de él: si es así, no puede ser un enemigo».

Pensó entonces en su desgraciada tía, y, tiritando con pena y horror, las impresiones de la imaginación dominaron su mente con toda la fuerza de la verdad, y creyó que la forma que había visto era sobrenatural. Tembló, respirando con dificultad; una frialdad helada tocó sus mejillas, y sus temores, durante un rato, le oscurecieron el juicio. Todo hizo que tomara una resolución: que si la figura aparecía, no hablaría con ella.

Pasaba así el tiempo, sentada junto a la ventana, inquieta por la expectación y por lo sombrío y tranquilo de la medianoche. Sólo vio oscuramente las montañas y los bosques a la luz de la luna, un racimo de torres, que formaban el ángulo oeste del castillo, y la terraza que se extendía por debajo; y no oyó sonido alguno, excepto, de vez en cuando, la solitaria voz de alerta que se pasaban los centinelas de servicio, y, poco después, los pasos de los hombres que venían a cambiar la guardia y a los que vio en la distancia en la muralla por sus picas, que reflejaron los rayos de la luna, y, a continuación, por las pocas y breves palabras, con las que deseaban buena guardia a sus compañeros. Emily se retiró al interior de la habitación, mientras pasaban por debajo de la ventana. Cuando regresó a la terraza, todo estaba de nuevo tranquilo. Era muy tarde, estaba cansada de mirar y empezó a dudar de la realidad de lo que había visto la noche anterior; pero siguió apoyada en la ventana, ya que su cabeza estaba demasiado agitada para poder dormir. La luna brillaba con un lustre claro, que le permitía una visión total de la terraza; pero vio únicamente a un centinela solitario,

paseando al final de la misma; y, al fin, cansada por la inquietud, se retiró para descansar.

Sin embargo, tan fuerte había sido la impresión que le había dejado en su mente la música y las quejas que había oído anteriormente, así como la figura que imaginaba que había visto, que decidió repetir su vigilancia a la noche siguiente.

Al día siguiente, Montoni no dio señal alguna de ocuparse de la cita solicitada por Emily, pero ella, más inquieta que antes por verle, envió a Annette a preguntar a qué hora podría recibirla. Él mencionó que a las once, y Emily fue rigurosamente puntual, para lo que tuvo que reunir toda la energía posible si quería superar la emoción que su presencia y los terribles recuerdos le provocaban.

Estaba en el salón de cedro con varios de sus oficiales; al verlos se detuvo y su agitación aumentó, mientras él continuaba conversando con ellos, aparentemente sin advertir su presencia, hasta que uno de sus oficiales, al volverse, vio a Emily y lanzó una exclamación.

Estaba a punto de retirarse cuando la voz de Montoni la detuvo.

Con voz temblorosa le dijo:

—¡Hablaré con vos, signor Montoni, si podéis en este momento!

—Estoy con mis amigos —replicó Montoni—, sea lo que sea lo que quieres decirme, ellos pueden oírlo.

Emily, sin replicar, se volvió evitando la ruda mirada de los chevaliers, y Montoni la siguió entonces al vestíbulo y desde allí la condujo a una pequeña habitación, cerrando la puerta con violencia. Al mirar su gesto sombrío, volvió a pensar que estaba ante el asesino de su tía; y su mente estaba tan conmovida por el horror que no tenía poder para explicar el propósito de su visita y para llegar a mencionar el nombre de madame Montoni.

Montoni, por fin, con impaciencia, le preguntó qué tenía que decirle.

—No tengo tiempo para juegos —añadió—, cada momento es importante.

Emily le dijo entonces que deseaba regresar a Francia y le suplicó que le permitiera hacerlo. Pero cuando él la miró sorprendido y le preguntó el motivo de su petición, Emily dudó, se quedó más pálida que antes, tembló y casi cayó a sus pies. Montoni observó su emoción con aparente indiferencia e interrumpió el silencio diciéndole que tenía que marcharse. Por ello, Emily reunió todas sus fuerzas para que le permitieran repetir su solicitud. Y cuando Montoni se lo negó de modo rotundo, su ánimo se despertó de pronto.

—No puedo seguir viviendo aquí, señor —dijo—, y no tengo más remedio que preguntaros con qué derecho me retenéis.

—Mi voluntad es que permanezcas aquí —dijo Montoni, poniendo la mano en la puerta para marcharse—. Eso debe bastarte.

Emily, considerando que no tenía posibilidades ante esa decisión, evitó discutir su

derecho e hizo un débil esfuerzo para persuadirle de que fuera justo.

—Mientras vivía mi tía, señor —dijo, con voz temblorosa—, mi estancia aquí no era impropia; pero ahora, que ella ya no está con nosotros, debería ser autorizada a marchar. Mi permanencia no puede beneficiaros, señor, y sólo sirve para desesperarme.

—¿Quién te ha dicho que madame Montoni esté muerta? —dijo Montoni con una mirada inquisitiva.

Emily dudó, ya que nadie se lo había dicho, y no se atrevió a mencionar el espectáculo que había visto en la cámara de entrada, que le había conducido a esa creencia.

—¿Quién te lo ha dicho? —repitió Montoni con mayor dureza.

—¡Ay! ¡Lo sé muy bien —replicó Emily—, no me obliguéis a hablar de este tema tan terrible!

Se sentó en un banco, incapaz de mantenerse en pie.

—Si deseas verla —dijo Montoni—, puedes hacerlo; está en el torreón este.

En ese momento salió de la habitación sin esperar su respuesta y regresó a la sala de cedro, donde alguno de los chevaliers que no habían visto antes a Emily, empezaron a gastar bromas ante el descubrimiento que habían hecho; pero Montoni no parecía dispuesto a seguirlas y cambiaron de tema.

Después de tratar con Orsino los planes de una excursión que había estudiado para un día futuro, sus amigos le avisaron de que debían esperar al enemigo, a lo que Verezzi se opuso impetuosamente, reprochando a Orsino con juramentos que si Montoni le dejaba capitanear a cincuenta hombres, conquistaría todo lo que se opusiera a él.

Orsino sonrió con desdén; Montoni también lo hizo, pero escuchó. Verezzi procedió entonces con declamación y afirmaciones vehementes, hasta que fue interrumpido con un argumento de Orsino, ante el que no supo qué contestar. Su ánimo feroz detestaba la astuta precaución de Orsino, al que se oponía constantemente, y cuyo odio inveterado, aunque silencioso, hacía tiempo que había despertado. Montoni fue un observador tranquilo de ambos, cuyas diferentes cualificaciones conocía muy bien y cómo inclinar sus caracteres opuestos a la perfección ante sus propias decisiones. Pero Verezzi, en el calor de la discusión, no tuvo escrúpulos en acusar a Orsino de cobarde, ante lo cual el rostro de este último, mientras no hacía réplica alguna, se cubrió con una lívida palidez; y Montoni, que había estado atento a su mirada vengativa, le vio poner la mano con violencia en su pecho. Pero Verezzi, cuyo rostro, brillante y enrojecido, creaba un sorprendente contraste con la tez de Orsino, no advirtió la acción, y continuó gritando contra los cobardes a Cavigni, que estaba sonriendo ligeramente ante su vehemencia y la silenciosa mortificación de Orsino, cuando este último, apartándose unos pocos pasos

por detrás, sacó un estilete para clavárselo a su adversario por la espalda. Montoni detuvo su brazo extendido a medias, y, con una mirada significativa, hizo que guardara el puñal en su pecho, sin que nadie salvo él lo hubiera advertido, ya que la mayoría del grupo discutía cerca de una ventana distante sobre una situación que querían plantear en forma de emboscada.

Cuando Verezzi se volvió, el odio mortal expresado en el rostro de su oponente despertó por primera vez las sospechas de sus intenciones. Puso su mano en la espada y con gesto de contenerse a sí mismo se dirigió a Montoni.

—Signor —dijo, lanzando una mirada significativa a Orsino—, no somos una banda de asesinos; si tenéis trabajo para hombres bravos empleadme en esta expedición; contaréis con la última gota de mi sangre; si sólo tenéis trabajo para cobardes, quedaos con él —señaló a Orsino—, y permitid que me marche de Udolfo.

Orsino, aún más encendido, sacó de nuevo el estilete, y corrió hacia Verezzi, quien en el mismo momento, avanzó con su espada, cuando Montoni y el resto del grupo interfirieron y los separaron.

—Ése es el comportamiento de un niño —dijo Montoni a Verezzi—, no de un hombre; debéis ser más moderado con vuestras palabras.

—La moderación es la virtud de los cobardes —exclamó Verezzi—, son moderados en todo, menos en miedo.

—Acepto vuestras palabras —dijo Montoni, volviéndose a él con fiereza y una mirada dura, y desenvainando su espada.

—Con todo mi corazón —gritó Verezzi—, aunque no lo dije por vos.

Dirigió un golpe a Montoni; y, mientras luchaban, el villano Orsino hizo otro intento de acuchillar a Verezzi y-fue detenido de nuevo.

Los combatientes fueron separados finalmente; y, tras una larga disputa, se reconciliaron. Montoni salió entonces de la habitación con Orsino, con el que mantuvo una reunión privada durante considerable tiempo.

Mientras tanto, Emily, sorprendida por las últimas palabras de Montoni, olvidó, por el momento su declaración de que debía continuar en el castillo, y pensó en su desgraciada tía, que, según le había dicho, estaba en el torreón este. El hecho de que mantuviera los restos de su esposa tanto tiempo sin enterrar le parecía un grado de brutalidad más sorprendente del que hubiera sospechado que Montoni sería capaz de practicar.

Tras una larga batalla consigo misma, decidió aceptar su permiso para visitar el torreón y echar una última mirada a los restos de su tía, que había sufrido tan fatal destino. Con esta decisión regresó a su cámara, y, mientras esperaba a Annette para que la acompañara, trató de adquirir la fortaleza suficiente para que la soportara en la terrible escena; porque, aunque temblaba ante la idea de su contemplación, sabía que recordar el hecho de ese último acto de deber le serviría más adelante como consuelo.

Annette se presentó a Emily, y con gran dificultad, accedió a acompañarla hasta el torreón, pero ningún argumento pudo hacer que prometiera que entraría en la cámara de la muerte.

Pasaron por el corredor, y al llegar al pie de la escalera por la que Emily había subido anteriormente, Annette declaró que no iría más allá y Emily continuó sola. Cuando vio el rastro de sangre, que había observado antes, su ánimo decayó y se vio obligada a descansar en las escaleras, al extremo de casi decidir que no seguiría. La pausa de aquellos momentos le hizo recobrar su resolución, y continuó.

Al llegar cerca del descansillo, al que se abría la cámara superior, recordó que la puerta estaba cerrada en su visita anterior y temió que siguiera igual. Sin embargo, se confundía en esta suposición, ya que la puerta abrió a la primera hacia una habitación silenciosa y polvorienta, a la que echó una mirada temerosa avanzando después lentamente, cuando oyó una voz terrible. Emily, que era incapaz de hablar o de moverse, no dejó escapar sonido alguno de terror. La voz sonó de nuevo y, entonces, pensando que se parecía a la de madame Montoni, el ánimo de Emily se recuperó instantáneamente. Corrió hacia una cama que había en la parte más alejada de la habitación y abrió el dosel. En su interior apareció una cara pálida y macilenta. Dio un paso atrás, avanzando de nuevo, temblando según levantaba la mano del esqueleto que yacía sobre el colchón. La dejó caer y volvió la vista hacia el rostro con una mirada insegura. Era el de madame Montoni, pero tan cambiado por la enfermedad que el parecido con lo que había sido difícilmente se podía advertir en lo que contemplaba. Seguía viva y, levantando sus pesados ojos, los volvió hacia su sobrina.

—¿Dónde has estado? —dijo con la misma voz quebrada—. Pensé que me habías olvidado.

—¿Vivís realmente —dijo Emily, al fin—, o sois una terrible aparición?

No recibió respuesta y volvió a cogerle la mano.

—Sois real —exclamó—, ¡pero estáis fría, fría como el mármol! —dejó caer la mano—. ¡Oh, si de verdad vivís, hablad! —dijo Emily, en tono desesperado—, que no llegue a desmayarme. ¡Decidme que me conocéis!

—Vivo —replicó madame Montoni—, pero creo que estoy a punto de morir.

Emily apretó la mano que había cogido con más fuerza, y gimió. Ambas se quedaron silenciosas durante unos momentos. Entonces Emily trató de consolarla y le preguntó qué la había reducido a aquella deplorable situación.

Montoni, cuando la hizo llevar al torreón bajo la improbable sospecha de haber atentado contra su vida, había ordenado a los hombres que empleó para ello que observaran un estricto secreto. Estaba influido por un doble motivo: quería apartarla del consuelo de las visitas de Emily, y asegurarse una oportunidad para librarse de ella privadamente, en caso de que se presentaran nuevas circunstancias que confirmaran sus sospechas sobre el asunto. Su conciencia del odio que merecía era

suficientemente lógica al principio para llevarle a pensar que madame Montoni había hecho un intento de acabar con su vida; y, aunque no había otras razones para creer que ella estaba complicada en aquel atroz designio, sus sospechas permanecían; continuó teniéndola confinada en el torreón bajo una guardia estricta; y, sin piedad ni remordimiento, la había mantenido olvidada con una altísima fiebre hasta reducirla a aquella situación.

Las huellas de sangre, que Emily había visto en las escaleras, procedían de una de las heridas de los hombres que trasladaron a madame Montoni, y que había recibido en la batalla anterior. Aquella noche los hombres se aseguraron de cerrar la puerta de la habitación de su prisionera y suspendieron la guardia; por ello, Emily, en su primera visita, había encontrado el torreón silencioso y desierto.

Cuando intentó abrir la puerta de la cámara, su tía estaba dormida, y aquello ocasionó el silencio que había contribuido a engañarla en la creencia de que ya no vivía. Si el terror le hubiera permitido insistir en sus llamadas, probablemente habría despertado a madame Montoni y le habría ahorrado muchos sufrimientos. El espectáculo en la cámara de entrada, que había confirmado posteriormente a Emily su terrible sospecha, era el cuerpo de un hombre que había muerto en la pelea, el mismo que había sido conducido al salón de los criados en el que Emily se refugió del tumulto. El hombre había vivido con sus heridas algunos días y, poco después de su muerte, su cuerpo había sido llevado en el colchón, en el que había muerto, por los sótanos de la capilla que Emily y Bamardine cruzaron antes de llegar a la cámara.

Emily, tras preguntar a madame Montoni mil detalles referentes a su situación, la dejó y buscó a Montoni; porque el más solemne interés que sentía por su tía, hizo que no tuviera en cuenta resentimiento alguno por su comportamiento anterior con ella ni la improbabilidad de que le concediera lo que pensaba solicitarle.

—Madame Montoni se está muriendo, señor —dijo Emily, tan pronto como se encontró con él—. ¡Vuestro resentimiento no puede perseguirla hasta el último momento! Aceptad que sea sacada de aquella terrible habitación y llevada a la suya y que le sean administrados los necesarios cuidados.

—¿De qué servirá todo eso si se está muriendo? —dijo Montoni, con aparente indiferencia.

—Servirá, al menos, para salvaros, señor, de algunos remordimientos de conciencia que sufriréis cuando os veáis en la misma situación —dijo Emily, con imprudente indignación, pero Montoni ordenó que se alejara de su presencia. Entonces, olvidando su resentimiento, e impresionada tan sólo por la compasión ante el doloroso estado de su tía, que moría sin socorro alguno, se sometió humildemente a Montoni y adoptó todas las posibilidades persuasivas que pudieran inducirle a ceder en favor de su mujer.

Durante mucho tiempo se manifestó contra todo lo que dijo y comentó; pero

finalmente, la divinidad de la piedad, que brillaba en los ojos de Emily pareció tocar su corazón. Se volvió, avergonzado de sus mejores sentimientos, a medias hosco y a medias condescendiente, pero finalmente consintió en que su esposa fuera llevada a su propia habitación y que Emily la atendiera. Temiendo en la misma medida que aquella ayuda pudiera llegar demasiado tarde o que Montoni pudiera retractarse de su concesión, Emily casi no se quedó para darle las gracias, si no que, ayudada por Annette, preparó rápidamente la cama de madame Montoni, y le llevaron un cordial que hiciera posible que soportara la fatiga del traslado en su estado de debilidad.

Acababa de llegar madame a su propia habitación, cuando su marido dio la orden de que debía permanecer en el torreón; pero Emily, dando gracias por haber realizado el traslado tan prontamente, corrió a informarle de ello a la vez que le comunicaba que llevarla allí de nuevo sería fatal y que debía aceptar que quedara donde estaba.

Durante aquel día Emily no dejó a madame Montoni ni un momento, excepto para preparar ligeros alimentos que consideraba necesarios para sostenerla, y que madame Montoni recibió con silenciosa aquiescencia, aunque se diera cuenta de que no la salvarían del final que se acercaba y que no parecía tener interés alguno por vivir. Emily la cuidó con su solicitud más tierna, sin ver ya a su imperiosa tía en aquel pobre cuerpo que tenía ante ella, sino a la hermana de su querido padre desaparecido, en una situación que exigía toda su compasión y su afecto. Cuando llegó la noche, decidió quedarse con su tía, pero fue decididamente prohibido por esta última, que le ordenó que se retirará a descansar y que sólo quedara Annette con ella en la habitación. El descanso era, verdaderamente, imprescindible para Emily, cuyo ánimo y resistencia se habían visto igualmente afectados por los acontecimientos y conmociones del día; pero no quiso dejar a madame Montoni hasta pasada la medianoche, momento que entonces era considerado como crítico por los médicos.

Poco después de las doce, tras haber indicado a Annette que se mantuviera despierta y que la llamara en caso de que se presentara algún empeoramiento, Emily, dio las buenas noches a madame Montoni y se retiró a su habitación llena de pesar.

Su ánimo estaba más deprimido que de costumbre por la lamentable situación de su tía, cuya recuperación casi no se atrevía a esperar. Para su propia desgracia, no pudo ver el final, encerrada como estaba en un castillo remoto, más allá del alcance de cualquier amigo, si lo tuviera, y más allá incluso de la piedad de los desconocidos, sabiendo que estaba en poder de un hombre capaz de cualquier acto que le pudiera sugerir su interés o su ambición.

Ocupada por reflexiones melancólicas y anticipaciones tan tristes, no se retiró inmediatamente a descansar, sino que se apoyó pensativa en el abierto ventanal. La escena que se abría ante ella de bosques y montañas, reposando a la luz de la luna, formaba un triste contraste con el estado de su ánimo; pero el lejano murmullo de esos bosques y la vista del dormido paisaje, suavizaron gradualmente sus emociones

e hicieron brotar sus lágrimas.

Continuó llorando durante algún tiempo, ausente de todo lo que no fuera el sentimiento interior de sus desgracias. Cuando, finalmente, apartó el pañuelo de sus ojos, advirtió, ante ella, en la terraza inferior, la figura que había observado anteriormente, que estaba quieta y silenciosa frente a su ventana. Al darse cuenta de ello, dio un paso atrás, y durante un momento el terror se sobrepuso a la curiosidad; pudo al fin regresar a la ventana, y allí seguía la figura, que ya se atrevió a observar, aunque se sentía incapaz de hablar, como había planeado. La luna brillaba con luz clara, y tal vez fue la agitación de su mente lo que le impidió distinguir con algún detalle la forma que había ante ella. Seguía inmóvil y empezó a dudar de si realmente era una figura animada.

Sus pensamientos se tranquilizaron lo suficiente como para recordarle que la luz la exponía a una peligrosa observación, y cuando iba a retroceder para apartarla, vio cómo la figura se movía y que agitaba lo que parecía ser un brazo, como para saludarla; y, mientras miraba, inmóvil por el miedo, repitió la acción. Trató entonces de hablar, pero las palabras murieron en sus labios, y se alejó de la ventana para retirar la lámpara. Cuando lo hacía, oyó, en el exterior, un gemido desfallecido. Se quedó escuchando, sin atreverse a regresar, y lo oyó de nuevo.

—¡Dios mío! ¡Qué puede ser! —dijo.

Escuchó de nuevo, pero no llegó sonido alguno; y, tras un largo intervalo de silencio, recobró el coraje suficiente para acercarse a la ventana donde vio de nuevo la misma aparición. La saludó de nuevo y de nuevo también produjo un sonido grave.

«¡Ese quejido era sin duda humano! —se dijo—. Hablaré».

—¿Quién es —exclamó Emily con voz desmayada— el que pasea a esta hora?

La figura levantó la cabeza, pero de pronto comenzó a alejarse y se escurrió por la terraza. Miró durante un largo rato cómo avanzaba a la luz de la luna, pero sin oír paso alguno, hasta que un centinela del otro extremo de la muralla empezó a caminar lentamente hacia la ventana. El soldado le preguntó respetuosamente si había visto pasar a alguien. Ante la respuesta negativa de Emily, el centinela no dijo nada más pero siguió paseando hacia el otro extremo de la terraza y Emily le siguió con la vista hasta que se perdió en la distancia. Como estaba de guardia, Emily sabía que no podría ir más allá de la muralla, y, en consecuencia, decidió esperar su regreso.

Poco después, oyó su voz, en la distancia, llamando en voz alta; y después una voz aún más distante contestó. Al momento se dio la voz de alerta. Según cruzaban a toda prisa los soldados por debajo de la ventana, les llamó para preguntarles lo que había sucedido, pero pasaron sin mirarla.

El pensamiento de Emily volvió a la figura que había visto. «No puede tratarse de una persona de las que viven en el castillo —se dijo—', se comportaría de modo muy diferente. No se aventuraría en la zona donde están los centinelas, ni se situaría frente

a una ventana donde podría ser observado; menos aún saludarla, o expresar un sonido de queja. Sin embargo, no puede tratarse de un prisionero. ¿Cómo obtendría la oportunidad de moverse así si lo fuera?»

Si hubiera sido una persona vanidosa, habría supuesto que la figura tendría que ser algún habitante del castillo, que paseaba bajo su ventana con la esperanza de verla y que le fuera permitido declarar su admiración; pero esta idea no se le ocurrió nunca a Emily, y, si así hubiera sido, la habría rechazado como improbable, considerando que, cuando se había presentado la oportunidad de hablar, había cruzado en silencio; y que, incluso en el momento en que ella había hablado, la forma había abandonado abruptamente el lugar.

Mientras meditaba, dos centinelas pasaron por la muralla en animada conversación, de la que captó algunas palabras, y se enteró por ellos de que uno de sus camaradas había caído sin sentido. Poco después, otros tres soldados avanzaron lentamente desde el final de la terraza, pero sólo oyó una voz baja que le llegaba a intervalos. Cuando estuvieron más cerca, advirtió que era la voz del que iba en medio, aparentemente sostenido por sus compañeros, y de nuevo les preguntó lo que había ocurrido. Al oír su voz, se detuvieron y miraron hacia arriba, mientras repetía su pregunta. Fue informada de que Roberto, uno de los compañeros de la guardia, había sufrido un ataque, y que su grito, al caer, había causado una falsa alarma.

—¿Le suelen dar ataques? —dijo Emily.

—Sí, signora —replicó Roberto—, pero si no fuera así, lo que vi era suficiente para haber asustado al propio Papa.

—¿Qué ha sido? —preguntó Emily temblando.

—No puedo decir lo que era, señora, o lo que vi, o cómo desapareció —replicó el soldado, que temblaba al recordarlo.

—¿Ha sido la persona a la que seguisteis por la muralla la que ha ocasionado vuestra alarma? —dijo Emily, tratando de ocultar la suya.

—¿Persona? —exclamó el hombre—. ¡Era el demonio y no es la primera vez que le he visto!

—Ni será la última —comentó uno dé sus compañeros, riendo.

—No, no, te lo aseguro —dijo otro.

—Está bien —prosiguió Roberto—, podéis divertiros ahora como queráis; no estabas tan jocoso la otra noche, Sebastián, cuando estuviste de guardia con Launcelot.

—No hace falta que Launcelot hable de ello —replicó Sebastián—, deja que recuerde cómo se quedó temblando, incapaz de dar la alerta hasta que el hombre hubo desaparecido. Si no se hubiera acercado a nosotros tan silenciosamente, me habría hecho con él y le habría obligado bien pronto a decir quién era.

—¿De qué hombre se trata? —preguntó Emily.

—No era un hombre, señora —dijo Launcelot, que se había acercado—, sino el mismísimo diablo, como ha dicho mi compañero. ¿Qué hombre, que no vive en el castillo, podría atravesar los muros a medianoche? Yo podría del mismo modo pretender regresar a Venecia, y mezclarme con los senadores, cuando están en consejo; y garantizo que tendría más oportunidades de salir de nuevo vivo que cualquiera que pesquemos dentro de estos muros tras oscurecer. Así que creo que he probado lo suficiente que no puede tratarse de nadie que no viva en el castillo; y ahora probaré que no puede tratarse de nadie que viva en el castillo, porque, si es así, ¿por qué habría de temer ser visto? En consecuencia, después de esto, espero que nadie pretenda decirme que se trata de cualquiera. No, lo digo de nuevo, ¡por el Santo Padre! Era el demonio, y Sebastián, ahí, sabe que no es la primera vez que le hemos visto.

—¿Cuándo visteis antes la figura? —dijo Emily con media sonrisa, ya que a pesar de que resultaba excesiva la conversación, sentía un interés que no le permitía renunciar a ella.

—Hará una semana, señora —dijo Sebastián, interviniendo de nuevo.

—¿Dónde?

—En la muralla, señora, más arriba.

—¿Le perseguisteis y se escapó?

—No, signora; Launcelot y yo estábamos juntos de guardia y todo estaba tan tranquilo que se podía oír caminar a un ratón, cuando, de pronto, Launcelot dijo: «¡Sebastián! ¿Ves algo?» Volví la cabeza un poco hacia la izquierda, así. «No —dije yo. «¡Silencio! —dijo Launcelot—, mira ahí, ¡exactamente hacia el último cañón de la muralla!» Miré y entonces vi que algo se movía. Como no había más luz que la que daban las estrellas, no pude estar seguro. Nos quedamos quietos y silenciosos, vigilándole, y en ese momento ¡vi algo que pasaba por el muro del castillo frente a nosotros!

—¿Por qué no le detuviste? —exclamó un soldado que no había hablado hasta entonces.

—Sí, ¿por qué no le detuvisteis? —dijo Roberto.

—Tenías que haber estado allí para haberlo hecho —replicó Sebastián—. Habrías sido lo suficientemente arrojado para haberlo cogido por la garganta, aunque hubiera sido el mismo diablo; nosotros no pudimos tomarnos esa libertad, quizá porque no estamos tan bien relacionados con él como tú. Pero, como iba diciendo, desapareció ante nosotros tan deprisa que no nos dio tiempo a recuperarnos de la sorpresa antes de que se hubiera ido. Entonces, sabíamos muy bien que no tenía sentido seguirle. Nos mantuvimos vigilantes toda la noche, pero no le volvimos a ver. A la mañana siguiente lo comentamos con algunos de nuestros compañeros, que habían estado de guardia en otras partes de la muralla y les dijimos lo que habíamos visto; pero ellos

no habían advertido nada y se rieron de nosotros y hasta esta noche la figura no había aparecido de nuevo.

—¿Dónde desapareció? —preguntó Emily a Roberto.

—Cuando os dejé, señora —replicó el hombre—, me habréis visto seguir por la muralla, pero hasta que no llegué a la terraza del lado este no vi nada. Allí, a la luz brillante de la luna, vi algo como una sombra que se movía delante de mí, como si estuviera a cierta distancia. Me detuve, cuando me volví en la esquina de la torre este, donde había visto la figura un momento antes, ¡ya había desaparecido! Según estaba mirando por el viejo arco que conduce a la muralla este y por el que estoy seguro que pasó, oí de pronto ¡tal sonido! No era un gemido, un llanto, o un grito, o cualquier cosa de las que he oído en mi vida. Sólo lo oí una vez y para mí fue bastante; ya que no sé nada de lo que pasó después, hasta que me encontré aquí con mis camaradas, a mi alrededor.

—Vamos —dijo Sebastián—, volvamos a nuestros puestos, se está ocultando la luna. ¡Buenas noches, señora!

—Vayamos —repitió Roberto—. Buenas noches, señora.

—¡Buenas noches; que nuestra Santa Madre os guarde! —dijo Emily, mientras cerraba la ventana y se retiraba a reflexionar sobre las extrañas circunstancias que acababan de suceder, relacionándolas con lo que había ocurrido en noches anteriores, y tratando de concluir de todo el asunto algo más positivo que simples conjeturas. Pero su imaginación estaba encendida, mientras que su juicio no era claro, y el terror de la superstición se impuso de nuevo en su mente.

Capítulo IV

Hay uno en el interior,
además de las cosas que hemos oído y visto,
relata las más horribles escenas, vistas por la guardia.

JULIUS CAESAR

Por la mañana, Emily encontró a madame Montoni poco más o menos en el mismo estado de la noche anterior; había dormido poco, y ese poco no la había reanimado; sonrió a su sobrina, y pareció animada por su presencia, pero sólo habló unas pocas palabras, y nunca mencionó a Montoni, quien, no obstante, entró poco después en la habitación. Su esposa, cuando comprendió que él estaba allí, apareció más agitada, pero se mantuvo totalmente silenciosa, hasta que Emily se levantó de una silla en la que se había sentado al lado de la cama y suplicó con voz débil que no la dejara.

La visita de Montoni no era para animar a su esposa, que sabía que se estaba muriendo, o para consolarla, o para pedirle perdón, sino para hacer un último intento de conseguir su firma, que le transferiría sus propiedades en el Languedoc, tras la muerte, en lugar de que pasaran a Emily. Fue una escena que mostró, por su parte, su habitual inhumanidad, y, por la de madame Montoni, un espíritu perseverante luchando con un cuerpo debilitado; mientras, Emily declaraba repetidamente a Montoni su disposición a renunciar a toda reclamación sobre aquellas propiedades, con la esperanza de que las últimas horas de su tía no se vieran afectadas por su negativa. Montoni, no' obstante, no salió de la habitación, hasta que su esposa, exhausta por la obstinada disputa, cayó desfallecida, y estuvo tanto tiempo inconsciente que Emily empezó a temer que la chispa de su vida se hubiera extinguido para siempre. Al fin, revivió, y, mirando débilmente a su sobrina, cuyas lágrimas caían sobre ella, hizo un esfuerzo para hablar, pero sus palabras fueron ininteligibles, y Emily de nuevo comprendió que se estaba muriendo. Sin embargo, poco después recuperó el habla, y, tras reanimarse con un cordial, conversó durante largo tiempo sobre sus propiedades en Francia, con claridad y precisión. Orientó a su sobrina para que pudiera encontrar los documentos relativos a las mismas, que había ocultado de los registros de Montoni, y la encargó que no permitiera nunca que esos papeles se le escaparan.

Tras la conversación, madame Montoni se sumió en un sopor, y continuó somnolienta hasta la tarde, cuando pareció encontrarse mejor de lo que había estado

desde que fue trasladada del torreón. Emily no la abandonó en ningún momento hasta bien pasada la medianoche, e incluso no habría dejado entonces su habitación, de no haber insistido su tía en que debía retirarse a descansar. Obedeció más gustosa porque su paciente parecía vencida por el sueño. Tras dar a Annette las mismas instrucciones de la noche anterior, se retiró a su cuarto. Pero su ánimo estaba despierto y agitado, y comprendiendo que le era imposible dormir, decidió esperar una vez más a la misteriosa aparición que tanto le había interesado y alarmado.

Era el momento del segundo tumo de guardia de la noche y poco más o menos la hora en que la figura había aparecido antes. Emily oyó los pasos de los centinelas en la muralla en el cambio de guardia; y, cuando todo estuvo de nuevo silencioso, se situó en la ventana, dejando la lámpara en la parte más alejada de la habitación para que no pudiera ser vista desde fuera. La luna daba una luz desmayada e incierta, porque estaba rodeada de pesados vapores que al pasar por delante de su disco dejaban el paisaje en total oscuridad. Fue en uno de esos momentos de oscuridad cuando advirtió una llama pequeña y vacilante que avanzaba a cierta distancia por la terraza. Mientras' la observaba, desapareció, y la luna volvió a surgir entre las pesadas nubes de tormenta, lo que llamó su atención hacia el cielo, en el que vívidos relámpagos saltaban de nube en nube e iluminaban silenciosamente los bosques. Le encantaba contemplar, en un brillo momentáneo, la tristeza del paisaje. A veces una nube abría su luz sobre las montañas distantes, y, mientras el esplendor inesperado iluminaba todos los rincones de rocas y árboles, el resto de la escena permanecía en sombras oscuras; en ocasiones, aspectos parciales del castillo aparecían bajo la luz inesperada: el viejo arco que conducía a la muralla del lado este, el torreón que asomaba por encima, o las fortificaciones que había más allá; y, después, quizá, todo el edificio con sus torres, la oscura masa de sus muros y los ventanales, aparecían para difuminarse en un instante.

Emily volvió a mirar hacia la muralla, percibiendo la llama que había visto antes; avanzaba y, poco después, le pareció oír pasos. La luz aparecía y desaparecía con frecuencia, mientras, según la observaba, brilló bajo sus ventanas, y en el mismo instante, tuvo la certeza de que habían cruzado unos pasos, pero la oscuridad no le permitió distinguir objeto alguno, excepto la llama. Se alejaba, y, en ese momento, por la iluminación de un relámpago, vio a una persona en la terraza. Volvieron todas las ansiedades de la noche anterior. La persona avanzaba y la llama juguetona alternativamente aparecía y se esfumaba. Emily quería hablar para acabar con sus dudas y saber si la figura era humana o sobrenatural, pero su corazón falló tantas veces como hizo un esfuerzo para decir algo, hasta que la luz se movió de nuevo bajo la ventana y con voz desmayada pudo preguntar quién pasaba.

—Un amigo —replicó una voz.

—¿Qué amigo? —dijo Emily algo animada—, ¿quién sois y qué es esa luz que

lleváis?

—Soy Anthonio, uno de los soldados del signor —replicó la voz.

—¿Y cuál es esa extraña luz que lleváis? —dijo Emily—, ¡que se enciende y luego desaparece!

—Esta luz, señora —dijo el soldado—, ha aparecido esta noche como la veis, en la punta de mi lanza, desde que empecé la guardia; pero no puedo deciros lo que significa.

—¡Es muy extraño! —dijo Emily.

—Mi compañero de guardia —continuó el hombre— tiene la misma llama en su lanza; dice que lo ha visto antes alguna vez. Yo no lo había visto nunca; pero he llegado hace poco al castillo, porque no hace mucho que soy soldado.

—¿Qué es lo que dice de ella vuestro compañero? —dijo Emily.

—Dice que es un augurio, señora, y que no presagia nada bueno.

—¿Qué daño puede presagiar? —continuó Emily.

—No llega a tanto en sus conocimientos, señora.

Se asustara o no Emily por aquel augurio, lo cierto es que se tranquilizó de su terror al descubrir que aquel hombre era únicamente uno de los soldados de la guardia, y se le ocurrió de inmediato que podría haber sido el causante de tanta alarma la noche anterior. Sin embargo, había algunas circunstancias que seguían requiriendo una explicación. Por lo que podía juzgar, teniendo en cuenta la débil luz de la luna que le había ayudado en su observación, la figura que vio no se parecía a este hombre ni en su aspecto ni en su tamaño; además, estaba segura de que no llevaba armas. El silencio de sus pasos, si es que los daba, los sonidos quejumbrosos, también, que había emitido y su extraña desaparición, eran circunstancias de carácter misterioso que no eran aplicables, con probabilidad, a un soldado en medio de sus deberes de la guardia.

Preguntó entonces al centinela si había visto a alguien que no fuera su compañero de vigilancia paseando por la terraza alrededor de medianoche, y después le relató brevemente lo que había observado.

—Yo no estaba de guardia esa noche, señora —replicó el hombre—, pero me enteré de lo que había sucedido. Entre nosotros hay algunos que creen en cosas extrañas. También se han contado historias raras de este castillo, pero no es asunto mío el comentarlas; y, por mi parte, no tengo razones para quejarme, nuestro jefe nos trata muy bien.

—Alabo vuestra prudencia —dijo Emily—, buenas noches y aceptad esto —añadió lanzándole una moneda; después, cerrando la ventana, puso fin a la conversación.

Cuando el soldado se había marchado, la abrió de nuevo, escuchando con cierto placer la tormenta distante, que comenzó a extenderse por las montañas, y a

contemplar las flechas de los relámpagos que aparecían al fondo. Los truenos empezaron a extenderse y a reverberar en las montañas, cuando otros truenos parecían contestarles desde el lado opuesto del horizonte. Las nubes acumuladas ocultaron totalmente la luna y asumieron un tinte rojizo sulfuroso que anunciaba una violenta tormenta.

Emily permaneció en la ventana hasta que el continuo relampagueo que descubría a cada momento el ancho horizonte y el paisaje inferior, no hizo aconsejable que permaneciera, y se acostó; pero, incapaz de ordenar su mente para poder dormir, se quedó escuchando en silencio los tremendos sonidos que parecían sacudir al castillo en sus cimientos.

Llevaba así bastante tiempo cuando, en medio del rugir de la tormenta, creyó oír una voz, y al levantarse para escuchar, vio abierta la puerta de su cámara y a Annette con el rostro lleno de preocupación.

—¡Se está muriendo, mademoiselle, mi señora se muere! —dijo

Emily se puso en pie y corrió a la habitación de madame Montoni. Cuando entró, su tía parecía haberse desvanecido, porque estaba inmóvil e insensible. Emily, con una fuerza de voluntad que rehusaba ceder al dolor cuando cualquier deber requería su actividad, le aplicó todo lo que consideró que podía reanimarla. Pero la última batalla había pasado, madame Montoni se había ido para siempre.

Cuando Emily comprendió que todos sus esfuerzos eran inútiles, interrogó a la aterrorizada Annette, y se enteró de que madame Montoni había caído en un sopor poco después de la marcha de Emily, en el que había permanecido hasta pocos minutos antes de su muerte.

—Me sorprendió, mademoiselle —dijo Annette—, porque mi señora no parecía asustada por la tormenta, cuando yo estaba tan aterrorizada, y me acerqué varias veces a la cama para hablar con ella, pero parecía dormida; hasta que en un momento oí un ruido extraño, y, al aproximarme, vi que estaba muriendo.

Emily escuchó su narración entre lágrimas. No tenía dudas de que el cambio violento que se había producido en el aire a causa de la tempestad había afectado al cuerpo exhausto de madame Montoni.

Tras algunas deliberaciones, decidió que Montoni no debería ser informado de lo sucedido hasta el día siguiente, porque consideró que podría, quizá, hacer algunas manifestaciones inhumanas, que en el presente estado de ánimo no sería capaz de soportar. En consecuencia, sola con Annette, a la que animó con su propio ejemplo, realizó algunos de los últimos oficios solemnes para con los muertos, y se obligó a pasar toda la noche junto al cuerpo de su difunta tía. Durante aquel período solemne, que se hizo más conmovedor por la tremenda tormenta que sacudió los aires, se dirigió con frecuencia al Cielo para pedir apoyo y protección, y sus piadosas oraciones, podemos creer que fueron aceptadas por Dios, dándole su consuelo.

Capítulo V

El reloj de medianoche ha dado la hora; y escuchad, ¡la campana
de la Muerte suena despacio! ¿Oís las notas profundas?
Ahora se detiene; y ahora con creciente toque de difuntos,
esparce por el ventarrón del valle su tétrico sonido.

MASON

Cuando Montoni fue informado de la muerte de su esposa, y consideró que había muerto sin acceder a firmar lo que era tan necesario para el logro de sus deseos, ningún sentimiento de decencia contuvo la expresión de su resentimiento. Emily evitó ansiosamente su presencia, y veló, durante dos días y dos noches, con cortos intermedios, el cuerpo de su difunta tía. Su mente, profundamente impresionada por el desgraciado destino que había sufrido, olvidó todas sus faltas, las injusticias y su imperiosa conducta para con ella, y recordó únicamente sus sufrimientos con la más tierna compasión. Sin embargo, en algunos momentos no pudo evitar la idea de su extraña vanidad, que había sido tan fatal para su tía y que la había envuelto a ella misma en un laberinto de desgracias, del que no veía medio alguno de escapar, como había sido su matrimonio con Montoni. Pero, cuando consideraba esta circunstancia, se veía envuelta «más en pesar que en ira», más con el propósito de ceder a la lamentación que al reproche.

En sus cuidados piadosos no fue molestada por Montoni, quien no solo evitó la habitación en la que yacían los restos de su esposa, sino toda la zona del castillo alrededor de la misma, como si temiera el contagio de la muerte. Parecía que no había dado órdenes respecto al funeral y Emily empezó a temer que tuviera la intención de ofrecer un nuevo insulto a la memoria de madame Montoni; pero de estos temores se vio liberada cuando, en la tarde del segundo día, Annette le informó de que el entierro se celebraría aquella noche. Sabía que Montoni no asistiría, y resultaba tan desolador para ella pensar que los restos de su desgraciada tía pasarían a la tumba sin que algún pariente o algún amigo le ofreciera los últimos ritos, que decidió que no sería apartada por consideración alguna de cumplir este deber. De otro modo se habría sentido hundida ante la situación de seguirlos hasta la fría tumba, a la que serían llevados por hombres cuyo aire y cuyos rostros parecían los de unos asesinos, a la medianoche en silencio y en privado, hora que había elegido Montoni para ello, tal vez para olvidar las reliquias de una mujer cuya dura conducta había contribuido al menos a destruirla.

Emily, temblorosa por el temor y el dolor, ayudada por Annette, preparó el cuerpo

para el entierro y, tras envolverlo en la mortaja de cera y cubrirlo con una sábana, se quedaron velándolo hasta pasada la medianoche, cuando oyeron los pasos de los hombres que habrían de llevarla a su cama en la tierra. Con grandes dificultades Emily se sobrepuso a su emoción, cuando, al abrirse la puerta de la habitación, sus rostros sombríos quedaron iluminados por las antorchas que llevaban, y dos de ellos, sin hablar, apoyaron el cuerpo en sus hombros, mientras el tercero los precedía con la luz y descendieron hacia la tumba, que estaba en el sótano más bajo de la capilla entre los muros del castillo.

Tuvieron que cruzar dos patios, hacia el ala este del castillo, anejos a la capilla, que estaba como ésta en ruinas. El silencio y lo sombrío de los patios no tenían poder para impresionar a Emily, preocupada con ideas mucho más tristes; y casi no oyó los bajos y desmayados sonidos de los pájaros nocturnos que anidaban entre las fortificaciones en ruinas, no percibió el aleteo de los murciélagos que se cruzaron varias veces en su camino. Pero, después de entrar en la capilla y pasar entre las columnas; los hombres se detuvieron ante unos escalones que conducían a una puerta baja y su compañero descendió para descorrer los cerrojos, vio desdibujado el terrible abismo que había más allá, el cuerpo de su tía llevado por aquellos escalones y la figura con aspecto rufianesco que estaba en pie al final de los mismos para recibirlo, y toda su fortaleza se perdió en la emoción de un terror y una desesperación inexpresable. Se volvió para apoyarse en Annette, que estaba llena de frío y temblando, y se quedó tanto tiempo en lo alto de la escalera que los rayos de la antorcha empezaron a desdibujarse entre las columnas de la capilla y los hombres más allá de su vista. En ese momento, las sombras que las rodearon despertaron otros miedos, y el sentido de lo que consideraba su deber le permitió superar las dudas, descendió hasta el sótano, siguiendo el eco de las pisadas y la débil luz que rompía la oscuridad, hasta el chirrido lejano de una puerta distante que se abría para recibir el cuerpo, que de nuevo la conmovió.

Tras una nueva pausa, siguió su camino y, según entraba en el sótano, vio entre los arcos, a cierta distancia, a los hombres que depositaban el cuerpo en el suelo al lado de una fosa abierta, donde había otros hombres de Montoni y un sacerdote, al que no advirtió, hasta que comenzó el servicio fúnebre; entonces, al levantar la vista del suelo, vio la venerable figura del fraile, y le oyó en voz baja, tan solemne como afectada, realizar el servicio de difuntos. En el momento en que introdujeron en la tierra el cuerpo, la escena adquirió tintes tan sombríos que quizá sólo los lápices de Domenichino [28] podrían haberle hecho justicia. El aspecto fiero y la ropa rústica de los *condottieri,* inclinados con sus antorchas sobre la fosa, dentro de la cual iba descendiendo el cuerpo, formaban un tremendo contraste con la venerable figura del monje, envuelto en su larga vestidura negra, con el capuchón echado hacia atrás dejando al descubierto su pálido rostro, en el cual relucía la luz de una aflicción

soportada por la piedad, y las pocas guedejas grises que el tiempo había marcado en sus sienes; a su lado estaba la débil figura de Emily, que se apoyaba en Annette, con el rostro medio cubierto por un velo fino que caía sobre su cuerpo, y su rostro dulce y hermoso con un gesto tan solemne que soportaba todo sin lágrimas, mientras veía entrar por última vez en la tierra a su única pariente y amiga. Los reflejos, que asomaban entre los arcos del sótano eran, aquí y allá, la iluminación de los lugares en los que otros cuerpos habían sido enterrados recientemente, y la oscuridad general que había más allá habría bastado a la imaginación de cualquier espectador para crear escenas más horribles incluso que la del cuadro de la fosa en la que desaparecía la desacertada y desafortunada madame Montoni.

Cuando terminó el servicio, el fraile miró a Emily con atención y sorpresa y pareció que deseaba hablar con ella, pero se contuvo por la presencia de los *condottieri*, quienes, según se dirigían en su camino de regreso hacia los patios, se entretenían con bromas sobre aquella sagrada misión que el fraile soportó en silencio, solicitando únicamente ser conducido de nuevo sin peligros a su convento, y que Emily oyó con preocupación e incluso con horror. Cuando llegaron al patio, el monje la bendijo, y, tras lanzarle una mirada piadosa, se volvió hacia la entrada, donde los hombres le acompañaron con una antorcha, mientras Annette, portando otra, acompañó a Emily a su cuarto.

La apariencia del fraile y la expresión de dulce compasión con la que le había mirado, habían interesado a Emily, quien, aunque había sido ante sus súplicas por lo que Montoni había consentido en permitir que un sacerdote ofreciera los últimos rituales a su fallecida esposa, no sabía nada de aquella persona, hasta que Annette le informó en aquel momento, indicándole que pertenecía a un monasterio situado entre las montañas, a pocas millas de distancia. El superior, que miró a Montoni y a sus hombres, no sólo con aversión, sino con terror, probablemente había temido ofenderle negándose a su solicitud, y, por ello, había ordenado a un monje que oficiara el funeral, quien, con el espíritu caritativo de un cristiano, había superado sus dudas para entrar tras los muros de aquel castillo, por el deseo de realizar lo que consideraba que era su deber y, como la capilla había sido construida sobre tierra sagrada, no se había opuesto a celebrarlo con motivo del fallecimiento de madame Montoni.

Emily pasó varios días en total reclusión, en un estado de ánimo que se debatía entre el terror por sí misma y el dolor por la desaparecida. Al final, se decidió a hacer nuevos esfuerzos para persuadir a Montoni de que le permitiera regresar a Francia. Las razones que pudiera tener para detenerla, casi no se atrevía a conjeturarlas; pero era bien cierto que ésas eran sus intenciones, y la total negativa que le había dado anteriormente ante su propuesta de marchar le dejaba pocas esperanzas de que accediera a ello ahora. Pero el horror que su presencia le inspiraba hizo que difiriera

día tras día la mención del tema; y por fin se vio acosada en su inactividad al recibir un mensaje de él indicándole que deseaba verla a determinada hora. Nació en ella la esperanza de que estuviera dispuesto a renunciar, ahora que su tía había desaparecido, a la autoridad que había usurpado sobre ella, hasta que recordó que las propiedades, causa de tantos problemas, habían pasado a ser suyas, y entonces temió que Montoni estuviera preparado para emplear alguna estratagema con objeto de obtenerlas, y de que la detendría como prisionera hasta que lo lograra. Este pensamiento, en lugar de desanimarla, despertó todos sus poderes latentes de fortaleza hacia la acción; y las propiedades, que tan de buena gana habría entregado para asegurar la paz de su tía, no las entregaría a Montoni aunque fuera a costa de sus propios sufrimientos. También pensando en Valancourt decidió conservarlas, puesto que les permitirían una mejor situación con la que esperaba asegurar el bienestar de su vida futura. Al pensar en ello, cedió a la ternura de las lágrimas, y anticipó en su pensamiento las delicias de aquel momento en que, con generosidad afectuosa, pudiera decirle que eran suyas. Vio la sonrisa que asomaría a su rostro, la mirada afectuosa que le diría al instante tanto de su alegría como de su agradecimiento y, en ese momento, creyó que podría soportar cualquier sufrimiento que el malvado espíritu de Montoni pudiera estar preparando para ella. Recordó entonces, por primera vez desde la muerte de su tía, los documentos relativos a las propiedades en cuestión y decidió buscarlos tan pronto como concluyera su entrevista con Montoni.

Con estas resoluciones se encontró con él a la hora establecida, y esperó a conocer sus intenciones antes de insistir en su petición. Con él estaban Orsino y otro oficial, y ambos próximos a una mesa, cubierta con papeles que Montoni estaba examinando.

—Te he mandado llamar, Emily —dijo Montoni levantando la cabeza—, para que seas testigo de un asunto, una transacción que realizo con mi amigo Orsino. Todo lo que precisamos de ti es que firmes en este papel.

Cogió uno de los que había en la mesa, dijo algo ininteligible y lo puso delante de ella, ofreciéndole una pluma. Emily lo cogió, y estaba a punto de escribir cuando las intenciones de Montoni se presentaron en su cabeza como el efecto de un relámpago. Tembló, dejó caer la pluma, y rehusó firma lo que no había leído. Montoni simulo reír ante sus escrúpulos, y, cogiendo de nuevo el papel, pretendió leerlo; pero Emily, que seguía temblando dándose cuenta del peligro en el que se encontraba, y que estaba asombrada de que su propia credulidad hubiera estado a punto de traicionarla, se negó definitivamente a firmar cualquier papel. Durante un tiempo, Montoni se mantuvo en su disimulo sobre lo ridículo de su rechazo; pero, cuando advirtió por su firme perseverancia que se había dado cuenta de sus propósitos, cambió de actitud y le hizo una señal para que le siguiera a otra habitación. Allí le dijo que había estado dispuesto a evitarse y a evitarla el problema de una batalla inútil, en un asunto en el

que su voluntad era la justicia y en el que prefería persuadirla a obligarla a cumplir con su deber.

—Yo, como esposo de la fallecida signora Montoni —añadió—, soy el heredero de todo lo que ella poseía; las propiedades, en consecuencia, que se negó a cederme en vida no pueden ser retenidas por más tiempo, y por tu propia seguridad no te engañaría respecto a la absurda afirmación que te hizo una vez en mi presencia, indicando que esas propiedades serían tuyas, si moría sin habérmelas cedido. Sabía muy bien en aquel momento que no tenía poderes para evitarlo después de su muerte; y creo que tú tienes sentido suficiente para no provocar mi rencor planteando una reclamación injusta. No tengo por costumbre el halago y, en consecuencia, recibirás como una manifestación sincera que te hago, que posees una comprensión muy superior a las personas de tu sexo; y que no tienes ninguna de esas lamentables flaquezas que con frecuencia marcan el carácter femenino, como son la avaricia o el deseo de poder, que hacen que las mujeres disfruten al contradecir y al burlarse cuando no pueden conquistar. Si no me equivoco en tu disposición y en tu ánimo, no mostrarás que desciendes a esos errores comunes de tu sexo.

Montoni hizo una pausa; y Emily permaneció silenciosa y expectante, ya que le conocía demasiado bien para creer que hubiera condescendido a tal elogio a menos que pensara que con ello podría conseguir lo que era de su interés; y, aunque había olvidado mencionar la vanidad entre las flaquezas de las mujeres, era evidente que consideraba que era una de las predominantes, puesto que había decidido someterla a ella su comprensión del carácter de su propio sexo.

—Con este punto de vista —prosiguió Montoni—, no puedo creer que te opongas, cuando sabes que no puedes vencer, o que desees vencer o ambicionar propiedad alguna cuando no tienes la justicia de tu lado. Sin embargo, considero adecuado informarte de la alternativa. Si adoptas una decisión justa sobre el tema, te será permitido regresar a Francia custodiada con seguridad en un breve plazo; pero, si eres tan infeliz como para dejarte engañar por las últimas afirmaciones de la signora, quedarás como mi prisionera hasta que te convenzas de tu error.

Emily, con toda calma, dijo:

—No soy tan ignorante, signor, de las leyes referentes a este asunto, para dejarme confundir por las afirmaciones de cualquier persona. La ley, en su estado presente, me concede las propiedades en cuestión, y mi propia mano no traicionará nunca mi derecho.

—Parece que me he confundido en mi opinión sobre ti —manifestó Montoni con gesto sombrío—, hablas alocada y presuntuosamente sobre un tema que no entiendes. Por una vez, estoy dispuesto a perdonar tu total ignorancia; la debilidad de tu sexo, también, de la que, eso parece, no estás exenta, reclama alguna tolerancia; pero, si insistes en esta postura, habrás de temerlo todo de mi justicia.

—De vuestra justicia, signor —prosiguió Emily—, no tengo nada que temer, sólo esperanzas.

Montoni la miró humillado y meditó lo que iba a decir.

—Compruebo que eres lo suficientemente débil —prosiguió— para dar crédito a esa ociosa afirmación a la que he aludido. Lo lamento por ti; por lo que se refiere a mí, tiene pocas consecuencias. Tu credulidad sólo puede castigarte a ti misma; y debo sentir únicamente esa debilidad de ánimo, que te conduce a los sufrimientos que me obligas a preparar para ti.

—Tal vez descubráis, signor —dijo Emily, con contenida dignidad—, que la fortaleza de mi ánimo es igual a la justicia de mi causa, y que puedo soportarlo todo con fortaleza, cuando se trata de resistir la opresión.

—Hablas como una heroína —dijo Montoni airado—, veremos si puedes sufrir como una de ellas.

Emily guardó silencio y él salió de la habitación.

Al recordar que se había resistido pensando en Valancourt, sonrió complacida ante las amenazas de sufrimiento, y se retiró hacia el lugar que su tía le había señalado como depositario de los documentos relativos a las propiedades, donde los encontró como le había descrito; y, puesto que no conocía un lugar mejor para ocultarlos que aquel mismo, los volvió a colocar en su sitio, sin examinar su contenido, temerosa de ser descubierta mientras intentaba una lectura cuidadosa.

Volvió una vez más a su propio cuarto solitario, y allí pensó de nuevo en la última conversación con Montoni, y en los males que podría esperar por oponerse a su voluntad. Pero su poder no le parecía terrible a su imaginación como él había intentado. Un orgullo sagrado se había adueñado de su corazón y le enseñaba a defenderse de la presión de la injusticia, y a glorificarse en el sufrimiento tranquilo del mal, por una causa en la que también estaba mezclado su interés por Valancourt. Por primera vez sintió en toda su extensión su propia superioridad sobre Montoni y rechazó la autoridad que hasta entonces había temido.

Según estaba sentada meditando le llegó una carcajada desde la terraza, y, al acercarse al ventanal, vio, con inexpresable sorpresa, a tres damas, vestidas con galas de Venecia, paseando con varios caballeros por debajo. Los contempló con tanto asombro que le hizo permanecer en la ventana, sin preocuparse por ser observada, hasta que el grupo pasó bajo ella. Una de ellas miró hacia arriba y descubrió el rostro de la signora Livona, cuyo comportamiento le había encantado el día de su llegada a Venecia, y que había sido presentada en la cena de Montoni. Este descubrimiento despertó en ella una emoción de alegría; porque alegría y consuelo era saber que una persona, de talante tan gentil como parecía tener la signora Livona, estaba cerca de ella; sin embargo, había algo tan extraordinario en el hecho de que estuviera en el castillo, en aquellas circunstancias y, evidentemente, por lo desenvuelto de su aire,

por su propio consentimiento, que le surgió una dolorosa sospecha relativa a su conducta. Pero el pensamiento le causó tanta conmoción a Emily, cuyo afecto había ganado la conducta de la signora, y todo ello parecía tan improbable, cuando lo recordaba, que rechazó la idea inmediatamente.

A la llegada de Annette, le preguntó por la presencia de aquellas personas y la muchacha estaba tan interesada en hablarle de ello como Emily de enterarse.

—Acaban de llegar, mademoiselle —dijo Annette—, con dos signors de Venecia, y me ha alegrado mucho ver de nuevo caras cristianas. Pero, ¿por qué habrán venido hasta aquí? ¡Deben estar locos para venir por propia voluntad a un lugar como éste! Sin embargo, así han venido, porque parecen muy contentas.

—¿Han sido, tal vez, hechas prisioneras? —preguntó Emily.

—¡Prisioneras! —exclamó Annette—, no, de ninguna manera, mademoiselle. Ellas no. Recuerdo muy bien a una de Venecia. Fue una o dos veces a la mansión del signor, lo recordaréis, mademoiselle, y se decía, pero no creía una palabra de ello..., se decía que al signor le gustaba más de lo que debería. «Entonces —dije yo—, ¿por qué, traerla a la casa donde está mi señora?» «Muy cierto —dijo Ludovico; pero me miró como si él también supiera algo más.

Emily deseaba que Annette se enterara de quiénes eran aquellas señoras, así como de todo lo que se refería a ellas; y después cambió de tema y habló de su Francia distante.

—¡Ah, mademoiselle! ¡No volveremos nunca a verla! —dijo Annette casi llorando—, ¿por qué emprendería el camino?

Emily trató de consolarla y animarla con unas esperanzas en las que ella casi no creía.

—¿Cómo pudisteis, mademoiselle, dejar Francia y abandonar también a monsieur Valancourt? —dijo Annette sollozando—, estoy segura de que si Ludovico hubiera estado en Francia, nunca le habría dejado.

—Entonces, ¿por qué te lamentas de haber salido de Francia? —dijo Emily, tratando de sonreír—, puesto que si te hubieras quedado allí nunca habrías conocido a Ludovico.

—¡Ah, mademoiselle! ¡Cómo me gustaría salir de este horrible castillo, serviros en Francia y no preocuparme de nada más!

—Gracias, mi buena Annette, por tu afectuosa consideración. Llegará un tiempo, espero, en el que puedas recordar la expresión de ese deseo con satisfacción.

Annette se marchó a cumplir con sus obligaciones, y Emily buscó perder el sentido de sus propias preocupaciones en las escenas visionarias del poeta; pero tuvo que lamentar una vez más la fuerza irresistible de las circunstancias sobre los gustos y los poderes de la mente, y que aquello requería un ánimo tranquilo para ser sensible incluso a los placeres abstractos del intelecto. El entusiasmo del genio, con todas las

descripciones, se le presentaba ahora frío y pálido. Pensativa, mirando hacia el libro que tenía ante ella, exclamó involuntariamente: «¿Son éstos, verdaderamente, los poemas que me han causado con tanta frecuencia un placer exquisito? ¿Dónde estaba el encanto? ¿En mi mente, o en la imaginación del poeta? En ambos —dijo haciendo una pausa—. Pero el fuego del poeta es inútil si la mente de su lector no se atempera a la suya, aunque pueda ser inferior en fortaleza».

Emily habría tratado de luchar contra aquella cadena de pensamientos, porque le habría aliviado de unas reflexiones más dolorosas, pero comprobó una vez más que el pensamiento no puede ser siempre controlado por la voluntad, y la suya volvió a considerar su propia situación.

Por la tarde, al no atreverse a bajar a la muralla, donde se podía ver expuesta a la ruda mirada de los asociados de Montoni, paseó por la galería a la que daba su habitación. Al llegar a uno de sus extremos, oyó sonidos distantes de diversiones y risas. Era la turbulencia de una explosión salvaje, no la controlada alegría temperada, y parecía provenir de la parte del castillo ocupada habitualmente por Montoni. Tales sonidos, en aquel momento, cuando sólo habían pasado unos pocos días desde la muerte de su tía, la afectaron particularmente, pese a que se correspondían con la conducta reciente de Montoni.

Al escuchar, creyó distinguir voces femeninas, mezcladas con las risas, y esto confirmó sus peores sospechas, relativas a la personalidad de la signora Livona y sus acompañantes. Era evidente que no habían sido llevadas allí de forma obligada y se encontraban ahora en una zona salvaje y remota de los Apeninos, rodeadas de hombres que Emily consideraba poco menos que rufianes, y como sus compañeras, entre las escenas de vicio, ante las que su alma se encogió con horror. En aquel momento, las escenas del presente y del futuro se abrieron a su imaginación, entre ellas la imagen de Valancourt cediendo a su influencia y su decisión se vio sacudida por el temor. Creyó que comprendía todos los horrores que Montoni preparaba para ella y tembló ante el encuentro con una venganza sin remordimientos como él le podía infligir. Casi decidió ceder las disputadas propiedades en cuanto se lo pidiera, con lo cual se vería segura y libre; pero de nuevo, el recuerdo de Valancourt se adueñó de su corazón y la empujó a apartarse de toda duda.

Continuó paseando por la galería hasta que la tarde dejó caer su luz incierta y melancólica y se hizo más profunda la oscuridad de las paredes cubiertas de roble que la rodeaban, mientras que la distante perspectiva del corredor se llenó de sombras y sólo permitía ver la luz pálida que entraba por la ventana que había al final del mismo.

De los vestíbulos, salones y pasillos de abajo, le llegaban los débiles ecos de las carcajadas a intervalos y hacían más temerosa la quietud que la rodeaba. Emily, sin embargo, no estaba dispuesta a regresar a su triste habitación, y como Annette no

había llegado aún siguió paseando por la galería. Al cruzar por delante de la puerta de la habitación, donde en una ocasión anterior se había atrevido a levantar el velo que le descubrió un espectáculo tan horrible que después no había podido recordar sin verse asaltada por emociones indescriptibles, aquel recuerdo volvió de nuevo. Se unía ahora a reflexiones más terribles que entonces por la actitud de Montoni, y al correr para abandonar la galería, oyó pasos tras ella. Podrían ser los de Annette; pero, al volverse temerosa para mirar, vio, a través de la oscuridad, una figura alta que la seguía, y todos los horrores de aquella habitación se mezclaron en su mente. Un momento después fue agarrada por las manos de una persona y oyó una voz profunda que murmuraba a su oído.

Cuando tuvo fuerzas para hablar o para emitir sonidos articulados, preguntó quién la detenía.

—Soy yo —replicó la voz—. ¿Por qué estáis tan asustada?

Miró al rostro de la persona que había hablado, pero la débil luz que entraba por el alto ventanal al final de la galería no le permitió distinguir quién era.

—¡Quienquiera que seáis —dijo Emily con voz temblorosa—, por lo que más queráis, dejadme ir!

—Mi encantadora Emily —dijo el hombre—, ¿por qué os encerráis en este oscuro lugar, cuando hay tanta alegría allí abajo? Volved conmigo al salón de cedro, en el que seréis el más delicioso ornamento de la fiesta, y no os arrepentiréis del cambio.

Emily desdeñó replicar y siguió tratando de liberarse.

—Prometedme que vendréis —continuó— y os soltaré inmediatamente, pero antes dadme un premio por hacerlo.

—¿Quién sois? —preguntó Emily en un tono a medias de terror y a medias de indignación, mientras seguía luchando por liberarse—, ¿quién sois que tenéis la crueldad de insultarme de ese modo?

—¿Por qué me llamáis cruel? —dijo el hombre—. Quiero apartaros de esta terrible soledad y llevaros a una alegre fiesta. ¿No me conocéis?

Emily recordó entonces ligeramente que era uno de los oficiales que estaban con Montoni cuando se entrevistó con él por la mañana.

—Os doy las gracias por la amabilidad de vuestra intención —replicó, no dando a entender que le había comprendido—, pero no deseo otra cosa sino que me dejéis.

—¡Encantadora Emily! —dijo él—, renunciad a esa pasión loca por la soledad y venid conmigo a la fiesta para eclipsar a las bellezas que están abajo; sólo vos sois merecedora de mi amor.

Intentó besar su mano, pero el fuerte impulso de su indignación le dio poder suficiente para liberarse y corrió hacia su habitación. Cerró la puerta antes de que él llegara, y tras asegurarla, se dejó caer en una silla dominada por el terror y vencida por el esfuerzo que había hecho, mientras oía su voz y sus intentos de abrir la puerta,

sin fuerzas para levantarse. Al rato, percibió que se marchaba y se quedó escuchando largo tiempo. Se animó al no oír ruido alguno, cuando de pronto recordó la puerta de la escalera privada, y que aquel hombre podría intentar entrar por allí, puesto que sólo estaba cerrada por el lado exterior. Se ocupó entonces de asegurarla del mismo modo que había hecho en otras ocasiones. Tenía la impresión de que Montoni ya había empezado su política de venganza, retirándole su protección, y se arrepintió de la ira que le había hecho enfrentarse al poder de aquel hombre. Retener las propiedades se presentaba como algo imposible, y para conservar su vida y tal vez su honor, decidió que si escapaba a los horrores de aquella noche, renunciaría a ellas por la mañana, si Montoni cumplía su promesa de dejarla salir de Udolfo.

Tras tomar esta decisión, se tranquilizó en parte su ánimo, aunque siguió escuchando con ansiedad, y con frecuencia se asustó de ruidos imaginados que le parecían proceder de la escalera.

Tras haber estado durante horas en la oscuridad, sin que apareciera Annette, comenzó a temer que algo hubiera sucedido; pero, al no atreverse a salir por el castillo, se vio obligada a permanecer en la incertidumbre sobre la causa de su extraña ausencia.

De vez en cuando se acercaba a la puerta de la escalera para escuchar y tratar de percibir algunos pasos que se acercaran, pero ningún ruido la alarmó. Sin embargo, decidió estar atenta durante la noche, y una vez más se echó en su oscuro lecho y mojó la almohada con lágrimas inocentes. Pensó en sus padres muertos y en el ausente Valancourt y repitió sus nombres, ya que la profunda quietud que reinaba era propicia a las meditaciones tristes.

Mientras permanecía en esta actitud, su oído captó de pronto las notas de una música distante, que escuchó atentamente. No tardó en comprobar que se trataba del instrumento que había oído anteriormente a medianoche. Se levantó y se acercó sin ruido hasta el ventanal, en el que los sonidos le parecieron llegar de una habitación del piso inferior.

A los pocos momentos, la suave melodía se vio acompañada por una voz tan llena de tristeza que era evidente que no cantaba pesares imaginarios. Tuvo la impresión de que aquel tono dulce y peculiar lo había oído en alguna parte anteriormente; sin embargo, esto no era producto de su fantasía, sino un recuerdo lejano. Se mantuvo en su mente, en medio de la angustia de sus sufrimientos presentes, como una música celestial, que la conmovía y la animaba:

—«Grata como las galas de la primavera, que suspiran en el oído del cazador, cuando se despierta de sus sueños alegres, y ha oído la música de los espíritus de la colina».[29]

Pero su emoción casi no puede ser imaginada, cuando oyó, con el gusto y la sencillez del verdadero sentimiento, una de las arias populares de su provincia natal,

que con frecuencia había escuchado llena de satisfacción cuando era niña y que había oído cantar a su padre. Ante aquella canción tan conocida que nunca hasta entonces había oído fuera de su país, su corazón se conmovió, mientras volvían los recuerdos de tiempos pasados. Las escenas tranquilas, agradables de Gascuña, la ternura y la bondad de sus padres, el sabor y la sencillez de su vida anterior, todo, se mezcló en su fantasía y formó un cuadro tan dulce y brillante, tan sorprendentemente distinto de las escenas, de los personajes y de los peligros que la rodeaban, que su ánimo no pudo soportarlo y se vio vencida por lo agudo de sus sufrimientos.

Suspiraba profunda y convulsivamente. No podía seguir escuchando aquella melodía que en otro tiempo había despertado su tranquilidad, y se retiró de la ventana hacia la parte más alejada de la habitación. Pero no estaba allí fuera del alcance de la música; oyó que cambiaba el compás y el aria siguiente la atrajo de nuevo a la ventana, porque inmediatamente recordó que era la misma que había oído en el pabellón de pesca de Gascuña. Debido tal vez al misterio que acompañó entonces aquella melodía, hizo tan profunda impresión en su memoria que desde entonces nunca la había olvidado. El estilo en que era interpretada la convenció, a pesar de lo remotas que aparecían las circunstancias, que se trataba de la misma voz que oyó entonces. La sorpresa se impuso a cualquier otra emoción; un pensamiento surgió en su mente como un relámpago, que le descubrió una cadena de esperanzas que revivió todos sus ánimos. Sin embargo, estas esperanzas eran tan nuevas, tan inesperadas, tan sorprendentes, que no se atrevió a confiar en ellas, aunque no se decidió a rechazarlas. Se sentó junto a la ventana, sin respiración, y dominada por emociones sucesivas de esperanza y miedo; después se levantó, asomándose de modo que pudiera oír algún sonido más próximo, escuchando, dudando un momento y creyendo al siguiente, y con suavidad, pronunció el nombre de Valancourt, cayendo a continuación en su silla. Sí, era posible, Valancourt podía estar cerca de ella, y recordó las circunstancias que la inducían a creer que era su voz la que acababa de escuchar. Recordó que él había dicho más de una vez que el pabellón de pesca, en el que había oído anteriormente esa voz y esa música, y en el que había escritos sonetos dirigidos a ella, había sido su zona favorita antes de conocerla; allí, además, se había encontrado inesperadamente con él por primera vez. De todo ello parecía más que probable que fuera el músico de los versos que habían expresado una admiración tan tierna; ¿quién podría ser, si no? Entonces no pudo asegurar que él fuera el autor, pero, desde su relación con Valancourt, cada vez que él había mencionado el pabellón de pesca como un lugar que conocía, no había tenido escrúpulos en creer que así era.

Mientras meditaba en todas estas consideraciones, la alegría, el miedo y la ternura se mezclaron en su corazón. Se inclinó de nuevo por la ventana para percibir los sonidos que pudieran confirmar o destruir su esperanza, aunque no recordaba haberle oído cantar; pero la voz y el instrumento callaron.

Consideró por un momento si debía aventurarse a hablar. Después, decidida a no mencionar su nombre y sin embargo demasiado interesada como para desaprovechar la oportunidad de preguntar, dijo desde la ventana: «¿Es esa canción de Gascuña?» Su atención ansiosa no se vio animada por réplica alguna; todo permaneció en silencio. Su impaciencia aumentó con el miedo y repitió la pregunta; pero de nuevo no se oyó sonido alguno, excepto los murmullos del viento por las fortificaciones, y trató de consolarse con la idea de que el desconocido, quienquiera que fuera, se habría retirado antes de que ella hablara, hasta quedar fuera del alcance de su voz, puesto que parecía evidente que si Valancourt la hubiera oído y reconocido habría replicado de inmediato. Sin embargo, consideró que un motivo de prudencia y no una retirada accidental, podría haber ocasionado su silencio, pero el impulso que la llevó a esta reflexión cambió de pronto su esperanza y su alegría en terror y desolación; porque si Valancourt estaba en el castillo, era muy probable que fuera prisionero, capturado con alguno de sus compatriotas, muchos de los cuales estaban por entonces envueltos en las guerras de Italia, o que hubiera sido interceptado en algún intento de llegar a ella. De haber reconocido la voz de Emily, habría temido en aquellas circunstancias atreverse a contestar en presencia de los hombres que le custodiaban.

Lo que había esperado tan ansiosamente la atemorizaba ahora; le atemorizaba saber que Valancourt estuviera cerca de ella; y mientras estaba ansiosa por liberarse de las dudas respecto a su seguridad, no tenía conciencia de que la esperanza de verle pronto se debatía con el miedo.

Se quedó escuchando en la ventana hasta que empezó a refrescar, y una de las altas montañas del este se iluminó con la mañana. Cuando, conmovida por la ansiedad, se retiró a su cama, descubrió que le era imposible dormir, porque la alegría, la ternura, la duda y los temores la asaltaron durante toda la noche. En ocasiones se levantó y abrió la ventana para escuchar; momentos después paseaba por la habitación con pasos impacientes para, al final, volver a apoyar la cabeza en la almohada. Nunca le había parecido que las horas avanzaran tan pesadamente como las de aquella noche inquieta, tras la cual confió en que apareciera Annette y concluyera su estado de torturante inquietud.

Capítulo VI

...si pudiéramos oír la recogida del rebaño guardado en su vallado aprisco,
o el sonido del caramillo pastoril con interrupciones de flauta,
o la llamada del albergue, o el gallo del pueblo
valorando en la vigilia de la noche sus emplumadas damas,
sería algún alivio, alguna pequeña animación
en este cerrado calabozo de innumerables cepos.

MILTON

Por la mañana, Emily se liberó de sus temores gracias a Annette, que acudió muy temprano. «Ocurrieron cosas importantes en el castillo anoche, mademoiselle —dijo nada más entrar en la habitación—, ¡cosas importantes de verdad! ¿No os asustasteis, mademoiselle, al no verme?»

—Me preocupé por ambas, por ti y por mí —replicó Emily—. ¿Qué te impidió venir?

—Se lo dije, pero no me hizo caso. No fue culpa mía, mademoiselle, ya que no pude salir. Ese pícaro de Ludovico me encerró de nuevo.

—¡Te encerró! —dijo Emily con desagrado—. ¿Por qué permites que Ludovico te encierre?

—¡Cielo Santo! —exclamó Annette—. ¡Qué puedo hacer! ¿Si echa la llave a la puerta, mademoiselle, y se la lleva, cómo puedo salir a menos que salte por la ventana? No me importaría si los ventanales no estuvieran tan altos; ya es difícil subirse a ellos desde dentro, y desde luego supongo que se puede uno romper la cabeza si se cae. Pero, ¡vaya barullo que hubo anoche en el castillo!, algo debéis haber oído de ello.

—¿Qué pasó, disputaron de nuevo? —dijo Emily.

—No, mademoiselle, no hubo lucha, pero como si lo fuera, porque no creo que hubiera un solo signor sobrio; y lo que es más, tampoco ninguna de esas señoras. Pensé cuando las vi al principio que todas esas finas sedas y finos velos..., pero, mademoiselle, no eran nada bueno como yo pensaba.

—¡Dios mío! —exclamó Emily—. ¿Qué será de mí?

—¡Ay, mademoiselle, Ludovico dijo lo mismo pensando en mí! ¡Dios mío! —dijo Annette—. «¿Qué va a ser de ti si andas por el castillo en medio de todos esos signors borrachos?» «¡Oh! —dije yo—, sólo quiero ir a la habitación de mi señorita, y sólo tengo que pasar por el gran vestíbulo, subir la escalera de mármol y cruzar la galería norte y el ala oeste del castillo y estar allí en un minuto». «¿Eso es todo? —dijo él—.

¿Y qué es lo que te puede ocurrir si te encuentras a cualquiera de esos nobles caballeros en el camino?» «Bueno —dije yo—, si crees que hay algún peligro, entonces, ven conmigo y guárdame; nunca tengo miedo cuando estás a mi lado». «¡Cómo! —dijo él—, ¿cuando casi no me he recobrado de una herida me voy a poner en medio para recibir otra? Porque si alguno de esos caballeros te encuentra, se enfrentarán a mí directamente. No, no, haremos un camino más corto que ese de ir por la escalera de mármol y por la galería norte hacia el ala oeste del castillo, porque te quedarás aquí, Annette, y no saldrás esta noche de la habitación». Así que, ante eso yo le dije...

—Vamos, vamos —dijo Emily impaciente y ansiosa de preguntarle por otro tema —, ¿así que te encerró?

—Sí, lo hizo, mademoiselle, a pesar de todo lo que yo dije en contra; y Caterina y yo y él estuvimos allí toda la noche. Pocos porque allí llegó el signor Verezzi gruñendo por el pasillo, como un toro enloquecido, y confundió el cuarto de Ludovico con el de Cario. Trató de echar la puerta abajo y pidió más vino, porque se habían bebido todas las jarras y se moría de sed. Así que nos quedamos quietos como la noche para que pensara que no había nadie en la habitación; pero el signor era más astuto que el mejor de nosotros y seguía llamando a la puerta: «¡Sal, mi viejo héroe! —dijo—, no hay enemigos en la puerta, no tienes que ocultarte; sal mi valiente signor Steward». En ese momento Cario abrió su puerta y salió con una jarra en la mano; tan pronto como el signor le vio, se calmó al máximo y le siguió con tanta naturalidad como va un perro detrás de un carnicero que lleve un trozo de carne en su cesta. Todo esto lo vi por el agujero de la cerradura. «Bien, Annette —dijo Ludovico guaseándose —, ¿te dejo salir?» «Oh, no —dije yo—, en modo alguno».

—Tengo que hacerte algunas preguntas sobre otro asunto —interrumpió Emily bastante preocupada por aquella historia—. ¿Sabes si hay algún prisionero en el castillo y si están confinados en este lado del edificio?

—No era así, mademoiselle —replicó Annette—, cuando el primer grupo regresó de las montañas, y el último no ha vuelto aún, así que no sé si han hecho prisioneros; pero se les espera para esta noche o mañana, y quizá me entere entonces.

Emily le preguntó si en algún momento había oído a los criados hablar de prisioneros.

—¡Ah, mademoiselle! —dijo Annette jocosamente—, me atrevería a decir que estáis pensando en monsieur Valancourt y en que puede haber venido con los ejércitos que, según dices, proceden de nuestro país, para luchar contra este estado, y que se ha encontrado con algunos de los del castillo y que ha sido hecho prisionero. ¡Oh Señor! ¡Qué contenta me sentiría si así fuera!

—¿De verdad te pondrías contenta? —dijo Emily en tono de reproche.

—Seguro que sí —replicó Annette—, ¿y no lo estaríais vos también al ver al

signor Valancourt? No conozco a ningún chevalier que me guste más. Siento por él una gran consideración.

—No se puede dudar de tu consideración —dijo Emily—, puesto que deseas verle prisionero.

—¡Oh, no, mademoiselle!, no por verle prisionero, sino contenta de encontrarle de nuevo. Hace unas noches soñé, soñé que le veía entrar en el patio del castillo con otros seis en su carruaje, con su casaca y su espada, como el señor que es.

Emily no pudo evitar una sonrisa ante las ideas de Annette sobre Valancourt, y repitió su pregunta sobre si había oído a los criados hablar de prisioneros.

—No, mademoiselle —replicó—, nunca; y últimamente no han hecho otra cosa que hablar de la aparición que ha estado paseando por la noche por las murallas y que ha asustado tan terriblemente a los centinelas. Dicen que se acercó a ellos como una llamarada y que todos cayeron en fila hasta que lograron recuperarse. Para entonces hacía desaparecido y sólo vieron los viejos muros del castillo, así que se ayudaron como pudieron. No le creeréis, mademoiselle, aunque os muestre el mismísimo cañón por el que suele aparecer.

—¿Y eres tan simple, Annette —dijo Emily, sonriendo ante las curiosas exageraciones de los hechos de los que ella misma había sido testigo—, como para dar crédito a esas historias?

—¡Darles crédito! Nadie en el mundo puede persuadirme de lo contrario. ¡Roberto y Sebastián y media docena más de centinelas se cayeron redondos. La verdad es que no era el momento para eso, me dije a mí misma, no había necesidad de ello, porque dije yo, cuando viene el enemigo, buen papel hacen los centinelas si se caen al suelo, todos en fila. El enemigo no será tan civilizado quizá para marcharse, como un fantasma, y dejarles que se ayuden unos a otros a levantarse, sino que se lanzaría sobre ellos, con cortes y golpes, hasta levantarlos, pero muertos. No, no, dije yo, hay una razón en todo. Aunque yo me habría caído redonda al suelo, eso no vale para ellos, sólo para mí, porque no es asunto mío mirar con fiereza y luchar en las batallas.

Emily trató de corregir la debilidad supersticiosa de Annette, aunque no podía dominar del todo la suya; a lo que esta última replicó únicamente:

—No, mademoiselle, no creeréis nada; sois casi tan mala como el mismo signor, que se soliviantó cuando le dijeron lo que había ocurrido, y juró que el primer hombre que repitiera aquella necedad, sería metido en el calabozo en el torreón este. Se trataba de un duro castigo por el solo hecho de decir una necedad, como él lo llamó, pero me atreví a decir que tenía otras razones para llamarlo así que las vuestras.

Emily la miró con desagrado y no contestó. Según meditaba recordando la aparición que tanto la había alarmado últimamente y al considerar el aspecto de la

figura que se había situado frente a su ventana, se sintió inclinada por un momento a creer que había sido Valancourt la persona a la que había visto. Sin embargo, si había sido él, por qué no le habló cuando había tenido la oportunidad de hacerlo, y, si estaba prisionero en el castillo, ¿cómo podía conseguir salir a pasear por la muralla? Tampoco estaba en condiciones de decidir si el músico y la figura que había visto eran la misma persona, o, si lo eran, si se trataba de Valancourt. Sin embargo, deseaba que Annette tratara de enterarse de si había algún prisionero en el castillo y también de sus nombres.

—¡Oh, querida mademoiselle! —dijo Annette—, olvidé hablaros de lo que me preguntasteis sobre las señoras, como ellas se llaman a sí mismas, que acaban de llegar a Udolfo. Que la signora Livona, a la que el signor llevó a su casa para que conociera a mi difunta señora en Venecia, es ahora su amante, y era entonces algo parecido, me atrevería a decir. Y Ludovico dice (pero guardad el secreto) que su *Excellenza* la presentó sólo para imponerse sobre los demás que habían empezado a comentar su comportamiento. Por eso, cuando la gente vio que mi señora la aceptaba, pensaron que habían oído hablar de un escándalo. Las otras dos son las amantes del signor Verezzi y del signor Bertolini; y el signor Montoni invitó a todas al castillo; y por eso, ayer organizó una gran fiesta; y allí estaban todos, bebiendo vino de la Toscana y de todas clases, y riendo y cantando, hasta que hicieron que el castillo se animara. Pero creo que fueron sonidos tristes, cuando hace tan poco de la muerte de mi pobre señora; y me trajeron a la cabeza lo que ella habría pensado, si los hubiera oído, pero ya no los puede oír, ¡pobrecilla!

Emily volvió la cabeza para ocultar su emoción y le pidió a Annette que se marchara y preguntara por los prisioneros que pudiera haber en el castillo, pero insistió en que lo hiciera con precaución y que en ningún caso mencionara su nombre o el de monsieur Valancourt.

—Ahora que pienso en ello —dijo Annette—, sí creo que hay prisioneros, porque oí a uno de los hombres del signor, ayer, en la habitación de los criados, hablar algo relacionado con rescates, y decir que había sido un buen asunto para su *Excellenza* coger algunos hombres que valían tanto como un botín por esos rescates. Y el otro murmuraba diciendo que sería bueno para el signor, pero no tanto para sus soldados, porque —dijo— no participamos de ello.

Esta información aumentó la impaciencia de Emily por saber más y Annette salió de inmediato para realizar su investigación.

La reciente decisión de Emily de renunciar a sus propiedades en favor de Montoni, se veía sometida ahora a nuevas consideraciones. La posibilidad de que Valancourt estuviera cerca de ella reanimó su fortaleza, y decidió enfrentarse a la amenaza de venganza, al menos hasta que pudiera estar segura de si estaba realmente en el castillo. Éste era su estado de ánimo, cuando recibió un mensaje de Montoni

requiriéndola para que se presentara en el salón de cedro, que obedeció temblorosa y, según acudía, tratando de animar su decisión con la idea de Valancourt. Montoni estaba solo.

—He venido a buscarte —dijo—, para darte otra oportunidad de que te retractes de tus últimas decisiones erróneas en relación a las propiedades del Languedoc, condesciendo a aconsejarte cuando podría obligarte. Si realmente estás engañada por la opinión de que tienes derecho alguno sobres esas propiedades, al menos, no persistas en el error, un error que comprobarás demasiado tarde que ha sido fatal para ti. No insistas en despertar mi resentimiento y firma los papeles.

—¿Si no tengo derecho alguno sobre esas propiedades, señor —dijo Emily—, de qué puede serviros que yo firme papel alguno referente a ellas? Si las tierras son vuestras por ley, ciertamente las poseéis, sin mi interferencia o mi consentimiento.

—No discutiré más —dijo Montoni, con una mirada que la hizo temblar—. ¡No he hecho más que perder el tiempo cuando he condescendido a razonar con una niña! Pero no permitiré que se siga jugando conmigo: que el recuerdo de los sufrimientos de tu tía, como consecuencia de su locura y de su obstinación, te sirvan de lección. Firma los papeles.

La resolución de Emily se quebró por un momento; se sumió en los recuerdos que Montoni había revivido y en la venganza con la que le amenazaba; pero entonces, la imagen de Valancourt, que desde hacía tanto tiempo le era tan querida y que quizá estaba ahora tan cerca de ella, acudió a su corazón, y, junto con los fuertes sentimientos de indignación, con los que había visto siempre, desde su infancia, los actos de injusticia, la inspiraron con un noble aunque imprudente coraje.

—Firma los papeles —dijo Montoni, más impacientemente que antes.

—Nunca, señor —replicó Emily—; esa petición me habría probado la injusticia de vuestra reclamación si en algún momento hubiera ignorado mi derecho.

Montoni se volvió hacia ella pálido de ira, mientras el temblor de su labio y la dureza de su mirada hacían que ella casi se arrepintiera de la crudeza de su frase.

—Entonces toda mi venganza caerá sobre ti —exclamó, con un horrible juramento—. Y piensa que no lo demoraré. Ni las propiedades del Languedoc, o Gascuña, serán tuyas; te has atrevido a poner en duda mi derecho, atrévete ahora a dudar de mi poder. ¡Tengo un castigo para ti que no has podido imaginar; es terrible! Esta noche, esta misma noche...

—¡Esta noche! —repitió otra voz.

Montoni se detuvo y se volvió, pero, recobrándose, continuó en tono más bajo.

—Acabas de ser testigo de un ejemplo terrible de obstinación y locura; sin embargo, esto, según parece, no ha sido suficiente para detenerte. Puedo hablarte de otros que te harían temblar sólo de oírlos.

Fue interrumpido por un gemido que pareció surgir de debajo de la habitación en

la que se encontraban; y, según lanzó una mirada a su alrededor, con la impaciencia y la ira reflejadas en sus ojos, una especie de sombra de miedo pasó por su rostro. Emily se sentó en una silla cerca de la puerta, ya que las distintas emociones que había soportado se imponían sobre ella; pero Montoni, tras una pausa que apenas duró un instante, prosiguió su discurso en voz baja y más amenazadora.

—Te lo digo, te daré algunas indicaciones sobre mi poder y mi personalidad que parece que no comprendes, ya que en otro caso no te enfrentarías a mí. Te podría decir que cuando haya tomado mi decisión... pero estoy hablando con una niña. Sin embargo, déjame que te repita que aunque lo que puedo contarte es terrible, no te beneficiaría, aunque tu arrepentimiento pusiera un fin de inmediato a tu oposición, no haría desaparecer mi indignación. Conseguiré mi venganza y que se cumpla mi justicia.

Un nuevo gemido surgió en la pausa que hizo Montoni.

—¡Sal ahora mismo de la habitación! —dijo, como no dándose cuenta del extraño sonido. Sin fuerzas para implorar su piedad, Emily se levantó, pero comprobó que no podía mantenerse en pie; la preocupación y el terror la dominaban, y cayó de nuevo desplomada en la silla.

—¡Fuera de mi presencia! —gritó Montoni—. Esa simulación de miedo corresponde a la heroína que se ha atrevido a despertar mi indignación.

—¿No habéis oído nada, signor? —dijo Emily, temblorosa y aún incapaz de abandonar la habitación.

—He oído mi propia voz —prosiguió Montoni, huraño.

—¿Y nada más? —dijo Emily, hablando con dificultad—. ¡Ahí está de nuevo! ¿No habéis oído nada ahora?

—Obedece mi orden —repitió Montoni—. Y por lo que se refiere a esos trucos, no tardaré en descubrir quién los practica.

Emily se levantó de nuevo y se esforzó al máximo para abandonar la habitación, mientras Montoni la seguía; pero, en lugar de llamar a sus criados para registrar la habitación, como había hecho en circunstancia similar, se dirigió a las murallas.

En su camino por el pasillo, Emily se detuvo un momento para descansar ante una ventana abierta. y vio a una partida de las tropas de Montoni en la montaña distante, y dejó de prestar atención porque la vista le había traído a la memoria la idea de los desgraciados prisioneros que tal vez traían al castillo. Por fin, al llegar a su habitación, se dejó caer en la cama, dominada por los nuevos horrores de la situación. Sus pensamientos estaban perdidos en el tumulto y la perplejidad, no podía ni arrepentirse ni aprobar su reciente conducta; sólo pudo recordar que estaba en manos de un hombre que no tenía otros principios que no fueran imponer su voluntad; y el asombro y pavor de las supersticiones, que la habían asaltado durante un momento, cedieron entonces a la fuerza de la razón.

Se vio al fin libre del sueño que la había transportado con la confusión de voces distantes, y el ruido que le parecía llegar, en el viento, desde los patios. Una esperanza repentina de que se acercaba algo mejor.se adueñó de su mente, hasta que recordó las tropas que había observado desde la ventana y dedujo que se trataba del grupo que Annette había dicho que esperaban que llegara a Udolfo.

Poco después oyó las voces por los vestíbulos y el ruido de los cascos de los caballos que se alejaban con el viento; a continuación, el silencio. Emily escuchó ansiosa por si oía los pasos de Annette en el corredor, pero la pausa de total tranquilidad continuó, hasta que de nuevo el castillo se vio lleno de tumulto y confusión. Oyó los ecos de muchas pisadas, que cruzaban en todas direcciones los vestíbulos y los corredores inferiores y, a continuación, fuertes voces en la muralla. Corrió hacia la ventana, viendo que Montoni estaba con varios oficiales apoyados en el muro, señalándoles algo, mientras varios soldados permanecían en el extremo más alejado alrededor de un cañón. Continuó observándolos, sin advertir el paso del tiempo.

Finalmente llegó Annette, pero sin información alguna sobre Valancourt.

—Mademoiselle —dijo—, todo el mundo pretende no saber nada de los prisioneros. ¡Pero hay algo oculto en este asunto! El resto del grupo acaba de llegar. Venían como escapados, como si se hubieran roto la cabeza. Era difícil saber quién iba a llegar antes al portón, si ellos o sus caballos. Y han traído noticias terribles. Dicen que un grupo enemigo, como ellos lo llaman, viene hacia el castillo. ¡Así que tendremos a todos los oficiales de la justicia! Todos esos hombres de mal aspecto que solíamos ver en Venecia.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Emily, fervorosamente—, ¡aún me queda una esperanza!

—¿Qué queréis decir, mademoiselle? ¿Deseáis caer en las manos de esos hombres de tan terrible aspecto? Solía temblar cuando me encontraba con ellos, y no habría supuesto lo que eran si Ludovico no me lo hubiera dicho.

—No podemos estar en peores manos que ahora —replicó Emily, sin reservas—. ¿Por qué supones que son oficiales de la justicia?

—Porque nuestras gentes están temerosas e inquietas, y no conozco otro miedo para ellos que el de la justicia, para que se alteren de ese modo. Antes pensaba que no había nada en el mundo que pudiera asustarlos, como no fuera un fantasma o algo así; pero ahora algunos de ellos se están escondiendo en los sótanos del castillo. No debéis decir nada de esto al signor, mademoiselle. He oído a dos de ellos hablando. ¡Virgen Santa! ¿Por qué estáis tan triste, mademoiselle? ¡No habéis oído lo que he dicho!

—Sí, te he oído, Annette, puedes continuar.

—Verá, mademoiselle, todo el castillo está revuelto. Algunos hombres cargan los

cañones y otros examinan las grandes puertas de entrada y los muros, y están martillando y reparando, como si no lo hubieran hecho hace poco. ¿Qué será de mí y de vos, mademoiselle, y de Ludovico? ¡Oh! ¡Cuando oiga el ruido del cañón me moriré de miedo! ¡Si pudiera pescar un poquito abierta, aunque sólo fuera por un minuto, la gran puerta de entrada! ¡Me compensaría por haberme tenido encerrada tras estos muros durante tanto tiempo!, y no me volverían a ver.

Emily prestó atención a las últimas palabras de Annette. «¡Oh! ¡Si pudiera encontrarla abierta, sólo un momento! —exclamó—, ¡mi paz estaría a salvo!» El profundo gemido que lanzó y el desvarío de su mirada, aterrorizaron a Annette más que sus palabras. Trató que Emily le explicara el sentido que les había dado, y de pronto se le ocurrió que Ludovico podía prestarles un gran servicio si surgía la posibilidad de escapar, tras lo cual le repitió en resumen lo que había sucedido entre Montoni y ella, pero suplicándole que no se lo contara a nadie excepto a Ludovico.

—Tal vez esté en su mano —añadió— la posibilidad de nuestra huida. Ve a buscarle, Annette, dile a lo que tengo que enfrentarme y lo que ya he sufrido; pero pídele que guarde el secreto y que no pierda tiempo alguno para intentar liberamos. Si está dispuesto a hacerlo será ampliamente recompensado. No puedo hablar con él yo misma porque podríamos ser vistos y tomarían todas las medidas para prevenir nuestra huida. Sé rápida, Annette, y, por encima de todo, discreta. Esperaré tu regreso en esta habitación.

La muchacha, cuyo corazón sencillo se había conmovido por lo que le había contado, estaba tan decidida a obedecer como Emily a servirse de ella y salió de inmediato de la habitación.

La sorpresa de Emily aumentó al reflexionar sobre los comentarios de Annette. «¡Pobre de mí! —dijo—, ¿qué pueden hacer los oficiales de justicia contra un castillo armado? No debe tratarse de eso». Tras seguir pensando en el asunto, concluyó que, tras el recorrido hecho por las bandas de Montoni por los alrededores, los habitantes se habrían levantado en armas y vendrían con los oficiales de Policía y un grupo de soldados a entrar en el castillo. «Pero ellos no saben —pensó—, que se trata de una fortaleza, ni-el número de hombres armados que lo defienden. ¡Excepto que pueda escaparme, no me queda esperanza alguna!»

Montoni, aunque no fuera exactamente lo que Emily sospechaba de él, un capitán de bandidos, había utilizado sus tropas en hazañas no menos atrevidas o menos atroces de las que habrían llevado a cabo si lo fueran. No sólo se habían dedicado al pillaje, en todas las oportunidades que encontraron con viajeros indefensos, sino que habían atacado y saqueado las mansiones de varias personas, situadas en zonas solitarias de las montañas, que carecían totalmente de preparación para resistir. En estas expediciones los comandantes del grupo no aparecieron, y los hombres, parcialmente disfrazados, habían sido confundidos en ocasiones con ladrones

comunes, y en otras por bandas de enemigos extranjeros que invadían el país en aquel período. Pero, aunque ya habían expoliado varias mansiones y traído considerables tesoros, sólo se habían aventurado a acercarse a un castillo, en un ataque en el que fueron asistidos por otras tropas de su propia calaña; sin embargo, fueron violentamente rechazados y perseguidos por algunos enemigos extranjeros que habían firmado una alianza con los atacados. Las tropas de Montoni huyeron precipitadamente hacía Udolfo, pero eran perseguidos tan de cerca por las montañas que, cuando alcanzaron una de las alturas en la vecindad del castillo y miraron hacia atrás por el camino, comprobaron que el enemigo avanzaba por las escarpaduras inferiores, y a no más de una legua de distancia. Ante este descubrimiento, avanzaron con mayor rapidez para que Montoni se preparara, y había sido su llegada lo que motivó la confusión y el tumulto que reinaban en el castillo.

Mientras Emily esperaba ansiosamente alguna información, vio desde su ventana un cuerpo de tropa que se acercaba por las alturas vecinas; y, aunque Annette había estado ausente muy poco tiempo y tenía una misión difícil y peligrosa que cumplir, su impaciencia por recibir noticias se hizo especialmente dolorosa: escuchó, abrió la puerta y salió varias veces al pasillo para encontrarse con ella.

Finalmente oyó pasos que se acercaban a su habitación y, al abrir la puerta, vio, no a Annette, ¡sino al viejo criado Cario! Nuevos miedos asaltaron su mente. Le dijo que venía por orden del signor, que le había mandado informarla de que debía prepararse inmediatamente para salir de Udolfo, ya que el castillo estaba a punto de ser sitiado y que ya se habían preparado unas mulas, con sus guías, para llevarla a un lugar seguro.

—¡Un lugar seguro! —exclamó Emily, pensativa—. ¿Entonces el signor tiene tanta consideración conmigo?

Cario bajó la vista y no contestó. Mil emociones opuestas conmovieron a Emily sucesivamente, según escuchaba a Cario; las de la alegría, el dolor, la desesperanza y los temores, aparecieron y desaparecieron de su mente con la velocidad del rayo. En un momento, le parecía imposible que Montoni hubiera tomado aquella decisión únicamente para preservarla de los peligros; y así era muy raro que la enviara fuera del castillo, que sólo podría atribuir a su decisión de ejecutar algún nuevo acto de venganza, con los que ya le había amenazado. Al momento siguiente parecía tan deseable abandonar el castillo, bajo cualquier circunstancia, que no podía evitar complacerse ante la idea, creyendo que el cambio sería para mejor, hasta que recordó la probabilidad de que Valancourt estuviera allí detenido, momento en el que se vio dominada por la pena y la desesperación, y deseó más fervientemente que antes que no fuera su voz la que había oído.

Carlo le recordó que no tenía tiempo que perder, ya que el enemigo estaba casi a las puertas del castillo. Emily le suplicó que le dijera adónde iría; y, tras algunas

dudas, dijo que había recibido órdenes de no comentárselo; pero ante su insistencia, replicó que creía que la llevarían a la Toscana.

—¡A Toscana! —exclamó Emily—, ¿y por qué allí?

Carlo contestó que no sabía nada más, que iba a ser hospedada en una casa en la frontera de Toscana, al pie de los Apeninos.

—No hay más de un día de camino —dijo.

Emily le despidió y con manos temblorosas preparó un pequeño paquete con sus cosas. Mientras lo preparaba, Annette regresó.

—¡Oh, mademoiselle! —dijo—. ¡No se puede hacer nada! Ludovico dice que el nuevo portero es aún más celoso que Bamardine, y que nos sería más fácil lanzamos al encuentro de un dragón que al suyo. Ludovico está tan desesperado como vos en su preocupación por mí, dice, ¡y estoy segura de que no viviré lo suficiente para oír el cañón disparar dos veces!

Comenzó a llorar, pero reanimada al oír lo que acababa de ocurrir, suplicó a Emily que la llevara con ella.

—Lo haré de muy buena gana —replicó Emily— si el signor Montoni lo permite.

Annette no contestó, pero corrió fuera de la habitación en busca de Montoni, que estaba en la terraza, rodeado por sus oficiales, cuando inició su petición. Agriamente le hizo una señal para que regresara al interior del castillo y rehusó absolutamente su solicitud. Sin embargo, Annette insistió no sólo pidiéndolo para ella sino para Ludovico; y Montoni tuvo que ordenar a algunos de sus hombres que la retiraran de su presencia, antes de que ella lo hiciera.

En la agonía de la desesperación regresó junto a Emily, que dedujo malas consecuencias para ella de aquella negativa, y quien, poco después, recibió el recado de acudir al gran patio, donde las mulas, con los que habían de conducirla, esperaban. Emily trató en vano de consolar a la llorosa Annette, que insistía en decir que no volvería a ver de nuevo a su querida señorita. Un temor, que su señora pensó secretamente que estaba demasiado justificado, pero que trató de ocultar, mientras, con aparente tranquilidad, se despidió de su afectuosa sirviente. Sin embargo, Annette la siguió hasta el patio, que estaba lleno de gente muy ocupada en los preparativos para recibir al enemigo, y, tras haberla visto montar en la mula y emprender la marcha con sus acompañantes, cruzando la entrada, regresó al castillo y lloró de nuevo.

Emily, mientras tanto, según volvía la vista hacia el castillo, que ya no tenía el silencio que advirtió cuando entró en él por primera vez, sino que se conmovía con los ruidos de la preparación para su defensa, así como se veía lleno de soldados y trabajadores, corriendo de una parte a otra; y, cuando cruzó una vez más bajo el enorme cerco de la puerta, que anteriormente la había conmovido con terror y desmayo, y mirando a su alrededor, vio que ya no había muros que limitaran sus

pasos, y sintió, pese a que era una anticipación, la inesperada alegría de un prisionero que se encuentra de pronto en libertad. Esta emoción no la dejó pensar imparcialmente en los peligros que la esperaban en el exterior; en las montañas infestadas de partidas hostiles, que aprovechaban cualquier oportunidad para el saqueo; y en un viaje iniciado con unos hombres cuyos rostros no hablaban ciertamente en favor de su intención. En aquel momento, sólo pudo alegrarse de que se había liberado de aquellos muros, tras los que había entrado con tan desesperados presentimientos; y, al recordar las supersticiones que se apoderaron entonces de ella, no pudo evitar una sonrisa por la impresión que habían causado en su mente.

Según miraba, con estas emociones, hacia los torreones del castillo, que se elevaba por encima de los árboles entre los que estaría el desconocido que creía que estaba confinado allí, regresó a su mente la ansiedad y el temor de que pudiera tratarse de Valancourt, lo que empañó su alegría. Pensó de nuevo en todas las circunstancias relacionadas con esa persona desconocida desde la noche en que le oyó por primera vez interpretar la canción de su provincia natal; circunstancia que había recordado y comparado tantas veces antes, y que seguía haciéndole creer que Valancourt estaba prisionero en Udolfo. Era posible, sin embargo, que los hombres que la custodiaban pudieran facilitarle alguna información sobre el asunto; pero, temiendo preguntarles inmediatamente, más aún pensando en que ninguno querría informar de nada en presencia de los otros, decidió esperar una oportunidad para hablar con ellos por separado.

Poco después, el sonido de una trompeta les llegó desde la distancia; los guías se detuvieron y miraron hacia la zona de donde había surgido el sonido, pero la espesura de los bosques que les rodeaban impedía la visión de lo que había más allá. Uno de los hombres avanzó hasta un punto más elevado, que permitía una vista más extensa, para observar lo cerca que estaba el enemigo, que suponía era de donde había partido el sonido de la trompeta. El otro se quedó con Emily, al que hizo algunas preguntas relacionadas con el desconocido de Udolfo. Ugo, porque éste era su nombre, dijo que había varios prisioneros en el castillo, pero que no recordaba quiénes eran ni podía precisar en qué momento fueron llevados allí, por lo que no podía darle información alguna. Había en su tono un cierto segundo sentido al hablar que hacía probable que no habría correspondido a sus preguntas aunque hubiera podido.

Al preguntarle qué prisioneros habían sido conducidos allí lo más próximo a la fecha en que oyó la música por primera vez, le contestó:

—Toda aquella semana estuve con un grupo, por las montañas, y no sé nada de lo que pasó en el castillo. Ya teníamos bastante trabajo entre manos.

El otro hombre, Bertrand, regresó y Emily dejó de preguntar. Cuando contó a su compañero lo que había visto, avanzaron en profundo silencio; mientras, Emily vio de cuando en cuando, entre los claros del bosque, aspectos parciales del castillo, las

torres del oeste, cuyas almenas estaban llenas de arqueros, y las murallas por debajo, donde los soldados corrían de una parte a otra o se ocupaban de preparar el cañón.

Al llegar al término del bosque se dirigieron hacia el valle en dirección opuesta a la que recorría el enemigo en su aproximación. Emily vio entonces toda la dimensión de Udolfo, con sus muros grises, torres y terrazas, por encima de los precipicios y de los bosques, y brillando parcialmente con las amas de los *condottieri*, cuando los rayos del sol, cruzando una nube otoñal, caían sobre una parte del edificio, cuyo aspecto restante permanecía en majestuosa oscuridad. Continuó mirando a través de sus lágrimas hacia aquellos muros, que, tal vez, encerraban a Valancourt, y que ahora, al alejarse la nube, se vieron iluminados por un inesperado esplendor que no tardó en oscurecerse, mientras los rayos del sol iluminaban las copas de los árboles y acentuaban los primeros tonos del otoño, que se habían asentado en la floresta. La espiral de la montaña ocultó al fin Udolfo a su vista y Emily se volvió, llena de pesar, hacia otros temas. El aliento melancólico del viento entre los pinos, que se extendían por encima de ellos, y el trueno distante de un torrente, colaboraron en su meditación y conspiraron con el aspecto salvaje del paisaje que la rodeaba, infundiendo en su mente emociones solemnes, aunque no desagradables, que no tardaron en verse interrumpidas por el estruendo distante del cañón, repetido en eco por las montañas. El sonido fue arrastrado por el viento y se repitió en reverberaciones cada vez más débiles, hasta perderse en un murmullo. Era la señal de que el enemigo había llegado al castillo y el temor por Valancourt atormentó de nuevo a Emily. Volvió sus ojos ansiosos hacia la parte donde había quedado el edificio, pero las alturas que la separaban lo ocultaban a su vista; sin embargo, vio la cumbre de la montaña que estaba frente a la que había sido su habitación, fijando la mirada como si aquello pudiera decirle lo que estaba sucediendo entonces. Los guías le recordaron por dos veces que se entretenía demasiado y que les quedaba mucho camino, antes de que pudieran apartarse de aquel lugar, e incluso cuando prosiguió su camino, se volvió varias veces, hasta que sólo un punto, iluminado por los rayos del sol, surgía en medio de las otras montañas.

El sonido del cañón afectó a Ugo como el sonido de la trompeta lo hace con los caballos de guerra; despierta el fuego de su naturaleza. Estaba impaciente por verse en medio de la lucha y masculló algunas protestas contra Montoni por haberle enviado en aquella misión. Los sentimientos de su camarada parecían bastante opuestos y adaptados mejor a las crueldades que a los peligros de la guerra.

Emily les hizo algunas preguntas relativas al lugar de su destino, pero sólo pudo saber que la llevaban a una casa en Toscana. Cada vez que mencionó el asunto tuvo la impresión de ver en los rostros de aquellos hombres una expresión maligna y astuta que la alarmó.

Era mediodía cuando salieron del castillo. Durante varias horas viajaron por

regiones solitarias en las que ni balidos de ovejas ni ladridos de perros pastores rompieron el silencio, y se encontraban ya demasiado lejos incluso para oír el trueno del cañón. Según avanzaba la tarde bajaron por precipicios llenos de bosques de cipreses, pinos y cedros hasta llegar a un pequeño valle, tan salvaje y recluido que si la Soledad buscara un lugar para habitarlo, «aquélla habría sido su residencia más apreciada». A Emily le pareció un lugar perfectamente adecuado para refugio de bandidos, y, en su imaginación, casi los vio moverse entre las ramas que se proyectaban sobre las rocas, donde sus sombras, alargadas por el sol del ocaso, cruzaban el camino, avisando al viajero del peligro. Tembló ante esta idea, y al mirar a sus conductores para comprobar si iban armados, ¡pensó que veía en ellos a los temidos bandidos!

En el pequeño valle le propusieron descabalgar.

—Porque —dijo Ugo— no tardará en caer la noche y en ese momento los lobos harían peligroso que nos detuviéramos.

Éste era un nuevo tema de alarma para Emily, pero inferior al que sufría con la idea de verse en aquella zona, a medianoche, con dos hombres como sus conductores. Acudieron a su mente oscuras y terribles sospechas de los propósitos de Montoni al enviarla allí. Trató de disuadir a los hombres de la parada y preguntó con ansiedad cuánto les quedaba de camino.

—Aún muchas leguas —replicó Bertrand—. Vos, signora, podéis hacer lo que queráis para comer, nosotros nos prepararemos una buena cena mientras podamos. Os aseguro que la vamos a necesitar antes de que acabemos nuestro viaje. El sol ya se está ocultando, nos apearemos ahí, bajo esa roca.

Su camarada asintió, y, dirigiendo las mulas fuera del camino, avanzaron hacia unas rocas escarpadas, cubiertas en la parte superior de cedros. Emily los siguió en tembloroso silencio. La ayudaron a bajar de la mula y, tras sentarse en la hierba, al pie de las rocas, sacaron algunos alimentos que llevaban preparados de los que Emily trató de comer un poco, más que nada para disimular sus temores.

El sol se ocultó tras las altas montañas del oeste, sobre las que empezó a extenderse un halo púrpura, y la oscuridad del crepúsculo se asentó sobre todo lo que les rodeaba. Ya no escuchaba con satisfacción el leve y suave murmullo de la brisa moviéndose entre los árboles, porque colaboraba con lo salvaje del paisaje y la hora de la tarde para deprimir su ánimo.

La inquietud relativa al prisionero en Udolfo había aumentado de tal modo que, comprobando que era impracticable hablar a solas con Bertrand sobre el asunto, volvió a plantear sus preguntas en presencia de Ugo; pero era o pretendía ser enteramente ignorante en relación con el desconocido. Cuando Bertrand abandonó el tema, siguió su conversación con Ugo, lo que le llevó a mencionar al signor Orsino y el incidente que le había obligado a marcharse de Venecia, tema sobre el que Emily

aventuró algunas preguntas. Ugo parecía muy enterado de los detalles de aquel trágico acontecimiento, y relató con minuciosidad lo sucedido, provocando la sorpresa y conmoviendo a Emily, porque le parecía muy extraordinario que toda aquella información pudiera ser conocida por alguien que no fueran las personas que habían estado presentes cuando se cometió el asesinato.

—Era alguien de importancia —dijo Bertrand—, en otro caso el estado no se habría molestado en buscar a sus asesinos. El signor ha tenido mucha suerte; ésta no es la primera vez que se ha visto metido en este tipo de asuntos y, claro está, cuando un caballero no tiene otro medio de obtener la victoria, tiene que hacerlo así.

—¡Ay! —dijo Ugo—, ¿y por qué no ha de ser ese medio tan bueno como otro? Es la manera de obtener justicia de una vez, sin darle más vueltas. Si acudes a la ley, debes esperar hasta que les convenga a los jueces y al final perder la causa. Por eso, el mejor camino es estar seguro de tu derecho, mientras puedas y ejecutar la justicia tú mismo.

—Así es —prosiguió Bertrand—, si esperas a que te hagan justicia, puede que tarde demasiado. Si yo quiero servir adecuadamente a un amigo mío, ¿cómo puedo conseguir mi venganza? Diez frente a uno me dirán que él tiene razón y que yo soy el equivocado. Si un tipo tiene una propiedad que yo creo debe ser mía, ¿por qué he de esperar, tal vez hasta morirme de hambre, a que la ley me lo dé y entonces, incluso, el juez pueda decir que la propiedad es suya? ¿Qué es lo que hay que hacer? La cosa está bien clara, debo quedarme con ella.

El horror de Emily al oír esta conversación se acrecentó con la sospecha de que la última parte de la misma iba dirigida contra ella, y que aquellos hombres habían sido comisionados por Montoni para ejecutar un tipo similar de *justicia,* en su causa.

—Pero estaba hablando del signor Orsino —prosiguió Bertrand—; es uno de ésos a los que les encanta hacer justicia de inmediato. Recuerdo que hace unos diez años, el signor tuvo una discusión con un caballero de Milán. Me contaron entonces la historia y se me ha quedado grabada en la cabeza. Discutieron por una dama que le gustaba al signor y que era lo suficientemente perversa para preferir a un caballero de Milán e incluso lo llevó tan lejos como para casarse con él. Esto provocó al signor, como era lógico, porque había tratado durante mucho tiempo de razonar con ella y solía enviarle gentes para darle serenatas bajo sus ventanas por la noche y escribir versos para ella y juraba que era la dama más hermosa de Milán. Pero no sirvió de nada, no había manera de hacerla entrar en razones. Y, como he dicho, ella fue tan lejos, como casarse con el otro caballero. Esto hizo que el signor se llenara de ira con deseos de venganza; decidió desquitarse y esperó su oportunidad, aunque no fue mucho, porque, poco después del matrimonio, se marcharon a Padua, estoy seguro que sin pensar lo que se les preparaba. El caballero se marchaba triunfante, pero no tardó en enterarse de otra clase de historia.

—¿Había prometido algo la dama al signor Orsino? —dijo Ugo.

—¡Prometido! No —replicó Bertrand—, no llegó ni siquiera a decirle que le agradaba, según oí, sino todo lo contrario, porque solía decir, desde el principio, que jamás se iría con él. Y esto fue lo que provocó al signor y con razón, porque, ¿a quién le gusta oír que es desagradable?, y se lo dijo así de claro. No le pareció bastante decirle eso; se marchó y se casó con otro.

—¡Cómo! ¿Se casó sólo para ofender al signor? —dijo Ugo.

—De eso no estoy enterado —replicó Bertrand—, dijeron que llevaba tiempo interesada en el otro caballero, pero eso no tiene que ver con el asunto, no tendría que haberse casado con él, y así el signor no se habría visto provocado. Podía haberse esperado lo que iba a ocurrir; no podía suponer que él iba a aceptar su comportamiento. Pero, como decía, salieron para Padua, ella y su marido, y el camino se extiende por una serie de montañas desnudas como ésas. Aquello servía bien a los propósitos del signor. Vigiló el momento de su marcha y envió a sus hombres tras ellos con instrucciones sobre lo que debían hacer. Se mantuvieron a cierta distancia, hasta que vieron su oportunidad, y aquello no ocurrió hasta el segundo día de viaje, cuando el caballero había enviado a sus criados por delante a la próxima ciudad para que prepararan los caballos de refresco. Los hombres del signor aceleraron el paso y alcanzaron al carruaje en un pasadizo entre dos montañas, donde los bosques impedían que los criados vieran lo que pasaba aunque aún no estaban muy lejos. Cuando llegamos, disparamos nuestros trabucos, pero fallamos.

Emily se puso pálida al oír estas palabras y confió en que se hubiera confundido mientras Bertrand proseguía.

—El caballero disparó de nuevo, pero fue forzado a apearse y en el momento en que se volvía para llamar a su gente, cayó. Fue lo más tremendo que podías haber visto. Recibió en la espalda tres estiletes al mismo tiempo. Cayó y fue despachado en un minuto; pero la señora escapó, ya que los criados habían oídos los disparos y llegaron antes de que se pudiera hacer algo con ella. «Bertrand», dijo el signor, cuando sus hombres regresaron...

—¡Bertrand! —exclamó Emily, pálida de horror, que no se había perdido una sílaba de la historia.

—¿He dicho Bertrand? —prosiguió el hombre confuso—. No, Giovanni. Pero he olvidado dónde estaba. «Bertrand», dijo el signor...

—¡De nuevo Bertrand! —dijo Emily, con voz desfallecida—. ¿Por qué repetís ese nombre?

Bertrand lanzó un juramento.

—¿Qué importa —prosiguió—, que el hombre se llamara Bertrand, o Giovanni, o Roberto?, da lo mismo. Me habéis confundido dos veces con esa pregunta. Bertrand, o Giovanni, o lo que queráis. «Bertrand —dijo el signor—, si tus camaradas hubieran

cumplido con su deber como tú, no habría perdido a la dama. Ve, mi buen compañero, aquí tienes esto». Me dio una bolsa de oro, que era bastante poco, considerando el servicio que le había prestado.

—Vamos, vamos —dijo Ugo—, bastante poco, bastante poco.

Emily respiraba con dificultad y casi no podía sostenerse. Cuando vio por primera vez a aquellos hombres, su apariencia y su relación con Montoni habían sido suficiente para impresionarla en su desesperación; pero ahora, cuando uno de ellos había confesado ser un asesino, y se vio, al acercarse la noche, bajo su guía, en medio de las montañas agrestes y solitarias, y yendo hacia un lugar casi desconocido, se vio atormentada por el terror más agonizante, que resultaba aún menos soportable ante la necesidad que sentía de ocultar todos los síntomas a sus acompañantes. Reflexionando sobre el comportamiento y las amenazas de Montoni, no parecía improbable que la hubiera entregado en sus manos con el propósito de que fuera asesinada y así asegurarse, sin nuevas oposiciones o demoras, las propiedades por las que llevaba luchando tanto tiempo y tan desesperadamente. Sin embargo, si éste era su propósito, no parecía necesario enviarla a tal distancia del castillo, porque si el temor a que fuera descubierto no le había decidido a perpetrar allí su acción, un lugar mucho más próximo hubiera sido suficiente para ocultarla. Estas consideraciones no se le ocurrieron de inmediato a Emily, en la que tantas circunstancias conspiraban para despertar su terror, cuando no tenía poder para oponerse a ellas o analizar fríamente los detalles; y si lo hubiera hecho, había en cualquier caso muchas apariencias que habrían justificado demasiado bien sus más terribles temores. No se atrevía a hablar con sus conductores, ya que temblaba al mero sonido de sus voces y cuando, de vez en vez, les lanzaba alguna mirada, sus rostros, vistos imperfectamente en la oscuridad de la tarde, colaboraban en la confirmación de sus temores.

Hacía ya algún tiempo que se había ocultado el sol; pesadas nubes, cuyas partes más bajas estaban teñidas de bermellón sulfuroso, se extendían hacia el oeste y lanzaban tonos rojizos sobre el bosque de pinos, que producía un ruido solemne al cruzar la brisa entre sus ramas. El ambiente oprimió más el corazón de Emily y le hizo ver más desesperadas y terroríficas todas las cosas que la rodeaban, las montañas, oscurecidas en el crepúsculo; las torrenteras relucientes, rugiendo con fuerza; los bosques ennegrecidos, y el profundo valle, roto por las zonas rocosas, cubiertas en lo alto por cipreses, agitados en la oscuridad. Para Emily, al contemplarlo con su mirada inquieta, aquello no tenía final; ni una cabaña ni una choza asomaban en el paisaje, ni siquiera el distante ladrido de un perro pastor. Con voz trémula se atrevió a recordar a sus guías que se estaba haciendo tarde y volvió a preguntar si les quedaba mucho camino. Estaban tan ocupados en su charla que no atendieron su pregunta, y que no se atrevió a repetir temiendo una agria respuesta. Sin embargo, poco después, tras haber concluido su cena, los hombres guardaron lo

que habían sacado y prosiguieron por el valle en silencio. Emily volvió a meditar sobre su situación y los motivos de Montoni para todo aquello. No podía dudar de que se debía a siniestros propósitos contra ella; y parecía que, si no intentaba destruirla con la idea de apoderarse inmediatamente de sus propiedades, tenía la intención de mantenerla un tiempo escondida por alguna razón terrible que pudiera al mismo tiempo satisfacer su avaricia y más aún su profunda venganza. En ese momento, recordando al señor Brochio y su comportamiento en el pasillo unas pocas noches antes, la última suposición, pese a lo terrible que le resultaba, se afirmó en su creencia. Sin embargo, ¿por qué sacarla del castillo, donde actos oscuros, según temía, habían sido ejecutados con frecuencia y en el secreto?... de las habitaciones, que tal vez... estaban llenas de inmundicias, y manchas de asesinatos a medianoche.

El temor de lo que iba a encontrarse se hizo tan excesivo que en ocasiones amenazó sus sentidos; y, tan pronto como pensaba en ello, acudía a su mente el recuerdo de su padre desaparecido y de lo que habría sufrido si hubiera podido presentir los tremendos acontecimientos de su vida futura, y que ansiosamente había evitado la fatal confianza que le llevó a poner a su hija al cuidado de una mujer tan débil como madame Montoni. También le parecía improbable su propia situación, particularmente cuando la comparaba con el reposo y la belleza de sus primeros días, y hubo momentos en los que casi se creyó víctima de visiones atormentadas, producto de una fantasía desordenada.

Al contenerse por la presencia de sus guías en la expresión de sus terrores, su agudeza se transformó al fin en entristecida desesperanza. La visión espantosa de lo que podía esperarla al término de su viaje la hizo casi indiferente a los peligros que la rodeaban. Pudo mirar, con poca emoción, el salvaje escenario y la tristeza del camino y de las montañas, cuya silueta sólo era distinguible con un esfuerzo, detalles que la habían afectado de tal modo que habían despertado horribles visiones del futuro y sumido en su propia desesperación.

Se había puesto tan oscuro que los viajeros, que avanzaban al paso más lento posible, apenas podían ver el camino. Las nubes, que parecían cargadas con la tormenta, pasaban lentamente por el cielo, ocultando a intervalos las vigilantes estrellas, mientras las ramas de los cipreses se asomaban por la brisa sobre el valle y se volvían hacia los bosques más alejados. Emily sintió un escalofrío.

—¿Dónde está la antorcha? —dijo Ugo—, está muy oscuro.

—No tan oscuro aún —replicó Bertrand—, de momento podemos seguir el camino, y es mejor no encender la antorcha mientras podamos evitarlo, porque podrían descubrirnos si pasara cerca algún grupo enemigo.

Ugo murmuró algo que Emily no entendió y continuaron en medio de la oscuridad, mientras que casi deseó que el enemigo los descubriera, porque en el cambio cabía la esperanza y no podía imaginar una situación peor que la suya en

aquel momento.

Según avanzaban lentamente se sorprendió al ver una llama que aparecía a intervalos en la punta de la pica que llevaba Bertrand, que le recordó la que había observado en la lanza del centinela, la noche que murió madame Montoni y que aquel hombre le dijo que era un augurio. El hecho pareció justificar la afirmación, y una impresión supersticiosa que quedaba en la imaginación de Emily que confirmaba el que apareciera en aquel momento. Pensó que se trataba de un augurio de su propio destino, y vigiló cómo, sucesivamente, aparecía y desaparecía, en un conmovido silencio que fue interrumpido por Bertrand.

—Encendamos la antorcha —dijo— y busquemos cobijo en el bosque; se acerca la tormenta, mira mi lanza.

La extendió hacia delante, con la llama luciendo en la punta.[30]

—Vamos —dijo Ugo—, tú no serás uno de ésos que cree en augurios: hemos dejado en el castillo a algunos cobardes que se pondrían pálidos al verlo. Por mi parte lo he comprobado tantas veces que sé que es sólo un augurio de tormenta y la tenemos aquí. Las nubes ya empiezan con los relámpagos.

Emily se consoló con esta conversación de algunos de los terrores de la superstición, pero aumentaron los de la razón, cuando, esperando mientras Ugo buscaba una piedra para hacer fuego, vio los relámpagos sobre el bosque en el que iban a entrar, que iluminaron los duros rostros de sus acompañantes. Ugo no conseguía encontrar una piedra y Bertrand se impacientó porque los truenos sonaban con mayor fuerza en la distancia y los relámpagos se hacían más frecuentes. A veces, ponían al descubierto los accesos más próximos del bosque o descubrían alguna abertura en sus copas, iluminando el suelo con esplendor, ya que el espeso follaje de los árboles mantenía el resto envuelto en profundas sombras.

Ugo encontró finalmente una piedra y encendieron la antorcha. Los hombres desmontaron y, tras ayudar a Emily, condujeron las mulas hacia el bosque que bordeaba el valle por la izquierda, que se interrumpía con trozos de troncos y plantas salvajes que la obligaban a andar en círculos para evitarlos.

No podía aproximarse al bosque sin experimentar un sentido más claro de su peligro. El profundo silencio, excepto cuando el viento se movía entre las ramas, las sombras impenetrables iluminadas parcialmente por los resplandores repentinos y el rayo rojo de la antorcha, que servía únicamente para hacer «visible la oscuridad», eran circunstancias que contribuían a renovar sus más terribles temores. También pensó, en aquel momento, que los rostros de sus conductores mostraban su fiereza más que de costumbre, mezclada con una exaltación que parecían intentar disimular. Acudió a su mente la idea de que la llevaban hacia el bosque para completar la decisión de Montoni con su asesinato. La terrible sugestión hizo brotar un gemido desde el fondo de su corazón que sorprendió a sus acompañantes, que se volvieron

rápidos hacia ella, y les preguntó por qué la llevaban allí, tratando de convencerles de que continuaran su camino por el valle que le parecía menos peligroso que el bosque, ante la tormenta.

—No —dijo Bertrand—, sabemos muy bien dónde está el peligro. Ved cómo se abren las nubes por encima de nosotros. Además podemos deslizaos bajo los árboles sin correr el azar de ser vistos, si es que algún enemigo cruza por aquí. Por San Pedro y todos los Santos, tengo tanto valor como el que más, como muchos pobres diablos podrían asegurar si siguieran vivos, pero ¿qué podríamos hacer contra una tropa?

—¿De qué estás hablando? —dijo Ugo enfadado—, ¿quién tiene miedo a una tropa? Deja que vengan, aunque sean tantos como los que cabrían en el castillo del signor. Les demostraría lo que es luchar. A ti te dejaría en un escondite seguro y seco desde donde pudieras mirar y verme en medio de la lucha. ¿Quién habla de miedo?

Bertrand replicó, con un tremendo juramento, que no le gustaban esas bromas, y se enredaron en una violenta disputa, que fue silenciada finalmente por el trueno, cuya profunda voz se oyó venir de lejos, rodando hasta que estalló sobre sus cabezas con ruidos que parecían sacudir la tierra hasta su centro. Los rufianes se detuvieron y se miraron. Entre los grupos de árboles, los relámpagos se extendían e iluminaban el suelo y Emily miró hacia las montañas que parecían cubiertas de llamas lívidas. En aquel momento sintió, tal vez, menos miedo de la tormenta que de sus acompañantes, porque otros temores ocuparon su imaginación.

Los hombres descansaron bajo un enorme castaño y clavaron sus picas en el suelo, a cierta distancia, por sus extremos de hierro, en los que Emily observó repetidas veces la luz, y los volvieron hacia la tierra.

—¡Me gustaría estar en el castillo del signor! —dijo Bertrand—, no sé por qué nos ha enviado a este asunto. ¡Silencio! ¡Cómo suena esto por allá arriba! Casi estoy dispuesto a hacer de sacerdote y rezar. Ugo, ¿tienes un rosario?

—No —replicó Ugo—, dejo a los cobardes como tú que lleven rosarios. Yo llevo la espada.

—¡Te debe servir de mucho para luchar con la tormenta! —dijo Bertrand.

Un nuevo trueno, que reverberó con tremendos ecos por las montañas, los silenció durante un momento. Según se alejaba, Ugo propuso que siguieran.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo—, las ramas espesas de los árboles nos cobijarán igual que este castaño.

Emprendieron de nuevo el camino conduciendo las mulas entre los árboles y avanzando entre la hierba que ocultaba sus raíces llenas de nudos. El viento, cada vez más fuerte, competía con el trueno, pasando con furia entre las ramas y haciendo más brillante la llama roja de la antorcha, que lanzaba una luz más intensa por el bosque y les mostraba los lugares en que podían esconderse los lobos de los que Ugo había hablado antes.

La fuerza del viento pareció alejar la tormenta, y los truenos empezaron a oírse en la distancia hasta desaparecer. Tras avanzar entre los árboles durante casi una hora, en la que los elementos de la naturaleza habían vuelto al reposo, los viajeros, ascendiendo gradualmente se encontraron en un lado abierto de la montaña, con un ancho valle, extendiéndose a la luz de la luna, a sus pies, y por encima, el cielo azul con las finas nubes que quedaban tras la tormenta y que se perdían en el límite del horizonte.

Al salir del bosque, el ánimo de Emily comenzó a revivir porque consideró que si aquellos hombres habían recibido la orden de destruirla, habrían ejecutado su bárbaro propósito en aquella solitaria zona de la que acababan de salir, en la que su acto habría quedado oculto al ojo humano, consolándose con estas reflexiones y por el tranquilo comportamiento de sus guías. Emily, según procedían silenciosamente por una especie de cañada que se extendía por la falda del bosque, que ascendía por la derecha, no pudo ignorar la belleza dormida del valle al que se dirigían, sin una sensación momentánea de satisfacción. Su variedad con bosques y pastos se veía rodeada por el norte y el este por el anfiteatro de los Apeninos, cuya silueta en el horizonte parecía rota por variadas y elegantes formas. Hacia el oeste y el sur, el paisaje se extendía hacia la Toscana.

—Allí está el mar —dijo Bertrand, como si supiera que Emily estaba contemplando el paisaje—, allí hacia el oeste, aunque no podamos verlo.

Emily percibió de inmediato el cambio climático del salvaje y montañoso que había dejado y, según continuaban el descenso, el aire se perfumó con el aroma de miles de flores entre la hierba, despierto por la reciente lluvia. Era tal la belleza del paisaje que la rodeaba y tan en contraste con la triste grandeza del que había servido para tenerla confinada y las actitudes de las gentes que se movían en él, que casi tuvo la impresión de verse de nuevo en La Vallée y se preguntó por qué Montoni la había enviado allí apenas sin creerse que hubiera elegido un lugar tan encantador para un cruel destino. Sin embargo, era probable que no fuera el lugar, sino las personas que lo habitaban, a las que hubieran encomendado la ejecución sin riesgo de sus planes, cualesquiera que fuesen, lo que había determinado su elección.

Se aventuró de nuevo a preguntar si ya se encontraban cerca de su destino y Ugo le dijo que no les quedaba mucho camino.

—Sólo el bosque de castaños en el valle, allí, por el río, que reluce a la luz de la luna; me gustaría poder descansar con un poco de buen vino y una loncha de jamón de Toscana.

El ánimo de Emily se reanimó al saber que el viaje estaba a punto de concluir y miró el bosque de castaños en una apertura del valle, a la orilla de una corriente.

En poco tiempo alcanzaron la entrada en el bosque y percibió, entre las hojas, una luz en la ventana de una casa de campo en la distancia. Continuaron su camino por la

orilla del río, donde estaban los árboles, que tapaban los rayos de luna, pero a lo largo del sendero, la luz, desde la casa de campo, iluminaba la corriente. Bertrand se apeó primero y Emily le oyó llamar a la puerta. Cuando ella se acercaba, la pequeña ventana superior, donde habían visto la luz, fue abierta por un hombre, que, tras preguntar qué era lo que querían, descendió inmediatamente y les hizo pasar a un interior limpio y rústico, y llamó a su mujer para que dispusiera un refrigerio para los viajeros. Según aquel hombre hablaba en un aparte con Bertrand, Emily le contempló ansiosamente. Era un campesino alto, pero no robusto, de complexión media, con mirada algo inquisitiva. Su rostro no era de ésos que permiten ganarse la confianza de los jóvenes, y no había nada en su actitud que pudiera tranquilizar a un desconocido.

Ugo reclamó impaciente la cena en un tono que confirmaba que su autoridad era incuestionable.

—Les esperaba hace una hora —dijo el campesino—, ya que había recibido una carta del signor Montoni diciendo que estaríais aquí hace tres horas. Mi mujer y yo renunciamos a esperaros y nos fuimos a la cama. ¿Cómo habéis escapado de la tormenta?

—Bastante mal —replicó Ugo—, bastante mal, y vais a lograr que todo vaya también bastante mal aquí, a menos que os deis más prisa. Dadnos más vino y dejadnos ver lo que tenéis para comer.

Los campesinos situaron todo en una mesa delante de ellos; lo que su casa podía aportar, jamón, vino, higos y uvas de un tamaño y sabor que Emily había probado raramente.

Después de tomar la cena, Emily fue conducida por la mujer del campesino a una pequeña alcoba, donde le hizo algunas preguntas relativas a Montoni, a las que la mujer, que se llamaba Dorina, contestó con reserva, pretendiendo ignorar las pretensiones de su *Excellenza* al enviarla allí, pero reconociendo que s u marido había recibido un premio por ello. Dándose cuenta de que no podría obtener información alguna referente a su destino, Emily despidió a Dorina y se retiró a descansar; pero todas las escenas del pasado y las que imaginaba sobre su futuro se agolparon en su mente inquieta y conspiraron con los sentidos impidiéndole dormir.

Capítulo VII

No había nada alrededor salvo impresiones de reposo,
alamedas de sueño confortante, y, en medio, serenos prados,
y lechos de flores que buscan influencias somnolientas
en el aroma de las amapolas, y riberas de grato verdor,
donde nunca habían visto pasar a criatura alguna.
Entretanto, juegan innumerables riachuelos, brillantes,
y arrojan a todas partes su resplandor de agua,
que, al repiquetear, bajo el sol del cielo raso,
aunque en calma, producen un moderado murmullo.

THOMSON

Cuando Emily abrió la ventana a la mañana siguiente se sorprendió al observar la belleza que la rodeaba. La casa estaba dentro del bosque, formado fundamentalmente por castaños, mezclados con algunos cipreses, alerces y falsos plátanos. Bajo las ramas oscuras y extendidas aparecían, hacia el norte y hacia el este, los Apeninos, alzándose en anfiteatro lleno de majestad, no oscurecidos por los pinos, como estaba acostumbrada a verlos, sino sus más lejanas cumbres cubiertas con espesas florestas de castaños, robles y otros árboles, animados ahora con los ricos tonos del otoño, y que descendían hasta el valle ininterrumpidamente, salvo cuando algún promontorio rocoso surgía de entre las ramas y captaba los rayos del sol. Los viñedos se extendían a lo largo de las laderas de la montaña, donde las elegantes villas de los nobles toscanos adornaban con frecuencia el paisaje, rodeadas con las plantaciones de olivos, naranjos y limoneros. La llanura, sobre la que se inclinaban, estaba coloreada con los ricos tonos de los cultivos, cuyos contrastes se mezclaban en armonía bajo el sol italiano. Parras, con sus racimos de color púrpura brillando entre las ramas, colgaban en festones espectaculares desde las ramas de las higueras y de los cerezos, mientras los pastos, de un color que Emily había visto en muy pocas ocasiones en Italia, enriquecían las riberas de una corriente de agua que, tras descender desde las montañas, se extendía por el paisaje, reflejándolo, en su camino hacia el mar. Allí, en el oeste lejano, las aguas, juntándose con el cielo, ofrecían un tono púrpura desvanecido, y la línea de separación entre ellos se hacía a veces discernible por el movimiento de algún barco, iluminado por el sol, que avanzaba por el horizonte.

La casa, que tenía toda la sombra del bosque y que sólo recibía el sol de la tarde, estaba rodeada enteramente por los emparrados, las higueras y jazmines, cuyas flores

sobrepasaban en tamaño y fragancia todas las que Emily había visto. Los jazmines y los racimos maduros de uvas que colgaban alrededor de su ventana se mezclaban con la variedad de perfumes de las flores silvestres y de las hierbas, y, en el margen opuesto de la corriente, que llenaba todo de frescura, se elevaban los grupos de naranjos y limoneros. Aquello, aunque situado frente a la ventana de Emily, no interrumpía su visión, sino que la hacía más grata, por sus tonos verde oscuro y el efecto de la perspectiva; y para ella aquel lugar estaba lleno de dulzuras, cuyos encantos influyeron imperceptiblemente en su mente para su propia serenidad.

La hija de los campesinos la llamó para el desayuno. Era una muchacha de unos diecisiete años, de rostro agradable, a la que Emily contempló con agrado, animándose con los afectos puros de la naturaleza, aunque los otros, los que la rodeaban, expresaran más o menos las peores cualidades: crueldad, ferocidad, astucia y traición; del último estilo eran especialmente los rostros del campesino y de su mujer. Maddelina habló poco, pero lo que dijo fue con voz suave y con aire modesto y complaciente, que interesó a Emily, que desayunó en una mesa aparte con Dorina, mientras Ugo y Bertrand se atiborraban del jamón y vino de Toscana con su anfitrión, cerca de la puerta de la casa. Cuando acabaron, Ugo se levantó con rapidez, reclamando su mula, y Emily supo que iba a regresar a Udolfo, mientras Bertrand permanecería en la casa; una circunstancia que, aunque no la sorprendió, sí la llenó de angustia.

Cuando Ugo se hubo marchado, Emily se propuso pasear por los bosques próximos; pero, al ser informada de que no podría salir de la casa sin ir acompañada por Bertrand, se retiró a su habitación. Allí, con los ojos fijos en las cumbres de los Apeninos, recordó las terribles escenas que le ofrecieron y los horrores que había sufrido la noche anterior, particularmente en el momento en que Bertrand se traicionó a sí mismo reconociendo que era un asesino. Estos recuerdos despertaron un cúmulo de imágenes, que al abstraerla de sus consideraciones sobre su propia situación, le permitieron expresarlas en las líneas siguientes, contenta de haber descubierto un medio inocente por el que podía librarse durante una hora de su desgracia.

EL PEREGRINO

Despacio por los Apeninos, con los pies sangrando,
un paciente Peregrino teje su camino solitario,
para engalanar el trono de la Virgen de Loreto,
con la pequeña riqueza que su fervor pueda ofrendar,
desde las cumbres de las montañas frío muere el rayo de la tarde,
y, extendido en el crepúsculo, adormece el valle en el fondo;
y entonces, al fin, la última franja púrpura del día
a lo ancho del melancólico Oeste se desvanece lenta.

En lo alto, sobre su cabeza, los pinos inquietos se lamentan,
cuando sobre sus copas se agita la brisa de la noche;
en lo más hondo, la ronca corriente increpa en vano a las rocas;
el Peregrino se detiene en el vértigo de la altura,
entonces se apresura con paso cauteloso hacia el valle,
porque se ve oscuramente l a cruz de una ermita,
coronando una roca, y allí podría descansar su cojera,
confortando en la cueva del buen hombre, al resplandor de la leña,
sobre camas frondosas, sin engaños que molestaran su sueño.
¡Infeliz Luke! ¡Confía en una pista traidora!
Tras las rocas acecha escondido el ladrón;
no había luna amiga que proyectara su sombra gigante
por el camino, para preservar la sangre del Peregrino;
al avanzar cantaba un himno de vísperas,
el himno que por las noches le calmaba en el reposo.
¡El rufián saltó fiero sobre su presa i ndefensa!
El Peregrino moría desangrado, sus párpados cerrados.
¡Sin embargo, su espíritu humilde no tuvo en cuenta la venganza,
sino, muriendo, por la vida de su asesino, ¡pensó en una santa oración! [31]

Prefiriendo la soledad de su cuarto a la compañía de las personas que había en el piso de abajo, Emily cenó en ella, y Maddelina tuvo que ocuparse de ello. De su simple conversación supo que el campesino y su esposa eran antiguos habitantes de la casa, que había sido comprada para ellos por Montoni, en recompensa por algún servicio que le había hecho Marco hacía muchos años. Marco era algo pariente de Carlo, el mayordomo del castillo.

—Hace tantos años, signora —añadió Maddelina—, que no estoy enterada de ello; pero mi padre le hizo al signor un buen servicio, porque mi madre le dice con frecuencia que esta casa era lo menos que podía haberle dado.

Emily prestó gran atención a estos detalles, con doloroso interés, ya que parecían dar una impresión temible del carácter de Marco, cuyo servicio había sido premiado de ese modo por Montoni, y casi no dudó de que fuera algo criminal. Si era así, lo que tenía demasiadas razones para creer, habría sido puesta en sus manos con algún propósito desesperado.

—¿Has oído si hace muchos años que tu padre realizó ese servicio del que habla? —preguntó Emily, que estaba considerando el hecho de la desaparición de la signora Laurentini de Udolfo.

—Fue poco antes de que viniera a vivir a esta casa, signora —replicó Maddelina —, y eso debe hacer unos dieciocho años.

Era más o menos el período en que la signora Laurentini había desaparecido, y Emily pensó que Marco le habría ayudado en aquel asunto misterioso y, tal vez, ¡había sido utilizado como asesino! Este horrible pensamiento se apoderó de ella con tal profundidad que Maddelina salió de la habitación sin que se diera cuenta y permaneció inconsciente ante todo lo que la rodeaba durante bastante tiempo. Las lágrimas, finalmente, llegaron para consolarla, con las que su ánimo se calmó, cesó de temblar ante la idea de terribles males que pudieran no llegar nunca, y tuvo la decisión suficiente para tratar de borrar esos pensamientos con la consideración de sus propios intereses. Recordó los pocos libros que en su rápida marcha de Udolfo había puesto en su equipaje y se sentó ante la ventana, mientras sus ojos pasaban con frecuencia de las páginas al paisaje, cuya belleza la sumergió gradualmente en grata melancolía.

Allí quedó sola hasta la tarde y vio cómo el sol descendía por el oeste, lanzando toda la pompa de su luz y sombra sobre las montañas, y brillaba en el océano distante y en los barcos deslizantes, al reflejarse en las aguas. Entonces, en la hora pensativa del crepúsculo, su imaginación volvió a Valancourt, al recuerdo de todos los detalles relacionados con la música a medianoche y todo lo que podía ayudarla a razonar sobre su posible prisión en el castillo, y se afirmó en la suposición de que era su voz la que había oído, en un recuerdo que la llenó de emociones y pesares momentáneos.

Animada por el aire fresco y fragante, su espíritu se sumergió en un estado de suave melancolía por el permanente murmullo del riachuelo y de los bosques que la rodeaban, permaneciendo ante la ventana hasta mucho después de que el sol se hubiera ocultado, contemplando cómo el valle desaparecía en la oscuridad, hasta que la silueta de las montañas que la rodeaban, proyectándose en el horizonte, fue lo único visible. Pero no tardó en aparecer la luz clara de la luna, que dio al paisaje lo que el tiempo a las escenas de la vida pasada, cuando suaviza todos sus aspectos más duros y lanza sobre el conjunto la sombra leve de la contemplación a distancia. Las escenas de La Vallée, en los primeros años de su vida, cuando estaba protegida y era querida por sus padres con cariño igual, se presentaron en la memoria de Emily como el futuro que tenía entonces ante ella, despertando dolorosas comparaciones. Al no estar dispuesta a enfrentarse a la actitud de la mujer del campesino se quedó sin cenar en su habitación, mientras lloraba de nuevo por su peligrosa situación, que dominó por completo los restos de ánimo que le quedaban, reduciéndola a una desesperación temporal, al extremo de desear verse libre del terrible peso de la vida que llevaba tanto tiempo oprimiéndola y rezando al cielo para que se la llevara, en su misericordia, con sus padres.

Fatigada por el llanto, se echó finalmente en la cama y se quedó dormida. Poco después la despertaron unos golpes en la puerta de su habitación. Se puso en pie llena de terror y oyó una voz que la llamaba. La visión de Bertrand, con un estilete en la

mano, se presentó ante su imaginación aterrorizada, y ni abrió la puerta ni contestó, escuchando en profundo silencio, hasta que la voz repitió su nombre en el mismo tono, y preguntó quién llamaba.

—Soy yo, signora —replicó la voz, que ahora identificó claramente como la de Maddelina—, os ruego que abráis la puerta. No os asustéis, soy yo.

—¿Qué es lo que te trae aquí a estas horas, Maddelina? —preguntó Emily, al dejarla entrar.

—¡Silencio! ¡Signora, por amor de Dios, silencio! Si nos oyen nunca me lo perdonarán. Mi padre, mi madre y Bertrand se han ido a la cama —continuó Maddelina, mientras cerraba suavemente la puerta y avanzaba sin hacer ruido—, os he traído algo de cena, ya que no habéis bajado. Aquí tenéis algunas uvas e higos, y media copa de vino.

Emily le dio las gracias, pero le expresó el temor de que su bondad pudiera traerle la indignación de Dorina, cuando se diera cuenta de que faltaba fruta.

—Llévatelo, Maddelina —añadió Emily—, prefiero pasar sin ello antes de que este acto de bondad pueda ocasionar el disgusto de tu madre.

—¡Oh, signora!, no hay ningún peligro —replicó Maddelina—, mi madre no podrá echar de menos esta fruta porque os la he guardado de mi propia cena. Me haréis muy desgraciada, signora, si os negáis a comerla.

Emily se vio tan afectada por la generosidad de aquella buena muchacha que permaneció algunos momentos incapacitada para replicar, y Maddelina la contempló en silencio, hasta que, confundiendo la causa de su emoción, dijo:

—¡No lloréis, signora! Mi madre es un poco dura a veces, pero en seguida se le pasa, no os lo toméis muy a pecho. También me regaña a mí, pero me he acostumbrado a soportarlo y, cuando termina, si puedo escaparme al bosque y jugar un rato, se me olvida todo en un momento.

Emily sonrió a través de las lágrimas, le dijo a Maddelina que era una buena chica y aceptó su oferta. Deseaba saber si Bertrand y Dorina habían hablado de Montoni, pero rechazó la idea de llevar adelante una conducta tan retorcida con una muchacha inocente, al extremo de que traicionara una conversación privada de sus padres. Cuando se marchaba, Emily le indicó que podía ir a su habitación siempre que quisiera, sin enfadar a su madre, y Maddelina, tras prometer que lo haría, salió hacia su cuarto sin hacer ruido.

Así pasaron varios días durante los cuales Emily permaneció en su habitación, atendida por Máddelina en las comidas, cuyo rostro gentil y dulces maneras la tranquilizaron más que ninguno de los acontecimientos que le habían sucedido durante muchos meses. Poco a poco se fue sintiendo mejor en su habitación y empezó a tener la impresión de seguridad que normalmente atribuimos a nuestros hogares. En este intervalo, además, su mente, al no verse inquietada por ninguna nueva causa de

disgusto o alarma, recobró su tono habitual al extremo de permitirle disfrutar de sus libros, entre los que encontró algunos bocetos inacabados de paisajes, varias hojas de papel y sus útiles de dibujo. Pudo así entretenerse seleccionando alguna de las hermosas vistas que contemplaba desde la venta y las combinó con la gracia de su delicada fantasía. En estos pequeños dibujos incluía generalmente grupos interesantes, característicos del ambiente que recogían, y con frecuencia contaban una simple y afectiva historia que en las lágrimas imaginadas de sus personajes le permitían olvidar por un momento sus sufrimientos reales. De este modo inocente se consoló de las pesadas horas de desgracia y esperó con paciencia los acontecimientos futuros.

Una tarde, realmente hermosa, que siguió a un día sofocante, le indujo a Emily a pasear, aunque sabía que tendría que ir acompañada por Bertrand, y con Maddelina, que se unió a ella, salió de la casa. Bertrand le permitió elegir su propio camino. Todo estaba fresco y silencioso y contempló con satisfacción el campo que la rodeaba. ¡Qué hermoso aparecía, también, el azul brillante que coloreaba las regiones altas del aire y que se perdía en la línea imprecisa del horizonte! No menos hermosos eran los colores cálidos y las sombras variadas de los Apeninos, cuando el sol de la tarde lanzaba sus pálidos rayos sobre su superficie irregular. Emily siguió el curso del riachuelo, bajo las sombras que cubrían su verde margen.

En la otra orilla, los pastos se veían animados por el ganado y, más allá, las plantaciones de limoneros y naranjos, con las ramas llenas de frutos, a veces tantos como hojas, que los escondían parcialmente. Prosiguió su camino hacia el mar, que reflejaba el color del sol en el ocaso, mientras los acantilados, que se levantaban en la orilla, se iluminaban con los últimos rayos. El valle se terminaba hacia la derecha en un leve promontorio, cuya cumbre, que asomaba por encima de las olas, estaba coronada por una torre en ruinas que servía como atalaya, cuyos muros almenados se extendían como alas de gaviota, y seguía iluminado por los rayos del sol, aunque su disco se ocultaba detrás del horizonte; mientras, la parte baja de la ruina, el acantilado en la que estaba asentada y las olas a sus pies, se ensombrecían con los primeros tintes del crepúsculo.

Al llegar a este punto, Emily contempló con solemne placer los acantilados que se extendían a ambos lados por la costa, algunos coronados por pinos, y otros que mostraban sólo precipicios desnudos de mármol, excepto en las zonas en las que había crecido el mirto y otras plantas aromáticas. El mar dormía en perfecta calma; sus olas, que morían entre murmullos en las playas, fluían con una ondulación suave, mientras su superficie clara reflejaba en apacible belleza los tintes rojizos del oeste. Según miraba al océano, Emily pensó en Francia y en los tiempos pasados y deseó (¡oh, qué ardiente y vanamente lo deseó!), ¡qué sus olas la pudieran llevar a su casa distante!

«¡Ah, aquel barco! —dijo—, ¡aquel barco que se desliza tan suavemente con sus altas velas reflejadas en el agua tal vez se dirige a Francia! ¡Feliz, feliz navío!» Continuó mirando con emoción hasta que el gris del crepúsculo oscureció la distancia y la ocultó a su vista. El ruido melancólico de las olas a sus pies influyó en la ternura que hizo brotar sus lágrimas. Era el único sonido que rompía el silencio de aquella hora, hasta que, al seguir las irregularidades de la playa, un coro de voces pasó por encima de ella en el aire. Se detuvo un momento, deseosa de oír más, y sin embargo temiendo ser vista, y, por primera vez, se volvió hacia Bertrand, como a su protector, que la seguía a poca distancia en compañía de otras personas. Tranquilizada por esta circunstancia avanzó hacia los sonidos que parecían proceder de detrás de un alto promontorio que se proyectaba sobre la playa. Se produjo una inesperada pausa en la música y, a continuación, una voz femenina comenzó una canción. Emily aceleró el paso, rodeó la roca y vio en la bahía, que estaba cubierta de bosque desde el borde del acantilado, a dos grupos de campesinos, unos sentados bajo la sombra y otros de pie al borde del mar, rodeando a una muchacha que, estaba cantando y que sostenía en su mano un manojo de flores que parecía que iba a tirar a las olas.

Emily, escuchando con sorpresa y atención, distinguió la siguiente invocación cantada en la lengua pura y elegante de Toscana, acompañada por unos cuantos instrumentos pastoriles.

A UNA NINFA MARINA

¡Oh, ninfa, que amas flotar en la ola verde,
cuando Neptuno duerme bajo la hora de la luz de la luna,
arrullada por el poder melancólico de la música!
¡Oh, ninfa, surge de tu cueva perlada!
Porque Héspero brilla entre la sombra del crepúsculo,

y pronto temblará Cintia sobre la marea,
reluciendo en esta escollera, que limita el orgullo del océano,
y solitario silencio llenará todo el aire.
Entonces, deja que tu suave voz se inflame en la distancia,
y se deslice sin ruido en esta solitaria playa,
se sumerja en la brisa, hasta morir —sin oírse más—
despertando la magia inesperada de tu concha.
Mientras la extensa costa en dulce eco contesta,
sus melodías confortantes seducen el corazón meditabundo,
y proclaman las visiones de futura sonrisa.
¡Oh, ninfa, surge de tu cueva perlada!
(Coro.) ¡Surge!
(Semicoro.) ¡Surge!

Al repetir las últimas palabras el grupo que la rodeaba, el manojo de flores fue lanzado a las olas, y el coro, apagándose con su canto, murió en el silencio.

—¿Qué quiere decir eso, Maddelina? —preguntó Emily, despertando del grato trance en el que le había sumergido la música.

—Es la víspera de una fiesta, signora —replicó Maddelina—, y los campesinos se entretienen con toda clase de juegos.

—Pero hablaban de una ninfa marina —dijo Emily—, ¿cómo es posible que esta buena gente piense en las ninfas marinas?

—Oh, signora —prosiguió Maddelina, confundiendo la causa de la sorpresa de Emily—, nadie cree en esas cosas, pero nuestras antiguas canciones hablan de ellas, y, cuando estamos en nuestros juegos, las cantamos a veces y echamos guirnaldas al mar.

Emily había sido enseñada desde muy niña a venerar a Florencia como la sede de la literatura y de las bellas artes; pero que su gusto por la historia hubiera alcanzado a los hombres del campo, le produjo sorpresa y admiración. A continuación, le llamó la atención el aire arcadiano de las muchachas. Sus vestidos eran muy cortos, llenos de puntillas de un verde claro, con corpiño de seda blanca; las mangas perdidas y sujetas a los hombros con lazos y ramos de flores. El pelo, que caía en trenzas por la espalda, estaba también adornado con flores, y un pequeño sombrero de paja, colocado hacia atrás en un lado de la cabeza, daba una expresión de alegría y de vivacidad a toda su figura. Cuando la canción hubo concluido, varias de aquellas muchachas se aproximaron a Emily, la invitaron a sentarse con ellas y le ofrecieron, a ella y a Maddelina, uvas e higos.

Emily aceptó su cortesía, complacida por la gentileza y gracia de sus modales, que parecían ser perfectamente naturales en ellas. Cuando Bertrand se acercó poco

después y trató de llevársela con violencia, un campesino le invitó a beber, una tentación que rara vez era capaz de resistir.

—Deja que la señorita se una al baile, amigo —dijo el campesino, mientras vaciaba su vaso—. Empieza ahora mismo. ¡Arriba! ¡Muchachos, golpead vuestros tambores y haced sonar vuestras alegres flautas!

La música sonó alegre y los más jóvenes se colocaron en un círculo, al que ya se había unido Emily, que se había animado al unísono con su alegría. Maddelina, sin embargo, lo aceptó menos decidida, y Emily, según contemplaba aquel feliz grupo, perdió la sensación de sus desgracias en aquel suave placer. Pero los pensamientos melancólicos volvieron a su cabeza al sentarse un poco apartada del grupo, mientras escuchaba la música dulce que el viento iba apagando. Se quedó mirando la luna, reflejada en las olas y en las cumbres cubiertas de árboles de los acantilados que se extienden por estas playas de Toscana.

Mientras tanto, Bertrand se quedó tan satisfecho con el primer vaso que se dispuso a empezar con el segundo, y ya era muy tarde cuando Emily, no sin algunos temores, regresó a la casa.

Tras aquella tarde paseó frecuentemente con Maddelina, pero nunca fue atendida por Bertrand; y se fue sintiendo más serena según las circunstancias de su situación lo permitían. La tranquilidad en la que la habían obligado a vivir ánimo su esperanza de que no hubiera sido enviada allí con un designio perverso; y, si no hubiera sido por la probabilidad de que Valancourt estuviera en Udolfo, habría deseado permanecer en aquel lugar, hasta que se le hubiera ofrecido una oportunidad para regresar a su país natal. Pero, cuando pensaba en los motivos de Montoni para enviarla a la Toscana, se quedaba más perpleja y no podía creer que algún tipo de consideración por su seguridad hubiera influido en él en aquella ocasión.

Llevaba algún tiempo en la casa, cuando recordó que, debido a la prisa por salir de Udolfo, había olvidado los documentos que le había confiado su difunta tía relativos a las propiedades del Languedoc; pero, aunque este hecho le ocasionó bastante inquietud, tenía algunas esperanzas de que, en el oscuro lugar en que habían quedado depositados, escaparan a la atención de Montoni.

Capítulo VIII

Mi lengua tiene, sin embargo, un relato más duro que contar.
Yo interpreto al atormentador, poco a poco,
para prolongar lo peor que debe ser dicho.

RICARDO II

Volvemos ahora por un momento a Venecia, donde el conde Morano padecía una acumulación de desgracias. Poco después de su llegada a la ciudad había sido arrestado por orden del Senado, y, sin saber de lo que se le acusaba, fue llevado a un lugar de confinamiento, donde las más interesadas investigaciones de sus amigos habían sido incapaces de encontrarle. No había podido descubrir qué enemigo le había ocasionado aquella calamidad, a menos, claro está, que fuera Montoni, al que se dirigían sus sospechas, y no sólo con aparente probabilidad, sino con justicia.

En el asunto de la copa envenenada Montoni había sospechado de Morano, pero al no poder obtener las pruebas suficientes para condenarle por una intención culpable, había recurrido a otros medios para completar su venganza. Contrató a una persona en la que creía que podía confiar para enviar una carta de acusación a la *Demunzie secrete,* o bocas de leones, que hay en las galerías del palacio del Dux, como receptáculos para información anónima, relativa a personas que pudieran ser desafectas al Estado. Como en estas ocasiones el acusador no es enfrentado al acusado, un hombre puede ser implicado falsamente por su enemigo y lograr una venganza injusta sin temor al castigo o a ser detenido. Que Montoni hubiera recurrido a este medio diabólico de arruinar a una persona, de la que sospechaba que había atentado contra su vida, no es sorprendente. En la carta que había empleado como instrumento de venganza acusaba a Morano de conspirar contra el Estado, lo que intentaba probar con toda la simplicidad plausible de la que era maestro; y el Senado arrestó al conde como consecuencia de la acusación. Sin hacerle indicación alguna sobre su delito, le encerraron en una de aquellas prisiones secretas, que eran el terror de los venecianos, y en las que las personas languidecían y a veces morían sin ser localizadas por sus amigos.

Morano había incurrido en el resentimiento personal de muchos miembros del Estado; sus costumbres le habían hecho odioso a algunos; y su ambición y la rivalidad que manifestó en varias ocasiones de modo público, a otros. No era de esperar que el perdón pudiera suavizar los rigores de la ley, que debía ser

administrada por las manos de sus enemigos.

Mientras tanto, Montoni se vio asaltado por peligros de otra naturaleza. Su castillo había sido sitiado por tropas que parecían dispuestas a todo y a aguantar pacientemente cualquier complicación para lograr la victoria. No obstante, el castillo había resistido el ataque, y esto, junto con la vigorosa defensa de sus hombres y la dificultad de aprovisionamiento en aquellas montañas salvajes, no tardaron en obligar a los asaltantes a levantar el sitio. Cuando Udolfo se vio de nuevo en manos de la tranquila posesión de Montoni, mandó a Ugo a Toscana en busca de Emily, a la que había enviado en consideración a su seguridad personal a aquel lugar mientras el castillo corría el riesgo de ser invadido por enemigos. Lograda la tranquilidad en Udolfo, estaba impaciente por asegurarse que ella estuviera de nuevo bajo su techo, y había encargado a Ugo que ayudara a Bertrand en su viaje de regreso. Obligada así a regresar, Emily lamentó tener que separarse de Maddelina, y después de unos quince días en Toscana, donde había experimentado un intervalo de calma,. que era absolutamente necesario para que recuperara su ánimo afectado durante tanto tiempo, comenzó de nuevo a ascender los Apeninos, desde cuyas alturas echó una última y triste mirada al hermoso país que se extendía a sus pies, y al Mediterráneo distante, cuyas olas había deseado tantas veces que la llevaran a Francia. La inquietud que sentía a su regreso al lugar de sus anteriores sufrimientos se veía suavizada sin embargo por la conjetura de que Valancourt estuviera allí, y en parte se consoló con la idea de estar cerca de él, por encima de la consideración de que probablemente sería uno de los prisioneros.

A mediodía salió de la casa y ya era noche cerrada mucho antes de que llegara a las proximidades de Udolfo. Había luna, pero asomaba sólo a intervalos, ya que la noche era nubosa, y a la luz de la antorcha que llevaba Ugo los viajeros avanzaban en silencio, Emily meditando en su situación, y Bertrand y Ugo anticipando las satisfacciones de un vaso de vino y de un buen fuego, porque llevaban tiempo sintiendo la diferencia entre lo templado del clima en las llanuras de Toscana y el aire cortante de estas regiones de la altura. Emily se vio arrancada de sus sueños por el sonido lejano del reloj del castillo, que oyó con cierta preocupación según le llegaba con la brisa. Se sucedieron las campanadas y murieron en el leve murmullo de las montañas: para su afectada imaginación le parecieron medir un período de su destino.

—¡Ay, el reloj! —dijo Bertrand—. ¡Ahí sigue, el cañón no le ha hecho callar!

—No —contestó Ugo—, suena tan alto como el mejor de ellos en medio de todo el fragor. ¡También sonaba en medio del más tremendo fuego que he visto hasta la fecha! Dije que a lo mejor alguno de ellos podía haber acertado a la vieja que lo sostiene, pero logró escapar, y la torre también.

Siguieron por el camino que rodeaba la base de la montaña hasta llegar a la vista completa del castillo, que estaba iluminado en la perspectiva del valle por los rayos

de la luna, y desapareció después en la sombra. Sus muros pesados y tristes despertaron en Emily ideas de prisión y sufrimiento. Al avanzar, una cierta esperanza se mezcló con su terror, porque aunque era ciertamente la residencia de Montoni, era posible, también, que fuera la de Valancourt, y no podía aproximarse al lugar en el que tal vez se encontrara sin experimentar en parte la alegría de la esperanza.

Continuaron rodeando el valle y pronto volvió a ver los viejos muros y las torres iluminadas por la luna, que se elevaban por encima del bosque. Los fuertes rayos le permitieron también ver los destrozos que había causado el asedio, con los muros rotos y las almenas caídas, ya que en ese momento se encontraban al pie de la llanura en la que se extendía Udolfo. Fragmentos de piedra habían rodado hasta los árboles, a través de los que los viajeros ascendían, y se mezclaban con la tierra y con los trozos de roca que habían arrastrado en su caída. Los bosques también habían sufrido los disparos, ya que el enemigo se había refugiado allí para librarse del fuego que disparaban desde las murallas. Muchos árboles nobles yacían en el suelo, y otros, en gran cantidad, habían sido desprovistos de sus ramas.

—Será mejor que desmontemos —dijo Ugo— y llevemos a las mulas por la colina, o caeremos en algunos de los hoyos que han hecho las balas. Está todo lleno de ellos. Dame la antorcha —continuó Ugo— y ten cuidado por dónde pisas, porque el campo no está aún limpio de enemigos.

—¡Cómo! —exclamó Emily—, ¿todavía sigue aquí el enemigo?

—No, no me refiero a eso —replicó—. Cuando pasé por aquí vi uno o dos cuerpos entre los árboles.

Al seguir, la antorcha iluminó levemente el suelo y las entradas en el bosque, y Emily no se atrevió a mirar a lo lejos, ante el temor de contemplar algún terrible espectáculo. El sendero estaba cubierto con puntas rotas de flechas y con trozos de coraza que en aquel tiempo se usaban sobre las ropas más ligeras de los soldados.

—Acerca la luz —dijo Bertrand—, he tropezado con algo que huele que apesta.

Ugo aproximó la antorcha y vieron un peto en el suelo, que Bertrand levantó, y el interior estaba lleno de sangre. Ante la insistencia de Emily de que debían continuar, Bertrand hizo algunas bromas sobre el desgraciado al que había pertenecido y lo tiró con fuerza contra el suelo, mientras proseguía.

A cada paso, Emily temía ver algún vestigio de muerte. Al llegar a un claro del bosque Bertrand se detuvo para comprobar el suelo, que estaba cubierto con troncos y ramas de árboles y que parecía haber sido un lugar especialmente fatal para los sitiadores; porque era evidente por la destrucción de los árboles que el fuego más duro había sido dirigido hacia allí. Ugo levantó de nuevo la antorcha entre los árboles caídos y vieron que el suelo estaba cubierto con los trajes destrozados de los soldados, cuyas formas fantasmales casi esperaba ver Emily y volvió a rogarles que continuaran su camino, pero estaban demasiado interesados en su examen para

atenderla. Volvió la mirada de aquel lugar desolado hacia el castillo, en el que vio las luces que se movían por las murallas. En ese momento el reloj dio las doce y sonó la trompeta, por lo que Emily preguntó el motivo.

—¡Oh! Están cambiando la guardia —replicó Ugo.

—No recuerdo haber oído esa trompeta —dijo Emily—, es una costumbre nueva.

—Es sólo una costumbre que se ha revivido, señora; siempre lo hacemos en tiempo de guerra. Ha sonado a medianoche desde que la plaza fue sitiada.

—¡Silencio! —dijo Emily, mientras sonaba de nuevo la trompeta. Un momento después oyó el ruido de las armas y la voz de alerta que recorría la terraza superior fue contestada desde una parte distante del castillo, tras lo cual todo volvió a quedar en silencio. Se quejó del frío y les rogó que siguieran.

—Ahora mismo, señora —dijo Bertrand, revolviendo unas armas rotas con la pica que llevaba normalmente—. ¿Qué hay aquí?

—¡Silencio! —gritó Emily—. ¿Qué ruido ha sido ése?

—¿Qué ruido ha sido? —dijo Ugo mirando hacia arriba y escuchando.

—¡Silencio! —replicó Emily—. Estoy segura de que viene de las murallas.

Al mirar hacia arriba vieron una luz que se movía por los muros. Un momento después, en medio de la brisa, la voz sonó con más fuerza que antes.

—¿Quién anda por ahí? —gritó un centinela del castillo—. Hablad, o será peor para vos.

Bertrand lanzó un grito de alegría:

—¡Ah!, mi valiente camarada, ¿eres tú? —dijo, y lanzó un silbido muy agudo, señal que fue contestada por otro de los soldados de la guardia, y el grupo continuó, saliendo poco después de entre los árboles hacia el camino que conducía directamente a las puertas del castillo, y Emily vio, con renovado terror, toda aquella tremenda estructura. «¡Ay! —se dijo a sí misma—'."¡Voy de nuevo a mi prisión!»

—¡Por San Marcos, sí que ha habido lucha! —exclamó Bertrand, agitando la antorcha sobre el suelo—. Las balas han destrozado la tierra por aquí como en una venganza.

—Así es —replicó Ugo—, disparaban desde ese reducto, ahí, e hicieron pocas incursiones. El enemigo atacó con furia la puerta principal, pero debieron haber supuesto que nunca lo lograrían, porque, además del cañón que disparaba desde los muros, nuestros arqueros, en las dos torres redondas, les atacaron a tal velocidad que, ¡por San Pedro!, no había manera de que se quedaran. No había visto un espectáculo mejor en mi vida. Reí hasta que me dolieron las mandíbulas, al ver cómo escapaban. Bertrand, mi buen amigo, debías haber estado entre ellos. ¡Te garantizo que te habrían ganado la carrera!

—¡Ah!, de nuevo con tus bromas —dijo Bertrand con tono agrio—, tienes suerte de que nos encontremos tan cerca del castillo, y sabes muy bien que he matado a

muchos hombres antes de ahora.

Ugo contestó sólo con una risotada, y a continuación le dio algunos detalles más sobre el sitio, ante lo cual, según Emily escuchaba, se sintió conmovida por el enorme contraste entre lo que veía y la escena que había tenido lugar allí.

Los estruendos mezclados del cañón, los tambores y las trompetas, los gemidos de los conquistados y los gritos de los conquistadores habían retrocedido a un silencio tan profundo que parecía que la muerte había triunfado tanto como la victoria. Las condiciones en que se encontraba una de las torres de la puerta de entrada no confirmaban la reseña valiente que acababa de dar Ugo del grupo atacante que, era evidente, no se había limitado a acercarse, sino que había causado muchos destrozos antes de retirarse; porque la torre aparecía, según podía comprobar Emily a la débil luz de la luna que caía sobre ella, como abierta y las almenas casi demolidas. Mientras miraba, una luz osciló a través de uno de los agujeros a baja altura y desapareció, pero al momento siguiente, a través del muro roto, vio a un soldado que subía por las escaleras del interior de la torre y recordó que era la misma en la que había estado una noche cuando Barnardine la había engañado con la promesa de ver a madame Montoni. La imaginación le hizo sentir casi el mismo terror que había sufrido entonces. Estaba muy cerca ya de la entrada en la que el soldado había abierto la puerta de la habitación de entrada, y la lámpara que llevaba le ofreció la terrible visión de aquel cuarto, y casi se desmayó al recordar los temores de aquel momento, cuando retiró la cortina y descubrió el objeto que ocultaba.

«¡Tal vez —se dijo a sí misma— la están usando con un propósito parecido; quizá ese soldado va a esta hora de la noche a velar el cuerpo de su amigo!» Los restos de su fortaleza se escaparon ante el recuerdo y anticiparon los horrores del desgraciado destino de madame Montoni, que parecía ser el suyo. Consideró que si renunciaba a las propiedades de Languedoc podría satisfacer la avaricia de Montoni, pero que ello no impediría su venganza e incluso pensó que cuando hubiera renunciado a ellas, el temor a la justicia podía urgir a Montoni a tenerla como prisionera o a quitarle la vida.

Llegaron a la puerta y Bertrand, al ver la luz que asomaba por la pequeña ventana de la habitación, llamó, y el soldado, mirando hacia fuera, preguntó quién era.

—Traigo un prisionero —dijo Ugo—, abre la puerta y déjanos entrar.

—Dime primero quién eres para pedir entrada —replicó el soldado.

—¡Cómo, mi viejo amigo! —gritó Ugo—, ¿no me conoces? ¿No conoces a Ugo? He traído un prisionero atado de pies y manos, un tipo que ha estado bebiendo el vino de Toscana mientras nosotros luchábamos aquí.

—No descansarás hasta que encuentres lo que buscas —dijo Bertrand de malos modos.

—¡Ah!, amigo mío, ¿eres tú? —dijo el soldado—, voy hacia allá.

Emily oyó sus pasos bajando por las escalera y la pesada cadena que caía, así como los cerrojos de una pequeña puerta que se abrió para dejarles pasar. Mantuvo la lámpara baja para iluminarles el camino de entrada y se encontró una vez más bajo el arco de la entrada, mientras oía cómo se cerraba la puerta, que le pareció que la separaba del mundo para siempre. Un momento después estaba en el primer patio del castillo, donde contempló aquella zona solitaria con una especie de calma desesperada. Lo avanzado de la noche, las sombras góticas de los edificios circundantes y los ecos sombríos e imperfectos que le devolvían, mientras Ugo y el soldado hablaban, colaboraron para aumentar los sentimientos melancólicos de su corazón. Pasaron al segundo patio, y les llegó un débil sonido que rompía el silencio y que se hacía cada vez más intenso al seguir avanzando. Emily distinguió voces y risas, pero para ella no eran sonidos de alegría.

—Debéis tener vino de Toscana por aquí —dijo Bertrand—, si se juzga por lo que está pasando ahí dentro. Ugo ha recibido una proporción mayor de eso que de lucha, te lo aseguro. ¿Quién está de juerga a esta hora?

—Su *excellenza* y los signors —replicó el soldado—. Parece que eres un extraño en este castillo o no habrías tenido necesidad de hacer esa pregunta. Son gente brava, que no necesita dormir. Pasan la noche generalmente con buen ánimo, pero nosotros, que hacemos la guardia, disfrutamos bien poco. Es un trabajo duro pasear por las murallas tantas horas de la noche, y no tenemos licor alguno que nos caliente el corazón.

—El valor, muchacho, el valor es lo que tiene que calentarte el corazón —replicó Ugo.

—¡Valor! —replicó el soldado con un aire amenazador que Ugo advirtió de inmediato, por lo que no siguió hablando de ello y volvió al tema de la fiesta.

—Ésta es una costumbre nueva —dijo—. Cuando salí del castillo, los signors solían sentarse en sus consejos.

—Y también divertirse —replicó el soldado—, pero, desde el sitio, no han hecho otra cosa que organizar fiestas, y si yo fuera ellos, habría hecho lo mismo después de las duras batallas.

Habían cruzado ya el segundo patio, y al llegar al vestíbulo, el soldado les dio las buenas noches y regresó rápido a su puesto. Mientras esperaban a ser admitidos, Emily consideró que podría evitar ver a Montoni y retirarse sin ser vista a su antigua habitación, porque se venía abajo ante la idea de encontrarse, ya fuera con él o con cualquiera de su grupo, a aquella hora de la noche. El estruendo en el interior del castillo era tan fuerte que Ugo llamó repetidamente a la puerta del vestíbulo, pero no le oyó ninguno de los criados, lo que motivó la preocupación de Emily, mientras aprovechaba el tiempo para pensar de qué medios se valdría para retirarse sin ser vista; porque, aunque era posible que pasara hacia la gran escalera sin que ninguno lo

advirtiera, era imposible que encontrara el camino hacia su habitación sin una luz, y la dificultad de conseguir una y el peligro de moverse por dentro del castillo sin ella, la asustaron profundamente. Bertrand tenía sólo una antorcha, y sabía que los criados nunca llevaban unas velas a la puerta, porque el vestíbulo estaba suficientemente iluminado por la gran lámpara de trípode que colgaba del techo; y, mientras esperara a que Annette llevara una lámpara, Montoni, o alguno de sus acompañantes, podrían descubrirla.

Cario abrió entonces la puerta y Emily, tras solicitarle que le enviara a Annette inmediatamente con una lámpara a la galería principal, donde se decidió a esperarla, cruzó con paso rápido hacia la escalera. Bertrand y Ugo, con la antorcha, siguieron a Carlo hacia la zona de los criados, impacientes por cenar y por calentarse al fuego. Emily, con los débiles rayos que la lámpara del techo lanzaba por los arcos del enorme vestíbulo, trató de encontrar el camino hacia la escalera, oculta en la oscuridad. Los gritos de la fiesta que llegaban del salón sirvieron para aumentar su terror y temió a cada momento ver cómo se abría la puerta y a Montoni o alguno de sus acompañantes que salían. Tras llegar por fin a la escalera, subió todo el tramo, sentándose en el último peldaño para esperar la llegada de Annette, ya que la profunda oscuridad de la galería le impidió proseguir su camino. Mientras escuchaba atentamente los pasos de Annette, sólo oyó los ruidos distantes de la reunión que se expandían en ecos por los arcos inferiores. En un momento creyó oír un leve ruido procedente de la oscura galería que tenía tras ella y, al volver la vista, imaginó que se movía algo luminoso, y como en aquel momento no era capaz de dominarse, debilitada a causa de sus temores, abandonó el asiento y se deslizó suavemente un peldaño más bajo.

Al no aparecer Annette, Emily dedujo que se habría acostado y que nadie iría a despertarla. Ante la idea que se le presentaba de pasar la noche en la oscuridad, en aquel lugar o en otro igualmente entristecedor (porque sabía que no podría encontrar el camino hacia su habitación por los intrincados pasillos y galerías), lágrimas de terror y de impotencia brotaron de sus ojos.

Desde el nuevo sitio le pareció oír un extraño ruido procedente de la galería, y escuchó casi sin atreverse a respirar, pero las voces que llegaban de abajo, cada vez más fuertes, taparon cualquier otro sonido. Poco después, oyó que Montoni y sus acompañantes salían al vestíbulo. Hablaban como si estuvieran muy bebidos y le pareció que avanzaban hacia la escalera. Recordó entonces que aquél era el camino para llegar a sus habitaciones y, olvidando todos los temores a la oscuridad de la galería, corrió hacia ella con la intención de esconderse en alguno de los pasajes que había más allá y tratar, cuando los signors se retiraran, de encontrar el camino hasta su habitación o a la de Annette, que estaba en un lugar alejado del castillo.

Con los brazos extendidos, se introdujo en la galería mientras seguía oyendo las

voces de las personas que estaban abajo, que parecían haberse quedado en su conversación al pie de la escalera. Tras detenerse un momento para escuchar, temió seguir por aquel camino al pensar que aquel ruido que había oído procedía de alguna persona que estaba acechando en la galería. «Ya están enterados de mi llegada —se dijo—, ¡y Montoni viene a buscarme! En su presente estado de ánimo, sus intenciones pueden ser desesperadas». En ese momento, recordó la escena que había tenido lugar en el corredor la noche anterior a su marcha del castillo, y dijo: «¡Oh, Valancourt! Debo renunciar a ti para siempre. Enfrentarse a la injusticia de Montoni no es fortaleza sino temeridad». Las voces de abajo no se aproximaron, pero se hicieron más intensas; y distinguió las de Verezzi y Bertolini por encima de las otras, mientras que las pocas palabras que entendió le hicieron escuchar con más ansiedad las de los otros. La conversación parecía referirse a ella, y tras aventurarse unos pasos más cerca de la escalera, descubrió que discutían sobre ella, cada uno basándose en una promesa anterior de Montoni, que apareció inclinándose al principio a aplacarlos y a convencerlos de que volvieran a seguir bebiendo, pero poco después intervino en la disputa. Les dijo que dejaba a su cuidado el resolverlo y se volvió con el resto del grupo al salón del que acababan de salir. Verezzi le detuvo.

—¿Dónde está ahora, signor? —dijo, en tono impaciente—. Decidnos dónde está.

—Ya os lo he dicho. No lo sé —replicó Montoni, que parecía algo afectado por el vino—, pero lo más probable es que se haya ido a su habitación.

Verezzi y Bertolini abandonaron su disputa y corrieron juntos hacia la escalera, mientras Emily, que durante la conversación había temblado tan excesivamente que tuvo dificultades para mantenerse en pie, se sintió inspirada con una nueva fuerza en el momento en que oyó el ruido de sus pasos, y corrió por la galería, a pesar de estar a oscuras, con la agilidad de un cervatillo. Pero, antes de que llegara al final, la luz que llevaba Verezzi se reflejó en los muros, y ambos vieron al instante a Emily e iniciaron la persecución. En ese momento, Bertolini, cuyos pasos, aunque tranquilos, no eran firmes, y cuya impaciencia superó a las precauciones que había tenido hasta entonces, se tambaleó y cayó al suelo. La lámpara cayó con él y se apagó en el suelo. Verezzi aprovechó la ventaja de aquel accidente sobre su rival y siguió tras Emily, a la que la luz había mostrado uno de los pasadizos que arrancaban de la galería y se lanzó por él al instante. Verezzi pudo ver el camino que había tomado y lo siguió, pero el sonido de sus pasos se perdieron rápidamente en la distancia, mientras él, menos conocedor del castillo, se vio obligado a proseguir su camino en la oscuridad, con precaución, por temor a caer por alguna de las escaleras de las que aparecían con frecuencia al final de las galerías. Aquel pasaje condujo a Emily al corredor en el que se encontraba su habitación, y, al no oír paso alguno, se detuvo para tomar aliento y considerar cuál era la solución más segura. Había seguido aquel pasadizo porque fue el primero que había visto, pero al llegar al término del mismo estaba tan perpleja

como antes. No sabía cómo seguir avanzando en la oscuridad y sólo tenía conciencia de que no debía ir a su habitación, ya que irían finalmente a buscarla y los peligros aumentaban por momentos mientras permaneciera cerca del mismo. No obstante, su ánimo y su respiración estaban tan agotados que se vio obligada a descansar al final del pasillo, sin que oyera paso alguno que se aproximara. Allí estaba cuando advirtió una luz en la puerta opuesta de la galería, y desde el lugar en que se encontraba se dio cuenta de que era de la puerta de la habitación misteriosa, en la que había hecho un descubrimiento tan terrible que nunca había podido recordar sin un estremecimiento de terror. El que hubiera luz en aquella habitación y a aquella hora excitó su sorpresa y se vio tan conmovida por el miedo que no pudo volver a mirar, ya que en su estado de ánimo esperaba ver cómo se abría la puerta lentamente y que apareciera alguna horrible realidad. Tras escuchar de nuevo con atención y al no oír nada ni ver luz alguna por el pasillo, dedujo que Verezzi habría regresado para coger una lámpara, y segura de que no tardaría en estar allí, consideró de nuevo qué camino debería tomar, o mejor, cuál podría encontrar en medio de la oscuridad.

El rayo de luz seguía surgiendo de la puerta de enfrente, pero tan grande, y quizá tan justo era su horror a aquella habitación que no se atrevía a descubrir de nuevo sus secretos, aunque hubiera estado segura de obtener la luz que era tan importante para su seguridad. Seguía respirando con dificultad y descansando al final del pasillo, cuando oyó un leve sonido y después una voz baja, tan cerca de ella que le parecía que le hablaba al oído y sólo su presencia de ánimo inmediata le permitió contener la emoción y permanecer quieta y silenciosa. Al momento siguiente advirtió que se trataba de la voz de Verezzi, que no se había dado cuenta de que ella estaba allí, sino que hablaba consigo mismo. «El aire es más fresco por aquí —dijo—, éste debe ser el corredor». Quizá era uno de esos héroes cuyo coraje puede desafiar a un enemigo mejor que a la oscuridad y trataba de componer su ánimo con el sonido de su propia voz. Fuera como fuera, se volvió hacia la derecha y prosiguió con paso lento hacia la habitación de Emily, olvidando aparentemente que en aquella oscuridad ella podría eludir su persecución, incluso en su habitación, pero, como todas las personas bebidas, seguía pertinazmente la idea que dominaba su imaginación.

En el momento en que Emily oyó que se alejaban los pasos, abandonó su refugio y se movió sin ruido hacia el otro extremo del corredor, decidida a confiar de nuevo en el azar y salir de él por la primera galería que encontrara. Antes de que pudiera hacerlo, una luz se extendió por los muros del pasillo, y, al volver la vista, vio a Verezzi que lo cruzaba hacia su habitación. Se deslizó entonces hacia un pasadizo que había a la izquierda, pensando que no había sido vista; pero, en ese mismo momento, otra luz, que procedía del final del pasadizo, la llenó de un nuevo terror. Se detuvo y dudo qué camino seguir, y la pausa le permitió descubrir que se trataba de Annette, corriendo a su encuentro. Su imprudencia alarmó de nuevo a Emily, al oír el grito de

alegría de la muchacha, y pasaron unos momentos antes de que le previniera para que mantuviera en silencio o pudiera librarse del ardiente abrazo con que la sostenía. Cuando finalmente Emily pudo hacer comprender a Annette el peligro en que se encontraba, corrieron juntas hasta la habitación de esta última, que estaba en una parte alejada del castillo. Sin embargo, ningún temor lograba callarla.

—¡Oh, querida mademoiselle —dijo, según corrían—, que mal lo he pasado! ¡Oh! ¡Mil veces pensé que habríais muerto! ¡Nunca creí que viviría lo suficiente para veros de nuevo! ¡Y nunca me he sentido más contenta de ver a nadie en toda mi vida, como lo estoy ahora!

—¡Silencio! —exclamó Emily—, nos persiguen. ¡Se oye el eco de unos pasos!

—No, mademoiselle —dijo Annette—, ha sido una puerta que han cerrado. Los ruidos recorren estos pasadizos y engañan continuamente. Si se habla o se tose, hace tanto ruido como un cañón.

—Es muy importante que guardemos silencio —dijo Emily—, te ruego que no digas nada hasta que lleguemos a tu habitación.

Llegaron finalmente sin interrupciones y Annette atrancó la puerta, mientras que Emily se sentaba en la cama, muy pequeña, para recobrar el aliento y el ánimo. A su pregunta de si Valancourt estaba entre los prisioneros del castillo, Annette contestó que no había podido enterarse, pero que sabía que había varias personas confinadas. A continuación procedió, con su acostumbrada y tediosa narrativa, a informarle del sitio o más bien de los detalles y de todos sus temores y sufrimientos durante el ataque.

—Pero —añadió—, cuando oí los gritos de victoria desde las murallas, creí que nos llevarían a todos y me di por perdida, aunque fue al revés, porque habíamos arrojado al enemigo. Fui entonces a la galería norte y vi muchísimos hombres huyendo hacia las montañas. Pero las murallas estaban todas en ruinas, como podría decirse, y había una vista terrible en los bosques, donde los pobres soldados yacían muertos, pero se los llevaron sus camaradas. Mientras duró el sitio, el signor estaba aquí y allí, y en todas partes al mismo tiempo, según me dijo Ludovico, ya que no me dejó ver nada y me encerró, como ha hecho otras veces, en una de las habitaciones del centro del castillo, y me llevaba alimentos y venía a charlar conmigo siempre que podía. Tengo que decir que si no hubiera sido por Ludovico me habría muerto.

—Bien, Annette —dijo Emily—. ¿Y cómo van las cosas desde que acabó el sitio?

—¡Oh! Todo es muy triste, mademoiselle —replicó Annette—. Los signors no han hecho otra cosa que estar sentados, beber y jugar, desde entonces. Se sientan toda la noche y juegan entre ellos con todas esas riquezas que trajeron cuando solían salir a robar o a lo que fuera durante días. Tenían terrible discusiones sobre quién perdía y quién ganaba. Ese fiero signor Verezzi pierde siempre, según me han dicho, y le gana el signor Orsino. Esto le llena de ira y ya han tenido varias discusiones. Luego están

esas señoras que siguen en el castillo, y os aseguro que me asusto cada vez que me encuentro a alguno de ellos en los pasillos.

—No me extraña, Annette —dijo Emily sobresaltándose—, he oído un ruido; escucha.

—No, mademoiselle —dijo Annette tras una larga pausa—, ha sido el viento en la galería. Lo oigo con frecuencia cuando sacude estas viejas puertas al final del pasillo. ¿Pero no os iréis a la cama, mademoiselle? No es posible que os quedéis aquí toda la noche sentada.

Emily se echó y le dijo a Annette que dejara la lámpara encendida en la chimenea. Cuando lo hubo hecho, se sentó al lado de Emily, que, sin embargo, no lograba quedarse dormida, ya que le pareció oír otro ruido en el pasillo, y Annette la convenció de nuevo de que se trataba sólo del viento, cuando se oyeron unos pasos muy cerca de la puerta. Annette dio un salto, pero Emily le dijo que se quedara quieta y escuchó en un estado de terrible expectación. Los pasos sonaban al otro lado de la puerta y alguien intentó abrirla, tras lo cual oyeron una voz que llamaba.

—¡Por Dios, Annette, no contestes! —dijo Emily en voz baja—, sigue quieta, pero debemos apagar la lámpara, o la luz nos traicionará.

—¡Virgen Santa! —exclamó Annette, olvidando su discreción—, no me quedaría a oscuras por nada del mundo.

Mientras hablaba, la voz del exterior subió de tono y repitió el nombre de Annette.

—¡Virgen Bendita! —gritó—, es Ludovico.

Se levantó para abrir la puerta, pero Emily la previno de que debían esperar a estar seguras de que venía solo. Annette habló con él y supo que venía a preguntar por ella, ya que la había dejado salir para buscar a Emily y volvía para encerrarla de nuevo. Emily, temerosa de que pudieran ser oídos si seguían conversando a través de la puerta, consintió en que la abriera y apareció un joven, cuyo rostro franco confirmó la favorable opinión que tenía de él, a lo que colaboraba el cuidado que prestaba a Annette. Solicitó su protección en caso de que Verezzi lo hiciera necesario, y Ludovico se ofreció a pasar la noche en una vieja habitación aneja que daba a la galería y a acudir en su defensa a la primera alarma.

Emily se conmovió por su oferta y Ludovico, tras encender su lámpara, se fue a su refugio, mientras que ella, una vez más, trataba de reposar en la cama. Pero los diversos acontecimientos le impidieron dormir. Pensó en lo que Annette le había dicho sobre la conducta disoluta de Montoni y sus compañeros, y más aún en su comportamiento con ella y en el peligro del que acababa de escapar. Al analizar su situación se sintió profundamente conmovida, como ante un nuevo cuadro de terror. Se vio en un castillo habitado por el vicio y la violencia, más allá del alcance de la ley o la justicia, y en poder de un hombre cuya perseverancia no tenía igual, y en el que

las pasiones, de las que la venganza no era la más débil, suplantaban el lugar de los principios. Se sintió obligada de nuevo a reconocer que sería una locura y no un gesto de fortaleza atreverse ante su poder y desistió de toda esperanza de felicidad futura con Valancourt. Decidió que a la mañana siguiente llegaría a un compromiso con Montoni y que renunciaría a sus propiedades con la condición de que le permitiera el regreso inmediato a Francia. Estas consideraciones la mantuvieron despierta durante muchas horas; pero la noche pasó sin posteriores alarmas a causa de Verezzi.

A la mañana siguiente Emily tuvo una larga conversación con Ludovico, por la que supo algunos detalles relacionados con el castillo, y recibió informes sobre los proyectos de Montoni que aumentaron considerablemente su preocupación. Al expresar sorpresa ante el hecho de que Ludovico, que parecía tan sensible a los detalles de su situación, continuara allí, le informó que no tenía la intención de quedarse y ella se aventuró a preguntarle si la ayudaría a escapar del castillo. Ludovico le aseguró que estaba dispuesto a intentarlo, pero le hizo ver con claridad las dificultades de la empresa, y la destrucción que podían esperar si Montoni los cogía antes de que hubieran cruzado las montañas. No obstante, prometió que estaría atento a la menor oportunidad que surgiera y que contribuyera al éxito del intento, y que pensaría algún plan para la huida.

Emily le confió entonces el nombre de Valancourt y le rogó que preguntara por él entre los prisioneros del castillo. La leve esperanza que le despertó esta conversación hizo que cediera en la resolución de llegar a un compromiso con Montoni. Decidió, si era posible, retrasarlo hasta que tuviera nuevas noticias de Ludovico, y, si sus proyectos eran impracticables, renunciar entonces a las propiedades sin demora. Pensaba en todo ello, cuando Montoni, que se había recuperado de la borrachera de la noche anterior, envió por ella, que acudió de inmediato a su llamada. Estaba solo.

—He sabido —dijo— que no estabas en tu habitación anoche. ¿Dónde estuviste?

Emily le relató algunas de las circunstancias de su alarma y solicitó su protección en caso de que se repitiera.

—Conoces los términos de mi protección —dijo—, si realmente la valoras, puedes asegurártela.

Su abierta declaración de que la protegería únicamente de modo condicional mientras permaneciera como prisionera en el castillo, mostró a Emily la necesidad de llegar a un acuerdo de inmediato sobre sus propuestas; pero le pidió primero que la permitiera marchar inmediatamente del castillo, si ella renunciaba a las disputadas propiedades. Con gesto solemne le aseguró que lo haría e inmediatamente y puso ante ella un papel en el que se hacía la transferencia del derecho de aquellas propiedades a su nombre.

Durante largo rato no fue capaz de firmar y su corazón se vio asaltado por intereses contrarios, ya que estaba a punto de renunciar a su felicidad futura, a su

esperanza, que la había sostenido en tantas horas de adversidad.

Tras oír de Montoni una recapitulación de las condiciones y la seguridad de que cumpliría su parte, puso la mano sobre el papel. Cuando lo hubo hecho, se dejó caer en la silla, pero se recobró de inmediato y le indicó que debía dar las órdenes para su marcha, y que debía permitir que Annette la acompañara.

Montoni sonrió.

—Ha sido necesario engañarte —dijo—, no había otro medio para hacer que actuaras razonablemente; te irás, pero no por el momento. Primero tengo que asegurarme estas propiedades con el acto de posesión; cuando eso esté hecho, podrás regresar a Francia si lo deseas.

La villanía deliberada con la que había violado el compromiso solemne que acababa de establecer sorprendió a Emily tanto como la certeza de que había hecho un sacrificio inútil, y que debía seguir siendo su prisionera. No tenía palabras para expresar lo que sentía, y también que habría sido inútil, si hubiera podido decir algo. Según miraba a Montoni, él se volvió indicándole que se retirara inmediatamente a su habitación; pero, incapaz de abandonar el salón, siguió sentada en una silla cerca de la puerta y suspiró profundamente. No tenía palabras, ni lágrimas.

—¿Por qué te dejas llevar por esa reacción infantil? —dijo—, trata de levantar tu ánimo, de soportar pacientemente lo que no puedes evitar. No tienes nada que temer. Ten paciencia y serás enviada de regreso a Francia. Por el momento retírate a tu habitación.

—No iré, señor —dijo—, mientras esté expuesta a la intrusión del signor Verezzi.

—¿No he prometido protegerte? —dijo Montoni.

—Lo habéis prometido, señor —replicó Emily, tras un momento de duda.

—¿Y no es suficiente mi promesa? —añadió con tono adusto.

—Debéis recordar vuestra promesa anterior, signor —dijo Emily temblando—, y decidir por mí si puedo confiar en ello.

—¿Quieres provocarme para que te diga que no te protegeré? —dijo Montoni con profundo desdén—. Si eso te satisface, lo haré inmediatamente. Retírate a tu habitación antes de que me retracte de mi promesa. Allí no tienes nada que temer.

Emily salió de la habitación andando lentamente hacia el vestíbulo, donde el temor a encontrarse con Verezzi o Bertolini hizo que acelerara el paso, aunque casi no era capaz de mantenerse en pie, y no tardó en llegar a su habitación. Tras mirar con temor a su alrededor, examinar si había alguien y registrar cada rincón, cerró la puerta y se sentó ante uno de los ventanales. Allí, mientras miraba hacia el exterior, buscó algún apoyo que sostuviera su ánimo desmayado, que llevaba tanto tiempo oprimido, y que si no hubiera sido por su larga lucha contra la injusticia, no le habría hecho creer que Montoni le iba a permitir regresar a Francia tan pronto como se asegurara sus propiedades, y que mientras tanto la protegería. Pero la gran esperanza seguía

estando en Ludovico, del que no dudaba, aunque no parecía dispuesto a creer en el éxito de su proyecto. Una circunstancia sin embargo la alegraba. La prudencia, o más bien el miedo, habían evitado que mencionara a Montoni el nombre de Valancourt, aunque varias veces estuvo a punto de hacerlo antes de firmar el papel para pedir su liberación, si es que estaba realmente prisionero en el castillo. De haberlo hecho, los celos de Montoni habrían significado nuevas severidades para Valancourt y le habrían sugerido las ventajas de tenerle cautivo toda la vida.

Así pasó aquel día melancólico, como había pasado muchos antes en la misma habitación. Cuando llegó la noche se habría ido a la cama de Annette, si un interés muy particular no la hubiera inclinado a permanecer en su cuarto, a pesar de sus temores. Cuando el castillo estuviera en silencio y llegara la hora de costumbre, escucharía la música que había oído anteriormente. Aunque aquel sonido no le permitía determinar positivamente si Valancourt estaba allí, tal vez fortalecería su opinión de que así era y le proporcionaría la tranquilidad que le resultaba tan necesaria. Casi no podía soportar la idea de mirar hacia aquel camino, pero esperó, con expectación impaciente, la hora que se aproximaba.

La noche era tormentosa. Las fortificaciones del castillo parecían ceder al viento y, a intervalos, gemidos prolongados parecían llegar con el aire, como esos que con frecuencia engañan a mentes melancólicas en las tempestades y en medio de las escenas de desolación. Emily oyó, como otras veces, el alerta de los centinelas a lo largo de la terraza y, al mirar por la ventana, observó que había sido doblada la guardia; una precaución que resultaba necesaria tras contemplar las condiciones en que se encontraban los muros. Los sonidos que conocía de la marcha de los soldados, sus voces distantes que le llegaban con el viento, se perdieron de nuevo, y trajeron a su memoria las sensaciones de melancolía cuando los oyó anteriormente y despertó comparaciones casi involuntarias entre su situación de entonces y la presente. Pero aquello no era para congratularse y tuvo el acierto de controlar el curso de sus pensamientos. Como aún no era la hora en que acostumbraba a oír la música, cerró la ventana y trató de esperar con paciencia. Aseguró como de costumbre la puerta que conducía a la escalera con algunos de los muebles de la habitación, pero aquello aumentó sus temores al ver que todo era inadecuado al poder y a la perseverancia de Verezzi, y miró un enorme y pesado armario que había en la habitación y deseó que entre ella y Annette tuvieran fuerza suficiente para moverlo. Mientras se lamentaba de la larga ausencia de la muchacha, que seguía con Ludovico y con otros criados, avivó el fuego de la chimenea para hacer que la habitación pareciera menos desolada y se sentó junto a la misma con un libro, cuyos ojos recorrían, mientras sus pensamientos estaban con Valancourt y sus propias desgracias. Según estaba sentada, en una pausa del viento, creyó distinguir la música y corrió a la ventana para escuchar, pero la fuerza del aire se impuso a cualquier otro sonido. Cuando el viento

volvió a detenerse, oyó claramente en la profunda pausa que sucedió las dulces cuerdas de un laúd, pero de nuevo la creciente tempestad se llevó sus notas y una vez más vencieron en una pausa solemne. Emily, temblando con la esperanza y el temor, abrió la ventana para escuchar y tratar de comprobar si su voz podía ser oída por el músico y acabar con aquel estado de torturante inquietud relativa a Valancourt, lo que parecía imposible. Había tal tranquilidad en las habitaciones que distinguió las suaves notas del mismo laúd que había oído anteriormente, y, con ellas, una voz más dulce que el sonido que le llegaba de las copas de los árboles, hasta que se perdió en el viento. Las altas copas se empezaron a mover, mientras el viento que rugía pesadamente se movía por los bosques inclinando los árboles casi hasta las raíces. Otros árboles, a la derecha, parecieron contestar el agudo lamento cediendo luego en un murmullo hasta morir en el silencio. Emily volvió a escuchar con expectación y miedo y oyó las dulces notas del laúd y la misma voz solemne. Convencida de que procedía de una habitación bajo la suya, se asomó todo lo que pudo tratando de descubrir alguna luz, pero las ventanas inferiores, como las de arriba, estaban hundidas tan profundamente en los espesos muros del castillo que no pudo verlas, ni siquiera un débil rayo que probablemente lucía entre los barrotes. Se aventuró a llamar, pero el viento ahogó su voz en el otro extremo de la terraza y de nuevo oyó la música como antes, en una pausa del ventarrón. De pronto, le pareció oír un ruido en su habitación y se retiró de la ventana. Un momento después distinguió la voz de Annette. Convencida de que había sido ella la que había producido el ruido, la dejó entrar.

—Avanza sin ruido, Annette, hasta la ventana —dijo—, y escucha conmigo; la música ha vuelto.

Se quedaron quietas y silenciosas.

—¡Virgen Santa! —exclamó Annette—, conozco muy bien esa canción. Es francesa, una de las favoritas de mi querido país.

Se trataba de la balada que Emily había oído en otra ocasión, aunque no la que había escuchado en el pabellón de pesca en Gascuña.

—¡Oh!, el que canta es francés —dijo Annette—, tiene que ser monsieur Valancourt.

—¡Silencio! Annette, no hables tan fuerte —dijo Emily—, pueden oímos.

—¿Quién? ¿El chevalier? —dijo Annette.

—No —replicó Emily entristecida—, alguien que pueda informar al signor. ¿Qué razones tienes para creer que es monsieur Valancourt el que canta? Pero, ¡silencio! ¡Ahora se oye más fuerte! ¿No recuerdas ese timbre de voz? Temo confiar en mi propio juicio.

—Lo que sucede es que yo nunca he oído cantar al chevalier, mademoiselle —replicó Annette, que, como comprendió Emily desilusionada, no tenía razones para

deducir que se trataba de Valancourt, sino que el músico debía ser francés. Poco después oyó la canción del pabellón de pesca, y distinguió su propio nombre, que fue repetido tan claramente que Annette también lo oyó. Temblorosa, se dejó caer en una silla junto a la ventana, y Annette gritó: «¡Monsieur Valancourt! ¡Monsieur Valancourt!», mientras Emily trataba de contenerla, pero ella repitió la llamada con más fuerza que antes y el laúd y la voz se detuvieron de pronto. Emily escuchó durante un rato con tensión intolerable, pero no recibió respuesta alguna.

—Esto no significa, mademoiselle —dijo Annette—, que no sea el chevalier. Hablaré con él.

—No, Annette —dijo Emily—, lo haré yo misma. Si es él, reconocerá mi voz y hablará de nuevo. ¿Quién canta a esta hora tan tardía?

Siguió un largo silencio, y tras repetir la pregunta, percibió unos ligeros sonidos que fueron borrados por el viento. Eran tan distantes y pasaron tan rápidamente que casi no los oyó y mucho menos pudo distinguir las palabras que habían musitado o reconocer la voz. Tras otra pausa, Emily llamó de nuevo y también de nuevo ambas oyeron una voz, pero tan débil como antes y comprendieron que intervenían otras circunstancias además de la fuerza y la dirección del viento, ya que la gran profundidad de los ventanales en los muros del castillo contribuían aún más que la distancia a impedir que se entendieran las palabras, aunque los sonidos pudieran llegar a oírse. Sin embargo, Emily se aventuró a creer, por el hecho de que su voz había sido contestada, que Valancourt era el desconocido y que sabía que se trataba de ella, y se llenó de alegría al extremo de no poder hablar. No era esa la situación de Annette, por lo que renovó sus llamadas, sin recibir respuesta. Emily, temiendo que un nuevo intento fuera altamente peligroso y que pudiera exponerlas a la guardia del castillo, y puesto que no podía concluir con sus dudas, ordenó a Annette que abandonara sus preguntas por aquella noche, aunque determinó que haría otras a Ludovico por la mañana y con más insistencia. Sabía que el desconocido al que había oído anteriormente seguía en el castillo, y orientaría a Ludovico respecto a la parte del mismo en que estaba confinado.

Emily, acompañada por Annette, continuó en la ventana durante algún tiempo, pero todo permaneció en silencio. No volvieron a oír el laúd ni la voz, y Emily se sintió tan oprimida por su alegría como había estado por el sentimiento de su desgracia. Con pasos rápidos recorrió la habitación ora diciendo su nombre, ora deteniéndose de pronto, o acercándose a la ventana para escuchar, donde, sin embargo, sólo oyó el solemne agitarse de los árboles. En algún momento su impaciencia por hablar con Ludovico le hizo pensar en que Annette le llamara, pero el sentido de lo impropio que sería hacerlo a medianoche la contuvo. Annette, mientras tanto, tan impaciente como su señora, acudió con la misma frecuencia a la ventana para escuchar, regresando casi con la misma contrariedad. Por fin mencionó

al signor Verezzi y comentó sus temores de que pudiera entrar en la habitación por la escalera.

—Pero si ya casi ha pasado la noche, mademoiselle —dijo—, ya se ve la luz de la mañana asomando por esas montañas, hacia el este.

Emily se había olvidado hasta aquel momento que existiera Verezzi y todo el peligro que la había tenido atemorizada; pero el recuerdo del nombre renovó su alarma y recordó el viejo armario que había deseado colocar ante la puerta, que intentó mover con la ayuda de Annette, pero que resultó tan pesado que no lo pudieron apartar de su sitio.

—¿Qué hay en este armario, mademoiselle —dijo Annette—, para que sea tan pesado?

Emily replicó que se lo había encontrado en la habitación cuando llegó por primera vez al castillo y que nunca lo había examinado.

—Entonces lo haré yo, mademoiselle —dijo Annette, y trató de abrir la hoja, pero estaba sujeta con un candado del que no tenía la llave, y parecía por su construcción peculiar que se abría con un muelle. La mañana entraba ya por la ventana y el viento había quedado en calma. Emily miró al exterior, a los bosques y a las montañas a media luz y vio el espectáculo completo, tras la tormenta, en profunda quietud, los árboles inmóviles y las nubes que temblaban en el amanecer, como fijas en el cielo. Un soldado paseaba por la terraza inferior midiendo sus pasos, y dos, más distantes, se habían dormido apoyados en el muro. Tras respirar el aire puro y el aroma de la vegetación que había desprendido la lluvia y escuchar una vez más por si se oía la música, cerró la ventana y se retiró a descansar.

Capítulo IX

Así, en el helado y triste país lapón,
perdido durante muchos meses en la nieve profunda,
cuando Febo desde Cáncer envía la suavidad de las estaciones
yen su cueva del norte se han encerrado las tempestades,
desde las montañas silenciosas, directo, con ruidos alarmantes,
los torrentes se abalanzan, emergen colinas verdes, y mirad
los árboles frondosos, los acantilados coronados de flores,
por los valles llenos de césped, van murmurando los riachuelos claros
y rebosa el corazón del campesino de admiración, amor y alegría.

BEATTIE

Varios de los días siguiente pasaron en la duda, ya que Ludovico sólo pudo enterarse por los soldados de que había un prisionero en la habitación que le había señalado Emily, y que se trataba de un francés capturado en una de sus salidas, que iba con un grupo de compatriotas. Durante este intervalo Emily escapó de las persecuciones de Bertolini y de Verezzi, encerrándose en su habitación excepto cuando algunas veces, por la tarde, se atrevió a pasear por el pasillo. Montoni parecía respetar su última promesa, aunque había profanado la primera, ya que su presente tranquilidad sólo podía ser atribuida a su protección, y con ello se veía tan segura que no deseaba abandonar el castillo hasta no tener alguna certeza relativa a Valancourt; lo que esperó en realidad sin sacrificio, puesto que no se había presentado circunstancia alguna que hubiera podido hacer probable su huida.

Al cuarto día Ludovico le informó de que tenía esperanzas de poder entrar en contacto con el prisionero. Lo haría en la guardia de un soldado del que era amigo y al que acompañaría la noche siguiente. No fue contrariado en sus esperanzas. Con el pretexto de llevar una jarra de agua, entró en la prisión, aunque como por prudencia no había comunicado al centinela el motivo real de su visita, se vio obligado a hacer que su conversación con el prisionero fuera muy breve.

Emily esperó el resultado en su habitación, pues Ludovico había prometido acompañar a Annette hasta el corredor por la tarde, y llegó tras varias horas de espera impaciente. Emily, deseosa de que le confirmara que se trataba de Valancourt, no pudo articular palabra, se quedó temblorosa y expectante.

—El chevalier no me ha confiado su nombre, signora —replicó Ludovico—, pero cuando mencioné el vuestro pareció lleno de alegría, aunque no estaba tan sorprendido como yo esperaba.

—¿Entonces es que me recuerda? —exclamó Emily.

—¡Oh! ¡Es monsieur Valancourt! —dijo Annette, y miró impaciente a Ludovico, que comprendió lo que le quería decir y continuó:

—Sí, señora, el chevalier os recuerda y estoy seguro de que os tiene la consideración que vos tenéis por él. Me preguntó entonces cómo habíais llegado a saber que estaba en el castillo y si me habíais ordenado que hablara con él. A la primera pregunta no pude contestar, pero la segunda sí, y él volvió de nuevo a su éxtasis. Temí que su alegría le traicionara ante el centinela que estaba en la puerta.

—¿Pero cómo está, Ludovico? —interrumpió Emily—. ¿No está melancólico y enfermo tras este confinamiento?

—No lo creo. No presentaba síntomas de estar melancólico, señora, mientras estuve con él, ya que le vi más animado de lo que nunca he visto a nadie; su rostro estaba lleno de alegría y parecía encontrarse bien, pero no le pregunté.

—¿Te dio algún mensaje para mí? —dijo Emily.

—Sí, signora, y algo más —replicó Ludovico, que se registró en los bolsillos—. No puedo haberlo perdido —añadió—, el chevalier dijo que os habría escrito, señora, de haber tenido pluma y tinta, y os iba a enviar un largo mensaje, cuando el centinela entró en la habitación, pero no antes de que me hubiera dado esto.

Ludovico sacó una miniatura de su pecho, que Emily recibió con mano temblorosa y vio que se trataba de su retrato, el mismo retrato que su madre había perdido tan misteriosamente en el pabellón de pesca de La Vallée.

Lágrimas de alegría y ternura brotaron de sus ojos, mientras Ludovico proseguía.

—«Dile a tu señora», dijo el chevalier al darme el retrato, «que éste ha sido mi compañero y mi único solaz en todas mis desgracias. Dile que lo he llevado junto a mi corazón y que se lo envío como prueba de un afecto que no morirá nunca, que no me separaría de él, si no fuera para ella, por todas las riquezas del mundo, y que ahora lo hago con la esperanza de recibirlo de sus propias manos. Dile...» En ese momento, signora, llegó el centinela y el chevalier no dijo nada más; pero él me había pedido antes que le ayudara a tener una entrevista con vos, y cuando le dije que tenía pocas esperanzas de convencer al guardián para que me ayudara, me dijo que tal vez no fuera tan difícil como yo imaginaba y me suplicó que le llevara vuestra respuesta, y que entonces me informaría de más cosas que se podrían hacer. Esto es, creo, señora, todo lo sucedido.

—¿Cómo podría, Ludovico, compensarte por esos riesgos? —dijo Emily—. Pero ahora no poseo los medios. ¿Cuándo volverás a ver de nuevo al chevalier?

—No estoy seguro, signora —replicó—, depende de quién haga la próxima guardia. Sólo hay uno o dos a los que me atrevería a pedirles que me dejaran entrar en la cámara del prisionero.

—No necesito recordarte —prosiguió Emily—, el interés que tengo en que veas

pronto al chevalier, y cuando lo hagas, dile que he recibido el retrato y con los sentimientos que él desea. Dile que he sufrido mucho y que sigo sufriendo... —se detuvo.

—¿Debo decirle que le veréis, señora? —dijo Ludovico.

—Naturalmente que le veré —replicó Emily.

—¿Pero cuándo, signora, y dónde?

—Eso depende de las circunstancias —contestó Emily—; el lugar y la hora debe ser regulado por sus oportunidades.

—Por lo que se refiere al lugar, mademoiselle —dijo Annette—, no hay otro sitio en el castillo, aparte de este corredor, donde podamos verle con seguridad, lo sabéis; y, por lo que se refiere a la hora, habrá de ser cuando todos los signors estén durmiendo, si es que eso sucede.

—Debes mencionar estas circunstancias al chevalier, Ludovico —dijo Emily, pasando por alto la impertinencia de Annette—, y dejar que sean ellas, a su juicio, las que ofrezcan la mejor oportunidad. Dile que mi corazón no ha cambiado. Pero, por encima de todo, ve a verle cuanto antes; y, Ludovico, creo que no es necesario que te diga que estaré muy inquieta por ti.

Tras desearle buenas noches, Ludovico se marchó, y Emily se retiró a descansar, aunque no a dormir, porque la alegría la mantuvo tan despierta como había estado antes por la desesperación. Montoni y Su castillo habían desaparecido de su imaginación, como las espantosas visiones de un nigromante, y deambuló, una vez más, en las fantasías de una felicidad sin fin:

Como cuando bajo el rayo
de las lunas de verano, en medio de los bosques distantes,
o por la riada, toda plateada con destellos,
las dulces Hadas, corporeizadas, lanzan chorros de luz por el aire.

Pasó una semana antes de que Ludovico visitara de nuevo la prisión, porque los centinelas durante aquel período fueron hombres en los que no podía confiar y temió despertar su curiosidad al pedirles ver al prisionero. En este intervalo comunicó a Emily informes terribles de lo que estaba pasando en el castillo; de broncas, discusiones y disputas más que alarmantes, mientras por algunos detalles que mencionó no sólo dudó de si Montoni tenía la intención de dejarla marchar alguna vez, sino que temió profundamente que hubiera tomado decisiones referentes a ella con las que ya le había amenazado. Su nombre se mencionaba con frecuencia en las conversaciones que mantenían Bertolini y Verezzi, y por este motivo reñían. Montoni había perdido grandes sumas jugando con Verezzi, por lo que existía la temible posibilidad de que sus pretensiones fueran cambiarla por la deuda; pero, como ella

ignoraba que había alentado anteriormente las esperanzas de Bertolini, cuando éste le prestó un determinado servicio, no sabía cómo explicarse las disputas entre Bertolini y Verezzi. La causa de ellas no parecía tener importancia, porque veía que se acercaba su propia destrucción de muchos modos, y sus ruegos a Ludovico para que la ayudara a escapar y para que viera de nuevo al prisionero fueron más insistentes que nunca.

Por fin le informó de que había visitado de nuevo al chevalier, que le había indicado que confiara en aquel guardia de su prisión, del que ya había recibido algunas muestras de gentileza, y que le había prometido permitirle que saliera por el castillo durante media hora a la noche siguiente, cuando Montoni y sus acompañantes estuvieran embriagándose.

—Es realmente amable, es cierto —añadió Ludovico—, pero Sebastián sabe que no corre riesgo alguno al dejar salir al chevalier porque, si fuera capaz de rebasar los barrotes y las puertas de hierro del castillo, tendría que ser astuto de verdad. El chevalier me ha pedido que acuda a vos inmediatamente y que os ruegue que le permitáis visitaros esta noche, aunque sea sólo un momento, porque no puede vivir bajo el mismo techo sin veros. Por lo que se refiere a la hora, no puede decir nada, depende de las circunstancias (como vos dijisteis, signora), y en cuanto al lugar desea que lo indiquéis vos para que sea el mejor teniendo en cuenta vuestra seguridad.

Emily estaba tan agitada ante la idea del próximo encuentro con Valancourt que durante algunos momentos no pudo contestar a Ludovico o considerar el lugar de su encuentro. Cuando lo hizo, no vio ninguno que fuera tan seguro como el corredor, próximo a su propia habitación, que no se atrevía a rebasar ante los temores de encontrarse con alguno de los invitados de Montoni en camino hacia su cuarto, y rechazó los escrúpulos que oponía la delicadeza al tener que evitar los peligros de encontrarse con ellos. En consecuencia, se estableció que el chevalier se encontraría con ella en el corredor a una hora de la noche que Ludovico, que estaría vigilante, juzgara segura; y Emily, como se puede imaginar, pasó ese intervalo en un tumulto de esperanza y alegría, ansiedad e impaciencia. Nunca, desde su llegada al castillo había contemplado con tal placer cómo se ocultaba el sol tras las montañas y las sombras del crepúsculo y el velo de oscuridad que cubría el paisaje, como aquella noche. Contó las campanadas del gran reloj y escuchó los pasos de los centinelas al cambiar la guardia con la satisfacción de que había pasado otra hora. «¡Oh, Valancourt! —dijo —, después de todo lo que he sufrido, después de nuestra larga, larguísima separación, cuando pensé que nunca te vería más, vamos a encontraos de nuevo. ¡Oh, yo que he soportado el dolor, la ansiedad y el terror, no debo caer bajo el peso de la alegría!»

El reloj dio finalmente las doce. Abrió la puerta para escuchar si llegaba algún ruido del castillo y oyó los gritos distantes de la fiesta y las risas que despertaron

débiles ecos por la galería. Supuso que el signor y sus invitados estaban en el banquete. «Estarán ocupados toda la noche —se dijo—, y Valancourt estará pronto aquí». Tras cerrar con suavidad la puerta, recorrió la habitación con pasos impacientes y hasta se acercó a la ventana para escuchar el laúd, pero todo estaba silencioso. Su agitación aumentaba a cada momento, no pudo mantenerse en pie y se sentó junto a la ventana. Annette, que retuvo a su lado, estaba mientras tanto tan locuaz como de costumbre; pero Emily casi no oía nada de lo que decía, y tras acercarse una vez más a la ventana, percibió las notas del laúd, arrancadas con mano expresiva, y a continuación la voz que había oído antes acompañándolas.

¡Ora muestran creciente amor, ora grata congoja;
alientan tiernos susurros a través del corazón;
ora se desliza una tensión sagrada, más suave,
como cuando manos seráficas imparten una alabanza!

Emily lloró en dudosa alegría y ternura, y cuando la melodía cesó, consideró que se trataba de una señal y que Valancourt estaba a punto de salir de la prisión. Poco después oyó pasos en el corredor: eran ligeros, rápidos, de esperanza; casi no podía mantenerse en pie al oírlos. Abrió la puerta de la habitación y avanzó para encontrarse con Valancourt y, al momento siguiente, cayó en brazos de un desconocido. Su voz, su rostro, la convencieron al instante y perdió el conocimiento.

Al recobrarse, se encontró en brazos de aquel hombre que vigilaba su reacción con rostro de inefable ternura y ansiedad. Emily no tuvo ánimo para replicar o para preguntar, explotó en lágrimas y se liberó de sus brazos, mientras la expresión del rostro del desconocido cambió a la sorpresa y al desencanto, y se volvió a Ludovico pidiendo una explicación. Annette dio la información que Ludovico no podía aportar.

—¡Oh! —dijo con voz trémula interrumpida por sollozos—. ¡Oh, señor!, no sois el otro chevalier. Esperábamos a monsieur Valancourt, pero no sois vos. ¡Oh, Ludovico! ¿Cómo has podido engañaos así? ¡Mi pobre señora no podrá recobrarse nunca!

El desconocido, que parecía muy agitado, trató de hablar, pero le fallaron las palabras, y golpeándose la frente con la mano, con gesto de desesperación, se volvió hacia el otro extremo del corredor.

Annette se secó de pronto las lágrimas y le habló a Ludovico.

—Quizá —dijo—, el otro chevalier no es éste; tal vez el chevalier Valancourt esté también abajo.

Emily levantó la cabeza.

—No —replicó Ludovico—, monsieur Valancourt nunca ha estado abajo si este caballero no es él. Si vos, señor —dijo Ludovico dirigiéndose al desconocido—,

hubierais tenido la bondad de confiarme vuestro nombre, este error se habría evitado.

—Efectivamente —replicó el desconocido hablando en mal italiano—, pero era muy importante para mí que mi nombre permaneciera oculto a Montoni. Señora —añadió entonces dirigiéndose a Emily en francés—, permitidme que os presente mis excusas por el dolor que os he ocasionado y que os explique a vos a solas mi nombre y las circunstancias que me han conducido a este error. Soy francés, soy compatriota vuestro, nos encontramos en un país extranjero.

Emily trató de animarse, aunque dudaba en acceder a su ruego. Finalmente indicó a Ludovico que esperara en la escalera y retuvo a Annette, indicando al desconocido que la sirviente sabía muy poco italiano y le rogó que le comunicara lo que deseaba decir en esta lengua.

Tras haberse retirado Ludovico a una parte distante del corredor, el desconocido, con un profundo suspiro, dijo:

—Vos, madame, no me sois desconocida, aunque haya sido tan desgraciado porque no me conocierais. Me llamo Du Pont. Soy francés, de Gascuña, vuestra provincia natal, y hace largo tiempo que os admiro y, ¿por qué he de ocultarlo?, hace largo tiempo que os amo. —Se detuvo, pero al momento siguiente continuó—. Mi familia, señora, probablemente no os es desconocida, ya que vivimos a pocas millas de La Vallée y he tenido algunas veces la felicidad de encontraros en visitas a la vecindad. No os ofenderé repitiendo cuánto me interesáis, cuánto me ha gustado pasear por los escenarios que vos frecuentabais, cuántas veces he visitado vuestro pabellón de pesca favorito y lamentado la circunstancia que, en aquel tiempo, me impidió revelaros mi pasión. No os explicaré cómo caí en la tentación y fui poseedor de un tesoro que era para mí inestimable, un tesoro que entregué a vuestro mensajero hace unos días con esperanzas muy distintas a las presentes. No diré nada de aquellas circunstancias, porque sé que dirían poco en mi favor; permitidme únicamente que os suplique mi perdón y que me retoméis el retrato que yo he devuelto con tan poca fortuna. Vuestra generosidad perdonará el hurto y me devolverá el premio. Mi delito ha sido mi castigo, porque el retrato que robé ha contribuido a acrecentar mi pasión, que se ha convertido en mi tormento.

Emily le interrumpió:

—Creo, señor, que debo dejar a vuestra integridad el decidir si, después de lo que acaba de suceder en relación con monsieur Valancourt, debo devolveros el retrato. Creo que reconoceréis que no sería generosidad y me permitiréis añadir que sería hacerme una injusticia. Debo considerarme honrada por vuestra buena opinión, pero —y dudó— el error de esta noche hace innecesario que diga nada más».

—¡Así es, señora, así es! —dijo el desconocido, quien, tras una larga pausa prosiguió—, pero me permitiréis que mi interés, ya que no mi amor, sirvan para que aceptéis los servicios que os ofrezco. Sin embargo, ¿qué servicios puedo ofrecer?

Estoy prisionero, sufro como vos. Pero, pese a lo importante que es para mí la libertad, no correría por ella la mitad de los riesgos de los que pudiera encontrar para liberaros de este lugar de vicio. Aceptad los servicios ofrecidos por un amigo; no me rehuséis el premio de intentar al menos merecer vuestro agradecimiento.

—Ya lo merecéis, señor —dijo Emily—; el deseo merece mis más encendidas gracias, pero me excusaréis por recordaros el peligro en que incurrís prolongando esta entrevista. Será de gran consuelo para mí recordar, tanto si vuestros amistosos intentos de liberarme tienen éxito como si no, que tengo un compatriota que tan generosamente podría protegerme.

Monsieur Du Pont cogió su mano, que ella trató débilmente de retirar, y puso en ella sus labios respetuosamente.

—Permitidme respirar otro ferviente suspiro de vuestra felicidad —dijo—, y consolarme con ese afecto que no puedo conseguir.

Según decía esto, Emily oyó un ruido procedente de su habitación, y al volverse vio que la puerta de la escalera estaba abierta y que un hombre entraba en su cámara.

—Te enseñaré a conseguirlo —gritó mientras avanzaba por el corredor enarbolando un estilete que dirigió a Du Pont, que estaba desarmado.

Éste dio un paso atrás y evitó el golpe, lanzándose después sobre Verezzi para arrebatárselo. Mientras peleaban, Emily, seguida por Annette, corrió por el corredor llamando a Ludovico, que se había ido a la escalera, y según avanzaba aterrorizada e insegura sobre lo que debía hacer, un ruido distante, que parecía proceder del vestíbulo, le recordó los peligros en los que podría verse envuelta. Envió a Annette en busca de Ludovico y regresó al lugar donde Du Pont y Verezzi luchaban por la victoria. Era su causa la que se decidiría con el primero de ellos; su conducta, independientemente de esta circunstancia, le interesaba para su éxito, incluso aunque no le temiera ni le desagradara Verezzi. Se dejó caer en una silla y les suplicó que desistieran de más violencia, hasta que, finalmente, Du Pont logró que Verezzi cayera al suelo, donde quedó conmocionado por la violencia del golpe. Entonces animó a Du Pont a escapar, antes de que Montoni o sus gentes pudieran aparecer, pero él se negó a dejarla desprotegida, y, mientras Emily, más atemorizada por él que por sí misma, trataba de convencerle, oyeron pasos que subían por la escalera privada.

—¡Oh, estáis perdido! —gritó—, son los hombres de Montoni.

Du Pont no contestó, pero sostuvo a Emily, mientras con el rostro firme aunque inquieto, esperó su aparición. Sin embargo fue Ludovico quien apareció en la puerta. Echó una mirada preocupada por la habitación:

—¡Seguidme —dijo—, si valoráis en algo vuestras vidas; no tenemos minuto que perder!

Emily preguntó lo que ocurría y a dónde tenían que ir.

—No puedo quedarme aquí para contároslo, signora —replicó Ludovico—.

¡Huid! ¡Huid!

Le siguió inmediatamente, acompañado por monsieur Du Pont, escaleras abajo, cuando recordó que había quedado Annette y preguntó por ella.

—Nos espera más adelante, signora —dijo Ludovico casi sin aliento—, las puertas estaban abiertas hace un momento para que entrara un grupo que viene de las montañas. ¡Me temo que serán cerradas antes de que lleguemos a ellas! Por esa salida, signora —añadió Ludovico bajando la lámpara—. ¡Tened cuidado! Hay dos escalones.

Emily le siguió temblando más aún cuando comprendió que su huida del castillo dependía de aquel momento, mientras Du Pont la ayudaba y trataba según corría de animarla.

—Hablad bajo, signor —dijo Ludovico—, estos pasadizos envían ecos por todo el castillo.

—¡Cuida de la luz! —exclamó Emily—, vas tan deprisa que el aire la apagará.

Ludovico abrió otra puerta, donde encontraron a Annette, y el grupo descendió por un corto tramo de escaleras hacia un pasadizo que, según dijo Ludovico, corría alrededor del patio interior del castillo y salía al otro exterior. Según avanzaban, les llegaron sonidos confusos y tumultuosos que parecían proceder del patio interior, que alarmaron a Emily.

—Al contrario, signora —dijo Ludovico—, nuestra única esperanza está en ese tumulto; mientras los hombres del signor están ocupados con los que llegan, tal vez podamos pasar sin ser vistos por las puertas. ¡Pero silencio! —añadió según se aproximaban a una pequeña puerta que comunicaba con el primer patio—, esperadme aquí un momento. Iré a ver si las puertas están abiertas y si no hay nadie en el camino. Por favor, apagad la luz, signor, si me oís hablar —continuó Ludovico entregando la lámpara a Du Pont—, y permaneced silenciosos.

Tras decir esto, salió al patio y cerraron la puerta, escuchando ansiosamente sus pasos que se alejaban. Sin embargo, no se oía voz alguna en el patio que estaba cruzando, aunque les llegaba gran confusión del interior.

—No tardaremos en estar al otro lado de estos muros —dijo Du Pont en voz baja a Emily—, tened ánimo un poco más, señora, y todo irá bien.

Pero pronto oyeron a Ludovico hablar en voz alta, y las voces de otras personas, y Du Pont apagó inmediatamente la lámpara.

—¡Ah! ¡Demasiado tarde! —exclamó Emily—. ¿Qué será de nosotros?

Siguieron escuchando y advirtieron que Ludovico estaba hablando con un centinela, cuyas voces fueron oídas también por el perro favorito de Emily, que la había seguido desde su habitación y que ladraba fuertemente.

—¡Este perro nos descubrirá! —dijo Du Pont—. Lo contendré.

—¡Me temo que ya nos ha traicionado! —replicó Emily.

Du Pont, no obstante, lo sujetó y volvió a escuchar lo que pasaba en el exterior. Oyeron a Ludovico que decía: «Vigilaré las puertas un rato».

—Quédate un momento —replicó el centinela—, y no tendrás que molestarte. Que envíen los caballos a los establos exteriores, entonces cerrarán las puertas y podré dejar mi puesto.

—No es ninguna molestia, camarada —dijo Ludovico—, ya me harás tú un favor en otra ocasión. Ve, ve a tomarte un trago; los que acaban de llegar se lo beberán todo si no vas.

El soldado dudó y gritó a las gentes que estaban en el segundo patio para saber por qué no enviaban los caballos, ya que las puertas debían cerrarse; pero estaban demasiado ocupados para atenderle, incluso aunque hubieran oído sus voces.

—Lo ves —dijo Ludovico—, ellos saben lo que tienen que hacer. Se lo están repartiendo. Si esperas a que vengan los caballos ya se habrán bebido todo el vino." Yo ya me he tomado mi ración, pero puesto que no te interesa la tuya, no sé por qué no voy a tomármela yo.

—Para, para, no tan rápido —gritó el centinela—, entonces vigila un momento. Estoy aquí ahora mismo.

—No hace falta que corras —dijo Ludovico fríamente—, no es la primera vez que hago guardia. Pero déjame tu trabuco, y si el castillo fuera atacado, sabría defender el paso como un héroe.

—Toma, aquí lo tienes —contestó el soldado—, te puede servir, aunque no creo que valiera mucho para defender el castillo. Ya te contaré una buena historia de este trabuco.

—Será mejor que me la cuentes cuando te hayas tomado el vino —dijo Ludovico —. ¡Mira!, ya salen al patio.

—De todos modos me tomaré esa copa —dijo el centinela, que salió corriendo—. Sólo tardaré un momento.

—Tarda lo que quieras, no tengo prisa —replicó Ludovico, que se puso a correr cruzando el patio mientras el soldado regresaba.

—¿Adónde vas tan deprisa, amigo, adónde vas? —dijo este último—. ¡Qué es eso! ¡Pensabas hacer así la guardia! Me parece que tendré que quedarme en mi puesto!

—Menos mal —replicó Ludovico—, me has ahorrado el tener que ir corriendo detrás de ti. Iba a decirte que si quieres beber vino de Toscana, debes pedírselo a Sebastián. El que tiene ése que se llama Federico no merece la pena. Pero me temo que no vas a probar ninguno, porque veo que ya salen.

—¡Por San Pedro! —dijo el soldado, y salió corriendo mientras Ludovico se dirigía hacia la puerta del pasadizo, donde Emily estaba a punto de desfallecer de ansiedad por su conversación. Al saber que el patio estaba vacío, le siguieron hasta el

portón sin más espera, cogiendo antes dos caballos que había en el segundo patio y que estaban mordisqueando unas hierbas que crecían entre el pavimento.

Cruzaron sin interrupción las temidas puertas y avanzaron por el camino que conducía hacia los bosques. Emily, monsieur Du Pont y Annette andando, y Ludovico, que se había montado en uno de los caballos, conducía el otro. Se detuvieron y Emily y Annette fueron subidas a los caballos con sus dos protectores. Ludovico, en cabeza, dirigió la marcha lanzándose por la senda irregular, bajo la débil luz que recibían de la luna entre las ramas.

Emily estaba tan sorprendida por su marcha inesperada que le costaba trabajo creer que estuviera despierta, y dudaba si la aventura concluiría, una duda plenamente justificada, antes de que llegaran al otro extremo de los bosques. No tardaron en oír gritos que les llegaban con el viento, y a través de los bosques pudieron ver luces que se movían por el castillo. Du Pont espoleó al caballo, y con algunas dificultades logró que fuera más aprisa.

—¡Pobre animal! —dijo Ludovico—, está muy cansado, ha estado todo el día de marcha. Pero, signor, ahora tenemos que volar, ya que por allí se ven luces que se dirigen por este camino.

Tras espolear también a su caballo, ambos emprendieron el galope, y cuando volvieron a mirar hacia atrás, las luces estaban ya tan distantes que casi no se veían y las voces se perdieron en el silencio. Los viajeros redujeron entonces la marcha y comentaron por cual camino debían seguir. Se decidió que bajarían hasta Toscana y que tratarían de llegar al Mediterráneo, donde podrían embarcar para Francia. Allí, Du Pont se ocuparía de Emily, si se informaba de que el regimiento con el que había ido a Italia había regresado a su país.

Se encontraban en el camino que Emily había recorrido con Ugo y Bertrand, pero Ludovico, que era el único del grupo que conocía los pasos por las montañas, dijo que un poco más adelante, un sendero que salía del camino les llevaría a Toscana con

pocas dificultades y que a pocas leguas de distancia había una pequeña ciudad donde podrían procurarse lo necesario para el viaje.

—Pero, espero —añadió—, que no nos encontremos con algún grupo de bandidos, puesto que hay varios fuera del castillo, según mis noticias. Sin embargo, tengo un buen trabuco que puede prestarnos un buen servicio en caso de que nos encontremos con alguno de ellos. ¿Tenéis armas, signor?

—Sí —replicó Du Pont—, tengo la daga del villano que quería acuchillarme, pero regocijémonos en nuestra huida de Udolfo y no nos atormentemos con peligros que quizá no lleguen nunca.

La luna se había elevado por encima de los árboles que cubrían ambos lados del estrecho sendero por el que avanzaban y les proporcionaba luz suficiente para distinguir el camino y para evitar las piedras caídas desde las montañas. Avanzaban con paso regular y en profundo silencio. Ninguno se había recobrado de la sorpresa de la inesperada huida. Especialmente Emily estaba sumida en varias emociones, en una meditación que la serena belleza del paisaje que les rodeaba y el suave murmullo de la brisa entre las hojas contribuían a prolongar. Pensó en Valancourt y en Francia, con esperanza, y habría sentido profunda alegría de no haber sufrido los primeros acontecimientos de la tarde, que habían agitado su espíritu. Mientras tanto, Emily era el único tema de las melancólicas consideraciones que se iba haciendo Du Pont; sin embargo, pese a la desilusión que había sufrido, ésta se mezclaba con el suave placer que le ocasionaba su presencia, pero pese a ello no intercambiaron palabra alguna. Annette pensaba en su maravillosa escapada y en la indignación que sentirían Montoni y su gente al descubrir su marcha; y pensaba también en el regreso a su país, y en su matrimonio con Ludovico, pues parecía que ya no había impedimento alguno, puesto que no consideraba a la pobreza como tal. Ludovico, por su parte, se felicitaba por haber rescatado a su Annette y a la signora Emily del peligro que las rodeaba; en su propia liberación de aquella gente cuya conducta detestaba desde hacía tiempo; de la libertad que había dado a monsieur Du Pont; del futuro de felicidad con la destinataria de sus afectos, y, no menos, de la charla con la que había engañado al centinela y llevado adelante todo el plan.

Así, cada uno sumido en sus propios pensamientos, los viajeros avanzaron en silencio durante más de una hora, con algunas interrupciones momentáneas por preguntas de Du Pont relativas al camino o algún comentario de Annette sobre lo que veían a la incierta luz de la noche. Finalmente, percibieron unas luces a un lado de la montaña y Ludovico no dudó de que se trataba de la ciudad que había mencionado, mientras sus compañeros, satisfechos con su seguridad, volvieron al silencio. Annette fue la primera en interrumpirlo.

—¡Virgen Santa! —dijo—, ¿con qué dinero haremos el viaje? Porque sé que ni yo ni mi señora tenemos un solo cequí. ¡El signor se ocupará de eso!

Este comentario produjo una seria reacción, que concluyó con una situación embarazosa igualmente seria, porque Du Pont había sido desprovisto de casi todo su dinero cuando fue hecho prisionero. Lo que le quedaba se lo había dado al centinela que le había permitido ocasionalmente salir de la habitación que le había servido de prisión; y Ludovico, que llevaba tiempo encontrando dificultades para conseguir que le pagaran su sueldo, tenía muy poco para lograr los alimentos necesarios en la primera ciudad a la que llegaran.

Su pobreza era aún más desesperada, puesto que les detendría en la zona donde, incluso en una ciudad, casi no podrían considerarse libres de Montoni. Sin embargo, a los viajeros no les quedaba otra salida que continuar y enfrentarse con el futuro y así lo hicieron marchando por el sendero a través de valles oscuros y silvestres, cubiertos por las ramas de los árboles que impedían la entrada de los rayos de la luna; paisajes tan desolados que a la primera mirada parecían no haber sido hollados por persona humana. Incluso el camino que seguían parecía confirmar esta impresión, porque las altas hierbas y otras vegetaciones excesivamente crecidas decían claramente que no habían sido pisadas por viajero alguno.

De la distancia les llegó el débil sonar de las esquilas del ganado, y poco después vieron los rebaños, de lo que dedujeron que estaban cerca de alguna zona habitada. La luz que Ludovico había visto y que suponía de una ciudad quedaba oculta por las montañas. Animados con esta esperanza, aceleraron el paso por el sendero estrecho que recorrían y que se abrió a uno de esos valles pastoriles de los Apeninos, que podían haber sido pintados para una escena de la Arcadia y cuya belleza y sencillez formaban un contraste encantador con la grandeza de las cumbres nevadas de las montañas que se extendían por encima.

La luz de la mañana, que asomaba en el horizonte, se mostró débilmente en la distancia, por encima de una colina que parecía mirar «con los ojos entornados del nuevo día». La ciudad que buscaban apareció y no tardaron en alcanzarla. Tuvieron algunas dificultades para encontrar una casa que pudiera acogerles, así como a sus caballos, y Emily indicó que sólo debían descansar lo necesario para recuperarse. Su apariencia despertó cierta curiosidad, porque no llevaba tocado alguno, al haber tenido tiempo únicamente para coger su velo antes de salir del castillo, un detalle que le forzó a lamentar de nuevo la falta de dinero, sin el cual era imposible que se procuraran lo necesario.

Ludovico, tras examinar su bolsa, comprobó que era incluso suficiente para pagar el refrigerio, y Du Pont se aventuró a informar al dueño de la casa, cuyo rostro parecía simple y honesto, de su exacta situación, solicitándole que les ayudara a proseguir su camino, un propósito que él prometió atender en la medida de lo posible cuando supo que eran prisioneros que escapaban de Montoni, al que odiaba por muchas razones. Pero, aunque accedió a prestarles caballos de refresco que les

pudieran llevar a la ciudad siguiente, su propia escasez le impedía facilitarles dinero alguno. Lamentaban de nuevo su pobreza, cuando Ludovico, que había estado con los caballos para que descansaran, entró en la habitación medio loco de alegría, de la que participaron sus oyentes. Al quitarles las sillas a los caballos, en uno de ellos había encontrado una pequeña bolsa que contenía sin duda el botín de uno de los *condottieri,* que había regresado de una de sus excursiones, poco antes de que Ludovico saliera del castillo. Sin duda el caballo había quedado en el patio interior mientras su amo se entretenía en beber, y había ocultado allí el tesoro que consideraba el premio a su expolio.

Al contarlo, Du Pont comprobó que había más que suficiente para que llegaran todos a Francia, a donde decidió que iría acompañando a Emily, tanto si se enteraba de dónde estaba su regimiento o no; porque, aunque tenía gran confianza en la integridad de Ludovico, no le conocía lo suficiente para confiarle el cuidado de su viaje o, tal vez, no tuvo suficiente decisión para privarse del peligroso placer que se podría derivar de su presencia.

Les consultó sobre el mejor puerto al que podrían dirigirse, y Ludovico, mejor informado de la geografía del país, dijo que Liorna era el más próximo, del que Du Pont también sabía que era el mejor de los de Italia para asistirles en su plan, puesto que desde allí salían continuamente barcos para todas las naciones. En consecuencia, fue decidido que se dirigirían allí.

Emily compró un sombrero de paja de los que llevan las muchachas campesinas de Toscana y algunas otras pequeñas cosas necesarias para el viaje y, tras el cambio de los caballos cansados por otros mejores, continuó su camino, mientras el sol ascendía sobre las montañas. Recorrieron aquel paisaje romántico durante varias horas y después descendieron al valle del Amo. Allí, Emily contempló los encantos del paisaje selvático y pastoril, adornado con las elegantes villas de los nobles florentinos y con la variedad de sus ricos cultivos. ¡Qué hermosos arbustos cubrían las entradas de los bosques, dispuestos como en un anfiteatro a lo largo de las montañas!, y sobre todo, ¡qué perfil tan elegante ofrecían los Apeninos, suavizando el aspecto salvaje que exhibían en las regiones interiores! Hacia el este, en la distancia, Emily descubrió Florencia, con sus torres elevándose en un horizonte brillante y extendiéndose en toda su grandeza al pie de los Apeninos, salpicada de jardines y de villas magníficas, o iluminada con los grupos de naranjos y limoneros, los viñedos, los maizales y las plantaciones de olivos. Hacia el oeste, el valle se abría hacia las aguas del Mediterráneo, tan distantes que sólo se percibían como una línea azul que surgía sobre el horizonte y por la bruma del mar que aparecía por encima.

Con el corazón lleno de alegría, Emily saludó a las olas que la llevarían de regreso a su país natal, cuyo recuerdo, no obstante, la llenó de dolor, porque ya no le quedaba hogar alguno ni parientes que le dieran la bienvenida, pero iba, como un

triste peregrino, a llorar sobre un lugar triste, donde él, su padre, yacía enterrado. Tampoco se levantó su ánimo cuando consideró lo que podría tardar en ver a Valancourt, tal vez acuartelado con su regimiento en alguna parte distante de Francia y que, cuando se encontraran, sólo podrían lamentar el éxito de la villanía de Montoni. Con todo, sintió una satisfacción inexpresable ante la idea de verse de nuevo en el país de Valancourt, aunque fuera incierto el que pudieran encontrarse.

El intenso calor, ya que había llegado el mediodía, obligó a los viajeros a buscar un refugio en la sombra, donde pudieran descansar durante unas horas, y los campos próximos, llenos de uvas silvestres, frambuesas e higos, les prometían suficiente alimento. Poco después se dirigieron a una enramada que con su espeso follaje les libraría de los rayos del sol, y donde un manantial que salía de las rocas refrescaba el aire, así que desmontaron y dejaron en libertad a los caballos. Annette y Ludovico corrieron a recoger fruta y pronto volvieron con una buena provisión. Los viajeros se sentaron en el césped bajo la sombra de las ramas de un pino y de los cipreses, rodeados con tal profusión de flores fragantes que Emily casi no había visto nunca, incluso en los Pirineos, y tomaron su sencilla comida, contemplando con satisfacción bajo la oscura sombra de los pinos gigantes el brillante paisaje que se extendía hacia el mar.

Emily y Du Pont quedaron cada vez más pensativos y silenciosos, pero Annette estaba llena de júbilo y locuacidad, y Ludovico muy alegre, sin olvidar la respetuosa distancia que debía a sus acompañantes. Al terminar la comida, Du Pont recomendó a Emily que tratara de dormir durante aquellas horas más pesadas, y propuso lo mismo a los criados, mientras él montaba la guardia. Sin embargo, Ludovico le liberó de ello, y Emily y Annette, cansadas por el viaje, trataron de descansar mientras él se quedaba de guardia con el trabuco.

Cuando Emily se despertó reconfortada por el descanso, encontró al centinela dormido en su puesto y a Du Pont atento, pero perdido en melancólicos pensamientos. Como el sol estaba aún demasiado alto para que les permitiera continuar su camino y, por otra parte, era necesario que Ludovico, tras las agitaciones y problemas que había sufrido, concluyera su sueño, Emily aprovechó la oportunidad para preguntar a Du Pont cómo había llegado a ser hecho prisionero por Montoni, y él, contento por el interés que la pregunta implicaba y por la excusa que le daba para hablarle de sí mismo, satisfizo inmediatamente su curiosidad.

—Vine a Italia —dijo Du Pont—, sirviendo a mi país. En una avanzada por las montañas, nuestro grupo se enfrentó a los de Montoni y fue derrotado, y yo, con algunos de mis compañeros, hecho prisionero. Cuando me dijeron de quién estaba cautivo, el nombre de Montoni me sorprendió, porque recordé que madame Cheron, vuestra tía, se había casado con un italiano de ese mismo nombre y que vos los habíais acompañado a Italia. Sin embargo, pasó algún tiempo antes de que pudiera

convencerme de que se trataba del mismo Montoni y que estabais bajo el mismo techo que yo. No os molestaré describiéndoos cuáles fueron mis inquietudes al descubrirlo, gracias a un centinela que ya había logrado que se pusiera de mi parte y que me concedió muchas libertades, una de las cuales era muy importante para mí y muy peligrosa para él; pero insistió en negarse a llevaros una carta o informaros de mi situación, porque temía ser descubierto y la venganza consecuente de Montoni. No obstante, me permitió veros más de una vez. Os sorprendéis señora, pero os lo explicaré. Mi salud y mi ánimo sufrían extremadamente ya que necesitaba aire y ejercicio y, por fin, logré conmover su piedad o su avaricia y me ofreció la oportunidad de pasear por la terraza.

Emily escuchó atentamente la narración de Du Pont, que continuó:

—Al acceder a ello sabía que no tenía nada que temer en cuanto a que pudiera escaparme del castillo, que estaba fuertemente vigilado, y porque la terraza más próxima a la que salía daba a un corte vertical de la roca. También me mostró una puerta oculta en un lado de la cámara en la que estaba recluido, que me enseñó cómo abrir y que conducía a un pasadizo, formado en el espesor de los muros, que se extendía a lo largo del castillo y salía por un rincón oscuro a la muralla del lado este. He sido informado de que hay muchos pasadizos como ése ocultos en los muros prodigiosos del edificio y que, sin duda, fueron construidos con el propósito de facilitar las huidas en tiempo de guerra. A través de ese pasadizo, a medianoche, salí muchas veces a la terraza, con la mayor precaución posible para evitar que mis pasos pudieran descubrirme a los centinelas que estaban en los extremos, ya que esta zona, protegida por edificios más altos, no estaba bajo el control de los soldados. En uno de esos paseos nocturnos vi luz en uno de los ventanales que se abren sobre la muralla y comprobé que era el inmediatamente superior al de mi habitación. Pensé que pudierais estar en aquel cuarto y, con la esperanza de veros, me situé frente a la ventana.

Emily, recordando la figura que había visto aparecer en la terraza y que le había ocasionado tanta ansiedad, exclamó:

—Erais vos entonces, monsieur Du Pont, quien me ocasionó temores innecesarios. Mi ánimo estaba entonces tan agitado por largos sufrimientos que se conmovía ante cualquier indicio.

Du Pont, tras lamentar haber sido el causante de aquellos temores, añadió:

—Me apoyé en el muro frente a vuestra ventana y la consideración de mi propio estado y vuestra situación melancólica me obligó a musitar lamentaciones involuntarias que supongo llegaron hasta vos. Vi a una persona que creí que erais vos. ¡Oh!, no diré nada de mis emociones de aquel momento. Quise hablar, pero la prudencia me contuvo, hasta que los pasos de un centinela me forzaron a abandonar el lugar. Pasó algún tiempo antes de que tuviera otra oportunidad de pasear, ya que

sólo podía salir de mi prisión cuando coincidía la guardia de uno de los hombres que me custodiaban. Mientras tanto me convencí por algunos detalles que me contó de que vuestra habitación estaba sobre la mía, y, cuando volví a salir, me situé de nuevo ante vuestra ventana, donde os vi pero sin atreverme a hablaros. Os saludé con la mano y de pronto desaparecisteis. Olvidé mi prudencia y volví a lamentarme. Aparecisteis una vez más, os oí, ¡oí el bien conocido acento de vuestra voz!, y en aquel momento mi discreción se habría visto traicionada de no haber oído los pasos que se aproximaban de uno de los soldados, por lo que me alejé de inmediato, aunque no antes de que él me viera. Me siguió por la terraza y me alcanzó tan rápido que me obligó a usar de una estratagema bastante ridícula para salvarme. Había oído que muchos de esos hombres son muy supersticiosos y produje un ruido extraño con la esperanza de que mi perseguidor me confundiera con algo supernatural y desistiera de sus propósitos. Por suerte para mí, acerté. Parece que aquel hombre sufría de ataques y el terror que sintió le hizo caer en uno de ellos, lo que aproveché para escapar. La idea del peligro del que había escapado y el aumento de la vigilancia que mi aparición había ocasionado entre los centinelas, me impidió incluso atreverme a pasear por la terraza; pero, en la tranquilidad de la noche, me entretuve con frecuencia con un viejo laúd que me consiguió un soldado, y a veces cantaba con la esperanza de que me oyerais; de ello tuve noticias hace unos días y me pareció que llegaba vuestra voz con el viento, llamándome. No me atreví a replicar temiendo que el centinela de puerta me oyera. ¿Estaba en lo cierto, señora, en mi sospecha, de que erais vos quien hablaba?

—Sí —dijo Emily con un suspiro involuntario—, estabais en lo cierto.

Du Pont, al observar las emociones que había removido, cambió de tema.

—En una de esas incursiones por el pasadizo, que he mencionado, oí una extraña conversación —dijo.

—¡En el pasadizo! —dijo Emily sorprendida.

—Lo oí en el pasadizo —dijo Du Pont—, pero procedía de una habitación que cruzaba por el muro, y la capa era tan fina en las paredes y estaba tan deteriorada que pude distinguir todas las palabras que se dijeron al otro lado. Montoni y sus acompañantes estaban juntos en la habitación, y él empezó a relatar la extraordinaria historia de la señora que fue su predecesora en el castillo. Mencionó algunas circunstancias sorprendentes y su conciencia dirá si responden o no exactamente a la verdad, aunque me temo que se decidiera en contra de él. Pero vos, señora, tenéis que haber oído hablar de ese asunto al que se refería en relación con el misterioso destino de la dama.

—Así es, señor —replicó Emily—, y me parece advertir que lo dudáis.

—Ya dudaba de ello antes del momento del que os estoy hablando —prosiguió Du Pont—, pero alguno de los detalles mencionados por Montoni contribuyeron en

gran medida a mi sospecha. El relato que oí entonces casi me convenció de que él fue el asesino. Temblé por vos, más aún porque oí a alguno de los invitados mencionar vuestro nombre de un modo que hubiera amenazado vuestra tranquilidad. Sabiendo que la mayoría de los hombres impíos son con frecuencia los más supersticiosos, decidió que ya que no podía despertar sus conciencias, podría asustarles para que no cometieran el crimen que planeaban. Escuché atentamente a Montoni, y en los pasajes más sorprendentes de su historia intervine repitiendo sus últimas palabras en un tono temeroso.

—¿No teníais miedo de ser descubierto? —dijo Emily.

—No —replicó Du Pont—, porque sabía que si Montoni hubiera estado enterado de la existencia del pasadizo secreto, no me habría confinado en aquella habitación, a la que conducía. También sabía, por otras razones, que lo ignoraba. El grupo no pareció oír mi voz durante algún tiempo, pero por fin se asustaron tanto que abandonaron el salón, y al oír a Montoni que ordenaba a sus criados que lo registraran, regresé a mi habitación, que estaba muy distante de esa zona del pasadizo.

,Recuerdo perfectamente haber oído la conversación que mencionáis —dijo Emily—, se extendió un temor general entre las gentes de Montoni y debo reconocer que fui lo suficientemente débil como para participar del mismo.

Monsieur Du Pont y Emily continuaron así hablando de Montoni, después de Francia y del plan de su viaje. Emily le dijo que tenía la intención de retirarse a un convento en el Languedoc, donde había sido tratada con gran amabilidad, y desde allí escribir a su pariente, monsieur Quesnel, e informarle de su situación. Allí deseaba esperar hasta recuperar La Vallée, donde confiaba que sus ingresos pudieran permitirle regresar. Du Pont le informó que las propiedades que Montoni había tratado de quitarle no estaban perdidas del todo y la felicitó por haber, escapado de él, que, sin duda, tenía la intención de tenerla secuestrada de por vida. La posibilidad de recuperar las propiedades de su tía para Valancourt y para ella misma llenaron de júbilo el corazón de Emily, como hacía mucho tiempo que no sentía, pero trató de ocultárselo a monsieur Du Pont, ya que además le produciría el doloroso recuerdo de su rival.

Continuaron conversando hasta que el sol empezó a declinar por el oeste. Du Pont despertó entonces a Ludovico y reemprendieron la marcha. Descendieron gradualmente las últimas estribaciones del valle hasta alcanzar el Amo, que siguieron por su margen durante muchas millas, disfrutando recuerdos que su movimiento clásico revivía. A lo lejos oyeron las alegres canciones de los campesinos en los viñedos y observaron el color amarillo con que se teñían las olas en la puesta del sol, mientras un tono púrpura oscuro se extendía por las montañas en el crepúsculo hasta oscurecerse en la noche. Entonces las *lucciola*, las luciérnagas de Toscana,

empezaron a lucir entre las ramas, mientras que la *cicala*,[32] con su nota aguda, se hizo más clamorosa que incluso en el calor del mediodía, gozando mejor de la hora en la que el escarabajo inglés, con sonidos menos hirientes,

retuerce
su pequeña pero sucia trompa,
tantas veces como se alza en medio del sendero sombrío,
contra el peregrino que pasa, en descuidado zumbido. [33]

Los viajeros cruzaron el Amo a la luz de la luna, en una balsa, y al enterarse de que Pisa distaba sólo unas pocas millas siguiendo el camino del río, trataron de llegar hasta allí en barca, pero como no pudieron conseguirla, prosiguieron en sus cansados caballos hacia aquella ciudad. Según se aproximaban, el valle se abría en una planicie cubierta de viñedos, maizales, olivos y zarzas; pero ya era tarde cuando llegaron a las puertas, donde Emily se sorprendió al oír el ruido de pasos y el sonido de instrumentos musicales, así como grupos alegres que llenaban las calles y que le produjeron la impresión de estar de nuevo en Venecia. Sin embargo no había un mar iluminado por la luna, ni alegres góndolas cruzando las olas, ni palacios *Palladian*, para cubrir de encantamiento la fantasía y despertar cuentos de hadas. El Amo cruzaba la ciudad, pero no había música que brotara desde los balcones sobre las aguas; sólo se oían las voces inquietas de los marineros a bordo de los barcos que acababan de llegar del Mediterráneo; la melancolía de levar anclas y los agudos pitidos de los barcos, sonidos que los sumergieron en el silencio. Sin embargo, sirvieron para recordar a Du Pont que cabía la posibilidad de que hubiera algún barco que saliera pronto para Francia desde aquel puerto, con lo que se librarían de tener que ir a Liorna. Tan pronto como Emily llegó a la posada, él se fue al muelle, pero después de sus preguntas y las que hizo Ludovico, no tuvieron información de que saliera barco alguno con destino inmediato a Francia y ambos regresaron al lugar de descanso. Allí, Du Pont trató también de saber dónde estaba su regimiento, pero no pudo obtener información alguna. Los viajeros se retiraron pronto a descansar tras las fatigas del día, y al siguiente se levantaron temprano, y sin detenerse a contemplar las bellezas del lugar o las maravillas de la torre inclinada, siguieron su camino en las horas más frescas, a través de un paisaje encantador, lleno de viñedos, maizales y olivos. Los Apeninos, que habían perdido su aspecto temeroso e incluso grandioso, se suavizaban en la belleza del paisaje rústico y pastoril, y Emily, según descendían, contempló encantada la ciudad de Liorna y su espaciosa bahía, llena de barcos y coronada por hermosas colinas.

Se vio igualmente sorprendida y distraída cuando al entrar en la ciudad encontraron grupos de personas con ropas de todas las naciones; una escena que le

recordó las mascaradas venecianas que había visto en la época del carnaval, pero aquí con toda seguridad, sin alegría, y ruido en lugar de música, mientras que la elegancia sólo podía ser contemplada en los perfiles de las colinas que les rodeaban.

Nada más llegar, monsieur Du Pont se fue al muelle, donde tuvo noticia de varios barcos franceses y de uno en concreto que saldría a los pocos días para Marsella, donde podrían conseguir otro sin dificultad para conducirlos a través del golfo de León hacia Narbona, en la costa distante sólo a unas pocas leguas de la ciudad en la que estaba situado el convento al que Emily quería retirarse. En consecuencia, convino inmediatamente con el capitán que les llevaría a Marsella y Emily se sintió feliz al enterarse de que su pasaje a Francia era seguro. Se vio liberada por fin del terror de la persecución, y con la grata esperanza de ver muy pronto su país, en el que estaba Valancourt, su ánimo se recuperó con una ilusión que no recordaba haber tenido desde la muerte de su padre. En Liorna, Du Pont también tuvo noticias de su regimiento y de que había embarcado para Francia, con lo que recibió la gran satisfacción de que podría acompañar a Emily sin que su conciencia se lo reprochara o con temor a desagradar a su comandante. Durante aquellos días evitó escrupulosamente disgustarla con la mención de su amor y ella se vio inclinada a estimarle y compadecerle, aunque no estaba enamorada de él. Trató de entretenerla mostrándole los alrededores de la ciudad y pasearon con frecuencia a la llegada y salida de los barcos, participando de la alegría de los amigos que se encontraban y, a veces, derramando una lágrima de simpatía por el dolor de los que se separaban. Tras haber contemplado una de estas últimas escenas, escribió las siguientes estancias:

EL MARINERO

Suave llegaba el aliento de la primavera; tranquila crecía la marea;
y, azul, el cielo sonreía en su espejo;
la vela blanca se estreme cía, se inflaba, se dilataba,
los marineros activos se afanaban con el ancla.
De amigos anhelante, que vertían las lágrimas de la separación,
estaba apiñada la cubierta, ¡qué raudos vuelan los momentos!
El bajel vira, aparecen las señales de la despedida,
¡mudas están las lenguas, y elocuentes las miradas!
¡Llega el terrible y último momento! El grumete
esconde la gran lágrima, y sonríe por encima del dolor,
consuela a su novia triste, y promete eterna fidelidad.
«¡Adiós, amor mío, volveremos, volveremos a encontrarnos!»
Firme en la popa, agitando la mano, permanece;
la playa abarrotada se oculta, disminuye ante su vista,
según se desliza gradualmente el buque por las aguas;

ya no ve a su novia. «¡Adiós! ¡Adiós!»
La brisa de la noche gime débilmente, su sonrisa ha cesado,
la oscuridad apaga el crepúsculo carmesí del oeste,
se sube al palo más alto, para ver una vez más
la línea distante de la costa, donde quedan todos sus deseos.
Contempla su línea oscura en el cielo distante,
y la Fantasía le lleva a su pequeño hogar,
ve a su amor llorando, oye su suspiro,
consuela sus pesares, y le habla de júbilos que vendrán.
La tarde cede a la noche, la brisa al ventarrón invernal,
en una vasta sombra mares y playas reposan;
vuelve los ojos doloridos... su ánimo decae,
brota la lágrima del desaliento; ¡se dirige triste a la cubierta!
La tormenta de media noche se inflama, los marineros se aferran,
la sonda suena en lo profundo, pero no encuentra playas amigas,
el barco desventurado es lanzado rápido sobre las olas.
«¡Oh, Ellen, Ellen! ¡No volveremos a encontrarnos!»
¡Los relámpagos, que se esparcen por la vasta profundidad espumosa,
los renovados truenos, según redoblan por el cielo,
los fuertes, recios vientos, que se arrastran por el oleaje,
hacen temblar el ánimo firme, espantan al alma más brava!
¡Ah! ¡Cuánto vale el afanoso quehacer de los marinos!
¡El cordaje tirante se rompe, el mástil se ha rajado!
Los gritos de terror se esparcen por el aire,
se pierden después en la distancia.
¡El barco es lanzado contra las rocas!
¡Furiosas sobre el naufragio pasan las olas sumergidas,
la tripulación impotente se hunde en el rugiente océano!
Las débiles inflexiones de Henry tiemblan en un golpe de aire.
«¡Adiós, amor mío! ¡Nunca volveremos a encontrarnos!»
A veces, en la calma y en el silencio del atardecer,
cuando las brisas del verano se detienen en las olas,
¡se oye una voz triste al derramar
su dulce soledad sobre la tumba del pobre Henry!
Ya veces, a medianoche, se oyen melodías etéreas
alrededor de la sepultura, donde yace la sombra de Ellen;
¡el canto fúnebre no es temido por las doncellas del poblado,
porque el alma de los enamorados guarda la sombra sagrada!

Capítulo X

¡Oh! ¡El júbilo
de los proyectos jóvenes, dibujados en la mente
con los relucientes y cálidos colores que derrama la fantasía
sobre cosas que aún no conocen, cuando todo es nuevo,
y ¡todo es hermoso!

DRAMAS SACROS

Volvemos ahora al Languedoc y a mencionar al conde De Villefort, el noble que sucedió en una propiedad al marqués De Villeroi, situada cerca del monasterio de Santa Clara. Se recordará que este castillo no estaba habitado cuando St. Aubert y su hija estuvieron en aquella zona, y que el primero se conmovió profundamente al saber que se encontraba tan cerca del Chateau-le-Blanc, un lugar sobre el que el viejo La Voisin había hecho después algunas insinuaciones que despertaron la curiosidad de Emily.

Fue al comienzo del año 1584, el mismo en que murió St. Aubert, cuando Francis Beauveau, conde De Villefort, tomó posesión de la casa y los extensos dominios llamados Chateau-Ie-Blanc, situados en la provincia de Languedoc, en las costas del Mediterráneo. Esta propiedad, que durante varios siglos había pertenecido a su familia, pasaba a sus manos a la muerte de su pariente, el marqués De Villeroi, que había sido en los últimos tiempos un hombre de carácter reservado y austero, circunstancia que junto con los deberes de su profesión, que le habían llevado con frecuencia a los campos de batalla, habían impedido cualquier grado de intimidad con su primo el conde De Villefort. Durante muchos años habían sabido muy poco el uno del otro, y el conde había recibido la primera noticia de su muerte, sucedida en una parte distante de Francia, al mismo tiempo que los documentos que le concedían la posesión del dominio Chateau-le-Blanc; pero hasta el año siguiente no decidió visitar la propiedad, estableciendo que pasaría allí el otoño. Con frecuencia recordaba el ambiente del Chateau-le-Blanc, engrandecido con los toques que una imaginación calenturienta aporta a los placeres juveniles, ya que, muchos años antes, cuando aún vivía la marquesa, y a una edad en la que la imaginación es particularmente sensible a las impresiones de alegría y entretenimiento, había visitado aquel lugar, y, aunque había pasado mucho tiempo entre las vejaciones y problemas de los asuntos públicos que con demasiada frecuencia corroen el corazón y oscurecen el gusto, las sombras de Languedoc y la grandeza de los distantes paisajes nunca habían sido recordados por él con indiferencia.

Durante muchos años el castillo había estado abandonado por el fallecido marqués y, al estar habitado únicamente por un viejo criado y su mujer se encontraba en clara decadencia. La supervisión de las reparaciones que eran necesarias para convertirlo en una residencia confortable habían sido el principal motivo para que el conde pasara los meses otoñales en Languedoc, y ni las protestas ni las lágrimas de la condesa, porque en situaciones extremas hasta podía llorar, fueron suficientemente poderosas para hacerle desistir de su determinación. La condesa se preparó, por ello, a obedecer sus órdenes, que no pudo modificar, y a renunciar a las animadas reuniones de París —donde su belleza no tenía generalmente rival y ganaba el aplauso al que su agudeza no recurría— por la sombría estancia en los bosques, la solitaria grandeza de las montañas, las solemnidad de los patios góticos y las largas y prolongadas galerías en las que sólo resuenan los pasos solitarios de las personas de la casa o el sonido regular del enorme reloj que contempla todo desde lo alto. Desde estas melancólicas expectaciones trató de consolarse recogiendo todo lo que había oído relativo a las alegres cosechas de las llanuras de Languedoc, pero nada podía compensarla de la alegre melodía de las danzas parisinas, y la vista de las fiestas rústicas de los campesinos poco podía aportar a su corazón, en el que incluso los sentimientos de una tolerancia común habían decaído desde hacía largo tiempo por la corrupción del lujo.

El conde tenía un hijo y una hija, fruto de un matrimonio anterior, quienes, según decidió, deberían acompañarle al sur de Francia. Henri, que tenía veinte años, estaba en el ejército francés, y Blanche, que aún no había cumplido dieciocho, había estado confinada en un convento desde el segundo matrimonio de su padre. La condesa, que no había tenido la habilidad suficiente ni inclinación para vigilar la educación de su hijastra, había aconsejado este paso, y el temor a la superior belleza de Blanche le había impelido desde entonces a servirse de cualquier medio para que se prolongara su reclusión. En consecuencia, recibió una nueva mortificación al saber que no seguiría dominándole en este aspecto, pero le produjo algún consuelo considerar que aunque Blanche saliera de su convento, las sombras de su estancia en el campo ocultarían con un velo su belleza de la mirada pública.

La mañana en la que iniciaron el viaje los postillones se detuvieron en el convento por orden del conde para recoger a Blanche, cuyo corazón latía emocionado ante el panorama de novedad y de libertad que se le abría. Según se acercaba el tiempo de su salida, su impaciencia había aumentado de tal modo que la última noche, en la que contó cada campanada de cada hora, le pareció la más tediosa de las que había vivido. Por fin llegó la luz de la mañana, sonó la campana de maitines, oyó a las monjas que bajaban desde sus celdas y saltó desde su almohada para dar la bienvenida al nuevo día, que la emanciparía de las severidades del claustro y la introduciría en un mundo en el que los placeres sonreían y la bonanza era bendecida;

en el que, en resumen, sólo reinaban el placer y la satisfacción! Cuando oyó la campana de la gran puerta de entrada y el sonido que siguió de las ruedas del carruaje, corrió con el corazón palpitante a la ventana, y al ver el coche de su padre en el patio, bailó con pasos etéreos por el pasillo, donde tropezó con una monja que le traía un recado de la abadesa. Un momento después se encontró en el refectorio, y en presencia de la condesa, que le pareció un ángel que la conducía a la felicidad. Pero las emociones de la condesa al contemplarla no latieron al unísono con las de Blanche, que estaba más hermosa que nunca, porque su rostro, animado por la sonrisa iluminada de la alegría, resplandecía con la belleza de la felicidad inocente.

Tras conversar unos minutos con la abadesa, la condesa se levantó para irse. Era el momento que Blanche había soñado con la máxima expectación, la cumbre desde la que había contemplado el país de la hadas de la felicidad y admirado todo su encanto. ¿Era el momento para lágrimas de arrepentimiento? Sí, así era. Se volvió con el rostro alterado a sus jóvenes compañeras que habían acudido a despedirla y ¡lloró! Incluso a la madre abadesa, tan firme y tan solemne, la saludó con un cierto grado de pena que sólo una hora antes le habría parecido imposible llegar a sentir. Es momento de considerar con qué contrariedad nos separamos incluso de los lugares que no nos agradan cuando sabemos que es para siempre. Volvió a besar a las pobres monjas, y a continuación siguió a la condesa, alejándose del lugar con lágrimas cuando esperaba haberlo hecho sólo con sonrisas.

La presencia de su padre y otros detalles, ya en el camino, atrajeron su atención y disiparon las sombras que la tierna conmoción habían lanzado sobre su ánimo. Sin escuchar la conversación que mantenían la condesa y su amiga, mademoiselle Bearn, Blanche permaneció sentada perdida en gratos sueños, según contemplaba las nubes silenciosas por el cielo azul, ocultando el sol a veces y alargando las sombras y dejándole al descubierto con toda su fuerza. El viaje continuó proporcionándole deleites inexpresables, porque los nuevos paisajes de la naturaleza se abrían a su vista

y su fantasía se llenó con imágenes alegres y hermosas.

En la tarde del séptimo día los viajeros llegaron a los alrededores del Chateau-le-Blanc, cuya belleza romántica impresionó profundamente la imaginación de Blanche, que contempló con sorpresa sublime las montañas de los Pirineos que había visto en la distancia durante el día y que se elevaban ahora a pocas leguas con sus escarpadas laderas e inmensos precipicios. Los rayos del sol poniente, que teñían las nevadas cumbres con un tono rosado, caían sobre los puntos más bajos con variados colores, mientras el tono azul del cielo, que ocultaba los rincones oscurecidos, daba la fuerza del contraste al esplendor de la luz. Por el sur aparecía el Mediterráneo, transparente como el cristal y azul como los cielos que reflejaba, y sobre su superficie, las naves, cuyas velas blancas recogían los rayos del sol y daban animación a la escena. En un alto promontorio, bañado por las aguas del Mediterráneo, estaba la mansión de su padre, casi oculta a la vista por los bosques de pinos, robles y castaños, que cubrían por un lado la elevación y que se extendían hacia las llanuras; mientras que, por el otro, se alargaban a considerable distancia por la costa.

Según Blanche se aproximaba aparecieron las líneas góticas de aquella vieja mansión. Primero un torreón almenado, elevándose por encima de los árboles; después, el arco de una inmensa puerta de entrada, situada tras ellos y, en su fantasía, se vio aproximándose al castillo, como se suele contar en viejas historias, donde los caballeros contemplan desde las almenas a un campeón que, vestido con una armadura negra, acude con sus compañeros a rescatar a la dama de sus sueños de la opresión de su rival; un tipo de leyendas a las que una o dos veces había tenido acceso en la biblioteca del convento que, como muchas otras pertenecientes a los monjes, estaba llena de esas reliquias de la ficción romántica.

Los carruajes se detuvieron a la entrada que conducía a los dominios del castillo, pero que estaba cerrada. La gran campana que en otro tiempo había servido para anunciar la llegada de forasteros, había caído desde su lugar y uno de los criados gateó por una parte derruida del muro para informar a los de dentro de la llegada de su señor.

Blanche, apoyada en la ventanilla del carruaje, se sumergió en las emociones dulces y suaves que despertaban las horas y el escenario. El sol se había ocultado y el crepúsculo comenzaba a oscurecer las montañas, mientras que las aguas distantes, reflejando los últimos rayos del oeste, parecían una línea de luz extendiéndose por el horizonte. El leve murmullo de las olas, rompiendo en la playa, llegó con la brisa y, de cuando en cuando, el tono melancólico de los remos se oía débilmente a lo lejos. Pudo sumergirse en estos pensamientos, ya que los de los demás lo estaban en temas de su propio interés. La condesa, recordando con contrariedad los alegres entretenimientos que había dejado en París, contempló con disgusto lo que le parecían bosques y agreste soledad de aquel escenario. Los sentimientos de Henri

eran similares a los de la condesa. Lanzó un profundo suspiro pensando en las delicias de la capital, y al recordar a una dama, que según creía, había logrado su afecto y que desde luego fascinaba su imaginación; pero el lugar que le rodeaba y el modo de vida al que se acercaba tenían al menos para él el encanto de la novedad y su contrariedad se vio suavizada por las alegres expectativas de la juventud.

Tras ser abiertas las puertas, el carruaje avanzó lentamente bajo los frondosos castaños que casi ocultaban los restos del día, siguiendo lo que había sido un camino, pero que estaba ahora cubierto por vegetación y que podía seguirse por los límites marcados por los árboles a ambos lados y que se extendía casi media milla hasta llegar al castillo. Era la misma avenida por la que St. Aubert y Emily entraron cuando llegaron con la esperanza de encontrar una casa en la que les pudieran recibir para pasar la noche y que abandonaron tan abruptamente al darse cuenta de lo abandonado del lugar y por una figura que el postillón había imaginado que era la de un ladrón.

—¡Qué lugar tan desolado! —exclamó la condesa mientras el carruaje penetraba más profundamente por el bosque—, ¡no puedo creer, señor, que pretendáis pasar todo el otoño en este bárbaro lugar! Deberíamos haber traído una copa con las aguas del Leteo para que el recuerdo de escenas más agradables pudiera suavizar la dureza natural de éstas.

—Me dirigen las circunstancias, señora —dijo el conde—, pero este bárbaro lugar ha estado habitado por mis antepasados.

El carruaje se detuvo en el castillo, en el que, a la puerta del gran vestíbulo, apareció el viejo mayordomo y los criados parisinos que habían sido enviados para preparar el lugar, esperando a recibir a su señor. La condesa advirtió entonces que el edificio no estaba construido totalmente en estilo gótico, sino que tenía adiciones de fechas más modernas; sin embargo, el amplio y tenebroso vestíbulo en el que ya había entrado era totalmente gótico, y los suntuosos tapices que colgaban de los muros y que con la oscuridad no pudo distinguir, reflejaban escenas de viejos romances provenzales. Una ventana gótica, rodeada de clematis y eglatinas que se extendían hacia el sur, llevaba la mirada, puesto que las contraventanas estaban abiertas, a través de una sombra verdosa, a un jardín que se prolongaba hacia los oscuros bosques que colgaban de un promontorio. Más allá aparecían las aguas del Mediterráneo extendiéndose desde el sur al este, donde se perdían en el horizonte; mientras que hacia el noreste se mezclaban con las playas del Languedoc y Provenza, enriquecidas con árboles, alegres con los viñedos y extensos pastos; y hacia el sudeste, por los majestuosos Pirineos, que se ocultaban a la mirada tras la creciente oscuridad.

Blanche, al cruzar el vestíbulo, se detuvo un momento para observar el paisaje que oscurecía el crepúsculo pero que aún no ocultaba. Pero no tardó en despertar de la complacencia que le había producido, pues la condesa, descontenta con todo lo que

la rodeaba e impaciente por comer y descansar, avanzó rápidamente hacia un amplio salón cuyas ventanas estrechas y su techo cubierto con artesonado de madera de ciprés daban un aspecto sombrío, que los sillones y sofás de terciopelo verde, adornados con oro, habían servido en otro tiempo para suavizar.

Mientras la condesa solicitaba un refrigerio, el conde, acompañado por su hijo, marchó a ver otras partes del castillo, y Blanche continuó contrariada como testigo del descontento y del malhumor de su madrastra.

—¿Cuánto tiempo has vivido en este lugar desolado? —dijo la señora al viejo mayordomo que acudió para atenderla.

—Más de veinte años, su señoría, que se cumplirán en la próxima fiesta de San Jerónimo.

—¿Cómo es posible que hayas vivido aquí tanto tiempo y además casi solo? Según creo el castillo ha estado cerrado durante años.

—Sí, señora, lo ha estado durante muchos años después de la muerte del señor, el conde, que fue a la guerra. Pero hace más de veinte años desde que yo y mi marido entramos a su servicio. La casa es tan grande y ha tan solitaria últimamente que nos sentíamos perdidos en ella y, pasado algún tiempo, nos fuimos a vivir a la cabaña que hay al final del bosque, cerca de algunos de los arrendatarios, y veníamos a echar una mirada al castillo de tiempo en tiempo. Cuando mi señor regresó a Francia de la guerra se sintió a disgusto aquí, y ya no vivió más, y estuvo conforme con que nos quedáramos en la cabaña. ¡Cómo ha cambiado el castillo! ¡Cómo se preocupaba por él mi difunta ama! La recuerdo muy bien cuando vino recién casada, y lo delicada que era. Ahora, después de haberlo dejado abandonado tanto tiempo, está en decadencia. ¡Esos días no volverán!

La condesa pareció algo ofendida por la rudeza de su simplicidad y del modo con que aquella vieja criada echaba de menos otros tiempos. Dorothée añadió:

—El castillo va a ser habitado de nuevo y animado, pero por nada del mundo me quedaría a vivir en él sola.

—No creo que se haga el experimento —dijo la condesa, contrariada porque su silencio no había sido capaz de contener la locuacidad de la vieja ama de llaves, que ahora se ocupaba en atender al conde que había regresado. Explicó que había visto una parte del castillo, comprobando que requería considerables reparaciones y algunos cambios antes de que fuera perfectamente confortable como lugar de residencia.

—Siento que sea así, señor —replicó la condesa.

—¿Por qué?

—Porque el lugar no os compensará de las molestias, aunque se tratara de un paraíso, ya que está a una distancia insufrible de París.

El conde no contestó, pero paseó abruptamente hacia una ventana.

—Hay ventanas, mi señor, pero no sirven para entretenerse o para que entre luz; muestran sólo escenas dé la naturaleza salvaje.

—No sé qué queréis decir, señora —dijo el conde—, al llamarlo naturaleza salvaje. ¿Merecen ese nombre esas llanuras, esos bosques o esa expansión del agua?

—Esas montañas, desde luego, mi señor —prosiguió la condesa señalando a los Pirineos—, y este castillo, aunque no sea un trabajo de la naturaleza desnuda, es, para mi gusto de un arte salvaje.

El conde se puso ligeramente rojo.

—Este lugar, señora, es obra de mis antepasados —dijo—, y me permitiréis que os diga que vuestra conversación en este momento no descubre ni buen gusto ni buenas maneras.

Blanche, alterada por la discusión, que parecía aumentar hasta algo más serio, se levantó para abandonar la habitación, cuando entró la amiga de su madre. La condesa, manifestando el deseo de ver sus habitaciones, se retiró atendida por mademoiselle Beam.

Como aún no era totalmente de noche, Blanche aprovechó la oportunidad para explorar nuevos rincones y, tras salir del salón, cruzó desde el vestíbulo a una amplia galería cuyos muros estaban decorados con pilastras de mármol, en las que se apoyaba un techo ojival decorado con un fino trabajo de mosaico. A través de un ventanal distante, en el que parecía terminar la galería, se veían las nubes de color púrpura de la tarde y un paisaje cuyo aspecto ligeramente velado por el crepúsculo ya no era claramente distinguible, sino que se amalgamaba en una gran masa que se extendía hasta el horizonte, sólo coloreada con un tinte solemne de color gris.

La galería desembocaba en un salón, al que pertenecía la ventana que se veía a través de la puerta abierta; pero la oscuridad creciente sólo le permitió a Blanche una vista imperfecta de esta habitación, que daba la impresión de ser magnífica y de moderna arquitectura, aunque se había visto afectada por el deterioro general o nunca había sido concluida con propiedad. Los ventanales, que eran numerosos y amplios, descubrían el paisaje que se presentó ante la imaginación de Blanche como encantador, por lo que se mantuvo algún tiempo tratando de penetrar en la oscuridad gris y dibujar bosques y montañas imaginarias, valles y ríos, bajo la noche. Sus sensaciones se vieron apoyadas, más que interrumpidas, por el ladrido distante de un perro guardián, y por la brisa que agitaba el ligero follaje de los matorrales. De cuando en cuando, durante un momento, aparecía entre los árboles la luz de una cabaña, y, finalmente, se oyó muy lejos la campana de la tarde de un convento que se perdía en el aire. Cuando se retiró y alejó sus pensamientos de aquella feliz contemplación, quedó impresionada por la penumbra y por el silencio del salón. Buscó la puerta que conducía a la galería y siguió durante largo tiempo por un oscuro pasillo que la condujo a un vestíbulo distinto del que había visto antes. Por la luz del

crepúsculo que entraba por un pórtico abierto pudo distinguir que se trataba de una habitación ligera y de etérea arquitectura, y que el pavimento era de mármol blanco; pilares del mismo material soportaban el techo, que se elevaba en arcos construidos al estilo árabe. Mientras Blanche se detuvo en los escalones del pórtico, la luna se elevó sobre el mar y descubrió parcialmente las bellezas de la elevación en la que se encontraba, donde la hierba, excesivamente crecida, cubría todo hasta los bosques que casi rodeaban el castillo, extendiéndose desde el lado sur del promontorio hasta el mismo margen del océano. Más allá de los bosques, hacia el norte, se veía la extensa superficie de las planicies de Languedoc; y, hacia el este, el paisaje que había visto de modo impreciso anteriormente, con las torres de un monasterio, iluminadas por la luna, asomando por encima de las ramas oscuras.

Un tinte suave y en sombras que cubría la escena, las olas que se ondulaban a la luz de la luna y su leve murmullo en la playa, fueron circunstancias que unidas elevaron el ánimo poco acostumbrado de Blanche al entusiasmo.

«He vivido tanto tiempo en este mundo glorioso —se dijo— y nunca hasta ahora había visto cosas semejantes, nunca había experimentado estas sensaciones. Cualquier muchacha campesina, en las tierras de mi padre, ha contemplado desde su infancia el rostro de la naturaleza; ha corrido, en libertad, sus agrestes y románticos campos, mientras yo he estado encerrada en un claustro sin poder ver estas hermosas apariciones que fueron pensadas para encantar a todos los ojos y para despertar todos los corazones. ¿Cómo es posible que las pobres monjas y los frailes sientan el fervor íntegro de la devoción, si nunca han visto salir el sol, o ponerse? Nunca, hasta esta tarde, he sabido lo que es la verdadera devoción, porque nunca antes de hoy había visto desaparecer el sol más allá de la vasta tierra. Mañana, por primera vez en mi vida, le veré salir. ¡Oh!, ¿cómo podría vivir en París para ver los muros negros y las calles sucias, cuando, en el campo, puedo contemplar los cielos azules y todo el verdor de la tierra?»

Este soliloquio entusiasta fue interrumpido por un extraño ruido en el vestíbulo y, mientras la soledad del lugar la hizo sensible al temor, creyó percibir que algo se movía entre los pilares. Durante un momento continuó silenciosa observándolo, hasta que avergonzada de sus ridículas aprensiones, reunió el valor suficiente para preguntar quién andaba por allí.

—¡Oh!, mi joven ama, ¿sois vos? —dijo el ama de llaves que había acudido a cerrar las ventanas—, me alegra encontraros.

El tono en que pronunció estas palabras, casi sin aliento, despertó las sospechas de Blanche, que dijo:

—Pareces asustada, Dorothée, ¿qué sucede?

—No, asustada no, mademoiselle —replicó Dorothée dudosa y tratando de aparentar firmeza—, pero soy vieja y cualquier cosa me inquieta —Blanche sonrió—.

Me alegro de que mi señor el conde venga a vivir al castillo —continuó Dorothée—, ya que hace demasiados años que está desierto y sombrío; ahora el lugar parecerá como solía ser, cuando vivía mi pobre ama.

Blanche preguntó cuánto tiempo hacía desde la muerte de la marquesa.

—Hace tanto que he dejado de contar los años. Para mí el lugar ha quedado lleno de tristeza desde entonces. Os habéis perdido, mademoiselle, os mostraré el camino al otro lado del castillo.

Blanche preguntó cuánto hacía que había sido construida aquella parte del edificio.

—Poco después del matrimonio de mi señor —replicó Dorothée—, el lugar era suficientemente grande sin esta añadido, ya que muchas habitaciones del edificio viejo no se usaron nunca, y mi señor tenía un extraordinario mobiliario, pero creía que la parte vieja era triste, y ¡así es!

Blanche manifestó su deseo de que le mostrara la parte no habitada del castillo, y como los pasillos estaban totalmente a oscuras, Dorothée la condujo por el borde del césped al lado opuesto del edificio, donde al abrir la puerta del vestíbulo principal se encontró con mademoiselle Beam.

—¿Dónde habéis estado? —dijo—, había empezado a pensar que os había retenido alguna aventura maravillosa y que el gigante de este castillo encantado, o el fantasma, que sin duda lo tiene embrujado, os había llevado a través de una puerta secreta a alguna mazmorra subterránea, de la que no regresaríais nunca.

—No —replicó Blanche, riendo—, parece que os encantan las aventuras y dejaré que seáis vos quien las tenga.

—Estoy dispuesta a ello, siempre que se me permita contarlas luego.

—Mi querida mademoiselle Beam —dijo Henri, al encontrarse con ella en la puerta del salón—, ningún fantasma de estos tiempos sería tan salvaje como para imponeros silencio. Nuestros fantasmas son demasiado civilizados para condenar a una dama a un purgatorio más duro incluso que el suyo propio, como ése del silencio.

Mademoiselle Beam replicó sólo con risas y, tras haber entrado el conde en la habitación, se sirvió la cena durante la cual habló poco, pareció con frecuencia abstraído y ausente y más de una vez observó que el lugar había sido muy cambiado desde que él lo vio por última vez.

—Han pasado muchos años desde entonces —dijo— y aunque las grandes líneas no admiten cambios, me dan la impresión de ser muy diferentes de las que vi anteriormente.

—¿Resultaban entonces, señor —dijo Blanche—, más hermosas que ahora? Me parece casi imposible.

El conde, tras dirigirle una sonrisa melancólica, dijo:

—En aquel tiempo me resultaron tan encantadoras como te parecen a ti ahora. El

paisaje no ha cambiado, pero el tiempo sí me ha cambiado a mí, y mi imaginación llena de ilusiones, que participaba del espíritu de los colores de la naturaleza, se va perdiendo. Si vives lo suficiente, mi querida Blanche, para volver a visitar este lugar tras muchos años, quizá recordarás y comprenderás los sentimientos de tu padre.

Blanche, afectada por estas palabras, permaneció silenciosa, y pensó en ese tiempo que el conde anticipaba, y consideró que él, que hablaba así ahora, ya no estaría con ella. Dirigió la mirada al suelo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Extendió la mano a la de su padre, quien sonriendo afectuosamente, se levantó de la silla y se dirigió a una ventana para ocultar la emoción.

Las fatigas del día hicieron que se separaran muy temprano y Blanche se retiró por la galería de roble hasta su cuarto, cuyas espaciosas paredes con viejas ventanas no le hicieron sentirse cómoda en aquel antiguo edificio. También los muebles eran antiguos; la cama de damasco azul, adornado con cintas de oro y con el palio en forma de dosel, del que descendían las cortinas, como las que representan a veces viejos cuadros y que exhibían los tapices que decoraban la cámara. Para Blanche todo era objeto de curiosidad, y al coger la lámpara que llevaba su sirviente para examinar los tapices, comprobó que representaban escenas de la guerra de Troya, aunque estaban descoloridos y parecían un remedo de las heroicas acciones que fueron representadas en otro tiempo.

Tras dar a su sirviente estrictas instrucciones para que la despertara antes de que amaneciera, la despidió; y después, para disipar la tristeza que las reflexiones habían impreso en su ánimo, abrió uno de los altos ventanales y se sintió de nuevo animada ante el rostro de la naturaleza viva. La tierra envuelta en sombras, el aire y el océano, todo estaba en total quietud. En la profunda serenidad de los cielos flotaban lentamente unas pocas nubes ligeras, a través de las cuales las estrellas parecían temblar un momento para emerger después con un esplendor más puro. Los pensamientos de Blanche alcanzaron involuntariamente al Gran Autor de aquellos sublimes objetos que contemplaba y pronunció una oración con una devoción que nunca había alcanzado bajo el techo del claustro. Permaneció en la ventana hasta medianoche, en que se extendió la tristeza de la noche. Se retiró entonces a su lecho, «con las alegres visiones de la mañana», a los dulces sueños que sólo conoce la salud y la inocencia feliz.

«Mañana a los bosques frescos y prados nuevos.»

Capítulo XI

¡Qué rapto retroceder a nuestros juegos tempranos,
nuestro fácil deleite, cuando todo nos proporcionaba alegría,
los bosques, las montañas y el susurrante laberinto
de los arroyos alocados!

THOMSON

Los sueños de Blanche continuaron hasta mucho después de la hora en la que con tanta impaciencia había insistido, porque su sirviente, fatigada por el viaje, no la llamó hasta que el desayuno estaba casi servido. Su desilusión, no obstante, desapareció instantáneamente cuando al abrir la ventana vio a un lado el ancho mar chispeante por los rayos de la mañana, con sus barcos deslizantes y el ruido de los remos; y a otro lado los bosques frescos, las llanuras que se alejaban en la distancia, y las montañas azules, reluciendo todo en el esplendor del día.

Al aspirar aquella brisa pura, una sensación saludable se extendió por su rostro y la satisfacción bailó en sus ojos.

—¡Quién pudo inventar los conventos! —dijo—. ¿Y quién pudo persuadir a la gente para que entrara en ellos, y hacer de la religión su objetivo, cuando todo lo que puede inspirarla fue dejado fuera tan cuidadosamente? Dios recibe el mejor homenaje del corazón agradecido, y cuando contemplamos sus glorias es cuando más sentimos ese agradecimiento. Nunca he tenido tanta devoción, durante los muchos y aburridos años en los que he estado en el convento, como la que he sentido en las pocas horas en las que he estado aquí, donde sólo necesito mirar a mi alrededor para adorar a Dios desde lo más profundo de mi corazón.

Tras decir esto, se apartó de la ventana y se dirigió a la galería. Después entró en el salón del desayuno, en el que ya estaba sentado el conde. La animación del sol brillante había dispersado las impresiones melancólicas de sus meditaciones, una sonrisa de satisfacción se imponía en su rostro y le habló a Blanche en tono ligero, cuyo corazón respondió con el eco de su tono. Poco después aparecieron Henri y la condesa con mademoiselle Beam. Todos ellos parecieron participar de la influencia del escenario e incluso la condesa estaba tan reanimada que recibió los comentarios de su marido con complacencia, y sólo olvidó una vez su buen humor cuando preguntó si tenían algunos vecinos que permitieran hacer más tolerable aquel lugar bárbaro, y si el conde creía que era posible para ella vivir sin algún entretenimiento.

Concluido el desayuno el grupo se separó. El conde, tras ordenar a su criado que le acompañara a la biblioteca, se marchó a revisar la situación de todo y a visitar a

algunos de sus colonos; Henri corrió a la playa para examinar una barca que le serviría para un pequeño viaje por la tarde y supervisar los ajustes de un toldo de seda; mientras, la condesa, atendida por mademoiselle Bearn, se retiró a una habitación en la parte más moderna del castillo, que estaba decorada con un aire elegante, y como las ventanas daban a unos miradores frente al mar, se evitó la vista de los *horribles* Pirineos. Allí, reclinada en un sofá, y dejando vagar la mirada por el océano, que asomaba por encima del bosque, se entretuvo con los placeres del tedio, mientras su acompañante leía en voz alta una novela sentimental, o algún sistema filosófico de moda, porque la condesa era, en cierto modo, *filósofa,* especialmente en lo relativo a la *infidelidad,* y en ciertos círculos sus opiniones eran esperadas con impaciencia y recibidas como doctrina.

Mientras tanto, Blanche corrió a perderse por paseos en los bosques alrededor del castillo, con nuevo entusiasmo, donde según vagaba bajo las sombras su ánimo alegre cedió gradualmente a una complacencia pensativa. Avanzó con paso solemne, entre la umbría de las ramas, donde el rocío fresco seguía en las flores, que asomaban entre la hierba, y, en otros momentos, recorrió el sendero en el que caían los rayos del sol y temblaban las hojas de las acacias, mezclándose con los tintes solemnes de cedros, pinos y cipreses, exhibiendo un claro contraste de colores, como el del majestuoso roble y el plátano oriental, frente a la ligereza del alcornoque y la gracia airosa del álamo.

Al llegar a un asiento rústico, en un claro profundo del bosque, se sentó a descansar, mientras su mirada se dirigía por una abertura a las azules aguas del Mediterráneo, con las velas blancas deslizantes, o hacia la ancha montaña, reluciendo bajo el sol del mediodía, y su mente experimentó el placer exquisito que despierta la fantasía y lleva a la poesía. La quietud que la rodeaba se veía rota únicamente por el zumbido de las abejas y otros insectos que volaban alegres en la sombra o libaban en las flores frescas, y, al contemplar a una mariposa, que pasaba de capullo en capullo, Blanche se dejó llevar por el placer del día hasta que compuso las siguientes estrofas.

LA MARIPOSA A SU AMOR

¿Qué frondosa cañada, de aromático aliento,
te galantea para que detengas tu vuelo etéreo;
y no busques de nuevo el matorral brillante,
tantas veces escenario de alegre encanto?

Largo tiempo he observado la campana del lirio,
cuya blancura hurtaba el rayo de la mañana;
ningún aleteo anuncia tu llegada,
ni, en la distancia, centellea el agitar de alas.

Ni fresca fuente, ni enramada de descanso,
ni pradera soleada, ni árbol florecido,
resultan tan dulces como la morada del lirio,
la enramada de amor constante y yo.

Cuando los capullos de abril empiezan a florecer,
las primaveras, y las campanillas azules,
que crecen en el musgo verde de la ribera,
con cálices violeta, que lloran rocío;

cuando ventarrones desenfrenados alientan por la umbría,
y sacuden las flores, y roban su fragancia,
y dilatan el canto de todas las ciénagas,
recorro las verdes soledades del bosque;

allí, por el juego enmarañado de senderos de árboles
por donde no pasean próximos toscos pilluelos,
donde apenas asoma el día sofocante,
y la luz rocía de frescor el aire.

En lo alto, con un rayo de sol me entretengo
sobre enramadas y fuentes, valles y colinas;
a menudo cortejo a las florecillas ruborosas,
que suspenden sus copas sobre el recodo del arroyo.

Pero las dejo para que sean tu guía,
y te muestro, donde crece el jazmín,
su hoja nívea, donde se esconde la flor de mayo,
y los capullos de la rosa alzan sus copas curiosas.

Escala conmigo la cumbre de la montaña,
y prueba el dulce florecer del tomillo silvestre,
cuya fragancia, flotando en el ventarrón,
me lleva a veces a la oscuridad del cedro.

¡Sin embargo, la brisa no me trae sonido alguno!
¿Qué umbría se atreve así a intentar detenerte?
En otro tiempo, sólo a mí deseabas complacer,
y sólo conmigo te habrías extraviado.

Pero, mientras lamento tu largo retraso,

y regaño a las dulces enramadas por su engaño,
tú pudieras ser sincera, y ellas desdichadas,
y preferencias de hada cortejar tu sonrisa.

La minúscula reina del país de las hadas,
que conoce tu rapidez, te ha enviado lejos,
para traer, antes de poner la guardia nocturna,
ricas esencias para su carroza umbrosa;

acaso para llenar sus copas de bellota
con néctar de la rosa de la India,
o reunir, cerca de algún arroyo encantado,
rocíos de mayo, que arrullen hasta el sueño las promesas de Amor;

o, sobre las montañas, hacerte volar
para decirle a su amor que se apresure,
cuando la tarde se extiende bajo el cielo,
para bailar por el prado del crepúsculo.

Pero ya te veo mecerte en el aire,
alegre como las flores más brillantes de la primavera,
conozco tu manto azul y azabache
y muy bien tus alas de oro y púrpura.

Traída por el viento, vienes a mí,
¡Oh! ¡Bienvenida, bienvenida a mi hogar!
¡En el interior del lirio viviremos en júbilo,
juntos, sobre las montañ as, vagaremos!

Cuando Blanche regresó al castillo, en lugar de acudir a las habitaciones de la condesa, se entretuvo vagando por las partes del edificio que aún no había examinado. La más antigua atrajo primero su curiosidad, porque, aunque lo que había visto en la moderna era alegte y elegante, en la otra había algo más interesante para su imaginación. Tras cruzar la gran escalera y a través de la galería de roble, entró en una larga sucesión de habitaciones cuyos muros estaban cubiertos con tapices o revestidos de cedro, y cuyo mobiliario parecía tan antiguo como las mismas cámaras. Las espaciosas chimeneas no mostraban resto alguno de entretenimientos sociales y presentaban una imagen de fría desolación, y todo el conjunto tenía tal aire de abandono que parecía que las personas venerables, cuyos retratos estaban colgados en los muros, habían sido sus últimos habitantes.

Al dejar estas habitaciones se encontró en otra galería, a cuyo término había una escalera y en el otro extremo una puerta, que parecía comunicar con la parte norte del castillo, pero, al encontrarla cerrada, descendió por la escalera y, tras abrir una pequeña puerta en el muro, unos escalones más abajo se encontró en una pequeña habitación cuadrada que formaba parte de la torre oeste del castillo. Sus tres ventanas ofrecían un espectáculo hermoso y distinto. La del norte daba al Languedoc; otra al oeste, con las colinas ascendiendo hacia los Pirineos, cuyas temibles cumbres coronaban el paisaje; y la tercera, frente al sur, daba al Mediterráneo y a una parte de las costas salvajes del Rosellón.

Dejó el torreón y descendió por una escalera estrecha hasta encontrarse en un pasadizo oscuro, por el que vagó, incapaz de encontrar su camino, hasta que la impaciencia cedió al temor y llamó pidiendo ayuda. Al momento oyó pasos que se aproximaban y vio una luz que brillaba al otro lado de la puerta en uno de los extremos del pasadizo, puerta que fue abierta con precaución por alguna persona que no se atrevió a avanzar y a la que Blanche observó en silencio hasta que la puerta fue cerrada. Gritó de nuevo y corrió por el pasadizo, descubriendo a la vieja ama de llaves.

—Querida mademoiselle, ¿sois vos? —dijo Dorothée—, ¿cómo habéis llegado hasta ahí?

Si Blanche hubiera estado menos preocupada por sus propios temores, es probable que hubiera observado la fuerte expresión de terror y de sorpresa que mostraba el rostro de Dorothée, que la condujo a través de una serie de pasillos y habitaciones que parecían no haber sido habitados durante un siglo, hasta que llegaron al que le pareció apropiado al ama de llaves, donde Dorothée le rogó que se sentara y comiera algo. Blanche aceptó los dulces que le ofrecía, mencionó su descubrimiento de la grata torre y su deseo de utilizarla para sí. Fuera porque el gusto de Dorothée no era tan sensible a las bellezas del paisaje como el de su joven ama o porque la constante contemplación del hermoso escenario la había saturado, evitó compartir el entusiasmo de Blanche, que, sin embargo, su silencio no rechazó. A la pregunta de Blanche de adónde conducía la puerta que había encontrado cerrada al final de la galería, contestó que a una serie de habitaciones en las que hacía muchos años que no entraba nadie: «Porque —añadió— mi difunta señora murió en una de ellas y desde entonces no he tenido fuerza de corazón para volver.

Blanche, aunque deseó ver aquellas cámaras, evitó, al observar que los ojos de Dorothée se llenaban de lágrimas, pedirle que le abriera la puerta, y poco después se marchó para vestirse para la comida que precedería a la excursión de la tarde. Todos se reunieron con buen ánimo y mejor humor, excepto la condesa, cuya mente vacía, abrumada por la languidez del ambiente, no era capaz de ser feliz o de contribuir a la felicidad de los demás. Mademoiselle Bearn, intentando mostrarse animada, dirigió

sus bromas contra Henri, quien contestó, porque no pudo ignorarlas y no porque tuviera inclinación alguna a prestarle atención, bromas cuya ligereza le divertía a veces pero cuya intención e insensibilidad le disgustaban con frecuencia.

El ánimo con el que Blanche se reunió con los demás desapareció cuando alcanzó la orilla del mar. Contempló con temor la inmensidad de las aguas, que desde lejos había mirado únicamente con satisfacción y asombro, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para sobreponerse a sus temores antes de seguir a su padre y subir al barco.

Según recorría con la vista el vasto horizonte, una emoción del rapto más sublime la hizo vencer el sentimiento de peligro personal. Cruzaba las aguas una ligera brisa que movía el entoldado de seda del barco y agitaba las hojas de los bosques que coronaban los acantilados, que el conde contempló con el orgullo de la propiedad consciente y con la satisfacción del buen gusto.

En medio de los bosques, a cierta distancia, había un pabellón que en otro tiempo había sido escenario de fiestas sociales y cuya situación seguía manteniendo su belleza romántica. El conde había ordenado que llevaran a aquel lugar café [34] y otros refrescos, y allí se dirigieron los marineros, siguiendo las revueltas de la costa y los promontorios cubiertos de árboles, y movieron en círculo el barco por la bahía, mientras las profundas notas de los cornos y otros instrumentos de viento, tocados por los músicos en un barco apartado, eran repetidas en eco por las rocas y morían entre las olas. Blanche consiguió dominar todos sus miedos; una sensación de tranquilidad invadió su mente y la mantuvo silenciosa. Era demasiado feliz para recordar el convento o sus pesares pasados como puntos de comparación con su presente felicidad.

La condesa se sintió menos infeliz de lo que había estado desde el momento en que salieron de París, porque su mente estaba bajo alguna influencia de contención, ya que no quería dejarse llevar por sus humores e incluso deseaba recobrar la buena opinión del conde. Éste contemplaba todo lo que le rodeaba, y miraba con satisfacción a su familia, mientras que su hijo mostraba el espíritu alegre de la juventud, que anticipaba nuevas diversiones y olvidaba las que quedaban ya en el pasado.

Tras una hora de trabajo de los remeros, el grupo pasó a tierra y ascendió por el pequeño sendero rebosante de vegetación. A poca distancia del promontorio, dentro de un claro del bosque, aparecía el pabellón, y Blanche comprobó, al recibir la impresión del pórtico a través de los árboles que había sido construido con mármol jaspeado. Según caminaba tras la condesa se volvió varias veces para contemplar el océano, que se veía bajo las oscuras ramas, al fondo, y desde allí a la profundidad del bosque, cuyo silencio y umbría impenetrable despertaban emociones más solemnes, pero no menos deliciosas.

El pabellón había sido preparado todo lo posible para recibir a los visitantes

después de un aviso tan poco anticipado, pero los muros y el techo estaban descoloridos y la tapicería del que en otro tiempo fue mobiliario magnificente, mostraba cuánto tiempo llevaba abandonado a la fuerza de los cambios de estación. Mientras el grupo consumía la colación de frutas y café, los cornos, situados en una parte alejada del bosque, donde un eco prolongaba sus tonos melancólicos, rompieron suavemente la tranquilidad de la escena. El lugar pareció atraer incluso la admiración de la condesa, o, tal vez se trataba únicamente del placer de planificar las decoraciones lo que hizo que insistiera en la necesidad de repararlo y adornarlo, mientras que el conde, que nunca se sentía más feliz que cuando la veía interesada en cosas naturales y simples, coincidió en todas sus opiniones relativas al pabellón. Era necesario renovar las pinturas de las paredes y el techo, los sofás y doseles debían ser cubiertos con damasco verde claro; las estatuas de mármol de ninfas del bosque, que llevaban en la cabeza cestos de flores frescas, quedarían para adornar el lugar entre las ventanas, que llegaban hasta el suelo y cubrían la habitación, que era de forma octogonal. Una de las ventanas daba a un arroyuelo romántico, donde la vista se recreaba en el claro del bosque, y la escena se veía llena de la pompa de las ramas; desde otra, los bosques ascendían a las distantes cumbres de los Pirineos; una tercera estaba frente al camino por el que se veían las torres grises del Chateau-le-Blanc y una pintoresca parte de sus ruinas asomaban entre el follaje; una cuarta daba a una imagen de los pastos entre los árboles y de las ciudades que se extendían por las riberas del Aude. El Mediterráneo, con sus agrestes acantilados que asomaban sobre sus costas, era el gran espectáculo de una quinta ventana y las otras, desde diferentes puntos de vista, mostraban el paisaje agreste de los bosques.

Tras pasear durante algún tiempo por ellos, el grupo regresó a la playa y embarcó. La belleza de la tarde les decidió a extender su excursión y siguieron más allá por la bahía. Una calma total había sucedido a la ligera brisa que les había llevado allí y los hombres cogieron sus remos. A su alrededor, las aguas se extendían en una vasta zona de un espejo brillante que reflejaba los acantilados grises y los bosque que asomaban hacia la superficie, el brillo del horizonte en el oeste y las negras nubes que avanzaban lentas desde el este. A Blanche le encantaba ver cómo se hundían los remos en el agua y contemplar los anillos que dejaban, que daban un movimiento temblante al paisaje reflejado, sin destruir la armonía de sus contornos.

Por encima de la oscuridad de los bosques vio un claustro de torres altas, bañado por el esplendor de los rayos de poniente, y poco después, al callar los cornos, oyó el débil sonido de las voces de un coro en la distancia.

—¿Qué voces son ésas que llegan con el aire? —dijo el conde, mirando a su alrededor y escuchando, aunque la melodía había cesado.

—Parece que era un himno de vísperas como los que solía oír en mi convento —dijo Blanche.

—Estamos cerca del monasterio —observó el conde.

Poco después, cuando el barco dobló un saliente de tierra, apareció el monasterio de Santa Clara, situado cerca del borde del mar, donde los acantilados, cediendo de pronto, formaban una playa baja con una pequeña bahía, casi totalmente rodeada de árboles, entre los que se veía una parte del edificio: la gran puerta de entrada y la ventana gótica del zaguán, los claustros y el costado de una capilla más alejada, mientras que un arco, que en otro tiempo conducía a una parte de la construcción que estaba demolida, se mantenía como una ruina majestuosa separada del edificio principal y tras el cual asomaba una extensa perspectiva del bosque. Por los muros grises había crecido el musgo y alrededor de las puntiagudas ventanas de la capilla colgaba la hiedra y la brionia en fantásticos ramos.

Todo estaba silencioso en el exterior, pero cuando Blanche contemplaba con admiración aquel lugar venerable, cuyo efecto se veía engrandecido por las luces y sombras que surgían de un anochecer nuboso, el sonido de muchas voces cantando lentamente, surgió de su interior. El conde ordenó a sus hombres que dejaran de remar. Los monjes estaban cantando el himno de vísperas y algunas voces de mujer se mezclaban con la melodía, hasta que sus leves graduaciones se alzaron con el órgano y los sonidos del coro en una armonía total y solemne. Poco después la melodía se hundió en un profundo silencio, renovándose en un tono más grave, hasta que, al fin, el coro santo se desvaneció y no volvieron a oírlo. Blanche suspiró, en sus ojos temblaban las lágrimas y sus pensamientos parecieron subir, como los sonidos, al cielo. Mientras la quietud se imponía en el barco, un grupo de frailes y luego otro de monjas, con velos blancos, salieron de los claustros y pasaron bajo las sombras del bosque al cuerpo principal del edificio.

La condesa fue la primera del grupo en despertar de aquella pausa de silencio.

—Esos himnos tristes y los monjes la llenan a una de melancolía —dijo—; se acerca el crepúsculo, por favor, regresemos, o ya estará oscuro antes de que lleguemos a casa.

El conde, mirando en la distancia, percibió que el crepúsculo se anticipaba por una tormenta. Por el oeste se manifestaba la tempestad; un bochorno pesado se opuso contrastándolo al brillante esplendor de la puesta de sol.

El oleaje se levantó en círculos por la superficie del agua según avanzaban en busca de refugio. Los marineros movieron con rapidez los remos, pero el trueno, que ya se oía en la distancia, y las gruesas gotas de lluvia que empezaron a caer, hicieron que el conde diera la orden para que regresaran hacia el monasterio en busca de refugio, y de inmediato se cambió el curso del barco. Al aproximarse las nubes hacia el oeste, la oscuridad cambió el tono brillante que parecía cubrir de fuego las copas de los árboles y la torres del monasterio.

El aspecto del cielo alarmó a la condesa y a mademoiselle Beam, cuyas

expresiones de temor desagradaron al conde y dejaron perplejos a sus hombres; mientras, Blanche continuó silenciosa, aunque, ora agitada con temores, ora con admiración al contemplar la grandeza de las nubes y su efecto en el paisaje, escuchó las largas llamadas del trueno que se extendían por el aire.

Al llegar el barco al prado que había frente al monasterio, el conde envió a un criado para anunciar su llegada y solicitar cobijo de su superior, que, poco después, apareció en la gran puerta de entrada rodeado de varios monjes, a la vez que el criado regresaba con un mensaje que expresaba la hospitalidad y el orgullo. Inmediatamente el grupo desembarcó y fue recibido en la puerta por el superior, quien, según entraba, extendió la mano y les dio su bendición. Pasaron a un gran vestíbulo donde esperaba la madre abadesa con varias monjas, vestidas, como ella, de negro y con velo blanco. El velo de la abadesa estaba medio echado hacia atrás y descubría un rostro cuya casta dignidad estaba endulzada por la sonrisa de bienvenida, con la que se dirigió a la condesa, a la que condujo, con Blanche y mademoiselle Beam, al salón del convento, mientras el conde y Henri eran conducidos por el superior al refectorio.

La condesa, fatigada y descontenta, recibió las cortesías de la abadesa con altivez descuidada y la siguió con paso indolente hacia el salón, en el que las vidrieras y el cubrimiento de las paredes con madera imprimían una sombra melancólica que la oscuridad de la tarde convertía casi en tinieblas.

Mientras la madre abadesa ordenaba algunos alimentos y conversaba con la condesa, Blanche se acercó a una ventana, cuyos paneles inferiores no tenían vidrieras, lo que le permitió contemplar el avance de la tormenta sobre el Mediterráneo, cuyas oscuras olas, que habían estado dormidas hasta entonces, se agitaban y llegaban en sucesión hasta la playa donde se rompían con blanca espuma y salpicaban las rocas. Un tono sulfuroso se extendía por la larga línea de nubes por encima del horizonte hacia oeste, tras el cual seguía brillando el sol, iluminando las distantes costas del Languedoc, así como las copas de los bosques más próximos, y daba un brillo parcial a las olas del oeste. El resto de la escena estaba envuelto en oscuridad, excepto cuando un rayo de sol asomaba entre las nubes e iluminaba las alas blancas del oleaje o tocaba la vela deslizante de un bajel, que se movía en medio de la tormenta. Blanche estuvo contemplando con ansiedad durante un rato los movimientos del barco, rodeado de olas de espuma y relámpagos, suspirando por el destino que les aguardara a los pobres marineros.

El sol se ocultó finalmente y las pesadas nubes cubrieron el esplendor de su curso. Sin embargo se podía ver aún el barco, y Blanche continuó observándolo hasta que la sucesión de relámpagos en el oscuro horizonte la hicieron retirarse de la ventana para reunirse con la abadesa, que tras haber agotado todos los temas de conversación con la condesa, se había dignado a prestarle atención.

Su charla se vio interrumpida por los tremendos golpes del trueno y la campana del monasterio empezó a sonar poco después llamando a todos a la oración. Blanche cruzó de nuevo frente a la ventana y echó una mirada al océano, donde, a la luz de un relámpago que iluminó las aguas pudo distinguir al barco que había visto antes, en medio de un mar de espuma, rompiendo las olas, con el mástil inclinado hacia las aguas y levantándose después en el aire.

Suspiró profundamente al contemplarlo y siguió a la madre abadesa y a la condesa a la capilla. Mientras tanto, algunos de los criados del conde, que habían ido por tierra hasta el castillo para traer carruajes, regresaron poco después de que concluyeran las vísperas, cuando la tormenta se había calmado, y el conde y su familia regresaron a casa. Blanche se sorprendió al descubrir cómo le habían engañado las revueltas de la playa por lo que se refería a la distancia que había entre el castillo y el monasterio, cuya campana de vísperas había oído la noche anterior, desde las ventanas del salón del oeste, y cuyas torres podría haber visto desde allí si no se lo hubiera impedido el crepúsculo.

Cuando llegaron al castillo, la condesa, afectando más fatiga de la que realmente sentía, se retiró a sus habitaciones, y el conde, con su hija y Henri, fueron al salón comedor donde llevaban mucho tiempo, cuando oyeron en una pausa del viento unos disparos que el conde reconoció como señales de socorro de alguno de los barcos en la tormenta. Se acercó a la ventana que daba al Mediterráneo para observarlo, pero el mar estaba envuelto en una tremenda oscuridad y los ruidos de la tempestad anulaban de nuevo cualquier otro. Blanche, recordando el bajel que había visto antes, se unió a su padre temblorosa de ansiedad. A los pocos momentos se oyeron de nuevo los

disparos, que desaparecieron de inmediato. Siguió una tremenda explosión del trueno y en el relámpago que lo precedió, que parecía extenderse por todas las aguas, descubrieron un barco rodeado de espuma blanca, a cierta distancia de la costa. Una oscuridad impenetrable envolvió de nuevo la escena, pero un segundo relámpago iluminó el barco con una vela desplegada que se dirigía a la costa. Blanche apretó el brazo de su padre, con miradas llenas de agonía de terror y de piedad, que no eran necesarias para despertar el corazón del conde. Echó una mirada al mar con expresión piadosa y comprendiendo que ninguna barca podría resistir en la tormenta, pero dio órdenes a sus hombres para que llevaran antorchas a los acantilados, esperando que sirvieran de orientación al barco o, al menos, sirvieran de aviso a la tripulación de las rocas a las que se aproximaban. Henri salió para decidir en qué parte de los acantilados deberían colocar las luces. Blanche permaneció con su padre en la ventana, observando a la luz de los relámpagos la silueta del bajel. No tardó en revivir su esperanza al ver las antorchas iluminando la oscuridad de la noche y, según caían sobre las rocas, el brillo rojo del oleaje. Cuando repitieron los disparos, elevaron las antorchas en el aire, como señal de respuesta.

Se veía a los criados del conde corriendo de un lado para otro sobre las rocas. Algunos aventurándose casi a los bordes cortantes e inclinándose y levantando las antorchas con largos palos, mientras que otros, cuyos pasos sólo se adivinaban por la dirección de la luces, bajaban por el precipicio peligroso que se extendía a orilla del mar, y con gritos tremendos animaban a los marineros, cuyas débiles voces se oían a intervalos mezcladas con la tormenta. Los gritos de los hombres que estaban en las rocas aumentaron la inquietud de Blanche a extremos intolerables, pero su preocupación por el destino de los marineros desapareció poco después, cuando Henri, entrando sin aliento en la habitación, dijo que el barco había anclado en la bahía, aunque en tan malas condiciones que se temía que pudiera partirse en dos antes de que la tripulación desembarcara. El conde dio órdenes inmediatas para que sus propios barcos ayudaran a traerlos a la costa y que los desafortunados desconocidos que no pudieran ser acomodados en una cabaña próxima, serían recibidos en el castillo. Entre estos últimos estaban Emily St. Aubert, monsieur Du Pont, Ludovico y Annette, que, tras haber embarcado en Liorna y alcanzar Marsella, navegaron desde este último puesto cruzando el golfo de León, cuando les alcanzó la tormenta. Fueron recibidos por el conde con su habitual complacencia, quien, pese a que Emily deseaba trasladarse inmediatamente al monasterio de Santa Clara, no le permitió abandonar el castillo aquella noche, y, en realidad, el terror y la fatiga que había sufrido no la habrían permitido dar un paso más.

El conde descubrió que monsieur Du Pont era un viejo conocido suyo y ambos se alegraron y congratularon del encuentro, tras lo cual Emily fue presentada a la familia del conde, cuya hospitalidad disipó el embarazo que su situación le había ocasionado

y el grupo estuvo pronto sentado a la mesa. La sencillez amable de Blanche y la alegría que expresaba por la fortuna de los forasteros en los que había estado tan interesada, reanimaron gradualmente el ánimo lánguido de Emily, y Du Pont, liberado de sus temores por ella y por. él mismo, sintió el fuerte contraste entre su reciente situación en un mar oscuro y tenebroso y la presente, en una alegre mansión, en la cual se veía rodeado de abundancia, elegancia y sonrisas de bienvenida.

Annette, mientras tanto, en el cuarto de los criados, les contaba los peligros que había corrido y se congratulaba tan fuertemente de su propia huida y de la de Ludovico y de su magnífica situación en aquel momento, que hizo que aquella parte del castillo se viera rodeada de alegrías y risas. El ánimo de Ludovico estaba tan alegre como el de ella, pero tenía discreción suficiente para contenerse y trató de moderarla, aunque en vano, hasta que sus risas llegaron al cuarto de su señora, que mandó a preguntar qué era lo que ocasionaba aquella revolución en el castillo y ordenó silencio.

Emily se retiró temprano para lograr el reposo que necesitaba, pero no pudo dormir. El regreso a su país natal había despertado numerosos recuerdos; todos los acontecimientos y sufrimientos por los que había pasado desde que salió de allí cruzaron en larga sucesión por su cabeza y fueron vencidos únicamente por la idea de Valancourt, de que se encontraban en el mismo país después de haber estado tanto tiempo separados y distantes, lo que le proporcionaba una alegría indescriptible, que se transformó después en ansiedad y temor al considerar el largo período que había transcurrido desde su última carta y en todo lo que podría haber sucedido en ese intervalo que afectara a su paz futura. Pero el pensamiento de que le hubiera ocurrido algo a Valancourt o de que podría haberla olvidado fue tan terrible para su corazón que casi no podía soportar que fuera posible. Decidió informarle al día siguiente de su llegada a Francia, de lo que no podría enterarse más que por carta, y, tras calmar su ánimo con la esperanza de tener pronto noticias de que estaba bien y que no había cambiado en su afecto, pudo al fin sumirse en el descanso.

Capítulo XII

Pretendía a veces el rayo de Cintia, de plata brillante,
en oscuros claustros, lejos del embrujo de la locura,
con la libertad de mi parte y la melancolía de la tierna mirada.

GRAY [35]

Blanche estaba tan interesada por Emily que, tras enterarse de que iba a residir en el convento vecino, solicitó del conde que la invitara a prolongar su estancia en el castillo.

—Y vos sabéis, mi querido señor —añadió Blanche—, qué encantada estaré de tener una compañera; ya que, por el momento, no tengo amigas para pasear o para leer, puesto que mademoiselle Beam es sólo amiga de mi madre.

El conde sonrió ante la sencillez juvenil con la que su hija cedía a las primeras impresiones, y pese a que decidió advertirla de tal peligro, aplaudió silenciosamente su condescendencia, que podía extender sus confidencias a una desconocida. Había observado a Emily con atención la noche anterior y estaba muy conforme con ella, tanto como era posible que lo estuviera con cualquier persona tras tan corto conocimiento. Las referencias dadas por monsieur Du Pont le habían causado también una favorable impresión de Emily; pero, extremadamente precavido en un asunto como el de la intimidad de su hija, decidió tras informarse por este último de que no era desconocida en el convento de Santa Clara, visitar a la abadesa y si su información se correspondía con sus deseos, invitar a Emily a pasar algún tiempo en el castillo. En este asunto se vio influido por la consideración de su hija, más que por el deseo de complacerla o porque fuera amiga de la huérfana Emily, por la que, no obstante, estaba muy interesado.

A la mañana siguiente Emily estaba demasiado fatigada para presentarse, pero monsieur Du Pont desayunaba cuando el conde entró en la habitación. Le presionó, como antiguo conocido e hijo de un viejo amigo, para que prolongara su estancia en el castillo; una invitación que Du Pont aceptó gustosamente, puesto que le permitía estar cerca de Emily y, aunque no tenía conciencia de que animaba la esperanza de que ella pudiera volver hacia él su afecto, no tenía fortaleza suficiente para intentar superarla en su presencia.

Emily, cuando se recobró en parte, paseó con su nueva amiga por los alrededores del castillo, tan encantada con las vistas que lo rodeaban como Blanche había deseado. Desde allí vio, más allá de los bosques, las torres del monasterio, y puso de

manifiesto que aquél era el convento al que iría.

—¡Ah! —dijo Blanche con sorpresa—, yo acabo de salir de un convento y vos queréis entrar en uno. Si supierais con qué placer me paseo por aquí, en libertad, y veo el cielo y los campos, y los bosques que me rodean, creo que no lo haríais.

Emily, sonriendo por el calor con que se había expresado Blanche, le indicó que no tenía el propósito de quedarse en el convento toda la vida.

—No, es posible que no lo intentéis ahora —dijo Blanche—, pero no sabéis lo que pueden hacer las monjas para persuadiros de que consintáis. Yo sé cómo se manifiestan y cómo hablan de su felicidad, porque conozco bien su arte para ello.

Cuando regresaron al castillo Blanche llevó a Emily a su torreón favorito y desde allí recorrieron las antiguas habitaciones que Blanche había visitado antes. Emily se entretuvo al observar la estructura de aquellas cámaras y el estilo de su mobiliario viejo, pero aún magnífico, comparándolo con el del castillo de Udolfo, que era más antiguo y grotesco. Se interesó también por Dorothée, el ama de llaves que estaba a su servicio, cuya apariencia era casi tan antigua como todo lo que la rodeaba, y que parecía no menos interesada por Emily, ya que se quedaba contemplándola con frecuencia con profunda atención y casi no oía lo que le decía.

Mientras Emily miraba desde una de las ventanas, vio con sorpresa algunos detalles que le resultaron familiares: los campos y bosques, con el riachuelo brillante, que había cruzado una tarde con La Voisin poco después de la muerte de monsieur St. Aubert, en el camino desde el monasterio a su cabaña, y comprendió entonces que se trataba del castillo que él había evitado entonces y sobre el que había dejado caer algunas insinuaciones.

Conmovida por este descubrimiento, aunque casi sin saber por qué, se quedó silenciosa y recordó la emoción que había mostrado su padre al saberse tan cerca de aquella mansión y otros detalles de su comportamiento que la interesaban profundamente. También aquella música que oyó, y sobre la que La Voisin le había dado un informe tan extraño, acudió a su mente y preguntó a Dorothée si la habían vuelto a oír a medianoche, como de costumbre, y si habían descubierto al músico.

—Sí, mademoiselle —replicó Dorothée—, se sigue oyendo esa música, pero el músico no ha sido encontrado ni nunca lo será, creo yo; aunque algunas gentes pueden suponerlo.

—¿Cómo es posible? —dijo Emily—. ¿Por qué no continúan entonces la investigación?

—¡Ah, señorita!, ya se ha investigado, pero ¿quién puede perseguir a un espíritu?

Emily sonrió, y, recordando cómo últimamente también se había visto afectada por la superstición, decidió resistirse al contagio; sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, se dejó llevar por su curiosidad sobre el asunto, y Blanche, que hasta entonces había estado escuchando en silencio, preguntó de qué música se trataba y

desde cuándo se oía.

—Desde la muerte de mi señora —replicó Dorothée.

—No me vas a decir que está embrujado —dijo Blanche, entre bromas y seria.

—Yo he oído esa música casi desde que murió mi señora —continuó Dorothée—, y nunca antes de entonces. Pero eso no es nada con otras cosas que puedo contar.

—Por favor, dínoslas —dijo Blanche, más seria que antes—, estoy muy interesada, porque oí a la hermana Henriette y a la hermana Sophie, en el convento, hablar de extrañas apariciones de las que ellas mismas habían sido testigos.

—Nunca habréis oído, supongo, señoría, lo que nos hizo abandonar el castillo e irnos a vivir a una cabaña —dijo Dorothée.

—¡Nunca! —replicó Blanche con impaciencia.

—Ni el motivo por el que mi señor, el marqués... —Dorothée pareció tratar de controlarse, dudó y trató entonces de cambiar de conversación, pero la curiosidad de Blanche se había despertado de tal modo que no estaba dispuesta a dejarla escapar tan fácilmente, y presionó al ama de llaves para que continuara con su relato, aunque, no obstante, su insistencia no servía de mucho y era evidente que estaba preocupada por la imprudencia del comentario que la había traicionado.

—Me parece —dijo Emily, sonriendo— que todas las casas viejas están encantadas; acabo de llegar de un lugar lleno de maravillas, pero, desgraciadamente, desde que salí, casi he conseguido la explicación de todas ellas.

Blanche guardó silencio. Dorothée tenía un gesto serio y suspiró. Emily advirtió que seguía inclinada a creer más en lo maravilloso que en el conocimiento. En ese momento recordó el espectáculo que había visto en una habitación de Udolfo y, por una extraña coincidencia, las palabras alarmantes que vio accidentalmente en los documentos de monsieur St. Aubert, que había destruido, obedeciendo las órdenes de su padre, y tembló por el sentido que parecían tener, casi tan horrible como lo que había dejado al descubierto el velo negro.

Blanche, mientras tanto, incapaz de lograr que Dorothée aclarara el tema de sus últimas insinuaciones, deseó, al llegar a la puerta que había al final de la galería y que había encontrado cerrada el día anterior, ver la serie de habitaciones que había más allá.

—Mi querida señora —dijo el ama de llaves—, ya os he dicho mis razones para no abrirla. Nunca las he vuelto a ver desde la muerte de mi querida señora y sería muy impresionante para mí verlas ahora. Por favor, señora, no me lo volváis a pedir.

—¡Ciertamente!, no lo haré —prosiguió Blanche—, si ésa es realmente la razón para que te opongas.

—Así es —dijo la mujer—, todos la queríamos mucho y siempre pensaré en ella. ¡Cómo pasa el tiempo! Hace ya muchos años que murió, pero recuerdo cada detalle de lo que sucedió entonces como si hubiera ocurrido ayer. Muchas cosas que han

pasado en los últimos años se han borrado de mi memoria, mientras que las que sucedieron hace tanto tiempo las puedo ver como si mirara a través de un cristal. —Se detuvo, pero poco después, según regresaban por la galería, añadió refiriéndose a Emily—: Esta señorita me trae a veces a la memoria a la desaparecida marquesa. Puedo recordarla cuando era tan joven como ella, y el parecido es enorme cuando se sonríe. ¡Pobre señora! ¡Qué alegre estaba cuando vino por primera vez al castillo!

—¿Ya no estuvo alegre después? —dijo Blanche.

Dorothée movió la cabeza, y Emily observó con mirada de profundo interés lo que manifestaba sentir.

—Sentémonos junto a esta ventana —dijo Blanche al llegar al otro extremo de la galería—, y por favor, Dorothée, si no te resulta muy doloroso, cuéntanos algo más sobre la marquesa. Me gustaría mirar en ese cristal del que acabas de hablamos y ver algunas de las escenas que dices que ves pasar por él con frecuencia.

—No, mi señora —replicó Dorothée—. Si supierais tanto como yo, no me lo pediríais, porque suponen una desesperada cadena de detalles. Muchas veces he deseado que quedaran ocultos para siempre, pero vuelven a mi memoria. Veo a mi querida señora en su lecho mortuorio, su aspecto... y recordar todo lo que dijo, ¡es una escena terrible!

—¿Por qué era terrible? —dijo Emily emocionada.

—¡Oh, mi querida señorita! ¿No es la muerte siempre terrible?

A nuevas preguntas de Blanche, Dorothée contestó guardando silencio; y Emily, al observar lágrimas en sus ojos, no quiso insistir en el tema y trató de apartar la atención de su joven amiga a algunos detalles de los jardines, en donde habían aparecido el conde y la condesa, con monsieur Du Pont, a los que se unieron.

Cuando el conde vio a Emily avanzó para encontrarse con ella y presentarle a la condesa de un modo tan gentil que acudió con fuerza a su mente la idea de su desaparecido padre, y sintió más gratitud hacia él que inquietud por la condesa, quien, no obstante, la recibió con una de sus sonrisas fascinadoras, que su comportamiento caprichoso le permitía asumir a veces, y que era el resultado de la conversación que había tenido con el conde relacionada con Emily. Fuera lo que fuera lo tratado y lo que había sucedido en su conversación con la madre abadesa, a la que acababa de visitar, la amabilidad y la estima estaban fuertemente presentes en su actitud al dirigirse a Emily, que experimentó esa dulce emoción que despierta la conciencia de poseer la aprobación de los buenos; porque casi desde el primer momento había estado inclinada a valorar así al conde, por lo que había visto de él.

Antes de que pudiera terminar de expresar su agradecimiento por la hospitalidad que había recibido, y mencionar su deseo de marchar inmediatamente al convento, fue interrumpida por una invitación para que prolongara su estancia en el castillo, que fue manifestada insistentemente por el conde y por la condesa con tal apariencia de

amistosa sinceridad que, pese a desear ardientemente ver a sus viejas amigas en el monasterio y suspirar una vez más sobre la tumba de su padre, accedió a permanecer unos cuantos días en el castillo.

Sin embargo, escribió inmediatamente a la abadesa, informándole de su llegada a Languedoc y de su deseo de ser recibida en el convento como huésped. Envió también cartas a monsieur Quesnel y a Valancourt; al primero le informó de su llegada a Francia, y, puesto que no sabía dónde estaría acuartelado este último, dirigió su carta a la dirección de su hermano en Gascuña.

Por la tarde, Blanche y monsieur Du Pont pasearon con Emily hasta la casa de La Voisin, cuyo acercamiento le despertaba una satisfacción melancólica, pensando en lo que había suavizado su pesar por la desaparición de St. Aubert, aunque no consiguiera borrarlo del todo, y se sintió conmovida por una tristeza tibia al recordar todo aquello y las escenas que le traían a la mente. La Voisin vivía aún y parecía disfrutar como antes de la tarde tranquila de una vida sin culpa. Estaba sentado a la puerta de su casa, viendo cómo sus nietos jugaban en la hierba ante él, y les animaba a ello de cuando en cuando con sus risas o sus recomendaciones. Se acordó de inmediato de Emily, a la que le agradó ver, tanto a ella el oír que nadie de su familia había desaparecido desde su marcha.

—Sí, señorita —dijo el viejo—, todos seguimos viviendo juntos y felices. ¡Gracias a Dios! Podéis creerme si os digo que no es posible encontrar en Languedoc una familia más feliz que la nuestra.

Emily no se atrevió a entrar en la habitación en la que había muerto su padre, y, tras media hora de conversación con La Voisin y su familia, abandonó la casa.

Durante estos primeros días de su estancia en el Chateau-le-Blanc se movió con frecuencia al observar la profunda y silenciosa melancolía que en ocasiones asaltaba a Du Pont; y Emily, temiendo su desilusión, decidió trasladase al convento tan pronto como lo permitiera el respeto que debía al conde y a la condesa De Villefort. El rechazo de su amigo no tardó en preocupar al conde, al que Du Pont confió finalmente el secreto de su afecto sin esperanzas, aunque secretamente determinara ponerse a su favor si se presentaba la ocasión propicia. Considerando la peligrosa situación de Du Pont, se opuso débilmente a su intención de abandonar el Chateau-le-Blanc al día siguiente, pero le hizo prometer que volvería para una visita más larga cuando pudiera hacerlo tranquilo. Emily misma, aunque no podía dar ánimos a su afecto, le estimaba tanto por las muchas virtudes que poseía como por los servicios que había recibido de él y le vio partir para la residencia de sus padres en Gascuña con tierna emoción de gratitud y piedad, mientras él se separó de ella con un rostro tan expresivo de su amor y de su pesar que interesó al conde más apasionadamente en su causa que antes.

Pocos días después Emily también marchó del castillo, no sin antes prometer al

conde y a la condesa que repetiría su visita muy pronto. Fue recibida por la abadesa con el mismo cariño maternal con que la trató anteriormente, y las monjas no escatimaron expresiones de consideración. Las escenas bien conocidas para ella del convento despertaron muchos recuerdos melancólicos, pero con ellos se mezclaron otros inspirados en la gratitud por haber escapado de los distintos peligros que la habían acosado desde su marcha, y por la de su nueva situación, y, aunque una vez más lloró sobre la tumba de su padre con lágrimas de afecto, su pesar era más suave que en otro tiempo.

Poco después de su regreso al monasterio recibió una carta de su tío, monsieur Quesnel, contestando a su información de que había llegado a Francia, especialmente relativas al período por el que sido alquilado La Vallée, donde era su deseo regresar si se comprobaba que sus ingresos lo permitían. Como esperaba, la réplica de monsieur Quesnel fue fría y formal, sin expresar preocupación alguna por los males que había sufrido, ni satisfacción por el hecho de que se hubiera librado de ellos; tampoco hacía alusión alguna de reproche por rechazado al conde Morano, aunque manifestaba que seguía creyendo que se trataba de un hombre de honor y fortuna, ni se manifestaba vehemente contra Montani, ante el que hasta entonces se ha bía sentido inferior. No obstante, le informaba que el término para el compromiso de La Vallée casi había expirado, y sin invitarla a su propia casa, añadía que sus circunstancias no le permitirían en modo alguno residir allí, aconsejándole honestamente que se quedara por el momento en el convento de Santa Clara.

A sus preguntas relativas a la pobre Theresa, el ama de llaves de su difunto padre, no daba respuesta alguna. En una posdata, monsieur Quesnel mencionaba a madame Motteville, en cuyas manos el fallecido St. Aubert había puesto sus propiedades personales, indicando que parecía que iba a arreglar sus asuntos de modo satisfactorio para sus acreedores, y que Emily recobraría gran parte de la fortuna que anteriormente había tenido razones para esperar. La carta incluía también para Emily una orden, sobre un mercader de Narbona, por una pequeña suma de dinero.

La tranquilidad del monasterio y la libertad de la que disfrutaba para pasear por los bosques y playas de aquella deliciosa provincia restauraron gradualmente su ánimo a su tono natural, excepto por la ansiedad que sentía en ocasiones por Valancourt, según se acercaba el momento en que era posible que recibiera respuesta a su carta.

Capítulo XIII

Como, cuando una ola que amenaza desde una nube,
y, henchida por las tormentas, desciende sobre el barco,
blancas de espuma están las cubiertas; los vientos recios
rugen en los mástiles, y cantan por todas las jarcias:
Pálidos, temblorosos, cansados, los marineros se hielan de miedo,
y la muerte instantánea aparece en cada ola.

Homero, de POPE [36]

Blanche, que se había quedado muy sola, se mostró impaciente por contar con la compañía de su nueva amiga, con quien deseaba compartir el placer que recibía de los escenarios que la rodeaban. No tenía a quien pudiera expresar su admiración y comunicar sus satisfacciones, ninguna mirada que contestara a su sonrisa, o rostro alguno que reflejara su felicidad, y se fue quedando abatida y pensativa. El conde, al observar su insatisfacción, cedió de inmediato a su interés y recordó a Emily su prometida visita. Pero el silencio de Valancourt, que se prolongaba más allá del tiempo que se podía esperar que tardase una carta en llegar a Estuviere, oprimía a Emily con profunda ansiedad y la hacía contraria a la vida en sociedad, por lo que deseaba diferir la aceptación de las invitaciones hasta que su ánimo se viera calmado. No obstante, el conde y su familia insistieron en verla y, como las circunstancias que justificaban su deseo de soledad no podían ser explicadas, su rechazo tenía apariencias de un capricho que no podía mantener sin ofender a unos amigos cuya estima tanto valoraba. En consecuencia, finalmente regresó para una segunda visita al Chateau-Ie-Blanc. Allí, el comportamiento amistoso del conde De Villefort animó a Emily a informarle de su situación, en relación con las propiedades de su difunta tía y a consultarle sobre los medios para recuperarlas. Él tuvo pocas dudas en que la ley decidiría en favor de ella, y, tras aconsejarla que se ocupara del asunto, le ofreció primero escribir a un abogado de Avignon en cuya opinión pensaba que podía confiar. Emily aceptó agradecida su amabilidad y se vio animada por las cortesías que recibía diariamente. Podría haber sido nuevamente feliz si hubiera estado segura de que Valancourt se encontraba bien y de que su afecto no había cambiado. Llevaba más de una semana en el castillo sin recibir noticias suyas, y, aunque sabía que estaba ausente de la residencia de su hermano, era muy posible que su carta ya le hubiera llegado y no pudo impedir el admitir dudas y temores que destruían su tranquilidad. Consideró de nuevo todo lo que podía sucedido en aquel largo período desde que fue recluida en Udolfo y se

sintió llena de aprensiones con la idea de que Valancourt hubiera muerto o que viviera sin pensar en ella. Incluso la compañía de Blanche se le hizo intolerablemente opresiva y se quedó sola en sus habitaciones cuando los compromisos de la familia le permitieron hacerlo sin ser descortés.

En una de esas horas solitarias abrió uuna cajita que contenía algunas cartas de Valancourt, junto con algunos dibujos que había hecho durante su esencia en Toscana, que ya no le interesaban; pero en las cartas, con cierta melancolía, trató de recobrar la ternura que tantas veces la había calmado y por un momento la hicieron sentirse insensible a la distancia que le separaba del autor de las mismas. Pero su efecto había cambiado. El afecto que expresaban oprimía su corazón cuanto consideraba que, tal vez, había cedido a los poderes del tiempo y de la ausencia, e incluso la vista de sul etra le despertó tan dolorosos recuerdos que comprobó que no era capaz de volver a leer la primera que había abierto, y sentó pensativa, con la mejilla apoyada en un brazo, y las lágrimas cayendo por su rostro, cuando Dorothée entró en la habitación para informarle de que a cena se serviría una hora antes que de costumbre. Emily se sobresaltó al verla y ocultó con rapidez los papeles, pero no antes de que Dorothée hubiera observado tanto su agitación como sus lágrimas.

—¡Oh, mademoiselle! —dijo—, vos que sois tan joven, ¿tenéis razones para penar?

Emily trató de sonreír, pero no fue capaz de hablar.

—Querida sefiorita, cuando lleguéis a mi edad no lloraréis por pequeñeces, y es seguro que no hay nada serio que pueda preocuparos.

—No, Dorothée, nada que tenga importancia —replicó Emily.

Dorothée, que se detuvo para recoger algo que se había caído de entre los papeles, exclamó de pronto:

—¡Virgen Santa! ¿Qué veo?

Después, temblando, se sentó en una silla que había al lado de la mesa.

—¿Qué es lo que has visto? —dijo Emily, alarmada por su tono y echando una mirada por la habitación.

—¡Es ella misma! —dijo Dorothée—, ¡ella misma! ¡Exactamente con el aspecto que tenía antes de su muerte!

Emíly, aún más alarmada comenzó a temer que Dorothée hubiera sido dominada por un frenesí inesperado, pero trató d e que se explicara.

—¡Ese retrato! —dijo—, ¿dónde lo encontrasteis, señora? ¡Es mi bendita señora!

Se inclinó sobre la mesa en la que estaba la miniatura, que Emily encontró entre los papeles que su padre le había mandado destruir y sobre la que le vio mirar una vez con lágrimas de ternura y afecto, y, recordando todos los detalles de su comportamiento, que tanto la habían sorprendido, sus em ociones crecieron al extremo de privarla de todo poder para hacer las preguntas ante cuyas respuestas

temblaba, por lo que no pudo aclarar si Dorothée estaba segura de que el retrato se parecía a la difunta marquesa.

—¡Oh, señorita! —dijo—. ¿Cómo podría haberme afectado tanto nada más verlo si no hubiera sido por el parecido con mi ama? ¡Ah! —añadió, cogiendo la miniatura —, son sus mismos ojos azules, con su mirada dulce y suave, y es su rostro como lo he visto tantas veces, cuando se sentaba pensativa durante un buen rato y las lágrimas corrían por sus mejillas, pero ¡nunca se quejó! Era esa mirada triste y resignada que me rompía el corazón y que me hacía quererla tan profundamente.

—¡Dorothée! —dijo Emily solemnemente—, estoy interesada en la causa de esos pesares más de lo que tal vez puedas imaginar, y te ruego que no sigas negándote a ceder a mi curiosidad. No es simple interés.

Mientras Emily decía esto, recordaba los documentos que estaban con el retrato y casi no dudaba de que se referían a la marquesa De Villeroi, pero con esta suposición sintió el escrúpulo de si debía seguir preguntando sobre el asunto, que tal vez se tratara del mismo que su padre había cuidado de ocultar. Su curiosidad en relación con la marquesa, aunque era muy fuerte, es probable que hubiera podido resistirla, como había hecho anteriormente, pero tras haber leído aquellas pocas y terribles palabras que no se habían borrado de su mente, le parecía estar segura de que contenían la historia de aquella dama y que los detalles que pudiera relatar Dorothée estuvieran incluidos en las órdenes de su padre. Lo que supiera podría no ser un secreto para muchas otras personas, y, puesto que parecía probable que St. Aubert no hubiera tratado de ocultar lo que Emily llegara a saber por otros medios, decidió, finalmente, que si los papeles relataban la historia de la marquesa, no podría tratarse de los mismos detalles que Dorothée le podría descubrir, puesto que él había pensado que era suficientemente importante como para ocultárselo. En consecuencia, ya no dudó en hacer las preguntas que pudieran conducir a satisfacer su curiosidad.

—¡Ah, mademoiselle! —dijo Dorothée—, es una historia muy triste. No puedo contárosla. Pero ¿qué estoy diciendo? Nunca la contaré. Han pasado muchos años desde que ocurrió y no he hablado con nadie de la marquesa que no fuera mi marido. Él vivía en esta casa por aquel entonces, como yo, y estaba enterado de muchos detalles por mí, que nadie más conocía, porque yo fui la persona que estuvo con mi señora en su última enfermedad y vi y oí tanto o más que el mismo señor. ¡Era un santo! ¡Qué paciencia tenía! ¡Cuando ella murió, pensé que él también moriría!

—Dorothée —dijo Emily, interrumpiéndola—, lo que me digas, puedes confiar en ello, nunca lo contaré a nadie. Tengo, lo repito, razones particulares para desear que me informes de este asunto, y estoy dispuesta a comprometerme del modo más solemne a no mencionar lo que me pidas que mantenga secreto.

Dorothée pareció sorprendida ante la reacción de Emily, y, tras mirarla en silencio durante un rato, dijo:

—¡Señorita! Vuestra mirada apoya vuestras súplicas, se parece mucho a las de mi querida señora, y casi creo estar viéndola a ella. Si fuerais su hija no podríais recordármela más. Pero la cena ya debe estar preparada, ¿no sería mejor que bajarais?

—Prométeme primero acceder a mi petición —dijo Emily.

—Tenéis que decirme primero, mademoiselle, cómo llegó ese retrato a vuestras manos y las razones que decís tener para vuestra curiosidad por mi señora.

—No puedo, Dorothée —replicó Emily, recomponiéndose—. Tengo también razones particulares para guardar silencio sobre este asunto, al menos hasta que sepa algo más, y, recuerda, no prometo hablar de ello; en consecuencia, no pienses que al satisfacer mi curiosidad lo puedes hacer porque vas a lograr cumplir la tuya. Lo que yo juzgue propio para ser ocultado no me concierne sólo a mí, ya que en caso contrario tendría menos escrúpulos en revelarlo, pero no puedo decirte nada que pueda persuadirte a que accedas a mi solicitud.

—Bien, señora —replicó Dorothée, tras una larga pausa durante la cual tuvo los ojos fijos en Emily—, parecéis tan interesada, y ese retrato y vuestro rostro me hacen pensar que tenéis razones para ello, por lo que confiaré en vos y os diré algunas cosas que nunca he contado a nadie que no fuera mi marido, aunque mucha gente las haya sospechado. Os hablaré también de los detalles de la muerte de mi señora y de mis propias sospechas, pero debéis prometerme primero por todos los Santos...

Emily, interrumpiéndola, prometió solemnemente no revelar jamás lo que le confiara sin el consentimiento de Dorothée.

—Está sonando la llamada para la cena, mademoiselle —dijo Dorothée—, tengo que marcharme.

—¿Cuándo te volveré a ver? —preguntó Emily.

Dorothée meditó un momento y después contestó:

—Despertaré la curiosidad de la gente si se sabe que estoy mucho tiempo en vuestra habitación y tendría que lamentarlo, así que vendré cuando sepa que no puedo ser observada. Tengo mucho trabajo a lo largo del día y mucho que decir, por lo que si os parece bien, vendré cuando todos estén acostados.

—Me parece muy bien —replicó Emily—, entonces, recuérdalo, esta noche.

—No lo olvidaría —dijo Dorothée—, pero me temo que no podré venir esta noche, madame, porque se celebrará el baile de la vendimia, y será muy tarde cuando los criados se retiren a descansar, ya que cuando se ponen a bailar, con el fresco del ambiente, no lo dejan hasta por la mañana. Al menos eso era lo que se hacía en mis tiempos.

—¡Ah! ¿Es hoy el baile de la vendimia? —dijo Emily, con un profundo suspiro, recordando que fue en la víspera de aquel festival, el año anterior, cuando St. Aubert y ella llegaron a la vecindad del Chateau-le-Blanc. Se detuvo un momento, dominada por los recuerdos inesperados y, tras recobrarse, añadió—: Pero ese baile se hace en

el bosque, por lo que no necesitarán de ti y podrás venir fácilmente.

Dorothée replicó que estaba acostumbrada a asistir al baile de la vendimia y que no quería perdérselo:

—Pero si puedo escaparme, lo haré —dijo.

Emily corrió al comedor, donde el conde se comportó con la cortesía que es inseparable de la verdadera dignidad, y que la condesa practicaba pocas veces, aunque su actitud hacia Emily era una excepción en sus costumbres. Pero, si no poseía esas virtudes ornamentales, participaba de otras cualidades que consideraba valiosas. Había prescindido de la gracia de la modestia, pero sabía muy bien cómo manifestar su seguridad; sus maneras tenían poco de la dulzura temperada que es necesaria para que sea interesante el carácter femenino, pero podía ocasionalmente suplirlo con el afecto de su ánimo, que parecía hacerle triunfar sobre cualquier persona que se acercara a ella. En el campo, sin embargo, adoptaba generalmente una languidez elegante, que la hacía parecer a punto de desmayarse cuando se leía una historia de pesares ficticios; pero su rostro no sufría cambio alguno cuando seres vivos solicitaban su caridad, y su corazón no mostraba alteración alguna para proporcionarles consuelo inmediato. No se conmovía por los más altos lujos ante los cuales la mente humana puede ser sensible, pero su interior no cedía ante el rostro de la miseria.

Por la tarde, el conde y toda su familia, excepto la condesa y mademoiselle Beam, fueron a los bosques para presenciar la fiesta de los campesinos. La escena tenía lugar en un claro, en el que los árboles abiertos formaban un círculo rodeado de musgo, cubierto de sombra. De las ramas de los viñedos, llenas de racimos, habían colgado cintas alegres, y bajo ellas mesas con fruta, vino, queso y otros alimentos rurales, y asientos para el conde y su familia. A poca distancia habían colocado unos bancos para los campesinos de más edad, aunque alguno de ellos no pudo contenerse y se unió a la danza festiva, que comenzó poco después de ponerse el sol, cuando varios de más de sesenta años se unieron con tanta alegría y ligereza como los de dieciséis.

Los músicos, que estaban sentados sobre la hierba, al pie de un árbol, parecían inspirados por el sonido de sus propios instrumentos, en su mayoría flautas y una especie de guitarra alargada. Detrás, de pie, un muchacho tocaba el tambor y bailaba solo, excepto cuando golpeaba alegremente el instrumento, y se mezclaba con los otros bailarines con gestos que despertaban risas abiertas y animaban el espíritu rústico de la escena.

El conde estaba encantado con la felicidad de la que era testigo, a la que su bondad había contribuido ampliamente, y Blanche se unió al baile con un joven caballero invitado de su padre. Du Pont solicitó la mano de Emily para unirse al grupo, pero su espíritu estaba demasiado deprimido para que le permitiera participar de aquella fiesta, que le traía el recuerdo del año anterior, cuando aún vivía St.

Aubert, y las escenas melancólicas que llegaron a continuación.

Dominada por estos pensamientos, abandonó el lugar y paseó por el bosque, en el que la música lejana conmovió su mente melancólica. La luna lanzaba una luz amarilla entre las hojas y el aire era suave y fresco. Emily, perdida en sus pensamientos, siguió caminando, sin fijarse por dónde, hasta que advirtió que los sonidos se alejaban y se vio envuelta en el silencio que la rodeaba, roto a veces, únicamente por el ruiseñor.

Notas fluidas que cierran los ojos del día.

Poco después, se encontró en la avenida, en la que, en la noche de la llegada con su padre, Michael había intentado cruzar en busca de una casa, y que estaba tan abandonada y desolada como entonces, ya que el conde había estado demasiado ocupado en dirigir otras mejoras y había desistido de dar órdenes para que arreglaran aquella zona en la que el camino estaba medio destruido y los árboles lo cubrían en abundancia.

Según lo contemplaba y revivía las emociones que había sentido allí anteriormente, recordó de pronto la figura que se había deslizado entre los árboles y que no atendió a las repetidas llamadas de Michael. Sintió una especie de miedo, porque no parecía improbable que aquellos bosques profundos sirvieran ocasionalmente de refugio a los bandidos. En consecuencia, se dio la vuelta y corría ya en su regreso junto a los bailarines, cuando oyó pasos que se aproximaban por la avenida. Al darse cuenta de que estaba demasiado lejos, pues no oía las voces ni la música de los campesinos, aceleró el paso, pero las personas que la seguían se le acercaron. Distinguió por fin la voz de Henri. Se detuvo hasta que apareció. Él manifestó su sorpresa al encontrársela tan lejos de todos, y cuando le indicó que la luna la había engañado para alejarse más de lo que se proponía, una exclamación que

salió de los labios de su compañero le hizo creer que era Valancourt el que hablaba. ¡Y era él, verdaderamente! Su encuentro fue como puede ser imaginado entre personas tan afectuosas y que llevaban tanto tiempo separados como ellos.

Con la alegría de aquellos momentos, Emily olvidó todos los sufrimientos pasados, y Valancourt, por su parte, pareció ignorar que existiera otra persona que no fuera Emily, mientras Henri fue espectador silencioso y sorprendido de la escena.

Valancourt hizo mil preguntas, relativas a ella y a Montoni, que no era el momento de contestar, y Emily supo que su carta le había sido reenviada a París, ciudad que ya había abandonado para volver a Gascuña, donde regresó la carta, que finalmente le informó de la llegada de Emily. De inmediato se encaminó al Languedoc. En el monasterio, donde ella había fechado la carta, comprobó con gran contrariedad que ya habían cerrado las puertas para toda la noche, y creyendo que no vería a Emily hasta la mañana siguiente, regresaba a la posada con intención de escribirle, cuando se encontró con Henri, al que había conocido en París, que le condujo hasta ella cuando pensaba y se lamentaba secretamente de que no la vería hasta el día siguiente.

Los tres regresaron a la fiesta, donde Henri presentó a Valancourt al conde, quien, según le pareció, le recibió con menos complacencia de la que tenía por costumbre, pese a que no eran totalmente desconocidos. No obstante, fue invitado a participar de las diversiones de la tarde y. tras presentar sus respetos al conde y mientras los bailarines continuaban con su fiesta, se sentó junto a Emily y conversaron sin limitaciones. Las luces, que habían sido colgadas de los árboles bajo los que se encontraban. le permitieron a Emily ver el rostro que con tanta frecuencia había tratado de recordar en su ausencia. y advirtió. con algún pesar, que no era el mismo que conocía. Conservaba el aire inteligente y el fuego de antes, pero había perdido mucho de su sencillez y, en cierta medida, de la abierta tolerancia que le había caracterizado. No obstante, seguía siendo un rostro interesante, pero Emily pensó que percibía a intervalos contracciones de ansiedad y fijaciones melancólicas en los rasgos de Valancourt. A veces caía en una momentánea meditación y parecía inquieto por disipar un pensamiento; mientras otras, al fijar los ojos en Emily, cruzaba su mente una inesperada discreción. Por su parte, Valancourt comprobó la misma belleza y bondad que le habían encanuto en el rostro de Emily cuando la conoció. El color de su rostro había disminuido. pero permanecía toda su dulzura, que le hacía interesante que nunca por la leve expresión de melancolía que en ocasiones se mezclaba con su sonrisa.

Atendiendo sus ruegos, Emily le contó los detalles importantes de lo que le había ocurrido desde que se marchó de Frania. y su mente se vio envuelta alternativamente por emociones de piedad y de indignación cuando se enteró de todo lo que había sufrido por las villanías de Montoni. En más de una ocasión, cuando ella la hablaba

de su comportamiento, cuya culpabilidad era más bien suavizada que exagerada en su narración, se levantaba de su asiento y paseaba, dominado aparentemente por reproches y resentimientos. Habló poco de sus sufrimientos y él escuchó inquieto los informes que se referían a la pérdida de las propiedades de madame Montoni y de lo poco que confiaba en recuperadas. Valancourt permaneció perdido en sus pensamientos hasta que algún secreto le hizo manifestarse lleno de angustia, y se apartó de ella abruptamente. A su regreso, Emily advirtió que había estado llorando y le suplicó con ternura que se dominara.

—Mis sufrimientos ya se terminado —dijo—, ya he escapado de la tiranía de Montoni, y veo que estás bien. Permite que te vea también feliz.

Valancourt estaba más agitado que antes.

—No te merezco, Emily —dijo—. No te merezco.

Palabras que por su manera de decirlas impresionaron más a Emily que su propio sentido. Se quedó mirándole de modo interrogativo.

—No me mires así —dijo él, apartando la vista y oprimiendo su mano—, no puedo soportar esas miradas.

—Tengo que preguntarte —dijo Emily, en tono gentil pero agitado— el significado de tus palabras, pero me doy cuenta de que no es el momento. Hablemos de otras cosas. Quizá mañana estés más sereno. Observa la luz de la luna en el bosque y las torres que aparecen oscuramente en la perspectiva. Solías ser un gran admirador del paisaje, y te he oído decir que la facultad de lograr un consuelo en la contemplación de esos sublimes espectáculos. que ni la opresión ni la pobreza pueden aneblarnos. era la bendición de los inocentes.

Valancourt pareció profundamente afectado.

—Sí —replicó—. una vez tuve la satisfacción de los placeres inocentes y elegantes. Tuve en otro tiempo un corazón no corrompido. —Después. controlándose, añadió—: ¿Recuerdas nuestro viaje por los Pirineos?»

—¿Podría olvidarlo? —dijo Emily.

—¿Podría yo? —replicó—, cuando fue el período más feliz de mi vida. Entonces quería con entusiasmo todo lo que era grande o hermoso.

Pasó algún tiempo antes de que Emily pudiera contener sus lágrimas y dominar sus emociones.

—Si deseas olvidar aquel viaje —dijo—, mi deseo también será olvidarlo. —Se detuvo y después añadió—: Me desasosiegas, pero no es el momento para hacer más preguntas; sin embargo. ¿cómo puedo evitar creer. aunque sea por un momento, que eres menos merecedor de mi estima que antes? Sigo teniendo confianza en tu candor para creer que cuando te pida una explicación me la darás.

—Sí —dijo Valancourt—, sí, Emily. Aún no he perdido mi candor, y si es así. haré mejor disimulando mis emociones. al saber cuáles sido tus sufrimientos, tus

virtudes. mientras yo..., yo..., pero no diré más. Ni siquiera pensaba decir tanto. Me he visto sorprendido en autoacusaciones. Dime, Emily, que no olvidarás aquel viaje. que no desearás olvidarlo, y me calmaré. No perdería el recuerdo de aquello por todo el oro del mundo.

—¡Qué contradictorio es todo esto! —dijo Emily—, pero pueden oírnos. Mi recuerdo depende de ti. Estoy dispuesta a olvidar o a recordar, según lo que tú hagas. Regresemos con el conde.

—Dime antes —dijo Valancourt— que perdonas la inquietud que te he ocasionado esta tarde y que sigues amándome.

—Te perdono con toda sinceridad —replicó Emily—; tú mismo sabrás mejor si continuaré amándote. porque sabes si mereces mi estima. Por el momento, seguiré pensando que es así. Es innecesario que diga —añadió, observando su reacción— cuánto dolor me produciría pensar de otro modo. La señorita que se acerca es la hija del conde.

Valancourt y Emily se vieron acompañados por Blanche, y el grupo se sentó poco después con el conde, su hijo y el chevalier Du Pont, ante el banquete ofrecido en tan alegre compañía, bajo los árboles. También se sentaron a la mesa varios de los más venerables colonos del conde, y fue una comida festiva para todos excepto para Valancourt y Emily. Cuando el conde se retiró al castillo, no invitó a Valancourt a que los acompañara, quien, en consecuencia, se despidió de Emily y se retiró a su posada solitaria para pasar la noche. Emily regresó a su habitación, donde pensó con profunda ansiedad y preocupación en el comportamiento y en el modo en que el conde había recibido a Valancourt. Su preocupación era tan profunda que olvidó la cita con Dorothée hasta que ya había entrado la mañana y, sabiendo que la mujer no vendría, se retiro unas pocas horas a descansar.

Al día siguiente, cuando el conde se unió accidentalmente a Emily en uno de sus paseos, hablaron de la fiesta de la noche anterior, lo que le llevó a él a mencionar el nombre de Valancourt.

—Es un joven de talento —dijo—, me doy cuenta de que ya le conocíais. —Emily asintió—. Me lo presentaron en París —dijo el conde—, me agradó mucho en nuestro primer encuentro. —Se detuvo y Emily tembló entre el deseo de saber más y el temor a mostrar al conde que estaba interesada en el tema—. ¿Puedo preguntaros —dijo por fin— cuánto tiempo hace que conocéis a monsieur Valancourt?

—¿Me permitiréis que os pregunte las razones de vuestro interés en saberlo, señor? —dijo—. Después os contestaré inmediatamente.

—Ciertamente —dijo el conde—, es muy justo. Os diré mis razones. Me doy cuenta de que monsieur Valancourt os admira; en eso, no obstante, no hay nada extraordinario; cualquier persona que os vea haría lo mismo. Estoy por encima de halagos comunes, hablo con sinceridad. Lo que temo es que sea un admirador

favorecido.

—¿Por qué lo teméis, señor? —dijo Emily, tratando de ocultar sus emociones.

—Porque —replicó el conde— no creo que sea merecedor de vuestros favores.

Emily, altamente preocupada, le solicitó una explicación.

—Os la daré —dijo— si creéis que nada que no sea el profundo interés en vuestra situación podría inducirme al riesgo de una afirmación.

—Eso creo, señor —replicó Emily.

—Descansemos bajo esos árboles —dijo el conde observando la palidez de su rostro—, aquí podéis sentaros, estáis fatigada.

Se sentaron y el conde prosiguió:

—Muchas señoritas, en vuestras circunstancias, pensarían que mi conducta en esta ocasión y tras tan corto conocimiento, es impertinente en vez de amistosa; por lo que he podido observar de vuestro temperamento y compresión, no temo que reaccionéis así. Nuestro conocimiento ha sido corto, pero lo suficiente para que me haya hecho estimaros y sentir un vivo interés por vuestra felicidad. Os merecéis ser feliz y confío en que lo seáis. —Emily suspiro levemente e inclinó la cabeza dándole las gracias. El conde hizo una nueva pausa—. Conozco circunstancias desagradables —dijo—, pero la oportunidad de haceros un importante servicio debe superar cualquier consideración inferior. ¿Me podréis informar de cómo conocisteis al chevalier Valancourt, si no os resulta demasiado doloroso?

Emily le relató brevemente las circunstancias de su encuentro en presencia de su padre, rogándole a continuación que no dudara en informarla de lo que sabía, advirtiendo su violenta emoción, contra la que luchaba, y cómo el conde la miraba con tierna compasión mientras pensaba cómo podía comunicar su información con el menor daño posible a su ansiosa auditora.

—El chevalier y mi hijo —dijo— fueron presentados en la mesa de un hermano oficial en cuya casa yo también le conocí, invitándole a la mía en cualquier momento en que estuviera libre de servicio. Yo no sabía entonces que él había conocido anteriormente a un grupo de hombres, desgracia de su especie, que vivían del expolio y que pasaban la vida en continuo libertinaje. Conocía a varios miembros de la familia del chevalier, residente en París, y lo consideré suficiente para llevarle a mi casa. Pero veo que os ponéis enferma, dejaré el tema.

—No, señor —dijo Emily—, os ruego que continuéis, sólo estoy angustiada.

—¡Sólo angustiada! —dijo el conde con énfasis—, sin embargo continuaré. No tardé en saber que aquellos hombres, sus compañeros, le habían llevado a una corriente de disipación de la que parecía no tener poder ni inclinación para separarse. Perdió grandes sumas de dinero en las mesas de juego, se dejó dominar por él y estaba arruinado. Hablé de esto con sus amigos, que me aseguraron que habían tratado de ayudarle, sin lograrlo. Poco después supe que en consideración a su

habilidad para el juego, en el que tenía suerte generalmente cuando no se enfrentaba a los trucos de los villanos, un grupo de rufianes le había iniciado en los secretos de su negocio concediéndole una participación en los beneficios.

—¡Imposible! —dijo Emily de pronto—. Pero, perdóneme, señor, no sé lo que digo, disculpadme por la desesperación que me envuelve. Debo creer que no habéis sido informado de la verdad. Sin duda el chevalier tenía enemigos que han dado de él una imagen equivocada.

—Sería muy feliz si pudiera creerlo —replicó el conde—, pero no es así. Sólo el convencimiento de que es como os digo y mi preocupación por vuestra felicidad me han obligado a repetiros estos informes desagradables.

Emily guardó silencio. Recordó los comentarios de Valancourt la noche anterior, cuando descubrió los dolores de sus autorreproches y parecía que todo confirmaba lo que el conde le había contado. Sin embargo, no tenía fuerzas suficientes para atreverse a creerlo. Su corazón se sentía oprimido por la angustia ante la mera sospecha de su culpabilidad y no podía tratar de creer en ello. Tras un largo silencio, el conde dijo:

—Me doy cuenta, y lo comprendo, que necesitáis convenceros. Si es así os podría dar algunas pruebas de lo que he dicho, pero no puedo hacerlo sin incluir una en peligro, que me es especialmente querida.

—¿A qué peligro os referís, señor? —dijo Emily—. Si puedo prevenirlo, podéis confiar plenamente en mi honor.

—Estoy seguro de que puedo confiar en vuestro honor —dijo el conde—, pero, ¿puedo confiar en vuestra fortaleza? ¿Creéis que podéis resistir la petición de un admirador favorecido, cuando os ruegue, en la aflicción, que le digáis el nombre de quién le ha robado su bendición?

—No me expondré a tal tentación, señor —dijo Emily, con modesto orgullo—, porque no puedo favorecer a nadie a quien ya no estimo. No obstante, os doy mi palabra.

Las lágrimas contradijeron, al mismo tiempo, sus primeras afirmaciones, y se dio cuenta de que sólo el tiempo y el esfuerzo podrían erradicar un afecto que se había formado en una estima virtuosa y animado por la costumbre y la dificultad.

—Entonces confiaré en vos —dijo el conde—, porque necesitáis de la convicción para vuestra paz, y me doy cuenta de que no podréis obtenerla sin esta confidencia. Mi hijo ha sido bastantes veces testigo ocular de la conducta reprobable del chevalier. Casi fue arrastrado por ella, llegó a cometer muchas locuras, pero le rescaté de la culpabilidad y la destrucción. Juzgad entonces, mademoiselle St. Aubert, si un padre que casi había perdido a su único hijo varón por el ejemplo del chevalier, no tiene razones para avisar a los que estima para que no confíen su felicidad en tales manos. Yo mismo he visto al chevalier jugando con hombres ante los que casi temblaba sólo

con mirarlos. Si seguís en duda, haré que os hable mi hijo.

—No puedo dudar de lo que habéis sido testigo —replicó Emily, hundiéndose en la desesperación—, o de lo que afirmáis. Pero tal vez el chevalier se ha visto arrastrado por una locura transitoria, que puede no volverle a afectar nunca. Si hubierais conocido la rectitud de sus principios anteriores, comprenderíais mi incredulidad presente.

—Puede ser —observó el conde— que sea difícil creer en lo que nos sume en la desesperación. Pero no me dejaré llevar por falsas esperanzas. Todos sabemos la fascinación que ejerce el vicio del juego y qué difícil es también salirse de él. Es posible que el chevalier se reforme por algún tiempo, pero no tardaría en volver a la disipación, porque me temo que no sólo ha caído bajo el poder de ese hábito, sino que su moral se ha corrompido. Y, ¿por qué he de ocultaros que el juego no es su único vicio? Parece que se ha inclinado por todos los placeres viciosos.

El conde dudó e hizo una pausa. Emily trataba de reanimarse, mientras, con creciente inquietud, esperaba lo que tuviera aún que decir. Siguió un largo silencio, durante el cual le vio visiblemente agitado. Por fin dijo:

—Sería una intención cruel el que me mantuviera en silencio. He de informaros que las extravagancias del chevalier le han llevado en dos ocasiones a las prisiones de París, de las que fue sacado, como fui informado por una autoridad de la que no puedo dudar, por una condesa parisina muy conocida, con la que seguía viviendo cuando salió de París.

Se detuvo de nuevo, y al mirar a Emily advirtió que había cambiado su rostro y que se caía del asiento. Consiguió cogerla, pero se había desmayado y gritó pidiendo ayuda. Sin embargo, estaban demasiado lejos para que pudieran oírle sus criados en el castillo y temía dejarla mientras acudía allí para pedir ayuda, aunque no veía otro modo de obtenerla, hasta que una fuente que estaba a poca distancia le sugirió la idea. Trató de apoyar a Emily contra el árbol, bajo el que habían estado sentados, mientras iba allí por agua. Se quedó de nuevo perplejo porque no tenía nada a mano con lo que traerla. Mientras la contemplaba con inquietud creciente, le pareció percibir en su rostro síntomas de recuperación.

Tardó mucho en reanimarse, y cuando lo hizo se encontró apoyada, no por el conde, sino por Valancourt, que la observaba con temor y que le habló en un tono lleno de ansiedad. Al oír su voz tan familiar, abrió los ojos, pero al miento los cerró de nuevo perdiendo una vez más el conocimiento.

El conde, con una mirada de reproche, le hizo una señal para que se retirara. Pero Valancourt sólo suspiró profundamente, llamándola por su nombre, según le acercaba a los labios el agua que había traído. Al repetir el conde su indicación, acompañándola de algunas palabras, Valancourt le contestó con una mirada de profundo resentimiento y se negó a abandonar el lugar hasta que se recobrara o a

dejarla un momento al cuidado de cualquier otra persona. Un instante después su conciencia pareció informarle de lo que habían tratado el conde y Emily en su conversación y la indignación brilló en sus ojos; pero fue rápidamente reprimida y cambiada por una expresión de grave angustia, que indujo al conde a mirarle con más piedad que resentimiento, lo que fue advertido por Emily al revivir de nuevo, y la hizo ceder a la debilidad de las lágrimas. No tardó en contenerlas, llevando a efecto su decisión de recobrarse. Se levantó, dio las gracias al conde y a Henri, con el que Valancourt había entrado en el jardín para atenderla, y se dirigió al castillo sin prestar atención a Valancourt, que, conmovido por su actitud, exclamó en voz baja:

—¡Dios mío! ¿Cómo me he merecido esto? ¿Qué te han dicho para ocasionar este cambio?

Emily, sin contestar, pero con creciente emoción, aceleró su paso.

—¿Qué es lo que te ha causado todo esto, Emily? —dijo, caminando lentamente a su lado—. ¡Dame unos minutos para que hablemos! ¡Te lo ruego! ¡Soy muy desgraciado!

Aunque lo dijo en voz muy baja, fue oído por el conde, que replicó inmediatamente que mademoiselle St. Aubert estaba demasiado indispuesta para mantener conversación alguna, pero que se aventuraba a prometer que vería a monsieur Valancourt al día siguiente, si se encontraba mejor.

El rostro de Valancourt enrojeció. Miró altivamente al conde y luego a Emily con expresiones sucesivas de sorpresa, desesperación y súplica, que ella no pudo malinterpretar o resistir, y dijo lánguidamente:

—Estaré mejor mañana, y si deseas aceptar el permiso del conde, te veré entonces.

—¡Verme! —exclamó Valancourt, con una mirada mezcla de orgullo y resentimiento para el conde, y después, conteniéndose, añadió—: Vendré, madame; aceptaré el *permiso* del conde.

Cuando llegaron a la puerta del castillo, dudó un momento, porque su resentimiento se había borrado, y con una mirada tan expresiva de su ternura y dolor que el corazón de Emily casi no pudo soportar, le deseó buen día con la mano, e inclinándose ligeramente ante el conde, desapareció.

Emily se retiró a sus habitaciones con una opresión en el corazón como nunca había sentido. Trató de reconsiderar todo lo que había dicho el conde, examinar la probabilidad de las circunstancias en las que creía y considerar su futura conducta con Valancourt. Pero cuando intentó pensar, su mente rehusó cualquier control y sólo pudo sentir que era muy desgraciada. Por momentos se dejaba llevar por el convencimiento de que Valancourt ya no era el mismo a quien ella había amado tan tiernamente, la imagen que le había hecho hasta entonces soportar todas sus aflicciones y le había animado con la esperanza de días más felices, para pasar

después a considerar que se trataba de una persona sin valor, de la que debía alejarse aunque no pudiera olvidarla. Después, incapaz de soportar esta terrible sospecha, la rechazó desdeñando creerle capaz de la conducta que había descrito el conde, a quien creía que le había informado algún enemigo resentido y hubo momentos en los que incluso llegó a dudar de la integridad del conde y a sospechar que estaba influido por algún motivo egoísta para romper su relación con Valancourt, pero esto último era confusión de un instante. El comportamiento del conde, del que tenía noticias por Du Pont y muchas otras personas, y ella personalmente había observado, le permitían juzgarle y destruir la sospecha. No parecía posible caer en la tentación de creerle capaz de una conducta tan. traidora y cruel. Tampoco la reflexión impidió la esperanza de que Valancourt hubiera sido mal interpretado por el conde, aunque había dicho que hablaba como consecuencia de sus propias observaciones y por las experiencias de su hijo. En consecuencia, debía apartarse de Valancourt para siempre, ya que su felicidad y tranquilidad no se podían confiar en un hombre cuyos gustos habían degenerado en tan bajas inclinaciones y para quien el vicio se había convertido en habitual, alguien a quien no podría seguir estimando, pese a que el recuerdo de lo que había sido y la costumbre de amarle harían muy difícil olvidarle.

«¡Oh, Valancourt! —exclamó para sí—, después de haber estado separados tanto tiempo, ¿nos encontramos sólo para ser desgraciados, sólo para separamos para siempre?»

En medio del tumulto que asaltaba su mente, recordaba pertinazmente el candor y la sencillez de su conducta la noche anterior, y si se hubiera atrevido a confiar en su propio corazón, se habría inclinado por la esperanza. Con todo, no podía apartarle de ella para siempre, sin obtener nuevas pruebas de su conducta reprochable; sin embargo, no vio qué probabilidades tenía para lograrlo y si pruebas más positivas eran posibles. Algo tenía que decidir sobre ello, y casi se inclinó por dejar guiar su opinión por la reacción de Valancourt ante sus insinuaciones relativas a su comportamiento.

Así pasó las horas hasta la cena, cuando Emily, luchando contra la presión de su dolor, secó sus lágrimas y se reunió con la familia en la mesa, donde el conde mantuvo hacia ella su más delicada atención. La condesa y mademoiselle Beam, tras contemplar con sorpresa durante un momento su rostro alterado, comenzaron como de costumbre con sus bromas, mientras Blanche la llenaba de preguntas con su mirada, que sólo pudo contestar con una triste sonrisa.

Emily se retiró tras la cena lo más pronto que pudo y fue seguida por Blanche, a cuyas ansiosas preguntas no pudo corresponder, aunque trataba de compartir con ella la causa de su desesperación.

Hablar del tema era demasiado doloroso para ella, por lo que Blanche, tras intentar comentarlo sin éxito, la dejó abandonada a una pena que comprendía que no

podía enjugar.

Emily decidió secretamente marcharse al convento en uno o dos días, porque la compañía, especialmente la de la condesa y mademoiselle Beam, le resultaba intolerable en su presente estado de ánimo. En el retiro del convento y con la amabilidad de la abadesa, esperaba recobrar el dominio de su mente y adquirir la resignación que los acontecimientos que se aproximaban hacían claramente necesaria.

Haber perdido a Valancourt porque hubiera muerto o haberle visto casado con una rival, le habrían proporcionado, pensaba, menos angustia que la convicción de su culpa, que le llevaría a la desgracia y que le robaba incluso la imagen que tanto la había animado en su corazón. Estas dolorosas reflexiones fueron interrumpidas por una nota enviada por Valancourt, escrita con clara distracción de su mente, solicitando que le permitiera verla aquella misma tarde en lugar de a la mañana siguiente; una solicitud que le causó tanta agitación que no pudo contestar. Deseaba verle y concluir su estado de inquietud, pero temía la entrevista, e, incapaz de decidir por sí misma, solicitó ver un momento al conde en su biblioteca, donde le entregó la nota y solicitó su consejo. Después de leerla, dijo que, si creía que se encontraba lo suficientemente bien para poderla celebrar, su opinión era que, para tranquilidad de ambas partes, debería celebrarla aquella misma tarde.

—Su afecto por vos es sin duda muy sincero —añadió el conde—, y da la impresión de estar desesperado, y vos, mi amable amiga, os encontráis tan mal que cuanto antes resolváis el asunto, mejor será.

En consecuencia, Emily contestó a Valancourt que le vería, y luchó por lograr la fortaleza y la compostura necesarias para soportar la escena que se aproximaba, ¡una escena tan profundamente distinta de cualquiera de las que había tenido que mantener!

VOLUMEN IV

Capítulo I

Es todo el consejo que nosotros dos hemos compartido,
las horas que hemos pasado,
mientras ahuyentábamos el
para separarnos. —¡Oh! ¿Todo se ha olvidado?
Y ¿rasgarás en dos nuestro antiguo amor?

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Por la tarde, cuando Emily fue informada por fin de que el conde De Villefort deseaba verla, supuso que Valancourt estaba abajo, y, tratando de asumir la compostura y dominar el ánimo, se levantó y salió de la habitación; pero, al llegar a la puerta de la biblioteca, donde se imaginaba que estaba, su emoción volvió con tal energía que regresó al vestíbulo, donde permaneció durante mucho tiempo, incapaz de dominar su agitación.

Cuando lo logró, encontró en la biblioteca a Valancourt, sentado con el conde, y ambos se pusieron en pie a su llegada; pero no se atrevió a mirar a Valancourt, y el conde, tras conducirla a una silla, se retiró de inmediato.

Emily permaneció con los ojos fijos en el suelo, con tal agitación en su corazón que no pudo hablar y respiraba con dificultad; Valancourt se sentó en una silla a su lado, y suspirando profundamente, continuó silencioso. Al levantar la mirada, pudo advertir las violentas emociones de que era presa. Por fin, con voz trémula, dijo:

—He solicitado verte para poder liberarme de la tortura de la inquietud que tu comportamiento me ha ocasionado, y que las indicaciones que acabo de recibir del conde explican en parte. Me doy cuenta de que tengo enemigos que envidian mi felicidad y que se han ocupado activamente en buscar la manera de destruirla. Me doy cuenta, también, de que el tiempo y la ausencia han debilitado el afecto que una vez sentiste por mí y que ahora puedes ser fácilmente conducida a olvidarme. —Sus últimas palabras fueron balbuceantes, y Emily, más incapaz de hablar que antes, continuó silenciosa—. ¡Oh, qué extraño encuentro! —exclamó Valancourt, levantándose y recorriendo la habitación con pasos presurosos—. ¡Qué encuentro

después de tan larga separación! —Se sentó de nuevo, y tras un momento de duda añadió en torno firme pero desesperado—: Es demasiado, ¡no puedo soportarlo! Emily, ¿no piensas hablarme?

Se cubrió el rostro con la mano, como para ocultar la emoción, y cogió la de Emily, que ella no retiró. No pudo contener sus lágrimas y cuando Valancourt levantó la mirada y comprobó que estaba llorando, recobró toda la ternura y cruzó por su mente un rayo de esperanza, ya que exclamó:

—¡Oh! ¡Sientes compasión por mí! ¡Entonces, me amas! ¡Si sigues siendo mi Emily, deja que esas lágrimas me lo hagan creer, que es eso lo que me dicen!

Emily hizo entonces un esfuerzo para recobrar la firmeza y se las secó rápidamente.

—Sí—dijo—, te tengo lástima, y lloro por ti, pero, ¿lo hago con afecto? Debes recordar que ayer por la tarde te dije que aún tenía confianza en tu candor para creer que cuando te pidiera una explicación a tus palabras, me la darías. Esa explicación ya no es necesaria, las entiendo demasiado bien; pero pruébame, al menos, que tu inocencia se merece la confianza que puse en ella, cuando te pregunté si eras consciente de ser el mismo Valancourt digno de estima al que amé en otro tiempo.

—¡En otro tiempo! —gritó él—. ¡El mismo! —Se detuvo lleno de emoción y añadió después con voz solemne y preocupado—: ¡No, no soy el mismo! ¡Estoy perdido, ya no soy digno de ti!

Volvió a ocultar el rostro. Emily estaba demasiado afectada por su confesión. para poder replicar inmediatamente, y mientras luchaba por superar los ruegos de su propio corazón, y actuar con la firmeza decisiva que era necesaria para su paz futura, se dio cuenta del peligro de confiar en su decisión en presencia de Valancourt, y deseó concluir una entrevista que torturaba a ambos. Sin embargo, cuando consideró que probablemente se trataba de su último encuentro, su fortaleza desapareció de inmediato y experimentó únicamente las emociones de la ternura y la compasión.

Valancourt, mientras tanto, perdido en el remordimiento y en el pesar, que no tenía poder o voluntad para expresar, siguió sentado casi insensible a la presencia de Emily, con el rostro aún oculto y la respiración agitada por suspiros profundos.

—Ahórrame la necesidad —dijo Emily, recobrando su fortaleza—, ahórrame la necesidad de mencionar los detalles de tu conducta que me obligan a romper nuestra relación para siempre. Debemos separamos, te veo ahora por última vez.

—¡Imposible! —exclamó Valancourt, despertando de su profundo silencio—. ¡No puedes pensar lo que dices! ¡No puedes alejarme de ti para siempre!

—¡Debemos separamos —repitió Emily, con énfasis—, y ha de ser para siempre! Tu conducta lo ha hecho necesario.

—Ha sido la decisión del conde —dijo en tono altivo—, no la tuya, y preguntaré con qué autoridad ha interferido entre nosotros.

Tras estas palabras se levantó y volvió a pasear por la habitación emocionado.

—He de sacarte de tu error —dijo Emily, igualmente agitada—, es una decisión mía, y, si reflexionas un momento sobre tu último comportamiento, te darás cuenta de que mi paz futura lo requiere.

—¡Tu paz futura requiere que nos separemos para siempre! —dijo Valancourt—. ¡Nunca pensé que pudiera oírte decir esas palabras!

—Y qué poco esperaba yo que fuera necesario que las dijera —prosiguió Emily, con la voz rota por la ternura, mientras brotaban de nuevo lágrimas en sus ojos—, ¡que tú, tú, Valancourt, hubieras podido perder mi estima!

Se quedó silencioso un momento, como vencido por la conciencia de que ya no merecía su estima, tanto como por la certeza de que la había perdido y entonces, con pesar apasionado, lamentó lo criminal de su último comportamiento y la miseria a la que le había llevado, hasta que, vencido por el recuerdo del pasado y por la convicción sobre su futuro, rompió a llorar y dejó escapar sollozos profundos y entrecortados.

Emily no pudo ser testigo indiferente del remordimiento que él había expresado y de la desesperación que sufría, y si no hubiera tenido presentes todos los detalles de los que le había informado el conde De Villefort y todo lo que le había dicho sobre el peligro de confiar en el arrepentimiento, formulado bajo la influencia de la pasión, tal vez habría confiado en las seguridades que le daba su propio corazón y habría olvidado su mal comportamiento en medio de la ternura que despertaba su arrepentimiento.

Valancourt regresó junto a la silla y dijo con voz calmada:

—Es cierto, ¡he perdido mi propia estima!, pero ¿podrías tú, Emily, renunciar tan pronto, tan inesperadamente, si no hubieras dejado de amarme o si tu conducta no estuviera dirigida por las decisiones, digamos... egoístas decisiones de otra persona? ¡En otro caso habrías estado dispuesta a confiar en mi reforma y no habrías podido soportar, apartándome de ti, abandonarme a la desesperación! —Emily sollozó con fuerza—. No, Emily, no, no lo habrías hecho, si siguieras amándome. Habrías encontrado tu propia felicidad en salvar la mía.

—Hay demasiadas probabilidades contra esa esperanza —dijo Emily— para que justifiquen el que confíe a ella la tranquilidad de toda mi vida. ¿No puedo yo preguntarme también si tú desearías que hiciera eso, si realmente me amaras?

—¡Amarte realmente! —exclamó Valancourt—, ¿es posible que puedas dudar de mi amor? Es razonable que lo hagas puesto que ves que estoy menos dispuesto a sufrir el horror de separarme de ti que el de envolverte en mi ruina. ¡Sí, Emily, estoy arruinado, irreparablemente arruinado, rodeado de deudas que nunca podré pagar!

La mirada de Valancourt, llena de agitación, se fijó en una expresión de absoluta desesperanza. Emily, que estaba animada a admirar su sinceridad, vio, con nueva

angustia, más razones para temer la violencia de sus sentimientos y la importancia de la miseria en la que podían envolverle. Pasados unos minutos, pareció batallar contra su dolor y luchar para lograr la fortaleza que necesitaba para concluir la entrevista.

—No prolongaré estos momentos —dijo— con una conversación que no puede conducir a ningún buen propósito. ¡Valancourt, adiós!

—¡No es posible que te marches! —dijo interrumpiéndola—, ¡no me dejarás así, no me abandonarás incluso antes de que pueda sugerir una posibilidad de compromiso entre el último acto de mi desesperación y la fortaleza de mi pérdida!

Emily se quedó aterrada por la dureza de su mirada y dijo con voz suave:

—Tú mismo has reconocido que es necesario que nos separemos; si deseas que crea que me amas, volverás a reconocerlo.

—¡Nunca, nunca —gritó—, no supe lo que decía! ¡Oh!, Emily, esto es demasiado, aunque no has sido engañada sobre mis faltas, lo has sido por esta exasperación contra ellas. El conde es una barrera entre nosotros, pero no lo seguirá siendo.

—Estás equivocado —dijo Emily—, el conde no es tu enemigo; por el contrario, es amigo mío y eso debería, en cierta medida, inducirte a creerle como tuyo.

—¡Amigo tuyo! —dijo Valancourt, con violencia—. ¿Desde cuándo es tu amigo para que te pueda ordenar tan fácilmente que olvides a la persona a quien amas? ¿Quién es él, que te recomienda que favorezcas a monsieur Du Pont, quien, como has dicho, te acompañó desde Italia y quien, como digo yo, me ha robado tu afecto? Pero no tengo derecho a preguntarte, tú eres señora de ti misma. ¡Tal vez Du Pont no tarde en triunfar sobre mi maltrecha fortuna!

Emily, más asustada que antes por la desviada mirada de Valancourt, dijo en un tono casi inaudible:

—¡Por amor de Dios, sé razonable, recompórtate! Monsieur Du Pont no es tu rival, ni el conde es su abogado. Tú no tienes rivales ni, excepto tú mismo, enemigos. Mi corazón está oprimido por la angustia que aumenta con tu conducta desesperada, que me muestra, más que nunca, que has dejado de ser el Valancourt al que amaba.

Él no contestó, sino que se sentó dejando caer los brazos sobre la mesa, tapándose el rostro con las manos, mientras Emily, de pie, silenciosa y temblando, luchaba consigo misma sin atreverse a dejarle en aquel estado de ánimo.

—¡Terrible desgracia! —exclamó él de pronto—. Nunca podré lamentar mis sufrimientos sin acusarme, no podré recordarte sin pensar en la locura y en el vicio que me han llevado a perderte. ¡Tuve que ir a París y ceder a los encantos que me han hecho despreciable para siempre! ¡Oh! ¿Por qué no podré mirar atrás, sin interrupción, a aquellos días de inocencia y de paz, los días de nuestro primer amor? —El recuerdo pareció conmover su corazón y el aliento de la desesperanza cedió a las lágrimas. Tras una larga pausa, se volvió hacia ella, y cogiendo su mano dijo con

voz suave—: Emily, ¿puedes soportar que nos separemos, puedes decidir renunciar a un corazón que, aunque ha errado, errado profundamente, no es irremediable en el error, y, como sabes muy bien, no podrá ser remediado del amor? —Emily no contestó salvo con sus lágrimas—. ¿Cómo puedes —continuó—, cómo puedes olvidar todos nuestros días de felicidad y de confianza, cuando no tenía un pensamiento que deseara ocultarte, cuando no tenía satisfacciones en las que no participaras?

—¡Oh!, no me obligues a recordar aquellos días —dijo Emily—, a menos que seas capaz de hacerme olvidar el presente. No es mi intención hacerte reproches, si lo hubiera sido, me habría ahorrado estas lágrimas, pero ¿por qué no soportas tus sufrimientos de hoy contrastándolos con tus anteriores virtudes?

—Esas virtudes —dijo Valancourt—, tal vez podrían ser mías de nuevo, si tu afecto, que las cuidaba, no hubiera cambiado, pero temo que ya no me amas. Aquellas horas felices que pasamos juntos intercederían por mí y no podrías recordarlas sin conmoverte. Sin embargo, ¿por qué debo torturarme con el recuerdo, por qué quedarme en él? ¿No estoy arruinado? ¿No sería locura complicarte en mis desgracias, incluso si tu corazón siguiera pensando en mí? No te molestaré más. No obstante, antes de marchar —añadió con voz solemne—, permíteme que te repita que, cualquiera que sea mi destino, sea lo que sea lo que deba sufrir, te amaré siempre, te amaré profundamente. ¡Me marcho, Emily, voy a dejarte, para siempre!

Al decir estas últimas palabras, le tembló la voz y se dejó caer de nuevo en la silla, de la que se había levantado. Emily no tenía fuerzas para abandonar la habitación o para decir adiós. Todas las impresiones de su conducta criminal y casi todas las de sus locuras habían cedido en su mente y sólo era sensible a la piedad y al dolor.

—He perdido toda mi fortaleza —dijo Valancourt finalmente—, ni siquiera puedo luchar para recuperarla. No puedo dejarte, no puedo darte un adiós eterno, dime, al menos, que me verás una vez más.

Emily se sintió animada en parte por su solicitud y trató de creer que no debía rehusarla. No obstante, se sintió inquieta al pensar que era una invitada en casa del conde, al que no le agradaría el regreso de Valancourt. Sin embargo, otras considera ciones se impusieron y accedió a su ruego con la condición de que no pensara en el conde como en un enemigo ni en Du Pont como un rival. Quedó con el corazón aligerado por ese pequeño respiro y casi perdió su anterior sentimiento de desgracia.

Emily se retiró a su habitación para reanimarse y hacer desaparecer los rastros de las lágrimas que despertarían las observaciones de censura de la condesa y su amiga, así como la curiosidad del resto de la familia. Comprobó que era imposible que se tranquilizara, porque no podía borrar de su recuerdo la entrevista con Valancourt, ni la conciencia de que habría de verle de nuevo por la mañana. Esa nueva entrevista le

parecía aún más terrible que la última, porque le había impresionado profundamente la ingenua confesión que había hecho de su mal comportamiento y su alterada actitud, con la ternura y la fuerza del afecto. A pesar de lo que había oído y creído en contra de él, comenzó a recuperar su estima por Valancourt. Una y otra vez le parecía imposible que pudiera ser culpable de las depravaciones que le imputaban, que, si no parecían ilógicas por su calor e impetuosidad, sí lo resultaban considerando su candor y su sensibilidad. Fueran cuales fueran las acusaciones de las que había sido informada, no podía creer que fueran totalmente ciertas, ni que su corazón estuviera definitivamente cerrado a los encantos de la virtud. La profunda conciencia que había sentido y con la que había expresado sus errores, parecía justificar su opinión, y, como no comprendía la inestabilidad de las decisiones de la juventud, cuando se oponen a los hábitos, y que las profesiones engañan con frecuencia a aquellos que lo hacen como a los que lo oyen, habría cedido a las persuasiones de su propio corazón y a las súplicas de Valancourt si no hubiera sido guiada por la superior prudencia del conde. Le hizo ver, bajo luz muy clara, el peligro de su situación, y que al escuchar las promesas de enmienda, hechas bajo la influencia de una fuerte pasión, despertara una esperanza que podría conducir a una relación cuya felicidad se apoyaría en un remedio de su situación de ruina y en la reforma de sus costumbres corrompidas. En este sentido, lamentó que Emily hubiera accedido a una segunda entrevista, porque vio en ello cómo podría afectar a su resolución y aumentar las dificultades de su conquista.

Su mente estaba tan ocupada por estos problemas que olvidó al ama de llaves y la prometida historia que había despertado su curiosidad, pero que Dorothée no estaba muy dispuesta a desvelar. Llegó la noche, pasaron las horas y no apreció en la habitación de Emily. Para ella fue una noche desesperada y desvelada. Cuanto más sufría con el recuerdo de su entrevista con Valancourt, más cedía su decisión y se veía obligada a repetirse todos los argumentos que le había ofrecido el conde para fortalecerla, y todos los preceptos que había recibido de su difunto padre, sobre el tema del autocontrol, para poder actuar con prudencia y dignidad en el momento más grave de su vida. Hubo instantes en que se vio abandonada por su fortaleza, y en los que, recordando su mutua confianza en otros tiempos, pensó que era imposible que pudiera renunciar a Valancourt. Entonces su reforma le parecía segura; los argumentos del conde De Villefort eran olvidados; creía en lo que deseaba y estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier mal antes que a una separación inmediata.

Así pasó la noche en continua batalla entre el afecto y la razón, y se levantó, por la mañana, con la mente debilitada e irresoluta, y con el cuerpo tembloroso por la enfermedad.

Capítulo II

Vamos, llora conmigo; —¡esperanza pasada,
remedio pasado, alivio pasado!

ROMEO Y JULIETA

Valancourt, mientras tanto, sufría la tortura del remordimiento y la desesperanza. Su encuentro con Emily había renovado todo el ardor con el que la amaba y que había pasado por un abandono temporal por su ausencia y los acontecimientos de su vida. Cuando al recibir su carta se puso en camino para el Languedoc, sabía que su propia locura le había envuelto en la ruina y no pretendía ocultárselo. Lamentó sólo el retraso que su mal comportamiento podría significar para su matrimonio, y no anticipó que la información pudiera inducirla a romper su relación para siempre. Con la posibilidad de esa separación dominando su mente, antes de perderse en reproches, esperó a la segunda entrevista en un estado de ausencia en el que se inclinaba a la esperanza de que sus súplicas pudieran prevalecer sobre sus intenciones. Por la mañana demandó información sobre la hora en que se verían, y su nota llegó cuando Emily estaba con el conde, que había buscado una oportunidad para hablar de nuevo con ella sobre Valancourt, ya que advirtió la extrema desesperación de su ánimo, y temió más que nunca que la abandonara su fortaleza. Una vez que Emily despachó al mensajero, el conde volvió al tema de su última conversación, repitiendo sus temores por la insistencia de Valancourt, y poniéndole de manifiesto la extensión de la desgracia en la que podía verse envuelta si rehusaba enfrentarse a la presente dificultad. Sus repetidos argumentos podrían realmente protegerla del afecto que seguía sintiendo por Valancourt, y decidió dejarse llevar por ellos.

Llegó finalmente la hora de la entrevista. Emily acudió intentando dominarse, pero Valancourt estaba tan alterado que no pudo hablar durante varios minutos, y sus primeras palabras alternaron entre las lamentaciones, los ruegos y los autorreproches. Después, dijo:

—Emily, te he amado, te amo, más que a mi vida; pero estoy arruinado por mi propio comportamiento. Sin embargo, busco complicarte en una relación que será tu desgracia en lugar de someterme al castigo, que merezco, de perderte. Estoy vencido, pero no seguiré siendo un villano. No trataré de cambiar tu decisión con los ruegos de una pasión egoísta. Renuncio a ti, Emily, y trataré de encontrar consuelo considerando que, aunque yo sea desgraciado, tú al menos puedes ser feliz. El mérito

del sacrificio no es mío, porque nunca habría tenido fuerza suficiente para renunciar a ti, si tu prudencia no me lo hubiera pedido.

Se detuvo un momento, mientras Emily intentaba ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos. Le habría gustado decir: «Hablas ahora como debías haberlo hecho», pero se contuvo.

—Perdóname, Emily —dijo—, todos los sufrimientos que te he ocasionado, y, alguna vez, cuando pienses en el desgraciado Valancourt, recuerda que su único consuelo será creer que ya no eres infeliz por sus locuras.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas y Valancourt se vio conmovido por la desesperanza, mientras Emily reunía toda su fortaleza para terminar la entrevista que sólo aumentaba la desesperación de ambos. Dándose cuenta de que lloraba y de que se ponía en pie para marcharse, Valancourt intentó, una vez más, sobreponerse a sus propios sentimientos y calmar los de ella.

—El recuerdo de estos pesares —dijo— serán mi protección en el futuro. ¡Oh!, nunca tendrá poder el ejemplo o la tentación para seducirme hacia el mal, exaltado como estaré por el recuerdo de tu sufrimiento por mí.

Emily se sintió confortada con esta afirmación.

—Nos separamos ahora para siempre —dijo—, pero, si mi felicidad es importante para ti, recordarás siempre que nada puede contribuir más a ella que el creer que has recobrado tu propia estima.

Valancourt cogió su mano; tenía los ojos cubiertos de lágrimas, y el adiós que había dicho se perdió en suspiros. Tras unos momentos, con dificultad y emoción, Emily dijo:

—Adiós, Valancourt, que seas feliz. —Repitió su adiós y trató de retirar la mano, pero él la seguía reteniendo y la bañó con lágrimas—. ¿Por qué prolongar estos momentos? —dijo Emily con voz casi inaudible—, son demasiado dolorosos para los dos.

—Es demasiado —exclamó Valancourt dejando escapar su mano y cayendo en la silla, donde se cubrió la cara con las manos y se vio sumido durante unos instantes en sollozos convulsivos. Tras una larga pausa, durante la cual Emily lloró en silencio, y Valancourt parecía luchar con su dolor, ella se levantó de nuevo para marcharse. Entonces, tratando de recobrar su compostura, dijo—: Te aflijo de nuevo, pero permite que la angustia que sufro suplique por mí. —Después añadió, en tono solemne, que temblaba con frecuencia por la agitación de su corazón—: Adiós, Emily, serás siempre el único objetivo de mi amor. A veces pensarás en el infeliz Valancourt y lo harás con piedad, aunque no puedas hacerlo con estima. ¡Oh! ¡Qué significa para mí el mundo entero sin ti, sin tu estima! —Se controló—. Vuelto a caer en el error que acabo de lamentar. No seguiré comprometiendo tu paciencia, o caeré en la desesperación.

Volvió a despedirse de Emily, llevó su mano a los labios, la miró por última vez y salió rápido de la habitación.

Emily permaneció en la silla en la que la había dejado, con el corazón tan oprimido que casi no podía respirar, escuchando los pasos que se alejaban, cada vez más débiles, mientras cruzaba el vestíbulo. Volvió a la realidad al oír la voz de la condesa en el jardín, y su atención se dirigió al primer objeto que tenía ante su vista, la silla vacía en la que había estado sentado Valancourt. Las lágrimas que había reprimido por la sorpresa de su marcha, acudieron para su consuelo y, finalmente, se encontró lo suficientemente reconfortada para regresar a su habitación.

Capítulo III

¡No hay asunto mortal, ni puro que la tierra adeude!

SHAKESPEARE

Regresemos ahora a Montoni, cuya ira y contrariedad no tardaron en perderse en intereses más próximos que los que la infeliz Emily había despertado. Sus depredaciones habían excedido los límites usuales y alcanzado unos límites que ni la timidez del Senado comercial de Venecia ni la esperanza de contar con su ayuda ocasional permitían ignorar, y se decidió que se debía suprimir su poder y corregir sus ultrajes. Mientras un grupo de gran importancia estaba a punto de recibir órdenes para salir desde Udolfo, un joven oficial inducido parcialmente por el resentimiento por alguna ofensa recibida de Montoni, y en parte por la esperanza de recibir alguna distinción, solicitó una entrevista con el ministro encargado de esos asuntos. Le informó que la situación de Udolfo hacía que fuera demasiado poderoso para ser tomado por la fuerza, excepto tras algunas operaciones tediosas; que Montoni había dado muestras de que era capaz de añadir a esa fortaleza todas las ventajas que se derivaban de su dominio del mando; que un cuerpo de armas tan considerable como el que se precisaría para la expedición no podría aproximarse a Udolfo sin que él se enterara, y que no sería de honor para la república dedicar una parte importante de sus fuerzas regulares tanto tiempo como requería el sitio de Udolfo. Pensó que el objetivo de la expedición podría ser alcanzado con mayor seguridad y rapidez mezclando ingenio con fuerza. Era posible encontrarse con Montoni y su grupo en el exterior de sus muros, y atacarlos entonces; o, aproximándose a la fortaleza en secreto, utilizando pequeñas partidas de tropas para servirse de la ventaja de la traición o de la negligencia de alguno de sus grupos, y correr inesperadamente al interior del castillo de Udolfo.

El consejo fue estudiado seriamente, y el oficial que lo dio recibió el mando de las tropas solicitadas para este propósito. Sus primeros esfuerzos se orientaron hacia el ingenio. Esperó en la vecindad de Udolfo hasta que se aseguró la ayuda de algunos *condottieri*, entre los que no encontró, al dirigirse a ellos, ninguno que no estuviera dispuesto a castigar a su imperioso amo y asegurarse con ello el perdón del Senado. Se informó también del número de las tropas de Montoni, que éste había aumentado considerablemente tras sus últimos triunfos. No tardó en concluir el plan. Tras regresar con su grupo, que había recibido la contraseña y otras ayudas de los amigos que había logrado en el interior Montoni y sus oficiales se vieron sorprendidos por

una división que había sido encaminada a sus habitaciones, mientras otra mantenía un ligero combate que precedió a la rendición de la guarnición completa. Entre las personas detenidas a la vez que Montoni estaba Orsino, el asesino, que se había unido a él a su llegada a Udolfo, y cuyo ocultamiento había sido dado a conocer al Senado por el conde Morano, tras el intento sin éxito de este último de llevarse a Emily. La expedición se había llevado a cabo en parte con el propósito de capturar a este hombre, que había asesinado a un miembro del Senado, y el éxito fue tan aceptable para ellos que Morano fue puesto de inmediato en libertad, a pesar de las sospechas políticas que había despertado Montoni contra él con su denuncia secreta. La celeridad y la facilidad con que se logró llevar a cabo toda la empresa impidieron atraer sobre ella la curiosidad e incluso que fuera mencionada en cualquiera de los informes publicados ' en aquel tiempo, por lo que Emily, que seguía en el Languedoc, ignoraba la derrota y la humillación de su antiguo perseguidor.

Su mente se veía afectada por los sufrimientos que ni siquiera el esfuerzo de la razón había sido aún capaz de controlar. El conde De Villefort, que intentaba ofrecerle sinceramente todo lo que pudiera confortarla, le permitía la soledad que en ocasiones deseaba, y en otras la hacía participar en fiestas de amigos, protegiéndola constantemente todo lo que podía de las preguntas y de las conversaciones críticas de la condesa. Con frecuencia la invitaba a hacer excursiones con él y con su hija, en las cuales conversaban sobre temas que le agradaban, sin aparentar que la consultaba, tratando así gradualmente de apartarla del tema de su dolor y de despertar otros intereses en su imaginación. Emily, para la que el conde parecía el amigo y protector de su juventud, no tardó en sentir por él el tierno afecto de una hija, y su corazón se consoló con su joven amiga Blanche como si se tratara de una hermana cuya ternura y sencillez la compensaban del deseo de cualidades más brillantes. Pasó largo tiempo antes de que pudiera abstraerse de pensar en Valancourt para escuchar la historia prometida por la vieja Dorothée, en la que su curiosidad había estado en otro momento tan profundamente interesada. Pero Dorothée se lo recordó finalmente y Emily le pidió que fuera aquella noche a su habitación.

Estaba sumida en pensamientos que debilitaban su curiosidad, cuando Dorothée llamó a la puerta poco después de las doce, y se sorprendió casi tanto como si no la hubiera citado.

—Al fin vengo, señora —dijo—, no sé por qué estoy temblando esta noche. Una o dos veces he pensado que debía dejarlo, según venía.

Emily la mandó sentar y le dijo que calmara su ánimo antes de iniciar la historia que la había llevado allí.

—Creo —dijo Dorothée— que es el pensar en ello lo que me preocupa. Además, en mi camino hacia aquí he pasado por la habitación en la que murió mi señora, y me sentía tan deprimida que casi me ha parecido verla como estaba en su lecho de

muerte.

Emily acercó su silla a la de Dorothée, que continuó:

—Hace ya unos veinte años que mi señora la marquesa vino recién casada al castillo. ¡Oh!, recuerdo muy bien su aspecto, cuando entró en el gran vestíbulo, donde todos los criados estábamos reunidos para recibirla, y lo feliz que parecía mi señor el marques. ¡Ah!, ¿quién podría haber pensado entonces...? Pero, como decía, mademoiselle, pensé que la marquesa, pese a la dulzura de su aspecto, no parecía muy feliz y así se lo dije a mi marido, y él me dijo que eran fantasías mías; así que no hablé nada más, pero hice mis conjeturas sobre ello. Mi señora la marquesa tenía entonces poco más o menos vuestra edad, y, como he pensado con frecuencia, era muy parecida a vos. ¡Bien!, mi señor el marques mantuvo abierta la casa durante mucho tiempo, y ofreció muchas fiestas y hubo mucha alegría, como no ha vuelto a haber en el castillo. Entonces, mademoiselle, yo era más joven que ahora y era tan alegre como la que más. Recuerdo que bailé con Philip, el mayordomo, con un traje rosa, con lazos amarillos, y una cofia, no como las que llevan ahora, sino colocada en lo alto, toda rodeada de lazos. Me sentaba muy bien; mi señor, el marqués, se fijó en mí. ¡Ah! ¡Era un hombre bondadoso entonces, quién podía pensar que él...!

—Pero la marquesa, Dorothée —dijo Emily—, me estabas hablando de ella.

—Sí, mi señora la marquesa... Pensé que no parecía muy feliz, y una vez, poco después del matrimonio, la pillé llorando en su habitación; pero, cuando me vio, se secó los ojos y pretendió sonreír. No me atreví entonces a preguntarle lo que le pasaba; pero, la segunda vez que la vi llorando, lo hice, y pareció desagradarle; así que no dije nada más. Descubrí algún tiempo después lo que sucedía. Parecía que su padre la había ordenado que se casara con mi señor, el marqués, por el dinero, y había otro noble u otro chevalier que le gustaba más y del que estaba orgullosa y sufría por haberle perdido, supongo, pero nunca me lo dijo. Mi señora trataba siempre de ocultar sus lágrimas al marqués, ya que la vi con frecuencia después de haber estado tan apenada, que aparentaba un aspecto dulce y calmado cuando entraba en la habitación. Pero el señor, de pronto se fue haciendo triste e irritable, y en ocasiones muy desagradable con mi señora. Aquello la afligía mucho, como podía ver, ya que nunca se quejó, y trataba dulcemente de calmarle y de hacer que se pusiera de buen humor, al extremo de partirme el corazón al verla. Pero él insistía en estar desagradable y en dar malas respuestas, y cuando ella comprobaba que todo era inútil se iba a su habitación y lloraba. ¡Solía oírla desde la antecámara, pobre querida señora! Pero rara vez me atreví a entrar. En ocasiones solía pensar que mi señor estaba celoso. Lo cierto es que mi señora era muy admirada, pero demasiado buena para merecer sospechas. Entre los muchos caballeros que visitaban el castillo, había uno que siempre pensé que se correspondía con mi señora. Era tan cortés, tan espiritual, y tenía tal elegancia en todo lo que decía o hacía, que observé que siempre

que él estaba aquí, el marqués estaba más sombrío y mi señora más pensativa, y se me vino a la cabeza que aquél era el chevalier con el que debía haberse casado, pero nunca pude estar segura de ello.

—¿Cómo se llamaba el chevalier, Dorothée? —preguntó Emily.

—Eso no lo diré ni siquiera a vos, mademoiselle, porque podría ocurrir algo malo. Una vez oí a una persona, que ya ha muerto, que la marquesa no era la esposa legítima del marqués, porque había estado casada anteriormente en secreto con un caballero al que apreciaba profundamente y que después tuvo miedo de decírselo a su padre, que era un hombre terrible; pero esto no parece posible y nunca le di mucho crédito. Como iba diciendo, el marqués estaba del peor humor, eso me parecía, cuando el chevalier del que hablo estaba en el castillo, y, por fin, su mal comportamiento con mi señora la hizo muy desgraciada. Impidió que vinieran visitas al castillo y la hizo vivir casi sola. Yo la atendía constantemente y vi todo lo que sufrió, pero siguió sin quejarse jamás.

Así siguieron las cosas durante casi un año, hasta que mi señora se puso enferma, y creo que fue a causa de sus largos sufrimientos, pero temo que era algo peor que eso.

—¿Peor, Dorothée? —dijo Emily—, ¿es eso posible?

—Me temo que sí, señora, sucedieron cosas extrañas. Pero sólo diré lo que ocurrió. Mi señor, el marqués...

—Silencio, Dorothée, ¿qué ruido es ése? —dijo Emily.

El rostro de Dorothée se alteró, y según escuchaban ambas, oyeron en la tranquilidad de la noche una música de una dulzura poco común.

—Estoy segura de haber oído antes esa voz —dijo Emily al cabo de un rato.

—Yo la he oído con frecuencia y a esta misma hora —dijo Dorothée, solemnemente—, y, si los espíritus traen alguna música, ¡es seguro que ésa es de uno de ellos!

Emily, al aproximarse los sonidos, reconoció que eran los mismos que había oído cuando murió su padre, y, ya fuera por el recuerdo que revivía aquel acontecimiento melancólico o porque se viera conmovida por la superstición, lo cierto es que se sintió muy afectada y estuvo a punto de perder el conocimiento.

—Creo que os dije una vez, señora —dijo Dorothée—, que la primera vez que oí esa música fue poco después de la muerte de mi señora. ¡Recuerdo muy bien aquella noche!

—¡Silencio! ¡Se oye de nuevo! —dijo Emily—. Abramos la ventana y escuchemos.

Así lo hicieron, pero, poco después, los sonidos se fueron alejando gradualmente en la distancia y todo volvió a quedar de nuevo en silencio; parecían haberse perdido entre los árboles, cuyas verdes copas eran visibles sobre el claro horizonte, mientras

el resto del paisaje estaba envuelto en las sombras de la noche, que, sin embargo, permitían distinguir el aspecto de algunos detalles del jardín.

Mientras Emily se apoyaba en la ventana con una mirada temerosa hacia la oscuridad y después al arco celestial sin nubes, iluminado sólo por las estrellas, Dorothée, en voz baja, prosiguió su narración.

—Como os decía, mademoiselle, recuerdo muy bien la primera vez que oí esa música: fue una noche poco después de la muerte de mi señora, en la que estuve levantada más tarde que de costumbre, y no sé por qué había estado pensando largo rato en mi pobre ama y en la triste escena de la que había sido testigo poco antes. El castillo estaba envuelto en el silencio y yo estaba en la habitación a cierta distancia del servicio, y esto, con los tristes pensamientos que había tenido, supongo, debilitaron mi ánimo. Me sentí muy sola y triste, y deseé oír algún ruido del castillo, porque, como sabéis, mademoiselle, cuando se oye a gente que se mueve se preocupa una menos de los propios temores. Pero todos los criados se habían ido a la cama y me quedé sentada, pensando y pensando, hasta que casi tuve miedo de mirar por la habitación y el rostro de mi señora se me vino a la imaginación, como lo había visto cuando se estaba muriendo, y una o dos veces pensé que lo tenía frente a mí, cuando ¡inesperadamente oí esa música tan dulce! Parecía que salía de mi ventana y nunca olvidaré lo que sentí. No tuve fuerzas para moverme de la silla, pero cuando creí que era la voz de mi señora, se me saltaron las lágrimas. La había oído cantar muchas veces cuando tocaba el laúd y cantaba tristes canciones sentada en su tocador. ¡Oh! ¡Llegaban al corazón! Escuchaba en la antecámara durante más de una hora y a veces tocaba con la ventana abierta, en tiempo de verano, hasta que oscurecía, y cuando acudía a cerrarla no parecía darse cuenta de la hora que era. Pero, como os decía, cuando oí esta música por primera vez, pensé que procedía de mi señora, y lo he vuelto a creer cuando la he oído de nuevo, lo que ha ocurrido algunas veces desde entonces. En ocasiones han pasado muchos meses, pero volvía.

—Es extraordinario —observó Emily— que nadie haya descubierto al músico.

—Si se hubiera tratado de alguien terrenal, hace mucho que se habría descubierto, pero ¿quién tiene valor para seguir a un espíritu, y si alguien lo tiene, de qué serviría? Porque los espíritus, vos lo sabéis, pueden adoptar cualquier forma, o no tener forma y estar aquí en un momento y al siguiente tal vez en un lugar muy distinto.

—Por favor, prosigue tu historia de la marquesa —dijo Emily—, e infórmame de cómo ocurrió.

—Lo haré, madame —dijo Dorothée—, pero ¿nos apartamos de la ventana?

—Este fresco me reanima —replicó Emily—, y me encanta oír el viento entre los árboles y mirar ese oscuro paisaje. Me estabas hablando de tu señor, el marqués, cuando la música nos interrumpió.

—Sí, madame, mi señor, el marqués, se fue haciendo cada vez más sombrío y mi

señora se puso cada vez peor, hasta que una noche estuvo muy enferma. Me llamaron, y cuando llegué al lado de su cama, me asusté al ver su rostro. ¡Había cambiado de tal modo! Me miró y me pidió que llamara de nuevo al marqués, porque no había acudido, y que le dijera que tenía algo particular que decirle. Por fin él vino, y pareció, de verdad, sentir verla como estaba, pero dijo muy poco. Mi señora le dijo que se sentía morir y que quería hablar con él a solas. Salí de la habitación, pero nunca olvidaré su mirada cuando lo hacía.

»Cuando regresé, me atreví a recordar a mi señor que había que mandar llamar al médico, porque suponía que lo había olvidado en medio de su dolor, pero mi señora dijo que era demasiado tarde; mi señor, en lugar de creer que era necesario, parecía no prestar mucha atención a su enfermedad, ¡hasta que se apoderaron de ella terribles dolores! ¡Oh, nunca olvidaré sus convulsiones! Mi señor envió entonces a un hombre con un caballo a buscar al doctor y paseó por la habitación y por todo el castillo con gran desesperación. Yo permanecí al lado de mi querida señora e hice lo que pude para calmar sus sufrimientos. Tuvo intervalos de tranquilidad, y en uno de ellos me pidió que volviera a llamar a mi señor; cuando vino, yo me disponía a marcharme, pero me pidió que no la dejara. ¡Oh! ¡Nunca olvidaré aquella escena, casi no puedo soportar el pensar ahora en ella! Mi señor estaba enloquecido al ver cómo mi señora se comportaba con tanta bondad y se esforzaba por consolarle al extremo de que si alguna vez la sospecha cruzó por su mente, tenía que convencerse de que estaba equivocado. Parecía oprimido por la idea de su comportamiento con ella y esto la afectó de tal manera que perdió el conocimiento.

»Hicimos salir a mi señor de la habitación. Se fue a la biblioteca y se tiró al suelo, y allí se quedó sin escuchar razón alguna de las que se le daban. Cuando mi señora se recobró, preguntó por él, pero poco después dijo que no podía contemplar su dolor y deseó que la dejáramos morir tranquilamente. Murió en mis brazos, mademoiselle, y se fue con la paz de un niño, porque toda la violencia de su enfermedad había pasado.

Dorothée se detuvo y lloró, y Emily con ella, porque se sintió muy afectada por la bondad de la fallecida marquesa y por la increíble paciencia con la que había soportado todo.

—Cuando llegó el médico —prosiguió Dorothée—, ya era demasiado tarde. Se sorprendió mucho al verla, porque poco después de su muerte se extendió sobre su rostro una negrura aterradora. Cuando despidió a las personas que había en la habitación, me hizo varias preguntas extrañas sobre la marquesa, particularmente referidas al modo en que había comenzado la enfermedad, y movía con frecuencia la cabeza ante mis respuestas, que parecían querer decir más de lo que realmente decían. Pero yo lo comprendí muy bien. Sin embargo, me guardé mis observaciones para mí misma, y sólo se las indiqué a mi marido, que me dijo que cuidara mi lengua. Con todo, algunos otros criados sospecharon lo mismo que yo y corrieron por la vecindad

informes muy raros sobre el asunto, pero nadie se atrevió a hacer nada más. Cuando mi señor supo que mi señora había muerto, se encerró en una habitación y no quiso ver a nadie salvo al médico, que solía quedarse con él a solas a veces hasta una hora, y después de aquello el doctor nunca habló de nuevo conmigo sobre mi señora. Cuando fue enterrada en la iglesia del convento, a poca distancia de aquí, si hubiera luna podríais ver las torres, mademoiselle, todos los vasallos de mi señor asistieron al funeral, y no hubo ojos que no estuvieran húmedos, porque había hecho muchas caridades con los pobres. Por lo que se refiere a mi señor, el marqués, nunca he visto a nadie tan melancólico como él estuvo desde entonces, y en ocasiones se mostraba tan violento que llegamos a pensar que había perdido el sentido. No estuvo mucho tiempo en el castillo, sino que se unió a su regimiento, y, poco después, todos los criados, excepto mi marido y yo, recibieron noticia de que debían marcharse, porque mi señor volvía a la guerra. No se le volvió a ver, porque no regresó al castillo, a pesar de ser un lugar tan hermoso, y nunca acabó las nuevas habitaciones que estaba construyendo en el lado oeste, que, realmente, han estado cerradas desde entonces hasta que vino mi señor el conde.

—La muerte de la marquesa parece algo extraordinario —dijo Emily, que estaba ansiosa por saber más de lo que se atrevía a preguntar.

—Sí, madame —replicó Dorothée—, fue extraordinaria; os he dicho todo lo que vi y podréis fácilmente suponer lo que pensé. No puedo deciros más porque no puedo difundir informaciones que pudieran ofender a mi señor el conde.

—Tienes razón —dijo Emily—. ¿Dónde murió el marqués?

—Creo que en el norte de Francia, mademoiselle —replicó Dorothée—. Me alegró mucho saber que venía mi señor el conde, porque esto ha sido un lugar desolado durante muchos años, y hemos oído ruidos tan raros a veces después de la muerte de mi señora, que, como os dije en otra ocasión, mi marido y yo nos trasladamos a una casa próxima. Os he contado esta triste historia y mis pensamientos, y me habéis prometido que no revelaréis nunca la más mínima información sobre ello.

—Así es —dijo Emily—, y seré fiel a mi promesa, Dorothée; lo que me has dicho me ha interesado más de lo que puedes imaginar. Sólo deseo convencerte para que me digas el nombre del chevalier que pensabas que era merecedor de la marquesa.

No obstante, Dorothée mantuvo su negativa, repitiendo entonces sus comentarios sobre el parecido de Emily con la difunta marquesa.

—Hay otro retrato de ella —añadió— colgado en una habitación de la zona que está cerrada. Fue pintado, según oí, antes de que se casara, y se parece a vos mucho más que la miniatura.

Cuando Emily expresó su profundo deseo de verlo, Dorothée replicó que no le agradaba entrar en aquellas habitaciones; pero Emily le recordó que el conde había

hablado hacía unos días de ordenar que fueran abiertas, y Dorothée pareció considerar que sería mejor para ella si entraba primero con Emily que de otro modo, y acabó prometiendo que le mostraría el retrato.

Era noche avanzada y Emily estaba demasiado afectada por la narración de lo que había ocurrido en aquellas habitaciones para desear visitarlas a aquella hora, pero le pidió a Dorothée que volviera a la noche siguiente, cuando no era probable que fueran vistas, y la llevara allí. Además de su deseo de examinar el retrato, sentía gran curiosidad por ver la habitación en la que había muerto la marquesa y que Dorothée le había dicho que permanecía con la cama y el mobiliario que había cuando fue retirado el cuerpo. Las emociones solemnes que la expectativa de contemplar aquella escena habían despertado, se movían al unísono con el tono de su mente deprimida por varias desilusiones. Las intenciones de ánimo aumentaban en vez de remover su depresión; pero tal vez cedió demasiado a su inclinación melancólica, e imprudentemente lamentó la desgracia, que ninguna de sus virtudes podría haberle enseñado a evitar, aunque ningún esfuerzo de la razón le permitía contemplar sin conmoverse la autodegradación de quien en otro tiempo había estimado y amado.

Dorothée prometió regresar a la noche siguiente con las llaves de las habitaciones, y, tras desear a Emily un buen descanso, se marchó. Emily continuó en la ventana, meditando sobre el melancólico destino de la marquesa y confiando que regresara la música. Pero la quietud de la noche siguió sin ser rota, excepto por el murmullo de los árboles, movidos por la brisa, y poco después por la campana distante del convento, dando la una. Se retiró de la ventana, y al sentarse al lado de la cama se dejó llevar por sueños melancólicos, a los que contribuía la soledad de la hora. La tranquilidad fue interrumpida de pronto, no por la música, sino por ruidos nada comunes, que parecían llegar de la habitación de al lado o de alguna del piso inferior. La terrible catástrofe que le había contado, junto con las circunstancias misteriosas que desde entonces habían ocurrido en el castillo, habían conmovido de tal modo su espíritu que se dejó llevar por un momento por la debilidad de la superstición. No obstante, los ruidos no se repitieron y se retiró a olvidar con el sueño la desastrosa historia que acababa de oír.

Capítulo IV

Ahora es el momento de la noche
en que todos los sepulcros abiertos en un bostezo,
cada uno deja a la vista su duende,
en el sendero del camino de la iglesia.

SHAKESPEARE

A la noche siguiente, alrededor de la misma hora que la anterior, Dorothée acudió a la habitación de Emily con las llaves del grupo de estancias que habían sido utilizadas particularmente por la difunta marquesa. Se extendían a lo largo del lado norte, formando parte del edificio viejo. Como la habitación de Emily estaba en el sur, tuvieron que cruzar gran parte del castillo, y por las habitaciones de varios miembros de la familia, cuya observación Dorothée estaba ansiosa por evitar, puesto que podrían despertar preguntas y levantar informaciones que habrían desagradado al conde. En consecuencia le pidió a Emily que esperara media hora antes de aventurarse en aquella dirección, y que debían estar seguras de que todos los criados se habían acostado. Era casi la una cuando el castillo se quedó en total silencio y Dorothée pensó que era prudente abandonar la habitación. Durante aquel tiempo su ánimo parecía profundamente afectado por el recuerdo de los pasados acontecimientos, y por la idea de entrar de nuevo en los lugares en los que habían ocurrido y que no había visitado durante tantos años. Emily también estaba afectada, pero sus sentimientos tenían menos de solemne y de temor. Salieron al fin del silencio que las reflexiones y la expectación les habían provocado y abandonaron la habitación. Al principio Dorothée llevaba la lámpara, pero su mano temblaba de tal modo por la inseguridad y la preocupación que Emily la tomó de sus manos y le ofreció su brazo para que apoyara sus débiles pasos.

Tuvieron que bajar por la gran escalera, y, tras cruzar una amplia parte del castillo, subir por otra que conducía al grupo de habitaciones al que se dirigían. Caminaron cautelosamente por el pasillo que rodeaba el gran vestíbulo al que daban las habitaciones del conde, la condesa y Blanche, y desde allí descendieron por la escalera principal y cruzaron el propio vestíbulo. Tras rebasar el de los criados, en el que los rescoldos de la leña seguían brillando en la chimenea, y donde la mesa de la cena estaba rodeada por sillas que obstruían su camino, llegaron al pie de la escalera trasera. Dorothée se detuvo, miró a su alrededor, y dijo:

—Escuchemos —dijo—, por si alguien está levantado. Mademoiselle, ¿oís alguna voz?

—Ninguna —dijo Emily—, evidentemente no hay nadie levantado en el castillo, aparte de nosotras.

—No, mademoiselle —dijo Dorothée—, pero nunca he estado aquí a esta hora y, por saber lo que sé, no puedo evitar mis temores.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Emily.

—¡Oh, mademoiselle, no tenemos tiempo para hablar! Vayamos. Esa puerta de la izquierda es una de las que debemos abrir.

Continuaron, y al llegar al final de la escalera, Dorothée metió la llave en la cerradura.

—¡Ah! —dijo mientras trataba de darle la vuelta—, han pasado tantos años que me temo que no cederá.

Emily tuvo más éxito y entraron en una habitación espaciosa y antigua.

—¡Por fin! —exclamó Dorothée al entrar—. La última vez que crucé esta puerta, ¡seguía aquí el cuerpo de mi señora!

Emily, asustada por el hecho y afectada por la oscuridad y por el aire solemne de la habitación, guardó silencio y pasaron a través de una serie de habitaciones, hasta que llegaron a una más espaciosa que las restantes y más rica en los restos de su desaparecida magnificencia.

—Descansemos aquí un momento —dijo Dorothée con voz desmayada—, la siguiente es la habitación en la que murió mi señora. Ésa es la puerta. ¡Ah, mademoiselle! ¿Por qué me convencisteis para que viniera?

Emily acercó uno de los enormes sillones con los que estaba amueblada la habitación y rogó a Dorothée que se sentara y tratara de recuperar el ánimo.

—¡La vista de este lugar me trae todos aquellos recuerdos a la mente! —dijo Dorothée—. ¡Parece que fue ayer cuando ocurrió aquel triste acontecimiento!

—¡Silencio! ¿Qué ruido es ése? —dijo Emily.

Dorothée, levantándose a medias del sillón, miró por la habitación, y ambas quedaron escuchando, pero todo permanecía tranquilo y la mujer volvió a hablar del tema de su dolor.

—Este salón, mademoiselle, era en tiempos de mi señora la mejor habitación del castillo y fue amueblado de acuerdo con su gusto: todo esto que casi no podéis ver al estar cubierto de polvo y con nuestra pequeña luz. ¡Cuántas veces he visto esta habitación toda iluminada en tiempos de mi señora! Todos estos muebles vinieron de París, y fueron construidos según la moda de algunos que hay en el Louvre, excepto esas enormes lámparas, que las trajeron de algún país extranjero, y esos ricos tapices. ¡Cómo se han desvanecido los colores desde que los vi por última vez!

—Según me ha parecido entender, fue hace veinte años —observó Emily.

—Más o menos —dijo Dorothée—, y bien pensado, todo ese tiempo que ha pasado desde entonces me parece que no es nada. Los tapices eran muy admirados,

cuentan la historia de algún libro famoso, o algo así, pero he olvidado el nombre.

Emily se levantó para examinar las figuras que mostraban, y descubrió, por versos escritos en lengua provenzal, bordados debajo de cada escena, que contaban historias de alguno de los más antiguos y celebrados romances.

Al sentirse más animada, Dorothée se levantó y abrió la puerta que conducía a la habitación de la desaparecida marquesa, y Emily entró en una enorme cámara, en cuyas paredes estaban colgados tapices de Arrás, y tan espaciosa que la lámpara que llevaban no la mostraba en toda su extensión. Dorothée, al entrar, se dejó caer en una silla, donde suspirando profundamente, casi no se atrevía a confiar en sí misma, porque la contemplación de la escena le afectaba profundamente. Pasó algún tiempo antes de que Emily percibiera a través de la oscuridad la cama en la que la marquesa había muerto. Al avanzar hacia un extremo de la habitación, descubrió el testero del palio de damasco verde oscuro, con los cortinajes cayendo hasta el suelo, como si se tratara de una tienda, recogidos a medias, y aparentemente como habían sido dejados veinte años antes. Sobre la cama había un panel o palio, de terciopelo negro, que caía hasta el suelo. Emily tembló al acercarse con la lámpara y contemplar las cortinas negras, esperando ver un rostro humano, y recordó de pronto el miedo que había pasado al descubrir a la moribunda madame Montoni en la cámara del torreón de Udolfo. Su ánimo vaciló y se volvía cuando Dorothée, que se había acercado, exclamó:

—¡Virgen Santa! ¡Me ha parecido ver a mi señora como aquella última vez!

Emily, asustada por su exclamación, volvió a mirar involuntariamente hacia las cortinas, pero vio únicamente la oscuridad del tejido, mientras Dorothée tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse y apoyarse en la cama al tiempo que derramaba lágrimas de consuelo.

—Aquí fue —dijo, tras llorar durante un rato— donde estuve sentada aquella noche terrible, sostuve la mano de mi señora, y oí sus últimas palabras y vi todos sus sufrimientos. ¡Aquí murió en mis brazos!

—No cedas ante esos dolorosos recuerdos —dijo Emily—, marchémonos. Muéstrame el retrato del que me hablaste, si no te afecta demasiado.

—Está colgado en el mirador —dijo Dorothée levantándose y dirigiéndose a una pequeña puerta que había cerca de la cabecera de la cama, que abrió, y Emily la siguió con la luz al vestidor de la difunta marquesa.

—Allí está, mademoiselle —dijo Dorothée, señalando el retrato de una dama—, ¡es ella misma!, como la vi cuando vino por primera vez al castillo. Veis, tiene toda vuestra juventud, y ¡qué pronto desapareció!

Mientras Dorothée hablaba, Emily examinaba atentamente el cuadro, que tenía un extraordinario parecido con la miniatura, aunque la expresión del rostro era en cierto modo diferente, pero pensó que mantenía la melancolía pensativa del retrato, que

caracterizaba tan profundamente la miniatura.

—Por favor, mademoiselle, colocaos al lado del cuadro para que pueda veros al mismo tiempo —dijo Dorothée, quien, cuando fue atendido su deseo, manifestó de nuevo el parecido. Emily también, según lo miraba, pensó que ella había visto en alguna parte a una persona muy parecida, aunque no podía recordar de quién se trataba.

En la habitación había muchos recuerdos de la desaparecida marquesa: una bata y varias prendas y vestidos reposaban en las sillas como si hubieran sido dejados unos momentos antes. En el suelo había unas zapatillas negras de satín, y, en el tocador, un par de guantes y un velo negro largo, que, al cogerlo Emily para examinarlo, comprobó que se deshacía en pedazos por el paso del tiempo.

—¡Ah! —dijo Dorothée, observando el velo—, la mano de mi señora lo dejó ahí, ¡nadie lo ha tocado desde entonces!

Emily, con un escalofrío, lo dejó de nuevo.

—Recuerdo muy bien cómo se lo quitaba —continuó—; fue la noche antes de su muerte, cuando regresó de un pequeño paseo que conseguí que diera por los jardines, y que pareció reanimarla. Le dije que tenía mejor aspecto, y recuerdo que me contestó con una lánguida sonrisa. Ni ella ni yo pensamos que iba a morir aquella noche.

Dorothée volvió a llorar y, cogiendo el velo, lo lanzó de pronto sobre Emily, que tembló al sentirse envuelta en él, cayéndole hasta los pies, y trató de quitárselo. Dorothée le pidió que lo tuviera puesto un momento.

—Pensé —añadió— que os pareceríais mucho a mi señora con ese velo. ¡Que vuestra vida, mademoiselle, sea más feliz que la suya!

Emily, tras haberse desprendido del velo, lo puso de nuevo en el tocador y registró la habitación, donde cada objeto en el que se posaba la mirada parecía hablar de la marquesa. En la amplia ventana del mirador, cerrada con una vidriera, había una mesa con un crucifijo de plata y un libro de oraciones que estaba abierto. Emily recordó con emoción que Dorothée había mencionado su costumbre de tocar el laúd junto a la ventana, antes de que descubriera el instrumento, apoyado en un extremo de la mesa, como si hubiera sido dejado cuidadosamente por la mano que con tanta frecuencia lo había tañido.

—¡Es un lugar muy triste! —dijo Dorothée—, porque cuando murió mi querida señora no tuve valor para poner todo en su sitio, lo mismo que en la alcoba; y mi señor nunca vino después de aquello a estas habitaciones, que quedaron como las había dejado mi señora cuando se la llevaron para enterrarla.

Mientras hablaba Dorothée, Emily seguía mirando el laúd, que era español, y de gran tamaño; y entonces, con mano temblorosa, lo cogió y pasó los dedos por sus cuerdas. Estaba desafinado, pero produjo un sonido lleno y profundo. Dorothée dio

un respingo al oír los acordes que conocía bien, y al ver el laúd en manos de Emily, dijo:

—¡Es el laúd que tanto agradaba a mi señora marquesa! Recuerdo cuando lo tocó por última vez: fue la noche en que murió. Vine como de costumbre para desvestirla, y al entrar en la alcoba me llegó el sonido de la música desde el mirador, y vi que era mi señora que estaba sentada aquí. Me acerqué sin hacer ruido hasta la puerta, que estaba un poco abierta, para escuchar. La música, aunque triste, sonaba muy dulce. Aquí la vi, con el laúd en su mano, mirando hacia el cielo y las lágrimas cayéndole por las mejillas, mientras cantaba un himno de vísperas, suave y solemne, y su voz temblaba como si lo fuera. Después se detuvo un momento, se secó las lágrimas y volvió a tocar más suave que antes. ¡Oh!, había oído muchas veces a mi señora, pero nunca algo tan tierno y conmovedor, casi me hizo llorar al oírla. Supuse que había estado rezando, porque el libro estaba abierto en la mesa a su lado, y, ¡ahí sigue como quedó! Por favor, salgamos de este cuarto, mademoiselle, ¡este lugar me parte el corazón!

Al regresar a la alcoba, manifestó su deseo de contemplar de nuevo la cama, donde, según se acercaban por el lado opuesto al de la puerta que conducía al salón, Emily, con la leve luz que arrojaba la lámpara, pensó que algo brillaba en la parte más oscura de la habitación. Si su ánimo no hubiera estado tan afectado por el ambiente que la rodeaba, o si aquella circunstancia, fuera real o imaginaria, no la hubiera afectado de tal manera, no se habría llegado a conmover tan profundamente. Sin embargo, trató de ocultar sus emociones a Dorothée, que, al observar el cambio que se había operado en su rostro, le preguntó si se encontraba enferma.

—Salgamos —dijo Emily, desfallecida—, el aire de esta habitación está muy cargado.

Pero cuando trató de hacerlo, al pensar que debía cruzar el cuarto en el que el fantasma de su miedo se le había aparecido, se incrementó su terror y demasiado conmovida para mantenerse en pie, se dejó caer al lado de la cama.

Dorothée, creyendo que sólo estaba afectada por la consideración de la catástrofe melancólica que había tenido lugar en aquel cuarto, trató de animarla, y después, al sentarse junto a ella en la cama, comenzó a relatar otros detalles del asunto sin darse cuenta de que podía aumentar la emoción de Emily, y sólo porque eran datos que consideraba muy interesantes.

—Un poco antes de la muerte de mi señora —dijo—, cuando disminuyeron los dolores, me mandó llamar y me tendió su mano. Yo me senté, aquí exactamente, donde la cortina cae sobre la cama. ¡Qué bien, recuerdo su mirada de entonces, en la que se adivinaba la muerte! Casi puedo verla ahora. Ahí está, mademoiselle, ¡su rostro asoma ahí sobre la almohada! El cortinaje negro no estaba entonces en la cama, fue puesto después de su muerte, y quedó depositada sobre él.

Emily se volvió para mirar las polvorientas cortinas, como si pudiera ver el rostro del que hablaba Dorothée. Sólo aparecían los bordes de la almohada por encima de la oscuridad del paño, pero sus ojos lo recorrieron y le pareció que se movía. Sin hablar, se agarró al brazo de Dorothée, que, sorprendida por su acción y por su mirada de terror, volvió la mirada de Emily hacia la cama, donde, al momento, también vio que se movía el paño ligeramente y caía de nuevo.

Emily trató de salir, pero Dorothée se mantuvo quieta con la vista fija en la cama, y, finalmente, dijo:

—Es el viento el que lo mueve, mademoiselle; hemos dejado todas las puertas abiertas, ved cómo hace oscilar la luz de la lámpara. Sólo es el viento.

Acababa de decir estas palabras cuando el paño se agitó más violentamente que antes; pero Emily, algo avergonzada por sus terrores, se acercó a la cama dispuesta a convencerse de que efectivamente había sido el viento el que había ocasionado su alarma, cuando, al asomarse entre las cortinas, el paño se movió de nuevo, y un momento después surgió por encima la aparición de un rostro humano.

Con gritos de terror, ambas corrieron, y salieron de la habitación tan rápido como se lo permitieron sus piernas temblorosas, dejando abiertas todas las puertas de las habitaciones que cruzaron en su huida. Cuando llegaron a la escalera, Dorothée abrió la puerta de una habitación en la que dormían algunas de las sirvientas y se dejó caer sin aliento en una cama. Emily, desprovista de toda presencia de ánimo, sólo hizo un débil intento de ocultar la causa de terror a las sorprendidas sirvientes; y aunque Dorothée, cuando pudo hablar, trató de reírse de su propio miedo, apoyada por Emily, no consiguieron convencer a las criadas, que se habían alarmado y que no estaban dispuestas a pasar lo que quedaba de la noche en una habitación tan próxima a aquellas habitaciones aterradoras.

Dorothée acompañó a Emily a su habitación, donde comentaron con frialdad los extraños acontecimientos que acababan de suceder. Emily habría dudado de sus propias percepciones si no hubiera sido porque las de Dorothée atestiguaban su realidad. Después de aludir a lo que había observado en aquella habitación, preguntó al ama de llaves si estaba segura de que no se había quedado abierta alguna puerta por la que alguna persona pudiera haber entrado secretamente en ella. Dorothée replicó que había guardado constantemente las llaves de las distintas puertas personalmente; que cuando había recorrido el castillo, como hacía con frecuencia para examinar si todo estaba en orden, había comprobado las puertas que siempre encontró cerradas y que, en consecuencia, era imposible que alguien hubiera podido entrar, y de haber sido así, era muy improbable que hubiera elegido para dormir un lugar tan frío y desolado.

Emily le indicó que tal vez su visita a aquellas habitaciones había sido espiada por alguien y que esa persona, por alguna razón, las había seguido con el propósito de

asustarlas, y que, mientras ellas estaban en el mirador, había aprovechado la oportunidad para esconderse en la cama.

Dorothée reconoció que era posible, hasta que recordó que, al entrar en el grupo de habitaciones, había echado la llave de la primera puerta para prevenir que su visita fuera advertida por algún miembro de la familia que pudiera pasar por allí, lo que excluía la posibilidad de que hubiera persona alguna en las habitaciones excepto ellas mismas. Insistió entonces en afirmar que el terrible rostro que habían visto no era humano, sino alguna espantosa aparición.

Emily se sintió profundamente afectada. Fuera o no una aparición lo que había visto, el hecho de la muerte de la marquesa era algo cierto de lo que no se podía dudar y aquella circunstancia incomprobable, que había tenido lugar en el mismo escenario de sus sufrimientos, afectó la imaginación de Emily con un acento supersticioso, ante el que no habría cedido, después de conocer las falacias de Udolfo, de haber ignorado la infeliz historia que le había sido relatada por el ama de llaves. Se ocupó entonces de insistir en que ocultaran lo sucedido aquella noche y en aclarar el terror que ya la había delatado, y que el conde no llegara a enterarse de ello, lo que despertaría alarma y confusión en su familia.

—El tiempo —añadió— explicará este asunto misterioso; mientras tanto debemos vigilar en silencio.

Dorothée accedió a ello, pero recordó que había dejado todas las puertas abiertas, y, al no tener coraje para regresar sola para cerrarlas, Emily, tras algunas dudas en las que consiguió dominar su miedo, se ofreció a acompañarla hasta el pie de la escalera y esperar allí a que Dorothée subiera, cuya resolución, animada por la compañía, le permitió ir, y salieron juntas de la habitación de Emily.

Ningún sonido alteró la tranquilidad mientras cruzaban vestíbulos y galerías, pero al llegar al pie de la escalera, Dorothée volvió a dudar. Tras detenerse un momento para escuchar, al no oír ruido alguno, comenzó a subir dejando abajo a Emily, y casi sin mirar al interior de la primera habitación, echó la llave a la puerta que aislaba todas las demás y volvió junto a Emily.

Al caminar por el pasadizo que conducía al vestíbulo principal oyeron unos lamentos, que parecían llegar del mismo vestíbulo, y se detuvieron de nuevo preocupadas para escuchar, cuando Emily distinguió la voz de Annette, a la que encontró cruzándolo con otra criada, y tan aterrorizada por el informe que habían difundido las otras, que, creyendo que el único lugar seguro era en el que se encontraba su señora, se dirigía a su habitación. Emily trató de reír y de forzarla a que desechara sus temores, pero todo fue en vano, y, por compasión ante su inquietud, consintió en que se quedara toda la noche con ella.

Capítulo V

¡Salve, grata y suave Soledad!
Compañera del sabio y del bueno.
El tuyo es el aliento reparador de la mañana,
igual que nace la rosa inclinada por el rocío.
Pero sobre todo, cuando la vista de la tarde decae,
y el tenue paisaje se desvanece.
El tuyo es declive dudoso, suave,
y la mejor hora de meditación, la tuya.

THOMSON

La prohibición de Emily a Annette ordenándole que mantuviera silencio en las razones de su miedo no tuvo éxito, y los acontecimientos de la noche anterior se extendieron con gran alarma entre los criados que afirmaban que muchas veces habían oído ruidos desconocidos en el castillo y no tardó en llegar al conde la noticia de que el lado norte estaba embrujado. Al principio se limitó a calificarlo de ridículo, pero, comprobando que estaba produciendo un mal grave por la confusión ocasionada entre el servicio, prohibió que se siguiera comentando bajo pena de castigo.

La llegada de un grupo de amigos alejó pronto de sus pensamientos la preocupación por el tema, y sus criados, poco temerosos de lo que pudiera suceder, sólo lo comentaban por las tardes después de la cena, cuando se reunían en su comedor y se contaban historias de fantasmas hasta que temían incluso mirar por la habitación en la que se encontraban, y se sobresaltaban por el eco de alguna puerta que se cerraba en un pasillo y se negaban a ir solos a cualquier parte del castillo.

En estas ocasiones, Annette destacaba por encima de los demás. Cuando contó no sólo todas las maravillas de las que había sido testigo, sino las que imaginó en el castillo de Udolfo, con la extraña desaparición de la signora Laurentini, causó gran impresión en las mentes de su atenta audiencia. También habría descubierto libremente todas sus sospechas relativas a Montoni, si Ludovico, que había entrado al servicio del conde, no hubiera controlado con prudencia su locuacidad siempre que surgía el tema.

Entre los visitantes al castillo estaba el barón de St. Foix, un viejo amigo del conde, y su hijo, el chevalier St. Foix, un joven sensible y amable, que, tras haber conocido el año anterior a Blanche en París, había pasado a ser su admirador declarado. La amistad que el conde mantenía desde hacía tiempo con su padre y la

igualdad en sus niveles sociales hizo que aprobara secretamente la conexión; pero, pensando que su hija era demasiado joven para elegir para toda la vida, y deseando comprobar la sinceridad y fortaleza del afecto del chevalier, rechazó su solicitud, aunque sin prohibir una futura esperanza. El joven venía con el barón, su padre, a reclamar el premio de su afecto mantenido, un reclamo que el conde admitió y que Blanche no rechazó.

Mientras estuvieron estos visitantes, el castillo se convirtió en escenario de alegrías y esplendor. El pabellón del bosque fue acondicionado y utilizado con frecuencia en los días claros como comedor, y las cenas concluían usualmente con conciertos en los que solían intervenir el conde y la condesa, que eran grandes intérpretes, y los chevalier Henri y St. Foix, con Blanche y Emily, cuyas voces y buen gusto compensaban el deseo de una interpretación más profesional. Algunos de los criados del conde tocaban las trompas y otros instrumentos, algunos de los cuales, colocados a poca distancia entre los árboles, producían una dulce respuesta a las armonías que procedían del pabellón.

En cualquier otro período de su vida aquellas fiestas habrían sido deliciosas para Emily, pero su ánimo se veía oprimido por una melancolía que comprendía que nada de lo que se llamaba entretenimiento tenía el poder de disipar y que en ocasiones aumentaban las melodías de aquellos conciertos, tiernas y con frecuencia patéticas, a un alto grado de pesadumbre.

Le gustaba especialmente pasear por los bosques que se extendían por un promontorio sobre el mar. Su aspecto exuberante suavizaba su mente pensativa, y, en algunas de esas visitas, que alcanzaban hasta el Mediterráneo, con sus playas en círculo y barcos navegando, la tranquila belleza se veía unida a lo grandioso. Los senderos eran irregulares y con frecuencia estaban llenos de vegetación, pero su propietario no deseaba transformarlos ni que se cortara una sola rama de aquellos árboles venerables. En una elevación, situada en la parte más oculta del bosque, había un asiento rústico, formado por un roble caído que había sido en otro tiempo un árbol noble y del que muchas ramas seguían floreciendo entre los pinos que cubrían el lugar. Bajo la umbría, la vista se recreaba en las copas de otros bosques, hasta el Mediterráneo, y, por la izquierda, a través de un claro, se veía una atalaya ruinosa, entre una roca cerca del mar, surgiendo entre el follaje.

Allí acudía Emily sola con frecuencia en el silencio de la tarde, y conmovida por el paisaje y por el leve murmullo que le llegaba de las olas, permanecía sentada hasta que la oscuridad la obligaba a regresar al castillo. También visitaba con frecuencia la atalaya, que dominaba todo el paisaje, y cuando se inclinaba sobre sus muros rotos y pensaba en Valancourt, no imaginaba que era real y que aquella torre había sido también su refugio, como ahora lo era suyo, en sus recorridos por la vecindad del castillo.

Una tarde permaneció hasta hora avanzada. Se había sentado en los escalones del edificio, contemplando con melancolía el efecto gradual de la tarde sobre todo el paisaje, hasta que las grises aguas del Mediterráneo y las masas boscosas fueron los únicos aspectos que seguían siendo visibles frente a ella. Según miraba alternativamente al suelo o al suave azul de los cielos, donde apareció la primera pálida estrella de la tarde, describió la hora con las siguientes líneas:

CANCIÓN DE LA HORA DE LA TARDE

En la última de las horas, que recorre el día que se desvanece,
camino por las regiones del aire del crepúsculo,
y oigo, remoto, el canto coral que decae
de las ninfas hermanas, que danzan alrededor de su carroza.

Entonces, según voy por la ilusión azul,
su esplendor parcial desde mi mirada atenta
se sume en la profundidad del espacio; mi único guía,
su empalidecido rayo, asomando en el cielo más lejano,

conserva esa dulce y amorosa melodía de horas más alegres,
cuya densidad prolonga mi voz en notas mortecinas,
mientras los mortales en la tierra verde poseen sus poderes,

cuando flota en el viento de la tarde.

Cuando por el oeste se oculta el último rayo del sol,
según se va cansado al mundo inferior,
y las cumbres de las montañas reciben el rayo púrpura,
y el océano tranquilo brilla cada vez más tenue,

sorprendo el silencio en la ancha sombra del globo,
y sobre su césped seco se derrama el fresco rocío,
y sobre la hierba enfebrecida y los nidos florecidos
vierten todas sus fragancias por el aire.

Vaya a donde vaya, reina un deleite tranquilo;
transmito por todo el paisaje oscuros matices,
que los montes agrestes y las montañas, extensas llanuras
y ciudades habitadas, mezclan en suave confusión.

Sobre el ancho mundo, mezo el aire refrescante,
alentando a través de los bosques y del valle sombrío,
en suaves murmullos, que enamoran la mente pensativa
de él, al que le gusta saludar mis pasos solitarios.

¡Me gusta oír su tierna dulzaina,
extendiendo su dulzura sobre algún riachuelo de la llanura,
o aplacando las olas del océano, cuando se acerca la tormenta,
o deslizándose en la brisa desde la colina lejana!

Despierto a los elfos, que esquivan la luz;
cuando, desde sus camas en los capullos, curiosean,
y espían mi pálida estrella, que conduce la noche,
delante de sus juegos y brincan de gozo.

Envían al aire todas las fragancias prisioneras,
que dormitan con ellos en el seno de las flores;
después a las playas y arroyos a la luz de la luna, las restituyen,
hasta que las altas alondras entonan su canción de la mañana.

Las ninfas del bosque saludan mis arias y moderada sombra,
con cantinelas suaves y danzas ligeras y retozonas,
en la margen del río de algún cla ro frondoso,
y rocían sus frescos capullos al acercarse mis pasos.

Pero paso rauda, y recorro regiones distantes,
ya que los rayos plateados de la luna cubren todo el este,
y el último vestigio rojizo del día desaparece rápido;
por la pendiente del oeste escapo de la mortaja de medianoche.

La luna se elevaba por encima del mar. Contempló su avance gradual, la línea extendida y radiante que lanzaba sobre las aguas, el salpicar de los remos, los barcos ligeramente plateados, y las copas de los árboles y los muros de la atalaya, a cuyo pie se había sentado, teñidos por los rayos. El ánimo de Emily armonizaba con la escena. Según meditaba, le llegaron unos sonidos en el aire que reconoció de inmediato como la voz y la música que había oído anteriormente a medianoche, y la emoción que sintió se mezclaba con el temor al considerar su situación remota y solitaria. Los sonidos se acercaron. Se habría levantado para abandonar el lugar, pero parecían proceder del camino que tenía que tomar para dirigirse al castillo y se quedó esperando los acontecimientos con expectación temblorosa; continuaron acercándose durante algún tiempo y después cesaron. Emily se quedó escuchando, tratando de ver en la oscuridad e incapaz de moverse, cuando vio una figura que emergía de la sombra del bosque pasar por la ribera a poca distancia, por delante de ella, y su espíritu se vio tan conmovido que no pudo distinguirlo.

Tras abandonar el lugar con la decisión de no volver nunca a visitarlo sola a hora tan avanzada, se aproximó al castillo. Oyó voces que la llamaban desde una parte del bosque que estaba más cerca del mismo. Eran los gritos de los criados del conde, que había enviado a buscarla, y, cuando entró en el comedor, en el que estaba sentado con Henri y Blanche, le dirigió una mirada de reproche, que la hizo enrojecer porque la merecía. Lo sucedido la impresionó profundamente y, cuando se retiró a su habitación, recordó las extrañas circunstancias de las que había sido testigo unas noches antes y casi no tuvo coraje para quedarse sola. Se mantuvo despierta hasta muy tarde, pero al no presentarse ruido alguno que renovara sus temores, consiguió, finalmente, hundirse en el descanso. Pero no fue por mucho tiempo, porque le despertó un ruido fuerte y desconocido que parecía proceder del pasillo con el que comunicaba su habitación. Oyó claramente unos gemidos, e inmediatamente después, un peso muerto que caía contra la puerta con tal violencia que parecía que iba a abrirla. Gritó preguntando quién era, pero no recibió contestación, aunque, a intervalos, le pareció que oía algo como un lamento en tono muy bajo. El miedo la privó del poder de movimiento. Poco después oyó pasos en un extremo del pasillo, y, según se acercaban, gritó más fuerte que antes, hasta que se detuvieron ante su puerta. Distinguió entonces las voces de varios de los criados, que parecían demasiado ocupados por algo que sucedía fuera para atender sus llamadas; pero Annette entró al momento en la habitación en busca de agua. Emily supo que una de las criadas se

había desmayado, por lo que manifestó inmediatamente su deseo de que la pasaran a su habitación, donde la ayudó a recobrarse. Cuando la muchacha recuperó el habla, afirmó que según pasaba por la escalera trasera, camino de su habitación, había visto una aparición en el rellano superior. Llevaba la lámpara baja, ya que había varios escalones rotos, y al levantar la vista, vio la aparición. Se mantuvo en un esquinazo del rellano, al que ella se dirigía, y después, escurriéndose por las escaleras, desapareció por la puerta de una habitación que estaba abierta, y después oyó un extraño sonido.

—Eso quiere decir que el demonio tiene una llave —dijo Dorothée—, porque no puede tratarse de nadie que no sea él. ¡Yo misma eché la llave a esa puerta!

La muchacha, corriendo por las escaleras y cruzando hacia la principal, había llegado hasta el pasillo, donde cayó gimiendo ante la puerta de Emily.

Reprimiéndola suavemente por la alarma que había despertado, Emily trató de que se avergonzara de sus temores, pero la muchacha insistía en que había visto una aparición, hasta que fue llevada a su cuarto, acompañada por todas las criadas presentes, excepto por Dorothée, quien, a petición de Emily, permaneció con ella durante la noche. Emily estaba perpleja y Dorothée aterrorizada y comentando cosas que habían sucedido en otros tiempos, que desde hacía años confirmaron sus supersticiones. Entre ellas, conforme a su creencia, había sido testigo una vez de una aparición como la que acababa de describir, y en el mismo lugar. Fue su recuerdo lo que la hizo detenerse cuando iba a subir las escaleras con Emily, y lo que la habían hecho dudar antes de abrir las habitaciones del lado norte. Cualesquiera que fueran las opiniones de Emily, no las dejó traslucir, pero escuchó atentamente todo lo que decía Dorothée, lo que le ocasionó profundas consideraciones y perplejidad.

Desde aquella noche el terror de los criados aumentó de tal modo que algunos de ellos decidieron abandonar el castillo y solicitaron al conde ser relevados. Si el conde tuvo alguna fe en el tema de su preocupación, consideró más propio desmentirla, y deseoso de evitar los inconvenientes que le amenazaban, lo consideró primero ridículo, y después argumentó para convencerles de que no tenían nada que temer de carácter sobrenatural. Pero el miedo había hecho que sus mentes fueran inaccesibles a la razón. Ludovico dio pruebas una vez más de su coraje y de su gratitud por las amabilidades que había recibido del conde y se ofreció a vigilar durante la noche las habitaciones que se consideraban embrujadas. Dijo que no temía a los espíritus y que si alguna forma humana aparecía, demostraría que las temía aún menos.

El conde accedió a su oferta, mientras los criados, al enterarse, se miraron unos a otros llenos de duda y sorpresa, y Annette, aterrorizada por la seguridad de Ludovico, trató con ruegos y lágrimas de disuadirle de su propósito.

—Eres un tipo extraño —dijo el conde, sonriendo—, piensa bien lo que te puedes encontrar antes de decidirte a ello. No obstante, si te mantienes en tu decisión,

aceptaré tu oferta y tu intrepidez será premiada.

—No deseo premios, su *excellenza* —replicó Ludovico—, sino vuestra aprobación. Vuestra *excellenza* ya ha sido suficientemente bueno conmigo; pero deseo tener armas, para igualar a mi enemigo, en caso de que aparezca.

—Tu espada no te podrá defender contra un fantasma —replicó el conde, echando una mirada irónica a los otros criados—, ni los barrotes o los cerrojos; porque los espíritus, como sabes, pueden escurrirse a través de las cerraduras tan fácilmente como por una puerta.

—Dadme una espada, mi señor —dijo Ludovico—, y haré caer a todos los espíritus que me ataquen en un mar rojo.

—Bien —dijo el conde—, tendrás una espada y también ánimos, y tus bravos compañeros tal vez coraje suficiente para permanecer otra noche en el castillo, al menos hoy en que toda la malicia del espectro se concentra en ti.

La curiosidad alternó con el miedo en la imaginación de varios criados que decidieron esperar a que Ludovico realizara su hazaña.

Emily se sorprendió y se preocupó cuando se enteró de sus intenciones, y se sintió inclinada a mencionar lo que había contemplado en las habitaciones del lado norte, porque no podía liberarse de los temores por la seguridad de Ludovico, aunque su razón le decía que todo era absurdo. Sin embargo, la necesidad de ocultar el secreto que le había sido confiado por Dorothée y que hubiera obligado a mencionar que habían visitado secretamente aquella zona, le obligó a mantenerse en silencio, y trató únicamente de calmar a Annette, que estaba convencida de que Ludovico sería destruido y que se vio menos afectada por los esfuerzos consolatorios de Emily que por el comportamiento de Dorothée, que, cada vez que se mencionaba el nombre de Ludovico, suspiraba y elevaba los ojos al cielo.

Capítulo VI

¡Vosotros. dioses de lo seguro y del sue ño profundo!,
cuyo suave dominio rige sobre este castillo,
y sitúa a su alrededor todo su amplio silencio,
perdonadme, si mi pluma temblorosa expone
lo que nunca antes fue cantado en baladas mortales.

THOMSON

El conde dio órdenes para que se abrieran las habitaciones del lado norte y fueran preparadas para recibir a Ludovico; pero Dorothée, recordando lo que había visto últimamente, temió obedecer, y ninguno de los otros criados se atrevió a aventurarse hasta allí, por lo que siguieron cerradas hasta el momento en que Ludovico tuvo que retirarse para pasar la noche, momento que todo el servicio esperaba con impaciencia.

Después de la cena, Ludovico, por orden del conde, se reunió con él en su cuarto, donde estuvieron solos casi media hora. Al marcharse, su señor le entregó una espada.

—Ha sido utilizada en peleas mortales —dijo el conde jocosamente—, tú la usarás honorablemente, sin duda, en una espiritual. Mañana quiero que me digas que no queda ni un solo fantasma en el castillo.

Ludovico la recibió con una respetuosa inclinación.

—Seréis obedecido, mi señor —dijo—, lograré que ningún espectro altere la paz de este castillo después de esta noche.

Regresaron entonces al comedor, en donde los invitados del conde les esperaban para acompañarles, y también a Ludovico, hasta la puerta de las habitaciones del lado norte, y Dorothée, a quien habían pedido las llaves, se las entregó a Ludovico, que abrió el camino, seguido por la mayoría de los habitantes del castillo. Al llegar a la escalera trasera, varios de los criados se detuvieron y se negaron a seguir avanzando, pero el resto continuó hasta el último rellano, que por su amplitud permitió que todos lo rodearan mientras metía la llave en la cerradura, lo que contemplaron con enorme curiosidad como si estuviera realizando algún rito mágico.

Ludovico, que no estaba acostumbrado a la cerradura, no podía dar vuelta a la llave. y Dorothée, que se había quedado atrás, fue llamada y su mano abrió la puerta lentamente. Tras echar una mirada a la habitación polvorienta, tuvo un escalofrío y se echó hacia atrás. Ante esta señal de alarma, gran parte del grupo corrió escaleras abajo, y el conde, Henri y Ludovico se quedaron solos para continuar su marcha,

entrando inmediatamente en la habitación. Ludovico, con la espada desnuda, que acababa de sacar de la vaina, el conde con la lámpara y Henri con un cesto con algunas provisiones para el valeroso aventurero.

Después de mirar por la primera habitación, en la que nada parecía justificar la alarma, pasaron a la segunda y, al encontrarse todo tranquilo, prosiguieron a la tercera con paso más decidido. El conde tuvo entonces ánimo para sonreír tras la alteración que había sufrido por la reacción de los demás y le preguntó a Ludovico en qué habitación pasaría la noche.

—Hay varias habitaciones después de ésta, su *excellenza* —dijo Ludovico señalando una puerta—, y en una de ellas hay una cama, según dicen. Allí pasaré la noche, y cuando me canse de vigilar podré echarme un poco.

—Excelente —dijo el conde—; sigamos. Como ves, aquí no hay nada, sino paredes sucias y muebles viejos. He estado tan ocupado desde que llegué al castillo que es la primera vez que las veo. Recuerda decir mañana al ama de llaves que abra estas ventanas. Las cortinas de damasco están hechas pedazos. Haré que las quiten y que se lleven estos muebles viejos.

—¡Señor! —dijo Henri—, aquí hay una butaca tan llena de polvo que más que otra cosa recuerda las que hay en el Louvre.

—Sí —dijo el conde, deteniéndose un momento para contemplarla—, hay una larga historia relativa a este sillón, pero no tengo tiempo ahora de contarla. Prosigamos. Son más habitaciones de las que pensaba, y han pasado muchos años desde que las vi por primera vez. Pero ¿dónde está la alcoba de la que hablabas, Ludovico? Éstas sólo son antecámaras del gran salón. Las recuerdo cuando estaban en todo su esplendor.

—La cama, mi señor —replicó Ludovico—, según me dijeron, está en una habitación después del salón, y en ella concluye todo.

—¡Oh!, éste es el salón —dijo el conde, según entraban en una habitación muy espaciosa, en la que Emily y Dorothée habían descansado. Estuvo un momento contemplando las reliquias de una grandeza pasada, la tapicería suntuosa; los sofás largos y bajos de terciopelo, con los bastidores picados y sucios; el suelo cubierto con pequeños cuadritos de mármol, en cuyo centro había una rica alfombra; las ventanas con vidrieras, y los espejos venecianos, de un tamaño y una calidad que no correspondía a los que se hacían en aquel tiempo en Francia, que reflejaban, por todos lados, la enorme habitación. Habían reflejado también anteriormente escenas alegres y brillantes, ya que había sido la habitación principal del castillo y allí se habían celebrado las reuniones de la marquesa que formaron parte de sus festividades nupciales. Si el arte de un mago hubiera podido reconstruir aquellos grupos desaparecidos, muchos de ellos incluso de la tierra, que en alguna ocasión cruzaron ante los brillantes espejos, ¡qué cuadro tan variado y contrastado habrían exhibido

con el presente! Ahora, en lugar de las luces brillantes y de los grupos espléndidos y entretenidos, reflejaban únicamente los rayos de luz de una triste lámpara, que sostenía el conde y que con dificultad mostraba las tres solitarias figuras que continuaban recorriendo la habitación, y las paredes llenas de polvo que las rodeaba.

—¡Ah! —dijo el conde a Henri, despertando de su sueño—, ¡cómo ha cambiado todo desde que lo vi por última vez! Entonces era joven y la marquesa vivía sus mejores años; había aquí otras muchas personas, también, que ya no están en este mundo. Ahí estaba la orquesta; aquí nos movíamos en grupos, las paredes hacían eco de la danza.

Ahora sólo devuelven una débil voz e incluso, ¡no será oída por mucho tiempo! Hijo mío, recuerda que yo también fui joven como tú y que deberás morir como los que te han precedido, como aquellos que cantaban y bailaban en esta habitación en otro tiempo alegre, olvidando que los años están hechos de momentos y que cada paso que daban les conducía más cerca de la tumba. Pero estas consideraciones son inútiles, casi diría criminales, a menos que nos enseñen a preparaos para la eternidad, puesto que, de otro modo, nublarán nuestra felicidad presente, sin guiaos hacia la futura. Pero dejemos esto, sigamos.

Ludovico abrió la puerta de la alcoba, y el conde, al entrar, se estremeció con la apariencia funeraria que se desprendía de su oscuridad. Se acercó a la cama con emoción solemne, y al comprobar que estaba cubierta con un paño mortuorio negro de terciopelo, se detuvo:

—¿Qué es esto? —dijo contemplándolo.

—He oído, mi señor —dijo Ludovico acercándose y mirando las cortinas—, que la señora marquesa De Villeroi murió en esta habitación y permaneció aquí hasta que fue sacada para ser enterrada, lo que puede explicar, signor, la presencia de este paño.

El conde no replicó, y se quedó unos momentos sumergido en sus pensamientos, evidentemente, muy afectado. Entonces, volviéndose a Ludovico le preguntó en tono muy serio si pensaba que su coraje le permitiría permanecer allí toda la noche.

—Si lo dudas —añadió el conde—, no te avergüences de decirlo. Te liberaré de tu compromiso sin exponerte a las burlas de tus compañeros.

Ludovico hizo una pausa; el orgullo, y algo parecido al miedo, parecían debatirse en su pecho; sin embargo, el orgullo alcanzó la victoria; se puso colorado y cesó en sus dudas.

—No, mi señor —dijo—, seguiré adelante con lo que he empezado y os agradezco vuestra consideración. Encenderé fuego en esa chimenea y con los buenos ánimos que obtendré de esa cesta, no dudo que saldré adelante.

—Que así sea —dijo el conde—, pero ¿cómo superarás el tedio de la noche si no vas a dormir?

—Cuando esté cansado, mi señor —replicó Ludovico—, no tendré miedo de

dormirme. Mientras, tengo un libro que me servirá de entretenimiento.

—Bien —dijo el conde—, espero que nada te moleste, pero si algo serio te preocupa durante la noche, acude a mi habitación. Tengo demasiada confianza en tu buen sentido y en tu coraje para creer que puedas asustarte sin motivo o conmoverte por la tristeza de esta habitación, o por su situación alejada, para que puedas llenarte de terrores imaginarios. Mañana te daré las gracias por un servicio importante. Estas habitaciones serán abiertas y el servicio se convencerá de su error. Buenas noches, Ludovico, ven a verme por la mañana temprano y recuerda lo último que te he dicho.

—Lo haré, mi señor. Buenas noches a vuestra *excellenza,* permitidme que os acompañe con la luz.

Iluminó el camino del conde y Henri a través de las habitaciones hasta la puerta exterior. En el rellano de la escalera había una lámpara abandonada por uno de los criados asustados, y Henri, tras cogerla, volvió a desear buenas noches a Ludovico, quien, después de haber correspondido respetuosamente al deseo, cerró la puerta tras ellos y echó la llave. Al regresar a la alcoba examinó las habitaciones por las que pasaba con más minuciosidad que lo había hecho antes, porque pensó que alguna persona pudiera haberse escondido en ellas con el propósito de asustarle. Sin embargo, no había nadie salvo él en las distintas cámaras, y tras dejar abiertas las puertas de todas por las que pasaba, regresó al gran salón, cuyo silencio y tamaño le impresionaron. Se quedó durante un rato mirando hacia atrás la serie de habitaciones que había recorrido, y se asustó al volverse, al descubrir una luz y su propia figura reflejada en uno de los grandes espejos. Otros objetos se veían oscuramente en su superficie, pero no se detuvo a examinarlos y entró rápido en la alcoba. Al ver la puerta del mirador, la abrió. Todo estaba tranquilo en el interior. Miró a su alrededor y recorrió con la mirada el retrato de la fallecida marquesa con gran atención y alguna sorpresa, y tras revisar el vestidor, regresó a la alcoba. Encendió la chimenea y la luz brillante de la misma reanimó su espíritu, que había empezado a decaer ante la tristeza y el silencio del lugar, interrumpido a intervalos por los golpes de viento. Abrió una pequeña mesa y una silla cerca del fuego, cogió una botella de vino y algunas provisiones del cesto y se entretuvo comiendo. Cuando terminó el refrigerio dejó la espada sobre la mesa y, al no estar dispuesto para dormir, sacó del bolsillo el libro del que había hablado. Era un volumen de viejos cuentos provenzales. Después de remover el fuego, avivó la lámpara y acercó la silla a la chimenea, comenzando a leer, y su atención se vio pronto sumergida en las escenas del libro.

Mientras tanto, el conde había regresado al comedor, al que se había retirado el grupo de amigos desde los cuartos del lado norte, tras el grito de Dorothée, y estaban entretenidos con preguntas sobre las habitaciones. El conde reprendió a sus invitados por su precipitada retirada y por su inclinación a las supersticiones y atendió sus preguntas. Trataron de si el espíritu, después de abandonar el cuerpo, puede volver a

la tierra y si era posible que esos espíritus fueran visibles a los sentidos. El barón opinaba que lo primero era probable y lo último posible, y trató de justificar su punto de vista con citas de autoridades respetables, antiguas y modernas. Por el contrario, el conde estaba decididamente en contra de él y mantuvieron una larga conversación, en la que los argumentos de costumbre sobre el tema fueron manifestados por ambas partes y discutidas con candor pero sin lograr que cada una de ellas convergiera en la opinión de su oponente. El efecto de aquella conversación en el auditorio fue variada. Aunque el conde superó al barón por lo que se refiere a los argumentos, tuvo muchos menos seguidores; porque la tendencia, tan natural en la mente humana, a todo lo que permite distender sus facultades con lo maravilloso y lo asombroso, inclinó a la mayoría del lado del barón; y, pese a que muchas de las proposiciones del conde no podían ser rechazadas, sus oponentes se inclinaban a creer que era consecuencia de su propio deseo de conocimiento.

Blanche estaba pálida y atenta, hasta que una mirada de su padre ridiculizándola, la hizo enrojecer y trató de superar los cuentos supersticiosos que le habían contado en el convento. Emily había escuchado con profunda atención la discusión de lo que para ella era un tema muy interesante y, recordando la aparición que había visto en la alcoba de la difunta marquesa, sintió escalofríos en varias ocasiones. Varias veces estuvo a punto de comentarlo, pero se detuvo ante el temor de preocupar al conde y de exponerse al ridículo, y, en ansiosa expectación por el resultado de la intrepidez de Ludovico, decidió que su silencio futuro tenía que depender de ello.

Cuando el grupo se separó para pasar la noche y el conde se retiró a su cuarto, el recuerdo del aspecto desolado que había visto en su propia casa le afectó profundamente, pero fue despertado de su sueño y de su silencio.

—¿Qué música es esa? —dijo de pronto a su mayordomo—, ¿quién toca a estas horas?

El hombre no contestó, y el conde continuó escuchando, añadiendo después:

—No es un músico cualquiera; toca el instrumento con mano delicada. ¿De quién se trata, Pierre?

—Señor —dijo el hombre, dudando.

—¿Quién está tocando ese instrumento? —repitió el conde.

—¿Entonces es que su señoría no lo sabe? —dijo el criado.

—¿Qué quieres decir? —dijo el conde algo inquieto.

—Nada mi señor, no quiero decir nada —prosiguió el hombre en tono sumiso—, sólo..., que esa música..., se oye con frecuencia en el castillo a medianoche y pensé que su señoría la habría oído antes.

—¡Que se oye música en el castillo a medianoche! ¡Pobre de ti! ¿Y no hay nadie que baile también con la música?

—No es en el castillo, creo, mi señor. El sonido llega desde el bosque, eso dicen,

aunque parece muy próximo, pero los espíritus pueden hacerlo todo.

—¡Ah, ya! —dijo el conde—, me doy cuenta de que eres tan bobo como todos los demás. Mañana te convencerás de tu error ridículo, pero, ¡silencio! ¿Qué voz es ésa?

—¡Mi señor!, ésa es la voz que se oye con frecuencia con la música.

—¡Con frecuencia! —dijo el conde—, ¿con cuánta frecuencia? Es una buena voz.

—Yo la he oído sólo dos o tres veces, pero hay algunos que llevan viviendo aquí largo tiempo que la han oído muchas.

—¡Qué interpretación! —exclamó el conde, que escuchaba atentamente—. ¡Qué cadencia! ¡Estoy seguro de que es algo más que mortal!

—Eso es lo que dicen, mi señor —dijo el criado—, que no es mortal, y si puedo deciros lo que pienso...

—¡Silencio! —dijo el conde y se quedó escuchando hasta que la melodía cesó—. ¡Es muy extraño! —dijo al regresar de la ventana—, ciérralas, Pierre.

Pierre obedeció y el conde le despidió poco después, pero no pudo olvidar la música que vibró largo tiempo en su fantasía mientras la sorpresa y la perplejidad ocupaban su pensamiento.

Ludovico, mientras tanto, en la remota habitación oyó de vez en cuando el eco lejano de puertas que se cerraban, según se retiraban todos a descansar y, poco después, el reloj del vestíbulo, a gran distancia, dio doce campanadas. «Medianoche», dijo, y miró con sospecha por la habitación. El fuego de la chimenea estaba a punto de apagarse, ya que su atención se había concentrado en el libro que tenía ante él y se había olvidado de todo lo que le rodeaba. Añadió algunos troncos, no porque tuviera frío, aunque la noche era tormentosa, sino para que hubiera más claridad, y, tras avivar la lámpara, se echó un vaso de vino, aproximó más la silla al fuego, trató de no oír el viento, que azotaba tristemente en las ventanas, y de abstraer su mente de la melancolía que le envolvía, y retomó al libro. Se lo había prestado Dorothée, que lo había cogido de un oscuro rincón de la biblioteca del marqués, y después de conocer las maravillas que relataba, lo había guardado cuidadosamente para su entretenimiento, lo que le daba una excusa para no devolverlo a su lugar. Por habérsele caído al suelo, la cubierta estaba algo desfigurada y las hojas descoloridas con manchas y las letras se seguían con dificultad. Las narraciones de los escritores provenzales, ya fueran procedentes de leyendas árabes, llevadas a España por los sarracenos, o recogidas por las expediciones de los cruzados, a los que acompañaron al este los trovadores, eran por lo regular espléndidas y siempre maravillosas, tanto en sus descripciones como en sus incidencias, y no era sorprendente que Dorothée y Ludovico se sintieran fascinados por las historias que habían cautivado en etapas anteriores la imaginación despreocupada en todos los rangos sociales. Algunos de los cuentos del libro que tenía Ludovico eran de estructura simple y no carecían del armazón magnífico de las conductas heroicas que caracterizan habitualmente las

fábulas del siglo XII y de sus descripciones, como el que acababa de empezar a leer, que, en su forma original, era de gran extensión, pero que puede ser relatado de forma breve. El lector advertirá que está profundamente imbuido con las supersticiones de la época.

CUENTO PROVENZAL

En la provincia de Bretaña vivía un noble barón, fa moso por su magnificencia y cortés hospitalidad. Su castillo estaba adornado con damas de exquisita belleza, y protegido por ilustres caballeros; porque el honor con que pagaba los hechos caballerescos invitaba a los valientes de distintos países a entrar en su ejército y su corte era más espléndida que la de muchos príncipes. Tenía ocho trovadores a su servicio, que solían cantar con sus arpas historias románticas, inspiradas en los árabes o en aventuras caballerescas, a las que se enfrentaron los caballeros durante las cruzadas, o en las hazañas marciales del barón, su señor; mientras, él, rodeado por sus caballeros y damas, celebraba banquetes en el gran salón de su castillo, en el que la costosa tapicería que adornaba los muros con la descripción de las batallas de sus antepasados; las vidrieras de sus ventanales, enriquecidas con escudos de armas; las deslumbrantes banderas, que se agitaban en el techo, las suntuosas panoplias, la profusión de oro y plata, que brillaba en los armarios; los numerosos platos, que cubrían las mesas, el número y las alegres libreas de sus criados, con el vestuario caballeresco y espléndido de sus invitados, se unían para formar una escena magnífica que no podríamos esperar ver en estos «días degenerados».

Se relata la siguiente aventura del barón. Una noche, habiéndose retirado tarde del banquete a su cámara, y despedido a sus criados, se vio sorprendido por la aparición de un desconocido de aire noble, pero de rostro entristecido y melancólico. Creyendo que aquella persona había entrado secretamente en la habitación, puesto que parecía imposible que hubiera podido pasar por la antecámara sin ser descubierto por los pajes, que habrían impedido su intrusión en la de su señor, el barón llamó en voz alta a sus servidores, desenvainó la espada, que aún no se había quitado de su costado y se dispuso a defenderse. El desconocido, avanzando lentamente, le dijo que no tenía nada que temer; que no venía con un propósito hostil, sino para comunicarle un terrible secreto que era necesario que conociera.

El barón, contenido por los ademanes corteses del desconocido, tras observarle durante algún tiempo, en silencio, guardó la espada en la vaina y le indicó que explicara por qué medios había conseguido llegar a su cámara y el propósito de su extraordinaria visita.

Sin contestar a ninguna de estas preguntas, el desconocido dijo que no podía en ese momento explicar nada, pero que, si el barón le seguía hasta el borde del bosque, a poca distancia de los muros del castillo, se convencería de que tenía algo

importante que comunicarle.

Esta propuesta alarmó de nuevo al barón, quien no podía creer que el desconocido intentara llevarle a un lugar tan solitario a aquella hora de la noche sin tener algún propósito contra su vida, y rehusó acudir, observando, al mismo tiempo, que si los propósitos del desconocido eran honorables, no persistiría en negarse a revelar el motivo de su visita a la cámara en la que se encontraba.

Mientras lo decía, observó al desconocido aún con más atención que antes, pero no se advirtió cambio alguno en su rostro o síntoma alguno que pudiera revelar la conciencia de una intención malvada. Iba vestido como un caballero, era de alta y majestuosa estatura y de ademanes dignos y corteses. Pese a ello, siguió negándose a comunicar la razón de su deseo de que acudiera a aquel lugar que había mencionado, y, al mismo tiempo, dio algunas indicaciones relativas al secreto que iba a revelar, que despertaron un cierto grado de curiosidad en el barón que, finalmente, le indujeron a acceder a seguir al desconocido bajo ciertas condiciones.

—Señor caballero —dijo—, os acompañaré hasta el bosque, y llevaré conmigo únicamente a cuatro de mis hombres, que serán testigos de nuestra conferencia.

Sin embargo, el caballero se opuso a ello.

—Lo que tengo que desvelaros —dijo solemnemente— es únicamente para vos. Sólo hay tres personas vivas que conocen este asunto; es de más importancia para vos y para vuestra casa de lo que puedo explicar ahora. En años futuros recordaréis esta noche con satisfacción o arrepentimiento, de acuerdo con lo que ahora decidáis, como podréis comprobar. Seguidme. Os ofrezco mi honor de caballero de que nada malo os ocurrirá; si estáis dispuesto a enfrentaros al futuro, permaneced en vuestra cámara y me marcharé como he venido.

—Señor caballero —replicó el barón—, ¿cómo es posible que mi futuro pueda depender de mi decisión presente?

—No os puedo informar de eso —dijo el desconocido—, ya he dicho todo lo que podía. Se hace tarde; si me seguís debe ser rápido; tenéis que considerar la alternativa.

El barón quedó pensativo, y, al mirar al caballero, advirtió que su rostro asumía una solemnidad singular.

En este momento Ludovico creyó oír un ruido y echó una mirada por la habitación, cogiendo después la lám para p ara que le asistiera en su observación; pero, al no ver nada que confirmara su alarma, retomó de nuevo al libro y continuó con la historia.

El barón paseó por la habitación durante un momento, en silencio, impresionado por las últimas palabras del desconocido, cuya extraordinaria petición temía aceptar,

del mismo modo que también temía rechazarla. Por fin dijo:

—Señor caballero, me sois totalmente desconocido; decidme vos mismo, si es razonable que confíe en una persona extraña, a esta hora, en un bosque solitario. Decidme, al menos, quién sois, y quién os ayudó a entrar secretamente en mi cámara.

El caballero frunció el ceño al oír estas últimas palabras y guardó silencio. Después, con el rostro algo alterado, dijo:

—Soy un caballero inglés; me llamo sir Bevys of Lancaster, y mis hazañas no son desconocidas en la Ciudad Santa, de donde regresaba a mi país cuando me vi sorprendido por la noche en un bosque próximo.

—Vuestro nombre no es desconocido para la fama —dijo el barón—, lo he oído. —El caballero le miró altivamente—. Pero, puesto que mi castillo es famoso por estar dispuesto a entretener a todos los verdaderos caballeros, ¿por qué vuestros heraldos no os han anunciado? ¿Por qué no os habéis presentado en el banquete, en el que. vuestra presencia habría sido bien recibida, en lugar de esconderos en mi castillo é introduciros en mi cámara a medianoche?

El desconocido frunció el ceño de nuevo y se apartó en silencio; pero el barón repitió las preguntas.

—No he venido —dijo el caballero— para responder a preguntas, sino para revelar hechos. Si queréis saber más, seguidme, y de nuevo os ofrezco el honor de caballero de que regresaréis sano y salvo. Decidid rápido, debo marcharme.

Tras una nueva duda, el barón decidió seguir al desconocido y ver el resultado de su extraordinaria petición. En consecuencia, sacó de nuevo la espada y, cogiendo una lámpara, hizo una señal al caballero para que dirigiera el camino. Este último obedeció, y, abriendo la puerta de la cámara, pasaron a la antecámara, donde el barón, sorprendido al encontrar a todos sus pajes dormidos, se detuvo, y con enorme violencia se dirigió a reprimirlos por su descuido, cuando el caballero agitó una mano y le miró tan expresivamente que contuvo su indignación y siguió su camino.

El caballero, tras descender por una escalera, abrió una puerta secreta que el barón creía que sólo conocía él, y, recorriendo varios pasadizos estrechos y en círculo, llegó, finalmente, a una pequeña salida que daba al otro lado de los muros del castillo. El barón le seguía en silencio, sorprendido ante el hecho de que aquel paso secreto fuera tan conocido por un extraño y se sintió inclinado a renunciar a una aventura que parecía parte de una traición y de un peligro. Entonces, considerando que iba armado y observando el aire noble y cortés de su conductor, recuperó el coraje, se sonrojó ante la idea de haber dudado un momento y decidió seguir el misterio hasta el final.

Salió a una plataforma, frente a la entrada del castillo, en la que, al mirar hacia arriba, percibió las luces en diferentes ventanas de sus invitados, que se habían retirado a dormir, y mientras se agitaba por el frío y contemplaba la oscura y

desolada escena que le rodeaba, pensó en las comodidades de su cámara, animada por el fuego de los troncos, y sintió durante unos momentos el total contraste con su situación presente.

Ludovico se detuvo aquí un momento, echó una mirada a su propio fuego y se movió para atizarlo.

Soplaba un fuerte viento, y el barón vigilaba la lámpara con ansiedad temiendo a cada instante que se apagara y prosiguió tras el desconocido, que suspiraba con frecuencia pero que no dijo una sola palabra.

Cuando llegaron al borde del bosque, el caballero se volvió y levantó la cabeza como si se dirigiera al barón, pero cerrando los labios, se adentró entre los árboles.

Al hacerlo, bajo la oscuridad de las ramas, el barón, afectado por la solemnidad del ambiente, dudó y preguntó si tenía que seguir mucho más. El caballero contestó sólo con un gesto y el barón, con paso dudoso y mirada llena de sospechas, le siguió por un sendero oscuro e intrincado, hasta que, tras haber avanzado considerablemente, volvió a preguntar adónde iban y se negó a seguir a menos que fuera informado.

Según lo decía, dirigió sus miradas a su espada y al caballero, alternativamente, que movió la cabeza y cuyo rostro melancólico desarmó al barón en un momento de toda sospecha.

—Os llevo a un lugar que está un poco más adelante —dijo el desconocido—, nada os ocurrirá. Lo he jurado por el honor de un caballero.

El barón, tranquilizado, continuó en silencio, y no tardaron en llegar a un amplio claro del bosque, donde las crecidas y oscuras ramas de los castaños ocultaban el cielo, y que estaba tan lleno de troncos que avanzaron con dificultad. El caballero suspiró profundamente según cruzaban y se detuvo a veces. Al llegar a un lugar donde los árboles se amontonaban como en un nudo, se volvió, y con mirada aterrorizada, señaló hacia el suelo. El barón vio allí el cuerpo de un hombre, extendido a todo lo largo y lleno de sangre. Tenía una terrible herida en la frente y la muerte parecía haber contrariado ya su gesto.

El barón, al ver el espectáculo, se detuvo horrorizado, mirando al caballero, como pidiendo una explicación, y se disponía a levantar el cuerpo para comprobar si aún vivía cuando el desconocido, moviendo la mano, le miró tan intensa y dramáticamente que no sólo le sorprendió, sino que le hizo desistir.

Pero, ¿cuáles fueron las emociones del barón, cuando, acercando la lámpara al cuerpo, descubrió su exacto parecido con el desconocido conductor, al que miró lleno de asombro e interrogante? Advirtió que había cambiado el rostro del caballero, que comenzó a desaparecer, ¡hasta que todo su cuerpo se esfumó de la

escena! El barón se quedó quieto y se oyó una voz que dijo estas palabras:

Ludovico se sobresaltó y dejó el libro en la mesa. ya que le pareció haber oído una voz dentro de la habitación, y miró hacia la cama. donde sólo vio las oscuras cortinas y el paño mortuorio. Escuchó casi sin atreverse a respirar, pero le llegó el rugido lejano del mar en medio de la tormenta y el viento que golpeaba contra las ventanas, por lo que dedujo que había sido engañado por su propia respiración, y cogió el libro para acabar la historia.

El barón se quedó quieto y se oyó una voz que dijo estas palabras:

—El cuerpo de sir Bevys of Lancaster, un noble caballero de Inglaterra, yace frente a vos. Esta noche fue golpeado y asesinado cuando regresaba de la Ciudad Santa hacia su país. Respetad el honor de la caballería y la ley de humanidad; enterrad el cuerpo en tierra cristiana y lograd que sus asesinos sean castigados. Según lo observéis o lo abandonéis, tendréis para siempre paz y felicidad, o guerra y miseria sobre vuestra casa.

El barón, cuando se recobró de la sorpresa y del temor en los que le había sumido la aventura, regresó al castillo, donde organizó que fuera trasladado el cuerpo de sir Bevys, y al día siguiente fue enterrado en la capilla con los honores de la caballería, atendido por todos los nobles caballeros y por las damas que engalanaban la corte del barón de Brunne.

Al terminar la historia, Ludovico dejó el libro, ya que se sentía algo nervioso, y después de echar leña al fuego y tomar otro vaso de vino, se acomodó para descansar en el sillón junto a la chimenea. En su sueño siguió viendo la estancia en la que realmente estaba, y en una o dos ocasiones despertó de su somnolencia, imaginando que veía el rostro de un hombre mirándole por encima y por detrás de la butaca. La idea le impresionó tan fuertemente que, cuando abrió los ojos casi esperaba encontrarse con otros fijos en los suyos, por lo que se puso en pie y miró por detrás del sillón antes de convencerse plenamente de que no había nadie.

Así terminó su tiempo.

Capítulo VII

Disfruta del rocío cargado de miel del sueño ligero;
tú no tienes imágenes; ni fantasías
que proporcionan profundos cuidados al cerebro de los hombres;
por ello, tu sueño es tan puro.

SHAKESPEARE

El conde, que había dormido muy poco durante la noche, se levantó temprano, ansioso por hablar con Ludovico, y acudió a las estancias del lado norte. Al haber sido cerrada la puerta exterior la noche anterior, se vio obligado a llamar con fuerza para poder entrar. Ni sus llamadas ni su voz fueron oídas, pero, considerando la distancia que había desde la puerta hasta la alcoba en la que estaba Ludovico, que probablemente dormía, no se sorprendió al no recibir respuesta y, abandonando el lugar, se dirigió a dar un paseo.

Era una mañana otoñal y gris. El sol, asomando sobre Provenza, proporcionaba sólo una luz débil ya que sus rayos luchaban contra la bruma que ascendía desde el mar y flotaba pesadamente sobre las copas de los árboles, que estaban cubiertos con los variados tintes del otoño. La tormenta había pasado, pero las olas estaban aún violentamente agitadas, y su discurrir estaba marcado por largas líneas de espuma, mientras que la calma impedía el movimiento de las velas de los barcos, cerca de la costa, que levaban anclas para su marcha. La tristeza y la tranquilidad de la hora resultaron agradables al conde y prosiguió su camino por el bosque, sumido en profundos pensamientos.

Emily también se levantó temprano y dio su acostumbrado paseo por el borde del promontorio que asomaba sobre el Mediterráneo. Su mente no estaba ocupada por los acontecimientos del castillo y era Valancourt el tema de sus tristes pensamientos, ya que no se había acostumbrado a recordarle con indiferencia, a pesar de que su juicio le reprochaba constantemente por su afecto, que seguía anidando en su corazón, después de que la estima hubiera desaparecido. El recuerdo le traía con frecuencia su mirada al marcharse y el tono de su voz cuando le dio su último adiós. Asociaciones accidentales le trajeron a la memoria estos recuerdos con peculiar energía y lloró por ello lágrimas amargas.

Al llegar a la atalaya se sentó en los escalones rotos, sumida en la melancolía, y contempló las olas, a medias ocultas por la bruma, según llegaban hasta la costa y salpicaban las rocas inferiores. Su triste murmullo y la niebla que rodeaba el acantilado daba una especial solemnidad a la escena que armonizaba así con su

estado de ánimo y siguió sentada con los recuerdos del pasado hasta que se hicieron tan dolorosos que abandonó abruptamente el lugar. Al cruzar por la pequeña puerta de entrada de la atalaya vio unas letras grabadas en la piedra y se detuvo para examinarlas. Aunque parecía que habían sido cortadas con rudeza con un cuchillo, los caracteres le resultaron familiares y reconoció al fin la mano de Valancourt. Leyó, con temblorosa ansiedad, las siguientes líneas, tituladas

NAUFRAGIO

¡En esta medianoche solemne! En este acantilado solitario,
bajo los muros desolados de esta atalaya,
donde formas místicas espantan al que las mira,
descanso y contemplo abajo el desierto profundo,
mientras a través de la tormenta la luz fría de la luna
brilla en la ola. Invisibles, los vientos de la noche,
con fuerza turbulenta y misteriosa, barren las ondas,
y tétrico ruge el oleaje, a lo lejos.
En las pausas tranquilas de las rachas, oigo
la voz de espíritus, elevándose dulces y lentas,
y a veces sus formas aparecen entre las nubes.
Pero, ¡silencio! ¿Qué grito de muerte viene con el viento,
y, en el rayo distante, qué vacilante velero
se pliega a la tormenta? —Ahora ¡hunde la señal de miedo!
¡Ah! ¡Infelices marineros!— ¡El día no volverá
a abrir sus alegres ojos a vuestra luz en su camino!

De aquellas líneas se deducía que Valancourt había visitado la torre; que probablemente había estado allí la noche anterior, que había sido como él la describía, y que había abandonado el edificio muy tarde, ya que no hacía mucho que había estado iluminado y sin luz era imposible que hubiera grabado aquellas letras. Era incluso probable que pudiera estar aún en los jardines.

Según pasaban estas reflexiones rápidamente por la mente de Emily, despertaron gran variedad de emociones contradictorias y casi dominaron su ánimo; pero su primer impulso fue evitarle, e, inmediatamente, abandonando la atalaya, regresó con paso rápido hacia el castillo. Según avanzaba recordó la música que había oído últimamente en la torre, con la figura que se le había aparecido, y, en aquel momento de agitación se inclinó a creer que había visto y oído entonces a Valancourt; pero otros recuerdos no tardaron en convencerla de su error. Al llegar a la parte más espesa del bosque percibió a una persona que paseaba lentamente a cierta distancia y su imaginación, conmovida por la idea de Valancourt, imaginó que se trataba de él. La

persona avanzaba con pasos más rápidos y antes de que pudiera recobrarse para evitarle, habló, reconociendo en ese momento la voz del conde que expresaba su sorpresa por encontrarla paseando a hora tan temprana e hizo un débil esfuerzo por arrancarla de su amor por la soledad. Pronto se convenció de que se trataba de un tema de preocupación y cambiando su tono, le manifestó sus excusas. Emily, comprendiendo la razón que tenía en lo que había dicho, no pudo contener sus lágrimas y él cambió el tema de la conversación. Expresó su sorpresa por no haber recibido aún noticias de su amigo, el abogado de Avignon, en respuesta a sus preguntas en relación con las propiedades de madame Montoni, y, con la intención de animar a Emily, manifestó sus esperanzas de que pudiera reclamarlas, mientras que ella sentía que contribuirían muy poco a la felicidad de su vida, cuando Valancourt ya no figuraba entre sus intereses.

Cuando regresaron al castillo, Emily se retiró a su aposento, y el conde De Villefort a la puerta de las estancias del lado norte. Seguía cerrada, pero, decidido a despertar a Ludovico, renovó sus llamadas, más fuerte que antes, que se vieron seguidas por un total silencio. Al comprobar que sus esfuerzos por ser oído eran inútiles, comenzó a temer que le hubiera ocurrido algún accidente a Ludovico, cuyo terror por algún ser imaginario podría haberle privado de los sentidos. En consecuencia, abandonó el lugar con la intención de llamar a, sus criados para que forzaran la puerta y oyó que algunos de ellos se movían en el piso inferior del castillo.

A las preguntas del conde sobre si habían visto u oído a Ludovico, replicaron llenos de temor que ninguno de ellos se había acercado al lado norte desde la noche anterior.

—Entonces es que duerme profundamente —dijo el conde—, y como hay tal distancia desde esta puerta, que está cerrada, para poder entrar será necesario que la forcemos. Traed alguna herramienta y seguidme.

Los criados se quedaron mudos y quietos, y hasta que no tuvo reunida a casi toda la servidumbre las órdenes del conde no fueron obedecidas. Mientras tanto, Dorothée les informó de la existencia de una puerta que daba al pasillo, desde el rellano de la gran escalera que conducía a la antecámara del salón, y que al estar mucho más cerca de la alcoba era probable que Ludovico pudiera despertarse si intentaban abrirla. Allí acudió el conde, pero sus gritos fueron tan ineficaces en esta puerta como lo habían sido en la más remota. Preocupado ya por Ludovico, estaba dispuesto a golpear en la puerta con una herramienta, cuando observó su singular belleza y retuvo el golpe. A simple vista parecía hecha de ébano por lo oscuro de la madera y por la suavidad de su superficie, pero resultó ser únicamente de alerce, cuyos bosques eran famosos en Provenza. La belleza de su tinte y su delicado trabajo decidieron al conde a respetarla y regresó a la principal, junto a la escalera trasera, que fue forzada, entrando en la

antecámara, seguido por Henri y algunos pocos criados de mayor coraje, mientras el resto esperaba conocer los acontecimientos en el rellano o en las escaleras.

Todo estaba silencioso en las habitaciones que cruzaba el conde, y al llegar al salón llamó con fuerza a Ludovico, tras lo cual, al no recibir respuesta, abrió la puerta de la alcoba y entró.

El profundo silencio interior confirmó sus temores por Ludovico, porque ni siquiera se oía la respiración de alguien que estuviera durmiendo. Sus dudas no concluyeron porque las contraventanas estaban cerradas y la habitación demasiado oscura para distinguir objeto alguno.

El conde hizo una señal a un criado para que abriera las ventanas, quien, al cruzar la habitación para hacerlo, tropezó con algo y cayó al suelo. Su grito ocasionó tal pánico entre sus compañeros que se habían aventurado hasta allí, que huyeron de inmediato, y el conde y Henri se quedaron solos hasta concluir la empresa.

Henri corrió al otro extremo de la habitación y abrió las contraventanas. Vieron que el hombre que había caído, había tropezado en una butaca cerca de la chimenea en la que Ludovico había estado sentado, ya que no estaba allí ni pudo ser localizado en la imperfecta luz que entraba en la habitación. El conde, seriamente preocupado, abrió otras ventanas que permitieran un examen más completo, y Ludovico siguió sin aparecer. Se quedó quieto un momento, conmovido por el asombro y casi sin confiar en sus sentidos, hasta que su mirada tropezó con la cama y avanzó para examinar si había alguien durmiendo. No había nadie y pasó entonces al mirador, donde todo estaba como la noche anterior, pero Ludovico no fue encontrado.

El conde controló su sorpresa, considerando que Ludovico podía haber abandonado las habitaciones durante la noche, vencido por el terror que su aspecto solitario y los comentarios relativos a ella le habrían inspirado. Sin embargo, si había sido así, lo natural es que hubiera buscado compañía y sus compañeros habían declarado que no lo habían visto. La puerta general de entrada también había sido encontrada cerrada, con la llave puesta por dentro. Por tanto, era imposible que hubiera pasado por ella y, tras revisar todas las otras puertas, comprobaron que permanecían cerradas y con los cerrojos echados y las llaves puestas por dentro. El conde se sintió inclinado a creer que podría haberse escapado por las ventanas, por lo que se decidió a examinarlas, pero todas las que eran suficientemente amplias para que pudiera pasar el cuerpo de un hombre, estaban cuidadosamente aseguradas con barrotes de hierro o por contraventanas, y no vio vestigio alguno de que alguien hubiera intentado cruzar por ellas. Tampoco era probable que Ludovico hubiera corrido el riesgo de romperse la cabeza saltando desde alguna de ellas cuando podía haber salido tranquilamente por la puerta.

La sorpresa del conde no era describible, pero volvió una vez más a examinar la alcoba, en la que todo estaba en su sitio, excepto la silla que se había caído, cerca de

la cual había una mesa pequeña, y encima de ella la espada de Ludovico, su lámpara, el libro que había estado leyendo y los restos del vino. Junto a la mesa, la cesta con parte de las provisiones y leños.

Tanto Henri como el criado manifestaron su asombro sin reservas, y, aunque el conde dijo poco, había tal seriedad en sus ademanes que expresó mucho. Daba la impresión de que Ludovico había abandonado aquellas estancias por algún pasadizo secreto, ya que el conde no creía que algo sobrenatural pudiera ser la causa. No obstante, si existía tal pasadizo, parecía inexplicable que lo hubiera utilizado, y era igualmente sorprendente que no quedara vestigio alguno que permitiera descubrir su desaparición. En las demás habitaciones todo permanecía en el mismo orden con que lo dejaron.

El conde ayudó a retirar los tapices de la alcoba, del salón y de una de las antecámaras, que pudieran ocultar alguna puerta secreta, pero tras una busca laboriosa, no encontraron ninguna, por lo que finalmente abandonó las estancias tras echar la llave de la primera antecámara. Dio entonces órdenes para que se hiciera un registro riguroso en busca de Ludovico no sólo en el castillo, sino en los alrededores, y, retirándose con Henri a su salón, permanecieron conversando durante mucho tiempo, y cualquiera que fuera el tema de su conversación, lo cierto es que Henri desde aquel momento perdió mucha de su vivacidad y su comportamiento fue particularmente grave y reservado siempre que surgía el tema que había llenado a la familia del conde de admiración y alarma.

Con la desaparición de Ludovico, el barón St. Foix parecía afirmarse en sus opiniones anteriores concernientes a la probabilidad de las apariciones, aunque era difícil descubrir qué posibles conexiones podría haber entre ambos temas, o, para considerar sus efectos de otro modo, que no fuera la sospecha de que el misterio que rodeaba a Ludovico reducía la imaginación a un estado de sensibilidad que la hacía más favorable a la influencia de la superstición en general. Sin embargo, lo cierto es que desde entonces el barón y sus familiares se hicieron más fanáticos que antes, mientras el terror de los criados del conde aumentó a tal extremo que provocó el que muchos de ellos abandonaran el castillo inmediatamente y el resto permaneció únicamente hasta que otros pudieran ocupar sus puestos.

Una más completa investigación sobre Ludovico fracasó y, tras varios días de búsqueda infatigable, la pobre Annette se abandonó a la desesperación y los otros habitantes del castillo al asombro.

Emily, cuya mente había estado profundamente afectada por el desastroso destino de la fallecida marquesa y con las misteriosa relación que imaginaba entre ella y St. Aubert, estaba especialmente impresionada por el extraordinario acontecimiento y profundamente afectada por la pérdida de Ludovico, cuya integridad y leales servicios reclamaban su estima y gratitud. Deseaba ardientemente regresar al

tranquilo retiro del convento, pero sus indicaciones eran recibidas con profunda pena por Blanche y afectuosamente apoyadas por el conde, por el que sentía casi el amor respetuoso y la admiración de una hija, y al que, tras el consentimiento de Dorothée, había mencionado al fin la aparición de la que habían sido testigo en la alcoba de la fallecida marquesa. En cualquier otro momento el conde habría sonreído ante su relato y creído que el hecho había existido únicamente en la fantasía alterada de su narradora; pero ahora había escuchado a Emily seriamente, y cuando concluyó le pidió que prometiera que guardaría silencio sobre el asunto.

—Cualquiera que sea la causa y el origen de estos acontecimientos extraordinarios —añadió el conde—, sólo el tiempo puede explicarlos. Me mantendré alerta sobre todo lo que suceda en el castillo y trataré por todos los medios de descubrir lo que le ha sucedido a Ludovico. Mientras tanto debemos ser prudentes y guardar silencio. Me ocuparé de vigilar yo mismo las habitaciones del lado norte, pero no diremos nada hasta que llegue la noche, cuando me proponga hacerlo.

El conde llamó a Dorothée y le hizo prometer también su silencio en relación con lo que ya había visto o lo que pudiera ver de carácter extraordinario, y la vieja criada le contó los detalles de la muerte de la marquesa De Villeroi, algunos de los cuales ya conocía, mientras que ante otros se mostró evidentemente sorprendido y agitado. Tras escuchar esta narración, el conde se retiró a sus habitaciones, donde permaneció varias horas y, cuando regresó, la solemnidad de su comportamiento sorprendió y alarmó a Emily, pero decidió no seguir pensando en ello.

A la semana siguiente a la desaparición de Ludovico se marcharon todos los invitados del conde, excepto el barón, su hijo monsieur St. Foix y Emily, que se vio conmovida y confundida por la llegada de otro visitante, monsieur Du Pont, lo que le hizo decidir su inmediata retirada al convento. La satisfacción que aparecía en su rostro cuando se encontró con él, le hizo ver que regresaba con la misma pasión ardorosa que le hizo anteriormente abandonar el Chateau-Ie-Blanc. Fue recibido con ciertas reservas por Emily y con satisfacción por el conde, que se lo mostró con una sonrisa que parecía que apoyaba su causa, y que abandonó la esperanza por su amigo ante la agitación que ella desvelaba.

Pero monsieur Du Pont, con simpatía sincera, pareció comprender tal reacción y su rostro perdió rápidamente la vivacidad, sumiéndose en la languidez de la contrariedad.

Sin embargo, al día siguiente buscó una oportunidad para declararle el propósito de su visita y renovar su petición; una declaración que fue recibida por Emily con verdadera preocupación, que trataba de suavizar el dolor que podría infligirle con un segundo rechazo, con afirmaciones de estima y amistad, aunque le dejó en un estado de ánimo que reclamó y excitó su más tierna compasión. Más sensible que nunca a lo impropio de permanecer más tiempo en el castillo, buscó al conde de inmediato y le

comunicó su intención de regresar al convento.

—Mi querida Emily —dijo él—, observo, con extrema preocupación la ilusión que estás alimentando, una ilusión común a las mentes jóvenes y sensibles. Tu corazón ha recibido una fuerte sacudida; crees que nunca podrás recuperarte del todo, y animarás esta creencia hasta que la costumbre de ceder a la pena sea dominada por la fuerza de tu mente y descubra tu visión del futuro con melancolía y reproche. Deja que disipe esa ilusión y que despierte al sentido de tu peligro.

Emily sonrió con tristeza.

—Sé lo que queréis decirme, mi querido señor —dijo—, y estoy preparada para contestaros. Siento que mi corazón no podrá conocer nunca un segundo afecto y que no debo esperar siquiera que recobre su tranquilidad si me veo envuelta en un segundo compromiso.

—Sé que sientes todo eso —replicó el conde—, y sé también que el tiempo superará esos sentimientos, a menos que los ahogues en la soledad, y, perdóname, en romántica ternura. Entonces, verdaderamente, el tiempo sólo confirmará la costumbre. Tengo gran experiencia para hablarte de este asunto y para comprender tus sentimientos —añadió el conde con aire solemne—, porque he sabido lo que es amar y lamentar el destino de mi amor. Si —continuó con los ojos llenos de lágrimas —, ¡he sufrido!, pero aquel tiempo ha pasado, ¡hace mucho que ha pasado!, y ahora puedo contemplarlo con emoción.

—Mi querido señor —dijo Emily tímidamente—, ¿qué significan esas lágrimas? Me temo que hablan otro lenguaje, piden por mí.

—Son lágrimas débiles, porque son inútiles —replicó el conde secándoselas—, te considero superior a tales debilidades. Sin embargo, éstas son débiles muestras de un dolor que, de no haber sido dominado por un largo y continuo esfuerzo, me habrían llevado al borde de la locura. Juzga, entonces, si tengo o no razón para advertirte de una concesión que puede producir efectos tan terribles y que con seguridad, si no se evita, enturbiará los años que de otro modo podrían haber sido felices. Monsieur Du Pont es un hombre sensible y cariñoso, que lleva largo tiempo inclinado por ti; su familia y su fortuna son intachables. Después de lo que he dicho, es innecesario añadir que gozaría con vuestra felicidad y que creo que monsieur Du Pont te la proporcionaría. No llores, Emily —continuó el conde cogiendo su mano—, hay una felicidad que está reservada para ti. —Se mantuvo en silencio durante un momento y después añadió con voz más firme—: No deseo que hagas un esfuerzo violento para sobreponerte a tus sentimientos. Lo único que te pido por el momento es que controles los pensamientos que te llevan a recordar el pasado; que te comprometas a pensar en el presente; que te permitas a ti misma creer en la posibilidad de ser feliz, y que alguna vez pienses con complacencia en el pobre Du Pont, y que no le condenes al estado de desesperación, del que, mi querida Emily, trató de liberarte.

—¡Ah! mi querido señor —dijo Emily, que seguía llorando—, no hagáis que la benevolencia de vuestros deseos puedan confundir a monsieur Du Pont con la esperanza de que algún día pueda aceptar su mano. Si conozco mi corazón, eso no ocurrirá nunca. Puedo obedecer vuestras instrucciones en casi todos los otros detalles que no sean el adoptar algo contrario a mi creencia.

—Déjame que comprenda tu corazón —replicó el conde con una leve sonrisa—, si me concedes el favor de guiarte por mis consejos en otros asuntos, perdonaré tu incredulidad respecto a tu futura conducta hacia monsieur Du Pont. Ni siquiera insistiré en que permanezcas más tiempo en el castillo que el que permita tu propia satisfacción; pero aunque me prohíbo oponerme a tu presente retiro, insistiré en reclamar la amistad de tus futuras visitas.

Lágrimas de gratitud se mezclaron con las de tierno pesar cuando Emily agradeció al conde las numerosas pruebas de amistad que había recibido de él; le prometió seguir todos sus consejos excepto uno y le aseguró el placer con el que aceptaría en el futuro la invitación de la condesa y de él mismo, si monsieur Du Pont no estuviera en el castillo.

El conde sonrió ante esta condición.

—Así será —dijo—, mientras tanto el convento está tan cerca del castillo que mi hija y yo te visitaremos a menudo, y si alguna vez nos atrevemos a llevarte otro visitante, ¿nos perdonarás?

Emily le miró contrariada y permaneció silenciosa.

—Bien —continuó el conde—, no insistiré en el tema y debo ahora pedirte que me perdones por haberlo hecho. Sin embargo, me harás la justicia de creer que he hablado así únicamente por una sincera preocupación por tu felicidad y por la de mi estimado amigo monsieur Du Pont.

Emily, cuando se separó del conde, acudió a informar a la condesa de su marcha, que se opuso con expresiones corteses de pesar, tras lo cual envió una nota informando de ello a la madre abadesa, indicándole que regresaba al convento, al que se retiró al día siguiente por la tarde. Monsieur Du Pont, altamente afectado, la vio marchar, mientras el conde trataba de animarle con la esperanza de que Emily le mirara alguna vez con inclinación más favorable.

Emily se alegró de encontrarse una vez más en el tranquilo retiro del convento, donde recibió renovadas todas las amabilidades maternales de la abadesa y las fraternas atenciones de las monjas. Ya habían recibido noticia de los acontecimientos extraordinarios ocurridos en el castillo y, tras la cena, la tarde de su llegada, ése fue el tema de conversación en el salón del convento, donde le pidieron que contara algunos detalles de aquel hecho sorprendente. Emily tuvo mucha precaución y relató brevemente algunas de las circunstancias referidas a Ludovico, cuya desaparición, según coincidieron unánimemente, había sido provocada por causas sobrenaturales.

—Hace tanto tiempo que existe la creencia de que el castillo está embrujado —dijo una monja llamada hermana Frances—, que me sorprendí al oír que el conde tenía la temeridad de habitarlo. Me temo que su anterior propietario tenía algún peso en la conciencia; esperemos que las virtudes del actual le preserven del castigo debido a los errores del anterior, si efectivamente era un criminal.

—¿De qué crimen era sospechoso? —dijo mademoiselle Feydeau, una interna del convento.

—¡Recemos por su alma! —dijo una monja, que hasta entonces había estado sentada atenta y silenciosa—, si era un criminal, su castigo en este mundo fue suficiente.

Había una mezcla de solemnidad y de fortaleza en su tono al decirlo que afectó profundamente a Emily, pero mademoiselle repitió la pregunta, sin advertir el aire solemne de la monja.

—No me atreveré a presumir de saber cuál fue su crimen —replicó la hermana Frances—, pero oí muchas informaciones de naturaleza extraordinaria relativas al fallecido marqués De Villeroi, y, entre ellas, que, poco después de la muerte de su esposa, abandonó Chateau-le-Blanc y nunca regresó al mismo. Yo no estaba entonces aquí, por lo que sólo puedo mencionar lo que me dijeron, y han pasado tantos años desde que murió la marquesa que pocas de nuestra hermandad, según creo, pueden saber más.

—Yo sí —dijo la monja que había hablado antes, llamada Agnes.

—Entonces —dijo mademoiselle Feydeau—, es posible que conozcáis las circunstancias que os permitan juzgar si fue o no un criminal, y cuál fue el crimen que se le imputó.

—Así es —replicó la monja—, pero ¿quién se atreverá a escudriñar en mis pensamientos? ¿Quién se atreverá a obligarme a expresar mi opinión? Sólo Dios es su juez y él ya ha estado ante ese juez.

Emily miró con sorpresa a la hermana Frances, que le devolvió un gesto significativo.

—Sólo pedía vuestra opinión —dijo mademoiselle Feydeau, con suavidad—, si el tema os desagrada, lo dejaré.

—¡Desagradarme! —dijo la monja con énfasis—, somos habladoras inconscientes; no pensamos el sentido de las palabras que decimos; *desagradable* es una palabra pobre. Me voy a rezar.

Al decir esto se levantó de su asiento y con un profundo suspiro abandonó la habitación.

—¿Qué puede significar todo esto? —dijo Emily cuando se hubo marchado.

—No hay nada extraordinario —replicó la hermana Frances—, lo hace con frecuencia; pero no hay intención alguna en lo que dice. Su mente está alterada en

ocasiones. ¿No la habéis visto antes así?

—Nunca —dijo Emily—, a veces he pensado, es cierto, que en su mirada había algo de la melancolía de la locura, pero nunca lo advertí en sus palabras. ¡Pobrecilla, rezaré por ella!

—Entonces vuestras oraciones, hija mía, se unirán a las nuestras —observó la madre abadesa—, las necesita.

—Querida señora —dijo mademoiselle Feydeau, dirigiéndose a la abadesa—, ¿qué opináis del fallecido marqués? Los extraños acontecimientos que han sucedido en el castillo han despertado de tal modo mi curiosidad que me perdonaréis la pregunta. ¿A qué crimen imputado y a qué castigo aludía la hermana Agnes?

—Debemos ser cautelosas al expresar nuestra opinión —dijo la abadesa, con aire reservado y solemne—, debemos ser cuidadosas al expresar nuestras opiniones en un tema tan delicado. No cargaré con la responsabilidad de manifestar que el fallecido marqués fuera un criminal o de decir de qué crimen era sospechoso; pero, en relación con el castigo que ha insinuado nuestra hija Agnes, no tengo noticia de que lo sufriera. Probablemente se refería al que tan severamente exaspera la conciencia. ¡Tened cuidado, hijas mías, en no incurrir en tan terrible castigo, es el purgatorio de esta vida! Conocía bien a la fallecida marquesa, fue un modelo de vida en el mundo, ¡nuestra orden sagrada no tendría que enrojecerse por copiar sus virtudes! Nuestro santo convento recibió sus restos mortales. Su espíritu celestial ascendió, sin duda, a su santuario.

Según hablaba la abadesa se oyó la última campanada de vísperas y se levantó.

—Vayamos, hijas mías —dijo—, e interceded por los perversos; vayamos y confesemos nuestros pecados y tratemos de purificar nuestras almas para el cielo, al que ella se fue.

Emily se sintió afectada por la solemnidad de esta exhortación y, recordando a su padre, se dijo: «El cielo, al que también él se ha ido», mientras contenía sus suspiros y seguía a la abadesa y a las monjas a la capilla.

Capítulo VIII

Seas un espíritu saludable, o duende condenado,
traigas contigo aires del cielo, o soplos del infierno,
seas de intenciones perversas, o caritativas,
te hablaré.

HAMLET

El conde De Villefort recibió al fin una carta del abogado de Avignon, animando a Emily a presentar su reclamación por las propiedades de la fallecida madame Montoni; y casi al mismo tiempo llegó un mensaje de monsieur Quesnel con la información que hacía la reclamación ante la ley sobre el tema innecesaria, puesto que parecía que la única persona que podría haberse opuesto a su reclamación, ya no existía. Un amigo de monsieur Quesnel, que residía en Venecia, le había enviado el dato de la muerte de Montoni, que había sido llevado a juicio con Orsino, como su supuesto cómplice, en el asesinato de un noble veneciano. Orsino había sido declarado culpable, condenado y ejecutado en la rueda, pero, al no haber sido descubierto nada para incriminar a Montoni y sus compañeros en esta acusación fueron puestos en libertad, excepto Montoni, que al ser considerado por el Senado como persona muy peligrosa, fue, por otras razones, confinado de nuevo, donde, según se decía, había muerto de modo dudoso y misterioso, sin que se descartara la sospecha de que hubiera sido envenenado. La autoridad de la persona de la que monsieur Quesnel había recibido esta información no le permitía dudar de su veracidad, y le dijo a Emily que sólo tenía que exponer su reclamación de las propiedades de su tía fallecida para conseguirlas, y añadía que la ayudaría en las necesarias formalidades del asunto. El término por el que la La Vallée había sido alquilado también estaba próximo a expirar. La informaba de este hecho y la aconsejaba que se pusiera en camino hacia allí, a través de Toulouse, donde prometía encontrarse con ella y donde sería apropiado que tomara posesión de las propiedades de la fallecida madame Montoni, añadiendo que le ahorraría cualquier dificultad que pudiera presentarse por su conocimiento del asunto, y que creía que sería necesario que estuviera en Toulouse unas tres semanas después de su carta.

El aumento de la fortuna pareció despertar la inesperada amabilidad de monsieur Quesnel hacia su sobrina y hacerle sentir más respeto por la rica heredera que la compasión que hubiera sentido por la huérfana pobre y sin amigos.

La satisfacción con la que recibió estas noticias se enturbió al considerar que Valancourt, por cuyo bienestar había lamentado en otro tiempo la situación de su

fortuna, ya no era merecedor de compartirla con ella; pero, recordando las cariñosas amonestaciones del conde, controló este pensamiento melancólico y trató de sentir únicamente gratitud por el inesperado bien que ahora le alcanzaba, del que no era parte inconsiderable su satisfacción al saber que La Vallée, el hogar de su nacimiento, que la conmovía por haber sido la residencia de sus padres, no tardaría en volver a su posesión. Allí planeó establecer su residencia futura, porque, aunque no podía ser comparado con el castillo de Toulouse, ni en extensión ni en magnificencia, sus gratos escenarios y los tiernos recuerdos que lo acompañaban inclinaban su corazón, que no estaba dispuesta a sacrificar a las ostentaciones. Escribió inmediatamente a monsieur Quesnel para agradecerle el activo interés que se había tomado en sus asuntos y para decirle que se encontraría con él en Toulouse en el momento indicado.

Cuando el conde De Villefort, junto con Blanche, fueron al convento para transmitir a Emily el consejo del abogado, fue informado del contenido de la carta de monsieur Quesnel y le dio su felicitación sincera por lo sucedido, pero Emily observó que cuando la primera expresión de alegría hubo desaparecido de su rostro, se vio sucedida por una de gravedad nada frecuente, y no dudó un momento en preguntarle la causa.

—No se trata de nada nuevo —replicó el conde—, estoy dudoso y perplejo por la confusión en la que se ve envuelta mi familia por su absurda superstición. Me veo rodeado de extrañas informaciones, que ni puedo admitir como verdaderas ni probar que sean falsas, y, además, estoy muy inquieto por el pobre Ludovico, sobre el que no he logrado obtener información alguna. Se han registrado, estoy seguro, todos los rincones del castillo y toda la vecindad, y no sé qué más puedo hacer, puesto que ya he ofrecido amplias sumas como premio para el que le descubra. No he abandonado en ningún momento las llaves de las habitaciones del lado norte desde que desapareció y proyecto vigilarlas esta misma noche.

Emily, muy preocupada por el conde, unió sus ruegos a los de Blanche para disuadirle de su propósito.

—¿Qué puedo temer? —dijo—, no creo en los combates sobrenaturales, y para una oposición humana estaré preparado. Además, prometo incluso no vigilar solo.

—Pero, ¿quién, mi querido señor, tendrá coraje suficiente para vigilar con vos? —dijo Emily.

—Mi hijo —replicó el conde—; si no soy llevado durante la noche —dijo sonriendo—, os enteraréis mañana del resultado de mi aventura.

Poco después el conde y Blanche dejaron a Emily y regresaron al castillo, donde informó a Henri de sus intenciones, quien, no sin alguna duda secreta, consintió en ser compañero de su vigilancia. Cuando la idea fue mencionada después de la cena, la condesa se aterrorizó, y el barón y monsieur Du Pont se unieron a ella en sus ruegos de que no debía intentar lo hecho por Ludovico.

—No sabemos —añadió el barón— la naturaleza o el poder de un espíritu del mal, y que un espíritu de esa naturaleza habita ahora esas habitaciones, creo que no puede ser puesto en duda. Tened cuidado, mi señor, en no provocar su venganza, puesto que ya nos ha dado un terrible ejemplo de su malicia. Considero que es probable que se permita a los espíritus de los muertos regresar a la tierra únicamente en ocasiones de gran importancia, pero la presente puede significar vuestra destrucción.

El conde no pudo evitar una sonrisa.

—Entonces, barón, ¿creéis —dijo— que mi destrucción tiene importancia suficiente para hacer regresar a la tierra el alma de los que se han marchado? Mi buen amigo, no hay ocasión que justifique utilizar de tales medios para lograr la destrucción de cualquier persona. Resida donde resida el misterio, confío en que en esta noche seré capaz de detectarlo. Sabéis que no soy supersticioso.

—Creo que sois incrédulo —interrumpió el barón.

—Bien, llamadlo como queráis, lo que quiero decir es que, aunque sabéis que no he caído en la superstición, si algo sobrenatural aparece, no dudo que se aparecerá ante mí, o que si algún acontecimiento extraordinario está conectado desde antes con todo eso o relacionado con mi casa, probablemente lo descubriré. Intento aclarar lo que sucede, y como puedo estar expuesto a un ataque mortal, que para seros sincero, amigo mío, es lo que me espero, me ocuparé de estar bien armado.

El conde se despidió de su familia para pasar la noche, simulando una animación que malamente ocultaba la ansiedad que oprimía su espíritu, y se retiró a las habitaciones del lado norte, acompañado de su hijo y seguido por el barón, monsieur Du Pont, y algunos criados que le desearon las buenas noches desde la puerta exterior. En las estancias todo permanecía como lo había visto la última vez que entró; incluso en la alcoba no era visible alteración alguna, donde él mismo tuvo que encender el fuego, porque ninguno de los criados se atrevió a llegar hasta allí. Después de examinar cuidadosamente la cámara y el mirador, el conde y Henri colocaron sus sillas cerca de la chimenea, pusieron una botella de vino y una lámpara ante ellos, dejaron sus espadas sobre la mesa y, tras atizar los troncos, comenzaron a conversar sobre temas intrascendentes. Henri se mantuvo silencioso con frecuencia y abstraído y, en ocasiones, lanzó una mirada, mezcla de temor y curiosidad, por la habitación, mientras el conde dejó gradualmente de conversar y se quedó sentado perdido en sus pensamientos o leyendo un volumen de Tácito que se había traído para ocupar el tedio de la noche.

Capítulo IX

Que tu lengua no sepa lo que piensas.

SHAKESPEARE

El barón St. Foix, cuya ansiedad por su amigo le había mantenido despierto, se levantó temprano para preguntar lo sucedido durante la noche, cuando, al cruzar por las habitaciones del conde y oír unos pasos en el interior, llamó a la puerta, que fue abierta por su propio amigo. Feliz al verle y curioso por conocer lo ocurrido durante la noche, no advirtió inmediatamente la gravedad inusual que cubría el rostro del conde, cuyas respuestas reservadas fueron las que ocasionaron que lo descubriera. El conde, sonriendo entonces, trató de comentar el tema de su curiosidad con ligereza, pero el barón se puso serio e insistió en sus preguntas de tal modo que el conde recuperó su solemnidad anterior y dijo:

—Bien, amigo mío, no insistáis, os lo ruego, y también permitidme que os pida que de ahora en adelante mantendréis silencio sobre todo lo que penséis que es extraordinario en mi conducta futura; no tengo escrúpulo en deciros que soy muy desgraciado y que la vigilancia de la pasada noche no me ha ayudado a encontrar a Ludovico; por lo que se refiere a lo sucedido anoche debéis excusar mi reserva.

—Pero, ¿dónde está Henri? —dijo el barón, sorprendido y desilusionado por su negativa.

—Está bien, en su habitación —replicó el conde—, no le preguntaréis nada, amigo mío, puesto que conocéis mis deseos.

—Por supuesto —dijo el barón contrariado—, ya que os desagrada; pero pensadlo, amigo mío, podéis confiar en mi discreción y abandonar esa reserva nada frecuente en vos. Sin embargo, me permitiréis que sospeche que habéis visto razones para convertiros a mi creencia y que ya no sois el caballero incrédulo que aparentabais ser.

—No hablemos más del tema —dijo el conde—, podéis estar seguro de que ninguna circunstancia ordinaria ha impuesto este silencio sobre mí ante un amigo que he considerado íntimo desde hace casi treinta años, y mi presente reserva no puede hacer que pongáis en duda ni mi estima ni la sinceridad de mi amistad.

—No dudo de ninguna —dijo el barón—, aunque permitiréis que exprese mi sorpresa por este silencio.

—Os permito que lo hagáis conmigo —replicó el conde—, pero os ruego ardientemente que no lo manifestéis ante mi familia, así como cualquier cosa notable

en mi conducta que podáis observar en relación con ello.

El barón lo prometió, hablaron un rato sobre temas generales y bajaron al salón a desayunar, donde el conde se encontró con su familia con rostro animado y evadió sus preguntas empleando comentarios ridículos y asumiendo un aire de alegría poco común, mientras les aseguraba que no tenían nada que temer de las habitaciones del lado norte, puesto que Henri y él mismo habían podido regresar sin daño alguno.

Por su parte, Henri no tuvo tanto éxito al disimular sus sentimientos. De su rostro no había desaparecido del todo una expresión de terror. Se mantuvo silencioso y pensativo, y cuando trató de reír ante las insistentes preguntas de mademoiselle Beam, se puso de manifiesto que era sólo un intento.

Por la tarde, el conde, como había prometido, acudió al convento, y Emily se sorprendió al percibir una mezcla de comentarios ridículos y de reserva cuando se refirió a las habitaciones del lado norte. De lo ocurrido allí, no obstante, no dijo nada, y, cuando ella se aventuró a recordarle su promesa de contarle el resultado de su investigación y a preguntarle si había recibido alguna prueba de que aquellas cámaras estuvieran embrujadas, su mirada adoptó un aire solemne durante un momento y después, tras un esfuerzo por reponerse, sonrió y dijo:

—Mi querida Emily, no hagas que padezca la madre abadesa por interesarte en estas fantasías que harán que esperes que aparezca un fantasma en cada rincón oscuro de una habitación. Pero créeme —añadió, con un profundo suspiro—, las apariciones de la muerte no se producen en la luz, o en los campos, para aterrorizar o para sorprender a los tímidos. —Se detuvo y cayó en una abstracción momentánea y después añadió—: No hablaremos más del asunto.

Poco después se despidió, y cuando Emily se reunió con alguna de las monjas se sorprendió al descubrir que estaban enteradas de una circunstancia que cuidadosamente había evitado mencionar, y expresaban su admiración por su intrepidez al haberse atrevido a pasar la noche en la habitación en la que había desaparecido Ludovico, porque no había considerado con qué rapidez circula una historia misteriosa. Las monjas se habían enterado por los campesinos que llevaban fruta al monasterio y cuya total atención estaba fija, desde la desaparición de Ludovico, en lo que sucedía en el castillo.

Emily escuchó las opiniones de las monjas referentes a la conducta del conde, muchas de las cuales la condenaban como iracunda y presuntuosa, afirmando que estaba provocando la venganza de un espíritu del mal con esa intrusión en sus dominios.

La hermana Frances comentó que el conde había actuado con el valor de una mente virtuosa. Sabía que no era culpable de nada que pudiera provocar a un espíritu del bien y no había temido el conjuro de uno del mal, puesto que podía rogar la protección de un Poder más alto, de Él, que puede dominar la maldad y proteger al

inocente.

—¡El culpable no puede pedir esa protección —dijo la hermana Agnes—, que sea el conde el que analice su conducta, ya que no puede plantear esa petición! Sin embargo, ¿quién es el que se atreve a llamarse a sí mismo inocente? Todo lo terrenal es inocente comparativamente. Aún está por saberse hasta dónde llegan los extremos de la culpabilidad y en qué horrible profundidad podemos caer. ¡Oh!...

La monja, al concluir, dio un tremendo suspiro, que sobresaltó a Emily, quien, al levantar la vista, advirtió que los ojos de Agnes estaban fijos en los suyos, tras lo cual, la hermana se levantó, cogió su mano, la miró profundamente a la cara durante un buen rato, en silencio, y después dijo:

—¡Sois joven..., sois inocente! ¡Quiero decir que aún sois inocente de cualquier crimen! Pero tenéis pasiones en vuestro corazón, escorpiones; ahora duermen, ¡tened cuidado de cómo los despertáis! ¡Os contaminarán, incluso hasta la muerte!

Emily, afectada por estas palabras y por la solemnidad con que fueron pronunciadas, no pudo contener las lágrimas.

—¡Ah! —exclamó Agnes con el rostro menos endurecido—. ¡Tan joven y tan desgraciada! Entonces somos hermanas. Sin embargo, no hay ataduras de bondad entre los culpables —añadió, mientras sus ojos adquirían la dura expresión anterior —, ¡ni gentileza, ni paz, ni esperanza! Las reconozco en seguida, mis ojos podían llorar, pero ahora arden, porque ahora, mi alma está fija y sin miedo. ¡Ya no me lamento!

—Haremos mejor arrepintiéndonos y rezando —dijo otra monja—, nos han enseñado a esperar que la oración y la penitencia nos servirán para nuestra salvación. ¡Hay esperanza para todo el que se arrepiente!

—Para el que se arrepiente y regresa a la fe verdadera —observó la hermana Frances.

—¡Para todos menos para mí! —replicó Agnes solemnemente, que se detuvo y añadió después abruptamente—, mi cabeza arde, creo que no estoy bien. ¡Oh! ¡Si pudiera borrar de mi memoria todas aquellas escenas, las figuras que se levantan como furias para atormentarme! ¡Las veo, cuando duermo y cuando estoy despierta, siguen ante mis ojos! ¡Las veo ahora, ahora!

Se mantuvo quieta en una actitud de horror con los ojos extraviados recorriendo lentamente la habitación, como si siguieran alguna cosa. Una de las monjas la cogió amablemente de la mano y la fue a sacar de la habitación. Agnes se calmó, extendió la otra mano delante de sus ojos, volvió a mirar y suspirando profundamente, dijo:

—Se han ido, se han ido. Tengo fiebre, no sé lo que digo. A veces me siento así, pero luego se me pasa. Me pondré mejor. ¿No ha sonado la campana de vísperas?

—No —replicó Frances—, el servicio de la tarde ya se ha celebrado. Dejad que Margaret os lleve a vuestra celda.

—Tenías razón —replicó la hermana Agnes—, me encontraré mejor allí. Buenas noches, hermanas, recordadme en vuestras oraciones.

Cuando se retiraron, Frances, al observar la agitación de Emily, dijo:

—No os asustéis, nuestra hermana se agita así con frecuencia, aunque últimamente no la había visto tan frenética. Este ataque está preparándose desde hace días, la soledad y el tratamiento acostumbrado harán que se recobre.

—¡Pero al principio conversaba con mucho raciocinio! —observó Emily—, sus ideas se mantenían en perfecto orden.

—Sí —replicó la monja—, no es nuevo. A veces la he visto argumentar no sólo con método, sino con agudeza, y un momento después caer en la locura.

—Parece que le aflige su conciencia —dijo Emily—, ¿conocéis las circunstancias que la han llevado a esta deplorable situación?

—Sí —replicó la monja, que no dijo nada más, hasta que Emily repitió la pregunta; entonces añadió en voz baja y mirando significativamente hacia las otras internas—: No puedo deciros nada ahora, pero si creéis que merece la pena, venid a mi celda esta noche, cuando la hermandad descanse, y oiréis algo más, pero recordad que nos levantamos para las oraciones de medianoche, por lo que debéis venir antes o después de esa hora.

Emily prometió recordarlo, y al aparecer poco después la abadesa no volvieron a hablar de la infeliz monja.

Mientras tanto, el conde, a su regreso al castillo, había encontrado a monsieur Du Pont en uno de los ataques de desesperación que su amor por Emily le causaban tan frecuentemente, un aprecio que había subsistido demasiado tiempo para ser dominado fácilmente y que ya había rebasado la oposición de sus amigos. Monsieur Du Pont había visto a Emily por primera vez en Gascuña, cuando aún vivía su padre, quien, al descubrir la inclinación de su hijo por mademoiselle St. Aubert, inferior a él en fortuna, le prohibió que se declarara a ella e informara a la familia o que siguiera pensando en ella. Durante la vida de su padre había cumplido su primera orden, pero había encontrado impracticable atender a la segunda, y en ocasiones había suavizado su pasión visitando sus lugares favoritos, entre ellos el pabellón de pesca, donde, una o dos veces, se dirigió a ella en verso, ocultando su nombre para obedecer la promesa que había dado a su padre. También allí había interpretado la patética canción que ella había escuchado admirada y sorprendida, y encontró la miniatura que había supuesto desde entonces una pasión fatal para su descanso. Durante su expedición por Italia murió su padre; pero recibió su libertad en un momento en que no podía beneficiarse de ella, puesto que lo que consideraba más valioso no estaba ya a su alcance. De cómo por accidente descubrió a Emily y la ayudó a escapar de su terrible prisión ya se ha informado y también de la esperanza con la que se vio animado su amor y de los inútiles esfuerzos que había hecho desde entonces para superarlo.

El conde seguía tratando con voluntad amistosa de hacerle creer que la paciencia, la perseverancia y la prudencia le permitirían obtener la felicidad con Emily:

—El tiempo —dijo— se llevará la impresión melancólica que la desilusión ha dejado en su mente y será sensible a vuestros méritos. Vuestros servicios ya han despertado su gratitud y vuestros sufrimientos su piedad; y confiad en mí, amigo mío, en un corazón tan sensible como el suyo, la gratitud y la piedad conducen al amor. Cuando su imaginación se vea libre de la desilusión que ha sufrido, aceptará encantada el homenaje de un afecto como el vuestro.

Du Pont suspiró al oír estas palabras y trató de confiar en lo que su amigo creía, por lo que accedió a la invitación de prolongar su visita en el castillo, que ahora dejamos por el monasterio de Santa Clara.

Cuando las monjas se retiraron a descansar, Emily se dirigió a su cita con la hermana Frances, a la que encontró en su celda, en oración, ante una mesa pequeña, en la que estaba la imagen a la que se dirigía, y una débil lámpara que iluminaba el lugar. Volviendo los ojos al abrirse la puerta, hizo una indicación de cabeza a Emily para que entrara, quien se sentó en silencio junto al pequeño colchón de paja de la monja hasta que concluyera sus oraciones. Ésta, que estaba arrodillada, se levantó, cogiendo la lámpara y colocándola encima de la mesa, lo que permitió que Emily viera un cráneo humano y algunos huesos al lado de un reloj de arena, pero la monja, sin advertir su alteración, se sentó en el colchón junto a ella, diciendo:

—Vuestra curiosidad, hermana, os ha hecho puntual, pero no hay nada notable en la historia de la pobre Agnes, de quien evito hablar en presencia de mis hermanas legas, sólo porque no divulgaría su falta ante ellas.

—Consideraré vuestra confianza en mí como un favor —dijo Emily—, y no haré mal uso de ella.

—La hermana Agnes —continuó la monja— es de una familia noble, como ya habréis deducido de su aspecto, pero no deshonraré su nombre al extremo de revelarlo. El amor fue la causa de su falta y de su locura. Era querida por un caballero de menor fortuna, y su padre, según he oído, la comprometió con un noble al que detestaba, y una pasión mal gobernada provocó su destrucción. Olvidó todas las obligaciones de la virtud y del deber y profanó sus votos matrimoniales; pero su culpabilidad no tardó en ser descubierta, y habría caído como sacrificio de la venganza de su marido si su padre no hubiera logrado arrancarla de su poder. Nunca supe de qué medios se valió, pero la dejó secretamente en este convento, donde después logró convencerla de que tomara los hábitos, mientras circulaba la noticia por el mundo de que había muerto, y su padre, para salvar a su hija, colaboró en el rumor, y empleó tales medios para inducir a su marido a creer que había sido víctima de sus celos. Parecéis sorprendida —añadió la monja, observando el rostro de Emily —, reconozco que la historia no es frecuente pero no creo que no tenga paralelo.

—Por favor, proseguid —dijo Emily—, estoy muy interesada.

—Ésta es toda la historia —prosiguió la monja—, sólo me queda por mencionar que la larga lucha que vive Agnes entre el amor y el remordimiento ha llegado a un extremo que ha desequilibrado su mente. Al principio oscilaba en alternativas frenéticas y melancólicas, después se vio sumida en una profunda y serena melancolía que, con todo, en ocasiones se ve interrumpida por ataques terribles que se han vuelto a repetir con frecuencia.

Emily se conmovió con la historia de la hermana, alguna de cuyas partes le trajo el recuerdo de la marquesa De Villeroi, que también había sido obligada por su padre a olvidar a la persona de su afecto por un noble elegido por él; pero, por lo que Dorothée le había relatado, no parecía que hubiera razones para suponer que había escapado a la venganza de los celos de su marido o para dudar por un momento de la inocencia de su conducta. Pero Emily, mientras suspiraba por la desgracia de la monja, no pudo evitar algunas lágrimas por las desgracias de la marquesa, y cuando volvió a mencionar a la hermana Agnes, preguntó a Frances si recordaba cómo era en su juventud y si había sido bella.

—Yo no estaba aquí entonces, cuando pronunció los votos —replicó Frances—, lo que sucedió hace tanto tiempo que creo que pocas de las hermanas de ahora fueron testigos de la ceremonia; ni siquiera nuestra madre abadesa presidía entonces el convento, pero puedo recordar que la hermana Agnes era una mujer hermosa. Conserva el aire de alto rango que siempre la ha distinguido, pero su belleza, como os habréis dado cuenta, ha desaparecido. Casi no puedo descubrir el más ligero vestigio de la hermosura que en otro tiempo animó su rostro.

—¡Es raro —dijo Emily—, pero hay momentos en los que su rostro me resulta familiar! Pensaréis que soy fantasiosa, eso creo yo, ya que nunca vi a la hermana Agnes antes de venir a este convento y, en consecuencia, debo recordar a alguna persona que se le parece mucho, aunque no logre saber quién es.

—Os habéis interesado por la profunda melancolía de su rostro —dijo Frances—, y su impresión probablemente ha engañado vuestra imaginación, porque podría decir que yo también percibo un cierto parecido entre vos y Agnes, del mismo modo que vos creéis que la habéis visto en otro lugar cuando lleva muchos años refugiada aquí, casi tantos como los que vos tenéis.

—¡Verdaderamente! —dijo Emily.

—Sí —prosiguió Frances—, y ¿por qué ese hecho excita vuestra sorpresa?

Emily no pareció darse cuenta de esta pregunta y siguió pensativa.

—Fue por entonces cuando murió la marquesa De Villeroi —dijo al fin.

—Ésa es una extraña observación —dijo Frances.

Emily, que reaccionó de su sueño, sonrió y cambió el giro de la conversación, pero no tardó en regresar al tema de la infeliz monja y permaneció en la celda de la

hermana Frances hasta que la campana de medianoche la hizo reaccionar. Con excusas por haber interrumpido el descanso de la hermana hasta esa hora, salieron juntas de la celda. Emily regresó a su habitación y la monja, con una vela, se dirigió a sus devociones hacia la capilla.

Pasaron varios días y Emily no vio al conde ni a ninguno de sus familiares, y cuando al final se presentó advirtió con precaución que tenía un aire inquieto.

—Mi espíritu está conmovido —dijo contestando a las ansiosas preguntas de Emily—, pienso cambiar de residencia durante algún tiempo, un experimento que, eso espero, me permita recobrar mi habitual tranquilidad. Mi hija y yo acompañaremos al barón St. Foix a su castillo, que está en el valle de los Pirineos que se abre hacia Gascuña, y he estado pensando, Emily, que cuando estés preparada para marchar a La Vallée, podríamos seguir juntos parte del camino. Sería para mí una satisfacción el custodiarte hacia tu casa.

Agradeció al conde sus amistosas consideraciones y lamentó que la necesidad de ir primero a Toulouse hiciera su plan impracticable.

—Pero cuando lleguéis a la residencia del barón —añadió— estaréis a muy poca distancia de La Vallée y creo, señor, que no abandonaréis el condado sin visitarme. Es innecesario que os diga con qué placer os recibiré a vos y a Blanche.

—No lo dudo —replicó el conde—, y no me negaré, ni a Blanche tampoco, el placer de visitarte, si los asuntos te permiten estar en La Vallée cuando tengamos la posibilidad de encontramos allí.

Cuando Emily dijo que esperaba ver también a la condesa, no sintió enterarse de la noticia de que la señora visitaría durante unas semanas, acompañada por mademoiselle Beam, a una familia en el bajo Languedoc.

El conde, tras una más detallada conversación sobre su proyectado viaje y el de Emily, se marchó. No pasaron muchos días antes de que llegara una segunda carta de monsieur Quesnel informándola de que ya estaba en Toulouse, que La Vallée había quedado libre y que deseaba que se pusiera en camino hacia la primera ciudad citada, donde esperaría su llegada con la mayor rapidez, ya que por sus propios asuntos le urgía regresar a Gascuña. Emily no dudó en obedecerle, y, después de despedirse afectuosamente de la familia del conde, en la que seguía estando incluido monsieur Du Pont, y de sus amigas del convento, partió para Toulouse atendida por la infeliz Annette y custodiada por un sirviente fijo del conde.

Capítulo X

Adormecidos en las innumerables cámaras del cerebro
nuestros pensamientos están enlazados por muchas cadenas escondidas;
despierta uno al menos y ¡verás cuántos millares se levantan!
¡Cada uno imprime su imagen mientras el otro vuela!

PLACERES DE LA MEMORIA

Emily prosiguió su jornada sin incidentes a lo largo de las llanuras del Languedoc hacia el noroeste, y, en su regreso a Toulouse, que abandonó por última vez con madame Montoni, pensó mucho en el melancólico destino de su tía, quien, si no hubiera sido por su propia imprudencia, podría haber vivido feliz allí. Montoni también se presentó con frecuencia en su fantasía, tal como le había visto en los días de triunfo, distinto, espiritual y decidido; y cómo le vio después en los días de su venganza, y ahora sólo unos pocos meses después, ya no tenía el poder o la voluntad para afligir a nadie: ¡Había pasado a ser parte de la tierra y su vida se había desvanecido como una sombra! Emily habría llorado por su destino fatal si no hubiera recordado sus crímenes; por el de su desgraciada tía sí lloró, y todo su resentimiento por sus errores quedó oscurecido por el recuerdo de sus desgracias.

Otros pensamientos y otras emociones se sucedieron mientras Emily se acercaba a los paisajes tan conocidos de su primer amor, y consideró que Valancourt estaba perdido para ella y para sí mismo, por siempre. Al fin llegó al borde de una colina donde, cuando marchó a Italia, había dirigido la última mirada de despedida a su valorado paisaje, entre cuyos bosques y campos había paseado tantas veces con Valancourt y donde él se quedó a vivir cuando ella se marchó lejos, muy lejos. Vio una vez más la cadena montañosa de los Pirineos, situada sobre La Vallée, elevándose como nubes desvanecidas en el horizonte.

«Allí también está Gascuña, extendiéndose a sus pies —se dijo—: ¡Oh, mi padre, mi madre!¡Y allí también está el Garona —añadió, secándose las lágrimas que nublaban su vista—, y Toulouse, y la casa de mi tía y las ramas de su jardín! ¡Oh, amigos míos! ¡Os he perdido para siempre, nunca más os volveré a ver!» Sus ojos se cubrieron de lágrimas y continuó llorando hasta que una vuelta abrupta del camino que casi ocasionó que el carruaje volcara, le permitió ver otra parte del conocido escenario de los alrededores de Toulouse, y todos los pensamientos y las anticipaciones que había soportado en el momento en que le dio el último adiós acudieron con fuerza renovada a su corazón. Recordó con qué ansiedad había considerado el futuro, que habría de decidir su felicidad en relación con Valancourt, y

qué temores depresivos la habían asaltado; las mismas palabras que había dicho, cuando lanzó la última mirada por aquellos campos, acudieron a su memoria. «¡Si pudiera estar segura —había dicho entonces—, de que volveré alguna vez y de que Valancourt seguirá viviendo para mí, me iría en paz!»

Ahora, aquel futuro, tan ansiosamente anticipado, había llegado. Estaba de nuevo allí, pero aparecía un terrible espacio en blanco. ¡Valancourt ya no vivía para ella! Ya no tendría ni siquiera la satisfacción melancólica de contemplar su imagen en el corazón, porque había dejado de ser el Valancourt que la había animado, el solaz de muchas horas desgraciadas, el amigo animoso que le había permitido enfrentarse a la opresión de Montoni, la esperanza distante que había iluminado sus tristes realidades. Al darse cuenta de que aquella idea amorosa había sido una ilusión creada por ella misma, Valancourt parecía aniquilado y su alma se estremeció por el vacío que dejaba. Su matrimonio con alguna joven rival, incluso su muerte, pensó, podría haberlo soportado con más fortaleza que este descubrimiento; porque, entonces, en medio de toda su desgracia, podría haber contemplado en secreto la imagen de bondad que su fantasía había dibujado de él y el consuelo se habría mezclado con su sufrimiento.

Después de secarse las lágrimas contempló una vez más el paisaje que las había despertado y comprobó que estaba cruzando la misma ribera en la que se despidió de Valancourt la mañana de su marcha de Toulouse. Le volvió a ver, a través de las lágrimas que brotaron de nuevo, como aparecía entonces, cuando se asomó por la ventanilla del carruaje para darle el último adiós; le vio apoyado tristemente en los altos árboles y recordó la mirada fija, mezcla de ternura y angustia, con que había seguido su marcha. El recuerdo era demasiado para su corazón y se hundió en el asiento del carruaje, sin volver a asomarse hasta que se detuvo a las puertas de lo que ahora era su propia mansión.

Las encontró abiertas por el criado a cuyo cargo había estado el castillo. El carruaje penetró en el patio, donde, tras descender, cruzó rápidamente el vestíbulo, ahora silencioso y solitario, hacia un amplio salón de roble, el cuarto de estar que utilizaba la fallecida madame Montoni. En lugar de ser recibida por monsieur Quesnel encontró una carta suya en la que le informaba de que asuntos de importancia le habían obligado a abandonar Toulouse dos días antes. Emily no lamentó en realidad el ahorrarse su presencia, puesto que su abrupta marcha parecía indicar la misma indiferencia con que la había mirado anteriormente. La carta le informaba también de los progresos que había hecho en el arreglo de sus asuntos y concluía con instrucciones relativas a los trámites de algunos asuntos, que ella debería transaccionar. Pero la falta de cortesía de monsieur Quesnel no ocupó largo tiempo sus pensamientos, que volvieron al recuerdo de las personas que había estado acostumbrada a ver en la casa, fundamentalmente a la mal aconsejada y

desafortunada madame Montoni. En la habitación en la que se encontraba desayunó con ella en la mañana de su salida para Italia; y, al contemplarla le recordó con más fuerza todo lo que sufrió en aquella ocasión y las numerosas esperanzas jubilosas que su tía se había formado respecto al viaje que iba a emprender. Mientras la imaginación de Emily estaba entretenida con estos temas, su mirada recorrió inconscientemente una amplia ventana que daba al jardín y nuevos recuerdos del pasado acudieron a su corazón, porque ante sus ojos se extendía la misma avenida por la que había paseado con Valancourt la víspera de su viaje, y toda la ansiedad, el tierno interés que él había mostrado en relación con la futura felicidad de ella, sus decididas manifestaciones contra su decisión de ponerse en manos de Montoni, y la verdad de su afecto, revivieron en su memoria. En aquel momento parecía casi imposible que Valancourt pudiera haber llegado a no ser merecedor de su afecto y dudó de todo lo que había oído últimamente contra él e incluso de sus propias palabras, que habían confirmado la información que había recibido del conde De Villefort. Agobiada por los recuerdos que despertaba la vista de la avenida, se apartó abruptamente de la ventana y se dejó caer en una silla, a un lado, donde se quedó dando rienda suelta a su dolor, hasta que la entrada de Annette con café la hizo reaccionar.

—Querida señora, ¡qué melancólico parece ahora este lugar —dijo Annette— y qué diferente de lo que solía ser! ¡Es desolador regresar a casa cuando no hay nadie para damos la bienvenida!

No era el momento en el que Emily hubiera podido superar la observación y las lágrimas volvieron a sus ojos. Tan pronto como tomó el café se retiró a sus habitaciones, donde trató de reposar su ánimo fatigado. Pero la memoria seguía insistiendo con las visiones de otro tiempo; vio a Valancourt interesante y complaciente, como le había encontrado en los primeros días de su relación en los campos donde ella creyó entonces que pasarían juntos su vida... Pero, finalmente, el sueño veló estas escenas conmovedoras de su vista.

A la mañana siguiente, ocupaciones serias le hicieron recuperarse de sus reflexiones melancólicas, porque estaba deseosa de abandonar Toulouse y de trasladarse de inmediato a La Vallée. Hizo algunas consultas sobre las condiciones de las propiedades e inmediatamente despachó una parte de los asuntos necesarios relativos a ellas, de acuerdo con las indicaciones de monsieur Quesnel. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para abstraer sus pensamientos de otros intereses y atender éstos, pero fue premiada con la tranquilidad que volvió a experimentar como si se tratara de un antídoto seguro contra los pesares.

El día fue dedicado totalmente a los diversos asuntos y, entre otras preocupaciones, se enteró de la situación de todos sus colonos para poder remediar sus necesidades o confirmar su buena situación.

Por la tarde tenía el ánimo tan fortalecido que pensó que podría soportar la visita a los jardines por los que había paseado tantas veces con Valancourt, y sabiendo que si lo demoraba aquellas escenas le afectarían aún más en cualquier otro momento en que las recorriera, se aprovechó de su estado de ánimo y realizó la visita.

Tras cruzar rápidamente la puerta que conducía desde el patio a los jardines, se dirigió a la gran avenida, casi sin permitir a su memoria entretenerse ni un momento en el hecho de haber estado allí cuando se separaba de Valancourt, y no tardó en abandonar aquel lugar por otros paseos que interesaban menos a su corazón. Estos otros la llevaron al fin a los escalones que conducían desde el jardín inferior a la terraza, y al verla se conmovió y dudó en subirlos, pero no recobró su decisión y continuó su camino.

—¡Ah! —dijo Emily mientras subía—, éstos son los mismos árboles que solían balancearse sobre la terraza, y éstas las mismas matas de flores, la libunia, la rosa silvestre y el cerinto, que solían crecer bajo ellos. Ah, y allí, también, en esa ribera, están las mismas plantas que Valancourt contemplaba tan cuidadosamente. ¡Oh, recuerdo cuando las vi por última vez!

Controló sus pensamientos, pero no pudo retener las lágrimas, y tras pasear lentamente durante unos momentos, su agitación, a la vista de aquella conocida escena, aumentó tanto que se vio obligada a detenerse y apoyarse en el muro de la terraza. Era una tarde hermosa y suave. El sol se estaba ocultando sobre el amplio paisaje, al que sus rayos, asomando bajo una oscura nube que pendía hacia el oeste, daban un colorido rico y parcial y tocaban las copas de los árboles que crecían en el jardín, cubriéndolas con un brillo verdoso. Emily y Valancourt habían admirado muchas veces juntos aquella escena, a la misma hora, y fue exactamente en el mismo lugar, en el que la noche anterior a su marcha para Italia había escuchado sus manifestaciones contra el viaje y las rogativas de su afecto apasionado. Algunas observaciones que hizo ella sobre el paisaje volvieron a su recuerdo, y con ellas todos

los detalles de la conversación; las dudas alarmantes que había manifestado referentes a Montoni, dudas que después habían sido fatalmente confirmadas; las razones y ruegos que él había empleado para tratar de convencerla a que consintiera a un matrimonio inmediato; la ternura de su amor, los paroxismos de su pesar y la convicción que había expresado repetidamente de que no volverían a encontrarse con felicidad. Todos estos detalles se renovaron en su mente y despertaron las distintas emociones que había sentido entonces. La ternura que sentía por Valancourt se hizo tan poderosa como en aquellos momentos, cuando pensó que se separaba de él y de la felicidad, y cuando la fortaleza de su ánimo le permitió triunfar sobre aquel conflicto en lugar de merecer el reproche de su conciencia por haber accedido a un matrimonio clandestino.

«Así es —se dijo Emily, según acudían aquellos recuerdos a su mente—, y ¿qué es lo que he ganado por la fortaleza que entonces puse en práctica? ¿Soy ahora feliz? Él dijo que no volveríamos a encontrarnos con felicidad; pero, ¡oh!, ¡no pensó mucho que sería su propia mala conducta la que nos separaría y nos conduciría al terrible mal que él pronosticaba!»

Estas reflexiones aumentaron su angustia, mientras se sintió obligada a reconocer que la fortaleza que había manifestado entonces, si bien era cierto que no la había conducido a la felicidad, le había salvado de una desgracia irremediable, provocada por el propio Valancourt. Pero en aquellos momentos no podía congratularse por su prudencia, que la había salvado; sólo lamentar con la angustia más amarga las circunstancias que habían conspirado para llevar a Valancourt a un tipo de vida tan diferente del que las virtudes, los gustos y los intereses de sus primeros años habían prometido. Pero seguía amándole demasiado para creer que su corazón se hubiera depravado, aunque su conducta hubiera sido criminal. Una observación hecha por monsieur St. Aubert en más de una ocasión acudió a su mente. «Este joven —dijo, hablando de Valancourt—, no ha estado nunca en París». Una observación que la sorprendió en aquella oportunidad, pero que ahora comprendía y exclamó llena de tristeza: «¡Oh, Valancourt! ¡Si un amigo como mi padre hubiera estado contigo en París tu naturaleza noble e ingenua no habría caído!»

El sol se había ocultado, e insistiendo en sus pensamientos sobre tema tan melancólico, continuó su paseo, porque la sombra pensativa del crepúsculo le agradaba, y los ruiseñores, desde las ramas cercanas, comenzaron a contestarse en sus, largas y lastimeras notas, que siempre le habían conmovido; mientras toda la fragancia de los grupos de flores, que cubrían la terraza, se despertó al aire fresco de la tarde, que flotaba tan ligeramente entre sus hojas que casi no temblaban a su paso.

Emily llegó por fin a las escaleras del pabellón en el que terminaba la terraza y en el que tuvo lugar tan inesperadamente su última entrevista con Valancourt antes de su salida de Toulouse. La puerta estaba cerrada y tembló mientras dudaba si abrirla o no.

El deseo de ver de nuevo un lugar que había sido el escenario principal de su anterior felicidad, venció finalmente sus dudas por encontrarse con un doloroso recuerdo y entró. La habitación estaba oscurecida por una sombra melancólica; pero, a través de las ventanas abiertas, casi tapadas por el follaje de los viñedos, apareció el oscurecido paisaje: el Garona reflejando la luz de la tarde, y el lado oeste que seguía reluciendo. Había una silla cerca de los balcones, como si alguna persona hubiera estado sentada allí, pero el resto de los muebles del pabellón permanecían como de costumbre, y Emily pensó que por su aspecto parecía que no había sido movido desde que salió para Italia. El aire silencioso y desértico del lugar añadía solemnidad a sus emociones, ya que oía únicamente el leve murmullo de la brisa, que movía las hojas de los viñedos y el susurro leve del Garona.

Se sentó en la silla, cerca de la ventana, y cedió a la tristeza de su corazón, mientras recordaba los detalles de su última entrevista con Valancourt en aquel mismo lugar. También allí había pasado con él algunas de las horas más felices de su vida, cuando su tía apoyó la relación, porque allí se había sentado y trabajado con frecuencia, mientras él conversaba o leía. Recordó muy bien con qué claro juicio, con qué energía atemperada solía recitar algunos de los pasajes más sublimes de sus autores favoritos, cuántas veces se detenía para admirar con ella su excelencia y con qué deliciosa ternura escuchaba sus observaciones y corregía sus gustos.

«Y, ¿es posible —se dijo Emily, al recordar de nuevo todo aquello—, es posible que una mente tan susceptible a todo lo que es grande y bello, haya podido interesarse en diversiones tan bajas y se haya dejado dominar por frívolas tentaciones?»

Recordó cuántas veces había visto una inesperada lágrima asomar en sus ojos y había oído su voz temblar con emoción cuando relataba cualquier acto grandioso o acción compasiva, o comentaba un sentimiento del mismo carácter. «Y una mente así —se dijo—, un corazón como el suyo, ¿pueden ser sacrificados a las costumbres de la gran ciudad?»

Estos recuerdos se hicieron demasiado dolorosos para que pudiera soportarlos, abandonó abruptamente el pabellón, y, ansiosa de escapar de la memoria de la felicidad perdida, regresó hacia el castillo. Según pasaba por la terraza percibió a una persona que paseaba lentamente y con aire desolado, bajo los árboles, a cierta distancia. El crepúsculo, que ya era profundo, no le permitió distinguir quién era y supuso que se trataría de uno de sus criados, hasta que el ruido de sus pasos pareció llegar a él, que se volvió, y Emily creyó que había visto a Valancourt.

Quienquiera que fuera se apartó instantáneamente de los arbustos de la izquierda y desapareció, mientras Emily, con los ojos fijos en el lugar por el que había desaparecido, y temblando tan excesivamente que casi no podía mantenerse en pie permaneció durante unos momentos incapacitada para abandonar el lugar y casi

inconsciente de su existencia. Con sus recuerdos regresó su fortaleza y corrió hacia la casa, donde no se aventuró a preguntar quién había estado en los jardines, más que nada para no descubrir su emoción, y se sentó sola, tratando de recomponer la figura, aire y aspecto de la persona que acababa de ver. Sin embargo, la vista había sido tan momentánea y la oscuridad la había hecho tan imperfecta que no pudo recordar nada con exactitud; aunque la apariencia general de su figura y su marcha inesperada hacían que siguiera creyendo que se trataba de Valancourt. A veces pensaba que su fantasía, que había estado ocupada pensando en él, le había sugerido su imagen en aquella visión incierta, pero esta conjetura no era firme. Si se trataba de él, le sorprendió mucho que estuviera en Toulouse, y más aún que hubiera logrado entrar en el jardín. Tantas veces como su impaciencia la empujaba a preguntar si había sido admitido algún desconocido se contuvo por no estar dispuesta a descubrir sus dudas, y la tarde pasó en conjeturas ansiosas y en esfuerzos para rechazar el tema de su pensamiento; pero los. intentos fueron inútiles y mil emociones inconsistentes la asaltaron cada vez que imaginaba que Valancourt pudiera estar cerca de ella. En un momento dudaba de que fuera verdad y al siguiente temía que fuera falso y, mientras trataba constantemente de persuadirse a sí misma de que deseaba que la persona que había visto no fuera Valancourt, su corazón contradecía constantemente sus razonamientos.

El día siguiente estuvo ocupado por las visitas a varias familias vecinas, antiguas relaciones de madame Montoni, que acudieron a presentar sus condolencias a Emily por su fallecimiento, a felicitarla por la adquisición de aquellas propiedades, y a preguntar por Montoni y sobre los extraños informes que les habían llegado de su propia situación; todo fue hecho dentro del más absoluto decoro y los visitantes se marcharon con la misma cortesía con la que habían llegado.

Emily estaba cansada de estas formalidades y disgustada por el comportamiento de muchas personas que pensaron que no merecía su atención mientras creyeron que dependía de madame Montoni.

«Sin duda —dijo—, hay algo mágico en la riqueza que hace que las personas se inclinen ante ella cuando ni siquiera les beneficia. ¡Qué extraño es que un loco o un bribón, si son ricos, sean tratados con más respeto por el mundo que un buen hombre o un sabio que sean pobres!»

Era ya por la tarde cuando se quedó sola y sintió la necesidad de refrescar su ánimo con el aire puro del jardín, pero temió salir ante el temor de encontrarse de nuevo con la persona que había visto la noche anterior, que tal vez era Valancourt. Todos sus esfuerzos para controlarse de la inquietud y la ansiedad que sufría por ello no tuvieron resultado, y el secreto deseo de ver a Valancourt una vez más sin ser vista por él la impulsaba a salir, mientras que la prudencia y un delicado orgullo la contenía, y decidió evitar la posibilidad de encontrársele en su camino prohibiéndose

la visita a los jardines durante varios días.

Cuando, tras casi una semana, se aventuró a salir, hizo que Annette la acompañara y limitó su paseo a la parte más próxima, pero más de una vez se inquietó al oír las hojas movidas por la brisa, imaginando que había alguien entre los arbustos. Continuó su paseo pensativa y silenciosa, ya que su agitación no le permitía conversar con Annette, para quien, por el contrario, el pensamiento y el silencio eran tan intolerables que no tuvo escrúpulos finalmente en hablar con su señora.

—Querida señora —dijo—, ¿por qué estáis así? Se diría que sabéis lo que ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Emily con un hilo de voz y tratando de dominar sus emociones.

—Como sabéis, señora, anteanoche...

—No sé nada, Annette —replicó su señora con voz inquieta.

—Anteanoche, señora, había un ladrón en el jardín.

—¡Un ladrón! —dijo Emily en tono más animado aunque dudoso.

—Supongo que era un ladrón, señora. ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Dónde lo viste, Annette? —prosiguió Emily mirando a su alrededor y volviéndose hacia el castillo.

—Yo no le vi, madame, fue Jean el jardinero. Eran las doce de la noche, y según iba por el patio hacia la casa, vio a alguien paseando por la avenida que hay frente a la puerta del jardín. Así que Jean supuso lo que era y fue a la casa a coger su pistola.

—¿Su pistola? —exclamó Emily.

—Sí, madame, su pistola; y volvió a salir al patio para vigilarle. Lo vio avanzar lentamente por la avenida, apoyarse en la puerta del jardín, donde se quedó mirando hacia la casa durante largo rato, y os puedo asegurar que la examinó bien y decidió por qué ventana podría entrar.

—Pero la pistola —dijo Emily—, ¡la pistola!

—Sí, madame, a su debido tiempo. Entonces, según dice Jean, el ladrón abrió la puerta e iba a entrar en el patio cuando decidió preguntarle qué quería. Le gritó de nuevo y le hizo señas para que dijera quién era y qué quería. Pero el hombre no hizo ninguna de las dos cosas, se volvió y cruzó de nuevo por el jardín. Jean se convenció de sus intenciones y disparó.

—¡Disparó! —exclamó Emily.

—Sí, madame, disparó su pistola; pero, ¡Virgen Santa! ¿Por qué os ponéis tan pálida? No mató a aquel hombre, me atrevería a decir; porque si fue así sus compañeros tuvieron que llevárselo, porque Jean fue por la mañana en busca del cuerpo y había desaparecido. Sólo se pudo ver un rastro de sangre en el suelo. Jean lo siguió pensando que le pudiera conducir al punto por el que el hombre entró en el jardín, pero se perdía en la hierba y...

Annette se vio interrumpida porque Emily se desmayó y habría caído al suelo de no haberla cogido la muchacha, que la llevó a un banco próximo.

Cuando, tras una larga pausa, recobró el sentido, Emily pidió ser llevada a su habitación, y, pese a que temblaba con ansiedad por preguntar más detalles sobre el tema que había causado su alarma, se sintió demasiado enferma para atreverse a recibir información alguna que pudiera relacionarse con Valancourt. Después de despedir a Annette para poder llorar y pensar con libertad, trató de recordar el aspecto exacto de la persona que había visto en la terraza y su imaginación le seguía devolviendo la figura de Valancourt. Casi no dudaba de que se trataba de él y que el jardinero le había disparado. Por el comportamiento de la última persona descrita por Annette no se trataba de un ladrón, ni era probable que alguno hubiera acudido solo a entrar en una casa tan grande como aquélla.

Cuando Emily pensó que estaba lo suficientemente recobrada para escuchar lo que Jean pudiera contarle, le mandó llamar, pero no pudo informarle de dato alguno que pudiera conducir a reconocer a la persona a la que había disparado o las consecuencias de la herida; y tras reprimirle severamente por haber disparado con balas y ordenarle una inmediata investigación en la vecindad para descubrir a la persona herida, le despidió, permaneciendo después en el mismo estado de terrible inquietud. Toda la ternura que había sentido por Valancourt se le presentó de nuevo con el sentido de que estaba en peligro y, cuando más consideraba el asunto, más se fortalecía su convicción de que había sido él quien visitó los jardines con el propósito de suavizar la desgracia de su afecto contrariado en los escenarios de su felicidad anterior.

—Querida madame —dijo Annette al regresar—, ¡nunca os he visto antes tan afectada! ¡Me atrevería a decir que el hombre no está muerto!

Emily sintió un escalofrío y lamentó amargamente la ira del jardinero al haber disparado.

—Sabía que os enfadaríais por ello, madame, y os lo habría contado antes, pero él lo sabía también y me dijo: «Annette, no digas nada de esto a mi señora. Duerme en el otro lado de la casa, así que tal vez no ha oído el disparo, pero se enfadará conmigo si sabe que había sangre». Después añadió: «¿Cómo puedo custodiar el jardín si no puedo disparar a un ladrón cuando lo veo?»

—Dejémoslo —dijo Emily—, por favor, quiero quedarme sola.

Annette obedeció y Emily volvió a las angustiantes consideraciones que se había hecho antes y trató de calmar con un nuevo comentario. Si el desconocido era Valancourt, era evidente que habría venido solo y, en consecuencia, parecía que había podido salir de los jardines sin ayuda; una circunstancia que no parecería probable si su herida fuera peligrosa. Con esta consideración trató de animarse durante las investigaciones que fueron hechas por sus criados en la vecindad, pero pasaron días y

días y se mantuvo la incertidumbre en relación con este asunto. Emily lo sufrió en silencio hasta que al final cayó bajo la presión de la ansiedad. Se vio atacada por una fiebre ligera, y cuando cedió a la persuasión de Annette para solicitar consejo médico, le prescribieron poco más que tomar el aire, hacer algún ejercicio y entretenerse, pero ¿cómo podría lograr esto último? No obstante, trató de superar sus pensamientos sobre el tema de su ansiedad, dedicándolos a conseguir para otros la felicidad que no lograba para ella misma, y, cuando la tarde era agradable, solía salir a visitar las cabañas de algunos de sus colonos, sobre cuya situación hizo algunas observaciones que le permitieron cumplir sus deseos.

Su indisposición y los asuntos relativos a la propiedad habían retrasado su estancia en Toulouse más allá del período que se había fijado anteriormente para su marcha hacia La Vallée, y ahora no estaba dispuesta a abandonar el único lugar en el que parecía posible obtener alguna certeza en el tema de su preocupación. Pero se acercaba el momento en que su presencia en La Vallée era necesaria. Una carta de Blanche le informaba de que el conde y ella, que estaban en el castillo del barón St. Foix, se proponían visitarla en La Vallée, en su camino de regreso a casa, tan pronto como fueran informados de su llegada. Blanche añadía que realizarían esta visita con la esperanza de inducirle a regresar con ellos a Chateau-le-Blanc.

Emily, tras contestar a la carta de su amiga y decirle que estaría en La Vallée pasados unos pocos días, hizo rápidas preparaciones para el viaje, y, al abandonar Toulouse, trató de animarse con la creencia de que si le había sucedido un accidente fatal a Valancourt tendría que haberlo sabido en aquel intervalo de tiempo.

La víspera de su marcha acudió a despedirse de la terraza y del pabellón. El día había sido grato, pero un chaparrón que cayó poco antes de ponerse el sol había refrescado el aire y dado a bosques y pastos ese suave verdor que es tan refrescante para la vista. Mientras estuvo lloviendo temblaban los capullos, brillantes por los últimos rayos amarillos que iluminaban la escena, y el aire se llenó de la fragancia que despedían las hierbas y las flores y la tierra misma. Pero el hermoso aspecto que Emily contemplaba desde la terraza ya no lo veía con satisfacción; suspiró profundamente mientras su mirada recorría los campos y su ánimo se encontraba en tal estado de desolación que no pudo pensar en su regreso a La Vallée sin lágrimas y sin recordar de nuevo la muerte de su padre como si hubiera ocurrido el día anterior. Al llegar al pabellón se sentó frente a la ventana abierta, y mientras sus ojos recorrían las montañas distantes que asomaban sobre Gascuña, aún relucientes en el horizonte, aunque el sol se había ocultado de las llanuras. «¡Por fin —dijo—, regreso a tus escenarios largo tiempo perdidos, pero no volveré a encontrarme con mis padres, que se habrían llenado de satisfacción! ¡No volveré a ver la sonrisa de bienvenida o a oír las conocidas voces de orgullo; todo será frío y silencioso en lo que en otro tiempo fue mi feliz hogar!»

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas al recordar lo que había sido su casa y tener que volver a ella. Pero, tras recrearse durante algún tiempo en su dolor, se contuvo acusándose de ingratitud al olvidar a los amigos que poseía y abandonó el pabellón y la terraza sin haber visto la sombra de Valancourt o de cualquier otra persona.

Capítulo XI

¡Ah, felices colinas! ¡Ah, grata sombra!
¡Ah, campos adorados en vano!
donde en otro tiempo erró mi infancia despreocupada,
¡aún desconocedora del dolor!
Siento los vientos, que soplan en vosotros,
me otorgan una bendición momentánea;
en el fresco agitar de sus alegres alas,
mi alma cansada parece aliviarse.

GRAY

A la mañana siguiente Emily salió temprano de Toulouse y llegó a La Vallée alrededor de la puesta del sol. Con la melancolía que experimentó al volver a ver el lugar que había sido residencia de sus padres y escenario de su primera felicidad se mezcló, tras ceder a la primera sorpresa, una satisfacción tierna e indescriptible. Durante tanto tiempo se había visto acosada por su pesar que ahora disfrutaba con cada escena que despertaba el recuerdo de sus amigos; parecían vivir de nuevo en cada estancia, en la que había estado acostumbrada a verlos y sintió que La Vallée seguía siendo el hogar más feliz. Una de las primeras habitaciones que visitó fue la que había sido la biblioteca de su padre. Se sentó en su butaca y, mientras contemplaba con resignación temperada el cuadro de otros tiempos que le traía a la memoria, las lágrimas que derramó casi no podrían ser calificadas de dolorosas.

Poco después de su llegada se vio sorprendida por la visita del venerable monsieur Barreaux, que acudió impaciente a dar la bienvenida a la hija de su desaparecido y respetado vecino, tan largo tiempo ausente de su hogar. Emily se vio consolada por la presencia de un viejo amigo y pasaron una hora grata conversando sobre otros tiempos y relatando alguna de las circunstancias que le habían ocurrido a cada uno desde que se separaron.

Ya era una hora muy avanzada de la tarde cuando monsieur Barreaux se despidió de Emily, por lo que no pudo visitar el jardín aquella noche; pero, a la mañana siguiente, recorrió con impaciencia las escenas que tanto había echado de menos, y según paseaba bajo los árboles que su padre había plantado y bajo los que tantas veces había mantenido afectuosas conversaciones con él, su rostro, su sonrisa, incluso el acento de su voz, volvieron con exactitud a su imaginación y su corazón se derritió en tiernos recuerdos.

Era además la estación favorita del año para ella, en la que habían admirado

juntos los tintes ricos y variados de aquellos bosques y el efecto mágico de las luces otoñales en las montañas; y entonces, la vista de aquellos paisajes lo revivieron elocuentemente en su memoria. Según paseaba pensativa, imaginó la siguiente dedicatoria:

AL OTOÑO

¡Dulce otoño! ¡Como tu gracia melancólica
penetra en mi corazón, yo serpenteo a través de esas sombras!
Aliviada por tu suspiro inspirador, trazo tiernamente
las imágenes solitarias de la mente pensativa!
Escenas queridas, amigos amados
—¡perdidos hace tiempo!—,.se alzan a mi alrededor,
¡y despiertan el pensamiento fundido, la lágrima tierna!
¡Esa lágrima, ese pensamiento, que valoro más que el júbilo,
suaves como el tinte gradual que pinta tu año!
Contemplo con pesar tierno tu sonrisa de despedida,
tus luces radiantes, brillando suaves en los bosques;
tu paisaje lejano, bañad o de matices amarillos
mientras cae el dilatado destello; tus crecidas tortuosas,
ahora veladas en sombra, salvo donde navega el blanco botecillo,
deslizándose en la brisa, y recibiendo tu rayo flameante.
Pero ahora, ¡incluso ahora!, la visión parcial se rompe,
y la ola sonríe. ¡Cómo la arrastra la nube!
¡Símbolo de vida! —así es de inconstante su plan,
así la alegría sucede a la pena—. ¡Así sonríe el hombre alterado!

Una de la primeras preguntas de Emily tras su llegada a La Vallée fue en relación con Theresa, la vieja criada de su padre, que, como se recordará, monsieur Quesnel había hecho salir de la casa cuando fue alquilada, sin ayuda alguna. Al enterarse de que vivía en una cabaña a poca distancia, Emily fue paseando hasta allí, y, al acercarse, se congratuló al ver que su habitación estaba situada en un lugar grato sobre una zona verde, cubierta por robles y que tenía la apariencia de confortable y extremadamente limpia. Se encontró a la mujer en el interior, ocupada con las uvas, y al ver a su joven señora, casi se desvaneció por el júbilo.

—¡Ah, mi querida señorita! —dijo—, pensé que no os volvería a ver en este mundo cuando supe que habíais ido a ese lejano país. He sido maltratada desde que os fuisteis. ¡Que poco pensé que me despedirían a mi edad en la casa de mi viejo amo!

Emily lamentó lo ocurrido y le aseguró que trataría de hacer confortables los días

venideros y expresó su satisfacción al verla en un lugar tan grato.

Theresa le dio las gracia llorando y añadió:

—Sí, mademoiselle, es un hogar confortable gracias a un amigo amable que se hizo cargo de mí en mi desesperación cuando vos estabais demasiado lejos para ayudarme, y me dejó vivir aquí. ¡Qué poco pensé..., pero dejemos eso!

—¿Quién ha sido ese amigo tan amable? —dijo Emily—. Quienquiera que sea le consideraré también amigo mío.

—¡Ah, mademoiselle!, ese amigo me prohibió difundir su buena acción, no puedo decir quién era. Pero, ¡cómo habéis cambiado desde la última vez que os vi! Estáis muy pálida y también muy delgada, pero ¡aún sigue ahí la sonrisa de mi viejo amo! Sí, nunca la perdería, como tampoco la bondad que le hacía sonreír a él. ¡Qué día! ¡Los pobres perdieron verdaderamente un amigo cuando murió!

Emily se alteró con la mención de su padre y Theresa, al observarlo, cambió de conversación.

—Oí, mademoiselle —dijo—, que madame Cheron se casó con un caballero extranjero y que os llevó con ella a su país. ¿Cómo se encuentra?

Emily le informó de su muerte.

—¡Ya veo! —dijo Theresa—, si no hubiera sido la hermana de mi amo, nunca la habría apreciado, siempre fue algo atravesada. Pero, ¿cómo está el joven caballero, monsieur Valancourt? Era un joven hermoso, y bueno; ¿está bien, mademoiselle?

Emily se alteró claramente.

—¡Un hombre encantador! —continuó Theresa—. ¡Ah, mi querida señorita, no tenéis que adoptar ese aire tímido, estoy enterada de todo! ¿No pensáis que sé que os ama? Cuando os marchasteis, mademoiselle, solía venir al castillo y pasear por los alrededores desconsolado. Recorría todas las habitaciones del piso bajo y a veces se sentaba en una butaca, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo, y allí seguía pensando más de una hora. Le encantaba el salón del lado sur porque le dije que solía ser el vuestro, y allí solía quedarse, mirando los cuadros que yo le dije que habíais pintado vos, y tocando el laúd, que estaba colgado junto a la ventana, y leyendo en vuestros libros hasta que caía el sol. Entonces regresaba al castillo de su hermano. Y después...

—Está bien, Theresa —dijo Emily—, ¿cuánto tiempo hace que vives en esta cabaña y cómo puedo ayudarte? ¿Te quedarás aquí o volverás a vivir conmigo?

—Vamos —dijo Theresa—, no seáis tan tímida con vuestra vieja criada. Estoy segura de que no es nada malo que os guste un caballero tan bueno como él.

A Emily se le escapó un profundo suspiro.

—¡Cómo le gustaba hablar de vos! Yo le quería por eso. Pero no tardé en descubrir por qué venía al castillo. Después pasaba al jardín y a la terraza y se sentaba bajo el gran árbol durante todo el día con uno de vuestros libros en la mano; pero no

leía mucho, supongo, ya que un día que yo iba en esa dirección oí que alguien hablaba. «¿Quién puede estar ahí? —me dije—, estoy segura de que no ha entrado nadie en el jardín salvo el chevalier». Así que caminé sin hacer ruido para ver quién podía ser, y era el propio chevalier que hablaba de vos consigo mismo. Repetía vuestro nombre y suspiraba diciendo que os había perdido para siempre, ya que nunca volveríais a él. Pensé que había perdido el sentido, pero no dije nada y me alejé.

—Deja ya ese juego —dijo Emily despertando de su sueño—, me desagrada.

—Cuando monsieur Quesnel alquiló el castillo creí que se rompía el corazón del chevalier.

—Theresa —dijo Emily seriamente—. ¡No debes volver a mencionar el nombre del chevalier!

—¡No nombrarle, mademoiselle! —exclamó Theresa—. ¿Qué es lo que nos ha traído el paso del tiempo? Aprecio al chevalier después de a mi viejo amo y a vos, mademoiselle.

—Tal vez tu aprecio no estuvo bien otorgado —replicó Emily, tratando de ocultar sus lágrimas—, pero sea como fuere, no volveremos avernos.

—¡No os volveréis a ver! ¡No está bien dedicado! —exclamó Theresa—. ¿Qué es lo que oigo? No, mademoiselle, mi aprecio estaba bien dedicado porque fue el chevalier Valancourt el que me dio esta casa y el que me ha sostenido en mi vejez desde que monsieur Quesnel me expulsó de la casa de mi amo.

—¡El chevalier Valancourt! —exclamó Emily temblorosa.

—Sí, mademoiselle, él mismo, aunque me hizo prometerle que no lo diría, pero no he podido evitarlo cuando oigo hablar mal de él. Querida señorita, podéis llorar si os habéis comportado poco amablemente con él, porque no hay ni un solo joven caballero que tenga el corazón más tierno que él. Me encontró en medio de mi desesperación cuando vos estabais demasiado lejos para ayudarme; y monsieur Quesnel rehusó hacerlo y me indicó que me pusiera a servir de nuevo. ¡Ya era demasiado vieja para eso! El chevalier me encontró y me trajo a esta cabaña, y me dio dinero para amueblarla y me hizo buscar a otra mujer pobre para que viviera conmigo y ordenó al administrador de su hermano que me pagara cada trimestre, lo que me ha permitido vivir confortablemente. Pensad entonces, mademoiselle, si no tengo razones para hablar bien del chevalier. Hay otros que lo hubieran podido pagar mejor que él, y me temo que ha tenido dificultades por su generosidad, porque ya ha pasado el tiempo y no me ha llegado el dinero. Pero no lloréis así, mademoiselle, ¿no estaréis lamentando el oír de la bondad del chevalier?

—¡Lamentarlo! —dijo Emily, y lloró con más fuerza—. ¿Cuánto tiempo hace que no lo ves?

—Hace mucho, mademoiselle.

—¿Cuándo tuviste noticias de él? —preguntó Emily con emoción creciente.

—No desde que se marchó de pronto al Languedoc, cuando acababa de llegar de París, de otro modo estoy segura de que le habría visto. Han pasado muchos días desde entonces, como digo, y no me ha llegado el dinero; empiezo a temer que le haya sucedido algo, y si no fuera porque estoy tan lejos de Estuviere y tan vieja, habría ido a preguntar por él, pero no tengo a nadie que lo haga por mí.

La ansiedad de Emily por la suerte de Valancourt era casi insoportable, y puesto que no había problema en que enviara a alguien al castillo de su hermano, le pidió a Theresa que contratara de inmediato a alguna persona para que fuera al administrador de su parte, y que a la vez que preguntaba por el dinero que se le debía, hiciera averiguaciones relativas a Valancourt. Pero antes hizo que Theresa prometiera que nunca mencionaría su nombre en este asunto o al chevalier Valancourt, y su anterior lealtad a monsieur St. Aubert indujo a Emily a confiar en sus promesas. Theresa, muy contenta, se ocupó de buscar a una persona para el propósito y Emily, tras darle una suma de dinero para que conservara sus comodidades, regresó a su casa con el espíritu oprimido, lamentando más que nunca que un corazón poseedor de tanta caridad como el de Valancourt se hubiera contaminado con los vicios del mundo sin que le afectara en sus amabilidades con su vieja criada.

Capítulo XII

La luz se oscurece, y el cuervo
mueve sus alas hasta el bosque rocoso:
las buenas cosas del día comienzan a caer, y se adormecen,
mientras los agentes negros de la noche despiertan a sus presas.

MACBETH

Mientras tanto, el conde De Villefort y Blanche habían pasado una grata quincena en el castillo de St. Foix con el barón y la baronesa, durante la cual hicieron frecuentes excursiones por las montañas y estuvieron encantados con la tosquedad romántica del paisaje de los Pirineos. El conde lamentó tener que decir adiós a sus viejos amigos, aunque con la esperanza de verlos pronto unidos en una sola familia, porque se estableció que monsieur St. Foix, que les atendía en Gascuña, recibiría la mano de Blanche tras su llegada al Chateau-le-Blanc. Como el camino desde la residencia del barón a La Vallée se extendía por una de las partes más agrestes de los Pirineos y los carruajes nunca hubieran podido pasar, el conde alquiló algunas mulas para él y su familia, así como una pareja de guías que estaban bien armados y que conocían todos los pasos entre las montañas y cada rincón del camino, y podían decirles los nombres de los puntos más altos de esta cadena de los Alpes, de cada bosque que se extendía por sus estrechos valles, las partes más suaves de los torrentes que debían cruzar y la distancia exacta de cada cabaña de pastores y de cazadores que pudieran encontrarse, porque el aprendizaje no necesitaba una memoria muy capaz, ya que los habitantes más simples conocían la zona a la perfección y habían recorrido aquellas regiones.

El conde salió del castillo de St. Foix a hora temprana con intención de pasar la noche en una pequeña posada en las montañas, aproximadamente a mitad de camino a La Vallée, de la que le habían informado sus guías. Aunque era frecuentada principalmente por muleros españoles en su camino hacia Francia y el acomodo no sería bueno, el conde no tuvo alternativa, ya que era el único lugar parecido a una posada que había en la ruta.

Tras un día de admiración y fatiga, los viajeros se encontraron a la puesta del sol en un valle frondoso, rodeado por todas partes por abruptas alturas. Habían recorrido muchas leguas sin ver casa alguna y oyendo únicamente de cuando en cuando en la distancia el sonido melancólico de las campanillas de las cabras; pero les llegaron de pronto las notas de una música alegre, y vieron a continuación, en un pequeño llano verde entre las rocas un grupo de montañeros en alegre danza. El conde, que no podía ver con indiferencia la felicidad del mismo modo que la desgracia de los demás, se llenó de gozo con esta escena de simple recreo. El grupo estaba formado por campesinos franceses y españoles, habitantes de unas cabañas próximas, algunos de los cuales interpretaban un baile animado, las mujeres con castañuelas en las manos, con los sonidos del laúd y del tambor, hasta que con una canción francesa la música pasó a un ritmo más suave y dos mujeres campesinas bailaron una pavana española.

El conde, comparándolas con las escenas alegres de las que había sido testigo en París, pensó que eran de falso gusto, y mientras trataban en vano de imitar el brillo de la naturaleza, ocultaban los encantos de la animación, en los que lo afectado distorsionaba los aires y el vicio pervertía las costumbres. Suspiró al pensar que las gracias naturales y los placeres inocentes florecen en lo agreste de la soledad, mientras se pierden en el concurso de la sociedad cultivada. Pero la extensión de las sombras recordó a los viajeros que no tenían tiempo que perder, y abandonaron al alegre grupo y prosiguieron hacia la posada que debía darles cobijo durante la noche.

Los rayos del sol se ocultaban y lanzaban un brillo amarillo por los bosques de pinos y castaños que oscurecían las regiones más bajas de las montañas y que daban tintes de resplandor a las cumbres nevadas. Pero pronto incluso esta luz desapareció y el paisaje asumió una apariencia más tremenda, investida con la oscuridad del crepúsculo. Los torrentes que habían visto, ahora sólo eran oídos; las altas montañas que habían mostrado la variedad de sus formas y altitudes eran una oscura mancha, y el valle, que quedaba a lo lejos, ya no podía ser distinguido con la vista. Un brillo melancólico seguía surgiendo en la cumbre de los Alpes más altos, que contemplaban

el profundo reposo de la tarde y que parecían hacer más tétrica la tranquilidad.

Blanche contempló las escenas en silencio y escuchó con entusiasmo el murmullo de los pinos, que extendían sus líneas oscuras a lo largo de las montañas, y la débil voz de las gamuzas entre las rocas que le llegaba de cuando en cuando con el aire. Pero su entusiasmo se convirtió en temor cuando, al hacerse las sombras más profundas, miró el dudoso precipicio que bordeaba el camino así como las variadas formas fantásticas de peligro que asomaban a través de la oscuridad, y preguntó a su padre si estaban muy lejos de la posada y si no consideraba que el camino era peligroso a aquella hora. El conde repitió la pregunta a los guías, que devolvieron una respuesta dudosa, añadiendo que cuando fuera más oscuro sería más seguro descansar hasta que saliera la luna.

—Ahora mismo ya no parece muy seguro seguir —dijo el conde.

Pero los guías le aseguraron que no había peligro alguno y continuaron. Blanche, animada por su afirmación, se dejó llevar de nuevo por el pensativo placer al contemplar el avance del crepúsculo extendiendo gradualmente sus tintes por bosques y montañas y ocultando a su vista los detalles del paisaje hasta que sólo quedaron las grandes líneas de la naturaleza. Entonces cayó el rocío silencioso en las flores silvestres y en las plantas aromáticas que crecían a lo largo de los riscos, despidiendo su dulzura; también la abeja de las montañas había caído en su cama de capullos y había desaparecido el zumbido de todos los insectos que volaban alegres bajo los rayos del sol; el sonido de muchas corrientes de agua, que no habían oído hasta aquel momento, comenzó a murmurar en la distancia. Sólo los murciélagos, de todos los animales de la región, parecían despiertos, y mientras cruzaban el sendero silencioso que seguía Blanche, recordó los versos siguientes que Emily le había dado:

AL MURCIÉLAGO

De la caza del hombre, del resplandor agobiante del día,
te ocultas en las ruinas de la torre de hiedra,
o en la romántica enramada de algún valle sombreado,
en la que formas mágicas preparan sus místicos encantos.
¡Donde el horror acecha, y todos los augurios se detienen!
Pero a la dulce y silenciosa hora de la tarde,
cuando están casi dormidas las lánguidas flores,
te gusta jugar en el aire del crepúsculo,
burlándote de la mirada que quisiera perseguir tu curso,
con muchas revueltas traviesas, elástico, alegre,
tu revoloteo cruza el camino del pensamiento que te mira,
cuando sus pisadas solitarias se marcan en el rocío de la montaña.
Desde las islas indias vienes, en el carro del verano,

oscureciendo tu amor—¡tu guía es la brillante estrella!

A una imaginación calurosa, las formas dudosas que flotaban ocultas a medias en la oscuridad permitían mayor deleite que el más variado paisaje que el sol pudiera iluminar. Mientras la fantasía se muere así por los paisajes de su propia creación, una dulce complacencia se acomoda en la mente, y

lo purifica todo en sutil sentimiento,
proclama la lágrima de oleaje embelesado.

El sonido distante de un torrente, el débil temblor de la brisa entre los árboles o el ruido lejano de una voz humana, perdida un momento y recuperada después, son detalles que elevan maravillosamente el tono entusiástico de la mente. El joven St. Foix, que vio las presentaciones de una fantasía fervorosa y sentía todos los entusiasmos que pudiera sugerir, interrumpió a veces el silencio, que el resto del grupo parecía haber acordado preservar, destacando y señalando a Blanche los más sorprendentes efectos de la hora en el paisaje; mientras ella, cuyos temores se suavizaban por la conversación de su amor, cedió al gusto tan suyo y conversaron en voz baja sobre el efecto de aquella tranquilidad pensativa que inspiraban el crepúsculo y el escenario, más que algún temor que pudieran tener. Pero mientras el corazón se llenaba así de ternura, St. Foix mezcló gradualmente su admiración por el campo, con referencias a su efecto, y continuó hablando y Blanche escuchando, hasta que las montañas, los bosques y las ilusiones mágicas del crepúsculo no fueron ya recordados.

Las sombras de la tarde no tardaron en convertirse en la tristeza de la noche, que en cierta medida se anticipaba por la bruma, que surgiendo rápida alrededor de las montañas, caía en oleadas oscuras por las laderas, y los guías propusieron que descansaran hasta que saliera la luna, añadiendo que creían que se acercaba una tormenta. Según miraban a su alrededor buscando un lugar que pudiera proporcionarles algún tipo de refugio, divisaron un objeto oscuro en una roca, un poco más abajo de la montaña, que imaginaron que sería la cabaña de un pastor o de un cazador, y el grupo, con pasos cautelosos, se dirigió hacia allí. Su trabajo no fue recompensado a sus temores suavizados, porque al llegar al objeto de su investigación descubrieron una cruz de gran tamaño que marcaba el sitio que había sido manchado por un asesinato.

La oscuridad no les permitió leer la inscripción, pero los guías sabían que era una cruz levantada en memoria de un conde de Belyard, que había sido asesinado allí por una horda de bandidos que infestaban aquella parte de los Pirineos unos pocos años antes, y el tamaño poco común del monumento permitía justificar la suposición de

que fue erigido por una persona distinguida. Blanche tembló al escuchar algunos detalles horribles del destino del conde, que uno de los guías relató en tono bajo y contenido, como si el sonido de su propia voz le asustara. Pero mientras se aproximaban a la cruz, escuchando la historia, un relámpago iluminó la roca, el trueno resonó en la distancia, y los viajeros abandonaron la escena de horror solitario en busca de refugio.

Tras regresar a su camino anterior, los guías trataron de interesar al conde con varias historias de robo e incluso de asesinato que habían sido perpetrados en los mismos lugares por los que inevitablemente tenían que pasar, con referencias a su propio valor y a sus maravillosas escapadas. El jefe de los guías, o más bien el que iba más armado, sacando una de sus cuatro pistolas, que llevaba metidas en el cinturón, juró que había disparado a tres ladrones en un año. Blandió a continuación un cuchillo de gran tamaño, y estaba a punto de comentar la maravillosa ejecución para la que le había servido cuando St. Foix, advirtiendo que Blanche estaba aterrorizada, le interrumpió. El conde, mientras tanto, riéndose secretamente por las terribles historias y las extravagantes exageraciones del hombre, decidió tomarle a broma, y tras informar con un susurro a Blanche de sus intenciones, comenzó a contar algunos hechos que excedían infinitamente cualquiera de los relatados por el guía.

Ante las sorprendentes aventuras a las que con maña dio los colores de la verdad, los guías, a pesar de su coraje, se vieron visiblemente afectados y continuaron silenciosos mucho después de que el conde hubiera dejado de hablar. La locuacidad del jefe héroe quedó así adormecida; la vigilancia de su mirada y de sus oídos, se despertó, ya que escuchaba con ansiedad los truenos que sonaban a intervalos, y se detenía con frecuencia cuando la brisa creciente resonaba entre los pinos. Pero, cuando hizo un alto inesperado ante un grupo de alcornoques que se extendían sobre el camino, y sacó la pistola antes de aventurarse a los bandidos que podían esconderse detrás de él, el conde no pudo contener la risa.

Al llegar a un llano sobre el precipicio, a cubierto en parte del viento, rodeado por un bosque de alerces que se inclinaban hacia un lado, y como los guías seguían ignorantes de lo que quedaba para llegar a la posada, los viajeros decidieron descansar hasta que saliera la luna o se disipara la tormenta. Blanche, conmovida por el sentir del momento, miró a su alrededor con terror; pero, dando la mano a St. Foix, descabalgó y todo el grupo entró en una especie de caverna, si así puede ser llamada, pues era sólo una concavidad formada por la curva de unas rocas entrantes. Encendieron una luz y el fuego, cuyas llamas aportaron un cierto ánimo y no poca comodidad, porque, aunque el día había sido caluroso, el aire de la noche de las montañas era frío; el fuego era parcialmente necesario también para mantener alejados a los lobos de los que las montañas estaban infestadas.

Extendieron las provisiones en un saliente de la roca, y el conde y su familia compartieron la cena, que en un escenario menos agreste habría considerado menos excelente. Cuando terminaron, St. Foix, impaciente por la salida de la luna, se dirigió hacia el precipicio hasta un punto situado frente al este, pero todo estaba envuelto en la oscuridad y el silencio de la noche se veía roto únicamente por el murmullo de los árboles que se agitaban a lo lejos o por la tormenta distante y, de vez en cuando, por las débiles voces del grupo del que se había separado. Contempló, con emociones de profundidad sublime, las largas formas de las nubes sulfurosas que flotaban por las regiones superiores y medias del aire, y los relámpagos que lucían desde ellas, a veces en silencio y, otras, seguidos por los temblores del trueno, que las montañas prolongaban, mientras todo el horizonte y el abismo a cuyo borde se encontraba quedaba al descubierto por una luz momentánea. En la oscuridad siguiente, el fuego, que se mantenía en la cueva, extendió un brillo parcial iluminando algunos puntos de las rocas opuestas y las copas de los pinos que crecían en las laderas inferiores, mientras su refugio parecía quedar en una sombra más oscura.

St. Foix dejó de observar el cuadro que ofrecía el grupo de la cueva, donde las elegantes formas de Blanche contrastaban con la figura majestuosa del conde, que estaba sentado a su lado en una piedra, y ofrecían un cuadro más impresionante por los trajes grotescos y las recias figuras de los guías y otros criados, que estaban en la parte posterior del lugar. El efecto de la luz también era interesante. En las figuras reunidas producía un brillo fuerte aunque pálido y relucía en sus armas brillantes, mientras las ramas de un árbol gigante que lanzaba su sombra desde el promontorio superior parecían de un tinte rojo oscuro, destacándose casi imperceptiblemente de la oscuridad de la noche.

Mientras St. Foix contemplaba la escena, la luna, grande y amarilla, se alzó sobre las cumbres del este, surgiendo de entre las nubes y mostrando pálidamente la grandeza de los cielos, las masas de bruma que corrían a medio camino por debajo del precipicio y las imprecisas montañas.

¡Qué terrible deleite además del sufrir sublime!
Como el del marinero de un naufra gio en una costa desierta,
contemplar el enorme derroche de niebla, agitada,
extendiéndose en oleadas a lo ancho del horizonte!

THE MINSTREL

Las voces de los guías le despertaron de su sueño romántico repitiendo su nombre, que reverberó de montaña en montaña como si le llamaran miles de lenguas, por lo que no tardó en hacer desaparecer los temores del conde y de Blanche, regresando a la caverna. No obstante, como la tormenta parecía aproximarse no

abandonaron su refugio, y el conde, sentado entre su hija y St. Foix, trató de distraer los temores de la primera y conversó sobre temas relativos a la historia natural del paisaje en el que se encontraban. Habló de sustancias minerales y de los fósiles que se encontraban en las profundidades de aquella montañas; las vetas de mármol y granito, de las que estaban llenas; los estratos de conchas, descubiertos cerca de las cumbres a miles de brazas por encima del nivel del mar y a una enorme distancia desde el lugar donde estaban las playas; de los tremendos abismos y de las cavernas de las rocas, las grotescas formas de las montañas, y los distintos fenómenos que parecen imprimir en el mundo la historia del diluvio. De la historia natural descendió a mencionar los acontecimientos y circunstancias relacionados con la historia civil de los Pirineos; mencionó algunas de las fortalezas más notables, que Francia y España habían levantado en los pasos de aquellas montañas, y ofreció una pequeña reseña de los sitios más célebres y de los encuentros en tiempos antiguos, cuando la Ambición asustó por primera vez a la Soledad en aquellas profundas cimas e hizo que aquellas montañas, que anteriormente sólo habían repetido el eco del rugir de los torrentes, temblaran con los golpes de las armas, y el momento en que los primeros pasos del hombre en su sagrado recinto habían dejado la impronta de la sangre. .

Blanche estaba sentada, escuchando con atención la descripción de escenas doblemente interesantes y sumergida en solemne emoción, cuando consideraba que aquél era el mismo lugar en el que en otro tiempo ocurrieron aquellos acontecimientos, y su sueño se vio interrumpido de pronto por un ruido que llegó con el viento. Era el ladrido distante de un perro guardián. Los viajeros escucharon con animada esperanza y, como el viento sopló con más fuerza, supusieron que el sonido llegaba desde poca distancia, y los guías tuvieron pocas dudas de que, si procedían de la posada, estaban muy próximos a ella, por lo que el conde decidió que continuaran su camino. La luna les brindaba una luz más fuerte aunque aún incierta, al moverse entre trozos de nubes, y los viajeros, guiados por el sonido, recomenzaron su viaje por el borde del precipicio precedidos por una sola antorcha que completaba la luz de la luna, porque los guías, creyendo que llegarían a la posada antes de la puesta del sol, no se habían provisto de ninguna más. Con precaución silenciosa siguieron tras el ladrido, que se oía a intervalos y que, pasado algún tiempo, cesó por completo. Los guías trataron de dirigirse hacia la parte de la que había procedido, pero el profundo estruendo de la torrentera no tardó en llamar su atención, cuando llegaban a un tremendo corte de la montaña, que parecía impedir cualquier progreso. Blanche descabalgó de su mula, como hicieron el conde y St. Foix, mientras los guías recorrieron el borde del precipicio en busca de un puente, que, fuera o no primitivo, les permitiera cruzar al otro lado. Al fin confesaron lo que el conde había empezado a sospechar, que ya llevaban algún tiempo con dudas sobre el camino y que de lo único que estaban seguros era de que se habían perdido.

A poca distancia descubrieron un paso primitivo y peligroso, formado por un pino enorme, que lanzado por encima del abismo, unía los precipicios opuestos y que probablemente había sido colocado por algún cazador para facilitar su persecución de los lobos. Todos, excepto los guías, temblaron ante la idea de cruzar aquel puente alpino, cuyos lados no tenían defensa alguna y del que caer suponía la muerte. Sin embargo, los guías se prepararon para hacer pasar a las mulas, mientras Blanche permanecía temblorosa a un lado y escuchaba el rugir de las aguas, que se veían descender desde las rocas más altas, cubiertas con pinos, y desde allí precipitarse a las profundidades del abismo, cubierto de espuma blanca que brillaba levemente a la luz de la luna. Los pobres animales cruzaron el peligroso puente con precaución instintiva, pero ni asustados por el ruido de la catarata o engañados por la oscuridad que el enorme follaje producía en su camino. En ese momento la única antorcha que hasta entonces les había prestado muy poco servicio, se convirtió en un tesoro inestimable; y Blanche, aterrorizada, temblorosa, pero tratando de recuperar toda su firmeza y presencia de ánimo, precedida por su enamorado y sostenida por su padre, siguió el brillo rojo de la antorcha, sin peligro, al otro lado de la sima.

Según avanzaban, las alturas se aproximaron y formaron un camino estrecho, al fondo del cual el torrente que acababan de cruzar se oía como un trueno. Pero se vieron de nuevo animados por el ladrido del perro, manteniendo su guardia tal vez en los rebaños de las montañas, protegiéndolos de las bajadas nocturnas de los lobos. El sonido les llegaba de mucho más cerca que antes, y mientras se regocijaban con la esperanza de encontrar pronto un lugar de reposo, vieron una luz en la distancia. Surgió a considerable altura sobre el nivel de su sendero y la vieron aparecer y desaparecer, según las ramas de los árboles excluían o permitían el paso de sus rayos. Los guías gritaron con todas sus fuerzas, pero no les llegó sonido humano alguno como respuesta, y, al final, como medio más seguro de darse a conocer, dispararon una pistola. Esperaron ansiosamente alguna respuesta, pero sólo les llegó el eco entre las rocas, que acabó sumiéndose en el silencio. No obstante, la luz que habían visto antes se hizo más intensa y poco después oyeron voces que les llegaban con el viento, y cuando los guías repitieron su llamada, las voces cesaron inesperadamente y la luz desapareció.

Blanche se sintió más conmovida por la ansiedad, la fatiga y el temor, y los esfuerzos conjuntos del conde y de St. Foix casi no lograron reanimarla. Según continuaron su camino, percibieron algo en una roca superior, sobre la que caían los intensos rayos de la luna, y les pareció que se trataba de una atalaya. El conde, por su situación y por otros detalles, casi no dudaba de que lo era, y creyendo que la luz que habían visto procedía de allí, trató de reanimar a su hija con la esperanza de cobijo y reposo, al margen de las mínimas condiciones que pudiera tener una atalaya ruinosa.

—Han sido levantadas muchas atalayas en los Pirineos —dijo el conde, sólo

interesado en apartar la atención de Blanche de sus miedos—, y el método por el que se sirven para enterarse de que se acerca el enemigo es, como sabes, por hogueras encendidas en la parte superior de estos edificios. En otros tiempos se comunicaban así las señales de puesto a puesto a lo largo de una línea fronteriza de cientos de millas de longitud. Después, si la ocasión lo requería, los ejércitos escondidos emergían de sus fortalezas y de los bosques y marchaban hacia delante para defender la entrada de algún gran paso, donde colocándose en las alturas, asaltaban a sus sorprendidos enemigos, que avanzaban por debajo, con fragmentos de roca, y extendían la muerte y la derrota sobre ellos. Los antiguos fuertes y las atalayas que dominaban los grandes pasos de los Pirineos son conservados cuidadosamente, pero algunos de ellos, en posiciones inferiores, se encuentran en ruinas y se convierten con frecuencia en el hogar más pacífico posible del cazador o del pastor, quienes después de un día duro se retiran a ellos, y con sus perros leales, cerca de un ansioso fuego, dejan la labor de la caza o la ansiedad de recuperar sus rebaños, mientras se cobijan de una tormenta nocturna.

—¿Pero están siempre tan pacíficamente habitados? —dijo Blanche.

—No —replicó el conde—, a veces sirven de asilo a contrabandistas franceses y españoles que cruzan las montañas con los productos de sus respectivos países, y se envían a veces fuertes grupos de las tropas del rey. Pero con frecuencia la decisión desesperada de estos aventureros sobrepasa el coraje de los soldados, pues saben que si son apresados, deben expiar el incumplimiento de la ley con una muerte cruel, y viajan en grandes grupos y bien armados. Los contrabandistas que buscan sólo su seguridad nunca inician una batalla que puedan evitar. Los militares que saben también que estos encuentros son peligrosos y en los que no es posible alcanzar la gloria, parecen igualmente dudosos ante la lucha. En consecuencia, las batallas se producen raramente, pero cuando sucede, nunca concluyen hasta que se produce el conflicto más desesperado y sangriento. No me estás escuchando, Blanche —añadió el conde—, te he preocupado con este tema tan molesto, pero mira allí, a la luz de la luna está el edificio que buscábamos, y hemos tenido la suerte de encontraos cerca de él antes de que estalle la tormenta.

Blanche miró hacia arriba y comprobó que se encontraban al pie de una colina en cuya cumbre estaba el edificio, del que no procedía luz alguna. También había cesado el ladrido del perro y los guías comenzaron a dudar si efectivamente era aquello lo que buscaban. Desde la distancia en la que se encontraba parecía de mayor tamaño que una simple atalaya, pero las dificultades que se les presentaban eran las de subir hasta aquella altura, cuyos abruptos declives no indicaban que hubiera sendero alguno.

Mientras los guías se adelantaron con la antorcha para examinar el lugar, el conde permaneció al pie de la montaña con Blanche y St. Foix, bajo la sombra de los

bosques, tratando de que pasara el tiempo con la conversación, pero la ansiedad hizo que Blanche se abstrajera. Entonces comentó en un aparte con St. Foix si consideraba que sería aconsejable, en caso de que fuera encontrado un sendero, aventurarse hasta un edificio que podía ser albergue de bandidos. Consideraron que su grupo no era tan pequeño y que varios de ellos iban bien armados, y tras enumerar los peligros en que incurrirían al pasar la noche a la intemperie, expuestos, tal vez, a los efectos de la tormenta, no les quedó duda alguna de que debían tratar de entrar en el edificio a cualquier riesgo referente a las personas que pudiera haber dentro, pero la oscuridad y el silencio mortal que les rodeaba parecían contradecir la probabilidad de que estuviera habitado.

Un grito de uno de los guías llamó su atención, tras lo cual, en pocos minutos, uno de los criados del conde regresó con la noticia de que habían encontrado un sendero e inmediatamente emprendieron el camino para reunirse con los guías. Ascendieron por un estrecho camino en círculos, cortado en la roca entre la espesura de árboles enanos, y tras mucho trabajo y algún peligro, alcanzaron la cumbre, donde varias torres ruinosas, rodeadas por un muro, se alzaban ante su vista, parcialmente iluminadas por la luz de la luna. El espacio alrededor del edificio estaba silencioso y aparentemente olvidado, pero el conde fue precavido.

—Avanzad sin ruido —dijo, en voz baja—, mientras reconocemos el edificio.

Tras proseguir silenciosamente, se detuvieron ante la puerta, cuyas hojas estaban totalmente en ruinas, y, tras un momento de duda, pasaron al patio de entrada, pero deteniéndose de nuevo al comienzo de la terraza, que partía desde allí y corría a lo largo del borde del precipicio. Sobre ésta, se elevaba el cuerpo principal del edificio, que comprobaron que no era una atalaya, sino una de esas fortalezas antiguas que el tiempo y el abandono habían llevado a la decadencia. Sin embargo, muchas partes parecían estar completas. Había sido construido en piedra gris en el pesado estilo gótico sajón, con enormes torres redondas, baterías de proporcionada fortaleza, y el arco de la enorme puerta, que parecía abrirse a un vestíbulo, era redondo como el de la ventana superior. El aire de solemnidad que tan fuertemente había caracterizado el conjunto, incluso en los días de su uso, se veía considerablemente aumentado por los bastiones y los muros demolidos a medias y por las tremendas masas de ruinas, diseminadas a su alrededor, silenciosas y cubiertas de hiedra. En el patio de entrada permanecían los restos de un roble gigante, que debía haber florecido y decaído con el edificio, al que parecía sostener por algunas de sus ramas sin hojas, y con el musgo crecido por todo el tronco y que por su contorno aún daba muestras del gigantesco tamaño que había tenido en otro tiempo. Evidentemente la fortaleza había tenido gran importancia por su situación en un extremo de las rocas, que permitía una amplia visión, y tenía que haber servido para asustar, tanto como para resistir. El conde, según la recorría, se sorprendió por el hecho de que a pesar de su antigüedad no

estuviera totalmente en ruinas, y su aire solitario y desértico llenó su pecho de emociones melancólicas. Mientras se sumergía por unos momentos en estos pensamientos, le pareció oír voces que llegaban desde el interior del edificio, cuya parte frontal revisó de nuevo con atenta mirada, pero sin que viera luz alguna. Decidió entonces recorrerlo por el exterior hasta el punto más alejado de donde creía que habían procedido las voces, con objeto de comprobar si se veía alguna luz antes de aventurarse a llamar a la puerta. Con este propósito entró en la terraza, donde los restos de los cañones asomaban en sus espesos muros, pero no había avanzado mucho cuando detuvo su paso por el estrepitoso ladrido de un perro desde el interior, que supuso que era el mismo que había oído y les había conducido hasta allí. Parecía cierto que el lugar no estaba habitado, y el conde regresó para consultar de nuevo con St. Foix si debían entrar, porque el aspecto salvaje del conjunto había debilitado su anterior resolución. Después de hacerlo, sometió a su consideración lo que había pensado anteriormente, que confirmaba el descubrimiento del perro que guardaba el lugar, así como la quietud que prevalecía. Ordenó a uno de sus criados que llamara a la puerta, que ya avanzaba para obedecerle cuando apareció una luz a través de una de las troneras de las torres y el conde llamó en voz alta, sin recibir respuesta. Se acercó él mismo a la puerta y golpeó con la aldaba. Cuando cesaron los ecos que había despertado el golpe, los nuevos ladridos, y había más de un perro, fueron los únicos sonidos que oyeron. El conde dio unos pasos hacia atrás para observar si había alguna luz en la torre, y al comprobar que había desaparecido, regresó a la puerta, haciendo sonar de nuevo la aldaba, momento en que le pareció oír murmullos de voces en el interior y se detuvo para escuchar. Confirmó su suposición, pero eran demasiado lejanas para ser oídas como algo más que un murmullo, y el conde dejó caer con fuerza la aldaba sobre la puerta, a lo que siguió un profundo silencio. Era evidente que las personas que había en el interior habían oído el ruido y su precaución antes de admitir a desconocidos le dio una favorable opinión sobre ellos.

—Deben ser cazadores o pastores —dijo— que, como nosotros, probablemente han buscado refugio para pasar la noche en estos muros y temen admitir a desconocidos que pudieran ser ladrones. Trataré de disipar sus temores. Al decir esto, gritó: —Somos amigos que solicitan refugio para pasar la noche. A los pocos momentos, se oyeron pasos en el interior y una voz preguntó: —¿Quien llama?

—Amigos —repitió el conde—, abrid las puertas y sabréis algo más. Se oyeron grandes cerrojos y apareció un hombre armado con un arpón de caza.

—¿Qué es lo que queréis a esta hora? —dijo.

El conde hizo una señal a sus criados y contestó que deseaba preguntar por el camino hasta la cabaña más próxima.

—¿Conocéis tan poco estas montañas —dijo el hombre—, que no sabéis que no hay ninguna en varias leguas a la redonda? No puedo mostraros el camino, debéis

buscarlo vos mismos. Hay una...

Al decir esto, se dispuso a cerrar la puerta y el conde se volvió, a medias contrariado y a medias temeroso, cuando se oyó otra voz desde arriba, y, al mirar vio una luz y la cara de un hombre en la reja de la puerta.

—Un momento, amigo, ¿os habéis perdido? —dijo la voz—, sois cazadores, supongo, como nosotros. Acudo al momento.

La voz cesó y la luz desapareció. Blan che se había asustado con la aparición del hombre que había abierto la puerta y rogó a su padre que se alejaran de aquel lugar; pero el conde, que había visto el arpón del cazador, se animó con las palabras del que había hablado desde la torre. La puerta se abrió de nuevo y varios hombres, con ropas de cazadores, que habían escuchado desde arriba lo que sucedía, aparecieron, y tras escuchar las informaciones del conde, le dijeron que era bienvenido para descansar allí durante la noche. Le presionaron con cortesía para que entraran y participaran de su cena, que estaba a punto de tomar. El conde, que los había observado atentamente mientras hablaban, fue precavido y tuvo algunas sospechas, pero también estaba cansado, temía la tormenta que se aproximaba y el permanecer en las alturas alpinas en la oscuridad de la noche, por lo que, tras una consideración más detallada y confiando en la fuerza y el número de sus criados, decidió aceptar la invitación. Con esta resolución llamó a sus criados, quienes avanzaron alrededor de la torre, tras la cual algunos de ellos habían escuchado en silencio su conversación. Siguieron a su señor, a la condesa Blanche y a St. Foix al interior del fuerte. Los desconocidos los condujeron por un espacioso y rústico vestíbulo, parcialmente iluminado por un fuego que ardía en uno de los extremos, alrededor del cual estaban sentados cuatro hombres con ropas de cazadores, y junto a la chimenea dormitaban varios perros. En medio de la habitación había una mesa de gran tamaño y en el fuego se cocía la carne de algún animal. Al aproximarse el conde, los hombres se pusieron en pie, y los perros, levantados a medias, miraron con fiereza a los desconocidos, pero al oír las voces de sus amos se mantuvieron junto a la chimenea.

Blanche recorrió con la mirada el vestíbulo sombrío y espacioso, después a los hombres, y luego a su padre, que la sonreía para darle ánimos, y se dirigió a los cazadores.

—Es una chimenea hospitalaria —dijo el conde—, el agitarse de las llamas vivifica después de haber paseado tanto tiempo por estas zonas tan agrestes. Vuestros perros están fatigados, ¿habéis tenido éxito?

—Como de costumbre —replicó uno de los hombres, que estaban sentados en el vestíbulo—, matamos nuestra caza con una certeza tolerable.

—Son compañeros de caza —dijo uno de los hombres que habían dado paso al conde hasta allí—, se han perdido, y les he dicho que hay espacio suficiente para todos.

—Muy cierto, muy cierto —replicó su compañero—, pero ¿qué suerte habéis tenido en la caza, hermanos? Nosotros hemos matado dos venados y se puede decir que no está nada mal.

—Os equivocáis, amigo —dijo el conde—, no somos cazadores, sino viajeros, pero si nos admitís en la rueda de los cazadores, estaremos muy conformes y os compensaremos por vuestra gentileza.

—Entonces, sentaos, hermano —dijo uno de los hombres—. Jacques, echa más leña al fuego, la cena estará pronto lista; trae también un asiento para la señora. Mademoiselle, ¿probaréis nuestro brandy? Es de Barcelona y tan brillante como el que jamás haya salido de la destilería.

Blanche sonrió tímidamente, y ya iba a rehusarlo cuando su padre la previno, cogiendo con aire de buen humor el vaso que ofrecían a su hija; y monsieur St. Foix, que estaba sentado a su lado, apretó su mano y le dirigió una mirada de ánimo, pero su atención se había concentrado en un hombre que, sentado silenciosamente junto al fuego, observaba a St. Foix con la mirada fija.

—Lleváis una vida animada aquí —dijo el conde—, la vida del cazador es grata y saludable, y el descanso muy dulce cuando sucede a un día de trabajo.

—Sí —replicó uno de sus anfitriones—, nuestra vida es bastante grata. Vivimos aquí únicamente durante los meses de verano y otoño. En invierno el lugar es muy desolado y los tremendos torrentes que descienden de las alturas impiden la caza.

—Es una vida de libertad y satisfacciones —dijo el conde—, pasaría con gusto un mes del mismo modo.

—También podemos encontrar empleo para nuestras pistolas —dijo un hombre que estaba detrás del conde—, hay gran cantidad de pájaros, de delicioso sabor, que se alimentan con el tomillo silvestre y las hierbas que crecen en los valles. Ahora que hablo de ello, hay un puñado de pájaros colgados en la galería de piedra. Ve por ellos, Jacques, los prepararemos.

. El conde preguntó por el método que usaban para la caza en las rocas y precipicios de aquellas regiones románticas, y escuchaba un detalle curioso cuando oyeron un cuerno que sonaba en la entrada. Blanche miró tímidamente a su padre, que continuaba conversando sobre la caza, pero cuyo rostro reflejaba una expresión de ansiedad y que con frecuencia volvía la mirada hacia la parte del vestíbulo más próxima a la puerta. Sonó de nuevo el cuerno seguido de un extenso eco.

—Son algunos de nuestros compañeros que regresan tras un día de trabajo —dijo uno de ellos, avanzando lentamente desde su asiento hacia la puerta, y a los pocos minutos aparecieron dos hombres con trabucos y pistolas en sus cinturones.

—¡Qué banquete, compañeros! ¡Qué banquete! —dijeron al acercarse.

—¿Ha habido suerte? —preguntaron sus compañeros—. ¿Habéis traído vuestra cena? No tomaréis otra cosa.

—¿Qué demonios habéis traído aquí? —dijeron en mal español al ver al grupo del conde—. ¿Son franceses o españoles? ¿Dónde los habéis encontrado?

—Ellos nos han encontrado a nosotros, y ha sido un grato encuentro —replicó su compañero en voz alta y en buen francés—. Este chevalier y su grupo se han perdido y han pedido asilo en el fuerte para pasar la noche.

Los otros no contestaron, pero abrieron una especie de saco y sacaron varios grupos de pájaros. La bolsa sonó pesadamente al caer al suelo y el conde percibió el brillo de algo metálico en el interior, por lo que observó más atentamente al hombre que lo había dejado caer. Era alto y robusto, de rostro duro y tenía el pelo negro y corto, rizado en la nuca. En lugar de llevar la ropa de los cazadores iba vestido con un uniforme militar descolorido; sandalias enlazadas a sus anchas piernas y con unos pantalones cortos desde la cintura. En la cabeza llevaba una gorra de cuero, algo parecida en su forma a los antiguos cascos romanos, pero el ceño que mostraba bajo ella habría caracterizado mejor a los bárbaros que conquistaron Roma que a un soldado romano. El conde apartó su mirada y permaneció silencioso y pensativo, hasta que al levantarla de nuevo descubrió una figura de pie en una parte oscura de la habitación que observaba atentamente a St. Foix, que no lo advirtió por estar conversando con Blanche, y poco después vio al mismo hombre mirando por encima del hombro del soldado tan atento como él. Retiró la mirada cuando el conde se encontró con la suya, y sintió que la desconfianza se apoderaba de su ánimo, pero temiendo descubrirla en su rostro, y forzándose para asumir una sonrisa, se dirigió a Blanche con un tema intrascendente. Cuando volvió a mirar alrededor, advirtió que el soldado y su compañero se habían ido.

El hombre que se llamaba Jacques regresó de la galería de piedra.

—Hay un fuego encendido allí —dijo—, y los pájaros ya están listos; también la mesa, porque aquel lugar es más caliente que éste.

Sus compañeros aprobaron el traslado e invitaron a los visitantes a seguirlos a la galería. Blanche parecía preocupada y continuó sentada, y St. Foix miró al conde, que dijo que prefería el calor confortable del fuego junto al que estaba. No obstante, los cazadores alabaron el de la otra habitación e insistieron con tan aparente cortesía que el conde, a medias dudando y a medias temeroso de descubrir sus temores, consintió en ir. Los largos y ruinosos pasadizos por los que pasaron le hicieron dudar aún más, pero la tormenta, que ya había estallado, hacía peligroso abandonar aquel lugar de refugio y evitó provocar a sus compañeros mostrando su desconfianza. Los cazadores les mostraron el camino con una lámpara. El conde y St. Foix, que deseaban complacer a sus anfitriones con algunos detalles de familiaridad, llevaban cada uno un asiento y Blanche les seguía con pasos inseguros. Al recorrer el pasillo, una parte de su vestido se enganchó en un clavo en el muro, y se detuvo con demasiados escrúpulos para soltarlo. El conde iba hablando con St. Foix y ninguno de ellos se dio

cuenta de lo sucedido. Siguieron a sus conductores y giraron en un ángulo abrupto del pasillo. Blanche quedó detrás en la oscuridad. Un trueno impidió que oyeran sus llamadas, pero tras desprender el vestido les siguió rápida, según creía, por el camino que habían tomado. Una luz que oscilaba en la distancia confirmó esta creencia y avanzó hacia una puerta abierta de donde procedía, conjeturando que la habitación de piedra de la que habían hablado los hombres era aquélla. Al oír voces, se detuvo unos pocos pasos antes de llegar para confirmar que estaba en lo cierto, y desde allí, a la luz de la lámpara que colgaba del techo, observó a cuatro hombres sentados alrededor de una mesa, sobre la que estaban apoyados en aparentes consultas. En uno de ellos descubrió el rostro que había visto que miraba a St. Foix con tan profunda atención y que hablaba con importancia, aunque en voz baja, hasta que, cuando uno de sus compañeros pareció oponerse a él, hablaron al mismo tiempo en tono fuerte y agresivo. Blanche, alarmada al comprobar que ni su padre ni St. Foix estaban allí y aterrorizada por los rostros y actitudes de fiereza de aquellos hombres, se volvió para alejarse de la habitación y continuar la búsqueda de la galería, cuando oyó a uno de los hombres.

—Acabemos la disputa —decía—. ¿Quién habla de peligro? Sigamos mi consejo y no habrá ninguno, secuestrémoslos y el resto será presa fácil.

Blanche, sorprendida por estas palabras, se detuvo un momento para seguir escuchando.

—No hay nada que temer del resto —dijo uno de sus compañeros—, siempre que es posible, evito la sangre. Despachemos a los otros dos y el asunto estará hecho. El resto se puede marchar.

—¿Lo podemos aceptar? —exclamó el primer rufián con un tremendo juramento —. ¡Cómo! Para que digan cómo hemos dispuesto de sus amos y envíen a las tropas del rey para acabar con nosotros en la rueda. Menudo consejero eres tú, te aseguro que no he olvidado aún la víspera de Santo Tomás del año pasado.

El corazón de Blanche se sumió en el horror. Su primer impulso fue alejarse de la puerta, pero cuando lo intentó, su ánimo se negó a sostenerla y, tras caminar unos pocos pasos hacia una parte más oscura del pasadizo, oyó de nuevo lo que se comentaba en la reunión y no dudó de que eran bandidos. Después oyó la siguientes palabras:

—¿Por qué no matamos a todo el grupo?

—Os aseguro que nuestras vidas valen tanto como las suyas —replicó su camarada—, si no los matamos a todos, nos colgarán: es mejor que ellos mueran a que nosotros seamos colgados.

—Mucho mejor, mucho mejor —exclamaron sus compañeros.

—¿Cometer un asesinato es un camino esperanzador para escapar de las galeras? —dijo el primer rufián—. Muchos compañeros han visto rodar su cabeza por eso.

Se produjo una pausa de unos momentos en la que parecían reconsiderar el asunto.

—Malditos compañeros —exclamó uno de los ladrones impacientemente—, tenían que estar aquí. Volverán con la historia de siempre y sin botín. Si hubieran llegado el asunto sería más fácil y llano. Me doy cuenta de que no podremos hacerlo esta noche, porque nuestro número no es igual al del enemigo, y por la mañana se marcharán, pero ¿cómo podemos detenerlos sin fuerzas?

—He estado pensando en una estratagema que servirá —dijo uno de ellos—, si podemos despachar a los dos chevaliers silenciosamente, será fácil dominar al resto.

—Es una solución posible, si todo fuera de buena fe —dijo otro con una sonrisa de burla—. Si soy capaz de atravesar el muro de la prisión, estaré en libertad. ¿Cómo podemos despacharlos silenciosamente?

—Con veneno —replicó su compañero.

—¡Bien dicho!, eso servirá —dijo el segundo rufián—, eso le proporcionará también una muerte lenta y satisfará mi venganza. Esos barones se cuidarán de no despertar de nuevo nuestra venganza.

—Conocí al hijo nada más verle —dijo el hombre que Blanche había visto espiar a St. Foix—, aunque él no me conoce; del padre casi me he olvidado.

—Puedes decir lo que quieras —dijo el tercer rufián—, pero no creo que sea el barón, y soy el más indicado para reconocerle, porque fui uno de los que le atacaron con nuestros bravos camaradas que sucumbieron.

—¿Y no era yo otro de ellos? —dijo el primer rufián—. Te digo que es el barón, pero ¿qué más da si lo es o no? ¿Dejaremos que se escape el botín de nuestras manos? No se nos presenta una suerte como ésta tan a menudo. Mientras corremos el riesgo de la rueda por hacer contrabando de unas pocas libras de tabaco, de rompemos la nuca en un precipicio para lograr nuestro alimento, y hacer de vez en cuando algún robo a otro contrabandista o a algún peregrino que casi no nos compensa del gasto de la pólvora que disparamos contra ellos, ¿dejaremos que se nos vaya un premio así? Llevan encima bastante para que nos mantengamos durante...

—No me gusta, no me gusta —replicó el tercer ladrón—, hagámoslo sólo si se trata del barón. Quiero verle con más detalle pensando en nuestros bravos camaradas que él llevo a galeras.

—Mírale cuanto quieras —prosiguió el primer hombre—, pero te digo que el barón es más alto.

—Dejaos ya de eso —dijo el segundo rufián—, ¿los atacamos o no? Si seguimos aquí más tiempo puede que sospechen y se marchen. Dejemos que sean quienes sean. Son ricos, lo prueban todos esos criados: ¿Habéis visto el anillo que lleva en la mano el que dices que es el barón? Es un diamante, pero ya no lo lleva puesto. Me vio mirárselo y os aseguro que se lo quitó.

—Y está el retrato. ¿Lo habéis visto? Ella no se lo ha quitado —observó el primer rufián—, lo lleva colgado del cuello. Si no brillara tanto no lo habría descubierto, porque casi lo tapa su vestido. También son diamantes, y tiene que haber muchos porque rodean el retrato.

—Pero, ¿cómo lo llevaremos adelante? —dijo el segundo rufián—, dejaos de hablar de eso, ya sabemos que hay botín suficiente, pero ¿cómo lo lograremos?

—Así es —dijo su camarada—, hablemos de eso y recordad que no hay tiempo que perder.

—Me sigo inclinando por el veneno —observó el tercero—, pero tened en cuenta cuántos son. Nueve o diez, y están armados. Cuando los vi en la puerta no me decidí a dejarlos entrar, ya lo sabéis.

—Pensé que eran enemigos —replicó el segundo—, pero no me preocupé por su número.

—Ahora sí debes hacerlo —prosiguió su camarada—, o será peor para ti. Nosotros no somos más que seis. ¿Cómo podremos dominar a diez en una lucha abierta? Os lo digo, tenemos que dar veneno a algunos y podremos controlar al resto.

—Os diré un camino mejor —intervino el otro impacientemente—, acercaos.

Blanche, que había escuchado la conversación en una agonía que sería imposible describir, ya no pudo distinguir lo que decían, porque los rufianes habían bajado sus voces, pero la esperanza de que pudiera salvar a sus amigos del complot, si podía encontrar rápidamente el camino hasta ellos, reanimó súbitamente su ánimo y le dio fuerzas suficientes para volver sobre sus pasos en busca de la galería. Sin embargo, el terror y la oscuridad conspiraron contra ella y, tras avanzar unas pocas yardas, la débil luz que procedía de la cámara dejó todo envuelto en la oscuridad. Tropezó en un escalón que había en el pasadizo y cayó al suelo.

El ruido alertó a los bandidos, que corrieron hacia afuera para comprobar si había alguna persona que hubiera podido oír sus comentarios. Blanche los vio acercarse y advirtió sus miradas llenas de furia, pero antes de que pudiera levantarse la descubrieron y se apoderaron de ella, arrastrándola hasta la habitación que habían dejado, mientras sus gritos despertaron en ellos terribles amenazas.

Al llegar comentaron lo que deberían hacer con ella.

—Sepamos primero lo que ha oído —dijo el jefe de los ladrones—. ¿Cuánto tiempo lleváis en el pasadizo, señora, y qué os ha traído aquí?

—Cojamos primero el retrato —dijo uno de sus camaradas, aproximándose a la temblorosa Blanche—. Señora, por vuestra seguridad ese retrato es mío; ¡vamos, entregádmelo, o lo cogeré!

Blanche, pidiéndole que la respetara, le entregó de inmediato la miniatura, mientras otro de los rufianes la interrogaba furioso en relación a lo que había oído de su conversación, y su confusión y terror dijeron demasiado claramente lo que su

lengua temía confesar. Los rufianes se miraron expresivamente entre ellos, y dos se alejaron al otro extremo de la habitación para comentar.

—¡Por San Pedro, son diamantes! —exclamó el que estaba examinando.la miniatura—, y el retrato también es valioso. Señora, este debe ser vuestro esposo, estoy seguro, porque es el caballerete que estaba en vuestra compañía hace un momento.

Blanche, conmovida por el terror, le pidió que tuviera piedad de ella, y, entregándole su bolsillo, prometió no decir nada de lo que había pasado si le permitían regresar con sus amigos.

El rufián sonrió irónicamente e iba a replicar cuando llamó su atención un ruido distante, y mientras escuchaba, agarró el brazo de Blanche con firmeza como si temiera que se escapara, y ella volvió a gritar pidiendo ayuda.

Los ruidos que se aproximaban hicieron acudir a los rufianes, que estaban en el otro extremo de la habitación.

—Hemos sido descubiertos —dijeron—, pero escuchemos un momento, quizá sean nuestros camaradas que regresan de las montañas. Si es así nuestro trabajo está asegurado. ¡Escuchemos!

Las descargas de disparos confirmaron esta suposición en un momento, pero, al siguiente, los ruidos anteriores se aproximaron y el chocar de las espadas se mezcló con voces estentóreas y con profundos gemidos, ocupando el pasadizo que conducía a la cámara. Mientras los rufianes preparaban sus armas, oyeron cómo les llamaban sus compañeros desde lo lejos. Se oyó entonces el sonido de un cuerno en el exterior de la fortaleza, una señal que parecieron comprender perfectamente porque tres de ellos, dejando a la condesa Blanche al cuidado del cuarto, salieron corriendo de la habitación.

Mientras Blanche, temblorosa y al borde de perder el conocimiento, suplicaba por su liberación, oyó en medio del tumulto que se aproximaba la voz de St. Foix, y casi no había reanudado sus gritos cuando se abrió la puerta de golpe y apareció desfigurado por la sangre y perseguido por varios rufianes. Blanche no vio ni oyó nada más; su mente quedó en blanco, su mirada perdida, y cayó sin sentido en los brazos del ladrón que la había detenido.

Cuando se recobró, vio, por una débil luz que se extendía a su alrededor, que estaba en la misma cámara, pero ni el conde ni St. Foix ni persona alguna estaba presente. Continuó algún tiempo totalmente inmóvil y casi en un estado de estupefacción. Pero las terribles imágenes de lo ocurrido regresaron y trató de levantarse para poder buscar a sus amigos, cuando un gemido, a poca distancia, le recordó a St. Foix y las condiciones en que le había visto entrar en la habitación. Levantándose del suelo con un inesperado esfuerzo por el horror, avanzó hacia el lugar de donde había procedido el sonido. Había tendido un cuerpo sobre el

pavimento, y a la oscilante luz de la lámpara descubrió el rostro pálido y desfigurado de St. Foix. Su terror, en aquel momento, puede imaginarse fácilmente. No hablaba, tenía los ojos medio cerrados, y la mano que ella agarró en la agonía de la desesperación estaba húmeda y fría. Mientras repetía en vano su nombre y gritaba pidiendo ayuda, oyó pasos que se aproximaban y una persona entró en la habitación, que pronto vio que no era el conde, su padre; sino, cuál sería su sorpresa cuando al suplicarle que ayudara a St. Foix, ¡descubrió a Ludovico! Casi no se detuvo a reconocerle, sino que atendió inmediatamente las heridas del chevalier, y, al comprobar que probablemente había caído sin conocimiento por la pérdida de sangre, corrió a buscar agua. Sólo había estado ausente unos momentos, cuando Blanche oyó otros pasos que se aproximaban, y mientras esperaba llena de terror que regresaran los rufianes, la luz de una antorcha se reflejó en los muros y apareció el conde De Villefort, con el rostro alterado, y casi sin respiración por la impaciencia, llamando a su hija. Al oír su voz, se levantó y corrió a sus brazos mientras que él, dejando caer la espada sangrienta que sostenía, la apretó contra su pecho transportado por la gratitud y la alegría, preguntando de inmediato a continuación por St. Foix, que empezaba a dar algunas señales de vida. Ludovico regresó al momento con agua y brandy, la primera fue aplicada a sus labios y el brandy a sus sienes y pulso. Blanche, al fin, le vio abrir los ojos y preguntar por ella, pero la alegría que sintió por ello se vio interrumpida por nuevas alarmas cuando Ludovico dijo que sería necesario llevarse inmediatamente a monsieur St. Foix, y añadió:

—Los bandidos que están fuera, mi señor, eran esperados hace una hora, y es seguro que nos encontrarán si nos retrasamos. Sólo hacen sonar ese cuerno tan agudo cuando sus camaradas están en una situación desesperada y se extiende en ecos por las montañas a muchas leguas a la redonda. Sé que a veces han acudido por este sonido incluso desde el Pied de Melicant. Mi señor, ¿hay alguien vigilando en la entrada?

—Nadie —replicó el conde—, el resto de mi gente está por todas partes. Ve, Ludovico, reúnelos, cúidate, y escucha atentamente los cascos de las mulas.

Ludovico se marchó corriendo y el conde comentó las posibilidades de llevarse a St. Foix, que no podría soportar el movimiento de una mula, aunque su fortaleza le permitiera mantenerse en la silla.

El conde comentó que los bandidos, que habían encontrado en el fuerte, estaban ya prisioneros en los calabozos y Blanche observó que también estaba herido y que no podía mover el brazo izquierdo, pero el conde sonrió ante su preocupación, asegurándole que la herida no tenía importancia.

Aparecieron los sirvientes del conde, excepto dos que habían quedado de vigilancia en la entrada, y poco después Ludovico.

—Me ha parecido oír que se acercaban una mulas por el valle, mi señor —dijo—,

el estruendo del torrente no me ha permitido estar seguro, pero he traído lo que servirá para el chevalier —añadió, mostrando una piel de oso, sujeta a dos palos largos y estrechos, que había sido preparada con el propósito de traer a alguno de los bandidos que habría resultado herido en sus encuentros. Ludovico lo extendió en el suelo, y colocando varias pieles de cabra sobre ella, hizo una especie de cama en la que fue echado el chevalier, que se encontraba algo mejor. Los palos fueron elevados a los hombros de los guías, cuya costumbre de recorrer aquellos parajes harían que fuera menor el movimiento. Algunos de los criados del conde también estaban heridos, pero no de importancia. Una vez vendadas sus heridas siguieron hacia la gran puerta de entrada. Al cruzar el vestíbulo oyeron un gran tumulto a lo lejos, y Blanche se quedó aterrorizada.

—Son sólo ésos villanos que están en los calabozos, mi señora —dijo Ludovico.

—Da la impresión de que los van a abrir —dijo el conde.

—No, mi señor —replicó Ludovico—, tienen puertas de hierro, no tenemos nada que temer de ellos. Pero permitidme que vaya primero y mire desde la muralla.

Le siguieron rápidamente y encontraron a las mulas al otro lado de la entrada, donde se quedaron escuchando, pero no oyeron ruido alguno, excepto el de las aguas torrenciales por debajo y una ligera brisa susurrando entre las ramas del viejo roble que crecía en el patio. Se animaron al percibir los primeros tonos del amanecer sobre las cumbres de las montañas. Cuando ya habían montado en la mulas, Ludovico, actuando como guía, les condujo hacia el valle por un sendero más cómodo que el que habían utilizado para subir.

—Debemos evitar el valle que hay al este, señor —dijo—, o podríamos encontramos a los bandidos; fue el camino que siguieron por la mañana.

Poco después los viajeros abandonaron el sendero y penetraron en un estrecho valle que se extendía hacia el noroeste. La luz de la mañana avanzaba con rapidez por las montañas y gradualmente descubrió las verdes colinas que estaban al pie de los acantilados, cubiertas de alcornoques y de robles de hoja perenne. Las nubes de la tormenta se habían dispersado, dejando un cielo perfectamente sereno, y Blanche se animó con la brisa fresca y con el espectáculo verde que la lluvia reciente había abrillantado. Poco después el sol asomó por encima de las rocas con los rayos que cubrían sus cumbres y las zonas verdes inferiores resplandecieron. Una especie de bruma flotaba en el extremo del valle, pero desapareció ante los viajeros y los rayos del sol la elevaron gradualmente hacia las cumbres de las montañas. Habían recorrido una legua aproximadamente cuando St. Foix se quejó de su extrema debilidad y se detuvieron para ofrecerle alimento y para que los hombres que le llevaban pudieran descansar. Ludovico había traído del fuerte algunas vasijas del rico vino español, que resultó ser un cordial vivificante no sólo para St. Foix, sino para todo el grupo, aunque a él le proporcionó únicamente un consuelo temporal, porque alimentó la

fiebre que quemaba sus venas y no pudo ocultar en su rostro la angustia sufrida o cesar en el deseo de llegar a la posada en la que habían previsto pasar la noche anterior.

Cuando reposaban bajo la sombra de los pinos, el conde pidió a Ludovico que explicara brevemente cómo había desaparecido de las estancias del lado norte, cómo había caído en manos de los bandidos y cómo había contribuido tan esencialmente a servirle a él y a su familia, porque le atribuía con justicia su liberación. Ludovico iba a obedecer cuando oyeron de pronto el eco del disparo de una pistola por el camino que acababan de dejar y se levantaron alarmados, decididos a continuar su ruta.

Capítulo XIII

¡Ah, por qué el destino ocultó sus pasos
en senderos tormentosos para vagar
alejado de todo júbilo natural!

BEATTLE

Emily, mientras tanto, seguía padeciendo por la ansiedad que sentía ante lo que hubiera podido ocurrirle a Valancourt; pero Theresa, que había conseguido al fin encontrar a una persona a la que podía confiar que acudiera al administrador, le informó que el mensajero regresaría al día siguiente; y Emily prometió acudir a su casa, ya que Theresa estaba muy agotada para servirla.

Por la tarde, en consecuencia, Emily partió sola para la cabaña, con una preocupación profunda por Valancourt, cuando, tal vez, lo sombrío de la hora contribuía a deprimir su ánimo. Era una tarde gris otoñal próxima al final de la estación; nieblas densas oscurecieron parcialmente las montañas, y una brisa fría, que soplaba a través de las ramas de los árboles, cubrió su sendero con algunas de las últimas hojas amarillas. Éstas, volando en círculos y anunciando el año que moría, le dieron una imagen de desolación que en su fantasía parecía anunciar la muerte de Valancourt. En realidad había tenido más de una vez un fuerte presentimiento sobre ello y estuvo a punto de regresar a su casa, sintiéndose incapaz de hacer frente a la certidumbre que anticipaba, pero luchando con sus emociones consiguió dominarlas para proseguir su camino.

Mientras paseaba entristecida, contemplando las formas de la niebla que se extendían por el cielo y contemplaba a las gaviotas moverse por el viento, desapareciendo un momento entre las nubes tormentosas y emergiendo de nuevo en círculos por el aire calmado, las aflicciones y vicisitudes de la última etapa de su vida parecían reflejarse en estas tristes imágenes. Así meditaba en el tormentoso mar de desgracias del último año, con pocos y cortos intervalos de paz, si paz podría llamarse, lo que sólo era retraso de los males. Y ahora, cuando había escapado de tantos peligros, se había liberado de la voluntad de los que la habían oprimido y se había encontrado como señora de una gran fortuna, ahora cuando razonablemente podía haber esperado la felicidad, se daba cuenta que estaba tan distante de ella como siempre. Se habría acusado a sí misma de debilidad e ingratitud por sufrir así en sus sentimientos las varias bendiciones que poseía, y que una sola, superaba todas sus desgracias, si esa desgracia la afectara sólo a ella; pero cuando había llorado por

Valancourt lágrimas de compasión que se mezclaban con las de arrepentimiento, y mientras se lamentaba por un ser humano degradado por el vicio y consecuentemente en la miseria, la razón y la humanidad reclamaban esas lágrimas, y la fortaleza no había conseguido aún enseñarle a separarlas de las del amor. En aquel momento, no obstante, no estaba segura de su culpabilidad, pero el temor por su muerte (una muerte de la que ella misma, aunque inocentemente, parecía haber sido en alguna medida el instrumento) la oprimía. Su miedo aumentó al aproximarse la idea de la certeza, y cuando tuvo ante sí la casa de Theresa se sintió tan descompuesta y tan abandonada por su resolución, que, incapaz de seguir, se sentó en un banco junto al sendero. El viento que gemía entre las ramas le pareció a su imaginación transportar los sonidos de un lamento distante, y en las pausas de la brisa creyó oír las notas débiles y lejanas de la desesperación. Su atención la convenció de que se trataba únicamente de su fantasía, pero el aumento de la oscuridad, que parecía cerrar el día inesperadamente, no tardó en avisarla de que debía seguir, y con pasos inseguros se dirigió a la cabaña. A través de la ventana se veía el agitar alegre del fuego, y Theresa, que había visto que Emily se acercaba, ya estaba en la puerta para recibirla.

—Es una tarde muy fría, madame —dijo—, se acerca la tormenta y pensé que os gustaría el fuego. Sentaos en esta silla junto a la chimenea.

Emily, tras darle las gracias por su consideración, se sentó, y después, mirándola a la cara, en la que el fuego lanzaba su brillo, se volvió a conmover por sus temores y se hundió en la silla con el rostro tan preocupado que Theresa comprendió al instante el motivo, pero permaneció callada.

—¡Ah! —dijo Emily—, no es necesario que pregunte por el resultado de tu investigación; tu silencio y tu mirada lo explican todo suficientemente. ¡Está muerto!

—¡Pobre de mí!, mi querida señorita —replicó Theresa, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Este mundo está hecho de problemas! ¡Los ricos tienen su parte como los pobres! ¡Pero todos debemos tratar de soportar lo que el Cielo desea!

—¡Está muerto, entonces! —interrumpió Emily—. ¡Valancourt ha muerto!

—¡Qué día, Dios mío! Me temo que sí —replicó Theresa.

—¡Te lo temes —dijo Emily—, ¿sólo lo temes?

—Sí, madame, lo temo. Ni el administrador ni ningún miembro de la familia de Epourville han tenido noticias de él desde que salió del Languedoc, y el conde está muy afligido por él, porque dice que siempre fue puntual en escribir, pero que no ha recibido ni una sola línea desde entonces. Dijo que estaría en casa hace tres semanas, pero ni ha ido ni ha escrito y temen que le haya sucedido algún accidente. ¡Nunca creí que viviera lo suficiente para llorar su muerte! Soy vieja, y podía haber muerto sin que me echaran de menos, pero él...

Emily estaba perdiendo el conocimiento y pidió agua. Theresa, alarmada por el tono de su voz, corrió en su ayuda, y, mientras acercaba el agua a sus labios.

—¡Mi querida señorita —continuó—, no lo toméis tan a pecho; el chevalier puede estar vivo y bien; esperemos lo mejor!

—¡Oh, no!, no puedo esperar —dijo Emily—, estoy al tanto de todas las circunstancias que no me permiten esperar. Me encuentro algo mejor y puedo escuchar lo que tengas que decirme. Te ruego que me cuentes todos los detalles que conozcas.

—¡Estad tranquila mientras os mejoráis un poco, tenéis un aspecto muy triste!

—¡Oh, no, Theresa, cuéntamelo todo mientras tenga fuerzas para oírlo —dijo Emily—, dímelo, te lo suplico.

—Bien, madame, lo haré. Pero el administrador no dijo mucho, porque Richard siempre parece tímido cuando habla de monsieur Valancourt, y lo que supo fue por Gabriel, uno de los criados, quien dijo que lo había oído del servidor de mi señor.

—¿Qué es lo que oyó? —dijo Emily.

—Veréis, madame, Richard tiene muy mala memoria y no pudo recordar ni la mitad de ello, y si no fuera porque le hice muchas preguntas, me habría enterado de muy poco. Pero dice que Gabriel dijo que él y otros criados tenían grandes problemas con monsieur Valancourt, porque había sido un joven caballero encantador, todos ellos le querían como si hubiera sido su propio hermano, y ahora, ¡pensar en lo que había sido de él! Solía ser muy cortés con todos ellos si cometían alguna falta, monsieur Valancourt era el primero en persuadir a mi señor para que los perdonara. Y además, si alguna familia pobre estaba desesperada, monsieur Valancourt era también el primero en ayudarla, aunque otras personas, que no viven muy lejos, podían haberlo hecho con menos sacrificios que él. Después, Gabriel dijo que era tan gentil con todo el mundo y que tenía un aliento tan noble que nunca daba órdenes ni reclamaba, como algunas gentes de su igual hacen, y que nunca le hicieron de menos por ello. No, dijo Gabriel, precisamente por eso le atendíamos mejor, y todos habríamos corrido para obedecerle con una sola palabra y más deprisa que si se lo hubieran ordenado otras personas. Además temían desagradarle, mucho más que a los que usan palabras rudas con nosotros.

Emily, que ya no consideraba peligroso escuchar que le alababan, que elogiaban a Valancourt, no intentó interrumpir a Theresa, sino que continuó sentada atenta a sus palabras, aunque casi dominada por el dolor.

—Mi señor —continuó Theresa— está muy triste por monsieur Valancourt y más aún porque dice que han sido muy duros con él últimamente. Gabriel dice que lo ha sabido por el valet de mi señor, que monsieur se había comportado mal en París y había gastado gran cantidad de dinero, más de lo que le gustaba a mi señor, porque se preocupa más del dinero que monsieur Valancourt, que ha sido tratado tristemente. Por ello, monsieur Valancourt fue llevado a prisión en París, y mi señor, dice Gabriel, se negó a sacarle y dijo que merecía sufrir, y, cuando el viejo Gregoire, el

mayordomo, se enteró de ello, compró un bastón para irse andando a París a visitar a su joven amo, pero lo siguiente que se supo era que monsieur Valancourt regresaba a casa. Fue un día de alegría cuando llegó, pero estaba tristemente alterado y mi señor le trató con mucha frialdad y él se puso más triste. Poco después volvió al Languedoc, y desde entonces nadie le ha visto.

Theresa se detuvo, y Emily, suspirando profundamente, permaneció con los ojos fijos en el suelo, sin hablar. Tras una larga pausa, preguntó qué más había oído Theresa.

—¿Sin embargo para qué voy a preguntarte? —añadió—, lo que me has dicho es demasiado. ¡Oh, Valancourt! ¡Te has ido para siempre! Y yo... ¡Yo te he asesinado!

Estas palabras y el rostro desesperado que las acompañaron, alarmaron a Theresa, que empezó a temer que la conmoción que acababa de recibir Emily al enterarse había afectado su sentido.

—Mi querida señorita, recomponeos —dijo—, y no digáis esas espantosas palabras. ¡Vos asesinar a monsieur Valancourt, es imposible!

Emily sólo pudo replicar con un profundo suspiro.

—Querida señora, me rompe el corazón veros así —dijo Theresa—, no os quedéis sentada con los ojos fijos en el suelo y tan pálida y melancólica; me aterra veros. —Emily permaneció silenciosa y pareció no oír nada de lo que le había dicho —. Además, mademoiselle —continuó Theresa—, monsieur Valancourt puede estar vivo y feliz, por lo que sabemos.

Al oír mencionar su nombre, Emily levantó los ojos y los fijó, con una mirada perdida, en Theresa, como si tratara de comprender lo que había dicho.

—¡Ay, mi querida señora —repitió Theresa confundiendo el sentido de su mirada —, monsieur Valancourt puede estar vivo y feliz.

A la repetición de estas palabras, Emily comprendió su sentido, pero en lugar de producir el efecto que intentaban, parecieron aumentar su desolación. Se levantó con violencia de la silla, recorrió la pequeña habitación con pasos rápidos, y suspirando repetidas veces profundamente, batió sus manos y tembló.

Mientras tanto, Theresa, con un afecto simple pero sincero, trató de consolarla; puso más leña en el fuego, que se alzó con una llama más intensa, barrió la chimenea, colocó más cerca la silla que había dejado Emily y sacó después de una alacena un frasco de vino.

—Es una noche tormentosa, madame —dijo—, y el viento sopla muy frío; acercaos al fuego y tomad un vaso de vino. Os confortará como me ha confortado a mí con frecuencia, porque no es ese vino que uno toma cada día. Es el tan rico de Languedoc, la última de la seis botellas que monsieur Valancourt me envió la noche antes de dejar Gascuña para ir a París. Desde entonces me han servido como cordial y cuando las he bebido pensaba en él y en las palabras amables que me dijo cuando me

las entregó. «Theresa —dijo—, ya no eres joven y debes tomar un vaso de buen vino una que otra vez. Te enviaré algunas botellas, y cuando las pruebes recordarás a veces a tu amigo». Sí, esas fueron sus mismas palabras, ¡tu amigo!

Emily continuó recorriendo la habitación sin parecer oír lo que decía Theresa, que continuó hablando.

—Y le he recordado con bastante frecuencia, ¡pobre caballero! Porque fue él el que me dio este techo, que es mi cobijo, y el que me ha mantenido. ¡Ah! ¡Está en el cielo, con mi bendito amo, que era un santo!

A Theresa le falló la voz. Lloró y dejó la botella incapaz de escanciar el vino. Su dolor pareció despertar a Emily del suyo, que se acercó a ella, pero se detuvo de pronto y después de mirarla un momento, se volvió como si estuviera dominada por la idea de que era de Valancourt del que Theresa se lamentaba.

Mientras seguía paseando por la habitación, la suave nota de un oboe, o de una flauta, se oyó mezclada con el viento. Se detuvo un momento para escuchar las suaves notas que se deslizaban con el viento hasta que se perdieron de nuevo en un golpe más fuerte y regresaron con toda su fuerza conmoviendo su corazón.

—No —dijo Theresa, secando sus ojos—, es Richard, el hijo de nuestro vecino, tocando el oboe. Es muy triste oír esa dulce música ahora. —Emily continuó llorando sin replicar—. Suele tocar por las tardes —añadió Theresa—, y, a veces, los jóvenes bailan con la música de su oboe. Pero, ¡querida señorita!, no lloréis así, y por favor tomad un vaso de este vino —continuó, echándole un poco y ofreciéndoselo a Emily, que lo cogió dudosa.

—Probadlo aunque sea por monsieur Valancourt —dijo Theresa, mientras Emily se acercaba el vaso a los labios—, porque él me lo dio, ya lo sabéis, señora.

La mano de Emily tembló y el vino saltó al retirárselo de los labios.

—¡Por quién! ¿Quién te dio el vino? —dijo Emily con voz temblorosa.

—Monsieur Valancourt, querida señora. Sabría que os complacería. Es la botella que me queda.

Emily puso el vino sobre la mesa y estalló en lágrimas mientras Theresa, desilusionada y alarmada, trataba de consolarla; pero ella sólo movía la mano, rogando que la dejara sola y llorando más.

Un golpe en la puerta impidió que Theresa obedeciera inmediatamente a su señora, y acudía para abrir, cuando Emily, deteniéndola, le pidió que no admitiera a nadie, pero recordó después que había ordenado a su criado que viniera para acompañarla a casa, dijo que se trataba de Philippe, y trató de contener sus lágrimas mientras Theresa abría la puerta.

Una voz que se oyó en el exterior, despertó la atención de Emily. Escuchó, volvió los ojos hacia la puerta, cuando apareció una persona e inmediatamente un rayo brillante que despidió el fuego descubrió a ¡Valancourt!

Emily, al verle, se levantó de la silla, tembló, y cayendo de nuevo en ella, quedó insensible a todo lo que la rodeaba.

Un grito de Theresa probó que había reconocido a Valancourt, ya que su visión imperfecta y la oscuridad del lugar le habían impedido que lo hiciera inmediatamente, pero su atención acudió inmediatamente a la persona que había visto caer en la silla cerca del fuego, y al acercarse para ayudarla, ¡descubrió que estaba sujetando a Emily! Las distintas emociones que se apoderaron de él al encontrársela tan inesperadamente, cuando había creído que se habían separado para siempre, y al contemplarla en sus brazos pálida y sin vida pueden tal vez imaginarse, aunque no puedan se expresadas ni descritas, como tampoco las sensaciones de Emily cuando, al fin, abrió los ojos y mirando hacia arriba vio de nuevo a Valancourt. La intensa ansiedad con la que él la había mirado se mezcló instantáneamente con una expresión mezcla de alegría y ternura, mientras sus miradas se encontraban, y advirtió que estaba reaccionando. Pero sólo pudo exclamar: «¡Emily!», según contemplaba silenciosamente cómo se recobraba, mientras ella entreabrió los ojos y trató débilmente de retirar su mano. Pero en aquellos primeros momentos que sucedían a los dolores que su supuesta muerte le habían ocasionado, olvidó todas las faltas que la habían llenado anteriormente de indignación, y contemplando a Valancourt como se le aparecía cuando ganó su afecto, experimentó emociones únicas de ternura y alegría. Con todo, fue un sol brillante de unos pocos momentos, los recuerdos acudieron como nubes a su mente, y, oscureciendo la imagen engañosa que la había poseído, volvió a ver a Valancourt degradado, Valancourt que no merecía la estima y la ternura que en otro tiempo había depositado en él. Su ánimo decayó, y, retirando la mano, le dio la espalda para ocultar su dolor, mientras él, aún más agitado y confuso, permaneció en silencio.

El sentido de lo que se debía a sí misma contuvo sus lágrimas y no tardó en hacerle dominar sus emociones, mezcla de alegría y tristeza, que asaltaban su corazón, mientras levantándose y dándole las gracias por la asistencia que le había ofrecido, dio las buenas noches a Theresa. Según salía de la cabaña, Valancourt, que pareció despertar de pronto de un sueño, suplicó, en un tono de voz que llamaba poderosamente a la compasión, que le atendiera un momento. El corazón de Emily tal vez reaccionó con la misma fuerza, pero no tuvo resolución bastante para resistirlo, junto con los clamorosos ruegos de Theresa de que no debía regresar sola a casa en la oscuridad. Y ya había abierto la puerta cuando los estallidos de la tormenta la decidieron a obedecer sus peticiones.

Silenciosa y confusa, regresó junto al fuego, mientras Valancourt, con agitación creciente, paseaba por la habitación, como si quisiera y temiera hablar, y Theresa expresó sin contenerse su alegría y satisfacción por verle de nuevo.

—¡Querido señor! —dijo—, nunca he estado tan sorprendida y tan feliz en mi

vida. Estábamos envueltas en grandes tribulaciones antes de que vinierais, porque pensábamos que habíais muerto, y hablábamos y nos lamentábamos por vos en el momento preciso en que llamasteis a la puerta. Mi joven ama estaba llorando a punto de romper su corazón...

Emily la miró con desagrado, pero antes de que pudiera hablar, Valancourt, incapaz de contener la emoción que el descubrimiento imprudente de Theresa le había revelado, exclamó:

—¡Oh, mi Emily! ¡Sigo siendo querido para ti! ¿Sigues concediéndome el honor de un pensamiento, de una lágrimas? ¡Oh, cielos! ¡Estás llorando, sigues llorando!

—Theresa, señor —dijo Emily, con tono reservado y tratando de dominar sus lágrimas—, tiene razones para recordaros con gratitud, y estaba preocupada porque últimamente no había tenido noticias de vos. Permitidme que os agradezca las bondades que le habéis mostrado, y deciros que, puesto que he regresado, no debe seguir en deuda con vos.

—Emily —dijo Valancourt, que ya no dominaba sus emociones—, ¿es así como te encuentras con aquel que en otro tiempo quisiste honrar con tu mano? ¿Así te encuentras con el que has amado y por el que has sufrido? Sin embargo, ¿qué es lo que digo? Perdonadme, perdonadme, mademoiselle St. Aubert, no sé lo que he dicho. Ya no tengo derecho alguno sobre vuestros recuerdos, he abandonado toda pretensión de lograr vuestra estima, vuestro amor. ¡Sí! No me dejéis olvidar que una vez poseí vuestro afecto, aunque sepa que lo he perdido, ésta es mi más severa aflicción. ¡Aflicción! ¿Debo llamarla así? Ése es un término suave.

—¡Querido señor! —dijo Theresa, impidiendo que Emily contestara—. ¡Habláis de cuando teníais su afecto! Mi querida señorita os ama ahora más de lo que ha querido a nadie en todo el mundo, aunque pretenda negarlo.

—¡Esto es insoportable! —dijo Emily—. Theresa, no sabes lo que dices. Señor, si respetáis mi tranquilidad, me libraréis de que se mantenga esta situación.

—Respeto demasiado vuestra tranquilidad para interrumpirla voluntariamente —replicó Valancourt, en cuyo pecho el orgullo luchaba con la ternura—, y no seré un intruso voluntario. Habría solicitado unos momentos de atención, aunque no sé con qué propósito. Vos habéis cesado de estimarme y contaros mis sufrimientos me degradaría más, sin despertar siquiera vuestra piedad. Sin embargo he estado, ¡oh Emily!, he sido muy desgraciado —añadió Valancourt en un tono que pasó de la solemnidad al dolor.

—¿Cómo? ¿Va a salir mi joven amo con toda esa lluvia? —dijo Theresa—, no, no dará un paso. ¡Es terrible ver cómo los jóvenes se atreven a echar fuera su felicidad!

Si fuerais pobres no ocurriría nada de esto. Hablar de no ser merecedores, de no preocuparse el uno por el otro, cuando sé que no existe una señora ni un caballero de mejor corazón en toda la provincia. Ni de ningún otro amor que sea la mitad de

perfecto, si se dice lo que es cierto.

Emily, sintiéndose vejada, se levantó de la silla,

—Debo marcharme —dijo—, la tormenta ha pasado.

—¡Quédate, Emily, quedaos, mademoiselle St. Aubert! —dijo Valancourt, reuniendo todo su ánimo—, no os seguiré molestando con mi presencia. ¡Perdonadme por no haberos obedecido antes, y, si podéis, alguna vez tened piedad de mí, que, al perderos, pierdo toda mi esperanza de paz! ¡Que seas feliz, Emily, sin importar lo desgraciado que yo pueda ser, tan feliz como desearía con toda mi alma!

Se le quebró la voz con las últimas palabras y cambió su rostro. Con una mirada de inefable ternura de desesperación, la contempló un momento y salió de la casa.

—¡Querido señor! ¡Querido señor! —exclamó Theresa, siguiéndole hasta la puerta—, monsieur Valancourt. ¡Cómo llueve! ¡Qué noche tan tremenda para despedirle! Le costará la vida y seréis vos, mademoiselle, la que lloraréis su muerte. ¡Bien! ¡Las jóvenes suelen cambiar de un minuto al otro, según dicen!

Emily no contestó, porque no oyó lo que había dicho, y, perdida en su pesar y en sus pensamientos, se quedó sentada junto al fuego, con la mirada fija, y la imagen de Valancourt seguía ante sus ojos.

—¡Monsieur Valancourt está tristemente alterado!, madame —dijo Theresa—, está mucho más delgado, y tan melancólico... además lleva el brazo en cabestrillo.

Emily levantó la mirada al oír estas palabras, porque no lo había advertido y no dudó de que Valancourt había recibido el disparo del jardinero de Toulouse. Con esta convicción, volvió su sentimiento de piedad y se culpó de haber ocasionado que saliera de la casa en medio de la tormenta.

Llegaron los criados con el carruaje. Emily censuró a Theresa por su irreflexiva conversación con Valancourt y le prohibió estrictamente que volviera a hacer indicaciones similares en otra ocasión, retirándose acto seguido, pensativa y desconsolada.

Mientras tanto, Valancourt había regresado a la pequeña posada del pueblo, a la que había llegado unos momentos antes de su visita a la cabaña de Theresa, en su camino desde Toulouse al castillo del conde de Duvamey, en donde había estado desde que dio su adiós a Emily en el Chateau-le-Blanc. Había recorrido los alrededores de este último durante bastante tiempo, incapaz de tomar la resolución de abandonar el lugar en el que vivía el objeto más preciado para su corazón. Hubo momentos en los que el dolor y la desesperación le inclinaban a presentarse de nuevo ante Emily, y sin prestar atención a su ruinosa situación, insistir en su petición. El orgullo y la ternura de su afecto, que no podía aceptar la idea de complicarla en sus desgracias, triunfó al fin sobre su pasión, y renunció a sus intenciones desesperadas, abandonando el Chateau-le-Blanc. Pero su fantasía siguió recorriendo los escenarios que habían sido testigos de su amor anterior, y, en su camino hacia Gascuña, se

detuvo en Toulouse, donde se quedó cuando llegó Emily, ocultándose, pero distrayendo su melancolía en los jardines en los que había pasado con ella, en otro tiempo, muchas horas felices; recordando con frecuencia, con inútiles lamentaciones, la tarde anterior a su salida para Italia, cuando se encontraron en la terraza tan inesperadamente, y trató de revivir en su memoria cada palabra y cada mirada, que tanto le encantaron entonces; los argumentos que había expuesto para disuadirla del viaje y la ternura de su último adiós. Se encontraba sumido en todos aquellos recuerdos, cuando Emily, inesperadamente, apareció ante él en la misma terraza la tarde siguiente a su llegada a Toulouse. Su emoción, al verla allí, casi no puede ser imaginada; pero superó el primer pronto de amor, que hizo que se prohibiera descubrir dónde estaba escondido, y abruptamente abandonó el jardín. Sin embargo, la visión siguió persiguiéndole en su mente. Se sintió aún más desesperado y el único solaz para su dolor fue regresar en el silencio de la noche; seguir los senderos que creía que habían recorrido sus pasos durante el día, y contemplar desde fuera la habitación en la que ella reposaba. En una de estas tristes visitas fue cuando recibió el disparo del jardinero que le confundió con un ladrón. Le causó una herida en el brazo que le había retenido en Toulouse hasta muy tarde, tras ponerse en manos de un cirujano. Allí, sin preocuparse por sí mismo y sin interés por sus amigos, cuya reciente actitud descortés le había llevado a creer que eran indiferentes a su destino, permaneció sin informarles de su situación. Suficientemente recobrado para viajar, había pasado por La Vallée en su camino hacia Estuviere, la residencia del conde, en parte con el propósito de tener noticias de Emily y de estar cerca de ella y, en parte también, por informarse de la situación de la pobre Theresa, que tenía razones para suponer que había sido privada del estipendio, aunque era pequeño, y con ese propósito se dirigió a su cabaña, cuando coincidió allí con Emily.

Esta entrevista inesperada, que le había mostrado a la vez la ternura de su amor y la fortaleza de su decisión, renovó toda la agudeza de la desesperación que había provocado su separación y que ningún razonamiento le permitía dominar en aquellos momentos. Su imagen, su aspecto, el tono de su voz, todo, se despertaba en su fantasía, tan poderosamente como se había presentado últimamente a sus sentidos e hizo desaparecer de su corazón cualquier otra emoción que no fueran las de su amor y su desesperación.

Antes de que concluyera la tarde regresó a la cabaña de Theresa para enterarse de lo que hubiera hablado con Emily y estar en el mismo lugar que ella había visitado tan recientemente. La alegría, sentida y expresada por aquella fiel sirviente, se transformó de inmediato en dolor cuando observó, en un momento, su mirada ausente y llena de aprensión, y, al siguiente, el oscuro tono melancólico que le dominaba.

Después de escuchar durante largo rato todo lo que le contó relativo a Emily, entregó a Theresa prácticamente todo el dinero que llevaba encima, aunque ella lo

rehusó repetidamente, declarando que su ama ya había suplido ampliamente sus necesidades, y después, sacándose del dedo un anillo de gran valor, se lo entregó con el solemne encargo de hacérselo llegar a Emily, a quien se lo confiaba, como un último favor para que lo preservara pensando en él, y, en ocasiones, cuando lo mirara, pudiera recordar al infeliz donante.

Theresa lloró al recibir el anillo, pero fue más por simpatía que por cualquier presentimiento de desgracia, y antes de que pudiera replicar Valancourt abandonó abruptamente la casa. Le siguió hasta la puerta, llamándole por su nombre y rogándole que regresara, pero no recibió respuesta y no volvió a verle.

Capítulo XIV

Llámale, que dejó a medio contar
la historia del valiente Cambuscan.

MILTON

A la mañana siguiente, mientras Emily estaba sentada en el salón anejo a la biblioteca, reflexionando sobre la escena de la noche anterior, Annette entró corriendo en la habitación, y, sin hablar, se dejó caer sin aliento en una silla. Pasó algún tiempo antes de que pudiera responder a las preguntas repetidas y ansiosas de Emily sobre la causa de su emoción, pero al final, exclamó:

—He visto su fantasma, madame, ¡he visto su fantasma!

—¿A quién te refieres? —dijo Emily, con impaciencia extrema.

—Entró por el vestíbulo —continuó Annette—, según cruzaba el salón.

—¿De quién hablas? —insistió Emily—. ¿Quién entró por el vestíbulo?

—Iba vestido como le he visto tantas veces —añadió Annette—. ¡Ah!, ¿quién podría haberlo dicho...?

La paciencia de Emily se había agotado y la reprimía por tan alocadas fantasías, cuando entró un criado en la habitación y le informó que un desconocido estaba fuera y suplicaba ser admitido para hablar con ella.

Emily pensó de inmediato que se trataba de Valancourt y le dijo al criado que le informara que estaba ocupada y que no podía ver a nadie.

El criado, tras haber transmitido el mensaje, regresó con otro del desconocido insistiendo en la petición y diciendo que tenía algo de importancia que comunicar, mientras Annette, que hasta entonces había permanecido sentada, silenciosa y sorprendida, se puso en pie y gritó: «¡Es Ludovico! ¡Es Ludovico!», y salió corriendo de la habitación. Emily hizo una señal al criado para que la siguiera, y, si se trataba efectivamente de Ludovico, le hiciera entrar en el salón.

A los pocos minutos apareció Ludovico acompañado por Annette, quien, conmovida por la alegría al extremo de olvidar todas las reglas del decoro que debía a su ama, no permitió que nadie fuera oído, salvo ella, durante algún tiempo. Emily expresó su sorpresa y su satisfacción al ver a Ludovico sano y salvo, y sus primeras emociones aumentaron cuando él le entregó cartas del conde De Villefort y de la condesa Blanche, informándola de su última aventura y de su situación en aquellos momentos en una posada en los Pirineos, donde se habían visto detenidos por la enfermedad de monsieur St. Foix y la indisposición de Blanche, y añadía que el barón

St. Foix acababa de llegar para cuidar de su hijo en su castillo, donde permanecería hasta que estuviera totalmente recuperado de sus heridas, y que entonces regresaría al Languedoc, pero que su padre y ella misma proseguirían su camino a La Vallée, donde llegarían al día siguiente. Añadía que esperaba la presencia de Emily en sus próximas nupcias y le rogaba que se preparara para marchar, en unos días, al Chateau-le-Blanc. Por lo que se refiere a la aventura de Ludovico, lo dejaba en manos de él; y Emily, aunque muy interesada por conocer el medio por el que había desaparecido de las estancias del lado norte, tuvo el detalle de prohibirse la satisfacción de su curiosidad, hasta que hubiera tomado algún alimento y hubiera conversado con Annette, cuya alegría, al verle sano y salvo, no habría sido más exagerada si le hubiera visto salir de la tumba.

Mientras tanto, Emily volvió a leer las cartas de sus amigos, cuyas expresiones de estima y de bondad eran consuelos necesarios para su corazón, despierto como estaba por la última entrevista y conmovido por el dolor y el lamento.

La invitación al Chateau-le-Blanc la manifestaban con tal gentileza el conde y su hija, que se apoyaba además en un mensaje de la condesa, y la ocasión era tan importante para su amiga, que Emily no podía rehusar el aceptarla, aunque deseara permanecer en las tranquilas sombras de su lugar de nacimiento, a lo que se unía lo impropio de permanecer allí sola, puesto que Valancourt estaba de nuevo en la vecindad. En algunos momentos también pensó que el cambio de ambiente y la compañía de sus amigos podrían contribuir, más que su retiro, a restablecer su tranquilidad.

Cuando Ludovico apareció de nuevo, le indicó que quería conocer con todo detalle su aventura en las estancias del lado norte y que le dijera cómo había llegado a ser compañero de los bandidos, con los que le había encontrado el conde.

Obedeció inmediatamente mientras Annette, que no le había preguntado todavía muchos detalles sobre el tema, se dispuso a escuchar, con el rostro lleno de curiosidad, aventurándose a recordar a su señora su incredulidad por lo que se refería a los espíritus en el castillo de Udolfo y la sagacidad de ella misma al creer en ellos. Emily, enrojeciendo ante la conciencia de las últimas cosas que había creído, manifestó que si la aventura de Ludovico podía justificar la superstición de Annette, lo más probable sería que no estuviera allí para contarlo.

Ludovico sonrió a Annette, se inclinó ante Emily y comenzó como sigue:

—Recordaréis, madame, que la noche que me senté en la estancia del lado norte, mi señor, el conde, y monsieur Henri me acompañaron hasta allí, y que, mientras estuvieron conmigo, no sucedió nada que despertara su alarma. Cuando se marcharon, encendí el fuego en la alcoba, y, al no tener sueño, me senté junto a la chimenea con un libro que me había llevado para entretenerme. Confieso que algunas veces eché miradas por la habitación con ciertas aprensiones...

—¡Estoy muy segura de eso! —interrumpió Annette—, me atrevería a decir también, si es que se va a saber la verdad, que temblaste de pies a cabeza.

—La cosa no llegó a tanto —replicó Ludovico, sonriendo—, pero varias veces, cuando el viento silbaba alrededor del castillo y agitaba las viejas ventanas, imaginé que oía ruidos extraños, y, una o dos veces, me puse en pie y miré a mi alrededor; pero no había nada que ver, excepto las tristes figuras de los tapices, que parecían amenazarme cuando las miraba. Estuve sentado así cerca de una hora —continuó Ludovico—, cuando creí una vez más oír un ruido, y eché una mirada por la habitación para descubrir de dónde venía, pero no advertí nada. Volví a leer, y cuando había terminado la historia del libro, me sentí cansado y que quedé dormido. Poco después me desperté por el mismo ruido que había oído antes, que parecía venir de la parte de la habitación donde estaba la cama. Entonces, fuera porque la historia que había estado leyendo afectara mi ánimo o por los extraños informes que han corrido por ahí sobre esas habitaciones, no lo sé, pero cuando volví a mirar hacia la cama, imaginé que veía la cara de un hombre tras las polvorientas cortinas.

Al oírlo, Emily tembló y le miró con ansiedad recordando el espectáculo del que ella misma había sido testigo allí con Dorothée.

—Confieso, madame, que mi corazón dio un vuelco en aquel instante —continuó Ludovico—, pero la repetición del ruido desvió mi atención de la cama y en ese momento lo oí claramente, como de una llave abriendo una cerradura, pero lo más sorprendente para mí era que no veía puerta alguna desde la que pudiera llegarme ese ruido. Al momento siguiente, sin embargo, el tapiz próximo a la cama cedió lentamente y una persona apareció tras él, entrando por una pequeña puerta que había en el muro. Se detuvo un momento, como retirándose a medias, con la cabeza inclinada bajo el tapiz que ocultaba la parte superior de su rostro, excepto los ojos que brillaban bajo la tela según la sostenía; y, entonces, mientras lo levantaba bastante, vi la cara de otro hombre detrás mirando sobre su hombro. No sé lo que sucedió, pero, aunque mi espada estaba sobre la mesa que tenía delante, no tuve fuerzas para cogerla y me quedé sentado, inmóvil, contemplándolo, con los ojos medio cerrados, como si estuviera durmiendo. Supongo que pensaron que lo estaba y dudaban en lo que deberían hacer, porque los oí susurrar y siguieron en la misma postura durante un minuto. Después me pareció ver otras caras en la oscuridad, más allá de la puerta, y oí susurros más intensos.

—Lo de la puerta me sorprende —dijo Emily—, porque tenía entendido que el conde había mandado quitar los tapices y había examinado los muros, sospechando que pudieran ocultar un pasadizo por el cual te hubieras marchado.

—No me parece extraordinario, madame —replicó Ludovico—, el que esa puerta no fuera advertida, porque está situada en un compartimento estrecho que parece formar parte de un saliente del muro, y si el conde no pasó por él, pudo pensar que no

tenía sentido buscar una puerta donde no es posible imaginar que comunique con un pasadizo, pero lo cierto es que ese pasadizo está dentro del mismo muro. Pero, regreso a los hombres, a los que vi de modo impreciso tras la puerta y que no me hicieron esperar mucho dudando sobre sus intenciones. Entraron todos en la habitación y me rodearon, aunque no antes de que tirara de mi espada para defenderme. Pero ¿qué puede hacer un hombre contra cuatro? No tardaron en desarmarme, y tras atarme los brazos y amordazarme, me obligaron a cruzar aquella puerta, dejando mi espada sobre la mesa, para que, como dijeron, los que llegaran por la mañana, me buscaran tras haber luchado contra los fantasmas. Me condujeron por pasadizos muy estrechos, cortados, según supuse en los muros, porque no los había visto nunca antes, y tras bajar varios tramos de escalera, llegamos a las bóvedas bajo el castillo. Allí, abriendo una puerta de piedra que podía tomarse por el muro mismo, fuimos por un largo corredor y bajamos otros escalones cortados en la roca y otra puerta nos condujo a una caverna. Tras recorrer las galerías de la misma durante algún tiempo, llegamos a su boca y me encontré en una playa al pie de los acantilados sobre los que se asienta el castillo . Había una barca esperando, a la que me hicieron subir los rufianes y no tardamos en llegar a un barco pequeño que estaba anclado, donde aparecieron otros hombres. Después de hacerme subir a bordo, dos de los hombres que se habían apoderado de mí me siguieron, y los otros dos remaron de regreso hacia la costa, mientras los demás zarpaban. No tardé en descubrir de qué se trataba todo aquello y cuál era el negocio de aquellos hombres en el castillo. Atracamos en el Rosellón, y después de esperar varios días en la costa, algunos de sus camaradas bajaron de las montañas y me llevaron al fuerte, donde permanecí hasta que mi señor llegó tan inesperadamente, ya que se habían ocupado de impedir que me escapara vendándome los ojos durante el viaje, aunque si no lo hubieran hecho, creo que tampoco habría sabido encontrar mi camino a alguna ciudad por el agreste recorrido que atravesamos. Cuando llegamos al fuerte fui vigilado como un prisionero y nunca me dejaron salir sin ir acompañado de dos o tres de ellos. Me sentí tan cansado de vivir que más de una vez deseé acabar con todo aquello.

—Bueno, pero ellos te dejaban hablar —dijo Annette—, no te tuvieron amordazado después de hacerte salir del castillo, así que no veo qué razón tenías para estar tan cansado de vivir, eso sin decir nada de la posibilidad que tenías de volver a verme.

Ludovico, sonrió, así como Emily, que le preguntó cuál era el motivo que tuvieron aquellos hombres para llevárselo.

—No tardé en descubrir, madame —prosiguió Ludovico—, que son piratas, que durante muchos años han ocultado sus expolios en los sótanos del castillo, que al estar tan cerca del mar reúne todas las condiciones para sus propósitos. Para prevenir ser detenidos, han tratado de hacer creer que el castillo está encantado y, tras descubrir los pasajes secretos a las estancias del lado norte, que han estado cerrados desde la muerte de la señora marquesa, lo lograron fácilmente. El ama de llaves y su marido, que eran las únicas personas que habitaron el castillo durante años, estaban tan aterrorizados con los ruidos extraños que oían por las noches que no quisieron seguir viviendo allí; la información no tardó en extenderse y todos los alrededores se convencieron de que estaba encantado. Supongo que porque se dijo que la fallecida marquesa había muerto en extrañas circunstancias y porque el señor nunca volvió al lugar después de ello.

—Pero, ¿por qué —preguntó Emily— los piratas no se conformaron con la cueva? ¿Por qué consideraron necesario depositar sus botines en el castillo?

—La cueva, señora —replicó Ludovico—, estaba abierta a cualquiera y sus tesoros no habrían permanecido allí sin ser descubiertos, pero en los sótanos los tenían ' seguros mientras se mantuviera la creencia de que estaban encantados. Así, parece que llevaban a medianoche lo que expoliaban en el mar y lo guardaban hasta tener oportunidades para comerciar con ello en su beneficio. Los piratas estaban relacionados con contrabandistas españoles y bandidos que viven por los agrestes Pirineos, y que llevan adelante varias clases de tráfico, al extremo de que nadie puede sospecharlo, y con esta horda desesperada de bandidos permanecí hasta que llegó mi señor. Nunca olvidaré lo que sentí cuando le descubrí, i ya le daba por perdido!, pero sabía que si me asomaba, los bandidos descubrirían quién era y probablemente le asesinarían para prevenir que fuera detectado su secreto en el castillo. En consecuencia, me mantuve fuera de la vista del señor, pero vigilé cuidadosamente a los rufianes y decidí que si se presentaban ante él o ante su familia violentamente, me descubriría y lucharía por nuestras vidas. Poco después tuve ocasión de oír a algunos

de ellos preparando un plan diabólico para asesinar y robar a todo el grupo, por lo que me decidí a hablar con algunos de los criados de mi señor, informándoles de lo que se preparaba y comentamos lo que podríamos hacer. Mientras tanto, mi señor, alarmado por la ausencia de la condesa Blanche, preguntó por ella. Los rufianes dieron una respuesta poco satisfactoria y mi señor y monsieur St. Foix se pusieron furiosos, por lo que pensamos que era el momento adecuado para descubrir el complot y corrimos hacia la habitación. Yo grité: «¡Traición, mi señor conde, defendeos!» Su señoría y el chevalier sacaron sus espadas y tuvimos una dura batalla, pero vencimos finalmente, como, madame, ya habéis sido informada por mi señor el conde.

—Es una aventura extraordinaria —dijo Emily—, y debes ser elogiado, Ludovico, por tu prudencia e intrepidez. Sin embargo, hay algunos detalles en relación con las habitaciones del lado norte que siguen dejándome perpleja, y quizá puedas explicarlas. ¿Oíste alguna vez a los bandidos contar algo extraordinario de esas habitaciones?

—No, madame —replicó Ludovico—, nunca les oí hablar de esas cámaras, excepto para reírse de la credulidad del ama de llaves, que en una ocasión estuvo muy cerca de descubrir a uno de los piratas. Sucedió después de que el conde llegara al castillo, dijo, y se rió con fuerza al contar el truco que le había gastado.

El rostro de Emily se cubrió de sonrojo y deseó impacientemente que Ludovico se lo explicara.

—Veréis, mi señora —dijo—, según estaba ese hombre una noche en la alcoba, oyó que alguien se acercaba desde la habitación contigua, y al no tener tiempo para levantar el tapiz y abrir la puerta, se escondió en la cama. Allí permaneció echado durante algún tiempo, con gran temor, supongo...

—Como cuando tú estabas dentro —interrumpió Annette—, sentado para vigilar.

—Tan temeroso como jamás he estado en mi vida —dijo Ludovico—, y en ese momento el ama de llaves y otra persona se acercaron a la cama, cuando él, creyendo que iban a examinarla, pensó que su única oportunidad de escapar sin ser visto estaba en aterrorizarles. Así que abrió la cortina, pero no reaccionaron hasta que asomó la cara por ella. Entonces, dijo, ambas se marcharon como si hubieran visto al demonio y pudo salir de allí sin ser descubierto.

Emily no pudo evitar el sonreír ante esta explicación decepcionante, que le había dado tantas supersticiones terroríficas, y se sorprendió de que hubiera sido capaz de sentirse tan asustada, hasta que consideró que, cuando la mente ha empezado a ceder a la debilidad de la superstición, el engaño se acentúa con la fuerza de la convicción. Con todo, recordó con cierto temor la música misteriosa que había oído a medianoche, cerca del Chateau-Ie-Blanc, y le preguntó a Ludovico si le podía dar alguna explicación de ello, pero no lo sabía.

—Lo único que sé, madame —añadió—, es que no procede de los piratas, porque

les oí reírse de ello y decir que creían que el demonio estaba de su parte.

—Sí, yo contestaría que así era —dijo Annette, con el rostro iluminado—, del mismo modo que todo el tiempo estaba segura de que él o su espíritu tenían algo que ver con esas habitaciones y, como veis, madame, tengo razón.

—No puedo negar que sus espíritus han estado muy ocupados en esa parte del castillo —replicó Emily, sonriendo—, pero me sorprende, Ludovico, que esos piratas sigan cometiendo sus fechorías después de la llegada del conde. ¿Qué otra cosa pueden esperar que no sea su detención cierta?

—Tengo razones para creer, madame —replicó Ludovico—, que tenían la intención de no seguir más de lo necesario hasta retirar los almacenes que tienen depositados en los sótanos, y parece que se han estado ocupando de ello durante un corto período después de la llegada del conde; pero, como sólo cuentan con unas pocas horas de la noche para el asunto y siguen llevando adelante otras fechorías, los sótanos sólo habían sido vaciados a medias cuando me secuestraron. Acertaron plenamente con esta oportunidad para confirmar los temores supersticiosos que habían extendido sobre esas habitaciones y fueron cuidadosos en dejar todo como lo habían encontrado, que consideraban lo mejor para despertar la decepción, y con frecuencia, en tono jocoso, reían por la consternación que creían que sufrían los habitantes del castillo por mi desaparición. Para prevenir la posibilidad de que descubriera su secreto, me trasladaron tan lejos. Desde aquel momento consideraron que el castillo era como suyo; pero descubrí, por las conversaciones de sus camaradas, que pese a que fueron precavidos al principio en manifestar su poder allí, en una ocasión casi se traicionaron. Al acudir una noche a las habitaciones del lado norte, como era su costumbre, para repetir los ruidos que habían despertado tanta alarma entre los criados, oyeron, cuando abrían la puerta secreta, unas voces en la alcoba. Mi señor me ha dicho que él y monsieur Henri estaban en la habitación y oyeron lamentos extraños, que parece que fueron hechos por estos tipos, con su habitual propósito de aterrorizar, y mi señor sintió algo más que sorpresa, pero era necesario para la paz de la familia que nadie se enterara de ello, por lo que mantuvo silencio sobre el asunto, y obligó a su hijo a hacer lo mismo.

Emily, recordando el cambio que se había producido en el ánimo del conde tras aquella noche, cuando estuvo vigilando en las habitaciones, comprendió la causa de ello, y, tras algunas otras preguntas sobre el extraño asunto, despidió a Ludovico y se dispuso a dar órdenes para la acomodación de sus amigos al día siguiente.

Por la tarde, Theresa, a pesar de su debilidad, llegó para entregarle el anillo que Valancourt le había confiado. Cuando se lo mostró, Emily se sintió muy afectada, ya que recordó que se lo había puesto con frecuencia en los días felices. Sin embargo, estaba contrariada porque Theresa lo hubiera recibido y rehusó decididamente aceptarlo, aunque el hacerlo le hubiera proporcionado una satisfacción melancólica.

Theresa insistió, describiendo después la desesperación de Valancourt cuando se lo había entregado, y repitió el mensaje con el que la había comisionado para que se lo diera. Emily no pudo ocultar el dolor extremo que su narración le había ocasionado, y lloró, permaneciendo perdida en sus pensamientos.

—Mi querida señorita —dijo Theresa—, ¿por qué ha de suceder todo esto? Os conozco desde vuestra infancia y es justo suponer que os quiero como si fuerais mía, tanto como deseo veros feliz. No he visto a monsieur Valancourt durante mucho tiempo, pero tengo razones para quererle como si fuera mi propio hijo. Sé cómo le queréis y él a vos, si no ¿a qué viene todo ese llorar y desesperarse?

Emily hizo una señal con la mano a Theresa para que guardara silencio, quien, sin atender su indicación, continuó:

—Así lo parecen vuestro temperamento y comportamiento, y, si os hubierais casado, seríais la pareja más feliz de toda la provincia..., entonces ¿qué es lo que os impide que os caséis? ¡Dios mío! Ver como algunas personas huyen de su felicidad y luego lloran y se lamentan por ello como si no fuera por su propia decisión, y como si fuera más grato ese lamentarse y llorar que vivir en paz. Aprender es sin duda una buena cosa, pero si no sirve más que para enseñaros eso, prefiero vivir sin saber nada. Si enseñara a ser más feliz, haría algo para aprender y alcanzar también la sabiduría.

La edad y los largos servicios habían concedido a Theresa el privilegio de hablar, pero Emily procuró controlar su locuacidad, y, aunque sentía la exactitud de algunas de sus observaciones, no quiso explicar las circunstancias que habían decidido su conducta hacia Valancourt. En consecuencia, sólo le dijo que le desagradaría volver a tratar el tema; que tenía razones para su conducta que no consideraba apropiado mencionar, y que el anillo debería ser devuelto, con la afirmación de que no podía aceptarlo, y, al mismo tiempo, prohibió a Theresa que le trajera nuevos mensajes de Valancourt, aunque valoraba su estima y su bondad. Theresa se afligió e hizo otro intento, aunque débil, para interesarla en Valancourt, pero el desagrado nada frecuente que expresaba el rostro de Emily no tardó en obligarla a desistir y se despidió asombrada y lamentándose.

Para liberar su mente, en cierta medida, de los dolorosos recuerdos que acudían a ella, Emily se entretuvo en las preparaciones para su viaje a Languedoc, y, mientras Annette, que la ayudaba, hablaba con alegría y afecto del regreso feliz de Ludovico, consideraba cómo podría promover su felicidad y decidió que si no cambiaba su afecto por la simple y honesta Annette, les daría en su matrimonio una parte de la tierra para que se pudieran establecer en sus propiedades. Estas consideraciones la llevaron a recordar los dominios por el lado paterno de su padre, cuyos asuntos le habían obligado a disponer de ellos para monsieur Quesnel y que con frecuencia deseaba recuperar, porque St. Aubert se había lamentado de que las tierras principales de sus antecesores hubieran pasado a otra familia y porque habían sido el lugar de su

nacimiento y la sombra de sus primeros años. Por las propiedades en Toulouse no tenía una atracción especial y deseaba disponer de ellas para poder comprar los dominios paternales si monsieur Quesnel se mantenía en su deseo, puesto que había hablado de marcharse a vivir a Italia, lo que no parecía muy improbable.

Capítulo XV

¡Dulce es el aliento del chaparrón primaveral,
dulces los tesoros recogidos por las abejas,
dulce el desgranarse de la música, pero más dulce aún
la sosegada, la pequeña voz de la gratitud!

GRAY

Al día siguiente, la llegada de sus amigos revivió el ánimo de Emily, y La Vallée volvió a ser una vez más escenario de gentilezas sociales y elegante hospitalidad. La enfermedad y el terror que había sufrido se había llevado gran parte de la ligereza de Blanche, pero conservaba toda su afectuosa simplicidad, y, aunque aparecía menos floreciente, no era menos encantadora que antes. La desafortunada aventura en los Pirineos había hecho que el conde estuviera muy ansioso por regresar a su casa y, tras poco más de una semana en La Vallée, Emily se preparó para salir con sus amigos hacia el Languedoc, asignando el cuidado de su casa, durante su ausencia, a Theresa. En la tarde anterior a su marcha su vieja sirvienta trajo de nuevo el anillo de Valancourt, y, con lágrimas, trató de que su señora lo aceptara, porque no había visto ni había oído de monsieur Valancourt desde la noche en que se lo entregó. Al decir esto, su rostro expresó más alarma de la que se atrevía a manifestar; pero Emily, controlando su propia propensión al temor, consideró que probablemente había regresado a la residencia de su hermano, y de nuevo rehusó aceptar el anillo, indicando a Theresa que lo conservara hasta que le viera, lo que prometió que haría pero con extrema indecisión.

Como estaba previsto, el conde De Villefort, con Emily y Blanche, salieron de La Vallée, y el mismo día por la tarde llegaron al Chateau-le-Blanc, donde la condesa, Henri y monsieur Du Pont, cuyo encuentro allí sorprendió a Emily, los recibieron con alegría y felicitaciones. Se preocupó al observar que el conde seguía animando las esperanzas de su amigo, cuyo rostro manifestaba que su afecto no había cedido por la ausencia; y se sintió aún peor cuando, en la segunda tarde después de su llegada, el conde, tras alejarla de Blanche, con la que estaba paseando, volvió a sacar el tema de las esperanzas de monsieur Du Pont. La suavidad con la que al principio escuchó su intercesión le engañaron en cuanto a sus sentimientos y empezó a creer que había superado su afecto por Valancourt y que estaba dispuesta, finalmente, a pensar favorablemente en monsieur Du Pont. Cuando Emily le convenció de su error, él se aventuró con sus mejores deseos a promover lo que consideraba la felicidad de dos personas a las que tanto estimaba, tratando de convencerla con gentileza de que aquel

sufrimiento envenenaría la felicidad de sus años más valiosos.

Al observar su silencio y la profunda preocupación de su rostro, concluyó diciendo:

—No diré más ahora, pero seguiré creyendo, mi querida mademoiselle St. Aubert, que no rechazaréis siempre a una persona tan profundamente estimable como mi amigo Du Pont.

Le ahorró el dolor de contestar, apartándose de él, y se alejó algo contrariada con el conde por haber perseverado en apoyar una solicitud que había rechazado repetidamente, y se perdió en los recuerdos melancólicos que había revivido el tema, hasta que alcanzó sin darse cuenta los límites de los bosques que rodeaban el monasterio de Santa Clara. Al percibir lo lejos que había llegado. decidió extender su paseo un poco más y preguntar por la abadesa y por alguna de sus amigas entre las monjas.

Aunque la tarde era ya algo avanzada, aceptó la invitación del fraile, que abrió la puerta, y, deseosa de encontrarse con algunas de sus antiguas amistades, procedió hacia el salón del comedor. Al cruzar el césped que desde el monasterio se extendía hasta el mar, se conmovió con el cuadro de reposo que mostraban algunos monjes, sentados en los claustros, que se extendía bajo las ramas de los árboles que coronaban el promontorio, donde, según meditaban sobre temas sagrados en la hora del crepúsculo, no podían apartar en ocasiones su atención de la escena que les rodeaba, porque no era profano el mirar a la naturaleza ahora que se habían cambiado los brillantes colores del día por los tintes sobrios de la tarde. Frente a los claustros había un viejo castaño, cuyas anchas ramas parecían enmarcar la completa magnificencia de la escena, que podía tentar el deseo a los placeres más mundanos; pero quieto, tras las hojas oscuras y extendidas, brillaba una amplia extensión del océano y muchos barcos navegando, mientras a la derecha y a la izquierda los espesos bosques se extendían por las costas irregulares. En gran medida aquello había sido aceptado, tal vez para dar al recluido voluntario una imagen de los peligros y vicisitudes de la vida y para consolarle, ahora que había renunciado a sus placeres. Según Emily caminaba pensativa, considerando de cuántos sufrimientos se habría escapado si se hubiera quedado en la orden y en aquel retiro desde la muerte de su padre, la campana de vísperas la hizo reaccionar, y los monjes se retiraron lentamente hacia la capilla, mientras ella, manteniéndose en su camino, entró en el vestíbulo, en el que reinaba un silencio inusual. También el salón contiguo estaba vacío y, puesto que sonaba la campana de la tarde, creyó que las monjas se habían retirado a la capilla y se sentó para descansar un momento antes de volver al castillo, donde el aumento de la oscuridad le hacía estar ansiosa por regresar.

No habían pasado muchos minutos cuando una monja, entrando deprisa, preguntó por la abadesa, y se retiraba sin reparar en Emily cuando ella se dio a conocer y supo

que se iba a celebrar una misa por el alma de la hermana Agnes, que había empeorado desde hacía algún tiempo y pensaban que moriría.

La hermana le dio algunos informes de su sufrimiento y de los horrores en los que se veía envuelta a veces, que había cedido a un hundimiento tan sombrío que ni las oraciones, en la que era acompañada por la hermandad, ni las afirmaciones de su confesor, habían tenido poder para que reaccionara o para animar su mente con algún rayo momentáneo de consuelo.

Emily escuchó los detalles con extrema preocupación, y, recordando los gestos y las expresiones de horror de las que había sido testigo, junto con la historia de Agnes que le había comunicado la hermana Frances, su compasión se elevó a un grado muy doloroso. Como la tarde estaba muy avanzada, Emily no deseó verla o asistir a la misa, y después de dejar muchos recuerdos con la monja para sus viejas amigas, salió del monasterio y regresó por los acantilados hacia el castillo, meditando sobre lo que acababa de oír hasta que al fin forzó a su mente a temas menos interesantes.

El viento era fuerte cuando se acercaba al castillo y varias veces se detuvo para escuchar su sonido sombrío, según barría el oleaje al fondo o gemía entre los árboles que la rodeaban, y, mientras descansaba en una roca a poca distancia del castillo y miraba las extensas aguas, contempló la suave sombra del crepúsculo y pensó la siguiente dedicatoria:

A LOS VIENTOS

¡Invisibles, a través de la vasta bóveda del cielo conducís vuestra ruta,
sin que se sepa de dónde venís o adónde vais!
¡Poderes misteriosos! Oigo vuestro murmullo grave,
hasta que sopla vuestro recio arrebato en mi asustado oído,
y, ¡terrible!, parece decir —¡Un Dios está cerca!
Me gusta escuchar vuestras voces de medianoche flotando
en la tremenda tormenta, que rueda por el océano,
y, mientras su encantamiento controla a la airada ola,
mezclarme con su tétrico rugir, y hundirme a lo lejos.
Entonces, elevándose en el silencio, una nota más dulce,
el canto fúnebre de los espíritus, que lamentan vuestras acciones.
¡Una nota más dulce se desliza a veces mientras duerme la galerna!
Pero no tarda, ¡vuestros poderes invisibles!, vuestro descanso, terminó,
solemnes y lentos, os eleváis por el aire,
habláis en las jarcias, y ordenáis el miedo del grumete,
y el canto fúnebre desaparece ondulante —¡No se vuelve a oír!
¡Oh! ¡Entonces desapruebo vuestro terrible reino!
¡El lamento ruidoso ya no lleva vuestro aliento!,

ni lleva el fragor del barco lejos en el océano,
ni lleva el grito de los hombres, que gimen en vano,
¡el coro terrible de la tripulación se sumerge en la muerte!
¡Oh! ¡No mostréis vuestros poderes! ¡Suplico sola,
mientras extasiada subo estos oscuros y románticos acantilados,
a la guerra de los elementos, a la espuma de las olas,
suplico la quietud, la lágrima dulce, que escucha el llanto de Fancy!

Capítulo XVI

Actos inhumanos
alimentan cuitas inhumanas, mentes infestadas
descargarán sus secretos en sus almohadas sordas.
Más necesita de lo divino que del médico.

MACBETH

A la tarde siguiente, la vista de las torres del convento, elevándose entre los bosques umbrosos, recordó a Emily a la monja, cuyas condiciones tanto la habían afectado, y ansiosa por saber cómo estaba, así como por ver a algunas de sus antiguas amigas, extendió su paseo con Blanche hasta el monasterio. A su puerta había un carruaje, que, por el sudor de los caballos, parecía que acababa de llegar. Una quietud superior a lo común se extendía por el patio y los claustros, por lo que Emily y Blanche pasaron en su camino hacia el gran vestíbulo, donde una monja, que cruzaba hacia la escalera, replicó a las preguntas de la primera que la hermana Agnes seguía viva y sensible, pero que pensaban que no llegaría a la noche. En el salón encontraron a varias de las internas, que se alegraron al ver a Emily, informándole de pequeños detalles que habían sucedido en el convento desde su marcha, y que resultaban interesantes para ella únicamente porque se referían a personas que recordaba con afecto. Mientras conversaban, la abadesa entró en la habitación y expresó su satisfacción al ver a Emily, pero sus ademanes eran más solemnes que de costumbre y su rostro preocupado.

—Nuestra casa —dijo, tras los primeros saludos— es verdaderamente un lugar de tristeza. Una hija está pagando su deuda a la naturaleza. Tal vez ya habréis oído que nuestra hija Agnes está muriéndose.

Emily expresó su preocupación sincera.

—Su muerte nos ofrece una lección grande y tremenda —continuó la abadesa—; aprendámosla y beneficiémonos de ella. ¡Que nos enseñe a preparamos para el cambio que nos espera a todos! Sois jóvenes y está aún en vuestro poder el asegurar «la paz que sobrepasa toda comprensión», la paz de la conciencia. Conservadla en vuestra juventud para que pueda consolaros con los años, porque ¡vanas e imperfectas son las acciones de nuestros últimos años, si las de nuestra vida anterior han sido malas!

Emily habría dicho que las buenas acciones nunca serían vanas, así lo esperaba, pero consideró que era la abadesa la que hablaba y permaneció silenciosa.

—Los últimos días de Agnes —prosiguió la abadesa— han sido ejemplares. ¡Que

sirvan para borrar los errores de los anteriores! Sus sufrimientos ahora, por fin, son grandes, ¡esperemos que sirvan para su paz después de este mundo! La he dejado con el confesor y con un caballero que hace tiempo estaba deseosa de ver y que acaba de llegar de París. Espero que sean capaces de administrarle el reposo que hasta ahora ha estado pidiendo su mente.

Emily se unió fervorosamente a su deseo.

—Durante su enfermedad ha hablado a veces de vos —continuó la abadesa—, tal vez la consolará veros. Cuando las visitas que están con ella la dejen, iremos a su celda, si la escena no es demasiado melancólica para vuestro ánimo. Aunque tales escenas, por muy dolorosas que sean, debemos acostumbrarnos a verlas porque son saludables para el alma y nos preparan para lo que nosotros mismos hemos de sufrir.

Emily quedó seria y pensativa, porque la conversación le había traído el recuerdo de los momentos de la muerte de su querido padre, y deseó una vez más llorar sobre el lugar en el que habían sido enterrados sus restos. Durante el silencio que siguió a las palabras de la abadesa, muchas pequeñas circunstancias que rodearon sus últimas horas acudieron a su mente: su emoción al descubrir que se encontraba en la vecindad del Chateau-Ie-Blanc; su petición de ser enterrado en un lugar concreto de la iglesia del monasterio, y el solemne encargo que le había hecho de destruir ciertos papeles sin examinarlos. Recordó también las palabras misteriosas y horribles de aquellos manuscritos, en los que involuntariamente se había fijado su mirada y, aunque ahora, y siempre que las había recordado, le producían una dolorosa curiosidad por su sentido y por los motivos de la orden de su padre, le había servido de consuelo fundamental el haber obedecido estrictamente sus indicaciones sobre el particular.

Poco más dijo la abadesa, que parecía demasiado afectada por el tema comentado para continuar conversando, y sus acompañantes habían estado silenciosas durante algún tiempo por la misma razón, cuando la meditación general se vio interrumpida por la entrada de un desconocido, monsieur Bonnac, que acababa de salir de la celda de la hermana Agnes. Parecía muy alterado, pero Emily supuso que su rostro tenía más la expresión del horror que del pesar. Tras retirarse con la abadesa a un lugar apartado de la habitación, conversó con ella durante algún tiempo, en el que pareció escucharle con la más viva atención y él hablar con precaución y con un interés mayor de lo común. Cuando hubo concluido, se inclinó silencioso ante el resto de las personas y salió de la habitación. Poco después la abadesa propuso que fueran a la celda de la hermana Agnes, a lo que Emily consintió, aunque con algunas dudas, y Blanche permaneció con las internas.

En la puerta de la celda se encontraron con el confesor, que, según observó Emily, al levantar la cabeza cuando se aproximaban, era el mismo que atendió a su padre moribundo, pero pasó sin apercibirse de ella. Entraron en la habitación, donde yacía la hermana Agnes sobre un colchón, atendida por una monja sentada en una silla a su

lado. Había cambiado tanto su rostro que Emily casi no la reconoció de no haber sabido que era ella. Estaba tan sumergida en sus pensamientos que no se dio cuenta de la entrada de la abadesa y de Emily hasta que estuvieron al iado de su cama. Entonces, volviendo sus ojos cansados, los fijó en ellas con una mirada de horror fija en Emily, y gritó, exclamando:

—¡Esa visión se me presenta en mis horas de moribunda!

Emily dio un paso atrás aterrorizada y miró a la abadesa pidiendo una explicación, que le hizo una señal para que no se alarmara y en tono suave le dijo a Agnes:

—Hija, he traído a mademoiselle St. Aubert a visitaros. Pensé que os agradaría verla.

Agnes no replicó, pero siguió mirando intensamente a Emily y exclamó:

—¡Es ella misma! ¡Oh! ¡En su mirada está toda la fascinación que prueba mi destrucción! ¿Qué es lo que tenéis que...? ¿Qué es lo que venís a pedir? ¿Retribución? Pronto será vuestro, es vuestro ya. ¡Cuántos años han pasado desde la última vez que os vi! Mi crimen parece que fue ayer. Sin embargo, me he hecho vieja con él, mientras vos seguís joven y resplandeciente como estabais cuando me obligasteis a cometer el acto más aborrecible. ¡Oh! ¡Podría olvidarlo un momento! ¿De qué serviría? ¡La acción está hecha!

Emily, extremadamente alterada, quiso salir de la habitación, pero la abadesa, cogiendo su mano, trató de animar su espíritu y le rogó que se quedara unos momentos, hasta que Agnes se calmara, lo que trató de conseguir. Pero esta última parecía ignorarla, mientras mantenía la mirada fija en Emily, y añadió:

—¿Qué son años de rezo y de arrepentimiento? ¡No pueden borrar la locura del asesinato! ¡Sí, asesinato! ¿Dónde está, dónde está él? ¡Mirad ahí, mirad ahí! ¡Ved cómo se mueve por la habitación! ¿Por qué viene a atormentarme ahora? —continuó Agnes, mientras sus ojos erraban por el aire—, ¿por qué no fui castigada antes? ¡Oh! ¡No me miréis así! ¡Ah! ¡Ahí está de nuevo! ¿Es ella? ¿Por qué me miráis con tanta piedad y además sonreís? ¿Sonreírme? ¿Qué gemido es ése?

Agnes cayó sobre la almohada, aparentemente sin vida, y Emily, incapaz de sostenerse, se inclinó sobre la cama, mientras la abadesa y la monja aplicaron los remedios usuales a Agnes.

—Paz —dijo la abadesa, cuando Emily trató de hablar—, el delirio se aleja, no tardará en recobrarse. ¿Cuándo se ha puesto así anteriormente, hija?

—No desde hace muchas semanas, señora —replicó la monja—, pero su ánimo se ha agitado desde la llegada del caballero que tanto deseaba ver.

—Sí —observó la abadesa—, eso ha sido sin duda lo que ha ocasionado este paroxismo de locura. Cuando se encuentre mejor, dejaremos que descanse.

Emily estaba preparada para acceder, pero, aunque poca era la ayuda que podía

prestar, no se decidía a abandonar la celda mientras pudiera ser necesaria.

Cuando Agnes recobró el sentido, volvió a fijar sus ojos en Emily, pero había desaparecido la expresión agitada, a la que había sucedido una triste melancolía. Pasaron algunos momentos antes de que se recobrara lo suficiente para hablar y dijo débilmente:

—¡El parecido es increíble! Sin duda tienes que ser algo más que mi fantasía. Decidme, os lo suplico —añadió, dirigiéndose a Emily—, aunque vuestro nombre es St. Aubert, ¿no sois hija de la marquesa?

—¿Qué marquesa? —dijo Emily totalmente sorprendida, porque había supuesto, por el tono calmado de Agnes, que había recobrado su entendimiento. La abadesa la miró con gesto significativo, pero repitió la pregunta.

—¿Qué marquesa? —exclamó Agnes—, yo sólo conozco una, la marquesa De Villeroi.

Emily, recordando la emoción de su difunto padre tras la inesperada mención de su nombre, y su petición de reposar cerca de la tumba de los Villeroi, se sintió profundamente interesada y trató de que Agnes explicara las razones de su pregunta. La abadesa habría retirado a Emily de la habitación, que, detenida por un fuerte interés, repitió sus ruegos.

—Traedme ese cofrecillo, hermana —dijo Agnes—, os lo mostraré. Lo único que tenéis que hacer es miraros en ese espejo y lo veréis. Estoy segura de que sois su hija, un parecido semejante no se encuentra nunca entre los parientes más próximos.

La monja trajo el cofrecillo y Agnes le indicó cómo tenía que abrirlo. Cogió entonces una miniatura, en la que Emily percibió el exacto parecido con el retrato que había encontrado entre los papeles de su padre. Agnes extendió la mano para cogerlo, lo miró profundamente durante unos momentos en silencio, y después con el rostro cubierto por una profunda desesperanza, elevó sus ojos al cielo y rezó. Al terminar, entregó la miniatura a Emily:

—Conservadlo —dijo—, os lo entrego porque creo que es vuestro derecho. Observé frecuentemente el parecido que tenéis, pero nunca hasta hoy se mostró tan poderosamente en mi conciencia. No os alejéis, hermana, no os llevéis el cofrecillo, hay otro retrato que debo mostraros.

Emily tembló llena de expectación y de nuevo la abadesa trató de hacerla salir.

—Agnes sigue alterada —dijo—, os daréis cuenta de cómo fantasea. Cuando está así dice cualquier cosa y no tiene escrúpulos, como habéis comprobado, en acusarse de los crímenes más horribles.

Emily pensó, no obstante, que percibía algo más que locura en la inconsistencias de Agnes, cuya mención de la marquesa y el haber mostrado su retrato le habían interesado de tal modo que decidió obtener más información, si era posible, en relación con el asunto.

La monja regresó con el cofrecillo, y Agnes le señaló un cajón secreto, del que sacó otra miniatura.

—Esta es —dijo Agnes, mostrándoselo a Emily—, que os sirva al menos de lección para vuestra vanidad; mirad este retrato y tratad de descubrir algún parecido entre cómo era y cómo soy.

Emily recibió impaciente la miniatura, que casi no había podido contemplar, y que estuvo a punto de dejar caer con sus manos temblorosas. Se parecía al retrato de la signora Laurentini, que había visto anteriormente en el castillo de Udolfo, la dama que había desaparecido de un modo tan misterioso y que se sospechaba que había sido asesinada por Montoni.

Asombrada y silenciosa, Emily continuó mirando alternativamente a la miniatura y a la monja moribunda, tratando de encontrar un parecido entre ambas, que ya no existía.

—¿Por qué me miráis tan insistentemente? —dijo Agnes, confundiendo la naturaleza de las emociones de Emily.

—He visto este rostro anteriormente —dijo Emily, al fin—, ¿se parecía realmente a vos?

—Hacéis bien en formular esa pregunta —replicó la monja—, pero en otro tiempo se consideraba que tenía un asombroso parecido conmigo. Miradme bien y ved en lo que me ha convertido la culpabilidad. Entonces yo era inocente, las pasiones malvadas de mi naturaleza dormían. ¡Hermana! —añadió solemnemente, alargando su mano fría y húmeda a Emily, que tembló a su contacto—, ¡hermana!, tened cuidado de las primeras tolerancias con las pasiones. ¡Tened cuidado de la primera! Su avance, si no se controla entonces, es rápido, su fuerza es incontrolable, nos conduce no sabemos adónde, tal vez a la comisión de delitos, ¡para los que años y años de rezo y penitencia no sirven de nada! Puede ser tal la fuerza incluso de una sola pasión que se sobrepone a cualquier otra y anula cualquier otra posibilidad de acercamiento al corazón. Nos posee como un demonio y nos lleva a los actos de mayor perversidad, haciéndonos insensibles a la piedad y a la conciencia. Y, cuando ha cumplido sus propósitos, como un verdadero demonio, nos abandona a la tortura de esos sentimientos, cuyo poder había suspendido, no aniquilado, a las torturas de la compasión, el remordimiento y la conciencia. Entonces nos despertamos cómo de un sueño y percibimos un nuevo mundo a nuestro alrededor, que contemplamos con asombro y horror, pero el hecho ya está cometido. Ni todos los poderes del cielo y de la tierra unidos pueden borrarlo, ¡y los espectros de la conciencia no nos dejarán! ¿Qué significan la grandeza, la riqueza, la misma salud frente al lujo de una conciencia pura, la salud del alma, y qué los sufrimientos de la pobreza, contrariedad y desesperación, frente a la angustia de un alma afligida? ¡Oh! ¡Cuánto ha pasado desde que participé de ese lujo! Creo que he sufrido los dolores más agonizantes de la

naturaleza humana, en el amor, los celos y la desesperación, pero esos dolores eran fáciles de soportar, comparados con las manchas de la conciencia que desde entonces he soportado. Disfruté también de lo que se llama la dulce venganza, pero fue algo transitorio, expiraba incluso con el objeto que la provocaba. Recordad, hermana, que las pasiones son tanto los actos del vicio como de la fortuna, de las que todo puede brotar, conforme las hayamos cultivado. ¡Desgraciados los que nunca supieron el arte de gobernarlas!

—¡Infeliz! —dijo la abadesa—, ¡y mal informada de nuestra santa religión!

Emily escuchó a Agnes en silencio inquieto, mientras seguía examinando la miniatura y confirmaba su opinión de su extraordinario parecido con el retrato de Udolfo.

—Esta cara me resulta familiar —dijo, deseando llevar a la monja a que diera una explicación, pero temiendo descubrir demasiado abruptamente que conocía Udolfo.

—Os equivocáis —replicó Agnes—, nunca habéis visto antes ese retrato.

—No —replicó Emily—, pero he visto uno extremadamente parecido.

—Imposible —dijo Agnes, a la que ya podemos llamar señora Laurentini.

—Fue en el castillo de Udolfo —continuó Emily, mirándola fijamente.

—¡De Udolfo! —exclamó Laurentini—, ¡de Udolfo, en Italia!

—El mismo —replicó Emily.

—Entonces me conocéis —dijo Laurentini—, y sois la hija de la marquesa.

Emily se quedó profundamente sorprendida ante esta inesperada afirmación.

—Soy la hija del fallecido monsieur St. Aubert —dijo—, y la señora que habéis nombrado me es totalmente desconocida.

—Eso es al menos lo que creéis —prosiguió Laurentini.

Emily le preguntó qué razones podía tener para pensar lo contrario.

—El parecido familiar que mostráis —dijo la monja—. Como es sabido, la marquesa estaba en relaciones con un caballero de Gascuña en el tiempo en que aceptó la mano del marqués por orden de su padre. ¡Infeliz mujer de destino desgraciado!

Emily, recordando la extrema emoción con la que St. Aubert había reaccionado ante la mención del nombre de la marquesa, habría recibido una impresión superior a la de la sorpresa de no haber tenido confianza en su integridad. Como era así, no pudo, ni por un momento creer en lo que insinuaban las palabras de Laurentini. Sin embargo, seguía fuertemente interesada en ellas y suplicó que las explicara con más detalle.

—No presionéis en ese tema —dijo la monja—, ¡es demasiado terrible para mí! ¡Cómo podría borrarlo de mi memoria!

Suspiró profundamente y, tras una pausa, preguntó a Emily cómo había descubierto su nombre.

—Por vuestro retrato en el castillo de Udolfo, con el que esta miniatura guarda un sorprendente parecido —replicó Emily.

—¡Queréis decir que habéis estado en Udolfo! —dijo la monja con profunda emoción—. ¡Qué escenas revive en mi fantasía la mención de ese nombre, escenas de felicidad, de sufrimiento y de horror!

En ese momento, el terrible espectáculo del que Emily había sido testigo en una de las habitaciones del castillo acudió a su mente y tembló mientras fijaba su mirada en la monja y se repetía sus recientes palabras, de que «los que años y años de rezos y penitencia no pueden borrar la locura del asesinato». Se convenció de que debía atribuirlas a otra causa que no fuera la del delirio. Conmovida por el horror que casi la privaba de su conciencia, creyó que estaba mirando a una asesina; todo el comportamiento de Laurentini parecía confirmar tal suposición, aunque Emily seguía perdida en un laberinto de perplejidades, y, no sabiendo cómo plantear las preguntas que pudieran conducir a la verdad, sólo podía indicarlas con frases a medias.

—Vuestra inesperada marcha de Udolfo —dijo.

Laurentini gimió.

—Los informes que corrieron después de ellos —continuó Emily—, la habitación del lado oeste, el tenebroso velo, lo que éste oculta!... Cuando se cometen asesinatos...

La monja tembló.

—¡Ahí está de nuevo! —dijo, tratando de incorporarse, mientras con la mirada fija parecía seguir a algo por la habitación—, ¡sal de la tumba! ¡Cómo! ¡Sangre, sangre también! ¡No había sangre, no puedes decir eso! ¡No sonrías, no sonrías tan misericordiosamente!

Laurentini cayó envuelta en convulsiones al pronunciar las últimas palabras, y Emily, incapaz de seguir soportando el horror de la escena, salió corriendo de la habitación y envió a algunas monjas para que atendieran a la abadesa.

Blanche y las internas, que estaban en el salón, se reunieron alrededor de Emily, y alarmadas por su actitud y por su rostro aterrorizado, la hicieron cientos de preguntas, que evitó contestando que creía que la hermana Agnes se estaba muriendo. Recibieron este informe como explicación suficiente de su terror y cambiaron sus preocupaciones, con lo que, finalmente, Emily se pudo recuperar en parte. Sin embargo estaba tan conmovida por las terribles revelaciones, y tan sorprendida y llena de dudas por las palabras de la monja que no era capaz de conversar y habría abandonado el convento inmediatamente, de no haber sido por su deseo de saber si Laurentini podría superar el último ataque. Tras esperar algún tiempo, fue informada de que habían cesado las convulsiones y que Laurentini parecía recobrarse. Emily y Blanche se marchaban, cuando apareció la abadesa, que, llevando a un lado a la primera, le dijo que tenía algo importante que comunicarle, pero que por ser tarde no

la detendría y le solicitó que la viera al día siguiente.

Emily prometió visitarla y, después de despedirse, regresó con Blanche hacia el castillo, que se lamentó de lo tarde que era y de lo sombrío que estaba el bosque, ya que la quietud y oscuridad que las rodeaban, la hizo sensible al temor, aunque iba con ellas una criado para protegerlas. Emily estaba demasiado sumida en el horror de la escena de la que acababa de ser testigo para sentirse afectada por la solemnidad de las sombras. Por fin, fue arrancada de sus pensamientos por Blanche, que le indicó que a cierta distancia, en el oscuro sendero por el que avanzaban, había dos personas caminando lentamente. Era imposible evitarlas sin adentrarse en alguna parte más oculta del bosque, adonde los desconocidos podrían seguirlas fácilmente; pero todos sus temores desaparecieron cuando Emily distinguió la voz de monsieur Du Pont, y advirtió que su compañero era el caballero que había visto en el monasterio y que estaba conversando con tal ánimo que no advirtió inmediatamente que se aproximaban. Cuando Du Pont se unió a las damas, el desconocido se despidió y siguieron hasta el castillo, donde el conde, al enterarse de que monsieur Bonnac era conocido suyo, el triste motivo de su visita a Languedoc, y que estaba alojado en una posada del pueblo, rogó a monsieur Du Pont que le invitara al castillo.

Este último estaba encantado de hacerlo y, superados los escrúpulos de reserva que hicieron que monsieur Bonnac dudara en aceptar la invitación, acudieron, donde la amabilidad del conde y la animación de su hijo se concentraron para disipar la tristeza que pesaba sobre el ánimo del desconocido. Monsieur Bonnac era oficial en el servicio francés y parecía tener unos cincuenta años. Era alto y decidido, su comportamiento había recibido las enseñanzas de las buenas maneras, y en su rostro había algo de interesante nada común; porque su cara, que en su juventud le había hecho sin duda notablemente atractivo, estaba cubierta por una melancolía que parecía consecuencia de una prolongada desgracia más que por constitución o temperamento.

La conversación que mantuvo durante la cena fue evidentemente un esfuerzo de cortesía y hubo intervalos en los que, incapaz de luchar contra los sentimientos que la deprimían, se mantuvo hundido en el silencio y en la abstracción, de los que el conde logró sacarle a veces de un modo tan delicado y considerado que Emily, mientras le observaba, casi creyó que contemplaba a su difunto padre.

El grupo se separó temprano, y entonces, en la soledad de su habitación, las escenas de las que Emily acababa de ser testigo regresaron a su mente con extraordinaria energía. El hecho de que la monja moribunda fuera la signora Laurentini, quien, en vez de haber sido asesinada por Montoni era, como parecía, culpable de algún crimen espantoso, excitaban tanto el horror como la sorpresa en un alto grado, no menos que las insinuaciones que había dejado caer relacionadas con el matrimonio de la marquesa De Villeroi y las preguntas que había hecho sobre el

nacimiento de Emily, que le ocasionaron un interés menor, aunque fuera de distinta naturaleza.

La historia que le relató la hermana Frances como si fuera la de Agnes parecía ser errónea, pero Emily no podía imaginar con qué propósito había sido fabricada, a menos que se pretendiera ocultar de modo más efectivo la verdadera. Sobre todo, su interés se centraba también en la relación de la difunta marquesa De Villeroi con su padre, ya que parecía probado que existía algo entre ellos, por la tristeza de St. Aubert al oír su nombre, su petición de ser enterrado cerca de ella y su retrato, encontrado entre sus papeles. En ocasiones Emily pensaba que podría haber sido el amante del que se hablaba en relación con la marquesa, cuando fue obligada a casarse con el marqués De Villeroi, pero que había llegado a mantener esa pasión por ella era algo que no podía admitir ni por un momento. Supuso que los papeles que le había ordenado destruir tan solemnemente estaban relacionados con el asunto, y deseó más intensamente que nunca conocer las razones que le hicieron considerar necesaria aquella destrucción que, si su fe en sus principios hubiera sido menor, le habría llevado a creer que había un misterio en su nacimiento deshonroso para sus padres, que aquellos manuscritos podrían haber revelado.

Reflexiones similares a ésta ocuparon su mente durante gran parte de la noche, y cuando, al fin, cayó en un sopor, fue únicamente para tener la visión de la monja agonizante y despertarse horrorizada por lo que había visto.

A la mañana siguiente se encontraba demasiado indispuesta para atender la cita con la abadesa, y, antes de que concluyera el día, se enteró de que la hermana Agnes había muerto. Monsieur Bonnac recibió preocupado esta información, pero Emily observó que no parecía tan afectado como la tarde anterior, inmediatamente después de salir de la celda de la monja, cuya muerte era probablemente menos terrible para él que la confesión para la que había sido llamado como testigo. Fuera como fuera, se veía tal vez consolado en cierta medida al saber el legado que le correspondía, porque tenía una familia numerosa y la extravagancia de alguno de sus miembros le había conducido a grandes problemas e incluso a los horrores de la prisión. Se debía a la tristeza que había sufrido por la alocada carrera de su hijo favorito, de la que se derivaban las ansiedades pecuniarias y las desgracias que habían dado a su rostro el aire de desesperación que tanto había interesado a Emily.

A su amigo, monsieur Du Pont, le informó de algunos detalles de sus últimos padecimientos, cuando había sido confinado en una prisión de París durante varios meses, con poca esperanza de ser liberado, y sin el consuelo de ver a su esposa, ausente en el campo, tratando, aunque en vano, de lograr alguna ayuda de sus amigos. Cuando por fin su esposa obtuvo un permiso para verle, se conmovió por los cambios que el largo confinamiento y el dolor habían producido en su apariencia y se vio asaltada con males que amenazaban su vida.

—Nuestra situación afectó a aquellos que fueron testigos —continuó monsieur Bonnac—, y un amigo generoso, que estuvo confinado al mismo tiempo que yo, dedicó los primeros momentos de su libertad a obtener la mía. Tuvo éxito, la pesada deuda que me oprimía fue descargada y cuando quise expresarle mi sentido de la obligación por lo que había recibido, mi benefactor desapareció. Tengo razones para creer que fue víctima de su propia generosidad y que tuvo que volver al estado de confinamiento del que me había liberado, pero todas las investigaciones que hice fueron inútiles. ¡Amistoso y desafortunado Valancourt!

—¡Valancourt! —exclamó monsieur Du Pont—. ¿De qué familia?

—Los Valancourt, condes de Duvamey —replicó monsieur Bonnac.

Se puede imaginar la emoción de monsieur Du Pont cuando descubrió que el generoso benefactor de su amigo era el rival de su amor; pero, tras superar la primera sorpresa, disipó los temores de monsieur Bonnac informándole de que Valancourt estaba en libertad y había visitado recientemente Languedoc. Tras esto, su afecto por Emily le movió a hacer algunas preguntas en relación con la conducta de su rival durante su estancia en París, de la que monsieur Bonnac parecía bien informado. Las respuestas que recibió le convencieron de que Valancourt había sido maltratado, y aunque su sacrificio fuera doloroso, se formó la decisión justa de renunciar a su pretensión de Emily en favor de un enamorado que, como parecía, no era inmerecedor de la consideración con la que ella le honraba.

La conversación con monsieur Bonnac descubrió que Valancourt, algún tiempo después de su llegada a París, había caído en los lugares que hicieron que se dejara llevar por el propio vicio, y que su tiempo había estado dividido entre las fiestas de la cautivadora marquesa y las reuniones de juego, a las que la envidia o la avaricia de sus compañeros no habían dudado en tratar de seducirle. En aquellas reuniones había perdido grandes sumas en sus esfuerzos por recuperar otras más pequeñas, y de esas pérdidas habían sido frecuentes testigos el conde De Villefort y monsieur Henri. Sus recursos se vieron al fin exhaustos, y el conde, su hermano, exasperado por su conducta, rehusó continuar facilitándole lo necesario para su modo de vida, cuando Valancourt, como consecuencia de las pérdidas acumuladas, fue llevado a prisión, donde su hermano decidió que permaneciera con la esperanza de que el castigo pudiera producir una reforma de su conducta, que aún no se había visto confirmada por una larga costumbre.

En la soledad de su prisión, Valancourt había tenido tiempo para reflexionar y lograr su arrepentimiento. También allí, la imagen de Emily, que se había oscurecido en medio de la disipación de la ciudad, pero nunca había sido borrada de su corazón, revivió con todos los encantos de la inocencia y de la belleza para reprocharle el haber sacrificado su felicidad y arrastrado su talento en acciones que sus nobles facultades le habían enseñado anteriormente a considerar tan faltas de gusto y

degradantes. Aunque sus pasiones habían sido seducidas, su corazón no se había depravado, ni el hábito había creado cadenas que pesaran gravemente en su conciencia, y, como conservaba la energía de la voluntad que es necesaria para superarlas, consiguió, al fin, emanciparse de la atadura del vicio, aunque no antes de muchos esfuerzos y severos sufrimientos.

Al ser liberado por su hermano de la prisión, donde había sido testigo del afectuoso encuentro entre monsieur Bonnac y su esposa, con el que había tenido durante algún tiempo cierta relación, se sirvió de su libertad para hacer un acto de humanidad. Con casi todo el dinero que acababa de recibir de su hermano, se fue a una casa de juego y lo apostó todo en una sola partida en busca de la oportunidad de devolver la libertad a su amigo y a su afligida familia. La acción fue afortunada, y, mientras esperaba el resultado de aquella partida, hizo el voto solemne de no ceder nunca de nuevo al destructivo y fascinador vicio del juego.

Tras situar al venerable monsieur Bonnac con su feliz familia, regresó corriendo de París a Estuviere, y, con la satisfacción de haber hecho feliz al desgraciado, olvidó durante un momento sus propios problemas. Sin embargo, pronto recordó que había tirado la fortuna sin la cual no podría tener la esperanza de casarse con Emily, y la vida, de no pasarla con ella, le parecía casi insoportable, porque la bondad, refinamiento y sencillez de su corazón hacían que su belleza fuera más encantadora, si era posible, a su fantasía, más que lo había creído hasta entonces. La experiencia le había enseñado a comprender el verdadero valor de las cualidades que antes había admirado, pero que el contraste de caracteres que había visto en el mundo le hacían ahora adorar. Estas reflexiones aumentaban los dolores del arrepentimiento y ocasionaron la profunda desesperación que le había acompañado incluso en presencia de Emily, de la que ya no se consideraba merecedor. Valancourt nunca se había sometido a la ignominia de haber recibido obligaciones pecuniarias de la marquesa Chanfort o de ninguna otra dama intrigante, como le habían informado al conde De Villefort o de haber participado en partidas de jugadores profesionales; habían sido algunos de esos escándalos que con frecuencia se mezclan con la verdad contra los desafortunados. El conde De Villefort había recibido la información de una autoridad de la que no tenía razones para dudar, y la imprudente conducta de Valancourt, de la que él mismo había sido testigo, le había inducido a creerlo. Como Emily no le pudo informar de quién era el chevalier, no tuvo oportunidad de refutar las afirmaciones, y, cuando él mismo confesó que no se merecía su estima, no sospechó que estaba confirmando las más terribles calumnias. Así, el error había sido mutuo y había permanecido del mismo modo, hasta que monsieur Bonnac explicó la conducta de su generoso pero imprudente joven amigo a Du Pont, quien, con un severo sentido de la justicia, decidió no sólo desengañar al conde en este asunto, sino renunciar a toda esperanza de Emily. Tal sacrificio, movido por su amor, merecía un noble premio, y

monsieur Bonnac, si hubiera sido posible para él olvidar al compasivo Valancourt, habría deseado que Emily pudiera aceptar al justo Du Pont.

Cuando el conde fue informado del error que había cometido, se conmovió profundamente por las consecuencias de su credulidad, y el informe que le dio monsieur Bonnac de la situación de su amigo mientras estaba en París, le convenció de que Valancourt se había visto atrapado por los actos lamentables de un grupo de jóvenes disipados, con el que su profesión le había obligado en parte a relacionarse, más que por una inclinación al vicio, y encantado por la humanidad y el noble gesto generoso de su conducta hacia monsieur Bonnac, le perdonó los errores transitorios que habían manchado su juventud y volvió a dispensarle la alta estima con que le había aceptado durante sus primeros encuentros. Pensó que la reparación mínima que podía hacer a Valancourt era darle una oportunidad para que explicara a Emily su conducta anterior y le escribió de inmediato pidiendo ser perdonado por su injuria no intencionada e invitándole al Chateau-Ie-Blanc. Motivos de delicadeza impidieron que el conde informara a Emily de aquella carta, y motivos de cortesía el ponerla al corriente de su descubrimiento en relación con Valancourt, hasta que su llegada le ahorrara la posibilidad de ansiedad por el hecho, y esta precaución evitó incluso una más profunda inquietud de las que el conde había previsto, puesto que ignoraba los síntomas de desesperación que había puesto de manifiesto la reciente conducta de Valancourt.

Capítulo XVII

Pero en estos casos
seguimos teniendo aquí juicios; hemos dado
instrucciones sangrientas, que, una vez indicadas, regresan
para infestar al inventor; así incluso, la justicia administrada
recomienda los ingredientes de nuestro cáliz envenenado
a nuestros propios labios

MACBETH

Algunas circunstancias de naturaleza extraordinaria apartaron a Emily de sus propios pesares, y excitaron emociones que participaban igualmente de la sorpresa y del horror.

Pocos días después de que muriera la signora Laurentini, fue abierto su testamento en el monasterio, en presencia de los superiores y de monsieur Bonnac, descubriéndose que un tercio de sus propiedades personales era legado al familiar superviviente más próximo de la fallecida marquesa De Villeroi y que Emily era esa persona.

La abadesa hacía tiempo que estaba al corriente del secreto de la familia de Emily, y debido a atender la más decidida petición de St. Aubert al fraile que le atendió en su lecho de muerte, su hija había permanecido ignorante de su relación con la marquesa. Pero algunas insinuaciones que se deducían de las palabras de la signora Laurentini durante su última entrevista con Emily, y una confesión de naturaleza extraordinaria dada por ella en sus últimas horas, habían hecho necesario que la abadesa considerara que debía hablar con su joven amiga sobre el tema que anteriormente no se había atrevido a tocar. Con este propósito había pedido verla a la mañana siguiente a su entrevista con la monja. La indisposición de Emily había impedido la proyectada conversación; pero ahora, tras haber sido examinado el testamento, recibió una llamada que obedeció de inmediato y fue informada de los acontecimientos que la afectaron tan poderosamente. Como la narración de la abadesa fue, sin embargo, deficiente en algunos detalles, de los que el lector puede desear ser informado, y la historia de la monja está materialmente conectada con el destino de la marquesa De Villeroi, omitiremos la conversación que tuvo lugar en el salón del convento y mezclaremos nuestro informe en una breve historia de

LAURENTINI DI UDOLFO

que era la única hija de sus padres y heredera de la antigua casa de Udolfo, en el territorio de Venecia. Ésa fue la primera desgracia de su vida, y la que la llevó a todas las sucesivas, y que sus amigos, que debieron haber contenido sus fuertes pasiones e instruirla suavemente en el arte de gobernarlas, las alimentaron con una temprana tolerancia. Pero cimentaban en ella sus propios fallos, ya que su conducta no era el resultado de un afecto natural, y, tanto cuando toleraban como cuando se oponían a las pasiones de su hija, satisfacían las propias. Así, la toleraban con debilidad y la reprendían con violencia; su ánimo se exasperaba por su vehemencia en vez de ser corregido por su sabiduría, y sus oposiciones se convirtieron en batallas para la victoria en las que la debida ternura de los padres y los deberes afectuosos de la hija eran igualmente olvidados. Como el orgullo desarmaba pronto el resentimiento de sus padres, Laurentini se convenció de que lo había conquistado y sus pasiones se hicieron más fuertes con cada esfuerzo de sus padres por dominarlas.

La muerte de sus padres el mismo año la dejó a su propia discreción, en las peligrosas circunstancias que rodean la juventud y la belleza. Le gustaba la compañía, disfrutaba con la admiración y deseaba la opinión del mundo, cuando ésta contradecía sus inclinaciones; tenía una vivacidad alegre y brillante y era señora de todas las artes de la fascinación. Su conducta era, como se podía esperar, consecuencia de la debilidad de sus principios y la fuerza de sus pasiones.

Entre sus numerosos admiradores estaba el fallecido marqués De Villeroi, quien, en una gira por Italia, vio a Laurentini en Venecia, donde residía habitualmente, y se convirtió en su adorador apasionado. Igualmente cautivada por la figura y por los méritos del marqués, que en aquel período era uno de los nobles más distinguidos de la corte francesa, supo tener el arte necesario para ocultarle los trazos peligrosos de su carácter y las culpas de su conducta, y él la pidió en matrimonio.

Antes de que las nupcias se celebraran, se retiró al castillo de Udolfo, adonde la siguió el marqués, y donde su conducta, abandonando los principios que había asumido últimamente, le descubrieron el precipicio sobre el que se encontraba. Una simple comprobación que hizo antes de que pensara que era necesaria, le convenció de que se había engañado con su carácter, y ella, que estaba destinada a ser su esposa, pasó a ser su amante.

Calmada en parte por estas promesas, aceptó que se marchara, y poco después su pariente, Montoni, que llegó a Udolfo, renovó la petición de su mano, que ella había rechazado antes y que volvió a negar. Mientras tanto, sus pensamientos estaban puestos constantemente en el marques De Villeroi, por el que surgió todo el delirio del amor italiano, aumentado por la soledad en la que se confinó a sí misma, ya que había perdido el gusto por los placeres de la compañía y por los entretenimientos alegres. Sus únicos consuelos eran suspirar y llorar ante una miniatura del marqués; visitar las escenas que habían sido testigo de su felicidad, poner todo su corazón al

escribirle y contar las semanas, los días que habrían de pasar antes de que se cumpliera el período que él había mencionado para su probable regreso. Pero aquel período pasó sin que llegara, y semana tras semana se vieron sucedidas en dolorosa y casi intolerable expectación. Durante este tiempo, la fantasía de Laurentini, ocupada incesantemente por una sola idea, se alteró, y todo su corazón, al estar dedicado a una sola persona, hizo que la vida le resultara odiosa cuando pensaba que lo había perdido.

Pasaron varios meses en los que no tuvo noticia alguna del marqués De Villeroi, y sus días se vieron marcados a intervalos con el frenesí de la pasión y la tristeza de la desesperanza. Se apartó de todos los visitantes, y en ocasiones permanecía en su habitación durante semanas, negándose a hablar con cualquier persona, excepto con su criada favorita, escribiendo borradores de cartas, leyendo una y otra vez las que había recibido del marqués, llorando sobre su retrato y hablándole durante horas sin sentido, en reproches o en tono cariñoso, alternativamente.

Finalmente, le llegó la noticia de que el marqués se había casado en Francia, y, tras sufrir todos los extremos de amor, celos e indignación, tomó la resolución desesperada de ir secretamente a ese país, y, si el informe resultaba verdadero, intentar una profunda venganza. Sólo confió el plan del viaje a su criada favorita, que habría de acompañarla. Tras reunir las joyas que había heredado de muchas ramas de su familia, que eran de un valor inmenso, y todo el dinero, que alcanzaba una gran suma, lo guardaron en un baúl, que fue llevado en secreto a una ciudad próxima, adonde acudió Laurentini con su única criada y desde donde partieron a Ligorna, con destino a Francia.

Cuando, a su llegada al Languedoc, comprobó que el marqués De Villeroi se había casado hacía algunos meses, su desesperación casi la privó de la razón, y alternativamente proyectó y abandonó la horrible decisión de asesinar al marqués, a su esposa y a ella misma. Por fin procuró interponerse en su camino, con la intención de reprocharle su conducta y clavarse un puñal en su presencia. Cuando le vio de nuevo, al encontrarse con el destinatario de sus pensamientos y de su afecto durante largo tiempo, el resentimiento cedió ante el amor. Falló su decisión, tembló en medio del conflicto de emociones que asaltaron su corazón, y se desmayó.

El marqués no estaba a prueba contra su belleza y sensibilidad. Toda la energía con la que la había amado regresó, porque había resistido a su pasión por prudencia más que por haberla superado con indiferencia, y, puesto que el honor de su familia no le permitía casarse con ella, había tratado de dominar su amor lográndolo hasta entonces con la selección de la que entonces era la marquesa, su esposa, a quien quiso al principio con un afecto templado y racional. Pero las suaves virtudes de aquella dama no le compensaban de la indiferencia de ella, que estaba presente a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, y llevaba tiempo sospechando que su afecto se dirigía a otra

persona cuando Laurentini llegó al Languedoc. La artera italiana advirtió pronto que había recobrado su influencia sobre él y, aplacada por el descubrimiento, decidió vivir y emplear todos sus encantos para lograr su consentimiento para el acto diabólico que creía necesario para asegurar su felicidad. Condujo su proyecto con profundo disimulo y perseverancia paciente, y tras estrangular completamente el afecto del marqués por su esposa, cuya bondad gentil y comportamiento sin pasión había cesado de agradarle, en contraste con el carácter cautivador de la italiana, procedió a despertar en él los celos del orgullo, ya que no eran posibles los del amor, e incluso le señaló la persona a la que afirmaba que la marquesa había sacrificado su honor. Laurentini había provocado primero que le hiciera la solemne promesa de no vengarse de su rival. Esto era una parte importante de su plan, porque sabía que si su deseo de venganza era contenido ante uno de ellos, se dirigiría con más violencia hacia el otro, y que podría entonces, tal vez, convencerle de cometer el acto horrible que le liberaría de la única barrera que le impedía hacerla su esposa.

La inocente marquesa, mientras tanto, observaba con extremo pesar el cambio en el comportamiento de su marido. Se hizo reservado y pensativo en su presencia; su conducta era austera y a veces incluso ruda y la abandonaba durante muchas horas en las que lloraba por su falta de gentileza, y en las que hacía planes para recuperar su afecto. Su conducta le afligía aún más porque, obediente a las órdenes de su padre, había aceptado su mano aunque no había depositado su afecto en otro, cuya amable disposición habría asegurado su felicidad, según tenía razones para creer. Laurentini lo había descubierto poco después de su llegada a Francia y había hecho amplio uso de ello en sus propósitos referidos al marqués, a quien presentó el asunto como una aparente prueba de infidelidad de su esposa, para que con la ira desesperada del honor herido, accediera a destruir a su mujer. Le fue administrado un veneno lento. y cayó víctima de los celos y astucias de Laurentini y de la debilidad culpable de su marido.

Pero el momento del triunfo de Laurentini, el momento en el que esperaba que se completaran todos sus deseos, fue únicamente el comienzo de un sufrimiento que no la abandonó hasta la hora de su muerte.

La pasión de venganza, que en parte la había estimulado para la comisión de aquel acto atroz, murió en el mismo momento en que fue satisfecho y la dejó con los horrores de la piedad insuperable y del remordimiento, que habría emponzoñado probablemente todos los años que se había prometido a sí misma con el marqués De Villeroi, si sus esperanzas de casarse con él se hubieran cumplido. Pero él también descubrió que el momento de su venganza era el de su remordimiento y se detestó como cómplice en aquel crimen. El sentimiento que había confundido por el de convicción ya no existía, y se quedó sorprendido y desolado cuando no quedó prueba alguna de la infidelidad de su esposa, sino que había sufrido el castigo de su culpabilidad. Cuando le informaron de que estaba muriendo, tuvo la seguridad

inesperada de su inocencia, y ni siquiera la solemne afirmación que ella le hizo en su última hora fue capaz de superar la convicción de su conducta sin culpa.

En los primeros momentos del horror del remordimiento y de la desesperación se sintió inclinado a entregarse, junto con la mujer que le había llevado a aquel abismo de culpabilidad, en manos de la justicia; pero, cuando el paroxismo de su sufrimiento fue superado, modificó sus intenciones. A Laurentini la vio sólo una vez después de aquello y fue para acusarla de instigadora de su crimen y para decirle que no le quitaría la vida con la condición de que pasara el resto de sus días en oración y penitencia. Dominada por la contrariedad, al recibir el aborrecimiento del hombre por el que no había tenido escrúpulos de manchar su conciencia con sangre humana, y conmovida por el horror del delito que había cometido, renunció al mundo y se retiró al monasterio de Santa Clara, como víctima espantosa de una pasión no contenida.

El marqués, inmediatamente después de la muerte de su esposa, abandonó el Chateau-le-Blanc, al que nunca regresó, y trató de perder el sentimiento de su delito en el tumulto de la guerra o en las disipaciones de una capital; pero sus esfuerzos fueron vanos; una profunda desesperación le conmovió desde entonces, de la que ni sus más íntimos amigos pudieron rescatarle, y murió finalmente rodeado de un horror casi igual al que había sufrido Laurentini. El médico, que había observado la singular apariencia de la desafortunada marquesa tras su muerte, había sido sobornado para que guardara silencio, y como los comentarios de algunos de los criados no llegaron más allá del murmullo, el asunto no fue nunca investigado. No se sabe si aquellos comentarios llegaron al padre de la marquesa, y, si fue así, si las dificultades para obtener alguna prueba impidieron que persiguiera al marqués De Villeroi. Pero su muerte fue profundamente lamentada por algunos miembros de su familia, y particularmente por su hermano, monsieur St. Aubert, ya que ésta era la relación que existía entre el padre de Emily y la marquesa; y no hay dudas de que sospechó de las razones de su muerte. Se cruzaron muchas cartas entre el marqués y él poco después de la muerte de su querida hermana, cuyo contenido es desconocido, pero hay razones para creer que se referían a la causa de su muerte; y éstos fueron los papeles, junto con algunas cartas de la marquesa en las que confiaba a su hermano las causas de su infelicidad, que St. Aubert había pedido solemnemente a su hija que destruyera, y su ansiedad por su tranquilidad hacía probable que impidiera que llegara a conocer la triste historia a la que aludían. Había sido tal su aflicción con la muerte de su hermana favorita, cuyo infeliz matrimonio había despertado desde el principio su más tierna piedad, que nunca pudo oír su nombre o mencionárselo a sí mismo tras su muerte, excepto a madame St. Aubert. Había ocultado cuidadosamente su historia y su nombre a Emily, cuya sensibilidad temía que se viera afectada al extremo de que había permanecido ignorante hasta entonces de que fuera familia de la marquesa De Villeroi, y por este motivo había suplicado el silencio de su única hermana

superviviente, madame Cheron, que había observado escrupulosamente su ruego.

St. Aubert había llorado sobre algunas de las últimas cartas patéticas de la marquesa cuando fue visto por Emily, en la víspera de su marcha de La Vallée, y fue su retrato lo que acarició tan tiernamente. Su desastrosa muerte explica la emoción que dejó traslucir al oír que La Voisin mencionaba su nombre y su petición de ser enterrado cerca del sepulcro de los Villeroi, donde habían sido depositados los restos de la marquesa, pero no los de su marido, que fue enterrado cuando murió en el norte de Francia.

El confesor que atendió a St. Aubert en sus últimos momentos le reconoció como hermano de la difunta marquesa, y St. Aubert, en su ternura por Emily, le suplicó que ocultara el hecho e hizo lo mismo con la abadesa, a cuyo cuidado la recomendó particularmente; peticiones que habían sido exactamente observadas.

Laurentini, a su llegada a Francia había ocultado cuidadosamente su nombre y familia, y para mejor disfrazar su historia real, había provocado, al entrar en el convento, la que circulaba, que había sido contada por la hermana Frances y es probable que la abadesa, que no presidía el convento cuando fue novicia fuera también totalmente ignorante de la verdad. El profundo remordimiento que se apoderó de la mente de Laurentini, junto con los sufrimientos de su pasión contrariada, ya que seguía amando al marqués, volvieron a desequilibrarla y, tras los primeros paroxismos de desesperación, su ánimo se vio envuelto de una melancolía pesada y silenciosa, que tuvo pocas interrupciones con sus ataques de frenesí, hasta el momento de su muerte. Durante muchos años, su único entretenimiento fue pasear por los bosques próximos al monasterio, en las solitarias horas de la noche y tocar su instrumento favorito, al que en ocasiones unía el tono encantador de su voz, en las arias más solemnes y melancólicas de su país nativo, moduladas por todos los sentimientos energéticos que yacían en su corazón. El médico que la atendía recomendó a la superiora que le permitiera hacerlo como único medio de tranquilizar su mente alterada, y había paseado en las solitarias horas de la noche, con la criada que la acompañó desde Italia; pero como esa tolerancia estaba contra las reglas del convento, se mantuvo lo más secreta posible, y así la música misteriosa de Laurentini se había combinado con otros hechos para producir la creencia de que no sólo el castillo, sino su vecindad, estaban embrujados.

Poco después de ingresar en la santa comunidad, y antes de que mostrara allí cualquier síntoma de locura, hizo testamento, en el que, tras legar una parte considerable al convento, dividió el resto de sus propiedades personales, de las que sus joyas eran muy valiosas, entre la esposa de monsieur Bonnac, que era una dama italiana pariente suya y el superviviente más próximo de la fallecida marquesa De Villeroi. Como Emily St. Aubert era no sólo la más próxima, sino la única pariente, este legado pasaba a ella y explicaba así todo el misterio de la conducta de su padre.

El parecido entre Emily y su desafortunada tía había sido observado frecuentemente por Laurentini y había ocasionado el comportamiento singular que la alarmó anteriormente; pero fue en la hora de la muerte de la monja cuando su conciencia perpetuó la idea de la marquesa haciéndola más sensible que nunca y, en su frenesí, creyó que no se trataba de un parecido con la persona a la que ella había herido, sino el mismo original. La extraña afirmación que siguió al recobrar su sentido, de que Emily era hija de la marquesa De Villeroi, surgió de la sospecha de que lo fuera porque, sabiendo que su rival, cuando se casó con el marqués, estaba enamorada de otra persona, no tuvo escrúpulos en creer que había sacrificado su honor, como el suyo, a una pasión irresistible.

No obstante, Laurentini era inocente del delito del que Emily había sospechado por su enloquecida confesión de asesinato y de que hubiera sido realizado en Udolfo, y se había engañado en relación con el espectáculo que le había producido tal horror, al extremo de convencerla, por un momento, de atribuir los terrores de la monja a la conciencia de un asesinato cometido en el castillo.

Se recordará que en una de las habitaciones de Udolfo estaba colgado un velo negro, cuya peculiar si tuación había excitado la curiosidad de Emily, y que tras levantarlo le había llenado de horror porque en lugar del cuadro que esperaba ver, en un entrante del muro, había una figura humana de espantosa palidez, en toda su longitud, vestida con los hábitos de la tumba. Lo que añadía horror al espectáculo era que el rostro aparecía en parte consumido y desfigurado por gusanos, que eran visibles en el rostro y en las manos. Se podría afirmar que ninguna persona podría contemplar dos veces aquello. Como se recordará, Emily, después de la primera mirada, había dejado caer el velo y su terror había impedido provocar un nuevo sufrimiento como el que había experimentado. Si se hubiera atrevido a mirar de nuevo, su engaño y sus temores habrían desaparecido al mismo tiempo y habría comprobado que la figura que estaba ante ella no era humana sino construida con cera. Su historia es en parte extraordinaria, aunque haya otros ejemplos en los informes de la fiera severidad que la superstición de los monjes ha infligido a veces a la humanidad. Un miembro de la casa de Udolfo, que había cometido algunas ofensas contras las prerrogativas de la iglesia, había sido condenado a la penitencia de contemplar durante ciertas horas del día una imagen de cera construida para recordar el cuerpo humano en el estado al que se ve reducido tras la muerte. Esta penitencia, que servía como recordatorio de la condición a la que él mismo habría de llegar, había sido establecida para castigar el orgullo del marqués de Udolfo, que había exasperado el de la iglesia romana. No sólo había observado esta penitencia supersticiosa que creía que era para obtener el perdón de todos sus pecados, sino que había dispuesto en su testamento que sus descendientes deberían conservar la imagen, con el castigo de que deberían ceder a la iglesia una parte de sus dominios y que

pudieran también beneficiarse de la humillación moral que suponía. En consecuencia, la figura se había conservado en el muro de la cámara, pero sus descendientes no habían observado la penitencia a la que él deseaba sumarles.

La imagen era tan horriblemente natural que no es sorprendente que Emily la confundiera con el original que trataba de producir, sobre todo considerando los informes extraordinarios que había recibido en relación con la desaparición de la última dama del castillo y por su experiencia del carácter de Montoni, que la llevó a creerle el asesino de la signora Laurentini o que había contribuido a su muerte.

La situación en la que lo había descubierto, le produjo al principio sorpresa y perplejidad; pero la vigilancia de las puertas de la habitación en la que aquello estaba depositado, que fueron posteriormente cerradas, le habían llevado a creer que Montoni, no atreviéndose a confiar el secreto de su muerta a ninguna persona, había permitido que sus restos quedaran en aquella cámara oscura. La ceremonia del velo y el hecho de que las puertas hubieran sido dejadas abiertas, aunque hubiera sido por un momento, la habían llenado de dudas, pero no fueron suficiente para superar las sospechas de que Montoni, y éste era el temor de su terrible venganza, quisiera cerrar sus labios en el silencio por lo que había visto allí.

Emily, al descubrir que la marquesa De Villeroi era hermana de St. Aubert, se sintió conmovida, pero la preocupación que sufrió por su muerte tan joven, la liberó de la conjetura ansiosa y dolorosa ocasionada por la cruel afirmación de la signora Laurentini en relación con su nacimiento y el honor de sus padres. Su fe en los principios de St. Aubert no le habría permitido sospechar que hubiera actuado deshonorablemente y se sintió tan reacia a creerse hija de cualquier otra persona que no fuera la que siempre había considerado y querido como su madre que no pudo admitir que aquella circunstancia fuera posible; sin embargo, el parecido que había sido destacado con la difunta marquesa, el anterior comportamiento de Dorothée, el ama de llaves; las afirmaciones de Laurentini, y la misteriosa reacción que había mostrado St. Aubert, despertaron sus dudas en cuanto a sus relaciones con la marquesa, mientras la razón no podía ignorarlas o confirmarlas. De todo se había liberado y la conducta de su padre quedaba plenamente explicada, pero su corazón se sintió oprimido por la desgracia de su pariente y por la tremenda lección que suponía la historia de la monja, cuyo ceder ante las pasiones había sido el medio que la condujo gradualmente a la comisión de un delito, que de haber sido profetizado en su juventud, la habría conmovido con horror y le habría hecho exclamar: «¡Eso no es posible!», un delito que años de arrepentimiento y de severa penitencia no habían podido borrar de su conciencia.

Capítulo XVIII

Entonces, lágrimas frescas
asomaron en sus mejillas, como asoma la miel del rocío
sobre el lirio arrancado casi marchito.

SHAKESPEARE

Después de los últimos descubrimientos, Emily fue distinguida en el castillo por el conde y su familia como pariente de la casa De Villeroi, y recibida, si era posible, con más amistosa atención de la que ya le había sido mostrada.

La sorpresa del conde por el retraso en la respuesta a la carta que había dirigido a Valancourt a Estuviere, se mezclaba con su satisfacción por la prudencia con la que había evitado que Emily participara de la ansiedad que él sufría, aunque cuando la vio seguir bajo el efecto de su error anterior, necesitó de toda su decisión para contenerse y no contarle la verdad que le habría proporcionado un consuelo momentáneo. La aproximación de la boda de Blanche dividió su atención con este otro tema de ansiedad, ya que los habitantes del castillo estaban ocupados en los preparativos del acontecimiento y se esperaba cada día la llegada de monsieur St. Foix. Emily trató en vano de participar en la alegría que la rodeaba, porque su ánimo estaba deprimido por los últimos descubrimientos y por la ansiedad que despertó el destino de Valancourt al conocer su reacción cuando entregó el anillo. Se daba cuenta de que estaba sumido en la tristeza de la desesperación, y cuando pensaba en lo que ésta le podía mover a hacer, su corazón se llenaba de terror y tristeza. Se le hacía insoportable aquel estado de inquietud al que se creía condenada, en relación con su seguridad, hasta que regresara a La Vallée, y, en esos momentos, no podía siquiera luchar para asumir la calma que le había abandonado, sino que con frecuencia se apartaba de pronto de la compañía con la que estaba y trataba de suavizar su ánimo en las profundas soledades de los bosques que se extendían hasta la costa. Allí, el débil murmullo de las olas espumosas, que golpeaban bajo ella, y el sombrío sonar del viento entre las ramas de los árboles, eran elementos en unísono con el temperamento de su mente. Se sentaba en una roca o en los peldaños rotos de su atalaya favorita, observando el cambio de colores en las nubes de la tarde y el extenderse por el mar del tétrico crepúsculo, hasta que las crestas blancas del oleaje, en su camino hacia la playa, se divisaban con dificultad entre las aguas oscurecidas. Con frecuencia repetía con melancólico entusiasmo los versos grabados por Valancourt en la atalaya, y después trataba de controlar el pesar que le ocasionaba y ocupaba su pensamiento con temas

indiferentes.

Una tarde, tras haber paseado con el laúd por su lugar favorito, entró en la torre ruinosa y subió por una escalera de caracol que conducía a una pequeña cámara que estaba menos derruida que el resto del edificio, y desde la que en muchas ocasiones había admirado las amplias extensiones del mar y la tierra. El sol se ocultaba en la línea de los Pirineos, que divide el Languedoc y el Rosellón, y, colocándose frente a la pequeña ventana, que, como las copas de los árboles por encima, y las olas por debajo, relucía con el tono rojo hacia el oeste, acarició las cuerdas del laúd en una sinfonía solemne, acompañando después con su voz, en una aria simple y afectiva que, en los días felices, Valancourt había escuchado conmovido y a la que adaptó los siguientes versos:

A LA MELANCOLÍA

Espíritu de amor y tristeza —¡te saludo!
Oigo tu voz solemne desde lejos,
confundida con el viento mortecino de la tarde:
¡te saludo, con esta lágrima tristemente grata!

¡Oh! En esta quietud, esta hora solitaria,
tu propia hora dulce del día que concluye,
despierta tu laúd, cuyo poder encantador
llamará a la Quimera a la obediencia;

A pintar el agreste sueño romántico,
que encuentra la mirada pensativa del poeta,
cuando, en la ribera del arroyo umbrío,
le inspira el fervoroso suspiro.

¡Oh, solitario espíritu!, que tu canción
me lleve a través de todo tu sagrado embrujo;
por los pasadizos del monasterio a la luz de la luna,
donde los espectros elevan su canto de medianoche.

¡Oigo sus cantos fúnebres crecer débilmente!
¡Después, se sumergen de pronto en triste silencio,
mientras, por la celda del claustro con pilares,
aparecen oscuramente sus formas deslizantes!

Condúceme donde el bosque de pino se agita en lo alto,
cuyo césped sin sendero se ve oscuramente,

cuando la fría luna, con mirada temblorosa,
lanza sus largos rayos entre las hojas.

Condúceme a la cumbre oscura de la montaña,
donde, muy abajo, en profundas sombras,
se extienden amplias florestas, llanuras y cabañas,
y suenan tristes las campanas de vísperas.

O guíame donde el brioso remo
rompe la quietud del valle,
cuando recorre lento las revueltas de la costa,
para encontrarse con el velero distante en el océano:

A pedregosas riberas, que Neptuno baña,
con medido oleaje, ruidoso y profundo,
donde el oscuro risco se inclina sobre las olas,
y salvajes barren los vientos del otoño.

Detente allí a la hora espectral de medianoche
y escucha el viento de repetidos ecos,
y atrapa el fugaz poder de la luz de la luna,
sobre mares de espuma y barcos en la distancia.

La suave tranquilidad de la escena, en la que la brisa de la tarde casi no turbaba el agua, ni apenas deslizaba al barco, que recibía el último rayo de sol. De vez en cuando un remo se hundía en el agua, y era todo lo que alteraba el tembloroso resplandor. La naturaleza se unió a la tierna melodía del laúd para sumergirla en un estado de tristeza tierna, y cantó las canciones de los tiempos pasados, hasta que los recuerdos que despertaban fueron demasiado poderosos para su corazón y sus lágrimas cayeron sobre el laúd, y su voz temblorosa le impidió continuar.

Aunque el sol se había ocultado tras las montañas e incluso el reflejo de su luz desaparecía en los picos más altos, Emily no abandonó la atalaya, sino que continuó sumida en sus sueños melancólicos hasta que unos pasos a poca distancia la hicieron reaccionar. Al mirar por la ventana vio a una persona que pasaba por debajo, y no tardó en descubrir que se trataba de monsieur Bonnac, así que volvió a la quietud pensativa que había interrumpido sus pisadas. Poco después volvió a tocar el laúd y a cantar su aria favorita, hasta que de nuevo unos pasos la detuvieron y escuchó cómo subían por la escalera de la atalaya. La oscuridad la hizo sensible a un cierto miedo que en otro caso no habría sentido, ya que pocos minutos antes había visto pasar a

monsieur Bonnac. Los pasos eran rápidos, y un momento después se abrió la puerta de la cámara, entrando una persona cuyo rostro se ocultaba en la oscuridad del crepúsculo; pero su voz no podía ser ignorada: era la voz de Valancourt. Aquel sonido, que Emily no había oído nunca sin emoción, la llenó de terror, sorpresa y placer dubitativo, y acababa de verle ponerse a sus pies cuando se dejó caer en un banco, dominada por emociones distintas que le oprimían el corazón y casi insensible a aquella voz, cuyas sinceras y temblorosas llamadas parecían tratar de salvarla. Valancourt deploró su propia impaciencia por haber sorprendido a Emily. Cuando llegó al castillo, demasiado inquieto para esperar el regreso del conde, que estaba paseando en ese momento, corrió a buscarle, y al pasar por la atalaya se detuvo al oír la voz de Emily y subió de inmediato.

Pasó tiempo antes de que se recuperara, pero cuando recobró el sentido rechazó sus atenciones con aire de reserva y le preguntó con tanto desagrado como le fue posible mostrar, la razón de su visita.

—¡Ah, Emily! —dijo Valancourt—, esa música, esas palabras. Tengo poco que esperar. Cuando dejaste de estimarme, también dejaste de amarme.

—Así es, señor —replicó Emily tratando de dominar la voz—, y si hubierais valorado mi estima no me habríais dado esta nueva ocasión de inquietud.

El rostro de Valancourt cambió de pronto desde la ansiedad de la duda a la expresión de sorpresa y desmayo. Se quedó silencioso un momento y después dijo:

—Esperaba una recepción muy diferente. ¿Es cierto entonces, Emily, que he perdido tu consideración para siempre? ¿He de creer que aunque tu estima por mí pueda regresar, tu afecto no lo hará? ¿Ha podido meditar el conde la crueldad que me tortura ahora con una segunda muerte?

El tono en el que lo dijo alarmó a Emily tanto como le sorprendieron sus palabras, y con impaciencia temblorosa le rogó que las explicara.

—¿Es necesaria una explicación?' —dijo Valancourt—. ¿No sabes con qué crueldad se ha hablado de mi conducta, de las acciones de las que me has creído culpable (y, ¡oh, Emily, cómo pudiste degradarme en tu opinión aunque fuera por un momento!), esas acciones que yo aborrezco tanto como tú? ¿Ignoras verdaderamente que el conde De Villefort ha detectado a los traidores que me robaron todo lo que me era más querido en la tierra y que me ha invitado aquí para que te explicara mi conducta anterior? ¡Es totalmente imposible que no estés informada de esas circunstancias y de que me vea de nuevo torturándome con una falsa esperanza!

El silencio de Emily confirmó esta suposición, ya que la profunda oscuridad no permitía que Valancourt distinguiera la alegría sorprendida y dudosa que cubría su rostro. Durante un rato fue incapaz de hablar. Después, tras un profundo suspiro que pareció dar algún consuelo a su ánimo, dijo:

—¡Valancourt!, ignoraba hasta este momento todo lo que has contado; la emoción

que sufro en estos momentos puede asegurarte la verdad de ello, y que, aunque había cesado de estimarte, no había logrado olvidarte.

—Este momento —dijo Valancourt en voz baja e inclinándose para buscar apoyo en la ventana—, ¡este momento me trae una convicción que me domina! ¡Mi Emily, sigues apreciándome, sigues pensando en mí!

—¿Es necesario que te lo diga? —replicó—, ¿es necesario que diga que éstos son los primeros momentos de alegría que he conocido desde que te marchaste y que me compensan de todos los sufrimientos que he padecido en el intervalo?

Valancourt suspiró profundamente y no fue capaz de replicar; pero, según acercaba la mano a sus labios, las lágrimas que cayeron sobre ella hablaron con un lenguaje que no puede ser confundido y en el que las palabras son innecesarias.

Emily, algo tranquilizada, propuso que regresaran al castillo, y entonces, por primera vez, recordó que el conde había invitado a Valancourt allí para explicar su conducta y que hasta el momento no lo había hecho. Pero mientras lo reconocía, su corazón no le permitía dudar ni un momento de la posibilidad de que Valancourt no fuera merecedor de su estima; su mirada, su voz, sus maneras, todo hablaba de la noble sinceridad que le había distinguido en el pasado; y de nuevo se permitió ceder a las emociones de la alegría más sorprendente y poderosa que jamás había experimentado.

Ni Emily ni Valancourt fueron conscientes de cómo llegaron al castillo, de si habían sido transferidos allí por el encanto de un hada, porque no pudieron recordar nada, y hasta que no entraron en el vestíbulo no tuvieron conciencia de que había otras personas en el mundo además de ellos. El conde se acercó sorprendido para dar la bienvenida a Valancourt y rogarle que le perdonara la injusticia que había cometido. Poco después monsieur Bonnac se unió al feliz grupo, y él y Valancourt fueron mutuamente felices de encontrarse.

Cuando pasaron las primeras felicitaciones y la alegría general se serenó, el conde se retiró con Valancourt a la biblioteca. Valancourt se justificó claramente de la parte criminal que le había sido imputada y confesó cándidamente y lamentó de modo tan sentido las locuras que había cometido que el conde se confirmó en la creencia de su inocencia, a la vez que advertía las nobles virtudes de Valancourt y confirmaba que la experiencia le había enseñado a detestar la locura que anteriormente no había admirado, y no tuvo reparo en creer que pasaría por la vida con la dignidad de un hombre sabio y bueno y confiar a su cuidado la futura felicidad de Emily, a quien informó de inmediato, Mientras Emily escuchaba atentamente el detalle de los servicios que Valancourt había prestado a monsieur Bonnac, sus ojos se nublaron con lágrimas de satisfacción, y la conversación con el conde De Villefort disipó todas sus dudas sobre la pasada y futura conducta de Valancourt, al que restituyó sin temor la estima y el afecto con el que le había recibido en el pasado.

Cuando regresaron al comedor, la condesa y Blanche recibieron a Valancourt con felicitaciones sinceras, y Blanche estaba tan animada al ver que Emily recuperaba su felicidad que olvidó por un momento que monsieur St. Foix no había llegado aún al castillo, aunque se le esperaba desde hacía horas. Pero su simpatía generosa fue premiada poco después con su aparición. Se había recobrado perfectamente de las heridas recibidas durante su peligrosa aventura por los Pirineos, cuya mención sirvió para enaltecer a los participantes con el sentido de su presente felicidad. Se cruzaron nuevas felicitaciones entre ellos y alrededor de la mesa apareció un grupo de rostros, sonriendo felices, pero con una felicidad que tenía diferente carácter en cada uno. La sonrisa de Blanche era franca y alegre; la de Emily, tierna y pensativa; la de Valancourt, alternativamente apasionada, suave y alegre; monsieur St. Foix estaba feliz, y la del conde, mientras miraba a los que le rodeaban, expresaba la complacencia atemperada de la consideración; mientras que los rostros de la condesa, Henri y monsieur Bonnac descubrían rasgos más leves de animación. El pobre monsieur Du Pont no impuso sobre la compañía una sombra de tristeza con su presencia, porque cuando descubrió que Valancourt era merecedor de la estima de Emily, decidió seriamente tratar de dominar su afecto sin esperanza y se había retirado del Chateau-Ie-Blanc, una conducta que Emily comprendía ahora y que premió con su admiración y piedad.

El conde y sus invitados continuaron juntos hasta muy tarde, cediendo a las delicias de la alegría social y a las dulzuras de la amistad. Cuando Annette se enteró de la llegada de Valancourt, Ludovico tuvo algunas dificultades en prevenir que fuera corriendo al comedor para expresar su alegría, porque declaró que nunca se había regocijado tanto en un *accidente* como en éste, desde que había reencontrado a Ludovico.

Capítulo XIX

Ahora mi tarea está felizmente concluida,
puedo volar, o puedo correr
veloz hasta el fin de la tierra verde,
donde el firmamento arqueado se inclina,
y, desde allí, puedo remontarme rápido
a las esquinas de la luna.

MILTON

Las bodas de la condesa Blanche y de Emily St. Aubert se celebraron el mismo día, con la antigua magnificencia de los barones en el Chateau-le-Blanc. Las fiestas tuvieron lugar en el gran salón del castillo, que con este motivo fue adornado con nuevos tapices que representaban las hazañas de Carlomagno y sus doce pares; se veía a los Sarracenos, con sus horribles viseras, avanzando hacia la batalla, y en otros se mostraban las solemnidades del encantamiento y las fiestas nigrománticas, ofrecidas por el mago Jarl al emperador. Los suntuosos estandartes de la familia Villeroi, que durante mucho tiempo habían dormido en el polvo, volvieron a ser exhibidos, ondeando en las agujas góticas de las ventanas recién pintadas; y la música se repitió en ecos por todas las extensas avenidas y columnatas del vasto edificio.

Annette creyó estar en un palacio encantado al recorrer con la mirada el salón, cuyos arcos y ventanas estaban iluminados con festones brillantes de lámparas, y al contemplar los espléndidos vestidos de los bailarines, las costosas libreas de los criados, los doseles de terciopelo púrpura y oro, y declaró que nunca había estado en un lugar tan encantador como aquél desde que hubo leído los cuentos de hadas; que las mismas hadas, en sus sueños nocturnos, no podían haber decorado mejor aquel salón. La vieja Dorothée suspiró al contemplar la escena y dijo que el castillo había vuelto a ser lo que era en su juventud.

Tras participar en las festividades del Chateau-le-Blanc durante varios días, Valancourt y Emily se despidieron de sus amables amigos y regresaron a La Vallée, donde la leal Theresa les recibió con inigualable alegría, y las gratas sombras les dieron la bienvenida con mil recuerdos tiernos y afectuosos. Mientras paseaban juntos por aquellos escenarios, tanto tiempo habitados por monsieur y madame St. Aubert, Emily señaló con afecto sus rincones favoritos, que su nueva felicidad había engrandecido, considerando que habría valido la pena contar con su aprobación, si hubieran sido testigos de ella.

Valancourt la condujo al árbol de la terraza, bajo el que se aventuró por primera vez a declararle su amor, y donde ahora el recuerdo de la ansiedad que había sufrido, y la relación de todos los peligros y desgracias con los que se habían encontrado ambos desde que se sentaron juntos bajo sus amplias ramas, exaltó el sentido de su felicidad presente, y en el mismo lugar sagrado por el recuerdo de St. Aubert juraron solemnemente merecer todo lo posible, tratando de imitar su bondad, y mostrar a los demás, junto con la porción de comodidades ordinarias por las que la prosperidad está siempre en deuda con la desgracia, el ejemplo de unas vidas pasadas en agradecimiento a dios, y, en consecuencia, con cuidadosa ternura para sus criaturas.

Poco después de su regreso a La Vallée, el hermano de Valancourt llegó para felicitarle por su matrimonio y presentar sus respetos a Emily, con la que quedó tan encantado, así como por las perspectivas de felicidad racional que aquellas nupcias ofrecían a Valancourt, que de inmediato le cedió una parte de sus extensos dominios, cuya totalidad, puesto que no tenía familia, pasaría a su muerte a Valancourt.

Dispusieron de las propiedades de Toulouse y Emily compró a monsieur Quesnel los antiguos dominios de su padre, donde, después de dar a Annette una parte en su matrimonio, la nombró ama de llaves, y a Ludovico mayordomo. Como tanto Valancourt como ella preferían las gratas y largo tiempo queridas sombras de La Vallée a la magnificencia de Epourville, continuaron residiendo allí, pasando no obstante unos pocos meses del año en el lugar de nacimiento de St. Aubert como muestra de tierno respeto a su memoria.

Por lo que se refiere al legado que Emily había recibido de la signora Laurentini, rogó a Valancourt que le permitiera renunciar a ello en favor de monsieur Bonnac; y Valancourt, cuando se lo pidió, supo apreciar todo el valor del cumplido que ello suponía. El castillo de Udolfo también pasó a la esposa de monsieur Bonnac, que era la pariente superviviente más próxima a la casa del mismo nombre, y así, la opulencia hizo que recuperaran la paz tanto tiempo ausente de su espíritu oprimido y la tranquilidad de su familia.

¡Oh! ¡Qué placentero es hablar de una felicidad como la de Valancourt y Emily; relatar que, tras sufrir la opresión de los viciosos y el desdén de los débiles, regresaron al fin el uno al otro, a los queridos paisajes de su país natal, a la felicidad más segura de su vida, la que aspira a la moral y trabaja por las mejoras intelectuales; a los placeres de la sociedad iluminada y al ejercicio de la caridad, que desde siempre había animado sus corazones, mientras las enramadas de La Vallée volvían a ser una vez más el refugio de la bondad, la sabiduría y las bendiciones domésticas.

¡Oh, todo esto puede ser útil para mostrar que, aunque los viciosos pueden a veces llevar la aflicción a los buenos, su poder es transitorio y su castigo cierto; y que el inocente, aunque oprimido por la injusticia, apoyado por la paciencia, podrá triunfar finalmente sobre la desgracia!

Y si la débil mano que ha grabado esta historia ha logrado distraer al doliente durante una hora de su pesar, o, por su moral, le ha enseñado a soportarlo, el esfuerzo, aunque sea humilde, no ha sido en vano, ni el escritor ha quedado sin premio.

F I N

Notas

[1] James Thomson (1700-1748), poeta escocés. Versos tomados de los libros *The Seasons (Las Estaciones)*, publicados entre 1726 y 1730. (N. del T.)

[2] Vivo, alegre. En francés en el original, pero en general como si se tratara de un adjetivo inglés. (N. de. T.)

[3] La referencia al inglés es un error cronológico, ya que en la fecha en que está situada la novela los poetas ingleses eran desconocidos en Francia. (N. del T.)

[4] La autora alude a las guerras de religión en las que se vio envuelta Francia durante algunos años, en especial hacia 1584, en que se sitúa la acción, pero sin ninguna preocupación por el rigor histórico. (N. del T.)

[5] En francés en el original: comedor, salón, salón comunal. (N. del T.)

[6] De James Thomson.

[7] De James Thomson.

[8] La autora cae en un nuevo anacronismo. Mal podía haber ópera francesa en 1584, fecha en que transcurre la acción, cuando la primera ópera no se estrenó hasta el 6 de octubre de en Horencia: *Eurídice*, con libreto de Rinuccini y música de Jacopo Peri. (N. del T.)

[9] Libro de poemas del escritor escocés James Beattie (1735-1803), publicado en dos partes, en 1771 y 1774. (N. del T.)

[10] Salvator Rosa, «Salvatoriello» (1615-1673). Pintor y poeta italiano que se formó en el estudio de la naturaleza en los Apeninos, que reflejó en algunos de sus cuadros. (N. del T.)

[11] Caractatus, figura histórica británica, hijo de Cimbelino, que luchó contra los romanos en su invasión de Bretaña en el año 43 de la era cristiana. Los versos corresponden a la obra *La tragedia de Bonduca*, entre cuyos personajes figuran Caractatus, del dramaturgo inglés John Fletcher (1579-1625). (N. del T.)

[12] De James Thomson.

[13] Nuevo anacronismo. El sistema métrico decimal, del que procede la medida

longitudinal en kilómetros, nació en Francia en 1789 y tardó hasta bien entrado en siglo XIX en imponerse. (N. del T.)

[14] Versos de *Camus*, de John Milton (1608-1674). (N. del T.)

[15] Versos de *Los emigrantes*, de John Moore (1729-1802), médico y escritor escocés. (N. del T.)

[16] Aunque no se señalan todos los anacronismos, algunos resultan especialmente increíbles. El café no llegó a a Francia hasta finales del siglo XVII, es decir, más de cien años después de la fecha en que la autora sitúa la acción.

[17] William Collins (1721-1759), poeta inglés. (N. del T.)

[18] William Mason (1724-1797), poeta inglés, hoy prácticamente olvidado. (N. del T.)

[19] Oliver Goldsmith (1728-1774), poeta y escritor irlandés. (N. del T.)

[20] Conversaciones. En italiano en el original. (N. del T.)

[21] La autora se sirve en este caso y en muchos otros de la palabra italiana, pero en lugar de aplicar el plural del mismo idioma —*Signori*—, lo hace a la inglesa. (N. del T.)

[22] Anacronismo ya comentado en el Vol. 1

[23] Pequeño cendal, embarcación de origen moruno, de tres palos. En italiano en el original. (N. del T.)

[24] En italiano en el original. Recoge la expresión veneciana al salir de la zona rodeada de agua para pasar a! continente. (N. del T.)

[25] «Pequeñas cenas», o cenas informales. En francés en el original. (N. del T.)

[26] Versos de la obra de William Shakespeare, publicada con el título de *La vida y la muerte del rey Juan* en 1623, y escrita entre 1594 y 1596. (N. del T.)

[27] Poema de John Milton (1608-1674), del que se repiten las citas. (N. del T.)

[28] Domenico Zampieri, «11 Domenichino» (1581-1641), pintor italiano.

[29] Versos de Ossian, poeta y bardo de la leyenda galesa del mismo nombre.

James MacPherson (1736-1796), escritor escocés, publicó una traducción de la leyenda, *Las obras de Ossian*, en 1765. (N. del T.)

[30] Alude a los experimentos del abate Berthelon, que la autora cita a pie de página. Se trata de Pierre Berthelon (1742-1800), autor de varios libros sobre la electricidad. (N. del T.)

[31] Este poema y el ti tulado «El viajero». incluido en el segundo volumen. fueron publicados previamente por la autora en un periódico. (N. del T.)

[32] Cigarra. En italiano en el original, que no traduje como en el caso de *lucciola*.(N. del T.)

[33] Versos de William Collins. Véas e nota anterior. (N. del T.)

[34] Anacronismo ya señalado en el Vol. 1 (N. del T.)

[35] Thomas Gray (1716-1771), poeta y universitario inglés, amigo y compañero de viaje de Walpole, cuyas huellas literarias siguió la autora en la presente novela. (N. del T.)

[36] Alexander Pope (1688-1744), poeta inglés. Tradujo al inglés, en verso, la *Ilíada* (1713-1720) y la *Odisea*, de Homero. (N. del T.)